

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + Refrain from automated querying Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Reflexiones militares escojidas

Alvaro de Navia Osorio Santa Cruz de Marcenado

y munó en 1732.





132 may 1919.

REFLEXIONES MILITARES



Publicaciones de la Revista Científico-Militar

REFLEXIONES MILITARES

DEL

VIZCONDE DE PUERTO

D. Alvaro de Navia Osorio y Vigil,

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO



ВЯКСЕГОИН

ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN DE LA REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR

CALLE DE LA CANUDA, NÚMEROS 41 Y 43, 1."

1885

aprilo

Es propiedad.

Imprenta de Luis Tasso y Serra, calle del Arco del Teatro, 21 y 23.





BIOGRAFÍA

DE

D. ALVARO DE NAVIA OSORIO

MARQUÉS DE SANTA CRUZ Y VIZCONDE DE PUERTO (4)

POR EL CORONEL, TENIENTE CORONEL DE ARTILLERÍA,

D. JAVIER DE SALAS.

A paz de Ryswick confirmando con ligerísimas modificaciones las de Wetsfalia y de Nimega y el tratado de Carlowitz entre el Imperio y los turcos, firmados al finalizar el siglo xvII, prometían al parecer durables garantías de sosiego; pero las pretensiones de Federico Augusto de Polonia y la sucesión al trono de España, desencadenaron en los comienzos del xvIII la tempestad que no se había totalmente conjurado, y pronto se encendió con furor la guerra en todo el continente. Nombrado Felipe V de Borbón heredero al solio español, por testamento de Carlos II de Austria, y aceptado como tal por Luís XIV, se temió el predominio de la nación francesa, cuya superioridad sobre Austria y preponderancia en Europa, habíase iniciado ya anteriormente, y todas las naciones, inquietas y alarmadas ante la célebre frase Desde este instante ya no hay Pirineos, se coaligaron contra España y Francia, que hubieron de sufrir el empuje de numerosos ejércitos, viéndose invadida nuestra Península por oriente y occidente, obligada á combatir en Italia, en el Rhin, en los Países Bajos, y en los confines de Portugal contra casi todos los Estados del Imperio, contra Inglaterra, Holanda y el Duque de Saboya; y como si esto no bastase á su desdicha, encendiose encarnizada la guerra civil en Valencia, Aragón y

Digitized by Google

⁽a) En esta edición de las Reflexiones Militares hecha por la Revista Científico Militar, se hace notar que es "de Puerto" y no "del Puerto" el título de Vizconde que llevaba su autor. El Sr. D. Luís Vidart, antiguo oficial de Artillería y conocidísimo escritor profesional, al que se debe la iniciativa para celebrar el Centenario del Marqués de Santa Cruz, así como la publicación de varios datos y noticias que hoy se conocen sobre dicho personaje, lo indica también en uno de sus artículos más recientes; dando como razón de ello y la creemos bastante fundada, el que así aparece escrito en la portada de todos los tomos de la 1.º edición de las Reflexiones Militares, hecha como es sabido en Turín y París, en los distintos años de 1724 á 1730.

Cataluña, alentados los partidarios del Archiduque pretendiente, por las numerosas fuerzas extranjeras que volaron en su auxilio. Luchose de esta suerte durante trece años, hasta que el tratado de Utrech puso término á la sangrienta guerra llamada de Sucesión, afirmando en las sienes de Felipe V la corona de España, si bien á costa de cruentos sacrificios.

No fué la paz duradera; los atrevidos proyectos del turbulento cardenal Alberoni, nuevo ministro de Felipe, intimidando á las potencias europeas, las obligan á conjurarse otra vez, volviendo á encenderse la guerra, que concluyó tras de sangrientos combates en Cerdeña y en Sicilia con la pérdida de estas islas, como se habían perdido ya los demás Estados que poseíamos, quedando la monarquía española reducida á sus límites peninsulares y á las posesiones de África, donde también se combatió contra los moros, ante los muros de Ceuta y los de Orán. Otro ministro de Felipe, el famoso aventurero holandés barón de Riperdá, halagando los ambiciosos planes de la nueva reina Isabel Farnesio, alarmó de nuevo la Europa con sus proyectos jigantescos, uniéndose al Austria para mejor realizarlos, dando así ocasión á la llamada Liga de Hannover entre Inglaterra, Francia y Prusia, y más adelante Holanda, Suecia y Dinamarca, que se prepararon creyendoiban á ser atacadas. Negociose por fin la paz general en Soissons, y después en París sin resultado inmediato; pero los diversos tratados parciales que se firmaron entre las potencias, permitieron un sosiego relativo, y los fatigados pueblos descansaron un tanto al terminar el primer tercio de aquel siglo tan conturbado.

No era menor que en el terreno de la guerra la agitación que reinaba en las cortes europeas, y sobre todo en la de España, donde, dividida ya de antiguo la grandeza y el pueblo por la cuestión de sucesión, enconados los ánimos por el predominio de tal ó cual ministro ganoso de poder, excitada la oposición de nuestro país contra lo extranjero y más aún contra lo francés, todo eran intrigas, favoritismo é influencias.

Sin embargo, la administración pública se organizaba bajo la dirección de algunos hombres de mérito, y se ofrecía al mundo el hermoso espectáculo de presentarse la nación española, después de tantas, revueltas, con una fuerza y un poderío que no era dable esperar. En medio de aquel movimiento y de continuas convulsiones, las ideas de los siglos anteriores se habían ido modificando poco á poco en España, como sucedió en toda Europa, viéndose en aquella época, como dice el historiador Cantú, que las proscripciones sustituían á las matanzas de otro tiempo; la acción, á las teorías; á la guerra, muchas veces las discusiones; y á los generales dominadores los ministros todopoderosos, originándose de ello que las guerras ó las paces fuesen sólo intrigas de gabinete; que los ejércitos activos se aumentasen muchísimo, siendo necesarias las embajadas permanentes, erigiéndose en sistema la desconfianza mútua entre las naciones con la tendencia recíproca á engañarse y, finalmente, dándose ocasión á la supremacía de las cuestiones de Hacienda en la gobernación de los Estados.

En esta agitada sociedad y en medio de tantas turbulencias y tan variados acontecimientos, vivió y dió á conocer sus eminentes cualidades de soldado, de jefe, de gobernante, de escritor y diplomático, el insigne autor de las REFLEXIONES MILITARES, D. ÁLVARO DE NAVIA OSORIO, Marqués de Santa Cruz de Marcenado, y Vizconde de Puerto, cuya biografía nos proponemos bosquejar aquí, arrostrando las dificultades que, si siempre serían grandes dada nuestra carencia de condiciones, cuando se tratara de uno de esos genios famosos, de una de esas figuras que casi personifican una época y dirigen todos los acontecimientos de ella, dejando tras de sí una estela luminosa que facilita el estudio de sus brillantes hechos, son casi insuperables cuando hay escasez de datos (1) y no se poseen las noticias ciertas é indispensables, tal vez por falta de investigación suficiente ó por escaso acierto. Entusiastas admiradores de tan afamado personaje y modestísimos compiladores de los principales rasgos de su aprovechada vida, ponemos nuestro pobre trabajo bajo la egida de su nombre, contando además con la benevolencia de aquellos que nos lean.

I.

De antigua y nobilísima familia cuyo origen se remonta á los tiempos de la Reconquista, nació D. Álvaro de Navia Osorio, Vizconde de Puerto, Marqués de Santa Cruz de Marcenado (a), el día 19 de diciembre de 1684, en la casa de la Atalaya todavía hoy subsistente del Puerto de Vega ó Santa Marina de Vega (2), pueblo del Concejo de Navia de Luarca, en el Principado de Asturias, y distante una legua de aquella villa, siendo sus padres D. Juan Antonio de Navia Osorio, caballero de Santiago y D.ª Jacinta Antonia Vigil de la Rua, hija esta señora del primer Marqués de Santa Cruz de Marcenado y Vizconde de Puerto, títulos concedidos en 1679 á D. Sebastián de Vigil, Señor de las casas de Celles, Vigil y la Rua y del Soto de Marcenado en el Concejo de la Pola de Liero, y caballero de Calatrava. No da Trelles en su Asturias Ilustrada el título de Vizconde de Puerto á D. Sebastián, pero sí dice que D. Alvaro se intituló de ese modo, añadiendo fué el tercer Marqués de Santa Cruz.

Estudiaba todavía en 1702 en la universidad de Oviedo (3) la gramática latina y retórica, según afirma el señor Fuertes Acevedo, que dice haber tenido ocasión de consultar el archivo de la casa, confirmando lo dicho por el señor canónigo González Posada, cuando para hacer frente á la invasión de la Península por los ejércitos coaligados y al inminente alzamiento de los partidarios del Archiduque, pidió el rey Felipe V á las provincias de la monarquía le auxiliaran con tropas en defensa de su trono y de sus Estados. El Principado de Asturias fué uno de los primeros que respondió á este llamamiento; y para mandar el tercio que armó y organizó convenientemente á sus expensas, designando los oficiales, se nombró como Maestre de Campo, al Vizconde de Puerto, quien, claro está reuniría méritos para ello á los ojos de sus compatriotas, á pesar de su corta edad de 18 años. Más adelante y por efecto de las reformas hechas en la organización del ejército, los tercios tomaron el nombre de regimientos, y los maestres de campo, el de coroneles; designándose con este título al mencionado Vizconde en la Real Orden que con fecha 28 de febrero de 1707 se dictó para evitar el desorden que áun reinaba en la nomenclatura (b).

Reunido y dispuesto á marchar en 1703 el tercio asturiano, que más tarde se llamó regimiento de Asturias con el sobrenombre del Cangrejo, fué destinado á Galicia, de guarnición en la línea fronteriza del Miño, por orden del general Marqués de la Atalaya que allí mandaba, donde sostuvo ligeros combates con los guerrilleros portugueses que hacían correrías por el país, desalojándolos de la isla de Caldelas en dicha ría, y apoderándose de ella (c).

En 1.º de enero de 1704 pasó el tercio á relevar en la plaza de Ciudad-Rodrigo al regimiento de Córdoba, quedando en ella de guarnición y haciendo á las órdenes del Vizconde varias salidas y expediciones, según asegura el canónigo Posada y se indica en las Reflexiones Milliares, Tomo X, libro XIX, capítulo V, sosteniendo con los portugueses algunos combates, entre los que merece citarse el que tuvo lugar entre Alfayate y Villamayor el 31 de mayo de dicho año. Reforzados aquellos con tropas inglesas y secundados por la insurrección que empezaba á dominar en Valencia y Cataluña, avanzan por la frontera, atacan á Badajoz y Ciudad-Rodrigo, á cuya plaza puso sitio el ejército anglo-

⁽a), Es digno de notarse que en el mismo punto en que abrió los ojos el insigne Marqués, los cerro para siempre el ilustre Jovellanos.

⁽b) Historia orgánica de las armas de infanteria y caballeria españolas, por el conde de Clonard.

⁽c) Historia del regimiento de Asturias en la citada Historia orgánica de las armas de infanteria y caballeria españolas, por el conde de Clonard. En el tomo XI se detallan las vicisitudes de dicho regimiento, que mandó el Vizconde durante 16 años consecutivos.

portugués mandado por el general Marqués das Minas el 20 de mayo de 1705, é intiman la rendición al gobernador D. Antonio de la Vega y Acevedo, quien se rindió en 25 del mismo mes después de una corta resistencia, saliendo de la plaza las tropas españolas con los honores de la guerra, armas y bagajes. Marchó con su tercio Navia Osorio á Navarra, donde á las órdenes del general Marqués de Saluzzo, persiguió á los insurrectos en los distritos de Tudela, Cascante y Tarazona. asistiendo á la toma de Magallón bajo las del teniente general D. Carlos de San Gil. Para cubrir la línea de Sádaba á Sangüesa, se diseminó el regimiento en destacamentos, permaneciendo en ella durante los años 1705 y 1706, y no parece inverosímil que su coronel en aquella época pudiera estar en comisión en los ejércitos de Valencia y Castilla, impulsado por su noble afán de distinguirse, como afirman varios de sus biógrafos, en oposición, pudiera creerse, con lo que dice Clonard, al señalar la situación del regimiento de Asturias. Los capítulos III y VI del libro XX, tomo X de las Reflexiones Militares, también permiten suponer aquella separación según indica el mismo Vizconde.

Causaban grandes daños con sus correrías por las Bárcenas los insurrectos aragoneses en el año de 1707, desde la villa de Egéa de los Caballeros, donde se refugiaban al abrigo de una guarnición de 600 hombres, y para destruír esta guarida, ordenó el virey de Navarra príncipe de Sterserclaers al general Marqués de Saluzzo se apoderase de ella con las tropas de su mando, entre las que se contaba el regimiento de Asturias. Era Saluzzo, dice el Marqués de San Felipe en sus Comentarios, hombre feroz é implacable; y poniendo sitio á la villa, armó sin tardanza algunas baterías que empezaron á abrir brecha; pero sin esperar á que esta fuera practicable, ordenó el asalto en cuatro columnas que se apoderaron de la plaza, castigando duramente al enemigo; una de las columnas de asalto la mandaba el Vizconde de Puerto, quien se distinguió aquel día notablemente, según el mencionado comentarista, que hace de ello una especial mención. Poco después y con objeto de llevar un convoy y auxiliar la plaza de Jaca bloqueada por los migueletes, marchó á ella la columna de Saluzzo, y al llegar al río Javierre, que venía muy crecido, encontró al enemigo cerrando el paso. Empeñose la acción para vadear el río, y en ella dió gallarda prueba de su bizarría D. Álvaro Navia Osorio, asegurando terminantemente el citado San Felipe que el poder llegar à tiempo, se debia al valor y atrevimiento del coronel Vizconde de Puerto, quien con agua á la cintura y animando á sus tropas, se lanzó sobre las posiciones enemigas apoderándose de ellas y causando muchas bajas. Socorrida Jaca, siguió la columna contra la villa de Ainsa que dominaban los insurrectos, y atacándola denodadamente fué tomada con gran número de prisioneros. En estos combates debió sin duda alguna recibir el Vizconde las dos heridas que menciona en un Memorial (4) que dirige al Rey, fechado en Turín y que existe en el archivo de Simancas, Secretaría de Estado. Leg. 528, y en el que da interesantísimas noticias sobre sus servicios militares. A consecuencia de estos y de aquellas heridas, se le concedieron las letras de servicio como brigadier con fecha 7 de setiembre de 1707, según se afirma en el citado Memorial.

Quedaron por efecto de aquellas acciones expeditas las comunicaciones con la Ribagorza y derrotado el núcleo de los enemigos, por lo que se dispuso que el regimiento de Asturias volviera á dividirse en varios destacamentos y pequeñas columnas, una de las cuales al mando de Navia Osorio, reforzada con 100 húsares, batió y dispersó á los migueletes que habían tratado de sorprender el puerto de Lascuarre, como indica Clonard de acuerdo con el citado San Felipe. Más adelante pasó el regimiento á Barbastro con objeto de custodiar los almacenes y hospitales allí establecidos, según se desprende del capítulo XI, libro XV, tomo VIII de las Reflexiones Militares, en donde se refiere un ataque dado por los partidarios del austriaco, que introducidos cautelosamente en los arrabales vestidos de paisanos, trataron de sorprender la guardia de la puerta llamada de Monzón, siendo rechazados vigorosamente. Desde aquel punto el Vizconde hizo varias salidas por los alrededores, y entre ellas una el 10 de noviembre del mencionado año de 1707, en la que con 150 soldados de su regimiento y 50 caballos, batió completamente en el vecino pueblo de Naval á 500 migueletes con 60 caballos, persiguiéndoles



y derrotándolos de nuevo en Benabarre, antes de concluír el año, como aparece en los citados historiadores.

El ejército de Felipe V vencedor en la batalla de Almansa (abril de 1707) y bajo el mando del duque de Orleans, después de someter á Valencia, y con el fin de amenazar á Aragón y Cataluña, se había concentrado en Fraga, corriendo sus forrajeadores toda la ribera del Ebro y atacando la plaza de Lérida, que fué tomada á fines de octubre. Previnose entonces al regimiento de Asturias viniese á esta plaza; pero al poco tiempo volvió á Benabarre para dominar, en unión con el de Pamplona, el valle de Benasque, apoderándose del puente de Montañana y uniendo así, dice el Marqués de San Felipe, el ejército del Duque de Orleans con el de Noailles, que se posesionó del Urgel.

Decidido el asedio de Tortosa, asistió á él Asturias con su coronel, ya entonces brigadier, como afirma el conde de Clonard en su obra ya citada, añadiendo con casi todos sus biógrafos, que se distinguió en aquel sitio (5). Apoderado el de Orleans de Tortosa, guarneció la plaza, destinando á ella el regimiento de Asturias, y dando á su ejército cuarteles de invierno, regresó á Madrid sin proseguir las operaciones. Cita de nuevo Clonard aquel regimiento cuando, en diciembre del mismo año, Staremberg con los catalanes intentó sorprender la plaza, manifestando fué herido en la acción su teniente coronel; como es de suponer también asistiría á dicho combate el coronel Navia Osorio.

En 1700 se trasladó el regimiento de Asturias al reino de Valencia, embarcándose en Alicante durante el mes de mayo para una expedición secreta en las costas de Italia, saliendo en junio desde la isla de Elba para Cerdeña al mando del general Armendariz, con objeto de unirse á los parciales de los Borbones en dicha isla y apoderarse de ella. La vigilancia de la escuadra inglesa unida á los injustificados retardos de la expedición, frustraron esta, que se vió obligada á desembarcar parte de las tropas en Ajaccio (Córcega), donde vuelve á nombrarse al Vizconde de Puerto, el cual, según afirma San Felipe en sus Comentarios, quedó allí mandando. Siguiendo á Clonard en su historial de Asturias vemos que en setiembre de 1711 se reembarcaron estas fuerzas para Porto-Longone en la isla de Elba, y de allí se trasladaron á Porto-Hercole en la costa italiana á principios de 1712, y salió en abril una columna mandada por un coronel, que es posible fuera Navia Osorio, contra los austriacos que defendían á Orbitello, la cual se apoderó de la torre de Peschiera, áun cuando después hubo que volarla y retirarse á Porto-Hercole, que á su vez tuvo que capitular más adelante, trasportándose la guarnición á la isla de Sicilia. Por la paz de Utrech hubo que evacuar esta isla, entregándola al duque de Saboya, que se tituló Rey de Sicilia, y el regimiento de Asturias fué destinado á Cataluña, en cuyo país continuaba la guerra à pesar de haberlo evacuado los imperiales en 1713, volviendo de nuevo á citarse al Vizconde de Puerto con encomio, en el famoso sitio de Barcelona en 1714, por lo que creemos se presta la ocasión á que nos detengamos en él un tanto, y demos algunos detalles sobre aquellas importantisimas operaciones (a).

Al abandonar los austriacos el Principado, hiciéronse dueños de él los borbónicos, á excepción de Barcelona que decidió defenderse hasta el último extremo, habiendo puesto sitio á dicha plaza el general en jefe Duque de Pópoli, que avanzó desde Martorell en julio de 1713, y se situó en Hospitalet, bloqueándola por tierra, para lo que hizo venir las tropas recién llegadas de Sicilia á las órdenes del marqués de los Balbases, último gobernador de la isla, y de D. Diego de Alarcón; con ellas, sin embargo, no reunió las suficientes para obrar con energía, y se vió obligado por lo tanto á permanecer inactivo.

⁽a) Varias de estas noticias, las debemos á la amabilidad del distinguido capitán de ingenieros, profesor de la Academia, D. Joaquín de la Llave, que sabemos prepara un concienzudo trabajo, como todos los suyos, sobre el sitio de Barcelona en 1714. Dicho oficial nos ha proporcionado también otros diversos pormenores interesantes sobre la vida y obras del Marques de Santa Cruz.

Continuaban los afectos al Emperador sosteniendo partidas que, sobre todo en la montaña, como sucede siempre en Cataluña, dominaban el país, y contra ellas se destacaron fuerzas al mando del conde de Montemar, marchando un destacamento del regimiento de Asturias contra Bagá, donde derrotó á los insurrectos, causándoles bastantes bajas. Construyose en tanto una línea de circunvalación desde el Besós al Llobregat; pero apenas bastaba para contener á los sitiados dentro de la plaza guarnecida por 14 batallones, en gran parte alemanes, las 48 compañías de la Coronela organizadas por los gremios, y además 250 piezas de artillería. El regimiento de Asturias acampaba á unos 1,800 metros del baluarte de Tallers, en un sitio al Sud del Puchet y al Oeste de Gracia, muy próximo á donde está la última curva del ferrocarril actualmente. El día 3 de abril se rompió el fuego de artillería desde el Clot, con una batería de obuses, y el 17 de mayo se asalto el convento de Capuchinos entre Gracia y Barcelona, perdiendo mucha gente el

regimiento de Asturias que formaba parte de la columna de ataque.

Nombrose al Duque de Bervich en reemplazo del de Pópoli, y desde que se hizo cargo del mando, en 7 de julio, apretose el cerco, se hicieron replegar los destacamentos de la montaña, llegaron refuerzos franceses, levantáronse nuevas baterias, y se activó la construcción de trincheras, en las que trabajó Asturias, según afirma Clonard, adoptando el general en jese el plan del ingeniero general Verboom, que consistía en atacar los dos frentes formados por los baluartes de Santa Clara, de la Puerta Nueva y de Levante. El 25 de julio se empezó á abrir brecha en las murallas, y el 30 se coronó el camino cubierto á viva fuerza, dándose comienzo el 31 á las minas, que volaron el 11 de agosto. Al amanecer del 12 se asaltaron las brechas de los baluartes de Santa Clara y de la Puerta Nueva, y según un manuscrito que concuerda con el Diario del sitio, entre los brigadieres que tomaron parte en el ataque, estaba el Vizconde de Puerto, quien con seis compañías de granaderos atacó á Santa Clara y llegó, conforme describe Pí y Molist en su Guerra de Sucesión, á la brecha y "con gran dificultad pudo plantar una línea de gaviones, pero no permanecer en ella, pues las rociadas de la fusilería catalana le hicieron al instante volver las espaldas y fortificarse en otra línea de gaviones que estableció sobre las ruínas al pié de la brecha.» Allí se mantuvieron los asaltantes todo aquel día sin ser relevados, aunque sí recibieron refuerzos, y á las ocho de la noche se dió otro ataque, repetido hasta cuatro veces, durante toda la noche, y otras tantas rechazado. A la mañana siguiente atacaron á su vez los sitiados en dos columnas por los flancos, y otras cuatro veces desalojaron á los sitiadores del puesto que ocupaban y que volvían siempre á recuperar. Tres horas duró esta terrible pelea, hasta que el Duque de Bervich ordenó la retirada que se verificó con mucho orden: los atacantes tuvieron 307 muertos y 1,035 heridos.

Continuó el fuego de canón en los días sucesivos, y el 11 de setiembre intentose nuevo asalto, esta vez general á todo el frente atacado, en el cual se abrieron enormes brechas para avanzar con el ejército en batalla, formándose 7 columnas y una reserva. El brigadier Vizconde de Puerto mandaba como segundo del general D. Antonio del Castillo, Marqués de Villadarias, la columna que avanzó contra la brecha del baluarte de la Puerta Nueva, compuesta exclusivamente de tropas españolas, y fuerte de 7 batallones, entre los que se contaba uno de Asturias. Diose el asalto de la brecha con grande impetu, ocupándose la cortadura ó atrincheramiento interior, y corriéndose Villadarias inmediatamente por su derecha para tomar el baluarte de San Pedro: pero los barceloneses tenían cortaduras que, defendidas tenazmente, retardaron el avance, hasta que desalojados de ellas, entraron las tropas por la gola en el referido baluarte, arrostrando los fuegos que partían del convento de San Pedro y casas inmediatas.

Mientras se ocupaban los asaltantes en guarnecer las posiciones conquistadas, se prendió fuego à un almacén de pólvora y granadas; sufrieron con esto bastante daño las tropas, y creyendo estaba minado el terreno, se desorganizaron un tanto, lo que aprovecharon los sitiados para atacar por el adarve de Junqueras y las bocacalles inmediatas con 3 batallones de la Coronela, llevando al frente el famosísimo estandarte de Santa Eulalia, los cuales lograron desalojar á las tropas sitiadoras. Rehechas éstas volvieron al ataque, y durante el avance, se incendió en la cortina otro repuesto de municiones, con lo

que la natural confusión fué grande, y dió lugar á que reaccionándose los barceloneses, rechazasen la embestida, hasta que recibidos refuerzos volvió otra vez á la cargala columna del Vizconde de Puerto y conquistó al fin el terreno perdido. Al decir de un historiador que cita el Diario del sitio, en 12 horas se perdió y ganó once veces aquel baluarte, teatro de tantos hechos heróicos por unos y otros combatientes; pues hubo regimiento de los sitiadores que perdió todos sus jefes y oficiales, y quedó mandado por un solo alférez. A las seis de la tarde empezaron las negociaciones para capitular los sitiados; verificándolo por fin más tarde, y terminándose con la toma de Barcelona la guerra de Sucesión.

Como se ve por la anterior ligera reseña, el Vizconde de Puerto se distinguió notable y heróicamente en tan famoso sitio, y es de advertir que además de los cuidados y trabajos anejos al mando de su regimiento, desempeñó comisiones como general, y como brigadier prestaba el servicio según consta por los datos oficiales, alternando con los de su clase, de tal modo que en el de trinchera los días 23 de julio, 3, 11, 20 y 29 de agosto, no tenía á sus órdenes ninguna fuerza de su regimiento, que operaba por separado.

Acantonáronse después del sitio en Cataluña los cuerpos todos del ejército sitiador, y entre ellos el regimiento de Asturias, como refiere Clonard, siendo por lo tanto probable que permaneciera en el Principado su brigadier Vizconde de Puerto hasta los primeros meses de 1716, en que indica dicho autor que pasó el regimiento á reforzar la guarnición de la plaza de Ceuta, ya que según se lee en el prólogo del tomo XI de las Reflexiones Militares, mandó el regimiento hasta 1718, y en el tomo VII, Libro XIV, se confirma haber estado en aquella última plaza, como también en el Memorial citado de 1725 que habla de sus servicios en Africa. Por entonces desempeñó el Vizconde el cargo de Inspector de las tropas de Andalucía y Presidios de Africa, según se infiere del opúsculo que escribió en 1715 pidiendo, justicia á favor de la nobleza de Asturias y que señala el citado Memorial.

En noviembre de 1717 el regimiento de Asturias pasó á Cádiz, y de allí á principios de 1718 á Barcelona, embarcándose en junio para la expedición que con el objeto de reconquistar á Sicilia, se dispuso en aquel puerto á las órdenes del Marqués de Lede.

Fué ascendido el Vizconde á mariscal de campo por despacho de 22 de mayo de 1718; así se dice en el Memorial y se lee en la dedicatoria al Rey del tomo XI de las REFLEXIO-NES MILITARES, sucediéndole en el mando del regimiento don Sebastián de Eslava. Con fecha 1.º de setiembre de 1718, se le nombró gobernador de Cagliari en la isla de Cerdeña; Inspector general de la infanteria y caballería de la isla, y gobernador interino en ausencia y enfermedad de don Gonzalo Chacón, cuyos nombramientos existen en el archivo de Simancas, Leg. 5460 de la Secretaría de la Guerra. Parece pues probable en vista de esto, que no fuese en la expedición de Sicilia, ó al menos que no asistiese á la campaña; pues que si bien llegó á esta isla el ejército en 1.º de julio, no se cita á dicho general en la detallada relación que hace el Marqués de San Felipe en sus Comentarios, á pesar de nombrar á muchos otros, y sí se consigna en la expedición de los imperiales contra Cerdena en 1719, que estaba de gobernador de Caller (Cagliari) el Vizconde de Puerto "hombre esforzado y vigilante, que puso aquel castillo en el mejor estado de defensa.» Apoya asimismo la anterior sospecha el orden con que en el Memorial ya citado cita sus servicios "en España, Toscana, Sicilia, Africa, Cerdeña y Piamonte», no hablando de Sicilia sinó antes de Africa.

También la mayor parte de los biógrafos de Santa Cruz, indican más ó menos claramente que tomó parte en una expedición á Cerdeña; y si bien pueden referirse á la frustrada en 1710, se inclinan algunos, según parece, á la verificada en 1717, que dió por resultado en pocos meses, hacerse dueño de la isla el general Armendariz que mandaba aquella. No hemos encontrado datos para decidirlo, pues San Felipe, tantas veces citado, á tausa de los detalles que da de este período histórico, no nombra en dichas operaciones á Navia Osorio, ni tampoco ningún otro de los varios historiadores que hemos consultado, siendo así que se conocen los nombres de muchos de los que hicieron aquella

corta campaña, durante la cual el regimiento de Asturias estaba en Ceuta, como se ha dicho. A principios de 1719 debió ser nombrado Mayordomo mayor de la Reina, como aparece en una relación de generales que se halla con la fecha de 5 de junio de aquel año en el archivo de Simancas, Leg. 516 del Suplemento de Guerra.

La potente manifestación que hizo España al disponer la bien abastecida y ordenada expedición á Sicilia, alarmó de tal modo á Europa, que se coaligaron las tres grandes potencias para formar más adelante con la adhesión de Holanda, lo que se llamó Cuádruple alianza, con el objeto de oponerse á los planes del intrigante Alberoni, y después de dos años de guerrear inútilmente, el rey Felipe se vió obligado á adherirse en 1720 al concierto de las otras potencias, cediendo la Cerdeña y evacuando á Sicilia. En todas las biografías del Marqués se consigna que desde esta época estuvo como embajador en Turín, permaneciendo allí hasta 1727, que fué nombrado Plenipotenciario para el congreso de Soissons; pero no hemos encontrado documentos que prueben tal nombramiento; por el contrario, la fecha del Memorial de 19 de junio de 1725, en el cual se dice terminantemente: "está en rehenes por la artillería de Cerdeña," sin hablar para nada de su cargo de embajador, nos hace sospechar si tan sólo esta comisión ú otra análoga es la que le obligó à permanecer en Turín todo aquel tiempo; lo cual parece confirmado por lo que indica la biografia casi oficial de los Retratos de españoles ilustres al asegurar se le encargaron asuntos de importancia en Génova y Turín, y lo que dice asimismo el Marqués de San Felipe en sus Comentarios, esto es, que para llevar á cumplimiento en 1724 lo ajustado anteriormente en el tratado de Londres, donde los Plenipotenciarios españoles prometieron restituir en especie ó dinero la artillería que sacaron de Cerdeña en 1717, se constituyó en Génova una comisión de la que formaban parte el "Marqués de San Felipe y el Marqués de Santa Cruz, que estaba aún en rehenes por ella en Turín.» En los archivos de Simancas y de Alcalá de Henares existe la correspondencia del Marqués de Grimaldo y otros ministros desde Italia, en los años de 1721 á 1727, y en una de las cartas dirigidas al Marqués de Grimaldo, fechada en Caller (Cagliari) en 26 de junio de 1721, pide permiso el Vizconde de Puerto para pasar á Turín, por el mal trato que recibía del gobernador virey Barón de Saint Remy. Finalmente en el archivo del Marqués de Bellet se nos dice hay una nota en la que se consigna haber estado en Cerdeña en calidad de rehenes cuando se evacuó la isla, pasando después en esta misma calidad á la corte de Turin, citándose también haber sido encargado de Negocios en Génova y Plenipotenciario en Soissons.

Afirman con insistencia todos los biógrafos, la buena acogida que tuvo el Marqués, fuese cualquiera la misión que desempeñase, en la corte de Victor Amadeo II, de quien aseguran fué tan bien quisto, que le confiaba hasta negocios de familia, siguiendo su parecer en todos los asuntos. De este modo, logró evitar la adhesión de aquel monarca, harto indeciso y variable, al Tratado ó Liga de Hannover, convenida entre Inglaterra, Francia, Prusia y más tarde otras naciones, en previsión de los daños que podrían sufrir á causa de las intrigas del atrevido Riperdá, que consiguió, después de grandes maquinaciones, la alianza de España con el imperio; prestando asimismo el marqués otros servicios diplomáticos á su país gracias á su buen tacto y á su prudencia. No le ocupaban, sin embargo, únicamente las tareas de esta índole, durante aquel período, sinó que estaba entregado con ardor á sus estudios y aficiones literarias, como puede verse por la publicación de su obra monumental, por los proyectos é ideas que enunciaba en su correspondencia con los primeros literatos de España y de Italia, y por sus trabajos de toda clase. Según se desprende de las cartas del Abate Muratori, contenidas en el tomo VI de las Reflexiones Militares, cambiaba sus obras con las de aquel conocidísimo literato é historiador insigne, cuya fama es general por el gran número de eruditísimas obras que ha dado á luz y con quien parece le unían los lazos de una buena amistad. El señor Fuertes Acevedo asegura que durante su estancia en Turín «convirtió su palacio, el Marqués, en una verdadera Universidad, donde concurría no sólo la juventud más florida de aquella ciudad y donde se trazaron los primeros trabajos para el Diccionario Universal, sinó que el mismo rey Víctor Amadeo de Saboya, prín-



cipe ilustradísimo en las letras y en la política, se dignaba concurrir á oir y dejarse oir en los asuntos literarios.»

En 1727 y debiendo reunirse en la ciudad de Soissons (Francia), un congreso para tratar de una paz definitiva entre las naciones europeas, fué nombrado el Marqués de Santa Cruz para asistir á él como segundo plenipotenciario con grado de embajador extraordinario, siendo primero el Duque de Bournonville, y tercero D. Joaquín de Barrenechea; asistiendo como consultor, el célebre D. Melchor de Macanaz. En el Archivo de Simancas, (Legajo 7,540 — Secretaria de Estado,) existen dos cartas oficiales que así loafirman, y en una de ellas se señala al Marqués de Santa Cruz 1,500 escudos de plata doble por sueldo mensual y 20,000 escudos de ayuda de costa por una vez para los gastos de su viaje y equipaje. También hay en dicho archivo un Memorial de la Marquesa de Santa Cruz pidiendo se abone á su marido el sueldo de mariscal de campo por todo el tiempo que sirvió de plenipotenciario además del que le correspondía por este empleo, como lo habían gozado los otros dos personajes ya nombrados: en este documento aparece que el Marqués sirvió aquel destino desde el 26 de octubre de 1727 hasta el 26 de enero de 1731, época en que volvió á España. Como vemos, no se habla aquí de la embajada en París que muchos de sus biógrafos le confieren, y sí sólo de la plenipotencia en Soissons, si bien conforme Lafuente y otros historiadores, después de muchas é inútiles conferencias entre los diplomáticos europeos en esta última ciudad, ocupados en consultas, banquetes y dilaciones. decidieron trasladarse á París en 1729, donde continuaron sus tareas sin obtener tampoco ningún resultado. Durante todas estas negociaciones adquirió excelente fama de hábil y entendido entre sus colegas el Marqués de Santa Cruz, logrando, según hace notar Macanaz, se atendiera grandemente su parecer en todos los asuntos. En la capital de Francia, lo mismo que en Turín, continuó sus estudios y trabajos literarios, publicando allí, según se ha dicho, el tomo XI de su excelente obra, y haciendo algunos ensayos y pruebas con armas de fuego, lo cual se menciona en el tomo XI. Entre los varios escritores y literatos que se honraban con su amistad, citaremos además de su traductor Vergy, al caballero Folard, autor militar conocidísimo y muy apreciado, que le consultó sobre una bayoneta de su invención más firme y segura que la usada, y á quien trató con cierta intimidad, siendo conocidos ya de más antiguo, según lo indica el mismo Marqués en el referido tomo, pidiendo la prioridad para ciertas ideas en que coincidían (6).

La corte de Madrid en vista de las vacilaciones y engaños con que entretenían á los diplomáticos del congreso los ministros franceses, y de las falaces promesas con que esperanzaban al capitán general D. Lucas Spinola, embajador extraordinario en París, y cuyo optimismo no era compartido por Santa Cruz que así lo escribía á su gobierno, según hace notar Campo Raso en su Continuación á los Comentarios de San Felipe; ordenó á Barrenechea y al Marqués regresaran en seguida, como lo verificaron á principios de 1731.

Tratose entonces, según afirma D. Melchor de Macanaz, de nombrar al de Santa Cruz ministro de la Guerra en reemplazo del Marqués de Castelar, que había sido destinado como embajador á París; pero puso dificultades el partido de la reina Isabel Farnesio, que parece era hostil á Navia Osorio. Destinósele con fecha de 23 de julio del mismo año de gobernador á Ceuta, como consta en un documento del archivo de Simancas y lo corrobora la portada de su Rapsodia económico-política impresa en 1832, no faltando quien diga se hizo este nombramiento para alejarle de la corte.

Decidida por aquel tiempo la reconquista de Orán, organizose á principios de dicho año una expedición formidable, y elegido para mandarla el general Conde de Montemar, que conocía de mucho tiempo al Marqués y apreciaba sus brillantes cualidades, por haberle tenido á su lado en otras campañas, le pidió para que le acompañase como su segundo ó jefe de Estado Mayor: así lo indican acertadamente algunos de sus biógrafos, y puede colegirse de no nombrársele especialmente por ninguno de los historiadores que detallan el desembarco de las tropas y la toma de la plaza, sin señalarle como jefe de fracción alguna de las fuerzas que operaron. Antes de salir de España fué ascendido á

teniente general en premio bien merecido y retardado de sus relevantes y dilatados servicios de toda clase, según indica con razón el canónigo González Posada. Zarparon (7) la escuadra y los trasportes de Alicante el 15 de junio llevando á bordo 26,000 hombres y 170 piezas de artillería y el 25 llegó el ejército á la vista de Mazalquivir, pero hubo que diferir cuatro días el desembarco, que se verificó el 29, batiendo á la morisma que opuso débil resistencia, y se entró en la plaza al día siguiente, sin necesidad de sitio, por haberla abandonado los defensores. Dueños los españoles otra vez de Orán, después de algunos años de haberla perdido, volvió á España el Conde de Montemar sin haber sabido aprovechar el terror que produjo la expedición entre los infieles, expedición que hubiera facilitado muchísimo la conquista de todo el litoral hasta Argel, si en lugar de reembarcarse el ejército hubiese continuado avanzando. Perdiose así por desgracia la oportunidad de asentar fuertemente nuestro poderío en África, y más tarde otra nación nos suplantó en aquel territorio, dificultando nuestro cometido histórico y providencial.

Al regresar Montemar encomendó su conquista al Marqués de Santa Cruz con 8,000 hombres, número insuficiente para resistir los ataques de las muchedumbres musulmanas, que seguramente habían de caer sobre la plaza en cuanto la vieran aislada. Rehizo el activo gobernador, para contrarestar los ataques, las fortificaciones medio derruídas y comenzó nuevas obras de defensa, castigando repetidas veces á los enemigos que, creciendo en audacia, tenían asediada la guarnición, atacándola sin cesar, por lo cual hubo de pedir refuerzos á España. Llegaron estos oportunamente en su mayoría; y para escarmentar á los moros, decidió Santa Cruz hacer una vigorosa salida, que verificó el 21 de noviembre al frente de 8,000 hombres, dejando antes bien guarnecida la plaza.

En muy buen orden y aprovechando las circunstancias del terreno, demostrando así la pericia del general, avanzaron los españoles contra el campamento enemigo, arrollándolo todo, y á pesar del valor extraordinario demostrado por los moros, fueron estos derrotados y perseguidos con más ardor que prudencia. Desordenados un tanto los vencedores y rehecho el enemigo, cayeron sus muchedumbres sobre los mermados batallones de Santa Cruz, que vacilaron al principio, y se dieron á la huída. La plaza habría sucumbido si el Marqués, al frente de la reserva compuesta de seis batallones formados en cuadro con cuatro piezas de artillería, no se hubiera precipitado con denuedo sobre las masas que avanzaban, obligándolas á detenerse y dando lugar á que, reorganizados los españoles y con el oportuno auxilio de algunas tropas que acababan de desembarcar, pudieran volver á tomar la ofensiva, derrotando por completo al ejército sitiador. Desgraciadamente en tan heróico esfuerzo perdió la vida el vizconde de Puerto, cayendo herido y espirando al poco tiempo entre sus valientes de Asturias, cuyo regimiento por una singular coincidencia, formaba parte de las fuerzas de su inmediato mando, conforme dice el ya citado Clonard, quien, añade, fué tan sangriento el choque, que áun se conoce el sitio donde ocurrió, con el nombre de barranco de la sangre.

Todos los historiadores (8) ensalzan y enaltecen tan heróica muerte, digno fin de una vida ejemplar noblemente empleada, y dan detalles y pormenores sobre aquella acción tan sangrienta como gloriosa. William Coxe dice así: "A pesar de un refuerzo tan considerable, el ejercito barbaro que constaba de unos 50,000 hombres seguía estrechando vivamente el fuerte de Santa Cruz. El gobernador de Orán Marqués de Santa Cruz así que recibió el auxilio de las tropas, municiones y víveres tan largo tiempo deseado (porque ya empezaba á haber escasez en la plaza), hizo el 21, después de celebrado un gran consejo de guerra, una salida con 8,000 hombres para atacar á los bárbaros á pesar de su superioridad, pues habia cinco africanos por cada español. Este habil general emprendió la acción al día siguiente del desembarco para sorprender á los infieles, que naturalmente habían de creer que se daría algún tiempo de descanso á las tropas, y. el ataque fué tan bien meditado que tuvo el éxito que se esperaba. Los bárbaros se defendieron con valor; la victoria de los españoles fué de las más completas, pero costó cara á los vencedores, porque perdieron al Marqués de Santa Cruz que se encontró entre los muertos..... En cuanto á los moros sufrieron una horrorosa carnicería, y después de aquel desastre no se atrevieron à presentarse en mucho tiempo.» El Conde de Clonard, después de describir la arremetida de la guarnición, así como su desorden en la persecución y el ataque de los moros, añade: "Allí se hubiera perdido la mayor parte de la guarnición española y con ella la plaza de Orán sin el denuedo heróico de Santa Cruz que se precipitó en medio del torrente enemigo con algunas fuerzas de refresco. Este golpe imprevisto desconcertó á los moros, quienes se detuvieron en su vigorosa marcha, dando lugar á los españoles para que se reorganizasen; pero el ilustre Marqués perdió la vida en lo más recio de la pelea, terminando con gloriosa muerte una existencia que servía de orgullo á su patria.» D. Modesto Lafuente dice en su conocida historia: "pero rehechos los moros al abrigo de una pequeña colina y arremetiendo con ímpetu á los españoles, de tal modo los desordenaron que hubieran tal vez acabado con todos ellos, á no haber acudido oportunamente con el resto de la guarnición el gobernador Marqués de Santa Cruz, que rehizo á los nuestros y cambió de aspecto y de resultados la pelea, aunque con la desgracia de que pereciese el Marqués con algunos brabos coroneles en la más recio de la acción.»

Campo Raso en la continuación de los Comentarios de San Felipe manifiesta que atacados los cristianos cuando estaban desordenados por la persecución emprendida contra el enemigo, "se introdujo en ellos confusión volviendo la espalda sin formación alguna: de cuyo movimiento regular se prevalieron los infieles arrojándose con furor sobre los españoles, los cuales sin duda hubieron perecido todos, á no haber acudido el gobernador Marqués de Santa Cruz con lo restante de la guarnición (que se mantenía en armas) para desembarazarlos del peligro, como en efecto lo logró; pero fué con el doloroso premio de perder su vida en lo fuerte de la acción, por el honor de las armas católicas y satisfacer la ambición de sus émulos.» Esta última frase parece dar razón á lo que algun biógrafo ha indicado de "que personas imparciales creyeron ver en las órdenes comunicadas de la Corte al gobernador de Orán intenciones siniestras.» El señor Fuertes Acevedo, conteste en un todo con el canónigo González Posada, indica que el Marqués "fué herido por una bala en un muslo y derribado del caballo; mas sin perder su serenidad ni su valor arengaba á sus tropas que se batían hasta con fiereza, pero ya todo fué inútil; pues el infeliz Marqués, fué hecho pedazos por los infieles, habiéndole cortado la cabeza antes.» El autor anónimo de la Histoire de l'Empire des Cherifs d'Afrique, impresa en París en 1833 y recomendada por el ilustre Jovellanos al citado canónigo González Posada, en sus cartas, dice lo siguiente, en contestación á los que culpan como temeraria la salida ejecutada por el malogrado Navia Osorio: "Aunque el Marqués sabía mejor que nadie que el gobernador de una plaza no debe salir de la que está confiada á su cuidado, le determinaron á ello tres cosas: la primera las órdenes de S. M. que le dejaba dueño de su conducta en esta guerra; la segunda su calidad de capitán general de provincia que le obligaba á defenderla en persona igualmente que á la plaza; la tercera y más fuerte que todas, el peligro en que se hallaba una guarnición numerosa y una plaza importante que quería mantener á costa de su propia vida. Así pues, como otro Codro, no se detuvo para sacrificarse por la patria.» Finalmente, en la repetidas veces citada obra Retratos de españoles ilustres, se termina así la biografía del Marqués de Santa Cruz: "Su muerte, acaecida á últimos del año 1732, coronó la gloria y brillo de su carrera. Había forzado á los berberiscos á levantar los sitios de los castillos de Santa Cruz y San Felipe; después quiso reunir sus tropas y se puso al frente de ellas; los enemigos le acometieron; los suyos le abandonaron, y herido él, herido también el caballo, sin poder absolutamente valerse, pereció heróicamente á manos de los bárbaros. Ellos triunfaron paseando su cabeza por las calles de Argel; y el Rey y el Estado lloraron tristemente la pérdida de un héroe cuvos talentos y servicios habían sido tan útiles y tan gloriosos.»

Grandísimo sentimiento causó en España la noticia de esta desgracia; y el rey Felipe creyendo al principio que sólo había sido hecho prisionero el Marqués, ordenó que inmediatamente se le rescatara á costa del Real Erario; mas luego cuando supo la fatal noticia, recompensó con largueza á la viuda, que quedó en cinta y que hizo venir de Orán, dotándola de una pensión de 3,000 escudos, nombrándola dama de la Reina, y dando al mayor de sus hijos, de edad de 13 años; una encomienda, al segundo que tenía 7 una compañía de caballos y al tercero una de infantería, según dice Campo-Raso y está con-

firmado. Refiere algún biógrafo que el Príncipe de Asturias don Fernando expresando en público su sentimiento por la muerte del Marqués, decía que hubiera preferido se perdiesen las posesiones de Africa á la pérdida de tan ilustre general, atribuyendo otros también al mismo Rey la frase siguiente al recibir aquella noticia: "Sentiría menos perder un ejército de 20,000 hombres."

Gloriosa, pues, fué la muerte del marqués de Santa Cruz, y digno final de una vida de soldado llena de servicios, de abnegación y sacrificios por la patria; pero no son estos los solos méritos que le dan derecho indiscutible á la consideración y aprecio de sus conciudadanos; su verdadera fama y la auréola de gloria que acompaña su nombre, las ha conquistado, sin duda alguna, como escritor técnico y profesional, y también como literato, siendo muchos los escritores eminentes que enaltecen y celebran sus obras y sus numerosos trabajos de tan diverso linage. Su gusto literario, su elegante estilo y lo atinado de sus observaciones campean gallardamente en las Reflexiones Militares, obra monumental, escrita entre el fragor de los combates y las fatigas de la guerra, y en medio de las tareas del gabinete, aconteciendo lo mismo con los demás escritos de su pluma; así lo aprecian otros muchos literatos con el sabio Feijóo, que en su Teatro critico universal, dice: "no faltan españoles que escriban con suma naturalidad el idioma nacional. Sirvan por todos y para todos de ejemplares D. Luís de Salazar y Castro, archivo grande no menos de la lengua castellana, antigua y moderna en toda su extensión, que de la historia, la genealogía y la crítica más sabia; y el mariscal de campo, Vizconde de Puerto, que con sus excelentes libros de Reflexiones Militares dió tanto honor á la nación española entre las extranjeras»: D. Manuel Juan Diana en sus Capitanes Ilustres, que considera al marqués como "uno de los hombres que más honran á la patria, y que tomando ora la espada, ora la pluma, conquistó justa celebridad como esperto general y como escritor profundo»: el autor de la Biblioteca Asturiana, manuscrito del siglo pasado, que afirma que «lo que más admira en este incomparable soldado, saliendo á la guerra en tan tierna edad y sin previos estudios de carrera escolástica alguna, se hiciese tan sabio entre los mismos trabajos y facnas militares, que en sus obras no se echa menos erudición alguna, de tantas que son menester para la constitución de un sabio»: el eruditísimo abate Muratori, que en su segunda ya citada carta, le dice: "asegura V. E. por modestia que no es filósofo, pero sus libros y discursos dan á entender que lo es, puesto que sabe descubrir los principios y las causas de las cosas..... Le felicito al verle tan discreto y tan profundo en el conocimiento de las cosas militares y enriquecido con tanta erudición antigua y moderna»: el afamado poeta D. Eugenio Gerardo Lobo, que en su Rasgo épico coloca en el cuarto lugar, entre 22 generales que nombra, à

> Un Santa Cruz, aquel que identifica, de tal suerte valor y entendimiento, que en su concepto por verdad se observa el ser lo mismo Palas que Minerva;

y en sus obras póstumas añade otros versos dedicados á la muerte del Marqués; don Vicente García de la Huerta, célebre autor de la Raquel, que manifiesta en su conocida Biblioteca Militar Española, publicada en Madrid en 1760, "no han faltado en nuestra patria grandes generales y entre ellos excelentes escritores, como lo acreditan las obras del Marqués de Santa Cruz, celebradas por toda Europa»: D. Vicente de los Ríos, que en su Discurso sobre los ilustres autores é inventores de Artillería, celebrando el Perfecto Capitán de D. Diego de Alava, dice: "es una obra digna en algunos lugares de la pluma del caballero Folard, ó del marqués de Santa Cruz.»

Elogian asimismo á este como escritor y por sus condiciones literarias, además de los nombrados, y según se lee en las ya citadas Memorias históricas del principado de Asturias, los siguientes autores: D. Gregorio Menéndez Valdés en sus Avisos Históricos; D. Francisco Gregorio de Salas en sus Insignes escritores difuntos en este siglo; el ex-jesuíta dor Martín Sanzano en su De Hispanorum Litteratus; el Marqués de Albentos en su Historia.



del colegio de San Bartolomé; D. José Manuel de Trelles en su Asturias ilustrada; don Andrés de Barcia en su Adición á la Biblioteca Mercantil; el director Peralta en la dedicatoria de la Pasión y tránsito de J. C., impreso en Lima en 1738; D. Santos Diez Gonzalez en su Apología de la Literatura Española; Mr. Du Real en su Ciencia de gobierno, y el abate Langlet de Fresnoi en sus Métodos para estudiar Geografía é Historia, editados

en París los años 1735 y 1742 respectivamente.

Las obras que ha dejado impresas el marqués de Santa Cruz, son las siguientes: Re-FLEXIONES MILITARES, que con sus once tomos constituyen, como se ha dicho, su principal timbre de gloria; Rapsodia económico-político-monárquica, publicada en 1732 en un tomo; Memorial dirigido á S. M., escrito en 1715 en queja del ministro Cepeda por los excesos cometidos contra los nobles de Asturias; Proyecto del vizconde de Puerto para un Diccionario Universal á los eruditos de España, que está unido al tomo VII de sus Re-FLEXIONES y que se continúa ampliándolo en los IX y X. Dejó también gran número de manuscritos sin darlos á la imprenta, en alguno de los cuales trabajó, según dice el canónigo Posada, su hijo D. Lucas de Navia, habiendo visto el autor de la Bibbioteca Asturiana en la casa solar de Santa Cruz un arca llena de papeles y notas, seguramente muy interesantes. En sus obras impresas se indican varias otras en proyecto y algunas ya escritas, mencionándose en la Rapsodia que tenía en estudio y casi terminados varios trabajos históricos, tales como la Historia de los tratados de España desde el rey D. Fernando el Católico hasta la época (a), cuyo manuscrito contiene datos que hacen sospechar ha servido después para escribir la Colección de Tratados de Bertodano, y un proyecto de Reglamento de Milicias de Indias, así como en el tomo XI de sus Reflexiones promete publicar en breve además de varias obras militares que detallaremos al hablar de aquella, por ser como su continuación, un tomo "no militar, sinó político», en que se trataría de fábricas, navegación y comercio de España, y también un proyecto de "Academia política, donde la juventud se instruyese para la carrera del Ministerio.» Finalmente, en la Historia de la Academia Española, Introducción al Diccionario de la lengua castellana, se lee, que el Marqués remitió desde Turín dos proyectos de un Diccionario Universal de las lenguas española, francesa y latina, y en la obra tantas veces citada Retratos de españoles ilustres, se habla también de un Diccionario Enciclopédico, ideado por Navia Osorio.

Su obra principal las Reflexiones Militares ocupará aparte nuestra atención, haciendo aquí antes tan sólo algunas apuntaciones sobre las demás obras y proyectos del Marqués, que no sólo demuestran su erudición vastísima y buen gusto literario, sinó tam-

bién sus profundos conocimientos en los diversos ramos del saber humano.

La Rapsodia económico-político-monárquica, impresa en Madrid en 1732, siendo ya el autor teniente general, es juzgada muy favorablemente por el catedrático D. Manuel Colmeiro (9) en su Biblioteca de los economistas españoles de los siglos xvi, xvii y xviii, entre los cuales le cita, considerándolo como partidario propagandista de las ideas de D. Gerónimo de Uztariz, al que alaba grandemente por estar de acuerdo con las doctrinas económicas del gran Colbert. Así lo aprecia también el Sr. D. Luís Vidart, conocedor de estos asuntos, quien dice es el Marqués un economista reformador y progresivo; estando conforme con dichas apreciaciones el distinguido catedrático de economía política de Sevilla señor barón de Sabasona, y ocupándose asimismo en la Rapsodia, con encomio el Dictionaire de l'Economie politique de Coquelin y Guillaumin.

El proyecto de Diccionario universal de las lenguas española, latina y francesa, que según el señor Acevedo que lo cita, se proponía nuestro autor comprendiese todas las voces propias de la historia, geografía y demás ciencias y artes indagando sus etimologías, es prueba evidente de su grande aplicación y excelentes dotes literarias. La Academia de la Lengua, opinó en el dictamen dado sobre dicho pensamiento "que era una de aquellas

⁽a) Existen en el Archivo general central de Alcalá de Henares legajo 4,900—Estado—Años 1734 y 37, algunas comunicaciones que mediaron después de la muerte del Marqués para recuperar los papeles que se entregaron con este objeto.

ideas que lisongeaban á los espíritus grandes como el de aquel ilustre y celoso español.» En dicho opúsculo, como en los folletos donde según hemos visto se anunciaba la formación de un Diccionario Enciclopédico, puede fundar seguramente el Marqués un verdadero título de gloria literaria por los grandes conocimientos que para su realización se necesitan, y que se descubren en los detalles que da al proponerlo. "Este pensamiento, dice el autor anónimo de la biografía de Retratos de los españoles ilustres, inspirado por el amor á la gloria y utilidad de su patria, tenía acaso el primer lugar en su cuidado. Concibiole con grandeza, combinole con madurez, llevó la atención más exquisita desde el plan general de la obra hasta las partes más menudas; convidó á todos los sabios de la nación para que concurrieran á ejecutarlo; ofreciose él mismo á trabajar cuanto cupiese en sus fuerzas; no se detenía ni en costas ni en sacrificios; recomendábalo á la Academia y al Rey; y finalmente, si las circunstancias del tiempo no permitieron que se efectuase una empresa tan vasta y sublime, por lo menos el genio que pudo idearla, el anhelo laudable por el progreso de las letras, una erudición tan grande y una aplicación tan continua, son prendas admirables de un hombre ocupado siempre en negociaciones de política ó en operaciones de guerra.»

Basándose en análogas razones y citando notables párrafos de dichos opúsculos (10), explica el señor Maldonado Macanaz en su artículo del Semanario Pintoresco, porqué da al ilustre Marqués el título de fundador de la Academia de la Historia. El señor Vidart que se ocupa también en este asunto, cree y opinamos como él, que el título que verdaderamente le corresponde es el de *iniciador* del pensamiento; ya que la idea que se descubre en los referidos proyectos, de asociarse varios sabios para el estudio de la Historia, encargándose de la confección de un diccionario á propósito, era precursora de la que presidió à la formación de aquel centro científico, pocos años después debidamente organizado. El decreto de 18 de abril de 1738 por el cual se constituyó la Academia de la Historia (11), iniciada por unos cuantos literatos que se reunían en casa del señor Hermosilla, desde 1735, es decir, apenas tres años después de la muerte del Marqués, manifiesta terminantemente ser como el principal objeto de aquella sabia asociación, la creación de un diccionario, el que, según se lee en las Memorias de la Academia al historiar su organización, se trató de formar bajo un método análogo y adaptando casi las mismas subdivisiones del que había propuesto Navia Osorio desde Turín: es pues muy razonable creer no fué extrana la idea del vizconde al pensamiento que dió origen é impulso á aquella fundación, viniendo en apoyo de ello los detalles que se leen en el historiador Coxe al tratar este asunto.

No eran menos dignas de aprecio en el Marqués de Santa Cruz sus prendas personales y morales que su valor é inteligencia, y sus biógrafos están todos contestes en alabarle y celebrarlas. El canónigo González Posada que alcanzó á sus contemporáneos, dice: "que su pasión dominante era el bien público, y después de éste, lo que más le interesaba era su familia, entre la que hallaba toda la satisfacción que puede desear un hombre de bien.» "Su carácter, dice también el mismo biógrafo, era vivo y enérgico, al propio tiempo que alegre y sociable, y muy amante de la verdad. En el trato civil no se sabe si fué más su graciosa afabilidad, su moderación ó su viveza, procurando llevar á todos á la verdad.» Su amigo D. Melchor de Macanaz, nos dice que "era de mediana estatura; pero muy proporcionada, más gordo que flaco, de hermoso rostro, de gran prontitud en discurrir; sus dichos, célebres en las conversaciones y áun en los negocios más arduos, podrían llenar un gran volumen; su cólera era grande, pero aún era mayor su prudencia y su bondad, pues áun con un doméstico, el último de su casa, á quien en la cólera, le hubiese dicho una palabra descompuesta, de allí á un instante le pedía perdón. Con un aire tan noble, que hacía ver á todos, que no era capaz de ofender á ninguno ni darile materia para dudar de su buen corazón.» Sus biógrafos todos están contestes en alabar sus virtudes, como modelo de esposos y de padres; era buen cristiano, hombre piadoso firme en sus creencias y convicciones; y en todos sus escritos se manifiestan sus sentimientos religiosos. Así lo prueban las numerosas citas que hace de diversos pasajes de la Sagrada Escritura para apoyar sus máximas, inspiradas en la moral católica. El señor

Digitized by Google

BIOGRAFÍA

Maldonado Macanaz afirma "que su generosidad rayó en exceso, y dejó su casa muy empeñada por el servicio y decoro de la monarquía. Fué como ciudadano, honrado padre de familia, noble, amante y desinteresado.» Este desinterés y nobleza de carácter, lo demuestra bien claramente en toda su principal obra, y en las nobles frases de la dedicatoria del tomo XI al Rey, cuando pide un regimiento, cediendo su empleo de Plenipotenciario y otros. Prueban asimismo su esplendidez y el precario estado de su patrimonio, las siguientes frases del Memorial ya citado, en que después de decir está en rehenes en Cerdeña, añade que: "obligado á gastos excedentes á su sueldo para mantenerse con decencia en una corte extranjera, no tiene forma de ayudarse con sus rentas, porque en los repetidos viajes de mar y tierra empeñó su casa, y en su dilatada ausencia de esta, desperdició lo restante de su hacienda.»

Dice el benedictino Feijóo en sus cartas eruditas que "entre las muchas virtudes ilustres con que estaba adornado el Marqués de Santa Cruz, poseía en grado sumo la de la modestia, de modo que no sólo no se le oyó jamás una palabra en que expusiese algún concepto de su mérito, mas ni oyó con agrado alabanza alguna que le tributasen en su presencia, y antes discretamente repelía el elogio procurando persuadir eficazmente que era inmotivado.» Esta modestia se descubre á cada punto, en todos sus escritos, lo mismo que su dulzura y condescendencia, que hacen exclamar á Trelles al hablar de su muerte: "funesto suceso que no podremos referir sin lágrimas los que conocimos y tratamos al Marqués y tubimos experiencia de sus muchos talentos y amabilidad.»

Como acontece siempre á las personas de valer, tuvo émulos y envidiosos que le calumniaron y dañaron con sus críticas, según el biógrafo de los Retratos de españoles ilustres, quien á este propósito dice, que "la envidia y la calumnia que nacen con el mérito para derribarle, ó deprimirle, asestaron también sus tiros contra el suyo; pero él solo se defendió de ellos con su moderación y sus virtudes.» Y que las poseía en grado eminente lo da á conocer el que tenía licencia, según afirma en el cap. XI, Libr. VIII de las Reflexiones Militares, para leer libros prohibidos, cosa que en aquellos tiempos no se concedía como es sabido, más que á las personas de reconocida instrucción, prudencia y cristiandad, según dice el ilustre general Arteche refiriéndose al heróico defensor de Gerona Alvarez de Castro: como también son buena prueba de su bondadoso y noble carácter, las siguientes líneas de la advertencia con que va encabezado el tomo I de las Reflexiones: "en algunos pasajes discurro contra el vicio sin acordarme en particular del vicioso: protesta que adelanto, porque alguien no se fabrique en su desconfianza, la ofensa que no pensó en hacerle mi pluma.»

Contrajo don Alvaro de Navia Osorio tres matrimonios, según dice el canónigo González Posada; el primero con doña Francisca de Navia Montenegro, hija de los señores Marqueses de Ferrera, el segundo con D.º Isabel de la Rocha, noble catalana, y el tercero con D. María Antonia Bellet, hija del teniente general D. Juan Esteban Bellet. De su primera esposa tuvo dos hijos; D. Juan, que le sucedió en sus estados, según aquel biógrafo, y D. Iacinta que casó en Galicia con D. Diego de Oca, señor de la casa de la Mezquita. De D. Isabel tuvo otros dos hijos; D. Sebastián y una niña que se casó en Valencia con el señor de Casasus. Finalmente de D. María Antonia Bellet tuvo cinco: D. Alvaro, exento de Guardias, en 1760, y casado con D.º Manuela de Navia, primogénita de los marqueses de Ferrera, D. Victorio, D. Lucas, que falleció en 1759, y era capitán del regimiento de España, con el grado de coronel, D. Irene y D. Manuel, de los cuales sabemos que el primero debió nacer en 1719, el segundo en 1725 en Turín, y el tercero en París en 1728, según las edades que marca Coxe al dar cuenta de las gracias que hizo el Rey á la familia cuando murió el Marqués. D. Victorio llegó á ser teniente general, capitán general de Valencia y Comendador de Zafra en la orden de Alcántara; D. Lúcas, según refiere el citado canónigo Posada debió dedicarse á la literatura, pues dice se ocupó en los manuscritos de su difunto padre, constando por cartas de D. Victorio al Marqués de Bellet, que vivía don Alvaro en 1768 casado y con familia. D. Manuel fué canónigo de Valencia; y finalmente D. Irene casó con el Marqués de Grimaldo y adquirió renombre como poetisa, resplandeciendo su estro en varias composiciones latinas y castellanas, entre otras en unas endechas llenas de ternura y erudición varonil, excitada de la memoria gratísima a su buen padre, y en una oda dedicada al infante D. Felipe, cuyas composiciones se insertaron en la famosas Memorias de Trevoux del año 1742. Según consta en el archivo del señor Marqués de Bellet (12) el casamiento de D. Alvaro de Navia Osorio con D.ª María Antonia de Bellet, se verificó en el Puerto de Santa María el 24 de mayo de 1719 por poderes, pues aquél estaba en Cagliari (Córcega) desde donde están firmados. No tubo el Marqués sinó hermanas, al decir del citado Trelles y una de ellas, D.ª Rosa, se casó con su suegro el Marqués de Ferrera.

Hasta aquí alcanzan los datos que hemos podido reunir sobre la vida y obras del marqués de Santa Cruz de Marcenado, quien en los 47 años 11 meses y 3 días que vivió, alcanzó á ser teniente general, ministro plenipotenciario de España en el Congreso de Soissons, desempeñando otras misiones diplomáticas en París, Génova y Turín, gobernador de Cagliari, de Ceuta y de Orán, inspector de tropas en Andalucía y Cerdeña, y comendador de la orden de Santi-Spiritus (a), habiéndose encontrado en su vida militar según manifiesta en el Memorial ya citado, "una vez cercado, cinco sitiado, dos herido, en cuatro asaltos á la cabeza de los granaderos y en más de veinte reencuentros ó funciones campales." Bien podemos pues, al conocer todos sus hechos, exclamar con Virgilio: "Pertenece sólo á la virtud ó al valor el extender la fama por medio de sus acciones. Un genio ó una virtud superior puede pasar salvando el breve espacio de la vida humana, y consagrar el nombre de su posesor á la inmortalidad."

II.

Las Reflexiones Militares del marqués de Santa Cruz constituyen su obra magistral y más importante, y la que más le ha valido la justísima y merecida fama de que goza, elevándole á una envidiable altura, entre los más esclarecidos escritores militares. Bastaría esto seguramente para obligarnos á dar siquiera fuese una ligerísima idea de su plan; pero muévenos además á ello, la consideración de que en el estilo elocuente y en el fondo clásico de la obra; en lo atildado de la forma, en la dicción, por lo general, castiza (b), en lo profundo de sus máximas, en lo exacto de sus ejemplos, en lo numeroso de sus citas, y en lo ordenado de su método, se descubre desde luego y está perfectamente retratado el noble carácter del autor, su alma elevada, su poderosa inteligencia, su pasmosa erudición, su acrisolado patriotismo, su modestia, su piedad; todas aquellas cualidades en fin, con que sus demás hechos y acciones le presentan á nuestra admiración. No es posible, pues, que en su biografía deje de ocupar un lugar preferente cuanto se refiere á tan ensalzada obra.

Consta esta de once tomos, de los cuales el I, II y III están impresos el año 1724; el IV, V y VI en 1725; el VII en 1726; los VIII, IX y X en 1727; y el XI en 1730; los diez primeros lo están en Turín; por Juan Francisco Mairesse los I, II, V, VI, VIII y X, y por Alejando Bimercato los III, IV, VII y IX. El tomo XI está impreso en París por Simón Langlois. Cada uno de los diez primeros tomos, que forman las Reflexiones Mi-



⁽a) En el Archivo de Alcalá de Henares, Leg. 3,564 del año 1725, existe una lista de los caballeros, comendadores y oficiales de la orden de Santi-Spiritus, en la cual está incluído el Marqués de Santa Cruz.

⁽b) Hay quien opina que su estilo no era castizo y que incurría en galicismos. Por nuestra parte creemos que las Reflexiones Militares, unen á su grandísimo mérito técnico un mérito literario notabilísimo, y que si es cierto que la obra no está exenta de algunos galicismos muy admitidos en aquella época, también lo es que debe servir de disculpa al autor, su larga ausencia de la patria y los otros motivos que el mismo marqués alega en sus Reflexiones.

BIOGRAFÍA

trares propiamente dichas, va precedido de un notable resumen ó sinopsis en latín, firmado por Carolus Hiacintus Ferrerius, Societati Jesus.

El tomo I parte 1.º, está dedicado al rey Felipe V, constando de XV + 540 páginas y contiene los libros I, II y III con los índices y una tabla de naciones, principes, escritores y hombres famosos. En el libro I trata de las virtudes morales, políticas y militares de un jefe de país y de ejército; en el II de los motivos de la paz y de la guerra y precauciones sobre alianzas y socorros, y en el III de las disposiciones para una guerra. El tomo II, dedicado también á Felipe V, consta de VIII + 413 páginas y contiene los libros IV, V, VI y VII más indices y tablas. El libro IV trata del principio de la guerra; el V del campar; el VI de las marchas y el VII de los espías amigos y enemigos. El tomo III, dedicado asimismo á Felipe V, consta de 384 páginas y contiene el libro VIII que trata de las rebeliones. En el tomo IV empieza la parte II y consta de 486 páginas comprendiendo los libros IX y X, de los cuales el primero da las reglas de la ofensiva y los motivos y forma de obligar á los contrarios á una batalla, y el libro X de cuándo conviene facilitar un combate y la manera de que España tenga una poderosa escuadra naval. El tomo V está dedicado al príncipe de Asturias D. Fernando; consta de 336 páginas incluso los índices y contiene el libro XI, en el que se discurre sobre las disposiciones para una batalla, y además un apéndice sobre la armada y flota que salió de Barcelona para la isla de Mallorca. El tomo VI está dedicado al infante D. Carlos, consta de 280 páginas y contiene los libros XII y XIII; el primero refiere lo que tiene que hacer un jefe durante la batalla, y el segundo cuando el éxito queda indeciso ó la ganó declaradamente. A continuación inserta dos cartas del famoso abate Muratori con las respuestas del autor. El tomo VII está dedicado al duque de Parma; consta de X + 784 páginas y contiene el libro XIV que trata de los ataques y bloqueos de toda clase de plazas. El tomo VIII, dedicado al príncipe Eugenio de Saboya, generalísimo del Imperio, consta de XVI + 338 páginas y contiene los libros XV y XVI, de los cuales el primero se ocupa en las sorpresas de plazas y cuarteles y de tropas en campaña, y el segundo en emboscadas y pasos de ríos: contiene además este tomo el proyecto para un Diccionario Universal. En el tomo IX empieza la parte 3. y está dedicado al rey de Cerdeña Amadeo II; consta de X + 303 páginas y contine el libro XVII, ocupándose en la guerra defensiva: al final se añaden algunas páginas sobre el Diccionario Universal de que habló en el anterior volumen. El tomo X está dedicado al rey D. Felipe V de España y consta de 786 páginas comprendiendo los libros XVIII, XIX y XX, que tratan respectivamente de los motivos y formas de evitar el combate; de las oportunas diligencias para después que se halla un ejército derrotado; y lo que conviene hacer cuando se retira de los enemigos, después de haber combatido. Al principio del tomo van insertas las cartas de felicitación y elogio dirigidas al autor por los reyes y príncipes á quienes ha dedicado los tomos; así como del principe Eugenio de Saboya, de los marqueses de Aitona, Risbourg, Caylus y Villena, conde de las Torres, príncipe de Cellamare, conde de Aguilar y de los Sres. D. Juan Francisco Manrique y Aranzona y de D. Eugenio Gerardo Lobo. También se ocupan algunas páginas al final del tomo con varias observaciones sobre un Diccionario histórico geográfico y advertencias ó avisos para la más fácil ejecución de un Diccionario Universal. El tomo XI, dedicado al rey Felipe V, á quien suplica le conceda un regimiento para poner en práctica sus ideas, consta de XVI + 446 páginas y 28 de la aprobación é índices; comprende el libro XXI, que trata de la formación de regimientos y de las armas de fuego (13). Existe también como ilustración á este tomo una colección en gran folió de planos y láminas, que consta de portada y nueve grandes láminas de táctica precedidas de un Aviso al lector sobre los colores de ellas. Dicho atlas debió publicarse posteriormente al tomo XI, según se indica en el Avis du traducteur del tomo V de la traducción de Vergy.

No considera el autor terminada su obra con los tomos publicados, pues según se ve en el tomo X, promete para más adelante la traducción aumentada del libro del caballero De Ville sobre el cargo de gobernador de una plaza; los computos militares; la nueva planta de tropas, milicias y marina; el Diccionario militar y una Biblioteca militar.

En el tomo XI publicó parte de los computos militares y la nueva planta de tropas, y en el prólogo de este tomo que es el libro XXI, promete publicar en breve otro que trate del hospital, carruajes de artillería y trén de víveres, y después otro con una nueva planta de milicias urbanas y batallones de marina. Este mismo lo confirma Vergy en el tomo V de su traducción, donde dice que el marqués prometió publicar sus Calculs militaires que debían comprender varios volúmenes, habiéndole enseñado el plan y los materiales para la obra todavía incompletos y sin ordenar. Asimismo el Sr. Fuertes Acevedo en los artículos publicados en la Crónica de Badajoz que hemos citado afirma que, después del tomo XI, se disponia á dar el XII á la estampa, y en él había de tratar de un reglamento de hospital, de carruajes de artillería y víveres, teniendo además el pensamiento de terminar la obra con el tomo XIII, que sería una traducción del Perfecto vivandero ó proveedor de armadas, escrito por Mr. Nodot é ilustrado por el autor.

De la obra que nos ocupa se han hecho varias traducciones á diferentes idiomas; al francés por Mr. Vergy; al italiano por Marino Frezza y al alemán por Von Bohn. De la traducción francesa se hicieron dos ediciones en 1835 y 1838, la primera en once volúmenes en 8.º y la segunda en doce en 12.º, que tiene la portada siguiente: Reflexions militaires et politiques, traduites de l'Espagnol de Mr. le Marquis de Santa Cruz de Marcenado, par Mr. Vergy. — A París, Chez Jacques Rollin fils, Libraire, Quay des Agustins à S. Athanase et au Palmier. M.DCC, XXXVIII, en 12.º Está dedicada à S. A. el Conde de Clermont, y en el prefacio después de un elogio de la obra, dice el traductor que se ha permitido variar el orden y hacer algunas alteraciones según la mala costumbre de varios traductores franceses; anade además que conoció particularmente al Marqués de Santa Cruz (14). Hay reimpresiones de esta traducción editadas en La Haya en 1739 y 1771, y en el Diccionario Militar de Bardin, se atribuye à Bardet de Villeneuve, á quien aquel llama plagiario, el haber tomado gran parte de la obra para la suya, titulada Cours de la Science Militaire, editada en La Haya en 1740, en 15 volúmenes en 8.º

La traducción alemana en seis volúmenes y doce partes se titula: Gedanken von Kriegs-un Staats-Geschästen. Aus dem Französuchen übersezt. Mil einer Vorrede des Herrn. P. F. von Bohn. Viena 1753. En 1775 se publicó por F. W. Zantmer en Göttingen en un volumen en 8.º un compendio de la obra bajo el título Autzug aus des Marqués Santa Cruz Marcenado-Gedanken von Kriegs-und, Staatsgeschästen.

La traducción italiana consta de siete volúmenes en 4.º y se editó en 1756 en Nápoles, siendo, según el general Almirante de quien tomamos estos datos, su autor Marino Frezza, Caballero napolitano y sargento mayor del regimiento de infantería real italiana, conocido por su obra Lo Squadronista ó sia Táctica militare, impresa en Nápoles en 1752 y dedicada al rey Carlos de las Dos Sicilias que más tarde fué Carlos III de España.

En español se ha hecho en 1787 un compendio (15) por el que sué después general, D. Juan Senen Contreras, y en 1850 se publicó en cuatro tomos otro arreglo en la Biblioteca Militar Portátil bajo la dirección del brigadier D. Leoncio de Rubín. Existe también en el Archivo central de Alcalá de Henares un expediente relativo á la publicación de las Reflexiones Militares, á instancia del capitán de infantería D. Dionisio de Artacho y de la Torre. (Legajo 3,234—Estado—años 1793 y 1801).

El hecho de haberse tan pronto traducido á diferentes idiomas la obra de que tratamos, bastaria seguramente á probar la fama que obtuvo en Europa, y el aplauso general que mereció á cuantos la conocieron, sinó lo comprobasen áun mucho más las alabanzas que tantas y tantas eminencias la han prodigado, reconociendo con una casi unanimidad, su mérito eminente. Los dos grandes capitanes que marcan el movimiento progresivo del arte militar desde que se escribieron las Reflexiones Militares, Federico II y Napoleón I apreciaban el libro del Marqués de Santa Cruz en todo lo que valía, y supieron aprovecharse de sus máximas, considerándolas como selectas y excelentes: el primero, al decir de un historiador, siempre tenía aquella obra encima de su mesa, repitiendo en cuantas ocasiones se le presentaban (16), que era una de las dos únicas obras clásicas conocidas de Re militari, y confesando le había servido de mucho para sus combinaciones tácticas, lo cual puede verse comprobado en un estudio concienzudo de ellas. En cuanto á Napo-

león I, son diferentes los pasajes de sus historias en que se citan varias máximas y frases contenidas en las Reflexiones Militares, lo cual indica el mucho aprecio que de ellas hacía el gran genio militar del siglo, y lo muy dignas que las creía de tenerse en cuenta.

De cuantos escritores militares nacionales y extranjeros han escrito después de publicada la celebérrima obra. muy contados son los que no la ensalzan con encomio, y no reconocen en su autor un distinguido mérito. Roquancourt en su conocidísima obra Cours elementaire d'art et d'histoire militaires, tributa elogios à Santa Cruz, al que llama notable escritor, y añade: "que el plan de la obra es metódico y bien ideado, y el estilo claro y natural, cualidades ambas que no suelen encontrarse en los escritores españoles.» El coronel Mr. Carrion Nisas, que puede considerarse como el más juicioso entre los historiadores del arte de la guerra, en su época, afirma en su conocida obra titulada: Essai sur l'histoire générale de l'Art Militaire publicada en Paris en 1824, que las REFLEXIONES MILITARES, es un libro que debe figurar entre los de primera clase del género á que pertenece, haciendo de él una crítica notable al examinar los escritores militares que brillaron después de la muerte de Turena (17). El Conde Guibert, célebre tratadista militar, alaba también á nuestro autor exceptuándole de los cargos que hace á otros escritores, y dice en la introducción al tomo I del Essay géneral de tactique, después de indicar la escasez de buenas obras militares y de calificar durísimamente á los escritores de su época: «Estoy muy lejos, sin embargo, de comprender en esa clase algunos respetables autores que han escrito sobre diferentes partes de la guerra distintas de la táctica, tales como Vauban, Santa Cruz, etc., etc. (18).» El comandante Labaume, autor de varias obras históricas muy celebradas, al ocuparse en su Manuel de l'officier d'Etat Major (París 1827) de los más célebres escritores militares antiguos y modernos, manifiesta que las Reflexiones del Marqués de Santa Cruz contienen multitud de citas, ejemplos y enseñanzas muy útiles para los militares y diplomáticos, y que sería conveniente para uso de los oficiales jóvenes, el que se hiciera un compendio en el cual se conservara todo lo más esencial de esta obra, "fruto, dice, de una larga experiencia militar, de una lectura inmensa y de una memoria prodigiosa.» Análogos aplausos se contienen en un artículo laudatorio que sobre esta obra se publicó en las famosas Memorias de Trevoux (1733), y también los mereció de los enciclopedistas autores del Diccionario Militar, los cuales se aprovecharon grandemente de ella, así como los de la Enciclopedia metódica, que copiaron gran número de sus capitulos. El anónimo autor de la Histoire de l'empire des Chérifs d'Afrique, dedica, según digimos, más de doce páginas al Marqués, cuando describe la batalla en que perdió la vida, sincerándole de los cargos que pudieran hacérsele por su impetuosa salida de la plaza de Orán. El historiador inglés Guillermo Coxe en su España bajo el reinado de los Borbones, traducida por el señor González Carvajal, ensalza en una nota los títulos del Marqués de Santa Cruz diciendo: "que en su heróica muerte, puso en práctica lo que había escrito en sus Reflexiones Militares, aconsejando al general que se halle empeñado en una batalla de condiciones semejantes á la que se libró en defensa de Orán, en 21 de noviembre de 1732, que pierda su vida en la pelea antes de intentar retirarse, estando rodeado por tropas de gran superioridad numérica.» El sabio abate Muratori en sus cartas al Marqués ya citadas, manifiesta la elevada opinión en que le tiene, dándole las gracias por haberle mandado su obra, y le añade, que le «está agradecido, porque le ha proporcionado la ocasión de conocer su nobilísimo ingenio y su rara pericia y erudición en la ciencia militar;» al final le excita á traducir el libro al italiano.

Debemos decir aquí por imparcialidad que Bardin, general francés y autor del Dictionnaire de l'armée de terre, ou recherches historiques sur l'art et les usages militaires des anciens et des modernes, editado en París el año 1840, y algún otro escritor de menos renombre como De Ligne, emiten críticas un tanto acerbas; pero debe tenerse muy en cuenta que aquellas estén impregnadas del espíritu anti-religioso de sus autores, que dirigen principalmente sus burlas contra las creencias católicas del Marqués tan manifiestas en su obra. Por lo mismo que semeiantes juícios son la excepción, vienen á confirmar la regla general.

La misma casi unanimidad de pareceres con respecto á las Reflexiones Militares se nota entre los escritores españoles, que están contestes en considerarlas como una obra eminente, y á su autor como uno de los primeros tratadistas militares de su tiempo. Además del favorable juício emitido en las cartas de felicitación comprendidas en el tomo X de la obra por personas todas competentes, entre las cuales merecen citarse el príncipe Eugenio de Saboya, el Marqués de Aitona, D. Juan Francisco Manrique y Aranzona, el Conde de Aguilar y D. Eugenio Gerardo Lobo, todos sus biógrafos le ensalzan á porfía, admirando el anónimo de la Biblioteca Asturiana, que en sus obras "no se eche de menos erudición alguna, de tantas que son menester para la constitución de un sabio.» El canónigo González Posada califica las Reflexiones Militares de "obra magistral", y en el prólogo de la edición publicada por la Biblioteca Militar portátil, se dice, que "pocos escritores habra que tanta erudición ostenten: pocos trabajos habra que hayan aparecido completamente acabados en medio de circunstancias enteramente contrarias cuando nada existia que pudiera abreviar la tarea del autor; cuando el terreno por donde penetró, era del todo nuevo; cuando había que luchar con añejas preocupaciones y crear, por decirlo así, un arte nuevo.»

En los Retratos de los españoles ilustres, obra publicada en 1791 por orden del gobierno, se dice lo siguiente, al hablar de nuestro autor: "Considerado como escritor, el vizconde de Puerto merece un lugar distinguido por sus Reflexiones MILITARES, libro clásico en su género, escrito en estilo claro y sencillo, con buen método, y un plan vasto, juicioso y felizmente ejecutado: algo recargado de alusiones y de citas. defecto más bien hijo de su modestia que de su ostentación. El mérito intrínseco de ella, es bien conocido de los buenos militares. Federico II nunca la separaba de su mesa, y ha sido en extremo útil á los enciclopedistas autores del Diccionario Militar.» El escritor D. Luís de Salazar, citado por Feijóo en su Teatro Crítico, al juzgar las REFLEXIONES MILITARES, dice: "El empeño es glorioso; el método admirable; el estilo elocuente, y el todo digno de una perpétua y generosa envidia;» y el mencionado Feijóo en el tomo VI de la misma obra le cita de esta suerte: "como ya advirtió el gran maestro de arte militar, el Marqués de Santa Cruz, en sus Reflexiones Militares.» El capitán Sr. Pasarón y Lastra se expresa así en su libro Milicia y Organización: "Al frente de todos los escritores militares de nuestra patria, figura como escritor profundo y experto general el inmortal autor de las Reflexiones Militares..... La afortunada Asturias tiene también la honra de haber producido al llamado principe entre los escritores militares de España y á ninguno segundo de las demás naciones. Cuando las Reflexiones Militares fueron traducidas al francés por Mr. Vergy, nada había en Francia ni en parte alguna del mundo, tan completo sobre las cuestiones sublimes del arte militar, sobre todo en cuanto á la parte moral y á la alta estrategia.» El capitán general D. Evaristo San Miguel, en el prólogo de la obra Capitanes ilustres, publicada en 1851 por D. Manuel Juan Diana (a), relatando las glorias del ejército español, dice así: "Las Reflexiones Militares, título demasiado humilde para una obra que abraza tantas cosas, fueron una producción magna, muy admirada en su tiempo por los extranjeros y por nosotros mismos, sin que el trascurso de mucho más de un siglo la haya sepultado en el olvido.» El general de ingenieros D. Pedro de Lacuze, al dar la relación de nuestros primeros tratadistas de milicia, en sus Principios de fortificación, impresos en Barcelona en 1772, dice: "Que las REFLEXIONES MILITARES comprenden todos los ramos de la guerra ofensiva y defensiva; es obra excelente, y como tal celebrada en toda Europa.» El teniente general conde de Clonard, en su Historia orgánica de las armas de Insantería y Caballería española, al relatar la conquista de Orán elogia grandemente al Marqués de Santa Cruz, á quien llama "oficial de eminentes cualidades que, dotado de un talento poderoso, había sabido unir con el áspero ejercicio de



⁽a) En esta obra también alaba el autor al Marqués y le apellida «príncipe entre los escritores militares de España y á ninguno segundo de las demás naciones», atribuyendo la frase á un autor que no nombra.

BIOGRAFÍA

XXV

las armas, el suave cultivo de las letras», haciendo lo mismo el erudito coronel D. Antonio Vallecillo, en su Apología de Villamartín, publicada en Madrid en 1880.

Pudiéramos anadir otros muchos juícios análogos de multitud de literatos y sabios españoles; pero concluiremos consignando el que emite el conocido general de ingenieros D. José Almirante, quien trata á la generalidad de los escritores militares de aquel tiempo con gran dureza, y sin embargo al mencionar las Reflexiones Militares en su Bibliografia Militar de España, dice lo siguiente: "Esta es una de esas obras inmensas en que no entra ó no debe entrar el escalpelo de la crítica. Hay que aceptarlas y respetarlas tales como son; como su autor las hizo.... Al Marqués de Santa Cruz hay que tomarlo en serio, con sus once volúmenes macizos; con su pasmosa y exhuberante erudición; con su buen instinto militar, que tanto contrasta con las pueriles ridiculeces de su tiempo.... En resumen, la obra de Santa Cruz es un monumento de literatura militar española, y levantado cabalmente en los tiempos en que las letras, la milicia y el país entero alcanzaba el nivel más bajo que registra la Historia. Por supuesto que en el extran-

jero es más conocido que en España.»

Pretensión y grande sería en nosotros si después de las respetables opiniones aquí consignadas, intentáramos emitir la nuestra razonándola, pues contra nuestra voluntad, podria ser calificada como conato de crítica, aunque esta no sea posible dadas nuestras desfavorabilisimas condiciones y escasisima competencia, ni la obra de que se trata lo permite, como acertadamente indica el general Almirante en el juício que acabamos de copiar. No por ello, sin embargo, dejaremos de señalar, arrostrando el que se nos tache de atrevidos, algunas observaciones que nos ha sugerido la lectura de las REFLEXIONES MILITARES, observaciones que pondrán, si posible fuera, más y más de manifiesto y de relieve el mérito extraordinario del autor, cuya perspicacia y adelantado criterio en ciertas cuestiones que en aquella época no estaban aún planteadas, le hacen apuntar ideas, indicar soluciones y proponer inventos, que en la actualidad todavía son objeto de controversia y enconados pareceres.

De los dos sistemas que se disputan la preferencia en el estudio del arte militar, el que Guichard denomina sintético y contrario al analítico, y que consiste en considerar aquella como una ciencia cuyas proposiciones se encadenan entre sí debidamente clasificadas, apoyándose en ejemplos que las comprueban, ó mejor que las sirven de base ó fundamento para elevarse á las verdaderas causas de los hechos, sin omitir después el estudio detallado de algún caso particular, es el adoptado por el Marqués para sus Refle-XIONES MILITARES, en las que ha condensado y expuesto con bellísimo estilo cuantas máximas y principios se leen en todos los autores antiguos y modernos, uniendo siempre, y esto forma su sobresaliente mérito, las reglas morales con las políticas y militares. "En casi todos los libros que pretenden instruír al Comandante ó Jefe, hallo, dice el Marqués con razón, el defecto de que los morales omiten las reglas políticas y militares, con lo que sólo sirven para el particular sin manejo. Los políticos olvidan frecuentemente las reflexiones morales. Los militares, por lo regular, hablan puramente de las armas, y el general que se guíe sólo por ellos, aprende poco para el gobierno de los pueblos que manda.» En todos los capítulos de la obra están expuestos los inmutables principios de la ciencia militar, y si no termina el autor su trabajo con un ejemplo particular como Montecuculi al detallar la campaña de Hungría contra los turcos, sistema imitado por Moltke en un famosísimo libro moderno, es porque, como indica respondiendo á este reparo, su libro es más general, y cada uno puede deducir de él los casos particulares.

En la preparación para la guerra, primera subdivisión que señala el citado Guichard, de las tres que componen el arte militar, siempre podrán citarse las elocuentes y brevísimas palabras con que el Marqués contesta á la pregunta que le dirige Muratori en sus cartas, de «cómo se hace la gente aguerrida.» Entre otras cosas necesarias para componer un ejército aguerrido, ó sea para la formación de los soldados, como diríamos hoy, cree Santa Cruz ser las principales las siguientes:

"Disciplinar à los soldados desde la paz.

Comenzar á ejercitarlos en las pequeñas funciones de guerra.



Después en las grandes.

Premiar á los que se distinguen para que hallen imitadores.

Castigar á los que no cumplieran, para que no tengan secuaces.

Honrar la memoria de los muertos, atender á sus familias y á los heridos y estropeados.»

¿No aparece clara en este sencillísimo programa la noción de las pequeñas y grandes maniobras; ese método de instrucción tan ponderado y en uso en todos los ejércitos modernos? Disciplina y ejercicios en las pequeñas y grandes funciones de guerra; hé ahí la verdadera y positiva escuela de la paz, encomiada por nuestro sabio Marqués, y si de su obra española se hubieran sacado ó puesto en práctica los principios militares que preconizaba, no hubiéramos tenido necesidad alguna de venir copiando del extranjero, aquello mismo que el extranjero bebió en nuestras fuentes.

En toda la obra tiende el autor á deducir de la estrategia, de la táctica y el terreno, de las ocasiones y facultades del Jefe, y calidades y número de las tropas, la consecuencia de vencer ó perecer en la guerra, recopilando sus doctrinas en forma de excelentes máximas al contestar al abate Muratori en sus epístolas ya citadas, y estas máximas á continuación reproducidas y apoyadas en numerosas citas, pueden considerarse como un excelente resumen de todo lo esparcido en los diez tomos de la obra.

«1.• El Dios de los ejércitos suele hacer que venza uno de ellos, en premio á la justicia, virtud y fe de sus combatientes; ó en castigo á la sinrazón, impiedad y vanagloria de los guerreros de otro ejército.

2.º Contribuye para la victoria la conducta del jefe.

3.º A veces la sola fama del comandante puede tanto como su conducta; porque anticipa á los enemigos un terror, del cual fabrica la victoria.

- 4.º Ni la conducta ni la fama del jefe bastan regularmente para conseguir la victoria, si aquel no tiene tropas de experiencia y de coraje, que sepan ejecutar lo que deben.
- 5.º Las armas útiles contra algunas de las que los enemigos practican, son defectuosas contra otras diversas; lo mismo sucede en el terreno, atento al diferente número de los ejércitos, al género de las armas de cada uno, y á su costumbre de pelear. Acontece lo propio en la formación respecto á la de los contrarios, y á la mencionada variedad del número de combatientes, de su disciplina, genio, armas y terreno: contribuye asimismo una formación más que otra, respecto al sol, al viento, á la luna y al puesto de la artillería, conque grandísima parte de las derrotas consiste en la respectiva calidad de las armas, y en la formación y el terreno de los ejércitos.

6.º Muchas de las circunstancias facilitan ó dificultan la victoria, al ejército que detiene ó al que abrevia los últimos términos de la comenzada batalla.

7.º A pesar de todas las justas providencias de un general se pierden algunas batallas por la intempestiva evolución de una tropa, que entendió mal una orden ó que se atemoriza de un inesperado accidente, ó de la voz echada por los ocultos parciales que tienen los enemigos en aquel ejército.

8.º Muchas veces pierde una batalla el ejército que al principio de ella se encaminaba à la victoria, porque su general no supo seguir el buen suceso con la prontitud y cautela que refiero en el libro XII.

9.º Por el contrario de lo arriba dicho, suele ganar la batalla el ejército que había comenzado á perderla, si el general sabe proporcionar el remedio á la calidad del daño, y sacar fruto del que empieza á mostrarse peligro: así como al amago de una indisposición ocasiona practicar la medicina que rectifica la salud del cuerpo humano.

10. Por fin digo, que de dos que se atacan, es natural que el uno venza, como la corriente de las aguas cede á la oposición de un antemural, ó este se despedaza con el impulso de aquellas. A veces el primero, después de maltratado, rechaza las segundas, obligándolas á nuevo curso; así acontece en alguna ocasión con los ejércitos que reciprocamente fracasados en el combate, dejan indecisa la victoria, y allí entra el arte del general en saber apropiársela.



11. Hay guerras, que sin batalla campal se terminan feliz ó infaustamente, pues aunque la batalla es la mayor acción de los ejércitos, no es la única ni la más frecuente; y el que no la quiera, de ordinario la puede evitar con los arbitrios propuestos en el libro XVIII.»

No faltará quien encuentre sobrado vulgares y hasta pueriles estas proposiciones, que sin embargo están consignadas en todas las obras de los más ilustres escritores, como en todas las máximas de los grandes capitanes, de un modo más ó menos explícito ó con apariencias más ó menos científicas; por nuestra parte y teniendo presente lo que nuestro autor dice, de que los "maestros de la profesión, entre los cuales no se contaba por efecto de su gran modestia, alcanzan sólo á reglas que pueden hacer la victoria verosímil, pero no infalible» creemos que meditando sobre las proposiciones señaladas, debe convenirse que en ellas está reasumida la esencia del arte de combatir y vencer.

En la nueva planta de tropas que propone en su tomo XI, da á cada regimiento de infantería una compañía de caballería legionaria, y á cada regimiento de caballería una compañía de infantes, y dice además en el libro III "enséñense los infantes á montar en grupa de la caballería, porque se ofrecerá muchas veces ejecutar esta diligencia en la guerra», indicando en distintos parajes el modo de utilizar estos servicios. La infantería montada, institución que hoy se estudia en varios países, sobretodo en Inglaterra, y se ha empleado con éxito en campañas recientes, eno tiene mucha ó completa analogía con esta idea del sabio Marqués?

Las prevenciones que da nuestro autor para las marchas, parecen escritas en nuestros días, y son idénticas ó superiores á las que consignan los autores modernos: en cuanto á patrullas y avanzadas, en el libro VI refiriéndose á los jefes de ellas, dice lo siguiente: "Que les digas á qué hora y por qué camino marchará tu ejército á fin de que sepan adonde te dirigirán los avisos de los movimientos que vayan ejecutando los enemigos. Convendría que el comandante de la partida, se llevase un reloj y papel y tinta para expresarte la hora en que observe cualquier novedad considerable, sin el peligro de que te llegue la noticia equivocada en la relación del soldado á quien se cometiese de palabra este encargo». Un autor moderno, por ejemplo el tan renombrado Lewal, ó Perizonius, podría muy bien, al decir otro tanto, teniendo en cuenta la diversidad de épocas, conceder la prioridad de estas y otras muchas ideas, que campean en las Reflexiones Militares.

Las nuevas formaciones tácticas, que así pueden llamarse las que proponía el Marqués de Santa Cruz, y que utilizó con buen criterio Federico II de Prusia, acusan un notable adelanto para su época, y áun en nuestros días son dignas de estudio, puesto que el ataque y defensa de los flancos, cuestión hoy importantísima, no lo era menos para el Marqués, ya que miraba de preferencia que los costados, en sus formaciones, fuesen más fuertes que el frente; "pero los enemigos decía, jamás pueden abrazar mi flanco sin evidente riesgo de ser batidos."

Hablando del fondo de sus formaciones, dice también: «¿hasta hallarse los enemigos á tiro de fusil, quién te embaraza de cubrir con una simple fila de los más inmediatos soldados de tropas sueltas, diversos intervalos para que los artilleros enemigos no distingan donde están las tropas de mucho ó de poco fondo?» Aquí pueden verse en embrión, las líneas de tiradores cubriendo las reservas, y ocultando al enemigo los movimientos de las masas.

Partidario de la ofensiva táctica, que, hoy tanto se ensalza, sobre todo por los alemanes, dice: "desde que llegan los contrarios al tiro de fusil pocas descargas harán las baterías enemigas, si no pierdes tiempo en avanzarte al abordo, como debes ejecutarlo.»

En cuanto à la táctica de fuegos, comprendía ya perfectamente las ventajas del tiro rápido, demostrándolo así, la insistencia con que alaba las condiciones del fusil que propone, diciendo: "que en el tiempo que con el fusil ordinario dispare cinco tiros el más pronto soldado, tirará veinte veces con los fusiles de mi proposición cualquier hombre de la última recluta. Las carabinas de mis piqueros tendrán la misma facilidad en cargarse y alcanzarán largamente 1,200 piés de punto en blanco. El fuego de mi ejército será

doble del que hoy tienen 30,000 hombres.» Y más adelante añade: "Si el secreto consistiese en mucho fuego, hay forma de que cada diez soldados, que se destaquen á los flancos del batallón, lleven y disparen sin embarazo alguno 500 tiros de mayor alcance que los de nuestros fusiles comunes, y antes que otros diez soldados enemigos puedan suministrar 30 tiros; pero no creo justo comunicar un secreto, que seguramente causaría increíble destrozo.»

También parece inclinarse al fuego á largas distancias, expresándose en el libro XXI, en estos términos: "Muchos, sin examen, siguen la opinión de que no se debe disparar hasta que se hallen los enemigos muy cerca...» y en todos sus proyectos de armas de fuego, tiende á obtener grandes alcances, preconizando esta ventaja como muy interesante.

Respecto á la artillería, en el capítulo VIII del libro XXI, manifiesta, hablando de los cañones de campaña, "que los quisiera de los que se cargan por la culata, pues no se calientan facilmente y disparan con gran celeridad.» En el de su invención, propone, al parecer, el mismo sistema, aligerando asimismo las piezas antiguas, con aumento, sin embargo de su potencia, pues lograba que sus cañones de 16, tuvièran igual alcance que los de 24 en uso. Merece citarse también la idea sobre la artillería de montaña que se indica en el siguiente párrafo: "Las otras baterías sean de piezas de á 4, pero tan cortas y ligeras, que dos machos puedan llevar una pieza sobre varas, que se aproximen á la figura de una litera, para cuando tu ejército entre en montañas, donde los malos caminos dificulten el tránsito de los afustes, ó carros de cañón.» Es evidente que con tales proyectos el Marqués se adelantaba á su época, por más que no todos fueran admisibles y no llegaran á plantearse.

Lo mismo podría decirse del fusil que propone, pues áun sin entrar en detalles se observa por los datos que da, que era de un sistema que aumentaba la rapidez de la carga, alargaba considerablemente el alcance, empleando en él un cartucho especial unido á la bala, de las que dice no habría sinó dos clases: "unas para tirar de lejos sin cartucho y otras para dentro de este; "unalidades todas que colocan á estas armas de fuego, casi podría decirse, entre las usadas en nuestra época. El Marqués, como se ve, no teme proponer novedades, y dice á este propósito con acertado criterio lo siguiente: "Las grandes mutaciones que de 250 años á esta parte se hicieron en la calidad de armas y en la formación de tropas, muestran que no es temeridad proponer cosas nuevas ni volver á algunas de las antiguas, particularmente si la unión de unas y otras nos promete materia más perfecta."

Otras muchas citas podríamos hacer en apoyo de lo que nos hemos propuesto poner de manifiesto, esto es, el mérito singular de las Reflexiones Militares, y el de su exclarecido autor; mas si en justa alabanza no bastase lo que dejamos dicho, anadiríamos, como debemos anadir, con D. Luís Vidart al referirse á aquella obra: "Allí aparece el moralista, profundo conocedor de los sentimientos y de las pasiones, que agitan á los seres humanos; allí aparece el hábil político, versado en las artes de la vida cortesana; allí aparece el experto caudillo, que sabe aquilatar la valía de las tropas según las condiciones de organización y procedencia; allí aparece el incomparable erudito que amontona citas, guiado por la modestia que pide la confirmación histórica de los juícios personales, y no por la ostentosa vanidad de pedantesca ciencia: en suma, allí aparece D. Alvaro de Navia Osorio, Marqués de Santa Cruz de Marcenado, con todas sus grandes cualidades de general y de escritor didáctico."

"Críticos descontentadizos habrá que acaso tengan por exagerados nuestros elogios de las Reflexiones Militares; pero si tal sucediese, contestaríamos que las obras científicas han de ser juzgadas en relación al estado que alcanzaba la ciencia en la época á que pertenecen; y mediante esta sencilla consideración, nadie puede poner en tela de juício las eminentes dotes de escritor didáctico que reveló el Marqués de Santa Cruz en su notabilisimo tratado de ciencia y arte de la guerra.»

III.

Si al relatar la vida y los hechos del Marqués de Santa Cruz hemos sabido, como fué nuestro deseo, delinear su ilustre personalidad; si hemos dado relieve merecido á sus brillantes condiciones, y puesto de manifiesto las bellezas de su obra magistral; si hemos conseguido presentarla tan realzada como corresponde á su fama y al aprecio que de ella hacen ilustres escritores, seguro es aparecerán bien claros y evidentes los méritos que reune aquel personaje para que la patria le dedique un glorioso recuerdo, y se conmemore su segundo centenario.

Loable y conveniente ha sido siempre que los pueblos celebren la memoria y evoquen los recuerdos de sus hijos distinguidos, que como D. Alvaro de Navia Osorio, se sacrificaron por la patria, y aumentaron sus gloriosos timbres con sus eminentes cualidades. Aunque indirectamente, pues que la historia, según la acertada frase del gran orador romano, es maestra de la vida y enseñanza moral para todos, aquellas honras y recuerdos serán la más eficaz censura que cabe hacer de la maldad y de la ignorancia. Pero meditando además sobre la vida que acabamos de recorrer, podemos deducir tales verdades prácticas, y tan útiles enseñanzas, que ciertamente permiten presentar al Marqués de Santa Cruz, no sólo merecedor de la gloria que le rodea, sinó como modelo acabado en que debe mirarse la oficialidad de los ejércitos modernos, y como ejemplo digno de seguirse por la sociedad actual, que alejada voluntariamente de ciertos principios escarnecidos y conculcados por sistema, abriga en su seno multitud de pavorosos problemas sin resolver.

En edad temprana dió comienzo el Marqués de Santa Cruz á sus servicios, respondiendo á la voz de su Rey, personificación de la patria que le llamaba para desenderla, y pasó en las fatigas de la guerra el resto de su vida, desempeñando difíciles cargos y arduos mandos, combatiendo á menudo á los enemigos extranjeros de su país, y á los de su tranquilidad, derramando su sangre en los campos de batalla y prodigando su salud en los trabajos de gabinete, para morir al fin heróicamente por la gloria y el deber. Y, al mismo tiempo que no daba reposo al cuerpo, su inteligencia trabajaba sin cesar, y sus obras tan varias y magistrales, ofrecen á cuantos las estudian, ancho y dilatado campo de enseñanza. En época, como en muchas otras de la azarosa historia de nuestra España, en que á la guerra extranjera se mezclaban las revueltas intestinas y divisiones civiles; en que encontradas legitimidades disputábanse con tesón y encarnizamiento el predominio y el poder; ante frecuentes cambios de criterio y quebrantamiento de juramentos y de promesas; permaneció siempre firme en su deber militar y en la obediencia más estricta, siempre leal, sin abandonar nunca sus convicciones, y sin que los halagos ni los desdenes le hicieran vacilar un punto, ni variar un apice su línea de conducta. Valiente soldado arrastra impávido las penalidades de su carrera, se bate siempre con entusiasmo hasta perder la vida, y al mismo tiempo, en medio de las agitaciones de su existencia, estudia, examina, observa, lee y escribe, presentando sus concepciones sin pretensión alguna, con gran modestia y tan sólo como quien cumple una obligación. Prudente gobernante en todos cuantos mandos ejerce, se hace querer y respetar de sus subordinados, los cautiva con su trato y los domina con su energía, poseyendo en grado eminente ese dón de gentes tan necesario al que manda. Hábil diplomático, aprovecha las dotes de su ingenio en beneficio de su patria y de sus intereses, y convence y atrae á sus contrincantes hasta conseguir las ventajas que se propone.

¿No es este acaso el ideal de que tan necesitada se halla la oficialidad de todos los ejércitos? ¿No es preciso, en la actualidad, que los oficiales reunan una suma de condiciones muy superiores á las exigidas en otros tiempos para llenar su dificilisima misión? El comandante alemán Von der Goltz, en una obra reciente y muy celebrada sobre este asunto, dice con excelente criterio, que para dirigir la masa embrionaria que constituye hoy el

ejército en todas las naciones, es menester una oficialidad de valor excepcional y que sea una verdadera aristocracia intelectual y moral, utilizándose para ello la mejor parte del capital de inteligencia y de moralidad de la nación. El valor y la ferocidad de Aquiles y de Ajax, el arrojo é intrepidez de los héroes cubiertos de hierro de la Edad media, y el denuedo y serenidad de los famosos tercios españoles bastaban antes para vencer; pero ahora, con la nación armada, con el servicio obligatorio, «si siempre se ha necesitado fuese el jefe un hombre que en los momentos supremos y en presencia de la muerte, eupiera conservar intacto su dominio sobre los demás hombres, es preciso que reuna otras aptitudes, y únicamente el carácter y el alma del oficial podrán dirigir las masas.» El citado autor dice en otro párrafo, que "el ser pródigo de sí mismo en los momentos solemnes para entusiasmar al soldado, exponiéndose más y con mayor frecuencia que él, no es sinó una insignificante parte de la misión del oficial» y por ello añade: "hoy más que nunca es indispensable que la oficialidad esté formada por l'elite, lo escogido de la población, y se componga de esas individualidades que en el mundo ejercen á su alrededor por sus condiciones und autoridad natural.» Pues bien, si el oficial debe ser hoy día instruído y valiente, estudioso y práctico en las cosas de la guerra, leal á sus banderas, caballeroso y poseer ese dón que atrae y domina á sus compañeros de armas; ccabe dudar que el Marqués de Santa Cruz, que poseía estas ejemplarisimas dotes en grado eminente, es un modelo que siempre deberemos tener presente cuantos nos honramos con las insignias de oficiales? Claro está, que no á todos nos será dado seguirle en sus altas dotes de escritor y tratadista, pues Dios concede únicamente el genio á limitadas personalidades, y son muy pocos los que pueden alcanzar el pináculo de la fama; pero todos podemos y todos debemos emular su patriotismo, su abnegación, su lealtad, su aplicación y su afán por cumplir con el deber; y el día en que la oficialidad del ejército poseyendo estas cualidades, le instruya y le dirija con ellas, ese día será para España el principio de un glorioso renacimiento, y señal segura de que está próxima á recuperar su

Mas si es modelo el Marqués de Santa Cruz para los oficiales, también sus hechos dan altísimo ejemplo que imitar á las clases todas de la sociedad, y muy en especial, á las elevadas. Cumpliendo, como él cumplió, con las múltiples obligaciones que imponen la riqueza ó la noble prosapia, tal vez pudieran aquellos que poseen estas condiciones, contribuír en mucho á facilitar una solución para el terrible conflicto con que se ve amenazada la civilización europea, por la guerra sin cuartel que se vislumbra no lejana en las turbulencias de la crisis contemporánea. Esos odios y esos rencores entre las clases; ese abismo ensanchado, sinó abierto, por los mismos que más pregonan y enaltecen la igualdad y la fraternidad, podría aplacarse y aminorarse en gran manera, si todos cuantos poseen bienes de fortuna ó de inteligencia, se creyesen obligados los primeros, á dar ejemplo de laboriosidad y de abnegación, dirigiendo con su potente impulso a los demás elementos de la sociedad, sin olvidar jamás que Nobleza obliga. D. Alvaro de Navia Osorio nacido en noble cuna, heredero de considerables bienes, hijo de poderosos señores, y que podía pasar gratamente su existencia entre el lujo y las comodidades de una ociosidad indolente, apenas entrado en la adolescencia, abraza la carrera de las armas, y cambia por las fatigas de la guerra y los peligros de los combates, el regalo y comodidades de su casa. Siempre trabajando, ora con la pluma, ora con la espada, se sacrifica por su patria, emplea en su servicio toda su inteligencia, todas sus fuerzas, todo su vigor; gasta sus rentas para sostener el buen nombre y el prestigio de España en extranjero suelo, y muere, por fin, heróicamente en aras del cumplimiento de su deber, cuando había llegado ya al término de su carrera, y sólo gloria podía ambicionar y conseguir.

Practicando todas las virtudes cívicas que el Marqués de Santa Cruz atesoró en su vida y que son resultado de la moral cristiana, es bien seguro que la sociedad volvería á encontrar su asiento, y por ello insistimos en presentarle como ejemplo digno de imitarse, pues á pocos como á él pueden aplicarse aquellas palabras de un filósofo. "El niño al abrir sus ojos debe mirar á su patria, y hasta la muerte no debe ver más que á

su patria.»

Grandísima satisfacción sentiría nuestra alma, y colmados se verían todos nuestros anhelos, si al agrupar como mejor hemos sabido los datos y noticias adquiridos con gran trabajo, y al bosquejar los hechos y las acciones famosas del Vizconde de Puerto, hubiéramos logrado presentarle á nuestros lectores tal como fué en vida, haciendo resaltar como focos luminosos los dos ideales que nos hemos propuesto.

En cuanto á aquel esclarecido varón que ha dado motivo á este modestísimo trabajo, séanos permitido dirigirle como despedida los siguientes versos que en su loor compuso

el renombrado poeta del pasado siglo D. Francisco Gregorio de Salas (a):

Corone Marte tu gloriosa frente, cante Clio los rasgos de tu pluma, por las vastas regiones de la tierra; pues en tu sabia y acertada suma descubriste los modos en la guerra de establecer la paz más permanente. Tu espada valerosa te acarreó una muerte desgraciada. Tu pluma celebrada te eternizó una vida muy gloriosa.

Si la gran figura del Marqués de Santa Cruz, aunque presentada de una manera tosca, desaliñada é incompleta, sirve para incitar á estudiarle en sus obras é imitarle en sus acciones, podremos lisongearnos de haber alcanzado el objeto de nuestros esfuerzos, que no son otros que realzar el uniforme que vestimos y avivar el sentimiento patrio entre nuestros compañeros.

⁽a) Continuación de las Nuevas Poesías, Madrid, 1776.



ILUSTRACIONES

(1) De un trabajo bibliográfico publicado por el antiguo oficial de artillería don Luís Vidart en la Revista Científico Militar, y erudito como todos los suyos, extractamos las siguientes noticias, acerca de las biografías del Marqués de Santa Cruz publicadas hasta ahora. «1. En la librería de los Sres. Condes de Campomanes debe existir un manuscrito redactado hacia el año 1780 y titulado Biblioteca Asturiana, en el cual sin nombre de autor, se halla una biografía de don Alvaro de Navia Osorio. Se imprimió por primera vez en el Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos por los Sres. Zarco del Valle y Sancho Bayón. Las noticias biográficas que contiene son muy escasas y algunas de ellas completamente equivocadas. 2.º En la obra titulada Retratos de los españoles ilustres con un epitome de sus vidas, impresa en 1791 con carácter oficial, hay el del marqués de Santa Cruz muy exacto con sus datos biográficos. 3.º La traducción de las Memorias históricas de Mr. Williams Coxe, hecha por D. José González Carvajal en 1842 bajo el título de La España de los Borbones, tiene en una nota una biografía de Santa Cruz muy incompleta é inexacta. 4.ª En el primer tomo de la reimpresión de las Reflexiones militares publicada en la Biblioteca Militar portatil en 1850 hay una biografia con algunas noticias interesantes. 5. En el libro titulado Capitanes ilustres y revista de libros militares por D. Manuel Juan Diana publicado en 1851, se halla una brevisima biografía del Marqués de Santa Cruz. 6.º D. Joaquín Maldonado Macanaz publicó en el Semanario pintoresco español de 1853 un artículo biográfico considerando al citado Marqués como fundador de la Academia de la Historia. Aunque con algunas equivocaciones, es muy estimable esta biografía, siendo la más extensa de las publicadas hasta entonces. 7.º En el tomo IV de las obras completas del capitán de infantería D. Waldo Pasarón y Lastra titulado Milicia y organización, se halla una ligera biografía de Santa Cruz. Se publicó en 1861. 8.º Merece leerse con atención lo que dice el general de ingenieros D. José Almirante en su Bibliografia Militar de España, impresa en 1876. 9.º En el libro titulado La pluma y la espada publicado en 1877 por el capitán de infantería D. Manuel Seco Shelly, existe una biografía que nada tiene de notable. 10. En la Ilustración Gallega y Asturiana de 1879 se publicaron noticias biográficas del Marqués de Santa Cruz, que se reducen en su mayor parte á lo ya dicho en la Biblioteca Asturiana. 11.ª La Ilustración Militar de 1884, publica una biografía de D. Alvaro de Navia Osorio, escrita por el comandante de infantería D. Pedro Hernández Raymundo, con bastantes noticias sobre las funciones de guerra en que aquel se encontró. 12.º El catedrático don Máximo Fuertes Acevedo ha escrito en los números de los días 16, 21 y 28 de junio de 1884 del periódico de Badajoz, titulado La Crónica, una biografía del Marqués de Santa Cruz, con noticias nuevas y otras poco conocidas hasta la fecha.»

Además hemos tenido ocasión, por nuestra parte, de conocer otra biograsía del Marqués de Santa Cruz contenida en las Memorias históricas del Principado de Asturias, obra impresa en Tarragona en el año 1794, siendo su autor el Canónigo de la Catedral de aquella metropolitana D. Carlos González de Posada, amigo íntimo del insigne Jovellanos, con el que sostenía correspondencia. Esta biograsía contiene muchas de las noticias que el Sr. Acevedo reproduce en la suya, y algunos pormenores más sobre la familia é hijos. Según consta en las Actas capitulares de los archivos de la catedral, el cabildo en sesión de 12 Enero 1794 aceptó con agradecimiento dicha obra y felicitó al autor excitándole á continuarla.

(a) Algunos de los biógrafos del Marqués de Santa Cruz, han señalado á Anleo en la provincia de Asturias como su patria, y otros dudaban entre Santa María y Santa Marina de Vega

ó de Veiga, siendo éste último nombre el que aparece bajo el retrato que existe en la obra Retratos de españoles ilustres y epitome de sus vidas, hecha en la Calcografía Nacional. La siguiente fe de bautismo hace desaparecer todas las dudas, poniendo en claro con certeza el punto de su nacimiento.

En el fólio 147 de un libro de bautismos de la parroquia de Santa Marina de Veiga, concejo de Navia de Luarca en el principado de Asturias empezado en 1642 y terminado en 29 de junio de 1690 se encuentra la siguiente partida: "Digo yo Antonio Lopez de Trelles cura de Santa Marina de Veiga como en 21 de Diciembre de 1684 bauticé un niño llamado Alvaro José Antonio Ignacio, cuyo nacimiento fué en 19 de dicho mes, hijo legítimo de D. Juan Antonio Navia Osorio, y de D.ª Jacinta Antonia Vigil de la Rua sus padres. Fueron padrinos D. Alvaro de Navia y Araujo y D.ª Ana de Castrillon, viuda que fué de D. F. de Trelles, vecina de Mosas, y contrajeron el parentesco espiritual por haber tocado al niño al tiempo del bautismo, y advertiles lo que manda el Manual Romano, y por ser verdad lo firmo en dicho día.—Antonio Lopez de Trelles.»

Nótese en esta partida que no se da título alguno á los padres, lo que parece indicar vivían

aún los abuelos poseedores de ellos.

En la obra de D. José Manuel Trelles titulada Asturias Ilustrada, que se publicó en el año 1760 en Madrid, se lee que las armas de la familia Navia se componen de «banda de oro en campo azul y dos cabezas de sierpes en las dos puntas de las bandas.» Alguna vez se ha puesto verde el campo en lugar de azul.

(3) En la Reseña histórica de la Biblioteca Universitaria de Oviedo, que publicó en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos en 1878 el Sr. D. Juan Rodríguez Araujo, bibliotecario

de aquel centro de Instrucción, se lee el siguiente párrafo:

"Y si, separándose de la voluntad del testador, no se hizo efectivo otro legado por causas que no es del caso explicar aquí, seríamos injustos si no recordásemos que el ilustre capitán, el célebre Marqués de Santa Cruz de Marcenado, autor de la renombrada obra Reflexiones Militares, dejó á la Universidad, cuyas aulas ennobleciera, su biblioteca, importante por la calidad de los libros, y preciosa por los manuscritos.»

El Sr. Fuertes Acevedo, que según dice en su biografía del Marqués, publicada en la Crónica de Badajoz, ha tenido ocasión de visitar los archivos de la casa, indica también en el siguiente

párrafo, que la entrega de los libros no había podido verificarse hasta 1814.

«Su pasión por las letras, le hizo reunir en su librería las más selectas y renombradas obras clásicas, así de historia y ciencias, como de amena literatura y arte militar, cuyo precioso depósito fué legado, por su testamento, á la Universidad de Oviedo, como un recuerdo á la Escuela literaria donde había recibido la corta, pero bien aprovechada educación científica que despertó tan en alto grado, en el ánimo del Marqués la afición á los estudios literarios; pero por una de esas circunstancias fatales, tan selecta biblioteca, no llegó á figurar en aquella Universidad, á pesar de las gestiones practicadas, hasta el año de 1814.

También se dice en la "Historia de la Universidad de Oviedo por D. Fermín Canella Secades lo que sigue acerca de este asunto: "El célebre Marqués de Santa Cruz que pereció gloriosamente en la defensa de Orán, la dejó (á la Universidad) su librería, muy estimable por el número de volúmenes y preciosos manuscritos, y aunque no obstante las repetidas gestiones que duraron hasta 1814, no se tuvo la fortuna de llevar á cumplido término la voluntad del sabio autor de las

Reflexiones Militares, se abrió camino á la emulación de otros buenos asturianos.»

(4) En el Archivo general de Simancas.—Secretaría de Estado.—Leg.º 5,280 existe el siguiente *Memorial* del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, que con carta de 19 de junio de 1725 remite á S. M. desde Turín. Por las noticias que contiene y por el objeto que se propone,

creemos interesantísimo este documento, que dice así:

"Hay una Cruz.—Señor.—El Mariscal de Campo Marqués de Santa Cruz ó Vizconde de "Puerto puesto á los R. P. de V. M. con el profundo rendimiento que debe dice que:—Tiene la "honra de servir á V. M. de 22 años cumplidos á esta parte, en España, Toscana, Sicilia, Africa, "Zerdeña y Piamonte: Esto es de Coronel del Regimiento de Infantería de Asturias desde 6 de Julio de 1703 asta 7 de Septiembre de 1707 que V. M. se digno de crearle Brigadier en atencion "aí las peligrosas heridas que acabava de recivir, á las demas ocasiones de Guerra en que procuró "desempeñarse y á ser ya mas antiguo Coronel que otros de la mesma creacion.—En la del año "1710 se comprendieron para Mariscales de Campo y Brigadieres mas modernos que el Vizconde "algunos de los quales eran Capitanes de Cavallos, quando el Vizconde Coronel de Infantería, ha-"ellándose oy todos los dichos con el grado de Thenientes generales de Provincia: Recurrió el Viz-"conde á la Clemencia de V. M. por mano de sus Ministros pidiendo alguín resarcimiento de su "atrasso y V. M. se dignó concederle, haziendole Mariscal de Campo en despacho de 22 de Mayo "de 1718, de cuya forma quedava el suplicante mas antiguo que todos los Mariscales de Campo "de la Promocion de aquel año; pero le duró poco esta ventaja; porque V. M. se sirvió de ordenar

adespues que todos los oficiales generales hechos en diferentes dias del año de 1718 se entendieøsen creados en un mesmo dia, con que bolvió el Vizconde á padecer por entero el referido atraso »de la promocion del año de 10. Por sus certificaciones de servicios que muchas veces puso á los »P. de V. M. estará V. M. informado de que el suplicante se halló una vez sitiado, 5 sitiador, »2 herido, en 4 asaltos, en mas de 20 reencuentros ó funciones campales á la cabeza de los granaaderos y que tuvo casi de continuo importantes comandos de Fronteras en Cataluña, algunos de »comboyes en el Mar, la Inspeccion-general de Infanteria Cavalleria y Dragones de los Reynos de »Andalucia y Presidios de Africa y ultimamente en Zerdeña el Gobierno de Caller con el comando »de las demas plazas y Tropas del Reyno, la Inspeccion general de las mismas y las ausencias y penfermedades del Virrey y hallandose ahora en rehenes por la Artilleria de Zerdeña obligado á »gastos excedentes á su sueldo para mantenerse con decencia en una Corte extrangera y no teniendo forma de ayudarse con sus rentas, porque en los repetidos viages de Mar y tierra empeñó su casa y en su dilatada ausencia de esta desperdició lo restante de su hazienda, sabiendo bien »V. M. que el suplicante nunca se ha utilizado fuera de sus pagas en un maravedí.—Pide humil-»demente á V. M. le honrre con una encomienda de qualquiera de las ordenes militares ó con el ngrado y sueldo de Theniente general, en lo que no se perjudican los otros Mariscales de Campo, »pues el suplicante no cree aya otro de 22 de Mayo de 1718, antes bien exerceria V. M. con el »Vizconde su Real Piedad y Justicia, compensandole el ya explicado atrasso del año de 710, en nque, por la alegada razon estava en passo para Mariscal de Campo; mas no fia tanto en sus ranzones como en benignissima Clemencia de V. Magd.—Señor.—A los P.º de V. M.—El Maris-»cal de Campo Vizconde de Puerto.»

(5) Es bastante extraño que ni el regimiento de Asturias ni el Vizconde de Puerto sean citados para nada en la relación circunstanciada que se lee en los Comentarios del Marqués de San Felipe, á pesar de que señala á varios generales y cuerpos que se distiguieron en el sitio de Tortosa, así como tampoco se les cita por Felíu en sus Anales, ni les nombra el parte que publicó la Gaceta de Madrid el 24 de julio dando cuenta de la toma de aquella plaza, ni en la del 18 de diciembre al referir fué rechazado el asalto y sorpresa intentada por Staremberg el 4 de aquel mes. No cabe duda sin embargo, que el Vizconde de Puerto estuvo personalmente en el sitio de Tortosa, por las indicaciones que se hacen en el Libro XIV de las Reflexiones Militares, indicaciones que dan la certeza de que fué testigo presencial de lo allí ocurrido. También parece deba darse entero crédito, al dicho de la biografía contenida en los Retratos de los Españoles Ilustres, obra mandada escribir oficialmente según se ha visto. Por su parte Clonard dice lo siguiente, en su historial del regimiento de Asturias: "Resuelto el sitio de Tortosa, para esta operación y destinado á la Brigada del Vizconde del Puerto, asiste á los trabajos de trinchera hasta su rendición el 10 de julio que entra de guarnición y en ella se hallaba cuando Staremberg pretende tomarla por sorpresa el 4 de diciembre. En esta ocasión se distingue valerosamente, teniendo su teniente coronel herido al des-

alojar á los imperiales del arrabal.»

En el citado libro de las Reflexiones Multares se hacen algunas observaciones sobre este sitio que nos parece merecen consignarse, tales son el que no se rellenaban de tierra los gabiones para las trincheras, echando en ellos solamente algunas piedras, adelantándose de ese modo muchísimo el trabajo, y pudiendose hacer esto porque la artillería de la plaza no tiraba como debia contra ellas, habiendo tenido que recurrir también á este medio por la escasez de tierra que había en los aproches: el haberse aprovechado el barranco de los Capuchinos para resguardar las tropas que custodiaban las baterías, economizando así el trabajo de hacer abrigos para los defensores de ellas y permitiendo construirlas más cerca de la plaza; el que no se atacó por la puerta del Tem-

plo á pesar de ser el frente más indicado, por suponer estaría contraminada etc., etc.

Todo ello está conforme con lo que dice Angollat, coronel de ingenieros, francés, e

Todo ello está conforme con lo que dice Angollat, coronel de ingenieros francés, en su obra titulada Aperçu historique sur les fortifications, les ingenieurs et le Corps du Génie en France. En esta obra se lee entre otras cosas, que despúes de 10 días de trinchera abierta, se atacó el camino cubierto por 10 compañías de granaderos, que se batieron heróicamente, siendo probable que en este ataque fuera donde se distinguió el del Puerto. Parlamentó la plaza después de este combate; pero áun se tardó dos días en hacer la brecha practicable, con el objeto de que saliera por ella la guarnición con armas y bagajes, conforme se había estipulado, lo cual corrobora el dicho de algunos historiadores contemporáneos, de que la defensa no fué sostenida hasta el último extremo. Las bajas del sitiador consistieron, sin embargo, en 42 oficiales y 662 soldados.

(6) En el Tomo XI de las Replexiones Militares dice el Marques de Santa Cruz lo siguiente:

^aEn el año de 1724 se imprimieron en Paris en un tomito en 12.°, Los Nuevos descubrimientos sobre la Guerra, compuestos por el caballero Folard, que llegaron á mi poder en el verano de 1725. Yo había dado noticia de mi presente idea en el primer volumen de las Reflexiones Milita-

RES, que se acabó de imprimir en Turín en 8 enero del citado año de 24, y la repetí en el prólogo del libro quinto, cuya impresión se concluyó en junio del propio año. Es grande la similitud entre el pensamiento de Mr. Folard, y el de los primeros capítulos de este libro, por lo tocante á picas ó partesanas, á batallones reforzados, y á dejar en las líneas los blancos necesarios para que sin embarazo se retiren las tropas batidas, ó se avancen las que no han peleado: Así creo preciso alegar dicha preferencia de meses, á fin de que no parezca robo lo que fué accidental concurrencia de opiniones. Apártome de las de Mr. Folard en varios medios; pero en casi todos ellos me dirijo al mismo fin; y cuando no hubiere pensado yo de la propia forma que aquel erudito, valeroso y práctico guerrero, hago tal aprecio de sus observaciones ó reglas de la Milicia, que no me desdeñaría de traducirlas para beneficio de mi nación; ojalá que los empeños de crítica y de otra literatura no embarazasen á Mr. Folard de abreviar y fenecer el Comento Militar sobre Polibio.»

(7) Belando en su Historia Civil, da los siguientes pormenores sobre los armamentos hechos

para la expedición de Orán en 1732:

"Componíase la escuadra de 12 navíos de guerra españoles. el que menos de 50 cañones; 2 bombardas, 7 galeras de España mandadas por D. Miguel Regiso; 2 galeotas de Ibiza, 4 bergantines guarda-costas de Valencia, 109 naves de trasporte, 50 fragatas, 97 saetías, 48 pingües, 20 balandras, 4 urcas, 161 tartanas, 2 polacras, 8 paquebotes, 2 gabarras, 26 galeotas y otras 57 embarcaciones desocupadas. Se componía el ejército de 40 batallones y 24 escuadrones.

Embarcáronse 12,400 quintales de pólvora; 16,420 bombas, 56,000 granadas de mano, 80,693 balas de cañón, 1,522 quintales de balas de fusil, 8,000 cajones de cartuchos, 33,000 tacos para la artillería, 12,000 fusiles de repuesto, 200 cureñas de todos calibres, 20 carros cubiertos, 240 avantrenes, 60 carromatos baleros, 60 galeras, 40,000 faginas de 12 piés, 20,000 de á 9 y 14,000 salchichones, 80,343 sacos á tierra, 20,500 instrumentos para gastadores como son palas, picos y espuertas, 780 caballos de frisa, 150 acémilas, 422 barracas de madera, 81 hornos de campaña, 740 mulos para la artillería, 150 mulas de abasto y tiro, 36,000 fanegas de cebada, 220,000 arrobas de paja, 14,000 herraduras, 250,000 quintales de plomo, 400 vacas, 1,576 carneros, 4,000 gallinas, 1,000 camas de hospital, 2 millones de raciones de armada, 7,000 botas de vino, 190,000 arrobas de leña.»

(8) Entre todas las descripciones de los hechos de armas ocurridos en Orán desde que el Marqués de Santa Cruz quedó de gobernador, y del último y sangriento combate en que murió, nos ha parecido la más completa la que el Conde de Clonard da en su "Historia orgánica de las

armas de Infantería y Caballería españolas.»

"Bien se necesitaban sus cualidades, dice Clonard, refiriéndose al Marqués, para sostener aquella conquista. Los moros, inflamado su ánimo por la ausencia de nuestro ejército y escuadra se propusieron arrebatarnos la plaza, ó por lo menos alguno de los castillos que la circundaban y protegían. Engreído por esta idea el bey Mustafá, avanzó á la cabeza de doce mil hombres y atacó con furia el de San Andrés; pero el nutrido fuego que hizo la guarnición sobre aquella masa que combatía al descubierto, causó en ella considerable estrago, y al fin la fuga más desconcertada. Dejaron los moros en el campo dos mil cadáveres, y el bey Mustafá movido por su piadoso celo, envió un mensajero al Gobernador suplicando que les diera sepultura.

Mustafá, tan duramente escarmentado, no repitió sus ataques; pero los argelinos mejor disciplinados, endurecidos en una vida de arriesgadas aventuras, y mandados por jefes intrépidos, podían inspirar más serios temores. Ya en los primeros días de octubre (1732) se presentaron ante la plaza con fuerzas respetables, alguna artillería y una escuadra protectora. El castillo de Santa Cruz fué desde luego el blanco de sus esfuerzos; y aunque la guarnición hizo prodigios de intrepidez, rechazando cuantos asaltos intentaron, no desistieron, sin embargo, firmemente persuadidos de que el tiempo siempre concede ventaja al número sobre el valor. También lo comprendió así el Marqués de Santa Cruz, y asistido por los refuerzos que acababan de llegar de España, se propuso hacer una vigorosa salida para escarmentar reciamente al enemigo, incapaci-

tándole para cualquier tentativa ulterior.

El día 21 de noviembre (1732), después de haber asegurado completamente la plaza, y los castillos, avanzó el Marqués sobre el campo contrario á la cabeza de ocho mil hombres. El plan del Marqués era muy hábil y acomodado á las circunstancias, naturaleza del terreno é índole de los enemigos. Los Marqueses de Valdecañas y de Bay marcharon por la derecha y la izquierda, comprimiendo los flancos de los argelinos; mientras que el Gobernador con seis batallones formados en cuadro, y cuatro piezas de campaña, despedazaba su frente embistiéndole con imponderable brío. El choque fué sangriento, y obstinados los moros demostraron un valor extraordinario, y no cedieron el terreno hasta que experimentaron pérdidas muy considerables. Siguieron los nuestros el alcance con ardor más que prudente, cebándose en la retaguardia enemiga, y sembrando aquel campo de muertos y moribundos.

Pero no tardó en alterarse la fisonomía de la acción. Rehiciéronse los moros en el borde de un profundo barranco, abierto en la falda de una eminencia, y desde allí lanzaron su caballería, á la

que secundó rápida y enérgicamente la infantería.

Los españoles, inflamados por el cebo de la persecución, habían roto sus filas, y cargados en esta peligrosa coyuntura, vacilaron al principio abandonándose después á la fuga. Allí se hubiera perdido la mayor parte de la guarnición española, y con ella la plaza de Orán, sin el denuedo heróico de Santa Cruz, que se precipitó en medio del torrente enemigo con algunas tropas de refresco. Este golpe imprevisto desconcertó á los moros, quienes se detuvieron en su victoriosa marcha, dando lugar á los españoles para que se reorganizasen; pero el ilustre Marqués perdió la vida en lo más recio de la pelea, terminando con gloriosa muerte una existencia que servía de orgullo á su patria.

Aunque el combate se hubiera restablecido, todavía era muy crítica la situación de los españoles; porque los enemigos, hallándose en una llanura ancha y despejada, podían hacer maniobrar con grandes resultados su numerosa caballería. Con efecto; ya habían destinado un cuerpo de mit quinientos jinetes para cortar la retirada de los nuestros; maniobra audaz, cuya realización hubiera adjudicado la victoria á los argelinos. Por fortuna, algunos refuerzos españoles pertenecientes á los regimientos de Ultonía y de Aragón que acababan de desembarcar, atraídos por las detonaciones, volaron al campo de batalla, y se hallaron frente de los mil quinientos caballos moros, que habían descrito una curva bastante extensa para ocultarse á la vigilancia de los nuestros. Verlos, acometerlos con admirable ardimiento y derrotarlos, fué todo obra de pocos instantes. Los moros repelidos se abrigaron en el cuerpo principal de sus columnas é introdujeron en ellas algún desorden. Al mismo tiempo los refuerzos se enlazaban enérgicamente con la guarnición, y recobrando ésta la ofensiva, encierra al enemigo en sus trincheras, penetra en ellas y lo precipita en la fuga más tumultuosa.»

(9) En la Biblioteca de los economistas españoles de los siglos xvi, xvii y xviii, publicada por el catedrático D. Manuel Colmeiro, en el tomo I de las Memorias de la Real Academia de-

Ciencias Morales y Politicas (Madrid 1861), se lee lo siguiente:

«Santa Cruz de Marcenado (Marqués de) Rapsodia económico-político-monarquica, comercio suelto y en compañías general y particular en Méjico, Perú, Filipinas y Moscovia; población, fábricas, pesqueria, plantios, colonias en Africa; empleos de pobres y vagabundos y otras ventajas que son fáciles à España, con los medios aqui propuestos, extractados o comentados por el.... comandante general de Ceuta y teniente general de los ejércitos de S. M. (Madrid 1732). Un tomo en 8.º

Aboga por la uniformidad de pesas, medidas y monedas; por la construcción de caminos, canales y puertos; la supresión de las aduanas interiores; la moderación de los derechos sobre mercaderías extranjeras, y la protección á todos los oficiales útiles que quisieran avecindarse en España. Muestrase el autor muy apasionado al sistema restrictivo y á las compañías de comercio. Su política mercantil se funda principalmente en seguir á la de Ustáriz, si bien la exagera en algunos puntos como al pedir la pena capital y confiscación de bienes, para reprimir el contrabando. Desea que las compañías de comercio sean temporales, y propone que al cabo de cierto tiempo todos participen del beneficio de la libertad. Propone algunas reformas en los tribunales, clama por el reparto proporcional, y condena el abuso de dar en arrendamiento las rentas reales.»

(10) En el artículo biográfico publicado en el Semanario Pintoresco Español del año 1853,

por el Sr. Maldonado Macanaz, se lee sobre este asunto lo que sigue:

"Hemos dado al Marqués de Santa Cruz el título de fundador de la Academia de la Historia. que habrá llamado la atención de nuestros lectores, porque en nuestro concepto el fué quien concibió la idea de formar aquella corporación, á semejanza de otra que acababa de inaugurarse en Turín, donde á la sazón se hallaba D. Alvaro de embajador. Citaremos en apoyo de nuestra opinión un opúsculo que existe impreso titulado: Ultimas ideas del marqués de Santa Cruz para compartir las memorias y efectuar el trabajo de un Diccionario histórico-geográfico, con distinción de si ha de ser bajo un solo alfabeto ó de muchos. Aviso para la más fácil ejecución del Diccionario universal, en cuyo capítulo XVIII se lee: "El contexto de los muchos diccionarios que se hallan impresos, quitando la duplicación que unos hacen de lo que otros dicen, se reduciría á menos de una cuarta parte de lo que, juntos todos, cuestan de compra y lectura; aunque el formar de ellos uno solo sería de grande alivio y ahorro á los curiosos. Las mayores ventajas que de tal obra en español resultarían á España, quedan ya expresadas. Casi todos los diccionarios impresos fueron compuestos por hombres doctos, y corregidos y aumentados por centenares de personas eruditas que suministraran el trabajo para las muchas reimpresiones que se hicieron de aquellas obras.»

»Aconseja después formar un solo diccionario de todos los ya publicados, de los cuales cita hasta cuarenta y siete, y concluye su proyecto de Diccionario de un modo que manifiesta lo sencillo

y generoso de su carácter. Dice así: "Entre el Diccionario de la edición de Morerí de 1725 y el de Trevoux de 1721, los cuales juntos componen once volúmenes, abrazan lo principalísimo de cuanto contienen los demás diccionarios. Si áun el trabajo reseñado en el anterior capítulo pareciese pesado á mis amigos de España, anímense á lo menos en servicio de la nación á formar una obra de las dos expresadas, que vendrá á quedar en ocho tomos, quitando á Morerí la confusión de geneadogías, y trocando lo que la una obra duplica por lo que en la otra se halla. Prometo adelantar los gastos de la imprenta y componer yo uno de los tomos, y dejaré á mis compañeros toda la ganancia, siendo para mi sobrada la que en nuestra patria logre la obra, y entre con el tiempo el gusto de mejorarla. Cuando también esta proposición rehusen mis paisanos, puedo llorar su literaria negligencia, pero no excusarles el sonrojo de que los caballèros de la corte de Turín y algunos habitantes de la misma, emprendan por entero un trabajo para cuya parte no se ha presentado bastante número de hombres de tantas provincias como España tiene, habiendo en ellas centenares de sugetos capaces de mayor asunto.»

»Estas son las razones en que nos apoyamos para dar al vizconde de Puerto el título de fundador de la Academia de la Historia, pues si ha merecido el marqués de Villena el de fundador de la Academia de la Lengua, sólo porque aconsejó su creación, con mayor motivo le es debido a aquél, pues no sólo invitó y animó á los caballeros españoles, dándoles en cara con el ejemplo de los de la corte de Turín, si que además formó el plan de sus tareas, las repartió entre ellos, les indicó la marcha que habían de seguir en sus trabajos, y se ofreció generosamente á costear la obra. á pesar de los excesivos gastos que ocasionaba entonces una empresa de esta naturaleza. Cierto que la Academia de la Historia no fué creada hasta algunos años después de la muerte de Santa Cruz: pero indicándose en el decreto de creación, que el objeto de su formación en el de componer un Diccionario histórico, debemos creer que no se hizo más que seguir la idea dada por aquel, para cuya realización había trabajado tanto. Así, pues, la Academia de la Historia le debe en justición una indemnización por el olvido en que le ha tenido, así como la de la Lengua está en obligación de demostrar con algún acto ostensible la que le merece su creador el ilustre Marqués de Villena.»

(11) En las Memorias de la Academia de la Historia se dice que el principio de dicha Sociedad, tuvo lugar reuniendose en el año 1735 varios literatos en casa del señor Hermosilla, abogado,
denominándose primeramente Academia Universal y más tarde Academia de la Historia, siendo

su primer pensamiento formar un Diccionario Histórico Crítico de España.

Por Decreto de 18 de abril de 1738, quedó oficialmente creada aquella Academía, y en él dice el Rey: "que el amor con que había siempre procurado promover para realce y esplendor de sus Reinos, las Ciencias y las buenas Letras, y adelantar y distinguir á sus profesores, unido á la súplica que le había hecho la Junta que se congregaba en su Real Biblioteca para el estudio de la historia y formación de un Diccionario Histórico Crítico Universal de España, y la consideración que no menos de las grandes utilidades que produciría esta vasta obra en beneficio común, aclarando la importante verdad de los sucesos, desterrando las fábulas introducidas por la ignorancia ó la malicia, y conduciendo al conocimiento de muchas cosas que oscureció la antigüedad ó tiene sepultadas el descuido; llevaron su real ánimo á elevarla al título de Academia de la Historia, bajo de su soberana protección y amparo, é igualmente á aprobar los Estatutos inclusos, y las facultades en ellos insertas; concediendo asimismo á los individuos que la componían, y á los que la compusiesen en adelante, para que les sirva de más estímulo, el honor de criados de su Real Casa, con todos los privilegios, prerogativas y exenciones que gozan los que se hallen en actual servicio.»

Más adelante se dice tambien en las citadas Memorias. lo siguiente acerca de los propósitos de la Academia: "Desde que la Junta se vió erigida en Academia, dedicó todos sus conatos al Diccionario Histórico Crítico Universal de España sobre cuyo método duraba aún la variedad de opiniones, y estas, haciendo tocar cada día nuevas dificultades, produjeron el proyecto de un Aparato a los Anales y Diccionario, que debía comprehender trece tratados: el 1.º Historia en general; 2.º Geografía antigua; 3.º idem moderna; 4.º Historia natural; 5.º Primer poblador de España; 6.º Lengua primitiva; 7.º Religión y costumbres; 8.º Cronología; 9.º Monumentos; 10. Medallas, inscripciones, privilegios y demás monumentos; 11. Cronicones falsos y autores que se valieron de ellos: 12. Los que merecen entera fe; 13. Reglas críticas. De estos tratados eligió cada académico el que más convenía á su particular estudio, y aunque mucho se adelantó en esta empresa, no faltaron des-

pués embarazos para desempeñarla en todas sus partes.»

Por su parte el Marques de Santa Cruz en el opúsculo que inserta al final de los tomos de las Reflexiones Militares dice así hablando de su idea: "Para esto no sólo se necesitaría que el Clemente paternal amor de S. M. á los vasallos moviese su Real ánimo á suplir los gastos de la abertura de Láminas, sinó también que la Academia Española se encargase de la obra, la cual se adelantaría infinito por la continua residencia de sus 24 doctísimos personajes en la Corte donde

Digitized by Google

pueden concurrir todos los días, como lo hacen, y valerse de la insigne Biblioteca con que S. M. ennobleció los Estudios en España.»

*Como los señores de la Academia tendrían sobrado que hacer en lo restante del Diccionario para fenecerle á tiempo de ser perfeccionada la obra, pudieran ayudarse con supernumerarios, y con un Ingeniero, un oficial Minador y otro de Artilleria, un Náutico, un Médico, un Geógrafo, un Astrónomo y dos Delineadores, pagados por el Rey, para que trabajen sobre los puntos de sus respectivas profesiones, y siempre en Madrid, á fin de que la Academia observe, y coloque en su lugar la tarea de cada uno. Emprendiéndose la obra sobre estos principios, en cambio de repartirla á los autores por letras, pudiera dividirse por asuntos, dando á cada sugeto la materia de su profesión ó de su mayor inteligencia, como sería á uno la Traducción, á otro la Geografía, á otro el Blasón, á otro la Historia dividida por Reinos, á otros la Física de plantas, Animales y Minerales, á otros la Anatomía, á otros la Náutica, á otros la Artillería, á otros las Minas, á otros la Astronomía, á otros los autores de Jurisprudencia, á otros los Concilios etc., pues colocando cada uno alfabéticamente sus materias, no habría dificultad en formar de todos estos membros el Cuerpo del Diccionario.»

Y para mayor coincidencia entre sus ideas y las de la Academia futura, en otro paraje divide su Diccionario en 13 subdivisiones que denomina, Eclesiástico, Jurídico, Político, Bélico y Náutico, de Comercio, Económico y deleitable, Médico, Miscelánco, Histórico, Geográfico, Matemático y Astronómico é Índice general abrazando los demás y el de la Lengua, más otro que comprenda el Español, Latín, Francés y el Italiano.

(12) Debemos à la amabilidad del señor Marques de Bellet, descendiente del teniente general de este apellido, los siguientes curiosos datos sobre D. María Antonia Bellet, tercera esposa del

Marqués de Santa Cruz y sobre este mismo y sus hijos.

Nació aquella señora en Barcelona y fué bautizada en su Catedral el 15 de octubre de 1701, siendo sus padres D. Juan Esteban Bellet, teniente general de los reales ejércitos y D. Manuela Valenciá y Gabás. Aquél fué gobernador de Pescara (Nápoles), comandante general de los presidios de Toscana, gobernador de Porto-Longone, de Tarragona y de Valencia y consejero decano de el de Guerra, hablando el Marqués de San Felipe de él con encomio en sus Comentarios.

Los poderes para casarse D. Álvaro están otorgados en Cagliari (Córcega), el día 18 de enero de 1719, siendo D. Álvaro ya Marqués de Santa Cruz, y lo están á favor de los señores D. Juan Francisco Manrique de Lara, capitán general de Andalucía. D. Juan Esteban Bellet, teniente gene-

ral y D. Juan Henestrosa, mariscal de campo.

Doña María Antonia Bellet al quedar viuda del Marques, además de las mercedes que se ha indicado recibió para sus hijos, y de la pensión que se le señaló, fué nombrada Dama de honor de la reina D.* Isabel Farnesio con destino al cuarto de S. A la infanta D.* María Antonia. Acompañó á esta señora hasta la Junquera cuando se caso con el Duque de Saboya, volviendo otra vez al lado

de la Reina hasta que murio.

Don Victorio de Navia Osorio y Bellet, nacido en Turín y ahijado del Rey Víctor Amadeo, fué capitán de Guardias españolas, Gentil-hembre de cámara del Infante D. Francisco Javier, comendador de Zafra la Mayor en la orden de Alcántara y capitán general de Valencia. Existe una carta suya á su cuñado el Marqués de Bellet escrita en 1768 desde S. Ildefonso, en la que dice «que según le escribe su madre, debe haber llegado á Madrid su hermano Álvaro con su familia.» D. Álvaro estaba casado con D.º Manuela de Navia, hija primogénita de los Marqueses de Ferrera que heredó el título; siendo, por lo tanto, los actuales Marqueses descendientes de D.º María Antonia Bellet.

Doña Irene Navia Osorio, marquesa de Grimaldo, fue celebrada poetisa según parece confirmado por distintos conductos. Además de asegurarlo así la familia, se dice en el Diccionario histórico ó Bibliografia universal compendiada. impreso en Barcelona el año 1834, que se distinguió dicha señora en la poesía latina, citándose una poesía sobre la llegada del Infante D. Felipe á Italia, publicada en la celebrada Revista francesa Memoires de Trevoux, en 1742. Desde muy joven manifestó afición á las musas y su aptitud en esta clase de estudios, pues el canónigo Posada cita unas endechas dedicadas á la muerte del Marques de Santa Cruz en las que dice reunir «la ternura al numen poetico y á la erudición varonil, excitada de la memoria gratísima de tal padre.»

En poder del actual Marques de Jura Real y de Villatoya, existe un retrato del Marques de

Santa Cruz y un oratorio que perteneció á su hijo D. Manuel, canónigo de Valencia.

(13) En la reimpresión de esta obra no se reproducirá el tomo XI por tratar de un asunto hoy día de interés tan sólo histórico, y por ello creemos conveniente dar aquí una ligera idea del sistema de organización y armamento que propone en él su ilustrado autor, así como también algunos detalles sobre sus inventos y proyectos como el mismo los describe. La dedicatoria al Rey con que se encabeza el tomo es digna de conocerse:



En ella dice el Marqués á S. M. «se digne de concederle un Regimiento de Infantería, armado en la forma que voy á proponer para que yo pueda mostrar que la práctica de mi pensamiento es fácil y provechosa: No pido grado ni sueldo. Tuve la honra de ser Coronel del Regimiento de infantería de Asturias (cerca de 16 años) y la más clara prueba de haber dado buena cuenta de él, es que cuando la clemencia de V. M. me pasó à Mariscal de Campo en la primavera de 1718, el secretario del Despacho universal de la Guerra, D. Miguel Fernández Durán me escribió de orden de V. M. que si yo tenía un hijo en edad de servir, se le confiaría mi Regimiento: De cuya singular gracia no pude valerme por domésticos impedimentos que entonces me presentó el estado de mi familia y hacienda. Hallándome después Inspector de Infantería y Caballería y Gobernador de las Armas de Cerdeña, la piedad generosa de V. M. quiso que no obstante encontrarme ya Ma:iscal de Campo, fuese yo Coronel del Regimiento de Dragones, que se levantó en aquella Isla. Pedí rendidamente á V. M. que me excusara de tal empleo por el beneficio que resultaba á la Real Hacienda de que otra persona, á quien se diese la patente de Coronel, supliese para la leva de hombres y Caballos del Regimiento los gastos que V. M. se servía de tomar á su cuenta, si yo era el Coronel. Estos hechos, notorios á V. M.; el no pretender yo sueldo, ni grado, y el exhibirme á salir de tan lustroso empleo como el de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de V. M., muestran con evidencia que el solicitar ahora un Regimiento, no incluye más ambición que la de acreditar con las obras una planta de tropas que discurro pueda ser á V. M. de gran servicio: Al mismo tiempo lograría yo el gusto de poner en aquel Regimiento á mis hijos, para que, á ejemplo mío, aprendiesen á verter con gusto el sudor y la sangre bajo las gloriosas banderas de V. M.»

Hé aquí ahora algunos detalles sobre la organización que propone Santa Cruz para el ejército. Los regimientos de infantería comprenden seis compañías á pié y una de caballería legionaria. Cada compañía de infantería de unos 240 hombres, con primero y segundo capitán, tiene diferentes clases de soldados; coraceros piqueros, piqueros sin coraza, granaderos, carabineros y fusileros. La de caballería legionaria de 48 caballos mandada por un capitán tiene aventajados de lanza, y coraza entera, aventajados de media coraza con sable y pistolas y dragones. Los cadetes que deberían proceder de la juventud de familias nobles, empezarían á servir en la infantería y pasarían después á la companía de Caballería como aventajados. El servicio alternativo de los oficiales en infantería y caballería lo consideraba el Marqués de Santa Cruz como muy ventajoso, porque les preparaba para el generalato.

En cada regimiento de infantería habría un maestro de fortificación y minas y un maestro de artilleria para enseñar á los cadetes y aventajados, pues erce muy perjudicial la ignorancia de los oficiales en estas materias. Ambos maestros servirían en campaña como ingenieros y artilleros cuando ocurriese. Les da categoría de segundo capitán; pero propone que asciendan de golpe á tenientes coroneles, porque "alguna ventaja hemos de conceder, dice, á los oficiales de artillería y de ingenieros, ya que á la igual ó mayor fatiga y peligros que las tropas, se añade la precisión de un grande estudio.»

Un regimiento de caballería debería constar de doce compañías organizadas como las legionarias y media compañía de infantes armados como los granaderos con fusil y bayoneta. A los dragones les da un instrumento de gastador.

Hay además compañías de artilleros, de obreros, de guías y del preboste ó sea tropa de po-

Es enorme la impedimenta que supone en un ejército, aunque asegura que esta disminuye de la que se acostumbraba en aquella época. Destina hasta cocineros y lacayos para los oficiales. Al capitán le asigna cuatro criados, tres caballos y tres mulos.

El armamento que propone para las tropas, aunque pesado según las ideas modernas, es sin embargo más ligero que el que llevaban entonces, y aconseja los siguientes fusiles para la infan-

- 1.º El fusil de fusileros, como el ordinario, de chispa; pero alcanzaba 1,200 piés de punto en blance y era más ligero que el que se usaba.
- 2.º Si se quisiera fuese un poco más pesado, como el ordinario, alcanzará 1,500 piés.
 3.º Fusil de granaderos y dragones, análogo al segundo con alcance de 1,500 piés; pero de tiro más rápido: podía tirar veinte tiros mientras un fusil ordinario dispara cinco. Parece sería de retrocarga, aunque no lo asegura el Marqués, usando cartuchos sin romperlos y cargados unidos á la bala.
- 4.º Carabina (tercerola) de los piqueros sin coraza, tenía cañón de 2 piés y medio y bayoneta de igual longitud.

Todos estos fusiles son del mismo calibre para que no haya más que dos clases de balas, una gruesa para cargar sin cartucho, y otra pequeña para tenerla encartuchada con la pólvora y cargar más aprisa, lo cual confirma la idea de la carga por la recámara.

No quiere fusiles rayados que cuestan doble y reculan tanto, que los tiradores les toman miedo. La llave de chispa la quiere á la española y no á la francesa; en aquella se ve el fiador y en esta no. El cañon, empavonado para que no brille.

En cuanto al afan que se nota en el Marqués por restablecer la pica y la armadura, puede hacerse observar que casi todos los militares cruditos de aquella época, dados á la lectura de los clásicos como Montecuccoli, Folard, Maizeroy, etc., en su afición á las cosas greco-romanas, se sentían inclinados á resucitar en parte el armamento de los legionarios.

Dice también en el prólogo del tomo XI.

"No hay susil de munición que con un real de plata de coste no pueda servir para los susileros de mi planta; alcanzará por lo menos un tanto más y no serán precisos los cartuchos, ni el tiempo de atacar la pólvora, ni la bala, y de estos susiles no habla el cuerpo del presente libro. Los susiles de mis Granaderos, Carabineros y Dragones, será menester hacerlos de nuevo, y costarían cerca del doble de los susiles ordinários de hoy; pero tambien alcanzarían casi el triple, y se dispararán cuatro tiros por uno, con que tantas ventajas de mi susil en la presteza de cargarle, y en su alcance, bien valdrán la pena de pagarle algo más caro que los otros, y no reventarán tan facilmente como estos."

«Si el secreto consistiese en mucho suego, hay forma de que cada diez soldados, que se destaquen a los flancos del batallón, lleven y disparen sin embarazo alguno 500 tiros de mayor alcance que los de nuestros fusiles comunes, y antes que otros diez soldados enemigos puedan suministrar 30 tiros; pero no creo justo comunicar un secreto que seguramente causaría increíble destrozo.»

"Don Lucas Spinola, dignisimo Capitán General de los Ejercitos de V. M. ha visto que una ligera pistola de arzón, sin recular mucho ni poco, alcanzó de punto en blanco 1,750 pies, haciendose la bala una plancha contra la piedra, en que dió; yo prometo á V. M. que mi fusil alcanzará de punto en blanco tanto como el ordinario cañón de á 24 libras de bala.»

«El mismo Capitán General Don Lucas Spínola vio probar una pieza totalmente de mi invención, que, pesando sólo 12 libras arrojó á 800 pies de punto en blanco, una bala de libra y media de peso. La pólvora de su carga fué una onza, porque la pieza es para tirar á hombro: V. M. podrá considerar cual será el alcance, cuando la pieza hecha para disparar desde su afuste, se cargue con una libra de pólvora. No por eso pesará 36 libras: y así á proporción las otras piezas, á las cuales no faltará alguna de las conveniencias que en la página 114 de este libro digo tener otros cañones de la invención de uno de mis amigos: La del fusil no es mía, excepto alguna adición.»

..... «y no pesarían tanto como los fusiles ordinarios que hoy se practican, á lo cual añado que la fábrica de los míos no aumenta coste alguno, y que no estarán más sujetos á reventar; pero si se quiere gastar dos reales de plata más en cada cañon, y sufrirle tan pesado, como los que regularmente se practican, alcanzará 1,500 piés de punto en blanco, se cargará con una cuarta parte menos de pólvora y con la misma facilidad que cualquiera fusil común; Ninguno de los que propongo, reculará extraordinariamente; Téngolos probados ambos: Ya veo que el lector quisicra su explicación; pero no sería justo darla al público, primero que la vea el Rey nuestro Señor y se haga en presencia de S. M. la prueba, por si se digna de armar en esta forma sus tropas, antes que otras potencias lo ejecuten: el cañon puede ser de tres piés y tres pulgadas de largo, y tirar bala rasa de á onza de peso, y de seis á siete octavos cuando esté la bala envuelta en el papel del cartucho. La coz sea de un pié y dos pulgadas con poca diferencia.»

(14) Mr. de Vergy no tradujo más que el texto de los veinte libros de las Reflexiones Mili-TARES propiamente dichas, sin haberlo hecho con el libro XXI, tomo XI, y con las dedicatorias, prólogos, aprobaciones, proyectos de Diccionario, etc., etc., al menos en la edición de 1738.

En el Presace du traducteur explica este el objeto que tuvo el autor al escribir su obra; hace un elogio de Santa Cruz, manifiesta que ha traducido en francés las citas en latín; dice ha suprimido las citas de unas y otras partes de la misma obra, trasportándolas al margen y añade ha variado el orden de materias "par des raissons qui ne me sont point personelles, et dont je ne sçaurois rendre compte au public." En cuanto al cambio de título de la obra, habiendo añadido políticas dice: "Pour ma justification, il suffira de dire, que Mr. de Santa Cruz, que j'ai eu l'honneur de connoitre particulièrement, l'avoit ainsi souhaité. On en peut voir la preuve dans le Presace qu'il a mise à la tête de ses Calculs Militaires."

En el Aris du Traducteur del tomo V hace referencia el mismo Vergy á los Calculs Militaires que el marqués había prométido publicar y que debían comprender varios volumenes, habiendole el autor enseñado el plan y los materiales para la obra, aunque incompletos y sin ordenar, proponiéndose concluirlos al volver á España, y añade: "Aussi töt que Mr. de Santa Cruz füt arrive á la Cour d'Espagne, il eut ordre d'aller commander les troupes à Ceuta et de lá à Oran. Son courage

et son zele pour la gloire de son Prince et de sa Nation le firent exposer à un trop grand péril; et sa mort qui a fait regretter à l'Espagne un des plus grands hommes qu'elle ait jamais eu, nous a privés de ces Calculs militaires."

Dice después que es cierto se imprimió en París, antes de salir de Francia el marqués, un volumen que era el primero de los Calculs y se disculpa de no haberlo traducido de esta manera: «On pourrait peut etre me blamer sur ce que je ne done pas la traduction de ce système louchant ce nouveau pied de troupes? Mon excuse, paröitra legitime en avertissant que pour l'intelligence et l'explication de ce système Mr. de Santa Cruz suposse un nombre de planches et de plans qu'il n'a point inserés dans son livre. Il les auroit fait graver dans la suite, mais la mort l'en a empeché. Sans ces planches et ces plans il n'est pas posible de comprendre la plus grand partie de ce qu'il aie touchant ce système. Si les heritiers de cet homme illustre qui les auront trouves dans ses manuscrits vouloient m'en faire part, je travaillerois incesantment à donner ce système au public, qui jugeroit encore parfaitement par lá de la vaste etendúe de son génie.»

Como hemos consignado, se ha publicado el atlas a que se hace referencia, aunque sin fecha.

(15) La portada de esta obra es como sigue: "Compendio de los veinte libros de Reflexiones Millitares que en diez tomos en cuarto escribió el teniente general don Alvaro de Navia Osorio, vizconde del Puerto y marqués de Santa Cruz de Marcenado. Por el capitán de infantería don Juan Senen de Contreras, teniente del regimiento Provincial de Alcázar de San Juan.—Con licencia.—En Madrid en la imprenta Real.—1787.

La obra consta de dos tomos en 4.º de XVI+464 y II+692 páginas y está dedicada al Excelentísimo Sr. D. Pedro López de Lerena, secretario de Estado del despacho universal de Ha-

cienda, interino de la Guerra.

En la Dirección general de ingenieros existe un documento en el que se atribuye a D. Pedro Lacuze, mariscal de campo que fue de ingenieros, este compendio que apareció como de Contreras. No puede, sin embargo, considerarse esto como una prueba de que no sea Contreras el autor; y por otra parte el que lo fuera Lacuze no aumentaría gran cosa su reputación científica y literaria muy bien acreditada por sus otros trabajos y escritos.

(16) El erudito y conocidísimo escritor militar coronel D. Antonio Vallecillo en su apología de Villamartín publicada en Madrid en 1880, dice lo que á continuación copiamos en corrobora-

ción á lo que se afirma de Federico II de Prusia:

«Por último (y este es un caso en que de ira ó vergüenza tiemblan las carnes), el marqués de Santa Cruz de Marcenado escribió en la segunda década de su vida su grandiosa obra en once tomos, titulada Reflexiones Militares, obra que sólo sirvió para utilidad y gloria de Federico II de Prusia, y no para provecho de España, donde no fué conocida, ni bajo ningún concepto apreciada, como lo comprueba la bochornosa escena ocurrida en Berlín entre dicho monarca y nuestro general D. Juan Martín Alvarez de Sotomayor, más adelante conde de Colomera y capitán general de ejército. El caso fué como sigue: A la fama de la nueva táctica inventada por Federico, con la que consiguió tan señaladas ventajas en sus gloriosas campañas de mediados del pasado siglo, se apresuro toda Europa á mandar á Prusia sus comisionados para que del mejor modo que les fuese posible se enteraran de ella en sus principios y en sus aplicaciones, y con los que se manifestó siempre fácil y propicio aquel ilustrado soberano. Al presentarse el general español con la manifestación de su deseo, le contesté el rey que extrañaba mucho su viaje á Prusia para aprender la táctica que había el aprendido en España. Confuso Alvarez de Sotomayor con esta réplica, o misteriosa o sarcástica, se apresuró á preguntarle el monarca si conocía las Reflexiones Militares del marqués de Santa Cruz de Marcenado, á lo que mordiendose los labios, replicó el general español que aunque tenía alguna idea de la existencia de la obra, no la habia leido. El rey le dijo entonces con la modestia propia de su elevado mérito, que la táctica de la que toda Europa le creía autor, la había él deducido de la expresada obra, y que por eso decía haberla aprendido en España; pues si bien nunca había estado en la Península, debía su conocimiento á un autor español.»

(17) En el tomo II del Essai sur Thistoire générale de l'art militaire publicado en París en 1824, por el coronel francés Mr. Carrion Nisas, se hace una notabilisima crítica de las Reflexiones Militares del Marqués de Santa Cruz y de ella tomamos los siguientes párrafos contenidos en su capítulo III, dedicado al examen de los escritores militares de la época que siguió á la muerte de Turena, y en el que además de las obras de nuestro compatriota, hace la crítica de las de Fenquie-

res, Folard, Puygsegur, Padre Daniel, Quinci y Turpin.

"De même, les Espagnols ont peu écrit en comparaison des autres nations lettrées; mais, dans presque tous les genres, ils ount quelque composition qui se place au premier rang parmi les ouvra-

ges analogues des autres peuples.

»Quand l'ouvrage de Santa Cruz a été traduit il n'y avoit rien dans notre langue, et il n'y a peut-être rien encore d'aussi complet pour toutes les parties sublimes de l'art, surtout pour la partie morale, et la haute estratégie. Sans doute cet ouvrage n'est pas sans défaut; il pèche peut-être par l'abondance; mais cette abondance est rangée dans un si bel ordre qu'elle ne fatigue jamais; elle est en général, d'un choix si sain qu'elle pourra toujours profiter à qui voudra y puiser.

»On aime à voir toutes les nations, et tous les siècles devenir tributaires de la science militaire. Neanmoins, le marqués de Santa Cruz a compris qu'on pourroit lui faire quelque réproche de prolixité et de compilation; et il á été audevant d'assez bonne grâce, cherchant à espliquer plutôt qu'à justifier son procédé.

»Le plan de l'ouvrage est simple, clair, facile à saisir.

»L'ouvrage offre, en quelque sorte, une encyclopédie militaire sous une forme vivante, agissante, pleine d'intérêt et d'instruction bonne pour tous les grades, utile pour tous les emplois, dans le développement apparent d'un seul, mais de celui qui les embrasse, qui les domine et les anime tous.

»L'auteur place donc succesivement son acteur principal, ou même, si l'on veut unique, dans toutes les situations, aux prises avec-toutes les difficultés d'ou qu'elles puissent survenir, avec tous les obstacles de quelque nature qu'ils soient, et de quelque manière qu'ils puissent se former, avec tous les pièges de la fortune, ses revers et ses caresses presque égalément redoutables; et quand il l'a conduit au point de bonheur et de considération que la sagesse peut desirer et que la raison peut espérer, il lui conseille de s'y tenir et de ne pas compromettre ce qu'il a acquis de gloire par de nouvelles entreprises qui l'âge refuserait de seconder.

»Il cite les paroles d'Annibal à Scipion, et les applique au guerrier de son invention qu'il vient de rendre illustre: "Quel est l'homme sage qui peut vouloir couvrir un aussi grand risque? Songez que vous n'augmenterez pas votre gloire et celle de votre patrie, si la victoire vous favorise, et que vous ruinez l'une et l'autre, si elle vous abandonne.»

»Un petit nombre de sages héros, et le seul Frédéric dans les temps modernes, ont écouté ces

conseils de la sagesse et craint de pousser à bourt la fortune.»

(18) Creemos merecen citarse algunos párrafos, poco conocidos, de la introducción al tomo I del Essay général de tactique, escrito por el conde Guibert y contenido en la edición de sus Œuvres militaires que publicó la viuda en 1803. En el primer artículo de dicha introducción que se titula: Escasez de buenas obras militares y obstáculos que la han ocasionado hasta de ahora, se lee en la página 131 lo que más abajo copiamos, que áun cuando durísimo para los escritores militares engeneral, podría aplicarse en nuestra época á más de un caso particular. La excepción honrosísima que hace del Marqués de Santa Cruz en la nota, constituye verdaderamente un elogio, que suponemos será al que hace referencia la biografía de la Biblioteca Asturiana.

"Pourquoi n'a-t-il paru aucun ouvrage victoriaux et qui ait fixé les principes? C'est que pendant longtemps les militaires n'ont su, ni analyser, ni écrire ce qu'ils pensoient. Dans tous les arts, il y a eu des hommes, qui ont écrit avec succés, de leur art; dans le nôtre presque tous les grands hommes n'ont point écrit, ou s'ils ont écrit, ils n'ont pas donné d'ouvrages dogmatiques. Presque toujours des commentateurs pénibles des faiseurs de systèmes, des hommes sans génie (1) ont multiplié les ouvrages, sans étendre les connoisances; de là l'opinion si triviale et si fausse, quand elle est absolue, que les cerits militaires sont inutiles, que la science ne s'aprend pas dans les livres etc.; de là, le ridicule dont on cherche à couvrir les militaires qui ecrivent, et surtout ceux qui osent publier leurs recherches; prejuge qui ne peut que retrécir les talents, et entretenir l'ignorance.»

Digitized by Google

⁽¹⁾ Je suis loin de comprendre dans cette classe quelques auteurs respectables qui ont écrit sur différentes parties de la guerre, etrangeres à la táctique, comme Vauban, Santa Cruz etc.



LA

BIBLIOTECA DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ

ESTUDIO BIBLIOGRÁFICO

sobre las obras que se citan en las «Reflexiones Militares»

POR EL TENIENTE CORONEL GRADUADO, COMANDANTE DE EJÉRCITO

D. JOAQUÍN DE LA LLAVE Y GARCÍA

CAPITÁN DE INGENIEROS.

Si es cierto siempre que los libros se hacen con los libros, y que para escribir sobre cualquier materia es preciso consultar multitud de obras, fácilmente se comprenderá que para componer las Reflexiones Militares, obra de grandísimo aliento, en la que se resumen todos los conocimientos necesarios al general en jefe, relacionados más ó menos directamente con todos los ramos del saber humano, ha debido necesitarse un trabajo de lectura preparatoria pacientísimo y concienzudamente ejecutado, al que probablemente dedicaría el marqués de Santa Cruz una gran parte de su vida.

El mismo nos dice, en efecto, que en 1727, en cuyo año se imprimieron los tomos VIII, IX y X de las Reflexiones, llevaba veinte años de manejar los borradores de su obra, lo cual supone que en 1707, á los veinte y dos de edad y en plena guerra, fué cuando empezó sus apuntes y extractos, que probablemente no tendrían entonces por objeto la composición de una obra de tanto vuelo.

Y no era necesario que él nos lo dijera, pues la lectura de los once tomos macizos de esta inmensa obra, bastan para convencer á cualquiera de la pasmosa y exhuberante erudición de su autor. Si este saliendo á campaña cuando apenas tenía diez y ocho años, es probable que truncase la educación literaria que en aquella época se acostumbraba dar á los jóvenes de su elevada clase, es seguro en cambio que no abandonó los libros, y que en los descansos de los cuarteles de invierno, y áun tal vez entre jornada y jornada, sin dómines, ayos, ni maestros, se dedicó al estudio y muy especialmente al de las ciencias militares, que para él tenían entonces inmediata y útil aplicación.

El estudio del arte de la guerra en los libros, practicándolo al mismo tiempo en el terreno, es para un hombre observador muy provechoso, pues teniendo á la vista las reglas que dan los autores y los resultados que produce el observarlas ú olvidarlas, se sacan instructivas consecuencias, se adquiere la verdadera y más ilustrada experiencia y, es, en una palabra, el modo mejor de aprender el arte, que no está al alcance de todos, ni todos saben tampoco sacar partido de las ocasiones de aprender.

Tal como nos figuramos al marqués, por la idea que de él se forma el lector de su obra monumental, le vemos tomando apuntes de todo lo que leía, extractando todo lo que le parecía digno de recordarse, con las observaciones propias que sobre el asunto se le ocurriesen, y anotando los hechos que pasaban á su vista y en los cuales le parecía

hallar útil enseñanza. Debió así encontrarse al terminar la guerra de Sucesión, con buen número de cuadernos donde tuviese escritas sus observaciones, y al ordenar sus papeles, tal vez concibiese la primera idea de componer una obra de arte militar con los materiales que poco á poco había reunido. Este proyecto debió animarle á proseguir en el estudio y tratar de conocer cuanto se había publicado hasta entonces sobre asuntos militares, ó que tuviesen relación con el plan que se hubiese formado.

Más tarde sus viajes y su larga estancia en Turín le proporcionaron los medios de ampliar todavía sus estudios. Pudo ponerse en relación con los más notables eruditos de su tiempo, especialmente con los italianos, y estos le facilitarían probablemente sus investigaciones sobre los clásicos militares antiguos, y le darían noticia de muchas obras que no conociese; se puso en comunicación con los libreros de los principales centros, y debió entonces gastar gruesas sumas en compra de libros, pues él mismo nos dice (1) que tenía correspondencia con libreros de Turín, Venecia, Lyon, París, Ginebra y Amsterdam, que eran efectivamente los principales centros de producción de libros.

Esto mismo sirve para comprobar los idiomas que poseía el marqués, que creemos que eran el francés, italiano y latín (2), pues casi todos los libros que cita, están escritos en estas lenguas ó traducidos á ellas. El latín debió aprenderlo en la adolescencia, como era entonces costumbre constante, y el francés é italiano los adquiriría, ó por lo menos los perfeccionaría durante la guerra y los viajes.

De todos modos es seguro que en Turín fué donde dió la última mano á sus borradores y allí los hizo imprimir, en la parte que constituyen las Reflexiones Militares propiamente dichas, que son los diez primeros tomos. Cuatro años le bastaron para dar cima á la empresa, pues en 1724 salieron los tres primeros tomos, otros tres en 1725, el VII, que es el más voluminoso en 1726 y los tres últimos en 1727 (3). Tan corto plazo no hubiera podido bastar para empresa tan árdua, si la mayor parte del trabajo no hubiera estado preparado de antemano, según ya hemos dicho.

Llevó el marqués hasta el extremo su escrupulosidad en citar todos los libros de donde había sacado preceptos ó máximas, sin duda para que no se creyese que trataba de presentar como suyo lo que era de otros, puso en esto el mayor cuidado, distinguiendo siempre con toda claridad lo suyo de lo ageno. Esta circunstancia es causa de que se puedan saber los títulos de los principales libros que formaban la biblioteca del marqués, que según sus biógrafos la tenía muy buena, pues puede razonablemente suponerse que poseía todos los libros que cita (4).

El catálogo de estos que á continuación presentamos tiene hoy bastante interés bibliográfico, pues permite formarse idea de la literatura militar é histórica de fines del siglo xvII y principios del siglo xvIII; es al mismo tiempo un homenaje al insigne Marqués de Santa Cruz en el segundo centenario de su nacimiento; y destinado á insertarse

Digitized by Google

⁽¹⁾ Proyecto del Vizconde de Puerto para un Diccionario universal, pág. 18. (Folleto encuadernado al final del tomo VIII de las Reflexiones Militares).

⁽²⁾ En efecto en Turín y Venecia se publicaban casi todos los libros en italiano y los que se imprimiesen en Roma, Nápoles ú otras ciudades, en aquellas podrían adquirirse; París y Lyon eran los principales centros libreros de Francia, y en cuanto á Amsterdam y Ginebra es sabido que era donde se imprimían muchos libros en francés para evitar las trabas que en Francia se ponían á este comercio con la exigencia de sacar privilegio real para editarlos y venderlos. Los libros en latín, que era el idioma universal de los sabios y eruditos, se imprimían en todas partes; pero muy especialmente en las seis ciudades citadas por el marques, donde también se vendían los que en aquel mismo idioma se publicaban en Alemania, cuyo principal centro editorial era y sigue siendo Leipzig.

⁽³⁾ Sabido es que el tomo XI se publicó en París en 1730 y que viene en rigor á formar el principio de una nueva obra.

⁽⁴⁾ Claro es que debía tener muchos más que los citados, así es que aunque damos á este trabajo el título de La biblioteca del marqués de Santa Cruz, ya se comprenderá que no pretendemos que sea un catálogo completo de las obras que contenía.

en la nueva edición de las REFLEXIONES MILITARES completará el texto, en el cual se han suprimido las citas que figuraban en la edición original.

Sólo nos resta decir breves palabras acerca de cómo hemos formado este catálogo. Las citas del marqués son muy breves, el nombre del autor y la abreviatura del título; para dar la noticia bibliográfica de cada una de las obras, hemos tenido que recurrir á todos los medios que estaban á nuestro alcance, tratando de sacar el mejor partido de ellos, ya que no pudiendo salir de Guadalajara, nos estaba vedado el mejor, que era acudir á las grandes bibliotecas y consultar con los bibliógrafos. Reducidos á nuestros propios recursos, bien escasos por cierto, y á la biblioteca de la Academia de Ingenieros, hemos hecho cuanto hemos podido para dar noticia de todas las obras que el marqués citaba. Cuando hemos podido ver el libro mismo, á él hemos acudido; cuando no, nos hemos servido de los catálogos y diccionarios bibliográficos que teníamos á nuestra disposición. La Bibliografia militar de España del general Almirante nos ha proporcionado lo que necesitábamos para casi todos los libros militares españoles; para los extranjeros y para los no militares, hemos recurrido al Dictionaire de l'Armée de terre del general Bardin, en el artículo Auteur militaire donde pone una copiosa bibliografía, al Manuel du libraire et de l'amateur de livres de Brunet, obra en doce tomos donde se encuentran muchos datos, à la Biographie universelle ancienne et moderne de Michaud y à cuantos catálogos de libros antiguos hemos podido proporcionarnos. Con todo, el índice que presentamos es muy defectuoso y así lo reconocemos, lamentando que no haya bastado nuestra diligencia para hacerlo tan completo como hubiéramos deseado.

CATÁLOGO ALFABÉTICO

DE LAS OBRAS QUE SE CITAN EN LAS «REFLEXIONES MILITARES».

ABREGE DE LA VIE DE LOUIS XIV.

El marqués cita esta obra Abreviado de la vida de Luis XIV, pero el galicismo es manifiesto, se vé claro, que el título debe ser en francés el que se pone arriba. Ignoramos de que obra se trata, así como si se publicó anonima o con autor conocido. Tal vez sea el libro de Bussy-Rabutin, pero este tiene por titulo Hisloire abrégée de Louis le Grand; se publicó en 1699.

ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases, o modos de hablar, los proverbios ó refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua: por la real Academia Española. — Madrid, 1726-1739.

Seis volúmenes fólio.

Es el llamado diccionario de autoridades ó primera edicion.

El marqués habla de él como poseyéndolo, pero debió tener solo los primeros tomos.

Academia española. Tratado de Ortografia de la lengua castellana.—Madrid. 1726.

Un volúmen en 8.º

Brunet dice que la 1.º edicion es de 1742, pero el marqués dice terminantemente

que tiene un ejemplar publicado en 1726 y advierte en el tomo IX de sus Reflexiones, que desde él empieza a usar las reglas de ortografía de la Academia.

Agustino (Francisco). Colección de hombres y mujeres ilustres.

Alaba y Viamont (D. Diego de). El perfeto Capitan, instruido en la disciplina militar y nueua ciencia de la Artilleria. Madrid (Pedro Madrigal), 1500.

Un volumen en folio.

Albergati (Nicolás). Discurso al Cardenal San Sixto.

Nada sabemos de esta obra, ni si el que ponemos que es con el que lo cita el marques, es su verdadero título. Su autor que fue cardenal de la iglesia romana, vivió desde 1375 hasta 1443 y tomó parte muy importante en los negocios eclesiásticos, pero no aparece segun los biógrafos que escribiese ningun libro. Tal vez el discurso sea el que ponga en su boca algun historiador de los sucesos de su tiempo, pero no hemos podido comprobar esto que no pasa de ser suposicion nuestra.

Albrigio (César). Política enferma de la República de Génova.

Tampoco hemos visto citado en parte al-

guna el libro expresado.

Aldrovandus (Ulises). Opera omnia. Bononiæ, 1599 á 1688.

Trece volúmenes en folio.

Aldrovando no escribió mas que los cinco primeros tomos de esta coleccion, los demás fueron compuestos, aprovechando materiales del autor, por varios continuadores. La obra es de Historia natural.

AMELOT DE LA HOUSSAYE. Annales de Tacite. avec des notes. - Paris, 1690.

Un volúmen en 4.º

Tambien tradujo el Oraculo manual del

P. Gracian (V. Baltasar Gracian).

Ammiano Marcelino. Ammiani Marcellini historiarum libri qui extant XIII (de XIV-XXVI) ex recognitione et cum praesatium. -Roma (Sachsel y Golsch), 1474.

Un volúmen en fólio.

Esta es la primera edicion, pero incompleta, pues solo contiene 13 de los 18 libros que se conservan, el original tenia 31.

Hay traducciones alemanas, francesas é ita-

lianas.

Antonio (D. Nicolás). Bibliotheca hispana nova, sive hispanorum scriptorum qui ab anno 1500 ad 1670 floruere notitia. - Roma, 1672.

Bibliotheca hispana vetus, sive hispani scriptores qui ab Octaviani Augusti avo ad annum Christi MD. floruerunt.-Roma,

1692.

Ambas obras forman 4 volúmenes fólio.

La biblioteca nova se publicó en vida del autor que murió en 1684, la vetus quedó inédita, publicándola luego el Cardenal Aguera. Apolo (Jacinto). Gobierno moral á Lelio.

Así cita el marqués una obra, que no hemos podido averiguar cual es su título exacto, ni de que trata.

AQUINO (CARLOS). Lexicon militaris. - Roma.

Dos volúmenes en fólio.

El autor era un sabio jesuita napolitano. Segun el Principe de Ligne contiene definiciones exactas, pero que son muy prolijas y dice que esta obra es un pozo de erudicion inútil para la guerra. Sin embargo, otros autores dicen que es obra útil, é indispensable como arsenal filológico para el estudio de los clásicos militares latinos.

Aristoteles. Aristotelis Politicorum'libri octo. —París (Vascosan), 1548.

Un volumen en 4.º

Son muchas las ediciones de esta obra, separadamente ó formando parte de las colecciones completas de las del autor. Tambien se ha publicado otras veces con el título De Republica libri octo y De optimo statu reipublica libri octo.

Abundan tambien las traducciones y comentarios.

Aubin. Dictionaire de marine. - Amsterdam, 1702.

Un volúmen en 4.º

Hay otra edición de 1722 en el mismo ta-

maño y tambien de Amsterdam.

El autor es mas conocido por sus folletos sobre los sucesos en que tomó parte Urbano Grandier, en los cuales se manifiesta como era, furioso protestante. El Diccionario de marina, lo compuso con los materiales que reunió para escribir la vida del célebre marino holandés Miguel Ruyter.

BACALLAR Y SANNA, MARQUÉS DE SAN FELIPE (D. Vicente). Comentarios de la guerra de España, é historia de su rey Felipe V. el Animoso, desde el principio de su reynado, hasta la Paz general de 1725. - Genova s. a.

Dos tomos en 4.º

BALZAC (JUAN-LUIS, GUEZ DE). Le Prince. -Paris (Du Bray, Rocolet y Sonius), 1631.

Un volumen en 4.° Socrate chrestien.—Paris (Courbé), 1652. Un volúmen en 8.°

BAUDRAND (MIGUEL ANTONIO). Dictionnaire geographique et historique. - Paris, 1705. 2 volúmenes en fólio.

Este diccionario se publicó despues de la muerte del autor. En vida de este, se había dado á luz en latin bajo el título: Geographia ordine literarum disposita.-Paris, 1681 y 1682. Dos volúmenes en fólio.

BAYLE (PIERRE). Dictionnaire historique et critique.—Rotterdam (Bohm), 1720.

Cuatro volúmenes fólio.

Es la tercera edicion de esta obra, que después ha tenido otras varias. La primera es de 1697 y hay además una traduccion in-

El marques de Santa Cruz se proponía utilizar este diccionario en la confeccion del

que tenía en proyecto.

Bentivoglio (El Cardenal Guido). La guerra di Fiandra (1559--1607).--Colonia, 1632--1636-1639.

Tres volúmenes en 4.º

Traduccion al castellano por el P. Basilio Varen de Soto.-Madrid, 1643; un vol. fol.

Relaciones del Cardenal Bentivollo. Publicadas por Enrico Pvteano, y traducidas por don Francisco de Mendoza y Céspedes de italiano en lengua castellana. - Nápoles, 1631.

Un volúmen en 4.º

Beyerlinck (Lorenzo). Magnum Theatrum vitæ humanæ.-Colonia, 1631.

8 volúmenes en fólio.

Hay otras dos ediciones de Lyon, 1678 y Venecia, 1707.

La obra es un centon de teología, historia, política y filosofía en que al lado de cosas útiles se encuentra mucha trivialidad. Contiene un libro De militi et militia, que es el que principalmente cita el marqués de Santa Cruz.

Los materiales para este libro los había dejado reunidos Conrado Wolffhart, conocido por Lycosthenes; Teodoro Zwinger los ordenó y aumentó, empezando la publicación de la obra en Basilea en 1565, de la cual dió tres tomos; otros dos fueron publicados por Jacobo Zwinger su hijo. Beyerlinck, que era canónigo de la catedral de Amberes, aumentó considerablemente la obra y en la forma en que él la dejó y bajo su nombre, se imprimió esta despues de su muerte ocurrida en 1627. BIBLIA SACRA.

Son innumerables las ediciones de la Sagrada Biblia en latin. La primera es la de Maguncia, que salió de las prensas de Gutemberg y Fust en 1455, siendo la más antigua produccion tipográfica de que se tiene noticia; son dos ó cuatro volúmenes en gran fólio de letra gótica. No tiene fecha, cifras, reclamos ni signaturas, caracteres todos de los incunables ó primitivas producciones tipográficas.

El ejemplar que debia poscer el Marques de Santa Cruz y que le sirviese para las citas debe ser desde luego en latín, pues en esta lengua es en la que trascribe siempre los pasajes, y puede suponerse que sería de alguna de las ediciones de Paris, de Roma ó tal vez de Venecia del siglo xvii ó de fines del xvi.

Nuestro Marqués era persona sumamente piadosa, de creencias arraigadas y muy celoso por la conservacion de nuestra fe católica, como podría probarse citando infinidad de párrafos de su libro en que trata cuestiones que se relacionan con la religión de los pueblos y de las tropas; entre sus lecturas es indudable que tenían lugar muy preminente los libros religiosos y especialmente la Sagrada Escritura en la que encontraba reglas y ejemplos para todas las situaciones de la vida. No es por lo tanto de estrañar que se encuentren con tanta frecuencia en las Reflexiones militares las citas y trascripciones tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento y no será ciertamente el autor de estas líneas, que se precia tambien de católico práctico, quien critique al Vizconde de Puerto por haber dado tan buen ejemplo á los escritores militares, que hoy parece que quieren tomarle por modelo. Ojalá todos se convencieran de que la religiosidad es el primer sentimiento que debe inculcarse á los jóvenes militares.

BISACCIONI (CONDE MAJOLINO). Istoria delle

guerre civili di questi ultimi tempi.—Venetia (Storti), 1653.

El Marqués de Santa Cruz cita esta obra para sus ejemplos de las guerras civiles de Cataluña, Polonia, Inglaterra y Nápoles.

Otra obra de este autor, que tambien cita nuestro marqués, es la siguiente:

Idea del persetto Capitano, ovvero discorsi historici politici e militari di Bisaccioni, con le considerazioni sopra la tactica di Leone. —Messina, 1660.

Un volúmen en 4.°

Boccalini (Trajano). I Ragguagli di Parnasso.—Venetia (Farri), 1612, 1613.

Dos volúmenes en 4.º

Obra satírica. La cita nuestro Marques dándole el nombre de Raguallos del Parnaso.

BONINI (FELIPE). Ciro politico.

No hemos encontrado en ninguno de los catálogos y diccionarios bibliográficos que hemos podido ver, la obra que cita así el Marqués de Santa Cruz.

Borri (Giuseppe-Francesco). La Chiave del gabinetto, col favor della quale si vedono varie lettere scientifique, chimiche e curiosissime. con varie instruzioni politiche, ed altre cosc degne de curiosità, e molti segreti bellisimi. —Colona (Martello), 1681.

Un volúmeh en 12.º

Supongo que será esta la obra que cita el Marques de Santa Cruz bajo el título Instrucciones políticas del Caballero Borri.

Bossuet (Jacobo Benigno) Obispo de Meaux.

Politique tirée des propres paroles de l'Écriture sainte, à Monseigneur le Dauphin.—

Obra póstuma.—Paris (P. Cot), 1709.

Un volumen en 4.º ó dos en 12.º Las dos tiradas se hicieron á un tiempo.

Botero Benes (Giovanni). Relazioni universali.—Roma (Ferrari), 1592-1593.

Dos volúmenes en 4.º

Supongo que la Vida de Emmanuel I que cita también el Marqués, formará parte de estas Relaciones universales.

En un catálogo de libros raros y curiosos de la librería Bachelin-Deflorenne de Paris, vemos anunciado Detti memorabili di personaggi illustri. Torino, 1614.

Un volúmen en 8.º, del mismo autor, que no sabemos si será la misma obra.

Las Relaciones están traducidas al español por el licenciado Diego de Aguiar. Valladolid, 1603. En fólio.

Bravo (P. Bartolome, Jesuita). Dictionarium plurimarum vocum, quæ in Ciceronis scriptis desiderantur.—Pincia, 1627.

Un volúmen en 4.º

La misma obra se había publicado anteriormente en 8.º y bajo el título de Thesaurus verborum ac phrasium etc. en Zaragoza (1597) y en Madrid (1611). Otra edición es de Valencia (1606) en 4.º y lleva el título de Vocabularius.

Brissonius (Barn). Dictionarium juridicum.— Paris, 1596.

Un volúmen fólio.

Cita el marques este diccionario como ma-

terial para el suyo.

CALEPINUS (AMBROSIUS). Septem linguarum Calepinus, hoc est lexicon latinum, variarum linguarum interpretatione adjecta.— Patavis (Jacobi Facciolati), 1718.

Dos volúmenes fólio:

Este célebre diccionario latino de las lenguas hebrea, griega, francesa, italiana, alemana, española é inglesa, data de 1634; aunque en 1502 ya había salido en Reggio pero con otro título y solo en latin. Ha tenido muchas ediciones, pero la mejor es la de Padua, 1718, que cita nuestro marques.

CAMPANA (CESAR). Istoria del mondo del 1570 al 1596.—Venecia, 1591.

Dos volumenes en 4.º

Nuevas ediciones en 1599 y 1607.

Casaubon (Isaac). Polybii Lycortæ historiarum libri qui supersunt, greco et latino. Isaac Casaubonus emendavit, latino vertit et commentariis illustravit. Æneæ tactici commentariorum de toleranda obsidione.—Parisii (Drouard), 1609.

Un volúmen fólio.

CASTRO (D. ESCIPION DE). Compendio de la instruccion de un Pripcipe. Discurso político. Advertencia á Marco Antonio Colonna, nombrado Virey de Sicilia.

Segun Almirante es un manuscrito de la biblioteca nacional, sin embargo el marqués de Santa Cruz cita la Instruccion de un Principe de este autor, lo que parece indicar que se imprimió la obra.

CESAR (CAYO JULIO). Caii Julii Casaris Commentariorum libri.

Hay infinidad de ediciones y traducciones de esta obra. Entre las ediciones en latin citaremos la mejor de las que en vida del marques de Santa Cruz eran recientes y pudo por lo tanto figurar en su biblioteca:

C. Julii Caesaris quæ extant, accuratis sime cum libris editis et mss. optimis collata, recognita et correcta; accesserunt annotationes Samuel Clarke: item indices locorum, rerumque et verborum utilissimæ.—Londini (Jae Touson), 1712.

Un volúmen en gran fólio.

Los principales traductores españoles de los Comentarios son Fray Diego Lopez de Toledo, Pedro García de Oliva, D. Joseph Goya y Muniain, D. Carlos Bonieres, pero no creemos que tuviese el marqués de Santa Cruz ninguña de las traducciones españolas. cuando cita la francesa de Abblancourt. (V. Perrot d'Abblancourt).

CICERO (MARCUS TULLIUS). Ciceronis omnes qui ad artem, oratoriam pertinent libri, cum interpretatione et notis. — Parisiis (Vda. Thibout), 1687.

Dos volúmenes en 4.º '

Ciceronis Opera philosophica cum interpretatione et notis.—Parisiis (Vda. Thibout), 1687.

Un volumen en 4.º

De esta obra forma parte el tratado De Legibus, que cita el Marqués varias veces.

Comazzi (Gioan Battista). La morale dei Principi osservata nell' Istoria di tuti gl' Imperadori, che regnarono in Roma. Vienna d' Austria (Mattia Sischowitz). 1600.

Un volumen en 8.º

Este libro lo cita con frecuencia el marques, pero no lo he en ontrado en ningun catálogo impreso. Afortunadamente existe un ejemplar en la biblioteca de la Academia de Ingenieros y con el á la vista escribo esta papeleta. Es el libro una historia abreviada de los emperadores romanos en que á cada pasaje sigue una moral sacada del mismo.

COMIN VENTURA. Descripcion del Imperio Turco. Relacion del Estado de Milan.

Tesoro politico.

El marqués de Santa Cruz cita estas tres obras, que no hemos encontrado en ningun catálogo, ni diccionario bibliográfico y por lo tanto no podemos describirlas.

COMMINES (FRLIPE DE). Les mémoires de messire Ph. de Commines sur les principaux faicts et gestes de Louis onzieme et de Charles huictieme son fils, Roys de France.—Paris (De Roigny), 1552.

Un volumen en folio.

Hay una traduccion española por Juan Vitrian, impresa en Amberes en 1643.

Contarini (Juan Pedro). Historia delle cose sucesse dal principio della guerra mossa da Selim Ottomano a venetiani. — Venetia. 1572.

El marques de Santa Cruz cita el Curso de la guerra de Pedro Maria Contarini, pero dada la manera abreviadísima que tiene de hacer las citas, creemos posible que se refiera a esta misma obra.

COVARRUBIAS OROZCO (D. SEBASTIAN). Thesoro de la lengua castellana ó española. — Madrid (L. Sanchez), 1611.

Un volúmen fólio.

Curcio Rufo (Quinto). De rebus gestis Alexandri Magni regis Macedonum libri decem. Autwerpiæ (Steelsii), 1565.

Un volumen en 12.

Hay otras muchas ediciones y traducciones

a varios idiomas, incluso al valenciano por Fenollet (Barcelona), 1481.

CHAWIN. Diccionario filosófico. - Rotterdam, 1692.

Para el diccionario universal del marqués. DALECHAMPS (JACQUES). Histoire générale des plantes contenant XVIII livres sortie en latin de la bibliothèque de M. Jacques Dalechamps, puis faite françoise par J. des Moulins .-Lyon (Roville), 1515.

Dos volúmenes fólio.

DANET (PEDRO). Dictionarium antiquitatum romanarum et gracarum in usum Delphini.-Amsterdam, 1701.

Un volúmen en 4.º

Dictionaires latin-françois et françoislatin .- Lyon, 1721.

Dos volúmenes en 4.º

DANIEL (EL PADRE GABRIEL). Histoire de la milice françoise.—Paris, 1721.

Dos volúmenes en 4.º

Hay otra edición de Amsterdam, 1724, en el mismo tamaño.

D'Aviler (C. A.) Dictionaire d'Architecture. Paris (Jombert). 1720.

Un volumen en 4.6

DE VILLE (LE CHEVALIER ANTOINE). De la charge des Gouverneurs des Places.-Paris (Robert de Nain), 1656.

Un volumen en 16.º

El marqués de Santa Cruz cita repetidas veces à De Ville y se proponía traducir su obra, segun anunció en el tomo X de las Reflexiones militares.

Es en esecto obra interesantísima y aun hoy digna de leerse, á pesar de lo mucho que ha variado la poliorcética. Muchas de las prescripciones de De Ville, vicnen observándose tradicionalmente en el servicio de plaza.

DICTIONNAIRE universel. - Trévoux, 1721.

Cinco volúmenes en fólio.

En 1605 el duque del Maine, príncipe de Dombes, hijo natural de Luis XIV, estableció en la ciudad de Trévoux, capital de su principado, una imprenta muy importante de la cual se encargaron pocos años despues los jesuitas bajo la proteccion de dicho príncipe. Estos en 1704 reimprimieron el Essai d'un dictionnaire universel, que Antonio Furctière habia publicado en Rotterdam en 1684 y 1690, y sucesivamente dieron á luz otras varias ediciones, que perfeccionaron, corrigieron y aumentaron mucho, siendo desde entonces conocida la obra con el nombre de Diccionario de Trevoux y constituyendo una verdadera encicopledia y la coleccion de datos mas exacta y completa que por mucho tiempo hubo, siendo de gran utilidad para diversas clases de estudios, lo que explica la repeticion de sus ediciones. El marqués cita la de 1721 en

cinco tomos, la anterior de 1704 tenía tres y las posteriores llegaron á ocho ó diez; el primitivo diccionario de Furetière no había pasado de dos.

Los mismos padres jesuitas empezaron á publicar en 1701 un periódico literario, que se conoció con el nombre de Mémoires de Trévoux. En el número correspondiente á diciembre de 1733 insertaron un elogio del marqués de Santa Cruz, que sentimos no haber podido leer, y en el de marzo de 1742 una poesía latina, que su hija D.ª Isabel de Navia de Quirós había dedicado al infante D. Felipe en su llegada á Italia.

DIODORO SICULO. Bibliotheca historica libri quindecim, acceserunt ecloga seu fragmenta ex libris quibusdam auctoris, qui desiderantur, greca, omnia cum interpretatione latina cui adjecta chronologia duplex, index tergeminus, phraseologia ac notæ in contextum greca. studio et labore L. Rhodomanni.-Hanoviæ (Wechel), 1604

Un volúmen fólio.

Dögen (Matthias). L'Architecture militaire moderne, ou Fortification: confirmée par diverses histoires tant anciennes que nouvelles. et enrichie des figures des principales Forteresses qui sont en l'Europe.—Traduccion de Helie Poirer. Amsterdam (Luis Elzevier),

Un volúmen en fólio.

Tal es el ejemplar que tengo á la vista, es una buena edicion y son notables especialmente los 41 planos de plazas fuertes que contiene.

Segun dicen hay una edicion anterior, de 1647 en latín y otra de 1648 en flamenco. Era muy frecuente que los editores holandeses, publicasen sus obras al mismo tiempo en varios idiomas, aprovechando una misma tirada de las láminas que con este objeto llevan los títulos preparados en las mismas dos 6 tres lenguas, como sucede en el Dögen.

La obra de este ingeniero holandés tuvo mucha aceptacion en su época, debida é que pasaba por exponer fielmente los principios y trazados de la fortificacion holandesa, que tanto crédito tenía en el siglo xvii. Hé aquí lo que decía nuestro celebre ingeniero Me-

drano:

«Doguen fué reputado por excelente Ingenniero, sirviendo con este exercicio, debaxo »de la mano de Guillermo Principe de Oranje, »y Conde de Nassau, á quien dedicó sus obras »de fortificacion, que están en un volúmen de »fólio; en que pone tantos cálculos; y tablas »que excede á Fritac, agregándose á esto, ser »la construccion de sus Figuras muy penosa. y no facil de comprehender, y mas lo difi-»culta con los exemplares, que á cada cosa

»trae de Historias antiguas, aplicándolos to-»dos á los hechos de dicho Principe.»

No es de este lugar decir todo lo que se nos ocurre sobre Dögen y la fortificación holandesa.

DOLCE (LUDOVICO). Vita di Carlos V. imperatore.—Vinegia (Giolito), 1567.

Un volumen en 4.º

Le Vite di tutti gli Imperatori Romani da Giulio Cesare sin' a Rodolfo II - Vinegia, 1610.

Draudius (Jorge Draud). Bibliotheca classica. Francfort, 1611.

Un volúmen en 4.º

En 1625 se publicó otro tomo de suplemento.

Bibliotheca librorum germanorum classica.
—Francfort, 1625.

Bibliotheca exolica.—Francsort, 1025. Estas dos obras completan la anterior.

Du Buisson. La Vie du ricomte de Turenne.— Paris, 1688.

Segun Almirante el autor de esta obra, es imaginario, se atribuye á Sandras de Coutilz.

Dumont (Jean). Corps universel Diplomatique du Droit des Gens, contenant un Recueil des Traités d'Alliance, de Paix, de Trève faits en Europe depuis Charlemagne jusqu'à présent.—Amsterdam, 1726.

Dos volúmenes fólio.

Du Verdier (Gilberto Saulnier). Abregé de l'histoire de France.—Paris, 1651.

Dos volúmenes en 12.º

Esta obra debió tener mucho exito, pues en 1660 se publicó la 4.º edicion, otra en 1667 (3 tomos en 12.º), reproducida en 1676 y 1686.

El marqués la cita mucho, así como la siguiente:

Abregé de l'histoire des Ottomans.—Paris. 1662.

Un volumen en 12.º

Echalaz Gonzalez (D. Miguel). La vida de Carlos V Duque de Lorena y de Bar, Generalisimo de los Exércitos imperiales.—San Sebastian (Huarte), 1693.

Un volumen en 8.º

Traduccion del francés, pero no conocemos el original. El marqués cita solo Vida de Carlos V. de Lorena sin decir el autor.

ELIANO. De militaribus ordinibus instituendis more Gracorum liber.—Venetia (Spinellos).

Dos volúmenes en 4.º

Enhas Silvio (Piccolomimi. Papa Pio II, conocido por). In libros Antonii Panormita de dictis et factis Alphonsi sapientis.—Forma parte de la colección de este autor: Opera geographica et historica.—Lipsia (Corber y Schmid). 1707.

Un volumen en 4.°

En español:

Dichos y hechos de D. Alonso, Rey de Aragon.—Amberes, 1554.

Un volumen en 8.°

Eneas Tacticus. Commentarius de toleranda obsidione.

V. Casaubon.

FABRICIUS (JOANNES ALBERTUS). Bibliotheca græca, sive notitia scriptorum veterum græcorum quorumque monumenta integra aut fragmenta edita extant.—Hamburgo, 1718-1728.

Catorce volúmenes en 4.º

Bibliotheca latina. — Hamburgo, 1721-1722.

Tres volúmenes en 8.º

Bibliotheca ecclesiastica, sive collectio de scriptoribus ecclesiasticis.—Hamburgo, 1718. Un volúmen fólio.

Bibliographia antiquaria. — Hamburgo. 1716.

Un volúmen en 4.º

El marqués de Santa Cruz se proponía utilizar el inmenso material que proporciona en estas obras el sabio y célebre bibliografo aleman, cuya biblioteca particular llegaba á 30,000 volúmenes.

Famiano Estrada (Ei. Padre). Guerras de Flándes, desde la muerte del Emperador Carlos V hasta el fin del Gobierno de Alejandro Farnesio III Duque de Parma y Plasencia. Traducida en romance por el P. Melchor de Novar.—Colonia, 1682.

Tres volúmenes fólio.

Feijoo y Montenegro (D. Francisco). Teatro critico universal, ó discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes.—Madrid. 1726.

Aunque la primera edicion se publicó desde 1726 à 1760, solo nos referimos al primer tomo, que es el que cita en 1727 el marques de Santa Cruz (en sus ideas para el diccionario).

Fernandez Navarrete (Licenciado D. Pedro).

Discursos políticos.—Barcelona, 1621.

Un volumen en 4.º

Conservacion de monarquias y discurso politico sobre la gran consulta que el Consejo hizo al Sr. D. Felipe III. — Madrid, 1626.

Un volúmen en fólio.

Florentin de Perceval. Le parfait général d' artillerie concernant la guerre de campagne qui contient les vertus qu'un jeune seigneur doit pratiquer et les vices qu'il doit fuir, pour parvenir au caractere de général de l' artillerie de son Roi, et au commandement de ses armées.—Plasencia (Zambelli), 1715.

Un volúmen en 4.º

El marqués de Santa Cruz cita esta obra varias veces, pero debe ser muy poco conocida, pues no la hemos encontrado no solamente descrita, pero ni siquiera catalogada en ninguna bibliografía general, militar ni particular de artillería de las que hemos podido consultar. Ni Bardin, ni Gassendi, ni Cotty hacen la menor mencion del libro de Perceval.

Creíamos ya que nos tendríamos que contentar con dar el título de la obra y á continuacion confesar nuestra ignorancia, cuando revolviendo en la biblioteca de la Academia de Ingenieros, hemos tenido la suerte de dar con un ejemplar, por el cual podemos dar el título completo, tal como lo hemos copiado, la fecha, lugar de impresion y tamaño.

El autor se titula ci-devant commissaire provincial de l'artillerie de sa majesté trés chretienne, commissaire général du parc d'artillerie en ses armées d'Italie: et presentement commissaire general de l'artillerie de son altesse serenissime monseigneur le duc de Parme en tous ses etats y dedica su libro á Francisco Farnesio «el justo», duque de Parma, de Plasencia y de Castro, gonfalonero

perpetuo de la Santa Iglesia.

En cuanto al mérito del libro, no nos parece muy grande, por mas que hemos de confesar que no lo hemos leido. Es uno de esos libros, que al hojearlo no se siente uno animado á su lectura, estilo empalagoso, detalles hasta los más fútiles acerca el servicio de la artillería en campaña, tal como el autor lo había visto hacer en Francia, inventarios del material de los parques, reglamentos de ejercicio todo mezclado con consideraciones sobre la disciplina y organizacion de los ejércitos, esto es lo que se encuentra en este libro.

Folard (Juan Carlos ó el Caballero). Nouvelles découvertes sur la guerre, dans une dissertation sur Polybe.—Paris, 1724.

De este libro, el primero que publicó su célebre autor, dice nuestro marqués en el tomo VI de su obra (1725), que lo acaba de leer (V. pág. 54 del indicado tomo VI de las Refl. mil.). Mas adelante en 1730, cuando estuvo el marqués en Paris, trabó conocimiento y amistad con el caballero, pues dice que este le había enseñado en su casa una bayoneta que había inventado, que se sujetaba al cañon más fuertemente que las ordinarias.

Foresti (P. Antonio... jesuita). Mappamondo istorico, overo descrizione di tutti imperi del mondo, delle vite dei pontefici e i fatti più illustri dell' antica e moderna storia.—Par-

ma, 1690 y años siguientes.

Seis volúmenes en 4.º

El P. Foresti murió en 1699 sin haber publicado más que los seis tomos indicados de la obra magna que había emprendido. La continuó el célebre Apostolo Zeno, quien publicó otros cuatro volúmenes, que contienen la historia de los reyes de Inglaterra, Escocia, Succia, Dinamarca, duques de Holstein y condes de Gueldres.

El marqués Dominico Suarez dió el tomo onceno, que trata de la historia de los Califas ó Emperadores otomanos. y el doctor Silvio Grandi el XII con la historia de la China.

La obra completa fué traducida al aleman por Jorge Schlueter y publicada en Augsburg, 1716-1718 en seis volúmenes en fólio.

El marqués de Santa Cruz cita á cada paso esta obra; la mayor parte de las citas históricas son de ella. Es efectivamente libro importante y constituye la primera tentativa seria para escribir una historia universal con plan vasto, pero segun los críticos, el resultado no correspondió en los detalles á lo bien concebido del plan de conjunto.

Véase en su lugar lo que decimos de los

continuadores Zeno y Suarez.

Frachetta (Jerónimo). Seminario del libro di governi di stato e di guerra.—Venecia, 1613.
Un volumen en folio.

Nuevas ediciones de Venecia, 1625 en fólio, 1647 en 4.º; de Génova, 1648 en 4.º

Parece que hay otra anterior que hemos visto citada así:

Il Prencipe di Girolamo Frachetta, nel quale si considera il Prencipe et quanto al governo, dello Stato, et quanto al maneggio della guerra.—Venecia, 1599.

Un volúmen en 8.º

Freherus (Paulus). Theatrum virorum eruditione clarorum a sæculis aliquot ad hæc usque tempora florentium.—Nuremberg (Froberg), 1688.

Un tomo fólio.

Contiene segun dicen 1312 retratos.

FRONTINO (SEXTO JULIO). Libri quatuor Strategematicon..-Paris, 1690.

Un volúmen en 8.º

Gandino (Marco Antonio). Traduccion y comentarios sobre Frontino.—Venecia (Zaltiero), 1578.

No conozco el título exacto de estos comentarios.

Golius (Jacobus). Lexicon arabico-latinum.— Amsterdan (Elzevir.) 1653.

Un volúmen fólio.

Gracian (P. Baltasar... jesuita español).

Oráculo manual y arte de prudencia sacada
de los aforismos que se discurren en las obras
de Lorenzo Gracián.— Huesca (Lastanosa), 1647.

Un volúmen en 4.º

Amelot de l'Houssai tradujo esta obra al francés, pero le varió el título, dándole el de

L'Homme de cour con el cual se publicó en París en 1684 y 1702, la primera vez en 4.º

y la segunda en 12.º

El marqués de Santa Cruz cita esta obra por el título de la traduccion francesa, lo cual por cierto nos ha tenido algún tiempo desconcertado y ha dificultado nuestras investigaciones bibliográficas.

GRACIAN (DIEGO). Onosandro Platónico, de las calidades y partes que ha de tener un Excelente Capitan general y de su oficio y cargo. Traducido del Griego en Castellano. Por el Secretario Diego Gracian. — Barcelona, 1567.

Un volúmen en 4.º

Es el primero de los cinco volúmenes De Re militari de Gracian.

El segundo es César renovado, que son las observaciones militares, ardides, y avisos de Guerra, que usó César. El tercero, cuarto y quinto son la traduccion de los tres libros de Disciplina militar de Langeay (V. Langé.)

GRUTERUS (JANUS). Lampas, sive fax artium liberalium, hoc est thesaurus criticus, e bihliothecis erutus.—Francfort, 1602-1634.

Siete volumenes en 8.º

Materiales para el diccionario universal del marqués.

GUALDO PRIORATO (CONDE GALEAZZO). Il guerriero prudente e politico.—Venezia. 1640. Un volúmen en 4.º

Guicciardini (Francesco). Dell'istoria d' Italia libri XVI.—Fiorenza (Torrentino), 1561.

Un volúmen en gran fólio ó 2 en 8.º

Los cuatro últimos libros XVII, XVIII, XIX y XX se imprimieron para completar estas ediciones en Parma, 1564, un volúmen

La edicion de Venecia (Giolito), 1567 está completa con los veinte libros, es un volumen en 4.º Hay reimpresiones de la misma en Ginebra en el mismo tamaño de 1636 y 1645.

GUISA (DUQUE DE). Mémoires de Jeu M. le duc Henri de Guise, rédigés par Philippe Goibaud seigneur du Bois.-Paris, 1668.

Un volumen en 4.º

Hay otra edicion del mismo año 1668 impresa que forma parte de la colección de los Elzevier. Hay reimpresiones de Colonia, 1669; Paris, 1681 y Amsterdan, 1703.

HARRIS (JOHN). Lexicon technicum o diccionario universal de ciencia y artes (en inglés).— Londres, 1708.

2 volúmenes en fólio.

Некорото.

Citaremos solo una edicion de la version latina del célebre historiador griego.

Herodoti historiarum libri IX, et de Vita Homeri libellus, illic ex interpretatione Laurentii Vallæ adscripta, hic est interpretatione Conradi Heresbachii, utraque ab H.

Stephano recognita, Ex Ctesia excerpta historiæ. Icones quaremdam memorabilium structurarum Apologia Henricus Stephani pro Herodoto.—Excudebat (H. Stephanus). 1566.

Un volumen folio.

HIERONYMO (SAN JERÓNIMO). S. Eusebii Hieronymi Opera, emendata studio et opera monachorum ordinis S. Benedicti. - Parisiis (Pouget y Martianay) 1693-1706.

Cinco volúmenes fólio.

HIRCIO (AULO), De bello hispaniensi. De bello africano.

Este autor escribió una continuacion de los Comentarios de Cesar. El libro De bello hispaniensi dicen que no es suyo.

HISTOIRE d'Emeric, comte de Tekeli ou Mémoires pour servir à sa vie. - Colonia, 1693.

Un volumen en 12.º

Se atribuye esta obra á Leclerc, pero no consta que fuese suya. Segun parece está formada con retazos de las gacetas de la época.

Emerico sué el jese de los descontentos húngaros á fines del siglo xvii. Aliado á los turcos tomó parte en la campaña de 1683 en la que mandó las tropas que sitiaron á Presburgo con éxito desgraciado, pues fue derrotado por el ejército de socorro del Príncipe de Baden, mientras que Sobieski obligaba á los turcos á levantar el sitio de Viena. En 1697 llevó por algun tiempo el ilusorio título de rey de Hungria, que le confirio el sultan y que perdió por la derrota que el Príncipe Eugenio hizo sufrir á los turcos en Zenta.

HOFFMANN (JUAN JACOBO). Lexicon universale. historico geographico, cronologico, poetico, philologicum.-Basilea, 1677.

Dos volúmenes en fólio y otros dos de su-

plemento en 1683.

Otra edicion de Leyden, 1698 en 4 volúmenes en fólio.

Isidoro (San, Arzobispo de Sevilla). Isidorus de summo bono. - Lovayna (J. de Westphalia), 1486.

Un volúmen en 4.º

ISOCRATES. Isocratis paranesis ad Demonicum. ejusdem oratio de gobernando regno ad Nicoclem .- Paris, 1-515.

Un volúmen en 4.º en griego con la ver-

Oratio de pace. - Paris (Wechel), 1529. Un volumen en 8.º

El secretario Gracian tradujo las obras de este autor.

JÁUREGULY AGUILAR (D. JUAN DE). La Farsalia. -Madrid (García), 1684.

Un volumen en 4.º

Poema imitacion de Lucano.

Josephus (Flavius). De Bello judaico libri VII. De Antiquitate Judaorum libri publicadas ambas obras reunidas.—Basilea

Un volúmen fólio.

(Froben), 1544.

Hay como de todos los historiadores antiguos otras muchas ediciones y traducciones á varios idiomas.

Junius (Franciscus). De Pictura veterum libri tres.--Amsterdam, 1637.

Un volúmen en 4.º

La obra fué traducida al inglés por su mismo autor, publicándose en Londres en 1638.

Otra edicion latina se imprimió en Rotterdam en 1694 en fólio.

KAHL (J.) Lexicon juridicum. - Genevæ, 1622. Dos volúmenes fólio.

Material para el diccionario universal.

La Fontaine. Doctrine militaire, ou le parfait général d'armée, contenant les devoirs des officiers d'infanterie et d'artillerie.—Paris, 1675.

Un volúmen en 8.º

Tiene otras ediciones y una traduccion alemana.

LA MOTTE. Politica del Principe.

No he podido averiguar los datos biblio-

gráficos acerca de este libro.

Langè (Guillermo du Bellay, señor de). Tre libri della disciplina militare de Guglielmo Bellai, signor de Langè tradotti nella lingua italiana, opera molto notabile. — Venetia (Tramezzino), 1550.

Un volúmen en 12.º

Hay traduccion española de Diego Gracian que forma el tercero, cuarto y quinto volúmen De re militari.—Barcelona, 1567.

LA NOUE (FRANÇOIS DE). Discours politiques et militaires du sieur de la Nove. Recueillis et mis en lumière par le sieur De Fresnes et dediés au Roy tres-chrestie Henri IIII de ce nom,—Lyon (Daniel Bellon), 1595.

Dos volúmenes en 16.º

La cita del marqués de Santa Cruz dice Modo de echar los turcos de Europa, pero puede ser este el título de uno de los dis-

LASOR (ALFONSO). Universus terrarum orbis scriptorum calamo delineatus; hoc est, autorum fere omnium qui de Europæ, Asiæ, Africæ et Americæ regnis, provinciis, populis, civitatibus, oppidis... et de aliis tam superquam subtus terram locis... de gentium quoque moribus, religione, legibus... quovis tempore et qualibet lingua scripserunt, cum anno, loco et forma editionis eorum, uberrimus elenchus...., studio et labore Alphonsi Lasor a Varca.—Pataviis (Conzattus), 1713.

Segun Brunet esta obra no cumple todo lo que promete su título, que efectivamente es bien pomposo.

LA VALLIÈRE. Pratique et maximes de la guerre.—Paris, 1671.

Un volúmen en 8.º

Nuevas ediciones en 12.º en 1675, en La Haya en 1693. Traduccion al aleman en Francfort, 1676.

Segun unos el autor de esta obra es el caballero Francisco de la Vallière, segun otros es el teniente general Francisco de la Baume Leblanc de la Vallière. No se debe confundir con el célebre general autor del sistema de artillería francés de 1732, reproducido en España en 1743. El verdadero autor parece que es el caballero, mariscal de batalla bajo el reinado de Luís XIII y muerto en el sitio de Lérida en 1647.

La obra ha obtenido los elogios del cáustico general Bardin, que no solía prodigarlos; de ella dice que está escrita con inteligencia, experiencia y saber. El marqués de Santa Cruz la cita repetidas veces.

LAZZARI (ALBERTO). Guerras.

Sin más dato que este título que da el marqués en su cita.

LECLERC (JUAN).

Véase Histoire d'Emeric.

Lechuga (Cristóbal). Discurso en que trata del cargo del Maestro de Campo General y de todo lo que de derecho le toca en el Exercito.—Milan (Pandolfo Malatesta), 1603.

Un volúmen en 4.º

Lenglet du Fresnoy (Nicolas). Méthode pour étudier l'histoire, avec un catalogue des principaux historiens.—Paris, 1729.

Cuatro volúmenes en 4.º

Segun Brunet este método tuvo mucho éxito cuando se publicó. Nuestro marqués lo cita en su proyecto de diccionario universal, publicado en 1727, lo cual parece indicar que existe una edicion anterior á la citada por Brunet.

Le Noble (Eustaquio, Baron de Saint George).

L'Ecole du monde, ou Entretiens d'un père avec son fils.—Paris, 1698.

Un volúmen en 12.º

Leon (E. Emperador). Leonis imperatoris de bellico Apparatu liber e Graco in latino conversus Joa. Checo Cantabr. interpr.—Basilea (Mich. Isengrinium), 1554.

Un volúmen en 12°

Esta obra la cita con mucha frecuencia el Marqués de Santa Cruz en sus Refl. Mil.

LE PARFAIT homme de guerre, ou idée d'un heros accompli.—Amsterdam, 1699.

Un volumen en 8.º

Hay otra edición en 12.º del mismo año, impresa en Paris.

IV

Se ignora el autor de este libro. LIPOMANO (JERÓNIMO). Relacion de Saboya.
LIFSIO (JUSTO). Justi Lipsii opera omnia.—
Antwerpiæ (Plantin), 1637.

Cuatro volúmenes gran fólio.

De esta obra cita especialmente el marques de Santa Cruz la Doctrina civil y los Ejemplos políticos; de la primera hay la siguiente traducción castellana:

Los seis libros de las Politicas, o Doctrina civil de Justo Lipsio, que sirven para el govierno del Reyno o Principado, traducido de la lengua latina, por D. Bernardino de Mendoza.—Madrid, 1604.

Un volumen en 4.º

Livio (Tiro). Historiarum romanarum decades.

Con decir que la primera edicion de esta obra es un incunable cuya fecha se supone sea 1469, basta para que se comprenda que hay infinitas ediciones, tanto del original latino como de sus traducciones a todos los idiomas. Las españolas son de Pedro Lopez de Ayala (Salamanca, 1497), Rodrigo Alfonso Pimentel (manuscrito) y Fr. Pedro de la Vega (Zaragoza, 1520); la primera y la tercera tienen varias reimpresiones, la segunda está en la biblioteca nacional.

Londono (D. Sancho de). Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a me jor y antiguo estado.—Bruselas (Roger Velpius), 1589.

Un volumen en 4.º

Louvreleuil (Padre J. B.) Le fanatisme renouvellé, 1704-1706.

Cuatro volúmenes en 12.º

Los tres primeros tomos son de 1704, el cuarto de 1706. No sabemos el lugar de la edicion.

Esta obra se refiere á la guerra de los Camisars, en las montañas de Cevennes en los primerosaños del siglo xviii. Guerra religiosa, que fué causa de sérios disturbios, terminados al fin con fuerte represion.

Su autor había sido cura de Saint Germain de Calberte en el teatro de la guerra y por lo

tanto era testigo presencial.

El marqués de Santa Cruz cita muchas veces este libro al tratar de las insurrecciones, pero lo hace de una manera incompleta. No habiendo encontrado en Brunet más datos, ya desesperábamos de poder dar otra cosa que una ligerísima indicacion, cuando la casualidad nos ha hecho encontrar en la biblioteca de la Academia de Ingenieros un libro del que hemos sacado las noticias que podemos dar. Es una Histoire des troubles des Cevennes ou de la guerre des Camisars sous le regne de Louis le Grand.—Villefranque (P. Chretien), 1760; tres volumenes en 12.º El autor se dice solo L'Auteur du Patriote

françois et impartial. El ejemplar procede de la biblioteca del general Koch (1) y tiene manuscrita y borrada despues, la indicacion de que el nombre del autor es "Michel Combes Branard, medecin;" pero en un catálogo hemos visto que se atribuye esta misma obra á Court de Gebelin.

Lupiccini (Antonio). Disciplina militar.

MABILLON (P. JEAN). De re diplomatica, libri VI.—Parisiis (Billaine), 1681 seu 1709.

Un volumen en fólio.

Esta es la obra que incluye Brunet en su catálogo, pero debemos advertir que el marqués de Santa Cruz la cita con el título Arte critica diplomática. Creemos que será la misma.

MAFFEI (FRANCESCO-SCIPIONE). Istoria diplomatica che serve d' introduzione all' arte critica in tal materia, con documenti che rimangono in papiro egizio, e ragionamento sopra gl' Itali primitivi.—Mantova, 1727.

Un volumen en 4.º

El marqués de Santa Cruz le llama al citarle el Marqués Scipion Masey y en esecto es este mismo el autor de la celebre Verona illustrata. En la Istoria diplomatica contradice muchos asertos del P. Mabillon.

Es probable que nuestro marqués conociera personalmente á Maffei, pues era este íntimo amigo del abate Muratori.

MALVEZZI (EL MARQUES VIRGILIO). Discorsi sopra Cornelio Tacito.—Venezia, 1635.

Manesson Mallet (Allain). Les travaux de Mars, ou l'Art de la guerre.—Paris (Deays Thierry), 1684.

Tres volúmenes en 8.º

Hay otra edicion anterior de Paris, 1671 y otra posterior de La Haya, 1696. La que citamos arriba es de la que posee un ejemplar el autor de estas líneas. Se tradujo al aleman en 1672 y 1687, ambas ediciones en Amsterdam.

Es esta obra de fortificacion, artillería, organizacion y táctica ó arte de escuadronar, sumamente notable para su época, tiene profusión de grabados, casi todos ellos en perspectiva, los cuales aclaran mucho las descripciones y es además obra muy completa, pues no solamente dá los principios de la fortificacion, el levantamiento de planos, la construccion de modelos en relieve, la aplicacion de la fortificacion al terreno, ó como entonces se decia, la fortificacion irregular, los sistemas de los ingenieros más célebres como Errard de Bar-le-Duc, Marolois, Stevin, Fritach,

⁽¹⁾ En 1851 y por iniciativa del genera Zarco del Valle compró la Academia, para aumento de su biblioteca la del general Koch, que contenia muy buenas obras militares tanto clásicas como históricas.

Dogen, Marchi, Sardi, De Ville, Pagan, el que propone el mismo Manesson, la construccion de las plazas, sino que además dá extensos detalles acerca de la organizacion del ejército en su época, el manejo del arma, pica ó mosquete, las evoluciones de la infanteria y de la caballería, la descripcion de las piezas de artillería, sus montajes y servicio, las operaciones de guerra, castrametacion, ataque y defensa de las plazas y al final contiene un libro ó tratado de la milicia de los Turcos citado por el marqués de Santa Cruz como si fuese obra aparte, en el cual dá extensos detalles acerca de la fortificacion de las plazas turcas, de la organizacion de la infantería, caballería y artillería turcas y acerca de los métodos que empleaban entonces las mismas tropas para atacar y defender las pla-

El autor fué ingeniero al servicio de Portugal durante la guerra de separacion de aquel reino y despues volvió á su país donde fué maestro de matemáticas de los pajes del rey Luís XIV.

MARIANA (EL P. JUAN DE). Historia general de España.—Toledo (Pedro Rodriguez) 1601.

Dos volúmenes fólio.

Con innumerables ediciones. En 1592 se había publicado por primera vez en latin, pero el marques lo cita en castellano.

Marineo Siculo (Lucio). Opus de rebus Hispania memorabilibus.—Compluti (Miguel de Eguía) 1530.

Un volúmen fólio, letra gótica.

El marques de Santa Cruz llama a este autor Marinius.

Hay otra edicion española de Alcala de Henares (Brocar), 1539.

MASCARDI (AGOSTINO). Dell' arte historica, trattati V. — Roma (Giac. Facciotti), 1636.

Un volumen en 4.º

Hay otra edicion de Venecia, 1646, en el mismo tamaño.

Dicen que es obra muy buena.

Medrano (D. Sebastian Fernandez de). El Ingeniero.—Bruselas (Lamberto Marchant), 1687.

Dos tomos en 8.º

Hay otra edicion posterior con el título El Architecto perfecto en el Arte militar. —Bruselas (Marchant), 1700.

Un tomo en 8.º

Con el mismo título se publicaron nuevas ediciones en Amberes (Verdhusen) en 1708 y 1735.

En 1696 se publicó en Brusclas la traduccion francesa de esta obra, hecha por el mismo Medesano

Acerca de Medrano y de sus obras hemos

publicado un opúsculo hace algunos años (1). Es indudable la influencia de este autor en las ideas sobre fortificacion de los ingenieros españoles del siglo pasado, pues casi todos habían estudiado por sus obras y especialmente por El Ingeniero. El marques de Santa Cruz tambien lo había estudiado, como lo demuestran sus frecuentes citas.

Melzo (El Caballero Ludovico). Regole militari sopra il governo e servitio particolare della cavalleria. — Amberes (Trognosio), 1611.

Un volumen folio.

Hay una traduccion española de Galderico Galí publicada en Milan en 1619. Otras traducciones francesa y alemana y varias reimpresiones. El ejemplar que tenemos á la vista pertenece á la biblioteca de la Academia de Ingenieros, procede de la antigua Academia militar de Barcelona, pues lleva el ex-libris de aquel establecimiento; es la traduccion de Galí, pero no lleva fecha, el ejemplar está en bastante mal estado, le faltan las figuras.

Mendoza (D. Bernardino de). Teorica y práctica de la guerra.—Madrid, 1595, y Amberes (Emprenta Plantiniana) 1596.

Un vol. en 4.°

Tiene otras varias ediciones y traducciones.

METEREN (EMMANUEL DE). Histoire des PaysBas, ou recueil des guerres et choses mémorables advenues, tant ès dits pays qu'ès pays
voisins, depués 1313 jasqu' en l'an 1612:
traduit du flamand en françois par J. D. L.
Haye avec la vie de l'auteur.—La Haya (Hillebrantz Jacobien de Wouw) 1618.

Un volúmen fólio.

Esta obra había sido escrita primitivamente en latin. Está desacreditada segun Almirante y Brunet como obra de un furioso y fanático protestante; hay autores correligionarios suyos que la tienen en poca estima por su manifiesta parcialidad.

Mexía (Pedro). Vidá y hechos de todos los Emperadores romanos, desde Julio Cesar hasta Maximiliano, por el caballero Pero Mexía.—

Sevilla, 1545.

Un volumen folio.

Otra edicion de la que hay un ejemplar en la biblioteca del Museo de Ingenieros se titula:

Historia imperial y Cesárea, en que sumariamente se contienen las vidas y hechos de todos los emperadores desde Julio César hasta Maximiliano primero. Compuesta por el magnifico caballero Pedro Mexía, vecino de Sevilla. Prosiguela el padre Basilio Varen,

⁽¹⁾ En 1878, en la revista quincenal del Memorial de Ingenieros del Ejército. Tomo IV, págs. 113, 129, 145 y 153. Se publicó tambien en Olisto aparte.

Asistente provincial de los Clérigos Regulares Menores, enriqueciéndola con las proezas de los últimos siete Césares Austriacos desde Cárlos V á Ferdinando III.—Madrid (Melchor Sanchez), 1655.

Un vol. en fólio.

Hay una traduccion de esta obra por Dolce, que tambien la cita el marqués de Santa Cruz.

Minucius Felix (M.) Octavius, in quo agitur veterum christianorum causa, restitutus a Fr. Balduino.— Heidelberg (Lud. Lucii), 1560.

Un volumen en 8.º

Hay varias ediciones y traducciones al inglés y al francés.

Montecuccoli (Raimondo). Memorie.—Colonia (Henr. de Huyssen), 1704.

Un volumen en 8.º

Además de esta primera edicion en italiano, hay otra en latin de Viena en 1718; traduccion al francés en Paris, 1712.

Es esta una obra que apreciaba mucho el marqués de Santa Cruz, de ella dice lo siguiente: «De la mala colocacion de las materias creo exento sobre todos al famoso Mon-»tecuculi á quien el mundo militar se reco-»noce tan obligado, por lo que aquel grande »hombre enseña, como quejoso de lo que »calla; pues en lo poco que escribió, muestra »claro lo mucho que sabía.» Más adelante añade: "Hablé del insigne general Montecu-»culi en cuanto á la ordenada colocacion de alas materias y el mismo respeto profeso á lo »fundamental de sus máximas; pero conservo »siempre el dolor de no ver en el primer libro »de sus preciosas máximas más extendidos »los asuntos, ni los dictámenes acompañados »de las excepciones que toda regla general »necesita para que una ú otra vez no salga »falsa. Descuido frecuente en grandes hom-»bres, que discurren bastante explicarse en »breves aforismos ó sentencias sin considerar »que la demás gente ignora mucho de lo que »ellos dan por supuesto saber cualquier lec-

Traducido al castellano con el título Arte universal de la Guerra, por D. Bartolomé Chafrion.—Lisboa, 1708, un volúmen en 12.º Montluc (Blaise de). Comentaires de messire Blaise de Montluc maréchal de France, où sont descrits les combats, etc.. esquels ce grand et renommé guerrier s'est trouvé durant cinquante ou soixante ans qu'il a porté les armes (1521-1572), ensemble divers instructions qui ne doivent être ignorées de ceulx qui veulent parvenir par les armes a quelqu'honneur, et sagement conduire tous exploits de guerre; avec différens poèmes sur samort.—Bordeaux (Simon Millanges), 1592.

Un volúmen en fólio ó dos en 8.º Hay muchas ediciones.

Moreri (Louis). Le grand dictionnaire historique, ou mélange curieux de l'histoire sacrée et profane.—Paris, 1725.

Seis volumenes fólio.

Hay otra edicion anterior de 1674 que es la primera en un solo tomo, pero ponemos la que cita el marqués. La de 1707 era ya de cuatro volúmenes y en 1748 se reimprimió en diez, claro es que en las sucesivas ediciones fué aumentándose el texto.

Brunet dice que existe una traduccion española de este diccionario, impresa en Paris en 1753 en 10 volúmenes fólio. Si esto es verdad, iserá que se llevó á efecto la idea del marqués de Santa Cruz? Este proponía en 1727 que si no se podía llevar á cabo la composicion del Diccionario universal tal como él lo había concebido y segun el plan que había desarrollado en los folletos encuadernados con los tomos VIII, IX y X de las Reflexiones millitares, por lo menos se tradujese al español el histórico de Moreri.

MURATORI (ABATE LUDOVICO ANTONIO). Rerum italicarum Scriptores.—Milano (Stampa Palotina).

latina), 1723.

24 tomos en fólio, segun Brunet son 25. El autor era amigo del marqués de Santa Cruz, y este hace mencion en una de las cartas que publicó (1), de haber recibido los tomos que el Abate Muratori le había mandado. Es de suponer que se tratase de esta obra, pues los Anales de Italia del mismo erudito abate son posteriores á la muerte del marqués. Muratori es autor de muchas y muy voluminosas obras, que todas son muy estimadas, alguna de ellas ha sido traducida al castellano, segun el abate Andrés, las obras de Muratori "están llenas de noticias, de crívitica y de crudicion, aunque no muy ricas de vagracias y de gallardía de estilo »

NASSAU (GUILLERMO III DE). Annibal et Schion, ou les grands Capitaines, avec les ordres et plans de batailles.—La Haya, 1675.

Un volúmen 8.º

Hemos puesto esta obra como de Guillermo III, porque así la cita el marqués de Santa Cruz. Almirante dice que el libro no lleva al frente nombre de autor, pero que el catálogo de la B. M. de Viena lo atribuye á M. C. de Mestre y que otros dicen es del conde G. L. Nassau.

Nebrixa (Antonio de). Ælii Antonii Nebrissensis grammatici Lexicon Latino-castellanum,

⁽¹⁾ Forman folleto con paginacion aparte y están encuadernadas con el tomo VI de las REPLENIONES MILITARES. Las dos cartas de Muratori están en italiano y las contestaciones del marqués en español.

et Castellano-latinum. - Salamanca, 1492. Un volúmen fólio, letra gótica.

Primera edicion del diccionario, hay otras de Sevilla, 1506, 1516, Venecia, 1519 y otras varias. El marqués de Santa Cruz cita una de 1681.

NEBRIXA (ANTONIO DE). Ælii Anthonii Nebrissensis Gràmatica. - Burgos (F. Bâle), 1493.

Un volúmen en 4.º

La primera edición es de Salamanca, 1480. Tiene muchas ediciones, como que es el libro por el que han estudiado latin los niños durante tres siglos.

Niecoluci (Amadeo). Arte de la Guerra.

Como en otras obras, no podemos dar los

datos bibliográficos de esta.

Onosandro. Onosandri strategeticus sive de imperatoris institutione; accessit Urbicii inventumetc .- Lutetiæ-Parisior (Saugrain), 1599. Un volúmen en 4.º (en griego con la

version latina).

Hay otras ediciones de 1600 y 1604 y traducciones italiana (1545), inglesa (1563), castellana por el secretario Diego Gracian (1567) y francesa por Blaise de Vigenère (1605).

OROSIUS (PAULUS). Historiarum liber, e tenebrarum faucibus in lucem æditus. - Paris (Vidoæus), 1524.

Un volúmen fólio.

OZANAM (JACQUES). Dictionnaire mathematique. - Paris, 1690.

Un volúmen en 4.º

Otra edicion de Amsterdam, 1691. El autor, distinguido profesor de matemáticas de los que tambien enseñaban fortificacion á los jóvenes que se examinaban para ingenieros, tiene varias obrasentre ellas unas Recreaciones matemáticas y fisicas, un Método de levantar planos y mapas, un Tratado de agrimensura y cubicacion y un Tratado de fortificacion, todas cuyas obras son de fines del siglo xvii. Tambien tiene unas tablas de líneas trigonométricas naturales y de sus logaritmos. Amsterdam, 1697.

PAREO (F). Lexicon criticum, seu thesaurus latinæ linguæ.—Norimberga (Endter), 1645. Un volumen en 8.°

Passi (Carnos). Selva de varias historias.

PERANDA (JUAN FRANCISCO). Instruccion à don **Pe**dro Caetano cuando fué á Flándes.

El marqués lo cita: Instruccion al Cardenal de Capua.

Perez (Antonio) el célebre secretario de Fe-

LIPE II. Las Obras y relaciones de D. Antonio Perez. - Paris, 1598.

Un volúmen en 4.º

Norte de Principes, virreyes, presidentes, consejeros y gobernadores, y advertimientos politicos, sobre lo público y particular de

una monarquia, importantisimas à los tales, fundadaș en materia y razon de estado y gobierno. Escritas por.... para el uso del Duque de Lerma, gran privado del Señor Rey D. Felipe III.

Esta segunda obra, aunque escrita en 1600, no se imprimió hasta 1788, pero tenemos entendido que existían antes muchas copias manuscritas, de las cuales pudo muy bien poseer alguna el marqués de Santa Cruz.

Perrot d'Ablancourt (Nigolás). Les Commentaires de Cesar, de la traduction de Nic. Perrot, sieur d'Ablancourt.-Rouen (Elsevier y Maurry), 1665.

Un volúmen en 12.º

Pasa esta traduccion por no ser muy fiel. PINEDA (FR. JUAN DE). Los treynta libros de la monarchia ecclesiástica ó historia universal del mundo.-Barcelona, 1606.

Cinco volúmenes fólio.

PITISCO (SAMUEL). Lexicon antiquitatum romanarum.-Venecia, 1719.

Dos volúmenes en fólio.

Platon. De República, vel de justo.

De legibus, seu legum liber primus, Diálogos de Platon, que han tenido muchas ediciones.

PLINIO EL JÓVEN. Panegyricus Cæsari imperatori Nervae Trajano Augusto dictus.

O bien

Epistolarum libri X. Panegyricus Traiano principe dictus. De viris illustribus in re militare et in administranda Republica.

PLUTARCO. Plutarchi vita parallela Romanorum et Græcorum XLIX.

Tiene como todos los clásicos muchas ediciones y traducciones. Las españolas:

Las vidas de Plutarco, traducidas de latin en romance por el coronista Alsonso de Palencia. - Sevilla (Colonia), 1491.

Dos volúmenes en fólio, letra gótica.

Las vidas de los ilustres y excelentes varones griegos y romanos, escritas en lengua griega por Plutarco de Cheronea, y agora nuevamente traducidas en castellano por Juan Castro de Salinas. - Colonia (Bireman) 1562. Un volúmen en fólio.

Polibio. Historiarum libri qui supersunt.

Innumerables ediciones y traducciones. Comentarios de Folard y Guischardt. (V. Casaubon.)

Polieno Macedonio. Stratagemata.

Como en todos los clásicos, podrían citarse muchas ediciones y traducciones.

Pons de Castelvi (D. Fabricio). Gustavo Adolfo, Rey de Suecia, vencedor y vencido en Alemania. - Madrid (Carcía Morras), 1648. Un volumen en 4.

Porcacchi (Tommaso). La historia d' Italia di M. Francesco Guicciardini gentil' huomo

fiorentino. Divisa in venti libri. Riscontrata con tutti glialtri historici, et Autori che dell' istese cosse habbiano scrito. - Venetia (Ugolino), 1590.

Un volumen en 4.º

Hay otra edicion de Venecia, 1623.

Porroni (El marqués). Tratado universal mili-

No tenemos mas noticia de esta obra, que la cita del marques de Santa Cruz en sus Reflexiones.

PROCOPIO. De rebus Gothorum. - Basilea, 1531.

Un volumen fólio.

QUART (CONDE DE). Reflexiones sobre el Panegirico de Plinio.

Nada hemos podido averiguar de este libro. RAFELENG. Dictionnaire arabe-françois avec des notes de Th. Spenius. - Leyden, 1613.

Un volumen folio.

Forma parte de los materiales que recogía el marqués para su diccionario uni-

REINESIUS (TH). Syntagma inscriptionum antiquarum, cum primis Romæ veteris, quarum omissa est recensio in Gruteri opere, cum commentarii.—Lipsiæ, 1682.

Un volúmen en fólio.

Variarum lectionum libri III. - Altenburg, 1640.

Un volúmen en 4.°

El marqués cita las obras de Reinesio sin detallar su enumeración, como materiales para su diccionario universal en proyecto.

RICHELIEU (JUAN ARMANDO DU PLESSIS, CARDE-NAL DE). Maximes d'état, ou lestament politique du cardinal de Richelieu. - Paris.

Dos volúmenes en 8.º

Aunque la edicion que cita Brunet es de 1764, debe haber otra anterior, pues cita esta obra el Marqués de Santa Cruz.

Rosini (Joannes). Antiquitatum romanarum corpus absolutissimum.—Utrecht, 1701.

Un volúmen en 4.º

Citado por el marqués como material para el diccionario.

SAAVEDRA FAJARDO (D. DIEGO). Corona gotica castellana y austriaca politicamente ilustrada.—Munster (J. Jausonio), 1646.

Tres volúmenes.

La segunda edicion es de Madrid (García de la Iglesia), 1671-77 y la 3.º de Amberes (Verduseen), 1681.

Empresas politicas, o idea de un principe politico cristiano, representada en cien empresas.-Munster, 1640.

Un volúmen en 4.º.

Traducido al italiano por el Dr. Cerchiari (Venecia, 1648; en 4.º) y al francés por J. Rou (Paris 1662; 2 vol. en 12.°) SAINT-EVREMONT (CHARLES MARGOTELLE DE SAINT-DENYS, SEIGNEUR DE). Œuvres meslées. - Paris, 1697.

Cuatro volúmenes en 8.º

Obras de filosofía y de historia en folletos sueltos que juntos forman la coleccion.

SAINT-REMY (PIERRE SURIREY DE). Memoires d' Artillerie, recueillis par M. Surirey de Saint Remy, Lieutenant du Grand-Maître de l'Artillerie de France. - Paris, 1707.

Dos volúmenes en fólio.

La primera edicion de este célebre libro es de 1607, la segunda es la que citamos porque es la que puede suponerse mas probablemente que tendría el marqués en su biblioteca.

El ejemplar que tenemos á la vista es de la tercera edicion, en tres tomos (1745) y procede de la biblioteca de la Academia militar de Barcelona, que pasó en 1804 á enriquecer la de la entonces naciente Academia de Ingenieros, establecida en Alcalá de Henares. Aunque hecha despues de la muerte del autor, esta tercera edicion contiene mucha mas materia que la segunda, pero todo lo que se ha añadido está marcado con calderones (¶.) y por consiguiente puede restablecerse en ella el texto original, del que no se ha suprimido nada. Es magnífica edicion con profusion de láminas muy bien grabadas y con un buen retrato del autor.

Fué esta obra muy estimada durante todo el siglo pasado, pues era la que presentaba la ciencia de la Artillería de una manera mas completa y también mas científica. En España fue sustituida á fines del siglo por el excelente Tratado del general Morla. Ambas obras presenten notables diferencias, la espanola es mas metodica, mas formalista, pues no describe mas que lo aceptado como reglamentario, mientras que Saint-Remy expone todas las nuevas invenciones de que tenía noticia, la mayor parte de ellas no se llevaron á la práctica. Con razon dice algun bibliógrafo que en el Saint-Remy se encuentran ya muchas ideas que despues de muchos años so presentaron como nuevas; baste citar los órganos de fusiles, verdaderas ametralladoras.

El marqués de Santa Cruz toma de Saint-Remy todos los datos y tablas sobre trenes de artillería de campaña y de sitio.

SALAZAR (DIEGO DE). Tratado de Remilitari. Tratado de la caualleria hecho a manera de dialogo q passo entre los illustrissimos señores Don Gonçalo Fernandez de Cordoua llamado Gran capitan Duq de Sessa, etc., y Don Pedro Mariq de Lara duq de Najara: en el qual se contienen muchos exéplos de grades principes y señores: y excelétes auisos y figuras de guerra muy prouechoso para caualleros, capitanes y soldados.—1536.

Un volúmen fólio letra gótica.

La segunda edicion (en 4.º) es de Bruselas

(Velpius), 1590.

SALUSTIO (CAYO CRISPO). Bellum Catilinarium et Jugurthinum. - Venetiis (Vindelinus de Spira), 1470.

Un volúmen en 4.º mayor.

Edicion primera y rara. Son innúmeras las que han seguido.

Los traductores españoles anteriores á 1732 son Vasco Ramirez de Guzman, Francisco Vidal de Noya y Emanuel Sueyro.

SANDOVAL (D. PEDRO DE, OBISPO DE MONDOÑE-DO). Historia y primera parte de la guerra que Don Carlos V, emperador de los Romanos, rey de España y Alemania, mouió contra los principes y ciudades rebeldes del reyno de Alemania y sucessos que tuuo. - Napóles (J. P. Suganappo), 1548.

Un volúmen fólio.

SAVARY DES BRUSLONS (JACQUES). Dictionnaire universel de commerce. - Paris, 1723.

Tres volúmenes en fólio.

Seneca (Lucio Anneo). Naturalium quæstionum libri VII. De remediis fortuitorum.

La primera edicion de las obras de Séneca es de Nápoles, 1475; la mejor de las que existian en vida del marqués es la elzeviriana de Amsterdam, 1672.

SIANDA (P. JUAN, ABAD DE LA CONSOLADA DE Turin). L' uomo di commando. — Torino.

El autor debió ser amigo del marqués de Santa Cruz y le regalaría su obra en el tiempo que residió este en aquella ciudad. No la hemos visto citada en ninguna otra parte, por lo cual no podemos hacer otra cosa, que reproducir su título, tal como el marqués lo

Simon (J.) Lexicon manuale hebraicum et chaldaicum in Veteris Testamenti libros. - Lyon,

Un volúmen en 8.º

Sobrino (Francisco). Diccionario frances es-

pañol.—Bruselas, 1721.

Este diccionario estuvo muy generalizado durante el siglo xviii y despues de tener varias ediciones, ha servido de base para otros. Solis (Antonio de). Historia de la conquista

de Nueva España. - Madrid, 1684.

Un volúmen en fólio.

Spanorchi (Horacio).—Exhortacion à Felipe II de España.

Discurso del Interregno de Polonia.

Suarez (El marqués Dominico). Historia de los Califas o Emperadores otomanos (en italiano).

Forma el tomo XI del Mapamundi histórico (véase Foresti).

Nuestro marqués cita esta obra con mucha frecuencia en sus Reflexiones.

Nada hemos podido encontrar acerca del marqués Suarez, suponemos que sería italiano á pesar del apellido que parece español. Suetonio Tranquilo (Cayo). De XII Cesarum vitis libri XII.

La primera edicion de Suetonio es de

1470 (Roma). La traduccion castellana es de Jaime Bar-

tolomé (Tarragona, 1596). Tácito (Cayo Cornelio). Annalium et historiarum libri superstites.

Muchisimas ediciones, la primera de Vene-

cia, 1470.

Traducciones al castellano de Arias Montano, Antonio de Herrera (Madrid, 1615), Alamos de Barrientos (Madrid, 1614), don Carlos Coloma (Douay, 1629), Emanuel Sueyro (Amberes, 1613).

TARTAGNOTA (GIOVANNI). Istoria del mondo.

Tasso (Torquato). Gerusalemme liberata ovvero il Goffredo. - Amsterdam (Elzevir.), 1678. Dos volúmenes en 32.º

Citamos esta edicion porque es una de las mejores que existian en vida del marqués de

Santa Cruz.

THEVET (F. ANDRÊS). Les vrais portraits et vies des hommes illustres, grecs, latins et payens, anciens et modernes, recueilliz de leurs tableaux, liures, medalles antiques et modernes.-Paris (Kerver), 1584.

Un volúmen en gran fólio.

THOMASSONI (LUCAS ANTONIO). Disciplina militar.

Thucydides. Historia belli peloponesiaci.

Muchas ediciones. Traduccion española del secretario Diego Gracian. Traducciones á todos los idiomas.

Tomás de Aquino (Santo). De regimine principum.

Commentaria super libro Aristotelis de

Hay muchas ediciones de las obras de Santo Tomás.

TREBELIO (TEODOSIO). Prontuario de la lengua latina. - Basilea, 1645.

Dos volúmenes en fólio.

Valerio Máximo. Dictorum factorumque memorabilium libri IX.

La primera edicion se cree que es de 1470,

hay una de Salamanca, 1560.

Las traducciones españolas impresas son Mosen Ugo de Urries (Zaragoza, 1495) y Diego Lopez (Madrid, 1647).

Valle (Giambattista dei.la). Vallo, libro continente appartinente a capitani, retenere, et fortificare una citta con bastioni, con nuous artifici di fuoco aggionti, et de diuerse sorte poluere, etc., de espugnare una citta, opera multo utile con la esperienza del arte militare. - Venetia (Zopino), 1529.

Un volúmen en 8.°.

Varillas (Antonio). Histoire de France.—Paris, 1683 y años siguientes.

14 volúmenes en 4.º ó 28 en 12.º

Contienen estos volúmenes la historia de los reyes de Francia desde Luis XI hasta Enrique IV y además la menor edad de San Luis.

Varillas es historiador muy laborioso y presenta abundancia de datos, pero pasa por poco escrupuloso en la depuración de los hechos y no siempre verídico.

VEGECIO RENATO (FLAVIO). Epitoma de re mili-

tari

La primera edicion se supone que es de

1473.

Hay otras muchas, casi siempre vá acompañado Vegecio con Frontino, Eliano y Modesto.

En vida del marqués parece que no había aún ninguna traduccion castellana *impresa*, pero había ya varias italianas, francesas, alemanas é inglesas.

Veneroni. Diccionario en cuatro lenguas: aleman, francés, italiano, latino.—Francfort,

1714.

Vera y Figueroa, conde de la Roca (D. Juan Antonio). Epitome de la vida y hechos del invicto Emperador Carlos V. – Madrid, 1622.

Un volúmen en 4.°

Hay otras ediciones de Madrid, 1649 y

Bruselas, 1656.

Vossio (Gerardo Juan). Etymologicon linguæ latinæ, et de litterarum permutatione tractatus.—Lyon, 1664.

Un volumen fólio.

XENOFONTE Ó JENOFONTE.

De este célebre autor griego, cita nuestro marqués las obras siguientes:

1.º Discurso de la caballeria. 2.º Idea de un perfecto princit

2.° Idea de un persecto principe.3.° Vida de Ciro el menor.

4.º Ciropedia.

La primera es el tratado De re equestri, la 3.º y 4.º deben ser el mismo libro citado de dos maneras diferentes y en cuanto á la 2 º no atinamos á que escrito de Jenosonte se referirá.

Este autor como todos los clásicos tiene muchas ediciones. Citaremos la traduccion completa de Gracian. Salamanca, 1552.

Zambelli (Leon). Globo celeste y político. Zampeschi (Brunoro). Relacion de Candia, di-

rigida á la República de Venecia. Zeno (Apostolo). Continuacion del Mappa-

mondo istorico. (Véase Foresti).

Como se dice en su lugar, el poeta lírico

Como se dice en su lugar, el poeta lírico veneciano Zeno, autor de los libretos de muchas óperas, publicó una continuacion del Mappamundo istorico de Foresti. El marqués de Santa Cruz cita tambien muchas veces esta obra, pero nunca designa á Zeno por su nombre sino como continuador de Foresti.

Zeno, mas conocido como poeta, era sin embargo erudito, fué amigo de Magliabecchi, Maffei y Muratori y fundó en 1710 el Giornale de' letterati, que redactó y dirigió por sí mismo en sus veinte primeros tomos.



ADVERTENCIA AL LECTOR.

A obra monumental del vizconde de Puerto, D. Alvaro de Navia Osorio Vigil, se imprimió en Turín (Juan Francisco Mairese) 1724-1727; consta de once volúmenes en 4.°, y el volúmen 11 es de París (Simón Langlois) 1730. En 1850, se reimprimió en Madrid (Establecimiento Tipográfico-militar) por una "sociedad de militares», bajo la dirección del brigadier D. Leoncio de Rubín, que dió á luz otras varias obras con el título general de Biblioteca militar portátil.

Ya en esta reimpresión, que no comprende más que las "Reflexiones militares esco-GIDAS de D. Alvaro de Navia Osorio», dice el prologuista:

»Hemos dejado pues á un lado todo aquello que de nada sirve ya en nuestros tiempos, y hemos escogido cuidadosamente todo lo bueno....»

"Dirán algunos que hemos hecho una mutilación; nosotros contestaremos, que de una alhaja arrinconada ya por la vetustez de los engastes hemos entresacado las piedras más preciosas para formar una joya de gusto, que recuerde en estos tiempos el nombre de un español célebre.»

"Lo que hemos omitido, no sólo hubiera parecido pueril en nuestro siglo, sinó ridículo. En sus días fué lo mejor que se escribió sobre instrucción militar; hoy daría ideas falsas á un joven lector inexperto.»

En 1786 también dió à luz un compendio de las Reflexiones D. Senén Contreras, que

tanto se distinguió en la defensa de Tarragona durante la guerra de la Independencia. Esta abreviación de Contreras, el general D. José Almirante, la califica de "punible irreverencia".

Las Reflexiones militares fueron traducidas á varios idiomas; al italiano, por Marino Frezza, Nápoles, 1759, siete volúmenes 4.°; por Vergy, al francés, con el título de Reflexions politiques et militaires, París, 1735-1738 (1); se hicieron dos ediciones, una de 11 volúmenes 8.°, y otra en 12 volúmenes 12.º Hay reimpresiones de La Haya de 1739 y 1771. La tradución alemana se titula:—Gedanken von Kriegs-und Staats-Geschästen. Aus dem Französischen übersetzt. Mit einer Vorrede des Herrn. P. F. von Bohn. Viena, 1753. Doce partes en 6 volúmenes. Otro alemán F. W. Zanthier, se anticipó á Contreras con un compendio titulado:—Auszug aus des Marquis Santa Cruz-Marcenado Gedanken von Kriegs-und Staatsgeschästen, Göttingen 1775, un volumen 8.º (2).

II.

Al hacer la Revista Científico-Militar nueva reimpresión, publicando este volumen de las Reflexiones, creemos como el prologuista de la edición de 1850, deber omitir aquella parte que hoy no tiene aplicación, ocurriéndonos análogas consideraciones, sinó en la forma en el fondo, sobre lo que debe conservarse y lo que puede omitirse, en nuestros días, sin demérito de la obra. Nos preciamos, sin embargo, de respetuosos con lo viejo y, aunque no llegue nuestra veneración hasta privarnos de una parte importantísima de las Reflexiones, por injustificada empeño en conservar el todo, con lo que hoy tiene de accesorio, no diremos que la obra inmensa del vizconde de Puerto ofrece, para nuestros tiempos, algo pueril, inútil ó ridículo.

Todos sus veinte libros son buenos y excelentes; aquello que, en punto á práctica y aplicaciones, carezca hoy de valor, pertenece al dominio de lo histórico, revela el estado del arte militar en aquella época, y cuanto el sabio marqués se adelantaba á ella con su famosa formación en batalla, por más que pidiese muchos años de ensayo, primero que

⁽²⁾ Bibliografia militar de España, por el Excmo. Sr. brigadier de ingenieros, hoy general, D. José Almirante.



⁽¹⁾ Parece que debe haber otra edición con diverso título, por cuanto el vizconde de Puerto en una nota "al lector", tomo 11 dice: "El traductor francés de mi obra la saca del moderado título de Reflexiones militares, dándole el de... Cuerpo militar y político." Tal vez, sin embargo. no haya más edición francesa que la de 1735-38, pues nada impide suponer que la traducción estaba hecha desde 1730 (fecha del tomo XI de la obra original) y que no se publicó hasta 1735. En este caso cabe en lo posible, que el autor tuviera desde un principio noticia de la traducción, y que esta tuviese en el manuscrito un título que se variase al imprimirla, para aproximarse más al del original. Nos parece esta suposición admisible, por cuanto no tenemos noticia de esa edición francesa anterior.

un ejército fuese capaz de practicarla; con sus formaciones de estrecho frente y muy grande fondo, en que los cañones enemigos causarían considerable destrozo, si bien este reparo, el mismo marqués lo desvanecía casi por completo; con sus diversas formaciones la "sencilla y recta" y la "reforzada"; con sus combinaciones de precisa conversión para resistir los ataques de flanco, ó acudir al trozo de línea roto, ya en el centro, ya en las alas; con sus evoluciones de las tropas, especialmente de las situadas entre las líneas, y por fin, con el fusil de su invención ó perfeccionado por él, del cual decía el erudito é ingenioso marqués:

"No hay fusil de munición, que con un real de plata de coste no pueda servir para los fusileros de mi planta, alcanzará por lo menos un tercio más, y no serán precisos los cartuchos, ni el tiempo de atacar la pólvora, ni la bala... Y los fusiles de mis granaderos, alcanzarán casi el triple y se dispararán cuatro tiros por uno.....»

Para nosotros, como para todos, tiene seguramente esa parte de la obra, cuando menos interés histórico, y el interés de la curiosidad; puede omitirse, es cierto; pero no por ridícula, sí bien tal vez por inservible.

Pero la reimpresión completa de los 11 tomos, no es factible sinó para empresa de más alto vuelo. Sobre resultar costosísima, no habría tal vez quién los leyera, y áun menos quizás quién los comprara. Más limitado es nuestro propósito: el trabajo que vamos á tomarnos no será de corte ni desgüace, ni áun siquiera de entresacar y de escoger; consistirá sencilla y puramente en omitir aquella parte del todo impracticable, sin aplicación en la actualidad. La temible pica de los gloriosos tercios españoles, el fusil de chispa, la táctica lineal, los medios bélicos de entonces cá qué moverlos de su archivo y natural descanso?

Suprimiendo de la primera edición, dedicatorias, comentarios, juícios y elogios en latín; resumen de los libros, advertencias, notas, algún ejemplo, largos índices, etc.; y del fondo de los 11 tomos aquello que con el incesante mudar de los tiempos, ha sufrido completa trasformación; dejando textual, con moderna ortografía, máximas y aforismos, discretísimos consejos y preceptos, y aquel tesoro inmenso de ejemplos; creemos poder presentar para ser leída y estudiada en 1884, en nuestra época, la obra monumental del marqués de Santa Cruz, escrita hace más de siglo y medio.

En la edición de 1850 á que nos hemos referido, aparecen casi las mismas erratas que en el texto de la primitiva y otras, descuido imperdonable, que hemos puesto cuidado en corregir, por la *fe de erratas* de la edición antigua.

Como cada página de este volumen equivale á cuatro de las de la primera edición, y si se tiene en cuenta lo que omitimos por innecesario, largos índices, advertencias, etr., lo que no tiene aplicación, el tomo último dedicado á la nueva planta de un ejército y de milicias Urbanas, se verá que en mayor parte se reimprime lo esencial de la obra.

Quisiéramos, sin embargo, al dar á luz este volumen, que nuestros compañeros—los que se sientan animados y dispongan de tiempo para ello—tomasen "en serio» la lectura de los 11 volúmenes "macizos» de las Reflexiones Militares, por más que lo que de ellas ofrecemos, si fuera objeto de perseverante lectura, basta para un mayor grado de saber, muy apreciable en todo tiempo.

III.

¿Qué podremos decir nosotros, en alabanza de este notabilísimo trabajo, que esté á la altura de su mérito?

Obra española, portentosa, la del marqués de Santa Cruz, no acertamos á explicarnos cómo no ha sido más consultada por la mayoría de nuestros oficiales, por nuestros estadistas y políticos; obra de la que tantos hablan y pocos han leído, siendo así que su utilidad y belleza aparecen notorias y manifiestas, con sólo hojear alguno de sus tomos.

La exuberante erudición del vizconde de Puerto asombra y cautiva; y téngase en cuenta que sólo contaba 40 años cuando dió su obra á la estampa, que natural es, la empezara á escribir mucho antes, y suponiendo lo hiciera á los 30, sólo por un prodigio de pasmosa laboriosidad, de maravillosa inteligencia, de asídua y provechosa lectura, podía haber estudiado los autores innumerables que cita, y prueba conocer á fondo en la oportuna aplicación de los ejemplos, hasta el punto de que raro caso militar, digno de reflexión, ha sucedido en el Mundo, que en los 20 libros de su tratado no se halle.

Si el estilo y lenguaje del marqués de Santa Cruz, clásico en el fondo, no lo es tanto en la forma, si por su larga ausencia de la patria, involuntariamente incurre en galicismos y giros incorrectos, buen cuidado tuvo de salir al encuentro de la dificultad, diciendo en el primero de sus tomos:

"Disculparás, sin repugnancia, dice con bellísima frase en el primer tomo, los defectos de mi estilo, si consideras á mi pluma, no afilada por sútil cuchillo de tranquilo estudio; sinó rasgada por el desaseado corte de militar espada.»

«Si me valgo de algunas voces recién connaturalizadas en nuestra lengua; porque la concurrencia de extranjeros nos dejó, en cambio de su comercio, las palabras, sírvanme de apoyo las siguientes de D. Antonio Solis: En los modos de hablar, con que se explican las cosas, no se debe buscar tanto la razón, como el uso.»

Y en el tomo último, añade: "espero que el lector me compadezca si considera que imprimí desprovisto de todo imaginario socorro, porque el primer oficial á quien solicité consultar algunas dudas, puramente militares, hizo mal á propósito un político misterio de responderme, lo cual bastó para que yo siempre me abstuviere de venir á otra consulta. Tampoco pude hacerla sobre algunos vocablos, que mi larga ausencia de España me ofrecía como dudosos en el buen idioma castellano; porque ya se ve que aunque diversos extranjeros de una lengua, saben de ella cuanto basta para entenderla y explicarse, no alcanzan á desatar dificultades que ocurren sobre sutilezas de la misma; con que habiéndome faltado el mejor crisol, que es la revisión de los amigos, no seré muy culpable si algunas expresiones ó ideas no quedaron bien purificadas.»

No haciendo aquí sinó un breve apunte de los elogios que mereció la obra del marqués de Santa Cruz, y que podrían multiplicarse hasta dejar satisfechos á sus más apasio-

nados y entusiastas admiradores, consignaremos que el conde de Aguilar, capitán general de los ejércitos, le decia: "glóriese V. S. no poco de haber rayado (en todo cuanto la profesión permite trasladar al papel) más alto que ninguno», añadiendo "que empezaba el segundo de sus libros, político, mediando guerrero y acabando piadoso.»

El marqués de Aitona, también capitán general de los ejércitos, escribiéndole que con particular gusto había leído los tomos de las *Reflexiones militares*, le decía: "aprecio infinito el beneficio que resulta á los profesores de la guerra de los escritos de V. S., que mezclan á las reglas de ella las más importantes máximas políticas y morales, que no sólo enseñan el comando, sinó también las virtudes.»

El marqués de Risbourg, asimismo capitán general de los ejércitos, también en carta particular le escribía: "aseguraré á V. S. que, á no haber entendido sus continuas y largas fatigas en la práctica del ejercicio militar, creería, con fundamento, había sido su estudio inalterable para apurar á la Teoría todos los principios; pero casando V. S. tan diestramente los de una y otra línea, deja á todos persuadido del gran concepto que V. S. se ha sabido adquirir, y á los profesores de la milicia con este tesoro, que encerrando lo útil con lo dulce, no queda que apetecer...»

Y sin citar otros elogios de D. Juan de Idiáquez, en nombre de S. M., del infante D. Carlos, del príncipe Eugenio de Saboya, del conde de las Torres, del general D. Juan Francisco Manrique, del marqués de Caylús, del príncipe de Chelamar, del duque de Parma, del marqués de Villena y de célebres escritores extranjeros, mencionaremos, para concluír, aquellas frases que D. Luís de Salazar le dirigia: El empeño es glorioso, el método admirable, el estilo elocuente, y el todo digno de una perpetua y generosa envidia.

IV.

Antes de terminar manifestaremos: 1.º Que, muy principalmente, al sacar á luz parte de las Reflexiones militares, en la forma que lo hacemos, nos ha guiado el noble propósito de conmemorar el CENTENARIO de su autor, el más fecundo é ingenioso de nuestros tratadistas militares, cuya obra, manantial de inagotable riqueza, será siempre un tesoro para deleite é instrucción de cuantos la leyeren. 2.º Que en esta ocasión, como en todas, la Revista Científico-Militar se ha inspirado en su incesante afán de proporcionar á sus compañeros del ejército, todos los medios de ilustrarse que están á su alcance, sintiendo que estos no sean mayores, para que la edición presente fuese más digna de su objeto. Finalmente, debemos también consignar un recuerdo á nuestro ilustrado y distinguido amigo D. Luís Vidart, antiguo jefe del cuerpo de artillería, apasionado como nosotros de las glorias españolas, é iniciador principal de la conmemoración de este centenario, en el que el ejército y la nación ensalzan la memoria de aquel general esclarecido por tantos títulos.

REFLEXIONES MILITARES.

LIBRO I.

VIRTUDES MORALES, POLÍTICAS Y MILITARES DE UN GENERALÍSIMO DE PAÍS Y
DE EJÉRCITO.

I.—Tócanse de paso algunas calidades, que varios escritores buscan en un general; y se dice el motivo de no discurrir ahora sobre ellas.—El conde Galeazo Gualdo, en su Guerrero prudente, quiere que el general haya tratado con varias naciones, y particularmente con aquella á quien hubiere de hacer la guerra; pero no siempre dan lugar á los viajes las ocupaciones del servicio. Con que me parece debe el general contentarse de saber el genio de dichas naciones por medio de hombres entendidos, que las hayan practicado, ó de libros modernos, que describan fielmente su inclinación, ventajas y defectos.

El teniente general Mr. de Langé, en su Disciplina Militar, pretende que el general no sea muy mozo, ni muy viejo; porque no le falte cordura y experiencia para resolver, ni vigor para ejecutar. Propone también que no se elija sobrado rico; porque á fuerza de dádivas no se fabrique un partido contra el príncipe: y últimamente, halla útil que tenga familia, para que, por no dejarla envilecida y pobre, no piense en alguna novedad contra

el soberano.

El caballero de la Valiere en su *Práctica y Máximas de la Guerra* desea en el general un buen aspecto, que le haga desde luego recomendable

á sus tropas.

Don Diego de Alaba, en su Perfecto Capitán, le busca afortunado. El emperador León, en sus Documentos de Guerra, le solicita noble, diciendo que los oficiales obedecen poco gustosos á un jefe de inferior calidad; no obstante, le supone el emperador adornado de los demás requisitos, no

apoyándose únicamente sobre la nobleza.

Todas las calidades arriba dichas convendrían ciertamente á un general; pero no me detengo á discurrir sobre ellas; porque no está en tu mano el ser de buen aspecto, de mediana edad, de proporcionada riqueza, noble, afortunado, etc. Así, trataré sólo de las prendas que puedes adquirir á costa de tu diligencia, sin anticipado favor de la naturaleza ó de la fortuna, que no admiten más preceptos que los divinos; y considerando la partida de valeroso tan sabidamente precisa, que la extensión de la prueba sería

ofensa de la notoriedad, creo digas con Mario: Nada debe temerse sinó una fama afrentosa, ó con Alcibiades: Ni áun vivir quisiera si fuese cobarde.

II.—Exprésanse las pasiones sobre que el jefe debe ejercitar su primera jurisdicción.—Sirva de primer aviso el que Isócrates dió á Nichócles, que no dejándose dominar de culpables placeres, se hiciese más dueño de sus pasiones que de sus pueblos. Victoria plausible llama Platón á la que de ellas se logra, y pérdida vergonzosa al ser de las mismas vencido. Abstinencia de los delitos es la primera calidad, que Santo Tomás busca en la vida militar; mas como los vicios que debes huír los colegirás de las virtudes, que te aconsejaré de imitar, especificaré sólo tres de los primeros, porque no se infieren de las segundas, y son: la impudicicia, la embriaguez y la ira; pero dejando á los escritores místicos la averiguación de los estragos, que estas inclinaciones ejercitan en el alma, probaré con los ejemplares siguientes los daños, que ellas originan en el comando.

Alejandro, de adorado que era de los suyos, se hizo aborrecido de éstos y de los extraños: porque á contemplación de la infame Thays mandó quemar la gran ciudad de Persépolis, cuyas llamas alumbraron tarde á aquel príncipe, para ver la oscuridad de su hecho, y la ceguera de su pasión.

No atrasó poco en el reino de Nápoles los sucesos de Carlos VIII de Francia su afecto á una mujer de París; pues Carlos volvió desde León á visitarla, retardando por este antojo la comenzada empresa de socorrer á sus gentes, que le necesitaban guerrero en Italia, cuando le padecieron enamorado en Francia.

Que la incontinencia de los jeses haya hecho perder muchos reinos, lo saben todos: pudiera acaso el duque de Guisa haber dicho algo en sus *Memorias* sobre el de Nápoles; pues á lo menos sus émulos le acusan de que, á suerza de amistarse algunas mujeres, hizo irreconciliables enemigos á los hombres.

El hecho del rey Don Rodrigo con la hija del conde Don Julián, de donde resultó la pérdida de España; la violencia de Monuza con la hermana de Don Pelayo, de que se originó la restauración de aquel país, son bien notorios; y no más oculto que el atropellamiento de Lucrecia quitó el reino de Roma á los Tarquinos. Por el contrario, leemos que la modestia de Scipión Africano con la doncella prisionera, que intacta restituyó á sus parientes, le facilitó las conquistas en España.

Cuanto Marco Antonio degeneró del antiguo valor en los culpables amores de Cleopatra, dígalo la batalla de *Actium*, donde aquel domador de ejércitos contrarios se dejó vilmente vencer del ejemplo de una mujer, que huyendo, sin motivo, del combate, hizo que Antonio, para seguirla, huyese de su honor.

Clito, á quien Alejandro debía la vida, tuvo por recompensa una alevosa muerte de mano del mismo Alejandro, no dirigida de la razón, sinó errante del vino, á que Alejandro se hallaba entonces entregado.

En la penúltima guerra de España sucedió á un general enviar sus tropas al asalto de cierta plaza, sin más brecha, que la abierta por el vino en la imaginación de aquel jefe, más dispuesto para el peligro, que capaz en tal ocasión para la conducta.

Si no pudieres abstenerte de la cólera (respecto de que este humor nace con nosotros más, ó menos fuerte) escúsate á lo menos de tomar alguna resolución mientras estás en ella; para que, pasando su primer ímpetu, sea parto natural de tu entendimiento el dictamen, que antes hubiera sido monstruo abortado de tu ira.

La ley del emperador Teodosio, hecha á instancia de San Ambrosio, prohibía de ejecutar algunasentencia de muerte hasta que pasasen treinta días después de su firma; para que si ella fuese dictadadel enojo, tuviese la razón tiempo de corregirla. Habiendo cierto esclavo hecho un disgusto á Platón, este le dijo: Vé, que si yo no estuviera en cólera, te castigaria bien.

III.—Daños del mal ejemplo, en las costumbres de un jefe.—Empresa ridícula sería castigar en otros el vicio de que tú mismo no sepas librarte; y si vives desordenadamente, no sólo harás mal para tí, sinó también para las tropas, que pensarán lisonjearte con la imitación, ó disculparse con el ejemplo.

Repara Tácito la risa que en Roma se hacía de ver al emperador Claudio rigoroso contra Junia Calvina, acusada de incestuoso comercio con el hermano Lucio Silano, habiendo el mismo Claudio incurrido en semejante delito con Agripina, su estrechisima parienta.

Los cortesanos de Alejandro le imitaban hasta en el defecto de llevar la cabeza algo caída sobre el hombro izquierdo.

Livio refiere que el ejército de Antioco, rey de Siria, imitó, con grave perjulcio de la militar y honesta disciplina, los desórdenes de su príncipe, que pasó en Cálcide un invierno abandonado al vino y á otros delincuentes divertimientos.

De San Vincislao, duque XV de Bohemia, dice Floresti:

Sabiendo que los súbditos de ordinario son tales cual su conductor, determinó regirlos con el ejemplo más que con el comando.

IV.—Ventajas que, áun para lo temporal, resultan de la recta conciencia del comandante.—De una vida virtuosa no sólo tendrás el sabido premio de una eterna recompensa, sinó también el terreno logro de que tus súbditos, y tus émulos, creyéndote auxiliado de superior mano, estarán más prontos á obedecerte y más remisos á calumniarte.

Este dictamen, que es de Aristóteles en el V libro de su Política, se ve confirmado por la opinión de Gerónimo Frachetta en su Seminario de Go-

biernos de Estado y Guerra.

La reflexión política de Plinio es que á muchos hace virtuosos el amor de la fama, y á pocos el de la conciencia; pero el justo precepto de Séneca es no ejecutar cosa, que no sea conforme al dictamen de la última; consejero el más continuo, aunque infelizmente el más despreciado.

Verdad es que, áun cuando te faltase el principal apoyo de fiel religión, debieras en obsequio de tu fama huír los vicios, que no hacen escrúpulo en tu conciencia; y por el camino de lo glorioso llegarías insensiblemente al

término de lo justo.

V.—Pruébase que necesita el general más que el soldado acostumbrarse al trabajo y al desvelo.—Debes endurecerte á la fatiga y á la vigilia; porque el trabajo es á veces más preciso al general que al soldado, atendiendo éste únicamente á su persona en la marcha ó á su puesto en la centinela, en la cual hay otros que le mudan; pero el general no cuida de sí solo ni de un paraje señalado, sinó de millares de hombres, y de algunas leguas de terreno que su ejército coje marchando, ó campando. Considera qué deberá hacer el general, cuando en el príncipe discurre Séneca necesario que su vigilancia, su trabajo, su industria y su aplicación asegure á los súbditos el sueño, el descanso, la delicia y el ocio. Mostrando Felipe Benini la mesma opinión que Séneca, dice: «Si al jefe más que á los otros corresponden los laureles, ¿por qué de él más que de los otros, no serán convenientes los sudores?»

Tito Livio, tratando de Aníbal, escribe: Ninguna fatiga cansaba jamás su cuerpo ni su ánimo; soportaba igualmente el calor y el frío; la medida en el comer y en el beber era terminada según la naturaleza y no según el placer; en el dormir y en el velar no hacía diferencia alguna de la noche al día; el espacio que le sobraba de los negocios daba al reposo; no adulaba al sueño con la delicadeza de la cama ó con el silencio; muchas veces fué visto acostar entre las guardias y puestos de los soldados, cubierto con un capote militar.

El rey Atila de Suecia, áun en tiempo de paz, vestía frecuentemente el yelmo y la coraza, paseándose de este modo algún rato por no desacostumbrarse á la fatiga.

Del último rey Carlos de aquel mismo país se refiere, que nunca llevaba á campaña más cama que la piel de un oso.

Cuando negocios de tu empleo más importantes, que el de agilitar el cuerpo, te den lugar para la caza, este ejercicio te conservará sano y robusto; y su divertimiento es útil para que la imaginación descanse de los graves cuidados del comando, que la sofocarían si á veces no la dejasen respirar.

VI.—Sobre los vestidos, armas y caballos de un jefe.—En tu vestido puedes, sin desperdicios de pródigo, mostrar aseo de liberal. No parecer filósofo ni comediante, dice Mr. Le Noble; pues no debes pretender distinción por lo costoso del borde, sinó por el realce de la virtud y por el matiz de la conducta.

Don Antonio Solis, al describir la pompa con que vestía el emperador Motezuma dice: Mostrando que necesitaba de accidentes su presencia para ganar el respeto de los ojos, ó que le convenía socorrerse de la púrpura y del oro, para encubrir la flaqueza interior de la Majestad. Del cónsul Marco Porcio Catón escribe Livio: Nada resplandecía más, que otro, excepto en el honor y en el Imperio.

De Catón Uticense refiere Plutarco que vestía muy moderadamente: Antistenes se admiraba de ver que los hombres pusiesen tanto cuidado en adornar el cuerpo, y tan poco en ilustrar con el mérito y las virtudes el alma. El emperador Alejandro Severo ni áun en su cuarto sufría que hubiese joyas, considerando por una cosa ridícula el que se estimasen tanto.

En las armas y caballos se aplaude la mayor aplicación, porque su bondad no es, según la de los vestidos, imaginaria, sinó útil en el combate; y así como en gastar pomposas libreas harías que tus oficiales para imitarte dispendiesen inútilmente su dinero, así digo, con servirte de buenas armas y caballos, pondrás á tus subalternos en deseo de ejecutar lo mismo; y se hallarán en la ocasión más aptos á ofender y á defenderse.

Continuando Livio en hablar de Aníbal, dice: En el vestir no se adelantaba á sus iguales; pero en las armas y caballo era más que los otros distinguido.

VII.—Peligros de la adulación, y necesidad de librarse de los lisonjeros.—Huye cuanto puedas los aduladores, gente que á la virtud pega el
achaque de soberbia, y profana su nombre, dándosele al vicio; impiden de
conocer lo malo para apartarse de ello, de donde resulta que deslumbrada
la razón de quien los escucha, cae éste en el precipicio de la culpa, sin tener
siquiera el infeliz consuelo de arrastrar consigo al mismo adulador, el cual,
como práctico del camino que oculta al otro, evita el mal paso, dejando á
su compañero á la orilla de la ruína, y con difícil retirada; pues le abandona,
cuando la mala fortuna le ha cerrado todas las vías del recobro; así vemos
que son lisonjeados los hombres, mientras su dicha los mantiene en gran-



des manejos; pero apenas la rueda hace su giro, que los aduladores desaparecen.

Si Alejandro no hubiese hallado lisonjeros, que le aprobasen la manía de querer adoración como un dios, no habría tal vez proseguido en este loco intento, que tanto le enagenó el afecto de sus principales macedones; y con razón llama Curcio á la lisonja: Perpetuo mal de los reyes, cuyas riquezas fueron con más frecuencia destruídas por la lisonja, que por los enemigos.

No faltó á Nerón quien aplaudiese sus crueldades; pero publicada la sublevación de las legiones, no halló aquel infeliz príncipe quien le prestase el menor socorro: ni siquiera pudo obtener de un gladiador el que le despenase con darle muerte.

Mr. Le Noble dice que el adulador, después que se vuelve contraria la fortuna del adulado, en lugar de continuarle el incienso le pega con el incensario.

La razón de esta inconstancia de los aduladores, es que no son amigos de aquel á quien adulan, sinó del empleo que posee; con que en acabándose el motivo, que es el favor, cesa el efecto que es la lisonja: así, á tal gente será lo mejor tenerla siempre lejos, como contajiada de un veneno, que fácil y disimuladamente se insinúa, y como indicada de una infidelidad, contra la cual nunca se anticipa sobrado la precaución.

Catón Uticense se ensurecía con los que le adulaban. No les mostró menos aborrecimiento Svanton Stur, gobernador y protector de la Suecia. Juan Basilio II, gran duque de Moscovia, rompió el bastón sobre Jorge Borantisco, porque pretendiendo Jorge lisonjearle, dijo: que el rey de Polonia temeroso de la guerra, buscaba escondrijos donde ocultarse de los moscovitas. Chenetto III de Escocia, desterró de su corte á todos los que le parecieron aduladores; y David I, también de Escocia, los echó de todo su reino. Bella manera de burlarles tuvo Canuto I de Inglaterra, quien oyendo de algunos lisonjeros que á él solo tocaba dar leyes á los hombres y á los elementos, se sué á la orilla del mar, y para convertir en vergüenza la adulación de sus cortesanos, gritó: Ondas que estáis sujetas á mi cetro, no oséis mojar el manto de vuestro rey: y siendo al mismo tiempo bañado por un golpe de mar, vuelto á los suyos, dijo: Ved qué fundamento tiene el titulo que me dáis, de dueño de los elementos.

VIII.—Ventajas que se pueden sacar de los desengaños.—Al contrario de los que lisonjean, son apreciables los que con inocente franqueza desengañan, debiendo considerarlos como tantos apoyos de tu virtud; pues con el aviso la sostienen, siempre que la ven resbalar hacia alguna dañosa pasión.

El rey Lisimaco amaba mucho á Philípides, porque aquel favorecido suyo, aunque le trató con mayor frecuencia que otros, nunca le adulaba. Los más queridos del rey Dagoberto I de Francia, fueron S. Amando, obispo de Mastriht, y el abad S. Ricario, que de continuo le estimulaban á lo justo, desaprobándole cuanto ejecutaba de ilícito. Yagelón Uladislao, rey XVIII de Polonia, hizo más estimación que antes de Sbignio, arzobispo de Cracovia, después que aquel prelado le reprendió algunos vicios, de que se hallaban oscurecidas las relevantes prendas de Uladislao. El rey Nicolás de Dinamarca, arrestó á Uratislao duque de los Slavos, contra la fe dada, y por el consejo de sus aduladores: representole la injusticia del hecho su sobrino el príncipe Canuto, cuya razón conocida por el buen rey, dió á Uratislao libertad, y á Canuto gracias, confesándosele muy obligado de que hubiese expuesto sin lisonja su dictamen.

Dejo dicho en el principio de este capítulo, ser apreciable el que te avise tus defectos con *inocente franqueza*; porque hay algunos malignísimos hipócritas, que afectándose parciales de la virtud, murmuran en tono de compasión, y como lastimándose de las faltas de otros, las dicen, no para

que se corrijan, sinó para que se divulguen. Tales hombres no son cierto amables; pero pueden ser útiles, sirviéndote de ellos como el caminante se vale del despertador de un reloj, cuyo estruendo, aunque desapacible al oído, es cómodo para la madrugada: ó como el químico, que de los más venenosos animales extrae la mejor triaca: así, debes sacar de su murmuración el fruto de tu enmienda, en lo cual no sólo quedarás ventajoso, pero dejarás á tu enemigo mortificado, surtiendo sus palabras efecto contrario al que se prometía su malicia; pues cuando quiso publicarte malo, te dió motivo de hacerte bueno.

Antistenes decia que los enemigos eran más necesarios que los amigos; porque aquéllos corrijen, y estos adulan. Yendo cierta dama de Gascuña á pedir justicia al rey de Chipre, Guido Lusiñani, sobre un ultraje que en su retorno de Jerusalén le hicieron vasailos de aquel príncipe, fué avisada de que no recibiría satisfacción alguna, respecto de que el rey no la tomaba de los desacatos cometidos contra su misma persona: la dama entonces más enfurecida, y al propio tiempo llorosa, dijo al rey: Vengo, oh señor, à ti, no por venganza que espere de la injuria recibida en tus dominios, sinó sólo para aprender de ti en qué manera soportas aquellas que de continuo te hacen; pues con tal amaestramiento yo podré tolerar la mia. El rey, que hasta allí había vivido en una oprobiosa estupidez, conoció de aquel desengaño cuánto su omisa conducta era culpable; hizo justicia á la dama, y tuvo mano fuerte en la observancia de las leyes, y en la manutención del real decoro. De esta manera supo aquel príncipe fabricarse un mérito de una calumnia.

IX.—Utilidad que trae al jefe la inteligencia de varias lenguas, especialmente de la de los enemigos.—Convendrate saber diferentes lenguas, para hablar á las tropas de varias naciones que haya en tu ejército, ó á los paisanos de diversos pueblos con que trates; para examinar por tí los prisioneros ó desertores enemigos; y para leer las cartas que cogieren tus partidas ó escriban del país contrario tus confidentes, sin que para uno ú otro necesites de intérprete; en quien el secreto nunca estaría tan seguro como en tí solo, ni los razonamientos tan justos como en su original.

Tito Livio dice, que cuando los romanos hacían la guerra á los toscanos, enseñaban á los jóvenes de Roma la lengua toscana. Solís cree que á menos de doña Marina y de Gerónimo Aguilar, que servian de fidelísimos y capaces intérpretes á Hernán Cortés, no hubiera sido factible á éste la conquista de un país tan dilatado, cuya mayor porción adquirió con el artificio de las palabras, sin necesitar de la fuerza de las armas; y el mismo Cortés dejó un paje suyo en Zempoala á aprender la lengua de las provincias á que meditaba hacer la guerra.

Del gran visir Ibrain, jefe de los ejércitos de Solimán II, refiere Suárez que poseía muchas lenguas, de que en varias ocasiones útilmente se valió. Mitridates Magno rey del Ponto, hablaba bien las de veintidos diferentes naciones de sus dominios. El continuador de Foresti escribe de Juan III de Suecia: Sabia muchas lenguas, con que podia plenamente responder à diversos embajadores de varias naciones, sin necesidad de intérprete.

Aparte de las ventajas expresadas en la inteligencia de muchas lenguas, tendrás con ella la comodidad de leer los libros originales de buenos autores, que traducidos pierden siempre de su fuerza, y á veces de su verdad.

X.—Importancia de la lectura en un general.—Nada te instruirá tanto como el leer buenos libros; Alimento de la milicia y fundamento de la virtud guerrera llamaba Alejandro á las obras de Homero, que jamás apar-

LIBRO I.

taba de sí. Son particularmente provechosas las historias que tratan de capitanes famosos, de cuyos hechos aprenderás en pocos meses lo que la experiencia sola no te enseñaría en muchos años; pues aunque sirvas desde niño, será bastante que llegues á ver cincuenta ocasiones dignas de reflexión; pero en los libros encontrarás millares de pasajes, que en su feliz ó desgraciado éxito, en las buenas ó erradas disposiciones, y en el juício que de estas hicieron hombres sabios, te muestren, para en lances iguales, el partido que debes seguir, y el que fuere conveniente evitar.

Los impensados acaecimientos de la guerra muchas veces obligan á determinaciones tan prontas, que no dan lugar á una larga meditación, ni á juntar el consejo de guerra; conque sólo queda el arbitrio de resolver por las reglas, que en pocos instantes prescriba la memoria de los expedientes, que en semejantes casos tomaron otros generales; porque el principio pensar despacio y ejecutar á priesa, se entiende cuando el tiempo del discurrir

no destruye al del obrar.

Lucio Luculo, triunfador del magno Mitrídates, y de su yerno el rey Tigranes, tenía poca ó ninguna práctica de la guerra; pero aprendió el modo de hacerla solo con ir leyendo historias en el viaje desde Roma á Asia. Carlos V de Lorena fué tan aplicado á las historias, como glorioso en las armas. Plutarco, hablando de Marco Bruto, dice: Cuando negocios mayores de su ejercito no le disturbaban, áun en el campo pasaba los dias enteros con los libros. A Felipe IV de Francia, y á Spitignio II de Bohemia, describe Foresti muy dados á la lectura, y su continuador refiere lo mismo de Alfredo rey VI de Inglaterra, y de Suenon III de Dinamarca: lo propio dice el marqués Suárez de los otomanos Mahomet II, Solimán II y Selim I, que tanto dieron que hacer á sus enemigos.

XI.—Prosigue el asunto del antecedente capítulo.—Es el consejo de los libros más agradable que el de los hombres; porque en la acción que por sus reglas acertares, ningún consejero entrará contigo á porción de la gloria; á que se añade que los primeros reprenden y no mortifican; pues como dice Jacinto Apolo: los libros vituperan al vicio, los hombres parece que acusan al vicioso.

No sólo más agradable, sinó también más seguro, considero al consejo de los libros, por estar exento de la cólera, interés, lisonja y otras pasiones

á que suelen sujetarse los hombres que aconsejan.

En ningún hombre puedes tener la evidencia, que en un libro, de que no propalando la materia, sobre que le pides consejo, no abra campo á que se investigue tu designio, como probaré al tratar del consejo y del secreto.

XII.—Termínase el discurso de las ventajas de la lectura, y se muestra no ser la historia antigua inútil para la guerra moderna.—Otro fruto de los libros será estimularte á la gloria con el recuerdo que suscitan de las heróicas acciones, y plausibles recompensas de muchos generales; y como dice Solís: Comenzarás á triunfar con los pensamientos del triunfo.

El rey de los Partos Tamerlano, teniendo sus tropas y las del aliado emperador Manuel Paleólogo vecinas à combatir contra el otomano Bayaceto, mandó à su historiador Alhacent, que leyese algunos hechos de sus predecesores, à fin de que aquel recuerdo sostuviese mejor en el combate los esfuerzos del mismo Tamerlano, de quien Bayaceto quedó prisionero. Boleslao III rey VI de Polonia, traia siempre al cuello una medalla, en que estaba esculpida la efigie de su padre, cuya frecuente vista le



acordaba las virtudes y prudente gobierno de aquel principe, à quien Boleslao procuraba imitar. Habiendo Milciades, capitán ateniense, ganado la batalla de Maratón, su conciudadano Temistocles vivía sumamente apesarado de no ser el, quien hubiese conseguido aquella victoria y aplauso; y preguntado por un amigo suyo el motivo de tanta melancolía, respondió Temistocles: Los trofeos de Milciades no me dejan dormir.

El grande Gustavo Adolfo de Suecia, que era muy apasionado por las historias, perdía las noches enteras el sueno, ó por mejor decir, aprovechaba el desvelo en considerar las glorias de los antiguos conquistadores, cuyo recuerdo le tenía en impaciencia de imitarlos; y decía frecuentemente que, aunque la diferencia de las armas de fuego, y la moderna fortificación de las plazas, variasen algo el antiguo método militar, siempre quien tuviese un corazón grande como el de aquellos conquistadores, podía ejecutar acciones tan ilustres y magnánimas como ellos. Tráigote este dictamen del famosísimo Gustavo, porque no me des con la ridícula vulgar opinión de que las historias antiguas enseñan poco para la guerra presente, respecto de que son muy diversos los medios de atacar y defender, que había entonces, y los que se practican ahora. Al dictamen de Gustavo se anade que lo menos que tiene que saber un general, es lo que consiste en el modo de las armas ó fortificaciones (según hallarás en la presente obra), y lo más que está á su cargo, es la política militar y civil, á la cual seguramente no le pasó la moda.

XIII.—Motivos por los cuales se juzga precisa, con la teórica de los libros, la práctica de las campañas. Dicese cuándo no deben ocupar el tiempo los libros; y por qué razón el jefe no ha de gastar las horas en otros que en los conducentes al arte de gobernar, ni aplicarse á cosa agena de este asunto.—Pudieran los libros solos adquirirte suficiente gloria, si no tuvieses á tu cargo el comando; pues ellos bastarían para hacerte sabio, título de qué, entre otros príncipes, se contentaron Alfonso X de Castilla y el III Erico de Suecia; pero sería locura decirte que fiado en la teórica, no considerases precisa la práctica, siendo cierto que la experiencia aclara las cosas; y Platón, abonándola, enseña que quien fabrica la trompeta, no sabe conocer su defecto, ó bondad, tanto como el que la toca. Puede añadirse que en ninguna profesión es tan necesaria la experiencia, como en la guerra, cuyos peligros suelen hacer olvidar en el campo lo que se aprendió en el gabinete: dígalo Plutarco al tratar de Demóstenes en la batalla de Cheronea.

El coronel Lucas Antonio Tomasoni escribe: «No se puede juzgar fácilmente de donde saque más utilidad el capitán, si de la teórica ó de la práctica, siendo así que ambas importan mucho, y la una es imperfecta sin la asistencia de la otra, faltando la pericia del acto práctico en las ejecuciones, y la práctica del hábito en las reglas, en las leyes y en los ejemplos, mediante los cuales podrá remediarse en los casos impensados.»

No, por lo hasta aquí dicho, quiero que el amor á los libros robe las horas á negocios importantes de tu comando; pues ya se ve que ridiculez sería estarte con una historia en la mano, cuando te debieses ocupar en reconocer un campo, en formar un ejército, ó en otra necesaria providencia; y en las palabras de Plutarco, citadas en el capítulo X de este libro por ejemplar del tiempo que Marco Bruto daba á la lectura, puedes observar

LIBRO I.

15

que aquel escritor dice: «Cuando negocios mayores de su ejército no le disturbaban.»

Del emperador Alejandro Severo escribe Ludovico Dolce: Estaban tan bien compartidas sus horas, que no perdía un solo punto. En el tiempo

que le sobraba, leía nobilísimos libros.

Por lo que toca á otra arte, ó ciencia, que la de gobernar lo político, militar y económico de una provincia ó ejército, de atrincherar un campo, atacar ó defender el mismo, ó una plaza, formar en diversos terrenos un ejército, hacerle subsistir, saber la positura y pasos difíciles de los países, los intereses de los príncipes, etc., no creo te sea lícito gastar una hora del año, pues te sobrará bien poco tiempo del preciso á las obligaciones y estudio de tu empleo; y acaso te enamorarías tanto de la música, de la poesía, ó de otra habilidad en que te empeñases, que volverías tarde ó con poca aplicación á tus principales negocios. La vida de un hombre es corta; y así quien intenta saber de todo, sólo consigue no aprender, con fundamento, de algo, y en el que se halla encargado de considerables dependencias de su príncipe, es afortunada la ignorancia de insustancialidades, que usurpan el tiempo á las importancias.

Tenía las máximas del reinar en aborrecimiento ó en olvido Erico XIV de Suecia, entregado todo á la astrología; así quedó astrólogo y no rey, pues su hermano el duque Juan de Fislandia le desposeyó del trono.

Pirro mostró desdeñarse de saber cosa ajena del arte de gobernar, cuando preguntado cuál le parecia mejor de dos músicos de flauta que en su presencia tocaron, respondió, que Polipercón era el más valeroso capitán.

El emperador Alejandro Severo, que poseia con perfección la música, y de particular la practicaba gustoso, no tocó más instrumento después que fué creado emperador.

Enojado Felipe de Macedonia de que su hijo Alejandro se aplicase con exceso á la música, le preguntó si no tenia vergüenza de tocar tan bien, después de lo cual comenzó Alejandro á retirarse de aquel divertimiento, tratándole como desproporcionado á la majestad.

XIV.—Forma de sacar de los libros el fruto conveniente para la práctica de la guerra.—Prevengo con el caballero Borri, que no corras sin necesidad á ejecutar lo que hallares aconsejado en los libros políticos, ó practicado en los históricos, si primero no examinas las razones de aquella opinión ó conducta, y confrontas sus particularidades con las del presente lance.

Repara Aristoteles no ser posible que los escritos prevengan todas las circunstancias que pueden ofrecerse y variar los casos; y observa el mismo que en Egipto era ley, que si el médico daba medicinas al enfermo antes de tres días de achaque, fuese á peligro de responder de su conducta el primero, porque se discurría que en menos de aquel tiempo no pudiese confrontar las particularidades de la enfermedad con los preceptos de la ciencia.

Sucede con la lectura lo que con la comida, pues siendo pasto del espíritu la una y alimento del cuerpo la otra, ambas necesitan de tiempo para dijerirse, y así como pequeña cantidad de quinta esencia vale más que grande porción de otro sustento, sacarás mayor fruto de un buen libro que de muchos medianos.

No siempre los historiadores explican bien las materias, ni todos los es-

critores militares y políticos aconsejan lo más conveniente. En cualquiera ciencia encontrarás proposiciones, que á primera vista parecerán honestas y ventajosas; pero si las desmenuzas las hallarás tal vez injustas ó inútiles. El servirte de escogidos autores te librará, en parte, de estos riesgos, y del de embebecerte de especies bajas de otros; mas para que sepas qué historias son las buenas, expresaré los requisitos que les busca Tácito, y son que no sólo se pueda venir por ellas en conocimiento de los casos y de los sucesos, sinó también de la razón y de las causas. No por eso te dediques á la lectura de historias, que describiendo con excesiva particularidad poco importantes circunstancias, no recompensan, en lo que instruyen, el tiempo que en su leyenda ocupan.

Dirás que, según el pasaje de Aristóteles traído en el principio de este capítulo, será la historia inútil á un general, porque los casos de la guerra son infinitos, y obligan á prontas resoluciones precisamente ajustadas á los accidentes, de que vienen acompañados. Respondo que el mismo Aristóteles, de quien también se oye ser imposible que las leyes prevengan todos los futuros acaecimientos, no deja de aplaudir las leyes; con que, aunque en ciertas ocurrencias no te den instrucción fija los libros, en muchísimas ocasiones te suministrarán expediente seguro, y será menos mal no poder apro-

vecharte de algunos, que ignorarlos todos.

XV.—Ventajas de la elocuencia: puede adquirirla cualquiera.—Seríate muy ventajosa la partida de elocuente, para inspirar á tus tropas deseos de combatir, para apaciguar un disgusto ó revolución de las mismas, para relevarles el espíritu, cuando por algún infeliz suceso estén abatidas de ánimo; y para otras infinitas ocurrencias, como puedes ver en repetidos lugares de esta obra.

Es para el oído la elegancia de las palabras lo que, para mirar, los anteojos de larga vista, que presentados por una parte, disminuyen el objeto y por otra le abultan. Por eso enseña Isócrates que la elocuencia se extiende á hacer grandes cosas de las pequeñas, y pequeñas de las grandes.

Aplaude Foresti en Timoteo, capitán ateniense, la prenda de buen orador, y de Demetrio Faléreo escribe que, aunque no hizo operación distinguida en valor ni en conducta mientras mandó los ejércitos, se le erigieron 306 estatuas, porque con la elocuencia de que abundaba (son las palabras de Foresti) tuvo forma de encubrir sus defectos y de ensalzar sus obras.

Habiendo Carneades hablado elegantemente en Roma sobre negocios de su patria Atenas, Marco Catón avisó á sus compañeros que se precaviesen de aquel hombre, apto por su lengua (afirmaba Catón) á lograr de los romanos todo lo que pretendiese, y Pirro decía que de las ciudades por él conquistadas, debía más á la lengua de su embajador Cineas, que á la espada de sus guerreros.

En el emperador Valentiniano alaba Ludovico Dolce la partida de elocuente, y la misma libró á Ricardo I de Inglaterra del arresto, en que le pusieron el emperador Enrique, y el duque Leopoldo de Austria; pues respondiendo con admirable elocuencia á los cargos que públicamente le hizo el emperador, dejó á éste confuso, y al auditorio satisfecho de que era injusta la prisión, que el propio Ricardo padecía.

Esta habilidad de bien orar no es gracia solamente de la naturaleza, como algunos creen, sinó fruto del trabajo que se toma en adquirirla; dígolo porque si fuiste del primer dictamen, no te abandones al desaseado estilo

con que tal vez te criaste; bien que pocos ignoran, que el orador se forma y el poeta nace.

Plutarco dice que la elocuencia de Demóstenes se consiguió á fuerza de grandísima fatiga, pues al principio era torpe en las expresiones y tenía embarazada la lengua; pero hizo tales diligencias para vencer uno y otro impedimento, que, sobrepujando á todos los estorbos de la naturaleza, su hablar costó á los macedones más sangre, que mucha porción de la Grecia, porque les fabricó tantos enemigos, como empleó de razonamientos.

XVI.—Es más preciso al jefe hacerse amado que temido: cita de los medios para conseguirlo, y de la excepción en intentarlo.—Cuando te halles querido de las tropas, serás bien servido de ellas; pero si te aborrecen, áun aquello que sea de su obligación ejecutarán perezosamente, á trueque de que, no lográndose algún buen suceso bajo tu comando, no consigas aplauso ni premio.

Una de las razones que dió Anibal para declarar á Pirro por el segundo capitán del mundo, fué que Pirro era excelente en el arte de ganar la voluntad de la gente con que trataba.

Los sabinos, en Ereto y los ecuos en Algido vencieron á los romanos, porque estos, queriendo mal á los decemviros, de quienes se hallaban mandados, se dejaron derrotar.

Lucio Papirio, dictador romano, habiendo visto en un combate contra los samnites impedida su victoria por sus mismas tropas, que le aborrecían á causa de su demasiada severidad, conoció desde entonces serle preciso granjear el afecto de los guerreros; y así mudó tanto de conducta, que iba de barraca en barraca visitando los soldados heridos, y pasaba con todos los subditos cierta familiaridad, que le reconcilió con ellos, de donde resultó el exterminio del ejército samnite, derrotado por el mismo dictador en segunda batalla.

No faltan escritores, que pretenden asegurar la obediencia de las tropas en el solo temor al jefe, suponiendo inútil el afecto de las mismas; pero al *Odien mientras teman* (proverbio de un tirano), respondo con la clarísima razón de santo Tomás:

«Débil fundamento es el temor, pues los que por el temor están sujetos, cuando llega una ocasión que les proporcione la esperanza de la impunidad, se sublevan contra los jefes, con tanto mayor esfuerzo, cuanto mayor coacción contra su voluntad hayan sufrido por el temor solo, cual impetuosa fluye el agua contenida violentamente cuando encuentra una salida; el mismo temor además no carece de peligros, pues muchos cayeron en la desesperación por un temor excesivo.»

Parte del mismo pensamiento explica don Antonio Solís, cuando al referir cuánto el emperador Motezuma era odiado y temido de sus vasallos, escribe: De ordinario van juntos el temor y el aborrecimiento. Siendo dicho al emperador Alejandro Severo, que su demasiada dulzura causaría que su imperio fuese de poca gravedad, respondió: Es cierto, pero será de mucha duración.

En otro capítulo de este libro trataré de la moderación con que se debe practicar la afabilidad; y ahora, concluyendo el discurso de si convenga infundir el temor, digo que, por regla general, sólo de los enemigos y de los delincuentes le busques, contentándote de exigir de los demás aquella parte de veneración, que se halla compatible con el afecto, sin tocar los límites del miedo, que, como nos desagrada, nos malquista con quien le impone, aunque le procuren como esencia del comando muchos autores, que presentan para el gobierno preceptos que sólo cuadran á la tiranía.

Digitized by Google

XVII.—Liberalidad conveniente á un general.—La liberalidad con lastropas te granjeará el cariño de ellas; por este medio aseguraron César y otros muchos el de las suyas; si me replicas que para adquirir amigos como César, necesitas las riquezas de César, respondo que, á proporción de tuposibilidad, serán igualmente apreciables tus dádivas, en las cuales conforme á la ordinaria opinión, se miran tres cosas, esto es, quién da, á quién y en qué ocasión; mas yo diría que solamente una se requiere, y es la buena gracia en el dar.

Refiere Solis que comenzaron á aficionarse á Hernán Cortés los soldados de su enemigo Pánfilode Narváez, luego que vieron á este encerrar con avaricia los regalos de los indios, que Cortés dispensaba á sus tropas con generosidad.

Plutarco dice que, habiendo Catón Uticense y su compañero Marco Favonio, mantenido los juegos públicos con poquísima ostentación, y haciéndolos al mismo tiempo Curión con extremado gasto y pompa, los primeros tuvieron más aplauso y concurso que el último, de lo cual el mismo Catón alega el motivo, diciendo: No se estima tanto lo mucho, como la buena gracia con que se da lo poco.

Cimón, capitán ateniense, á quien un gran desinterés conservó siempre honrosamente pobre, mostró con todo eso su genio liberal, quitando las cercas de sus jardines, para que cualquiera tomase fruta de ellos, y haciendo él mismo la oferta á los pasajeros, confirmaba hasta en la pequeñez de la dádiva la grandeza de la liberalidad.

Advierto que seas liberal sólo á medida de tu poder, pues conforme dice Cicerón y acuerda Lipsio, cuando hayas gastado tu caudal echarás mano del ageno, experiencia que se vió en Nerón, de cuyas extravagantes prodigalidades nacieron los tributos injustos á su pueblo; y no siendo jamás tanta la amistad que granjea el dar á unos, como el aborrecimiento que ocasiona el quitar á otros, harías menos amigos que descontentos.

Horacio Spanorchi, en su *Discurso del interregno de Polonia*, dice que el Palatino Lascki seria de impedimento, para lograr aquella corona, el haber gastado con exceso y hallarse por consiguiente malvisto de muchos, á quienes debia dinero.

Refiere Solis que la sobrada liberalidad hizo más daño que beneficio al emperador Motezuma;, porque le obligó á cargar á sus provincias de tributos, que le concitaron el odio de sus vasallos.

XVIII.—Buenas consecuencias de afectar que sigues la conducta de un antecesor amado, que huyes la del que fué aborrecido, y de no fiar descubiertamente las dependencias á subalterno, que sepas es generalmente odiado.—Si alguno de tus antecesores en el comando no fué bien visto de las tropas ó de los pueblos, procura saber qué es lo qué hallaban de malo en él, y no habiendo inconveniente huye de practicar todo lo que le hizo aborrecido, y, por el contrario, imitarás lo que á éste ó á otro haya hecho recomendable, cualquiera de cuyos medios contribuirá á granjearte el afecto de tus súbditos; pero el último te añadirá la conveniencia de poner á tu sucesor en cierta precisión de honrar tu memoria, que es la mira que advierte Amelot haber llevado Tiberio, en las honras que hizo á las cenizas de Augusto.

Antario, rey III de los longobardos en Italia, para mostrarse disimil de sus crueles antecesores y semejante al emperador Flavio Vespasiano, que había sido enteramente amado de los italianos, mudó el nombre de Antario en el de Flavio, en lo cual fué imitado de sus sucesores.

Boleslao II dicho el piadoso y duque XVII de Bohemia, huyó de imitar la conducta que en los primeros años había hecho aborrecido á su padre Boleslao I, pero siguió Boleslao Pío los pasos últimos de su padre desde que, mudando éste de costumbres, se granjeó tanto afecto, como había sufrido odio; así fué Boleslao II universalmente estimado de los suyos.

La máxima de afectarse opuesto á la conducta de un antecesor aborrecido, fué también, con experiencia de gran fruto, practicada por Enrique I de Inglaterra, sucesor á Guillermo II; por Coceyo Nerva, sucesor a Domiciano en el imperio romano; por el duque Teodoro de Moscovia, sucesor á Juan Basilio; por Pipino el Grueso, sucesor en el ministerio de Francia á Ebroyno, favorecido del rey Childeberto III, por Uratislao rey I de Bohemia, y sucesor al hermano Spitignio; por Edgaro rey XII de Inglaterra, sucesor á Edvino; por Enrico VII de Inglaterra, sucesor del tirano Ricardo III, y por Malcolmo III de Escocia, sucesor al también tirano Macabeto, cuyos pasajes no extiendo con todas sus circunstancias, por no molestar con la relación de tantas; y lo mismo haré siempre que se me presenten demasiados ejemplares para un capítulo.

El emperador Trajano, viendo que su antecesor Coceyo Nerva había sido muy querido, imitó sus costumbres, confirmó sus leyes, y continuó las obras de dicho Nerva comenzadas.

La misma conducta observaron felizmente Haraldo II de Inglaterra, reinando después de Eduardo III; Alejandro de Escocia, heredero de la corona por muerte de su padre Guillermo; y Erico III de Dinamarca, dicho el Bueno, que reinó por fallecimiento de Canuto.

María de Médicis, gobernadora de la Francia en la menor edad de su hijo Luís XIII, mantuvo cuatro años la paz y la estimación de sus vasallos, con solo reglarse por las máximas del difunto rey Enrique IV, de ellos adorado.

En caso que el aborrecimiento que los pueblos, ó las tropas, tenían á tu antecesor ó á tí, procediese de fiar los negocios á algún subalterno ó ministro generalmente odiado, á menos de grave precisión, debes no servirte en la menor cosa de dicho ministro, á la descubierta; pues aunque tus órdenes fuesen buenas y justas, pasando por aquel canal se tendrían por desrazonables y tiranas; así como el agua que puesta en vidrio de color, parece toma el mismo á pesar de la propia diafanidad.

Los de Antioquía abrieron las puertas á Demetrio Nicanor, enemigo de su rey Alejandro Valez, sin haber tenido para esta resolución los antioquenos más motivo, que el de querer mal á Alejandro, sólo porque este príncipe fiaba los primeros negocios á su ministro Ammonius, quien padecía el aborrecimiento de aquel pueblo: y Eduardo V de Inglaterra perdió la corona y la vida porque se obstinó á mantener en el manejo del reino á Pedro Gaveston, y después á los dos hermanos Spensers, uno y otros enteramente aborrecidos del país, que por este motivo tumultuó contra Eduardo, cuyo riesgo previsto de su padre, también Eduardo, había el sabio rey á la hora de morir, aconsejado al hijo que no llamase á Gaveston del destierro á donde el mismo Eduardo IV le había enviado, conociendo ya que el hijo le quería sobrado bien, al paso que el país le deseaba mucho mal.

El emperador Othon I, viendo que su antecesor Galba Sulpicio había sido aborrecido por la estrecha amistad que tenía con Tigelino su ministro, desgració á dicho Tigelino, y se congració así el pueblo romano.

Enrique III de Inglaterra observándose odiado, porque fiaba el gobierno al obispo de Winchestre, le mandó que no se mezclase más en los negocios del reino.»

XIX.—Razones para que salgan de los tribunales los castigos, y de tí solo su moderación y los beneficios.—Los beneficios partan de tí, sin que se conozca en ellos mano agena: los castigos, aunque tú los dispongas, deja que salgan como de la justicia de tu auditor, consejo de guerra ú otro tribunal.

Agesilao, rey de Sparta, viendo que todos los que pretendían de él alguna gracia, se encaminaban á su general Lisandro, no atendía á éstos, sinó á los que en derechura le pedían; porque Lisandro no se llevase la gratitud que debían á Agesilao los que recibiesen el beneficio.

Cuéntase de la gran benignidad de Luís XIV, el no haber hecho morir á alguno por decreto propio, y no por eso faltaba en aquel bien conducido reino la justicia, que hacían los tribunales, sin dar lugar á que perdiese el príncipe los importantes créditos de piadoso.

Lo mismo que se observó de Luís XIV, refiere Ludovico Dolce del óptimo emperador Alejandro Severo, y el propio aplauso parece se debe á Pericles Olimpo ó Ateniense, que decía: «Ninguno se vistió de luto por mi causa.»

El marques Suarez dice que el motivo de Amurates para establecer el empleo de gran visir, fué querer echar sobre este ministro el odio de los castigos que le conviniese ejecutar, reservándose Amurates el aplauso de los beneficios que el quisiese hacer.

Aconsejaba Mecenas á Augusto que, dejando salir de sus tribunales las sentencias gravosas, se reservase la libertad de moderar la pena. Lo cierto es que más habilidad hay en hacer de un malo un bueno por medio del moderado castigo, que de un vivo un muerto por ejecución de la severa sentencia.

Procurando los capitanes Diego de Ordaz, Pedro Escudero y Juan Velázquez de León, sustraer el ejercito español de la obediencia de Hernán Cortés, este los mantuvo en prisión con amenazas del último suplicio, hasta que halló decente medio de concederles entero perdón; porque, escribe Solis: Deseaba más su enmienda que su castigo, y de aquellos que entonces eran los más inquietos y peligrosos súbditos, hizo Cortés los más útiles y obedientes cabos.

Gerónimo Lipomano en su relación de vuelta de la embajada de Saboya, dice: Emanuel Filiberto duque de Saboya, no es sediento de sangre, y va muy despacio en el condenar á muerte los malhechores: inclina más presto á la pena temporal, imitando en esto al buen músico, que conociendo disonantes las cuerdas de su instrumento, no las despedaza luego con tirarlas demasiado, sinó que subiéndolas y bajándolas poco á poco, las reduce á la debida armonía.

Aun de la ejecución de los justos indispensables castigos que ordenares, te mostrarás pesaroso, porque se vea que la fuerza de la ley, y no la crueldad de tu genio, condena al delincuente; pues aunque en tal caso la piedad sea inútil para la práctica, se experimentará provechosa para el crédito.

Apresuraba Tiberio la sentencia contra Libón, acusado de atentar á la soberanía; pero cuando supo que Libón, desconfiando de su causa, se había dado muerte, protestó que hubiera pedido al senado la gracia, si no se anticipase Libón á quitarse la vida.

XX.—Exprésase de qué castigos debe el jefe mostrarse autor; y se prueba que de la piedad no basta la apariencia.—Hay algunas justicias tan generalmente deseadas, que, en lugar de odio, granjean aplauso á quien las ordena. Tales son las que se ejecutan sobre casos conocidamente atroces, en las cuales, no habiendo persona que tenga compasión del reo, su muerte no lastima; antes bien la tardanza de su castigo irrita.

Justo Lipsio refiere que oyendo Carlos el Audaz, duque de Borgofia, la queja de cierta vasalla, á quien el gobernador de una plaza había forzado y muerto á su marido, propuso á la viuda que se aquietase con tal que el mismo gobernador se casara con ella, haciéndole cesión de todos sus bienes para en caso que él muriese antes que aquella: contentose la viuda, y se efectuó la escritura; entonces el duque le volvió á preguntar si estaba satisfecha. Respondió que sí; á que el duque replicó que él



no, y dispuso que se diese al referido gobernador la muerte que este había hecho padecer al otro. El citado Lipsio, que en su doctrina civil es de la misma opinión que sigo, en cuanto á que el principe deje que las condenaciones salgan de sus tribunales y no de su boca, dice que la expresada justicia granjeó al duque Carlos universal aceptación, porque lo enorme del delito excluía la parcialidad de los compasivos.

No quisiera que, por lo dicho en el antecedente inmediato capítulo, pensases que intento persuadirte á que de la piedad basta la sombra; pues contra esta máxima de un impío escritor, que de las virtudes se contenta con la exterioridad, y de las culpas no extraña la intrínseca posesión, contra este dictamen vuelvo á decir, nos enseña mejor Maestro que ningún disimulo humano puede librarnos del juício divino: «Sus caminos están siempre ante él, no están ocultos á su vista.» Lipsio pone á la clemencia por la segunda virtud de un comandante; mas para que no te engañes en el conocimiento de sus límites, mira cómo la define: una virtud de ánimo que con discernimiento declina desde la pena ó la vindicta á la lenidad: este admirable autor da á la piedad el nombre de luna de las virtudes; porque aunque se aparta un poco de la justicia, que es el sol de las mismas, no por eso le abandona de todo punto. Que sea prenda propia de hombres grandes, lo muestra el emperador Antonino y una infinidad de otros insignes príncipes, que tuvieron á mucha gloria el renombre de piadosos; y lo prueba el mencionado Lipsio con el ejemplar de Nerón, quien, viéndose después de muchas excusas, precisado á firmar una sentencia de muerte, dijo: ¡ Cuánto quisiera no saber escribir!

Advierte que Nerón en los cinco primeros años de su gobierno fué bonísimo príncipe. También acuerda Lipsio lo que de Vespasiano refiere Suetonio: que áun los justos castigos sacaban de su piedad lágrimas y so-

llozos.

XXI.—Precaución en los beneficios que dispensa el príncipe, y advertencias con las gracias que el jefe niegue ó conceda.—Acabado ya el discurso de los castigos, al cual me indujo el primer punto del capítulo XIX, parece que la segunda parte de dicho capítulo llame á tratar de los beneficios; y del ejemplar de Agesilao, allí alegado, puedes conocer que, así como no te conviene permitir que un inferior tuyo usurpe el agradecimiento de tus agasajos, no debes robar el que tocare por los suyos al príncipe, quien justamente querrá que á lo menos ejecutes con él lo que haces á tus súbditos observar contigo, y acaso te le volverías sospechoso, si mostrases fabricarte de sus ingratos un número de reconocidos.

Tiberio se enojó ásperamente contra Junius Gallo, porque este propuso de conceder á los soldados pretorianos el privilegio de sentarse en los catorce escalones del anfiteatro, después que hubiesen cumplido el tiempo de su servicio, á que Tiberio enojado, preguntó: qué tenía Junius que ver con los soldados, los cuales recibiendo el orden sólo del príncipe, debían sólo de el recibir también la recompensa.

La prevención del párrafo antecedente es para los beneficios que dispensa el príncipe á los que sirven á tu orden; pero como puede haber muchos agasajos que dependan únicamente de tí, busquemos el modo de hacerlos gratos.

Digo, pues, que cuando te pidan una gracia que no quieras, no puedas

ó no debas conceder, te excuses con palabras, que en lugar de agraviado dejen reconocido al que la solicitó; respecto de que también en el negar hay su modo de agrado, como en el conceder le hay de desabrimiento; pero si otorgas lo que te piden, sea con un aire que haga estimar la respuesta más que la dádiva.

Preguntando Enrique III de Francia qué medios bastaban al duque de Guisa para ser tan querido de todos, le fué respondido por un artesano: Señor, él da á todas manos, y cuando no puede conceder lo que se le pide, suple con las palabras.

Del rey Erico VII de Dinamarca, dice el continuador de Foresti: Tenía una cierta severidad, antes bien ferocidad, en el trato, que desobligaba aun cuando dispensaba las gracias.

Por el contrario escribe Plutarco de Alejandro, que obligaba más con el modo de dar que con lo que daba.

Advierto que no por despedir contento al que te pide, le afirmes lo que no le puedas cumplir; pues granjearías créditos de mentiroso, en lugar de fama de agradable. En el emperador Tito culpan algunos escritores que, atado á su frecuente proverbio, de que no hallaba conveniente que alguno partiese de su presencia poco gustoso, ofrecía muchas veces lo que no le era posible cumplir.

Cuando niegues una gracia, consuela al que la pidió, persuadiéndole que no le sería ventajosa; pues le serviría de estorbo para lograr otra más importante; y en fin, esfuérzate á hacer de modo que te den agradecimien-

tos por el consejo, y no te resulten odios por la negativa.

Tiberio, negando á Seyano los esponsales con Libia, le decia: que esta unión sería peligrosa al mismo Seyano, por los envidiosos y enemigos que le suscitaría.

XXII.—Prosique el segundo punto del antecedente capitulo.—Gracián aconseja que el no se dilate, porque pasado el primer ardor de la pretensión, se siente menos el malograrla; y Tácito refiriendo cuando Tiberio rehusó á Seyano el arriba dicho tratado de matrimonio con Libia, dice: Pidió tiempo, como si tuviese intento de pensar en esta dependencia, sobre cuyo pasaje comentando Amelot, explica que la gracia prontamente rehusada, deja sospecha de algún mal humor de quien la niega, en lugar de que alargando la negativa, queda motivo de creer que se atravesaron impedimentos fuertes para otorgar la petición.

Al contrario del no, debe ser pronto el sí, porque el pretendiente no crea tener adelantada la satisfacción del beneficio con la dilación de la es-

peranza.

XXIII.—Motivos para no hacer de una vez todos los beneficios; para no desperdiciarlos en el común, y para no mostrarse por algún accidente arrepentido el jefe que los hubiere dispensado.—Son á veces los beneficios como las flores, que no se estiman sinó recientemente cogidas: así, convendrá reservar algunos, porque no se marchiten de un golpe distribuídos todos.

Un beneficio por hacer, te mantendrá más dependientes que muchos hechos, con que el no darlo todo en una vez, aprovechará para sacar más servicios de los que esperen áun recibir más gracias.

Tácito refiere que pidiendo las provincias de Grecia y Macedonia ser descargadas del gobierno de

LIBRO I. 23

los precónsules y regidas por un presidente, respondió Tiberio, que por entonces les hacía esta gracia. En cuyo momento forma Amelot una reflexión semejante á la que dejo apuntada, la cual se halla en Salustio sostenida por un ejemplar de Bocco, quien derrotado por Mario pidió al senado romano perdón de la pasada guerra, confederación y amistad; á que el senado respondió: «El senado y pueblo romano suelen acordarse de los beneficios y de las injurias; por lo demás se perdona á Bocco, porque se ha arrepentido del delito: la alianza y la amistad se concederán cuando sean merecidas.» Sila enviado con esta respuesta á Bocco, le persuadió á que, respecto de que sólo había alcanzado del senado el perdón, y no la alianza ni amistad, buscase modo de entregar preso á su compañero el rey Yugurta, para con este nuevo mérito obtener del senado las otras dos gracias que no se le habían concedido, á cuyo precio Bocco entregó efectivamente á Yugurta.

Otro motivo para no hacer de un golpe sobrados beneficios, es que con ellos fabricarías una casi precisa ingratitud en quien los recibe; pues como dice Tácito, los beneficios no son agradables sinó en cuanto el beneficiado se halla en paraje de corresponderlos, y cuando una vez exceden mucho al poder de quien los admite, se pagan con aborrecimiento en lugar de gratitud; y tanto es verdad que los agasajos suelen satisfacerse con despegos, cuanto era común en Biante, uno de los siete sabios de Grecia, la sentencia: Si prestas dinero á un amigo, perderás amigo y dinero.

El continuador de Foresti repara que Ricardo de Nevile, conde de Barwick fué aborrecido de Eduardo VII de Inglaterra, porque habieudo Ricardo quitado á la casa de Lancastre la corona para ponerla sobre la cabeza de este príncipe, que era de la familia Yorck, Eduardo, cargado de tanto beneficio, quiso aliviarse de la deuda con desgraciar al acreedor, y si en un príncipe cupo tan poco noble política, considera cuanto será más de temer en un sugeto de inferior calidad.

Si te parece que hay en el ejemplar de arriba equivocación de cronología, advierte que á este Eduardo que yo digo VII, otros llaman IV; porque no cuentan los tres Eduardos, que reinaron antes que la corona de Inglaterra entrase en la casa de los condes de Anjou.

Más agradecimiento sacarás del beneficio hecho á un particular, que de muchos dispensados á cualquiera comunidad, pues en ella cada uno se contenta con su porción del logro, dejando á cargo de los otros el todo del reconocimiento.

Puede ofrecerse motivo de arrepentirte del beneficio hecho; pero no debes mostrar jamás tal sentimiento, porque dando pretexto al enojo del beneficiado, perderías justamente el derecho á su gratitud; en lugar de que tanto más infame volverás al ingrato, cuanto más constante parezcas en la complacencia del beneficio.

Este yerro nota Amelot haber cometido Augusto, cuando después de declarar á Tiberio por sucesor, mostró al joven Agrippa arrepentimiento de haberle excluído del trono, á tiempo que ya no era fácil quitar la sucesión á Tiberio.

XXIV.—Medios propuestos por Jenofonte para que el general sea querido, y aviso en cuanto á la atención de su familia con los que frecuenten su casa.—Dejando ya aparte los castigos y los beneficios, de los cuales hay libros enteros que tratan, sigamos el primer intento de averiguar los demás eficaces modos de hacerte bien querer de las tropas y de los pueblos, para lo cual aconseja Jenofonte que te complazcas con los tuyos cuando les suceda algún bien; te lastimes cuando les acaezca mal, y los socorras prontamente en las adversidades. Quiere asimismo Jenofonte que el

general, hablando con sus oficiales, llame á cada uno por su nombre, y dice que esto les hace creer que los tiene en memoria, y que siendo conocidos del jefe se guardarán más de caer en alguna falta. El expresado autor nota que, así como el médico sabe los nombres de las medicinas, y cualquier obrero los de sus instrumentos, puede el general acordarse de los de sus oficiales, quienes, aunque á veces se mudan, no son tantos como los otros.

Fué el emperador Antonino Pío muy querido de los suyos, socorriendo prontamente con dinero propio á los que recibian algún revés de la fortuna, y dió á muchos en Antioquía, en Roma y en Cartago caudal con que rehacer las casas, que precedentes incendios habian arruinado.

Luís XIII de Francia sabía de memoria los nombres de todos los soldados de su ejército que le siguieron á la empresa de la Rochela.

Tu familia, particularmente el secretario, ayudantes y otros que ejerzan algún empleo cerca de tu persona, deben tratar con grande atención á todos los que tuvieren que conferir con ellos ó entraren en tu casa, pues muchas veces la descortesía de un criado hace enemigos al amo. Raras veces los que odien á los tuyos te amarán, dice Famiano; y por el contrario, sus buenos modos dan á entender de quien los aprendió.

Yo he visto desierta de oficiales españoles la corte del señor duque de Orleans, en la campaña de 1707, por ciertas impertinentes etiquetas de algunos pajes suyos, que fueron corregidos luego que S. A. R. lo supo; y con esto volvieron los oficiales á cortejarle, como era debido á la grandeza y amabilidad de aquel príncipe.

Tácito, hablando de Tiberio, mientras mantenía la justa conducta con que empezó el comando, dice en su aplauso: No tenía domésticos insolentes; y de Alejandro Severo escribe Ludovico Dolce: No recibió á su servicio hombre que no fuese virtuoso, y de buena fama y costumbres.

Uno de los cuidados que observó Agrícola en el gobierno de Inglaterra, fué que su familia no ofendiese á persona.

XXV.—Precaución con el desinterés de tus amigos y domésticos. Inconvenientes en establecer que valgan órdenes firmadas sólo de tu secretario.—Cuidarás también de que alguno de los que andan cerca de tí, no se interese con otros por el gusto ó servicio que les hicieres á petición de dicho allegado tuyo, pues no sólo tu agasajo perdería de su gracia para con el que le recibe, sinó que este se persuadiría, con razón, á que te utilizabas por mano del doméstico ó amigo que hizo de tu galantería su negociación, dejándote créditos de ambicioso por lo que habías de merecer fama de agradable.

Habiendo Catón Uticense hecho cierto servicio al rey Dejotaro, quiso recompensarle el rey con dones considerables; y no aceptándolos Catón, pretendió Dejotaro concederlos á los amigos de éste, quien tampoco lo permitió, porque no se creyese venal su agasajo; respecto que de lo que estafa el doméstico ó el amigo, se sospecha siempre que saca interés el señor ó el jese.

Del emperador Antonino Pío se lee también no haber jamás permitido que por las gracias que dispensaba, recibiese algún cortesano suyo ni aun voluntarios regalos.

El motivo de haber don Ferrante Gonzaga, á pesar de tanto señalado servicio, perdido el favor de Carlos V, fué que los parientes del mismo don Ferrante, y su secretario Juan Maona, vendían, sin que don Ferrante lo supiese, la justicia de muchas dependencias, cuyo favorable decreto le pedían como de gracia.

Con el secretario querría yo que tuvieses otra precaución, y es que no-

valgan despachos, pasaportes, ú otros instrumentos firmados de él solo; pues no te será gran fatiga escribir en cada uno de estos papeles tu nombre; y no há muchos años que hemos visto á algunos secretarios, en perjuício del honor de sus amos, hacer grandes injusticias y robos, particularmente en cierto paraje de la corona de Aragón, recientemente conquistado, donde un secretario daba á los paisanos tantas licencias de llevar armas, como doblones recibía, y su amo no estaba informado del caso.

Mecenas aconsejaba á Augusto que no concediese demasiado poder á sus familiares, porque podrían, abusando de su gracia, hacerle aborrecido; pues (prosigue Mecenas) suelen atribuirse al príncipe todas las acciones de sus sirvientes.

Dirasme que tomarás el secretario tan de tu satisfacción, que no haya peligro de que use mal de tu favor, á que, con don Scipión de Castro, respondo que para mostrar el gobernante su mala conducta, basta que deje á su favorecido la libertad de poder dañarle cuando guste, porque sería vivir á merced suya.

Con los hombres suele suceder lo que con las frutas: el de mejor exterior tiene tal vez el corazón más dañado de algún vicio: don Ferrante Gonzaga estaría naturalmente confiado en Juan Maona, cuando le hizo su secretario; y con todo eso dió de sí, y de su amo, tan mala cuenta como has visto.

XXVI.—Advertencias sobre la mesa que importa dé à sus oficiales el jefe.—El tener una decente mesa, no dejará de granjearte muchos amigos; porque en ella se ofrecerán ocasiones de pasar con los oficiales cierta mo derada familiaridad, que sin perjuício del respeto, sirva de adelantamiento al cariño. Tal es la que Jenofonte supone haber practicado su Ciro. Al mismo tiempo observas por los discursos que se muevan, entre todos, el talento de cada uno; siendo natural que en tu presencia se esfuercen á hablar lo mejor que saben.

Juzgo particularmente indispensable este gasto cuando mandes á naciones del Norte, que nunca muestran estimar al general que no da bien de comer; no que sea miseria de dichas naciones el hacer semejante reparo, sinó inveterada costumbre de ver que sus jefes lo ejecutan así.

El mariscal de Monluc dice haber siempre observado que en la mesa consiste mucha parte del séquito y de la estimación de los comandantes. Por el mismo camino tiró Artajerjes Longimano á conseguir la benevolencia de sus súbditos.

He tocado el consejo de Jenofonte, sobre que el general se permita placentero en la mesa; pero advierto que se contenga en un decentísimo burlar; pues, á más de no ser despreciable la opinión de que por un buen dicho se pierda un amigo, la sobrada chanza desdice de la circunspección y modestia precisa al comandante, quien tampoco debe sufrir que otras personas tengan en su presencia discursos capaces de ofender á alguno; porque sería hacerse con la tolerancia cómplice de la murmuración, y acreedor al odio del ofendido. Para atajar tal conversación, bastará que la desapruebe tu semblante, sin entrar en el embarazo de escojer palabras, que no suenen á reprensión y se hallen suficientes para documento.

Agriamente condena Plutarco al consul Cicerón, el que se fabricaba enemigos con su picante

chancear; y Fabio Albergati trae el ejemplar de Catón, que llamó cónsul ridiculo al mismo Cicerón, porque éste usaba frecuentemente el equívoco y el chasco.

Siendo procónsul de Sicilia Marco Tulio Cicerón, tenía de continuo á su mesa los principales sugetos de la provincia; pero la exoneró del gasto que ella acostumbraba hacer en tiempo de otros procónsules, para pagar semejantes convites, que mantuvo Cicerón á costa de su dinero, y sin excesiva pompa.

Nehemías, refiriendo como en su gobierno daba la mesa á los magistrados y á los del circúito, para la cual ofrecía el país un buey, seis carneros y escogidas aves, dice que conociendo la pobreza de la tierra, la exentó de aquel tributo.

De los dos anteriores inmediatos ejemplares podrás inferir que no por mostrarte ostentoso en la mesa, te será lícito valerte del dinero de los pueblos ó de las tropas, porque con el crédito de magnífico no sacudirás la mancha, ni la culpa de ladrón; y áun si es de tu hacienda lo que gastas con exceso, pasarás por loco tanto como por liberal.

XXVII.—Importancia y razón de que el general no usurpe á los súbditos la gloria de sus acciones, ó la de sus consejos.—Cuando un oficial adquiera alguna gloria, no se la usurpes, atribuyéndola á tí solo por haber dado las órdenes; antes bien la publicarás por suya, para mostrar tu justificación, y para excitar en otros el deseo de distinguirse, sin el riesgo de que su merecido crédito se disminuya, y de que por consiguiente le falte la recompensa del príncipe.

En la batalla de Delta estaba Mitrídates de Pérgamo casi en derrota por el costado derecho, que él mandaba, cuando Antipater (el padre de Herodes Magno), que conducía la ala izquierda, después de batir á los enemigos por su frente, acudió al socorro de Mitrídates, quien habiendo por este medio logrado la victoria, lejos de atribuirse todo el honor de ella, escribió á César que á Antipater, gobernador de Judea, no sólo se le debía el buen suceso, sinó la libertad del mismo Mitrídates y de sus tropas.

El emperador Federico Barbarroja no escaseó los aplausos al jese de su ejército, Uladislao II de Bohemia; pues quitándose de la cabeza la propia corona la puso á Uladislao, diciendo públicamente que éste en la empresa de Milán había sido cabeza y pies de la victoria.

También, cuando el tiempo lo permita, publicarás por de su dueño el consejo acertado que recibieres. Algunos escritores son de contrario dictamen, diciendo que si te proponen un arbitrio conveniente, no le practiques hasta que pasados algunos días, le puedas poner en obra como pensamiento propio, para que tú solo lleves el agradecimiento del príncipe; pero este, á mi entender, es el más perjudicial robo en que te sea dable incurrir, pues quitas á tu subalterno la gloria y el adelantamiento, que no te será tan fácil reemplazar, como te sería el restituirle una cantidad de hacienda ó dinero que le hubieses usurpado.

Bien lejos de tal máxima vivía el famoso Hernán Cortés, de quien escribe Solís en cierto pasaje: Conformose Cortés con su mismo dictamen, tratándole como ajeno.

León Zambeli es de la citada opinión, que no sigo, considerando más digno de imitación á Moisés, quien habiendo recibido de Raguel un salutífero dictamen en cuanto al gobierno de su ejército, le puso en obra, atribuyendo á Raguel toda la gloria del consejo, sin reservarse Moisés más

que la de conocer la bondad de él, en lo cual no deja de haber suficiente mérito.

Tratando Tácito de la derrota de Sacrovir, dice: Tiberio escribió al senado el principio y el fin de esta guerra, sin quitar ni afiadir á la verdad del hecho, diciendo solamente que sus lugartenientes habían contribuído al buen suceso por su fidelidad y valor, y él por su prudencia.

Para no atribuirte el honor de un acierto ajeno, hay también el motivo de que á pesar de tu ambición, se descubriría con el tiempo tu artificio, y te quedaría la vergüenza de que te hubiesen visto querer volar con plumas ajenas, lo cual sería confesar que no tienes bastante mérito propio.

Alejandro arrojó al Hidaspe la historia de la batalla que ganó sobre Porus, diciendo que el autor era bien temerario: pues en aquel libro ponía falsas hazañas, como si Alejandro no hubiese ejecutado bastantes verdaderas para ser aplaudido sin mentira.

XXVIII.—Pruébase que debe el general no entrometerse en los manejos que tocan directamente á los subalternos.—Nada más irrita á los oficiales de un ejército que el ver á su general de continuo entrometido á las prerogativas ó manejos de cada uno; porque sospechan que se desconsía de su cuidado, ó sienten que se disminuya de su autoridad; con que para no concitártelos enemigos, y para que las cosas vayan por su regular camino, deja que ellos ejerzan libremente las funciones de sus empleos, contentándote de observar si cometen falta que sea digna de reprensión, advertencia ó castigo: don Sancho de Londoño en su tratado de la Disciplina militar, cree que la inobediencia y el desorden se han introducido en las tropas por haber los oficiales mayores quitado la autoridad á los inferiores, de donde parece colije con razón que el oficial menor desarmado de facultad para el bien y para el mal, no se hace temer ni amar del soldado. Sobre tal consideración propusieron los inspectores don José de Armendariz, marqués de Navalmazcuende, conde de Charny, y don Gerónimo de Solís que se restableciese la perdida práctica de que las propuestas para las tenencias y subtenencias vacantes las hiciesen los capitanes; y habiéndose dignado el rey de mandar que se ejecute así, la experiencia mostró que los cadetes y sargentos profesan á sus capitanes más veneración que antes.

Para que el general no entre cada instante en bagatelas del directo encargo de los súbditos, se añade que tan ridícula figura hace el jefe metido á sargento, como el sargento puesto á jefe, el cual si se embaraza en cuidados de pequeña consecuencia, hallará el tiempo de menos para las cosas de grande importancia.

Moisés practicó gustoso el consejo dádole por Jetro, de pensar únicamente en los principales negocios del ejército, dejando los menores á sus subalternos; y entonces fué cuando Moisés hizo la división de las tropas, para que cuidando cada oficial de las que se le entregaban, quedase el jese dedicado sólo á las mayores importancias.

XXIX.—Obligación del general en ser buen agente de las tropas, y del ascenso de los beneméritos. Dícense las ventajas que de esto resultan al servicio del principe.—Para cumplir con la obligación de tu empleo, y para ganar el afecto de las tropas, contribuirá mucho el ser con la corte

buen agente de ellas en cuanto á sus pagas, cuarteles, camas, hospitales, vestuario, etc.; y de los oficiales de mérito por lo que toca á sus ascensos.

Una de las máximas que supone Jenofonte haber dado Cambises á Ciro, fué que para hacerse querer, se mostrase apasionado por las comodidades de los suyos.

El mariscal de Monluc llama felices à los que servian en el ejército del mariscal de Brisac, en quien Monluc aplaude con encarecimiento la calidad de que avisaba al rey con extensión todas las acciones en que cualquiera oficial se distinguía.

Los hombres de mérito no sólo te ayudarán mejor á sostener el peso del comando, cuanto más grado y por consiguiente mayor manejo tengan, sinó que este mismo los hará más capaces de lo que eran cuando, por menor empleo, se les ofrecía menos veces ocasión.

Cualquiera sabe que el premio distribuído al merecedor estimula á que los demás adquieran mérito; en lugar de que, según la opinión de Agripa, premiando igualmente al indigno y al benemérito, el primero se hará peor,

por confianza, y el segundo menos bueno, por desesperación.

XXX.—Dicese con quién deba ser el más frecuente comercio y descubierta amistad de un jefe.—Habiendo en el capítulo antecedente discurrido sobre el premio, no parece ajeno de este lugar el que se trate de la amistad del general con sus súbditos, la cual para las almas nobles pasa por otra especie de recompensa: así el último duque de Vandoma se enojó con cierto general, que viendo una carta llena de honrosas expresiones que Luís XIV le escribía, dijo que el rey debiera pagar á S. A. en otra moneda, á que generosamente replicó el duque: hombres como yo no se pagan sinó de palabras y de papeles.

El mostrar siempre á unos oficiales más amistad que á otros de grado igual, presenta el riesgo de que se disgusten de tu proceder los que se conozcan excluídos del primer puesto de tu gracia; pero el tratar continuamente á todos de una propia manera ocasionaría el mayor inconveniente, de malquistarse con aquellos, que recomendados de más mérito, se vean acreedores á más distinción. Si tuvieres con alguno de tus subalternos más frecuente comercio que con los restantes, sea con tales personas que de su conversación puedas aprender, de sus honestas costumbres tomar digno ejemplo, y con sus heróicos pensamientos levantar el espíritu á empresas gloriosas.

Amelot en su comento sobre el hombre de corte, dice: El estudio aumenta los talentos de la naturaleza; pero la conversación los pule y pone en obra. Gracián aconseja que tenga á la sabiduría por compañera, quien no pudiera tenerla por criada.

Tratando Foresti de Francisco I de Francia, dice: Tenía cerca de sí gran número de hombres científicos, y en las horas desocupadas los oía discurrir gustoso y con tal provecho, que no habiendo él atendido á las letras salió expertisimo.

Arum Resit, Califa XXVI de los mahometanos, llevaba consigo á cualquiera expedición 100 hombres sabios; y Mamun Abdalá califa XXVIII, ofrecia gruesa cantidad de oro al emperador Teófilo porque le enviase al famoso matemático León: el emperador Teodosio vivió largo tiempo en Milán sólo por gozar la compañía de San Ambrosio, prelado entonces de aquella iglesia. Alcibiades de insolente, desenfrenado y lascivo que era, se mudó en civil, modesto y prudente después que frecuentó la conversación de Sócrates, y lo mismo sucedió à Polemón Ateniense con oír los discursos de Senócrates.

LIBRO I.

XXXI.—Continúa la expresión de las utilidades que el general disfruta en mostrarse amigo de los buenos y sabios.—Aun cuando toda la fuerza de una frecuente compañía no bastase á mejorar ó empeorar tus costumbres, ni á disminuír ó acrecentar tu saber, quedas en la misma obligación de elegir buena dicha compañía, si quieres librarte del peligro de una mala fama; porque como los hombres miran ordinariamente por de fuera, te creerán del genio de aquellos con quienes más comercias.

No pienses que se limita en lo ya dicho la utilidad de granjear el afecto de los sabios, pues conforme á buenas reglas, debes conciliarte el ánimo de aquellos que, siendo de un espíritu superior, pueden en sus escritos ó verbales elogios, pintar tu mérito con colores, que en el lienzo de la fama con-

serven tu memoria aun más lustrosa de lo que fueron tus hazañas.

Los mismos que de amigos te mostrarán este reconocimiento, aprovecharían de enemigos la venganza de dar con un golpe de lengua, ó rasgo de pluma, tal giro á tu conducta, que haciéndola parecer injusta ó desacertada, perdiese tu gloriosa vida el merecido fruto de plausible posteridad; por eso el documento de los espartanos era de no irritar á los poetas, diciendo que á veces su pluma cortaba más que una tajante espada.

Foresti, reparando que Alejandro en la toma de Tebas sólo á la casa del célebre poeta Píndaro libró de la desolación, escribe: creo que por no enemistarse las musas, sin cuyo canto no valían sus trompas guerreras à publicarle por grande; y el mismo escritor comienza la vida de Luís XI de Francia con las palabras que siguen: El desamor de este príncipe á las letras ha ocasionado grande oscuridad á su nombre, pues los literatos, por venganza, mudos á sus virtudes, parece no hayan sabido contar sinó sus defectos.

No sólo en acompañarte de los sabios mostrarás el carácter de tal, sinó más eficazmente en protejerlos como hicieron Roberto II de Escocia, Juan III de Suecia, y, áun entre los bárbaros, los califas Abdalá, Abulcasim, Mostader y Medz Abulabá, quien por defensa del histórico Ferdusio estuvo para romper una guerra contra Mamud, sultán de los Gadnebidas.

XXXII.—Tócanse brevemente algunos reparos sobre la amistad que un jefe debe solicitar con el valido del príncipe.—Ya que en los dos antecedentes capítulos se trató de las amistades convenientes, digamos alguna

cosa de las precisas, y de las arriesgadas.

Nadie ignora cuánto sea apreciable la amistad con el valido del príncipe, y con los favorecidos del valido mismo, y cuánto peligrosa la que se profesa con los que están aborrecidos de uno y otros, ni el cierto daño que resultará al que, áun en el paraje de la mayor confianza, criticare la conducta del poderoso; con que dando por supuesto este conocimiento, traeré más por uniformidad del método que por precisión de prueba, los pasajes que siguen.

Don Juan Manuel aunque enemigo del cardenal Jiménez, frecuentó su corte luego que le vió en valimiento con el rey Felipe el Hermoso.

Tácito en sus anales te suministrará tristes ejemplos de los afectos á Agripina, á quien Tiberio tenía en odio y en sospecha.

Si conforme á la conducta del ministro observares vecina su caída, no

te muestres íntimo amigo suyo; porque la desgracia de los validos es un contagio que alcanza á los que con estrechez los practican; con que sería buena política no declararte desapasionado del ministro, porque no te dañe mientras se conserve en el ministerio, ni afectarte demasiado amigo, por no ser envuelto en su ruína, cuando él precipite de la gracia del soberano; así el advertido marinero descubriendo señales de borrasca, recoje porción de sus velas, dejando no obstante algunas por no cesar enteramente en su viaje, interín que la tempestad se le acerca.

En el arriba citado lugar de Tácito nada con más frecuencia verás que ilustres hombres condenados á vil muerte con varios pretextos, pero sin otro real motivo que la enemistad de Seyano, y despuésdel justo castigo de éste hallarás que casi otros tantos inocentes le acompañaron en su infelicidad, por tener la de haber sido sus íntimos amigos.

Pero cuando del recto fiel obrar del ministro puedas hacerte una bien fundada consecuencia de que se mantendrá en la altura de la gracia del príncipe; ó de que, si desciende será suave la caída, no basta afectarte su amigo, sinó que es preciso ostentarte su dependiente.

Los principes y los ministros (dice Amelot) son por la mayor parte del humor de Luís XI, quien (según Comines) era enemigo de todos los grandes que denotaban poder pasar sin su protección.

XXXIII.—Pruébase que al jese del ejército de un justo Monarca no sean para con éste peligrosas tantas diligencias á sin de hacerse querer del país, ó tropas de su comando.—Dirasme que tantas diligencias para conciliarte el asecto de las tropas, como propuse desde el capítulo XVI, te volverán sospechoso al príncipe, según la cruel máxima de algunos escritores, que pretenden aniquile éste, no sólo al que intente dañarle, sinó al que pueda hacerlo..... Una República tiene alguna razón para vivir extremamente cautelada..... cualquiera sedición alcanzaría á todos sus dominios; y esta grave ensermedad de los miembros se apoderaría brevemente del corazón.

Aristóteles condena para un Gobierno Monárquico muchas reglas, que él mismo da para el de una República, según puedes ver en su tratado de Política.

La otra razón, que en las Monarquías se halla contraria al riesgo de las Repúblicas, es que, no estando los principales vasallos de un Rey, acostumbrados á obedecer á otro de menor carácter que éste, no se abatirán á besar la mano al que pocos días antes reputaban por igual, ó despreciaban acaso por inferior.....

Si aun me replicas que mi política es contra la de muchos grandes hombres, y contra la que Tácito hace ver en Tiberio, no me importa; porque para Tiberio, y los demás, como él, tiranos, conozco en dicha política el motivo de que una tiranía suele sostenerse con otras; pero como yo escribo para el general de un justo y legítimo príncipe, no deben servirme de ejemplar en este punto las acciones de quien sin derecho adquirió el Imperio, le administró con fraude, y le dejó con violencia: así concluyo que el general de un príncipe, si le sirve con interior celo, no tema caer en desgracia por hacerse querer de las tropas con el fin de que esta benevolencia de ellas redunde en beneficio del príncipe mismo; porque sirviendo bien aquél, coje el fruto de su trabajo éste.

LIBRO I. 31

XXXIV.—Precaución para cuando llegue á exceso el afecto que te profesan los súbditos ó la injusta desconfianza que padezca el príncipe, ó bien su emulación á tus aciertos; pruébase que, por lo regular, sólo con el tirano hay estos riesgos.—Todas las pruebas por mí alegadas en favor de la máxima de hacerse querer, entiéndanse discurriendo en general, y ahora tocaremos las excepciones particulares y advertencias que dicha máxima pide.

En caso que á pesar de tu modestia llegue el excesivo cariño que te profesan las tropas, á persuadirles la temeridad de preferirte al príncipe, las abandonarás inmediatamente, pasando á la corte de éste, para entregar voluntario tu persona por rehenes de tu fidelidad; bien que tal caso no es natural suceda, sinó cuando el príncipe se halla muy aborrecido, ó concu-

rran en tí las circunstancias que el capítulo siguiente expresa.

Israelo, principal señor sueco, solicitado por aquellos pueblos á tomar la corona, no sólo rehuvo la oferta, sinó que huyéndose de entre los que la hicieron se retiró á Riga, en donde se mantuvo siempre; con cuya resolución se libró de dar fomento al partido de los descontentos, y sospecha á su rey Magno II ó al sucesor Alberto.

El Malvezzi repara que si Germánico abandonando las tropas que le habían proclamado emperador, se hubiese ido luego á Roma, no incurriría en la ira de Tiberio, ni habría sido envenenado por éste, y bien parece quería Germánico evitar con tal regia el futuro peligro, pues Tácito dice que luego que Germánico oyó de algunos amotinados el intento de crearle emperador, descendió de su tribunal, pretendió huirse del campo, y arrestado por los suyos, solicitó darse muerte antes que escuchar los discursos de los sublevados, quienes pensando llevarle al solio, no hicieron más que abrirle camino para el sepulcro.

No debes tirar á hacerte querer de tus tropas, si no obstante las razones alegadas en los capítulos antecedentes, conocieres en tu príncipe aquel humor de desconfianza que suele afligir los ánimos de los grandes, en cuyo caso, no sólo afectarás severa la conducta, sinó que debes irte muy despacio en adquirir glorias, los aplausos que siguen á las cuales son á veces funestos á quien los merece; por dos razones, la una porque el príncipe agravado de mucha deuda, se desdeña de tener por tan acreedor al vasallo; y Antonio Pérez observa que en las grandes obligaciones que tiene el príncipe al vasallo, acontece lo que á los árboles frutales, cuyas ramas se rompen si están demasiado cargadas. La otra razón puede ser cuando el príncipe, muy celoso de su gloria, se irrita de que otro la iguale.

En caso de conocer dicho genio desconfiado en tu dueño, soy de opinión que ni aun te conviene mostrar demasiada capacidad, porque con el príncipe sobrado receloso, pasa por mérito la ignorancia, por delito el entendimiento, y si aquella pasión reinare con grande fuerza en tu señor, parece que el solo seguro arbitrio será apartarte suavemente de su servicio, y abstenerte de todo punto de negocios del gobierno; pues ni la modestia, ni la política, ni el saber, ni el ignorar, bastarían á librarte del enojo

de tal soberano.

Tácito, hablando de Tiberio, dice: No amaba ni los vicios, ni las virtudes relevantes; celoso de su autoridad temía á los grandes hombres.

Gerónimo Fracheta escribe: Los tiranos temen á los hombres fuertes, recelando ser muertos de

ellos por deseo de libertad, á los sabios porque dudan que no les maquinen contra, y á los justos porque tienen miedo de que la multitud apetezca su gobierno.

Junio Bruto, conociendo el pésimo humor de su rey Tarquinio el Soberbio, se fingio tonto, para exentarse de los magistrados, ó manejo del gobierno de Roma.

En el tratado sobre el tirano, y no en el del gobierno de un justo príncipe, trae Fracheta la reflexión arriba anotada. Tiranos eran Tarquinio y Tiberio, de quienes Livio y Tácito hacen el mismo reparo, y creo que del tirano habrá entendido hablar Antonio Pérez (ó no habló justo) cuando aconseja que no se le rindan excesivos servicios; con que sólo para con el tirano, y no para con el legítimo príncipe discurro necesarias las precauciones de este capítulo.

XXXV.—Muéstrase que las precauciones del antecedente capitulo son más necesarias al jefe que participe de sangre real.—Las precauciones que expresa el anterior inmediato capítulo, sobre todo cuando se sirve á príncipe injusto ó desconfiado, son particularmente precisas al jefe en quien, á más del comando del ejército, concurra la circunstancia de algún derecho ó antigua pretensión de su casa al país del señor cuyas tropas dirije, porque entonces efectivamente habría en el soberano más ocasión para la sospecha: vemos que de muchísimos años á esta parte ningún sencillo mariscal de Francia se puso en la cabeza la manía de reinar; pero de los príncipes de aquella real casa no pocos se dejaron cegar de esta ambición, especialmente los que á un pretendido antiguo derecho añadieron la esperanza que fundaron en la granjeada benevolencia de los pueblos y de las tropas. No es contra la política de los turcos el que un general de sus ejércitos se haga amar de ellos; pero se prohibe al hijo del gran señor el estrechar comercio con los futuros vasallos, y en particular con la gente de guerra, según reparan Comín Ventura y Felipe Bonini: prueba que muestra claro no ser en un jefe sencillo, como en un príncipe de la sangre, peligrosa la máxima de conciliarse el afecto de los súbditos, la cual debe también evitar hasta el príncipe heredero, si en su mismo padre reconoce la excesiva desconfianza de que se habló en el antecedente capítulo.

El rey Juan de Sicilia, viendo que los sicilianos con sobrada ansia pedían por virey á su hijo el príncipe Carlos, en lugar de conceder esta gracia á sus vasallos, puso á Carlos en una torre, temeroso de que, siendo el príncipe heredero tan querido, tomase antes de tiempo el absoluto dominio de aquella isla.

El príncipe Alejandro, hijo de Herodes, conociendo cuántos celos cobraría este tirano de que él fuese amado y aplaudido, cuando marchaba con Herodes se torcía el talle por no parecer más alto ni más airoso que el padre: en la caza, de propósito tiraba mal, porque áun de aquel inocente acierto no formase envidia Herodes; y en fin, practicó cuantas diligencias estuvieron de su parte para evitar los celos y la desconfianza de su padre, quien con todo eso le hizo morir, sin haberle justificado algún delito.

XXXVI.—Importancia del secreto, y forma de averiguar si alguno es capaz de guardarle.—Incapaz de grandes negocios creían los persas al que hallaba trabajo en guardar un secreto. Atiende á las palabras de Mr. de St. Evremont, tratando aquel escritor de las calidades de un general: Los que sirven á su orden no saben sus designios sinó á medida que



los ejecutan: si él se deja penetrar alguna vez, es sólo cuando su secreto importa poco, y que lo juzga conveniente, para experimentar la prudencia de aquellos, á quienes en otras ocasiones está obligado á fiar secretos más considerables. Alcibiades confirma en su ejemplo el dictamen de St. de Evremont, pues para ver si ciertos amigos suyos le eran fieles y secretos, los metió en un cuarto oscuro, donde les mostró una estatua semejante á un cadáver, diciéndoles que era el de un hombre á quien él había muerto, pero que esperaba lo callasen; y no habiéndolo cumplido, conoció Alcibiades que aquellos no eran sugetos, á cuyo secreto pudiese cometer negocios importantes.

Preguntado el cónsul Quinto Metelo por un confidente suyo, á qué fin ejecutaba con su ejercito ciertos encontrados movimientos (era para caer sobre Trebia cuando la plaza estuviese desprevenida), respondió Metelo: «No me preguntes más; porque si yo creyese que mi camisa sabía mis intenciones, la echaria presto en el fuego.»

Pitaco, uno de los siete sabios de Grecia, aconsejaba á sus amigos que cuando intentasen hacer alguna cosa, no lo dijesen hasta después de haberla ejecutado; porque malográndose la empresa, no quedasen expuestos á ser burlados. La doctrina de Pitaco puede ser bien útil á un general de armada; pues aunque alguna de sus interpresas le falte, hallará forma de quitar este conocimiento á sus émulos, mostrando haber sido su intención diferente de la que ellos creyeron, si antes no la comunicó á persona.

XXXVII.—Para no descubrir el secreto con el semblante, con las respuestas, con las preguntas ó con el silencio.—Advierte que el secreto no le guardan solamente los labios; el semblante suele, á pesar de la clausura de éstos, propalar aquel, porque los que andan cerca de tí, considerando según el estado presente de las cosas qué negocios son los que pueden tenerte ocupado el pensamiento, á poca abertura que les dés, leerán tus ideas en tu rostro, haciendo inteligible carácter de tu alegría, tristeza ó apresuración; y así es menester que mientras la lengua calla, los ojos mientan.

El callar con cierto aire de reserva, revela también el secreto; por ejemplo, si alguno para sondear tu intención, viene como en inocente ocurrencia á decirte que se podría emprender tal operación, y observa en tí un afectado silencio, sospechará que no hablas por no dar á entender que piensas en lo mismo; así será bueno en semejante caso hacerte ligeramente cargo de la proposición, y concluír que no es coyuntura, que faltan medios, orden del principe para ejecutarlo, etc. El entretener demasiado un discurso cerca del punto en que no quieras propalar tu ánimo, es igualmente peligroso; porque será fácil se te escape alguna palabra que dé á brujulear tu designio, especialmente si fueres de humor fogoso, en cuyo caso quien quisiese hacerte hablar claro, propondría por imposible una acción semejante á la que recele meditas, para que empeñándote en defender la imagen de tu proyecto, vayas poco á poco desenvolviendo los medios de él; y entonces será tan fácil conjeturarle, como lo es el conocer que se va á fabricar un edificio, donde se ven juntos para él todos los materiales; con que habiéndote librado del peligro del silencio, evitarás el de la locuacidad, pasando de un discurso á otro con el arte de los músicos, quienes encadenan de tal suerte sus mutaciones, que sin descomponer la armonía, introducen suavemente la diferencia del tono.

Gerónimo Lippomano, hablando del duque Emanuel Filiberto de Saboya, dice: Conoce ser tal la malignidad de los tiempos, que no es menos peligroso el callar que el hablar, respecto de que un callar ha puesto muchas veces á los príncipes en grandísimos peligros.

Otro riesgo del secreto es la pregunta de quien le guarda, pues por las noticias que inquiere, podrán tal vez inferirse los designios que calla.

Solís, al tratar de cuando los embajadores de Montezuma con pretexto de cumplimentar á Cortés fueron á su ejército para saber el estado de la guerra, y para estorbar la paz que los tlascaltecas negociaban con los españoles, dice: Tardaron poco en descubrir todo el secreto de su instrucción, porque decían lo que habían de callar, preguntando con poca industria lo que venían á inquirir.

XXXVIII.—De que sugetos debe el jefe librar su secreto.—Las advertencias del capítulo antecedente son para contigo mismo; veamos ahora las precisas para con los sugetos á quienes hubieres de fiar tu secreto; pues Chilón Lacedemónico, sabio de los siete de Grecia, halló á tan pocos hombres capaces de mantenerle, que preguntando cuál cosa le parecía la más difícil de tres que respondió, la primera fué que el guardar un secreto.

Si necesitas de fiarle á alguno, para que te ayude á tomar expediente, sea á sugetos naturalmente callados, porque quien tiene hecho hábito á decir todo lo que sabe, aunque le importase un mundo, no guardaría largo tiempo el secreto, particularmente si tu hombre es de aquellos que todo el día van á caza de noticias ocultas, los cuales no se satisfacen con saberlas, si no tienen el culpable gusto de propalarlas cuando falta otra materia á su conversación.

Entre los turcos los ejecutores de ciertas órdenes importantes del gran señor són mudos, porque así esté más asegurado el secreto.

Sobretodo guardarás tu secreto de los que tienen facilidad en descubrir los propios; pues quien no mantiene el suyo, mal callará el ageno.

Tampoco fiaras secreto a quien tenga el vicio de beber con demasía, porque el vino y el silencio no caben en un lugar.

La conjura de los Svarobios contra el rey Estefano de Polonia, año de 1584, fué descubierta por un músico cómplice en ella, que estando borracho la manifestó, no sabiendo concertar la solfa del beber y del callar.

Bogdano Chmelnieski (hombre de los más incomprensibles y falsos que se hayan conocido) perdió en el vino toda su cautela, pues habiendo en un convite, año de 1650, bebido con exceso, descubrió delante de unos caballeros polacos enemigos suyos el concierto que tenía hecho con los turcos, dejándose decir que arruinaría á los nobles de Polonia que llevasen ejército á aquellos confines; y últimamente propaló sus más importantes arcanos.

También sería mala regla entregar tu secreto á quien pueda tener interés en descubrirle: el proverbio, supóngole burlesco, dice que mal se quiere el enfermo que deja por heredero al médico.

Jenofonte pasó grandes trabajos en el país de los sinopenses, por haber fiado un secreto á Silano Ambraciota, quien teniendo cierta conveniencia en propalarle, lo ejecutó luego, y de allí vino el tumulto del ejército del mismo Jenofonte.

Digitized by Google

LIBRO I. 35

Es asimismo peligroso fiar secretos á quien depende de otro príncipe, porque la superioridad que en él reconoce, el celo de suministrarle avisos, y el tener segura la retirada para librarse del castigo de su mala fe, podrían mover á tu hombre á propalar el secreto, especialmente si este es sobre materia que por algún lado toque á los intereses de aquel príncipe.

Ni menos se debe encargar á mujeres secreto importante, porque sobre que ordinariamente no son ellas capaces de aconsejar en materias de estado ó guerra, por la mayor parte se halla que tienen más larga la lengua

que ancho el pecho.

El secreto que Sansón fió á Dálila su enamorada, le costó bien presto la libertad y la vista.

Homero supone à Jupiter enojado contra Juno, porque ésta quiso saber un secreto suyo en cuanto al socorro de los troyanos.

El rey Erico XIV de Suecia fió á su hermana y á su enamorada una resolución que él había tomado contra Juan, duque de Finlandia, y Carlos, duque de Sudermania, ambos hermanos del rey; pero apenas ellas lo supieron, cuando lo participaron á los dos príncipes, de donde resultó á Erico una guerra, y acaso la pérdida de la corona, que el duque Juan le quitó algun tiempe después.

Otro peligro en confiar el secreto á una mujer es que, dominada del afecto de algún hombre, ostente, como fineza de descubrirle, la liviandad de no callarle; siendo lo regular que los brazos que aprietan el pecho, abren las puertas del corazón.

Libia, mujer de Druso, entregada al ilícito amor de Seyano, descubria á éste los más intimos secretos de aquel, contra quien Seyano maquinaba; pero pudo en ella el afecto más que la fe.

La propia razón hay para recatar el secreto de hombres apasionados por alguna mujer que pueda tener interés ó curiosidad en saberle; pues no se ignora que en la ceguedad de una pasión, no se perciben los límites de una complacencia.

Mucho ayudó al cónsul Cicerón la dama de Catilina para descubrir en tiempo el secreto de la conjura de éste; y no há siglos que una princesa, gobernadora de su reino, se valía del atractivo de sus criadas para investigar las intenciones de sus disimulados enemigos.

Lo que pretendas que no se sepa, tampoco lo participes á quien, por su mucha vanidad, creas dispuesto á publicarlo para dar á entender que tú hiciste confianza de él; pues siendo su flaco la presunción, perdería de buena gana el crédito de callado, á trueque de lograr el nombre de introducido.

Supongo que no comuniques tu secreto al que discurras mal afecto á tu persona, porque le descubriría con el fin de que, no lográndose la operación que sobre él fundas, perdieses el éxito y el aplauso que aguardas.

Aun de los hombres callados y sin algún defecto de los arriba dichos, fiarás el secreto á los menos que puedas, respecto de que no hay dos cosas tan encontradas como la muchedumbre y el secreto.

Para que las cosas secretas se mantengan tales, no conviene la multitud, escribe el emperador León.

Los venecianos, cuando tratan algún negocio secreto, hasta de sus principales ministros y consejeros parece tengan por sospechoso el excesivo número, pues en el caso dicho no se sirven de los consejeros, sabios grandes, sabios de tierra firme, sabios de las órdenes, cabos de cuarenta, etc., sinó sólo de tres cabos del consejo de diez, como repara Comín Ventura en su Relación de Venecia.

Respecto á lo expresado en el antecedente párrafo, cuando las claras órdenes de tu soberano aseguren tu resolución para cualquiera empresa, y no sean precisas las consultas sobre el modo de ejecutarla, excusa de convocar para ello tu consejo de guerra.

El general Montecuculi en sus *Memorias* observa ser muy secretos los pasos de los turcos, porque el jefe de su ejército, revestido de una total autoridad, pone en obra sus determinaciones sin consultarlas con alguno.

XXXIX.—Precisión de establecer los créditos y práctica de tu buena fe. —Procura establecer los créditos de tu buena fe, sin lo cual también los enemigos emplearán la mala; y haciendo entre tú y ellos una guerra de bárbaros, no habrá capitulación que valga en las plazas, ni formalidad de tropas en las vuestras.

Octavio Augusto y Marco Antonio, recién ajustados en Sicilia con Sesto Pompeyo, fueron una noche á cenar á la capitana de éste, á cuyo oído llegándose un cosario suyo, llamado Mena, le preguntó si quería que cortase el cable, para que faltando aquellos dos grandes competidores, pudiese hacerse dueño, no sólo de Sicilia y Cerdeña, que los dos le cedían, sinó del imperio total de Roma que los mismos le usurpaban, á que Sesto respondió: Sería menester, oh Mena, que tú lo hubieses hecho de por tí sin consultármelo; pero ahora que yo lo sé, contentémonos de lo que tenemos, porque no romperé jamás la fe ni el juramento.

Habiendo los turcos, año de 1596, degollado la guarnición de Agria contra la capitulación estipulada, Mahometo III, á quien disgustó mucho esta perfidia, hizo morir en pena de ella al agá de los genizaros.

Un jefe de mala fe hace creer que sía del engaño lo que no se atreve á esperar del valor; con que sobre la mancha de pérsido adquiere la nota de cobarde.

Discurriendo Solis de cuando Pamfilo de Narváez pensó en prender á Cortés contra la fe de un seguro ó salvo-conducto dado para un abocamiento, dice: Quedó Hernan Cortés más animoso que irritado con esta última sinrazón de Narváez, pareciéndole indigno de su temor un enemigo de tan humildes pensamientos, y que no fiaba mucho de su ejército ni de si, quien trataba de asegurar la victoria con detrimento de la reputación.

Quien falta á la pública fe, que es la única base del humano comercio, debe temer por castigo continuas desgracias ordenadas de la divina justicia: verdad que hasta gentiles y bárbaros conocieron y confesaron.

El visir Mahometo disuadía incesantemente al gran señor Selim II, la guerra que este meditaba contra los venecianos el año de 1567, representando Mahometo que los turcos provocarían el castigo del cielo con violar una paz tan solemnemente jurada.

El que una vez engaña con la mala fe, no será después creído con la verdad más sincera, quedando por este motivo sentenciado á no hallar jamás amigos; pues todos huirán de su alianza y comercio, figurándose en la memoria del engaño pasado la certidumbre del escarmiento futuro.

Tiberio, que estaba reputado por hombre sin fe ni palabra, no fué creído aun cuando mostro sentir la muerte del propio hijo Drusus.

Si con los enemigos es la buena fe tan precisa, ¿cuánto más acreedores á ella serán los amigos que se cometan á la tuya?

D. Fernando II de León, tutor de su sobrino Alfonso VII de Castilla, pudiendo en la menor edad del pupilo aspirar al señorio de su Estado, no lo ejecutó; antes bien al tiempo prescrito por el rey D. Sancho, padre del referido Alfonso, entregó D. Fernando á este el reino de que con las armas se había hecho dueño, para mayormente asegurarle al joven príncipe, conforme al encargo del muerto rey D. Sancho.

Enrico I de Francia, bajo cuya tutela quedo Guillermo, hijo de Roberto II duque de Normandía, exhortado por los suyos á incorporar aquella provincia en su corona, gloriosamente rehusó el consejo, prefiriendo su buena fe á los intereses de tal adquisición.

Edvino, rey de Diera, pospuso al peligro de su vida el riesgo de ser notado por hombre de mala fe con su protector Redovaldo, rey de Estanglia. No extiendo el ejemplar por ser difusa la narración.

Aunque tu buena fe se mantenga siempre intacta, no debes hacerte una consecuencia de que los enemigos practiquen la misma, y así extenderás con expresiones muy claras, cualquiera tratado que con ellos efectúes, por no dejar campo á que se introduzca la interpretación, que en la guerra sale ordinariamente favorable al que tiene más fuerza, aunque no tenga tanta justicia: aparte de esto vivirás más confiado en la buena guardia de tus tropas, que en la palabra de una tregua de los contrarios.

XL.—Aun cuando los enemigos obren de mala fe, no los imites. En lo bueno procura excederlos.—En lo injusto huye de imitar á los enemigos; pues nunca la sinrazón se formó para el ejemplo, ó si quieres verlo mejor explicado por las palabras de Solís: Quedaría la imitación con circunstancias de reincidencia; y en cambio de tomar venganza, prestarías á los contrarios disculpa.

César, que debajo del seguro de una tregua, se acercó á hablar con su enemigo Ariovisto, se halló improvisamente cargado de los alemanes de éste; pero porque áun en aquella justa ocasión de servirse de sus armas no interpretasen los alemanes el combate á recíproca falta de fe, se retiró César con su escolta, sin permitirle arrojar los dardos, ni hacer otra ofensa que la de dar á conocer con esta acción cuánto la de los alemanes fuese bárbara.

Junto á Lérida dió el mismo César otra semejante prueba de su bondad con los soldados de Afranio y Petreyo, que envió libres á su campo, después que los enemigos habían destrozado en el mismo á los cesáreos, que debajo de una buena fe se hallaban en él; haciendo César que de este modo su templanza luciese más, cuanto mayormente se hallaba próxima á la crueldad de los enemigos.

Habiendo Tisasernes, Sátrapa Persa, saltado á la se de una tregua establecida por tres años con el rey Agesilao de Esparta, y siendo éste aconsejado de practicar otro semejante engaño, se negó á ejecutarlo, diciendo que á su savor militaba la persidia de Tisasernes, cuya mala se irritaría á los hombres y á los dioses.

En lo plausible procura exceder á los contrarios, porque no tengan la gloria de publicar que ni áun en galantería te han vencido.

Tolomeo, rey de Egipto, restituyó sin tasa alguna á Demetrio Poliorcetes todos los prisioneros que le había tomado en una batalla. Demetrio, deseando no quedar inferior á su enemigo en galantería, exclamó á sus creídos dioses, pidiendoles ocasión de recompensar la de Tolomeo, y habiendo después derrotado Demetrio á Cile, capitán del mismo Tolomeo, logró su intento, remitiendo francos á Tolomeo todos los soldados, y al propio Cile, que también había quedado prisionero.

El rey D. Alfonso de Castilla (después VI del nombre en Castilla y León) refugiado en la corte de Almenón, rey moro de Toledo, salió con beneplácito y asistencia de áste á ponerse en posesión de los reinos de León y Castilla, vacantes por muerte de su hermano D. Sancho II, habiendo en su mansión

de Toledo capitulado con Almenón de serle siempre buen confederado y amigo, y ofreciendose después que Alfonso llegase con ejército á las vecindades de Toledo, vino Almenón sin escolta alguna à visitarle en su tienda. D. Alfonso, pasadas las primeras ceremonias del recibimiento, dijo que cuando él había dado à Almenón en Toledo la palabra de mantenérsele amigo, no se hallaba en libertad, ni por consiguiente quedaba obligado à cumplirla, y que así la revocaba; pero que à fin de que Almenón experimentase su fe y su agradecimiento, entonces que Alfonso se veía en medio de su ejército, no sólo confirmaba dicha palabra à Almenón, sinó que nuevamente se ponía en sus manos para pagar la confianza que de él había hecho Almenón viniendo desarmado á su campo, como fué después D. Alfonso à Toledo, batallando así estos dos generosos príncipes sobre intentar cada uno exceder la galantería del otro.

XLI.—Exprésanse los casos en que es lícita alguna dilación ó arbitrio sobre lo capitulado.—De lo dicho en el primer párrafo del capítulo antecedente, conocerás que la regla de faltar á la fe con quien también la viola es falsa si se toma en su ámplio sentido; pero hay un lance en que sin mancha de perfidia puedes arbitrar sobre la ejecución de lo estipulado, por ejemplo, cuando los enemigos contra la fe de la capitulación detengan las tropas de una plaza tuya, serás dueño de hacer lo mismo con otras de ellos; no por volver mala fe por mala, sinó para poner á los enemigos en precisión de corregir la suya, y de restituirte las milicias injustamente arrestadas; en cuyo caso darás libertad á las contrarias, procurando establecer que para en adelante quede asentado el debido recíproco buen trato, lo cual tal vez no lograrías á menos de la mencionada represalia.

En la penultima guerra detuvieron los enemigos con mala fe en Alcoy al entonces brigadier don José de Chaves: reclamáronle inútilmente nuestros generales, hasta que saliendo del castillo de Lérida la guarnición que había capitulado, hizo S. A. R. de Orleáns arrestar á un oficial mayor de la referida guarnición, diciendo al comandante de ella, príncipe Darmstat, que aquel oficial quedaría prisionero mientras don José de Chaves no fuese restituído. El príncipe dió palabra de que prontamente se pondría en libertad á Chaves, como se ejecutó; y practicando lo mismo S. A. R. con el oficial inglés ó alemán, se aseguró para lo venidero el exacto cumplimiento de lo capitulado, quedando como garante de la buena fe el temor del retorno de la mala.

Si los enemigos no pusieron en su capitulación alguna cláusula esencial para la entera observancia, puedes también sin faltar á la fe pública, aprovecharte de su descuido, tomando algún ventajoso arbitrio en la ejecución de lo capitulado; pues no será en tí culpa lo que en los enemigos fué ignorancia. Más claro me explicaré con el ejemplo.

Ochocientos ingleses que el año de 1707 defendían á Alcira, capitularon con las tropas del rey la entrega de la plaza, á condición de ser esceltados hasta Lerida, sin expresar que debían hacer el viaje por el camino más corto (cláusula que nunca es omitida por quien sabe capitular). Nuestros generales, conociendo el yerro de los enemigos, los hicieron efectivamente escoltar hasta Lerida; pero fué llevándolos por tales rodeos (aunque tratándolos muy bien en los tránsitos), que en más de tres meses no fenecieron el camino, que por la vía recta podrían acabar en 15 días, de lo cual nos ha resultado considerable utilidad; porque los 800 ingleses no tuvieron tiempo de entrar en Lérida antes que nuestro ejército atacase aquella plaza, que se hallaba menesterosa de infantería.

No entiendas por el antecedente párrafo que yo crea lícito cualquiera sofístico pretexto para interpretar á tu favor una capitulación, pues sería mala fe paliada, y como dice Solís: En el número de las estratagemas no

entran las supercherías: pero el arbitrio de arriba no me parece puede notarse de injusto, porque nuestros generales no estaban obligados á ejecutar lo que los ingleses no supieron pedir.

XLII.—Describense las calidades de la actividad que à un general es precisa.—La actividad hará pronto el logro de tus empresas, y baratas muchas operaciones, que sin ella te serían difíciles ó acaso imposibles. Así dice Vegecio, que ordinariamente en la guerra aprovecha más la celeridad que la fuerza; y Solís escribe: Si se deja perder el tiempo, suele desazonarse la ocasión.

Preguntándole á Alejandro cómo en tan poco tiempo había hecho tantas conquistas, respondió: No dejando nada para otro día.

El continuador de Foresti dice que la prontitud con que Redovaldo, rey de Estanglia, armó contra Adelfrido, atacándole sin darle tiempo á prevenirse, fué el único motivo de haber superado á un enemigo tan fuerte, como aquel era entonces.

No por eso pretendo que obres aturdidamente y sin consejo; pues por actividad entiendo, con M. de Balzac, aquella que ni deja pasar la oca-

sión, ni la embiste antes que descubra el cabello de que asirla.

Considero que la actividad tenga su primera parte en el discurso, y la segunda en la ejecución: en el discurso la tiene, porque quien no es perezoso en investigar los partidos que le pueden convenir, de uno ú otro sacará logro; y si le adquiere de muchos, mejor recompensa encontrará de su trabajo.

Consiste en la ejecución la segunda parte de la actividad; porque poco aprovecha conocer las ocasiones en que importa obrar, si no pones en obra el conocimiento, defecto que puede proceder de dos motivos, ó de irresolución, ó de que abandonado á la poltronería, sientas moverte y pases en tus placeres ó comodidades el tiempo que con fatiga y con desvelo, debie-

ras aplicar á la obra de tus negocios.

Común es la noticia de que Aristóteles, y después Alejandro, para dormir poco tendían fuera del lecho el brazo con una bola de hierro en el puño; y cuando con el sueño abrían la mano, cayendo la bola en una vacía, despertaban al ruído de su golpe; conociendo bien aquellos dos grandes hombres que ni en una ni en otra profesión se adelanta mucho quien al excesivo sueño y descanso da las horas precisas á la investigación, ó al manejo de su empleo.

XLIII.—Pruébase la precisión de que el general use frecuentemente del consejo de sus subalternos.—No seas tan amigo de tu dictamen, que por excusar el ajeno, pase entre otros por certidumbre de necedad lo que sería en tí presunción de sabiduría. Entre muchos es natural que alguno prevenga lo que tú solo tal vez olvidarías. La razón es haber la divina Providencia repartido de tal suerte la sabiduría, que de ordinario se halla en cada uno porción de ella, no viéndose que toda junta se contente de pararse á ilustrar un solo entendimiento.

Dejando sentada mayor seguridad en el acierto de muchos, que en el de tu dictamen solo, falta considerar que el suceso de tus tropas, y no la agudeza de tu discurso, te hará famoso; siendo la guerra una profesión,

donde sin reparar en los medios, se cuenta muchas veces por los fines;

pues como dice Solís: El conseguir es crédito del intentar.

Tus oficiales creerán que los tienes por ignorantes si nunca te vales de su opinión; y si á veces te sirves de ella, lograrás tantos parciales como consejeros; pues cada uno se interesa con particularidad en el buen éxito de la operación á que contribuye con el consejo. Por el contrario, se disgustarían de sospecharte siempre ambicioso de atribuír á tu disposición las glorias que ellos facilitan con su trabajo: así cuando pensaba Cortés lo que debía obrar en la prosecución de la guerra de Tavasco, dice Solís: Sin dudar en lo que convenía, resolvió preguntarlo á sus capitanes, y obrar con su consejo lo que había de ejecutar con sus manos.

El caballero Comazzi, reparando que el emperador Marco Aurelio pedía con frecuencia dictamen á los suyos, escribe: Quien reina según el consejo de otros, se contenta de que otros reinen con él: con esta lisonja estaban los consejeros contentos, y Marco Aurelio seguro; y persuadidos los consejeros á que reinaban todos, Marco Aurelio reinaba solo.

Jacobo I de Inglaterra granjeó el cariño de sus ministros y parlamentarios, afectando seguir sus consejos y pidiéndoselos á menudo, no sólo en negocios de gobierno, sinó también hasta en materias pertenecientes á su familia.

Ultimamente, digo con Jacinto Apolo, que el errar por consejo ajeno, si no es dicha, es consuelo.

De Cortés escribe Solis: Siempre se recataba de obrar por sí en las resoluciones aventuradas.

XLIV.—Sobre la edad del consejero.—Probada ya la utilidad que del consejo se sigue á un general, veamos qué sugetos son los más á propósito

para aconsejarle.

Los mozos, á más del excesivo hervor de la sangre, que les hace desconocer el peligro, apetecen con demasía la gloria, y ordinariamente se hallan faltos de experiencia, con que sus votos suelen picar en la temeridad; por el contrario, los viejos, de sangre poca y tibia, llenos de escarmientos, al paso que de observaciones, encuentran riesgo en todo; siendo tan abundantes de dificultades, como ricos de experiencias, de donde resulta que su consejo es tardo y tímido.

De las dos extremidades, de muchacho ó viejo, soy de sentir que se tome á éste para el consejo; pues como dice Justo Lipsio: á los viejos la continuación de vivir les habrá enseñado precisamente muchas cosas.

Para preferir el consejo de los viejos, tienes á tu favor la reflexión de Aristóteles, que si te sirves de consejeros mozos con razón se quejarán los ancianos; en lugar de que, recibiendo el consejo de éstos, no se irritarán aquellos; porque considerarán que la edad por sí misma los llevará al propio grado.

Hay quien pretende que el consejo de un hombre de mediana edad y experiencia sea regularmente el más acertado, por estar su inventor lejos de los dos extremos de juventud y decrepitez; yo me conformo por lo ge-

neral á este dictamen.

Esta misma balanza, que está dicho se prefiere en la medianía de la edad de un consejero, busca Platón en la muchedumbre de ellos, diciendo que debe haberlos de todos genios, para que el dictamen del pausado reprima al del violento, y este avive al del otro; según cuya opinión pudiera bien

Digitized by Google

LIBRO I.

hallarse en tu consejo una mezcla de viejos y mozos, de quienes los dife-

rentes humores surtirían al efecto que Platón solicita.

Todo lo hasta aquí dicho en el presente capítulo sirve más por diversión de controversia que por regla de política, pues muchas veces encontraremos maduro el juício de los mozos, y mozo el ánimo de los viejos.

En el consejo que tuvieron los veneciapos después de perdida Nicosia, el capitán general Gerónimo Zane, hombre de 75 años, fué quien dió el voto más resuelto; pues el solo se halló de dictamen de librar batalla á los turcos.

XLV.—Discúrrese de otras más esenciales calidades del consejero que hayas de elegir.—Supongo que para consejero elijas sugeto práctico de la materia sobre que pides el consejo; pues algunos le darían acertado en un punto de guerra, que dirían despropósitos en un negocio político, y al contrario.

Para que el consejero pueda votar acertadamente, quiere Lipsio que sea inteligente de las costumbres y ánimos de la provincia. Y yo añadiría de la situación de ella, sus pasos difíciles, ríos, plazas fuertes, esterilidad ó abundancia de víveres, comodidad de retirada, ó las demás circunstancias que puedan contribuír á tomar justas las medidas, conforme á la calidad de la operación sobre que consultas.

Será muy á propósito para aconsejar quien, á más de una práctica en la

materia que se propone, tenga presentes los sucesos de la historia.

El emperador Alejandro Severo cuando tenía consejo sobre alguna resolución militar, llamuba á el sugetos inteligentes en la historia.

Otra advertencia de Lipsio para la elección de consejeros, es que ellos hayan probado la buena y la mala fortuna; porque si no supiesen más que de la primera, resolverían con temeridad, y si hubiesen experimentado siempre la segunda, votarían con timidez.

XLVI.—Defectos por los cuales se debe excluir para consejero el que los padece.—Habiendo tratado de los que son á propósito para conseje-

ros, digamos alguna cosa de los que no valen para este empleo.

No sirve para consejero el que, siendo de un genio sobrado metafísico y picándose de apurar todas las dificultades, no se afirma jamás en una opinión: á estos, dice el cardenal de Richelieu, sucede lo que al que á fuerza de querer sacar muy aguda la punta de una aguja, pára en romperla.

Puede la irresolución dicha proceder de un extremo contrario al expresado, esto es, de no entender la materia sobre que se pide el consejo, y entonces nó la demasiada metafísica, sinó la sobrada ignorancia, dará mo-

tivo á que tu consejero no se fije en un dictamen.

Suele ser poco á propósito para dar consejo á otro el que, nó por desgracia, sinó por su culpa, no supo tomarle para sí en los negocios propios

que ha manejado.

Últimamente, digo que no te sirvas de consejero que á trueque de mostrarse celante de promover las ventajas del príncipe ó tuyas, se deje resbalar á opiniones impías.

Dirasme que soy tan excrupuloso en la elección de consejeros, que po-

cos hallaré á mi gusto: Respondo que es verdad; porque la Escritura Sagrada me enseña que de mil se puede tomar uno.

XLVII.—Precauciones que debe practicar el general al recibir consejo de sugetos que, por no ser de su elección, no tienen todas las calidades que en el consejero se requieren.—Todas las advertencias, desde
el capítulo 43 inclusive, pueden ser en cualquiera tiempo ventajosas á un
príncipe, el cual (hállese en el ejército ó en la corte), es dueño de nombrar á su gusto los consejeros; pero como un sencillo general de armada
se ve en cierto modo precisado á servirse de aquellos que por el grado le
son más inmediatos, á lo menos en los consejos generales, parece debemos
buscarle forma de que no le meta en un mal paso el dictamen de dichos
consejeros, que tal vez no tendrán las calidades (necesarias para el consejo)
de ingenuidad, rectitud, desinterés, inteligencia, etc.

Mira si el que te aconseja, te adula, proponiendo por útil lo que discurra por agradable; pues como dice Solís de tales consejeros: «Se dejan llevar hacia la contemplación por los rodeos del beneficio común.» Para evitar este inconveniente, no descubras tu opinión al pedir el consejo, ni mientras uno vota, apoyes ó desapruebes con palabras ó con ademanes; porque quitarías á los que siguen, la libertad de proferir su dictamen de

miedo de contradecir el tuyo.

Deseando el rey don Alfonso undécimo tomar expediente sobre la invasión de 470,000 moros que con el rey de Marruecos Albohacem sitiaban á Tarifa, juntó su consejo, y para que más francamente pudiesen votar los consejeros, se salió Alfonso de la sala mientras cada uno explicaba su dictamen.

Diciendo Tiberio que él daría su voto en el senado cerca de cierta dependencia, le replicó Pisón: ¿Y en qué lugar votaréis? Porque si habláis el primero, no tendré que hacer sinó seguiros.

Por la misma razón deberán dar su voto primero los más modernos y de menos autoridad, para que así no se dejen ciegamente llevar de la opinión de los más graduados y poderosos, creyendo errar, ú ofenderlos, si fuesen de dictamen contrario. Regla que en cualquiera parte se observa, y áun en nuestros consejos de guerra se practica como todos saben.

No obstante lo dicho en el parrafo segundo de este capítulo, te será permitido, y á veces preciso, proponer por una y otra parte las dificultades, para que tus consejeros vayan más en derechura á buscar los expedientes. Remítome al ejemplar que sigue:

Escribiendo Solís de cuando Hernán Cortés. después de la derrota de Escalante, juntó sus capitanes en Méjico para ver qué medio se debía tomar, dice: «Propúsoles el caso con todas las circunstancias; refirió lo que habían advertido aquella noche los indios confidentes; ponderó sin desaliento las contingencias de que se hallaban amenazados; tocó con espíritu las dificultades que podían ocurrir, y sin manifestar la inclinación de su dictamen, calló para que hablasen los demás.

Cuando seguro del más acertado expediente, necesites aprobación y no consejo, puedes pedir este sin claramente descubrir tu intento; bastando ampliar en el discurso las ventajas que de tu oculto proyecto resultarían, al mismo tiempo que propongas con extensión los inconvenientes de los otros partidos.

Así repara el mismo Solís haber hecho en semejante lance Hernán Cortés retirándose de Méjico á Tlascala, y añade: Era grande artífice de atraer los votos á lo mejor sin descubrir su dictamen; primor

de que sólo pueden usar los que saben el arte de preguntar, diciendo que se consigue con no dejar que discurrir preguntando.

Por ser largo el asunto de este capítulo se dividirá en otros dos.

XLVIII.—Prosigue el asunto del capítulo antecedente.—Observa si al que te aconseja le mueve alguna pasión de afecto á proponer su dictamen en favor del país donde se ha de hacer la expedición, ó bien si él está irritado contra dicho país por malos tratamientos recibidos en el mismo, ó si algún otro interés particular es motivo de su voto, no debiendo tú asentir al que venga embebido de otra pasión, que del celo del servicio del príncipe y de la gloria de sus armas.

Nada más convenía á Carlos I de Inglaterra, que el marchar en derechura á Londres luego que ganó la batalla de Edgehil, como se lo aconsejaba el príncipe Roberto; pero algunos ingleses más consejeros que servidores del rey, le representaron cien fanáticos estorbos en esta empresa, que á ellos no les cuadraba; porque si el rey ocupase de viva fuerza á Londres, trataría al país como conquistado y le quitaría los privilegios, en los cuales eran dichos consejeros interesados como unos de tantos ingleses, y aunque apetecian ver su patria reducida, no deseaban que fuese maltratada.

Gerónimo Fracheta repara que el Triulcio aconsejaba á Carlos VIII de Francia la guerra contra Ludovico Sforcia, por el odio particular que dicho Triulcio profesaba á Ludovico.

Consintió Asuero en el exterminio del pueblo judáico, por los engañosos motivos que para esta resolución alegaba su valido Amán, y no conoció hasta más tarde que en la realidad el delito de los judíos consistia en el aborrecimiento que Amán tenía á Mardocheo, que era de aquella nación y no mostraba á Amán tanto rendimiento, como los otros, que en política idolatría le postraban genuflexiones por reverencias.

No valió con las provincias unidas del país bajo el consejo del conde Mauricio, sobre excluír el propuesto negociado de tregua por 12 años con el archiduque Alberto y con Españas, porque no podia ignorarse que Mauricio hallaba mejor cuenta en que durase la guerra, de la cual era jefe, y así fué su dictamen sospechoso; ni abrazó David el consejo de Joab en cuanto á rehusar la servitud que le ofrecia Abner, porque era claro á David que Joab no quería ver á Abner en paraje donde su buena conducta le granjease la primera estimación de David y el comando del ejército, que tenía el mismo Joab.

Pudiera suceder que el interés del consejero fuese compatible con el del príncipe en el punto sobre que el primero da su consejo, que en tal caso no deberá desecharse, pues se hace á un mismo tiempo servicio al soberano y gusto al súbdito.

XLIX.—Continúa el discurso de precauciones sobre consejeros que no son de tu elección.—L.—Y cuando sea indispensable pedir secretos los votos.—Notarás con gran exactitud el genio de los consejeros, porque algunos demasiado lentos ó tímidos, te propondrán siempre imaginarias dificultades cuando se trate de arriesgar particularmente si ellos han de ser de la operación que se consulta. Gerónimo Fracheta dice: «Consejeros de guerra viles y de poco ánimo, confortan á evitar los peligros cubriendo su cobardía con el velo de la prudencia.» Dión repara que el hombre amedrentado no tiene dispuesto el juício para los consejos de guerra; con que la operación sobre que vota el consejero cobarde, podrás, por una regla general, considerarla un poco menos difícil de lo que él la pinta.

Al contrario de los de arriba se hallan sugetos sobrado ardientes, que no encontrando tropiezo en nada y sedientos continuamente de gloria,

quieren á cada paso arrojarse á la ocasión y al peligro, sin distinguir de tiempo ni de circunstancias.

El joven mariscal de Biron propuso que el ejército francés saliese de las trincheras de Amiens á combatir las tropas de España, mandadas por el archiduque Alberto; pero no fué acertado este consejo, porque se conoció parte de la sobrada intrepidez de aquel general, que pasando las resoluciones audaces acostumbraba dar en las temerarias.

Hay otros dictámenes que serían útiles si fuesen practicables; parecen bien por los extremos, y se desvanecen cuando se atiende á la imposibilidad de los medios; por eso el emperador León previene que se investigue

si el consejo es provechoso y capaz de ejecutarse.

Puede suceder que te veas precisado por la graduación de otro á pedirle consejo como á los demás, aunque él sea uno de tus émulos; pero en tal caso estarás muy atento á que, con capa de consejero, no te dirija de enemigo, y en igual fuerza de razones acepta el consejo del en quien no haya el mismo riesgo.

Los ocultos confidentes de Seyano, con sobre escrito de apasionados de Agripina, la ponían en continuos empeños contra Tiberio; pero el fin de aquellos pérfidos consejeros era dar á Tiberio motivo de disgustarse con Agripina, para dejar más libre el paso á las tiranas pretensiones de Seyano.

Dudando Cortés qué camino tomaría con su ejército para acercarse à Méjico, el cacique de Zocotlán le aconsejó que marchase por el de la ciudad de Cholula, y los indios Zempoales le persuadían à que siguiese el de la provincia de Tlascala, cuyo último dictamen abrazó Cortés, porque siendo ya sus experimentados amigos los Zempoales, al paso que en el cacique de Zocotlán se observaba una gran dependencia de Motezuma, creyó Cortés más seguro fiarse de la opinión de sus amigos verdaderos, que de la de sus enemigos encubiertos, y después se experimentó que en el camino de Cholula tenían los contrarios preparadas sus insidias.

Hay muchos fanfarrones que piensan pasar por animosos con votar siempre batalla, y se encuentran otros ignorantes, entre los que tal vez tendrás precisión de llamar á tu consejo, que te dirán el primer desatino que les venga al pensamiento; y tanto estos como los primeros serán los que empiecen á murmurar de tu resolución si sale el suceso infausto, y á dar nueva interpretación á sus votos, si no los han firmado.

Comin Ventura dice: El hablar huye; pero la escritura queda, y se vuelve muchas veces á pensar; dicese á menudo: yo no hable asi; mas si está en escrito, no se podrá decir no escribi asi, ni se excusa el yerro de la pluma como el de la lengua.

Observa si la antipatía de un consejero con otro hace al segundo votar siempre contra el dictamen del primero, como se veía en el consejo del emperador Leopoldo, donde el príncipe Lobkovitz nunca dejaba de contradecir la opinión del príncipe Avresberg. Otros, sin tener antipatía con las personas, la tienen generalmente con el voto de cualquiera, pretendiendo ellos que el suyo sea particular, como si lo bueno se deshonrase con el séquito de los entendidos. Tales hombres, dominados de la pasión de amor propio, de la de odio ageno, etc., son poco á propósito para el consejo. Parece que si te ves precisado á tomar el sentir de semejantes hombres, le pidas primero á cada uno de ellos separadamente.

En otro caso creo debes tomar secretos los votos, y es cuando los pidas sobre punto de cuya decisión puede resultar daño á un poderoso, ó á un conciudadano ó amigo de los consejeros, quienes por no concitarse el enojo de cualquiera de aquellos si votasen en público, hablarían con menos libertad.

LI.—Advertencias que sobre el consejo tocan sólo al jefe de él.—Pues solicitas que tu consejero se halle libre de toda pasión al dar el consejo, será bien preciso que tú hagas lo mismo al recibirle, despojándote de cualquiera idea que pueda ser estorbo á tu razón para elegir lo más conveniente y justo; de otro modo te sucederá lo que á los ciegos con el sol: este alumbra pero ellos no ven.

El emperador León dice: «Si quieros tomar consejo, no sólo contigo mismo, sinó con otros, desembarázate de toda pasión y perturbación.»

No sólo cuando el consejo se opone al dictamen que tengas oculto, sinó aun cuando repruebe el que has expresado, ó no abone alguna ejecución tuya, debes apreciar su franqueza, si ella mira al acierto de tu futura conducta y al servicio de tu príncipe: verdad es que un consejero entendido, te avisará el yerro en tono que no choque la advertencia; pero esto no es de mi propósito.

Alejandro dió gracias á Antípater y á Parmenión de que le desaconsejasen la guerra de Persia, áun después que él se declaró determinado á emprenderla, y no obstante de no convenir entonces Alejandro en el dictamen de aquellos dos jeses, les pidió que en adelante no dejasen de comunicársele francamente.

Habiendo el emperador Gordiano recibido una carta del prefecto Misiteo, en que este le avisaba algunos yerros cometidos en el gobierno, Gordiano le dió por el avise gracias en la forma siguiente:

«Si los dioses que todas las cosas pueden no extendiesen el brazo á conservar el romano imperio, cierto que yo hasta ahora habría estado vendido de malvados hombres; pues ya comprendo que no se debia dar el gobierno de las cohortes á Félix, ni á Serapión el de la cuarta legión; y para confesar todos mis errores, digo haber ejecutado cosas que no era conveniente que yo hiciese. ¡Oh, cuánto (prosigue la carta) es desdichado el príncipe, que en el número de los suyos no tiene quien le diga claramente la verdad!»

Supongo que oídos todos tus consejeros, no publiques la resolución que tomas. Pero al tiempo que la acción misma descubra el consejo que abrazaste, insinuarás que también eran bien fundados los dictámenes que no seguiste, y que por ciertas particularidades tomaste la otra opinión; de este modo no excitas entre tus consejeros envidias, que suelen acabar en perjudiciales discordias, ni dejas disgustados á aquellos de cuyo voto no te serviste; pues nada tanto irrita (particularmente á los hombres presumidos) como el ver su opinión pospuesta á las demás.

Vespasiano, general entonces de las tropas del emperador Nerón, aconsejado por algunos de ir luego sobre Jerusalén, no tomó el consejo; pero por no desazonar á los que le suministraron, les dijo que en sus dictámenes se conocía bien el coraje y el celo; mas que había otros motivos para no seguir tan presto aquella opinión.

Para cuando, por la diferencia de los votos no sepas á cuál de ellos te arrimar, el aforismo de Solís es: «Pesar las dificultades y fiar el acierto del menor inconveniente»; pero si en este examen hallares igual la balanza, creo debes seguir el partido más inclinado á las glorias de tus tropas ó á la reputación de tu conducta.

Hallando Hernán Cortés entre las razones de sus consejeros igual peligro en pedir pasaporte á Motezuma, para retirarse de su corte, en salir ocultamente de ella y en mantenerse en la misma, determinó lo último, diciendo por razón las palabras siguientes: «Ambas resoluciones son igualmente aventuradas; pero no igualmente pundonorosas; y sería infelicidad morir por elección en el peligro más desairado.»

Si por ningún lado encuentras más razón para seguir un dictamen que otro, encomienda la determinación á la Providencia divina, recurso que siempre conviene; pero único donde no basta la sabiduría humana.

No eches á tu consejero la culpa del consejo suyo, que sale infeliz, prevención que en su doctrina civil hace también Justo Lipsio, cuyas pruebas copiaré, por ser tan buenas que me excusan de otras. Dice, pues, con Curcio que faltará quien aconseje, si el haber aconsejado mal es peligroso. Que no se deben reputar por más fieles los que más prudentemente aconsejan; y concluye con esta otra autoridad de Salustio: «Porque á veces los malos consejos suceden felizmente, respecto de que la fortuna juega con las más de las cosas á su capricho.»

A las razones de Lipsio y sus citados autores, debemos añadir que no puedes tachar á quien ha dado el consejo que se experimentó desgraciado, sin culparte á tí mismo de injusto ó de inadvertido; pues si el consejo era bueno, no hay delito en quien le suministró, y si era malo, hubo á lo menos ignorancia tuya en seguirle, que es la escusa hecha por Pericles, sobre cuyo consejo cargaban los atenienses la culpa de los males de la guerra lacedemónica, abrazada por dictamen de dicho Pericles.

LII.—Para que los enemigos no sepan sobre qué has juntado tu consejo.—Si no te conviniere que sepan los enemigos sobre qué materia juntas consejo, salga de este en apariencia á más de la oculta resolución de lo tratado, otra que mire á distinto fin, y que según la coyuntura, sea verosímil haber puesto en tabla. El ejemplar que sigue explicará mejor mi pensamiento.

Habiendose amotinado sobre el Jucar 8,000 soldados romanos con pretexto de faltar la paga, les envió á decir Escipión Africano que acudiesen á Cartagena á tomar su dinero. En este interín juntó Escipión el consejo, para ver el castigo que se debería dar á los amotinados cuando estuviesen en la plaza; y porque ellos no entendieran que se había tratado de tal dependencia, publicó Escipión que en aquel consejo se discurría de hacer la guerra á Indibile y á Mandonio, señores españoles que nuevamente se echaban en el partido de los cartagineses, y se hizo semblante de enviar inmediatamente contra las tropas de los dos españoles, el ejército que estaba con Escipión en Cartagena, á donde con este ardid de Escipión, no rehusaron entrar los sediciosos; y así fueron castigados los motores y aquietados los secuaces.

Supongo que para el fin arriba dicho, hay también el arbitrio de pedir ocultamente su dictamen á cada consejero, sin la formalidad de juntar un consejo, la cual pondrá siempre á los confidentes de tus enemigos en curiosidad de saber lo que se trata; pero remito este punto al tratado de Secreto en el presente libro.

A veces pedirás consejo sobre dos ó tres expedientes, de los que finjirás dudar cuál tomes, y no propondrás la operación que piensas ejecutar, si es que la orden del príncipe para ella, ó los sólidos fundamentos sobre que la emprendes, te eximen de necesitar ageno consejo; con esto logras LIBRO I. 47

que sabiendo los enemigos por algún lado tu propuesta, se preparen sólo contra el efecto que pueda resultar de ella, y no contra el de tu oculta meditada expedición; pues si te viesen aprestarte á alguna sin saber contra qué paraje, acudirían á todos los más aventurados, y acaso por fortuna repararían el puesto sobre que intentas. Puedes, en el consejo expresado, hacer concurrir más oficiales de los acostumbrados; porque entre muchos es casi imposible el secreto; con que llegará más presto á los enemigos la noticia de tu finjida proposición. A lo mismo parece aludió Vegecio cuando dijo: «Lo que el general debe hacer, trátelo con muchos; pero lo que ha de ejecutar, con pocos y fidelísimos, ó consigo mismo.»

El archiduque Alberto, preparándose á enviar su ejército contra la provincia de Frisia, poseida por los coligados del país Bajo, amenazó á otros diferentes parajes, y para que mejor se engañasen los enemigos, deslumbró primero á sus generales, no hablándoles jamás de tal provincia de Frisia, sinó consultándoles si debía atacar á Bergesón, á la Esclusa, á Grave ó Breda, y procuró el archiduque industriosamente que los enemigos supiesen dichas propuestas suyas, para que poniendo todo el cuidado en las plazas referidas, no se previniesen á estorbarle el paso del Rhin y la entrada en Frisia.

Porque tus generales no se ofendan de que empezaste por ellos á practicar el disimulo, hazles entender á su tiempo que después del consejo recibiste orden de tu soberano para emprender la otra operación.

LIII.—De la prontitud necesaria en ejecutar el consejo y de la constancia en mantener la resolución tomada.—Tomado el consejo, ejecútale cuanto más presto buenamente puedas; porque sabiéndole los enemigos, no tengan tiempo de ajustar las medidas convenientes á estorbar tu operación, si no hay impedimento.

Otra advertencia para después de aceptado el consejo, es que no mudes ligeramente la resolución; pues mostrarías incapacidad al tomarla, ó flaqueza al no mantenerla, y de ambas circunstancias te resultaría desesti-

mación entre los tuyos.

El medio de no incurrir en el defecto de inconstante es librarse del vicio de ligero, no apresurándose á las resoluciones, sin que precedan bien examinados los consejos, y averiguados en lo posible los futuros contingentes.

No solicito que por acreditarte de firme, pérsistas en alguna empresa que un sobrevenido accidente ú olvidada circunstancia, ponga en paraje muy difícil; pues ni los extraordinarios acaecimientos están sujetos á las más atentas prevenciones, ni en la limitación de nuestro entendimiento se da la facultad de comprenderlo todo, y sería duplicar el yerro el proseguirle, en lugar de enmendarle.

LIV.—Diferentes advertencias y reparos sobre el agrado que el general debe mostrar á sus tropas.—Creo dejarte dicho bastante en los capítulos del presente libro pertenecientes á la máxima de hacerte querer, sobre el agrado que debes mostrar á tus tropas; pero porque este punto se trató en diferentes interpolados lugares, como accidental de otros asuntos, discurriré de él, procurando no repetir cosa de lo ya escrito; digo, pues, que no pases tan de raya en la afabilidad, que adquieras desprecio en lugar de benevolencia.

De Proseno, capitán griego, en las tropas de Ciro el menor, refiere Jenofonte que deslucía otras buenas prendas de comandante con la sobrada ambición de agradar á sus soldados; pues á trueque de que no le aborreciesen, se dejaba desobedecer y tener en poco respecto de ellos.

Cornelio Nepote escribe del pretor romano Pomponio Atico: «Su mansedumbre no era sin severidad, ni su gravedad sin agrado.»

Es verdad que si tus costumbres y modo de vivir son como deben, rectas y honestas, ningún exceso de tu agrado bastará á disminuír tu estimación: de tal dictamen es Miser Francisco Sansovino; y Ludovico Domenichi, hablando de Evágoras, príncipe de Salamina, dice: «No con el encrespar de la frente ni con estar sobre el grave; sinó con las buenas costumbres, se adquiría la reverencia de todos.»

Foresti muestra bien que el agrado del jese no impide la veneración del súbdito cuando al tratar de Arsaces I, rey de los partos, escribe: «Fué benigno y humano con todos, pero igualmente queridoque reverenciado.»

El mismo Foresti refiere de Zemovito, duodécimo principe de Polonia, que los suyos le tenían taut > respeto como cariño; y que trataba á los soldados con la propia familiaridad que si fuese uno de ellos.

A más de la integridad ó justificación de tu vida, concurrirá también á hacerte respetado el castigo que debes dar á los que desobedecieren tus ordenes o faltaren á la justa disciplina; así lo cree Vegecio; y de Hernán Cortés dice don Antonio Solís: «Sabía volver al rigor, si la moderación del castigo se hiciese tibieza del escarmiento.»

Del ejemplar que sigue de Agrícola, parece se puede formar la regla de que al paso que trates con dulzura, mandes con imperio, pero sin torpeza; pues los súbditos que de ordinario te logren compañero, deberán á veces admitirte superior; siendo evidente que ni el comando requiere ceremonias, ni al cotidiano trato son de esencia las severidades.

Tácito refiere que cuando Agricola estaba en su tribunal, demostraba entereza: pero que fuera de alli, despojado de la persona de autoridad, todo era cortesía y agrado.

Advierto que acaricies á cada uno á proporción de su nacimiento, grado y mérito; pues favores que se conceden á todos, no son estimados de alguno.

En las cartas que se te ofrezca escribir á tus oficiales, para hacerles honor y amistad, sírvete de diferentes notas, porque cotejándolas después ellos no encuentren que tus cumplimientos son de estampilla, en cuyo caso perderían de apreciables todo lo que tienen de comunes; casi las mismas prevenciones recomendó el mariscal de Monluc al príncipe Enrique, cuando este mandaba las tropas de su hermano Carlos IX de Francia; y Fabio Albergati, escribiendo sobre un semejante propósito al cardenal San Sisto, le acuerda que los magistrados romanos tenían cerca de sí á los Nomenclatores, para que entendiendo de ellos quiénes eran los sugetos que encontraban, pudiesen hacer á cada uno la acogida ó cumplimiento proporcionado á su calidad.

Juan Rufo en sus Apotegmas dice: «Tratar à todo el mundo de un propio modo, es beber y comeren una misma vasija y cortar la cebolla y el pan con el mismo cuchillo.»

Los dones de Ricardo II de Inglaterra (escribe el continuador de Foresti) no le granjeaban algún servicio de quien los recibía; porque pródigo aquel principe igualmente con todos, ninguno en particular los estimaba.



Solis, describiendo el agrado que con los españoles de Cortés practicaba el emperador Motezuma, dice: Procuraba siempre ganar las voluntades, repartiendo alhajas y joyas entre los capitanes y soldados, no sin discreción y conocimiento de los sugetos; porque hacía mayor agasajo á los de mayor suposición, y sabía proporcionar la dádiva con la importancia del agradecimiento.

No obstante lo hasta aquí dicho, prevengo que, como á ninguno es agradable ser declaradamente reputado en menos estimación que otro, no hagas una especie de notorio reglamento sobre la diferencia con que has de tratar á cada uno; pues sin esta odiosa comparación, de más y menos, podrás bien dar á todos lo que les tocare.

Comin Ventura, en la instrucción á un nuncio que pasaba á Venecia, le dice: V. I. honrará á todos los gentiles-hombres; pero honrará mucho más á aquellos de las familias antiguas, no en público, ni en modo que lo entiendan los ctros, sinó en privado, y en los razonamientos de solo á solo; y esta distinción de las casas nuevas y viejas esté en el secreto de V. I., y nunca con los gentiles-hombres hable palabra, ni dé un mínimo señal de entender dicha diferencia.

LV.—General muestrese igual en ambas fortunas.—No te deben ensoberbecer las felicidades, ni abatirte los infortunios. De lo primero te resultaría negligencia en el empleo, relajación en las costumbres, y tal vez
aborrecimiento en los amigos. En lo segundo mostrarías un pequeño corazón, indigno de tu carácter. Bello elogio hace su historiador á Roberto I
de Escocia: «Probó la una y la otra fortuna, y en ambas fué igualmente superior su virtud; no abatido en la contraria; en la próspera no soberbio:»
y á Jacobo II de aquel reino, fué en él igual la constancia en los adversos
casos y la moderación en los felices. El mismo escritor aplaude en Eugenio II, también de Escocia, el no haberse envanecido en la felicidad de sus
armas, ni perdido por ella sus honestas costumbres. No menos modesto
describe el Guicciardini al emperador Carlos V, cuando tuvo la noticia de
la victoria de Pavía y de la prisión del rey Francisco.

El propio Guicciardini refiere que los franceses de los Carlos VIII, vueltos insolentes y descuidados en el reino de Nápoles por la suma prosperidad lograda en la conquista de aquel país, manejaban confusa y negligentemente los negocios más importantes; y que el haberse tanto ensoberbecido, les ocasionó el odio y la guerra de los venecianos.

Caro costó á los Fabios la excesiva confianza que apoyaron sobre la continuación de victorias contra los veyentanos, quienes afectando temor, hicieron crecer en los Fabios la presunción, hasta que llevándolos á un mal paso, exterminaron el pequeño ejército de aquella gloriosa familia.

En la Historia Sagrada verás á muchísimos reyes empezar su gobierno con modestia, con religión y con acierto, y después de victoriosos, hacerse impíos, negligentes y tan desordenados, que en pocos días se hallaran desposeídos de sus dominios, sus familias extinguidas, y su memoria infame, como también repara santo Tomás en su tratado de Regimine Principum.

En cuanto á que la fortuna infeliz no te abata, no puedo traerte más heróico ejemplar que el de Felipe II de España, quien al recibir la noticia de que la grande armada expedida por S. M. á la conquista de Inglaterra, había sido derrotada por el temporal, respondió con tranquilo y firme rostro: «Yo no la equipé contra los vientos.»

Foresti dice que la respuesta de Felipe II, fué: «Gracias á Dios que tengo fuerzas para hacer otra

Juan Federico de Sajonia, no solo sufrió constantemente la pérdida de sus Estados y la prisión de su persona, sinó que siéndole por orden de Carlos V intimada la sentencia de muerte, sin mostrar

Digitized by Google

novedad en el semblante, pidió al duque de Brunswick que prosiguiese una partida de ajedrez que los dos tenían comenzada.

LVI.—Consideraciones que deben mover al general á modestia en la felicidad, y á constancia en las desgracias.—Considera en la fragilidad de la fortuna, la vecindad de la desgracia; y que el orgullo en la primera, es apresurar la llegada de la segunda; pues siendo Dios quien envía las fuertes, se ofenderá de que te atribuyas la gloria de un suceso, que su Divina bondad te dispensó feliz.

Dejo probado en el capítulo antecedente, ser una partida de la heroicidad el no rendirse á las desgracias, y añado que el sufrirlas con modestia,

es un testimonio de la religión.

¿Qué resulta de una continuada fortuna, sinó arrogancia, negligencia, y tal vez impiedad? Con que podemos decir ser la fortuna como la engañosa bebida, que mintiendo á los labios dulzuras de gustoso néctar, infunde al corazón estragos de pestífero veneno. Al contrario de la felicidad, hacen las desgracias... Razón tuvo Isocrates en llamar á las desgracias Eficaz Maestro; porque enseñan á conocer el yerro, que las causó, y á moderar la presunción, que las fortunas causan: así, por el opuesto de estas, diremos que la infelicidad goza calidades de salutífera Medecina; pues hace más beneficio con lo que aprovecha, que daño con lo que amarga.

Suele Dios permitir las adversidades, para despertar el conocimiento

de los beneficios, escribe D. Antonio Solís.

Dirasme que tal vez no habrás dado motivo á la desgracia, y que por consiguiente su amaestramiento será inútil y por todas partes desapacible su venida. Respondo con Gnemo que cuando no tengas culpa en el infortunio, no hay por qué afligirte de él.

LVII.—Prosiguen las razones para no abatirte de ánimo en la mala fortuna, y se hace una advertencia para no recaer en ella por tu culpa.

—Aun con los enemigos sacarás ventaja de mostrarte constante en las desgracias, porque como la gloria del vencedor se mide por el valor del vencido, se irritará el primero de que por un vil abatimiento le disminuya el

honor de su triunfo el segundo.

Llegando Porus al fin de una desesperada resistencia cubierto de heridas á la presencia de Alejandro, y preguntándole este qué tratamiento le parecía deber hacerle el vencedor, respondió Porus sin mostrar decaecimiento: «El que te aconsejará el día de hoy, que te ha hecho ver cuánto sea una cosa frágil la felicidad de los hombres;» de cuyo generoso tesón enamorado Alejandro, le hizo curar con gran cuidado; le recibió en el número de sus amigos, le dió mayores tierras que las que le había quitado, y contaba haber adquirido más fama en la reducción de semejante enemigo que en la toma de su reino.

Deberás también considerar en la mala fortuna, que esta como todas

las cosas del mundo, tendrá su fin y dejará lugar á la buena.

Por último, te acordarás de que Biante, uno de los siete sabios de Grecia, creía que sólo era infeliz el que no toleraba con paciencia la infelicidad; y efectivamente, las diligencias se han de hacer para que no venga; pero venida, sólo hay que poner en obra la conformidad.

Otro peligro de evitar en las desgracias, es el irritarte de forma contra ellas, que por buscar intempestivo el desquite, pierdas más de lo ya perdido: por ejemplo, si derrotado en una batalla, ó rechazado en un asalto, volvieses inmediatamente al mismo empeño sin las tropas, ó necesarias prevenciones para salir bien de él, lo que sería indisculpable yerro; pues para el desengaño no te bastó el escarmiento; y de ordinario vemos que quien atropelladamente quiere de una caída recobrarse, da con más precipitación la segunda.

LVIII.—General déjese ver siempre que haya quien le solicite hablar.
—Quien acepta el comando de un ejército ó país, se constituye en la obligación de escuchar á los súbditos, siempre que soliciten hablarle para tener algún alivio en sus dependencias.

Del emperador Publio Helvio Pertinaz, escribe Ludovico Dolce: «En su palacio jamás negó audiencia á persona alguna, en cualquiera tiempo que viniese.»

El rey Demetrio Poliorcetes era, según Plutarco, aborrecido de los suyos por la dificultad con que los oía cuando necesitaban hablarle; hasta que rehusando un día escuchar á cierta pobre viejecilla, le dijo esta: «Si no quieres oír, no prosigas en gobernar;» cuyas palabras fueron bastantes para que Demetrio desde allí adelante fuese apacible, y con mucha frecuencia se dejase comerciar.

Bien creo que hallando en tu audiencia la franqueza que aconsejo, habrá muchísimos que te vengan á cansar con bagatelas, que no merecen la pena de escucharlas; pero se puede ofrecer que de entre todos, el que menos pienses, tenga que te comunicar algún importante aviso, que llegaría tarde á tu noticia si hubiese dificultad en tu comercio. Esta consideración y las del párrafo antecedente, refiere el duque de Guisa haberle movido á una continua abierta audiencia, mientras estuvo en Nápoles á defender contra Felipe IV de España aquella causa, que tomó con más resolución que justicia.

Enviando Hugo de Pépoli à pedir à Mr. de Lautrech socorro para embarazar à Próspero Colona el pasaje del Adda, un camarero de Lautrech no quiso despertar à su amo tan presto; con que perdiendo el enviado de Hugo tiempo de referir su comisión, logro Próspero Colona pasar francamente el río.

LIX.—Despacho sea pronto; conveniencia que de ello resulta.—El mismo duque de Guisa, de quien se habló en el capítulo antecedente, puede servir de ejemplo sobre la puntualidad del despacho; pues dice en sus memorias, que para dar pronto expediente á los memoriales que le entregaban en la calle ó en el campo, como ellos no fuesen cerca de materia, cuya resolución pidiese más tiempo, hacía que un criado llevase siempre el tintero, y que de un día á otro ningún memorial le quedaba sin despachar; porque antes de acostarse, los consultaba con sugetos que podían aconsejarle sobre el decreto, y después trabajaban sus secretarios toda la noche, para que á la mañana siguiente se pudiesen volver los memoriales á sus dueños. De aquí tomarás lo razonable, conforme á las otras ocupaciones de tu empleo.

Lo propio que de sí escribe el duque de Guisa tocante al despacho, refiere Josefo Hebreo haber practicado Filippes, o Felipe Tetrarcha de la Traconita, Gaulanita, y Batanea. De Agesislao dice Jemofonte que ponía particular cuidado en la prontitud del despacho.

En despachar con prontitud hay la ventaja de que, á más de dejar obligados á todos los que no penan largamente por su despacho, y más reconocidos á los que obtienen presto lo que piden, te librarás de los empeños con que te molestarían los amigos de los pretendientes, si les dieses tiempo de interponerse. Quien dilata la provisión de los cargos, convida pretendientes, y parece que trata de atesorar quejosos, escribe Don Antonio Solís.

Despachando tus papeles diariamente, evitas la pesada carga que harían, dejados para una hora los de mucho tiempo, con los cuales te sucedería lo mismo que al que, pudiendo insensiblemente pagar los intereses de una deuda, va con pereza dejándolos de uno en otro año, hasta que la gran suma de los atrasados excede á su caudal, y le imposibilita la satisfacción.

Comin Ventura dice: «La verdadera regla de no estar superado por los negocios, es despacharlos á medida que vienen.»

LX.—Procura saber cómo es recibida tu conducta, sin hacer chisme para la venganza, de la advertencia para la enmienda. — Habiéndote aconsejado en el capítulo XVIII que aprendas de los yerros de tu antecesor, no será malo que te instruyan los tuyos; pero se hace preciso que tengas en el ejército y en las plazas, prevenidos algunos oficiales y paisanos, que sin nombrar sugetos, observen y te digan todo lo que se murmurare de tu conducta; mas sean tales que no conviertan en acusación el aviso; por eso convendría escojerlos virtuosos, y también porque estos alcanzan regularmente con mayor perfección el dón de consejo.

La noticia que te dieren dichos confidentes, servirá para correjirte en lo que llevaren razón los que hablen mal de tí, ó para desengañarlos en

alguna ocasión, que se ofrezca, si su indicación fuere injusta.

Acusaba Saul de traidor á David, quien para mostrar la distancia que había entre la verdad y la calumnia, cortó á Saul un poco de la ropa en la cueva donde pudo sin peligro matarle, y otra vez tomó al mismo príncipe la lanza en la tienda ó alojamiento en que se hallaba dormido.

El vizconde de Turena estando sobre Mouson, oyó en cierto corrillo de soldados que decía el uno, faltar sólo al vizconde para ser gran general, la bravura del príncipe de Condé. Otro día se tomó el vizconde con cierto pretexto á aquel soldado, se fué paseando con él hasta donde las balas de los sitiados pasaban, y viendo que el soldado se atemorizaba, le dijo haberle llevado allí para que viese que no hacía tanta falta el valor del príncipe de Condé, y que en otra ocasión se excusase de hablar mal de sus generales; con que salió bien al de Turena la curiosidad de ir ocultamente sabiendo lo que de él se discurría, pues tuvo motivo de dar una evidente prueba de su valor, por el peligro á que se expuso, y de su magnanimidad por el desprecio que hizo de la murmuración del soldado.

No hagas reflexión en lo que de tí censurare quien no pueda formar dictamen en la materia, sobre que recae su murmuración; pues ni ella será capaz de dañarte, ni tú de contener al que no entendiendo el cargo, no entenderá tampoco la satisfacción.

No fiándose Apeles de la excelencia de sus pinturas, las ponía á su puerta, y oculto detrás de los cuadros, escuchaba el parecer de quien los veía. Cierto zapatero que pasó por la calle, dije que estaba mal pintado un zapato; conoció Apeles que tenía razón, retiró el cuadro y enmendó el yerro; expuso al día siguiente la pintura, y volviendo á pasar el mismo zapatero, ya que no tuvo que decir del za-

pato, tachó de mal pintada la pierna: no pudo sufrir Apeles que el zapatero censurase lo que no entendía; y tomando la murmuración con desprecio y no por advertencia, salió de detrás de su cuadro, y le dijo que no tenía voto sinó en zapatos.

Aun de los hombres capaces habrá muchos que te murmuren, no obstante que sea acertadísima tu conducta, ó porque la envidia les ciegue el conocimiento, ó porque en su manera de entender has errado, ó porque algunos tienen hecho el ánimo á censurar cuanto los otros ejecutan. Acusaban unos á San Juan de endemoniado porque vivió muchos días sin comer ni beber, y tachaban otros á Cristo el que comiese y bebiese.

De cualquiera que sea la murmuración, debes no hacer caso de ella para la venganza, pues dejándote persuadido en el capítulo VII que no te rin-

das á la lisonja, falta ahora que seas invencible á la calumnia.

No gozarás instante de tranquilidad si abres los oídos al chisme: el remedio será declarar que aborreces á los que pretextando celo por tu reputación, sean seductores de tu quietud.

Felipe II de España, no obstante su grande entereza, mostró bien el desprecio que se debía hacer en los chismes, cuando avisado de que un forastero, cuyo expediente se retardaba, había dicho que maldecía á Felipe II y á todos los Felipes, respondió que no podía por sí solo reñir una pendencia que tocaba á tantos Felipes; y que así se pusiese luego en libertad al hombre que había murmurado de ellos.

Igual bondad, aunque no con tanta gracia, nos dice Josefo haber practicado Agripa el Grande, rey de la Traconita, con cierto sugeto que había proferido mil injurias contra aquel príncipe; y si hemos de creer á los escritores, no tuvieron los poetas otro motivo para pintar á Midas con orejas de borrico sinó el haber sido Midas sobrado fácil á creer las calumnias, y propenso á escuehar los delatores, de los cuales mantenía y premiaba gran número.

Supongo no ignores que como cristiano jamás te será lícita la venganza de quien te ofendió con la murmuración; y como caballero, tanto resultará más glorioso el no vengarte de tu émulo, cuanto menos dificultad habría en ejecutarlo, siendo la restricción del desear el más hermoso borde de la amplitud del poder.

Preguntado Luís XII de Francia cómo favorecía tanto á los que se le habían mostrado enemigos cuando era duque de Orleans, respondió: «Porque no toca al rey vengar las ofensas del duque.»

Un sugeto de quien Adriano había estado ofendido antes de ser emperador, fué temblando á excusarse cuando Adriano poseía ya el imperio, de que se mostró digno, aunque no tuviese otro mérito que el de la siguiente respuesta: «Perecerías si contendiésemos de igual á igual; pero ahora que me hallo superior, no ostento mi poder sinó con los beneficios.»

LXI.—Regla el método de tu comando sobre el humor de los pueblos y tropas que mandares.—Convendrate mucho conocer el genio de la nación que has de mandar, pues la blandura, que se hace mucho lugar en algunas, volvería insolentes á otras, y el rigor que con estas es preciso, exasperaría dañosamente á aquellas.

Santo Tomás nombra ciertas provincias, á las cuales dice que, por la indocilidad de sus habitantes, no convenía entonces un gobierno suave.

Con rigor y poca familiaridad aconseja don Scipión de Castro que sean tratados los individuos de una de las mismas provincias que Santo Tomás previene.

Tácito refiere que los partos, gente habituada á un rudo comando, reputaban en su rey Vononés

por vicio la afabilidad, y las demás virtudes que aquel príncipe había aprendido en Roma y á los partos eran desconocidas.

Tácito cree que los termestinos (pueblos de España citerior) concurrieron á la violenta muerte de Pisón, porque este trataba aquella gente con más rigor del que podía tolerar su altivez.

Antonio Deville repara que italianos y españoles no sirven la mitad bien, cuando no son tratados con blandura y cortesía.

Aun en los de una misma nación será preciso distinguir, según el genio de cada individuo, la manera de tratarle, porque al prudente y honroso basta mostrarle que ha errado; al brutal y negligente conviene acordarle con el castigo la obligación del arrepentimiento.

LIBRO II. (1)

EN QUE SE TRATA DE LOS MOTIVOS DE CONSERVAR LA PAZ Ó HACER LA GUE-RRA, Y DE LAS CONVENIENTES PRECAUCIONES SOBRE LAS ALIANZAS, Y EN CUANTO Á LOS SOCORROS QUE SE HAYAN DE RECIBIR Ó DAR.

I.—Recopilación de los principales bienes de la paz.—Que la paz sea de los principales beneficios que un país disfrute, se ve; pues la ofrecía Dios á su pueblo como temporal premio de la observancia de su santísima ley.

El amor á la paz no arguye en el príncipe temor á la guerra, sinó do-

minio de su virtud sobre los impulsos de su ambición.

En la quietud de una paz, más fácilmente que en las turbulencias de la guerra, se mantiene recta la justicia, puras las buenas costumbres y firmes las leyes, así como en tranquilo mar conserva su color el manantial de cristalina fuente.

Al calor de la paz florece el comercio, sin que impidan su fruto las borrascas de la guerra, en que los cosarios apresan á los negociantes marítimos, los partidarios sorprenden á los de tierra; y cerradas las puertas del país donde se acostumbran cambiar las mercancías, casi de todo punto se suspende el tráfico; pero al contrario este, creciendo en la duración de la paz, aumenta la riqueza de los vasallos, para cuando ellos hayan de contribuír á una precisa guerra que se ofrezca.



⁽¹⁾ Advierto para en éste, y para en todos los demás libros, que yo no pretendo hablar en sentido Jurídico, ni Teológico; sinó en el Militar y Político; y así, cuando escribo de una guerra, acción ó máxima que la tengo por Justa, que la creo Licita etc., sólo quiero decir Honesta ó Decente para el dictamen del Mundo, y para la razón de Estado; pues en cuanto al fuero de la Conciencia, ni es de mi Profesión, y poco saber, dictar avisos, ni á los buenos Príncipes faltan óptimos Letrados y Teólogos, á quienes consulten primero de empeñarse en cualquiera guerra, de qué, áun cuando sea justisima, resultan siempre los considerables daños anotados en los primeros capítulos del presente Libro.

En la paz se conservan las labranzas, que es el principal tesoro de los países.

II.—Daños ciertos y peligrosas contingencias de la guerra.—El primer efecto de la guerra es hacer incultas las más fértiles provincias; porque atemorizados de partidas enemigas los paisanos, abandonan los campos de la frontera; y disminuídos los pueblos de tierra adentro por medio de las levas, ú ocupados sus bagajes en trasporte de convoyes y en conducción de equipajes de regimientos que transitan, no sólo faltan hombres, sinó ganados para trabajar las tierras, como la experiencia enseña.

No solamente la guerra esteriliza los países, sinó que agota los tesoros y aun este no es su mayor mal; pues en ella se experimenta el de ver subvertidas las leyes, embarazada la justicia, introducida la impiedad y tole-

rado generalmente el desorden.

Para no moverte ligeramente á entrar en una guerra, debes considerar que no estará tal vez en tu mano la salida, y te detendrás también en el reparo de que no corresponde siempre el suceso á'la superioridad de fuerzas, con que se emprende la operación: por eso los embajadores atenienses, hablando á los lacedemones, les aconsejaban que antes de empeñarse en una guerra difícil, pensasen bien el caso, y les acordaban la incertidumbre de los acaecimientos de ella.

III.—Peligros que se añaden á la guerra injusta.—Si tu guerra fuese injusta, no sólo tendrías que temer los daños expresados en el capítulo antecedente, sinó también que, en castigo de tu injusticia ó ambición de gloria, ó de conquistas, volviese Dios infructuosas tus diligencias, y desvanecido el logro de tu pretendida fama. Hasta los gentiles conocieron la verdad de las razones aquí alegadas; pues Hannón, desaprobando, por injusta, la guerra de Aníbal contra Sagunto, hacía fatal pronóstico de su fin, acordando al mismo tiempo el feliz éxito de la cuarta guerra cartaginesa, porque era fundada en justicia.

Aconsejado el rey de Hungría, Geisa II, que no expusiese su persona en combate contra Enrique duque de Austria, quien con más fuerzas que derecho, invadía aquel reino, respondió Geisa: «No tengo que recelar hallándome con Dios y con la justicia de mi parte»; y así, aunque muy inferior en número de tropas y en militar disciplina, derrotó á sus enemigos.

IV.—Otro riesgo en guerra injusta.—En guerra injusta que emprendas, puede ser te falte la asistencia de tus vasallos, ó á lo menos contribuirán poco gustosos, viéndote prodigar sus vidas y haciendas, á trueque sólo de aumentar tu fama, de contentar tu ambición, ó de satisfacer otro capricho.

Los alemanes, que con su principe Ritigero pasaron à hacer la guerra à Venda, princesa de Polonia, conociendo no haber para dicha guerra otro motivo que la ambición de Ritigero al Estado polaco, ó su amorosa pasión por la princesa, se amotinaron contra aquel principe, diciendo que no querían exponer las vidas à peligro por el injusto antojo de su señor, quien hubo de darse la muerte con propia mano, por no caer en las de los polacos.

Estando para combatir junto al Tivisco los ejercitos de Colomano I de Hungría, y de su hermano

Almo, por domésticos disgustos de aquellos dos principes, ambos ejércitos se amotinaron, gritando que si los dos hermanos querían satisfacer sus particulares duelos, combatiesen de uno á otro, sin aventurar, por capricho, las vidas de tantos súbditos; y por público edicto declararon rebelde á la patria à cualquiera que se moviese en favor del uno ó del otro príncipe.

 ${f V}.$ —Principes que nunca hicieron guerra injusta, y otros que rehusaron la fácil adquisición de reinos, por no tener derecho á ellos.—Guillermo el Bueno, rey de Sicilia, nunca movió sus ejércitos sinó para defender la religión, ó la inocencia atropellada de la tiranía; y Amurates II, aunque bárbaro, observó la justicia de no tomar jamás las armas que no fuese provocado de sus enemigos.

Felipe II de España, antes de resolverse á la guerra contra Portugal, hizo dos juntas de hombres doctos, para saber si le tocaba por derecho

aquella corona, y si consiguientemente sería la guerra justa. El rey Bela II de Hungría, puesto en el trono por exclusión de Bórico su primo, y único hijo del muerto rey Colomano, llamando á los más prudentes prelados y señores del reino, se informó de si Bórico era legítimamente desposeído de aquel Estado; pues decía Bela que de otro modo no quería que la guerra, precisa á mantenerle, costase la vida á un solo hombre; y hasta que dichos prelados y consejeros declararon nuevamente á Bórico inhábil de suceder al reino, como bastardo que era, no empleó Bela sus armas contra los del partido de Bórico, que con ejército de malcontentos se había puesto en campaña.

Erico VI de Dinamarca rehusó la corona imperial que otro príncipe le ofrecía contra el emperador Federico II; porque conoció que aquel Estado no le tocaba de justicia, ni podría mantenerle sin que se vertiese

mucha cristiana sangre.

Los ingleses, por la menor edad de Edvino y Edgáro, hijos de su rey Edmundo, forzaron á Edreto, hermano del mismo Edmundo, á tomar el cetro; pero el justísimo príncipe, viendo que tal empleo no se le daba la razón, le admitió sólo para ponerle en manos de Edvino, cuando la edad le ayudase á mantenerle.

Habiendo los bohemos ofrecido su reino al emperador Federico III, excluyendo por la poca edad á Ladislao, legítimo sucesor de aquella corona, Federico no quiso entregarse de ella, por no pertenecerle de justicia.

VI.—En que se comienza á tratar de las guerras precisas, justas y útiles.—Deseo debe tener la paz y precisión la guerra, dice San Agustín; con que habiendo tratado en general de los bienes de la paz, y de los males de la guerra, falta discurrir de los casos particulares en que importa excusarla ó emprenderla: para mayor claridad del último punto convendría dividirle en guerra precisa, guerra justa, y guerra útil; pero me será imposible mantener siempre tal división, porque muchas veces se hallan mezcladas todas las tres circunstancias, o á lo menos dos, y en ellas se introducen indispensablemente otras á cuya satisfacción me detendré, por no dejar imperfecta la materia, de que se ofrezca tratar con aquel aumento de reparos.

Supónese que la guerra defensiva asegure con la circunstancia de ne-

cesaria, el título de justa.

También creo justas las conquistas ocasionadas por los accidentes de una guerra que se emprendió por la defensa propia, ó por otra legítima causa, siendo en tal caso dichas conquistas una especie de resarcimiento de gastos y peligro, en que la razón condena al príncipe de cuya parte la guerra fué injusta.

Es asimismo justa la guerra para recobrar un príncipe el país que otro le haya usurpado; pues si las ilícitas conquistas diesen, con cualquiera breve posesión, derecho al conquistador, y cerrasen al perdidoso la puerta de resarcirse, se haría mayor el número de los que pretendiesen usurpar, con la reflexión de que podían más ciertamente mantener.

Enviando el rey Antioco á su general Atenobio para que reclamase las tierras que de su poder habían restaurado los israelitas, se las negó Simón Macabeo con las palabras siguientes: «Ni hemos tomado tierras agenas ni retenemos lo ageno, sinó la herencia de nuestros padres, que injustamente ha sido poseída por nuestros enemigos durante algún tiempo.»

Cuando hay evidencia de que se apresta un príncipe á usurpar el país del tuyo, creo pueda este, si se halla prevenido antes que su oculto enemigo, apoderarse de algunas tierras de aquel, ó por interinos rehenes de su quietud, ó por anticipado fruto de la guerra, que, en el propuesto lance, es defensiva de parte de tu soberano; pues no entraría en ella sinó precisado de la sabida ambición del contrario, y del temor de no encontrarse capaz de resistir, si da á los enemigos tiempo de armar á su gusto, de concertar más alianzas, de fraguar una rebelión en dominios de tu dueño, ó de talarlos para que no puedan suministrarle socorros.

Moisés, poco antes de morir, aconsejó á sus israelitas que en caso de verse precisados á la guerra, la hiciesen en país ageno; y Jonathas, comandante del pueblo de Dios, cuando supo que el ejército de Demetrio se disponía á traerle la guerra, se anticipó á llevársela primero que entrase en su país.

VII.—Es justa la guerra para defender à los aliados, protejer à los oprimidos y castigar à los malos.—No sólo justa sinó precisa, creo à la guerra que se toma para defender à los aliados; porque, para no apartarte del empeño de la fe recíprocamente dada, à más de los otros motivos alegados en el capítulo XXXIX del libro I, hay la razón de que, si tu príncipe abandonase à su confederado en la necesidad de una guerra, este practicaría después lo mismo con el tuyo, de cuya alianza huirían todos, considerándola inútil para la ocasión más urgente. Por estos motivos dice Tito Livio, que los romanos declaraban la guerra à cualquiera que con ella insultase el país de príncipe confederado, ó puesto à la protección de Roma, bien que en todo lo demás fuese dicho príncipe independiente del pueblo romano.

Aun cuando no haya precedido alianza, ni ofrecimiento de protección, parece ser acreedores á la de un poderoso príncipe los que buscaren su auxilio, hallándose injustamente oprimidos de otros. Elogio que el padre Foresti hace á Boleslao I, rey de Polonia, diciendo que era defensor de los buenos y castigador de los malos, tanto súbditos como extranjeros.

Tamerlano, rey de los partos (ó sea emperador de los tártaros) viendo el recurso que á sus armas

hizo el emperador Manuel Paleólogo contra el otomano Bayaceto, que tenía al imperio cristiano de Oriente reducido á las últimas angustias, marchó con ejército numeroso en socorro de Paleólogo, derrotó á Bayaceto, y puso en libertad las tierras cristianas, de cuya acción, mostrándose obligado Paleólogo, ofreció á Tamerlano juramento de fidelidad y vasallaje; pero el nunca bastante aplaudido príncipe respondió que no había dejado sus distantes reinos para engrandecerlos, sinó por dar socorro al afligido, de quien no quería otra recompensa que la memoria de su amistad.

Sobiesiao I, interey VI de Bohemia, viendo que Bolesiao, rey de Polonia, perseguía con injusta guerra á Bela rey de Hungría, movió su ejército á favor del húngaro, sin otro interés que el de la justa causa. Lo mismo hizo Alstano II de Suecia, hasta restituír á Canuto el reino de Dinamarca, usurpádole por sus enemigos, contra quienes Canuto imploró la protección de Alstano.

VIII.—Es justa, útil y precisa la guerra para castigar el ejemplar de una tiranía y de una sublevación.—La guerra propuesta en la cabeza de este capítulo es justa, por el piadoso efecto que resulta de socorrer al afligido contra la violencia de su opresor. Es precisa y útil, por no dejar sin escarmiento la sublevación ó tiranía, que pudiera servir de ejemplo contra quien de cerca la tolera, y así conviene extirpar con el castigo las raíces de la imitación.

Ludovico VI de Francia, luego que supo el enorme asesinato que Guillermo, bastardo del conde de Flandes Carlos el Bueno, hizo en la persona de su padre para tiranizarle aque. Estado, se movió con fuerte ejército contra Guillermo, y superando á los rebeldes les dió el riguroso eastigo que merecia su maldad. Lo mismo que Ludovico VI de Francia ejecutó Felipe VI de aquel reino, contra los rebeldes al conde de Flandes, á quienes derrotó junto á Moncasel, y lo propio hizo el emperador Otón Magno, contra el duque de Bohemia Boleslao I, por no dejar sin escarmiento el fatricidio cometido por Boleslao en la persona de su señor y hermano San Winceslao.

Muerto el rey Carlos el Simple de Francia, procuraron algunos señores usurpar el reino á su tierno hijo Luís; pero habiendo Egina, madre de este príncipe, recurrido al auxilio del rey Adelstano de Inglaterra, Adelstano favoreciendo la causa justa y piadosa, amenazó con la guerra á los franceses, hasta que aseguró en sus derechos al rey Luís.

Carlos VI de Francia contra los rebeldes de Luís de Gante, guiados por un cierto Felipe Artavila, y Boleslao II rey IV de Polonia, contra los sublevados vasallos de Jaslao principe de Kiovia; Bela, hermano de András rey de Hungría y Jaromiro hijo del duque de Bohemia, emplearon también sus armas por la defensa de los tiranizados principes.

IX.—Reflexiones en cuanto á guerra para tomar satisfacción de una pública ofensa.—No sería justa la guerra para tomar satisfacción de una ofensa pública, si el príncipe se moviese á impulsos de la venganza; pero dicha guerra parece lícita, si un soberano la determina porque no cobren los suyos desaliento, y los confinantes audacia de su tolerancia, y no se animen á hostilizar en el país á quien no supo defenderse en el honor.

Carlos V de Francia declaró la guerra á Don Pedro el Cruel, por las injurias hechas de este príncipe á Doña Blanca de Borbón, estrecha parienta del rey Carlos.

Childeberto I de Francia quitó el reino y la vida à Amalarico rey de España, por los ultrajes que de Amalarico padeció su esposa Clotilde, hermana de Childeberto.

Ladislao Sigismundo rey de Polonia, llevó sangrienta guerra á los moscovitas, porque rehusaron admitirle después de haberle ofrecido aquel Estado.

El entrar en guerra por tomar satisfacción de una grave pública ofensa,

se entiende cuando no haya riesgo de que la recaída sea peor que la enfermedad; esto es, que el príncipe se halle con bastante seguro de fuerzas propias ó de apoyo ageno, para no exponerse á perder el país y á no lograr la satisfacción: dictamen que en el senado veneto explicó en semejante consulta Marchione Tribisano.

Aun cuando el príncipe tenga bastantes fuerzas para exigir la satisfacción, deberá solicitarla con las razones, primero que la tome con las armas.

Boleslao III de Polonia, molestado por los pomeranios, no les declaró inmediatamente la guerra, antes bien dejando abierto el paso á la concordia, les envió un escudo blanco en señal de paz, y otro rojo en significación de guerra, diciéndoles que escogiesen.

Acaso lograrás sin guerra la satisfacción que pidas con justicia, ó porque amando la razón y la paz, no persista en su dictamen el príncipe, que incitado de algún primer movimiento hizo la ofensa, ó porque la cometió la inadvertencia sin aprobación de la voluntad.

Satisfecho el rey Ordoño III de León por atenta excusa del conde Fernán González de Castilla, sobre las quejas que tenían de éste los leoneses, no sólo suspendió Ordoño la guerra que había declarado á los castellanos, sinó que aplicó á favor de los mismos contra los moros, las tropas que estaban destinadas á invadir la Castilla.

La diligencia de pedir primero de la guerra la satisfacción, debe practicarse, aunque haya certidumbre de la negativa; para justificar después el recurso á las armas, y tener más fundamento de esperar que Dios favorezca la causa de quien no apeló á la fuerza hasta que se vió sentenciado en el tribunal de la sinrazón.

Don Fernando I de Castilla, viendo que el rey de Navarra se había intrusado en algunas tierras pertenecientes á la corona castellana, antes de declararle la guerra, le pidió con pacíficas representaciones que cediese de a el la posesión que no le tocaba, y parece que fué aprobada del cielo esta conducta; pues no habiendo el rey de Navarra querido satisfacer, se vino de ambas partes á las manos y quedó el navarro derrotado y muerto en batalla.

En decirte que pida el príncipe satisfacción antes de tomarla, no pretendo que deje de armar antes de pedirla; porque son de algunos soberanos más oídas las voces de las trompetas, que las arengas de los embajadores.

La última advertencia para en la satisfacción que pide un príncipe, sea no engañarse con vanas esperanzas de tenerla, dando á su competidor tiempo de juntar fuerzas con que negarla.

X.—Inconvenientes de muy larga paz.—Parecerá este capítulo temerario por su introducción; pero cuando veas el expediente en que termina todo el discurso, pensarás de otro modo.

Es útil, antes bien precisa, y en los términos que yo la propondré, no injusta alguna guerra que lleve por uno de sus principales fines el evitar

los inconvenientes de una muy larga total paz.

La primera razón, es que en ella olvidan las tropas, no sólo la fatiga, sinó el coraje y la obediencia, peligro que parece conocieron los longobardos, que coronaban á sus reyes con corona de hierro en señal de que aquel metal, que ocioso se cubre de ollín, debía ponerse á menudo en ejercicio.

Que no por ambición de fama ó conquista, ni por pasión á la guerra, rompiese la paz Ingón II rey de Suecia, nos lo dice el padre Foresti en las palabras siguientes: «Era amante de la paz; pero temiendo que esta siendo muy larga, haría á sus suecos olvidar la militar disciplina, envió un ejército de ellos contra los rusianos. Dios mismo conservó enemigos á su pueblo, para que este no perdiese en una dilatada paz la práctica de la guerra.»

Scipión Nasica oponiéndose á la destrucción de Cartago, pronosticó la pérdida de la milicia romana; diciendo que el no tener los romanos contra quién emplear sus armas, haría que ellas de sí misma cayesen de la estimación en que estaban, y de la fuerza que les había suministrado el continuo uso de la guerra.

Foresti escribe que Flavio Rotario VII, rey de los longobardos en Italia, viendo que 22 años de paz tenían á su nación envilecida y afeminada, la empleó luego en la conquista de Esarcato ó tierras de Italia dependientes del emperador de Oriente.

El continuador del mismo Foresti dice que Carlos Gustavo de Suecia, creyendo perjudicial á su milicia un largo reposo, la empleó en guerra contra Polonia.

El propio único motivo refiere el marqués Suárez haber tenido los emperadores otomanos Mahometo I y Amurates II, para haber entrado en la guerra contra el príncipe de Caramania y otros.

Si yo escribiese meramente política, sin la debida atención de la Cristiana Moralidad, podría añadir por razón, para no estar en larga paz, que en ella pierde la gloria del príncipe tiempo de aumentarse.

Otro motivo meramente político, pero no justo, si es solo, pudiera tener la guerra, y sería conocer el príncipe su actual fortuna, y no esperar á que llegase el turno de la desgracia.

XI.—Prosiguen las razones para no estar en larga total paz.—A príncipe de nación belicosa le es precisa de tiempo en tiempo la guerra forastera, para librarse de la civil, con gastar en la prime los turbulentos humores de sus vasallos, que dejados crecer, ocasionarían á los pueblos la peligrosa enfermedad de la sedición. Esta experiencia fué una de las razones que tuvo Demetrio para entrar en la guerra contra los etolos; y de Donaldo I de Escocia, dice el continuador de Foresti: «Con la guerra contra los romanos conservó su Estado libre de discordias.» Lo mismo parece entendieron los romanos de quien escribe Tito Livio: «Los cónsules sacando la juventud de la ciudad con motivo de la guerra, tenían el resto de los moradores en quietud»; pero Bratislao I nos presenta un ejemplar que hace ver á un tiempo los peligros de larga paz, y el expediente de no escojer injusta guerra; dice, pues, de aquel príncipe el padre Antonio Foresti: «Temiendo que una larga paz se convirtiese en perjudicial ócio, empleó sus bohemos en recobrar del poder de los polacos las tierras que estos habían usurpado á la Bohemia.»

Si el príncipe no ejercita de tiempo en tiempo en alguna guerra sus tropas, fiados los otros potentados en la inaptitud de ellas, le harán la guerra, que tal vez omitirían si le observasen defendido de un bien aguerrido ejército.

También suele convenir la guerra para evitar la carestía de víveres, que nace de la muchedumbre de holgazanes.

XII.—Exprésase la guerra que se puede emprender (y con qué pre-

cauciones) para evitar los inconvenientes de larga paz.—Habiendo probado en los dos antecedentes capítulos el peligro de una larga paz, y ofrecido proponer guerra que llegue á la utilidad sin tocar en la injusticia, queda el arbitrio de llevarla contra infieles ó bárbaros perseguidores de nuestra religión. Que tal guerra sea justa, siempre que vaya acompañada con la intención de agregar á la ley del Evangelio los países adquiridos, lo aseguran las plausibles conquistas de los españoles en la América.

Gerónimo Fracchetta dice que en conquistar á los bárbaros, para darles leyes, se les hace la misma conveniencia, que á los locos en destinar persona que los cuide; á los pródigos quien los detenga; y á las bestias

quien las guarde.

Contra infieles supongo entendió hablar el caballero Spanorchi, cuando escribió: Un poderoso rey, teniendo ánimo de conservar lo suyo, no encon-

trarà mejor camino, que el de conquistar lo ageno.

La guerra que emprendas para evitar los inconvenientes de larga paz, no sea tan costosa ó arriesgada, que gastando en ella excesivos caudales y tropas, quedes imposibilitado de resistir á algún poderoso vecino que aspire á la posesión de tu país sobre la decadencia de tus fuerzas. Es particularmente necesaria semejante precaución al príncipe confinante con otros ambiciosos, guerreros y potentes.

XIII.—De cuando la guerra sea inexcusable á un príncipe de fuerza inferior á la de cualquiera de otros dos.—Un príncipe de fuerzas muy inferiores á cualquiera de dos poderosos vecinos que se hagan la guerra, es preciso que entre en ella para no tener que recelar igualmente de ambos, y en especial del vencedor, como por no desapropiarse de la asistencia que en otra ocasión pueda necesitar de uno de ellos: remítome á los ejemplares siguientes:

Observa Foresti el político yerro de los de Milo, que siendo inferiores á las fuerzas de spartanos y atenienses, no quisieron tomar partido con alguna de estas potencias que se hacían la guerra, cual presto alcanzó á Milo, rendida por atenienses y no defendida por spartanos.

Hermócrates, exhortando á los camarinios que se aliasen con siracusanos contra atenienses, les insinuaba que un príncipe chico en medio de dos grandes, no podía mantenerse neutral sin evidente riesgo de ser presa del victorioso, ó á lo menos de no entrar jamás en su gracia.

Exceptúase de la regla propuesta en el anterior párrafo, el príncipe que tenga en otros fuertes neutrales seguridad de socorro, contra cualquiera de los contendientes que solicite insultarle.

Los reyes Carlos II de Suecia, y Cristerno V de Dinamarca se mantuvieron neutrales en la guerra que se hacían alemanes y franceses, pero fué estipulando entre sí la Dinamarca y la Suecia una liga, para en caso que la Francia ó el imperio hostilizasen á alguno de aquellos dos reinos, cuyo recíproco apoyo consideraron preciso Cristerno y Carlos, para poder conservar la neutralidad á vista de las dos superiores potencias guerreadoras.

XIV.—Sobre la elección del aliado y la duración de la alianza del príncipe, que por los motivos alegados en el antecedente capítulo, entra en la guerra de sus más poderosos vecinos.—Si al príncipe vecino á dos más poderosos guerreros le falta el apoyo dicho en el segundo párrafo del antecedente capítulo, le conviene aliarse con el menos pujante, para que



igualándose las fuerzas, ninguno quede por entero abatido, ni por consiguiente haya que temer del victorioso.

Cuando logre demasiadas ventajas contra su enemigo el príncipe, cuya alianza escogió el menos poderoso, este debe poner en obra para que se efectúe la paz, las diligencias propuestas en el capítulo XVIII del presente libro; pero si no puede conseguirla, saque mañosamente sus tropas y plazas de la mano de su coaligado, y en la ocasión que se ofrezca más oportuna, mude partido ó declárese neutral, para mantener siempre contrapesadas las fuerzas; pues no hay ley que le obligue á fabricar con sus propias armas el peligro de su Estado, y habiéndose ofrecido á contribuír en lo posible para la paz, no será en él culpable quitar á su aliado los medios de continuar una ambiciosa guerra.

Si me dices que siempre es faltar á la buena fe del tratado de alianza, respondo que el príncipe de que voy hablando, puede haber estipulado que las conquistas no pasen de ciertos límites, fuera de que si su compañero es mucho más poderoso, no dejará de dar bastantes reales motivos para romper la alianza por falta de cumplimiento de mucha parte de lo capitulado, cuando, soberbio de la fortuna, comience á olvidar las reglas de la razón y las políticas de la necesidad.

Carlos XI de Suecia, viendo que sus aliados los franceses iban con sus conquistas engrandeciéndose con exceso, pasó del partido de Francia al de Inglaterra y Holanda para mantener en balanza las fuerzas de Europa.

La parcialidad de los Paralos en Atenas se arrimaba tan presto á la facción de los que pretendían la oligarquía, tan presto á la de aquellos que solicitaban el gobierno popular, y siempre al partido menos fuerte, porque supeditado este no quedase extinguido el de los mismos Paralos, que no teniendo por sí solos bastante poder, creyeron preciso ayudarse de tal artificio.

No por lo dicho en el antecedente párrafo, pretendo que el príncipe de cortas fuerzas se eche en la amistad del vencido, si este quedó en tal estado, que áun con el socorro que se le añada no puede resistir más al vencedor, pues nadie por mucho que padezca del calor, se arrima á la sombra del edificio que amenaza evidente ruína, ni alguno se abraza con el que se va ahogando sin grave peligro de anegarse ambos. En el propuesto caso no se logra el premeditado fin de contrabalanzar las fuerzas del victorioso, y en la infausta precisión de temer á ambos, más vale recelar del amigo en quien puede conservarse alguna gratitud por los recibidos servicios, que del contrario, el cual siempre obrará de enemigo, ni habría razón para esperar otra cosa, pues ya murió Alejandro, que gustaba de conquistar reinos para tener la gloria de restituírlos, y áun creen muchos que los cedía porque sus tropas no bastaban á guarnecerlos.

Aniquilado por el rey Cristerno de Dinamarca el partido suedés que seguía à Gustavo Vasa, solicitó este príncipe socorro de la ciudad de Lubec, à que respondió la regencia de dicha ciudad, que le daría cuando Gustavo pusiese en pié un ejército que librase à Lubec de envolverse con esta alianza en la desgracia de los suecos. Gustavo no solamente lo ejecutó, sinó que derrotó à los daneses y conquistó sobre ellos las más y mejores plazas de la Suecia. Los de Lubec que hasta entonces iban preparando el socorro à Gustavo, mudaron de opinión, pareciéndoles que ya Gustavo se hacía sobrado pujante; pero últimamente, habiendo sido un ejército de Gustavo derrotado à vista de Stokolmo, y quedádole à aquel príncipe las tropas que sólo podían contribuír à su defensa y no à sus conquistas, acudieron los de Lubec con fuerto y pronto socorro.

XV.—De las guerras que importa excusar.—Habiendo hasta aquí tratado de las guerras que se pueden ó deben emprender por justicia, por útil ó por necesidad, falta decir las que importe al soberano evitar. Hállanse en este caso los príncipes que no estén bien seguros de la fidelidad de sus vasallos, los cuales para tumultuar aprovecharían la ocasión de ver embarazadas con las de otra corona las tropas de su dueño.

En Tácito leerás que Tiberio, con ser poderoso, altivo y sangriento, procuró disimular muchas ofensas y componer buenamente algunas disensiones que se le ofrecieron con varios príncipes; y el mismo Tácito dice que Tiberio toleraba, porque sabiendo que le aborrecían los súbditos, no quiso darles con la guerra oportunidad para la sublevación.

Escribí en otro capítulo que la guerra externa conviene para la paz interior; y si te parece que me contradigo, nota que en el capítulo XI recelo alborotos, no ocasionados por aborrecimiento de los vasallos al príncipe, sinó por el vicio que en una larga paz resulta del ocio; y en el primer párrafo del presente capítulo propongo el diverso caso de que los vasallos profesen odio al soberano. Así procuro buscar los remedios á proporción de la diferencia de las políticas enfermedades, que suelen ocurrir al cuerpo de una monarquía.

No emprenda considerable guerra quien deja por tercero á un vecino fuerte y ambicioso, y añado ser más precisa esta circunstancia cuando el expresado tercero conserve alguna antigua pretensión ó rencor al país del príncipe para quien ahora se escribe, ó sea de religión distinta de la suya; porque en tal caso tendrá menos escrúpulo en creer lícitas las conquistas

siempre que las encuentre posibles.

Recién comenzada la guerra dicha social de algunas ciudades griegas contra los atenienses, trataron estos y concluyeron la paz viendo que armaba el rey de Persia, cuya corona había siempre inclinado al dominio de la Grecia.

Bardanes y Gotarces, conociendo que la guerra que se hacían uno á otro facilitaría á Mitridates la conquista de la Parthia, se ajustaron inmediatamente.

El rey Don Ramiro II de León y el conde Fernán González de Castilla, aunque entre si mortales enemigos, suspendieron la guerra con que se maltrataban, por la consideración de que los vecinos principes moros fabricarían su aumento con la ruina de las dos cristianas potencias. Por el mismo reparo efectuaron su paz los venecianos y el principe de Albania Jorge Castrioto, que sobre diferencias de confines se habían declarado la guerra, hasta que percibieron la ventaja que sacaría de sus discordias Amurates II.

XVI.—Prosigue el discurso de las guerras que conviene excusar.— Es peligroso declarar la guerra á príncipe que por sus alianzas de sangre ó amistad, por la situación de su país ó por diverso motivo haya de ser naturalmente asistido de otros poderosos, pues contando sobre un enemigo te hallarías con muchos, sin encontrar acaso forma de salirte del empeño. Así vemos que siendo los más de los príncipes de Italia incapaces de resistir á la Francia, al Imperio ó á la España que les hiciesen guerra, los dejan ordinariamente vivir en paz; y cuando llegó una de estas grandes potencias á declarárseles contraria, no ha faltado otra de las mismas á darles pronto socorro. Dos causas observa cualquiera para dicha conducta: la primera es el solo recelo de que si los demás príncipes no ayudan al menos poderoso contra el conquistador, éste los irá dominando uno á uno. Añádase á dicha reflexión un poco de paliada envidia con el sobrescrito de aquella que llaman razón de Estado, cuyos límites saben los teólogos, pero no los prescriben los políticos; y según el sistema de los últimos, cuando un príncipe no puede adquirir lo ageno, conténtese de que no lo adquiera su vecino ni por consiguiente se haga más fuerte.

Luís XI de Francia, intentando quitar á su hermano Carlos la poseida Normandía, pensó enemistarse únicamente con aquel príncipe; mas no fue así, pues los otros circunvecinos temiendo ser uno á uno depuestos, se coligaron todos contra Luís XI, que hubo menester de su artificio entero para salir de tal embarazo.

Viendo los venecianos que los genoveses tomaban la protección del duque de Milán, se dieron prisa de ocupar las tierras que tenían los genoveses en Levante para dejarlos menos fuertes; y los alemanes, celosos de las victorias de Clodoveo, rey V de Francia, se unieron á fin de atajarle las conquistas, con cuyo aumento quedarían los franceses formidables á la Alemania.

XVII.—Continúa el asunto del antecedente capítulo.—No conviene al príncipe buscar guerra contra nación temida de la suya, por las repetidas victorias que en antecedentes ocasiones logró aquella contra esta, pues el recuerdo de las derrotas pasadas tiene su poco de influjo para el recelo presente y para la desgracia futura.

También se debe hacer lo posible para evitar la guerra contra nación que por la miseria de su país no pueda perder en él tanto como ganar en el tuyo; pues no habiendo en el suceso de las armas otra seguridad que la inconstancia de la fortuna, sería desventajoso partido el de arriesgar cuatro para ganar uno.

Aborrecía Luís XII de Francia la guerra contra los suizos, porque si la suerte le era contraria, perdía ricas y deliciosas provincias, y cuando le saliese muy dichosa, ganaba un pobre y áspero país.

XVIII.—Pruébase que á un príncipe de pocas fuerzas nunca le conviene voluntaria guerra, y se dice lo que puede ejecutar para que no lleque la precisa. — Un príncipe de menos fuerza que sus confinantes, no sólo evitará todos los motivos de disensión con los mismos, sinó que procurará ajustar las diferencias que suelen ocurrir entre unos y otros de aquellos, porque no lleguen á rompimiento de guerra, cuyo fuego, extendiéndose insensiblemente al país del referido príncipe, este apenas sabría cómo librarse de las llamas, para no sepultarse en las ruínas del vencido amigo, ni ser presa del vencedor aliado, ó puesto en contribución por los dos contendientes, si se mantuviese neutral de ambos. En las guerras de Francia, España y el Imperio los peor librados han sido siempre los príncipes más pobres de las fronteras de la guerra en Italia y Alemania, que metidos entre dos grandes potencias enemigas, hacían porción del gasto á la una y á la otra, con la sola diferencia de que el enemigo tomaba el país, el neutral la contribución, y el amigo el cuartel de invierno; y si por felicidad rara encuentra el príncipe de pocas tropas un aliado, que después de victorioso le quiera ceder una pequeña parte de la conquista, será más despedazada y mordida, que el alimento que deja el león al gato, quien antes que lo coma lo paga á caro precio por el miedo con que lo espera.

Digitized by Google

Las ciudades Anseáticas expuestas á las hostilidades de suecos y daneses, hicieron los posibles esfuerzos para que el rey Federico de Dinamarca y Gustavo I de Suecia, no llegasen al rompimiento de guerra con que recíprocamente se amenazaban el año de 1525.

Si las fuerzas del príncipe de que voy tratando son tales que aplicadas á uno de los dos más poderosos que se disponen á turbar la paz, pueden trabucar de su parte la balanza, amenazará unirse contra el que prosiguiere los intentos de guerra.

El rey Carlos XI de Suecia interpuso su mediación para la paz de dinamarqueses y holandeses. Después se unió con otras potencias del Norte para ajustar la de franceses y confederados, como lo consiguió en Risvic, protestando hacer la guerra al que repugnase dicha paz.

XIX.—Comiénzase á discurrir de la forma de buscar socorros un principe, resuelto á entrar en guerra por voluntad ó por fuerza.—Después de haber discurrido sobre las guerras que puede un soberano emprender y acerca de las que debe excusar, veamos la forma en que buscará socorros el príncipe ya resuelto á la guerra. Trataré primero de los que por sus pocas fuerzas necesitan con más frecuencia el recurso al poder ageno.

El príncipe de cortas fuerzas amenazado por la guerra de uno grande, no llamará en su socorro (sinó por última necesidad) á otro solo y muy potente, pues si éste es vencido, poco sirve su asistencia, y si es vencedor, acaso hará, de aliado, oficios de enemigo, quedándose con el país de su compañero en pretendida recompensa de gastos y peligros de guerra; ó en favor de la ocasión que, contra las verdaderas reglas de la cristiandad, suele tenerse por decente cuando se encuentra favorable. Así un príncipe de muy limitado poder, solicite el socorro de muchos, para que si quiere tiranizarle alguno le defiendan los demás.

La reina Isabela de Hungría, hostilizada por Don Fernando de Austria, llamó en su socorro al emperador otomano Solimán, que por satisfacción de su pequeño trabajo se quedó con la importante plaza de Buda; y mostrando el mismo Solimán escrúpulo de honor en ocuparla, se aquietó á la persuasión de sus ministros que le representaron las ventajas de tener aquella plaza, y le preguntaban quién sería capaz de formarle un proceso por haberla adquirido.

El marqués Virgilio, que es de la misma opinión, trae el ejemplar que refiere el Guicciardin, de los pisanos, los cuales, atacados por florentinos, solicitaron y obtuvieron socorro de Venecia, Milán, Génova y Siena.

Si el príncipe de pocas fuerzas no pudiere lograr más asistencias que las de un solo poderoso, preténdalas en dinero, armas, víveres, municiones, caballos ú otros géneros que no puedan causar en su país la misma sospecha y peligro que las tropas, ó bien solicite que su aliado le socorra por medio de una diversión que haga en diferente frontera de los enemigos.

Los socorros en tropas de un príncipe cuyas tierras no confinan con el país del tuyo, no darán tanto que temer á éste, porque no es igualmente fácil ni útil á dicho príncipe el quedarse con el país que socorre. Tal vez se fió en esta regla el emperador Manuel Paleólogo al admitir en su ayuda, con más de trescientos mil hombres, á Tamerlano, entre los dominios del cual y Constantinopla mediaba considerable porción del imperio otomano.

Digitized by Google

XX.—De qué principes y con qué insinuaciones puede esperarse el socorro.—Será factible conseguir sin gran dificultad el socorro de quien por natural ó justa aversión al príncipe ó país contra el cual se pida, esté ya inclinado á su daño, pues fácilmente se deja el entendimiento convencer por las persuasiones de la voluntad.

El rey Estefano III de Hungría sabiendo el poco afecto que profesaba á los venecianos el emperador Manuel, brevemente le redujo á sus intentos contra aquella república.

Sbignio obtuvo sin dificultad la asistencia del emperador Enrique V contra Boleslao III de Polonia, estando ya el emperador en mala correspondencia con Boleslao, porque éste favorecía á los húngaros enemigos del imperio.

Suele también facilitar el socorro, la uniformidad de creencia entre el que le haya de suministrar y el que le pide, si el príncipe enemigo profesa distinta religión, porque esta para el virtuoso es el estímulo más fuerte, y para el injusto el más bello pretexto de poner á la ambición, ó á la venganza el sobrescrito de la piedad ó de la devoción. Probarelo en otra parte, abominando tal carácter.

Los príncipes protestantes de Alemania lograron á poca costa la alianza de Gustavo Adolfo de Suecia contra el emperador Fernando, porque Gustavo confrontaba de religión con ellos y no con el emperador; y así hicieron pasar por una guerra de conciencia la que entabló el sueco, acaso irritado de que la corte cesárea hubiese tomado algunas resoluciones opuestas al bien y al honor de la Suecia, como fué el permitir que los polacos levantasen tropas en el imperio, cuando en el mismo se prohibían las levas á los suecos, deponer de sus Estados á los duques de Mekelbourg, primos de Gustavo, y haber sitiado á Stralsund, ciudad aliada con la Suecia.

Si el príncipe á quien se pide socorro ama con veras la gloria, pudieras conseguir sus asistencias con representarle el honor que le resultaría de protejer la causa justa y opresa, y que todos los sucesos que se lograsen felices, se confesarían debidos á la rectitud y fuerza de sus armas.

Será mayormente de esperar el socorro de príncipe que haya tenido parte, ó empeñado su garantía para que el tuyo adquiriese el país de cuya conservación se trata; pues entonces á más del amor á la gloria, se atraviesa el de la comenzada obra ó la obligación de la ofrecida palabra.

Si las conquistas del que se dispone á hacerte la guerra pueden ocasionar celos á otro príncipe, lograrás fácilmente su socorro, como el obispo de Meaux observa haberle conseguido de los romanos el Macabeo contra el rey de Siria, cuya potencia causaba ya sospechas á Roma; con que en el supuesto de que muchos príncipes dan por interés más que por generosidad, convendrá mostrarles por bien pensadas insinuaciones el provecho que les resulta de conceder el socorro que se les pide.

El caballero Borri, que presta igual dictamen, acuerda que Mitrídates de Ponto se esforzaba á persuadir á Arsaces, rey de los partos, que si este dejaba á los romanos conquistar el país de Mitrídates, emprenderían después sobre el de Partia.

La misma insinuación supone Jenofonte haber hecho Cizar, rey de los medos, á Ciro, príncipe de los persas, para que este le socorriese contra los asirios enemigos de la Media; y Salustio refiere que la propia representación sirvió á Yugurtha para obtener la asistencia del rey Bocco contra los romanos.

XXI.—Fenécese el discurso acerca de la forma de buscar socorros un principe.—Puede contribuír á facilitar la alianza de un príncipe el ganar secretamente con dádivas, ó con ofertas, á sus ministros para que le aconsejen dicha alianza.

Cuando salgan infructuosas todas las diligencias hasta aquí propuestas, y se halle necesaria la alianza de un soberano por la evidencia de que, á menos de tenerla, se perderá todo el país, el recurso último y el más eficaz, es comprar el aliado á costa de algunas plazas ó de porción de terreno.

Si tú eres el principal en la guerra, aunque no hayas menester auxiliares, buscarás la alianza, ó á lo menos la neutralidad de los príncipes que pudieran adherir al contrario, resentidos de que para nada los consideras precisos.

Setimio Severo solicitó la alianza de armenios y partos, no porque necesitase de ellos como también repara el caballero Comazzi, sinó porque no favoreciesen el partido de su competidor Persenio; y lo mismo dice Ludovico Dolce haber practicado el emperador Costanzo con Arsaces y con otros reyes de Oriente, porque no se aliasen con los persas enemigos del imperio de Roma.

XXII.—Príncipe grande á vista de otros dos potentados cristianos que se hacen guerra. Comienzan los avisos en cuanto á las precauciones con que deben suministrarse los socorros.—He tratado de los bienes de la paz, de los males de la guerra, de los peligros que se añaden á la injusta, de la que es precisa, útil ó razonable, de las que se deben evitar, y de la forma de buscar socorros y alianzas; pero como el soberano del jefe para quien escribo, no será continuamente el principal de la guerra, ni siempre habrá menester socorros de otros, averigüemos qué puede ejecutar un grande príncipe cristiano á vista de dos que se hagan la guerra, y que como hasta aquí solicitó aliados por necesidad, los tome ahora por elección, no para recibir de ellos asistencias, sinó para dárselas por amistad ó política.

La precisión de entrar en guerra que dije tener un príncipe de fuerza inferior á la de cualquiera de dos vecinos contendientes, no se halla en un soberano de muchas fuerzas, el cual antes bien será contemplado de ambos guerreros porque no tome partido contra alguno de ellos; y siendo considerable su poder, no le queda que recelar de las medianas ventajas que en sus conquistas logre el victorioso, y así nada le estorba de conservarse por algún tiempo neutral.

Jacobo I de Inglaterra poseyendo á más de aquella corona la de Escocia, y siendo querido de sus vasallos, no tenía que temer las resultas de la guerra, que se hacian españoles y franceses, por lo que se mantuvo neutral durante ella, y cada una de las dos referidas naciones se contentaban de que Jacobo no se le mostrase enemigo, ya que no le podía conseguir aliado.

Siendo cristianos los dos príncipes que se hacen guerra, el tercero poderoso de que vamos tratando, haría obra plausible y virtuosa en interponerse para la paz, que le será fácil concluír, amenazando aliarse contra el que repugnare la mediación, como ya dije haber ejecutado Carlos XI de Suecia, que por tal modo efectuó la paz de Risvic entre alemanes, franceses y españoles.

No es el menos bello ornamento de la vida de Erico VIII de Dinamarca, la noticia que dan las his-

torias, de que apenas comenzaba entre sus vecinos alguna guerra, cuando aquel príncipe con su mediación, amigablemente la extinguía: conducta que le adquirió el justo renombre de *Piadoso*; ni logró de la cristiandad poco aplauso el rey Pedro de Chipre, quien sin más interés que el de su católico celo, ajustó la paz entre el Papa Urbano V, y Bernabé Vizconti, señor de Milán.

No solamente la piedad, sinó la política, quiere que el neutral no dé lugar á que uno de los príncipes que se hacen guerra, quede conquistado por su competidor, el cual acaso con el tiempo sería enemigo del que tuvo antes por indiferente, y aprovecharía contra éste la excesiva fuerza que le añadieron sus conquistas. Así conviene atajarlas, no por envidia de que las tenga, sinó por recelo de que con ellas dañe, especialmente si es de genio inquieto y ambicioso, conforme observé otra vez en semejante propósito.

Ussum Casan, rey de Persia, viendo que su vecino, el emperador otomano Mahometo II, se engrandecía demasiado con las frecuentes conquistas sobre otros principes, le declaró la guerra para interrumpirselas, porque cuanto más poderoso quedase el turco, tanto menos seguro estaría el persa.

Felipe IV de Francia, sabiendo el matrimonio que se trataba de la hija del conde Guido de Flandes con Eduardo de Inglaterra, desbarató esta unión, arrestando á aquella princesa, porque si el condado de Flandes con dicho matrimonio, se juntase al reino de Inglaterra, los ingleses, antiguos émulos de la Francia, darían que temer á los franceses.

Si el príncipe vecino á los dos contendientes no puede conseguir la paz entre los mismos, no espere para declarar la guerra que uno se adelante demasiado en las conquistas; pues con el aumento que recibe de ellas, no bastarían tal vez las fuerzas del anterior neutral á restablecer en sus Estados al vencido, ni acaso á resistir al vencedor: fácilmente se detiene en su principio corta pella de nieve que de una cumbre se desgaja; pero engrandecida en su curso, castiga en la oposición de quien se atraviesa, el descuido de quien al comenzar no la pára.

El neutral, vecino á dos potencias guerreadoras, puede solicitar un ventajoso medio término entre ajustar la paz de las mismas ó declarar la guerra á una de ellas, y es que ambas convengan en el armisticio de algunos años, mientras la paz se efectúa en un congreso, para donde el referido neutral se ofrezca por mediador: llamo ventajoso este partido, porque los príncipes que admiten la mediación de un tercero, se hacen imperceptiblemente dependientes del propio; y á trueque de que adhiera á los intereses de uno, le cortejan todos: «Escribo el presente párrafo á los tres años de dilación de abertura del congreso de Cambray, y cuando la mediatriz Inglaterra persiste en conseguir de los alemanes la investidura de Bremen y Werden, y de los españoles la cesión de Gibraltar.

XXIII.—Prosiguen las advertencias sobre el socorro que un principe dé à otro.—En guerra contra infieles, para cubrir el anhelo de conquistar con el intento de protejer; y si la guerra es de la cristiandad para tener motivo de capitular mejor, convendrá que el neutral de que trató el antecedente capítulo, se ponga en paraje de que se le haya de pedir la misma asistencia que desea dar.

Apetecia Cortés interesar al cacique de Zempoala en la guerra que los españoles meditaban hacer á Motezuma, de cuyas extorsiones se sabía estar agraviados los zempoales; pero no por eso entró Cortés pretendiendo contra Méjico la confederación de Zempoala, sinó que se dejó decir, como al des-

cuido, que uno de los estatutos de su ejército era socorrer á los afligidos contra los tiranos; lo cual bastó para que los zempoales solicitasen ansiosamente juntar las armas españolas á las suyas, á fin de satisfacerse de las ofensas recibidas de Motezuma.

No pretendo que se disculpe la injusticia con la apariencia de la virtud, cuando digo que la intención de conquistar se disimule con el semblante de protejer; y habiendo tratado largamente en este libro de las guerras que tengo por justas, voy ahora en la suposición de que lo sea la que emprendas contra moros ú otros infieles perseguidores de nuestra santa fe, y miro sólo á borrar de tu ejército el peligroso nombre de conquistador, que te suscitaría nuevos enemigos, porque muchos toleran sin repugnancia al príncipe que hace guerra, y ninguno sufre sin necesidad al que piensa en conquistas.

Si por terciar entre dos contendientes, se arrima á uno de ellos el príncipe que era neutral, no le preste socorro tan fuerte, que sacándole enteramente del aprieto, se halle en disposición de efectuar la paz, dejando solo en el empeño al que por su defensa declaró la guerra.

XXIV.—Terminase el discurso de las precauciones convenientes al principe que suministre asistencias á otro.—Si los ocultos socorros de dinero, caballos, víveres, municiones, vestuario y armas bastaren á sostener el partido cuya ruína pretendes evitar, no te declares abiertamente, porque de esta manera disfrutará tu país el comercio de ambos contendientes, como verás haberlo practicado así los franceses contra Felipe II de España, á quien no querían mostrarse enemigos, mientras bajo mano daban las asistencias necesarias á los holandeses sublevados. Lo difícil es la duración del disimulo, en favor del cual puede darse á entender que los géneros suministrados al príncipe de tu secreta alianza, son vendidos, y empeñadas por dinero las plazas que tomes por rehenes.

Ordinariamente no se reputa un soberano por tan ofendido de su principal competidor como del auxiliar de éste, porque en el primero conoce precisa la resistencia, ó acaso razonable el acometimiento; y en el segundo se considera peor intencionada la guerra, ó por menos útil, ó por más voluntaria.

El príncipe Enrique de Inglaterra, en la guerra contra su padre Enrique II, fué sostenido por el rey Guillermo de Escocia, quien se halló el primero á experimentar el enojo del reinante inglés, que derrotando á los escoceses, les vendió la paz al caro precio de ceder á Inglaterra las plazas de Bervick y Rocsbourg. Después llevó Enrique II sus armas contra Luís VII de Francia, aliado también del joven Enrique, y no las movió contra éste hasta que tomó venganza de sus valedores, cuya observación hace Gerónimo Fracheta.

La máxima de suministrar disfrazados los socorros, es más precisa al que no tenga tropas bastantes para resistir á la guerra, que después le podría hacer la potencia contra que se hubiese declarado; pues aunque lleguen al oculto enemigo algunas noticias de las secretas contribuídas asistencias, la sospecha no le moverá á la venganza con igual ansia que la evidencia. Sobretodo, es más del caso tal precaución al soberano de pocas fuerzas, cuyo país confine con el del príncipe contra quien emplea el socorro, por que encontraría en la inmediación el escarmiento.

XXV.—Príncipe cristiano á vista de guerra de infieles á infieles.— En guerra de infieles á infieles me parece conviene al príncipe cristiano conservar algún tiempo la neutralidad; porque, si desde luego descubriese intentar contra cualquiera de ellos, harían su paz, considerando al cristiano por común enemigo de su religión; y así lo mejor será dar tiempo á que los infieles hayan consumido en la guerra sus tropas y caudales, para caer después con tus fuerzas enteras sobre el país de uno, ó de ambos.

Otra ventaja, que el principe disfrutará durante la neutralidad, es el gozar del comercio de ambos países contendientes, en especial si ellos necesitan de los géneros que en dominio de tu príncipe sobran; pues en tiempo de guerra se pagan todos á caro precio, y en pocos años de este provechoso tráfico, se hallarían rebosando dinero tus provincias, y exhaustas de él

las de los príncipes, contra quienes pienses en futura guerra.

En cuanto á sostener con ocultos socorros al príncipe que sin ellos no podría continuar la guerra, aunque no medites hacerla después á alguno de ellos, puede aprovechar para que no disturben la que ideas contra otro; pues ninguno deja la causa propia para acudir al socorro ageno.

Cuando á tu príncipe le parezca tiempo de entrar en la guerra de los infieles, trate con ambos, y concluya la negociación con el que le hiciera partidos más ventajosos; pero sea sin empeñar palabra que le aparte de la buena fe.

Si por otro motivo no determina el príncipe cristiano mezclarse en la guerra de los infieles, oculte su ánimo, y entable con ambos contendientes la solicitud de algunas ventajas para su país, dejando que cada uno se lisonjee con la esperanza de su consideración.

La reina Isabela de Inglaterra, viendo que la mira de lograrla en matrimonio, le mantenía afectos y dependientes á muchos señores de su país, y príncipes extranjeros, se valió de aquella ocasión para disfrutar considerables servicios de unos y otros, y no desesperanzando á nadie, fué cortejada de todos, y casada con ninguno.

XXVI.—Ultimos avisos sobre resolver la paz ó la guerra, dar ó recibir socorros y efectuar alianzas.—El soberano alíese contra la nación más aborrecida de la suya, la cual de este modo contribuirá gustosa para la guerra, empeñando su inclinación en lo mismo que se interesa el servicio de su dueño; y si la elección de aliado se hiciese contraria á tal reparo, las asistencias de los súbditos serían tanto menos prontas, cuanto más involuntarias.

Los godos mataron á sus reyes Ataulfo y Sigerico porque estos rehusaron hacer la guerra á los romanos, contra quienes aquella nación estaba irritada, y así Walia, que sucedió á los dos expresados príncipes, hubo de emprender por necesidad política dicha guerra.

No te alses contra nación á quien la tuya tema con particularidad, ni contra país en que haya poco fruto que sacar y muchas dificultades de plazas y pasos difíciles que vencer, ni contra provincias de clima muy opuesto al de tus tropas, ni contra el de grandes llanuras, cuando tu principal fuerza es de infantería, ni contra el montuoso y estéril de forrajes y agua, si eres

inferior en infantería y superior en caballería, ni contra costas marítimas cuando los enemigos son más poderosos en arma naval. Convendrate la guerra contra país que por discordias de sus comandantes, interregno ó menor edad de su príncipe, no tomará las mejores providencias para su defensa; y contra pueblos que aborreciendo á su soberano, prestan comodidad para las inteligencias. Contra tierras desde las cuales tu ejército cubra las tuyas, y en caso de una desgracia sea fácil la retirada, y no difíciles por desunidas de mantener las conquistas; y contra país de ríos navegables, si puedes poner sobre aquellas aguas superior fuerza de armadas, embarcaciones, particularmente cuando vayan en tu favor las corrientes para la conducción de los convoyes.

Si hay libertad para escojer, debes evitar la alianza con príncipe que por antiguos odios ó pretensiones al país de su dueño, creas que después abandonará por genio la correspondencia que ahora abraza por necesidad.

El mismo dictamen dió á su amo el gran chanciller del emperador Carlos V, en el consejo que se tuvo sobre libertar al rey Francisco de Francia.

Aun más que todas las anteriores advertencias, es precisa la de no coligarse en favor de causa odiosa, porque en sostener al injusto, se haría el príncipe acreedor al universal aborrecimiento, partícipe de la injusticia y responsable á Dios de las consecuencias.

Ricardo III de Inglaterra, después de tiranizar la corona y la vida á sus sobrinos, pretendió la protección de Luís XI de Francia para mantenerse en el trono; pero el generoso cristianisimo principe, negando abocarse con los embajadores de Ricardo, protestó altamente no querer amistad ni comercio con un usurpador bañado en la pura sangre de dos inocentes.

No conviene alianza con príncipe de conocida mala fe, por el peligro de que la ejercite contigo, luego que se le acabe la necesidad de tu confederación.

Los embajadores de Belisario persuadían á Vitige, rey de los godos, que no se uniese á los francos, porque en otra ocasión habían practicado mala fe con sus aliados.

Como de ordinario no se puede lo que se quiere, y por consiguiente ocurrirá muchas veces mayor precisión ó ventaja de tratar con un príncipe de mala fe que con otro de buena, procura que la primera cláusula sea que en rehenes del cumplimiento de lo capitulado, se te entreguen las plazas que según la positura del país, te pongan en más seguridad, y al nuevo aliado en mayor sujeción. Ya veo que parecerá exorbitante y áun ofensiva la demanda que á primer folio muestra la desconfianza, pero continúo en la suposición de que el otro príncipe busque el socorro del tuyo por necesidad, en la cual se altera sin repugnancia el formulario.

Porque el rey moro de Baeza era de experimentada mala fe, no se confió el santo rey don Fernando en las capitulaciones hechas con aquel príncipe; y así entre otras, estableció la de que Baeza y algunas plazas más, admitiesen presidio cristiano, y don Alfonso el sabio tuvo la misma precaución en los tratados que hizo con Hudielo, rey moro de Murcia.

Perseo, último rey de Macedonia, ofreció trescientos talentos á Gencio, rey del Ylírico, porque se coligase en su favor contra los romanos, y habiendo Gencio declarado la guerra á estos luego que recibió diez talentos, retuvo Perseo los doscientos noventa restantes, pareciéndole que ya enemistado Gencio con Roma, no abandonaría el partido macedónico. Pero Eumenes, rey de Pérgamo, solicitado

también á la liga de Perseo, escarmentó en cabeza agena y no quiso concluír el tratado si Perseo no le entregaba primero el dinero que le prometía; y así troncando Eumenes el negociado con Perseo procuró hacerse con los romanos.

De buena fe se mostraron siempre los holandeses; pero como la prevención vale más que la confianza cuando se trata de materias donde con la razón de Estado se procura disculpar á veces la sinrazón de la conducta, no quiso la reina Isabela de Inglaterra aliarse con Holanda contra España hasta que se le entregaron en rehenes tres plazas fuertes de Zelandia, para que los holandeses á trueque de no enajenarse de ellas, no efectuasen la paz sin la Inglaterra.

Para evitar un príncipe el peligro de que su aliado le deje solo en el empeño de una guerra que los dos emprenden juntos, no dé paso que pueda poner á dicho aliado en sospecha, ni trate sin su participación y consentimiento con los enemigos. No sé si los holandeses por defecto de esta observancia en última guerra contra España y Francia, ocasionaron la particular paz de los ingleses; pero sé bien que Fracheta repara que semejante conducta salió mal á Clemente VII, mientras aliado con franceses y venecianos, entabló algunas negociaciones con el virey que España tenía en Nápoles.

LIBRO III.

DISPOSICIONES PARA ANTES DE COMENZAR LA GUERRA INTERIORMENTE RESUELTA.

I.—Informes que el general recién llegado al comando tomará de su antecesor, y con qué precauciones.—De las calidades convenientes á un jefe de país y ejército he tratado en todo el primer libro; y suponiendo ahora que sea recién llegado al lugar de su comando, acordaré la obligación que áun tiene el general que no se dispone á inmediata guerra, pasando después á las prevenciones para esta.

Si el general á quien mudas es capaz, justo y bien intencionado hacia tí, le preguntarás qué oficiales de aquel ejército son los más hábiles, quiénes los más resueltos, y cuáles los más á propósito para cada encargo; qué paisanos se experimentaron más afectos á tu príncipe, y de mayor autoridad en tu país y en el de los enemigos que tienes ó esperas tener, para facilitar por su medio los avisos y las inteligencias; qué hombres hay en los pueblos confinantes que puedan, quieran y sepan servir últimamente de espías, y de qué sugetos debes recatar las resoluciones, ó por sospechosos ó por poco secretos, siendo precisa esta noticia de los genios para no engañarte en la elección de las personas.

Himilcón, enviado por los cartagineses á mudar á Asdrúbal en el gobierno de las provincias de España, comenzó por informarse de Asdrúbal del estado del país y del modo con que se debía regir. De Evágoras, príncipe de Salamina, escribe Ludovico Domenichi: «Conocía de tal suerte á cada



ciudadano, que los malos no le podían hacer alguna traición, ni los buenos se ocultaban á su noticia, y así llevaban todos la debida recompensa.

Augusto, poco antes de morir, hizo al sucesor Tiberio una exacta descripción del genio de los principales señores de Roma, de cuya forma pudo Tiberio tomar con ellos justas las medidas.

Como es posible que tu antecesor haya profesado cariño á algunos oficiales, y odio á otros, no sería seguro fiarte á la sola relación del primero: por eso convendrá observar si la conducta de aquellos confronta con las noticias que te dieron de los mismos.

Para averiguar el talento de tus oficiales, contribuirá también excitar mañosamente varios puntos de la profesión, y ver quién descuella más en los expedientes, y en este género de conversaciones podrás llegar á términos de aprender, sin salir del disimulo de examinar.

II.—Reconocimiento de la frontera, plazas, tropas y almacenes.—Supongo que luego que llegues al país ó ejército de tu comando, y acompañado por algunos ingenieros y oficiales de artillería, de víveres y de hacienda, reconozcas tus plazas, almacenes, hospitales y tropas; y hasta lo más adelante que puedas de la frontera; para enterarte de sus ríos, desfiladeros, etc., por no dejar después á la contingencia de los pasos el acierto que se puede asegurar en el examen de los ojos.

El rey don Sancho de Castilla, que usó más del bastón que del cetro, luego que dió sepulcro á su padre el emperador don Alfonso, no perdió instante de tiempo en reconocer sus plazas, fronteras y tropas, para prevenirse de lo necesario á la guerra, que poco tardó contra el rey de Navarra.

Créese que si cuando el señor duque de Orleans llevó el ejército de las dos coronas al sitio de Tortosa por el escabroso largo desfiladero llamado el paso del Ase, y por el Ebro muchos pertrechos, hubiera reconocido el terreno el mariscal Guido de Starember (recién llegado entonces á Cataluña), habría fácilmente impedido la operación, aunque se hallase con número de tropas muy inferior á las de S. A. R.

La razón que dió el vizconde de Turena para discurrir que el señor don Juan de Austria no socorrería á Valencienes, fué que S. A., acabado de llegar á Flandes, no podía haber adquirido del país el conocimiento que bastase á disponer dicho socorro.

Dije en el principio del capítulo, que reconocieses los almacenes: y añado que de tiempo en tiempo repitas la misma diligencia por medio de sugetos de tu satisfacción, no fiándote al solo contrato y relaciones de los asentistas de víveres, municiones ó más géneros; pues tales hombres suelen retardar el cumplimiento de lo capitulado, por esperar conyuntura de barata compra, ó contar por de buen servicio lo que está podrido, ó faltar por malicia ó flojedad; y siempre dicen que todo se halla pronto, de lo cual puede resultar perderse un ejército que sobre aquella se haya puesto en campaña. No sé si la de Balaguer, en el año de 1709, pudiera instruirnos acerca del asunto.

La mala calidad de los víveres que se enviaron al ejercito español que últimamente sirvió á las órdenes del señor marqués de Lede en Africa, fué causa de tantas enfermedades como padecieron aquellas tropas.

Repara varias veces el Guicciardini que muchos malos sucesos que tuvieron en Italia los ejércitos de Carlos VIII y de Luís XII de Francia, consistieron en haber faltado á aquellas tropas el dinero, víveres y pertrechos que algunos ministros, tesoreros y otras personas de estos encargos, aseguraban

estar prontos, sobre cuya fe entraron más de una vez los franceses en paraje de que no pudieron. Jinkel mismo autor da la culpa á los comisarios Cadomo y Corcuti.

III.—Razones para que el general, informado ya de todo pida á la corte lo conveniente á más de lo preciso, y para que no haga estrecha cuenta.—Cuando hayas examinado bien todo lo dicho en el antecedente capítulo, remitirás á la corte los estados de lo que hay y los de lo que falta; no sólo para la guerra, á que supongo te vas previniendo, sinó para una razonable comodidad de tus tropas, de las cuales tu mismo empleo te constituye agente.

Para solicitar á las tropas una justa conveniencia, como es la puntualidad de pagas, pré, vestuarios, buenos cuarteles y camas, garitas y capotes en las plazas de países fríos y sobre todo bien servidos hospitales, hay la razón de que teniéndolas así tratadas, las conservarás obedientes y podrás obligarlas á la exacta importante disciplina, lo cual no sucedería si ellas

estuviesen mal asistidas.

Ultimamente, deberá considerar el príncipe que el más pobre hombre de cualquier oficio gana más salario que un soldado, está donde quiere, duerme en su cama, y no arriesga su vida: sólo al soldado y al marinero

faltan estas ventajas, y ¿se les dejará perecer de miseria?

La cuenta de lo que un ejército necesita debe siempre hacerse larga; porque algún convoy toman los enemigos; tal vez se pudre porción de granos, harina, carne salada ó vizcocho; se moja ó vuela una partida de pólvora; dan en manos de destacamentos contrarios los machos ó caballos de la artillería en la marcha ó yendo á forraje, mueren muchos por la fatiga; son precisas continuas y costosas composturas al carruaje y puentes; y por la no esperada constante resistencia de los enemigos, ó por uno de los infinitos acaecimientos que trae la guerra, se ofrece gastar más municiones en un sitio, ó vivir en campaña más tiempo de lo que se podía creer por un cálculo regular; y si no están vecinas las plazas con almacenes de reserva, y franco el paso de ellas al ejército, este se halla en peligrosas angustias para sostener la operación que le convenga proseguir; y así importaría anticiparse á tener lo que acaso puede faltar.

En pedir para el ejército cuanto sea necesario, corre tu política un peligro que debe despreciar tu fidelidad; y es que si los ministros de tu príncipe no entienden la guerra, se escandalizarán de lo costoso de la demanda; y empleando mal á propósito la economía, te acusarán al soberano de gastador, y retendrán buena porción de lo que pidas, sin considerar cuánto monta más lo que en el atraso de los sucesos destruye su ignorancia, que lo que excusan de dispendio sus arbitrios: yo creo que no sería plausible el ahorro del marinero que por no gastar en velas ni en remos, echase á

la mar su buque sin unas ni otros.

No tendra el arriba expresado peligro el general de un príncipe inteligente de la guerra; antes bien granjeará su estimación, si en lo que pide muestra lo que sabe, como se confirmaron en la del rey nuestro amo y en la de todos los hombres de capacidad, los señores marqués de Lede y don José Patiño por no haber olvidado, para el ejército que en el año de 1718 pasó á Sicilia, un mínimo pertrecho de cuantos le pedían ser necesarios.



IV.—Avisos en cuanto á armas, armeros y gente de otros oficios.-La continuación de disparar, las caídas de los soldados y caballos en las marchas, las lluvias que penetran en los pabellones de las armas en el campo, y las balas de los enemigos en el combate, estropean todas las campañas gran porción de fusiles, carabinas y pistolas, y como se encuentran en el ejército pocos maestros que compongan aquellas armas, es preciso tener siempre cantidad de soldados á aderezarlas en los vecinos lugares, ó los mismos soldados prosiguen inútilmente la campaña desarmados: así convendría que en cada regimiento hubiese dos armeros, y que el rey les pagase bagajes en que llevar sus instrumentos. Vegecio nos dice que entre los soldados de su tiempo había carpinteros, herreros y otros artífices: replicarasme que también hoy los tienen los batallones de artillería; pero que esto no basta, lo dictan las razones siguientes: No siempre hay batallón de artillería, donde regimientos de infantería, caballería, ó dragones; á los obreros de artillería pocas veces les falta que trabajar en pertrechos de ella; y si algún día se desocupan, como dichos obreros son pocos, y muchísimos los soldados que les ofrecen salario, los primeros venden su fatiga á precio tan subido, que no lo puede sufrir la corta paga del soldado: lo mismo sucede con los armeros de los pueblos inmediatos al ejército.

Cuando el fuste de una silla se rompe, ó falta del ejército el soldado que va á componerle, ó no sirve en el escuadrón porque lleva del diestro el caballo, ó este se estropea por muchos días si el soldado le monta dos horas; y si se trata de buscar un maestro que acomode la silla pide tan caro como está dicho de los armeros. Experimentanse los más de estos inconvenientes en los regimientos, destacamentos ó compañías de caballería

ó dragones, en que enferman caballos si no tienen albéitares.

Los fusiles deberán ser todos de un calibre (y lo mismo entre sí las carabinas y pistolas) cuidando de que las balas se hagan iguales; pues de lo contrario se experimenta que al tomar en un pronto municiones, algunas balas por chicas no alcanzan lo que sería menester; otras por muy grandes no caben, y para servirse de ellas es indispensable la dilación de tirarlas en barretas, ó de cambiarlas con otros soldados que tienen fusiles más gruesos y les tocaron balas menores. Siendo todas las balas y fusiles de un calibre, cualquier soldado puede servirse del fusil ó cartuchos de otro que esté enfermo ó que falte, y una propia medida que tengan el sargento y cabos de escuadra de cada compañía regla la carga de todos los fusiles para la pólvora que se ha de echar en los cartuchos, amunicionando de una misma cada regimiento: precauciones que parecen bagatelas, y son importantísimas; porque no hay gente que tire peor que los soldados, lo cual no puede consistir sinó en lo mal reglado de la carga; pues ellos al disparar el fusil, no extrañan el cuerpo, ni cierran los ojos, ni ignoran por donde se hace la puntería.

V.—Noticias que debes adquirir del país à que piensas hacer la guerra: tócanse los medios para lograrlas.—Si esperas hacer la guerra en país de que por su distancia del tuyo, te hayan llegado confusas las noticias, enviarás à él antes de romper la paz oficiales de inteligencia, que con pretexto de ir viendo tierras, en traje de mercaderes, con disfraz de pere-

grinos, ó tomando partido por algunos días en aquellas tropas, observen la calidad de los puertos marítimos y otros menores surgideros; de las plazas; de los hombres; de los caballos y de las armas ofensivas y defensivas; el método de hacer el servicio; los puentes, vados y desfiladeros; el tiempo en que suelen crecer los ríos con las lluvias; ó con deshacerse las nieves; la esterilidad ó abundancia de víveres, agua y forrajes; el número de tropas; cuántas pueden aumentar los pueblos y en qué término de tiempo; cuánta caballería y cuánta infantería; cuál de ella es de mejor calidad; si dicho aumento de tropas ha de pasar necesariamente por algún paraje, que ocupado de las tuyas, ó de tus escuadras marítimas, te sea dable impedirle de juntarse á su ejército en la provincia que medites atacar; la cantidad de bajeles de guerra y el valor y conducta de los hombres que los guarnecen y los mandan; las fábricas de artillería, municiones y armas; la escasez ó copia de hierro, plomo, cobre, maderaje, salitre, azufre y más géneros que se emplean en la guerra; el modo de marchar y campar de aquellas tropas; cuándo son más vigilantes, si de noche ó de día, en las plazas, en la marcha ó en el campo; qué cosa hacen con más perfección, si el atacar ó el defender, el batirse en rasa campaña, ó mantener constantemente una brecha ó atrincheramiento; si pelean mejor en partidas sueltas ó en batalla formal; qué pasiones las domina, si es la ira, el miedo, el interés, la gloria ó el vino; qué fatiga es la que más sienten, las continuas marchas, el desvelo, la penuria de víveres, el calor ó el frío; quiénes son los señores más queridos y más poderosos en el país; qué genios tienen y si aman al príncipe; el natural de éste y el talento de sus ministros, las rentas fijas y las contribuciones que el Estado puede suministrarle en una urgencia; y cuántos años son capaces los pueblos de continuar el extraordinario tributo: cuyas particularidades conviene infinito saber; pues como más adelante diré que repara Mr. St. Evremont, se ha de investigar el flaco de los enemigos para buscarlos por él, del modo que César, habiendo al fin de gran diligencia observado que los elefantes sólo heridos en el hijar se rendían presto, desde allí adelante pudo superar más fácilmente á los que sus enemigos conducían en los ejércitos. La manera de prevalerte de cualquiera de los expresados defectos de la tierra ó nación enemiga, se dirá en los libros donde se ofreciere tratar de cada punto de los referidos.

Buena porción de las diligencias propuestas en este capítulo, verás en Tito Livio practicadas por el cónsul Lucio Emilio Paulo antes de pasar á la guerra contra Perseo rey de Macedonea; y en Quinto Curcio por Alejandro, ideando hacer la guerra á los persas.

Solís dice de Hernán Cortés cuando meditaba la conquista de las Indias: «Informose muy particularmente de la magnitud y límites del imperio mejicano, de sus provincias y confines de los montes, ríos y minas principales, de las distancias de ambos mares, y de los surgideros.

Gustavo Adolfo de Suecia, discurriendo hacer la guerra al emperador Fernando, pasó disfrazado á Alemania, á fin de observar el estado del Imperio, la situación de las provincias, el genio de los príncipes, la fortaleza de las plazas y todo lo demás que le convenía saber para su próxima guerra.

César, primero que declarase la guerra á los ingleses, juntó los mercantes que habían estado en Inglaterra para informarse de las circunstancias del país; pero como gente de otra profesión, no supieron responder al propósito de César, que entonces envió á Inglaterra á Voluseno, para que ya que no daba lugar á mayores investigaciones el poco tiempo que faltaba para la guerra, se enterase de la costa y pueblos de aquella isla.

Foresti repara que los moscovitas son mucho mejores para sostener un sitio que para una batalla

campal; y Comin Ventura, dice que la infantería de los bohemos no vale para los asaltos, y que su fuerza consiste en la buena orden para pelear en campaña.

Los cretenses, que eran buenos para las partidas sueltas, no servían para batallas formales.

VI.—Equivalente de las diligencias propuestas en el anterior capítulo para la guerra contra el país vecino: aviso en cuanto á cartas geográficas.—Si el país á que piensas hacer la guerra, hubiere otras veces tenido comercio con el tuyo, supongo excusada la diligencia propuesta en el anterior capítulo de enviar oficiales á las averiguaciones que él expresa; pues bastarán las advertencias de tu corte á quien los embajadores y confidentes habrán sin duda hecho una exacta descripción del mencionado país, pudiendo los primeros, sin peligro de ser tratados como espías, adelantar investigaciones que son ó imposibles ó muy arriesgadas á los puros emisarios.

El caballero Borri dice que cuando los embajadores venecianos vuelven de las cortes extranjeras, tienen obligación de referir al senado cuanto han podido comprender sobre las costumbres de los príncipes, la calidad de los hombres, el sitio, fertilidad y riquezas del país y tocante á todas las demás circunstancias bien que mínimas, y que esta noticia sirve de mucho á aquella república para tomar justas las medidas en las ocasiones que se ofrecen.

A más de cualesquiera informes que puedas tener de la provincia contra que esperas guerrear, buscarás las cartas geográficas de ella mejores y modernas, y repasándolas muchas veces, procura hacerte una clara idea de la positura del país, para disponer según la misma tus marchas, la de los convoyes, el puesto de los almacenes de víveres, forrajes, municiones, los hospitales y todo lo demás necesario á tu empresa; pero advierto que no te fíes tanto á las citadas cartas que dejes de consultar sus noticias con sugetos prácticos del terreno, porque tal vez hallarás en el papel ríos y puentes que no habrá, olvidados otros que se encuentran, y diferentes iguales yerros en los montes y en las distancias; fuera de que los mapas que no se forman con toda libertad en el país propio, no señalan desfiladeros, zanjas, vados, fuentes, lugares pantanosos, etc., y si á costa de dinero pudieras conseguir que uno de los ingenieros de aquel país te remita un plano de él con todas las expresadas circunstancias, no debes regatear el precio.

El año de 1706, preguntando el comandante de un destacamento á su ausente capitán general qué debía ejecutar en caso que se le acercasen los enemigos que se hallabau superiores, respondió el jefe, que pasásemos tal río, y al otro lado hiciésemos alto: anduvimos de uno en otro oficial informándonos del expresado río, y finalmente averiguamos que en el paraje señalado sólo había una pequeña cañada, que en el invierno á fuerza de lluvias recibía algunas aguas; pero al cabo de breves horas de serenidad quedaba enjuta. Así lo estaba cuando se nos propuso por asegurado refugio; y todo consistió en que el mapa del capitán general marcaba allí un río.

VII. Anticiparse á comprar del país que haya de ser enemigo ó neutral los géneros que puedan aprovecharte y hacer falta á los contrarios. Teniendo reconocido tu país y el que ocultamente contemplas enemigo, será bien principiar á discurrir de las otras prevenciones de guerra, y como para las que se han de hacer en dominios de tu soberano, quedará más tiempo que para concluír las que se deben ejecutar en tierras de otro, comenzaré por estas.

Antes que los enemigos se recelen de la guerra, sacarás disimuladamente de su país los artífices, metales, granos, maderas y más géneros (precisos al uso de dicha guerra) que se encuentren en aquellas provincias, y de que las tuyas carezcan aunque sea pagándolos á precio más alto que el ordinario, tanto para abastecerte como para desproveer á los contrarios.

El autor del libro intitulado *l' Imperatore et l' Impero tradito:* refiere que Luís XIV de Francia, previniéndose á la guerra contra Alemania, llenó sus almacenes de Lorena y Alsacia con los granos comprados en Suave y Franconia; y así no sólo consiguió surtirse de víveres sinó dificultar á los enemigos la misma provisión.

Aun del país que ha de ser neutral, conviene comprar antes de la guerra los géneros de que necesites en ella, y cuya falta sea en un repente per-

judicial á los enemigos.

Todos los géneros capaces de servir en una guerra cuando esta se declara, se encarecen al doble; porque es mayor el consumo, y porque sus dueños añaden al justo precio la necesidad de comprarlos: son más caros los trasportes, porque en tiempo de guerra no siempre se puede hacer el camino más breve, y se hallan en menos cantidad los bagajes, sea que esté gran número de ellos empleado en otras ocupaciones de la guerra, ó que las tropas los roban, ó que los paisanos los llevan á tierras apartadas para eximirse de las incomodidades y riesgos de la frontera.

Sobre tales consideraciones dice el general Montecuculi haber Felipe de Macedonia anticipado dos años á la guerra contra los persas los preparativos para ella.

Las compras hasta aquí propuestas deben hacerse por mano de varias personas de tu oculta satisfacción, que muestren ejecutarlas para su comercio particular; pues si se conociese que eran de cuenta de tu príncipe, adelantarías á los enemigos la sospecha, ó por mejor decir, la evidencia de la guerra; embargarían los géneros comprados y perderías el dinero dado por los mismos.

Aun con lo que se compra en país que ha de ser neutral, es necesario el propio disimulo; porque su príncipe acaso no querrá enemistarse con el otro á quien piensas hacer la guerra, con vender ó permitir que se vendan pertrechos conducentes á ella, ó temerá que tu armamento pueda ser con-

tra el expresado país.

VIII.—Sobre el número de infantería y caballería de un ejército.— Hecha la prevención de lo que para la guerra se ha de tomar del país enemigo, veamos de qué tropas debes armarte en el tuyo.

Si el terreno en que piensas hacer la guerra fuere llano, te convendrá entre cuarta y quinta parte de caballería y dragones, esto es, para veinte mil hombres cuatro ó cinco mil caballos; pero si es montuoso ó cortado de bosques y zanjas, bastará una sexta parte de caballería y áun menos.

Deberás también cargar de más ó menos caballería según el país á que llevas la guerra, sea estéril ó abundante de agua y forrajes, por la razón

que verás en el parrafo siguiente dar el general Montecuculi.

De cualquiera forma, si tu infantería es buena, conviene hacer de su gran número la fuerza de tu ejercito; porque ella pelea en todos terrenos, sirve para los ataques y defensas de plazas, y en un día de batalla no deja de hacer su función tan útilmente como la caballería, la cual sólo se emplea para los combates en paraje llano y ancho y poco en los sitios.

Si la caballería es numerosa, no se puede mantener largos días un campo (que tal vez importaría conservar) por la falta de forrajes, que ocasiona en su gran consumo la mucha caballería.

Cuando consiste en ésta la principal fuerza, y la de los enemigos en infantería, se pondrán en campaña primero que tú; porque no tienen que esperar tanto á que los forrajes crezcan.

Siendo muy grande el número de caballería, el ejército se ve precisado á no apartarse de los ríos, para tener agua suficiente; y cuando se defiende

un campo retrincherado hace falta la infantería.

Amadeo Nieccoluci, en su Arte militar, dice que á veces un buen soldado de caballería no sirve, porque espantándosele el caballo no quiere llevarle á donde conviene, á que se añade que el caballo herido de arma blanca, dificultosamente vuelve á la carga, ni por consiguiente quien le guía puede restituirse á ella. En una palabra, considera si es más fácil que obren con acierto los infantes, en quienes la obediencia pende sólo de la orden de su jefe, ó los montados, cuya acción está sujeta al capricho de brutos; pero dejando las pruebas que ofrece la razón, pasemos á buscar lus que enseñó la experiencia.

IX.—Práctica de los antiguos en servirse de poca caballería. Ejemplares de la que para vencer hubo de desmontar. De infantería que en rasa campaña se defendió contra la caballería y de la primera que derrotó á la segunda.—Los romanos y los griegos, cuyos ejércitos dieron leyes al mundo, no sabemos que se hayan hecho famosos por su caballería; pero nadie ignora cuánto fueron memorables los últimos por su falanje macedónica, y los primeros por sus legiones: verdad es que había en éstas, cuando eran de cuatro mil infantes, doscientos caballos, y trescientos cuando estaban las legiones á cinco mil infantes; y no habiendo regularmente en los ejércitos de Roma otros hombres montados, se conoce que aquella nación pensaba que la mayor fuerza consistiese en la infantería.

Marco Valerio Corvino, viendo que su caballería en batalla campal contra los samnites, no podía batirlos, hizo desmontar á los soldados de ella que, á pié, derrotaron á los mismos enemigos de quienes habían sido

repelidos y maltratados.

Lo propio sucedió á los pretores romanos Gayo Calpurnio y Lucio Quincio en combate contra los españoles junto al Tajo; al dictador Aulo Posthumio en la batalla del Lago Régilo; al cónsul Marco Horacio contra los sabinos; al cónsul Gayo Sempronio Atratino contra los vólscios; al dictador Appio Claudio contra los hérnicos; y al dictador Lucio Papirio contra los toscanos: todos los pasajes de este párrafo hallarás extendidos en la historia romana escrita por Tito Livio, y yo los recopilo por ser muchos.

Puestas en desordenada fuga las tropas del Papa Julio II, y las demás del ejército de España en la batalla de Rávena, se puso en retirada la infantería española; y aunque embestida por todo el vencedor ejército de Francia, se abrió camino y se salvó, después de haber muerto en el ataque de dicha infantería don Gastón de Foix, general de la armada francesa.

En la batalla de Rocroy, perdida ya por españoles, un pelotón de infantería de estos resistió á todo el ejército de Francia; y habiendo sido preciso llevar cañones para batir la viviente muralla de los generosos guerreros, el príncipe de Condé que honraba en sus enemigos la gloria de que él mismo hacía verdadera profesión, concedió decentes capitulaciones á la referida infantería, que se hallaba mandada por el conde de Fontana y por don... Idiáquez.

Derrotada totalmente la caballería de los enemigos en la batalla de la Gudiña, el año de 1709, y siendo la de España por lo menos tan buena como la mejor del mundo, se vió rechazada cuantas veces intentó romper el cuadro que los enemigos formaron con su infantería, la cual pusieron

en salvamento, retirándose por terreno llano.

¿Qué mejor partido sacó nuestra caballería de la porción de infantes que con el mariscal de Staremberg se retiraron (después de batido su ejército en Villaviciosa, el año de 1710) desde Castilla á Cataluña, mar-

chando muchos días por país llano y amigo nuestro?

El mariscal de Monluc, en sus *Comentarios*, confiesa las ventajas de la infantería sobre la caballería mientras aquella mantiene su orden y siempre algún fuego, cuya opinión autoriza Monluc con el ejemplar de haber él mismo con pocos infantes derrotado, cerca de Saviliano á una partida superior de arcabuceros á caballo, y de otra caballería armada de lanzas.

Mientras los suizos atacaban á franceses y á alemanes junto á Novara, año de 1513, no teniendo los primeros caballería alguna, destinaron un cuerpo de tres mil infantes á hacer frente á la caballería y gente de armas del ejército francés, y la pusieron tan á raya, que todas las persuasiones, amenazas y ruegos de monsieur de la Tremouille, su comandante, no pudieron obligar á dicha caballería y gente de armas á moverse contra los tres mil suizos, aunque se veía que los demás de esta nación ejecutaban notable mortandad en alemanes y franceses, que aquel día fueron batidos.

X.—Pruébase que alguna caballería siempre es necesaria: dicense sus ventajas, y cuándo convenga grueso número de ella; y se aconseja de ir en cualquier caso adiestrando la infantería.—No pretendo que formes un ejército sin razonable número de caballería; pues todo cuerpo es imperfecto si le falta alguno de sus principales miembros, no sirviendo los ojos para el oficio de los oídos, ni las manos para el uso de los piés; así en una armada no puede muchas veces ejecutar la infantería una diligencia pronta, que á la caballería es fácil, ni emplearse esta en lo que directamente pertenece á la infantería.

La caballería es precisa para correrías en el país enemigo, para golpes de sorpresa, y para socorros en lugares distantes, para embarazar al ejército contrario los convoyes, insultarle los forrajes, tomar lengua y caer con una evolución repentina sobre el costado del ejército enemigo en día de batalla, como se verá en los capítulos de otros libros, donde trataré de estos asuntos; pero áun es mayor la necesidad de un competente número de caballería para seguir una derrota, porque como el que huye pierde el orden por su miedo, y el que sigue le conserva por su precaución, jamás con sola infantería darás alcance al ejército que derrotes; y por el contrario, aunque seas enteramente batido, la mayor parte de tu caballería se



salvará con tal que no encuentre cerca desfiladero que la detenga; pues al paso que siga la caballería enemiga, se retira la tuya.

Los diez mil griegos, que con Jenosonte, Clearco y otros capitanes, hicieron la famosa retirada de Persia, se hallaron capaces de resistir al infinito número de caballería que durante muchísimos días les incomodó la marcha; pero el mismo Jenosonte dice que los expresados griegos se afliglan grandemente de considerar que si una vez eran vencidos, no tenían esperanza de librarse, y si vencedores, hallaban cada día por experiencia que no podían seguir el alcance, ni sacar fruto de la victoria, porque no tenían alguna caballería. Tisasernes, Arieo y los demás enemigos, escapaban francamente la suya siempre que se veían rechazados.

En la batalla de Zaragoza, que perdieron nuestras tropas, el agosto del año 1710, no sé que se haya malogrado la décima parte de la caballería nuestra que entró en la batalla.

En las repetidas que los turcos perdieron contra alemanes, siempre los primeros han salvado la mayor parte de su caballería.

Para hacerte de mayor número de caballería, puede haber la razón de que la teman los enemigos más que á la infantería, como sucede en Cataluña, donde los paisanos, áun en la llanura, aguantan al fusil tan bien como los mejores soldados y tienen, por otro lado, tal recelo de la caballería, que hasta dentro de montañas inaccesibles huyen de sólo verla; por eso nuestros ejércitos en aquel país cargan siempre de caballería, no obstante que lo áspero de él requiere poquísima, á menos de la circunstancia dicha.

En otro caso debes servirte de mucha caballería, y es cuando siendo tu nación más á propósito para ella que para la infantería, sobrevenga una importante guerra, sin que hayas tenido tiempo de poner en disciplina y en coraje á los infantes.

En tiempo de Carlos V y de Fesipe II, que la infantería de España estaba en más crédito que la caballería de la misma corona, sus ejércitos constaban de corto número de caballería á proporción de la infantería; y cuando el rey, que Díos guarde, llegó á España y encontró el gusto de la nación cambiado, y que los nuevos regimientos de caballería y dragones se amaestraban mucho más pronto que los de infantería, levantó S. M. mayor cantidad de los primeros respectivamente á los segundos.

Las razones por que suele acontecer que los enemigos teman con distinción á la infantería ó á la caballería, y que la gente de algunos pueblos naturalmente valga más para la una que para la otra de las dos tropas, consiste en la calidad del armamento más ó menos propio á resistir contra la caballería; en la mayor costumbre de pelear contra ella ó contra infantes; en fiarse á la ligereza para la huída, y temer el alcance de los caballos y no el de los infantes; en haber sido la nación más veces derrotada por infantería ó por caballería; en haberse criado con armas que aproximen á las de la una más que á las de la otra, y en el genio que nace con los hombres, sin que le acompañe motivo especial.

XI.—En que se comienza á tratar de particularidades tocantes á levas.—Habiendo hablado en los tres antecedentes capítulos del número de infantería y caballería que según diferentes observaciones debe tener un ejército, falta saber las advertencias tocantes á ejecutar la leva de la una y otra tropa.

Reclutarás la infantería en provincias ó en lugares cuyos hombres na-

Digitized by Google

turalmente sean á propósito para ella, teniendo la misma advertencia en las reclutas de caballería; pues hay gente de algunos parajes, que no valiendo para la una, se halla excelente para la otra, sea pura inclinación, ó que las armas y ejercicio de uno de los dos cuerpos se proporcione más á la crianza, que en diferentes pueblos tuvieron los paisanos, como ya otra vez he dicho.

De los romanos dicen sus antiguos escritores que tomaban de las Islas Baleares ó de Mallorca, los honderos; de otro país los archeros, y así de cada uno la gente más inclinada, y dispuesta á pelear con las diferentes armas y en las varias formas que acostumbraban aquellos ejércitos.

En la infantería suelen probar mejor los hombres de tierras pobres y ásperas, como acostumbrados á caminar á pié y á sufrir miseria y fatigas, que no podría tal vez aguantar el paisano que se hubiese criado con descanso y con regalo, el cual será capaz de servir en la caballería. Vemos á propósito para ella á estremeños y andaluces, y que estos mismos no son para la infantería tan buenos como vizcaínos, gallegos, asturianos, suizos y otras naciones de tierras montuosas y pobres, donde sólo á fuerza de un continuo sudor encuentran los habitantes su alimento.

Los hombres de tierras míseras, por el ordinario, son más humildes y obedientes que los de provincias ricas. Así lo repara Amadeo Niecoluci, y dentro de la España puede cualquiera observar la diferencia de un andaluz á un gallego. En país pobre las reclutas son más baratas, porque menos dinero da mayor golpe, y porque la corta conveniencia que el paisano disfruta en su casa, le anima á buscarla mejor en otra profesión y tierra. En diferentes historias leemos, y Ludovico Dolce afirma en la suya, que los hunnos, godos y algunas más naciones de las que inundaron gran porción del mundo, se alistaron sin repugnancia en los ejércitos, á trueque de salir del país nativo, en cuya esterilidad no había podido echar suficientes raíces el afecto.

Amadeo Niecoluci aconseja que se apliquen á la infantería las reclutas ejecutadas en villas y aldeas, cuyos moradores se encuentran regularmente acostumbrados á las incomodidades y fatigas de la campaña, y dice que á la caballería se destine la gente reclutada en las ciudades, que suele ser más débil.

Aun estrecha más Niecoluci su dictamen; pues quiere que los hombres de oficios pesados vayan á la infantería, y los de ejercicios ligeros á la caballería.

XII.—Advertencias que deben tener los inspectores sobre la calidad de reclutas, remontas, vestuario y armas que reciban.—Los asentistas ajustan con el ministro que el príncipe destina, el precio de las armas y vestuario que han de suministrar, según la calidad de un vestido y de una arma de cada género que presentan; pero al tiempo de la entrega no son siempre los vestidos y armas tan buenos como la muestra, ni en la corte se acuerdan ó no quieren algunas veces acordarse, de remitir dichas muestras á los inspectores, para que no reciban géneros que no sean de la calidad concertada, de donde resulta que pagándolos el rey por buenos, son de mal servicio y poca dura. En los caballos, el mayor engaño le suelen practicar los oficiales que van á comprarlos ó á entregarse de los que el

asentista compró, tomándolos con alguna enfermedad ó defecto, lo que también sucede porque el mariscal de quien el oficial se fía, se deja sobornar por el asentista ó por el que vende el caballo, particularmente si dicho mariscal no es del mismo regimiento, ni por consiguiente le queda recelo del cargo qué se le puede hacer cuando se descubran muchos caballos defectuosos. El remedio es enviar oficiales inteligentes y desinteresados, y si son muchos los caballos que se han de recibir, dos mariscales, porque para sobornarlos á ambos, gastaría sobrado el vendedor de pocos caballos. El inspector tendrá la misma precaución de no fiarse de un solo mariscal, y confrontará bien con los caballos la lista de señas y marcas que hubiere entregado el asentista; porque muchos oficiales acostumbran tomar para sí y para sus amigos los mejores potros, y poner en su lugar rocines que compran por cinco ó seis doblones. A medida que el inspector acepte los caballos, ya se sabe que les hace cortar la oreja en su presencia, para que desde allí al cuartel no se cambien. Si en la remonta hubiera caballos de descarte, supónese que no se reciban, y si el oficial que los compró los carga á mucho más precio del justo, el inspector rebaja lo razonable aunque el oficial presente certificación del que vendió el caballo, por donde el oficial quiera hacer constar que se pagó lo que él dice.

Supongo también que los inspectores no admitan malas reclutas, de las cuales tarde ó nunca se hacen buenos soldados, particularmente de hombres de mucha edad, que son duros en aprender, y á pocos años se vuel-

ven incapaces de resistir á la fatiga.

Cuando las reclutas se hacen para una paz que se cree dure, se pueden recibir muchachos de algún año menos que los diez y ocho de la regular tasa, como tengan traza de crecer y buen arte; pues aprenden los ejercicios de la guerra mejor que los grandes y cobran más cariño á la profesión; así experimentamos que los más buenos soldados son los hijos de éstos, y otros que desde niños siguen á las tropas de criados de oficiales ó vivanderos y de galopines de las compañías.

Nunca se deben recibir muchos soldados casados, porque si se dejan á sus mujeres, el afecto á ellas los llama á la deserción, y si las llevan consigo, les sirven de embarazo en las marchas, les hacen descaecer de ánimo en la ocasión, y los incitan á robos en los pueblos y campañas para tener con qué alimentar sus hijos, á cuyo sustento no basta la paga del marido.

El rey Valdemaro I de Dinamarca, destinando una porción de tropas contra los vecinos idólatras que insultaban sus mares y costas, mandó que en dichas tropas no fuese algún casado, ó quien habiéndolo sido tuviese hijos; porque el amor á estos ó á las mujeres no les causase repugnancia para la navegación ó lentitud para la milicia.

Aristóteles observa que los soldados son incitados á los robos por sus mujeres, de ordinario codiciosas; y entre los alemanes, que llevan muchas en sus ejercitos, se ve cuánto más daño hacen ellas al país que sus maridos.

En recibir muchos soldados casados se añade el inconveniente de que disminuye la población, pues ni siempre los soldados pueden tener consigo sus mujeres, ni la incomodidad con que ellas y sus hijos viven, particularmente en las marchas, permite que muchos de éstos lleguen á grandes. Cuando un paisano determina casarse, ó tiene aprendido oficio, ó tierras que labrar y práctica en el trabajo de la campaña; con que siempre hace

alguna falta en su país para el uso de su profesión ó para el cultivo de los

campos.

Aun en que los generales llevasen consigo las mujeres á las provincias de su comando, se halló reparo en la antigüedad. Fuerte, y áun cruel, fué sobre este punto la expresión de Severo Cecina; pero como no me es lícito mudar sus palabras, las traeré al pié de la letra: «La compañía de las mujeres no hace más que embarazo, sea en paz ó en guerra: su pompa corrompe las costumbres; su timidez retarda las empresas; con ellas un ejército romano parece uno de eunucos; esto sexo no solamente es incapaz de trabajo, sinó cruel y ambicioso; y si tiene mucha libertad, quiere absolutamente dominar; cuando sus maridos son acusados de interés, las mujeres se hallan siempre mezcladas en la causa; cuando entran en una provincia, los malvados se encaminan á ellas como á personas que emprenden voluntariamente los malos negociados y saben salir con todo.»

XIII.—Sobre la preferencia entre reclutas forzadas ó voluntarias; avisos en cuanto á las primeras y acerca de las divisas de los cuerpos.

—El autor del diálogo entre el gran capitán y el duque de Nájera prefiere á las reclutas de voluntarios las que por elección se toman de las provincias, alegando que las primeras ordinariamente se componen de holgazanes y viciosos que, por huír del trabajo y del castigo, se escapan de sus

padres y pueblos. Contra la anterior opinión pudiera decirse que también es natural que se experimente más animoso el que viene de su voluntad á buscar un ejército, que el que se toma á bulto en el país; si el primero es vicioso, la profesión de la guerra amansa mucho, y el rigor de su castigo permitirá al vicio de aquel hombre menos curso del que en su lugar tendría; siendo uno de los pocos y principales bienes que la guerra ocasiona al arrancar de los pueblos las dañosas yerbas de los malos genios, y aunque parece que me contradigo, porque siendo de voluntarios la leva tal vez quedarán en las provincias los que sean capaces de excitar alborotos en las mismas, satisfago con que el propio genio inquieto de tales hombres les moverá á seguir por elección el bullicio de las tropas; y si alguno de ellos no lo hiciere, no se priva el arbitrio de enviarle por fuerza, sin alterar en lo general la recluta de los voluntarios; en las de forzados nos mostró la experiencia de la pasada guerra, que los pueblos se aniquilan; porque el señor ó justicia no siempre hace prender al ocioso, sinó al desvalido ó al buen trabajador, que no le cayó tanto en gracia como el vagamundo: los ministros inferiores suelen tener corta la vista cuando se trata de buscar al insolente que les hace miedo, que se halla protegido de algún capataz de su pueblo, ó que los ha sobornado; con que de ordinario viene la prisión á caer sobre algún infeliz que no tenga espíritu para la guerra, y que sea tal vez el mejor vecino para la quietud de su lugar, para la asistencia de sus pobres padres y para la cultura de los campos, ó para el ejercicio de algún arte; y áun cuando las justicias y sus alguaciles obren con exactitud, queda el inconveniente con los oficiales de recluta, que por empeños ó por interés descartan á los que son á propósito, ó reclutan un voluntario por dos pesos, y le venden á un lugar por 40 doblones: entre los justicias de las aldeas y los oficiales de recluta hay los regidores de las ciudades, que hallan defecto en los hijos de renteros de parientes y amigos; y algunos de ellos se vencen del dinero, que secretamente se les ofrece, para que desaprueben el soldado, ó los engañan los cirujanos pagados para declarar por habituales y peligrosas las enfermedades inventadas: el sorteo que se practica en muchas provincias, evita gran parte de los referidos males; pero siempre existe el de que los que no tienen oficio ni beneficio, se ausentan ó se esconden; y así la necesidad obliga á echar mano de los que hacen más falta en la república. En otros países donde la repugnancia á la milicia es mayor, se ocultan buenos y malos, tarda años enteros la recluta, y en el interin las campañas quedan incultas.

Ya veo que en donde los paisanos tienen horror á la guerra, no se encontrarán bastantes soldados voluntarios, y que es indispensable recurrir á las levas de forzados: en tal caso yo añadiría la circunstancia de que dentro de seis años serán puestos en libertad los soldados de aquella leva, con lo cual sus parientes no quedarían tan afligidos, ni de los mismos soldados

desertarían tantos.

Dirás que de la forma propuesta nunca se llegaría á tener un ejército de veteranos; pero de 1,000 soldados que hayan servido seis años, los 800

se quedarán por su gusto en las tropas.

El mariscal de Monluc aconseja que cada cuerpo tenga diferente librea, para que se distinga en una función cuál obra bien ó mal, y para que temerosos los oficiales y soldados de que por este medio se observe su falta, se esfuercen todos á no ejecutar movimiento que les traiga deshonor. El propio Monluc dice haber hecho cubrir de tafetán amarillo los morriones de los soldados de su compañía.

Otra razón hallo para la diferencia de divisas, y es que por ella se pueden conocer unos á otros los hombres de cada cuerpo, y rehacerse cuando se hayan barajado con los de otros regimientos; pero esta variedad de divisa me parece más eficaz en las banderas; porque siendo más altas se des-

cubren mejor que las libreas de los soldados.

El rey nuestro señor hizo poner en las banderas de cada regimiento las armas y nombre de su provincia; y Vegecio refiere que los romanos cuidaban mucho de realiarse cada uno en donde veía á su bandera, cuando perdido el orden se hallaban interpolados.

Entre los Tlascaltecas, nación para aquel país la más guerrera, se practicaba distinguir los cuerpos ó compañías por el color de los penachos y por la diferencia de las insignias, que unas tenían la figura de león, otras de águila, etc.

XIV.—Comiénzase á discurrir de los inconvenientes en reclutar, comprar ó recibir tropas de país extranjero.—Dije qué tropas convenían y las que no son á propósito de las del país de tu príncipe; ahora tratando de las extranjeras, comenzaré por expresar las razones generales para excusarlas; examinaré después la manera de pasar sin ellas; últimamente, buscaremos las precauciones oportunas á quien las tiene, cuando sea indispensable el recibirlas. No puedo separar los puntos de auxiliares alquilados por otro soberano, ó reclutados por el tuyo, á causa de ser muchas veces los inconvenientes con tropas extranjeras comunes á todos los tres casos.

Si el país de tu dueño pudiere sin despoblarse dar los soldados necesarios y de la calidad conveniente, no recibas auxiliares comprados ó recluta-

Digitized by Google

dos en número superior ó igual á las tropas nacionales, porque sería tomar amo en lugar de huésped.

Tito Livio escribe que Scipión africano, creyendo no bastar las tropas de Roma contra la multitud de cartagineses de Asdrúbal Gisgón, y de Magón Amílcar, reforzó su ejército con extranjeros; pero que se guardó bien de tomar tal número de ellos que si le faltaban de fe, pudiesen causarle el dafio que por falta de esta cautela habían experimentado Gneo y Publio, padre el uno y tío el otro de Scipión el Africano.

Genserico, rey de los vándalos, con pretexto de pasar á socorrer en África á Bonifacio, tirano de aquel país, contra el emperador Valentiniano II, se apoderó de gran porción de la Mauritania, y de otras tierras que obedecían al referido Bonifacio.

Engisto, rey de los anglos, siendo llamado de los romanos á Inglaterra para defender la isla contra escocios y pithios, domó á estas dos naciones; pero después usurpó la isla á los romanos, á cuyo socorro había pasado con superiores fuerzas.

Los regimientos extranjeros, como hacen venir de más lejos sus reclutas, y capitulan por su interés y no por obediencia ó amor al príncipe, tienen de ordinario mayor paga que los nacionales: el general Montecuculi dice que aunque las tropas forasteras sean pagadas por sus príncipes, si se cuenta lo que gastan más que las propias en forrajes, utensilios, cuarteles de refresco ó de invierno, marchas, regalos, desórdenes y estorsiones, salen á mayor precio que si un soberano levantase regimientos en su país y los pagase de su dinero.

Si esta paga ó cualquiera que deban percibir no es muy pronta, se amotinan ó se retiran; y cuanto más necesidad hay de ellos, tanto más insolentes se vuelven, no hallándose obligados de la razón de vasallaje que mantendría en obediencia á los tuyos, quienes no alegan, como los extranjeros, el recíproco ajuste de la paga y del servicio, ni se excusan de hacer este sin aquella, pues de la fe y resignación de los nacionales te son rehenes los hijos, mujeres, haciendas y distinciones que ellos tengan en el país.

Una de las principales causas de perder los franceses el ducado de Milán, fué que no estando pronta la paga de los suízos que militaban á las órdenes de Mr. Lautrech, se retiraron del servicio de Francia.

El ejército de la misma corona mandado por Mr. de Montpensier se hallaba sobre Frangeto casi cierto de batir á las tropas del rey Don Fernando de Nápoles, cuando los suízos, que hacían considerable porción de dicho ejército, quitaron al de Montpensier la victoria de la mano, pues en lugar de pelear se amotinaron pidiendo sus pagas, por creer que en aquella coyuntura, donde era mayor la necesidad de su asistencia, los hubiesen de contentar á toda costa.

Replicarás que también puedes traer ejemplares de tropas que por falta de pagas se amotinaron contra su mismo príncipe, y acaso me acordarás los continuados motines de los españoles en Flandes á tiempo del duque de Alba, de don Luís de Requesens, del príncipe de Parma, de los archiduques Arnesto y Alberto, del conde de Mansfeldt y de otros gobernadores del País Bajo; pero en todas las desapasionadas historias puede observarse cuánto fueron tales motines distintos de los que suelen formar los extranjeros; pues aquellos españoles, áun mientras se mantuvieron tumultuantes, socorrieron muchas veces al ejército de España menesteroso de sus asistencias, se defendieron contra los enemigos de la corona que les solicitaban con dinero, y oprimían con la fuerza las plazas de que los propios españoles se habían apoderado, no para entregarlas á los contrarios,

sinó por prenda de los alcances y del perdón, conforme hallarás en las historias de aquella guerra escritas por el cardenal Bentivollo, por Famiano Estrada y por Manuel de Meteren que servía á los holandeses, y por consiguiente no será sospechado de parcial de los españoles. Que no hacen lo mismo los extranjeros cuando se amotinan, lo verás en este libro antes que se acabe el tratar de ellos; y para conocer cuánto más constantemente cualquiera nación sufre por su príncipe natural que por otro alguno, repara que muchos millares de alemanes vinieron de su expontánea voluntad y sin el menor interés con Jorge Fronsperg á defender la causa del emperador su amo en Italia, en donde toleraron pacientemente innumerables trabajos y miserias, siendo así que aquella nación, en faltándole lo conveniente, cuando sirve á soberanos extranjeros, se amotina con la facilidad que nadie ignora.

XV.—Prosigue el discurso de los inconvenientes en servirse de extranjeros.—El príncipe que te alquila ó presta los extranjeros, tal vez los llamará en la ocasión que tengas la mayor necesidad de tropas, ó porque haya menester de ellos para su servicio, ó porque el mismo príncipe medite declarársete enemigo.

Reciente y eficaz es el ejemplar de España, cuyos ejercitos, hasta que el rey nuestro señor vino de Francia, consistían en ingleses, holandeses y alemanes, auxiliares o alquilados, todos los cuales se retiraron de golpe en vísperas de una cruel guerra, dejando á la España indefensa, á no haber acudido tan prontos en su socorro los franceses, y ejecutado el rey con increíble celeridad la leva de más de setenta mil españoles.

Acaso no contentándose los extranjeros con abandonarte, se quedarán con las plazas que les convengan del país en que servían.

Los venecianos que en el año de 1527 estaban aliados con el papa Clemente VII, viéndole prisionero de los imperiales, tomaron á Rávena y á Cervia, lugares pertenecientes á la Iglesia.

Parecerate que antes bien los extranjeros que militan en tu ejército sirven de rehenes de la amistad de sus príncipes; pero no siempre que estos los llamen podrás rehusarles el retorno por no hacerte enemigos á dichos soberanos; pues al que pone cincuenta mil hombres en campaña, se le dará poco de que le desarmes tres ó cuatro mil, y si el número de los que guerrean en tu país es grande, á poca diligencia encontrará favorable coyuntura de ponerse en salvo.

Es casi imposible que se convenga sobre las operaciones de ejército compuesto de tropas de muchos príncipes; porque el jefe que allí tiene cada uno solicitará que se ataque ó socorra el país que mejor cubra las fronteras del suyo, ó que más importe á los ocultos designios del príncipe su señor; y en esta variedad de dictámenes se desconcierta la unión de los cabos; nacen continuas desconfianzas, y se retarda la ejecución de las empresas.

Con pretexto de pacificar la Italia y de socorrer al rey de Nápoles contra los franceses, armaron, á quien más pudo, los venecianos, al papa Alejandro VI, Ludovico Esforcia y el emperador; pero la intención de cada uno era de quedarse con el reino de Nápoles, como refiere el Guicciardini, en cuya historia verás frecuentemente agitados de continuas desconfianzas á los potentados de la Liga, que pocas veces concordaban en la resolución que se había de tomar, porque cada uno quería socorrer ó em-

bestir la plaza ó país que más hacía á sus designios particulares, desconfiando de las propuestas del otro; y de estos desórdenes de los coligados resultó que ellos perdiesen de lograr muchas importantes ocasiones.

Si por culpa de las tropas auxiliares pierdes una batalla, no se dirá en el mundo que ellas la perdieron, sinó que la perdió tal nación, nombrando la tuya; al contrario si la ganas, es cierto que los auxiliares ó asalariados se atribuirán la mayor porción de la victoria, aunque hayan tenido la menor parte en el combate.

De amigos que los suízos eran de Francia se volvieron enemigos de ella, porque atribuyéndose todo el honor de las victorias de Carlos VIII y de Luís XII, pidieron á éste, año de 1510, más gruesos subsidios de los acostumbrados, y negándoselos el rey Luís irritado de la soberbia de aquella nación, se enagenó por mucho tiempo de ella; pero en muchas batallas que durante dicha guerra tuvieron infelices los franceses, cierto que no se dijo en el mundo: «Los suízos han sido batidos, sinó los franceses han perdido tal batalla.»

Si tus regimientos extranjeros son derrotados, gastarás mucho más tiempo y dinero en reemplazarlos que si fuesen nacionales, pues para estos tienes las reclutas en el país, y para los otros las habrás de enviar á buscar muy lejos.

Justo Lipsio dice que si el tiempo que los extranjeros consumen en ir y volver, lo aprovechas en armar y ejercitar á los tuyos, tienes siempre exis-

tente una mano militar á tu servicio.

Pero si haces la guerra lejos de tu país, pasa á tus nacionales el inconveniente que dejo dicho hallarse en los extranjeros apartados del suyo; porque en tal caso también te costaría más dinero y tiempo las reclutas de tu nación, que las de provincias vecinas á la en que mantienes la guerra.

Alejandro Farnesio se excusó una vez de combatir en Flandes, diciendo que si los cuerpos italianos y españoles, que hacian su mayor fuerza, eran derrotados, resultaria muy difícil y costosa la recluta en provincias tan apartadas.

En no servirte de extranjeros hay la ventaja de hacer aguerrida mayor porción de los naturales y menos número de otra nación, que declarándotese alguna vez enemiga halle, á costa de tu dinero, sus tropas ejercitadas.

Nunca se vieron más embarazados los franceses que cuando se les declararon enemigos los suízos, porque habiendo siempre Carlos VII y Luís XII servidose de infantería de estos, se halló después la Francia con unos enemigos aguerridos á costa agena, y sin infantería de experiencia que oponerles, por la razón dicha de haberse valido antes los franceses de infantes suízos, y no de los propios, excepto de algunos gascones.

Parece á los extranjeros que debe distinguirlos el príncipe á quien sirven sin la obligación de vasallos (no acordándose de que no se empeña el reconocimiento del que da puntual su dinero por lo que compra) y para llegar á la primera gracia del soberano, procuran desconfiarle de los nacionales ó por diverso camino malquistarle con los mismos.

Por otro lado los que nacieron súbditos, se disgustan de cualquiera distinción que los extranjeros logren, interpretando esta desigualdad de trato é que el príncipa los tieno en manos estimación é configurados.

trato á que el príncipe los tiene en menos estimación ó confianza.

Francisco Guicciardini atribuye mucha parte de las revoluciones que padeció España el año de 1520 á que monsieur de Jevres y otros flamencos, fuesen más que los ministros españoles favorecidos del

emperador Carlos V, y á que se diesen á los extranjeros los empleos de España que tocaban á los nacionales: el mismo reparo hace el señor Sandobal obispo de Mondoñedo.

En el primer párrafo de este capítulo dije el peligro de que las tropas auxiliares te abandonen, y si son alquiladas por alguna potencia de las que hacen mercancía de sus vasallos, hay el riesgo de que en la más grande urgencia te dejen, si otro príncipe ofrece á las mismas tropas mayor paga, y al que las alquila mayor contingente.

Escribe Felipe de Comines, que los suizos abandonaron al príncipe de Orange en la defensa de la Borgoña, porque Luis XI de Francia les ofreció más gruesa paga y mayor pensión á los cantones de donde habían sido alquilados.

Ordinariamente los oficiales de los regimientos extranjeros tienen por su cuenta las reclutas, armamento y vestuario, y es natural que por no hacer mayor gasto, particularmente en las reclutas que hayan de venir de muy lejos, se excusen de llevar hasta lo último la defensa de una plaza ó de otro puesto, y que así procuren capitular con anticipación, porque sus regimientos no queden prisioneros.

Parece que en la penúltima guerra practicaron esta máxima los ingleses; pues en España no los hemos visto defender con tesón alguna plaza, y siendo pública y real su bravura, queda suficiente motivo de creer que el no exponerse con una defensa constante á que sus regimientos quedasen prisioneros, consistió en que los oficiales temían para en tal caso la reforma, ó el dispendio de volver á levantar otros batallones á su costa.

Los extranjeros, siendo regularmente diversos de tus pueblos en costumbres, genio y modas, se avendrán mal con los nacionales, porque los unos se ríen de cuanto ejecutan los otros, y de tal bagatela que parece sin consecuencias, cada día nacen disputas y recíprocos desprecios que terminan en formales contiendas, como hemos visto entre franceses y españoles, no obstante de estar en lo sustancial aquellas dos naciones tan unidas como debían.

Guicciardini refiere que el ejército de Francia mandado por monsieur de Montpensier contra el rey de Nápoles Don Fernando de Aragón, se disminuyó mucho por la mala correspondencia que franceses y suizos pasaron con los soldados del país, los cuales se retiraban disgustados.

De las tropas extranjeras dice el general Montecuculi que: «Semejantes á cuerpos de diferente naturaleza, no contraen jamás la unión precisa.»

El no entenderse las lenguas extranjeras y nacionales, causará entre ellos desconfianzas y desprecios: así vemos que no hay sordo que no sospeche que se murmura de él cuando hablan otros.

La misma diferencia de lenguajes y la variedad de toques de guerra en cajas y trompetas causará gran confusión á un ejército de diversas naciones, sobre el cual den una noche improvisamente los enemigos.

Flavio Josefo dice que el ejército de los madianitas, compuesto de diferentes naciones, fué sorprendido una noche y fácilmente derrotado por Gedeón, general de los israelitas, á causa de que siendo diversas entre sí las lenguas de dichas naciones, tomándose unas á otras por enemigas en la confusión de la sorpresa, se ayudaron á destrozarse á sí mismas.

Si te sucede la desgracia de ser batido, tienes riesgo de que los extranjeros te abandonen, lo que no acontecerá tan fácilmente con los naturales, que conocerán depender de su constante defensa la conservación de sus leyes, la libertad de sus familias y el goce de sus haciendas ó privilegios; pero los extranjeros como salven sus personas, ya no pierden cosa en dejarte en el peligro, antes bien tal vez procurarán cojer despojos en tu ruína.

Los alemanes que guarnecían á Castelnovo de Nápoles, viendo en mal estado los negocios del rey Don Fernando de aquel reino, no sólo entregaron inmediatamente el castillo á Carlos VIII de Francia, sinó que saquearon el tesoro del mismo rey Don Fernando á quien servían.

No sólo en las desgracias, pero áun en las felicidades hay que temer de los extranjeros, porque celoso de tu poder el príncipe que los alquila ó presta, negociará secretamente con ellos que sigan á tal paso tus victorias,

que no puedas cojer gran fruto de las mismas.

Aunque no pierdas ni ganes batallas, queda con los extranjeros el peligro de que recelando su soberano que el tuyo haga la paz sin él, en caso que el segundo logre el principal empeño que le movió á la guerra, el primero trate con las tropas suyas que sirven en tu ejército, la forma de que no concluyan el referido empeño, para que en tu señor dure la necesidad de la asistencia del otro, hasta que este consiga el intento, que también llevaba en su guerra y en tu alianza.

El rey Francisco I de Francia, aliado con los príncipes de Italia para el socorro del castillo de Milán, atacado por tropas del emperador Carlos V el año de 1526, obró con tal arte y lentitud, que el castillo se vino á perder. Política (según el Guicciardini observa) practicada del cristianísimo; porque si una vez los príncipes italianos lograban arrojar del Milanés á los imperiales, podrían hacer la paz con el emperador, ó á lo menos no contribuirían con tanta eficacia á la guerra, que el rey Francisco deseaba llevar adelante para libertar á los dos hijos, que había dejado en España por rehenes de la capitulación efectuada con el emperador, cuando el mismo rey Francisco se hallaba prisionero suyo.

El general de los extranjeros no teniendo mayor interés que el de mantener el comando, hará tal vez lo que estuviere de su parte para que el empeño de tus armas no se fenezca, y sería desgracia de tu príncipe fiar porción de su guerra á quien no la ejercitase como un medio para la paz.

Stilicón, general de ejército del emperador Honorio y de nación vándalo, conociendo cuánto mayor manejo ejercía en la guerra que en la paz, turbó la que Honorio tenía ajustada con Alarico rey de los godos, enviando dicho Stilicón á un judío oficial suyo, llamado Saulo, para que con pretexto de duelo particular, atacase á los godos, mientras fiados en la paz ó tregua celebraban sin, precaución militar la pascua.

Poco diferente manejo fué el del principe de Orange en la batalla de Mons, cuando ya sabía estar hecha la paz que al principe no le gustaba, por cesarle con ella la importante dirección de las tropas de los aliados.

Dirasme que esta ambición de mandar puede hacer el mismo efecto en los jefes nacionales, á que respondo que siempre los retendrá el temor del castigo de su príncipe, ó el amor á su patria, que con la guerra padece cuanto dejo probado en el libro II.

Mira en Tito Livio cómo Camilo Q..... Fabio y otros muchos dictadores y cónsules romanos, ponían todo cuidado en fenecer sus guerras, prevaliendo en ellos el amor del país al del propio comando, tanto que antes del tiempo en que cumplian sus dictaduras se deponían voluntariamente de ellas.

Los extranjeros, conociendo que sólo por un tiempo limitado han de habitar en tu país, y no teniendo en él hacienda, parientes, ni otra prenda



que les llame el afecto á favor del mismo, le robarán como el enemigo. Será mayor la destrucción que ejecuten los extranjeros en el país por donde se retiren cuando llegue el caso de que tu príncipe los despida, especialmente si conforme á la regular capitulación vuelven á sus tierras en cuerpos enteros; pues tienen fuerza con que ejercitar la venganza del que discurren agravio en no mantenerlos al servicio.

XVI.—Medios para excusar la precisión de tener tropas extranjeras en tu ejército.—Serían infructuosos los reparos de los precedentes capítulos, si no buscásemos al príncipe forma de excusar en su ejército los extranjeros, sin perder el socorro de sus aliados; así como es inútil averiguar la enfermedad para no aplicar el remedio. Digo, pues, que el príncipe solicite por socorro una diversión que haga su aliado en otra frontera de los enemigos, los cuales habrán de destacar á la oposición las mismas tropas, que emplearían demás contra el ejército de tu soberano, en que estuviesen los extranjeros que forman dicha diversión.

Puede también tu príncipe solicitar de su aliado que su socorro ó contingente sea en dinero, víveres, municiones, armas, caballos, artillería, bajeles, etc.

De la misma opinión parece sué Don Carlos de la Noya, virey de Nápoles por Carlos V, año de 1525; pues pretendió que el pontísice y otros principes de Italia aliados con el emperador, le diesen en dinero lo que habían de contribuír en tropas.

XVII.—De qué fraude y disputas se librará el príncipe si logra uno de los partidos propuestos en el capítulo antecedente.—En alcanzar del príncipe aliado uno de los partidos arriba propuestos, te libras del escollo en que suelen romperse las alianzas; pues no habrá disputas sobre emprender esta ó aquella operación más útil al uno que al otro príncipe; y trabajando cada uno para sí, se esforzará de adelantar las conquistas ó de asegurar las defensas. El mismo reparo hace Comin Ventura en su discurso acerca de las cosas del turco, diciendo que por las alegadas razones debiera España hacerle la guerra en Argel, mientras los venecianos se la hacían en Levante, y el emperador en sus fronteras, etc., sin lo cual dice aquel escritor no cree fuese durable la liga; porque los españoles querían que las fuerzas de ella se aplicasen á conquistar en Poniente, los venecianos en Levante, etc., y que de estos diferentes intereses resultaría la mala correspondencia, el descuido en los contingentes de cada uno, y últimamente el disolvimiento de la liga.

Con recibir del príncipe aliado los socorros en dinero, evitas el engaño que podrías padecer si le tomases en tropas; porque dicho aliado, contando á éstas por regimientos, los dejará tal vez faltos del número que deben tener, y sonará el socorro mucho más de lo que en la realidad es, no pudiendo tú apretar la mano sobre las reclutas, tanto como si los regimientos fuesen de tu amo.

El Guiceiardini escribe que siendo la obligación de los venecianos contribuír al ejército de la Liga con nueve mil hombres, no tenían en dicho ejército tres mil de gente esectiva, por lo disminuido de los cuerpos ó compañías, y que esto atrasó mucho los progresos de aquella armada el año de 1527.

Pero si te parece que no siempre estará en mano del príncipe lograr uno de los dos propuestos medios, te acomodarás al tiempo y á la ocasión, y tomarás los socorros en la forma que te los dieren, no estando yo obligado á encontrar remedios contra lo imposible.

Mas ya que no se halle regla precisa para excusar los extranjeros, veremos de encontrarla para precaver de sus daños al país que los admite, después de examinar cuando sea menos peligroso, y cuando preciso el

tenerlos, y con qué reparos conviene reclutarlos.

XVIII.—Exprésase cuándo los extranjeros son menos peligrosos, más convenientes y cuando precisos, y se dice cuáles deben reputarse como hijos del país en que no hayan nacido.—En otro lugar se dió una razón que muestra ser poco el peligro con tropas extranjeras, de príncipe cuyos dominios estén muy apartados del país en que ellas militen, y aunque no haya esta circunstancia, no se experimentará tanto riesgo en servirse de dichas tropas para hacer la ofensiva en provincias agenas como para defender las tierras propias; pues ya que en el primer caso no te libres de todos los inconvenientes, se evita la mayor parte.

Hermócrates de Siracusa decía á los sicilianos que los extranjeros podían llamarse para invadir el país enemigo, mas no para defender la patria.

En caso que los vasallos sean de sospechosa fidelidad, conviene armarse de extranjeros, con pretexto de excusar al país del príncipe la despoblación, y los otros males que las levas ocasionan.

En las guerras civiles que tan repetidas veces afligieron á la Francia, se armaron siempre los franceses de buen nervio de suízos, alemanes y otros extranjeros, porque las internas discordias no daban lugar á que enteramente se fiase cada partido sobre los nacionales, que frecuentemente mudaban inclinación y banderas.

También son precisas las tropas extranjeras al soberano cuyos dominios abunden mucho más en caudales que en número de hombres, como son Holanda, Venecia, y áun nuestra España, que por este motivo compone sus ejércitos de casi una tercera parte de extranjeros, para que en los pue-

blos no falte gente á los oficios y labranzas.

No cuento por extranjeros á los que habiendo nacido súbditos de tu príncipe en un país que los enemigos conquistaron, le abandonan para pasar al que tu soberano conserva; pues el accidente de la guerra en que se perdió su patria, no les destruye el privilegio con que nacieron de vasallos; y aun cuando no tuviesen éste, merecían adquirirle, por haber dejado sus casas, parientes y hacienda, no por el mayor interés que los extranjeros capitulan, sinó sólo por la fidelidad á tu dueño y á merced de la arbitraria recompensa del mismo. Y aunque los más no pierdan gran cosa en su país para el útil, gana siempre mucho mérito el que sacrifica por su príncipe todo lo poco que tiene.

Lo mismo digo por los súbditos de otro príncipe, que perseguidos en la religión católica, vengan al país del tuyo para ejercitarla con libertad; pues si las tierras de cualquier soberano sirven de refugio á un forastero delincuente, no se concederá mayor distinción á quien las busca para lo más

sagrado?

Los irlandeses arrojados de su patria por fieles á nuestra religión y á su príncipe, hallaron en los dominios de España, Francia, el Imperio y Saboya, la favorable acojida que merecían; y es la sola nación extranjera que alterna con la infantería española. Así á ellos como á flamencos é italianos que se conservan en España, no obstante haber pasado sus provincias á la dominación de otro príncipe, los emplea el rey nuestro señor sin diferencia de los españoles nativos, y sirven con el propio desinterés y celo que éstos, sin que se experimenten alguno de los peligros que en los capítulos anteriores dije haber con tropas extranjeras.

XIX.—En caso de reclutar ó alquilar extranjeros, dicese de qué pais convendria tomarlos.—Dejo probado en el capítulo V, haber pueblos que naturalmente crían gente ó más audaz ó más tímida que otros, y parece que Dios mismo lo declaró, cuando á vista del pánico terror de los israelitas que salieron de Egipto, ofreció á Moisés hacerle príncipe de hombres más valerosos.

Respecto de lo cual, si has de reclutar ó alquilar extranjeros y tienes libertad de escojer, tómalos de país guerrero; para que traigan anticipados en la dote de su clima el desembarazo y coraje, que de otro modo costaría más tiempo á la enseñanza y al estímulo.

Será mayor la ventaja si puedes hacerte de tropas que por haber otras veces logrado repetidas victorias sobre tus enemigos, sean temidas de éstos, quienes conservarán en el recuerdo de las pasadas pérdidas, desmayado el ánimo para los venideros combates.

Ciro el menor, para la empresa contra su hermano Artajerjes, se armó de griegos, gente muy temida de los persas y más naciones que obedecían á Artajerjes.

En un combate de mejicanos y españoles, mandados éstos por Juan de Escalante, y aquellos por el general Qualpopoca, fueron los mejicanos inmediatamente puestos en derrota; pero no bastó la victoria, ya declarada por Escalante, para que dos mil indios totonaques aliados suyos, dejasen de meterse en fuga en lugar de seguir el alcance. Cuyo ridículo suceso atribuye Solís á la costumbre que los totonaques tenían de temer á los mejicanos, que áun vencidos, parece conservaban el ascendiente sobre aquella nación.

No tomes, si está en tu mano, tropas de país muy frío para hacer la guerra en el que es muy ardiente, ni al contrario, pues si no tienes esta precaución, no necesitarán los enemigos otra fuerza que la de su clima para acabar con tu ejército.

En la campaña de 1547 que el emperador Carlos V hizo contra el elector de Sajonia, lantgrave de Hessen y otras potencias de Alemania, se vió precisado el emperador á retirar sus tropas á cuarteles antes que los enemigos, porque los italianos que hacían una gran porción del ejército imperial, no podían ya resistir á los fríos de aquel país, que para los alemanes enemigos del emperador no eran grandes.

En la poca distancia que hay desde Inglaterra y desde Francia á España, hemos visto en la última guerra, que de los regimientos ingleses y franceses que servían en Portugal y Estremadura, han muerto por lo caloroso del clima, infinitamente más hombres que de otras tropas de país caliente que militaban allí, no obstante la providencia que siempre se tomó de no campar en aquellas provincias durante los tres meses del verano.

Tropas de país templado, á más de que estando en medio de ambos extremos no hallarán tan contrario el temperamento de cualquiera provincia á que vayan, son también más á propósito en las otras circunstancias;

pues según Aristóteles, y conforme explica Santo Tomás, la gente de tierra muy ardiente aunque se encuentra más capaz, se experimenta menos valerosa, y la de país sobrado frío tiene vigor, pero le falta discurso.

XX.—Precauciones con extranjeros que tengas ó esperes para el servicio de tu principe.—No obstante los inconvenientes que expresé haber

con extranjeros, te verías alguna vez obligado á recibirlos.

Si los extranjeros que han de venir á tu ejército son auxiliares, solicite tu soberano que los mande un general bien intencionado hacia su nación ó persona, y procure contentarle á toda costa, para que se interese de veras en su servicio.

Reparte los cuerpos extranjeros en diferentes provincias, plazas, ejércitos ó destacamentos, de manera que en todos parajes queden inferiores á las tropas nacionales que hubiere donde ellos estén, porque juntos podrían dar la ley, en lugar de hacer el servicio.

Teniendo á los extranjeros divididos, te libras de que se atrevan á tu-

multuar por falta de pagas, ó por otro motivo.

Polibio reprueba á los cartagineses el que no hubiesen dividido por esta razón á sus auxiliares, después de la primera guerra contra los romanos.

Si fuere preciso fiar á la guardia de solos extranjeros algunos puestos, sean los menos importantes, situados en paraje que preste menor conyuntura á inteligencias con los enemigos, y habitados por paisanos de conocida fidelidad.

Habiendo el Papa León X recibido trescientas lanzas francesas de socorro contra el duque de Urbino, año de 1517, hizo pasar dicha tropa à Rímini, porque siendo aquel paraje apartado de los enemigos, no podían los franceses aunque lo intentasen ocusionar considerable daño al Pontifice.

Si tu nación es amante de la gloria, pretenderá todas las funciones de guerra más arriesgadas; pero no por eso dejes de emplear en las mismas una buena porción de tus regimientos extranjeros, pues de otro modo caerías presto en el inconveniente de quedar estos superiores á los nacionales, de quienes cualquiera número puesto á la cabeza de los extranjeros,

basta para conservar el privilegio de precederlos.

Si de cuenta de tu príncipe se reclutan soldados extranjeros por no despoblar el país propio, yo les pondría de tu nación los coroneles, tenientes coroneles, sargentos mayores, y mitad de capitanes y subalternos, para tener en la fidelidad de aquellos nativos súbditos más asegurada la obediencia de sus respectivos soldados, que pocas veces salen de lo que los oficiales quieren. Los otros capitanes y subalternos conviene sean de la nación de los soldados, para manejarlos interin que estos entiendan la lengua de tu país lo que baste para el ejercicio y para otras esencialidades de la profesión.

Muchas veces los accidentes de la guerra obligan á destacamentos impensados de la porción de tropas que se halle más á mano, y á formar después brigadas en alguna de las cuales caiga con dos ó tres batallones de la nación uno de extranjeros, que si no entiende los toques de guerra ni las voces del comando en lengua de tu país, confundirá las evoluciones de la brigada; á que se añade, para en las sorpresas de noche, el peligro que

menciona el párrafo veinte y ocho del capítulo XV, por cuyos motivos creo debieran los regimientos extranjeros servirse para en el ejercicio militar, de los mismos toques de guerra y lenguaje que los nacionales.

XXI.—Sobre desertores que de país sospechoso vengan al tuyo.—
Con la noticia de las levas que se publique ejecutas, vendrán á tus plazas
y ejército muchos desertores de las tropas que te han de ser enemigas, y
si de otra gente puedes completar el número que deseas, no te aconsejo
que las recibas; pues áun cuando no sean artificiosamente despachados,
traen en su mismo hecho el testimonio de su infidelidad é inconstancia,
mostrando que el interés de la entrada ó la volubilidad del genio, los hace
abandonar á su príncipe, y vagar continuamente de un ejército á otro.

Aunque no recibas en tus tropas los hombres que vengan de las ene-

Aunque no recibas en tus tropas los hombres que vengan de las enemigas, es tu ventaja que prosiga su deserción; con que según aconseja Vegecio, debes acariciarlos mucho, regalarlos y concederles la libertad de vender las armas, vestidos y caballos que traigan; pero dales pasaporte para otro país, advirtiendo que este no sea vecino á algunas plazas ó castillos á donde, no pudiendo los enemigos enviar tropas, tal vez pretenderían introducirlas, fingiendo desertores á sus más fieles soldados, particularmente si pocos bastan para la guarnición de dichos puestos.

Tampoco les permitirás detenerse ni pasar en gran número por lugares tuyos, de cuya fidelidad desconfies, ó donde puedan reconocer alguna cosa ó adquirir noticias, que no te convengan lleguen claras á la de los ene-

migos.

Si por necesidad de soldados te resolvieres á dar partido á los desertores, no formes cuerpos ó compañías enteras de ellos, sinó repártelos á tantos por regimiento, de manera que en todas las compañías quede muy superior el número de los otros soldados. Así lo ejecutó el señor marqués de Lede con los muchos desertores enemigos que en la última guerra de Sicilia vinieron á nuestro ejército, en el cual fué conveniente recibirlos, porque las naves inglesas tenían cerrado el paso á las reclutas de España.

En los regimientos que guarnecen las plazas fronterizas, no debieran recibirse desertores: previénelo encarecidamente Mr. de Ville; y en mi libro de Sorpresas verás que muchas se lograron por medio de ellos.

XXII.—Comiénzase á discurrir de los medios para que te halles dispuesto á la guerra primero que tus enemigos.—Antes de romper la guerra, ten con gran disimulo prevenido lo necesario para ocupar algun cuartel, plaza, puente, desfiladero, lugar de almacenes ú otro puesto de los que juzgues más importante al proyecto de tu guerra.

Tito Livio escribe que nunca los romanos tuvieron alguna más peligrosa que la de los sabinos, porque estos hicieron sentir á Roma los efectos de las armas antes de amenazarla con dicha guerra.

Para conseguir el propuesto intento hay dos medios: el más común, pero no siempre eficaz, es buscar disimulados pretextos ú ocultos caminos para acercar á paraje á propósito de la frontera tropas, que aunque no sean muchas, puedan, ayudadas de inteligencia ó favorecidas del descuido de los enemigos, sorprender el puesto que intentas, en cuya operación basta la maña con el apoyo de poca fuerza.

El duque Enrique de Austria, primero de mostrarse abiertamente enemigo del rey de Hungria Geisa II, le sorprendió la plaza de Posonio.

Aunque los enemigos tengan fuerzas iguales ó superiores, obrarás sin oposición los meses que puedas ponerte en campaña primero que ellos, sobre lo cual y acerca de lo que deben ejecutar las primeras tropas tuyas que campen, me remito al lugar que trata de la ofensiva; pero ni estos arbitrios ni los que propondré en los dos capítulos siguientes son de tanta eficacia, como el de haber conservado desde la paz tropas superiores á las del príncipe, á quien pienses declarar con el tiempo una repentina guerra.

Don Alfonso el VII de Castilla, que nunca perdió de vista el derecho á las tierras de su reino poseídas por aragoneses, luego que murió Don Alfonso, rey de estos, y antes que su heredero Don Ramiro se hallase con fuerzas prontas para mantener las conquistas de su predecesor, se puso en campaña con ejercito de castellanos, y habiendo ganado así el tiempo, recobró sin oposición á Nájera, Logrono, Arnedo, Viruega y todo el país desde Vilorao á Calahorra.

El príncipe que en la paz conserva un cuerpo superior de tropas, no sólo consigue de seguro el primer golpe sobre los enemigos, pero les toma provincias enteras antes que empiecen á encontrarse en estado de defensa. Bien á su costa lo experimentó España en las repetidas veces que los franceses nos tomaron cantidad de plazas, mientras nuestros reyes concluían sus alianzas y levas; y Comin Ventura observa que por la propia razón de mantener muchas tropas en la paz, logran los turcos felicísimos sucesos en casi todas sus guerras.

Quedaría en su fuerza la ventaja, áun cuando estuvieses cierto de fenecer las nuevas levas antes que los enemigos; pues de reclutas á soldados se interponen años: atiende á las palabras del general Montecuculi: «Necesítase de tiempo para disciplinar un ejército, áun más para aguerrirle, y mucho más para hacer tropas veteranas. El arte que imita á la naturaleza, no

obra á saltos, sinó por grados.»

El mismo escritor y la experiencia enseñan que el gasto de estar siempre armada una monarquía, se compensa con la utilidad que la contínua fuerza asegura á su comercio, en el cual vienen los extranjeros á pagar en las aduanas buena porción del dispendio que se hace con las tropas, en lugar de que el que se halla sin fuerza de estas, pasa por la ley que dan al tráfico de su país las demás naciones. Los vasallos obedecen y la justicia se respeta donde hay tropas. Hoy día pocos años corren sin guerra; con que los gastos de nuevas levas, los desperdicios de las reformas, en que los oficiales que saben ser destinados á las mismas dejan malbaratar soldados, vestuario y armas; los progresos que sobre tus provincias logran los enemigos, y los que tú no ejecutas por no hallarte con tropas ó numerosas ó ejercitadas, suben mucho más que el consumo que las veteranas ocasionarían mantenidas.

Las gruesas levas tardan largo tiempo en concluirse; y desde el principio de las que hagas, sospecharán el proyecto de tu guerra todos los potentados, que estén á posible distancia de padecerla; inconveniente que evita el príncipe que ha conservado tropas bastantes para comenzar con los progresos, y no con las reclutas.

Tomás Porchachi dice que á la liga de los principes italianos hecha contra el emperador Carlos V, año de 1526, dañó mucho la anticipación con que los coligados trataron la leva de cantidad de suizos

por medio de Octaviano, obispo de Lodi; pues conociendo el emperador por este movimiento la guerra que le amenazaba, aceleró sus prevenciones para ella.

Si te parece que conservando tu príncipe muchas tropas en la paz, los demás confinantes harán lo mismo, puede el primero disminuír el número de soldados, sin minorar con exceso el de los regimientos, que en caso de

una guerra se aumentan en cuatro días.

El actual rey de Cerdeña Victorio Amadeo II de Saboya practica otro arbitrio tan acertado como lo son todos los de su incomparable talento, y es dejar en sus casas á los oficiales y soldados de doce regimientos, dándoles á ciertos tiempos el reemplazo de vestuario y armas, y mensualmente un estipendio correspondiente á la poca fatiga que en la paz tienen, pues sólo están obligados á concurrir una ó dos veces al año en las plazas más inmediatas á sus provincias para pasar la revista, y allí hacen sus ejercicios por algunos días. Si muere un soldado de aquellos cuerpos, luego se alista otro; con que en tres ó cuatro días tiene este príncipe el aumento de seis

mil hombres que casi todos han militado.

Supónese que antes de la guerra, y dando á los enemigos los menos celos que puedas, hagas reparar y abastecer tus plazas fronterizas, como fortificar los pasos por donde los contrarios sean capaces de penetrar en tu país para la ofensiva ó para la diversión; pero como es imposible que, añadida esta á las otras prevenciones, deje de traslucirse el designio de tu guerra lo que baste para la sospecha, cuando no alcance para la certidumbre, me parece se debieran haber tomado tales providencias desde la más quieta paz, en lo cual no se perjudica la hacienda del príncipe, pues las municiones y pertrechos de guerra en almacenes á propósito, se conservan larguísimos años, particularmente si hay el cuidado de aforrar bien de tablones los de la pólvora, y de abrir sus ventanas en los días de sol y de aire enjuto. En mudar la harina, trigo, legumbres, vino, carne salada, etc., el principe gana comprando barato al tiempo de las cosechas, y vendiendo cuando aquellos géneros valen algo más caros, para lo cual, si es menester, se prohibe á las demás personas la venta de los mismos, y el bizcocho se reparte á las tropas en lugar de pan de munición en caso que los paisanos ó navegantes no le compren. Con los expresados arbitrios ganó mucho á favor del rey el intendente de Cerdeña D. Clemente de Aguilar, cuando en uno de los próximos pasados años mudó los víveres de la plaza de Caller.

Por lo que toca á reparos de fortificaciones, también saldría mejor la cuenta del gasto, pues cualquiera sabe que veinte ladrillos, piedras, faginas ó tejas puestas á tiempo, excusan la ruína de una porción de muralla ó parapeto, ó de los géneros de un almacén; pero si dicha prevención de fortificaciones, víveres y pertrechos no estuviere hecha, es preciso ejecutarla, particularmente cuando la guerra, que esperas, es ofensiva de parte de los enemigos.

Guillermo III de Nasau, recién electo capitán general de las Provincias Unidas, año de 1672, la primera determinación que tomó fué de fortificar á Wesel, Orsoy y Rhimberg, previniéndose para la guerra que esperaba le hiciesen ingleses y franceses.

XXIII.—Para que tus prevenciones de guerra no apresuren á las

mismas á tu meditado enemigo.—Si para la meditada guerra tienes un oculto aliado, convendrá fingir entre los dos un público motivo de disgusto, á fin de que haya ocasión de creer que armáis el uno contra el otro; pero en tal caso juntarás las tropas y pondrás los almacenes en paraje que vuelva más verosímil aquella creencia; pero de donde puedas, á costa de un trabajo no excesivo, trasportar los pertrechos á lugar oportuno después que la guerra se declare.

El emperador otomano Selim I, queriendo persuadir que era contra los persas el armamento que disponía contra los egipcios, iba haciendo sus prevenciones de guerra en paraje que efectivamente parecía amenazar à la Persia.

Cuando no haya la conveniencia del oculto aliado, puedes armar con pretexto de otra empresa disimil de la que meditas, advirtiendo que no por eso demuestres prevenirte contra quien, puesto en celos de tu armamento, se halle después pronto á unirse con el príncipe, al cual declares la guerra, por intereses que encuentre en asistirle, y pueden ser muchos, conforme dejo expresado en el segundo libro. Así tengo por el menos peligroso expediente dar á entender que el armamento se dirije contra un príncipe infiel, ó apartado de los dominios de tus vecinos, que por consiguiente no se dispondrán á tomar empeño por su defensa.

El rey Don Pedro de Aragón, aspirando al dominio de la Sicilia, poseída por Carlos de Anjou, publicó emprender sobre los moros, y equipándose de gruesa armada con este pretexto, la condujo á las costas de África, hasta que tuvo favorables noticias de su negociación en Sicilia, y pasó de golpe á aquella isla, que se le entregó.

Puedes también, mostrando temor de algún vecino y con sobrescrito de levas y prevenciones para guarnecer las plazas, ir juntando tropas y pertrechos para formar un ejército.

Si las circunstancias del tiempo no dejan verosimilitud para alguno de los disimulos expresados, y piensas hacer la guerra á dos príncipes, cuando tus prevenciones de ella se descubran, amenaza sólo al más receloso, procurando complacer en sus pretensiones al otro, para que no se dé prisa de armar por amedrentado ó por descontento, ó para dejarle efectivamente en quietud hasta que, vencido el primero y separada así la dificultad, puedas con menos estorbo emplear después las armas contra el segundo.

Nabucodonosor, dicho el Magno, armando contra judíos y tirienses, amenazaba sólo á Tiro, para que se adormeciese en las prevenciones Jerusalén, como lo consiguió.

Armados ilíricos, traces y peonios contra Felipe de Macedonia, conociendo éste cuánto desventajosa le sería la guerra de una liga tan fuerte, hizo la paz con dichas naciones, y atacándolas poco después una á una, las puso en sujeción á todas.

El rey Don Sancho II de Castilla no declaró á un mismo tiempo la guerra á sus hermanos Alfonso rey de León, y Sancho rey de Galicia; antes bien, conquistando las tierras del primero, no hubo quien sostuviese la causa del segundo; y así unió Don Sancho á la sorona de Castilla los dos reinos que había dividido su padre Fernando I.

Eduardo VI de Inglaterra (tercero si se cuenta de los Eduardos de la familia de Anjou) aunque meditaba hacer la guerra à la Escocia y à la Francia, creyó no ser de su buena política embarazarse à un mismo tiempo con dos tan fuertes enemigos; y así ajustó con la Francia las diferencias que tenía pendientes: sujetose à pagarle el ordinario tributo que le había negado por las tierras que poseía en el Poitu y en la Guiena: dió sobre la Escocia; conquistola; y declarando después la guerra á la Francia,

ganó las batallas de Creci y de Poitiers, tomó prisionero al rey Juan, y dió la ley que quiso à los franceses.

Bayazeto II, discuriendo en sojuzgar la Valaquia, la Caramania y el Egipto, no declaró á un mismo tiempo la guerra á estas tres potencias, sinó que embistiendo á cada una de por sí, sin dar celos á las otras, avasalló las dos primeras, y después hizo la guerra á la tercera.

Si se hacen entre sí la guerra los dos príncipes contra quienes piensas llevarla, puedes (particularmente si son infieles) arruinar al uno con la alianza del otro, y volver después tus armas contra este, habiendo puesto en el tratado de alianza cláusulas que á su tiempo la limiten; pues áun cuando los dos príncipes fuesen infieles, no es justo ni decente faltarles á la prometida fe que dejo tan recomendada en el primer libro; pero ella no te obliga á mantener la amistad ó liga de aquel príncipe por más tiempo que el estipulado.

Aun menos escrupuloso partido es hacer la guerra á uno de los dos contendientes, sin empeñarte en la alianza con el otro, contra quien intentes guerrear después.

El rey Don Fruela el primero, pretendiendo la conquista de las tierras ocupadas por Juzefo y por Abderraman, declaró la guerra sólo al primero, y habiéndole vencido, la hizo al segundo con igual feliz suceso, y para que el uno de aquellos infieles no socorriese al otro, aprovechó el tiempo en que los dos bárbaros disputaban con las armas la posesión de la España.

XXIV.—Fenécese el discurso de los medios para que se descuiden en su armamento los enemigos.—Gerónimo Fracheta dice que si un soberano piensa en declarar la guerra á otro, pase con él actos de congratulación por cualquier buen suceso que el segundo logre; y que el príncipe que recibe tales embajadas, aunque entienda el artificio, muestre apreciar el cumplimiento. Yo hallo más justa la retribución que el primer hecho.

Es en el mundo más antigua que á mi corto parecer generosa, la máxima de entretener con simuladas negociaciones de amistad ó alianza al príncipe que se desea descuide en su armamento, y continuar el otro con oculta priesa el suyo.

Quinto Marcio y Aulo Attilio, pretores ó legados romanos, estableciendo con Perseo, rey de Macedonia, pláticas de nueva concordia, lograron que Perseo no comenzase las hostilidades hasta que Roma se halló dispuesta á la guerra.

Creo poco noble la anterior máxima, cuando la practica un soberano para hacer guerra ofensiva; y aunque la ponga en obra para prevenirse á la defensa, procure, sin empeñar palabra que le obligue al cumplimiento, adormecer á su enemigo con esperanzas de lograr lo que pretende, mientras se juntan fuerzas para negar lo que no le toca.

El emperador Fernando de Austria, viendo que la reina Isabela de Hungría iba con dudosas respuestas ganando tiempo de ponerse en defensa para no entregar al austriaco aquel reino, como estabaconcertado con el rey Juan Scepusio, sin hacer nueva instancia, presentó sus razones á la cabeza de un ejército.

Los cartagineses, conociéndose incapaces de resistir en Africa al ejército de Scipión sin las tropas que con Aníbal militaban en Italia, enviaron embajadores á pedir á Roma la paz, con el oculto fin de que mientras se trataba de ella, tuviese el ejército de Aníbal tiempo de volver á Africa; pero los pretores ó legados Lelio y Fulvio, entendiendo la ficción, aconsejaron al senado romano que sin escuchar

tal fraudulenta proposición, se continuase la guerra, pues aunque la paz se concluyese, la romperíanlos cartagineses, luego que se viesen con las tropas de Aníbal en Africa, y por consiguiente libres del próximo peligro que entonces los amenazaba. Del mismo dictámen fué el ya cónsul Marco Levino.

XXV.—Forma de ejercitar las tropas en la paz, para la guerra.— Acostúmbrense los soldados á levantar tierra y construír y plantar faginas, piquetes y gaviones, para poder retrincherarse formando el foso, parapeto y banqueta donde los ingenieros hayan delineado, ó el parapeto y banqueta tomando la tierra de la parte de adentro, como se ejecuta en las trincheras de ataques de plazas; pues cuando llega la ocasión de emplearse en tales trabajos, particularmente á vista de los enemigos, las tropas que antes no se ensayaron en ellos, se hallan embarazadas, y se hacen con imperfección ó con tardanza.

Habitúense á llevar en largas marchas las tiendas, ollas y pan de munición para cuatro ó cinco días, sin que se les permita poner estos géneros sobre carros ó bagajes, por la razón que se infiere del ejemplar que sigue.

En el invierno de 1708 experimenté que los soldados de mi regimiento, y del de Pamplons, en las continuas partidas que hacían desde el cuartel de Graus, marchaban en 24 horas 10 y hasta 12 leguas, de manera que los dragones de Marimón, bien montados y siempre voluntarios á la fatiga y al peligro, no podían sin trabajo seguir con sus caballos; pero aquellos mismos infantes que en chupas, y con el solo peso de las municiones y de un pan, caminaban tanto, cuando á la primavera siguiente pasaron al sitio de Tortosa, y hubieron de llevar toda su ropa, tiendas, pabellones de armas y pan para dos ó tres días, no podían resistir á las marchas de tres leguas.

Enséñense á tener las armas corrientes y lucidas. Para lo primero sirven los guarda-llaves, que las libran de la lluvia y del polvo, y los armeros de los cuerpos; para lo segundo querría yo que las armas fuesen pavonadas, con lo cual, y con enjugarlas siempre que se mojen, y pasarlas después un trapo con aceite, se conservan sin ollín y no se adelgazan los cañones, como sucede lustrándolos frecuentemente á fuerza de fregarlos con ceniza ó cisco de carbón, ladrillo ó hierro. Otra ventaja de los cañones pavonados es que el reflejo del sol no impide al soldado la puntería.

No basta que los soldados sepan disparar en el ejercicio, sinó que es preciso que de cuando en cuando tiren con bala al blanco, y dar algún pequeño premio al soldado de cada compañía que haga el mejor tiro.

Conviene mandarles muchas veces campar y descampar con prontitud

y silencio, y marchar con el mismo y en orden.

De un batallón se hacen regularmente dos en el ejercicio, y el uno carga al otro en buen orden, disparando con pólvora sola y sin taco fuerte; pero convendría que esta función se hiciese algunas veces de brigada á brigada, porque vemos que muchos regimientos la ejecutan bien de por sí solos, y se confunden en el ejercicio por brigadas, sea falta de práctica ó abuso de la variedad, con que los inspectores ó los coroneles hacen enseñar á los regimientos de diferentes ejércitos, ó en un propio ejército á los de diversas naciones. Supónese que se instruyan los soldados en la inteligencia de los toques de guerra, para que en alguno de ellos no ejecuten un movimiento por otro.

Harás entregar algunas veces á los soldados granadas, palas, zapas, espuertas y otros instrumentos, de los cuales al fin de ciertos días pedirás

estrecha cuenta, para que se acostumbren á darla buena en los sitios y en otras ocasiones, donde está introducido el perjudicial abuso de un considerable desperdicio, que no sólo resulta contra la hacienda del rey, sinó contra el buen éxito de la operación, en que tales pertrechos se deben emplear.

A diversos oficiales que sirvieron en Ceuta bajo la mano del capitán general marqués de Villadarias, oí decir que aquel jefe solía entregar en los cuerpos de guardia viejos clavos y otras piezas inútiles, de que pedía cuenta al cabo de días, y faltando alguna cosa, averiguaba el marqués en qué oficial de guardia y soldado de centinela estaba el defecto, y le castigaba como de importancia.

Aun es más preciso acostumbrar los soldados á conservar el pan que en una marcha se les distribuye para algún tiempo, porque se ve en muchos cuerpos el desorden de que el primer día venden el pan, ó le arrojan por pereza de llevarle, y después ó han de hurtar para vivir, ó enferman por no comer, ó se huyen de hambre, ó es preciso torcer ó parar la marcha, para tener otro pan, de lo cual pueden venir funestísimos efectos á un ejército que, para alguna operación apresurada, camina sin reserva de víveres, habiendo el general contado sobre los que ha repartido; y la experiencia enseña que faltando más de dos días el pan á las tropas, la mitad de ellas se desbanda.

Al referir Jenofonte una expedición de Ciro, dice: «Mandó a todos prevenirse de vituallas y guardarlas, porque serian obligados a dar cuenta de ellas.»

Por un solo día que en el año de 1708 faltó el pan de munición á nuestro ejército en el campo cerca de Flix, he visto bastante disgustados á los soldados, cuyo sueldo no alcanzaba para pagar á real de á ocho el pan de munición, como se pagó aquella tarde y mañana siguiente.

Enséñense los infantes á montar en grupa de la caballería, porque se ofrecerá muchas veces ejecutar esta diligencia en la guerra, para pasajes de ríos, marchas aceleradas, etc. Para tal operación los escuadrones comienzan por doblar el fondo, ó por tomar terreno sobre uno ó ambos costados, á fin de que sin desordenarse la caballería, quepa largamente un hombre de á pié entre caballo y caballo: después los montados dejan libre el estribo izquierdo á los infantes, y los primeros se ladean hacia el costado derecho, para que los segundos no los derriben, si no sabiendo asirse del borrén, se agarran del soldado de á caballo. El infante, cuando no puede montar con el fusil á la espalda, le da al soldado de caballería, y después de montado, pone su fusil en la correa. Para semejante diligencia, como también para marchar á pié con más desembarazo, y para no salpicar ó manchar tanto las casacas, es buena la moda de las tropas alemanas y piamontesas, que con un botón y una presilla en cada punta de falda trasera y delantera, prenden las casacas á los lados.

Veo siempre á nuestras tropas marchar muy despacio en batalla y en conversión, y creo sería útil acostumbrarlas también á un paso acelerado; pues muchas veces conviene adelantarse á ocupar un terreno ventajoso que

vengan á tomar los enemigos.

Los antiguos enseñaban á sus soldados á manejar con ambas manos las armas. Parecería prolijísima en nuestros tiempos esta práctica; pero no sería inútil que el soldado supiese disparar con la mano izquierda, para en defensas de murallas ó retrincheramientos muy obtusas y hacia á su dere-



cha, ó para cuando hallándose á caballo conviene dirigir el tiro hacia el mismo costado derecho. La ventaja de que los soldados de caballería ejercitasen también la izquierda en la espada, es clara para cuando en las escaramuzas el enemigo les gana aquel lado, en cuyo caso la espada en la manoderecha se encuentra sin uso, menos que sea tan larga que se atraviese á hacia de punto.

herir de punta.

Los germanos, cuando no eran menos guerreros que ahora, acostumbraban sus tropas á sufrir la hambre, la sed, el calor y el frío, y Platón añade al consejo de la misma práctica el de que también se habitúen á la dureza de la cama: de lo último ya cuidan bastante los asentistas, y las otras cuatro penalidades las traen consigo de tiempo en tiempo los accidentes de la profesión, sin el trabajo de buscarlas de propósito: cierto es que si una quietud muy dilatada no precisa á alguna fatiga, se debe hacer el ensayo de las que pueden ofrecerse necesarias en la operación.

XXVI.—Fenécese el discurso del anterior capítulo, particularmente por lo que toca á la caballería.—Para el ejercicio de los soldados de caballería se tomará del capítulo antecedente lo que pudiera pertenecerles.

Los soldados de caballería acostumbren sus caballos á saltar zanjas, trepar montañas y galopar en los bosques; porque sinó cualquier pequeño estorbo del terreno los detiene, como se veía con los regimientos extranjeros nuevamente llegados á Cataluña, donde nuestra caballería acostumbrada á correr contra los miqueletes, pasaba francamente cequias, montes y barrancos.

Ensénense à volver con prontitud sobre ambas manos, porque no sean inútiles en la escaramuza; à no cocear, porque no pongan en confusión à los escuadrones, y à no desbocarse, porque no precipiten à sus dueños, ó no los lleven intempestivamente al medio de los enemigos.

Todas estas prevenciones y buena parte de las expresadas en el capítulo antecedente, hallarás hechas por Jenofonte en su tratado del general de la caballería.

Habitúense á no espantarse del humo y del trueno de la pólvora, ni de sonidos de cajas, trompetas, ú otros instrumentos que varias naciones suelen traer en sus tropas.

Las del emperador otomano Selim I, ganaron sobre las persianas una señalada batalla, porque los caballos de las últimas no acostumbrados al estruendo de la artillería, pusieron a sus escuadrones en confusión al oir el disparo de los cañones turcos.

Pónganse á los caballos bridas que los obliguen á tener la cabeza un poco alta, para que vayan más á cubierto los jinetes, y estos monten algo corto, porque se hallarán más fuertes, y afirmándose sobre los estribos, alargan el cuerpo ó el brazo á herir, cuando desde su postura natural no alcanzan. Ambas reglas veo practicadas por alemanes y piamonteses; pero áun más por los húngaros, que manejan con excelencia el sable, y apenas se descubren los hombros cuando van á la carga.

Sería muy bueno que los caballos, en verano, se hiciesen á nadar con sus jinetes, para poder en una partida ó destacamento pasar los ríos que no sean muy rápidos; pues no siempre se halla seguro ir á buscar el puente, que de ordinario se encuentra guardado por tropas enemigas; y los húnga-

ros, que están considerados por buenos partidarios, de este modo facilitan sus correrías, bastándoles que la rapidez del agua no sea mucha, y que haya entrada y salida llana para atravesar un río, con que penetran en el país contrario, y se retiran de él por donde menos se piensa: buen testimonio es la gasconada, que en la última guerra contra las dos coronas hicieron, de entrar en la ciudad de Milán un puñado de ellos, dejándose á la espalda un grueso ejército enemigo y muchos considerables ríos.

En nadar sobre los caballos no hay más ciencia que no tirarles la rienda tanto que se trastornen, ni alargársela con tal exceso que se enreden metiendo por ella los brazos, y mirar el jinete frecuentemente á la tierra, por

no desvanecer la vista en la corriente del agua.

La práctica de los romanos, el consejo de Vegecio y el dictamen de Montecuculi en sus *Memorias*, tienen áun más proligidad que mi proposición; pues no solamente quieren que se enseñe á los caballos nadar con sus jinetes, sinó también á los infantes, para que puedan pasar los ríos en algunos aprietos que se ofrezcan.

XXVII.—Sobre los toques de guerra, y arbitrio para que sea bien oida la voz de los que mandan.—Entre los romanos y otros antiguos que mandaban los movimientos de guerra por los instrumentos de ella, había cerca del jefe un trompeta, que con su trompa ó bocina (de mayor y diferente sonido que las otras) daba el señal necesario, que era luego repetido por los trompetas que á este fin estaban á la cabeza de cada legión. Algunos de dichos antiguos, para más claridad, mandaron con tambores los movimientos de tropas, cuyos regulares instrumentos eran trompetas, y al contrario, á fin de que el toque para la nueva evolución no se equivocase con el que se continuaba en la antecedente.

Fundábanse unos y otros en que el aviso de los instrumentos corría la línea más presto de lo que pudiera ejecutarlo el oficial que llevase la orden. Las demás razones que alegan los escritores, son menos importantes y más controvertibles.

No me atrevo á impugnar esta regla que siguieron tantos grandes hombres; pero no acierto á vencer el reparo de que si los toques se variaban para cada función, era natural que en su inteligencia se confundiesen las tropas, y si no se mudaban, los enemigos conocerían muy presto el movimiento que sus contrarios iban á formar, y con otro suyo le volverían inútil. Si te parece corta la diferencia entre inferir los enemigos por tus toques la evolución que vas á ejecutar, ó conocer la que ya está comenzada, paso á otra mayor duda, y es que no siempre se ofrece mover una línea entera; y si para cada regimiento hubiese de haber toque diverso en cada brigada ó regimiento, creo imposible que esta gran variedad no ocasionase muchas equivocaciones en las tropas un día de batalla, donde los instrumentos de los enemigos, el rumor de los combatientes, y ahora el disparo de las armas de fuego, no dejarían oír con bastante claridad el toque de guerra que se ha de obedecer.

Paréceme sería bueno que los ayudantes y sargentos mayores, particularmente los de brigada, se sirviesen de pequeñas cerbatanas de poco más de dos palmos de largo, como las que practican los oficiales de navío para mandar desde el castillete de popa las faenas; pues la cerbatana envía mucho más robusta la voz al puesto á que se endereza, y del lugar que está á espaldas del que habla por ella se entiende menos; porque la voz así impelida hacia adelante no se derrama á los lados, con que se conseguiría que vuelto el sargento mayor cara á su brigada, esta comprendiese mejor el comando y los enemigos no le oyesen.

XXVIII.—Utilidades que resultan de tener á las tropas empleadas en los propuestos ejercicios: última advertencia sobre ellos.—Volviendo al asunto de los anteriores capítulos, digo que á más de las ventajas expresadas en los ejercicios que ellos proponen, hay la de que librando á las tropas de la ociosidad, se apartan del vicio, y acaso de la sedición, mantienen la robustez del cuerpo y conservan ó adquieren el vigor del ánimo. No alego las razones de cada circunstancia, porque las traen consigo los inmediatos ejemplares.

Blesus, comandante de las tres legiones romanas que se hallaban en la Pannonia ó Hungria, las dispensó por breve tiempo del militar diario ejercicio, para que solemnizasen los funerales de Augusto ó celebrasen la coronación de Tiberio; pero aquel corto descanso causó en ellas la famosa rebelión que tanto costó á Druso apaciguar.

Consideró Alejandro arriesgado en sus tropas el reposo de solos treinta y cuatro días después de la toma de Babilonia, y de los repetidos trabajos de sus conquistas hasta aquella, y no teniendo por entonces operación de guerra en que ocuparlas, propuso premios a los ocho más beneméritos de su ejército, permitiendo que viniese cada uno á alegar sus servicios; y para juzgar, señaló sugetos desapasionados que decidiesen en presencia de todas las tropas, las cuales por la curiosidad de asistir á tal espectáculo no pensaban en otra cosa.

Livio refiere que el cónsul Cayo Flaminio, habiendo sujetado á los ligures, para evitar la ociosidad á sus tropas, las empleó en la fábrica del camino llamado la Vía Flaminia, que va desde Arezo á Boloña.

Conviene Platón en que el ejercicio hace robustas á las tropas; y Livio dice que Quinto Fulvio Flacco, pretor romano en Capua, temiendo que la sobrada delicia de aquel país y el excesivo descanso de sus tropas las volviese afeminadas, como por las mismas razones sucedió allí al ejército de Aníbal, las sacó de las casas en que alojaban, y les hizo construír sus alojamientos al largo de la muralla.

Scipión Africano, para que su ejército no se hiciese débil ó desaguerrido, después de tomar á Cartagena de España, un día mandó á sus legiones correr el espacio de cuatro millas; al siguiente hizo que cada uno limpiase las armas delante de las tiendas; el tercero las puso unas frente á otras, como si combatiesen, arrojándose las astas de los dardos sin hierros; el cuarto día reposaban; y al quinto volvían á empezar del propio modo.

Gerónimo Frachetta repara, con Vegecio, que el soldado disciplinado es valeroso; porque el saber lo que ha de ejecutar le añade audacia, siendo natural que cada uno se emplee con ánimo en aquello que piensa haber aprendido con perfección.

Escribe el Guicciardini que aunque Mr. de Lautrech no quería en los principios ejecutar sobre Nápoles más operación que la de bloquear la plaza, ocupaba sus tropas en repetidas escaramuzas y otras fatigas, temiendo que en el ocio de un largo bloqueo descaeciesen de ánimo.

No por tener á las tropas en ejercicio, las fatigues en demasiadas guardias, en marchas muy trabajosas ni en otra sobrada inútil fatiga; porque según observa Don Bernadino de Mendoza, no hay cuerpo más sujeto á las enfermedades que el de un ejército; y sería desacertar la proporción hacerle débil con el ensayo, que le debe servir para la robustez.

El autor del diálogo entre el Gran Capitán y el duque de Nájera, quiere

que se entable en los países la costumbre de que las milicias, y particularmente la juventud de ellas, se ejerciten los días festivos en el manejo de las armas, para encontrar las reclutas ya medio disciplinadas.

En Turín veo que los más de los días de fiesta se ejercita la juventud en tirar al blanco: lo mismo hacían los catalanes cuando tenían libre el uso de las armas; y tanto estos como aquellos paisanos, hicieron ver en las guerras de sus provincias que valían por buenos soldados. Los mallorquines pasan por los mejores artilleros de Europa, lo cual consiste en la costumbre que en sus pueblos tienen de tirar al blanco con el cañón, los días que no son de trabajo.

El mismo dialoguista pretende que se distribuya á los lugares yeguas y caballos de buena raza. Que no se permita montar sobre mulas ó machos, ó se concedan algunas distinciones á los que mantengan caballos, para que en la ocasión se hallen más de estos, y hombres acostumbrados á montarlos: el último expresado fin se consigue sin alguna diligencia en nuestra España, donde naturalmente cae bien á caballo cualquier paisano. Los privilegios creo convendría concederlos á los que mantuviesen buenas yeguadas, prohibiendo la cría de machos ó mulas en las provincias más á propósito para caballos, las razas de los cuales se aumentarían con el interés del mayor éxito, si como el dialoguista propone, no se permitiesen mulas ó machos para la silla.

XXIX.—Explicanse los motivos por donde conviene la moderación de los equipajes.—Poco antes de declarar la guerra, que es cuando todos procuran ponerse en equipaje, debiera el príncipe hacer un reglamento de los caballos, machos y criados que se permiten á cada oficial ú otra persona de las que siguen el ejército.

Cuando es grande el bagaje de un ejército, ocupa en los desfiladeros dos ó tres leguas de distancia; con que si los enemigos caen de golpe sobre la porción de él más apartada del grueso de las tropas, es imposible defenderle, y se pasa por el desaire de que los contrarios lleven aquel interés y especie de victoria.

Aunque los enemigos no le ataquen, ocasionará notable incomodo y tardanza en los tránsitos por país estrecho, y en los pasos de puentes y vados, cuya detención atrasa la marcha del ejército, que no siempre puede abandonarle por recelo de partidas enemigas.

El general Montecuculi en sus Memorias dice muy graciosamente, que el bagaje de ninguna manera se explica tan bien como con el significado latino impedimenta.

Vemos que los excesivos equipajes gastan en pocos días los forrajes y cebada que á la caballería sola bastarían para mucho tiempo; y es preciso mudar el campo que importaría mantener, ó que la mitad de los caballos mueran de hambre; cada día nos lo enseña la experiencia.

Por más que sean continuas y fuertes las prohibiciones, se extravían, á la asistencia de los grandes equipajes, muchos y los mejores soldados de los regimientos, cuyos oficiales no pudiendo manejar tantos caballos, machos y cargas sin considerable número de hombres, y no teniendo caudal para pagar los suficientes criados, se sirven de los soldados, escojen los más ágiles y resueltos para que en la marcha no pierda su equipaje el lugar; para cargarle prontamente en el campo, y para hacer con diligencia los

forrajes: mal tan sabido y tan común, que más necesita de escarmiento

que de prueba.

Ultimamente, digo que las delicadezas que siguen á tanto fausto, hacen á los hombres afeminados, como Tito Livio repara haber sucedido á las tropas de Aníbal en Capua; pues saliendo de las abundancias y deleites de aquel país, ni áun la pequeña incomodidad de habitar debajo de las tiendas podían resistir. Otro daño de la misma delicadeza se verá en el último párrafo del capítulo que sigue.

Scipión el menor ó Asiático, llegando á mandar el ejército romano que estaba sobre Numancia, lo primero que ejecutó fue reformar los equipajes, que hacían vivir á sus tropas con delicadeza mal conveniente á ellas.

XXX.—Ejemplares de la sobriedad de varias naciones, traidos al propósito de la moderación de los equipajes.—Ponderan todos los escritores la parsimonia con que vivían ciertas naciones antiguas. Los romanos, cuidándose poco del vino, pasaban gustosos con agua, y por medicina ó regalo echaban en ella algunas gotas de vinagre. Excusaban hornos, porque de la harina que se les repartía hacían pasta y la cocían sobre las brasas.

Los tártaros aun hoy día, si no tienen tiempo de asar la carne, la llevan en lonjas debajo de las sillas de sus caballos; y cuando el calor de estos

la ha secado, la comen.

Los turcos, cuando les falta todo otro alimento, sangrando sus caballos viven algún tiempo de aquella sangre; y si la carestía de víveres se aumenta, les sirven de pasto los caballos mismos. Para su ordinario sustento les basta pan, agua y arroz, y áun del pan no hacen gran caso; llevan en ciertos saquillos polvos de carne muy asada, y echando porción de ellos en agua tibia, toman aquel caldo como una medicina ó un regalo. El vino les es prohibido por su ley. Si les falta carne tampoço se aflijen; con que con sólo agua y arroz pasan gustosos.

Los antiguos escoceses no hacían provisión de pan ni de vino. Cocían la carne en las pieles de las mismas reses; y si esta les hacía mal, echaban en el fuego una plancha de hierro que cada uno traía, y sobre ella ponían un poco de pasta hecha de agua y harina, que á prevención llevaban en

taleguillos, para cuando estuviesen enfermos.

La parquedad de los antiguos spartanos, es bastante sabida de cualquiera, y bien descrita del padre Foresti, quien refiere que Dionisio, tirano de Siracusa, movido á curiosidad de probar las ponderadas cenas spartanas, se hizo venir un cocinero de aquel país, el cual guisando con la simplicidad que se acostumbraba en su patria, ocasionó el enojo de Dionisio. Entonces dijo el cocinero ser verdad que faltaban á la cena los convenientes aprestos, y preguntado cuáles eran, respondió: «El trabajo en la caza, el sudor, la natación en el Eurotas, hambre y sed.»

De los antecedentes ejemplares y de la noticia que al mismo tiempo nos dan sus escritores de la facilidad con que se movían los ejércitos de aquellas naciones, y con que penetraban sin carruaje cualquiera país enemigo ó talado, llevando cada soldado sobre sí los víveres que le bastaban para diez, veinte y hasta treinta días, excepto la carne, que conducían al paso del ejército en grandes tropas de ganado; de esta confrontación de noticias, vuelvo á decir, se infiere que el exceso presente de los equipajes,

Digitized by Google

y consiguientemente la dificultad de las marchas, y la de mantenerse ocho días en un país sin almacenes, consiste en la delicadeza á que están acostumbradas las tropas y particularmente los oficiales, á muchos de quienes parece que es circunstancia de serlo, el mantener gran carruaje en que portear una tienda para comer, otra para dormir, porque se llena de moscas la primera; destacar tantos machos á cargar de vino al paraje en que le haya exquisito, tantos por nieve á las ciudades distantes del campo, tantos por caza á las villas del contorno, etc.; y todo esto se excusaría si las tropas se contentasen de vivir con la sobriedad de las naciones citadas.

Probado que el exceso de los equipajes mire al fin de la variedad de alimentos, falta observar que de la misma nace la intemperancia, y de esta las enfermedades. Así lo cree Platón en el tercer diálogo de su Tratado de República; pero, aunque no hubiese tal inconveniente en la vergonzosa aplicación á la gula, ¿quién puede sin irritarse oír en los generales de ciertas naciones los continuos discursos de salsas y guisados, usurpando su conversación á los cocineros? ¿Y cuántas veces ocupa un jefe la imaginación en los platos que se han de servir á su mesa, cuando sólo debería

pensar en otras importancias del servicio de su príncipe?

XXXI.—Medio eficaz para la moderación de los equipajes.—Para que sea más eficaz el reglamento propuesto en el principio del capítulo XXIX de este libro sobre la moderación de los equipajes, convendrá que el tuyo no exceda á la tasa del mismo reglamento: dé por mí la razón Tácito, que al tratar de Vespasiano dice: «Conformándose él mismo á la antigua economía, hizo nacer en todos el deseo de imitarle; estímulo más fuerte que las leyes y que el temor de los suplicios.»

Dejo dicho en el citado capítulo XXIX, que los excesivos equipajes ocasionan robos en los oficiales que de su dinero no pueden mantenerlos; y añade Platón que hay el mismo riesgo en el fausto de los comandantes, porque acostumbrados á expender con demasía, cuando no haya que gastar de lo suyo, hurtarán lo mismo que habían de conservar de lo ageno. Compáralos aquel autor á los mastines mal enseñados, que en faltándoles todo el alimento á que están hechos, devoran los rebaños de que ellos propios

eran guardias.

Dirasme que tu cordura ó moderación en el gasto se interpretará á miseria: calumnia que fácilmente desvanecerás, mostrándote desinteresado en todas las ocasiones que se ofrezca de utilizarte con peligro del honor ó de la conciencia, y dando el socorro que buenamente puedas al enfermo, al herido y al oficial que sepas hallarse en estrechez; pues con una realidad de lo plausible, desacreditas una sospecha de lo culpable.

Al emperador Alejandro Severo describe liberalisimo la historia, y al mismo tiempo dice que aquel principe no usaba de otra comida que de la ordinaria y frecuente á cualquiera de los suyos.

Aun cuando no quieras dar sobre la medida justa de tu gasto la satisfacción que el anterior artículo expresa, bastará asegurar en la solidez de tu sobria conducta el desprecio de la ridícula sindicación de tus émulos.

LIBRO IV.

EN QUE SE DISCURRE DE LO QUE PARECE CONVENIENTE EJECUTAR EN EL PRINCIPIO DE UNA GUERRA.

I.—Proponense medios para que no sea desacepta la guerra, y se explican las utilidades que resultan de practicarlo.—Recién declarada la guerra, expresará el príncipe ó tú en su nombre á los pueblos de su dominio, las razones que más puedan animarlos á contribuír de buena gana lo preciso, dando á dicha guerra los convenientes colores para que parezca justa, y sea por consiguiente agradable.

Cuando Luís XII de Francia y Don Fernando el Católico emprendieron juntos la conquista del reino de Nápoles, publicaron intentarla con el fin de pasar desde allí con más comodidad á embestir el país de los turcos; y Don Fernando alegaba ser justa aquella guerra, por haber el entonces rey de Nápoles, Federico de Aragón, solicitado aliarse con los otomanos.

Mi intención en el antecedente párrafo es que al interior justo se acompañe el exterior honesto, porque los enemigos no hagan desacepta al mundo tu guerra, publicándola por ilícita.

Si tu guerra es defensiva, representarás á los pueblos la precisión de esforzarse á sostenerla para conservar las casas y haciendas, las vidas, el honor de las familias y la corona del príncipe, que los mira como padre, en lugar de que el conquistador los trataría como enemigo.

Con semejantes insinuaciones logró Camilo de Ursino, gobernador de Roma por el pontifice Paulo IV, que los romanos contribuyesen lo preciso para las prevenciones de defensa contra el ejército español, con que el duque de Alba amenazaba á Roma.

En caso que los enemigos hayan en precedentes guerras ocupado alguna porción del país de tu príncipe, será fácil persuadir á los pueblos del mismo, que voluntariamente contribuyan á fin de recobrarle, pues cualquiera siente ver desmembrada parte de la república ó reino en que ha nacido.

El Guicciardini refiere que los milanases asistieron gustosos á Luís XII de Francia, señor entonces del Estado de Milán, en la guerra que aquel príncipe resolvió hacer á los venecianos, porque Luís XII publicaba que dicha guerra se dirigía á recobrar las tierras del Milanés, que en las precedentes inquietudes había ocupado la república de Venecia.

Los motivos alegados en el siguiente capítulo dan ocasión de esperar que tus pueblos se hallen contentos de la guerra que lleves al país de los enemigos; pero si los disgusta el sobrescrito que ella tenga de ofensiva, quítasele, con alegar que te adelantas á tierras agenas, porque los contrarios no traigan la guerra á las propias.

Servio Sulpicio Galba, observando que el pueblo romano rehusaba que su ejército pasase á hacer la guerra en Macedonia, le redujo á consentirlo, insinuando que sólo de aquella manera se podía apartar de Italia la guerra; pues de otro modo, trayéndola Felipe de Macedonia, padecería Italia los daños experimentados con la guerra de Anibal.

Atenágoras de Siracusa decía á sus ciudadanos que para que los enemigos no pusiesen en ejecución sus designios, era preciso anticiparse á oprimirlos.

En disfrazar el semblante de la ofensiva, no sólo hay la ventaja de que se tenga por más lícito el empeño, sinó que denotando un príncipe ambición, pone á todos los confinantes en arma; porque no creyendo estar seguros en el descuido, se unen á observar, prevenidos, al guerrero, para declararse enemigos luego que pase á evidencia la sospecha de conquistador.

Queriendo Hernán Cortés quitar á su guerra el odioso título de ofensiva, al llegar al río de Tabasco ordenó (escribe Solís) «que ninguno de los suyos se moviese hasta que los indios diesen la carga, diciendo que allí se debía usar primero de la rodela que de la espada, por ser aquella una guerra cuya justicia consistía en la provocación.»

II.—Prosiguen los medios para que los súbditos contribuyan gustosos à la guerra.—Exagera las fuerzas de tu príncipe, la facilidad de subsistir tu ejército, y la inferioridad de medios y tropas de los enemigos para sostener la guerra, pues los tuyos se empeñarán gustosos en ella si la creen de feliz éxito en corta duración.

Así lo hicieron los cónsules Quinto Marcio Filipo y Tito Quicio Capitolino, el primero para animar á los romanos contra Perseo, rey de Macedonia, y el segundo contra equos y volscios cuando el pueblo romano rehusaba entrar en dichas guerras, que finalmente abrazó á instancia de estos dos cónsules.

Cuando isinúes á tus pueblos ó tropas la disposición de entrar en el país enemigo, pondera lo rico y deleitoso del mismo, para que esta lisonja de la imaginación no deje lugar á los reparos del entendimiento.

Suponiendo que para la guerra tengas alguno de los motivos que en el segundo libro se probaron justos, y si los expedientes hasta aquí propuestos no bastaren para que los pueblos contribuyan á ella gustosos, les traerás á la memoria todas las injurias, malos tratamientos ó daños que recibieron de la nación contra quien los buscas enemigos; pues tal vez alcanzará el deseo de reparar la ofensa á donde no llegó el afecto al soberano, ni la mira de otro interés.

El general consejo de la Grecia, en visperas de la guerra contra Jerjes, determinó que las casas destruídas por este no se reedificasen, para que la vista de aquella ruína mantuviese à los griegos enemigos de los persas.

Habiendo los gabaonitas ejecutado en la mujer de un levita las más execrandas torpezas, de cuyo padecimiento la mujer murió luego, el levita dividió en doce partes el cadáver, y enviando una á cada tribu, consignió que juntándose las once, llevasen á la de Benjamín cruel guerra, porque no entregó al castigo de tan enorme delito los gabaonitas, súbditos de dicha tribu de Benjamín.

Algunos que no hallaron en sus pueblos hecho el disgusto contra los premeditados enemigos, le fabricaron con artificio, metiendo mañosamente á los primeros en algún empeño que los dejase ofendidos de los segundos,

para que ansiosos de la satisfacción, abracen voluntarios la guerra, la cual

siempre voy suponiendo sea por otros motivos justa.

En el capítulo I probé que no basta el que una guerra sea justa, si no lo parece, y que importa desfigurar el nombre á la ofensiva para evitar los peligros de ofensor: si los dos principios no son falsos, la práctica del anterior párrafo es útil; pues con el pretexto de satisfacer injurias pueden adelantarse conquistas; cuando el derecho de guerrear sea más verdadero que conocido, adquiere fuerza para con el vulgo en el príncipe que mueve sus armas con el sobrescrito de agraviado.

Recelando Augusto que sin considerable motivo, no aprobasen los romanos la guerra que pretendía hacer á Marco Antonio, casado con Octavia, hermana del mismo Augusto y despreciada de Antonio por los amores de Cleopatra, Augusto (digo) envió á Octavia á vivir con su marido en Egipto, conociendo que no la recibiría Antonio y que este desaire le serviría de honesta causa para la guerra contra aquel príncipe, como efectivamente sucedió; y derrotado Antonio en la batalla de Actium, quedó Augusto dueño de la porción de imperio que el otro ocupaba.

III.—Diligencias convenientes en principio de guerra contra país de religión distinta.—Para que los pueblos acepten voluntarios la guerra, les queda propuesto en los dos capítulos antecedentes lo preciso, lo fácil, lo útil, lo justo y lo agradable; y concurriendo más notorias las dos últimas circunstancias en guerra contra infieles que en otra, es natural que en ella los pueblos contribuyan gustosos, particularmente si les haces memoria de los desacatos que sepas haber tus enemigos cometido contra los templos, imágenes, sacerdotes, etc., cuyo recuerdo surte un efecto que empieza en la compasión, y tocando en el enojo, termina en el deseo del castigo.

En caso de semejante guerra, procura establecerla por de religión y obtener del estado eclesiástico las asistencias que por conservar los presidios de Africa y proseguir por mar la guerra contra infieles, disfruta España en

sus bulas, excusado, subsidio, etc.

En guerra declarada por de religión, será de grande estímulo á tus pueblos, para la contribución de voluntarios donativos, el continuo persuadir de predicadores que estén reputados por doctos y virtuosos; pues entonces los vasallos hacen devoción del tributo, y esperando eterna y temporal recompensa, duplican la liberalidad.

Sin que fuese de religión la guerra, nos causaron bastante daño en Aragón, Cataluña y Valencia algunos imprudentes sugetos, que abusando de los lugares más sagrados, continuamente arengaban sobre el derecho que ellos pretendían á favor del entonces señor archiduque; y llegaron á poner en tal escrúpulo á parte del vulgo de aquellas provincias, que ya más por superstición que por afecto, se obstinaba á sacrificar vidas y haciendas por los austriacos; y yo he visto miquelete que espirando de las heridas, en lugar de recomendarse á Dios, gritaba que moría por Carlos III.

Cuando el príncipe no pueda establecer por de religión su guerra, le convendría introducir en sus intereses al Sumo Pontífice, ó á lo menos buscar los medios más eficaces para que deje de mostrarse contrario, habiendo desde antes captado su afecto, porque solicitándole inmediatamente á la ocasión, se trasluciría con facilidad el fin. Aconseja con eficacia esta máxima Comin Ventura, y con gran cuidado la puso en práctica Guillermo el Conquistador, al emprender la conquista del reino de Inglaterra, poseído por Araldo II, y durante el pontificado de Alejandro II.

IV.—Ventajas y forma de que inmediatamente declarada la guerra, establezca buenos créditos á su conducta el general que no esté bien conocido en los dos ejércitos.—Cuando el general no es de antes conocido en el ejército que manda y acreditada su conducta en el de los enemigos, ambas tropas observarán atentas el principio de su gobierno, y como los hombres se cansan de esperar, entran inmediatamente á decidir, dando á la inacción el nombre de lentitud, y tal vez la acusan de cobardía, cortando así el paso al que en el jefe debe ser principalísimo intento de adquirir buena fama. Respecto de esto convendrá que tal jefe busque luego ocasión de mostrar su valor, inteligencia y actividad.

Del mismo dictamen se halla Guillermo III de Nasau y repara que Aníbal solicitó el combate contra romanos inmediatamente que pasó los Alpes. Los emperadores otomanos para hacerse estimar de los suyos, procuraban distinguirse en alguna acción militar luego que ascendían al trono.

Tácito, hablando de P.... Ostorio recién hecho vicepretor de Inglaterra, dice: «Sabiendo Ostorio que en los primeros sucesos consiste la reputación de la guerra, marchó con algunas cohortes á buscar al enemigo.»

No solamente los créditos de un general de ejército, sinó también la acción de algún hombre de sus tropas, puede poner en reputación á estas; particularmente en el principio de una guerra contra nación de quien sean desconocidas. Los ejemplares que siguen son comunes, pero bastante eficaces para excusarme otra prueba.

Agesilao, hijo de Temístocles, yendo á reconocer el campo de sus enemigos los persas, determinó matar al rey de estos, y habiendo herido al sátrapa Mardonio (á quien equivocó por el rey), fué preso y llevado á la presencia de Jerjes que asistia á un sacrificio; metió la mano en las brasas del incensario, y al ver aturdidos á los persas, dijo: «Así son todos los atenienses; y si no me queréis creer, abrasaré con la misma tolerancia la otra mano.» Lo propio refiere Livio haber ejecutado Mucio Scevola oficial romano, á vista del rey Porsena, quien (como también Jerjes) cobró aprensión de los enemigos en uno de cuya nación observaba tan constante prueba. Ni menos respecto á los genoveses el emperador de Trapisonda, por la acción del genovés Mérgolo Lercari que habiendo recibido en la corte de aquel príncipe una injuria de cierto joven, á quien el emperador no quiso castigar, armó dos galeras con dinero de sus parientes y amigos y obró contra los trapisondinos golpes tan atrevidos y estragos tan continuados, que el emperador por lograr la paz con Lercari, hubo de concederle algunos privilegios para su nación, la cual experimentó que desde entonces se hacía más caso de ella en el país de Trapisonda.

Sentado el principio de que el entrar desde luego en alguna operación, contribuye á los créditos del general y de su ejército, falta averiguar las excepciones y circunstancias que deben servir de luz á esta regla, peligrosa por ancha; pudiendo perderse en ella como quien viaja de noche en países llanos, y pareciéndole todo buen camino, se extravía fácilmente del término de su jornada, si no observa ciertas señales para guiarse al meditado paraje.

Sea, pues, la primera advertencia para el principio de la guerra entrar sólo en aquellas operaciones que, aunque no sean de la mayor importancia, den una razonable seguridad del buen suceso, porque así como las primeras acciones, saliendo felices, acreditan al jefe, animan al ejército, y se extienden á que su impresión disimule cualquiera posterior defecto, del

propio modo, aconteciendo infaustas, quedan intimidadas las tropas, despreciado el jefe, y orgullosos los enemigos.

Escribe Ludovico Dolce que en el buen principio dado al gobierno por el emperador León I fué motivo de que aquel principe adquiriese gran reputación, y de que la Africa, Asia ni Persia osasen declararle guerra como la habían declarado á sus antecesores.

Tratando Solis del primer rencuentro de Cortés con los de Tabasco, dice del mismo Cortés: «Puso gran cuidado en esta primera empresa de su armada, conociendo lo que importa siempre el empezar bién en la guerra, donde los buenos principios sirven al crédito de las armas y al valor de los soldados.

Salustio, refiriendo lo bien que empezó Mario la guerra contra Yugurta, expresa que después se le contaban por aciertos hasta las propias inconsideraciones.

Conociendo Mr. de Memoransi que un mal suceso en el principio de la guerra disminuye el ánimo de quien le padece, aconsejaba á Montiano que procediese con gran cautela en Provenza contra las tropas de Carlos V.

Es particularmente arriesgado el exponerse á salir perdidoso de la primera ocasión cuando se rijen tropas nuevas; pues no teniendo práctica de las mudanzas de la fortuna, creerían que siempre le hubiese de continuar adversa.

Sobre tal reflexión exhortaba Nicias á los atenienses á combatir contra los siracusanos, menos aguerridos y por consiguiente más sujetos á intimidarse de la primera fortuna contraria.

No por haber cogido buenos créditos, incurras en la vulgaridad del proverbio de echarte á dormir sobre ellos; pues un indigno fin deslustra al más glorioso principio; y como dice Platón, no lleva el precio en la carrera quien parte con más violencia, sinó el que corriendo con más constancia, llega primero al señalado término: antes bien sería mayormente vergonzoso al jefe obrar con desacierto, después de haber mostrado capacidad.

V.—Sobre acreditar de superior en fuerzas al ejército amigo en principio de guerra.—Los entendidos reparan en la calidad de las cosas: los ignorantes atienden sólo á la cantidad de las mismas. Así, habiendo propuesto la forma de acreditar con los primeros la conducta del jefe y el valor de las tropas, examinemos el arbitrio de que pase con los segundos por más numeroso tu ejército.

Para pasar por superior en fuerzas, con los que no entiendan la fineza de la guerra, que son los más, presenta batalla á los enemigos (áun cuando no la quieras) en parajes tan ventajosos, que ellos la hayan de rehusar; y si los contrarios para ser mejor recibidos de los pueblos ó más temidos de tus tropas, echaren falsa voz de ser más fuertes, ejecuta los movimientos que mayormente puedan mostrar tu superioridad y descubrir la ficción de tus contrarios.

Pompeyo, que no deseaba el combate en Munda, formó sus tropas en batalla delante del ejército de César, pero en terreno donde no podía ser atacado, porque tenía una plaza amiga á la espalda, y un arroyo y diferentes lagunas sobre el frente; y aunque después fué batido, sucedió porque, contra su primer proyecto, se tentó de abandonar aquel ventajoso terreno.

Ocupaba César con su ejército, cerca de Lugubi, un campo fuerte, y los de Pompeyo le gritaban á todas horas que saliese á rasa campaña: Pompeyo al mismo tiempo escribía á los pueblos que César huía la batalla; y César para que no lo creyesen, la presentó dejando el puesto ventajoso que tenía; pero con todo eso Pompeyo no se movió del suyo; con que se conoce que la máxima de cada uno de



los dos grandes jefes era acreditarse de superior en fuerzas para que el país no abrazase la parcialidad del otro.

Aventura, sobre buenos avisos, destacamentos que lleguen á hostilizar el país contrario, los convoyes y forrajes del ejército enemigo, y algunas guardias avanzadas del mismo; pues el vulgo de los pueblos y de las tropas juzga por lo que ve, sin pensar en lo que ignora. Este crédito de superior comenzará á introducir el recelo en el país y en los soldados enemigos, al paso que á tu milicia y pueblos añadirá mucho aliento; y á veces en la guerra no vale menos la fama que la fuerza de las armas.

VI.—Donde se trata de la frontera y estación en que debes hacer la guerra siempre que tengas arbitrio de elejir.—En igual oportunidad de las demás circunstancias, conviene hacer la guerra por la frontera enemiga de pueblos menos belicosos; porque si fuesen acostumbrados á las armas, particularmente en países quebrados, padecerías la incomodidad que por la misma razón experimentó el ejército del rey en Cataluña, cuyos paisanos le causaron más afán que las tropas enemigas, y ocupaban cada campaña siete ú ocho mil hombres para impedir las correrías de miqueletes, y asegurar los convoyes contra el insulto de los propios.

Hay naciones muy guerreras fuera de su país, y que dentro de él no valen tanto; y otras que por la defensa de su patria llegan á los últimos esfuerzos, y en la conquista de dominios apartados pierden el coraje ó la constancia. Respecto de cuya reflexión parece debes llevar la ofensiva á los pueblos de la primera expresada calidad, y mantenerte sobre la defen-

siva en el confín de los de la segunda.

Que no convenga llevar la ofensiva á país abundante en plazas fuertes, lo dicta el ejemplar de Flandes alegado más adelante; pero también sería desventajoso idear la conquista sobre provincia tan desprovista de plazas, que no puedas hacer pié en algunas para establecer tus almacenes y hospitales, y cubrir desde ellas tus convoyes y retiradas, particularmente siéndote el país enemigo. Inconvenientes que experimentó el ejército de los aliados en Castilla, donde no habiendo plazas, dicho ejército dominaba sólo las dos ó tres leguas de su circúito; porque los paisanos afectos al rey nuestro señor, les negaban la obediencia que les habían dado, atravesaban el paso á sus reclutas, insultaban sus convoyes, tomaban sus merodistas y forrajeadores; con que dicho ejército aunque indisputablemente superior, se vió por dos veces precisado á retirarse, pues padecía una especie de bloqueo de los pueblos que, no sujetos de plazas, obedecían á los alemanes hasta que se les alejaban dos marchas.

Si crees que alguna provincia de tu frontera al calor de tu ejército en-

trará en negociación con tu príncipe, procura penetrar en ella.

Cuando algunos de tus pueblos no son bien seguros en la fidelidad, establece la guerra en paraje desde el cual tu ejército los cubra, reflexión que se infiere de lo dicho en el antecedente párrafo; y de cualquiera forma procurarás llevar la guerra á país en que puedas recibir tus convoyes con más facilidad que los enemigos los suyos.

Tres razones puede haber para dirigir la guerra á la provincia más rica de los enemigos que esté á tus confines. La una, para destruír aquel país

Digitized by Google

capaz de suministrar á los contrarios asistencias considerables de víveres, dinero, caballos, etc.

El segundo motivo es cuando te falten para las tropas los caudales ó víveres que de aquel rico país puedes tomar, sea por medio de cuarteles de invierno ó de contribuciones.

Don Raimundo de Cardona, general de las tropas del rey don Fernando el Católico en Italia, no hallándose el año de 1513 con fondos para mantenerlas, se dejó de toda otra empresa para llevarlas á las vecindades de Venecia, entonces enemiga de la España, cuyo ejército vivió á costa de aquellos pueblos pingües por sí mismos, y mayormente abundantes por los géneros que habían retirado á ellos los paisanos de otros lugares, creyendo que estarían allí más seguros.

La última razón de llevar la guerra á la provincia más rica de los contrarios, es cuando se intenta hacer una conquista para mantenerla; pues si ha de costar su logro el mismo precio, sería culpable escojer la peor prenda; y en otra parte pruebo que regularmente se encuentran menos belicosos los paisanos de tierras más ricas.

Repara Comazzi que aspirando el emperador Caro á una conquista, la intentó sobre la Persia deleitosa y rica, y no en Sarmacia, porque era esteril y pobre.

Hecha la diligencia de conquistar ó destruír el mejor país de los enemigos, si discurres que tardará mucho la paz, y esperas rendir á tus contrarios por falta de caudales, procura empobrecerlos llevando la guerra á la frontera más apartada de las provincias que suministran al ejército enemigo el trigo, cebada, carnes, vestuario, armas, hierro y maderaje para la artillería y todas las demás cosas principales de que necesita, y cuyos trasportes puedan costar mucho; pues si afortunadamente la frontera tuya que mira á aquella de los contrarios, goza de estas conveniencias que ellos notienen, la guerra les saldrá en extremo embarazosa y cara. Los políticos harán reflexión en que por estos motivos solicitó Luís XIV la paz con cierto príncipe, antes de efectuarla con españoles, alemanes, ingleses y holandeses en Riswikc.

Para hacer la guerra en país ardiente ó frío, de verano ó en la porción de invierno, primavera ú otoño, que las lluvias lo permitan, puede haber la razón de ser tus tropas y las de los contrarios de clima diverso, y por consiguiente más aptas las unas que las otras á resistir al ardor ó al hielo; en cuyo caso procurarás emplear el fuerte de los tuyos contra el flaco de los enemigos, ejecutando la ofensiva en las tierras y estación que sean á los contrarios más incómodas, y solamente defendiéndote donde las propias circunstancias serían adversas á tu nación para mantenerse en campaña.

Los suecos del rey Gustavo Adolfo, hallando los fríos de Alemania muy tolerables á proporción de los de Suecia, atacaron en el rigor del invierno y tomaron á Conigsberg y Greyfenagen, cuando los alemanes no podían sin grave incomodidad mantenerse en campaña, á causa de la estación, que para ellos era sobrado rígida.

Una de las razones que da el Guicciardini para haberse disminuído el ejército de Francia, año de 1503 ó 4, y perdido por esta causa la batalla del Garellano, es que el Gran Capitán hizo en dicho año la guerra en tiempo tan áspero y en países tan pantanosos, que los franceses y suízos no pudiendo resistir aquellas ni otras incomodidades, enfermaron y desertaron á docenas, en lugar que de los españoles como más acostumbrados á todo trabajo, llevaban con paciencia y con salud las mismas fatigas.

VII.—Expedientes para cuando carece de granos, forrajes y agua la frontera por donde te convendría entrar en el país contrario.—Si el país en que te conviene hacer la guerra ó comenzar la campaña, carece de granos y forrajes, dispón que de cuenta del rey y en terrenos de la frontera cubiertos de tus plazas, se siembre cantidad de trigo y cebada, parte para dar temprano el verde á tu caballería y salir á campaña primero que los enemigos, y el resto de la cebada ó trigo servirá para cojer á su sazón el grano y la paja, de cuyo modo excusas al príncipe el excesivo gasto de largos trasportes.

Los suízos, previniéndose à la guerra contra César, sembraron en parajes oportunos doble cantidad de trigo que el ordinario.

La paja de dicha cosecha te asegurará el poder conservar tu caballería en campaña después que, por haberse acabado las yerbas y pastura del país, se vean los enemigos precisados á alejar su caballería; y no teniendo tu ejército la oposición de la misma, obrará con más libertad aquel tiempo que la tardanza de lluvias y fríos le permita campar en el otoño.

A todo lo referido se añade la conveniencia de que, habiendo el recurso á los forrajes del rey, no cortas los de los paisanos, que no solamente quedarían disgustados y pobres, sinó que no pudiendo mantener allí sus ganados, se irían con ellos á otro país, se despoblarían sus lugares, y faltarían á tu ejército los vivanderos, carros y bagajes que cada día se hallan precisos á más de los que siguen siempre á las tropas.

Solís, refiriendo las provisiones que hizo Hernán Cortés en Méjico para marchar á Zempoala, dice: «Previno los víveres que parecieron necesarios

para no ir á la estorsión de los pueblos.»

La propuesta siembra de trigo y cebada, ejecútenla algunos hombres del país como de su cuenta; pues si los enemigos averiguasen con tiempo que por la del rey se adelantaba esta prevención, harían las suyas en la misma frontera, conociendo que te disponías á llevar la guerra por aquella parte; y así los sugetos que emprendan tal cosecha, sean callados, afectos á tu príncipe y ricos, para que no descubran el secreto por ignorancia ó malicia, ni se extrañe en ellos un tráfico tan grueso: pueden pretextarle con un asiento para suministrar cantidad de granos á algunos pueblos; particularmente si el país está cerca de la mar, y hay provincias que otras veces enviaron sus naves á cargar de granos en el propio.

Otro expediente para cuando faltan granos ó forrajes en la frontera por donde conviene hacer la guerra, es anticiparse á formar gruesos almacenes de trigo, cebada, paja y yerba seca; pero en este arbitrio hay siempre el daño de que la extracción de aquellos géneros incomodará á los paisanos de quienes se toman; y siendo necesarios muchos meses para trasportar los primeros á la frontera, anticipas á los enemigos el aviso del paraje de tu meditada guerra; menos que tengas en tu favor la corriente de ríos nave-

gables.

VIII.—Razones para formar diversos cuerpos de ejército muy superior al de los enemigos.—Si tuvieres muchas más tropas que los enemigos, después de tomarte las que basten á quedar algo superior, respecto á su

Digitized by Google

calidad y número, á los terrenos que has de ocupar y á las operaciones que debas emprender, forma uno ó dos destacamentos que obren separados, porque los ejércitos en exceso grandes, no hacen tanto servicio como confusión: tales encuentro los dictámenes del vizconde de Turena y de Mr. de La Noüe.

Los ejércitos de César y Alejandro regularmente eran de treinta y cinco á cincuenta mil hombres, á cuyo último número muy raras veces llegaron; y aquellos dos grandes príncipes, de quienes las provincias apenas podían contarse, cierto que no dejaron de mantener ejércitos más numerosos porque les faltase de donde sacar gente y dinero.

Cuando el ejército pasa de cincuenta mil hombres, cualquiera mediano desfiladero le detiene todo un día, de donde se origina gran pesadez y atraso en las marchas, como puede observar cualquiera que siga á las tropas.

Los romanos, al tiempo de su bien gobernada república, tenían muchos ejércitos, pero de pequeño número, tanto que pocos de ellos excedían de doce mil romanos y doce mil auxiliares: cuando era menester, se juntaban los dos ejércitos consulares, que entre ambos componían veinticuatro mil romanos y veinticuatro mil auxiliares: de cincuenta mil en todos, rarísimas veces pasaban; con que aunque les derrotasen un ejército, se socorrían fácilmente con tropas de los demás.

Con diversos cuerpos de tropas abrazas á un tiempo más operaciones, y adelantas así las conquistas ó fin de tu guerra, que dilatada, pudiera traer á los enemigos nuevas alianzas, á tu país sublevaciones, epidemias ú otro accidente que te sirviese de estorbo.

Luís XIV dividió su grande ejército de Flandes en tres cuerpos, de los cuales S. M. Cristianisima dirigia el uno, y dos de sus generales mandaban los otros, lo cual hizo que la Francia abreviase imponderablemente las conquistas sobre holandeses.

Es más precisa al ejército superior la regla de separar destacamentos que abrevien los progresos de la guerra cuando esta se hace contra nación desacostumbrada á las armas; pues al fin de algunos años, si los enemigos no son demasiado rudos, aprenderán lo que por falta de ejercicio ignoraban, como repara Tácito haber sucedido á los alemanes con la frecuencia ó continuación de sostener la guerra contra los romanos.

Los macedones fueron en las armas el desprecio de los griegos; pero á fuerza de sufrir y hacer la guerra, dieron la ley á los mismos de quienes antes la recibían, y después conducidos por Alejandro no sólo se apoderaron de toda la Grecia, sinó también de los vastos dominios de la Persia.

Del anterior párrafo se infiere que un príncipe de tropas ejercitadas, si hace la guerra contra nación entonces poco belicosa, debe ejecutar en pocos años los esfuerzos posibles de levas, tren de ejército y más gastos convenientes, para concluír su empresa antes que se vuelvan aguerridos sus contrarios: por eso el general Montecuculi en sus *Memorias*, dice que la guerra de alemanes contra turcos, importa que sea corta y fuerte: á la citada razón se añade la ventaja de que si feneces presto la conquista, no das á los neutrales, envidiosos de ella, tiempo de armar para impedirla.

IX.—Varias advertencias para practicadas con el general enemigo — Guillermo III de Nasau conviene en que es más que medio vencedor el

general que conociendo el humor de su contrario, tiene bastante presteza

para según él aprovechar las ocasiones.

Que, antes de adquirir este conocimiento, sea peligroso emprender algo, lo enseña el ejemplar de Quinto Fabio Máximo; pues saliendo de Roma el cónsul Marco Livio á mandar el ejército contra Aníbal, Quinto Fabio le aconsejó que no combatiese con los cartagineses, hasta hacerse capaz del genio de su capitán. Era Aníbal muy dado á los estratagemas, sin los cuales nunca obraba.

Supuesta ya la utilidad de conocer el natural del comandante enemigo,

examinemos la forma de lograrlo.

Infórmate de su genio por oficiales de capacidad, que en otro tiempo hayan servido á su orden, y haz movimientos diferentes con tu ejército, para observar en los que vieres suyos si es tímido, intrépido ó cuerdamente animoso: si sabe elegir el terreno que le conviene, si es pronto ó tardo en resolver y ejecutar, si inclina más al artificio ó á la fuerza abierta, si ama con demasía la gloria, si le irrita y ciega el desprecio ó la desgracia, si confía sobrado en algún principio de fortuna, etc.

Mr. de St. Evremont, describiendo las calidades de un gran capitán, dice: «Un buen general tomará mañosamente por el flaco á su enemigo, como fatigarle y acabarle la paciencia, si él fuere impetuoso ó vivo; adormecerle por negligencias afectadas, si fuere lento y perezoso; y hacerle entender que le desprécias, si fuere presumido, á fin que obligándole á salir de su disciplina, por seguir alguna de sus pasiones, se le haga caer en error; porque la mayor parte de las irregularidades no viene más que de cansarse de estar sujeto á las máximas del arte y de permitir que el humor gobierne.»

Harás todas las diligencias que estuvieren de tu parte para saber qué órdenes de su príncipe tiene el general enemigo (en el libro de espías se propondrán á este fin algunos medios), de cuyo modo te será más fácil oponerte á sus empresas, finjiendo ignorarlas, para que no variándose puedas desvanecerlas ó destruírlas.

Tácito, refiriendo que Germánico sabía aprovecharse de las resoluciones que sus espías le avisaban tener los enemigos y tratando de una emboscada que estos le prevenían para cargar su retaguardia durante una batalla, dice: «Como Germánico no ignoraba cosa de todo esto ni de lo que pasaba más secreto en el consejo de los contrarios, volvía contra ellos mismos todos sus artificios.»

Otomano, convidado a cierta concurrencia donde sabía que intentaban darle muerte, se presentó en el lugar señalado sin mostrar alguna desconfianza; pero hizo parecer en el mismo puesto algunos soldados vestidos de mujeres, que sacando á tiempo las ocultas armas, ejecutaron con los enemigos de Otomano lo que ellos pensaban practicar con el, quien no hubiera podido lograr su designio si no finjiese ignorar el de los contrarios.

Si el general del ejército enemigo fuere por su ignorancia, temeridad, ú otro defecto de la conducta que te conviene, excusa propalar á alguno las faltas que le observares; deja que logre una poco importante operación: da tal vez á entender en las conversaciones que no has podido comprenderle; quéjate de que tiene cerrada la puerta á tus espías, y en fin, haz todo lo que en tí consistiere para que logrando él buenos créditos, su príncipe le mantenga en el comando, hasta que por su incapacidad puedas aprovechar un golpe que sirva de recompensa á este disimulo, lo que acaso no te sería tan fácil, si en lugar de aquel general enviasen los enemigos otro más avisado á mandar el ejército. Estando sitiado César en Alejandría por ejército de los egipcios, que mandaban Aquilas y Ganimedes, puso César en libertad á Tolomeo rey de aquel país (á quien tenía consigo arrestado), discurriendo que si como era natural, tomaba á su cuenta el comando de los egipcios, empeoraría los sucesos de su ejército; porque Tolomeo era muchacho sin experiencia ni conducta, en lugar de que la de Ganimedes y Aquilas daba cuidado á César, que halló útil su pensamiento; pues luego que Tolomeo se puso á la testa de los egipcios, no solamente le obligó César á levantar el sitio, sinó que también en rasa campaña batió al ejército enemigo, quedando el mismo Tolomeo perdido ó anegado en la huída.

No porque sea poco entendido el general enemigo, debes fiar tanto en su ignorancia como en tu conducta; pues la de tu competidor pudiera ser afectada, ó que algún accidente ó consejero le diese acierto, y padecerías tanto más daño, cuanto menos prevenido te hallases, quedando tu desgracia desairada con tu presunción, y engrandecido el sentimiento por el pequeño crédito del enemigo.

Era dictamen de Belisario que tendría peligro de perderse en la guerra quien, despreciando á los enemigos, confiase demasiado en sí mismo. Isócrates hablando á los atenienses, decía ser imprudencia fiarse en los yerros de los enemigos y no en la conducta propia.

X.—Continúan las advertencias para practicadas con el general enemigo.—Si al contrario de lo supuesto en el antecedente capítulo, fuere el general enemigo de tan buena conducta, que sirva más que la de otro de estorbo á tus designios, aprovéchate de sus enfermedades ó ausencias, para poner en obra aquellas expediciones que más importancia contengan, particularmente si quien le sigue en el comando, no tiene igual capacidad, ó las tropas enemigas tanta confianza en su dirección.

Tito Livio refiere que Aníbal deseaba combatir al ejército romano, mientras Publio Cornelio Scipión (el más capaz de los cónsules) áun estaba imposibilitado de hallarse en el combate, á causa de la herida que poco antes había recibido en la batalla del Tesino: creyendo Aníbal traer fácilmente á un mal paso al otro cónsul, Tiberio Sempronio, como efectivamente lo consiguió, derrotándole en la batalla de Trebia.

Respecto de que, según dejo probado, un solo hombre es capaz de facilitar la victoria, ó de evitar la ruína á su país ó ejército, parece que si cae en tus manos prisionero algún oficial distinguido, por el crédito que se adquirió entre ellos, ó por el temor que tus pueblos ó tropas le hayan cobrado, debes enviarle inmediatamente á las provincias de tu príncipe ultramarinas más apartadas, para tener pretexto de alargar su canje, que propondrían los enemigos por otro prisionero del mismo grado, y acaso de menos importancia para la guerra.

Observa César Campana haber sido fatal á los españoles el canje de Mr. de La Noue, á quien ellos tenían prisionero y permutaron por el conde Felipo de Egmont: siendo así que el referido La Noue era el que después del príncipe de Orange, llevaba el primer peso de los negocios de la liga contra España por la excelente conducta que practicaba.

Habiendo nuestros enemigos en la última guerra contra las dos Coronas, tomado prisionero al teniente general don Miguel Pons, le despacharon luego á Mallorca, creo que por tenerle á mayor distancia del canje, á causa del pánico terror que los miqueletes contrarios le profesaban con bastante razón.



XI.—Precauciones contra las diligencias que cerca de tu persona puede hacer el general enemigo.—Como es natural que el jefe de los enemigos haga contigo lo que en el capítulo IX aconsejé practicases con él, en cuanto á comprender su genio y averiguar sus órdenes, juzgo preciso que sin apartarte de las fundamentales reglas de la milicia, des en lo exterior un método irregular á tu conducta, y que alguna vez le varies; porque, de otro modo, la misma irregularidad que te propongo, serviría de pauta á los enemigos para presumir tus intentos; en lugar de que si cuando los contrarios piensan haber comprendido tu forma de guerrear, la alteras de golpe, acaso los hallarás mal prevenidos á reparar el que les dirijes sobre el supuesto de su engañada creencia.

Mr. de Varillás escribe que Luis XI de Francia, para que no se pudiesen penetrar sus máximas, siempre iba por ciertos rodeos que hacían incomprensible su modo de obrar.

A diferentes oficiales entendidos que sirvieron en la grande última guerra á las órdenes de los señores duque de Vandoma y príncipe Eugenio de Saboya, oi decir que cada uno de aquellos dos insignes hombres hacía muchas operaciones por métodos que parecían extraordinarios, y que siempre les surtía bien el pensamiento, por la cuenta que echaban de que no acostumbrando su competidor obrar por los ordinarios caminos de la guerra, era menester salirle al atajo por la senda irregular que los casos permitiesen.

Epaminondas, que siempre solía moverse contra los enemigos al salir el sol, alteró la hora en el Peloponeso contra los lacedemones, á quienes derrotó, hallándose enteramente descuidados y dormidos la noche que los atacó; porque ellos dieron sobrado crédito á la observación que tenían hecha de la costumbre de Epaminondas, y este supo entonces oportunamente variarla.

Supone Jenofonte que aconsejaba Cambises á Ciro procurase descubrir las órdenes ó designios de los enemigos y ocultar los suyos: de la pri-

mera parte se trató en el capítulo IX.

Para la segunda pudiera convenir que mañosamente dieses á entender hallarte con órdenes diferentes de las que realmente has recibido, confiriendo con algunos sugetos sobre las primeras, con lo cual acaso encontrarás desprevenidos á los enemigos que se hayan fiado en las noticias de sus espías. Como infinitas veces se halla preciso el disimular, y esto no siempre se consigue con sólo el silencio, es necesario recurrir á un finjimiento que sin ser de la calidad de la mentira, ponga un velo á la verdad: por ejemplo, si te preguntan una cosa, en que pretendas persuadir la afirmativa, puede bastar un sonreír de aprobación; un plegar los labios con semblante alegre; un tocar el hombro á quien te habla; un así dicen, etc.; y para disuadir, bastará tal vez una acción de mano, ó risa de desprecio á la pregunta; un arquear las cejas como admirado de la especie; una réplica con los estorbos más aparentes; un responder que hay hombres en el mundo que creen todo lo que oyen, ú otros mil recursos al gesto y á las palabras para ocultar la verdad, sin llegar á la mentira.

Si el general enemigo, porque tu conducta le embaraza, y el poco cuidado de su conciencia no lo detiene, procura malquistarte con tu príncipe, buscando forma de persuadir que estás de inteligencia con el suyo, rompe desde luego todo excusable comercio con dicho general; y en el que sea preciso cerca de algunas dependencias de las tropas, usa la precaución de admitir los trompetas enemigos cuando estén presentes algunos de tus oficiales; lee delante de ellos las cartas que recibas del jefe contrario, y las que le escribieres: no admitas regalos suyos, ni se los envíes; y en fin, no practicarás con él (si llegas á descubrirle tal intento) más cortesía que la indispensable á la política de la guerra.

El duque de Guisa leyó en público, luego que la recibió, una carta que le entregaron en nombre del señor don Juan de Austria, cuyo contenido suponía ser respuesta de otra en que el duque se daba por avisado de percibir en Génova tanto dinero prometidole por la entrada que había de franquear á los españoles en Napoles; y de esta ocurrencia que tuvo el duque de manifestar la carta, nació que el pueblo de Napoles creyese más bien su sinceridad para con aquel común.

Gustavo Trolio, arzobispo de Upsal, recibió una carta en que Gustavo Vasa, jefe del partido contrario al rey Cristerno II de Suecia, le solicitaba á entrar en el mismo; pero el arzobispo, con poner luego dicha carta en manos del virey de Cristerno, se libró de que este le sospechase parcial de los sublevados.

Habiendo el duque de Guisa enviado el regalo de dos caballos al duque de Andría y á don Fabricio Spineli, con intención de que haciéndoles aquella correspondencia sospechosos al señor don Juan de Austria, se apartasen del servicio de España, volvieron ambos los caballos al de Guisa con la respuesta de que: «no ignoraban que en el regalo había tanta malicia como generosidad.»

Alejandro remitió un rico presente de dinero á Foción, capitán ateniense, quien preguntó al que le llevaba por qué motivo le hacía Alejandro este cortejo, y respondiendo el emisario que era porque Alejandro le tenía por más hombre de bien que á los restantes atenienses, Foción replicó: «Pues yaque Alejandro me tiene por honrado, deje á lo menos que los otros me crean tal,» y volvió á enviar el dinero.

XII.—Sobre desbaratar por medio de políticos manejos la liga de los príncipes enemigos.—Quien siembra discordias, coje guerra, dice la antigua sentencia; pero quien ya padece la guerra, poco aventura en sembrar discordias. Hay medicinas que dañan en la salud y aprovechan en la enfermedad; y siempre se halla menos peligro en ejercitar la pluma que la espada; pues si una negociación se malogra, no causa tanto perjuício como una batalla que se pierde, que más presto se rehace el tintero consumido que el ejército derrotado.

No hallándose los españoles, después de batido el príncipe Tomás de Saboya, con fuerzas prontas para oponerse á la Holanda y Francia, suscitaron entre aquellas dos naciones la división, que bastó para que agraviados los holandeses del desprecio con que los franceses los trataban, hiciesen de manera que faltaron al ejército francés los víveres, por cuyo motivo padeció el desaire de levantar el sitio de Lovaina.

Jorge Poggibracio, rey XIV de Bohemia, viendo á diversos príncipes del Imperio unidos para su ruína, se libró de ésta con introducir en aquellos disensiones, que movieron á los unos de dichos príncipes contra los otros.

Para introducir ó mantener la división entre los aliados enemigos, trata si puedes, ó á lo menos finje tratar tan presto con el uno, tan presto con el otro, para que cada uno, receloso de los demás, se dé prisa de ajustarse con tu príncipe, temiendo que los otros le dejen solo en el empeño de la guerra, y no hallar entonces buena capitulación.

Del modo arriba dicho, deshizo el duque Valentino, año de 1502, la liga contra él concertada por los Ursinos, por Vitelozzo Viteli, Juan Paulo Balloni, Liveroto de Fermo y Pandolfo Petruci.

Cuando alguna plaza de tu cargo se halle en estado de rendirse al ejér-

cito de los aliados enemigos, advierte á su gobernador que procure capitular que en dicha plaza no entrará otra guarnición que de tropas de tal ó tal príncipe, nombrando las del que puede ser más sospechoso á sus compañeros, con lo cual, aunque no logres sinó mostrar este intento, es natural que los demás coligados teman alguna inteligencia de tu príncipe con el á quien pretendas entregar la plaza, y que entre este y los restantes llegue á división la desconfianza; particularmente si el referido príncipe, en cuyas manos quieras dejar la plaza, se interesa en conservarla por alguna especial conveniencia que de su adquisición le resulta.

La propia máxima se cree practicó Luís XII de Francia, año de 1513, mandando á Mr. de Obigni gobernador del castillo de Gayro ó Goyto, que en viendose precisado á rendirle al ejército unido de Venecia del emperador Maximiliano y del rey Don Fernando el Católico, le entregase á las tropas de éste para introducir por tal medio la desconfianza y división entre alemanes y españoles.

La gran concordia en que se habían mantenido Salomón I, rey de Hungría y su primo el duque Geysa, se acabó cuando hallándose los dos al ataque de Alba Real, los refugiados en el castillo de aquella plaza recurrieron á la piedad y protección de Geysa en más número que á la de Salomón, quien por esto, irritado contra Geysa, ó celoso de él, pensó luego hacerle guerra, en que últimamente quedó el mismo Salomón vencido.

El dar á entender que los avisos que tienes de tus confidentes, se te comunican por uno de los enemigos príncipes aliados, quiere Comines, citado de Frachetta, que pueda suscitar desconfianzas entre ellos.

En el principio de este párrafo vimos que tratando con diferentes príncipes de la contraria liga, acaso lograrás que desconfiados unos de otros, efectúen la paz por temor; pero cuando tal arbitrio no baste, conviene añadir á uno de los potentados enemigos el estímulo del interés, ofreciéndole ocultamente dinero ó tierras que satisfagan su ambición ó su enojo, y muden á tu favor su alianza, medio de que se valió Asá, rey de Judá, para destacar al rey de Siria, Benadad, de la liga con Baasa, rey de Israel, y llevarle á la suya.

En el propio caso de no ser justa la guerra de parte del príncipe con quien tratas la paz, y de que ésta con las circunstancias que tú la propones, le resulte verdaderamente ventajosa, procura ganar de secreto á su ministro, para que se la persuada, y le dificulte los medios de continuar la guerra.

En el expresado lance de ser al uno de los príncipes contrarios injusta y desventajosa la guerra que hace al tuyo, si has ganado al ministro del primero, solicita que pretextando celo al interés ó honor de su amo, le empeñe en algún paso que á los otros aliados pueda causar desconfianza ó disgusto, que termine en separación.

Adalgisio, hijo de Desiderio, último rey de longobardos en Italia, desbarató por sus ocultas inteligencias los esponsales de una hija de Carlo-Magno, contraídos con el emperador Constantino Cropronimo, de lo cual, resentido Constantino, halló Adalgisio facilidad en moverle contra Carlo-Magno, que se mantenía señor de la conquistada Italia, y así Adalgisio tuvo socorro de griegos, que le envió Constantino, y su madre la emperatriz Irene.

XIII.—Del buen trato debido á los prisioneros y de las conveniencias que de él resultan.—No sólo por galantería se debe á los prisioneros el

buen trato, sinó también por el interés de que tus tropas le experimentarán como le hicieren.

El emperador de Oriente, Romano Diógenes, trató muy bien á los prisioneros del ejército que derrotó á Arslán, segundo sultán de los seleucidas; pero presto vió, por la galantería de éste, cogido el fruto de la suya; pues batiendo Arslán al emperador y tomándole prisionero, le dió con moderadísimas condiciones la paz y la libertad.

El buen trato hecho á los prisioneros, causa que perdiendo éstos, con aquel beneficio, la interior saña que unas tropas suelen tener contra otras, ya los dejas en paraje de no se oponer con tanta obstinación á tus ventajas, y tal vez lograrás la de que tu buen modo te convierta en amigos los contrarios; así los atenienses temían que las ciudades confederadas tomasen el partido opuesto, por la buena acogida que en Brasidas, general del ejército enemigo, experimentaban los hombres y pueblos que caían en su poder.

Sisebuto, XXI rey de los godos en España, habiendo derrotado al ejército romano mandado por Cesareo Patricio, pagó á sus mismos godos el rescate de los prisioneros romanos, á quienes puso luego en libertad, de cuyo beneficio obligados los romanos, se volvieron amigos de Sisebuto, concediéndole grandes ventajas en las capitulaciones de paz.

Foresti escribe que Craco, II príncipe de Polonia, por su cortés modo cambió muchas potencias de contrarias en amigas; y lo mismo refiere de Lecho III, príncipe VIII también de Polonia.

Cuando por la relación de Tiriotes supo Darío el decoroso tratamiento que Alejandro hacía à sus hijas y madre, como lo que había llorado la muerte de su mujer (todas prisioneras de Alejandro), exclamó à los dioses, pidiéndoles que si él no había de restituirse al solio de la Persia, no le ocupase otro que Alejandro, à quien no aprovechó poco para sus conquistas esta benevolencia, que granjeó de los enemigos; pues muerto Darío, casi todos los persas de su cariño sirvieron fielmente á Alejandro, del pesar de cuya muerte se la dió à sí propia Sisigambis, madre del mismo Darío.

XIV.—Sobre averiguar la vigilancia de tus tropas, y castigar el descuido de tus centinelas.—Hasta aquí se ha tratado de las reglas que tienen relación al público, al general enemigo y á sus tropas y príncipe; mas desde este capítulo hasta al fin del presente libro, se discurrirá de lo que en el principio de una guerra debe hacer el general respecto de su ejército.

Para probar la puntualidad de las tropas cuando las tengas juntas, después de haber ordenado á cada regimiento lo que ha de ejecutar en caso de arma, harás tocar una falsa, en la cual estarás atento á observar el despejo, el silencio y la prontitud con que acude cada uno á su puesto, y darás las gracias á los que hallares puntuales, avisando á los que no lo estuvieren que otra vez sean más cuidadosos: dichas armas falsas sirven ciertamente para alertar las tropas; pero deben ser muy raras las que se toquen, porque al venir una verdadera no se equivoque con las finjidas; y pasada la primera advertirás que ya no se les tocarán más, para que no fiándose las tropas en que otra arma será falsa, ocupen su terreno sin la menor dilación.

Frontino, citado de Beyerlinx, dice que Hermócrates Siracusano, para poner sus tropas en vigilancia, hizo una noche marchar hacia ellas alguna caballería como si fuese euemiga.

El dormirse ó descuidarse una centinela parece pequeño, porque no

Digitized by Google

malicioso, delito; pero es en la guerra la más perjudicial falta, pues por ella se ven á menudo ejércitos y plazas sorprendidas. Así no sería rigor ejecutar sobre este punto algún ejemplar castigo que sirva de escarmiento y de vigilancia á las tropas.

Hallando Epaminondas dormido á un soldado que estaba de centinela en su campo, lo mató allí mismo, diciendo que le había dejado como le encontró.

XV.—Forma de probar los soldados que haya cobardes en el ejército. Dicese lo que puedes hacer con ellos y con los viciosos.—Los soldados muy viciosos infectan de continuo con el mal ejemplo. Los que no se atarean á la justa disciplina, causan los daños que el capítulo XVIII de este libro expresa; y los cobardes abren la entrada á los enemigos con la fuga, ó desordenan á sus compañeros con la turbación en el combate: por eso conviene alejar á todos los que, á pesar de tu cuidado y de su castigo, prosiguen renitentes á la enmienda; pero como algunos, por deseo de volver á sus casas, pudieran afectar la poltronería ó el vicio para obtener la licencia, debes examinar con atención su conducta y reforzar las galeras ó presidios con los que faltan á su obligación por malicia, y no por defecto de coraje: de cualquiera forma los apartarás de tu ejército.

Supone Jenofonte que Ciro mandó á sus generales echar de las tropas á los soldados conocidos de poco valor y de malas costumbres, porque los otros no se contagiasen con el ejemplo de su malignidad ó cobardía.

Viendo Hernán Cortés que algunos de sus soldados murmuraban de los trabajos que padecian en la guerra que importaba continuar, dió licencia y embarcación para la isla de Cuba á todos los que gustaron de retirarse, de los cuales dice Solís: «Gente perjudicial en el cuartel, inútil en la ocasión y engañosa en el número; porque se cuentan como soldados, faltando en el ejército algo más que los ausentes.»

Para averiguar qué soldados son los cobardes, muestra disponerte á una empresa peligrosa: después manda que todos los que no se hallen con salud, ó que no tengan en buen estado los caballos ó las armas, lo digan para mantenerse en el campo ó retirarse á una plaza vecina; y cuando con este pretexto se hayan puesto aparte algunos, los harás reconocer por cirujanos del hospital, á sus armas por oficiales de otros cuerpos, y á sus caballos por mariscales, á fin de ver en cuáles de dichos soldados es verdadero el impedimento, y en quiénes finjido: de los últimos se formará una lista con distinción de nombres, cuerpos y compañías.

Ificrates, dice Polieno Macedónico, conduciendo contra los enemigos sus escuadras, y viendo que algunos le seguían tímidos y pálidos, mandó que quien hubiese dejado atrás alguna cosa, volviese á buscarla; con cuya ocasión, retirándose los más cobardes, quedó Ificrates contento de no tener en su ejército más que soldados valerosos, y combatiendo con éstos obtuvo la victoria.

Conocidos, pues, los hombres de poco ánimo que hubiere en tu ejército, afecta creer su finjida indisposición ó el mal estado de sus armas y caballos, y publicando ese motivo, envíalos de guarnición á las plazas de menos peligro, y en su lugar traerás igual número de gente escogida de los cuerpos que presídian las referidas plazas; cuyos destacamentos pueden al fin de la campaña restituírse á sus compañías; porque con tal ejemplar los coroneles darán siempre los mejores soldados, para que su obrar

haga honor en el ejército á los regimientos de que son; y si estos viesen que no recobraban sus destacamentos, en otro lance igual entregarían los soldados más inútiles; no bastando que los escojan los comandantes de las plazas ó los inspectores, porque en cada compañía se encuentran algunos hombres de buena traza y malos hechos, y solamente sus oficiales conocen sus defectos.

El emperador León encarga mucho que antes de hacer la prueba del valor de los soldados no se emprenda operación alguna; pero al propio tiempo aconseja que el general no publique la cobardía de los mismos, porque de otro modo siempre descaecerán más de ánimo; y si disimulas su defecto, particularmente á tropas nuevas, tal vez con el tiempo y con la práctica de la guerra entrarán en coraje.

César envió á las guarniciónes de Thesalia y Etolia sus peores soldados, reservando los buenos para campar contra Pompeyo.

El año de 1711 ó 12 se pidió á los regimientos españoles del ejército de Cataluña un destacamento de cuatrecientos hombres, prometiendo que concluída cierta operación se restituiría cada soldado á su cuerpo, con lo cual todos los coroneles dieron la gente de mejor calidad; pero viendo que había pasado á Puerto Longón, y agregadose por reclutas á los batallones de Osuna y de Aluansa, pocos meses después que se pidió á los mismos cuerpos de Cataluña otro destacamento de cien hombres, no hubo en todos ellos veinte que valiesen para soldados: puedo asegurarlo, porque de la propia recluta tocó una buena porción á mi regimiento de Asturias, y casi todos los despedi luego que tuve forma de reclutar otros.

XVI.—Propónense diferentes arbitrios para acostumbrar á la infanteria á perder el recelo que suele cobrar á la caballeria.—En otros capítulos dejo, á mi corto entender, ampliamente probadas las ventajas que sobre cualquiera caballería tiene la infantería cuando es buena; pero como no basta que las comprenda el comandante si los mismos infantes no las conocen, voy á proponer los medios de mostrarles su propia fuerza, para que fiados en ella, pierdan el recelo que puede venir de ignorarla.

Para disuadir á la infantería la sinrazón en que á veces cae de temer á la caballería, destaca algunas partidas de infantes á pelear contra otras de igual número de caballería que tus confidentes participen salir del ejército enemigo y el camino que llevan: también puedes emplear el destacamento de infantería contra una gran guardia de caballería, con tal que la retirada á tu ejército no sea larga, ó que pongas á distancia razonable un cuerpo de tropas que baste à sostener tu destacamento contra los piquetes enemigos, que tardarán poco en venir á cargarle. A las plazas que no tienen caballería se presentan frecuentemente partidas de dragones ó corazas enemigos, y esta es la mejor ocasión de enviar otros tantos infantes á pelear contra ellos, porque a vista de su guarnición harán mayor esfuerzo, y porque si comienzan á titubear en el combate, saldrá prontamente á sostenerlos un grueso cuerpo de infantería, que á prevención se tenga en la estrada cubierta. Si en las expresadas ocasiones tus partidas de infantes baten á las de caballería enemiga, este ejemplar servirá de favorable consecuencia para que tus batallones entren con más esperanza de buen suceso á pelear con los escuadrones contrarios, particularmente si los oficiales de infantería representan á menudo á sus soldados las ventajas que dije tener sobre la caballería, y les acuerdan los rencuentros en que la misma ú otra infantería derrotó á la caballería enemiga.

César, à fuerza de representar à su infanteria las razones de prevaler à la caballeria en igual número, y ejercitando la primera en continuos combates contra la segunda, logró que aquella hiciese un total desprecio de esta.

En la retirada que después de la muerte de Ciro el menor ejecutaron los diez mil famosos griegos, viéndolos su capitán Jenofonte melancólicos de no tener caballería cuando con grandísimo número de esta los cargaba cada día Tisafernes, entre otras representaciones que Jenofonte les hizo, decía: «Que diez mil hombres á caballo no eran más que diez mil combatientes, respecto de que ningún soldado moría de las mordeduras de los caballos; con cuya insinuación y otras semejantes animó Jenofonte á los suyos contra la expresada caballería, que siempre les fué inútilmente á la espalda.»

Motino, oficial distinguido entre los suízos, antes de llevarlos á la batalla de Novara, les recordó las ocasiones en que los infantes de su nación habían mostrado en rasa campaña virtud superior á toda caballería; y dichos suízos con infantería sola ganaron aquella batalla contra los franceses el año de 1513.

Por otra parte, hagan los oficiales de tu infantería comprender á sus soldados que huyendo nunca podrán librarse de la caballería enemiga, que siempre corre más, y los degollará á discreción; pero que por el contrario, si se mantienen cerrados, en orden, y no se deshacen á un tiempo de todo su fuego, es casi imposible que la caballería les dañe; y que así la seguridad de sus vidas consiste en su constancia y disciplina, lo cual es cierto.

Mirónidas, estando para combatir contra los tebanos, superiores en caballería, mandó á sus atenienses que, observando con atención la gran llanura en que se hallaban, considerasen que si huían era segura su destrucción por el alcance de los enemigos, pero que manteniéndose unidos podían esperar la victoria; y Polieno Macedónico dice que esta insinuación bastó para que se conservase firme la infantería de Atenas.

El mismo fin de persuadir á las tropas mayor seguridad en el combate que en la huida parece llevó Alejandro Magno cuando solamente les dió petos y no espaldares, para que tuviesen menor peligro manteniendo el frente á los enemigos que presentándoles la espalda.

Advierto que las partidas que aconsejé se enviasen á combatir contra otras de caballería, sean de escojidos infantes, y mandadas por los oficiales más valerosos, y que por la primera vez se empeñen sólo en terrenos más favorables á la infantería que á la caballería.

Otra advertencia sea que si tu destacamento de infantería derrota al de caballería enemiga, no le siga sinó en buen orden, y los pocos pasos que basten para emposesarse de la victoria, porque habría el peligro de desordenarse en el alcance, que nunca la infantería puede conseguir, ó de caer en alguna emboscada.

Tus oficiales de infantería hagan que delante de sus soldados monte sobre un caballo bien robusto la persona que gustare, y que parta á atropellar á un infante que le espere con un palo en la mano, y verán que al blandírsele delante de los ojos, ó al tocarle en la cabeza, el caballo torcerá la carrera, si no está expresamente adestrado contra esta prueba, de la cual tomarán los oficiales asunto para mostrar á los soldados que si un caballo se espanta de un hombre que, estando firme, sólo tiene un palo en la mano, más ciertamente se experimentará inútil el esfuerzo de la caballería contra batallones cerrados, cuyas bayonetas y balas, el resplandor de las armas y el humo y trueno de la pólvora, tienen más derecho á intimidar los caballos.

Ultimamente digo que para que la infantería sea buena y no tema sinó

al deshonor, se atienda á llenarla de nobleza, que tenga reputación que perder: conseguirase con dar á los oficiales de infantería los premios correspondientes á su mayor peligro y trabajo, de los que en la caballería se padecen, sin abandonar por eso el cuidado de la última, que siempre se necesita buena, y á veces mucha.

XVII.—De lo que parece conveniente ejecutar con oficial ó tropa de infantería ó caballería, que en las ocasiones militares no cumpla con su obligación por temeridad ó por miedo. Dicese con qué gente se debe obrar de dia.—Si un oficial ó cuerpo cumpliere mal en la función, por la primera vez llamarás á tus solas al oficial que hubiere tenido esta desgracia, ó á los del regimiento á quien sucedió, y les dirás que han quedado con poco lucimiento; pero que á trueque de que no pierdan su crédito, y para que aquel suceso se atribuya á infortunio, y no á falta de valor, les darás presto ocasión en que esperas se desempeñen (y se la concederás efectivamente, sin por eso arriesgar con ellos cosa muy importante), y que según después obraren, se juzgará de ellos, no haciendo cuenta de lo pasado; pues no dudas que el hombre de más honra está sujeto á una fatal hora.

Oi decir á oficiales que han servido bajo la mano del vizconde de Turena, que de este modo había sacado aquel general muchos hombres de garbo, de gente que, sin tal arbitrio, hubiera acabado de perderse, creyendo no poder ya volver á su honor ni á la estimación de los generales.

Algunos tebanos, rechazados una noche del asalto que dieron á Lacedemonia, abandonaron medrosos sus escudos, de cuyo desorden no sólo no los castigó su general Epaminondas, sinó que para cubrir esta falta y poner en seguro el crédito de dichos tebanos, mandó luego que ninguno de los armados llevase más escudo; con que no se pudo conocer los que le habían perdido, los cuales agradecidos á tal beneficio, sirvieron desde allí adelante con particular resolución.

Si con el que falta en el valor se debe usar de la benignidad propuesta en el parrafo antecedente, más acreedor á ella será quien erró la primera ocasión de temerario, con tal que el conocimiento de su culpa asegure el fruto de su enmienda.

Habiendo Galerio errado en la primera conducta contra Narseo, por atacarle con muy inferior número de tropas, y venido después á excusarse con el emperador Diocleciano sobre haber sido derrotado, la respuesta que Diocleciano le dió, fué: «Anda á juntar otro ejército, y vuelve por tu honor: así lo ejecutó Galerio, y obtuvo en Armenia victoria de Narseo.»

Más adelante trataré de los temerarios de profesión; y discurriendo ahora de los cobardes por reincidencia, digo que si no bastando para la enmienda el primer aviso, continuase el oficial en su cobardía, le debes degradar delante de todo el ejército como indigno de sus compañeros, y si fuere un cuerpo entero el que incurre en esta falta, refórmale con ciertas señas de deshonor ó (lo que es mejor) destínale algún castigo, que dure tanto como dicho cuerpo tardare en volver por su punto, para que se dé más prisa en recobrar su crédito.

Solis escribiendo de cuando Cortés mandó cortar un pié al marinero principal del navio con que algunos intentaron huirse de la Veracruz, dice: «Sentencia extraordinaria, y en aquella ocasión conveniente, para que no se olvidase con el tiempo la culpa que mereció tan severo castigo: materia en que necesita de los ojos la memoria, porque retiene con dificultad las especies que duelen á la imaginación.»

César hizo marchar algunos días su caballería á la cola de todo el ejército, porque no obró á su gusto contra los tenturienses y usipetas en el país de Gueldres, y la mantuvo en aquel puesto hasta que volviendo en otra ocasión á desquitar su honra, le permitió restituirse al lugar que antes ocupaba.

Un gran príncipe de nuestros tiempos quitó á sus dragones la rodillera de un botin, porque en cierta ocasión cumplieron mal, y los mantuvo con este índice de su culpa hasta que en otra función se desempeñaron: los antiguos solían hacer morir á uno de cada diez soldados que en la función obraban con excesiva cobardía, y así lo ejecutó Lucius Aprenius en Africa con la cohorte de Decrius, la cual no guiándose por el buen ejemplo de su jefe, se puso en vil huída delante de los rebeldes mandados por Tacfarinas.

A nación que se pique mucho de la honra, y en igual comodidad de obrar, empléala de día más presto que de noche: previniendo á las tropas que estarás á ser testigo de su bizarría, para solicitar á cada uno el premio según se distinguiere. Sean de este número los españoles.

Una de las razones que dió César para no aceptar el combate, á que los egipcios le solicitaban en el Chersoneso, fué que siendo entonces noche, no se podía ver la bravura ó cobardía de cada uno de sus soldados, ni por consiguiente serviría el animarlos.

XVIII.—Razones para no conceder excesiva licencia á las tropas.— Aunque debes complacer á tus tropas en cuanto sin grave inconveniente fuere posible, advierto que mires á no convertir el gusto ajeno en perjuício de la conciencia propia; pues hasta en el tribunal de la eternidad se te pedirá cuenta de los desórdenes cometidos por las tropas de tu comando á causa de tu sufrimiento.

Atribuiránsete cometidos los robos en tus tropas tolerados, y padecerá

el crédito de tu desinterés á medida que la fama de tu conducta.

Nada peor que la excesiva licencia se aviene con una exacta disciplina, enemiga siempre de todo lo vicioso; y como las libertades que se toma el soldado las paga regularmente el paisano, este suele buscar su remedio en las armas que habría dejado arrimadas, si no se viese hostigado; y finalmente, cuando las tropas no tienen la conveniente brida, arruínan en pocos días el país de que han de vivir muchos meses.

Decia Belisario que no debían tenerse en los ejércitos hombres malvados aunque fuesen valerosos, porque la valentía desacompañada de la justicia y del temor de Dios aprovechaba poco.

Marchando franceses y borgoñones á hacer la guerra en las tierras de Leovigildo, rey XVI de los godos, ejecutaron al pasar por los países de Tolosa y Nimes considerables desórdenes, cuya licencia permitían los oficiales, creyendo llevar así más gustosos á los soldados; pero fué ella motivo de su ruina, porque habiendo sido derrotados en Carcasona, fueron en la retirada extinguidos por los dichos de Tolosa y Nimes, quienes acordándose del mal tratamiento recibido, atacaron las reliquias de aquellas tropas, que á más de esto padecieron en la retirada una extrema falta de forrajes y víveres, por haber ellas abrasado antes el país y muerto gran cantidad de labradores.

El sufrir en las tropas el vicio, no solamente puede ocasionar al jefe el peligro que el primer párrafo de este capítulo menciona, sinó también á todo el ejército la infelicidad ó la ruína, en castigo del delito ó del escándalo que en él se tolera.

XIX.—Sobre echar pocos bandos, ó dar pocas órdenes y hacer cum-

plir las distribuídas.—Para hacer leyes (dice Amelot) es preciso reglarse á la disposición de los pueblos. No hay algunas tan perjudiciales como las que prescriben cosas que se encaminen á la última perfección; porque las reduce al no uso la dificultad en observarlas. Según este dictamen, al cual me inclino, será menor el inconveniente de tolerar un pequeño mal, que el de exponerte á ser desobedecido promoviendo un difícil bien: ni deberás á trueque de evitar un corto desorden, constituirte en obligación de ejecutar un sangriento castigo; y así tus nuevas ordenanzas, bandos ó prohibiciones sean tan pocas como bien examinadas, ó para decirlo más justo, solamente las precisas; porque en la muchedumbre de los preceptos se arriesga siempre la puntualidad de los súbditos.

Hablando Tácito de la duda que padecía Tiberio en promulgar cierta ley contra los desórdenes de la excesiva pompa, dice: «Examinaba si con la ley podría quitar el mal que pretendía destruír: si la reforma se convertiría en algún perjuício de la república. Cuánto le sería vergonzoso no lograr su empresa, ó desagradable conseguirla sólo por medio de un riguroso castigo de los contraventores.»

No basta decir que si ves difícil ó imposible la observancia de lo que mandas, tienes el arbitrio de mudar la orden; porque esto sería una prueba clara de haberla dado intempestiva, y antes de su declaración convendría más el examen que después el remedio.

Pocos inconvenientes puede haber mayores que dejar sin castigo la desobediencia de una orden; y así, no menos que el propuesto maduro examen al distribuirla, es preciso continuado tesón en sostenerla, exceptuando siempre los casos en que se atraviesen considerables impensados estorbos nacidos del accidente, que no está siempre sujeto á la anterior prevención.

Diocles Ateniense hizo una ley para que, pena de la vida, ninguno saliese á la plaza con armas; y yendo él mismo un día contra los enemigos que hostilizaban los términos de la ciudad, oyó en la plaza una pendencia á que se acercó, sin acordarse de que llevaba las armas: preguntáronle entonces cómo rompía la ley quien la había hecho, respondió que él la confirmaría, y sacando inmediatamente la espada se mató con ella.

Lo mismo que Diocles ejecutó Carondas legislador de los turios.

El cónsul Tito Manlio Torcuato echó un bando para que no se aceptase algún combate particular propuesto por sus enemigos los latinos; y habiendo sido el hijo del cónsul desafiado por Geminio Mecio Latino, á quien mató en particular batalla, le hizo el cónsul morir porque había contravenido al bando; después de cuyo sangriento ejemplar, dice Tito Livio, hubo más obediencia, más exactitud y más vigilancia en el ejército de los romanos.

El dictador Postumio Tiburto hizo también morir á su propio hijo Aulo Postumio, porque contra la orden que tenía de no combatir, dió batalla á los enemigos; y esto habiendo Aulo Postumio derrotádolos en dicha batalla.

Lo mismo que el dictador Postumio Tiburto, y en propios términos, hizo Epaminondas, capitán de Tebas, con su hijo Stesimbroto, después que este acababa de derrotar á los spartanos.

Zaleuco, legislador de los locreses, estatuyó entre otras leyes, que al adúltero se le quitasen los ojos; y habiendo un hijo suyo incurrido en esta pena, los ciudadanos clamaron que se le perdonase en atención al padre, quien discurriendo que en tal piedad perdería de su decoro la ley, se quitó un ojo y otro á su hijo.

Licurgo Questor de Atenas, habiendo propuesto una ley, que establecieron después los atenienses, para que las mujeres no pudiesen ir en coche ó carro al templo de Ceres, y faltando su propia mujer á esta ley, Licurgo pagó luego un talento, que era la pena impuesta.



LIBRO IV.

XX.—Medios para evitar la deserción de tus tropas al país amigo, neutral ó contrario.—Para que no piensen los soldados en desertar, conviene tenerlos asistidos de paga, vestido, pan, camas en sus cuarteles, y buenos hospitales; pues cuando al pesado trabajo de su oficio se añade la falta de cualquiera de estas cosas, el soldado se disgusta, y no hallando otro recurso ni despique, se resuelve á desertar incitado de la hambre, del frío, de la vergüenza de verse desnudo y del escarmiento de mal curado, cuando le sucede la desgracia de enfermar ó de ser herido.

Es asimismo conveniente no dejar á los soldados muchos días ociosos, porque la inacción les da tiempo de pensar en sus casas y parientes, en lugar de que el trabajo los divierte y los fatiga, y en acabando cada uno

su faena discurre sólo en retirarse á descansar en su cuartel.

Las grandes guardias y las partidas que van á tomar ganados ó lengua, á escoltar convoyes, observar movimientos de los enemigos, etc., tendrán orden precisa de arrestar á todo soldado, tambor, sargento, ó paisano, que sin oficial ó licencia por escrito, haya pasado los límites prohibidos á cada uno; y esto no sólo servirá contra los desertores, sinó también contra los espías: dichas partidas reconocerán luego á los hombres que tomen, para que no tengan tiempo de arrojar las cartas que lleven.

Sobretodo es preciso acostumbrar los justicias de los lugares á que prendan irremisiblemente á cualquiera soldado que, sin el suficiente permiso, vean de residencia ó tránsito en sus jurisdicciones y á los paisanos que hubieren dado á los soldados ropa con que disfrazarse; mas ni uno ni otro se logrará hasta hacer un riguroso castigo en los primeros que con-

travinieren por malicia ó descuido.

Cuando la deserción es muy continuada, se ponen al rededor del ejército y fuera del límite hasta donde sin licencia se pueden apartar los soldados, muchas pequeñas emboscadas, que arresten por desertores á los que fueren á pasar aquel término, cuya distancia por bando precedente, se habrá especificado para que los soldados no aleguen ignorancia: advierto que al destacar la gente de las referidas emboscadas, se finja que va á otra parte, con eso los soldados se contendrán; porque escarmentados de los primeros que hayan sido cogidos, temerán siempre dar en el propio lazo: á lo menos puedo asegurar que el año de 1708, he visto en Cherta utilísimo este arbitrio, cuando otros infinitos no bastaron para atajar la deserción de las tropas que allí campaban.

Para embarazar la deserción en un lugar de tránsito, puede el comandante de cada regimiento disponer, durante la noche, patrullas al rededor del mismo pueblo, habiendo anticipado prohibición de que ninguno salga de él, particularmente de noche; pues los que lo intentan sólo llevan la mira de huirse ó de robar alguna cosa en las huertas, caserías ó rebaños del contorno. Si á la mañana siguiente faltan soldados de la revista, se hacen buscar en casa de sus patrones, los cuales sabrán los sargentos por las listas de alojamiento que hayan conservado, con expresión del nombre de cada soldado y del dueño de la casa en que aloja y calle en que está. Si áun de este modo no se encuentran los soldados que faltan, el coronel recurre á la justicia para que por un pregón, que declare las penas impuestas en la ordenanza militar sobre este asunto, mande que cualquiera paisano

A line

en cuya casa esté algún soldado le presente. Reconoceranse también las iglesias, por si se ocultaron en ellas: si son muchos los soldados que al último plazo para la marcha se mantienen todavía ocultos, como suele acontecer cuando la tropa se ha detenido largo tiempo en un lugar, porque acariñados de malas mujeres, ellas mismas los incitan á la deserción y los esconden, el comandante del regimiento dejará por algunos días dos ó tres oficiales ó sargentos disfrazados de paisanos, para arrestar á los desertores, que sin duda saldrán de su encierro cuando el regimiento se haya alejado.

Cuando se recela que algún paisano por el interés de dinero, del vestido, ó bien por desafecto al príncipe, da á los soldados ropa con que disfrazarse, ó los guía por sendas ocultas, se le echa un soldado de satisfacción que finja querer desertar, y si el paisano asiente á favorecer el designio, el soldado avisará el paraje donde se puede sorprender en fragante delito para que se le dé algún castigo: lo mismo es fácil hacer para probar á unos soldados con otros; y ya que, por la solicitud ó sugestión con que los últimos ó los paisanos son incitados, no se pongan en consejo de guerra, sufrirán una moderada pena. De este modo se logra, por lo menos, que desconfiados los unos de los otros, no se comuniquen el intento de huírse, ni por consiguiente deserten muchos juntos.

No se maltraten sin razón los soldados.

Si un soldado comete alguna falta, discurre que le han de castigar y piensa luego en huírse, por esto es necesario prenderle inmediatamente, ó

hacerle entender, con la misma brevedad, que se le perdona.

Ultimamente digo que toca mucho á los oficiales de los cuerpos el evitar la deserción, castigando á los desertores puestos en consejo de guerra conforme la ordenanza prescribe, y no como se practica vueltos procuradores del reo todos los jueces; pues lo regular es que no llevan la intención de administrar justicia, sinó que todo su estudio se reduce á buscar

sutilezas y arbitrios para hacer gracia.

Ificrates, para que sus soldados no desertasen, les detenía cada mes la cuarta parte de su sueldo, y de este modo (dice Polieno Macedónico) tuvo siempre Ificrates muchos soldados; la misma regla observaban los romanos, que hasta que los soldados cumplían el tiempo de su servicio, no les daban la porción de sueldo que les detenían, cuya cantidad llevaban depositada cerca de las banderas para que por defender su dinero pelease mejor el soldado. Bien sé que con los sueldos de hoy en país caro, no se puede practicar lo propio, porque escasamente alcanzan para el preciso alimento del soldado; pero en Sicilia, donde los víveres eran más baratos, he visto ejecutar con gran provecho la expresada retención de parte de sueldo por orden del director general Don Lucas Spinola; el soldado tenía de que suplir cualquiera gasto extraordinario que se ofreciese, así por un adorno de uniforme de todo el regimiento, como para socorrerse de prest cuando por algún accidente faltase dos ó tres meses el de la tesorería, y para ayudarse en la convalecencia de una larga enfermedad, después que el hospital le despedía.

Amilear, viendo à su ejército padecer una frecuente deserción, finjió desertores à algunos de los más fieles, los cuales tomando partido entre los romanos, buscaron ocasión de hacer un golpe sobre ellos; con que desde allí adelante aun de los verdaderos desertores no fiaban los romanos, ni por consiguiente se atrevían à mudar partido los cartagineses.



Por el opuesto camino logró Aníbal lo mismo que Amílcar; pues habiéndosele pasado algunos soldados al ejército romano, el día siguiente mandó que no fuesen tenidos por desertores, publicando que de orden suya habían ido á espíar el ejército enemigo, cuya noticia llegando á los romanos, estos volvieren á enviar los desertores con las manos cortadas: no apruebo el segundo arbitrio por no seguro en la buena moral.

Convendría establecer con los neutrales vecinos la capitulación de que no se admitan desertores de tu país al suyo, ni del neutral al de tu príncipe, sinó que luego que lleguen se vuelvan á remitir á la frontera de que desertaron, habiendo la recíproca seguridad de que no serán castigados; pues dicha convención está bien, así á los neutrales como á tí.

Los reyes Guillermo de Escocia y Enrique de Inglaterra, hicieron una reciproca ley de que el un pais no diese acogida á delincuentes del otro.

XXI.—Comiénzase á tratar de las precauciones del general sobre el encargo que haya de hacer á sus subalternos de los comandos que se ofrezcan.—Una de las más precisas atenciones del jefe, es no errar la elección en los encargos á los subalternos; así no encomiendes al intrépido operaciones que sea menester llevar con gran tiento, ni al pausado empresas que pidan prontitud, ni emplees al rígido ó interesado en donde importe complacer al país, ni al benigno donde convenga el justiciero, ni al que puramente sabe de militar, donde tenga mucho que obrar de político, ó al contrario; pues hay hombres que puestos á la cabeza de las tropas, son capaces de facilitar muchas victorias á su príncipe, y le perderían en poco tiempo las provincias, si ejerciesen el gobierno político de ellas. Por otro lado se ven personas que no valiendo para mandar un solo regimiento, son bastante hábiles para sosegar con una arenga ó negociación, todo un reino tumultuado. Cada hombre tiene su particular talento, que no se extiende á lo universal. Con que si empleas á un sugeto en dependencia agena de su comprensión, dejándole sin ejercicio en las de su mayor capacidad, harías como el que toma la espada por la punta, y no por el puño, convir tiendo en peligro lo que debe ser defensa.

Mientras César estuvo en la guerra forastera, dejó á Marco Antonio en el gobierno de la Italia; pero habiendo conocido después que para este empleo no valía, porque exasperaba los ánimos del país, y reparando por otro lado César que la bravura, la prontitud y otras partidas del mismo Marco Antonio, serían ventajosas en la guerra, le ocupó en ella, quitándole el manejo que primero tenía sobre los pueblos.

Duncano, que á la testa de un ejército derrotó en batalla y desposeyó del trono á Donaldo VIII de Escocia, perdió la misma corona luego que pasó de las armas al gobierno político de los pueblos, que contra él tumultuaron, habiéndose experimentado en aquel príncipe la calidad del óptimo guerrero y de pésimo político.

Demóstenes, que se portó vilísimamente en la guerra, dando señas de notable cobardía en la batalla de Cheronea, como refiere Plutarco, sosegó muchas veces con un solo razonamiento los internos disgustos de su república Atenas.

Concederás el comando de una función más presto al que te la pide que al que solamente la aconseja, y antes al que la aconseja que al que la disuade, porque los primeros se hallan por su proposición en mayor empeño de esforzar el buen éxito.

a John

Digitized by Google

El archiduque Arnesto propuso al maestre de campo, Luís de Velasco, para la operación de sujetar con la fuerza á los españoles amotinados en Sichen, habiendo sido el mismo Velasco quien dió este consejo al archiduque, y así sostuvo con gran tesón el empeño y logró ejecutar el encargo.

Aconsejaba Mardonio á Jerjes que prosiguiese contra los griegos la guerra, y Artabano le persuadía que la dejase, y conformándose Jerjes con el dictamen de Mardonio, le dió el principal comando de la expresada guerra y no á Artabano, tio del mismo Jerjes.

Hablando Solís de los embajadores zempoales que envió Cortés á pedir el paso á la república de Tlascala, dice: «Los eligió de los mismos que le propusieron en Zocotlan el camino de Tlascala, para que llevasen á la vista su consejo y fuesen interesados en el buen suceso de la misma negociación.»

XXII.—Advertencias sobre el anterior capítulo.—No por lo dicho en el precedente capítulo quiero que ciegamente concedas el comando de una operación á cualquier oficial que te le pida ó la persuada, ni basta que ostente buenas reglas al proponerla, sinó le discurres de conveniente conducta para ejecutarla, pues tal vez el defecto de experiencia le turbaría en la ocasión los principios de la teórica. También hay muchos que aconsejan bien, y obran mal; porque les falta de valor lo que tienen de discurso, y así mostrándose muy fuertes en el consejo, parecen igualmente cobardes en la ejecución. De cierto general que sirvió á los holandeses en la penúltima guerra, se dijo universalmente que tenía buen consejo y mala espada. Una causa contraria puede producir el propio mal efecto, habiendo sugetos que disponen con gran regularidad cualquiera expedición; pero en dando el primer paso hacia los enemigos, se dejan arrebatar de un inconsiderado coraje, y convertidos en soldados, olvidan la conducta, y pierden el acierto de generales.

A fin de reconocer para lo que es á propósito cada uno, repara en la cuenta que dió cuando se le encargaron dependencias semejantes á la de que tratares; prueba, que según cree también el caballero Borri, es la única piedra de toque en que se descubre lo que valen los hombres.

Aprovéchate de la misma observación, aunque los anteriores malos sucesos del subalterno vengan de suerte adversa y no de disposición errada, pues bien que la desgracia no llegue á culpa, basta en estos casos para impedimento, como la felicidad sirve de recomendación y disfruta á veces prerogativas de mérito.

Cicerón cree que no sólo por la conducta, sinó por la fortuna de Marcelo, Scipión y Mario, concedieron los romanos tan frecuentes comandos á aquellos jefes.

Oi muchas veces contar que luego que supo Luís XIV que uno de sus más queridos y sabios generales había perdido en la última guerra una batalla, entró S. M. Cristianisima en el cuarto donde estaba jugando la señora duquesa de Borgoña, y que lastimándose el rey de la desgracia de aquel general, respondió la señora duquesa siguiendo su juego: «Pues si él es tan desafortunado, no le daría yo mis cartas para que jugase por mí.»

Ni un solo yerro debe destruír para siempre la reputación de un hombre, ni una sola desgracia desterrar enteramente las esperanzas de la fortuna; antes bien la experiencia muestra que los más famosos generales comenzaron por ser batidos.

XXIII.—Sobre oficiales que aman la gloria con ambición desmesurada.—Encuéntranse oficiales que siendo muy buenos para obedecer, no

Digitized by Google

valen para mandar: vemos por la mayor parte consistir esta diferencia en que tienen valor y no capacidad; pero á muchos, aunque vigilantes, prontos, entendidos y celosos del servicio de su príncipe, no debes destacarlos en jefe si la experiencia mostró ser de aquellos ciegos ambiciosos de gloria, que poniendo toda la atención en conseguir aplauso, no se paran á mirar la censura de buscarle intempestivos, ni el riesgo de malograrle temerarios. Pero cuando te vieres precisado á concederles algún comando, limítales muy claro lo que han de ejecutar, particularmente si los destinas á obrar de concierto con tropas mandadas por otro de igual ó mayor grado, en cuyo caso, porque este no participe del honor que quieren todo para sí, anticiparán la operación en perjuício de la seguridad del buen éxito, aunque sin designio de mal servir al soberano.

He visto á quien después de tomada por asalto una villa, quería por fuerza que las tropas fuesen del mismo paso á meterse en el castillo, que tenía murallas de más de treinta piés de altura, y alzado el puente levadizo; pero aquel oficial juraba continuamente que el puente estaba caído, y que las murallas eran tan bajas por muchas partes, que un niño podía franquearlas. La oscuridad de la noche, que no permitía al comandante ver el desengaño de lo que la intrepidez del oficial soñaba, y las porfiadas instancias del mismo, llevaron la tropa á dar de cabeza en el castillo con inútil y bastante pérdida. Otra vez destaqué al propio oficial para que reforzase con una partida á otra que yo sabía marchaban los enemigos á cargar, y conociendo ya su genio, le amenacé de suspensión de empleo si no decía de mi orden al comandante del anterior destacamento, que inmediatamente viniese á gran paso á incorporárseme sin pelear, menos que los enemigos le alcanzasen sobre la retirada: llegó mi hombre á donde estaba el otro comandante que tenía mayor grado; y la forma de cumplir su comisión fué en las palabras siguientes: «Nuestro comandante ordena que V. se retire luego»; y volviendose á los soldados, los llamó por testigos de haber referido mi orden; pero sin detenerse más prosiguió: «Vea V. á los enemigos en aquella montaña; si no los atacamos, somos unos gallinas.»

Ptolomeo destacó por diversos caminos dos cuerpos de tropas que al mismo tiempo cargasen á las de Mitridates de Pérgamo cuando este marchaba á incorporarse con Julio César, pero el comandante de los destacamentos, queriendo llevarse todo el honor de la victoria, y pensando que para derrotar á Mitridates bastaba dicho destacamento suyo, no esperó al otro, y fué batido por Mitridates junto á Delta.

Algunos oficiales del expresado genio son utilísimos en un ejército para aquellas ocasiones en que se emplea el valor sin asistencia de la cordura; porque hay peligros tan eminentes, que para superarlos es precisa la temeridad al embestirlos y fortuna el no considerarlos: trataré del encargo que importa dar á tales hombres al discurrir de las batallas y de los sitios.

XXIV.—Ultimas advertencias para con los comandantes de destacamentos.—No conviene destacar juntos dos oficiales del mismo grado, si en el destacamento no va otro de carácter superior, porque de igual á igual se manda con mucha contemplación y se obedece con más repugnancia.

Tratando Tácito de cuando Tiberio envió á Asia persona que ayudase á remediar los daños que acababa de padecer aquel país, dice: «Escogió á M..... Aletus, del orden pretoriano, de miedo que si se enviase un consular, como era el que gobernaba en Asia, no hubiese celos entre dos iguales, y consiguientemente retardación en los negocios.»

Cuando sobre los reparos hasta aquí propuestos veas qué oficial conviene para el mandar la operación que medites, si dicho oficial no estu-



viese en turno de salida, destaca á los que se hallaren antes de él, aunque sea por breves horas, y sin otro fin, que el oculto de que no caíga en sus manos la expedición, y de no hacerlos descontentos por preferirles otro en la salida, debiendo siempre ser tu primer cuidado no fabricarte enemigos; máxima que con mucha atención practicó Nicócles, cuya opinión era no

injuriar á alguno y hacer beneficio á muchos.

Cuando encargues función importante á un hombre interesado, háblale de las utilidades que le resultarán de lograrla; si á un vano, representale la gloria que adquirirá con el ejército, país, príncipe y ministros; á un envidioso, trátale de la distinción que logrará sobre sus émulos; si á uno que te ame, dí que en ejecutar bien el encargo, te sirve igualmente que al rey, y que va porción de sus adelantamientos en obtener favorable aquel suceso; y así con todos los demás emplearás las palabras que á cada uno puedan hacer más fuerza; pues como ellos efectúen tus intentos, ¿qué se te da de que lisonjeen sus pasiones?

Saavedra, en sus *Empresas políticas*, escribe: «En los generosos obra la gloria, en los melancólicos el deshonor, en los coléricos la emulación, en los inconstantes el temor, y en los prudentes el ejemplo.»

En el primer libro dí al general para con sus consejeros diversos avisos, algunos de los cuales pueden servir de precauciones para con los comandantes de destacamentos; pues también importa que los últimos se hallen noticiosos de los pasos difíciles y de los genios del país en que han de mandar: que no sean apasionados en favor ni contra el mismo; que no padezcan el defecto de tardos en resolver, sobrado prolijos en especular, ni de inconsiderados en tomar aquellos partidos que deslumbran con lo brillante y engañan con lo útil, siendo vanos por lo difícil; que no tengan antipatía con los comandantes vecinos, con quienes pueda ofrecerse obrar de concierto; que no les falte desinterés, piedad, justicia y secreto, ni alguna de las más esenciales calidades que en el primer libro se buscaron para el jefe del ejército.

XXV.—Del premio debido á las tropas.—La palabra premio es muy genérica, pudiendo entenderse por dar al oficial ó soldado benemérito aquel inmediato empleo ó grado que sigue al que posee, solicitar del soberano para los sugetos merecedores ó para sus familias, otro equivalente beneficio ó recompensa: pretender para todo el ejército la regular conveniente asistencia, y distribuír por sí propio el general sus dádivas y agasajos.

Demóstenes decía que no se aventuran al peligro los soldados que no aguardan recompensa. Dirás acaso que Demóstenes entendía hablar solo de espíritus bajos que sirven por el útil, y no de hombres nobles, que en la gloria de sus mismas acciones cobran la paga de sus fatigas, y es cierto que el plebeyo milita por el interés, como el generoso por el honor, verás en el propio capítulo que ningunos tanto como los nobles se disgustan de la falta de los ascensos, porque se creen perjudicados en la reputación, mientras les retardan aquel público testimonio del mérito de sus servicios.

Dispón que se utilicen las tropas á costa de los pueblos enemigos, que según leyes de la guerra dieren con el delito motivo á la contribución ó al



saqueo, para que el interés, con sobrescrito de gloria, les lleve gustosas al peligro y las mantenga constantes en el trabajo.

Después de liberalidades infinitas de César con sus tropas, cuando tomó á Alexia, no teniendo más caudal pronto, repartió á cada soldado un prisionero, para que le vendiese á interés propio, como vendió César todos los de aquella plaza en castigo de su rebelión.

Cuando una compañía ó cuerpo entero se distingue, concédasele algún durable honor, para que sirva siempre de estímulo á los que oyeren hablar de dicha compañía ó cuerpo y á los que militen con él: de cuyo modo no se cansará en la distancia del tiempo la memoria del premio, ni el deseo de la imitación.

Estando César sobre Diráquio, atacó Pompeyo fuertemente sus líneas, y por haberse distinguido en la defensa de ellas el centurión Sceva y su cohorte, á más de una gruesa recompensa pecuniaria, que le dió César, le pasó á la primera línea, desde la octava, en que tenía su lugar, y asignó á todos los soldados de la referida cohorte doble ración y paga durante su vida, también aparte de los considerables dones que inmediatamente les había hecho.

Del anterior inmediato párrafo y ejemplar de César, infiero que importaría tener algunos regimientos de más alta paga que los ordinarios, á fin de que pasasen de estos á aquellos los soldados, cabos de escuadra y sargentos, que mereciendo ser en alguna manera distinguidos por su valor, no tienen capacidad para empleos de oficiales, como regularmente acontece con pobres hombres de fortuna, que por desgracia de su crianza no saben leer, ni apenas hablar, y son desaseados en arte y costumbre; pero cuando en las funciones más peligrosas los señala el valor, parece que á lo menos se les debe la recompensa del interés, ya que por su poco talento, se les niegue el aumento del grado; bien que para con tales personas pudieran establecerse grados de honor que nunca sirviesen para el comando.

Acuerdome de haber oído muchas veces á mi teniente coronel don Francisco Bernardo de Quirós (hombre de singular entendimiento) que á cierto coronel de España, tan conocido por su valor como por su ignorancia, era menester por cada una de sus acciones añadirle el sueldo del superior inmediato grado, hasta que llegase á la paga de capitán general, pero dejarle siempre en el empleo de sargento.

Los propios regimientos de mayor paga son también útiles para depositar en ellos (hasta que en los mismos ó en otros haya vacantes) á los soldados de fortuna, que en las ocasiones de guerra se distinguieron y sean capaces de mayor puesto.

Los empleos de dichos regimientos debieran destinarse casi todos para hombres de fortuna, de cuyo modo ni estos se quejarían de que los cadetes de menos servicios les quitaban el ascenso, ni los cadetes se disgustarían del adelantamiento que lograsen aquellas personas de menos calidad: la idea es de Carlos V de Lorena, que en su testamento político la propuso al emperador Leopoldo; pero su práctica se halla más precisa con nuestra nación.

Dirasme que el mismo natural nuestro, ambicioso de gloria, hace que el hombre ordinario, fuera de su país (y cuando adquirió un cierto cultivo de trato) quiere pasar por de nacimiento mediano: el ciudadano por caballero, y este por gran señor; con que en mi anterior proposición se encuentra el inconveniente de disgustar á todos los que, puestos en los regimien-





tos de fortuna, quedan en cierta manera declarados por de baja calidad; pero todo tiene remedio; llámalos regimiento del valor, y entre cada nueve ó diez oficiales de poca estirpe mezcla un caballero de distinción; y del propio modo en los otros cuerpos interpolarás con muchos oficiales de calidad algún hombre de fortuna.

En el segundo párrafo de este capítulo dije que el noble servía por el aumento de honor, y el plebeyo por el de interés: aspiran también al segundo los que, pobres de sus casas, no tienen forma de mantener el lustre de la calidad con que nacieron, y es tal en semejante caso la ambición de

la riqueza, que suelen á veces buscarla áun á costa del delito.

Los ricos y nobles de espíritu y de nacimiento, que trabajan sólo para el honor de sus personas y de la posteridad de sus familias, se premian con cartas de agradecimiento del príncipe, hábitos, títulos, grados en el ejército, y empleos en palacio, aunque sean sin ejercicio ni salario, expidiendo las gracias por despachos, cuyas cláusulas hagan más honra que las concesiones mismas; pues conforme dicen los políticos, el solo tesoro que no se agota á los soberanos, es el de las palabras.

Entre los antiguos, breves letras grabadas en el bronce ó en el mármol, eran apreciada recompensa de largas fatigas y de eminentes peligros. Contentábanse los generosos atenienses con que el Polemarco de Atenas escribiese en los libros de la república los nombres de los que morían peleando valerosamente por ella; y á Enrique III de Francia fué de gran socorro la institución que hizo del orden de Sancti Spiritus; pues los principales señores del reino, estimulados por la ambición de lograrle, y otros reconocidos al honor de tenerle, siguieron con especial constancia el partido del mismo Enrique en los civiles disturbios que se le ofrecieron.

Supongo que el soberano á trueque de ahorrar los caudales con el barato equivalente de las propuestas recompensas, no vulgarice las expresadas gracias; porque sería quitar la estimación á las venideras, como sucedió en cierto reino con un orden que á fuerza de prodigado, pasó de honor á desprecio.

Otro no costoso y justo expediente de los soberanos, es interponer la porción de autoridad, que baste para no ser tácita violencia, á fin de que sus mejores oficiales casen con personas ricas de su calidad, ó que los herederos de familias acomodadas tomen por mujeres á las hijas ó hermanas de

dichos oficiales.

El rey nuestro señor facilitó al teniente general don Baltasar Moscoso el rico ilustre matrimonio con la señora marquesa de Navalmazcuende, que valió de parte de recompensa á los muy señalados servicios de la casa del señor conde de las Torres, más noble que acomodada.

Observo la misma piadosa real práctica en la majestad de Victorio Amadeo II de Saboya, rey de Cerdeña.

También puede el príncipe recompensar á sus buenos oficiales, dando á sus hijos ó hermanos que sean aptos, los canonicatos ó beneficios eclesiásticos de provisión real, y los corregimientos y otros empleos políticos y económicos; ó recomendándolos á los prelados y áun á los súbditos seculares, cuyas casas tengan renta eclesiástica ó corregimientos que proveer.

El rey nuestro señor estableció la justísima regla de recibir por pajes suyos y por camaristas, señoras de honor ó damas (según sus diferentes calidades) á los hijos, hijas y mujeres de los oficiales y ministros que sirven

ó sirvieron á S. M. con celo.

Digitized by Google

De los inválidos los más viejos ó totalmente impedidos, es justo que gocen el sueldo en sus casas, sin más obligación que de enviar cada tres ó cuatro meses la fe de vida á la capital de la provincia en que los pagan, y porque los hijos, teniendo siempre el apellido y muchas veces el nombre de los padres, suelen después de la muerte de estos sacar sus fes de vida, el intendente de dicha provincia invigile sobre tal punto por medio de sus comisarios ó subdelegados. Oí decir que en España hubo inválidos que para la paga y por certificaciones de sus lugares, vivieron desde Felipe III hasta Felipe V.

Los demás inválidos debieran estar en las plazas repartidos por compañías y hacer un diario moderado servicio, con lo cual se quitarían á los caminos públicos muchos ladrones, y en ciertas guardias de poca fatiga tanto hace un inválido como otro soldado; fuera de que los primeros son utilísimos para sobrestantes de los trabajos, conservadores de varios depósitos de víveres, municiones y más pertrechos, que en las defensas de plazas se reparten, y para instruír con su conversación á los soldados nuevos. De la forma dicha se quitaría también el vergonzoso inconveniente de que los inválidos fuesen pidiendo limosna por los lugares: verdad es que para ejecutar cuanto he propuesto, es preciso darles en vestido, pan y pré lo mismo

que á los soldados de los regimientos.

Muchos de los destinados á inválidos curan enteramente de sus enfermedades ó heridas, y sólo les dura el mal en la banda ó faja, que no dejan; porque gustándoles aquella vida menos trabajosa que la de los regimientos, siempre quieren pasar por estropeados; á lo menos así era, cuando todos los inválidos de España estaban en Palencia. El remedio es enviar cada año cirujanos de los regimientos que los reconozcan, y comisarios de guerra que examinen cuáles pueden volver á las tropas; y para los ascensos en las mismas, deben contarse por de servicios corrientes los años que el soldado estuvo con legítima causa en los inválidos. Dirás que siempre estos han tenido comisarios que informándose de los cirujanos de la ciudad en que se hallan, podían hacer todos los años la propuesta separación de los bien curados; pero yo no creo justo el equivalente, porque los inválidos á fuerza de estar mucho tiempo en un pueblo, adquieren amistad con los cirujanos de él, ó con personas de mucha autoridad sobre los últimos; con que la certificación sale como el inválido quiere. Los fijos comisarios de inválidos, ó les cobran sobrado afecto con el dilatado trato, ó gustan de tener á su disposición grande número, y así conviene mudarlos de tiempo en tiempo, ó hacer examen, según propuse, por otros comisarios.

Como la recompensa del príncipe recae sobre los informes del mérito del vasallo, le robarías el premio si te atribuyeses la gloria de las buenas acciones ó consejos del súbdito. En el primer libro probé que la amistad del comandante sirve de porción de premio á los subalternos de generoso espíritu, y dije las otras ventajas que le resultan de practicar frecuentemente con los sabios y con los buenos. Supongo que si no concurren las dos circunstancias en un suseto, prefieras al que posee la última, porque no valen para íntimos amigos los que no son buenos, aunque el mundo los llame sabios; respecto de que á la unión de la sabiduría y del acierto, sirve de estorbo el vicio, en cuyo castigo suele hacer Dios que yerren la conducta los que parecen por su talento más distantes de la ignorancia.

Digitized by Google

Ultimamente digo que, por otras gracias ó beneficios que no son empleos de puestos vacantes ni dádivas de tu dinero, puedes hacer á los oficiales de mérito algunos gustos que en su estimación equivalgan por premio de sus fatigas; pero no deslustres la galantería con un frecuente recuerdo que desobliga á quien la admitió; porque parece que es buscar á todas horas los intereses de la gracia, una sola vez dispensada, que entonces cambia en apariencia de usura el que antes fué semblante de generosidad.

XXVI.—Para cuando hayas de emplear las tropas en operación de muy considerable trabajo ó peligro.—Si distribuyes alguna orden que en la realidad ó en la aprensión de tus soldados sea arriesgada, penosa, ó difícil de ejecutar, presentate el primero á desvanecer con el ejemplo los temores, las réplicas y las dificultades, no habiendo trabajo ni peligro, que si el jefe le padece, el soldado no le sufra; en lugar de que si te exentas de hacer lo mismo que mandas, acaso te mostrarían enojo ó desprecio. Temblaban los israelitas de pasar á vista de las tropas de Cendebeo el río que los separaba; pero viendo á su general Simón adelantarse á la corriente, convirtieron en imitación del coraje los escrúpulos del miedo.

Después de la toma de Persépolis, llegó Alejandro á un país tan cubierto de nieve, que desesperados sus soldados de poderla penetrar, se negaron absolutamente á la marcha, hasta que poniendo Alejandro pié á tierra, fué seguido por los principales de su ejército, á quienes imitó sin réplica el resto de las tropas.

En el paso del Tigris, cerca de Arbela, donde á más de la notable rapidez de aquel río llegaba el agua casi al cuello de los caballos, fué el mismo Alejandro quien primero pareció en el marjen opuesto, habiendo pasado á pié delante de su infantería.

Mustafá, general de Amurates III, viendo que su ejército abiertamente rehusaba pasar el río Canac, le atravesó el primero, cuyo ejemplo siguieron las tropas por considerar la vergüenza que les resultaría de negarse á ejecutar lo que el jefe.

Transitando Catón los desiertos de Libia, en donde todo el ejército padecía extrema sed, cierto soldado que descubrió un poco de agua, se la trajo; pero Catón la arrojó, porque no se dijese que él solo satisfacía la sed, cuando no había suficiente agua para que los demás la apagasen.

En una semejante necesidad de sus tropas, presentaron al emperudor Rodolfo agua de que no quiso gustar, diciendo que su sed era la de su ejército; y así este sufrió con tolerancia la falta de la bebida.

Mr..... en su Perfecto hombre de guerra, dice: «Que atacando el conde de Arcourt la ciudadela de Turín, y teniendo cerrado por el marqués de Leganés el paso de sus víveres, algunos domésticos del conde buscaron unos barriles de vino para su persona, del cual no queriendo en ninguna manera servirse aquel general, los envió á los enfermos y á los soldados de su guardia, para que los restantes delejército sufriesen gustosos la carestía de que el mismo jefe no estaba exento.»

Los alemanes sitiados por franceses en Verona, año de 1516, viendo que su gobernador Marco Antonio Colona, durante cuarenta días no puso más bebida que agua en su mesa, aguantaron la falta de víveres y la del vino, que para ellos fué más que todo.

Para que sea más llevadera cualquiera grande fatiga en que ocupes á tus soldados, animalos con la esperanza de que se acabará presto el padecimiento, y de que tendrán segura la recompensa.

Aníbal desde ciertas cumbres de los Alpes, mostraba á sus tropas las fértiles llanuras de Italia, que él decla deber servir de fin y de premio á tantos padecidos trabajos en el áspero camino de aquellos montes.

Las incomodidades, á que animes con el ejemplo, llévalas con un alegre semblante, que estimule á la constancia sin que incite á la compasión, la cual suele acabar en desfallecimiento; y el soldado que ceñido á los alcances de su regular poco talento, no pasa con el discurso más allá de la exterioridad, pronostica del risueño ó melancólico aspecto de su jefe, más ó menos durable el infortunio de su situación.

El Guicciardini dice que la alegría que el Gran Capitán mostraba en Barleta, no obstante la hambre y la peste, contribuyó mucho á que el ejército español tolerase constantemente aquellos trabajos.

XXVII.—Precauciones que el general necesita sobre las órdenes que distribuye ó recibe, y acerca de las representaciones que hace á la corte. -En la acción que se yerra, se excusa el general con la mala conducta del subalterno, y éste con las defectuosas ordenes de aquél, con que lo mejor es que el capitán general tenga libros en blanco donde vaya extendiendo las órdenes, y que los oficiales que las reciben las firmen, tomando de ellas al pié de la letra copias que el mismo capitán general firmará, habiendo antes de una y otra diligencia formado en papel aparte un borrador de dichas órdenes, para que si en ellas hay alguna palabra equívoca ó poco expresiva, ó si en las mismas se observa tal cual inconveniente, se mude lo que pareciere oportuno, y se ponga la orden en el libro del capitán general en los propios términos con que la deben subdistribuír el teniente general ó mariscal de campo de día, y después de ellos los mariscales generales de logís, de la caballería y dragones, y el mayor general de la infantería. Supónese que las citadas copias de órdenes para resguardo del jefe que las da y del subalterno que las toma, tengan su fecha con distinción de lugar y día, y las que en un repente se distribuyen de palabra, se escribirán después en el libro: de estos quisiera yo que el capitán general tuviese cinco: el primero para las órdenes generales del ejército que recibe el teniente general de día; el segundo para las que se den al general de la artillería sobre ésta, municiones y pertrechos de guerra, carruaje y puentes; el tercero para las que se distribuyen al intendente sobre dinero, víveres, hospitales y más negocios de su cargo; el cuarto para las que se dirijan al general de los ingenieros acerca de reconocimientos de plazas y países, fábrica ó demolición de fortificaciones y compostura de caminos; bien que en lo último suele también entrar el general de la artillería; el quinto libro servirá para que en él firmen tus órdenes secretas los que las reciben.

Si el intendente general de la artillería ú otra persona, te representare contra lo que mandas, guardarás bien dichas representaciones, porque sus autores no aleguen después haber propuesto más ó menos de lo que efec-

tivamente propusieron.

En materias de importancia no basta la aconsejada precaución sobre distribuír las órdenes, sinó que es preciso no perder tiempo en examinar si se ejecutan, si una función se malogra, porque no se cumplieron tus órdenes con exactitud, nadie te admitirá la disculpa de haber mandado lo conveniente y creído en los subalternos la puntualidad necesaria: Polibio dice que el aquién pensara? es una frívola excusa.

Lo que en la última guerra de las dos Coronas contra los aliados hizo errar la sorpresa de una importantísima plaza, fué que no marcharon á tiempo las tropas destinadas á sostener á otras que se habían adelantado á ocupar un favorable puesto; ni después de ocupado les llegaron las municiones de que enteramente necesitaban; siendo así que el capitán general distribuyó con grande acierto las órdenes para uno y otro; pero el subalterno á quien la ejecución tocaba, no las cumplió con exactitud, ni la sorpresa tuvo logro, ni la disputa sobre la posesión de aquella plaza está hoy día evacuada.

En la citada última pasada guerra de las dos Coronas contra la Liga, tuvo su reputación y vida en gran peligro un gobernador por haber defendido poco tiempo su plaza que se hallaba sin más guarnición que ochenta inválidos, y padeció aquel pobre hombre toda la censura de las tropas y todo el enojo de los tribunales, hasta que mostró las respuestas de diferentes representaciones que por mano

de un ministro hizo inútilmente á la corte dando parte del mal estado de su plaza.

También conservarás cualesquiera otras órdenes que de la corte recibas, para que nunca te puedan acusar de haber ejecutado más ó menos de

lo que ellas prescriben.

Hay enemigos que sin escrúpulo en las delicadezas de la conciencia y del honor, extienden el estratagema á lo que tal vez no permite la religión ni aun la decencia; y falseando firmas de ministros buscan alguna ventaja por finjidas cartas á los generales contrarios, que así engañados, no dan cumplimiento á las verdaderas órdenes de su soberano, porque equivocan las finjidas con las ciertas. Una de las maneras de evitarle sería que en tus respuestas á la corte avisases, no solamente el recibo de la carta que te llega, sinó que también hicieses una recopilación de su contexto; pero se ofrece el estorbo de que si tales respuestas van siempre en cifra, te ocuparán la mitad del año, y si no son cifradas, cayendo alguna de ellas en mano de partidas enemigas, se penetran las ideas de tu corte: dirás que te libras de uno y otro inconveniente con poner en tu respuesta que recibiste la carta de tal día; pero ordinariamente despachan los ministros con cada correo cinco ó seis cartas de la misma data, y cada una sobre diferente negocio: con que si tus respuestas no especifican el de las cartas, la corte no se apercibirá de si te falta alguna de las últimas, ó á lo menos ignorará cuál de ellas es: así creo que importaría establecer la práctica de que las fechas explicasen la hora y cuartos ó minutos, y no poner dos datas de un mismo tiempo: de este modo, si falta á la corte alguna de tus respuestas, conocen los ministros qué carta es la que se perdió en el camino por alguna desgracia, ó por ocultos manejos de los enemigos con la gente de los correos, y con otro te ordenan lo conveniente. Si avisas el recibo de carta que no te escribió el ministro, este vendría luego en conocimiento de que dicha carta es supuesta, y te advertiría que no contases sobre ella, y que remitieses á la corte la copia.

También convendría establecer que de ninguna parte se diese crédito á cartas sobre materia importante, que no tuviesen á lo menos dos ó tres renglones de la concertada cifra, los cuales deben mudarse á menudo, particularmente si se retira disgustado alguno de los oficiales que en la se-

cretaría del príncipe ó en la tuya tenían la llave de la cifra.



LIBRO V.

DEL CAMPAR.

I.—Tócanse brevemente las advertencias para en campo que se mude con frecuencia.—Si eres superior en caballería, campa en terreno llano y descubierto; y al contrario, consistiendo tu fuerza en la infantería, te convienen donde ella esté lugarcillos, tapias ó paredes de huertas, viñas, bosques y barrancos, como no sean tales que impidan á tus tropas la comunicación de unas con otras.

Inferior en todo número, elige puesto estrecho y fuerte por algunas cequias, montañas inaccesibles, lagunas ó río que cubran tus costados ó frente, y te libren de ser envuelto por mayor cantidad de enemigos.

La caballería, habiendo riesgo de ataque repentino, quedará ensillada, ó bien campe en el centro ó lugar menos expuesto al primer golpe de los enemigos; porque, según repara Jenofonte, siempre se hallará más pronta á defenderse la infantería que se halla en disposición de combatir con sólo tomar las armas, lo cual no se logra con la caballería, cuyos soldados, á más del tiempo de armarse y ponerse las botas, necesitan el de ensillar y enfrenar sus caballos. En el mismo caso de peligro de ser atacado en el campo, no pierdas tiempo de echar puentecillos sobre las zanjas ó arroyos, y allanar en la mejor forma posible los demás estorbos que se ofrezcan á la formación y libre comunicación de tus cuerpos.

Campa de una propia manera siempre que el terreno lo permita, para que tus regimientos con el mayor desembarazo, que enseña la continuación de una misma práctica, tengan más comprendido lo que deben hacer al campar y descampar. En otro libro daré la razón para que se campe según se ha de marchar, y se marche conforme al orden en que se ha de combatir.

En elegir el campo atiende á si desde él puedes el día siguiente alcanzar á otro campo á propósito, y procura llegar temprano para tener tiempo de reconocer los parajes oportunos á las guardias avanzadas, para que sin la confusión que trae la noche, campen tus regimientos, se divida el bagaje de cada uno, y se acomoden los parques de víveres y artillería, tren de hospital, etc., y para que tus soldados, sin quitar de las horas precisas al descanso y al sueño, tengan lugar de ir á forraje, agua, leña y de hacer su cena.

En la retirada que Hernán Cortés con su pequeño ejército hizo desde Méjico à Tlascala medía las marchas de forma que su alto era siempre en adoratorios fuertes por sus murallas, ó en montes defendidos por sus eminencias.

Tratando Solis de la marcha en que el mismo Cortés llegó á Méjico, dice: «Tomose á la mañana porque deseaba Cortés quedar con alguna parte de día para reconocer y fortificar su cuartel.»

II.—Comiénzase á discurrir del campo que haya de durar mucho tiempo.—El campo que haya de durar debe ser en paraje que tenga cerca y en abundancia los forrajes y la leña; que libre á tu país de correrías y cubra el camino de tus convoyes: la última conveniencia se asegura si cuando eres superior en mar, ó dueño de la navegación de algun río que atraviese la provincia donde tus convoyes se forman, pones el campo vecino al mar ó á dicho río.

Conviene que el agua suficiente mane en el mismo campo, porque los enemigos no se la quiten cortando los conductos, ó extraviando las corrien-

tes que la llevan.

El campo sea en puesto libre de las inundaciones que pueden hacerlos contrarios por medio de algunos diques ó sangrando ríos, y de las que naturalmente suelen causar los torrentes del país cuando se engruesan porlas lluvias, ó por deshacerse con el calor las nieves de los vecinos montes.

De los bosques muy próximos á tu campo, harás cortar la porción que baste para que si los enemigos les ponen fuego, el campo no se abrase, y para que descubriendo tus guardias la campaña, no queden sujetos á continuas emboscadas de partidarios los vivanderos, forrajeadores sueltos y más hombres que entran y salen de tu ejército.

La broza que haya dentro del mismo campo se debe cortar por el propio riesgo del fuego, pero no los árboles; pues en cualquiera urgencia seencuentra á mano aquella fagina y leña de reserva, fuera de que en estación y provincia calorosa la sombra es de grande alivio á los soldados.

No campes donde grandes barrancos hagan imposible la breve comunicación de tus tropas; porque si los enemigos cayesen sobre una porción

de ellas, habría dificultad ó tardanza en socorrerlas con las otras.

Campo que haya de ser durable, tenga diferentes retiradas; porque si los enemigos ocupan la una, puedas tomar otra cuando por algun accidente lleguen á faltarte víveres ó forrajes, ó sobrevenga precisión de acudir á diverso país con el ejército; y así de dichos desfiladeros ó salidas del campo guarnece y fortifica las más necesarias, y que sean defensables con menos gente, lo cual servirá también para asegurar los convoyes, que no recibirías si los enemigos se apoderasen de las expresadas avenidas. Lo mejor sería encerrarlas en la misma fortificación de tu campo, si puedes ejecutarlo sin el inconveniente de abrazar demasiado terreno, pues á menos de grave urgencia, no debes coger más que el indispensable conforme al número de tu ejército, porque así estará el campo más libre de un insulto, no habiendo paraje de él á cuya defensa no puedan hallarse tropas bastantes sin desguarnecer otro puesto.

Tampoco tomarás muy estrecho el ámbito, porque de ello resultaría á las tropas embarazo, confusión y enfermedades, y á los enemigos facilidad de bloquearte; y para que no sea muy apretado el campo, da Montecuculi en sus *Memorias* la razón de que estaría muy expuesto á los accidentes del fuego, y que los enemigos despreciarían el ejército, creyéndole de

corto número.

Entre las tiendas y el retrincheramiento quede buena porción de te-

rreno desocupado, para que en él puedan formar las tropas destinadas á sostener á las que guarnezcan dicho retrincheramiento en caso de ataque.

Si hay algunos lugarcillos que puedas meter dentro de tu fortificación, sin por eso tomar demasiado terreno, ejecútalo; porque habrá conveniencia de alojar los primeros oficiales, los enfermos y los víveres ú otros géneros que se pierden con la humedad ó con la fuerza del sol. Otra ventaja de incluír en el retrincheramiento las aldeas, casas de campo ó más fábricas vecinas, es que se quita á los enemigos la comodidad de acercarse al favor de ellas á batir tus líneas. De las emboscadas de partidas enemigas ya te librarías con tener en aquellos edificios algunas guardias; y estas se asegurarían contra los pequeños destacamentos atronerando las paredes y cubriendo la puerta con un foso, parapeto y estacada; pero de todo el ejército contrario que emplee cuatro cañones contra semejante puesto, no salvarás la guardia, y sería gran desaire perderla á la barba del ejército. Para empeñarte á defenderla destacada, á menos costa lo conseguirías abrazando los edificios con tus retrincheramientos.

Si en un campo, donde por las referidas ó por otras ventajas te conviene estar, faltare el agua, ó con el calor fuere quedando en poca, manda abrir cantidad de pozos en los puestos más bajos y que se conozcan húmedos; pues aunque parece obra larga, la experiencia enseñó que muchos hombres de trabajo en breves días hallan agua para todo el ejército. Pero si esta se encuentra salobre, y no pudieren tus tropas servirse de otra, es indispensable mudar el campo á fin de evitar las enfermedades.

III.—Prosique el asunto del anterior capítulo, y se hace una advertencia sobre el lugar de las diferentes naciones que haya en el ejército.

—El campo que hayas de mantener largo tiempo sea fácil de fortificar ó fuerte por naturaleza: tendrá la primera calidad si en lugar de roca, pedregales sueltos ó arena volante, hallas cualquiera otra calidad de terreno, particularmente si es bastante craso ó pegajoso para excusarte de emplear faginas y piquetes en la construcción de tus líneas. Cuando no encuentres en la tierra esta ventaja, observa si á razonable distancia hay suficientes árboles para faginas, piquetes y gabiones, los últimos de los cuales son precisos si á pocos piés que profundices sale agua, ó si el fondo es peña.

Es fuerte por naturaleza el campo si la mayor parte de él está circundada por algún río, costa de mar ó lagunas impracticables (en lo último hay el inconveniente que expresa el párrafo que sigue); pues á la defensa del restante frente puedes poner tropas en gran fondo. También será fuerte cuando con guarnecer y fortificar pocas y estrechas avenidas, cierres el paso á los enemigos, como sucede en los valles á donde se desciende por contadas sendas, ó en los montes á donde se sube por las mismas; y estos son más ventajosos por más sanos y predominantes, particularmente cuando en su cima se hallan grandes llanuras en que las tropas puedan formar sin embarazo.

A veces hay una sola montaña que domina al terreno en que importaría campar, y no se puede incluír en el retrincheramiento; porque después de extenderle á cerrar otros puestos necesarios, no quedan tropas bastantes para guarnecer la dilatada circunferencia del pié de dicha montaña; pero si su cumbre es defensable con poca gente, se fortifica y guarnece de hombres y artillería, especialmente cuando es fácil tirar del retrincheramiento á la montaña una comunicación para sostener á los que la defienden; porque los puestos enteramente destacados al fin se pierden, y ocupados por los enemigos, ayudan á forzar el retrincheramiento dominado de ellos.

También á veces se encuentran montañas accesibles por todas partes, de poca llanura en su cima, pero no dominadas de otras; y aunque en una sola línea que tires al pié de ellas ó un poco más arriba no quepa todo el ejército, es puesto ventajosísimo para campar, construyendo diversas líneas á razonable distancia y superiores unas á otras; de cuyo modo tienes hacia todas partes duplicados y triplicados fuego y retirada; y si los enemigos cargan con gran violencia, los batirás fácilmente saliendo sobre ellos cuando la furia de trepar la montaña los tenga sin aliento y sin orden.

El mejor campo es debajo del cañón de una plaza tuya, que tenga al frente opuesto puentes sobre un grueso río; pues si los enemigos se extienden á circunvalar tu plaza y ejército para cortarte los víveres, se exponen á que derrotes uno de sus cuarteles atacándole con el todo de tus tro-

pas, especialmente si rompes sus puentes de comunicación.

La más precisa advertencia para un campo que haya de durar es elegirle sano: conveniencia que regularmente se halla en todos los puestos altos y apartados de lagunas ó aguas rebalsadas, ó mal corrientes sobre fondo pantanoso: exceptúanse las salobres, que aunque no corran, inficionan menos el aire, como las tropas del rey nuestro amo experimentaron en Cerdeña campadas entre las salinas y el mar.

Por el semblante de los paisanos circunvecinos se conoce también si el aire es sano: así en Lentini de Sicilia, en Oristán de Cerdeña y en otros

parajes de mal aire, se ve toda la gente macilenta.

Repara Vegecio que una de las principales causas para los contagios de los ejércitos, es la mala calidad de las aguas, la cual procede de que estas son rebalsadas, ó de que en ellas se eche cuantiosa inmundicia, ó remoje cáñamo ó lino, ó bien de que hayan estado detenidas en el riego de arroz ó azúcar. Así, ordenarás que en siete ó ocho leguas más arriba de tu ejército, y en los ríos ó arroyos que vienen á él, particularmente si no son rápidos y caudalosos, ningún paisano remoje lino ó cáñamo, ni riegue arroz ó azúcar, ni lave ropa; y destinarás patrullas que de continuo batan las orillas del río y prendan á los que rompan dicha orden. Las aguas rebalsadas vecinas al campo, derrámalas si pueden sangrarse las balsas ó lagunas, y sinó pon centinelas que no permitan beber de dichas aguas á los soldados, los cuales por no dar cuatro pasos, beben la primera que encuentran. Por la misma razón guarnecerás de centinelas la orilla del río más abajo de tu ejército durante un cuarto de legua, que será donde la gente del propio ejército lave su ropa; y aunque parezcan prolijas tantas precauciones, no las hallará inútiles quien haya practicado los ejércitos, especialmente de españoles, que son tan ansiosos de agua como sobrios en el vino.

Si en tu ejército hubiere diferentes naciones de las cuales tengas bastante confianza, es preciso dividirlas de forma que en todas partes queden inferiores á las de tu príncipe, y en los parajes en que menos puedan ocasionarle daño. Pero cuando estés bien seguro de la fidelidad y obediencia de los regimientos extranjeros, campen juntos los de cada nación; porque



LIBRO V.

siendo conforme á la buena regla campar según se marcha, y marchar según se pelea, en hallándose juntos los cuerpos de cada nación, la envidia los estimulará á distinguirse de los otros en el aseo del campo, en la vigilancia de las guardias, en la regularidad de las marchas y en el esfuerzo del combate.

En cada regimiento debiera haber toda la noche alguna pequeña patrulla que fuese reconociendo si en las tiendas ó barracas ha quedado alguna luz ó fuego, después que los soldados se retiran á dormir, lo cual no se permita, y que prendan á los que contravengan á esta prohibición y á los que pongan fuego á paja, tiendas ó almacenes de leña ó faginas, aunque tales hombres digan haber sido por desgracia.

IV.—Aléganse las razones para que el ejército, aunque superior al de los enemigos, fortifique el campo en que se haya de conservar mucho tiempo.—Luego que llegues al campo en que discurras establecerte por largo tiempo, te fortificarás lo mejor que puedas, aunque te halles superior á los enemigos y no temas de ser por entonces atacado; pues de este modo, si haces un grueso destacamento, como tal vez repentinamente se ofrecerá ejecutar, quedará asegurado el residuo de tropas, bagajes, artillería, víveres y la retirada del mismo destacamento; fuera de que menor cantidad de guardias tendrá libre á tu campo de un insulto, y podrá conseguir mayor descanso tu gente.

Viéndose César precisado á enviar muy lejos á forraje, en la guerra que hacía contra los de Beauvois por haber talado estos el país, y siendo por consiguiente forzoso á César engrosar las escoltas de sus forrajeadores, tomo el arbitrio de fortificar bien su campo, no obstante que no tenía alli su ejército sobre la defensiva, sinó para la conquista del país, como poco después le conquistó.

Observa Flavio Josefo cuán difíciles de sorprender eran los ejércitos de los romanos, y da por razón que estos se fortificaban en donde quiera que llegasen.

Dirás que el fortificar un campo cuesta fatiga á las tropas, dispendio al soberano por los instrumentos de gastadores que se rompen ó se usan, y perjuício al país por las faginas y piquetes que se cortan; y que así el fortificarte cuando te halles con tal número de tropas, que áun sin forrajeadores y otros regulares destacamentos, quedes superior á los enemigos, es ocasionar inconvenientes sin necesidad.

Respondo que á las tropas la fatiga moderada les hace gran beneficio; y el daño del país no será mucho, si para faginas y piquetes no se cortan árboles frutales.

Aunque excedas á los enemigos en una cuarta parte de número, ¿qué seguridad tienes de que no se te ofrezca destacar la mitad del ejército para diversa frontera donde otro de tu soberano haya sido derrotado, ó en que un nuevo aliado de los enemigos comience la guerra? Pero suponiendo que nada de esto suceda, examina las siguientes razones: Hay cierta situación de cosas que precisa á buscar el combate contra cualquiera superioridad de tropas; y para el buen éxito de las batallas no sirve tanto el mayor número como la ventaja en la fuerza del terreno.

Lucio Emilio decía que un campo retrincherado era para el ejército lo que un puerto para la armada marítima; pues en él se refugiaba si se vela batido por la borrasca de enemigas armas, ó en él mismo iba previniendo lo necesario para disfrutar la victoria si quedase vencedor.



V.—Comiénzase á tratar de las diligencias útiles ó necesarias sobre retrincherar un campo.—Sentada la precisión de fortificar el campo, pasaré á tratar del modo de ejecutarlo, sin entrometerme á la profesión de los ingenieros acerca de la cual hay tanto escrito, que áun la recopilación de cualquiera buen autor sería muy larga.

Si pide brevedad y hubiere de ser grande la obra de tu retrincheramiento, y estuvieren tus soldados rendidos de otras precedentes fatigas, ó los necesitares libres para diferente empleo, haz venir cantidad de paisanos de los lugares vecinos que por su mucho número y habituación al tra-

bajo, fenezcan presto el que tuvieres entre manos.

Si te retrincheras á una mediana distancia de los enemigos, adelanta lo posible hacia ellos partidas que te den con tiempo el aviso de su marcha, para que tengas lugar de recibirlos en batalla, si ellos se mueven á disturbar tu obra.

Las tropas que no trabajan estén vestidas y tengan sus armas formadas en batalla, y la caballería ensillados sus caballos. Los trabajadores pongan sus armas y cartucheras cerca y debajo de pabellones, porque el polvo de la tierra movida no las inutilice: respecto de que los enemigos discurriendo la precisa confusión que el trabajo ocasiona, y que se ocupa en él mucha gente desarmada, es natural se resuelvan á caer de golpe sobre tu ejército, en cuyo caso y en el de la presupuesta inmediación, ninguna anticipada cautela sobra para librarte de una sorpresa, fuera de que si los contrarios se hallan tentados á batallar, abreviarán la determinación antes que pongas en defensa el retrincheramiento.

Estando César fortificándose junto á la Sambra, fué repentinamente atacado por los de Hainault y Cambresis que al principio habían puesto en confusión á las tropas de César; pero los oficiales se hallaban con orden precisa de estar siempre cerca de ellas, con que acudiendo luego las rehicieron y rechazaron á los enemigos.

El marqués Porroni, en su Tratado universal militar moderno, quiere que no se empleen paisanos para el trabajo en donde haya peligro de enemigos; y alega la razón de que los paisanos obran sin acierto durante el riesgo en que no están experimentados. Este reparo parece sólo útil para en trabajos que pidan mucha perfección; pero siempre convendrá que á los gastadores de los pueblos, precedan algunos de las tropas, y que otros de las mismas se interpolen con aquellos, así para que no los dejen escaparse, como á fin de que los enseñen lo que han de hacer.

A cada regimiento se reparte el terreno que ha de trabajar, para que deseosos los unos de llevar sobre los otros la aprobación de los generales, adelanten la obra. Es común esta práctica, y César Campana hace memoria de haberla provechosamente observado el rey de Polonia Estefano

Batori, en los trabajos de Vielicoluc.

Cuando en el ejército hay diferentes naciones, se suscita con más facilidad la expresada emulación, aplaudiendo á unas el trabajo de otras, y aunque sea una sola nación alabarás el de los regimientos que más adelantaron su obra, y dales algún refresco que aumente la envidia de los demás. El último señor duque de Vandoma se valía de tal medio útil y frecuentemente. Sobre todo visita á menudo los trabajadores; arbitrio que Josefo refiere haberle aprovechado mucho para concluír con brevedad sus obras,



cuando era gobernador de las dos Galileas, y se prevenía á la guerra contra los romanos.

VI.—Diferentes providencias para la defensiva de un campo ya retrincherado contra el ataque de viva fuerza, y contra los accidentes del fuego.—Siempre que tengas peligro de ser atacado en tu campo, reconocerás con algún ingeniero de tu confianza el terreno, y cotejando con el número de tus tropas la extensión de tus líneas, y la más ó menos fortaleza de estas, en unos parajes ó en otros, destina á cada regimiento la porción de ellas que ha de cubrir en caso de arma repentina; porque si acudiesen demasiadas tropas á donde los enemigos tocasen por la noche una fuerte arma falsa, quedaría mal guarnecido el puesto en que tal vez harán los contrarios el verdadero ataque; y en fin, sabiendo todos lo que deben ejecutar, se quita la confusión de encontrados movimientos, que podrían hacer los oficiales generales, ó la tardanza que resulta de las dudas en el partido que se ha de tomar, ínterin que llega la resolución del comandante en jefe.

Por falta de tales órdenes ó de su observancia, pasó el marqués de Leganés las líneas del conde de Arcourt y socorrió la plaza de Lérida; pues cargando el duque del Infantado por la parte en que estaba el de Arcourt, marchó á sostener á este el marqués de la Troussé, que guardaba otra porción de terreno, por donde así abandonado introdujo el de Leganés mil quinientos infantes y ochocientos caballos, con socorro de harina.

Para la defensa de las líneas se emplea la infantería, de la cual se apostará buen número en flancos, ángulos salientes, ó caras de baluartes, particularmente en los que no se hallan embarazados con baterías de cañones; porque de ordinario los enemigos atacan dichos ángulos salientes ó caras de baluartes, para no detenerse entre dos fuegos (como sería en las cortinas) á cegar el foso, montar el parapeto y esplanarle á su caballería. En los flancos propongo mucha infantería, respecto de que el fuego que se hace desde ellos, le muestra la experiencia más útil que el de las cortinas, por las razones siguientes: Cuando los enemigos se avecinan, el soldado que está en la cortina ha menester descubrirse para disparar sobre ellos, y á medida que se le aumenta el peligro, crece su turbación ó sobresalto y se disminuye el acierto de sus tiros, alterándosele el pulso; pero las tropas de los flancos siempre disparan con la misma comodidad contra los asaltantes de la opuesta cara de baluarte, ó de la mitad de cortina más apartada que á cada flanco toca defender; y en lugar de que los defensores de las cortinas apenas ven á los enemigos que ya se hallen junto al foso, la gente de los flancos tira siempre sobre los contrarios, sin necesidad de abandonar sus troneras de cestillos ó sacos de tierra, siendo los flancos en la fortificación, lo que los brazos en el cuerpo: así experimentamos que aunque una plaza tenga bien abiertas las brechas en cortina y caras de baluartes, no se da el asalto hasta que la artillería del sitiador arruína bien los flancos de que las brechas toman defensa. Con todo eso, queda indispensable guarnecer las cortinas con razonable cantidad de infantes, que hagan fuego de frente á los enemigos que vengan al ataque, y defiendan con la bayoneta el parapeto contra los que se empeñen en montarle.

Yo daría para la defensa de las líneas cien varas de frente á cada cuatrocientos infantes formados en cuatro de fondo; porque de este modo hay blanco bastante para que sin confusión pueda la fila que disparó retirarse por los intervalos de las otras, y avanzarse á la banqueta una de las que no han disparado. De la forma dicha quedaría en lo interior del campo el terreno proporcionado para formar el ejército en líneas, si fué preciso abandonar el retrincheramiento á causa de que los enemigos por alguna parte le forzaron; en cuyo caso tal arbitrio de formar luego en batalla es inexcusable, á fin de que tus tropas no sean siempre seguidas en flanco por los contrarios que empiecen á pasar el retrincheramiento.

Por si el expresado lance sucede, considera á tu retrincheramiento dividido en cuatro partes, y ten prevenido á los generales que defienden cada una de ellas, que si los enemigos fuerzan por tal costado, marchen con sus tropas á formar en el paraje que hayas juzgado oportuno, y así respectivamente según los cuatro frentes por donde pueda el campo ser forzado.

Para la porción de línea que esté cubierta por lagunas, río, barrancos ó desfiladeros, que dificulten á los enemigos el abordo, se destina menos gente, ó sólo espesas centinelas con algunas guardias, cuyo número corresponda á la fortaleza del terreno; pero por ventajoso que este sea, nunca debe quedar enteramente desguarnecido; pues raro puesto es inaccesible, cuando su aspereza no se ayuda con las tropas; y cualquiera irrupción que una pequeña partida de enemigos haga en tu campo, intimidará grandemente á tu ejército, que sienta aquel rumor á su espalda ó flanco.

A más de las tropas destinadas á guarnecer el retrincheramiento, se necesitan diversos retenes á razonable distancia uno de otro, para emplearlos en lo que las contingencias del combate pidan, sea de reforzar á los tuyos que flaqueen en la defensa de la línea, ó de cargar en flanco á los enemigos que empiecen á penetrar la misma; para ambos fines conviene apostar dichos retenes cerca del retrincheramiento: compóngase de caballería la mayor parte de ellos; porque llegarán más presto á donde la urgencia exija, y porque si en los propios empleases mucha infantería, el

fuego de esta haría gran falta para la defensa de las líneas.

Cuando respecto al número de tu ejército, es corto el frente atacable de tu campo (porque las restantes avenidas sean inaccesibles á causa de río, mar, lagunas, precipicios, etc.) aparte de los propuestos retenes sueltos y vecinos al retrincheramiento, formarás en medio del campo una línea que sirva de cuerpo de reserva, y detrás de la cual se refujien á doblar las tropas forzadas por los enemigos, y las otras que abandonen el retrincheramiento en el caso que supone el anterior segundo párrafo. Si los enemigos ven dicha línea, es natural no persigan á los tuyos sinó que se detengan á formar, para rehacerse del desórden en que precisamente habrán caído al forzar el retrincheramiento; y no lo ejecutando así, ó desmandándose al saqueo, corren gran peligro de que tu línea los derrote, y aunque tomen la precaución de pararse á formar, podrás batirlos, marchando á ellos primero que un grueso número concluya la formación.

Las disposiciones hasta aquí propuestas deben sólo comunicarse á los oficiales generales y á los comandantes de brigadas, pues no hay dos cosas más encontradas que la muchedumbre y el secreto; y este, de que voy tratando, importa que dure para que no lleguen á noticia de los enemigos tus anticipadas ideas y órdenes, y encuentren más guarnecido el puesto que tal vez creyeron más desabrigado, ó para que suspendan sus resolucio-



nes en la duda de tus providencias: así dice Jenofonte que el ignorar los contrarios donde hallarán la mayor fuerza de tus tropas, los contendrá de

manera que no se atrevan á emprender sobre tu campo.

Si los enemigos tocan á tu ejército una arma falsa, es de recelar que lo hacen con el fin de que los espías que tendrán entre tus tropas, les puedan avisar la forma en que se presentan estas á la defensa del campo, mas quedará burlada su diligencia, si después de la arma expresada mudas secretamente.

También podrías, haciendo tú mismo tocar el arma, disponer que los generales aposten las tropas en forma diferente de la orden que tienen para en caso de arma tocada por los enemigos, cuyos confidentes, que residan en tu ejército, los engañarán involuntariamente sobre la noticia de tu distribución de tropas; y tal vez á más de la equivocación en el número, la padecerán en las personas destinadas á la defensa de cada paraje, viniendo al ataque de alguno en la suposición de encontrar allí oficiales de su oculta inteligencia.

La altura interior del parapeto de retrincheramiento es ordinariamente de cerca de seis piés, inclusa la banqueta. Su altura exterior se regula por su espesor; pues si el parapeto es muy ancho, necesita de más declivio para que el soldado que le defiende, pueda descubrir hasta cerca del foso; lo regular es que el parapeto por afuera tiene cuatro piés y medio ó cinco de altura, y que la basa de su espesor se considera de ocho piés: á la ban-

queta se le suele dar tres piés de ancho y uno y medio de alto.

La berma es de un pié á dos, según fuere más ó menos el espesor y altura del parapeto, y por consiguiente su peso, y también conforme la tierra de la escarpa del foso se encuentre más ó menos pegajosa y dispuesta á soportar el peso del parapeto sin derroerse: muy ancha no conviene la berma, porque los asaltantes no pueden apostarse cómodamente en ella á hacer fuego; y así, en caso que la escarpa sea de terreno arenoso, ó muy suelto, recúrrase al arbitrio de revestirla de faginas, y darle mucho talú,

primero que al expediente de hacer la berma sobrado ancha.

El mejor foso ya se sabe que es el de mayor anchura y profundidad; porque no se ciega tan fácilmente, se desciende á él con más fatiga, y no son portátiles puentes que basten á los enemigos para pasar desde el arce ú orilla exterior del foso al parapeto; pero como este no conviene excesivamente alto (porque su fuego sería poco rasante, y el mismo parapeto expuesto al cañón de los enemigos), la tierra que sobrare de un gran foso, extiéndase en esplanada encima de su arce, que servirá para aumentar su altura y para cubrir mejor de las baterías de los contrarios el parapeto. Si el foso es muy ancho, se hace á cuneta; esto es, que se vaya estrechando hacia el fondo, porque no pueda formar en él una gran cantidad de los asaltantes.

Para flanquear el retrincheramiento, yo me dejaría de simples ángulos salientes, cuya defensa es obtusa, y en los cuales los defensores se hallan más embarazados, y formaría bastiones más ó menos chatos, conforme lo pidiese la mayor ó menor rectitud del alineamiento de cada frente del campo, y construiría revellines delante de las cortinas, creyendo que no me engañaría en el cambio de un poco de fatiga de mis soldados, por mucha sangre que los revellines costarían á los enemigos. Supongo á aquellos

rodeados de buen foso, y dominados del cuerpo del retrincheramiento.

En lugar de revellines, ó á más de ellos, son importantísimos los reductos destacados: tanto porque su guarnición flaquea y hace romper el orden y la primera furia á los enemigos que marchan al ataque de la línea, como porque impiden á los ingenieros contrarios de acercarse á reconocer el fuerte y el flaco de ella.

Tales reductos fueron el año de 1658 muy útiles al vizconde de Turena sobre Dunquerque; y la guarnición de uno de ellos mató al mariscal de Hocquincourt, mientras este pretendía avecinarse á observar la construcción de las líneas de Turena.

Ya se ve que los reductos han de estar debajo del alcance del fusil del retrincheramiento y tener tal figura, que este los flanquee por todas partes, y que ellos presenten al retrincheramiento el ángulo ó la menor línea recta que sea posible, para que si los enemigos los ocupan, no puedan desde los mismos hacer contra el retrincheramiento un grande fuego; pues aunque tengas minados los reductos, las minas muchas veces engañan, porque respirando por donde no se aguarda, no hacen todo el esperado efecto, ó porque la salchicha se apaga, ó la pólvora se moja con la continuación de las lluvias.

También sería ventajoso tener delante de los ángulos salientes del retrincheramiento uno ó dos órdenes de fogatas; para volarlas cuando tus tropas se vean en el mayor aprieto por el asalto de los enemigos, que seguramente se turbarán, si no se retiran atemorizados; porque en la milicia ningún peligro es más sensible que este, contra el cual no sirve ni la maña ni el coraje; y si para evitar el riesgo de tus fogatas, vienen los contrarios con ramales de ataque hasta cerca de tu campo, para sostener á los minadores que adelanten á descubrirlas y arruinarlas, ya se deja conocer la dilación, fatiga y peligro que tendrán en ejecutarlo á vista de las poderosas surtidas que puede hacer tu ejército.

La artillería de este la considero en el cuerpo del retrincheramiento, guarnecidas las baterías con palizadas voleadas para que los enemigos no se introduzcan por las cañoneras cuando las piezas han disparado, y supongo también que cerca de ellas haya en caso de ataque, los suficientes machos ó caballos con sus cuerdas, arneses y avantrenes, y una guardia que no deje escapar á los mulateros, para retirar á tu línea los cañones cuando llegue el lance de que los enemigos por alguna parte fuercen el retrincheramiento; y por si en la retirada de tus cañones van los enemigos á alcanzarlos, los comisarios de artillería que servían las baterías siempre tendrán prontos para clavar las piezas sus martillos de hierro y sus clavos de acero templados y adentados, y de groseza proporcionada á la abertura del fogón de cada pieza.

Todas las advertencias que este párrafo cita, las debes anticipar á las tropas de campo que pueda ser atacado; pues en la acción misma del ataque no hay tiempo de poner en obra las más de ellas, si no se hicieron de antemano las disposiciones, fuera de que el aprender y ejecutar en un pro-

pio instante, no es para la rusticidad común en los soldados.

También habrás prevenido á las tropas que siempre que hayan de moverse á cubrir sus puestos, sea con gran silencio, particularmente de noche, por no confundirse y atemorizarse con su propio rumor, y por no parecer inexpertas, de lo que los enemigos cobrarían grande ánimo.

Digitized by Google

Conviene asimismo el silencio para que si los enemigos vienen de noche á sorprenderte, crean que ignoras todavía su determinación respecto de que no oyen algún rumor en tu campo: cuyo engaño podría costarles caro, si continuando sobre tal suposición la marcha, se empeñan en el

ataque.

Luego que tus partidas avanzadas toquen por la noche el arma, y que por las mismas ó por otras que se mantengan á observar el movimiento de los enemigos sepas que estos se avecinan, arrojarás con tus morteros haciatodas las avenidas del campo grandes balas de composición encendidas; para descubrir á su luz por donde vienen los enemigos y en qué número por cada parte; y si al favor de la misma luz pueden jugar tus cañones y morteros, ejecútenlo repitiendo de tiempo en tiempo las balas de iluminación. También puedes echar faginas embreadas y encendidas, atadas con cuerdas á las asas de las bombas, de cuyo arbitrio se valió últimamente el último señor duque de Orleans para quemar los almacenes de fagina que tenían los enemigos en Tortosa.

Para cuando los enemigos se acerquen más, convendría alargar del retrincheramiento con algunos palos, grandes faroles ó potes de hierro con faginas embreadas ó pez encendida, siendo los expresados faroles abiertos por el frente que mira á la campaña y cerrados de hoja de lata por la parte que da al retrincheramiento, á fin de que tus infantes y artilleros descubran á los enemigos sin ser vistos de estos. El mismo arbitrio sirve para distinguir por el número de los contrarios el verdadero ataque de los falsos, y

aplicar mayor fuerza de retenes á donde tal observación dicte.

Ambas las expresadas ventajas lograron con sus faroles ó luces los ostendeses en el primer asalto que les dió el archiduque Alberto, cuyas tropas fueron con gran pérdida rechazadas y sus falsos ataques infructuosos por descubiertos con dichas luces.

De distancia en distancia téngase cerca del retrincheramiento faginas embreadas y otros fuegos de artificio, para quemar las faginas con que los enemigos vayan llenando el foso, ó para abrasarlos á ellos mismos cuando se hallen amontonados en el foso para trepar el parapeto; y si fueren dichas faginas mezcladas con cantidad de otra leña, es cierto que mientras dure su fuego los enemigos padecerán el de tus fusiles ó se retirarán enteramente del ataque.

En el último sitio de la ciudadela de Turín, comenzando á faltar al general Taun las municiones y los hombres para defender las abiertas brechas, hizo echar continuamente en el foso correspondiente a ellas cantidad de maderas de las casas destruídas por las bombas y otra leña mezclada con faginas embreadas, y no hallando el ejército de las dos Coronas forma de apagar ni de pasar aquella hoguera durante muchos días, tuvo el señor príncipe Eugenio tiempo de llegar al socorro que tan gloriosamente introdujo.

Si los enemigos comienzan á forzar el retrincheramiento, ya dije que los retenes inmediatos al puesto forzado ataquen en flanco á los contrarios que penetraron, y que si de tal modo no se ataja su incursión, todas las tropas del retrincheramiento marchen presto á formar en batalla detrás de tu gran cuerpo de reserva, mientras este se avanza á cargar. Al propio tiempo que la primera diligencia y antes de ejecutar la segunda, echa por las puertas ó barreras colaterales al puesto asaltado porción de escogidas

tropas, que mandadas por los más intrépidos oficiales, carguen por la espalda ó flanco á los asaltantes, que no dejarán de turbarse con esta imprevista acción.

De la propia forma derrotó á los de Evreux, Licieux y Coustance, Titurius Sabinus, teniente general de César.

Rafael Montaldo, gobernador de Chio por los genoveses, no pudiendo resistir más al asalto que le daban los venecianos, abrió improvisamente una puerta por donde saliendo sus mejores soldados atacaron en espalda á las tropas de Venecia que, sorprendidas del inopinado caso, abandonaron el avance con pérdida considerable.

El salir de un retrincheramiento con todo tu ejército á seguir al de los enemigos rechazados del asalto, presenta el riesgo de que los contrarios se rehagan y te derroten, volviendo sobre la primera considerable porción de tropas tuyas, que desembocando desfiladas por las barreras, ó desordenándose á saltar por encima de los parapetos, no tengan tiempo de formar en suficiente número, en especial si, como es verosímil, conservan los enemigos á lo menos una de sus líneas en batalla á corta distancia de sus rechazados asaltantes; con que lo más seguro es contentarte de hacer continuo fuego con tus fusiles, mosquetes y cañones sobre los enemigos que se retiren de día, y al mismo tiempo ir doblando fuera de las puertas colaterales á tu fuego destacamentos de tu más ligera caballería, que marche á picar la retaguardia de los contrarios, cuando ya dicho fuego tuyo no les dañe, y sin empeñarse tanto que sea difícil la retirada á tu campo: para sostenerla, se conservará pronta en tu retrincheramiento la artillería, y en tus obras exteriores ó reductos destacados buen número de infantes.

Si te determinas á salir con el todo sobre los rechazados enemigos, por observar en total desorden á su ejército, comienza por destacar, luego luego sobre él partidas de caballería que no le den lugar á recobrarse de la confusión y del miedo, y marchen á sostener á dichas partidas algunos escuadrones formados. Mientras tanto el grueso de tu caballería y artillería ligera vaya saliendo por diferentes barreras, y la infantería por encima de los parapetos; si la contraescarpa del foso no fuere montable, en poco tiempo vencerán tus infantes la dificultad con escalas que haya en tu ejército, ó esplanando porción del retrincheramiento ó de la contraescarpa: lo último es más breve, porque basta zapar un poco de tierra, sin el trabajo de arrancar las faginas y piquetes que tendrá el parapeto, y también es mejor el expresado último arbitrio, porque de este modo, conservándose el parapeto intacto, siempre el campo está en defensa para en caso que importe á tu ejército volver á ocuparle, ó contra la sorpresa que durante la ausencia de tu grueso puede intentar un destacamento de los enemigos, que por camino diferente del que el ejército lleva, marche á saquear el

Por donde el foso sea estrecho y profundo, pásele tu infantería sobre tablas que tome del parque de la artillería, si conforme á la distancia de él parece tal expediente más pronto que el de esplanar la contraescarpa, y de esta manera áun quedaría más defensable el retrincheramiento.

VII.—Breve advertencia sobre convoyes y forrajes de ejército que haya de conservar muchos días un campo, y en cuanto á imposibilitar á.

los enemigos la subsistencia junto al mismo.—Desde luego que llegues al campo que pienses conservar mucho tiempo, recogerás á él buena porción de víveres para subsistir si los enemigos ó impensados accidentes atrasan

la llegada de tus convoyes.

También almacenarás muchos forrajes en el campo, comenzando á tomarlos todo lo más lejos que puedas hacia los enemigos, tanto para que á éstos les falten como para que tu ejército, después de consumidos aquellos, tengan recurso á los que están inmediatos ó por tu espalda. Mientras hay pastura de que vivan tus caballos, no toques á los forrajes próximos ni á los almacenados.

VIII.—Para no ser espiado en tu campo.—El sargento mayor Cristóbal Lechuga, dice que fuera del campo se destinen lugares á los vivanderos, y que no sea permitido á éstos entrar en el campo, porque los oficiales enemigos no le reconozcan disfrazándose de paisanos que lleven

alguna cosa á vender.

Paréceme que el arbitrio no alcanza; pues los emisarios enemigos vistiéndose de soldados, se introducirían en el campo, fuera de que para observar su fortificación ó defectos, basta que por afuera le vean de cerca, y así creo menos inútil ejecutar lo que Teognides, capitán ateniense, quien repentinamente puso guardias para que nadie saliese del campo, y después hizo formar todas las tropas en sus respectivos cuerpos, á fin de que los espías se descubriesen, no arrimándose á alguno de ellos, ó siendo conocidos por forasteros en cualquiera tropa á que se incorporasen, por cuyo medio cogió Teognides los espías contrarios.

El emperador León aconseja que para descubrir los espías que hayan entrado en el campo con disfraz de soldados ó con otro, se distribuya una contraseña á todas las tropas, y que en hallando los oficiales dentro del campo á hombres que no conozcan, les pidan la contraseña, porque si la

ignoran es señal de que no son soldados sinó espías.

El teniente general Mr. de Langé quiere que para librarte de ser espiado en el campo, las guardias de sus puertas se informen de quiénes son todos los que solicitan entrar en él, de dónde vienen y qué van á hacer; pero yo creo que esta obra es difícil, porque para ejecutarla con exactitud serían necesarias en cada puerta continuas centinelas de cada regimiento, de gente de los víveres y de la artillería; pues sólo así se podría coger en mentira á los que se nombrasen de alguno de estos cuerpos.

Supongo haya la orden y observancia regular de que por encima del retrincheramiento ninguna persona entre ni salga; pues á más de que se destrozarían luego los parapetos, y se cegaría con sus ruínas el foso, quedaban inútiles todas las diligencias hasta aquí propuestas, de las cuales tomarás las que juzgues convenientes, conforme á las circunstancias en que te halles, y no obstante las objeciones que yo puse, respecto de que hay lances en que los arbitrios irregulares son los mejores, por menos esperados de los enemigos.

El medio más fácil y eficaz para no ser espiado en tu campo, es dar á las tropas, y especialmente á los centinelas y guardias, orden estrecha de arrestar á cualquier desconocido que vean pasear la línea, ó pararse á mi-

rar con particular atención la positura del campo.

También arrestarán tus oficiales ó soldados á cualquier forastero que pregunte con alguna aplicación el número de tus tropas, la disposición de tus guardias, el día que deben las primeras marchar, ir á forraje, recibir un convoy, etc. Yerro que observa Tácito haber cometido los espías de Otón en el campo de Vitelio.

IX.—Para que no falten vivanderos á tu campo, ni salgan merodistas del mismo. Algunos avisos para cuando campes en país amigo.—Los comandantes de ejército, conociendo la necesidad de vivanderos, retrincheran de distancia en distancia pequeñas tropas de infantería, que los escolten diariamente de un puesto á otro, ó ponen un grueso destacamento en el último pueblo de la frontera hasta donde se puede llegar sin peligro de partidarios enemigos ó de ladrones, y cuando en dicho lugar han concurrido muchos vivanderos, el destacamento los escolta hasta el campo, desde el cual el propio destacamento conduce á los mismos vivanderos ó á otros que hayan vendido sus comestibles y vayan á ejecutar nueva compra.

No siempre serás dueño de emplear en las escoltas de los vivanderos tantos destacamentos como hay avenidas para los víveres, ni se experimentará de continuo el riesgo de partidas enemigas, ni todos los paisanos querrán hacer el rodeo necesario para buscar la escolta, cuando desde sus aldeas á tu ejército saben camino más corto: el peligro que existe en estos casos, es que tus mismos soldados ahuyenten á los vivanderos, robándolos en el viaje ó tomándoles sus bagajes los oficiales que transitan. Para evitar este grande inconveniente, echa un bando en que declares que será privado de la vida el soldado y del empleo el oficial que ejecute alguno de

los desórdenes expresados.

Otro cuidado preciso para que no se aparten de tu ejército los vivanderos, es que los jefes no los estafen pidiendo demasiados gajes ó intereses por los víveres que lleven al ejército, ó no los agravien poniendo á dichos víveres un precio en que los vivanderos ganen sobrado poco; debiendo considerarse que en las cercanías de una armada todo es caro, porque hay muchos compradores, y porque las tropas destruyen á veces más de lo que compran; que los vivanderos corren el peligro de perder sus machos y su vida, si encuentran partidas enemigas, cuyo riesgo es mayor en país contrario, porque las correrías de los paisanos son más frecuentes, y su trato más riguroso que el de las tropas; con que los vivanderos quieren ganar á medida de lo que se aventuran, y si no hay límite en el riesgo, tampoco es justo que le haya en el precio.

Marchando nuestro ejército al sitio de Tortosa, por tierras entonces enemigas del rey, se puso tasa á todos los comestibles, de lo cual resultó que enteramente se retiraron del ejercito los vivanderos, y me acuerdo que en el campo de Flix pagábamos un real de á ocho por cada veinticuatro onzasde pan de munición.

Ultimamente, encargará el general á los brigadieres y coroneles que paguen y hagan pagar puntualmente los géneros que tomen de los vivanderos y de los lugares amigos que hayan dado la obediencia; pues de otro modo, por pocos días que coman de valde, en muchos no hallarán que comer por su dinero, respecto de que los paisanos, escarmentados, se retirarán le-

jos del ejército con sus efectos; y en fin, el no pagar, es otra especie de

robo que el jefe no ha de permitir.

Por algún jefe de casa de Merode que permitió á sus soldados excesiva licencia, se llaman hoy merodistas los que con pretexto de ir á buscar en las cercanías del ejército ensalada ó fruta, roban cuanto hallan en las aldeas y en sus campañas; y si los enemigos caen de golpe sobre ejército compuesto de naciones que padezcan este defecto, encontrarán de menos en la oposición á todos los que están en el merode, y que no tengañ paso libre ó tiempo para incorporarse con su ejército, ó que no gusten de ejecutarlo.

He visto muchas veces faltar de las marchas y campos de los franceses una tercera parte de su efectivo número por ir á robar los pueblos y caserías de la vecindad del ejército. Es verdad que el más ínfimo soldado de aquella valerosa nación, aunque haya de atravesar por el mayor fuego de los enemigos y de abandonar un rico pillaje, corre á sus banderas luego que se toca el arma.

Los merodistas arruínan en pocos días el país que tal vez convendría

sirviese para larga subsistencia de tu ejército.

De los merodistas matan una gran parte los paisanos, irritados de que los primeros toman continuamente alguna cosa de sus huertas, viñas, rebaños ó caserías, en especial si es el país enemigo; pues entonces sus habitantes forman á la descubierta partidas contra los que se desmandan del ejército contrario. Sobrado lo experimentaron los franceses en Cataluña y los alemanes en la Mancha y Castilla en la guerra de los aliados contra las dos Coronas.

Cuando por ser muchos los merodistas, no los pueden atropellar los paisanos, corren éstos á la primera tropa del otro ejército, y como prácticos en los atajos, vados y puentes, llevan un destacamento á caer sobre los merodistas, particularmente cuando es enemigo de ellos el país; porque entonces los paisanos alegan por servicio lo que acaso no es más que venganza, ó ejecutan con más actividad la diligencia en que se acomunan la defensa de sus bienes y el interés de su príncipe. Por millares se cuentan los prisioneros que don José Vallejo, don Juan de Cereceda, don Feliciano Bracamonte y otros famosos partidarios nuestros han tomado en la citada última guerra contra los aliados, al favor de prontos avisos de los paisanos cuando los ejércitos enemigos estuvieron en las Castillas.

Examinado ya el mal, averigüemos el remedio. Para impedir que salgan de tu campo merodistas, da salvaguardias á los pueblos y caserías que estén á media legua de tu ejército por costados, frente ó retaguardia, y echa un bando para que pena de la vida ningún tambor ó trompeta, cabo de escuadra ó soldado pase el lugar de dichas salvaguardias sin licencia por escrito, ó sin oficial que mande la partida, cuyo arbitrio también es

útil contra los desertores.

Conociendo Jenosonte los robos que se originaban de permitir á sus soldados apartarse del ejército siempre que tomaban el pretexto de ir á buscar que comer, dió oportuna providencia para atajar este daño.

También comprenderá tu bando á los que tomen carne de ganados que encuentren muertos; pues de otro modo se destacan tres ó cuatro soldados á matarlos, y restituyéndose aquellos al campo sin presa alguna, avisan á sus compañeros el paraje á donde pueden ir á hacerla, y los últi-

mos se ingenian á buscar paisanos por testigos de que la carne que toman es de reses que ellos no mataron.

En el campo de los Mases de Mora hizo el señor duque de Orleans ahorcar á un dragón, sólo porque se le encontraron dos libras de carne de una vaca muerta por otros soldados, que halló el dragón sobre su camino, y aunque pareció riguroso el castigo, fué tan justo como preciso, porque pocos días antes habían saqueado al lugar de Tibisa los merodistas, sobre cuatrocientos de los cuales cayeron los miqueletes, y por presto que los piquetes de caballería marcharon á su socorro, ya llegaron tarde. También los merodistas nos habían ahuyentado á los vivanderos ó paisanos que venían á vender víveres al campo, hasta que por el ejemplar del referido castigo se atajaron las rapiñas y se aseguraron los paisanos.

Cuando los expedientes propuestos en el anterior párrafo no basten á quitar los merodes, pasa repentinamente algunas revistas, y si faltare considerable número de soldados y fuere continuado este desorden, castígale con rigor, no sólo en los que le cometen, sinó en los comandantes de sus regimientos y compañías; á menos de cuya tolerancia ó negligencia los soldados no se atreverían á apartarse de sus cuerpos tan á menudo.

El teniente general conde de Estaing, para coger á los merodistas después del ya dicho saqueo de Tibisa, adelantó sobre el camino de su retirada partidas que arrestasen á todo soldado que trajese más ropa que la de su munición, y como los merodistas no creían hallar estorbo hasta llegar al campo, fueron presos todos los que escaparon de las manos de los miqueletes. El arbitrio es muy bueno para practicado sobre diferentes caminos, luego que por la aconsejada revista veas ser grande la cantidad de soldados que falten; y sólo advierto que no publiques á donde van tus partidas, y que estas esperen á los merodistas emboscadas; porque sobre el recelo de que los prendan y castiguen, no deserten.

Debes no campar en terreno sembrado, por no destruír á los paisanos aquella cosecha, ni hacerlos sin necesidad pobres y enemigos. Por la misma razón prohibirás que se forrajee trigo mientras haya cebada ó avena; ni se cortarán estos dos géneros si el país tiene bastantes yerbas para la caballería, y no habiéndolas suficientes de campos incultos tampoco será permitido á las tropas segar las de los prados, que cuestan al pobre paisano su dinero y sudor. Los oficiales comandantes de las tropas que van á tomar forraje seco ó paja en los pueblos, cuiden mucho de que á espaldas del forraje no recoja el soldado lo demás que haya en las casas ni maltrato á los hebitantes.

trate á los habitantes.

Si en el país hubiere bastantes árboles infructíferos, aunque sea á alguna mayor distancia que los frutales, no permitas que para fagina, piquetes, gabiones, maderaje del parque, barracas y leña de quemar, se corten otros que los silvestres.



LIBRO VI.

DE LAS MARCHAS.

I.—Observaciones del jefe respecto á los guías de su ejército.—Don Sancho de Londoño repara justamente que los paisanos que no hicieron la profesión de guías, informan sin fundamento sobre la calidad de los caminos, porque su impericia y rusticidad no les permiten distinguir cuál es bueno ó malo para infantería, caballería, artillería ú otro carruaje, pareciéndoles que por donde ellos pasan á pié transitará cómodamente un ejército. A la reflexión de Londoño se añade que si en lugar de una compañía de guías establecida en el ejército, el general se vale de los paisanos que en cada pueblo y día le presenta el accidente, sin haber tenido tiempo de examinar los defectos de su inclinación ó de su capacidad, corre peligro de que voluntaria ó maliciosamente le metan en un mal paso; pues así como un guía inteligente, animoso y fiel puede facilitarte una victoria, otro ignorante ó desleal te llevará á donde seas derrotado.

No hallaba Tito Quincio Flaminio forma de atacar á Felipe de Macedonia, que se había hecho fuerte en las ásperas cercanías del río Aspo ó Aoo; y lo que no pudo lograr con todo el saber de sus romanos, lo consiguió por un guía que por camino incógnito á los macedones, llevó porción del ejército romano á la cumbre de la montaña que ocupaban aquellos, que así fueron sorprendidos y derrotados.

Aníbal corrio grave peligro de perderse en el paso de los Alpes por haberse fiado en ciertos montañeses del país, que ofreciendo guiar al ejército cartaginés por el mejor camino, le condujeron por el peor, sobre el cual estaba la gente de la comarca apostada contra Aníbal.

Para formar la compañía de guías, busca hombres prácticos del país en que haces la guerra: regularmente lo son los que ejercieron largo tiempo de partidarios, de contrabandistas, de bandidos, de cazadores y de cofrades de alguna hermandad destinada á perseguir ladrones; pues todos aquellos sugetos conocen los atajos, vados, puentes, bosques, lagunas y más pasos posibles ó impracticables.

Importa mucho que los guías sean cuerdamente valerosos, y no con exceso interesados ni bebedores, por la razón que se inferirá del párrafo que sigue. De la primera calidad ya se puede averiguar qué pruebas dieron si los tomas de las aconsejadas profesiones, de las cuales traerán tus guías anticipada la ventaja de estar acostumbrados al peligro, á la fatiga, al ardid y al uso de las armas.

Otra necesaria observancia es tomar por guías á personas que hayan dado evidentes pruebas de su fidelidad, ó que sean de familia ó país donde todos profesen afecto á tu soberano; y á medida que vayas entrando en

200

tierras enemigas que tus guías antiguos desconozcan, recluta algunos de las mismas; pero con la precaución de que por delitos graves los juzgues irreconciliables con su príncipe, ó bien tomarás hombres que tengan hacienda que perder en el país que ya domines, ó hijos, mujer ú otros estrechos y queridos parientes, que enviarás á puesto seguro donde estén asistidos, pero en buena custodia, para que sirvan de rehenes á la fidelidad de sus padres, maridos ó hermanos.

Los oficiales de la compañía de guías escójanse de entre los mejores partidarios de caballería, aunque sea adelantándolos de grado. También servirá útilmente de capitán de guías el ingeniero que haya visitado todo

el país y formado la carta geográfica de él.

Conviene averiguar el genio de cada guía por relación de los oficiales conducidos por ellos, y por la que den los de la misma compañía, porque si los guías pecan de tímidos y es hacia los enemigos la marcha de que se trata, se puede suponer algo más fácil de lo que tales guías representen; y si estos son demasiado amigos de las ocasiones ó de la rapiña que resulta de ellas, quitarás en tu idea un poco de la bondad ó brevedad de los caminos que no sepas y ellos propongan para cualquiera operación.

La común y buena práctica es que en la guardia del general estén siempre uno ó dos guías con sus caballos equipados, para guiar á los destaca-

mentos que repentinamente se ofrezca hacer.

Si de no saber distintamente las particularidades de un camino pudiere venirte dano, examina diferentes guías para observar si convienen sobre el informe, pues no concordando, muestran que alguno de ellos ignora lo que dice, y pudieras hallarte engañado creyendo á los unos ó á los otros. Así en esta diversidad de relaciones tengo por necesario las tomes de los demás guías, y especialmente de aquellos que por haber frecuentado el

camino de que se trata, sea natural le hayan comprendido mejor.

Tomado este ó cualquier informe de los guías, si has de ejecutar presto la operación, entretenlos en tu casa ó en otro paraje á vista de oficial de tu confianza que no los deje hablar con persona alguna; pues en fin, los guías son regularmente sugetos de baja esfera, que si ayer se experimentaron leales, el soborno de hoy puede volverlos infieles, haciéndoles participar tus designios á los confidentes que tendrán los enemigos en tu ejército, los cuales no perderían tiempo en pasar el aviso al general contrario, como verás en el siguiente libro. Puedes también consultar á tus guías á un mismo tiempo sobre diferentes caminos, para que la generalidad de la pregunta les quite el conocimiento fijo de tu intención.

A más de la razón dicha para no fiarte de los guías demasiado, hay peligro de que el miedo les haga huírse cuando los enemigos atacan sobre la marcha la tropa en que ellos van; fuera de que si los dejas en libertad, todo el día se pasean de vanguardia á retaguardia, y en un impensado accidente pueden hacer gran falta en su destinado puesto; y así conviene siempre que cada guía se entregue á un oficial y á dos soldados, que sólo atiendan á que el guía no se aparte de la tropa á quien fué consignado.

Por falta de esta precaución ignoró Asdrúbal el vado del río Metauro, y fué su ejército batido por el cónsul Claudio Nerón.

Año de 1541 marcharon los alemanes á sorprender á Buda fiados en la inteligencia con..... Bornemisa, que efestivamente les abrió una puerta; pero atemorizándose después Bornemisa, se huyó á es-



conderse, del peligro, y no sabiendo los alemanes con la oscuridad de la noche por donde proseguir, ni por donde retirarse, no sólo malograron la sorpresa, sinó que padecieron mucho en la retirada.

El oficial encargado del guía no le dejará beber con exceso, ni dormir especialmente donde se encuentren dos caminos, de los cuales, si el guía duerme, su caballo puede tomar el que no conviene, y la tropa seguiría el mismo en la suposición de que es el bueno.

Otra ventaja de no fiarse á un guía solo es que aunque este por infidelidad quiera dirigirte á algun mal paso, ó por rodeos que atrasen tu marcha, los demás guías te avisarán que no conviene tal camino, y te librarás

así de padecer el engaño.

II.—De los oficiales de partidas avanzadas ó destinadas á observar el movimiento de los enemigos.—Desde el día antecedente á la marcha de tu grueso despacha espías y partidas, que te envíen segura noticia del puesto en que el ejército enemigo se halla, y se mantengan á distancia de observar sus movimientos para avisártelos; pues de otro modo, ejecutando los enemigos una marcha oculta, quedaría la tuya expuesta al gravísimo peligro de que emboscándose ellos en paraje oportuno, les presentases el

costado cuando pensabas tenerlos por el frente.

Para dichas partidas escójanse los soldados más prácticos del país, á fin de que sepan el camino de encontrarte desde cualquier puesto que los destaque su oficial. También deben ser hombres de capacidad para no confundirte con la relación de lo que han visto, y no cambiar la sustancia de lo que el oficial te enviare á decir por ellos. Elíjanse conocidamente fieles, porque en lugar de llevarte el aviso no se pasen á los enemigos, y quedes aventurado en la tardanza de la noticia del movimiento de estos. Lo mejor es dejar al oficial de la partida la facultad de nombrar los soldados que él gustare.

Los oficiales de las expresadas partidas supongo sean prácticos del país, y que les digas á qué hora y por qué camino marchará tu ejército, á fin de que sepas á dónde te dirigirán los avisos de los movimientos que vayan

ejecutando los enemigos.

Convendría que el comandante de la partida se llevase un reloj y papel y tinta para expresarte la hora en que observe cualquiera novedad considerable, sin el peligro de que te llegue la noticia equivocada en la relación

del soldado á quien se cometiese de palabra este encargo.

Cuando el oficial destaque á un soldado para comunicarte lo que ocurra, le dirá en secreto el paraje á donde ha de ir á buscarte, callando siempre á los otros que tu ejército marcha, porque si alguno de ellos deserta, no anticipe á los enemigos el aviso; y si este fuere de mucha consideración, el oficial de la partida le despachará duplicado y triplicado por diversos caminos y soldados, para que uno te llegue, aunque el otro soldado por malicia ó por desgracia dé en manos de los contrarios.

Los comandantes de tales partidas es indispensable elegirlos de conocido valor y de experimentada cordura; porque hay hombres que á pesar de sus ojos, dan crédito á las imaginaciones que les presenta su timidez, ó que por evitar el peligro, no se adelantan lo bastante para el descubrimiento; y otros que ambiciosos de gloria, sin límite de prudencia, incitan á su jefe por todos los caminos capaces de persuadirle á un combate. De

creer á los primeros, puede sobrevenir deshonor á tu conducta, mal logrando una favorable ocasión; y de guiarte por las noticias de los últimos, acaecerá tal vez la ruína de tu ejército.

El motivo de venir los turcos á la batalla de Lepanto, que perdieron, fué el corto conocimiento ó el imprudente anhelo de la batalla que tenía Caracosa, quien habiendo sido destacado por el generalísimo turco Alí Bajá para que reconociese el número de las naves cristianas, volvió con la noticia de ser estas muchas menos de las que efectivamente eran.

III.—Marchas en país de montañas, bosques ú otros desfiladeros, y en el que esté cubierto de altas mieses ó yerbas.—Si marchas en país de bosques ó montañas que puedan ocultar un considerable cuerpo de enemigos, no sólo harás batir el camino por tu vanguardia, sinó también sobre ambos costados.

Cuando la sola infantería enemiga pueda bastar para derrotarte, ó para comenzar el combate mientras acude su caballería, que esté emboscada sobre el flanco en puesto apartado, y marchas por llanuras cubiertas de altas yerbas, mieses, ó broza, juzgo más precisos los batidores sobre los costados.

Los batidores de los costados, como van fuera de camino, encuentran regularmente el estorbo de alguna zanja, tapia, ó seto con que están cerradas las praderías ó sembrados, ú otro embarazo semejante, que los obliga á rodear mucho, y tal vez á retroceder: así convendría que dichos batidores llevasen zapas y marrazos para abrir paso á sus caballos, y que hubiese con ellos infantes que prosigan á batir por donde los caballos no puedan pasar.

No te empeñes en pasar un desfiladero ó río sin haber adelantado lo suficiente partidas que reconozcan bien si hay tropas enemigas á distancia de poder cargar á una porción de las tuyas en el otro lado del río ó desfiladero, y antes que el todo de tu ejército haya pasado. En el capítulo anterior á este discurrí de otras precauciones tocantes á partidas avanzadas; y supongo sepas que en el caso de que voy tratando, necesitas llevar á vista de tu vanguardia la regular partida, por si la destacada fué sorprendida por enemigos que te aguarden emboscados: lo más seguro es que tres ó cuatro partidillas se sigan á tal distancia que la retaguardia de la primera siempre sea vista por los batidores de la segunda, y así sucesivamente hasta la cabeza de tu ejército.

A menos de grave precisión, debes no entrar en un desfiladero cuando no tengas día bastante para acabar de pasarle: habiendo muchos, cerca unos de otros, pasas por todos ellos á un mismo tiempo, destinando á cada tantas brigadas el suyo, si es que al desembocar de dichos desfiladeros, pueden incorporarse primero que los contrarios las ataquen desunidas. Al atravesar un desfiladero, no se interpolen los soldados ú oficiales de varios cuerpos, por el embarazo que al salir causarían en la formación de cada regimiento. Que se observe silencio, y que no se mezclen los equipajes con las tropas.

Si para pasar tu artillería ó carruaje, ó para marchar con mayor frente hubiere en tu camino el estorbo de arroyos, ó zanjas sin puentes, de sendas estrechas por bosques ó setos, ú otro embarazo fácil de quitar, y la distancia del ejército enemigo lo permitiere, destaca un día antes de moverse el tuyo gastadores que con un ingeniero, un oficial de artillería y buena escolta, quiten los expresados impedimentos.

Germánico, al pasar ciertos caminos estrechos en el país de los alemanes, adelantó con Cecinna algunas tropas, que ensanchasen las sendas de los bosques, construyesen puentes sobre los arroyos y levantasen paso en las lagunas.

En caso que la vecindad de los enemigos no dé lugar á que destaques largo trecho gastadores, la infantería de tu vanguardia llevará instrumentos para ir acomodando el camino lo mejor que pueda; porque habiendo parajes que tardan infinitamente menos en componerse que en pasarse descompuestos, una hora de trabajo suele adelantar cuatro de marcha, so-

bretodo cuando se trata de artillería ú otro carruaje pesado.

Florentín de Percebal en su tratado del Perfecto general de artillería, dice que los puentecillos sobre arroyos, que no tienen más que de ocho á diez piés de ancho, se hacen con troncos de árboles, que ordinariamente se hallan sobre los mismos arroyos, y en su defecto (ó de tablones que se lleven sobre carros) con vigas que se tomen de los edificios más próximos, sobre las cuales se echan tres órdenes de faginas bien atadas, y sobre estas tepe ó tierra bien pisonada, de cuyo modo, aunque las vigas no sean muy gruesas, aguantan el peso del cañón. Quiere Percebal de quince piés de ancho cada puente de estos, y que si el arroyo es más ancho y no muy profundo, se haga el puente sobre caballetes de maderos de diez á doce pulgadas de grueso.

Los pantanos y las rodadas muy profundas de los carros se llenan de faginas, y encima de ellas tierra. Sería mejor arena si la hubiese á mano.

IV.—Lugar de la caballería en país estrecho. Para que en el mismo los espías enemigos no cuenten el número de tu ejército. Avisos en cuanto á camino difícil que hayas de repasar.—Siempre que marches en país estrecho, irá tu caballería en el centro, en retaguardia, ó en donde menos peligro tenga de ser atacada, según la situación de los enemigos, porque si estos la cargasen en un desfiladero, ella misma atropellaría á tus infantes, los cuales cuando el país es llano, ya se sabe que marchan con la caballería á los costados.

El mariscal de Monluc aplaude la retirada que en su tiempo hizo con un grueso de tropas de España en el Piamonte, Don Alvaro de Cenda, ó de Sande, quien viéndose de cerca seguido por los franceses del ejército del mariscal de Brisac en un paso estrecho, hizo desfilar primero su caballería y sostuvo con la infantería el ímpetu de los franceses, porque derrotando estos á la caballería, no fuese por ella misma atropellada la infantería amiga.

Porque no es fácil á los espías enemigos averiguar el número justo de tu ejército á menos de verle desfilar, siempre que marches en desfiladeros destinarás oficiales que no dejen parar en ellos ni cerca á algún paisano, ni áun al que esté vestido de militar si no le conocen; pues bien podría venir con tal disfraz á reconocer tu ejército. Si alguien le observa en tales parajes con mucho cuidado, le arrestarán tus oficiales.

Si hay peligro de que los enemigos con el fin de impedirte la retirada, ocupen el camino que hayas de repasar, deja cortados y quemados los árboles y broza, á cuyo favor pudieran los contrarios incomodarte en el re-

Digitized by Google

torno; pero si el terreno presenta otros estorbos mayores, guarnécele con algún destacamento que se fortifique en él; pues la misma dificultad que hallarías en desalojar de allí á un cuerpo de tropas enemigas, tendrán los contrarios en echar á las tuyas.

V.—Marchas en país de llanuras, ó de estas y desfiladeros sucesivos. Marchas á vista del ejército enemigo, ó de un destacamento ó plaza suya. Avisos en cuanto á bagaje, artillería, víveres y hospitales.—Encontrando alternativamente sobre la marcha llanuras y bosques ó caminos estrechos, después de pasar estos doblarás tus tropas para caminar en las llanuras que se siguen sin riesgo de que te cojan desfilado los enemigos que estuviesen ocultos en las montañas, ó bosques de más adelante ó de los costados. Supongo que no entres con las tropas en terrenos hondos sin que tus batidores hayan reconocido las alturas del frente y lados, y avisado que la campaña está segura; aunque si dichas montañas ó los bosques, son de tan corta capacidad que no puedan ocultar considerable número de enemigos, no será menester la dilación de formar y desfilar con la frecuencia arriba prevenida; porque retardarías demasiado la marcha, y fatigarías inútilmente las tropas, teniéndolas todo el día en movimiento acaso para el viaje de una legua.

En país ancho, si hay que temer del ejército contrario, se debe marchar con todo el frente de la primera línea, ó á lo menos por brigadas ó regimientos formados, y en escala según la extensión de la llanura permita, para hallarte en menos tiempo con el ejército en batalla; pero si no corres peligro de un combate, porque los enemigos no estén á distancia, ó no tengan suficiente número de tropas, las tuyas lleven sólo el frente que les ofrece el camino trillado y los colaterales de buen suelo, sin meterse en pantanos, broza ó pedregales, que mojan y fatigan á los soldados y les

destruyen los vestidos y zapatos.

Cuando los enemigos están por un costado del camino que has de llevar, marcha en columna; pues con un sólo movimiento quedas en batalla con la cara á los contrarios, y en cualquier terreno donde quepan cinco hombres de frente, se mueve una línea en columna con sus oficiales. En fin, la general y buena regla es disponer la marcha del modo que más presto se ponga el ejército en batalla con la formación que tengas ideada para un día de combate, y respecto al paraje donde creas hallar á los enemigos.

En la historia de Flandes, escrita por el cardenal Bentivollo, y en la del mundo por César Campana, verás haber Alejandro Farnesio tenido un semejante orden de marcha luego que entró en Francia á favor de la liga de aquel reino.

Marchando á vista de los enemigos ó descubriéndose ellos sobre la marcha, no obstante lo cual resuelvas proseguirla, haz primero alto con la vanguardia hasta que se incorporen bien las tropas; y dicho alto sería ventajoso en algún terreno fuerte, para que mientras ellas se unen, los enemigos no carguen á las primeras que vean.

Si los enemigos hacen sólo punta por un bosque, barranco ó paso estrecho de tu costado, y no quieres detenerte á atacarlos, deja un destacamento de gente escogida, que sostenido de algunas piezas ligeras (colo-

LIBRO VI.

cadas si pudiere ser en paraje dominante) se mantenga con el frente á dicho puesto hasta que haya pasado todo tu bagaje, artillería y ejército: lo mismo ejecutarás cuando marches al costado de una plaza enemiga, porque no salga una tropa de su guarnición á tomar algunos soldados ó ba-

gajes que se hayan quedado atrasados.

Si por la precisión de un río ú por otro accidente hubieres de pasar á tiro de cañón de alguna plaza ó fuerte de los enemigos, sea de noche y á hora que no haya luna, marchando con silencio y sin pipas ni mechas encendidas, para evitar parte del estrago de la artillería contraria, que de la forma dicha tirará con poco acierto: será menor su efecto cuanto menos frente lleves, si la batería enemiga está al costado.

Los víveres y el bagaje siempre que se marcha en país arriesgado, se llevan donde haya más tropas entre ellos y los enemigos, y por donde no corten á tu ejército el camino, ni le embaracen de formar en un repente.

Después de los equipajes marchan los víveres generales del ejército. Los oficiales de las partidas que escoltan al bagaje y víveres, no permitan que algunos criados, trajineros ó vivanderos usurpen á los otros el lugar que se les destinó (sin lo cual todo sería pendencias y confusiones) ni que se extravíen del camino, porque roban el país y se hacen matar por

los paisanos, ó tomar por los enemigos.

El comandante de dicha escolta importaría fuese por lo menos coronel, para que se hiciese más bien respetar, y que tomando por escrito del general el orden de marcha de hospital, bagajes y víveres, le entregue á un oficial, que con una partida se mantenga sobre el camino hasta que dichos tres cuerpos acaben de desfilar conforme al expresado orden. De la escolta se destacan los convenientes batidores ó partidas avanzadas. Lo restante de la escolta divídase en cinco partes; una de ellas para la vanguardia, otra para el centro, otra para la retaguardia, y las dos últimas para que vayan tendidas ó desfiladas, la una desde la primera á la segunda, y la otra desde la segunda á la tercera.

Si el camino que por un costado se da á los víveres, hospital y bagaje, se halla (respecto al que lleva tu ejército), tan estrecho que del frente á la cola de aquellos tres cuerpos pueda quedar mucha mayor distancia que de la vanguardia á la retaguardia de este, y se encuentra cerca un segundo camino, forma en ambos dos columnas, se entiende la una del bagaje, y la otra de los víveres, añadiendo el hospital á la más pequeña de ellas. Lo mismo digo cuando por quedar los enemigos á la retaguardia llevas el bagaje sobre el frente, ó cuando marche á la espalda de tu ejército, porque los contrarios están hacia á la vanguardia; pues no hay duda en que fenecerán más presto su marcha cuantos más fueren los caminos por donde la tomen, y en que tu ejército los alcanzará aunque el suyo sea más difícil; particularmente si en la marcha del bagaje, hospital y víveres hay estrechos desfiladeros, donde un carro que se rompe, ó un macho que se cae atrasa largo tiempo á toda la columna, si uno de los oficiales de la escolta no acude luego á hacer quitar el estorbo: con todo eso, los comandantes de las columnas de víveres y bagaje irán advertidos de no adelantarse tanto, que si los enemigos los atacan, estén lejos de recibir socorro de tu ejército, el cual por la misma razón, contendrá su paso á proporción del de su bagaje y víveres: con cada columna se supone su escolta.

VI.—Dicese cuánto son peligrosas las marchas de noche, particularmente en país desconocido, y se dan algunos avisos para en caso de verte precisado á ejecutarlas.—Como es impracticable que de noche puedan tus batidores reconocer si á los costados hay emboscada, cuando se trata de países montuosos no debes, á menos de grave necesidad, marchar sinó con la luz del día; pues á la razón expresada se añade, que el que se halla

atacado de enemigos que no ve, los cree siempre superiores.

Auméntase este riesgo (aunque los enemigos sean muy inferiores) en país que no conozcas tanto como ellos; pues no basta en la función, que sepan el terreno los guías, quienes no pueden estar en todas partes, ni distinguen los puestos que conviene á tus tropas ocupar; fuera de que si eres derrotado, los guías escaparán por más que los guarden, ó se aturdirán de tal suerte que no darán razón de la menor cosa que les preguntes, y te verás confundido sin atinar por donde retirarte; y si derrotas á los enemigos, no podrás por sólo el dictamen de los guías seguir el alcance con el mismo acierto que si fuese día, ó que si tú conocieses el terreno.

Si marchares de noche en país donde tengas que recelar de enemigos, advierte á tus guías que antes de llegar á desfiladero, bosque ó barranco te lo avisen, para no empeñarte en él sin hacerle reconocer primero lo me-

jor que la oscuridad permita, y sin llevar las tropas bien unidas.

En tales marchas prevén á los comandantes de las brigadas y estos á sus cuerpos, que los enemigos pueden atacarlos aquella noche; y que así

tengan sus armas cargadas y hecho el ánimo á no sorprenderse.

Marchando por la noche en país de bosques, no sería tal vez inútil que tus partidas avanzadas llevasen consigo algunos perros, los cuales de continuo se apartan á un lado y á otro del camino, y sintiendo á cualquiera gente desde lejos, ladran y los batidores se acercan entonces á reconocer si en aquel paraje hay emboscada.

En la plaza de Puertohércules y su castillo de Monte-Felipe y fuerte de la Estrella, daba el rey nuestro señor pan de munición á algunos perros, que toda la noche paseaban fuera de aquellos puestos, y servían tanto como las mejores centinelas y patrullas, porque al más pequeño rumor de las partidas enemigas que solían salir de Orvitelo y del fuerte de San Esteban, los perros ladraban con tal fuerza, que alertaban á la guarnición; y si destacamentos de esta iban en partida, los perros se ponían delante y descubrían todas las emboscadas de los enemigos ó el camino que llevaban los mismos cuando se retiraban derrotados.

En Acrochorinto se pusieron de guarnición cuatrocientos soldados y cincuenta perros. Noticia de la antigüedad que parece tuvieron presente los eruditísimos generales don Francisco Pinel y don Esteban Bellet, que siendo comandantes de los presidios de Toscana, se valieron del expresado medio para suplir las patrullas á las cortas guarniciones de aquellas plazas.

VII.—Advertencias para marcha muy apresurada, especialmente de noche.—En marchas de noche, siempre que halles dos caminos, deja allí un oficial hasta que pasen todas las tropas, á fin de que estas no tomen uno por otro; siendo difícil que cada regimiento lleve un guía, y fácil que áun llevándole se divida un trozo de la retaguardia del mismo cuerpo, y se pierda donde se apartan los caminos, especialmente si entre los dos hay árboles que impidan aquel pequeño vislumbre que la noche concede; pues el rumor que se oye de las tropas que van por el camino, empeñará tal vez

á las demás en el otro y no se advertirán de su yerro hasta que insensiblemente se hayan extraviado á medida que se ensanche el bosque ó montaña, cuya punta ó ángulo forma la separación de los caminos. Así vemos cada día perder el suyo no sólo algunos regimientos ó brigadas, sinó columnas enteras de ejércitos.

En tales marchas, particularmente si hay desfiladeros, conviene que vaya muy despacio la vanguardia, ó que en saliendo á la llanura espere que la retaguardia se le incorpore: en el último caso deje la primera á la segunda el terreno que le baste para desembocar el desfiladero, desde el cual hasta el puesto en que hace alto la vanguardia, quedarán, de distancia en distancia, soldados con mechas encendidas ó tambores que de tiempo en tiempo den tres ó cuatro golpes de baqueta en el parche, para que sepan por dónde han de seguir las tropas que se atrasaron en desfilar.

En marchas apresuradas, aunque sean de día, si hay desfiladeros y es importante que tu vanguardia no se detenga, vaya cada coronel prevenido de dejar un oficial en donde comience á perderse de vista el regimiento que debe seguir al suyo; á más de lo cual habrá un guía en cada brigada, y el comandante de esta sabrá el paraje á que ha de ir á parar; pues los oficiales dichos pueden ser tomados ó ahuyentados por cualquiera partida

enemiga.

Los jefes no deben permitir que algún soldado se extravíe de la marcha ni de la fila, menos que sea por cierta corporal precisión, y entonces queda el sargento para volver á incorporar en la compañía el soldado. Si este se detiene rendido del cansancio, se deja con él un cabo de escuadra de confianza, que espere á que llegue el oficial comandante de una partida de infantería y caballería que habrá á la retaguardia de todo el ejército, con un guía que la conduzca al destinado campo y con orden de seguir al paso de los estropeados, y de reconocer los costados del camino para recojer todos los soldados que á escondidas de sus oficiales se apartaron por cansancio, sueño ó malicia.

Entre ciertas naciones se quedan muchos soldados en la marcha por borrachos; pero estarían luego en estado de proseguir su camino si se les echa de golpe agua en la frente y por las espaldas, comenzando desde el cuello: yo no quería creer que fuese tan pronto el efecto de este remedio, hasta que don Rodrigo de Niela, capitán del regimiento de Murcia, me lo hizo ver con dos soldados que, echados por tierra, eran insensibles á la voz

y al castigo de sus oficiales.

Después de una marcha muy apresurada, pide á los coroneles relación de la gente que les faltó; y si no obstante lo hasta aquí propuesto es mucha, mandarás tocar á un tiempo todas las cajas y trompetas, ó disparar algunos cañones, y hacer lumbres en las alturas que estén á vista del camino por donde has llevado la marcha, para que aquellos soldados que se quedaron perdidos ó fatigados, conociendo que ya tu ejército hizo alto, se animen á llegar á él, y no deserten al primer lugar, acaso de los enemigos, desesperanzados de alcanzar al término de tu marcha, rendidos de sueño, sed y fatiga, ó temerosos de ser muertos por las partidas enemigas, ó por los paisanos cuando el país es contrario.

Con el mismo arbitrio recogió Alejandro muchos soldados que sobre el camino se le quedaron cansados y dormidos en una larga marcha que Alejandro hizo en la Sogdia para llegar al río Oxo.



VIII.—De las marchas ocultas.—Si teniendo tus tropas en cuarteles ó separadas en otros parajes, las quisieres poner en marcha para alguna operación secreta, escribe dos cartas á cada comandante de ellas; en la una le avisarás lo que ha de ejecutar, y que la tenga muy oculta, advirtiéndole que la otra es finjida para que la lea en público; en esta le dirás que marche á pasar revista á tal parte, á mudar cuartel, ó á otra cosa que según la ocasión sea creíble; con lo cual los espías que sin duda tendrán los enemigos en donde están aquellas tropas, no podrán avisarles con certidumbre hacia qué parte dirijen la marcha, especialmente si la empiezan por camino que parezca llevarlas al paraje expresado en la carta que el comandante leyó en público, y si dicho comandante no hace con su equipaje y el de sus tropas algún movimiento contrario á la voz que echó, siendo fácil después enviar por los referidos equipajes, y poco el inconveniente de que los oficiales estén dos ó tres días sin ellos.

Si fueren tropas que estén ya juntas en tu campo las que has de mover, á la regular hora de la orden, convendrá que distribuyas una diferente de la que algún tiempo después darás para la marcha; porque también es natural que los confidentes pagados en tu ejército por los enemigos, les avisen luego la primera orden, y que descuidados los enemigos con la noticia de ella, hayan enviado su caballería á forraje, hecho algún destacamento, ó que á lo menos vivan aquella noche descuidados, hasta que por algún desertor ó por segundo aviso de sus espías sepan tu marcha, lo cual será siempre menos presto de lo que la sabrían si la hubieses publicado á la hora ordinaria de la orden. Un rato después de esta, puedes enviar sobre los caminos cantidad de pequeñas partidas, que emboscándose, arresten á

todos los que fueren á pasar.

Para no ser observado en una marcha si la haces de día, tómala por país cubierto, á fin de que las partidas enemigas no vean de lejos qué rumbo llevas; pero lo mejor es de noche; y siempre por camino donde no haya lugares ni si pudiere ser caserías. Los soldados en tales marchas, no hablen recio, ni enciendan lumbre para fumar ó para calentarse en los altos. No se llevarán perros para marchas ocultas, ni yeguas, borriquillos, ó caballos capones, ni los que áun sin esto relinchen á menudo. Por si deserta algún soldado ó se escapa algún paisano, mudarás de camino tal cual vez, sin por eso extraviarte mucho del que has de hacer, para que dicho paisano ó soldado no pueda con certidumbre decir á los enemigos á donde vas encaminado, y á fin de quitar el mismo conocimiento á los espías que los enemigos tuvieren en tu ejército, nadie sabrá á qué paraje marchas sinó los oficiales mayores ó generales que han de conducir las columnas ó las brigadas.

Darás una rigurosa orden para que en la marcha no se pase la palabra alto, marchen, á la derecha, etc.; porque el rey no paga los ayudantes generales para otra cosa que para ir de un costado á otro á distribuír las órdenes de sus jefes; y del abuso de pasarse la palabra, no sólo se origina rumor y confusión, sinó que pudieran los enemigos introducir en tu ejército

hombres que la pasasen en ocasión de hacerte considerable daño.

IX. -Dicese por qué país te conviene marchar según el número y ca-

lidad de tus tropas.—Siendo superior en caballería, marcharás por el país más abierto y llano que te sea posible. Al contrario si tu fuerza consiste en la infantería.

Fraates, rey de los partos, siguiendo la retirada de Marco Antonio con grande número de caballeria, deseaba que Antonio tomase caminos llanos para poderle atacar en donde la caballería se manejase libremente; pero por el contrario, Marco Antonio, cuya fuerza era de infanteria, llevó siempre la marcha por tierras montuosas, y así recibió poco daño de los cuarenta mil caballos de Fraates.

No por abrigar de las montañas á tu infantería te empeñes en largos desfiladeros ni en pasos extremamente difíciles, que los enemigos estén á distancia de disputar, sobre todo si pueden, á más de ocupar la salida de dichos pasos, cerrarte el que te sirvió de entrada, pues harían perecer de hambre á tu ejército, imposibilitándole de ir atrás ó adelante.

Cayo Poncio, capitán de los samnites contra el ejército romano de los cónsules Tito Veturio Calvino, y Spurio Postumio, puso diez soldados samnites vestidos de pastores en los montes vecinos al ejército de Roma, ordenándoles que en siendo apresados dijesen que las tropas samnites estaban sobre Luceria, plaza amiga de los romanos, quienes de este modo engañados, moviéndose á socorrerla, dieron en los Jazos de los samnites, porque habiendo un valle sobre el camino de los romanos con sólo una dificil entrada y áspera unica salida, los samnites habían secretamente barricado y guarnecido esta, y luego que los romanos pasaron aquella, hicieron allí los samnites la misma diligencia; de suerte que los romanos se vieron inpensadamente cerrados en el valle sin poder avanzar ni retirarse, y por falta de víveres hubieron de rendirse todos, pasando por el yugo de los samnites hasta los dos expresados cónsules, que por su corta precaución dejaron, á costa del nombre romano, famoso el de las Horcas Caudinas, que fué el de aquel paraje.

Cuando seas inferior en todo número de tropas, también te conviene marchar por terreno estrecho, para que donde quiera que los enemigos te ataquen sobre la marcha, puedas poner tanto frente como ellos, y librarte del riesgo de que te abracen los costados.

Si no obstante ser inferior en número de tropas te vieres precisado á marchar en país llano, lleva tus costados cubiertos con las carretas del ejército, caballos de frisa ú otro estorbo, particularmente cuando te halles poco fuerte en caballería.

Así ordenó su marcha Alejandro Farnesio al ir á socorrer á Ruan, porque el ejército enemigo era más numeroso que el suyo, especialmente en caballería.

X.—Para marchar por país que en algunas leguas carece de agua.— Si hubieres de hacer dos ó tres marchas por país que no tenga agua, manda, bien en tiempo, que cada soldado y oficial de infantería se compre una bota que contenga suficiente agua para los dos ó tres días de la supuesta marcha. A más de esto harás llenar de agua muchos cueros y barriles y trasportarlos en carros ó en machos, y los soldados y oficiales de tu caballería llevarán mayores botas, para que del agua que les sobrare y de la que va en las barricas y pellejos puedan beber los caballos. La misma orden, en cuanto á prevenirse de botas, se dará á criados, vivanderos y más gente que sigue al ejército, cuidando de que todos las tengan antes de ponerte en marcha, por no ver después á hombres ó á caballos morir de sed en los caminos. Léase el ejemplar que sigue de Metelo, porque añade alguna circunstancía.

Esta diligencia hizo el marqués del Vasto, que bajo la orden del emperador Carlos V mandaba el ejército de España en una marcha desde la Goleta, porque supo de Muleasen, rey despojado de Túnez, que Ariadeno Barbaroja tenía emponzoñadas todas las aguas que se hallaban sobre la marcha del referido ejército.

Del mismo arbitrio que el marqués del Vasto se valió útilmente el cónsul Metelo en la guerra contra Yugurta para llegar à Tala por país donde en muchas leguas no había agua. Salustio, que trae esta noticia, añade que Metelo, haciendo dejar el bagaje, cargó sobre las bestias de este las pieles con agua; arbitrio que es más suficiente, porque de otro modo aquellos caballos ó machos que fuesen embarazados con equipaje, no podrían llevar la suficiente cantidad de agua.

Para que baste más bien el agua de que se previnieren tus tropas, si el tiempo es caloroso y no hubiere inconveniente, marcha de noche y descansa de día en la mejor sombra que encuentres; pues cuanto menos se fatiguen tus soldados, tanto menor será su sed y el consumo de agua.

XI.—Expedientes para franquear un paso difícil que los enemigos guarnezcan ya.—Para franquear un paso difícil y defendido por los enemigos, haz semblante de querer transitar por otro, á fin de que açudiendo los contrarios á estorbarlo, dejen libre ó menos guarnecido el que antes ocupaban, al cual atacará entonces un destacamento de tu ejército que haya quedado cerca de allí oculto.

Con los propios medios logró Alejandro Magno el paso del Hidaspe que disputaba el ejército de Poro; y Nicostrato, capitán de los etolos, dando señas de penetrar por camino diferente del estrecho que guarnecían los epirotas, los llamó á la defensa del segundo camino; y habiendo dejado algunas tropas emboscadas cerca del primero, le ocuparon luego que los epirotas le desguarnecieron.

Cuando la situación del país no haga verosímil á tu mostrado intento de pasar por camino diverso del que los contrarios guarnecen, da á entender que pretendes atacar alguna plaza ó provincia importante á los enemigos, hacia paraje apartado del puesto que ellos guardan, y ejecuta movimientos que acrediten el mismo proyecto, para que si los enemigos, por acudir al socorro de su plaza ó país, abandonan el paso que defendían, le ocupe un destacamento que robe algunas horas de marcha, y vaya sin más embarazo que el de algunos bagajes con pan, cebada, municiones é instrumentos de levantar tierra y cortar fagina, á fin de que el destacamento se fortifique en el puesto mientras con todo el ejército vuelves á él.

Jenofonte dice que él y Chirisofo, en la retirada que con sus griegos hicieron desde junto á Babilonia hasta Grecia, procuraban siempre sorprender por caminos ocultos las montañas de que estaban dominados los pasos que los enemigos defendían, porque atacándolos de alto á bajo, era más fácil desalojarlos, particularmente dejando (como hacían) otro cuerpo de tropas que al mismo tiempo atacase por el frente de abajo arriba. Elmodo expresado de franquear un paso difícil que refiere Jenofonte, se ve en Tito Livio puesto en obra por algunos romanos, que entretenían á los enemigos en continuas escaramuzas por el frente, para que poniendo toda su atención en él, no advirtiesen con tiempo la marcha del destacamento, que iba por otra parte á ocupar la altura predominante al defendido paso.

César, al favor de una espesa niebla, hizo subir la mitad de su ejército á la altura de que estabaseñoreado el paso que en los Alpes le disputaban los bárbaros, los cuales, viendo su montaña domi-



nada, le abandonaron al primer grito de las tropas de la cima, seguido por el de otras que habían quedado en el valle.

Para la propuesta operación es preciso haber ganado guías del mismo país, que te lleven por caminos muy ocultos y desconocidos por los contrarios á la cumbre que intentas ocupar.

En la última guerra de las dos Coronas contra los aliados, vimos que un paisano puso á un destacamento nuestro en la cumbre del monte de Gibraltar, de adonde no faltó para la toma de aquella plaza más que haber sido amunicionado y seguido por más tropas el destacamento que subió sin estorbo de enemigos, porque ellos ignoraban que hubiese tal senda.

Como debes no aventurar tu ejército á que le derroten separado en dos cuerpos, es necesario que para formar el destacamento de que se ha tratado, el número de tus tropas ó la situación del terreno te asegure de que cada uno de los dos trozos podrá defenderse de por sí solo, en caso que los enemigos marchen contra cualquier de ellos, cuando no esté á distancia de sostenerse por el otro. Pero bastará tal vez que llegando por la noche á la altura algunos pocos soldados y tambores (que arriesgues á la prisión, mandados por dos ó tres oficiales de maña y valor), alarmen por la espalda á las tropas enemigas mientras el grueso de las tuyas se mantiene emboscado al frente del paso, habiendo finjido descampar de junto á él; porque es natural que los enemigos, creyendo á todo tu ejército donde está sólo tu partida, acudan con muchas tropas á aquel paraje, y entonces te será más fácil forzar las restantes.

De este modo franqueo Ificrates un paso guarnecido por sus enemigos, y Alejandro desalojó por el mismo medio á los sogdianos que con Ariomazés se habían fortificado en otro.

XII.—Fenécense los expedientes para franquear un paso, y se hace una advertencia sobre el carruaje de ejército que haya de militar en tieras quebradas.—Si el paso que guardan los enemigos y deseas franquear está rodeado de inmediatos bosques, hazles poner fuego por diferentes partes de la espalda de los contrarios, para que la llama saque á las tropas enemigas de los puestos que guarnecían.

Si la dificultad del paso consiste en algún retrincheramiento mal guarnecido, ya se sabe que le deberás batir con artillería, y darle el asalto

cuando el cañón haya hecho suficiente abertura.

Menos costoso es vencer por otra parte grandes asperezas de camino abandonado, que superar la de cualquiera otro medianamente guarnecido, siendo la sangre de tus guerreros más preciosa que el sudor de tus gastadores, y no tan difícil romper una peña ó cortar un árbol que no se defiende, como forzar una tropa fortificada que se resiste. Sobre este supuesto, si los enemigos, fiados en la natural dificultad de un paso que te convenga, le dejan desguarnecido, roba alguna marcha para apoderarte de su altura con la porción de infantería que baste á retrincherarle y defenderle, mientras se abre camino para que transite el ejército, artillería y más carruaje.

Si se trata de hacer la guerra en país cuyos caminos ofrezcan á menudo grave dificultad al tránsito de los carros, y no se han de atacar plazas, prevén que toda carga vaya sobre machos ó caballos, y no lleves más artillería que la trasportable sobre los mismos, hasta que llegando á país todo

llano, puedan los carros y los afustes incorporársete por los rodeos que ya tu ejército cubra, ó por los caminos que en mucho tiempo de señoreados hiciste componer.

XIII.—Advertencias del emperador León sobre forrajes en marcha que lleves á campar cerca de los enemigos, y reparo sobre este punto, y en cuanto á algunas observaciones para no caer en emboscada.—El emperador León aconseja que si marchas á campar á vista de los enemigos, lleve tu caballería forraje para veinticuatro horas, por la dificultad de irlo á buscar el día mismo que llegues, particularmente cuando los enemigos están superiores en caballería.

La misma dificultad, sobre enviar á forraje, creo se ofrecerá los demás días que te mantengas á vista de los enemigos; con que discurro que el emperador supone que el día siguiente hayas de combatir, en cuyo caso es muy buena su prevención, porque tus caballos tendrán de qué alimentarse hasta la hora de combate sin el peligro de ir á forraje, y si los enemigos envían un poco lejos á hacerle, podrás atacarlos cuando estén sin las

tropas del forraje.

Muchos escritores traen varios ejemplares de generales de la antigüedad que descubrieron emboscadas enemigas por el vuelo, que al pasar encima de ellas remontaban las aves en bosques ó países cubiertos, y que
otros las conocieron por el polvo que subía del paraje donde los enemigos
estaban ó marchaban; pero yo me atengo á las diligencias que para en tales
puestos quedan prevenidas en los primeros capítulos de este libro; pues si
perdieses de marchar por los referidos señales, estarías expuesto á mil engaños; porque las aves tanto remontan el vuelo por un solo cazador ó por
una zorra, como por un ejército, y el mismo polvo levanta una tropa de
bueyes que otra de hombres: bien sabido es el ridículo caso de la marcha
de la novia que suspendió la de un ejército en Flandes; con que lo que se
podrá ejecutar cuando se observe alguno de estos señales, es destacar hacia aquel paraje partidas que vuelvan luego á informarte de lo que descubrieren.

Cuando á vista del camino que los enemigos no ignoren eres dueño de tomar, se hallaren rebaños de ganado esparcidos por el campo, debes temer que hayan sido traídos á posta para que desordenándose tus soldados en pillarlos, caiga sobre tí una tropa enemiga: se entiende cuando se encuentra cerca paraje oportuno para emboscadas; en tal caso, no dejes apartarse algún soldado hasta que tus partidas hayan reconocido la campaña por frente y costados.

Es de recelar emboscada cuando los enemigos no siendo inferiores de número, ó no teniendo otra circunstancia que los precise, toman delante

de tus tropas la huída con señas de precipitación.

Asimismo te debe poner en recelo el no hallar persona alguna sobre tu marcha por camino que suelen frecuentar los paisanos, porque es señal de que los enemigos arrestan á todos los pasajeros para que no den el aviso.

XIV.—Para poner al ejército con brevedad en marcha, sin quitar de las horas precisas á su descanso; para llevarle por país amigo, y cuando no haya precisión de acelerar el viaje.—Si quieres mover prontamente las

tropas, después de haber dado las órdenes convenientes, y el tiempo que es indispensable para ejecutarlas, muéstrate á caballo delante del ejército; pues viéndote ya prevenido, ninguno querrá ser el último que se haga esperar.

Si alguna brigada ó regimiento se distingue en el atraso, reprende

al brigadier o coronel.

Ya se sabe que para quitar tiendas se da la orden que la generala comience á tal hora, por el regimiento del costado que ha de hacer la vanguardia: Que el recojer se principia en el mismo costado para cargar el bagaje, y lo propio el toque llamado tropa ó banderas, que sirve para formar, y que para moverse el ejército se bate la marcha; pero la dificultad es que los tambores que empiezan lo ejecuten en las horas prescritas, porque si por dormir lo retardan, la marcha se atrasa, y si se anticipan demasiado, no queda á las tropas el tiempo necesario para el descanso y para el sueño, y se rebientan los bagajes con la carga encima durante muchas horas.

En país amigo no permitas que las tropas marchen por tierras sembradas, pues al pobre súbdito le hace la guerra bastante daño preciso, sin añadirle otro voluntario.

En la penúltima pasada guerra tuvieron algunos por ridículo y otros por cruel á cierto general, que no aceptando la oferta que le hizo una ciudad de suministrar cuanta leña su ejército necesitase con tal que no permitiese cortar los árboles, dió lugar á la destrucción de casi todos los frutales de las huertas en que estaba campado: acción de que se irritaron aquellos habitantes más que de los anteriores padecimientos de muchos años de guerra.

Siempre que hayas de marchar en país amigo, anticipa con oficiales pequeñas partidas á todos los pueblos de vanguardia, costados y retaguardia vecinos á la marcha, para que los soldados que furtivamente se destaquen de esta no roben á aquellos. También destinarás otras partidas á batir la campaña, porque los merodistas no tomen los ganados que pastan en la misma.

En marchas por país donde no hay riesgo de enemigos se reparte el ejército en tres ó cuatro cuerpos, á fin de que yendo cada uno por distinto camino al señalado puesto, sea el tránsito más tolerable á los pueblos, y más cómodo á las tropas, que así divididas hallarán el forraje, víveres y bagajes necesarios.

LIBRO VII.

DE LOS ESPÍAS AMIGOS Y ENEMIGOS.

I.—Para que tus espías no sean descubiertos ni por consiguiente arrestados.—La primera máxima de mantener espías consiste en que tú solo y pocos más sepáis los que lo son, porque de otro modo lo averiguarían los enemigos, y presto serían ahorcados tus espías: por eso no conviene que en las publicidades trates con cariño á los que sirvan tal empleo, ni les hagas beneficio que sea de otras personas entendido, ni te pongas á hablar con ellos sinó en paraje oculto; y cuando lo último parezca embarazoso, puede un oficial de tu satisfacción ir á tomar de los espías, en paraje retirado, las noticias que traigan para participártelas después. Aun de tus criados recatarás á tus espías, pues tal vez lo serán contra tí los propios domésticos, introducidos á este fin ó sobornados por los enemigos; y en conclusión, el dueño que hace á los sirvientes partícipes de su secreto, se vuelve súbdito, pues tácitamente se obliga á contemplarlos á toda costa. porque no le descubran, ó á lo menos, excediendo en la confianza, ultraja el carácter con poner á los criados en el lugar que sólo toca á los íntimos amigos ó compañeros.

Todavía es mayor el inconveniente de que sepan unos de otros los espías, respecto de que cualquiera de ellos que te fuese doble haría perecer á todos los demás, ó bien poniéndose entre sí de acuerdo, te engañarían con la uniformidad de relaciones cuando por miedo, pereza ó malicia no les conviniese ejecutar la diligencia que les encargas, ó les importase darte á creer una noticia, razones que alegaba Pompisco para el cuidado que ponía en que cada espía de los suyos ignorase cuáles eran sus compañeros.

Otro motivo para la misma práctica es que si los contrarios castigan á un espía, los otros que no saben la profesión de aquel, ni acaso le conocieron, como le conocerían si se hubiesen descubierto compañeros, ignorando la causa de su muerte, no se intimidarán de proseguir la carrera.

No muestres hallarte con frecuente puntual informe de los designios y movimientos de los contrarios, porque estos no se apliquen á investigar de donde pueden venirte los avisos, y también para que los enemigos no se precaucionen contra la noticia que saben tienes.

Habiendo el rey Don Alfonso el Décimo de Castilla dicho al conde Carlos de Artois que las más ocultas negociaciones de la Francia le eran exactamente comunicadas, los franceses, noticiosos de esta proposición, duplicaron las diligencias para indagar de qué parte les venía el daño, y al fin descubrieron proceder de un tal Brochio, camarero del mismo rey de Francia Felipe III.

II.—Dicese qué sugetos pueden servirte de espías con menos peligro

suyo.—Los espías que pueden ir más seguros al país enemigo son los paisanos fronterizos que en dicho país, como en el de tu soberano, tienen parientes y hacienda; pues cuando sean cogidos mostrarán que ellos no se mezclan en cosas de la guerra; que han estado algún tiempo en lugares de tu obediencia por no perder sus bienes, y que entonces iban á ver á los deudos y efectos que también poseen en tierras del otro príncipe, etc.; fuera de que siendo tus hombres de la misma frontera, sabrán tales caminos ocultos, que puedan entrar y salir sin riesgo de que en el viaje los arresten, y después ya no corren peligro, porque sus parientes los ocultarán de manera que los enemigos no los hallen; pero aunque los encuentren, los mismos parientes buscarán tantos pretextos á su jornada, que ella parezca inocente.

En la última guerra contra Cataluña, donde no obstante de ser lo común del país enemigo del rey no había pequeña población que no tuviese algún fiel vasallo, iban estos á Barcelona y al ejército contrario siempre que los despacharon los comandantes de nuestra frontera; y aunque muchas veces eran arrestados, casi nunca recibían castigo, porque los parientes que tenían declarados por el partido contrario los sacaban á paz y á salvo.

Los neutrales pueden ser los menos aventurados espías; pues con motivo de viajar ó de su tráfico, van del uno al otro país enemigo. Si hacen por mar su viaje, se pone en la embarcación con sobrescrito de mercante, patrón ó marinero una persona de fidelidad y maña, participándole cuáles son algunos de los confidentes que tengas en los puertos donde aquel bastimento comercia, á fin de que adquiera más exactas las noticias, sin aventurarse á preguntarlas á otra persona, que tal vez sospecharía de la curiosidad.

En materias de cuyo secreto y ejecución penda considerable importancia, convendrá que el espía ó emisario sea de bastante inteligencia y satisfacción para fiarle de palabra el encargo, dándole sólo alguna contraseña que para con tu confidente sirva de carta credencial; pues de este modo, aunque por desgracia caiga el espía en manos de los enemigos, no se descubrirá tu negociación ó intento, á cuyo peligro con espía que lleve carta, se añade el de que acaso la pierda, ó de que viendo á alguna gente de los enemigos haya de romper ó arrojar la carta; y si ignora su contexto no podrá avisar á tu correspondiente lo que solicitas llegue á su noticia.

III.—Advertencias sobre espía que no lleva cartas, y sobre que ni él ni otro divulgue hallarse noticioso de cosas de los enemigos.—Supongo que no busques para espías hombres inconstantes ni simples; pues como repara Gerónimo Fracheta, los primeros se te volverían acaso dobles, y los segundos serían presto descubiertos. Es también preciso que tengan bastante desembarazo, y vayan bien prevenidos para responder prontamente á las preguntas que les hiciere la partida enemiga en cuyas manos por accidente caigan, porque su turbación no aumente la sospecha de su oficio.

Prohibirás á tus espías de comunicar á otro que á tí alguna de las noticias que adquieran por sí ó por tus confidentes; pues las infelices conviene tenerlas ocultas en ciertos lances donde pudiera peligrar con ellas la constancia ó la obediencia de las tropas ó pueblos, y áun las buenas deben tal

vez callarse; porque no manifestándose, queda más incomprensible el movimiento que en virtud de las mismas emprendas, y menos alertados los contrarios para mudar sus medidas, ó tomar sus precauciones.

IV.—Precauciones acerca de espía que lleva cartas.—Si el espía no fuere capaz de servir sin cartas para tu confidente, ó cuando no convenga que salga de este y de tí la noticia de lo que se trata, ó en caso que si el espía es cogido, no pueda negar su oficio; v. g. yendo á entrar en una plaza sitiada (en cuyo lance habría el peligro de que á fuerza de tormentos le obligasen á referir cuanto supiese), no digas al espía el contexto de las cartas, ni le fies la llave de la cifra; porque ya que escribes lo que se te ofrece, sería añadir inútilmente el riesgo de que se pierda el secreto en la falta de precaución, fidelidad ó constancia del portador.

Supongo que escribas á tu confidente con algún paisano que trafique víveres ó mercancías en el ejército de los enemigos: que no vaya en derechura á su campo desde el tuyo, sinó que rodee á cojer el camino que le lleve rectamente desde su lugar á la plaza ó armada contraria para no dar tanta sospecha á quien le encontrare en el viaje. Ahora falta que si no obstante dichas precauciones, le reconocen las guardias ó las partidas

avanzadas, no le encuentren la carta.

Para esto el paisano habrá tomado un palo y héchole por la parte de abajo un agujero, donde meterá el billete bien envuelto, y sobre el mismo agujero clavará un recatón de hierro, como de ordinario tienen los basto-

nes de los paisanos en las más de las provincias.

Pueden también llevar la carta dividida en muchas tirecillas de papel, que entrarán en las hormas de los botones de la casaca hechas á este fin huecas, y vueltas después á cubrir con la misma tela ó paño, nuevo ó viejo de que la casaca fuere; cada uno de los papelillos contendrá un renglón ó dos, y estarán todos marcados con su número, porque el que los recibe sepa cómo los ha de concertar para leerlos.

El conde Mayolino Bisaccioni refiere que estando la plaza de Neumarc sitiada por escoceses, envió Carlos I de Inglaterra al gobernador de dicha plaza un billete metido en una bala de mosquete, que se tragó después el portador, por si cayendo en manos de los enemigos, fuese registrado; y así introdujo el referido billete en la plaza, donde á su tiempo arrojó la

bala.

Supongo que esta, que Bisaccioni llama simplemente bala, sería alguna bolilla de plomo ú de otro metal hueca, para que dentro cupiese el billete y partida en dos mitades, que por medio de una rosca ó soldadura volviesen á ajustarse; pues si no hubiera en la bala más artificio que un agujero donde se metiese el papelillo, este se destruiría de tal suerte con la humedad del cuerpo, que no se podría después leer.

Los modos de llevar cartas ocultas son infinitos, y he puesto algunos sólo para muestra, creyendo bien que hallará otros mejores cualquiera que

se detenga á sutilizar.

V.—Sobre los modos ocultos de escribir.—Lo mismo que en los modos de llevar cartas ocultas, sucede en los de escribirlas; pero con la diferencia de que sobre estos últimos están dados muchísimos libros á la

Digitized by Google 1

estampa; y así diré sólo el uso de la cifra que se llama fenestrada ó regilla: porque aunque cualquiera sabe que la hay, difícilmente se encuentra quien la descifre; es en la siguiente forma: Tomarás dos hojas de papel que sean de igual tamaño, y doblándolas juntas, marcarás en ellas el margen y renglones como en papel dispuesto para escribir cartas; y después de haber hecho sobre las líneas que señalan el camino de los renglones algunas cortaduras á capricho y algo distantes unas de otras, con el ancho correspondiente á lo que las letras tienen de arriba abajo, y el largo de una dicción regular, enviarás el uno de dichos pliegos á tu correspondiente, y cuando le quieras escribir meterás el pliego que te queda sobre otro del mismo tamaño que haya de servir de carta, y escribirás en ella por los blancos del primer pliego lo que fuere del caso, llenando después los intervalos de estas dicciones con otras palabras que juntas á ellas hagan su sentido de tal suerte diferente, que todo el de la carta parezca ser acerca de interés de particulares; pues habrás convenido con tu correspondiente en ciento ó doscientos vocablos trocados, con que recíprocamente os nombraréis cada regimiento de las tropas; sus jefes, plazas, y las demás cosas principales, que siendo preciso tocar en vuestras cartas, no podáis llamar por su nombre propio, sin dar que sospechar á los enemigos que cogiesen las dichas

Cuando tu correspondiente reciba una carta, después de abrirla, tenderá sobre ella su hoja de papel cortado, y por las cortaduras de esta leerá las palabras que forman el real sentido de la carta, siendo todo el resto de los renglones sólo á fin de ocultar la cifra; para lo cual es preciso que sea sugeto de capacidad quien la escribe, porque no se conozca el supuesto discurso entre las palabras del verdadero sentido de la carta y las otras inútiles que la llenan; de cuyo modo tendrá para cifra la ventaja de que no se perciba serlo, que es la razón que antes de mí dió Don Diego de Alava para considerar esta cifra por la mejor; pero es embarazosa y larga; con que sólo se puede contar sobre ella para negocios de corta explicación, ó para los de mucha importancia y que no pidan gran brevedad.

Escribiendo con zumo de cebolla ó de limón, no se conoce que hay cosa escrita en el papel, si este no se pone á la lumbre: lo mismo sucede

si se escribe con orines.

Cuando se escribe con zumo de titímalo ó lechuga de cabra, no se lee si no se echa ceniza encima. También se lee lo escrito con titímalo metiendo después el papel en el agua.

Escribiendo con leche reciente, tampoco se lee sin echar sobre lo es-

crito polvo menudo de carbón.

VI.—Modo de instruír á los espías, y de hacerlos servir con cuidado.

Haz secretamente instruír á tus espías en el conocimiento de la fuerza que por arte ó naturaleza tiene cada puesto, plaza ó retrincheramiento; del terreno que cada tantos infantes ó caballos ocupan regularmente campando y marchando según los varios frentes con que se marcha, para que dichos espías, con un golpe de ojo, comprendan poco más ó menos la fortaleza del campo ó paraje en que los enemigos residen, y el número de infantería ó caballería que hay en su campo ó en su marcha, sin necesitar de ir contando las tiendas ó regimientos, ni pararse sobre un camino

estrecho mientras el ejército enemigo desfila; pues todas estas diligencias son peligrosas á los espías, que se hallan fácilmente observados y descubiertos en ellas.

Sobre el sueldo regular de tus espías, los regalarás siempre que traigan algún aviso importante, pues con eso movidos de aquel interés extraordinario, se esforzarán otra vez á rendirte semejantes servicios, en lugar de que sabiendo tales hombres, que siempre son ruínes, no sacar más útil de la buena que de la mala diligencia, no se aventurarán ni se cansarán por adquirir noticias. Pero si tus espías no son de un genio desbaratador que los tenga en frecuente miseria, procura no enriquecerlos tanto que se vuelvan negligentes en su oficio, por haber llegado á contentar su ambición.

Carlos IX de Francia decía de cierta gente que era menester tratarla como á los caballos, dándoles de comer, sin por eso engordarlos demasiado, y esta regla siguió con Ronsardo Aurato, y con Baici, poetas á quienes mantuvo siempre menesterosos para que se viesen precisados á trabajar.

VII.—Sobre la correspondencia con el confidente que tengas en el ejército ó país enemigo.—Suponiendo que tengas en el ejército ó país enemigo un oficial ó hábil paisano que haya convenido contigo de avisarte puntualmente lo que deseares saber de aquel país ó ejército, digo que siempre que el tiempo no falte y le escribas, sea en la cifra que expresa el capítulo V, ó en otra que no se conozca serlo. La carta vaya firmada de algún pariente, paisano, ó amigo de tu corresponsal. Del propio modo te escribirá el confidente, poniendo el sobrescrito á un pariente ó amigo suyo de los que residen en tu país, y se advertirá al portador ó correo, que si reconociéndole los enemigos le hallan la carta, diga sin titubear de quién y para quién es, según su firma y sobrescrito; pero que como el comercio de los dos países aun fuera de materias de Estado no es permitido, había ocultado la carta no creyendo por eso hacer un gran delito, respecto de que no trataba más que de negocios caseros, como él mismo se lo había hecho leer antes de entregarse de dicha carta, y por si los enemigos intentan sorprenderle con preguntar lo que la carta dice, el correo llevará sabido su exterior contesto, si en ello no consideras eminente

Prevendrás al confidente que si los enemigos hacen un pequeño destacamento ó se mueven á otra operación de cortas consecuencias, no te lo avise; pues si por cada bagatela te despachase un correo, entre tantos alguno sería cogido, y descubierta la correspondencia se te acababa el arbi-

trio de lograr más importantes avisos.

Pero si los enemigos enviaren lejos de su campo á un general forraje, á sorprender un puesto importante, á tender una gruesa emboscada; si esperaren para día señalado un convoy, que haya de venir por camino en que te sea posible cortarle, ó si ejecutaren algún otro movimiento, de que te pueda venir mucho bien, ó mucho mal por saberle ó dejarle de saber en tienipo, entonces sí que es menester que tu confidente, á toda costa y con prontitud te avise para que tomes oportunamente las medidas sobre dicha noticia, que si es dable enviará el confidente con la distinción de cuantas tropas marchan, á dónde, por qué camino y con qué intento.

Con cada confidente será diversa tu cifra, porque si uno es infiel ó atemorizado, su llave no sirva á entender las otras correspondencias tuyas.

VIII.—Cuando tu confidente no hallare paisanos para enviarte los avisos.—Cuando por estar los paisanos atemorizados por ser desafectos á tu príncipe, y no querer emplearse en su servicio, ó por no tener tu confidente autoridad ó conocimiento bastante con ellos, no hallare pronto los correos que necesita enviarte con avisos, haz desertar á los enemigos diez ó doce soldados de tu satisfacción.

Convendría que ellos supiesen la lengua del país á que van, como todo espía debe saberla, y que el confidente se hallase con algunos vestidos de paisanos á la moda del mismo país para que al volverse estos soldados á tu ejército, no sean arrestados por desertores ó conocidos por forasteros. Si el aviso que te envía el confidente con uno de dichos soldados, fuere en carta, no es menester que el confidente se descubra al dársela, sinó que teniendo bien observadas las señas del soldado, le envíe la carta y el santo por un hombre que el soldado no conozca y que sea de satisfacción, ó bien si no se ofrece inconveniente en la tardanza, esperará tu confidente hasta la noche, al favor de la cual puede él mismo con vestido mudado, entregar la carta ó aviso y santo al soldado, pasando con disimulo cerca de él.

Si tu confidente estuviere de pié fijo en un paraje convendrás con él, que en tal puesto desviado del camino, debajo de tal peña y en la derechura de tal árbol, etc. ponga los papeles que quiere recibas con los avisos necesarios, lo que le será fácil, saliéndose solo como que va á caza ó á pasearse hasta dicho puesto. Los papeles no sean firmados, ni escritos de carácter conocido; pero tendrán un señal que te asegure ser de tu confidente. Sabiendo pues el lugar donde este los deja (que será sin duda fuera de todas las guardias enemigas, hacia donde menos vayan sus partidas y en el paraje más desierto), enviarás de tiempo en tiempo un hombre de confianza que reconozca dicho puesto, te traiga el papel que hallare, y deje en su lugar el que tú le dieres para el confidente, quien cuando venga á poner allí otro papel, encontrará el tuyo, y responderá conforme á su contenido. El hombre que fuere á sacar estos papeles, antes de acercarse al paraje en que están, mire si alguno le descubre, y en tal caso no se acerque hasta que sea de noche.

Del mismo modo fueron siempre nuestras guarniciones y cuarteles, en la última guerra de Cataluña, Aragón y Valencia espiados de los contrarios, cuyos afectos paisanos, con pretexto de rá trabajar, dejaban en puestos sabidos de los enemigos, billetes con el aviso de todo lo que pasaba entre nuestras tropas, y se han cogido algunos de dichos papeles; pero como no tenían firma, ni sobrescrito, ne se averiguaba quién era el espía.

IX.—Los más útiles confidentes son los de las secretarías enemigas: dícese el modo de tenerlos y de precaver el mismo daño. También puede ser muy ventajoso enviar hombres que tomen partido en la compañía de guías de los contrarios.—Convendría mucho introducir en la secretaría del príncipe enemigo, en las desus ministros de guerra y Estado, y en la del general de ejército, algunos sugetos que te diesen aviso de las resoluciones que se tomasen; para lograrlo, enviarás al país enemigo diferentes hombres de buena labia, traza y pluma, que ingeniándose á obtener la secretaría de algunos caballeros y después la de ministros inferiores, vayan poco á poco ganando terreno, hasta llegar á las cuatro secretarías expresadas, aunque

sea por últimos oficiales ó por escribientes de ellas, y porque no hay puerta que con llave de oro no se abra, llevarán dinero con que granjear conocimientos y amigos que les faciliten el intento.

En la Historia del Mundo, verás cuánto el príncipe de Orange se aprovechó de la correspondencia de un tal Juan Castellano, que escribiendo con el secretario Saya, avisó durante nueve años al de Orange todos los secretos, y le envió las cifras y contracifras del rey Felipe II de España.

Para que los enemigos no desconssen de los referidos sugetos, sería bueno que ellos se hubiesen establecido en el país contrario desde antes de la guerra; pero si te faltare este tiempo, les harás un exterior maltratamiento que honeste su deserción.

De la práctica del mundo, se infiere que puedes á fuerza de dinero, probar de adquirir la correspondencia de algún oficial de las secretarías

enemigas, aunque no haya sido enviado por tí.

La fábula de haber Jove, en lluvia de oro, introducídose en la cerrada torre de Danae, hija de Acrisio, sirve para mostrar que no hay puerta á prueba de llave rica.

Todo lo hasta aquí dicho en el presente capítulo, muestra bien claro que no debes admitir en tu secretaría oficial alguno, que no tenga dadas bastantes pruebas de su fidelidad; pero materias muy importantes no las fíes á otra pluma que á la tuya, ni los papeles de aviso que sobre ellas recibieres, entren en ajena mano, pues por muy de satisfacción que sea el secretario, siempre estarás con menos sobresalto de que tu negociación se descubra cuando no lo sabe otro que tú.

El mariscal de Monluc refiere que aquel famoso duque de Guisa de su tiempo no fiándose (con cosas importantes) á algún secretario, escribía siempre de propia mano, y Tácito dice que cierto libro en que Augusto tenía anotadas las mayores importancias de su gobierno, le halló Tiberio escrito de mano del mismo Augusto.

También echarás paisanos de tu oculta satisfacción que busquen forma de alistarse entre los guías enemigos, para que en terreno que estos no conozcan, puedan los expresados guías llevarlos á algún paso desventajoso, habiéndote avisado antes á fin de que tomes las medidas necesarias.

Los partos echaron un hombre que ofreció à Craso guiar el ejército romano por país seguro; pero abandonando á dicho ejército en los desiertos por donde le condujo, resultó la derrota que los partos dieron á las tropas de Roma con muerte del mismo Craso.

X.—A falta de confidentes son precisos los espías dobles. Dícese el modo de establecerlos y las precauciones de tratarlos.—Si los espías que dirijes al ejército enemigo con disfraz de vivanderos ó con otro no hallan en dicho ejército, ó en el país de su vecindad á uno de tus confidentes que siendo persona de introducción y maña, les diga las más importantes particularidades, tus espías volverán con la sola noticia del terreno en que los enemigos campan; respecto de que estando siempre con el sobresalto de que los conozcan por lo que son, no se atreverán á preguntar la menor cosa, y áun cuando se resuelvan á hablar con algunos soldados de su conocimiento, y á regalarlos ó convidarlos, para que captado el afecto, sea menor el recato, cada uno de ellos informará con variedad y ninguno con

LIBRO VII.

fundamento, porque los mismos soldados no sabrán cosa sustancial; con que á falta de confidentes en el ejército contrario necesitas de espías dobles, que ofreciéndose (como casualmente) entre los enemigos, á llevarles noticias de tus tropas, se introduzcan con ellos poco á poco y faciliten así el no ser castigados, aunque los enemigos averigüen que estuvieron en tu país, y el introducirse en las casas del jefe y de otros generales contrarios, para observar lo que se discurre ó ejecuta y avisártelo en tiempo.

Permitirás á tales espías dar á los contrarios todas las noticias de que no pueda resultarte daño, y áun alguna que les facilite una pequeña ventaja defensiva, como sería prevenir que una corta partida, convoy ó forraje no marche por cierto camino, donde aquel día se encuentren superiores

tropas tuyas, etc.

Cuando el espía doble entre en casa del general enemigo, sea á escondidas finjiendo temor de que le vean; tú le pondrás alguna vez preso, mostrando recelo de que ha estado en el ejército contrario, y después con semblante de no lo haber justificado, le concederás su libertad. Entonces él, volviendo á los enemigos, aumentará el exterior miedo de que áun la familia del jefe contrario le descubra.

Los enemigos desconfiarán menos de tu espía doble, si ha nacido súbdito de ellos, pues creerán que el amor á la patria será una fianza de su

lealtad.

El soldado que Titurius Sabinus, teniente general de César, envió con sobrescrito de fugitivo al campo de los galos, para que persuadiéndolos á que los romanos estaban atemorizados, se tentasen de venir á una batalla, como lo ejecutaron con infeliz suceso, era galo de nación, con lo cual sus compatriotas le creyeron más fácilmente.

El gran riesgo que hay en este género de espías, es que discurriéndolos dobles á tu favor, lo sean contra tí. Para evitarlo, págalos más que los enemigos, y escójelos de gente que tenga toda su hacienda y familia en país tuyo, porque el recelo de perderla no les dé lugar á jugarte el falso. Convendría buscar pretexto para que tal familia habitase en una plaza de guerra, ó tierra adentro, que el gobernador invigile sobre su conducta, y avise luego si desaparece.

En el capítulo VI dije que no enriquecieses á tus espías, y en el presente capítulo aconsejo que los pagues más que los enemigos; porque más vale que tu espía sea poltrón ó negligente, que dejarle á riesgo de volverse infiel; y habiendo en el mencionado capítulo VI puesto por excepción de aquella regla los espías de un genio desbaratador, añado ahora, que si para mantenerles contentos y leales, fuere preciso darles mucho dinero, se les

den también compañeros que les ayuden á gastarlo.

Si comienzas à recelar de la fidelidad en tu espía, observa si te da avisos de que saques efectivamente considerable fruto contra los enemigos, en cuyo caso el espía no la juega doble á favor de ellos; pero cuando no te da con tiempo noticias que es natural sepa, según las ocasiones en que estuvo en el ejército ó país contrario, sospéchale falso y espíale por otros espías.

Con espía de cuya lealtad receles, trata lo contrario de lo que meditas ejecutar, para que si te es doble, engañe al general contrario en el aviso

con que piense hacerle servicio.

Si el espía de quien desconfías te propone ó facilita una empresa que parezca ventajosa, no te dejes persuadir á ella menos que, examinandola bien, halles que no puede haber peligro en la misma.

XI.—Manera de averiguar parte de lo que pasa en el país ó ejército enemigo, aunque no tengas confidentes ni espías dobles.—Habiéndose tratado de espías en general, de los dobles y de los dirijidos á tu confidente, falta discurrir de los modos más eficaces para saber parte de lo que pasa entre los enemigos, cuando ni confidente ni espía doble puedas introducir en su ejército ó país, y no te parezcan bastantes los avisos de los regulares sencillos espías, de los cuales queda hablado y de el modo de instruírlos.

Haz desertar un soldado que sea hombre de satisfacción y de maña, el cual entrará en el país enemigo por un cabo de la frontera (á fin de observar lo que hay en toda ella, durante la marcha) y cuando haya llegado al otro ejército, después de ojearle también á su gusto, volverá á pasar á país tuyo: para que dicho soldado no se haga sospechoso, elíjase de aquellos que tienen algunos parientes ó conocidos en el ejército enemigo.

S. A. R. de Orleans, año 1708, hizo desertar por Tortosa algunos soldados, que pidiendo á los enemigos pasaportes para ir á sentar plaza en los regimientos que los mismos enemigos tenían hacia Lérida, volvieron por aquel paraje á nuestro país con noticia de casi toda la frontera de Cataluña.

Puedes también saber la forma en que los enemigos campan, y otras particularidades que te convengan, si con algún pretexto envías á tratar con el general enemigo un oficial, que en traje de criados, lleve hombres inteligentes, que vayan con disimulo reparando lo que apeteces averiguar, mientras su finjido amo discurre con el general sobre las dependencias á

que muestras haberle despachado.

En el mismo conocimiento que en el capítulo VI dejo aconsejado se enseñen los espías, quiere don Sancho de Londoño se impongan los tambores y trompetas que acostumbras enviar con pliegos ó recados al ejército ú plazas de los enemigos, para que de vuelta puedan informar lo que hubieren visto en la marcha, y en dicha plaza ó campo si los enemigos no tuvieren el regular cuidado de hacerles vendar los ojos y de tomar con ellos las otras acostumbradas precauciones; y para que no las practiquen tan exactamente, convendrá que los expresados tambores y trompetas demostrasen poco saber, y alguna sinceridad, porque la excesiva se conocería afectada, no siendo creíble que para encargo semejante se elija un hombre tonto.

XII.—Sobre avisos de desertores y prisioneros enemigos.—Cuando quieres adquirir por un prisionero noticias de su ejército ó país, ten de antemano en la misma prisión á donde él ha de ir un hombre de tu confianza que hable bien la lengua de los enemigos, vista su traje y se halle con todas las señas de prisionero. Si estos fueren muchos, se repartirán en distintas prisiones, en cada una de las cuales habrá un sugeto, como el que dejo dicho, para que lo que no pueda el uno sacar de los prisioneros, lo saque el otro, y para ver si confrontan las noticias de todos; pero porque sería fácil que se conociese la ficción de tus hombres si se nombrasen de

los mismos regimientos de que son los prisioneros, antes que estos lleguen al lugar, harás adelantar un oficial á formar la lista de los regimientos en que servía cada uno, á fin de que los prisioneros finjidos no se digan de los mismos cuerpos; pues si los efectivos prisioneros llegan á creer que los otros lo son también, á pocas horas de conversación dirán todo lo que saben del paraje en que servían.

Con el mismo arbitrio he visto en Graus de Ribagorza, año de 1708, saber de los prisioneros enemigos todo lo que se deseaba.

Cuando te vinieren desertores de los enemigos con noticias que puedan incitarte á alguna empresa, antes de empeñarte en ella, y después de haber examinado á tus solas dichos desertores, los harás poner en arresto y decirles que si salen inciertas las noticias que han traido, morirán ahorcados; pero que si te han dicho mentira y te quieren confesar la verdad, serán debajo de tu palabra perdonados, y que se les regalará; mas si no bastando esto para que ellos digan la verdad, se hallan falsas sus noticias, y no alegaren disculpa que te satisfaga, deben sin remisión ser castigados; pues en tal caso ya no son desertores sinó espías dobles.

Mandando el general Montecuculi las armas del emperador Leopoldo contra las de Francia, cuyo ejército, á la orden del vizconde de Turena, estaba frente al de Montecuculi, llegó un desertor francés á decirle que el vizconde acababa de morir de un cañonazo, y siendo esta noticia capaz de hacer emprender á Montecuculi lo que sin ella no emprendería (porque la conducta y la fortuna del vizconde hacían la principal fuerza del ejército francés), respondió Montecuculi al desertor: que si su relación salía cierta sería premiado, pero que si se hallase falsa, le haría ahorcar; y habiéndose el desertor afirmado en su dicho, que era verdadero, pensó desde luego Montecuculi en atacar á los franceses.

Enviarás partidas á tomar algunos prisioneros, á los cuales no dejarán los oficiales de las partidas hablarse en la marcha; y en llegando á tu campo los examinarás uno á uno, por ver si entre sí confrontan en las noticias y si estas convienen con las que dieron los desertores, que también se pueden cotejar con las que traigan tus espías.

Los enemigos muchas veces finjen desertores á sus más fieles soldados para que divulguen las noticias que les importe creas; pero áun cuando verdaderamente deserten los soldados contrarios debes imaginar que los enemigos no se hallan en tan mal estado como digan los desertores, porque estos pretendiendo agradar al nuevo jefe, comienzan por lisonjearle con las noticias que le suministran.

Estando las tropas del rey al último bloqueo de Barcelona, todos los desertores de la plaza aseguraban no haber en ella víveres para un mes, lo cual salió falso por más de un año.

XIII.—Espías que dejarás en país que abandones, afecto á tu príncipe.—Cuando te vieres precisado á abandonar una plaza ó país de tu príncipe, es cierto que las tropas enemigas que vengan á ocuparle pedirán casas en que alojarse, y los oficiales mayores exigirán paisanos que barran, traigan agua y leña, ayuden á la cocina, etc. Sobre esta suposición, deja secretamente prevenido á los que corran con el gobierno político de dichos lugares, que sin repugnancia alguna franqueen á los oficiales enemigos (y en particular al comandante y sargento mayor) los sirvientes que pidan; pero que sean de los más perspicaces, disimulados y afectos á tu

soberano; y se les advertirá que siempre que puedan ejecutarlo con recato apliquen el oído á las conversaciones, particularmente de sobremesa, que es cuando con más voces y menos cautela se trata cualquiera dependencia. Dichos sirvientes convendría elegirlos de los que entendiesen la lengua de los oficiales á quien asistan. También observarán si en casa de sus amos se hace alguna prevención de marcha (lo que es imposible ocultar á los domésticos) y avisarán puntualmente de todo á las personas de los referidos lugares que han quedado encargadas de participarte las noticias: lo mismo que los criados con sus dueños harán los patrones con sus alojados, advirtiendo dichos patrones de no tomar criado mal afecto á tu soberano, porque no acuse á los otros movido de su pasión al príncipe contrario.

Oí decir por cosa cierta que al abandonar à Madrid nuestras tropas y tribunales, por la entrada del marqués de las Minas, el presidente de Castilla Don Francisco Ronquillo, mandó à algunos fieles ministros que se quedasen en aquella corte à servir al entonces señor archiduque, para tener ocasión de avisar al rey nuestro señor los pasos que los enemigos fuesen dando.

Los paisanos que sirven en la casa del comandante enemigo, repararán también si este se cierra á veces á hablar con alguno de los que sin que se penetre á donde, van frecuentemente fuera del lugar; porque entonces si el tal paisano viniere muchas veces á tu campo ó plazas, le debes sospechar espía y mandarle arrestar. La misma observación hará cualquiera otro de tus confidentes para que con el aviso y señas que te enviaren pueda ser cogido el espía enemigo.

Del antecedente párrafo se colije que si hubieres de quedarte algunos días en lugar donde tengas negocios secretos que hacer, no alojes en casa con patrones, ni admitas más familia que la antigua tuya (la cual en todos tiempos deberá ser de probada confianza), y que pongas al gobierno de los

pueblos los paisanos más afectos á tu partido.

Hallándome en Mora de Ebro, reparé que mi patrón siempre que los ayudantes venían á tomar la orden y que se trataba de negocio de guerra, se iba disimuladamente llegando á las puertas de mi cuarto, y habiéndole avisado que no lo hiciese más, fué cogido la noche siguiente detrás de la puerta de la calle escuchando la orden que en la plazuela inmediata á dicha puerta daban los ayudantes á los sargentos; con que me fué preciso echarle de casa, y después supe que era uno de los más acérrimos enemigos del rey.

El mariscal de Monluc dice que Mr. de Burie, comandante de la Guiena, tuvo su crédito en grandes contingencias, porque siendo hugonotes los más de sus criados, se discurría diesen á los sédiciosos de aquella secta los avisos que les convenían, pues en los movimientos de dichos sublevados se conoció tener ellos sobrado intrínsecas noticias.

XIV.—Dicese lo que conviene al general ejecutar cuando de su ejército deserta á los enemigos un oficial de inteligencia y autoridad.—Si pasare á los enemigos un oficial tuyo bastante hábil para haber observado el fuerte y el flaco de tu campo, de tus guardias, la distancia de una á otra, el camino de tus patrullas y partidas, el puesto que en caso de arma, debe cubrir cada regimiento, y si dicho oficial fuere también suficientemente autorizado para en fe de estas noticias, persuadir alguna operación al general enemigo, te conviene luego que sepas su deserción, alterar todo el orden arriba expresado, porque si los enemigos fiados en el buen guía, vie-

nen á un golpe de sorpresa, hallando mudadas tus disposiciones, experimenten falsas sus medidas.

Desertaron de junto á Diraquio al ejército de Pompeyo, dos gentiles hombres del Delfinado, que mandaban la caballeria de su país en las tropas de César, y habiendo ellos dicho á Pompeyo que aunque las líneas de César estaban perfeccionadas en el frente, se hallaban abiertas en el costado que miraba al mar, Pompeyo, que tenía cantidad de naves, desembarcó entre las líneas, por el paraje referido, buen número de tropas, que pusieron en derrota á las de César, sorprendidas entonces de sus mismos desertores, por no haberse César precaucionado contra aquellos que llevaban tan individuales noticias de su ejército.

XV.—Propónese lo que parece útil practicar si cogieres algunas cartas de los enemigos, para tener también su respuesta, y se hacen algunas otras advertencias tocantes á este asunto.—Si cogieres algún espía ó soldado de los enemigos con cartas del general contrario, ó dirigidas al mismo, procura ocultar la presa y abrir las cartas de forma que no se rompa el sello, ó sobrescrito, ni se rasguen las letras; y si pidieren respuesta, vuélvuelas á cerrar, y envíalas á quien van, pero con otro hombre que los enemigos no puedan conocer, para que trayéndote él la respuesta, veas más distantemente la dependencia de que se trata.

Si el sugeto que tomaste con las cartas, iba de retorno y puede resultar algún daño de que se les atrase la noticia de la presa de dichas cartas,

tenla también oculta.

Del párrafo de arriba se infiere que avisos importantes deb enenviarse por duplicadas vías, y que los portadores de los pliegos lleven de memoria una contraseña, para que faltando esta al que finjiere habérsele encargado aquellos, sea descubierto su engaño.

Si es un espía de los enemigos doble á tu favor el que te entrega las cartas, recíbele ocultamente, y llevándolas después él mismo traerá con menos

dificultad la respuesta.

XVI.—Sobre los confidentes que descubras de los enemigos. Hácese una observación tocante á los tuyos, y se dice lo practicado por algunos generales con espías que tomaron reconociendo el ejército que se hallaba en buen estado.—Si llegas á saber qué confidente sirve á los enemigos en tu país ó ejército, hazle secretamente arrestar, y oblígale á escribir al general enemigo aquello que te parezca puede con más eficacia incitarle á un movimiento, del cual, según tu oculta idea, te resulte fácil alguna ventaja; y en el ínterin del suceso, no sólo conservarás á dicho confidente en paraje de que le sea imposible participar su prisión á los enemigos, sinó también en donde nadie sepa que él está preso; y si comenzare á extrañarse su falta, déjese entender que fué á ciertas diligencias á tal ó tal parte.

El secretario del señor duque de Baviera viviente, avisaba al mariscal de Luxembourg cuanto se discurría en nuestro ejército; y habiendolo averiguado S. A. E. de Baviera, hizo que dicho secretario escribiese al de Luxembourg que para el día siguiente estaba resuelto un forraje de nuestro ejército á vista del suyo, y que le daba la noticia para que no alarmase sus tropas creyendo acaso que las nuestras iban á atacarlas. Al otro día marchó todo el ejército la vuelta del de los franceses; y dando parte á Mr. de Luxembourg que el ejército se veía, respondió que sólo era la escolta de los forrajeadores, que los dejasen esparcerse al forraje para tenerlos á menos costa, y que por entonces bastaba que estu-



viesen prontos los piquetes. Avisáronle poco después que uno de sus flancos era ya atacado: respondió que sería alguna partida que vendría à divertir sus tropas para que no saliesen cargando à los forrajeadores (tanto se fiaba en la carta del secretario); pero viendo al fin que ambos costados estaban envestidos y en desorden, exclamó que le habían engañado, y sólo pudo librarse de ser batido por la heróica resolución que hizo de morir ó vencer, y por un refuerzo considerable de tropas que afortunadamente le llegaron sobre la misma función y restablecieron el ya casi perdido combate.

Por si el confidente de los enemigos tiene concertado con estos que nocrean sus cartas cuando no hay en ellas tantos punticos ó algún otro señal, le harás entender que si por su carta logras sobre los enemigos el golpe que intentas, le perdonarás; pero que si la carta no hiciese efecto, le mandarás ahorcar, porque será prueba de que la escribió con arte de mostrar á los enemigos que no estaba en su libertad, con cuya amenaza es natural que por salvar la vida escriba en la mejor forma que pueda para mover á los enemigos.

Porque no siempre los enemigos tendrán la precaución arriba dicha de obligar á tu confidente con el miedo del castigo á marcar en la carta los puntos ó señales que te pone en otras para mostrarte que las escribe en libertad, habrás convenido sobre los expresados señales con el confidente, y los mudarás de tiempo en tiempo por si algún accidente ha descubierto á los enemigos los primeros. De este modo aunque te escriba forzado el confidente, no te empeñará la carta en un mal paso, porque de la falta de los señales colegirás que al escribirla no estaba libre dicho confidente, á quien puede resultar bien respecto de que, observando los enemigos que en virtud de la carta no haces el movimiento á que ella te da ocasión, perderán acaso la sospecha que habían cobrado de tu confidente, si por otra parte su trato no les es notorio.

Si cogieres algún espía cuando la noticia del buen estado en que se halle tu ejército sea capaz de atemorizar á los enemigos, envíales vivo el espía después de haberle dejado reconocer todas las tropas, para que esta confianza tuya y la relación que hiciere dicho espía de la ventajosa calidad de tus regimientos ponga á los enemigos en recelo.

Lo mismo hizo con fruto Scipión Africano con los espías de Aníbal; y Tito Sempronio Graco, vicepretor romano en España, enseñando á los embajadores de Cartina (ciudad de Celtiberia enemiga de los romanos) todo el ejército de estos, logró que los mismos embajadores, con avisar á los celtíberos el buen estado del ejército de Roma, los disuadiesen de tentar el socorro de la plaza, la cual con esto se rindió luego.

Habiendo el rey Federico de Dinamarca enviado á Gustavo I de Suecia embajadores que le amenazasen con la guerra si no cedía la corena sobre que Federico tenía varias pretensiones, Gustave, que entonces se hallaba con sus tropas en bonísimo estado, las hizo ver todas á los embajadores daneses; y vueltos éstos á su país, no sólo suspendió Federico el meditado rompimiento, sinó que estrechó-amistad con Gustavo.

XVII.—Sobre el modo de apreciar los avisos de tus espías.—Cuando te dieren algún aviso importante, por bajo que sea el sugeto que te le suministra, debes no despreciarle hasta examinar qué verdad tenga, viviendo en el ínterin con las necesarias precauciones.

Ignoraba César la pretensión de Dumnorix al sublevamiento y posesión de Autun, hasta que por

sólo el aviso de uno de sus huéspedes ó patrones se tuvo sobre sus guardias, mientras con la muerte de Dumnorix evitó el daño de otra guerra civil que seguramente le amenazaba.

No por eso quiero que te alarmes exteriormente por cada novedad que se te participe, pues entre ellas habrá muchas falsas y acaso inventadas por los enemigos á fin de que tengas en continuo desasosiego las tropas.

Una de las máximas de nuestros enemigos en la última pasada guerra de Cataluña, era no dejarnos un día en reposo, alarmándonos continuamente por medio de sus miqueletes; y en poder de un cabo de estos llamado.....Ferrer, que fué hecho prisionero, he visto más de cuarenta órdenes de varios generales enemigos, particularmente del conde de la Puebla, y todas se reducían á que los miqueletes procurasen inquietarnos frecuentemente con amenazar tan presto á este paraje, tan presto al otro; y en la misma guerra se experimentó que el comandante de tropas que no era práctico de aquella forma de guerrear, á pocos días reventaba inútilmente su destacamento.

Por fieles y hábiles que sean tus espías, no fies tanto de sus avisos como de tus guardias, y de conjeturar lo que pueden hacer los enemigos; pues á más de ser dable que los espías se engañen ó no comprendan el intento de los contrarios, sucederá que algún accidente les impida el venir con tiempo á darte la noticia, sobre cuya esperanza no tendrías razón de vivir descuidado.

Este dictámen que me enseña Jenofonte, se vió apoyado con el ejemplar de la primera sorpresa que en la última guerra contra las dos Coronas, intentó el conde Guido de Staremberg sobre Tortosa; pues el gobernador de aquella plaza había poco antes quitado los piquetes que de noche reforzaban las guardias, por aviso que su espía le acababa de traer de que las tropas enemigas que se habían juntado en el campo de Tarragona estaban ya separadas; y aunque no mintió en el hecho, se engañó en la comprensión; porque aquel fué estratagema del conde de Staremberg, igual al que felizmente practicó el marqués de Bay antes de la sorpresa de Alcántara, para mayormente descuidar á la guarnición, cuyas partidas avanzadas ó patrullas de caballería, se fiaron tanto en dicho aviso, que durmiendo á sueño suelto en sus puestos de la campaña, las más de ellas fueron tomadas sin poder siquiera disparar; y así no hubo quien tocase el arma, hasta que las centinelas de la plaza vieron arrimadas á la muralla las escalas.

LIBRO VIII.

CONTRA LAS REBELIONES DE LOS PUEBLOS, DE LAS TROPAS Y DE LOS JEFES, Y CONTRA LAS QUE SON FOMENTADAS POR ALGÚN PRÍNCIPE QUE PUEDA ALEGAR APARENTE Ó DISPUTABLE DERECHO Á LAS TIERRAS DE TU SOBERANO.

DISCURSO PRIMERO.

Para que no llegue á los pueblos el intento ni la ocasión de tumultuar.

I.—No suceden ó son menos peligrosas las rebeliones á que no dan motivo los gobernantes.—Livio dice que pueblos gobernados con dulzura y justicia pocas veces tumultúan.

Así, primero que de extinguir la rebelión, discurriré la manera de evitarla, por no dejar al cuerpo monárquico débil con las sangrías de la cura,

ó disforme con la cicatriz de la herida.

Contra el dictamen de Livio me alegarás ejemplares de tumultos de provincias á que no dió motivo el rigor ni la injusticia de los comandantes; pero si los examinamos bien, serán pocos; fuera de que hay grandísima diferencia entre los que fragua únicamente la malignidad de los vasallos y los que ocasiona la sinrazón de los ministros; pues como reparan Polibio y Fracheta, á las sediciones del primer género sólo corren sugetos viles de nacimiento ó de genio, y á las segundas suelen torcerse los más altos ánimos, en quienes hace mayor irritación la dureza del maltrato.

II.—Precaución con dictámenes que á primera vista parecen ventajosos al príncipe y son de conocida repugnancia al vasallo. Exprésanse
los principales malos tratamientos que deben excusarse á un pais para
que no piense en tumultuar.—Puede haber ministros que por indiscreto ó
fingido celo, por ignorancia ó por malicia, propongan arbitrios que á primera vista parezcan útiles al interés ó á la jurisdicción del príncipe, y se
hallan tan gravosos al vasallo, que le malquistan con su dueño, no teniendo
todos la prudencia de considerar que á prueba de la sinrazón se mantiene
obligada la fidelidad.

El infame conde Don Julián, para poner la España en manos de los moros, facilitó con el rey Don Rodrigo, de quien era ministro, que desarmase los pueblos, pretextando que así Rodrigo estaría más libre de una rebelión, y que enviase las tropas veteranas á la frontera de Francia con motivo de guarnecer aquellos confines contra los franceses; con que hallando después los moros sin guarnición las plazas, sin armas los pueblos y sin afecto al mal aconsejado príncipe los vasallos, quedaron á pequeña costa dueños de la España.

Digitized by Google

Para que un país no se disguste del gobierno, es preciso no maltratar sin razón á sus individuos, mantenerlos en sus antiguas haciendas, leyes, religión y privilegios, y no cargarle de excesivas contribuciones.

La rebelión de Inglaterra contra Carlos I tuvo su nacimiento en el disgusto que á los ingleses causó el haber querido el rey apropiarse ciertos bosques ó haciendas de los que no presentaban instrumento por donde constase que las poseían legítimamente, aunque las gozaban de largo tiempo á aquella parte.

Una de las causas del tumulto de Napoles, año de 1646, fué que el virey quitó à los napolitanos algunos privilegios que les había dejado el emperador Carlos V; y la sublevación que los cosacos suscitaron casi al mismo tiempo contra el rey Uladislao de Polonia, se originó de haber el komiespolski, afferez de la corona, alojado oficiales de sus tropas en casa de Bogdano Kmelnieski, que pretendía tener privilegio para no dar alojamiento.

Atribuye Bisaccioni parte de los citados tumultos de Nápoles contra Felipe IV, y de Inglaterra contra Carlos I, á las excesivas contribuciones que este príncipe y el virey de aquel país echaron á uno y otro pueblo.

En las reglas del anterior párrafo hay, como en todas las del mundo, sus excepciones; pues á veces conviene empobrecer con arte al vasallo que enriqueció con exceso, y que por el camino de la ambición ó de la soberbia se dirije á la infidelidad.

Otras veces obligan las circunstancias del tiempo á formar nuevas leyes para conservar la proporción entre ellas y las costumbres, que con el curso de los años varían, ó explicar nuevamente las ya establecidas, y asegurarlas con más penas contra los infractores, para desterrar los abusos introducidos en su inteligencia ó práctica.

III.—Sobre las acusaciones en materia del Estado.—Del número de los falsos acusadores crece el de los nuevos infidentes, y de la injusta sospecha que muestra un jefe, se vuelven desleales muchos que eran fieles súbditos, ó por sentimiento del mal concepto en que los tuvo, ó porque no creyendo suficiente á su inocencia para satisfacer á su príncipe, apelarán á las armas temerosos del juício de los tribunales y de las deposiciones de los émulos. Así, jamás ostentes desconfianza primero de averiguar el delito y de asegurarte de la persona del culpado.

Habrá siete años que yendo una tarde á pasear con el capitán general de Andalucía, Don Juan Francisco Manrique, le pregunté por qué medios había logrado que durante la anterior inmediata guerra no se viese en parte de aquel reino alguna de las inquietudes que se experimentaron en varios lugares de otros donde ingleses y holandeses no tuvieron comercio, ni por consiguiente igual ocasión de establecer inteligencias; y me respondió: «Con no dar crédito á los chismes ni acusaciones.»

Silvano, general de ejército de Costanzo, habiendo sabido que este injustamente le sospechaba de traidor, y no dándose por seguro de las acusaciones de sus émulos, determinó tumultuar las tropas, de quienes fué proclamado emperador, cuyo pensamiento no tuvo por ambición de dominar, y le practicó por miedo de morir, ó por despecho de que su fidelidad se pagase con la desconfianza de su principe.

Felipe Bonini dice que un jefe de conjurados no trata regularmente con hombres capaces de propalar al príncipe las negociaciones; de donde resulta que nunca es dable averiguar la conjura en forma completa de proceso, y que así conviene dar crédito á simples avisos.

Al contrario de Bonini, representaban Livio y Mecenas á Augusto que

de los acusadores muchos eran falsos, movidos de odio contra el acusado, ó sobornados por afecto ó dinero de algún enemigo del mismo; por lo cual aconsejaban que Augusto no creyese ligeramente las acusaciones contra diferentes sugetos á quienes culpaban sus espías de intentar contra el

imperio ó vida del propio Augusto.

En la última guerra de los aliados contra las dos Coronas hemos visto á los acusadores arrastrados de otro impulso, que era la esperanza del interés que pensaban lograr por el aviso, pasando con el ministerio por celantes del servicio del príncipe. Inclínome á los dictámenes de Mecenas y de Livio mucho más que á la opinión de Bonini; y aunque en materia importante ninguna noticia debe despreciarse totalmente, no conviene que se trasluzca resolución contra el honor, hacienda ó vida del acusado hasta después de aclarada la averiguación de su culpa, bastando en el ínterin observar mañosamente sus pasos y poner buenas guardias en los parajes que se recele puedan ser de él insultados, pues ¿dónde se hallaría la inocencia si bastase la acusación para la ruína?

Si los enemigos viesen franqueadas incautamente las puertas de tu credulidad, introduciendo engaños de su malicia te harían desconfiar de los lea-

les y quedar sólo rodeado de los infieles.

Por lo que toca á papeles de acusación sin firma, ya que no los admitas como despreciables, examínalos como sospechosos, porque el mismo recato de su dueño manifiesta el indicio de su falsedad.

Al acusador que saliere falso, y cuyo intento se averigüe malicioso, no hay razón que le excuse de la muerte infame que merecería el acusado si fuese cierto su delito; pues el rebelde seduce algún miembro del cuerpo de la monarquía, pero el falso acusador pone en tumulto la cabeza, que es el príncipe.

IV.—Mudar las guarniciones y comandantes que se hayan malquistado con los pueblos.—Mudarás las guarniciones con que se hayan disgustado los paisanos por alguna pendencia sucedida entre aquellas y estos, en la cual muchos de ambas partes quedaron lastimados, ó por haber cometido las tropas otro considerable desorden, cuyo sentimiento pueda suscitar en el paisanaje deseo de la venganza, y por consiguiente un tumulto que suele ser involuntario principio de la rebelión.

Si es de la conducta del comandante que los pueblos se quejan, también convendrá mudarle, porque la repugnancia de obedecer á quien odian no les haga comenzar contra el jefe alguna resolución, que tal vez acabaría contra el príncipe, ó porque no emprendan en derechura contra este, irri-

tados de ver desatendidas sus quejas contra aquel.

La gran sublevación que la provincia de Dalecarlia hizo contra el rey de Suecia Erico III, fué por no haber este querido relevar de aquel gobierno á un cierto Josón, de quien los dalecarlios justamente se quejaban y con instancia pedían fuese mudado.

V.—Advertencias sobre el contexto del antecedente capítulo.—Antes de mudar al comandante de quien se quejan los pueblos, examina si la acusación es justa, porque pudiera ser maliciosa para deshacerse del jefe que tal vez habrá comenzado á penetrar malos designios en los súbditos, y

aguardarán estos perfeccionarlos más fácilmente, primero que otro nuevo gobernador tenga tiempo de conocer el genio y negociaciones de cada uno, ó profesarán á la conducta, vigilancia y valor del antiguo comandante más temor que al que esperan.

Los moradores de cierta plaza de España se lamentaron tanto de su gobernador don Carlos de San Gil, que lograron retirarle del gobierno; pero no tuvieron estas quejas otro motivo, ni más fin que el de querer los habitantes librarse de aquel general que desconfiado ya de ellos, observaba los perjudiciales intentos que presto se vieron después declarados en muchos individuos de la misma ciudad.

Aun cuando la queja no sea maliciosa, no se mudará el comandante si es injusta; no debiendo llegar la contemplación á término que se pueda creer miedo; pues si una vez lo pensasen los paisanos, abusando de tu benignidad, perderían el respeto á tu justicia, resolviéndose á emprender lo que sin tanta blandura tuya no se atreverían á imaginar; particularmente la plebe, que si no conoce el látigo, se burla de la brida y no acepta medianía entre servir con humildad ó desobedecer con soberbia. Hállanse muchos (dice Bonini) que adoran á Júpiter porque le ven los rayos en la diestra, y no porque lleva el olivo; el trono de Salomón estaba rodeado de leones y no de palomas ni corderos. La multitud se hace temer cuando ella no teme, leo en Cornelio Tácito; y el mismo autor refiere que una de las cláusulas de Drusus en su razonamiento á las amotinadas legiones, fué que no era hombre de recibir impresión de miedo, ni por consiguiente capaz de ceder á las amenazas de los sublevados.

Nehemias, gobernador de Jerusalén, dice de cuando sus émulos querían atemorizarle para que cesase en la fábrica de las murallas, que por eso mismo trabajó con más ahinco en ellas.

Nunca los calvinistas de Escocia se declararon más insolentes contra su rey Carlos I que cuando aquel príncipe convino en suprimir el tribunal llamado de la alta comisión, que era el intento sobre que dichos calvinistas habían comenzado á turbar el reino; y no solamente surtió mal efecto en Escocia este contemporizar de Carlos I con sus vasallos, sinó que también los calvinistas de Inglaterra con tal ejemplo se animaron á la rebelión, siendo el motivo que daban los ingleses para unirse, que pues los escoceses se habían salido con desobedecer al rey, lo mismo podrían lograr los ingleses, que no eran menos; y el continuador de Foresti dice que la audacia de los sublevados crecía á medida de la condescendencia del rey, atribuyéndola á flaqueza.

Diversamente salió à Carlos II de Inglaterra una conducta opuesta à la de su padre; pues comenzando ya los ingleses en el parlamento de Oxford à querer usurpar jurisdicción sobre el príncipe, este con un vigoroso razonamiento les hizo entender que no pensaba recibir de sus vasallos la ley, sinó darla; de cuya expresión, atemorizados los parlamentarios, abandonaron el designio de poner à Carlos II el yugo que había sufrido Carlos I.

VI.—Correspondencia que en el país de tu comando importa observar entre pobres y ricos.—No sufras que los ricos maltraten á los pobres, obligación en que te constituye igualmente la cristiandad y la política; pues los últimos acaso recurrirán á las armas para eximirse de sus estorsiones, ó para vengarse de tu tolerancia, en lugar de que los aseguras en la obediencia, si embarazas que se les haga injusticia.

En aplauso de Felipe II de España dice la historia que nunca más que durante su gobierno se vieron los pobres libres del insulto de los ricos; y en Turín donde actualmente me hallo, observo que en

el sapientísimo justo gobierno de la majestad de Victorio Amadeo, se rinde tan cabal y pronta justicia al más miserable súbdito como al primer señor.

Mostrándote protector de los plebeyos, lograrás granjear el partido de los numerosos; pues la nobleza siempre es menos que la plebe.

Esta mira dice Comazzi haber seguido el Emporador Domiciano; y en la penúltima guerra vimos à Cataluña, Valencia y Aragón elegirse por un tiempo el príncipe que gustaron, à pesar de la nobleza de aquellos países, pues la mayor parte de ella se mantuvo fiel al rey nuestro señor.

Advierto que no por aficionarte los plebeyos, incurras en el aborrecimiento de los nobles con hacer á complacencia de aquellos algún intempestivo disgusto ó mal tratamiento á estos; ni lleguen á conocer los últimos que son preferidos en tu estimación los primeros.

VII.—Extinguir cualesquiera parcialidades que haya en el país.—Sihubiere algunas sangrientas parcialidades en tu país, debes correr á atajarlas, porque en su misma división no consuman los vasallos de tu príncipe las fuerzas que puedes necesitar enteras contra los enemigos de la corona.

La máxima de extinguir las discordias, se halla confirmada por el dictamen de Comines, quien dice que de ellas resulta ordinariamente la guerra civil ó forastera; y la practicaron Valeriano de Luxembourg, conde San Pol y Pedro... obispo de Meaux, gobernadores de Génova en nombre de Carlos VI de Francia; pues aplicaron su primer cuidado á quitar las parcialidades de las familias de Génova, en donde mantuvieron la quietud que deseaban, hasta que resucitaron en aquella ciudad los bandos de gibelinos y güelfos, cuyas controversias causaron á la Francia la pérdida de Génova.

La propia mira de aquietar las partidas del país amigo, tuvieron Octaviano Fregoso, gobernador de dicha ciudad de Génova por Luís XII de Francia; Enrico; interey XII de Bohemia; Piasto, XI príncipe de Polonia; Juan Uníades, gobernador de la Hungría por el rey Ladislao, y Gregorio, David I y David II de Escocia.

Que no baste apaciguar de prestado, sinó arrancar de raíz las disensiones domésticas, lo enseña el ejemplar de Numa Pompilio, quien ordenóque en Roma no se llamasen, como antes, unos sabinos, otros romanos, otros de Rómulo, etc., porque ni áun los nombres de las antiguas parcialidades mantuviesen la memoria de ellas.

VIII.—Impúgnase el dictamen contrario al del capítulo antecedente.

—Apoyé con tantos ejemplares mi opinión, porque muchos escritores aconsejan la contraria; y entre ellos el marqués Virgilio Malvezzi y Antonio de Ville quieren que se mantenga la división de la plebe y la nobleza, 6 de unos pueblos ú oficios á otros; y pretenden que de este modo el príncipe se halle más libre de una sublevación; porque no uniéndose los dos cuerpos discordantes, á cualquiera que se arrimen las tropas del soberano, serán superiores al partido enemigo; pero la regla me parece impía y peligrosa, pues la parcialidad descontenta se reforzaría también con armas de algún príncipe vecino, como dejo probado en el antecedente capítulo, y si me replicas que antes que llegue el caso de que los malcontentos busquen socorro extranjero apaciguarás las discordias, pregunto ¿qué seguridad tienes de lograrlo? Porque no es fácil que quien sólo para calentarse, hace lumbre en medio de un bosque seco, impida que extendiéndose las llamas.

Digitized by Google

al soplo de un repentino impetuoso viento, abrase todas las plantas, y tal vez al mismo que sacó el fuego.

Féliz y Ventidio no pudieron apagar la disensión que ellos mismos excitaron entre samaritanos y galileos, como repara Cornelio Tácito.

Volvemos regularmente á patear la piedra en que tropezamos, aunque su situación no tiene tanta culpa como nuestro descuido para la caída. Más natural será que los vasallos, irritados contra el príncipe que alimenta sus discordias, luego que reconozcan la máxima se unan para su destrucción. Así lo entiende Comines y lo confirma el sucesor de Fecardo I de Escocia, que sembró divisiones entre los nobles de su reino para poder más bien dominarlos; pero llegando ellos á penetrar el intento, se coligaron todos contra Fercardo y le metieron en una prisión, donde él mismo se adelantó con propia mano la muerte.

Lipsio, que enteramente se opone al dictamen de fomentar divisiones entre los vasallos, dice que el soberano que lo ejecuta destruyendo la quietud, y por consiguiente las conveniencias de aquellos, sólo á trueque de promover las suyas, no es ya príncipe, sinó tirano. Opinión conformísima á la de Aristóteles, que en su tratado de política escribe, que príncipe se puede llamar solamente el que ordena ó dirije sus acciones al útil de los

.súbditos.

IX.—Las más peligrosas discordias suelen ser las que se excitan sobre puntos de religión; peligros de sufrir novedades en ella — Habiendo satisfecho en la forma que supe á la objeción de mi dictamen, volveré á tratar contra las disensiones de los súbditos; las más tenaces y peligrosas nacen de la variedad de religiones en un mismo país, y Horacio Spanorchi, hablando de Polonia, dice: «La diversidad de sectas produce perpetuos debates y enemistades, las cuales no sólo penetran en las provincias, en las ciudades y en las casas, sinó también entre hijo y padre y entre marido y mujer, sin alguna razón de civilidad, cuanto menos de piedad cristiana.»

Sobre este supuesto anadido al deber de la conciencia, no se dé tiempo

á que tome cuerpo la más pequeña novedad en materia de religión.

No es fácil que todo el país abrace de golpe una nueva religión, y así quedarán precisamente divididos los ánimos de los amantes de la antigua, y de los afectos á la moderna, con que ya tendrá en su favor un partido de malcontentos cualquiera que, aspirando á la tiranía, goce de esta desunión, que tal vez habrá sembrado al propio fin. Mahometo con su inventada, bien que torpísima secta, de particular que era, se hizo príncipe, y sus sucesores poseen por nuestra desgracia los vastos dominios que saben todos.

Pocos ignoran que del más al menos, la consecuencia es buena, y sacando los vasallos la de que no les disputará con tesón la corona quien les abandonó con flojedad la conciencia, fabricarán de la creída flaqueza del príncipe la osadía necesaria para la rebelión.

Los prusianos que en tiempo de su príncipe Boleslao IV de Polonia comenzaron á mudar religión, acabaron en matar á dicho Boleslao, pareciéndoles que después de haberles tolerado el grandísimo primer delito, podían con facilidad llevar á ejecución el segundo.

X.—Forma de evitar novedades en la religión, y expedientes para cuando desde antes haya muchas en el país.—Para que no se introduzca novedad en la religión, conviene prohibir que se impriman ó vendan libros que no estén reconocidos y aprobados por hombres doctos y virtuosos; pues si esta circunstancia les falta, algún oculto ó patente veneno les conocieron los tribunales que los condenaron; y quien le bebe inadvertido, corre peligro de quedar lisiado. Regularmente se encuentra este riesgo en autores que, no siendo de nuestra religión, procuran siempre introducir algo de su secta.

Muchos creen que los libros prohibidos son los más agudos, y que el privar de ellos á la nación es perjudicarla; yo he tenido licencia para leer parte de los mismos, y hablé con gran cantidad de hombres doctos que leyeron infinitamente más; pero todos los hallo conformes á mi dictamen de que entre gente de buen gusto se hubiera ya perdido la memoria de la mayor porción de dichos libros, si por la fragilidad de nuestra naturaleza no fuese el deseo de su lectura excitado por su prohibición, sin considerar que la vida del hombre no basta para ver una centésima parte de los que en cualquiera profesión hay de excelentes y aprobados. Supongo que á los controversistas se les permita mayor ensanche para saber las opiniones que han de impugnar.

También se debe embarazar que se mantengan con pertinacia en los argumentos opiniones peligrosas y sin la protesta de no creerlas. Tres géneros de hombres suelen seguirlas; los ignorantes, que tienen por indubitable lo que oyen defender en una cátedra á sugetos acreditados de doctos; los muy agudos, porque se desdeñan de la opinión que no incluye novedad; y los impíos, cuya ceguera permite Dios para su castigo, y adhieren á lo peor; pero siempre con un velo de virtud, detrás del cual se oculta la iniquidad, y estos son los más peligrosos, pues venden el veneno con el

nombre de triaca.

No conviene tener juntas á las tropas de tu príncipe otras que ejerzan libremente diversa religión, porque pudieran las tuyas contagiarse con la vecindad de alguna secta que, lisonjeando al apetito, desterrase los escrúpulos para introducir los errores.

El rey nuestro señor luego que supo que en sus nuevos regimientos suízos había muchos herejes, dió licencia y dinero para su retorno á todos los oficiales y soldados que dentro de un prescrito número de meses no abrazaron la religión católica.

Si ya de larga mano se halla introducida en tu país la diferencia de religiones, busca oportunidad de reducirlas á la sola católica romana, como ejecutó Luís XIV de Francia, echando de su país á los que no quisieron abandonar el error.

Del rey de Polonia Estéfano Batori, cuando su reino padecía el mal de muchas sectas, dice Spanorchi: «Procuraba el remedio con echar á los herejes de las ciudades regias; purgaba de esta peste su corte; edificaba iglesias; erigía colegios; daba rentas á los lugares píos; nombraba personas de mérito para los grados eclesiásticos.»

Advierto que si no te hallas en infalible disposición de lograr lo dicho, no muestres intentarlo hasta mejor tiempo, antes bien afectarás dar á cada uno seguridad de vivir libremente en su religión sin perjuício de tu

LIBRO VIII.

gracia ni de su derecho á los empleos honoríficos y lucrosos; así como se sufren las enfermedades que se hicieron habituales, porque al atajarlas no

prorumpan los humores en más peligroso accidente.

En que los pueblos profesen la religión católica, encuentra el príncipe la ventaja de estar más libre de un tumulto; pues los católicos nos conocemos obligados del juramento y de otros cristianos respetos, que no son de alguna consideración á muchos de los sectarios para mantener al soberano la debida fidelidad. Comín Ventura, que hace el mismo reparo, trae el ejemplar de un príncipe indiano que, permitiendo el bautismo á sus vasallos por mano de los jesuítas sus instructores, decía: «Yo estoy seguro de que si estos observan la ley á que se obligan, no me faltarán á la obediencia ni á la fidelidad, y me satisfarán los tributos y rentas sin fraude ni repugnancia.»

XI.—Sobre extinguir las cuadrillas de bandidos que haya en el país.

—Suelen ser también sangrientas las parcialidades entre cuadrillas de bandidos que se hacen al monte para solicitar sus venganzas; y áun de aquellos que viven sólo de robar, alguna vez resultan malas consecuencias en cuanto á la fidelidad del país, respecto de que temerosos de la pena, abrazan el partido de los primeros rebeldes ó del soberano extranjero que les ofrezca protección. Así convendrá no perder tiempo en destruirlos, ó si no

hay otro remedio, en perdonarlos.

En Sicilia donde la muchedumbre de bandidos obligó á buscar extraordinarios expedientes contra ellos, se practica la ley de que el bandido que entrega á la justicia la cabeza de uno de sus compañeros, es perdonado; de donde frecuentemente resulta que las cuadrillas de aquella gente se desbaratan, ó porque entre sí se asesinan, ó porque no tardando largo tiempo en desconfiar unos de otros, se retiran á las iglesias ó solicitan su indulto. Dirasme que no obstante la citada ley, siempre en Sicilia hay bandidos, y respondo que sin ella habría muchos más. Extinguiéronlos casi enteramente en aquel reino y en el de Cerdeña los vireyes marqués de Villena y conde Altamira, con averiguar qué señores del país les protegían, y dar á estos la orden de aquietarlos ó de prenderlos, bajo pena de una considerable multa, si dentro del término prescrito no ejecutaban uno ú otro.

XII.—En cuanto á tener al país divertido en regocijos.—De la alegría de los regocijos no es natural que se pase inmediatamente al furor de las sediciones; por eso fué muchas veces practicada la máxima de tener divertido en fiestas al país, y se logró, desterrando la ociosidad, apartar los materiales de que suele fabricar sus quimeras la imaginación.

El emperador Calígula, en el principio de su imperio, mantuvo en Roma continuas luchas, comedias y otros divertimientos que enajenasen el ánimo de los romanos del pensamiento de una rebelión. Lo mismo, y con el propio fin, ejecutó Canuto II de Inglaterra, temiendo que por sus crueldades tumultuasen los ingleses.

Como en todas las públicas diversiones cada uno de los principales señores quiere distinguirse en el lucimiento, logras que dulcemente gasten lo que les sobra, y que repartiendose aquel dinero entre mercantes, artí-

Digitized by Google

fices, criados y otros pobres, vivan estos contentos; con que al poderoso le imposibilitas de hacerse después un partido; al plebeyo le quitas el deseo de seguirle, y ambos quedan en la justa medianía que santo Tomás discurre útil para conservar la población de los países.

Marco César Albriggio repara que los artífices de Roma vivían contentos de Nerón porque prodigando aquel príncipe caudales considerables, estaban dichos artífices empleados y ricos.

El dinero es para el conjunto de una monarquía lo que la sangre para el cuerpo humano: enferma este si no circula aquella, y así áun cuando el príncipe hubiese de gastar de su caudal para mantener los aconsejados públicos regocijos, podría contar por bien empleado el dispendio, siendo el dinero detenido en sus cofres un perjuício de sus mismos intereses, porque á ejemplo de su economía, la practicarán sus vasallos, que según he probado en el primer libro, piensan adelantar mérito en la imitación hasta de los vicios del soberano, y este recojerá menos fruto de sus aduanas, y verá en más disminución el comercio y fábricas de sus Estados cuanto menor sea el consumo que hacen los súbditos: motivo por el cual muchos príncipes dejan correr el uso de varios géneros, que sobrando para la decencia, tocan en la demasiada pompa; fuera de que el pueblo no vive con los caudales parados en poder del príncipe, y cuando este los necesita siempre los puede sacar de aquel.

En el feliz reinado de Luís XIV, estaban tan bien dispuestos los canales del económico gobierno, que en cada diez años iban á las cajas del rey las rentas que en un año producía toda la Francia, v cuando los ministros le representaron que después de los grandísimos gastos de inmediatas precedentes guerras no convenía entrar en las costosas obras de Marly, Versalles, etc., se puso á reir S. M. cristianísima, diciendo que dichas obras darían de comer á muchos que sin ellas abandonarían su reino por faltarles arbitrio de subsistir, y que del dinero que tuviesen los vasallos siempre S. M. era dueño.

La operación más dificultosa de los paisanos me parece sea juntarse para sostener con el gran número el principio de la rebelión; y así no se dispongan divertimientos en plazas mal guarnecidas, ni cerca de sus puertas ó en otros parajes peligrosos, donde con pretexto de las fiestas pudiera concurrir gran cantidad de naturales ó de disfrazados forasteros á sorprender las plazas, una cabeza de puente, el lugar de los almacenes ó un pequeño cuerpo de tropas campadas.

El remedio que asegura la salud, tomado antes de la enfermedad suele matar si se practica después que ella comienza: del propio modo son las grandes concurrencias de vasallos, ya sospechosos en la fidelidad, tan arriesgadas como útiles con los fieles súbditos los aconsejados divertimientos; con que si el país está inclinado á la rebelión, exceptúese de este caso

el propuesto arbitrio.

Los mejicanos tenían elegido para su conjura contra Pedro de Albarado un día en que solían aquellos bárbaros juntarse en gran número á celebrar sus bailes en honor de sus ídolos; y Solís escribe que hicieron dicha elección por suponer que entonces el concurso de los indios no causaría novedad á los españoles.

XIII.—Cerca de conceder al país muchos ó pocos privilegios.—Los excesivos privilegios son el escollo en que tarde ó presto viene á fracasar la fidelidad de las provincias, porque los paisanos, envanecidos con aque-

llas exenciones, pretenden una cierta independencia que los vuelve insolentes, y celosos de sus fueros corren á las armas sobre cualquiera leve sospecha de que se los toquen. Por otra parte, un príncipe (acostumbrado acaso á dar ley á sus enemigos) no puede sufrir que los propios vasallos le aten las manos con un pliego de papel de su antecesor; comienza entre uno y otros la mala inteligencia, síguese de ordinario la guerra, y si el país queda sujeto, el príncipe no sólo tendrá razón de quitarle los privilegios que gozaba más que otras provincias, sinó que también le dejará con menos libertad que á ellas; con que semejantes distinciones los príncipes no deberían ser pródigos en dispensarlas, ni los pueblos ambiciosos de obtenerlas.

Obsérvese cuántas guerras civiles y estragos costó á los ingleses su Magna Carta, y á Nápoles y Cataluña sus fueros, cuando las restantes provincias de España que no los tenían tan excesivos, se conservaron en la debida buena correspondencia con los reyes.

El que se halla en una medianía, se contenta de no subir cuando corre peligro de bajar; pero quien está en el ínfimo puesto, necesita de mucha continencia para no aspirar á menos mala fortuna. Así como los demasiados privilegios hacen á los vasallos peligrosos por soberbios, pudiera la sobrada carestía de libertades volverlos descontentos por abatidos; con que parece conveniente dar á los pueblos algunas exenciones, para que el afecto á las que tienen te sirva de prenda contra la ambición á las que les faltan.

XIV.—Abundancia, calidad, medida y precio de viveres.—Es la plebe un mónstruo en quien el vientre usurpa jurisdicción al cerebro. Regla su felicidad por su comida, y obedece contra gusto cuando no se alimenta con abundancia. Por el contrario, sufre paciente la carga si tiene satisfecho el apetito. Así uno de tus primeros cuidados sea que los ministros de esta incumbencia conserven abastecido el país.

Hizo Dios por su pueblo los continuos milagros de lloverle maná y codornices, sacar agua de enjutas rocas, volver dulce la salada, abrirle camino entre las ondas y otros infinitos prodigios; pero con todo eso no dejaron los israelitas de amotinarse, en la primera carestía de comida ó bebida, contra los conductores que su Divina Majestad les había dado, y deseaban haber muerto en Egipto comiendo, más que padecer en el desierto esperando.

No basta la abundancia de los víveres para contentar á los pueblos, sinó que es precisa grande atención para que no haya fraude en la medida ó peso y calidad de los primeros; pues la carestía que viene del infortunio de una mala cosecha, como es Dios quien la causa, se lleva con más paciencia que el engaño originado por la ambición de los que venden, y sufrido por el descuido de los que mandan; fuera de que la corrupción de las vituallas ocasiona las muchas y peligrosas enfermedades que por tal motivo experimentaron en Ceuta las tropas del rey que hicieron levantar aquí el sitio, sobre cuya negligencia ejecutó S. M. las más exactas averiguaciones y justos castigos contra las personas que tuvieron intervención en dichos víveres.

En Palermo y en otras muchas ciudades bien gobernadas hay un fondo del cual se compra trigo para dos ó tres años, y el pan se vende siempre á

un mismo razonable precio, sea estéril ó abundante la cosecha; porque si el fondo pierde en un año, en otro gana, y de este modo se mantiene. Hallo en tal práctica ventajas considerables. La una que al pobre nunca le cuesta mucho el pan; la segunda que si viene un año de miseria, con aquel repuesto se socorre la necesidad y se atajan las epidemias, que siempre nacen de la misma; la tercera que si acontece una impensada guerra, el propio depósito sirve para llenar los almacenes de las plazas ó del ejército; y últimamente, cuando envía Dios el castigo de una peste, tantas personas como ella, mata la hambre, si los pueblos no están bien provistos, como acaban de enseñar los tristes ejemplares de Aviñón y Marsella; pues todos huyen de acercarse á llevar víveres al lugar contagiado, y procuran sólo cerrar á sus habitantes la salida porque no comuniquen la infección.

Suelen faltar en las provincias de un príncipe los granos de que abundan las de otro; y si todas son marítimas, las primeras procuran surtirse de las segundas: acaloran el tráfico los cosecheros de las últimas por ganar presto y en grueso, y muchas veces los ministros de hacienda pasan de raya en la tolerancia de la extracción, ó porque se dejan engañar de los paisanos, que siempre dicen quedar en el país trigo bastante, ó porque piensan acreditarse con la corte de económicos recogiendo mucho dinero por el derecho que impone el príncipe sobre las sacas ó embarcos; de donde resulta que la avaricia de los labradores, ó la imprudencia de dichos ministros, siembran la carestía donde nació la abundancia. No há muchos años que lo experimentó la Sicilia, porque el secretario de cierto virey, que se dejaba gobernar por él, tenía considerable interés en los embarcos. Así conviene examinar con vigilancia qué granos sobran de la reserva y siembra de uno ó dos años, y no conceder extracción más que para lo restante.

En Castilla casi nunca se padece hambre, porque estando lejos del mar aquella provincia, no se embarca su trigo, que se mantiene largo tiempo en los silos, y si viene una infeliz añada, se echa mano del anterior depósito. Lo contrario sucede en mi país, Asturias, y en lo más de Galicia, respecto de que hallándose vecinas al mar las dos provincias, el trigo que algún año les sobra se trasporta á otras: es verdad que hasta ahora no se encontró el remedio; porque allí la humedad no permite que el trigo se conserve sin corrupción más que de un año á otro.

No debes prohibir el embarco de los granos que de dicha reserva sobren, porque sería aniquilar á los labradores y á los que tienen sus rentas en trigo y embarazar al país de tu príncipe la entrada de los caudales forasteros.

Si el príncipe hace traer de país extranjero granos con que socorrer la necesidad del suyo, se fabricará un particular mérito para con los vasallos que por el tamaño de la aflicción de que se libran, medirán el reconocimiento á quien los ayuda.

Si una de las provincias de tu soberano algún año abunda en los granos que á otra faltan, y ambas son ó marítimas ó poco distantes, supongo que de la primera se abastezca la segunda por no enviar el dinero á dominio ageno.

Exclama Tácito contra el gobierno de Roma con ocasión de la hambre que en tiempo del emperador Claudio comenzó á padecer aquella ciudad, y dice no comprende la razón porque pudiendo cogerse en Italia el trigo suficiente, querían los italianos más presto que sembrarle valerse del de Africa y Egipto y poner al pueblo romano á discreción de los vientos y de la fortuna. Otro motivo para no traer del país forastero lo que puede haber en el tuyo, es no dejar á este exhausto de dinero por sus compras, ni al otro (que algún día te será enemigo) enriquecido por tu negligencia.

XV.—Para cuando la frecuente carestía de víveres consiste en falta de hombres que trabajen las tierras.—Licurgo, legislador de Sparta, para tener en su país y ejército la abundancia que le faltaba por efecto de hombres que labrasen las tierras, concedía grandes exenciones á los forasteros que pasaban á habitar dicho país, donde también eran privilegiados los que tenían hijos; con lo cual acudieron allí muchas personas de otros lugares, se casaron, poblaron á Sparta, cultivaron los campos y abastecieron de granos la provincia.

El rey nuestro señor concede á los extranjeros que van á establecerse en ciertos mal poblados parajes de España muchas distinciones y tierras francas, por algunos años, particularmente á fabricantes de paños y papel, y á otros artífices holandeses, genoveses, etc.; y de este modo se aumentan las fábricas y el comercio, medios por donde creció insensiblemente la población de otros países; pues los hombres corren á la ganancia, y ganan

en los oficios y en el tráfico.

Por donde quiera que se mire el gran número de los vasallos, es el mayor tesoro de los soberanos: mal se defendieron los ricos minerales de Italia y España contra los pobres ejércitos de longobardos y godos, para cuyas vastas conquistas fué la miseria de los conquistadores el principio; los

muchos hombres, el medio, y la riqueza sólo el fin.

No para en la abundancia de los víveres, en el interés de las contribuciones, ni en la fuerza de los ejércitos la conveniencia de tener bien poblado el país; pues también el honor del príncipe se interesa en conseguirlo, porque siendo frecuente que los naturales existan, y que los extranjeros se establezcan en el dominio de quien los trate con blandura y los gobierne con justicia, se atribuirá tal vez á aspereza ó ambición del soberano el que los unos se aparten y los otros huyan de su imperio.

Cuando no falten hombres sinó trabajadores, por la excesiva holgazanería de los habitantes, se les pone en precisión de trabajar, castigando rigurosamente á los ociosos como á gente que falta á su deber cuanto sobra en su república, y que por el camino de la miseria llegará un día á la rebe-

lión, abrazando la novedad de que pueda resultar la rapiña.

Solón practicó en Atenas lo que llevo aconsejado; y César Albriggio propone que los vagamundos se metan en galera, con cuyo escarmiento ejecutado en algunos, es cierto que trabajarán los otros. Así lo muestra la experiencia en Génova y Turín, donde se conducen á un encierro todos los que piden limosna, y con eso se emplean en diferentes obrazidos que no quieren acabar sus días en aquella especie de cárcel, y allí no se les da de comer sin obligarlos á trabajar á proporción de lo que buenamente puede cada uno hacer.

XVI.—Expediente si la carestia de viveres viene de sobrada gente y pocas tierras. Hácese una advertencia sobre pobres, niños y huérianos.— Si la carestía de víveres viene de sobrada gente, se pueden sacar los hombres necesarios para alguna guerra que esté ya pendiente, ó que á este solo fin se emprenda; también pueden extraerse muchas familias para formar

colonias en el país conquistado; arbitrios de que se valieron diversas veces los romanos y Pericles en Atenas para remediar una hambre de aquel

pueblo.

A veces importaría trasportar las familias pobres que sobran en una provincia á poblar otra del mismo reino que se halle faltosa de gente, dando á dichas familias para sus labranzas francas las tierras llamadas reales, que ordinariamente se encuentran incultas, con lo cual se lograría evitar la miseria de un país, y aumentar las rentas del otro, pues al cabo de años podrán pagar algunas los nuevos habitantes.

Del modo arriba dicho crecerá el número de los sábditos, porque el pobre que va mendigando rara vez se casa, como lo ejecutaría si le diesen

á trabajar tierras de cuya cosecha pudiese mantener su familia.

Con el mismo arbitrio logras también quitar secuaces á los malvados y á los que emprenden una sublevación; porque los primeros á seguirla son aquellos que no teniendo oficio ni beneficio, arriesgan poco en apoyar cualquiera novedad, haciéndose cuenta de que si yerran el golpe, su pequeñez los esconderá entre la muchedumbre. Tácito refiere que Tacfarinas comenzó su rebelión juntando con la esperanza del saqueo los vagamundos y ladrones del país.

Los niños pobres, particularmente los huérfanos y los expósitos, haría muy bien tu príncipe en mantenerlos á su costa, pues dentro de pocos años trabajarían en las atarazanas ó fábricas reales, y más adelante servirían en los ejércitos; práctica experimentada por los turcos, utilísima con sus genízaros que, no conociendo más padre que al príncipe, ni otra patria

que su cuerpo, jamás desertan.

Aunque muchos de los referidos niños cuando lleguen á la edad competente, no inclinen á servir en las armadas de mar ó tierra, ni quieras emplearlos en ellas contra su genio, existe la ventaja de minorar el séquito de los holgazanes y el número de los delincuentes por la razón expresada en el anterior párrafo; pues aquellos mozos llevando sabido algún oficio y hecho hábito al trabajo, fundarán su conveniencia en la quietud del país, durante la cual y no en los alborotos, corre el lucro de los artífices; y en fin, lo piadoso de la obra vale el coste del arbitrio.

El emperador Trajano hizo á su costa mantener y enseñar á los hijos de los pobres, no sólo de Roma, sinó también de toda Italia.

Sin son niñas huérfanas y pobres las que tu príncipe haga educar hasta la edad de elejir estado, resarcirá parte del gasto con la labor que ellas ejecutan; y siempre se logra aumentar después la población, pues aquellas sabiendo oficio y criadas con honestidad, fácilmente hallarán marido. Uno y otro observé en Génova, donde hay diferentes recogimientos ó escuelas para niñas pobres y huérfanas; y no sólo se saca de su trabajo con qué alimentarlas y vestirlas, sinó que se repone algún fondo para dotarlas. En Turín estoy viendo semejante piadosa providencia; pero ya me voy apartando sobrado del asunto que el título de este libro prescribe; y así permítaseme pasar al segundo discurso.

DISCURSO SEGUNDO.

Señales de rebelión en país sospechoso, y forma de aclarar el recelo que se conciba de la fidelidad de algunos particulares ó pueblos.

XVII.—Comiénzase á discurrir de las observaciones ó señales que deben despertar en el comandante sospechas de infidelidad en los pueblos.—Cuando las tropas viven á costa del país, ó cometen desórdenes en él, es natural que los paisanos apetezcan apartarlas, con el solo fin de eximirse de la extorsión ó del gasto; pero mientras únicamente subsisten de su paga, son de mucho más beneficio que gravamen á los pueblos, porque se enriquecen estos vendiendo á caro precio los víveres que sin aquella concurrencia de forasteros no tendrían éxito, y se ocupan y utilizan artífices y mercantes en la continua fábrica y venta de armas y vestuario; con que si no obstante dichas ventajas solicita el país quedar sin tropas, es de recelar que busca la libertad para la sublevación, porque no suele rehusar la brida el caballo á quien no disgusta la obediencia.

Si algún vasallo capaz de aspirar á la soberanía, para congraciarse con los paisanos, se muestra con ellos liberal y atento más de lo que antes hacía, y de lo que su genio dicta, es un terrible indicio de la meditada sublevación, pues nadie fuerza su natural sin la mira del interés. Igualmente se debe sospechar del que en las conversaciones abraza el partido de los perdidosos ó la queja de los descontentos, que ya ladeados hacia el aborrecimiento del gobierno, son fáciles de precipitar en los medios de venganza que buscarán en la rebelión contra el príncipe. Todas las tres diligencias

practicó para su conjura Catalina.

Proponiendo César y Pompeyo la ley de repartir posesiones á los pobres, conoció luego Catón Uticense que ambos jefes deseaban ganar por aquel medio el ánimo de la plebe, para encaminarse después á la soberanía.

Mr. de Balzac observa que de ordinario los sediciosos echan por vanguardia de su rebelión soñadas profecías al soberano, para que los vasallos crean que un celeste influjo los inclina á la novedad, y que en parte los disculpa de la desobediencia. Otras veces inventan milagros los que tienen tan poca fidelidad como religión. Los parciales de semejantes embustes suelen regularmente ser hombres malignísimos, que abusan de lo sagrado para fabricar el delito, ó tocan en el opuesto extremo de ilusa virtud ó de ignorante fe, abandonándose á la creencia de todo lo que trae el sobrescrito de divino sin detenerse á considerar los posibles engaños del artificio humano. Los primeros son dignos de riguroso castigo, y á los segundos debe dárseles pronto destierro, si para la enmienda no bastare la corrección.

El rey nuestro señor echó de Madrid al padre Bullón porque (cuando el ejército de los aliados llegó á aquella corte) iba por las calles predicando en favor de los austriacos, habiéndose dejado engañar por las voces de inventados milagros que algunos rebeldes publicaban sucedidos.

XVIII.—Continúa el discurso de las señales de rebelión.—Las pasquinadas ó libelos que manifiestan defectos capaces de quitar al príncipe los créditos de justo, suelen fabricarse para destruír en los vasallos la constancia de obedientes, abriéndoles por el aborrecimiento al soberano el camino á la sublevación. Así fué la de Inglaterra contra Carlos I precedida

por semejantes papeles.

Si corrieren dichos libelos en el país, manda, bajo graves penas, que nadie los lea ni conserve un instante en su poder, sinó que se entreguen luego al comandante ó justicia del lugar, no siendo tampoco lícito discurrir sobre su contenido, antes bien quien oyere á otro hablar en él, tendrá obligación de avisarlo al expresado comandante ó justicia para que arreste por sedicioso al que hubiere movido el discurso; conviniendo estorbar que tales papeles se divulguen; porque si muchos los desatienden, en muchos haría impresión su malignidad: bien es cierto que algunos ociosos, no creyéndolas de mala consecuencia, se meten á escribir pasquinadas insolentes; mas siempre son estos autores dignos de castigo: criminales de lesa majestad los declaró Tiberio.

Ya veo que nunca podrás quitar enteramente el curso á los referidos papeles, pero á lo menos le disminuirás lo bastante para que no se comuniquen á la plebe, que como más ligera, se movería con mayor facilidad por el malicioso artificio de tus ocultos contrarios.

XIX.—Fenécese el tratado de señales de rebelión.—Más que todo lo dicho en los tres antecedentes capítulos, da indicios de la meditada rebelión de un país el que sus habitadores pierdan el respeto á los ministros del príncipe, y el que no ejecuten sus órdenes con la puntualidad acostumbrada, particularmente aquellas que pudieran contribuír á que dicho país mantuviese la quietud; pues el enfermo que desprecia la medicina, parece que está más bien hallado con la esperanza de la muerte que con el restablecimiento de la salud.

Si alguno de los ya sospechosos van extrañándose de tu comercio hasta ponérsete fuera de tiro, y llamándolos con suficiente pretexto, buscan una frívola excusa para no venir, es indicio de que esperan hacer luego su golpe, y de que están ocupados en disponerle, como también de que los avisa la conciencia que los acusará el semblante: motivo por el cual fué siempre la presencia del juez espectáculo poco grato al reo.

' Habiendo César convocado los Estados de las Galias, y excusádose de ir á ellos los de Sens, Chartres y Tréveris, lo tuvo César por visperas de la rebelión que efectivamente maquinaban aquellas provincias.

El emperador Fernando II viendo que los electores de Brandembourg y Sajonia con insuficientes motivos se eximieron de concurrir á la dieta de Ratisbona, infirió la correspondencia que tenían con Gustavo Adolfo de Suecia.

Es asimismo señal de rebelión, y pronta, el que de golpe se retiren de tus plazas ó ejército los paisanos que solían ir á vender víveres ó á ejecutar otro comercio; pues nada los obliga á dejar aquel interés, sinó la diligencia de juntarse á tomar las armas el día que entre sí destinaron, como se observó haber sucedido en Cataluña á fines del año de 1713 ó principios del de 1714.

También indica próxima rebelión el que los paisanos vayan apartando su ropa, ganados y familia del país vecino á tus tropas.

Este señal y el arriba dicho de no venir al campo con víveres, como antes acostumbraban, hizo conocer á Cortés la conjura que contra él fraguaban los indios de Cholula.

El hallar considerable número de municiones y armas escondidas en alguna casa, gruta ó paraje del país ya sospechoso, es evidente prueba de su ideada sublevación, pues las previenen para distribuirlas á su tiempo á los rebeldes.

XX.—Comienza el discurso de los medios conducentes á aclarar la sospecha que se tenga de la fidelidad de algunos pueblos ó individuos.—Las advertencias de los capítulos antecedentes pueden bastar para la sospecha, pero no para la evidencia de que un país inclina á la sublevación, ni todas las dichas advertencias alcanzan á descubrir en particular qué sugetos ó pueblos se disponen á ejecutarla, de cuyo asunto discurriré en este capítulo.

En el último párrafo del antecedente capítulo dije ser evidente señal de rebelión el hallar muchas armas y municiones ocultas, se entiende en cantidad que exceda á las que en el país donde son prohibidas pudieran esconder los paisanos para la caza ó para los robos; y en el capítulo tercero del presente libro probé los riesgos de mostrar injustas sospechas de la fidelidad de los vasallos; con que para no privarte de la diligencia que tal vez sería útil, ni ejecutarla de modo que se vuelva peligrosa cuando hagas reconocer si hay armas ó municiones en algunas casas de cuyos dueños desconfíes, toma el pretexto de buscar desertores, delincuentes ó contrabandos que darás á entender te avisaron ocultar los criados de las referidas casas, porque no suceda lo que un prudente ministro de nuestro siglo dijo de cierto reino, que de una desconfianza injusta habían nacido muchas justas desconfianzas.

En la prueba de la tentación se examinan los quilates de la fidelidad. Si sospechas de algún sugeto, buscarás otro que tenga conocimento con él, pero que sea de tu entera satisfacción, y le dirás que en adelante no se dé interiormente por sentido de los desaires que tú y el príncipe le hiciereis, pues sólo es á fin de que tenga pretexto de quejarse de ambos, y la persona de quien desconfías, motivo de creerle descontento. Cuando esto se haya logrado y el oficial introducídose bien con el que supongo, por ejemplo paisano, le meterá mañosamente en discursos del gobierno, mostrarase muy desazonado de él, y dejará entender que por vengarse de las ofensas recibidas no hay partido que no abrazase de buena gana, que esta insinuación nace de su justo sentimiento, y que en fe de la amistad que hay entre los dos, se desahoga francamente, sabiendo que todo quedará secreto. De tal modo, si no fuere muy advertido el paisano, es natural se explique sobre el mismo punto, sucediendo en las palabras de los hombres lo que de los instrumentos acordes quieren decir algunos, que tocando el uno suena también la voz del otro. Así vemos que nos cuesta repugnancia el no aplaudir cualquiera dictamen ajeno que nos guste, porque le consideramos como aprobación del nuestro. Anádese que si el paisano discurte á tu hombre útil para su intento, la ansia de granjearle á su partido le hará dar más

crédito á su queja; pues el deseo es ceguera del entendimiento, como la

esperanza peligro de la credulidad.

Si el sugeto de cuya fidelidad sospechas tiene su inclinación puesta en alguna mujer, echa persona de habilidad que á fuerza de cortejos y dádivas le gane ocultamente el afecto, para que ella en el tiempo que más oportuno le parezca, saque de su verdadero apasionado el secreto que te convenga saber, y le propale á tu confidente, quien finjirá entrar en el dictamen á que la mujer incline.

Pide à la persona de quien desconfías consejo sobre una operación en que no pienses y que practicada pudiera ser del caso para mantener ó turbar la quietud del sospechoso país, y observa si después se publica, ó mudan algunas medidas los que sepas inclinados á la sublevación; pues entonces habrá mayor motivo de recelar que es parcial de los mismos el hombre de quien te aconsejaste, respecto de que descubrió la idea que le propu-

siste y que supongo no hayas comunicado á otro.

La segunda utilidad del aconsejado arbitrio es que discurriéndote aquel hombre resuelto á la operación que le consultas, si lo participa á sus confidentes mal lograrán en el engaño del aviso el tiempo y las diligencias del reparo; pues naturalmente las aplicarán contra el finjido proyecto, descuidando en las necesarias precauciones contra el que en la realidad premedites

En el propuesto expediente puede haber también la ventaja de observar si el sugeto sospechoso te suministra algún consejo en que vaya artificiosamente envuelta la malicia, para que de su ejecución resulte al país mayor disgusto y á su quietud mayor peligro; lo cual será otra prueba de que el consejero se halla mal intencionado.

No se comprende la mutación de una escena, si no se observa el artificio de que son movidos los bastidores; así es también difícil percibir en tiempo los aparatos de un sublevamiento si no se pone atención á la mano que le dirije. Por eso cuando se recela que algún príncipe vecino va fomentando la rebelión de tus pueblos, convendrá espiar con disimulada vigilancia los pasos del embajador residente ú otro ministro que dicho príncipe tenga en ellos; y si fuere persona capaz de rendirse al soborno ó á diverso género de ataque, procura ganarle por el costado más débil para sacar el secreto que te importe.

Mientras con el embajador de un sospechoso príncipe se practican las diligencias anotadas en el antecedente párrafo, será bueno que otro ministro de tu soberano observe en los dominios del primero las prevenciones de guerra; pues se dispondrá sin duda á ella quien piensa en sacar fruto de

la rebelión de tu país.

También se esforzará el embajador de tu príncipe á pescar como en segunda red las noticias escapadas á tu diligencia sobre las negociaciones de tus ocultos rebeldes; pues aunque parece que será ociosa en el país ageno la investigación, que cerca de materias del tuyo no bastó dentro del mismo, tal vez por el rodeo se llega más presto que por el atajo; no se percibe la bala mientras viene recta á quien la observa, y se ve claramente después de su primer rebote. En las inteligencias, á proporción del riesgo de descubrirlas se añaden las precauciones de tratarlas; pero descuidado el recelo en la distancia, se disminuye el recato de los proyectos, al paso



que quien entra en sus discursos se aleja del país en que han de tener su ejecución.

Primero que nuestros generales de Cataluña, supieron los ministros del rey en Roma que el mariscal de Staremberg se disponía à sorprender uno de los castillos de Lérida.

XXI.—Terminase el asunto de investigar qué fundamento hay en las primeras sospechas concebidas de la infidelidad de un país, y se dan algunos avisos en cuanto á las declaraciones que hagan los arrestados delincuentes.—Haz que algunos hombres de maña y secreto, en traje de ladrones, sorprendan los correos ordinarios y de posta que lleven ó traigan cartas de las partes más sospechosas, por si en tal cual de ellas encuentras confirmación de tu desconfianza y noticia de los delincuentes, que si tienen prohibidas las concurrencias, precisamente se han de corresponder por escrito para concertar sus medidas, no siendo fácil que á todas horas hallen sugetos de bastante satisfacción y capacidad para evacuar por comisiones verbales las continuas dificultades que es natural se ofrezcan en la peligrosa disposición de una conjura, que no se puede poner en obra sin que hayan convenido en ella millares de hombres entre sí diferentes de intención. También harás de cuando en cuando sorprender á los caminantes que no sean correos, en especial á los criados ó amigos de las personas de que más receles; y para que no se conozca que se ejecuta de tu orden tal diligencia, los hombres que emplees en ella tomarán algún dinero, armas ó caballos á los que llevan las cartas, y después se les restituirá por tercera mano el importe, cuando ya no se vea político riesgo de hacerlo.

La conjura que tenía dispuesta en Sicilia el rey Francisco de Francia, año de 1523, se descubrió arrestando en Nápoles à Francisco Imperial, que pasaba à Francia con cartas, que registradas manifestaron aquellas inteligencias; y las del duque de Borbón contra Francisco I se averiguaron por ciertos papeles que los ministros del cristianísimo interceptaron, hallando en ellos no solamente noticia de la conspiración, sinó también de los conjurados; y así Francisco I se aseguró de las personas de los principales de estos, que eran el hermano de Mr. de la Palise, Mr. de San Valerio y el obispo de Autun.

Si el hombre á quien toman las cartas los que tienen tu orden, logra ocasión de avisarlo á quien se las dió, este se escapará; por lo cual sería conveniente que en la partida nombrada para sorprenderlas, hubiese un oficial que las leyese, y en caso de hallar materia importante, hiciese mantener con guardias al correo en alguna gruta ó bosque hasta que se hayan aprisionado los que por las mismas cartas resultan delincuentes, en cuya ejecución se empleará el secreto posible y las diligencias propuestas en el capítulo que se sigue, porque la noticia del arresto de uno de los culpados no sirva de aviso para la huída de sus compañeros.

Sabiendo Hernán Cortés la conjura que maquinaban contra sus tropas los indios de Cholula, quiso averiguar las circunstancias por declaración de algunos de ellos mismos que hizo prender; pero con tal secreto, que los demás ciudadanos lo ignoraron, y así no pudieron huir el castigo que les destinó aquel jefe después de la información.

Si las cartas dan sospecha de inteligencias contra el soberano, y no bastante expresión de los delincuentes, se ofrece al correo el perdón con tal que los declare, diga los medios de que intentaba servirse cada conju-

rado para llevar á ejecución su designio; lo cual sabido, te será fácil romper las medidas de la conspiración con alguno de los expedientes que se propondrán en el tercero inmediato discurso.

Plutarco refiere que la conjura de Catilina se comenzó á descubrir por un cierto crotonés que traía cartas pertenecientes á ella; y que habiendo sido artificiosamente arrestado por orden de Cicerón, propaló todas las disposiciones de dicha conjura por salvar la vida, que le prometieron en cambio de esta declaración.

Supongo que si la oferta de la vida no basta, se dé tormento al delincuente que se tome, repitiéndole á menudo la palabra de perdonarle si confiesa lo que sabe acerca de la idea y número de los otros conjurados; pero advierto que estés alerta para no ser engañado por su deposición, pues acaso nombrará por compañeros suyos á los más afectos vasallos de tu príncipe, para que en el castigo de los primeros se rompan los apoyos del segundo, como ejecutó Cenón, que puesto al tormento por Nearco, tirano de su patria, Elea, para que declarase los cómplices de una conspiración, señaló por de aquel número los más apasionados á Nearco. El siguiente pasaje histórico sirva para la precaución y no para el ejemplo.

Sitiando el marqués de Mariñano á Siena, envió á un confidente que tenía en la plaza firmas en blanco de algunos desterrados de ella, sobre las cuales el confidente de Mariñano escribía á los más contrarios al emperador Carlos V: «Que para alcanzar la clemencia de S. M. facilitasen á sus tropas la entrada; que el partido imperial era ya fuerte en la plaza; y que para que supiesen los que le seguían, y tratasen con ellos la forma de entregarla, se les advertía estar de inteligencia con el emperador todos los que á la puerta de su casa tenían una pequeñita cruz blanca.» Estas cartas las echaba el confidente de Mariñano á escondidas en los portales de algunos ciudadanos, y las cruces las ponía con el mismo disimulo en las puertas de los más fieles á la república; acusaron los primeros á los segundos, y resentidos estos de que el gobierno los ofendiese con la desconfianza, ó los maltratase con la prisión, se halló en breve tiempo la ciudad confusa y parcializada, y su gobernador Mr. de Monluc poco seguro de los habitantes, y por consiguiente menos determinado á obstinarse en larga defensa, hasta que descubierto el artificio, se acabaron las sospechas y los procedimientos contra los que el gobierno había creído culpados.

DISCURSO TERCERO.

Diligencias convenientes desde que se averigüe con certidumbre que el país inclina á la rebelión, y que tal vez serán bastantes para que esta no llegue á tener efecto.

XXII.—Sobre la importancia y forma de prender en un mismo tiempo á los principales caudillos de la prevista sublevación. Discursos convenientes con los demás sospechosos.—La medicina tomada luego que se descubre el humor que peca, suele impedir que llegue la enfermedad que amenaza, ó que á lo menos venga con fuerza que intimide; así en averiguando quiénes son los súbditos que se disponen á tumultuar, podrá tal vez atajarse el tumulto sofocado en el intento por las diligencias que propon-

dréen este discurso. Cuando por la declaración de uno de los conjurados, ó por otro medio de los que el anterior discurso expresa, vengas en conocimiento de los caudillos de la premeditada sedición, debes no perder tiempo en asegurarte de todos ellos á una misma hora, como dice Salustio haber ejecutado Cicerón con los factores de la conjura de Catilina que se hallaban en Roma; pues quitadas estas cabezas, es natural que el cuerpo de los sediciosos fallezca; la dificultad consiste en lograr que parte de los primeros no se escape, y entre los demás expedientes que la conyuntura dicte, mira si es practicable el del ejemplar que sigue.

El duque de Braganza, dicho después don Juan el Cuarto de Portugal, sabiendo la conjura que disponían diferentes sugetos de Lisboa, año de 1641, dió un billete cerrado á cada uno de sus confidentes con precepto de no abrirle hasta la hora de medio día, sin que el uno supiese del otro; y leyendo todos sus billetes al tiempo señalado, hallaron orden para ir inmediatamente á prender á varios cómplices de la conspiración y llevarlos á ciertos parajes que eran entre si distantes, porque ni los mismos confidentes de aquel príncipe encontrandose averiguasen su intento sinó después de logrado.

En las conversaciones con los demás paisanos sospechosos será bueno que tus ocultos confidentes exciten como por acaecimiento, el discurso de países que habiendo tumultuado, fueron después abandonados por el príncipe ó protector que escogieron, porque este, á trueque de hacer su paz en lo restante ventajosa, dejó á los rebeldes á merced del ofendido soberano. También se les traerán á la memoria las ocasiones en que dichos protectores de sublevados los pusieron en penoso gobierno y en pesada contribución después de haberles ofrecido entera libertad y alivio: palabras que dirán tus confidentes no cumplirse jamás, cuya consideración acaso mantendrá en quietud á los paisanos, siendo el mayor freno para los peligros futuros el recuerdo de males sufridos por las temeridades pasadas; pues el entendimiento hace parar en el dolor de la memoria los caprichos que salen inconsideradamente de la voluntad.

La reflexión que hicieron los galos de que podrían quedar en peor estado si se rebelasen del pueblo de Roma, los obligó á mantenerse quietos durante la guerra de Vespasiano y Vitelio.

XXIII.—Tocante á sacar del país á los sugetos sospechosos del genio y circunstancias que aquí se expresan.—Si en el país, de cuya lealtad desconfías, hubiere algunos habitantes de mucha mano con el pueblo de genio interprendiente, ambiciosos de mandar, amigos de novedades y descontentos del gobierno, busca pretexto para sacarlos de sus provincias, aunque sea solicitando en la corte que los emplee ventajosamente en otro paraje donde no tengan forma de hacer tanto daño, lo cual también servirá para que sus parientes ó amigos no se ofendan de que se tratan con desconfianza, ni se malquisten con el soberano, particularmente si tu sospecha fué injusta.

Cuando César pasó á la conquista de Inglaterra, llevó consigo á los primeros señores de las Galias con sobrescrito de necesitar de ellos cerca de su persona para el consejo y para las armas; pero en realidad los sacó del país, porque los tenía en desconfianza.

El rey Valdemaro III de Dinamarca, meditando hacer la guerra en las provincias de los idólatras, resolvió llevar en su compañía con honorificos pretextos al hermano Otón para que durante la ausencia de Valdemaro, Otón que ya le era sospechoso no suscitase novedades en Dinamarca.

cariño que estos profesaban á la princesa María, mujer del propio Guillermo é hija del rey Jacobo, sobre quien Guillermo usurpó el reino.

Aunque el vasallo con el matrimonio de la princesa no pueda forjar un aparente derecho á todos los dominios del príncipe, tal vez sobre pretexto de dotes no pagadas, ó de antiguas asignaciones de provincias á favor de las hijas de los reyes, entablará contra el suyo una pretensión en cuya negativa funde la guerra, acalorado del partido que tenga en los pueblos, que ignorantemente la crean justa, ó de otro soberano que mostrando protejer la causa honesta, entre á sacar su porción de conquista.

Luís XIV para declarar la guerra á Felipe IV, se valió del pretexto de tocarle algunas plazas por herencia de una infanta de España casada en Francia.

El último peligro es que ambicioso de reinar el vasallo á quien no ponga límites el honor ni la conciencia, busque secretos, execrables arbitrios de quitar á los que preceden á sus hijos en el orden de la sucesión, para cubrir el intento de la tiranía con el derecho de la herencia. Dirás que puede haber el mismo riesgo siempre que se casen las princesas de la familia real aunque sea con soberanos; pero en la grandeza de ánimo de estos no caben ideas tan infames, como en el vasallo, que envilecido ya con el pensamiento de la rebelión, deja lugar á la sospecha para precaverse contra cualquiera maldad.

Tiberio, á quien Seyano comenzaba entonces á ser sospechoso, le embarazó el pretendido matrimonio con Livia, viuda de Drusus, hijo del mismo Tiberio y envenenado por el propio Seyano, el cual pensaba practicando semejante infamia con los hijos de Germánico, quedar único acreedor al imperiopor el casamiento con Livia.

XXV.—Excepciones tocantes á la regla de empobrecer al vasallo para no faltar á la razón política ni á la cristiana. Dase principio al discurso de hacer con los beneficios leales á los descontentos.—La máxima de empobrecer al vasallo muy rico, no se entiende generalmente con todos lo que lo son, sinó con el que excede sobrado en riquezas á los demás; pues él solo podría inclinar de su parte la balanza, en lugar de que habiendo otros de igual tamaño, conservarán el peso justo por más que todos ellos vayan creciendo al mismo paso en haciendas, respecto del principio matemático de que quien á partes iguales añade partes iguales, deja igual al todo; y si me replicas que muchos ricos podrán entre sí juntarse para colocar en el trono á uno de ellos, respondo que la propia igualdad será estorbo de la unión para este fin.

Parece que Aristóteles no recelando de los vasallos entre sí igualmente ricos, propone sólo precauciones contra el que excede mucho en poder á los demás; pues dice que se les dé el ostracismo ó destierro; así como de un coro de música se saca á aquel que aunque cante muy bien, tiene la voz tanalta que no concierta con los otros.

En la regla de troncar lo supérfluo no entra la de quitar lo preciso. Por falta de lastre se vuelca un navío tan fácilmente como por exceso de carga. El vasallo sobrado rico pudiera tumultuar por vicio; pero el en extremo pobre tumultuará casi por necesidad, para buscar en las novedades del gobierno alguna mejoría de su fortuna. Con que al paso que se dé á la nobleza muy poderosa ocasión de consumirse, franquéense á la muy aba-

tida empleos con que restablecerse y á la medianamente rica forma para conservarse.

Tácito refiere que Tiberio alivió la pobreza de los que no estaban caídos en ella por su culpa, y castigó á otros que habían arruinado sus casas por varios desórdenes: conducta que no fué originada de una justa moral de Tiberio; pues el mismo que supo dar á unos lo que les faltaba, encontró bien el secreto de quitar á otros lo que tenían de sobra.

No entiendas que en este capítulo y en el que le precede te aconsejo de buscar pretextos, ó hablando más claro, de suponer delitos en el vasallo muy rico, para quitarle su hacienda cuando él no es infidente al príncipe; y aunque tal máxima se halle aconsejada por alguno, cualquiera la conoce por tan impía como á su autor. Mi intención se extiende sólo á persuadir que practiques artificiosos modos de empobrecer á aquellos, de cuya mala fe y peligrosos designios te encuentres cierta y ocultamente informado; porque entonces la miseria del súbdito se reputa como castigo de este, y como seguridad del soberano, quien no le empobrece por rico, sinó porque hace pernicioso abuso de la riqueza. Pero en otro caso degeneraría en tirano el príncipe que pusiese en obra esta máxima, pues como dice Isócrates, el señal de un buen gobierno es que los vasallos se mantengan ricos y buenos.

Del tirano y no del buen príncipe dice Platón que atribuye supuestos delitos á los vasallos; pero el dictamen de Isócrates muestra cuánto, áun políticamente, sea peligroso tomar en el gobierno la conducta del tirano; atiende á sus palabras y al dictamen que sigue de otros escritores.

La intención y costumbre de los tiranos es procurar sus conveniencias y placeres á costa de las calamidades de los súbditos; pero á menudo sucede que los tiranos caigan en las propias miserias que han hecho probar á los demás. Escucha ahora á Aristóteles en el quinto libro de su política: «No mira el tirano al bien público, sinó al privado suyo, teniendo por objeto su gusto y no lo honesto, como tiene el verdadero príncipe. El tirano quiere abundar en dinero y el buen príncipe en honor. El tirano ha menester la custodia de los extranjeros; el príncipe está seguro con el presidio de los súbditos.»

Plutarco hablando de Aristipo, dice: «Los tiranos ocupadores de la libertad suelen vivir en continuo temor y pocas veces evitan una muerte violenta, aunque estén dentro de castillos y rodeados de guardias de sus tropas.»

Aun con vasallos que sepas desafectos á tu príncipe, querría yo que suspendieses el castigo hasta probar si bastan otras diligencias para la enmienda, particularmente cuando se hallan descontentos por alguna injusticia que, deshecha, quite los motivos á la queja, ó cuando por su genio dócil ó tímido, te parezca suficiente el aviso ó la amenaza para que no prosigan en el intento del delito.

Aconsejando algunos à Felipe de Macedonia que se precaviese contra cierto buen guerrero que de él estaba disgustado, Felipe, juzgando más útil diligencia contentarle que oprimirle, respondió: «Qué? Si yo tuviese una parte del cuerpo enferma, la cortaria primero que probase curarla?» Mas ya que se ha tocado el punto de hacer con los beneficios amigos á los descontentos, proseguiré el mismo discurso en el capítulo inmediato.

XXVI.—Sobre la máxima de obligar á los sospechosos con la fuerza de los beneficios.—Muchos quieren que sólo á fuerza de beneficios pueda mudarse el intento de un principal señor que medite contra su príncipe,

Digitized by Google

diciendo que sería peligroso castigarle, por el gran séquito de amigos ó parientes; y Bocalini observa que para espantar los pájaros no se cuelgan piezas de terciopelo, sinó reliquias de la más vil ropa, máxima que si se toma sin excepción, es á mi entender, una de las más falsas que se puedan encontrar; pues quien pudo resolverse á tan infame delito como es el de la traición, seguramente no tiene un alma noble, y los hombres de perversa naturaleza, no se ganan con agasajos, aunque grandes; dice Dión á propósito de Alieno y Marcelo, que después de muy beneficiados por Vespasiano conjuraron contra él.

Amelot repara que los espíritus violentos no son capaces de reconocimiento, porque atribuyen la complacencia con que se les trata al recelo

que imaginan se les tiene.

Si fuese generalmente establecida la regla de disimular á los grandes sus perjudiciales prácticas, emposesados en delinquir con la certidumbre de no padecer, doblarían la frecuencia de los atentados, en lugar de que el castigo de alguno de ellos, mostrando á los otros que no están exentos de la pena, los abstendrá de incurrir en el delito.

Hablando Tácito de los castigos que Tiberio ejecutó en los vasallos que le eran sospechosos, dice: «Comenzó por Silius, porque habiendo mandado una gruesa armada en el espacio de siete años, obtenido el honor del triunfo en Alemania y terminado la guerra de Sacrovir en Galia, cuanto más él caía de alto, más su caída debía espantar á los otros.»

Puedes emplear el beneficio para reducir al descontento, cuando juzgues que este, por la docilidad de su genio, se muestre sensible á tu galantería, ó al logro que le facilitas de la pretensión que se le negó indebidamente; complacencia que se autoriza con el sobrescrito de justicia, y que bastará para aplacar el ánimo del que, no sobre la malignidad del natural, sinó sobre la sinrazón del atraso, funda el motivo de la queja.

Cuando no te halles en paraje de castigar al delincuente, no sólo conviene que disimules la ofensa, sinó que es preciso darle una interpretación que la desfigure en servicio; porque es desaire del príncipe mostrar el sentimiento antes que se encuentre capaz de ostentar el castigo. Añádese que el hacerse entendido del delito del vasallo, sin oprimirle al mismo tiempo, es meterle en priesa de armarse contra el soberano; porque, descubierta su culpa, tomará cualquiera camino para librarse de la pena.

El consejo dado por el gobernador de la Habana, Pedro de Barba, y rehusado ciegamente por el comandante de las islas, Diego Velázquez, fué que llevase á Hernán Cortés por el camino de la confianza, cobrando el beneficio pasado con nuevos beneficios, y se aventurase á fiar de su agradecimiento lo que ya no se podía esperar de las amenazas ni de la fuerza.

Retirándose de Francia Judit, hija del rey Carlos Calvo de aquel reino, y viuda de Adolfo, rey de los anglos, Balduíno, gobernador de Flandes por el rey Carlos, en lugar de facilitar el tránsito á la reina, la arrestó, pretendiéndola en matrimonio; Carlos Calvo hallándose entonces embarazado en otras guerras, y consiguientemente incapaz de castigar tal osadía, consintió en el expresado matrimonio; y como alegrándose de él, creó primer conde de Flandes al referido Balduíno.

Landrico no había pensado en dar la muerte á su rey Childerico de Francia hasta que supo que sus ilícitos amores con la reina Fredegunda, eran notorios al expresado Childerico.

XXVII.-De las precauciones con sugeto sospechoso de quien sea

preciso mostrar confianza.—Las excepciones anotadas en el capítulo antecedente no quitan que mientras ocultas la desconfianza del súbdito, te prevengas mañosamente contra sus insidias, poniendo fuera de insulto los parajes más importantes sujetos á sus inteligencias; pues la buena regla quiere que mires á la defensa propia antes que á la ofensa agena, que era el consejo dado al emperador Claudio por sus amigos, cuando Silio meditaba señorearse de Roma. Por eso has de advertir que la política de mostrar confianza, no degenere en error de aumentar el peligro, como sería facilitar á los sospechosos ventajas para enemigos, entregándoles el comando de alguna plaza, provincia ú tropas, ó comunicarles secretos considerables en cosas del mismo país; pues el príncipe los puede llenar de beneficios en otra parte donde no haya riesgo de que los conviertan en daños.

Con todo lo dicho confieso que alguna vez los beneficios vuelven al malo bueno; pero el hacer del ladrón fiel, sea el último desesperado remedio: así como al enfermo desahuciado por los medicos se le da todo lo que pide, y si muchos aceleran su muerte en la satisfacción de su apetito, en algunos contentada la naturaleza, se esfuerza contra la enfermedad á

suplir la insuficiencia de la medicina.

Sublevados los catalanes contra Don Juan de Aragón, rey XVIII, la reina Juana que se había retirado á Gerona, viendo también balancear en la fidelidad aquel pueblo, y no teniendo recurso alguno á la dilación ó á la fuerza, tomó de la mano á su hijo don Fernando, y entregándole á los gironeses, dijo que á su fe le encomendaba, de cuya confianza empeñados ellos, atacaron y deshicieron al conde de Pallarés, que era el jefe de los sediciosos.

XXVIII.—Que puestos conviene demoler, y cuáles se deben fortificar y abastecer en país de sospechosa fidelidad.—Los pequeños antiguos castillos, que siendo regularmente muchos, te desmembrarían en su guarnición demasiadas tropas, y que no estando en pasos precisos de la frontera pueden servir para el abrigo de los sublevados, y no para la defensa del país contra un príncipe confinante, me parece convendría anticiparte á demolerlos (como el señor príncipe Pío, gobernador general de Cataluña, ejecutó en aquella provincia), pues si los guarneces todos, tu ejército quedará muy débil, y si no los guarneces, te costará caro echar de ellos á los paisanos amotinados que los ocupen, especialmente si están situados en montañas, y siendo chicos, como de ordinario sucede en tales parajes, tampoco tienes ventaja en conservarlos, porque son capaces de pocas tropas, y cualquiera cuadrilla de paisanos que se atraviese en los inmediatos desfiladeros, hace que la guarnición sólo domine el país hasta donde alcanza su fuego, y finalmente, bastantes puestos importantes hay que guarnecer y fortificar en una provincia sospechosa.

El continuador de Foresti hablando de Enrique II de Inglaterra, dice: «Hizo abatir muchas fortalezas que podían servir de refugio a rebeldes, y muchas hizo refabricar que aprovechasen para la defensa del Estado.

Quitarás á los pueblos el pensamiento de tumultuar, ó la facilidad de mantener la sublevación si conservas tus castillos, ciudadelas y plazas bien abastecidas de lo necesario; porque los paisanos, conociendo la dificultad que hallarían en hacerse dueños de aquellas fuerzas, y que sin ellas no pueden subsistir ni preservar de tus partidas sus casas, ganados y personas, des-

echarán la idea de revoltarse áun cuando su inclinación los llamase á ejecutarlo.

El conde Bisaccioni dice que si los castillos y plazas de Portugal no estuviesen tan desprevenidos como estaban de gente, víveres y municiones, no se habrían acaso atrevido los portugueses á proclamar por su rey al señor duque de Braganza, ni aunque lo ejecutasen, lograrían su empresa con la facilidad y poco tiempo que la finalizaron.

La reina Margarita de Noruega, Dinamarca y Suecia temiendo una sublevación en los vasallos de este último reino, puso la mayor atención en apoderarse mañosamente de las plazas y castillos que antes estaban en manos de los paisanos, porque Margarita conocía que sin tal refugio no tumultuarian los pueblos, ó no podrían á lo menos mantener el tumulto.

En lugures que por su mucha vecindad sean capaces de atropellar la guarnición que puedas ponerles, haz construír ciudadelas que los dominen. Fortifica y guarnece los puestos que están sobre los principales ríos y los demás pasos necesarios á los paisanos para su comercio y modo de vivir. Dichas obras convendrá ponerlas dentro de pocos días en alguna defensa, porque los paisanos no tengan tiempo de ajustar entre sí ó con los príncipes vecinos la forma de impedirlas.

El duque de Alba hizo construír, año de 1569, en Amberes, un castillo cerca del río y dominante à la ciudad, en cuyo trabajo empleó dos mil gastadores, que primeramente obraron solo con tierra, para poner más presto á la guarnición fuera de insulto, porque el número de aquellos habitantes era excesivo, y antes de mejorar la fábrica con ladrillo ó piedra como ahora está, ya el duque había entrado en el castillo guarnición española y alemana con la artillería y municiones de la villa, todo al favor de la primera tierra levantada, que ofrecía alguna defensa contra los paisanos, y así los tuvo en brida sin darles tiempo de consultarse entre ellos ó con los vecinos potentados.

También guarnecerás con gran cuidado las avenidas del país enemigo

por donde pudieran recibir socorro tus rebeldes.

Cerrarás asimismo á los pueblos de que desconfías el paso de algún país neutral de donde receles que á fuerza de dinero ó con el tácito permiso del príncipe, se abastezcan de hombres, caballos, municiones y más pertrechos

de guerra ó boca.

Cualquiera entenderá sin repugnancia, que en sospechándose de la fidelidad de un pueblo, convenga sujetarle con una ciudadela, con poderosa guarnición ó con desarmar á los paisanos; pero como no siempre habrá tropas suficientes para lograrlo con la fuerza, se hace preciso discurrir los medios para obtenerlo con el artificio; y así trataremos de ellos en casi todo lo que resta del presente discurso.

Si el pueblo en que deseas construír una ciudadela no estuviere aún desconfiado de tu príncipe, la puedes fabricar en paraje que equivoque la defensa de la campaña con la ofensa de la villa, dando á entender que sólo te mueve á la obra el primer fin, para asegurar más bien á los paisanos de un ataque de los enemigos que pueden sobrevenir, ó para que tengan aquella retirada en donde capitular.

Desconfiado de la ciudad de Tepeaca Hernán Cortés, construyó en ella una fortaleza que fué bien admitida de los nacionales; porque publicaba Cortés, que aquella obra era para más bien defenderlos de los mejicanos.

XXIX.—Comiénzase á tratar de la forma de introducir tropas en lu-

gar sospechoso que rehuse admitir guarnición.—Lograrás acaso introducir guarnición en un lugar sospechoso, si antes que se comprenda tu designio de intentarlo, pones en marcha tropas que, con pretexto de pasar á otra parte para donde sea camino derecho el expresado lugar, las tropas entran como pasajeras y quedan como presidiarias. Repugnarán menos los paisanos abrir las puertas á tus regimientos cuando en el mismo pueblo hay puentes precisos sobre algún río que hubiesen de atravesar aquellos cuerpos, para llegar al paraje á donde se publicó marchaban, que será al que, según las circunstancias de la ocasión, parezca más natural se encaminen algunas fuerzas, pues todo contribuye á disminuír con la semejanza de la verdad las cautelas de la sospecha.

Podrás también introducir tropas en el lugar de que sospechas, enviando á él algún destacamento con motivo de acompañar un convoy ó un jefe, y dejando correr la voz de que el destacamento se retirará luego que ponga á uno ú otro en seguro; pues si los paisanos meditaren efectivamente una sublevación, se alegrarán de que el convoy se deposite en su pueblo, pensando servirse del mismo contra tu príncipe, ó hacer prenda del jefe que se va á entregar en sus manos, para rescatar en su cange alguno de los conjurados que pudiese caer prisionero de tus tropas; y así confundirán en las

dobleces del trato las diligencias de la precaución.

Sería bueno haber hecho entrar en la plaza á la desfilada ó disfrazados de paisanos y prevenidos de armas cortas y ocultas algunos soldados y oficiales que, por si los habitantes no dejan pasar la escolta de puertas adentro, se tengan prontos á caer sobre la guardia de la puerta, luego que la escolta y convoy se acerquen á ella, de lo cual trataré largamente en el libro de Sorpresas, en donde traeré los ejemplares y avisos convenientes cerca de este caso.

A los cabos ó justicias del pueblo sospechoso pedirás permiso para situar allí los hospitales del ejército, representando alguna comodidad que en otra villa no se encuentre; logrado pues, se finjirán enfermos los mejores de tus soldados, ligándose la cabeza y dándose en el rostro con alguna agua que los ponga pálidos. Cuando en el finjido hospital hubiere soldados bastantes, una noche se harán dueños del lugar ó de alguna puerta por donde entre un destacamento, que á prevención se habrá acercado con las cautelas que verás en el citado libro de Sorpresas.

Si no permiten los paisanos que los finjidos enfermos entren en el lugar con sus armas y municiones, hay los expedientes de suministrárselas después, por medio de vecinos del mismo pueblo afectos á tu príncipe, ó introduciéndolas en toneles ó carros fabricados con el arte que se dirá en el referido libro de *Sorpresas*, el cual es preciso ver antes de ejecutar cualquiera de las operaciones que en todo este capítulo y en el siguiente se

proponen.

XXX.—Terminase el asunto del capítulo antecedente, y se dice lo que es preciso ejecutar una guarnición de fuerza inferior á los paisanos, cuando el gobernador sepa que estos han resuelto desarmarla ó degolarla.—El emperador Federico II, no fiándose en los semminiatenses, les escribió que enviaría á su lugar los prisioneros y las cajas del tesoro para que mientras Federico pasaba desde Toscana á Pulla, los de Semminiato

le guardasen uno y otro. Creyéronlo así los paisanos, y aceptaron la oferta, ambiciosos del tesoro ó adormecidos de la confianza; pero bien presto se conocieron engañados, pues Federico remitió buenos soldados suyos en traje de prisioneros, y las cajas que parecía llevar dinero, iban llenas de armas, de las cuales echando mano aquellos soldados cuando estuvieron en el lugar, se apoderaron de él.

Enrico, duque de Mechelbourg y general de ejército de Erico VIII de Dinamarca, no pudiendo meter de otro modo su guarnición en Rostoc, encaminó á aquella plaza, por la noche, dos carros que parecían cargados de víveres; pero en el vacío de ellos iban tropas armadas, que saltando á tierra luego que estuvieron en la plaza, mantuvieron la puerta hasta que entraron por ella otras tropas que Enrico había prevenido á conveniente distancia

Para ejecutar lo que el duque de Mechelbourg, será necesario que primero sepas no tener las centinelas de la puerta la ordinaria precaución de penetrar, con un chuzo, todos los carros que van á entrar, para conocer lo que hay en lo interior de ellos, ó bien que alguno de tus confidentes, introduciéndose en la guardia de los paisanos, haya mañosamente ocultado tales instrumentos, y que disponga que omita la advertencia de no dejar pasar los carros sinó uno á uno, y de cerrar la primera barrera mientras el carro pasa la segunda, de cuyos puntos y los demás concernientes á la propia materia, vuelvo á decir que trataré en el libro de Sorpresas.

Si todos los arbitrios hasta aquí propuestos, y los que más adelante diré, no bastaren para que tus guarniciones se aseguren de los grandes lugares en que estén; y si no hallándote con tropas suficientes para reforzarlas, tuvieres certidumbre de que los paisanos han resuelto degollarlas ó rendirlas, procuren ellas ganar por la mano, sorprendiéndolos cuando se encuentren juntos y desarmados, como es en el espectáculo de algunas fiestas ó en otro paraje donde acostumbren concurrir en gran número y sin armas; el arbitrio es violento, pero sí único, preciso; donde no basta el cauterio, no se cuenta por crueldad aplicar el cuchillo.

Sabiendo Pedro de Albarado, á quien Hernán Cortés dejó en Méjico mandando algunos españoles que los mejicanos tenían resuelto juntarse con motivo de solemnizar una de sus fiestas, y al fin de ella degollar á los españoles, Albarado, que no tenía fortaleza en que se recojer, ni retirada segura que tomar, ganó á los indios por la mano, sorprendiéndolos en el principio de su concurrencia, antes que ellos hubiesen empuñado las armas que tenían ocultas en el barrio más vecino al templo donde hacían la festividad.

Porque degeneraría en crueldad el castigo, si se extendiese la pena más allá de los delincuentes, conviene que, en la sorpresa propuesta en el antecedente párrafo, ciñan tus tropas la ofensa agena á lo que baste para la seguridad propia, no empleando en los rendidos la espada, que debe cortar sólo en los obstinados; pues muchos de los que concurren serán inocentes, y el rigor ejecutado con estos, desautoriza la justicia hecha con los otros.

XXXI.—Precauciones sobre artillería, armas y municiones almacenadas en grandes pueblos de que desconfíes. Suposición en cuanto á la seguridad de las guardias de los mismos pueblos, y aviso en cuanto á cuarteles.—Las armas tanto del rey como del común que hubiere en los

Digitized by Google

almacenes de grandes y sospechosos pueblos, las harás poner, con algún pretexto, en las ciudadelas de ellos ó en otro puesto defensable, á fin de que los paisanos no se valgan de dichas armas contra su príncipe; lo mismo digo de las municiones; pero si la guarnición es poca á proporción del paisanaje, necesitas grande maña para lograrlo; pues nunca encontrarás tan rudos paisanos, que no conozcan el fin de tu diligencia; y así la disfrazarás con los colores que, según la ocasión, disimulen más bien tu pensamiento, buscando los arbitrios posibles para que el pueblo no se altere de tu resolución.

Si la guarnición se hallare fuerte, no habrás menester cumplimientos, bastando ponerla sobre las armas con motivo de revista ó ejercicio general, comenzar después por enviar partidas que sorprendan y mantengan los almacenes referidos: estar pronto con el resto á caer sobre los paisanos que armaren algún motín para impedir el trasporte de las armas y muni-

ciones, y tener siempre en movimiento patrullas por las calles.

Toda la artillería de los pueblos sospechosos, y en que la fuerza de la vecindad pueda meter en celos á la guarnición, se pondrá en los baluartes, cuyas golas fortificarás prontamente, no importando que la figura y fábrica de esta obra sea imperfecta; pues contra paisanos cualquiera reparo basta, y antes bien con eso podrás persuadirlos á que las cortaduras de las golas no son contra la plaza, sinó contra la campaña por sospechas que mostrarás de que los enemigos ataquen la plaza; para mayor seguridad de los baluartes introducirás en ellos la misma noche buena cantidad de víveres y municiones, á fin de que si el pueblo tumultúa estando ceñido de aquellos puestos, sea fácil reducirle primero que falte la subsistencia á sus defensores, y los sublevados no se aprovechen de los cañones de las cortinas, cuando no te hayas atrevido á llevarlos á la ciudadela, ó en caso que esta no se encuentre.

Por lo que toca á las guardias de las puertas, cuarteles, almacenes y otros puestos importantes, no se ignora que siempre se cubren contra los vecinos de buenas palizadas, y á veces se añade un parapeto con su banqueta y foso, todo para que dichas guardias, ni los parajes en que están se expongan á una sorpresa de los paisanos, y no sé si á no haber practicado esta prevención don Adrián de Betancur, gobernador de Tortosa, hubieran los moradores de aquella ciudad mantenídose tan quietos la noche que intentando el conde de Staremberg la primera sorpresa, no faltó á los alemanes que pasar más que una mala cortadura; y con ser las tres cuartas partes de aquel pueblo apasionadísimas por el partido contrario, no se movió algún paisano, porque á más de las patrullas que se expidieron por todas las calles, se veían rodeados de guardias que ellos no podían forzar, estando retrincheradas contra la misma ciudad.

Cuando es grave el peligro de una sorpresa de los ciudadanos, alojan todos los oficiales, y el mismo gobernador, cerca de los cuarteles en una porción de lugar que se retrinchera, para lo cual se publica el pretexto de que así están los soldados más en disciplina á la vista de sus oficiales, y de que se les imposibilita el salir de noche á buscar mujeres ó á cometer otro desorden.

Si te parece que hay riesgo de alborotar los paisanos al mostrar el intento de retirar á la ciudadela ó baluartes la artillería de pueblos más fuertes que su guarnición, creo sería bueno que tus mismas centinelas clavasen una noche todos los cañones y se retirasen después, dejando correr la voz de que unos hombres desconocidos llegaron con capa de amigos, las sorprendieron y amenazaron con la muerte si llamaban; y que estos mismos habían clavado la artillería, de cuyo exceso (finjiendo creerle cometido por los paisanos) te quejarás al pueblo; para que no viniendo este en conocimiento de tu maniobra, no advierta de que aquella es prevención para quitarle las fuerzas de la mano, fuera de que dicho extratagema puede servirte para meter la división entre los paisanos, pues muchos habrá que no aprobando lo hecho, se enemistarán con otros de su propio partido, descurriéndolos autores de la ejecución.

Otra ventaja en el finjimiento propuesto, será tal vez que los paisanos para sincerarse en la culpa que se les átribuye, te concederán por satisfacción algún arbitrio de que necesites para la mayor seguridad de tus tropas.

XXXII.—Para desarmar á paisanos de poco segura fidelidad y de fuerza superior á tus tropas.—Antes que los paisanos, de cuya fidelidad sospechas lleguen á declarársete enemigos, finje una precisión de su socorro, y pide á los lugares de que más temas, tantos hombres armados que concurran en tal parte; cuando los tengas á mano, pretextando un nuevo motivo de desconfianza, para ponerlos en arresto, los repartirás en diferentes puestos seguros, quitándoles las armas; pues estas y sus dueños harán falta á los pueblos expresados para efectuar la meditada rebelión.

Siempre te darán los pueblos el socorro de que se ha tratado, porque si no se hallan dispuestos á una próxima sublevación, huirán de ponerte con la inobediencia en sospecha de la infidelidad, y si están prontos á sublevarse, querrán acaso introducir en tu ejército ó plazas enemigas con el disfraz de parciales, para lograr por su medio alguna sorpresa que asegure los primeros pasos de la rebelión.

Escribiendo Solís de cuando Hernán Cortés, noticioso de la atroz conjura que maquinaban contra él los de Cholula, les pidió dos mil hombres de refuerzo para su pequeño ejército de españoles, dice: «ofrecieron con prontitud la gente armada que se les pedía, en que andaban encontrados los designios: pedíala Cortés para desunir sus fuerzas y tener en su poder parte de los traidores que había de castigar, y los caciques la ofrecían para introducir en el ejército contrario aquellos enemigos encubiertos y servirse de ellos cuando llegase la ocasión.»

Si no te parece suficiente desarmar, como está dicho, una porción de los paisanos, y si creyeres peligroso llamarlos todos á una revista general en campaña, porque no pudiendo tú acaso juntar en ella número bastante de tropas sin desguarnecer las plazas, acudirían tantos, que fuesen más fuertes que tu ejército, reparte en las guarniciones las tropas de este, y pasados algunos días convoca las milicias para dicha revista en la plaza más grande y mejor guarnecida que tengas, señalando diferentes días á los milicianos de cada lugar, ó de cada tres ó cuatro, según fueren numerosos; y conforme vayan llegando, cerrarás la puerta y los desarmarás, sin dejar en todo el tiempo de esta faena que persona alguna salga de la plaza, porque no tengan el aviso los que faltan de entrar para otros días ni las centinelas permitan que algún paisano de los de adentro se asome á las murallas, ó acerque de mucho trecho á la puerta, porque con señas no dé á entender

lo que se ejecuta á las milicias que prosiguieren á venir: puede también haber fuera de la plaza cantidad de patrullas, de ronda en la muralla porque no se descuelge algún paisano á llevar el aviso á los otros pueblos; pero si hay diferentes plazas bien guarnecidas, es mejor ejecutar á un mismo tiempo en todas ellas la diligencia de quitar las armas á las milicias, porque en la dilación de muchos días no hay secreto que no se descubra, y cuando no fuese más que de ver que no vuelve á su casa alguno de los paisanos que han entrado el primer día en la plaza, se pondrían los restantes en sospecha, y hasta averiguar su fundamento no se resolverían á eje-

cutar el meditado viaje.

Al reconocer los paisanos el intento de quitarles sus armas, pudieran, fiados en el socorro de sus vecinos, apelar á la fuerza de ellas contra las tropas de cada plaza en que los quieras desarmar; y aunque supongo que en todas, la guarnición se halle superior á las milicias, como de cualquiera tumulto resultarían muertes y robos, convendrá buscar arbitrio de lograr tu fin y evitar estos desastres: un medio propone el dialoguista del Gran Capitán, y es que á los paisanos de cada lugar se les dé á entender que sólo con ellos se ejecuta el desarmamiento, para que, no creyendo agraviados á los otros, no esperen ser socorridos de alguno. Contrario expediente y al mismo propósito, fué el de Marco Catón, pues hizo á un propio tiempo derribar las murallas de varias plazas de España que le eran sospechosas; obedecieron la orden los paisanos, pensando en cada ciudad que las otras ya tendrían puesto en obra el mismo precepto, y que así el detenerse á consultar con ellas serviría no más que de quedar la ciudad sola expuesta al enojo de Catón, según cuyo ejemplo parece que al desarmar las milicias en cada plaza, se les debía expresar que las otras estaban ya desarmadas.

XXXIII.—Fenécese el asunto del capítulo antecedente. Hácese una advertencia sobre el contenido de este discurso y se expresan las formalidades para un desarmamiento que se ejecuta con mano fuerte.—Cuando es un pueblo solo el que intentas desarmar, basta que con pretexto de pasar una revista á los paisanos, los metas entre número superior de tropas, después de sacarlos á campaña, en donde no se resolverán tan fácilmente á inquietarse, como tal vez harían al abrigo de sus casas y al clamor de sus familias, que habiendo quedado en la plaza, son rehenes de la obediencia de los que salieron al campo.

Pudiera un considerable cuerpo de paisanos desarmarse por inferior número de tropas, concurriendo con ellas en campaña, con pretexto de

revista, de ejercicio ó de socorro, etc.

Cuando al hacer las milicias su modo de ejercicio como acostumbran, dejan las armas en el suelo y se ponen á correr por los campos, á lo que ellos llaman fagina, pues entonces no tienen las tropas vecinas sinó marchar prontamente á apoderarse de las armas; y para eso convendría haber elejido paraje separado de todo bosque ó broza, para que se alarguen más á la fagina los paisanos, que he reparado tienen siempre grande gusto en volver cargados con un ramo ó cosa que lo valga.

Otro expediente es dar á los paisanos tal formación, respecto á la de tus tropas, que cualquiera movimiento de estas precisamente los haya de poner en desorden, ó con motivo de verlos desfilar, hacer que presenten

y malos del país, remítelos á una plaza donde no se les trate con rigor, pero se mantengan con custodia, y les harás decir que sus vidas responderán de la quietud de sus lugares, porque sabes que ellos han sido los motores de la rebelion; mas que si enmendándose escriben á sus parientes y amigos lo que baste á que vivan sosegados, alcanzarán premio en cambio de sufrir castigo.

En los Comentarios de César verás por aquel principe frecuentemente practicada la regla de arruinar las fortificaciones de puestos que no podía guarnecer en país de mal segura fidelidad.

El mismo César tomó rehenes de los ingleses, de quienes jamás hizo confianza; y Spitignio II de Bohemia se aseguró de los moravos con retener trescientos de los principales en prendas de la quietud del país.

XXXVI.—Dáse principio al discurso de combates contra rebeldes, y se proponen expedientes para cuando ellos por no venir á las manos con el todo se dividen en varios euerpos.—En combate contra rebeldes búsquese la derrota de los entonces enemigos, y no el exterminio de los siempre vasallos, solicitando vencerlos para reducirlos sin llegar al extremo de aniquilarlos, pues aunque hoy sean peligrosos y malos, la consideración de que mañana serán útiles y buenos, bastaría para llorar el estrago que pasase más allá de lo preciso para la victoria.

Dirás que si fueron inútiles tantas diligencias hasta aquí propuestas para que los vasallos no tumultúen, es demasiada la paciencia de no extender á todos sus términos las consecuencias de la victoria, y mal fundada la esperanza de la enmienda; pero muchas veces no enseña la razón tan bien como el escarmiento, en particular á los genios cuya rusticidad se muestra insensible á los peligros hasta que empieza á padecer los trabajos; y en fin, se justifica para en adelante el rigor cuando se experimentan desatendidos todos los recursos de la blandura.

Si los rebeldes, abusando de tu piedad, te dan motivo para segundo combate, ó si en el primero son tantos y tan obstinados, que no te parezca suficiente atemorizarlos sin disminuirlos, es preciso llevar un poco más dura la mano en el alcance, para evitar el mayor y más próximo peligro.

César hizo todas las posibles diligencias en Cataluña para que se le rindiese el ejército de Afranio y Petreyo, sin llegar á un sangriento combate, en que, vencedor ó vencido, tendría siempre que llorar el destrozo de los romanos; pero cuando en Tesalia no hubo más arbitrio que el de pasar por aquel dolor, no dejó el mismo César de pelear contra Pompeyo, ni de seguir con grande actividad el alcance.

Los motivos alegados en el capítulo que sigue, y el querer cada tropa de rebeldes estar cerca de su lugar, porque no tienen sueldo ni almacenes para vivir muchos días sin el socorro de sus casas, hacen que rara vez se halla junto un grueso cuerpo de ellos, sinó que se reparten en varias cuadrillas, de cuyo modo abrazan más país, subsisten con mayor facilidad y huyen con menos estorbo. En tal caso, formarás también muchos destacamentos de tu ejército para cubrir los puestos más importantes y correr por diversas partes sobre las tropas de sublevados; pero no separes tus partidas unas de otras tanto que pueda caer sobre alguna, superior número de rebeldes, los cuales se juntan prontamente, porque no tienen equipaje que los embarace, están acostumbrados á marchar á pié con más celeridad que las tropas, saben los atajos y sendas ocultas; y siéndote desafectos los pai-

sanos de la provincia, tendrás pocos y atrasados avisos del movimiento de los contrarios; por lo cual es necesario que los comandantes de tus destacamentos se den recíprocamente socorros y noticias; que á una distancia razonable de los mismos conserves un grueso de tropas para marchar á socorrer el destacamento que lo necesite, y que en cada lugar tengas diferentes ocultos espías de paisanos fieles á tu príncipe; precauciones que en toda la última pasada guerra se experimentaron precisas contra los sublevados de Aragón, Cataluña y Valencia.

Tácito, hablando de Publio Dolabela, por quien fué exterminado en Africa el partido rebelde que mandaba Tacfarinas, dice: «Como la experiencia de muchas expediciones hechas contra Tacfarinas había enseñado que no era menester atacar con un grueso ejército, ni por un solo paraje, á un enemigo que no hacía frente, dividió sus fuerzas en cuatro cuerpos, de los cuales dió la conducta á los jefes de las legiones y á los tribunos, y él iba por todas partes á distribuír las convenientes órdenes.

XXXVII.—Pruébase que es fácil derrotar á los rebeldes, y se dice la forma de atacarlos.—Las tropas de rebeldes ordinariamente se componen de la ínfima canalla; y si alguna vez se les juntan hombres de calidad, son por la mayor parte sin experiencia en la guerra, pero de ambición para el comando; y entrometiéndose todos á ordenar, cada uno se desdeña de obedecer; conque en aquel monstruoso cuerpo se halla el oficio de las manos embarazado por la multitud de las cabezas.

Discurren siempre los rebeldes que no mediará tiempo entre su prisión y su castigo; y en lugar de hacerse el ánimo á vencer ó morir en el combate, se enternecen con el recuerdo de sus familias, y no se atreven á esperar de una renida victoria la seguridad que toman en una anticipada

fuga.

El soldado de profesión gana interés y crédito en la herida que recibe; pero el paisano considera que si queda estropeado, no puede trabajar para alimentarse, y que su mal es testimonio de su delito. Los rebeldes, previniéndose atropelladamente á ponerse en campaña, se valen de las armas que hallan más prontas, y suelen ser escopetas medio inútiles, viejas lanzas, palos herrados, etc. Pero supongamos á los rebeldes bien armados, obedientes y dirigidos por hombre de inteligencia, ¿dejarán por eso de formar un cuerpo atemorizado del peligro en que no se halla experto, é incapaz á las evoluciones ó movimientos que nunca hizo? Jefes de gran valor y conducta eran Silas Babilonio, Níger Perayta, y Juan Eseniense, mas no pudieron librarse de que Antonio, gobernador de Ascalón por el emperador Nerón, con cerca de quinientos hombres los derrotase numerosos ejércitos de rebeldes, de los cuales una vez Antonio degolló diez mil, y otra ocho mil.

Yo he visto siempre que los paisanos son terribles á tropas que se retiran delante de ellos sin haberlos primero derrotado; y que no valen poco ni mucho cuando se echan algunas tropillas á embestirlos á la desordenada, marchando con el grueso á buen paso á sostenerlas, y destacando á vista de los mismos rebeldes partidas que hagan semblante de ir á cortarles la retirada.

En combate contra paisanos, conviene tener caballería, aunque no sea terreno á propósito para ella; pues en la guerra de Cataluña hemos experimentado que á la infantería la temen poco, fiados en que no los alcanza cuando toman la fuga, y de la caballería en todos parajes huyen sin detenerse á considerar lo dificultoso de los caminos.

Siempre que ataques á paisanos, procura llegar desde luego á la arma blanca, pues ni están acostumbrados á tal forma de pelea, ni de ordinario tienen bayonetas, fuera de que al fuego son mejores que las tropas, porque tiran más derecho; y como se baten esparcidos, cubierto cada uno con su árbol ó peña, no es fácil acertarles; así vimos en la citada guerra, que diecisiete miqueletes junto al puente de Tregó, hirieron á cuarenta franceses del regimiento de Blesois y mataron otros tantos, no porque faltase valor á aquellas tropas, que eran de un bellisimo cuerpo y mandadas por buenos oficiales, sinó porque no entendiendo la irregular precisa forma de hacer la guerra á los miqueletes, se detuvieron dos horas á fusilearse con ellos, y nunca destacaron partidas á desalojarlos de ciertas peñas que ocupaban cerca del referido puente de Tregó.

XXXVIII.—Inconvenientes en diferir el ataque de los rebeldes, y algunos avisos para que el pais tema á tus tropas más que á las suyas.— A más de la razón alegada, para no perder tiempo en atacar á los rebeldes, hay la de que no se les da lugar de tomar por sitio, inteligencia ó sorpresa alguna plaza ó puesto fuerte, de que no te sería tan fácil arrojarlos como batirlos en campaña.

Tampoco se les deja tiempo de fortificar alguno de los lugares que ya ocupen, y que será en los principios tan fácil de tomar, como, después de

fortificado, costoso de rendir.

Cualquiera operación que logren los sublevados mientras los dejas en reposo, los acreditará de superiores y tomarán su partido otros pueblos, que dudosos entre la inclinación y el recelo, mantuvieron la quietud por desconfianza de la amiga fuerza.

· Por esta razón debes echar voz en los pueblos que áun se mantienen

quietos, de ser corto el número de los sediciosos.

Así lo practicó Tiberio cuando se le amotinaron en las Pannonias las tres legiones mandadas por Blesus.

Cuando no tengas tropas suficientes para acudir á todas partes, haz semblante de llevarlas ya á esta ya á aquella, porque esperando su llegada en todas, no se resuelvan los paisanos á declararse rebeldes en alguna; y así entretendrás á los lugares de que más desconfíes, escribiendo hoy al uno, mañana al otro que prevengan alojamiento á un cuerpo de tropas, y efectivamente las mostrarás en muchos parajes del país, para establecer créditos de señor de la campaña, á cuya diligencia añadirás la voz de que por instantes aguardas más regimientos de otra provincia ó ejército.

XXXIX.—Razones para no descuidarse por las aclamaciones en abono del principe con que suelen disfrazar su malicia los primeros amotinados.—En el principio de un tumulto no te adormezca la voz de viva el rey, disfraz de que suelen cubrir su mala intención los conjurados; para que si sale infeliz su empresa, no los puedan tachar de traidores al príncipe

de quien son vasallos, sinó de inobedientes ó poco respetuosos al jefe de quien se hallan súbditos.

Con la misma voz de viva el rey y muera el mal gobierno comenzaron las rebeliones de Nápoles durante el vireinato del duque de Arcos; de Cataluña mandando el conde de Santa Coloma, y las turbulencias de Palermo, siendo virey el marqués de los Vélez; pero no por eso dejaron de pensar unos y otros sublevados en elegir nuevo dueño, hablo de la plebe, porque la nobleza no entró en tales facciones, particularmente en Nápoles ni en Palermo.

Otros se ingenian de hacer común su causa para que sea más general su defensa y ménos conocido su delito.

Pero los que llegaron al último punto de la artificiosa malignidad, no contentos de fingir por necesario á su vida el recurso á las armas, ni de solicitar, como ansiosos del bien público, la conservación de algunas inmunidades para su país, se esforzaron á persuadir que se armaban por el servicio del príncipe, y que en lo sustancial era celo fervoroso lo que en lo exterior parecía desobediencia interesada, y de esta forma engrosaron su partido con ignorantes y maliciosos. Los segundos conocían la fealdad del delito; pero amando la sublevación, afectaban seguir solamente la hermosura del pretexto. Los primeros, embelesados en su creído justo fin, no repararon el arriesgado camino por donde su conductor los llevaba, hasta que ya muy empeñados en él, cuando volvían á mirar los peligrosos pasos que hicieron, consideraron menos dificultosa la continuación que la retirada.

Aun cuando los amotinados llevasen únicamente la intención que manifiestan contra el jefe ó ministro, son dignos de grave castigo y se aproximan al delito de lesa majestad; pues como repara Amelot, en la persona del comandante pierden el respeto al príncipe.

Yendo los romanos de Tiberio, que militaban en Frisia, á matar á su oficial Mennenius, exclamó este: «No soy yo á quien hacéis violencia, sinó á Germánico vuestro general y á Tiberio vuestro legítimo príncipe.»

XL.—Sobre la necesaria precaución con tropas de provincia rebelde hechas antes de la rebelión. Comiénzase á discurrir de los motivos porque sea conveniente que en el país sublevado se queden algunos señores afectos á tu partido.—Las tropas que tuvieres naturales del país que ha tumultuado, pueden ser algo sospechosas, porque el interés de poseer sus haciendas, la ambición de hacerse famosas en su patria, rindiéndole algún servicio ó el cariño y persuasiones de parientes y paisanos, tienen gran derecho á mudar el dictamen y partido de aquellos individuos, á que se añade que en otra provincia estos mismos son tácitos rehenes de la fidelidad de sus deudos, y así enviarás dichas tropas (sin mostrar la menor desconfianza) á las plazas ó ejército más lejos de su tierra, y de donde les quede menos fácil la deserción para restituirse á sus casas, y las inteligencias con sus paisanos sublevados.

Los portugueses que servían á España bajo las órdenes del marqués de los Vélez, áun con estar en Cataluña, desertaron casi todos á los enemigos luego que les llegó la noticia de que Portugal se había sublevado y puesto en el trono al señor duque de Braganza.

Servia fielmente à Pompeyo en la guerra de Cataluña una cohorte de Tortosa; pero apenas se supo

en ella que su ciudad había dejado el partido de Pompeyo, toda la cohorte que estaba de guardia al campo de Afranio se pasó al de César.

Cuando los regimientos son de tan experimentada fidelidad que no haya el peligro que el anterior párrafo acuerda, conviene dejarlos en la guerra contra sus paisanos, porque saben con particularidad el genio de cada habitante para facilitar por su medio las inteligencias y los avisos: hállanse prácticos de todos los caminos y sendas para las correrías: por sus contínuas persuasiones conservan en su deber á los parientes y amigos, y se reclutan de hombres de la misma provincia, que si no tuviesen cerca á aquellos regimientos nacionales, acaso tomarían partido entre los contrarios.

Si todos los principales señores del país que tumultúa, le abandonan para seguir la corte de tu príncipe, la hacienda real se carga con las asistencias que es preciso darles, y los enemigos se enriquecen con las rentas que les confiscan: así el rey nuestro señor antes de la evacuación de Italia, declaró que los que quisiesen quedarse en sus casas, no por eso dejarían de ser tenidos por buenos vasallos.

XLI.—Forma de sembrar discordias entre los sublevados.—Los confidentes, procuren sembrar desconfianzas y discordias entre los hombres y cabos de los diversos gremios, calles, parroquias y cofradías que forman el cuerpo de los sublevados, para que disgustándose de aquel partido alguna de estas comunidades, puedas reforzar el tuyo con ella y debilitar la parcialidad contraria.

Para dar mayor fuerza á la diligencia que el anterior párrafo propone, tus tropas no ejecutarán en las tierras, personas y casas de algunas comunidades el estrago que practican en otras; y en las conversaciones darás á entender menos enojo contra las primeras, expresando los aparentes motivos por donde su delito es más perdonable; pues aunque no logres que los demás sublevados entren en desconfianza de las referidas comunidades ó pueblos, es natural que los individuos de estos se muestren sensibles á la deferencia con que los tratas; y que si llegan á agradecidos, vuelvan á exhibirse obedientes.

Si la rebelión comienza por los nobles, procura desde luego traer á tu partido los plebeyos; y si estos fueron los motores de la sedición, asegúrate con la parcialidad de la nobleza.

XLII.—Sobre emplear á los nobles que en la rebelión de su patria siguen descubiertamente el partido de tu principe, y en cuanto à escarmentar más ó menos á los primeros rebeldes que se encaprichen á defender con obstinación un puesto.—Porque los hombres principales que tumultúan un país, tendrán siempre en él otros de la misma gerarquía que se opongan voluntarios á su intento, por fieles al príncipe ó por aprovechar aquella ocasión de satisfacer los rencores que ordinariamente hay entre las familias de las provincias, te servirás de dichos competidores de los rebeldes, fiándoles el comando de los paisanos afectos á tu príncipe y algunas pocas tropas que los animen, instruyan y sostengan: así para mostrar en los pueblos que áun aquella nobleza mantiene con fervor el partido

del soberano, como porque celosa ella del poder que se va adquiriendo la otra, buscará los medios más eficaces para destruír la parcialidad contraria.

En las pasadas guerras contra Francia experimentaron nuestros generales más útil que nunca el servicio de los miqueletes, porque á su jefe *Trincheria* se daban mangas de los regimientos para que juntándose aquellas tropas con los paisanos, obrasen estos con mayor ánimo y disciplina que si estuvieran solos.

En las guerras civiles (dice Fracheta) quien tiene más nobleza en su partido se cree regularmente que trata más justa causa; por eso Octaviano cuando fué contra Marco Antonio se llevó todos los principales caballeros y senadores.

Si pequeños puestos del país sublevado, encaprichándose á defenderse hasta la última posibilidad te gastan sin gloria ni útil del príncipe el tiempo que necesites para mayores empresas, es necesario escarmentarlos fuertemente para que más adelante no te suceda lo mismo con otros como ellos; pues de lo contrario vendrías á perder los días y el ejército sobre cuatro viejos castillos, hartos acaso de ser palomares.

El mariscal de Monluc dice que siendo él recién llegado á Bearne, mandando las tropas de Carlos IX de Francia, tomó de asalto á Rabastens, y que hizo degollar á todos sus habitantes y defensores, para que con aquel escarmiento no se obstinasen en la resistencia otros muchos pueblos, que el propio Monluc tenía comisión de conquistar en el mismo país.

César mándó cortar las manos á todos los rebeldes que le hicieron en Uxellodunum una obstinada resistencia.

El viviente mariscal de Tessé hizo ahorcar al gobernador del castillo de Miravet, cuyos defensores rebeldes le obligaron à gastar en su ataque el tiempo que necesitaba para más considerables operaciones.

Si por la gran fuerza de la rebelión crees que para estirparla no bastará el propuesto escarmiento, no lo ejecutes, porque los demás sublevados que prosiguiesen en su empeño, harían en tus prisioneros el mismo castigo, y dentro de poco tiempo vendría recíprocamente á ser la guerra sin cuartel entre paisanos y tropas, como no há muchos años vimos en Cataluña; y el ahorcar después veinte paisanos, es poquísimo despique de que ellos ahorquen un oficial; con que no debe emplearse el último rigor sinó cuando sea muy declarada la superioridad de la fuerza.

XLIII.—Ventajas en deshacer con la fuerza la rebelión, particularmente cuando es formada sólo por los plebeyos. Satisfácese á una implicación que parece haber entre este y otro capitulo.—En el capítulo V, dejo ampliamente probado que la excesiva contemplación es de malas consecuencias con la plebe; y ahora digo que si la sedición fuere de meros populares que no tengan justicia en lo que piden, y los ves encaminados á elegir otro dueño, les muestres la fuerza y el rigor más presto que la tolerancia y el disimulo: atiende á las razones del ejemplar que sigue:

El marqués de los Vélez, virey de Sicilia, el año de 1647, nunca pudo fenecer de sosegar la tumultuada plebe de Palermo, complaciéndola en cuanto ella quiso; y el cardenal Triulcio, sucesor al de los Vélez en el vireinato, año de 1648, no sólo apaciguó los palermitanos, sinó que les quitó las armas, la preminencia que gozaban de guardar los bastiones, y les construyó dos baluartes nuevos que los tuviesen en brida; todo lo cual obtuvo haciéndose ver justiciero y circunspecto, empuñadas siempre las

pocas armas de su comando, y mostrando que despreciaba las amenazas de los sublevados; pues siendo costumbre que los vireyes al llegar á Palermo se fuesen en derechura al castillo de Castelamar, y habiendo los apasionados del rey que salieron en falucas á encontrar al cardenal, aconsejadole que lo hiciese así, por no exponerse á los insultos de un pueblo, en quien su predecesor no se había fiado ni resuéltose á volver á él desde los primeros rumores, el cardenal respondió que por esta misma razón quería irse (como se fué) á alojar en el palacio, y no en el castillo, por no entrar denotando miedo á la canalla sublevada.

El duque de Guisa, avisado por sus amigos que no se arriesgase á la insolencia del pueblo de Nápoles, muchas veces sublevado contra su gobierno, respondía que los hombres de bien, tenían en la cara un cierto aire de que se aterraban los picaros.

No deja de haber conveniencia en cortar los tumultos con la espada, y es que de esta manera no vuelven á formarse con la misma facilidad, que si se hubiesen apaciguado con la contemplación, cuando se trata de la plebe; porque ella, ruín siempre, se hace soberbia con el agasajo; y aunque deponga las armas al concedérsele cuanto pretende, es evidente que á la menor sombra de pretexto las tomará de nuevo, desconfiando de que dure el cumplimiento de lo prometido, ó pidiendo mil supercherías, de que no se habría acordado si no la dejasen pasar con el primer empeño; de cuyo certísimo riesgo estarás libre, si, como dije, tuviere la fuerza buena parte en la reducción de los amotinados; pues entonces se castigan sus jefes, se toman las armas á los paisanos, se guarnecen los puestos de que más estén sujetos los lugares, y en fin, se arranca la raíz, y se destruye la semilla de la rebelión.

Tumultuada la plebe de Nápoles á causa de los nuevos impuestos, ofreció dejar las armas siempre que se quitasen estos, y se revalidasen los privilegios concedidos por el emperador Carlos V á aquella ciudad: convino en todo el virey duque de Arcos, y logró por entonces apaciguar el pueblo; pero de allí á pocos dias vió un motín de los escolares, que pedían confirmación de sus antiguos fueros; otro de muchachos que tomaban limosna en un convento, y con las armas en la mano vinieron á pretender ciertas impertinencias; y últimamente, soberbio todo el pueblo de las ventajas ya obtenidas en la capitulación con el de Arcos, volvió por levísimos pretextos á las armas varias veces, y de cada una solicitaban aquellos sublevados alguna cosa nueva, la cual lograda y hecha la paz, tumultuaban otra vez, hasta que últimamente llegaron á querer que se quitasen á la nobleza las más de las preeminencias de que siempre había gozado; que en uno de los castillos de Nápoles pusiese guarnición el pueblo y otros semejantes desatinos que desengañaron al duque de que la dulzura en acomodar las rebeliones sólo es un emplasto que por algunos días las resume, haciéndolas después brotar con más violencia; y así echó mano el duque de Arcos de la armada naval y tropas del señor Don Juan de Austria, y de los nobles del reino contra la plebe de él.

En el discurso de las rebeliones de las tropas, diré que se use de la blandura primero que de la fuerza, para dar á los amotinados tiempo de conocer su delito; para justificar la ejecución del castigo que recaiga sobre la pertinacia; y para no dejar en la memoria de los estragos de una derrota, lastimados y agrios los genios de los vasallos. Dictamen que parece contrario al expuesto en este capítulo; pero se debe notar que aquí trato de los populares, y aunque allá discurro que el motín sea de los soldados, como el vulgo de estos se ennobleció en la profesión y se hizo aguerrido en los combates, hay motivo de aguardar más pronto arrepentimiento de su delito, y más peligrosas consecuencias de su ataque, que si hubiese que hacer con paisanos ruínes en su proceder por la crianza, y débiles en la pelea por la impericia.

XLIV.—Dicese cuándo sea preciso temporizar con los paisanos, y la manera de sacar ventajas de esta contemplación.—Si no te hallares con fuerzas bastantes á reprimir la insolencia de un país tumultuado, y esperas que te lleguen con brevedad, ó cuando necesites de alguna calma para abastecer las plazas que la impensada borrasca de un motín cogió desprevenidas, es preciso condescender en cuanto exigieren de tí los paisanos (exceptuando siempre el darles mano sobre tus plazas ó tropas), porque mientras recibes el aumento de tropas, no sean tus parciales mal sostenidos, arruinados por los rebeldes, y tus plazas desprovistas, ocupadas por los mismos.

El duque de Arcos, virey de Nápoles, concedió á aquel pueblo (sublevado por la cuarta ó quinta vez en pocos días de término) todo lo que pidió, menos la entrega del castillo de San Telmo; siendo el fin del duque en esta condescendencia, ganar tiempo para abastecer los castillos, como los abasteció, y esperar que llegase la armada marítima del señor don Juan de Austria, cuyo arribo no tardó mucho.

Algunos jefes, luego que tuvieron las tropas, cuya falta los obligó á recibir la ley que los sublevados quisieron hacer, dieron indirecta y mañosamente á estos motivo de nueva desobediencia; para formar pretextos de otra resolución, por no faltar descubiertamente á lo capitulado: en cuanto á la conciencia, como no es mi profesión la teología, ignoro si hay estorbo en semejante práctica; pero sé que dice Santo Tomás que no es ley la que no se proporciona á la virtud: y así parece que no deba subsistir un tratado injusto, á cuya conclusión los vasallos precisaron al soberano con la fuerza; pues lejos de ser proporcionado á la virtud, hay en él tres considerables nulidades: la primera, que no fué libre, razón que dispensa áun de los votos: la segunda, que no fué de mejor bien, respecto de que voy suponiendo que la capitulación sea injusta; y la tercera, que los sublevados atropellaron el precepto de la obediencia á que se halla acreedor el príncipe, derogándole con ilegítimas armas los sagrados derechos de la justa soberanía. Con todo eso, me atengo más á la práctica del párrafo que sigue.

Túvose por acción impropia de la generosidad del duque de Arcos el haber aconsejado al señor don Juan de Austria que, sin más pretexto que el de la fuerza, rompiese la paz acabada de efectuar con los napolitanos, y que armada y castillos cañoneasen a Nápoles, como lo hicieron, sorprendiendo los españoles en aquella coyuntura los puestos de Pizzofalcone, las puertas de Medina y del Espíritu Santo y el paraje de Santa María la Nova.

Antonio de Leiva y el marqués del Vasto, que hallándose, año de 1526, con tropas del emperador Carlos V dentro de Milán al ataque del castillo, deseaban desarmar la ciudad, que empezaba á mostrárseles enemiga, y queriendo para esta ejecución buscar un pretexto que pusiese á cubierto su palabra sobre ciertas capitulaciones recientemente ajustadas con aquel pueblo, hicieron un día matar en su presencia á dos ó tres milaneses, con motivo de que no se habían quitado el sombrero al pasar delante de Leiva y del Vasto, por cuyo sangriento castigo tumultuando el pueblo, dijeron los expresados generales que, respecto de la nueva sedición, ya no estaban obligados á cumplir lo antes capitulado, y acercándose á Milán el resto de la infantería española que habían enviado á llamar, desarmaron á los milaneses. El arbitrio fué sobrado cruel.

Las razones que en favor de la buena fe dejo alegadas en el primer libro, me hacen tanta fuerza, que à pesar de los ejemplares contrarios, digo que sin empeñar la palabra, puedes entretener á los rebeldes con esperanza de concederles ventajosas capitulaciones, alargando artificiosamente el concluirlas con pretexto de aguardar la confirmación del príncipe, ó pidiendo tiempo de resolver sobre algunos puntos, hasta que, habiendo llegado las tropas que ocultamente marchan á incorporársete, hables en el tono que te convenga; pues no será mala fe tuya, sinó ignorancia de los rebeldes, que estos se engañen sobre la esperanza de un tratado, cuando ninguno tiene fuerza antes de su conclusión, firmas y ratificación.

Por lo que toca al juramento, debes en todos modos excusarte de emplearle, cuando no tengas firme intención de sinceramente cumplirle.

XLV.—Diligencias para tomar al caudillo de rebeldes, y ventajas que de lograrlo resultan.—Si el caudillo de los rebeldes se cierra en alguna plaza que te halles en disposición de sitiar, toma luego los puestos de ella, y pon especial cuidado en que no se escape dicho jefe, particularmente poco antes de capitular ó durante la capitulación, que es cuando naturalmente lo intentará; y á más de no permitir que se capitule por él, te reservarás el derecho de tomarle, si fuere dentro de los barcos ó carros cubiertos, que se concedan á la guarnición: dobla las centinelas de tu línea para que, si él quiere huirse, dé con alguna en todas partes: haz reconocer á los desertores de la plaza y á los oficiales, soldados, criados y más gente que se retirare de ella después de la entrega, por si con alguno de estos disfraces procura salvarse, y si todo no bastare para encontrarle, mantendrás las expresadas centinelas hasta que se halle, ó que hayas echado un bando en la plaza para que, pena de ser ahorcado cualquiera vecino, en cuya casa estuviere, le presente, y que al que avisare donde se ha ocultado, se le gratificará considerablemente; después de lo cual, mandarás que se reconozcan las casas por oficiales activos y desinteresados. Si áun no pareciere, muestra que ya no haces más diligencias para buscarle, y retira las centinelas del campo; pero tendrás por muchos días algunos hombres que le conozcan ocultos junto á los caminos próximos á la plaza y en las casas que están á vista de las puertas; para que le arresten, si fuere á salir disfrazado de clérigo, soldado, religioso, paisano, mujer, etc.; pues á veces un solo hombre de estos, aunque la calidad no le ayude, es dueño de quitar á su príncipe un reino, como sucedió en el de Valencia con Baset; y así la prisión del caudillo de sublevados importa más que la toma de la plaza.

Wamba, rey XXIX de los godos en España, no dejó fatiga, peligro ni gasto que no emplease para tomar á un cierto Pablo, cabeza de sus rebeldes, y al fin cogiéndole en Nimes, á costa de un sitio, con su castigo acabó de caer el partido de los sublevados.

Cuando el legítimo tribunal haya declarado traidor á un actual caudillo de rebeldes, y puesta á tallón su vida, parece no habrá de parte del general, escrúpulo de honor en solicitar su muerte por aquellos medios que la religión, para en este caso, no prohiba; pues ya en dicho tallón se comete el castigo á cualquiera que halle lícita forma para su práctica. El caballero Comazzi, discuriendo sobre el hecho del emperador Galba, que apaciguó las sublevaciones de Africa, Germania y Roma, con hacer matar á Clodio, Fonteyo y Nufidio, dice: «Teniendo Galba sobre estos rebeldes jurisdicción de príncipe, el asesino era el verdugo, y la muerte de los conjurados justísima pena. Sobrada honra se concede al traidor en hacerle guerra; no es

menester vencerle sinó castigarle: no mirarle como á enemigo, pero sí como á súbdito.»

Cualquiera que tenga alguna noticia de las historias, hallará quien dispuso las muertes del conde de Walstein y del príncipe de Orange, por haber aquellos dos grandes hombres mal logrado en la ambición de una injusta soberanía el verdadero mérito de soberanos; y encontrará por otro lado, que Fabricio no permitió que un infiel médico atentase á la vida de su enemigo Pirro; ni el emperador Carlos V sufrió que por medios irregulares en la guerra se buscase la muerte del turco Barbaroja. Traigo todos estos encontrados ejemplares; porque me estimulan á creer que contra un rebelde, actual caudillo de pueblos amotinados, se pueden lícitamente practicar algunos medios, que no se deben poner en obra contra el general de un príncipe enemigo. Hasta donde la religión permita extenderse dichos medios, lo dirán mejor que yo los moralistas, con los cuales supongo consultes los casos que no sean corrientes; y que ni por todos los intereses del mundo muevas un solo paso que se oponga á tu conciencia: sólo añado que no muestres al público, aun despues de ejecutadas, que salieron de tí las ocultas disposiciones contra el jefe de los sublevados.

XLVI.—Ordenanzas que importaría publicar en país del cual algunas tropas de rebeldes corran la campaña.—En lugares que sospechas tienen algún comercio con los rebeldes, que habiéndose hecho al monte, corrieren

la campaña, publica las ordenanzas siguientes:

«Que los paisanos cogidos fuera del término de sus lugares con armas ó sin ellas, se reputarán como enemigos, si no tuvieren pasaportes de los comandantes ó justicias de los mismos pueblos; bien entendido que el pasaporte ha de expresar á más del nombre y señas del paisano y á donde va, el camino que debe llevar y por cuantos días vale;» de cuyo modo no podrán los paisanos ir libremente con noticias á los enemigos; pues, si son tomados fuera del camino ó tiempo que señala el pasaporte, ya incurren en el bando; ni podrán juntarse furtivamente con los rebeldes para hacer alguna correría ó robo de pocos días, y volverse luego á sus casas, dejando escondidas las armas en las cavernas de los montes, porque el justicia ó comandante de cada lugar y el cabo de cada barrio, en las grandes villas ó ciudades, cuidarán de pasar todas las noches la revista de sus vecinos, y verán si los que han salido con pasaporte, á negocios particulares, traen á la vuelta una certificación de haber estado en el paraje para donde se les concedió el pasaporte, el cual deberán también hacer los paisanos anotar por los justicias ó comandantes de todos los pueblos en que toquen, para que se conozca si se apartaron del camino que se les prescribió en el pasaporte.

«Que esté obligado cada lugar á prender á todos los forasteros, que, sin el pasaporte mencionado, transitaren por su jurisdicción, y que se prive á los mesoneros ú otros cualesquiera paisanos, el dar posada ni víveres á los que, sin el pasaporte referido, llegaren á sus casas, aunque sean conocidos suyos; antes bien tendrán obligación de avisar luego al justicia ó comandante la venida de los forasteros; á fin de que se examine quiénes son, de dónde vienen, á dónde y á qué van, etc.;» pues tales pasajeros en país amotinado suelen ser espías, que van á saber noticias, á sembrar más rebelión, ó bien hombres que no se quedan en su lugar, porque habiendo hecho

la misma diligencia en él, temen ser cogidos por las tropas que le sujetaron. «Que nadie pueda vender armas, pólvora, bala, piedras ni mecha, sinó á los que trujeren billete firmado por las personas que señalarás en cada lugar, cuyo billete expresará la cantidad que á cada uno se permite comprar de aquellos géneros;» con lo cual no dándose los permisos más que á gente de satisfacción, es difícil que se provean de armas y municiones los rebeldes que están en campaña.

«Que ninguna persona por precio, ni por regalo, suministre á los rebeldes víveres, dinero, caballos, sillas, vestidos ú otra cosa perteneciente á la guerra, ni noticias, ni tenga con ellos el menor comercio, áun cuando sean hijos ó hermanos suyos;» porque es imposible que si en el poblado no se

abastecen de estos géneros, subsistan largo tiempo en campaña.

«Que tenga cada lugar obligación de avisar á tal puesto donde haya tropas tuyas, luego que cualquiera partida de rebeldes entre en la jurisdicción de dicho lugar, cuyos vecinos tocarán las campanas á rebato, y harán lumbres en parajes eminentes y señalados á este fin, para advertir á los pueblos de la cercanía,» que si concurren armados, es cierto ahuyentarán á las partidas de pequeño número, con que los sublevados acos-

tumbran frecuentemente hacer sus inquietudes y robos.

«Que todos los paisanos de los lugares que tuvieren armas, se hayan de defender contra los rebeldes que intentaren la entrada en dichos lugares (hablo de los que por su mucha vecindad, situación ó fortificaciones fueren capaces de ejecutarlo, respecto al número de los rebeldes), y asimismo los referidos paisanos armados tendrán obligación de correr las pequeñas partidas de rebeldes, que se introdujeren en el distrito ó término de sus lugares, como de marchar al socorro de otros cualesquiera pueblos de la vecindad, embestidos por los sublevados, si estos fueren de número competente al de los paisanos; y si no, los paisanos vecinos al lugar atacado ocuparán las alturas y pasos estrechos de los caminos por donde los rebeldes tengan su retirada, se la retardarán lo posible, y habrán, desde el principio, dado parte á las tropas más inmediatas para que acudan á sostenerlos; pero no podrán los paisanos, por algún pretexto, salir con armas fuera de sus lugares sin uno de los oficiales de milicias, que en cada pueblo habrás nombrado,» los cuales conviene sean de tu entera satisfacción, para que á su vista no falten los paisanos á su deber ni cometan algún desorden.

«Que las armas de los paisanos estén juntas en un cuerpo de guardia, que se formará en el puesto más defensable de cada lugar, como es castillo, casa fuerte ó iglesia, cuyo atrio sea bien parapetado,» así para que los rebeldes, sorprendiendo algunas casas no cojan las armas, como porque no salgan con ellas los paisanos sin sus oficiales á ejecutar secretamente algún insulto. «Dicho puesto donde estuvieren las armas, tendrá siempre una buena guardia de paisanos, y en el recinto del lugar habrá las centinelas necesarias para librarle de sorpresa, y algunas otras por el día en los campanarios y torres, que más descubran. Cuando por el grande ámbito del pueblo no parezca fácil defenderle todo, los oficiales de milicias cuidarán de que se retrinchere una porción de él, dentro de la cual se metan los víveres, municiones y más generos del lugar de que pudieran sacar fruto los enemigos en las casas de fuera del retrincheramiento;» este sea en paraje alto, porque no quede dominado de los próximos edificios; sobre todas sus avenidas

se abrirá un foso, y se construirá un parapeto palizadado, ó, lo que es mejor, una tapia ó pared atronerada; procurando con pequeñas obras de la propia materia flanquear los puestos que más lo necesiten.

«Que en ninguna casa ó puesto se tengan asambleas secretas, y que el paisano que supiere donde hay alguna y no lo avise al instante, será tratado

como rebelde, aunque no asista á ella.»

«Que el lugar en cuya jurisdicción sucediere algún robo ó muerte, responderá de uno y otro» pues así los paisanos á quienes ya supongo interiormente amigos de los rebeldes, les pedirán que no vengan á sus tierras á cometer un insulto, que los mismos lugares han de pagar. Con semejante orden atajó el señor duque de Orleans muchísimos robos á los miqueletes en la penúltima pasada guerra de Cataluña, hasta que los miqueletes dieron en ir á robar sobre los caminos que estaban en distrito de un lugar muy afecto al rey llamado el Pinell; pero este arbitrio se puede bien desbaratar á los sublevados con apostar algunas tropas en semejantes parajes, como después hizo el señor duque de Orleans en la espresada jurisdicción del Pinell, ó mandando que «de los robos cometidos por los sublevados en el distrito de tal y tal lugar, respondan los pueblos más vecinos,» que supongo sean de los ocultamente desafectos al príncipe.

Queda en esta práctica el peligro de que algunos paisanos del pueblo fiel al príncipe salgan secretamente á robar en su misma jurisdicción, con la seguridad de que se achacará el desorden á los comarcanos, sobre lo cual es preciso que estés muy atento, y que el justicia ó comandante del pueblo afecto al soberano, observe con vigilancia los pasos de sus súbditos.

«Que los lugares responderán de la vida, libertad y bienes de los justicias, comandantes y cabos de milicia que les hubieres dado, y que por malignidad ó negligencia de los vecinos, fueren saqueados, muertos ó presos por los rebeldes.» Todos los sugetos arriba expresados es preciso escogerlos de los más fieles y capaces del país, y por eso se halla necesaria esta última ordenanza, á menos de la cual tardarían poco en ser abandonados por los paisanos, ó puestos en paraje de perderse.

En la Historia del fanatismo renovado, escrita por el P. Louvrelevil, hallarás que las ordenanzas que por mandado de Luís XIV publicaron el mariscal de Montrevel y el intendente Mr. de Baville, año de 1703, para sujetar á los fanáticos sublevados en Langüedoc y Sevenas, son casi conformes á las que dejo propuestas en este capítulo; y de lo mucho que aprovechó en aquella guerra cada una de las mencionadas circunstancias, te dará la misma historia infinitos ejemplares; pero no se contentó el gran Luís con sólo publicar la ordenanza, sinó que tuvo tan fuerte mano en su observancia, que pocos de los que faltaron á ella, pudieron librarse de la rueda ó de la horca. Remítome á la citada historia.

XLVII.—Otras providencias para obligar á los sublevados á abandonar la campaña, y para que en el ínterin no sean los caminos insultados por sus pequeñas partidas.—Si ves que las providencias propuestas en el antecedente capítulo, no bastan para impedir á los rebeldes la subsistencia en campaña (porque se aprovechan de las municiones, armas, granos, vinos, aceites, ganados ó de otros pertrechos ó víveres que hallan en las caserías y pequeños pueblos indefensos), haz retirar todos los dichos géneros á lugares defensables; y para que durante la fuerza de la rebelión puedan vivir en los mismos las familias que habitaban las aldeas ó caseríos.

Los primeros que retires de pueblos indefensos sean armeros, silleros, herradores y más gente, que por sus oficios pudiera, de grado ó por fuerza, servir de algo á los sublevados. Manda romper los hornos de los pueblos que se abandonen, y retirar las piedras ú otras piezas esenciales de los molinos, para que faltos de un todo los rebeldes que se hallan en campaña, se

vean precisados á implorar tu perdón.

Cuando cabe dilación en el anterior propuesto arbitrio, convendrá esperar que los paisanos hayan recogido los frutos de las inmediatas cosechas, porque los rebeldes no los quemen; y para que llevándolos consigo aquellas familias, tengan, en los pueblos, á donde se mudan, más forma de subsistir ellas y sus ganados, para los cuales deberás concederles pastos, sea de las tierras comunes de los lugares de su nueva habitación, de las del rey, ó de particulares, aunque el príncipe ayude á porción del gasto. Supónese que la orden para el aconsejado trasplantamiento la lleven tropas, así para hacer que se cumpla, como para escoltar los convoyes de los paisanos

contra el insulto de las partidas rebeldes.

Queda siempre á los sublevados el arbitrio de robar sobre los caminos los víveres, que diariamente van á venderse á tus plazas, sin que puedan embarazarlo tus continuas patrullas, ni áun á veces librarse ellas mismas de sorpresa, porque las partidas rebeldes, que de ordinario se emboscan cerca de los caminos, si la patrulla es corta, la atacan, y si es grande se mantienen sin descubrirse hasta que se aleja, y entonces hacen su presa en los demás pasajeros; no habiendo método tan parecido al de los ladrones, como el de la guerra de los sublevados; y así, para evitar este peligro, haz talar todos los bosques á tiro de fusil por una y otra parte de los caminos más precisos, y si muy cerca de los mismos se encuentran casas desiertas, corrales ó algunos paredones capaces de ocultar una emboscada, los mandarás demoler por sus dueños, ó por las comunidades, en cuya jurisdicción estén.

Si todo lo hasta aquí dicho no bastare para obligar á los rebeldes á dejar las armas (porque sus parientes y amigos ocultamente les envíen los géneros necesarios para subsistir en campaña), toma de todos los lugares á un mismo tiempo los padres, madres, hijos, hermanos y otros deudos ó amigos estrechos, que sepas evidentemente favorecer la rebelión con el consejo, avisos ó socorros, y poniéndolos en seguro arresto, les harás entender que no saldrán hasta que se rindan los sublevados de su dependencia, para los cuales ofrecerás nuevo perdón, si dentro de tantos días vienen á pedirle; y en caso que, después de pasado el término, prosigan los rebeldes en su delito, los expresados parientes, amigos ó corresponsales suyos pagarán de las haciendas propias los daños que los sublevados ejecuten sobre las agenas.

El año de 1704 practicó lo mismo el señor mariscal de Villars en las cercanías de Usez con los parientes de los rebeldes, de los cuales se rindieron muchos á instancia de los referidos parientes suyos, que por no estar siempre encarcelados, y por no ver perdidas sus haciendas, los persuadieron con eficacia á entregar las armas y á vivir quietos.

Todos los paisanos tienen particulares enemigos en sus mismos pueblos; y así es preciso gran tiento en dar crédito á las acusaciones contra los que se diga suministrar avisos ó socorros á los rebeldes; y supongo que el delito de los sublevados no baste para el castigo de los parientes ó amigos, que en nada contribuyan para el principio ni para la continuación del motín.



LIBRO VIII.

En condenar al rebelde, cuando no es innegable por notorio su delito, no te valgas del derecho de la guerra, sinó de plenas formales pruebas, porque no se equivoquen la sentencia y la venganza, como sucedió á Galba por la muerte de Cingonio Varrón y de Petronio Turpilianio, en cuya causa no se practicaron las defensas acostumbradas. A menos de esta cautela, publicarían tus émulos por tirana tu resolución, y áun los indiferentes en el afecto al príncipe dudarían si la grandeza de la supuesta culpa, llegó al tamaño de la rigurosa pena.

Interprétese á beneficio del común el castigo que se ejecuta en particular, diciendo, que no tanto son condenados los rebeldes por haber faltado á la obediencia del príncipe, como porque alteraron la quietud de su

país, ocasionando los estragos que son indispensables en la guerra.

DISCURSO QUINTO.

Sobre el perdón que se conceda á los rebeldes. Forma de hacerlos desaguerridos, y modo de tratarlos después de sosegados.

XLVIII.—Varias prevenciones en cuanto al perdón que se debe publicar á vasallos rebeldes, cuando se halle cadente su partido.—Después de haber derrotado á los rebeldes, ó de observar que fatigados ya de la guerra, ó abatidos de la mala fortuna, no corre peligro de su desprecio la clemencia que tu príncipe les ofrezca, es buena conyuntura de publicar un perdón, no dejando por eso de continuar en el ínterin las operaciones convenientes, que, en semejante lance, se aceptará de buena gana; porque temiendo cada uno que sus compañeros le abandonen, y que disminuída la fuerza, se minore para los últimos la gracia, procurarán todos anticiparse á gozar del indulto en el término, que para él se prescriba.

En el indulto á los rebeldes muestra las razones que habría para su castigo, y las facilidades que se encuentran para su destrucción; porque á la presencia de su delito y de tu fuerza, se adquiera más aprecio la clemen-

cia de tu soberano.

Refiriendo Solís la paz y el perdón que dió Cortes á los de Tabasco, después de vencidos en porfiada guerra, dice: «Respondió Hernán Cortés ponderando su irritación, para que se hiciese más estimable lo que concedía á vista de las ofensas que olvidaba.»

No sean las condiciones de tu perdón tan duras como la fuerza de tus armas, porque siempre los sublevados aceptarán con menos repugnancia un próximo peligro, que un evidente rigor; y acaso adelàntarían desesperados el esfuerzo á que no llegaron enemigos.

Los mismos delincuentes, viendo en tu piedad moderado su castigo, darán á los demás ejemplo con la enmienda, y confesarán la justificación

de tu mano en el restante de su pena.



El opuesto yerro sería que, por imprudente anhelo de la quietud del país, concedieses á los rebeldes algunos artículos que les dejasen abierto el camino para nueva sublevación; pues en tal caso tu victoria no les daba ley, sinó reposo para correr después á las armas con más violencia, fiados en que de la derrota les resulta solamente la quietud, que por algunos meses les conviene para ver á sus familias, y reemplazar sus prevenciones; con que, si lo hemos de explicar en voz del tiempo, más parecería semestre de rebeldes que triunfo de tus armas.

En el indulto expresarás que no habla con mujeres, niños, ni viejos, cuyos maridos, hijos, padres ó hermanos que estén entre los rebeldes, no vinieren á rendirse; porque de otro modo tu indulto serviría de grande alivio á los sublevados, que reservándose la gente de tomar armas, se descargarían de todas las demás personas inútiles, que habiéndose una vez ausentado de sus casas, no deben ser vueltas á admitir en ellas, hasta que entreguen las armas sus próximos dependientes. En el ejemplar que sigue

verás como los pisanos burlaron á sus enemigos.

Creyendo los florentines, año de 1504, desbaratar el partido de los pisanos, que ellos llamaban rebeldes, publicaron un edicto en que perdonaban á todos los paisanos del territorio de Pisa que, hallándose refugiados en aquella capital, volviesen dentro de tantos días á habitar sus caserías, aldeas, ó posesiones; pero los de Pisa, tomando el edicto por donde les convenía, se deshicieron con este motivo de la gente inútil, que no les servía en la ciudad más que de comer, y se reservaron á los que eran capaces de emplearse en la defensa contra los florentines.

Excúsate cuanto buenamente puedas de incluír en el perdón al caudillo de los rebeldes; porque viéndose que este queda siempre amenazado del castigo, no haya otro que imite la pésima conducta de promover nuevo sublevamiento, hallándose, por lo regular, que de las experiencias del indulto brotan las tentaciones del delito.

Quien llegó una vez á gustar los honores de absoluto, de mala gana se acomoda á la obediencia de vasallo, y con más dificultad se sujeta á las sumisiones de rendido; con que siendo violenta su quietud, no durará su fidelidad, sinó lo que tardare en adquirir nuevos medios con que fraguar otro motín.

No desmayará el corazón de los rebeldes mientras se vean abrigados del jefe que los condujo á la rebelión, siendo una de las monstruosidades de este horrible cuerpo, no moverse por sus piés, sinó por cabeza agena.

Después que Blesus derrotó en varios combates al rebelde Tacfarinas, Tiberio ordenó á Blesus que prometiese perdón á todos los que rindiesen las armas, pero que á cualquiera precio solicitase prender al jefe de los sublevados.

Si para aquietar á los rebeldes fuere indispensable incluír en el perdón á su caudillo, buscarás después algún decente pretexto para sacarle del país, aunque sea concediéndole muchas ventajas en otro.

Aunque el jefe de los fanáticos rebeldes á Francia, Cavalier, capituló de quedar al servicio de Luís XIV, considerando S. M. cristianísima cuánto sería peligroso tal hombre en el país, le sacó de él con modos que no dejaron ofendida la generosidad ni la fe de aquel príncipe, pues asignó á Cavalier en otra parte considerables gajes.



XLIX.—Sobre armas y privilegios de sublevados ya rendidos, y en cuanto á la distinción de los que en el mismo país fueron leales.—En volviendo á tomar la obediencia de los pueblos que han tumultuado, los desarmarás; pero, porque se agriarían extremamente de esta resolución los paisanos, si no te hallas con fuerzas para ejecutarla con seguridad, no hagas semblante de pensar en ella, hasta que se ofrezca más favorable coyuntura.

El rey nuestro señor con prudente disimulo sufrió sus armas á valencianos y aragoneses en el principio de la rebelión de aquellos reinos, por no hacerlos más enemigos con mostrarles el deseo de castigo, cuando no había fuerzas para la ejecución; pero después que la batalla de Almansa puso la justa causa del rey en mejor fortuna, hizo S. M. desarmar dichos reinos, á la reserva de los pueblos y particulares, que constó haber mantenido la debida fidelidad.

Cuando estén desarmados los pueblos, les quitarás los privilegios que sean perjudiciales á la jurisdicción, interés ó autoridad del príncipe, y si les quitas los demás, sea sólo con el oculto fin de que el soberano se concilie después el afecto de aquellos vasallos, teniendo que darles; para mostrar que el despojarlos de todas sus prerogativas, fué un justo castigo de la rebelión, y que el restituirles algunas, es un puro efecto de la benignidad.

El condestable de Francia Anna de Memoransi, que con tropas de Enrique II sujetó á Burdeos, despojó á aquella ciudad de los fueros que le parecieron desventajosos á la corona.

El rey nuestro señor quitó á los aragoneses sublevados cuantos privilegios y distinciones gozaban; pero cuando ya no podía interpretarse á temor la gracia de S. M., confirmó los antiguos fueros de aquella corona, exceptuando los que se hallasen muy contrarios al útil ó dominio real.

Las personas que se mantuvieron fieles en los pueblos desleales, son tan dignas de recompensa como estos de castigo, pues no sólo tienen el mérito de haber conservado la fidelidad en medio de la tentación de un mal ejemplo, sinó que habrán padecido trabajos y sustos por la persecución de sus vecinos, ó miserias y fatigas, si abandonaron su país para eximirse de los primeros inconvenientes, ó para seguir á las tropas de su dueño. Otro daño de no distinguirlos, es la mala consecuencia que para otra ocasión resulta, porque resentidos de verse tratados como los malos, y por esta razón burlados de los mismos, acaso dejarían de mostrarse buenos. Bien conozco no ser fácil indemnizar á un particular en todos los privilegios que se quitan al común; pero no hay dificultad en darles con otras gracias el equivalente, ni en permitirles el uso de las armas. Contraviénese á esta reflexión muchas veces, no por falta de piedad y de justicia en los príncipes, sí sólo por pereza ó sin razón de los comandantes, que no informan á la corte el proceder que tuvo cada súbdito, y su calidad y talento, para que el soberano proporcione á tales circunstancias los empleos y mercedes.

El rey nuestro señor llenó de remuneraciones á las casas de Marimón, Taberné, Grimau, Copons, Bellet y otras, que, en la sublevación de su patria Cataluña, conservaron la debida fidelidad.

L.—Precisión y forma de hacer desaguerrido al país que fué sublevado.—Siempre juzgo necesarias las precauciones contra pueblos que algunas veces tumultuaron. Siendo esta una enfermedad, en que se experimentan frecuentes las recaídas; para lo cual tengo por importante la de hacer desaguerida la provincia recién conquistada. Para lograrlo sirve mucho el

mantener desarmados á los paisanos, pues la falta de las armas, produciendo el olvido de su ejercicio y de la inclinación á su manejo, vuelve á los hombres poco dispuestos á emprender una novedad, que sólo puede sostenerse

con la guerra.

Para hacer á un país desaguerrido, propone Fracheta dos arbitrios: El uno es apartar la guerra de aquella frontera, á fin de que en la dilatada paz se entreguen los paisanos al ócio y al deleite, olvidando la fatiga y los ejercicios militares: prueba Fracheta con una autoridad de Vegecio, y efectivamente, son en cualquiera reino menos guerreras las provincias de tierra adentro que las fronterizas, donde poco á poco se acostumbran los paisanos al rumor, á las incomodidades y á los peligros de la guerra, á cuyos motivos se añade que la vecindad de un ejército enemigo podría inquietar los ánimos de los mal intencionados súbditos.

El otro expediente de Fracheta es introducir el comercio, para que cebados en el mismo los habitantes, pongan sólo en aquel interés el pensamiento, fuera de que de su ganancia resulta una comodidad, que á gran paso camina hacia la poltronería, y en el primer discurso probé que el tráfico no corre tan feliz en tiempo de guerra; con que los que viven de él

se esforzarán á mantener la paz.

Falta saber el camino por donde se conducirá al tráfico la inclinación de los paisanos: el asunto es ageno de mi profesión, y tan vasto, que en mayor volumen que este no se diría lo suficiente; pero, por no alterar el orden que en toda la obra sigo, de expresar algunos medios para lograr los fines que propongo, diré en resumen lo que me parece de más importancia. El comercio sin fábricas, es como los juegos de agua sin manantial, que á fuerza de artificio duran las pocas horas, que tarda la diligencia en cansarse

del trabajo.

Para establecer, pues, en el país fábricas de géneros que los extranjeros vengan á comprar, ó los naturales vayan á vender, supongo indispensable quitar los impuestos, que hacen la carestía de los víveres más comunes, ó exentar de tributos á ciertos pueblos donde no haya más que familias de fabricantes; porque si estos comen caro, no es posible que vendan barato; y en siendo muy subido el precio de sus mercancías, no habrá quien compre de su fábrica, la cual de sí misma caerá, respecto de no alcanzar á sus gastos el éxito de sus géneros. Por iguales consideraciones debieran los príncipes no agravar de tributos excesivos á los mercaderes, siendo constante que lo que ellos pagan al soberano, lo han de sacar del comprador; y este ó se abstiene de gastar en la mercancía muy cara, ó yendo á buscarla á otro país, quedan sin comercio las tierras de quien por errada cuenta pensó aumentar su utilidad sobre el tráfico, añadiendo tributos á los géneros comerciables, sin que baste prohibir los extranjeros; porque al grande interés se sigue de seguro el contrabando. El año de 1716 of decir á un excelente ministro que en regla arimética dos y dos eran cuatro; pero que en materia de tributos dos y dos eran tres, cuatro y cuatro eran dos, y ocho y ocho era nada: admirome la novedad de la proposición; mas poco tardó la experiencia en explicármela; pues habiéndose dado en Cádiz y en el Puerto de Santa María diversa interpretación á una orden de nuestra corte, un ministro subió el impuesto sobre ciertos géneros, y otro le bajó; y con no haber más distancia que dos leguas de mar de un paraje á otro, cuando se hizo el computo, se halló que había crecido el producto de la renta, en que los derechos del rey se disminuyeron, y al contrario el de la otra: la razón es que los mercaderes, ganando apenas en aquellos géneros tanto como contribuyen por su compra ó venta, embarco y desembarco, se abstienen de tratar en ellos; por los que vienen de fuera del reino, es en cierto modo una ventaja, porque no se extrae el dinero; y no habiendo recurso á ellos, tienen más éxito los fabricados en el país, y con esta mayor ganancia se hacen más numerosas las fábricas del mismo; pero sobre la extracción de lo trabajado en ellas, no debiera imponerse un maravedí de tributo: el motivo se verá en el ejemplar.

Recien tomada Barcelona por las tropas del rey, compró un par de botas por seis pesos un oficial del regimiento de don Andrés de Oribe: ocho días después pidieron al coronel dos doblones por otro par; y alegando Oribe el precio de las primeras, el maestro le respondió: «Cuando vendí las botas por seis pesos, no me habían echado contribución alguna, y V. SS. se desengañen, que todo lo que á nosotros nos cargan, V. SS. lo han de pagar en lo que compran.»

En más de doscientos años que España tiene las Indias, apenas se había registrado en los puertos del rey una libra de oro; porque pagando grueso tributo, hallaba el negociante más cuenta en gratificar á un contrabandista que lo sacase por alto; hasta que en los años pasados bajó el rey nuestro señor los derechos á una cantidad moderadísima, de que presto cogió el fruto; pues conviniendo más al mercante pagarla, que dar el dos ó tres por ciento al contrabandista y correr el peligro del contrabando, se registró cuanto oro vino de las Indias. También ha bajado S. M. el impuesto sobre la plata, y se experimentó más útil, porque fué más copiosa la manifestación.

Hablando en Génova con don Pedro Moreno, hombre de singular capacidad en materia de comercio, me dijo que la Inglaterra pagaba cinco pesos por cada barril de arenques que embarcase cualquiera inglés en aquella isla para dominios extranjeros; que esto lo hacían los ingleses para animar á los pescadores y traficantes, y que los cinco pesos con que se gratificaba al particular, los reembolsaba con usura el común, por el beneficio de recoger el dinero de otros reinos, de tener ejercitados muchos marineros y construídos muchos navios, como también porque no conviniendo á los dueños de estos que se restituyan à Inglaterra descargados, llevan de retorno á su isla mercancías, que en las aduanas de Inglaterra pagan más que el equivalente de los cinco pesos por barril de arenques.

En España tenemos los más abundantes y ricos frutos de la Europa, la feliz situación entre el Mediterráneo y el Océano, y abierto el camino al Méjico y al Perú, que son los manantiales del oro y de la plata; con todo eso no hay reino de tan corto comercio, porque el hijo del mercante quiere ser caballero, y el caballero se desdeña enteramente del tráfico; con que este viene á quedar sólo en mano de pobres hombres, que no teniendo caudal para mantenerle, se ayudan con el dinero de extranjeros, los cuales no hay duda en que por alto ó por bajo llevan á sus países las ganancias.

La segunda proposición de Fracheta, registrada en el tercer párrafo, da en los ojos con el inconveniente de que, en lugar de castigo, se hace gracia á los pueblos que fueron rebeldes con el comercio que se les introduce; y la máxima de enriquecerlos para desaguerrirlos, parece contraria á la que en otra parte propuse de empobrecer por secretos modos á los ocultos disidentes; y con efecto creo que antes de ejecutar dicha segunda proposición se deben examinar bien las circunstancias: si conforme á las ocurrentes no convinieren las reglas aconsejadas, sirvan para otro país que no padezca el accidente de sospechoso en la fidelidad; pero áun con este pudieran importar los medios de contentarle por ciertos años, hasta ver si en la

buena fortuna que el príncipe le facilita, se le aumenta el afecto al mismo, ó hasta que el soberano salga de guerras con sus confinantes, ó de otra urgencia que le obligue á temporizar con los súbditos; pues muchas veces se ejecuta con acierto lo que después se deshace con razón, constringiendo la necesidad á arbitrios para salir del día; y para mudar á otro país el comercio que en una provincia no surtió el esperado efecto, basta que con pretextos que disimulen el fin se baje en el primero y se aumente en la segunda el derecho de entrada y salida de las mercancías, con lo cual todos los negociantes acudirán con sus caudales al paraje donde logran esta ventaja en su tráfico, y dejarán sin dinero al país en que le ganaron.

Aun más quieta y delicada que la del comercio, es la profesión de los estudios; así convendrá establecer diferentes universidades ó escuelas en las ciudades abiertas del país que solicitas desaguerrir, y fundar en ellas las cátredas, ú otros ascensos, cuyo interés ú honor sirva de estímulo á la

juventud para empeñarse en aquella carrera.

Convienen casi todos los escritores en que el motivo de no permitir los turcos á sus vasallos el estudio ni el comercio, consiste en el recelo de que si hubiese aquella abierta licencia, muchos se estraviarian del camino de la guerra, incitados por la curiosidad de las ciencias, ó movidos por la ambición del lucro. Llevó el primer fin el príncipe godo, que mandando quemar una famosa librería que halló en el país de sus conquistas, dijo que si dejaba en ser tantos libros, los soldados de su ejército se volverían estudiantes.

LI.—Para domesticar los genios de los rendidos, y quitarles el temor de ser más castigados, sin que degenere en peligro la afectación de la confianza.—La primera diligencia en que emplees la piedad y la política, sea disponer que vuelvan á sus casas los que las abandonaron por accidentes de la rebelión.

Finje con el buen trato á particulares y pueblos ir olvidando el delito de la pasada rebelión, para que perdiendo ellos el remordimento que les harán sus conciencias, no discurran en buscar otro dueño, por temor de

nuevo castigo.

Por lo tocante á inscripciones ú otras memorias vergonzosas al país rendido, creo convenga borrarlas, porque así como ellas mortifican y no sujetan, sirven de incitamento á la venganza más que de brida al delito: por eso el rey nuestro señor hizo quitar de Mecina cierto escrito que debajo de la estatua de Carlos II acordaba la precedente rebelión de los mecineses.

En la historia del País Bajo verás cuánto agrió á los flamencos una soberbia estátua que el duque de Alba don Fernando de Toledo erigió en Amberes, con ciertas inscripciones y figuras que á sus piés demostraban el país delincuente y abatido.

No conviene acordar su desgracia á los vencidos, dice Amelot, y cita el lugar en que Diodoro Sículo refiere que antiguamente los griegos no sufrían que los trofeos fuesen de otra materia que de madera, porque estos, á quienes Diodoro llama monumentos de discordia, quedasen presto destruídos.

A los que sepas favorecieron ocultamente la sublevación, no permitas procesarlos, ni siquiera muestres hallarte noticioso de su delito, porque sería cuando sujetas á los rebeldes armados, hacer que se armasen los que han estado inermes.

No por lo dicho en este capítulo, solicito que la afectación de confiado te quite las prevenciones de advertido; pudiendo muy bien observarse la precaución, sin perjuício del disimulo, y no ignoro que ninguno debe adormecerse sobre las cenizas del fuego que acaba de apagarse, ni que de cien traidores perdonados quedan siempre los noventa mal arrepentidos.

DISCURSO SEXTO.

Contra los tumultos y rebeliones de las tropas.

LII.—Para que no piensen las tropas en tumultuar.—Para evitar sublevaciones en las tropas, no quites al soldado los intereses que le tocan, ni al oficial los ascensos que merece, porque los primeros sirven por el útil y los segundos militan por el honor.

Don Scipión de Castro en la instrucción de principes dice: «La escasez del útil ofende por lo más á la gente baja; pero la inconsiderada distribución de las honras, hiere tan peligrosamente los ánimos de los grandes, que por infinitos ejemplos se ha visto que el honor de un grado concedido al favor antes que al mérito, enagenó de tal suerte la inclinación de los otros creidos merecedores, que no se han detenido en propia calamidad á trueque de fabricar una al príncipe.

LIII.—Para cuando se hallen las tropas disgustadas por falta de viveres ó de pagas, ó por otros motivos que aquí se citan.—Cuando se hallen las tropas disgustadas por extrema falta de víveres ó de sueldo, procurarás atribuír á algún imprevisto accidente su tardanza, para que no recaigan sobre tí ó sobre el príncipe los odios que ocasiona su detención, y esfuérzate á suplir con tu dinero y el de tus amigos una parte del atraso, porque si las tropas se te conocen obligadas, es natural que las conserves obedientes; para cubrir los alcances restantes y socorrer la necesidad de víveres presente, muestra esperar breves copiosas asistencias; pues se toleran pacientemente los daños, cuando al mismo tiempo se aseguran próximos y eficaces los remedios.

El marqués de Pescara sosegó el motín de sus alemanes antes de la batalla de Pavía, poniendo en venta su plata labrada y la de algunos oficiales españoles para suplir las pagas, por cuya falta los alemanes tumultuaban.

Contribuyó Germánico á la quietud de las legiones de Alemania sublevadas, dándoles de dinero propio y del de sus amigos, los pagamentos que pedían con las armas en la mano.

Muchas veces el disgusto de las tropas viene de su temor á los enemigos, ó del mal concepto que forman de la constitución en que las pone el jefe, y entonces se amotinan contra los preceptos de este por vengarse del mismo, ó por evitar el peligro, apartándose de los contrarios con pretexto de queja contra el superior. LIV.—En caso que la inquietud de las tropas venga de aborrecimiento á alguno de los jefes.—Si la sublevación de las tropas viene de justo aborrecimiento á algún jefe, podrías con su castigo sosegar á los amotinados, según el principio de que, parando la causa, cesan también los efectos.

Sublevado el pueblo romano por el aborrecimiento que tenía á Cleandro, malo y cruel ministro del emperador Cómodo, este aquietó el tumulto con permitir que fuese muerto Cleandro.

Luis XIII de Francia, abandonando à su favorecido el Conzino à la venganza de los franceses, amotinados por odio contra aquel ministro, aplacó inmediatamente los tumultos de los principales sefiores de Francia.

Si el oficial, por cuyo aborrecimiento los soldados tumultúan, no mereciere el castigo que ellos solicitan, basta que con pretéxto de prisión ó de destierro, le pases á otro ejército ó plaza; y en cuanto á castigar á los que pidieron la justicia con la fuerza, más adelante se dirá cuando sea tiempo de hacerlo.

En el capítulo V del presente libro dejo con diferente motivo probado no deberse complacer á los pueblos que sin conocida razón pretendan que se les muden los comandantes; y si entonces fué conveniente la precaución con los sospechosos, parece ahora más necesaria con los sublevados la de no privarte de un buen oficial, cuyo apoyo puede ser estorbo á los malcontentos, que aspirando tal vez á formal rebelión, soliciten derribar al príncipe de su trono; añádese que no es jamás lícito apagar con pura sangre de los inocentes la sed rabiosa de los amotinados, cuya obstinación permitiría Dios se aumentase en castigo de tu injusticia, siendo un efecto de la divina piedad impedir la imitación de los delitos con el escarmiento de los delincuentes.

Sublevados los ingleses contra el rey Carlos I, buscaron muchos aparentes aunque injustos pretextos, para llamar á juício á todos los que reconocían afectos á la causa del príncipe, y dieron señas de aquietarse, si se castigaba al conde de Stroford, virey de Irlanda y fidelisimo vasallo de Carlos I. Repugnó Carlos firmar la sentencia de muerte contra el conde; pero ciego con la esperanza que los amotinados le dieron, convino finalmente en aquel no merecido castigo, que acusándole la conciencia, cuando el mismo Carlos I se vió en el cadalso, donde había de perder la corona y la vida, confesó que la causa de su muerte era la que injustamente hizo padecer al conde de Straford.

LV.—Diferentes observaciones sobre atropellar luego á los pocos amotinados, y atacar ó llevar con blandura á los que se hallan ya en mediano número.—Si los amotinados son pocos á proporción de los que se conservan obedientes, y ves que los primeros van creciendo á costa del número de los segundos, atácalos desde luego, y castigando con rigor á los motores de la sedición, reprende con severidad á los secuaces de la misma y publica inmediatamente un perdón, para quitarles el recelo que pudiera obstinarlos en la culpa.

Lo mismo ejecutó en semejante caso Gustavo I de Suecia con los que se le amotinaron en Uspal, año de 1526.

Si antes que pudieses acudir al remedio, se hizo el número de los amotinados considerable, y hubiere en atacarlos peligro de no rendirlos, ó de volver al príncipe lastimosa la victoria con la gruesa pérdida de los vasa-

Digitized by Google

llos de ambos partidos, me parece se debe observar si eres más amado que temido de las tropas sublevadas, y si estas son nuevas ó veteranas, porque del jefe amado surtirán mayor efecto los ruegos y las caricias, y del temido los desprecios y las amenazas; distinción que hace también el Malvezzi en sus discursos sobre Tácito. Si las tropas son nuevas, es más fácil atemorizarlas; pero si son veteranas, es más seguro picarlas de honor; pues como saben conocer su fuerza y ponerla en obra, solamente la blandura puede apaciguar sus impulsos, atacándolas por la parte de la honra, ya que se encuentran inexpugnables por el costado de la violencia.

Germánico, que era amado y no temido de sus tropas, corrió peligro de ser muerto por ellas, cuando se opuso á que los amotinados tomasen el estandarte que estaba en el alojamiento del mismo Germánico; y después los aquietó enterneciéndoles con un dulce razonamiento, que merece ser leído en el primer libro de los anales de Tácito.

Sublevado el ejército del rey D. Sancho el IV de Castilla, aquel severo y temido príncipe, arrojándose entre los amotinados, tomó à uno de ellos la lanza de la mano, mató à dos que le parecieron cabezas de la sedición, reprendió ásperamente à los demás, y sosegó de este modo el tumulto.

Mennenius, viendo amotinadas en Frisia las veteranas tropas de Roma, las obligó á retirarse confusas á sus cuarteles de invierno, con haber el propio Mennenius tomado una bandera y encaminádose hacia el Rín, diciendo: «Que quien abandonase su puesto, padecería la vergüenza de ser notado por desertor.» Y la primera y veintésima legión de Germánico, tumultuadas, se apaciguaron corridas de que Germánico, no teniendo por seguros en el campo á su hijo y mujer, los enviaba á refugiarse en el país de Tréveris, de cuyos habitantes mostró fiar más que de los romanos sublevados.

LVI.—Para cuando los amotinados sean de fuerza considerable ó superior á la tuya. Dícese en qué caso debes apartarlos de los enemigos, y en cuál aproximarlos á los últimos.—Si las tropas amotinadas juntas con las obedientes, hacen un razonable número para dar batalla á los enemigos, y no se ofrecen reparos más graves que la misma sublevación, prueba llevar tu ejército á combatir, y puedes mostrar tal intento, áun cuando no pienses ponerle en ejecución, alargando mañosamente los plazos del combate, para que la atención de los sublevados, vuelta contra los enemigos comunes de su patria, den tiempo á las diligencias de sosegar el motín. En Tito Livio hallarás diferentes veces que los romanos, cuando les faltaba otro arbitrio de apaciguar las inquietudes internas, practicaron con grande utilidad este expediente.

Si con efecto marchas á combatir, ó si noticioso de la sublevación de tus tropas, viene el general contrario á librarte batalla, dí á los tuyos por boca de sus más queridos oficiales, y por tí mismo, que aquél es el tiempo de borrar, con la victoria, la mancha de la desobediencia, para mostrar que los alborotos pasados se quedaron en culpa de intrepidez, sin llegar á delito de infidelidad.

Esta insinuación bastó á Germánico para restablecer el combate que llevaban ya perdido contra bructeros, tubantes y usipetas las legiones romanas, que acababan de abandonar una pertinaz sublevación.

Si rehusan los amotinados marchar al combate, procura por todos medios apartarlos muchas leguas del ejército contrario, interponiendo ríos ó plazas; porque los enemigos que estuviesen cerca, no dejarían de ofre-

Digitized by Google

cerles considerables partidos para que tomasen el suyo, ó caerían sobre tu ejército cuando la división de los que le componen le destruye la fuerza, que consiste en la unión y en la obediencia.

Mientras los sublevados se mantienen á posible distancia de recibir socorros de los enemigos, contémplalos en cuanto sea dable, exceptuando el entregarles plazas, ó el concederles otra facilidad de hacerse más formidables.

LVII.—Razones de aplicar los medios suaves, primero que la fuerza, cuando no hay peligro de que los amotinados se aumenten.—Cuando veas que el número de los amotinados no crece, tengo por conveniente que, antes de ensangrentar los partidos con el rigor de un ataque, se practiquen los medios suaves; para que se cure la herida sin irritación contra la mano que la toca, y se conozca después justificada la violencia donde no bastó la blandura; para no quitarte con la muerte de los rebeldes el socorro de los que volverían á ser obedientes soldados, y para que el experimentado ejemplo de los que se mantienen quietos, pacifique á los que fueron sediciosos.

Sucede á las tropas lo que á la pólvora; debe ser el principal cuidado no permitir que la toque el fuego; pero una vez prendido, no hay más arbitrio que dejarla exhalar en breve llama; pues engrandece el estrago á medida de la oposición; con que no sería cordura atropellar desde el primer instante á un grueso cuerpo de milicia sublevada, sin dar tiempo á que desvanecidas las nieblas de la cólera que le ofuscan, aquellos ánimos queden sensibles á la razón, al honor y al recelo del castigo.

Discurriendo Tácito de la sublevación de la quinta y veintiuna legión de Tiberio, cuando la primera y la veintésima amotinadas habian ellas mismas castigado á los motores de la inquietud, á fin de granjear el perdón de su general Germánico, dice: Aunque Germánico después de juntar sus tropas se halló en estado de castigar á los rebeldes, juzgó más á propósito darles tiempo de arrepentirse, para ver si al ejemplo de las otras dos legiones le anticiparían la venganza.

Druso dió también á sus amotinados lugar de reconocer el yerro, para que solicitasen el perdón.

LVIII.—Diligencias que deben practicarse con los amotinados en el tiempo que suspendes atacarlos.—En el tiempo que dejas á los amotinados para que se arrepientan de su delito, los oficiales de su cariño y de tu confianza les acordarán los antecedentes servicios, para que la consideración de que se tienen presentes, los haga, por la esperanza del premio, abandonar la pertinacia de la rebelión.

En las cartas de Tiberio que Druso llevó à las tres legiones amotinadas, hacía recuerdo Tiberio de los servicios que ellas habían rendido al imperio de Roma.

Dichos oficiales irán de uno en otro soldado ponderándoles al mismo tiempo la enormidad de su delito, la evidencia de su peligro y la pérdida de su honor, si no te satisfacen, con entregar á los motores de la sedición, ó á lo menos apartándose de ellos. Por otro lado les mostrarán que si lo ejecutan así, no es su culpa incapaz de un sincero olvido; con lo cual, perdiendo el temor de un castigo riguroso, no hallarán en el recelo tropiezos para la sujeción: por el propio motivo conviene que sólo te afectes quejoso de los jefes del tumulto, para que sus secuaces no desconfíen de un ajuste, en que te consideran satisfecho con el escarmiento del caudillo.

Por este medio aquietó Druso la sublevación de las tres legiones de Blesus, y logró que los amotinados mismos, en testimonio de un fiel arrepentimiento, le entregasen algunos de los principales cómplices.

Hallándose Cecinna, (oficial de la confianza de Germánico) con la primera y veintésima legión amotinadas, le escribió Germánico estar en camino con poderoso ejército, resuelto á que no escapase del cuchillo alguno de los sublevados, si antes de su arribo no castigaban ellos mismos á los principales delincuentes. Cecinna leyó estas cartas en secreto á los oficiales mayores, y á otros, que no habían consentido en la sedición, y los persuadió á eximirse de la muerte, y á evitar à sus compañeros la infamia del suplicio, representándoles que en la paz se escuchaban las razones, pero que en la guerra perecían los inocentes como los culpados. Estos oficiales (prosigue Tácito) tantean á los soldados que discurrían ser á propósito para la ejecución de su designio, y viendo contenidas en su deber á la mayor parte de las legiones, convienen con Cecinna sobre el tiempo que tomarán para degollar á los principales sediciosos: dado el señal van á caer encima de ellos, los pasan á cuchillo en sus tiendas, sin que nadie, excepto los cómplices y los ejecutores, sepa por donde comienza tal destrozo.

Frachetta que dice mantenerse pertinaces en la rebelión los que perciben que no merece indulgencia su delito, prueba con el ejemplar de los capuanos que, por este motivo, rehusaron pasar al campo de Roma, áun despues de abandonados por Aníbal y rogados por el vice-cónsul Flacco.

Advierto que en las tropas amotinadas siembres discordias y desconfianzas, y que procures con dádivas y ofertas destacar de la parcialidad sublevada los hombres que basten para que la tuya quede superior.

Amotinado en Lituania el ejército del rey Juan Casimiro de Polonia, este príncipe se prevalió de la discordia que entre sí tenían los mismos amotinados, divididos en ala izquierda y derecha: de manera que logrando unir sus tropas con las de izquierda, atacó á las de la derecha con fuerza superior y feliz suceso.

El consejero Brousel, jefe entre los rebeldes à Luís XIV, abandonó el partido sublevado por la oferta, que en nombre de los realistas se le hizo, del gobierno de la Bastilla para un hijo suyo: por semejante medio se destacó de los malcontentos un señor de distinción.

LIX.—Forma en que importa solicitar el castigo de los pertinaces amotinados, y mudar los cuerpos que abandonen la sublevación.—Cuando ya te halles más fuerte que los sublevados, formando tus tropas delante de ellos, dirás que bien conoces que los engañaron sus jefes, y que así pasen á tu costado todos los que estén arrepentidos de su precedente ligereza: esto hecho, dispón que los caudillos y los que se mantuvieren con ellos, sean castigados por mano de los mismos secuaces que tuvieron; para que ningún otro quiera después encargarse de la conducta de un motín, y te resulte la honra de su quietud, sin el ódio de su castigo; pues los propios sublevados le efectúan; y con el servicio que te rinden los unos en ser ejecutores de la pena de los otros, te dispensas de castigarlos á todos, y vuelven de buena fe á serte amigos los que redimen su vida con la muerte de tus contrarios: atiende al ejemplar que sigue.

Germánico feneció el razonamiento á su primera y veintésima legión amotinadas, diciendo que ya veía á muchos pesarosos del cometido yerro, y que así, para enseñarle la sinceridad del arrepentimiento y un auténtico testimonio de su fidelidad, se apartasen de los sediciosos: con lo cual se arrojaron á sus piés, confesando el antecedente delito, pidiendo el castigo de los motores, y que Germánico no enviase fuera del campo á Agripina ni á Calígula; á que Germánico respondió que los complacería en el retorno de Calígula, añadiendo que á ellos tocaba ejecutar lo demás, en cuyas palabras mostró que el



castigo de los principales rebeldes quedaba por cuenta de los mismos amotinados. Tácito prosigue su relación con las palabras siguientes: de este paso van ellos á prender á todos los más sediciosos, y los traen atados á C. Cetronius, jefe de la primera legión, el cual hizo justicia en esta forma: Las legiones cercaban su tribunal, todos con la espada en la mano; un tribuno les mostraba de arriba el soldado acusado, y si la asamblea le declaraba culpable, se echaba á bajo para que fuese muerto; y cada uno tomaba placer en degollar á su compañero, como si fuera lo mismo que volverse inocente. Germánico no decía palabra á todo esto, respecto de que, no les habiendo mandado nada, todo el aborrecimiento del sacrificio recaía sobre los que lo ejecutaban.

Amotinado Chimar contra su calife Mostadi Asán, este haciendo conocer á las tropas sublevadas la injusticia de Chimar, de cuyos bienes les ofreció libre el saqueo, logró que ellas mismas persiguiesen á Chimar, de quien antes favorecían el partido, con que obtuvo Mostadi, castigando al rebelde por mano de los rebeldes, excusarse de hacer con estos otro ejemplar, y mostrándose satisfecho, asegurarlos en su servicio.

Cuando las mismas tropas amotinadas te dan la satisfacción propuesta en el párrafo antecedente, ni áun buscando otro pretexto conviene reformarlas; porque esta prueba de haberlas perdonado con mala fe, sería motivo de que otras en el propio lance se mantuviesen sublevadas, con perjudicial obstinación; pero múdalas del paraje en que han cometido el delito y recibido sus compañeros el castigo; porque el recuerdo del primero y la memoria que del segundo les suscitará el lugar, no las conserve afligidas y atemorizadas.

Así dice Tácito haberlo practicado Germánico con la primera y veintésima legión, para alejarlas de un campo cuya vista les haría horror, por la memoria del delito, y por la violencia del remedio: son las palabras de

Tácito.

LX.—Para cuando con simulados pretextos fraguan las tropas un motin que se encamine á formal rebelión.—Suelen comenzarse las inquietudes como simples motines, para fenecer en maliciosas rebeliones, y si vieres que la inquietud de tus tropas va caminando á formal sublevación por ódio que ellas tengan á tu príncipe, ó porque sus jefes estén sobornados por los enemigos, entretenlas con larguísimas, pero no claras promesas; trae mañosamente á tu obediencia los que pudieres de entre los amotinados, y pide al príncipe tropas de otras provincias que marchando ocultas, ó con sobrescrito de varia operación, se te junten para sorprender á los rebeldes en la ocasión que se presente más favorable; pues en el ínterin, es natural suspendan los sublevados la ejecución de su proyecto, por la codicia de recibir las dádivas de que los esperanzaste; ó porque no teniendo aún hechas todas las disposiciones que necesitan, no querrán anticiparte con su peligro la sospecha de su deslealtad.

À tropas que pensaron en formal rebelión, y para cuya quietud empleaste parte de tu fuerza, bastante buena fe las guarda con no les quitar la vida, ni ellas habrán naturalmente recibido más ofrecimiento; y como no deben quedar unidos los miembros disformes de aquel horrendo cuerpo, despide los soldados que le compusieron, ó repártelos en diferentes provincias, regimientos ó compañías, para desconcertar con este transplantamiento, las medidas que los enemigos intentasen volver á ajustar con ellos.

Cuando hayas experimentado inútiles todos los medios propuestos para

extinguir la rebelión, y se hallaren los rebeldes con fuerza superior á tus tropas, apártalas de ellos, porque no sean contagiadas ó sorprendidas.

LXI.—Sobre si debe pasar el príncipe á apaciguar la sublevación.— No debe acudir el príncipe á estinguir la sublevación de sus tropas, cuando no tenga fuerzas para seguramente lograrlo, porque sobre ser desaire del soberano salir perdidoso en las competencias con el súbdito, pudieran los amotinados hacerse prenda del príncipe, ó una vez que de este ó de otro modo le perdiesen el respeto cara á cara, ya con la grandeza de la culpa quedarían desahuciados de la esperanza del perdón y excluídos del intento de la enmienda; fuera de que, aunque la presencia del príncipe redujese al mayor número de los sediciosos, sobraría para la última desgracia, que el más ínfimo de entre ellos se atreviese á la más alta atrocidad; pues como traduce Jáuregui si no me acuerdo mal:

«Es grande incitamento al apetito »la enormidad del ínclito delito.»

Con que sólo en el muy extremo caso de no haber otro arbitrio para sosegar el ejército, ni para conservar el reino si las tropas se mantienen amotinadas, expondrá el príncipe su persona; pues entonces se dispensan

con la necesidad las reglas ordinarias de la soberanía.

Cuando en Germanía y Hungría se amotinaron las legiones, publicaba Tiberio que se ponía en viaje á sosegarlas; pero alargó siempre con varios pretextos la partencia, para que las noticias de su marcha, sin los riesgos de su ejecución, aquietasen á los sediciosos: paréceme útil esta práctica, porque siempre discurrirán los sublevados que va el príncipe armado con las necesarias prevenciones para efectuar el castigo, si no logra el arrepentimiento; mas en viendo que su llegada no aumenta fuerzas á su ejército, le mirarán tan negligentes como le aguardaron cuidadosos: perciben muchos con asombro el relámpago en las nubes, y desprecian algunos como piedra los rayos en la tierra, porque hablando con todos la amenaza ninguno experimentó la ruína.

LIBRO IX.

GUERRA OFENSIVA EN GENERAL, Y EXPEDIENTES PARA CONSERVAR CON EL ARTE LAS PROVINCIAS ADQUIRIDAS POR EL MISMO, Ó CON LA FUERZA.

I.—Ventajas de la guerra ofensiva.—En el segundo libro discurrí sobre las guerras que se consideran útiles, necesarias y justas: veamos ahora si conviene más aguardarla en el país de tu príncipe, ó llevarla al de los contrarios.



Si dejas á los enemigos internarse en tu país, acaso reforzarán su partido con la adherencia de los pueblos que estén disgustados en el dominio de tu príncipe, que por su natural inconstancia amen la novedad, ó que por su poca resolución se acomoden á los intentos del ejército, de quien se halla señoreada su tierra. Pasará á tu favor la misma comodidad, si penetras en las provincias contrarias, particularmente cuando por haber sido otras veces de tu príncipe, se le conserven afectos muchos habitantes, que detenidos en la consideración del peligro, aguarden, para tomar las armas, que tu ejército los asegure contra el castigo de su actual dueño.

Los pueblos contribuirán más gustosos, que para la defensiva, á otra guerra, en que vean que sus asistencias aumentan el honor de la nación y los dominios del país: al contrario, será de temer que aborrezcan la defensiva, en la cual, no obstante los tributos que suministran, experimenten los daños de que el ejército enemigo destruya la campaña, ponga en sujeción á los habitantes y en desorden las leyes nacionales, pero como dejo probado en el segundo libro, y Polibio repara haber sucedido á los pelopo-

neses en la interior guerra que sufrieron.

Comín Ventura dice que pocas más tropas que las necesarias para la defensiva, bastan para la ofensiva, formando ejército de las guarniciones de

Este dictamen desde luego muestra considerables inconvenientes, si se toma en la amplitud con que le propone aquel escritor; pero puede ser practicable cuando tengas de la fidelidad y valor de los habitantes de tus plazas la suficiente confianza para dejarlas sin guarnición de tropas, y cuando á esta ventaja se añada la de confinar sólo por un costado con el país enemigo, internándote en el cual, no haya riesgo de que los contrarios penetren en el tuyo á atacar plazas; pues si, como voy suponiendo, es única y estrecha la avenida, tu ejército la cubrirá al mismo tiempo que hostiliza las tierras agenas; y contra golpes de sorpresa y furtivas correrías, bastarán los paisanos que tengan las dichas calidades, y á quienes dejes algunos pequeños cuerpos de caballería. De este modo creo acertado el pensamiento de Ventura, porque poniéndote sobre la defensiva, con efecto sería indispensable debilitar el ejército para guarnecer bien todas las plazas atacables; pues de otra forma, amagando los enemigos á una, caerían sobre otra desprovista; y no sirve decir que siempre estás á tiempo de incorporar á tu ejército las demás guarniciones para combatir á los enemigos, respecto de que hay plazas que teniendo angostas indispensables avenidas, no pueden socorrerse ni aun por un ejército muy superior.

Aun cuando para la ofensiva necesites muchas más tropas que para sostener la guerra en tu país, discurro mejor economía en la primera, por-

que sacarás gruesas contribuciones de las provincias contrarias.

Lamentándose el emperador Leopoldo Ignacio de no tener caudal para pagar los ejércitos, su generalisimo, el conde de Walstein, le respondió que el remedio era levantar otras tantas tropas; y replicando el emperador que cómo podría mantener cien mil hombres quien no tenía forma de hacer subsistir à cincuenta mil, satisfizo Walstein con que cincuenta mil comían del país amigo y cien mil vivirian del ageno.

Dirás que internándote en el país amigo, te saldrán caros los trasportes de víveres, municiones, vestuario y más pertrechos, como la conducción

Digitized by Google

de reclutas y remontas. Pero en los víveres no habrá tal inconveniente, si tomas la providencia de hacer sembrar sobre la que el año próximo hubiere de ser frontera, y al abrigo de tus plazas, el trigo y cebada cuyo grano y paja basten para la futura campaña.

La razón genérica de ser menos costosa la ofensiva, no se destruye con el particular accidental motivo de experimentarse en ella más caros los

trasportes.

Supongamos que lo sean. ¿Pesará en tu imaginación este daño tanto como el beneficio de ahorrar á tu país el destrozo que una interior guerra

causaría en labranzas, ganados, árboles y edificios?

El príncipe de Orange, aprobando el proverbio alemán de que siempre es bueno atar los caballos á los árboles de los enemigos, dice que, quien hace la ofensiva tiene para en cualquiera desgracia el recurso al país propio, que no habiendo sufrido la guerra, estará abundante de lo necesario; en lugar de que (prosigue el de Orange) el ejército que la aguanta en sus tierras, no podrá en muchos días prevenirse de lo conveniente para entrar en dominios enemigos: en fin, con la defensiva sólo vas á mantenerte ó á

perder; pero con la ofensiva puedes ganar.

Antonio de Ville dice que el hacer la guerra en provincias extranjeras, tiene el inconveniente de que sale para ellas todo el dinero del antiguo país propio; y es cierto que el caudal de los ejércitos se derrama en los pueblos de su vecindad, que venden víveres á las tropas; pero ó piensas conservar la provincia agena en que milites, ó abandonarla: en el primer caso el dinero no hace más que mudar de un país de tu soberano por herencia á otro del mismo por conquista, en el cual es más preciso, para ayudarle á recobrarse de los daños padecidos en la guerra, y para que con eso los habitantes cobren cariño al nuevo dueño y no deserten de sus casas por desafecto ó por necesidad. En el segundo caso, ¿qué dificultad hay en retirar el mismo dinero, y áun el que el país tenía de antes, por medio de contribuciones?

El último reparo de algunos escritores contra la ofensiva, es que el ejército internado en el país enemigo tendrá muy dificil retirada, si pierde una batalla, y que así en un solo día se pueden acabar todas aquellas tropas. Respondo que si pones en obra las providencias sobre emprender conquistas unidas, y apoyadas unas de otras con la toma ó construcción de plazas en los oportunos parajes que más adelante se expresan, nunca te hallarás lejos de tu frontera; pues las mismas plazas conquistadas ó nuevamente construídas, asegurarán á tu derrotado ejército el refugio que le pudiera dar el antiguo país propio, cerca ó dentro del cual hubieses combatido.

Cuando faltase el expediente dicho, se podría compensar el peligro de difficil retirada, con esperar que su misma dificultad aumentará á tu ejército la constancia en el combate; ventaja que por este motivo halla el emperador León en pelear dentro del país contrario.

Una de las esperanzas de Aníbal al entrar en la batalla del Tesino, que ganó, era que los romanos, teniendo franca la retirada á su país, no sostendrían el combate con tanta firmeza como los cartagineses, que por ninguna parte podían prometerse refugio si fuesen vencidos.

Hablando Polibio de la poca resistencia que las naves de Cartago hicieron a las de Cneio Scipión junto á los Alfaques de Tortosa, dice: «Las tropas de Asdrúbal que estaban en batalla sobre la orilla del mar, no las animaron tanto á combatir, como les dañaron mostrándoles aquella esperaza de salvarse.

II.—Dicense algunos casos en que la ofensiva se tiene por más costosa, por menos fácil ó por arriesgada.—En el segundo libro toqué el punto de que no conviene la guerra á príncipe que no esté seguro de la fidelidad de sus vasallos, y ahora digo que en aquel caso no emprenda la ofensiva quien hubiere de apartarse mucho de ellos, si no tiene tropas bastantes para dejar el país bien guarnecido ó forma de volverle contento.

Es de pequeña utilidad la ofensiva contra país en que se hallen con frecuencia plazas bien fortificadas y abastecidas, porque, sin gran riesgo, no se le deja alguna de ellas á la espalda; con que será única recompensa de gastos innumerables la toma de una ó dos plazas por campaña, y del poco terreno que las mismas cubran hasta partir distancias con otras plazas que á los enemigos quedan.

El autor del manifiesto por el ministerio de Inglaterra, nota el error que los aliados cometieron, de hacer la principal ofensiva en Flandes, pudiendo con el exceso de sus grandes ejércitos y armadas navales, fenecer en breve tiempo la conquista de España, cuando en Flandes la de una ó dos plazas les ocupaba un año después de muchísimos gastos, particularmente de la Inglaterra, que es por cuya conducta aquel escritor se lamenta.

Si tu intento es mantener las conquistas, tampoco debes idearlas hacia país enteramente desprovisto de plazas; pues algunas son precisas para tener en brida á los pueblos de la campaña, depositar hospitales y almacenes, y cubrir el paso á los convoyes y reclutas; pero áun se hallan más necesarias para asegurar, en caso de una desgracia, la retirada al ejército y para que, detenidos los enemigos en la recuperación de dichas plazas, tu ejército pueda rehacerse en su antiguo país, primero que este sea destruído ú ocupado por los contrarios.

Aunque el país enemigo no tenga las plazas, que dije te conviene ocupar, puede haber en él algunas islas, penínsulas, montañas inaccesibles ú otros puestos muy fáciles de fortificar y en paraje oportuno para tus ideas,

en cuyo caso no es inconveniente que en dicho país falten plazas.

El progreso de la ofensiva es menor en país muy cortado de ríos ó desfiladeros, á cuyo abrigo los inferiores cuerpos de enemigos detienen á un ejército numeroso, y le disputan el terreno palmo á palmo. Añádese que los habitantes de las montañas de ordinario se encuentran más guerreros que los de las llanuras, porque estas, siendo por lo regular fértiles, la misma abundancia vuelve á sus moradores delicados, viciosos y desaguerridos. Repáralo Santo Tomás en su tratado del gobierno de los príncipes; y Livio hablando de los vecinos de los Alpes, observa que se experimenta siempre marcial y robusta la gente de tierras montuosas: verdad acreditada por las estériles, ásperas y cortas provincias de las dos Asturias y de la Vizcaya, invencibles al poder de los africanos, dueños ya del resto de la España, y último estorbo á la prepotencia de Roma, contra quien mantuvieron la defensa hasta el imperio de Augusto. A más de las razones que Santo Tomás alega, hay la de que el país muy quebrado favorece la forma en que los paisanos pelean, esparcidos y cubiertos de peñas ó árboles, sin peligro de que los alcance la caballería, que es el cuerpo temido de ellos.

Son especialmente desventajosos los países cortados, cuando tu principal fuerza consista en caballería, porque no puede pelear en ellos ni mar-

char sin gran riesgo de ser batida: pasa este inconveniente á las tierras llanas para el ejército inferior en caballería.

El ejército que funda en la caballería su primera fuerza, no se empeñe

contra país estéril de agua y forrajes.

Puede ser más arriesgada la ofensiva según tu nación, y la de una y otra frontera de los contrarios valgan menos para pelear en su país ó fuera de él, y para atacar ó para defenderse.

Aníbal confesaba á los romanos invencibles fuera de su patria, y los encontró fáciles de vencer en ella: por eso aquel famoso capitán aconsejaba á Antioco que no esperase la guerra en su reino de Siria, sinó que se anticipase á introducirla en Italia.

Durante la próxima pasada guerra vimos á los valencianos hacer en pequeños puestos de su país vigorosísimas defensas, y en algunos precedentes lances, donde tropas de aquella nación salieron á militar fuera de su reino, como fue en la guarnición de Barcelona cuando atacó el señor duque de Vandoma la plaza, mostraron mucho menos distinguido coraje.

Los napolitanos, sirviendo en su país, no se reputan por buena tropa, y trasplantados á España, Lombardía y Flandes se experimentan óptimos soldados.

Observa si los soldados, de que se componen tus regimientos, acostumbran desertar en mucho mayor número del país propio, ó del más apartado: en el último caso la ofensiva te será dispendiosa de reclutas hasta que poco á poco se acostumbre tu nación á vivir fuera de su tierra.

Experimentase esta diferencia en las provincias de España; pues andaluces y estremenos desertan poquisimo mientras están sus batallones en Andalucía y Estremadura; pero padecen considerable deserción cuando pasan á Cataluña, Aragón ó Valencia: todo lo contrario sucede á castellanos, asturianos y gallegos, que en su país ó cerca de él desertan en sobrado número; y separándolos ochenta leguas de su patria son eternos en los regimientos.

III.—Discordias de los enemigos, que suelen prestar oportunidad para la conquista de su país.—Es buena ocasión de emprender sobre el país contrario, cuando sepas que sus principales ministros ó jefes se hallan entre sí enemistados, porque entonces el uno destruye el arbitrio ú operación que propone el otro.

El año de 1682, que Luís XIV de Francia declaró la guerra á las Provincias Unidas, tomó sobre ellas en un mes de tiempo treinta y dos plazas ó villas defensables: lo que no pudiera haber ejecutado sin las parcialidades que padecían los holandeses, de quienes ocultamente alimentaba aquel príncipe la discordia.

Sacarás más fruto de la discordia, si ella es entre jefes de varios príncipes aliados contra el tuyo; pues dependiendo cada uno de su soberano, hallándose distintos los intereses y precisa la dilación de muchas demandas y respuestas á todas sus cortes, para que se tome de común acuerdo un expediente sobre los encontrados informes de los comandantes, estos no se convendrán tan presto; á que se añade que en tropas de muchos príncipes hay más número de generales, y siendo las sentencias tantas como los hombres, se aumenta en la muchedumbre la dificultad para la concordia.

El continuador de Foresti dice que toda la flaqueza del ejército escocés, que militaba contra Eduardo IV de Inglaterra, consistía en la multitud de jefes, porque hallándose en aquellas tropas Gui-

llermo Waleis, Juan Stuardo y Juan Cumino, vinieron entre sí á disputas que ocasionaron á Eduardo la victoria en una batalla que les dió, y durante la cual se retiró Cumino.

Suele ocasionar divisiones el encontrarse en interregno los países, porque lo regular es que los gobernadores, olvidando la causa pública, se valen del encargo para solo intereses particulares, llenando sus cofres de las contribuciones de los pueblos, y ejercitando las venganzas de antiguos rencores de sus personas ó familias en los que tal vez serán los más fieles vasallos: cada uno procura derribar á su compañero, para quedar él absoluto en el comando, y en fin, el pueblo no teme ni obedece á los gobernantes que un interino accidente le presenta, como al príncipe á quien un durable derecho establece.

IV.—Exprésanse las discordias de los enemigos sobre que debes no perder tiempo, y la precaución conveniente para no aventurar mucho al disfrutarlas.—Cuando temas que el partido malcontento de su príncipe, si no le das pronto socorro, busque los de otro soberano, es preciso asistirle desde luego: remítome á la razón del ejemplar que sigue.

Isabela de Inglaterra, y el rey de Francia, armaron, á cual más presto pudo, en favor de las provincias del país Bajo, sublevadas contra Felipe II de España: recelando cada uno de aquellos príncipes que los malcontentos aceptasen la protección del otro, y que el reino que la diese, disfrutaría único las ventajas que, tanto la Inglaterra como la Francia, proyectaban sobre la amistad y patrocinio concedido á dichas provincias sublevadas.

Si el disgusto de los pueblos ó tropas enemigas no viene de antiguo aborrecimiento al príncipe, ni de precedentes largos rencores de unos contra otros, sinó de repentino enojo por alguna injusta reciente acción del soberano, ó de los jefes ó ministros, no deberás creer subsistentes los disturbios; pues quitando el príncipe la causa, hará presto cesar el efecto.

Cuando son pocos los pueblos ó las tropas descontentas, à proporción de las que se mantienen obedientes, en poco tiempo que tu dueño deje libre al enemigo, juntará, de los vasallos fieles, número bastante superior para sofocar de un golpe á la parcialidad de los revoltosos; y si la discordia es de generales á generales, ó de ministros á ministros de un príncipe que ya gobierne por sí, en retirando este al que fomenta uno de los partidos (y mejor á ambos los competidores, con enviar un tercero á su comando) también está fenecida la turbulencia.

De semejantes disensiones, que difícilmente crecen y con facilidad se apagan, conviene aprovecharte presto, aunque no lleguen á todo el punto de tus deseos los desórdenes de tus contrarios; así como el práctico jardinero, sabiendo que ciertas frutas primero caen podridas que en el árbol se vean maduras, las coje luego que tienen color de no totalmente verdes.

Sitiando á Stokolmo, con tropas de Gustavo Vasa, el coronel alemán Sassi y el general sueco Fredagio, vinieron los dos á disputa sobre preeminencias del comando; lo cual sabido por Severino Norvi, almirante del rey Christerno II de Suecia y Dinamarca, se aprovechó de aquella ocasión cargando el cuartel de Fredagio, á quien puso en derrota, y después al de Sassi, con el cual ejecutó lo mismo; sin que aquellos dos comandantes, entre sí enemistados, se hubiesen dado uno al otro el menor socorro.

Dicese que Milord Preterbourg queria de todas maneras volver á embarcar las tropas con que el

entonces señor archiduque de Austria solicitaba rendir á Barcelona; porque el príncipe d'Armestat no tuviese la gloria de aquella conquista; y cuando supo el mismo Preterbourg que d'Armestat había muerto en el asalto de Monjui, dijo: Ahora se tomará Barcelona; y convirtió en esfuerzos para el ataque el anterior dictamen para la retirada.

Amilcar, general cartaginés, luego que supo que las tropas aliadas al ejército romano en Sicilia se habían apartado de este, por una disensión sobre el lugar de la vanguardia, atacó á dichos aliados de Roma y los deshizo.

No aconsejo que te fíes tanto á la discordia de los jefes contrarios, que sobre ella sola te muevas á embestir su ejército, sin llevar número de tropas que, á lo menos, baste para hacer una decorosa retirada, si no hallas el abrigo que esperabas en la división de los enemigos, excepto que tengas adelantadas con uno de sus partidos inteligencias suficientes.

Aníbal atacó el ejército romano, fiado en los disgustos que había entre sus comandantes Fabio Máximo y Marco Minucio, sin perder aquella ocasión que podía brevemente desaparecersele, con que noticioso el senado de los perjuicios de tal discordia, retirase de su empleo á uno de los dos jefes, cuya división jamás hubiera llegado á rompimiento de guerra de uno contra otro; pero no se aseguró tanto Aníbal en los disturbios de sus competidores, que no marchase con todo el numeroso y aguerrido ejército cartagines, y con el buen orden y precauciones acostumbradas.

V.—Ocasiones de diferir la ofensiva sobre las discordias de tus contrarios.—Cuando todo el país de tu contrario se halla envuelto en civiles discordias, y por consiguiente desprovisto el príncipe enemigo de número superior de tropas, ó de otro medio bastante á extinguir en pocos días la parcialidad que le fuere opuesta, y cuando esta conozca en sí misma suficientes fuerzas para no apresurarse en la solicitud de agena protección, convendrá mantenerse quieto, mientras los dos partidos se debiliten recíprocamente en su guerra y se pongan fuera de estado de resistir después á la tuya, aunque se unan á este fin, considerándote por igual enemigo de ambos; y todo lo que puedes ejecutar en el ínterin, es suministrar ocultamente, ó por tercera mano, al partido más flaco los socorros necesarios de víveres, dinero, armas ó caballos, para que por falta de competidor no cese antes de tiempo la disensión civil.

VI.—Diligencias y prevenciones para antes de comenzar la ofensiva.

—Si en el país que piensas penetrar hubiere muchos ríos navegables, irás prevenido de navíos, galeras, bergantines ú otras embarcaciones proporcionadas al fondo de aquellas aguas, y superiores á la flota que los enemigos tengan sobre las mismas; con cuya ventaja te saldrá menos costoso y arriesgado el trasporte de los víveres, municiones y artillería, y más fácil el pasaje de los ríos y la construcción de los puentes.

En la historia de la guerra de Flandes verás cuántas operaciones malograron los españoles, particularmente mientras mandó el cardenal Andrés de Austria, por señorear los enemigos la navegación de los principales ríos con mayor número de embarcaciones armadas, que impedían el paso y los convoyes al ejército de España.

Por la continuación de las lluvias, ó porque el calor deshace las nieves de las vecinas montañas, se ven crecer tanto muchos ríos, que no se dejan vadear, ni se pueden asegurar en ellos los puentes, de que resulta faltar

los víveres al ejército que se halla del otro lado, lo que no le sucedería teniendo cerca su flota, cuyas naves mayores siempre se mantendrán al favor de las áncoras, y sus lanchas, ú otras embarcaciones de remo, pasarían los víveres necesarios para que el ejército no padeciese miseria, ni se hallase precisado á descampar.

No debes apartarte á una guerra ofensiva, sin dejar á tu país las tropas necesarias para librarle de correrías, con que los enemigos pueden solicitar hacer una diversión ó destruír tus pueblos, y enriquecerse con su presa.

Al entrar en Frisia el marqués Ambrosio Spinola con ejército del archiduque Alberto, dejó en Flandes, á las órdenes del conde Federico de Bergh, tropas bastantes para oponerse á las operaciones que el conde Mauricio de Nasau pudiese intentar contra la misma provincia de Flandes en ausencia del principal ejército austriaco, y Guillermo III de Nasau observó igual precaución en resguardo de la Holanda, el año de 1672, primero de salir en busca de sus enemigos los franceses.

Aníbal, antes de moverse á la conquista de Italia, renovó todas sus alianzas, y dejó en buena defensa á España y á Cartago receloso de una diversión de los romanos.

Al mencionado fin de asegurar tu país, primero de apartar del mismo el grueso de tu ejército, importa muchas veces dar principio á la ofensiva con la toma de algunas plazas que cubran tus fronteras.

VII.—Razón para que no peleen, sinó forzadas, las tropas que dejaste á la defensa de tu país. Dicese lo que debes ejecutar en caso que sean batidas.—Las tropas que en el antecedente capítulo propuse destinadas á guardar tu país, no aventuren un combate sin grandísima precisión; porque su directo encargo es hacer la defensiva, y quien está sobre ella, va á perder más que á ganar en combatir.

Si las tropas que dejaste á la defensa de tu país, viniendo á una batalla precisadas por los enemigos, ó persuadidas por algún motivo, son puestas en derrota y penetran los contrarios, en la provincia que ellas guardaban, observa si, continuando la ofensiva, puedes ganar más de lo que te expones á perder, no volviendo al socorro de tu patria, pues conforme á esta reflexión deberás retroceder de tus conquistas, ó llevarlas adelante. Puede consistir lo dicho en que los enemigos tengan, ó no, forma de mantenerse en tu país y de impedirte los convoyes, porque si por falta de almacenes han de retirarse presto, después de ejecutar su correría, en marchar contra ellos te aventuras, á no encontrarlos, y sin lograr socorrer á tu provincia, pierdes el tiempo de hacer progreso en las agenas: por otra parte, si los contrarios tienen tropas, artillería y pertrechos para rendir tus importantes plazas, y continúas la ofensiva, tal vez montaría menos tu ganancia que tu pérdida.

Otro peligro de proseguir la ofensiva es que los pueblos tuyos en que se internen los contrarios, tomen su partido, siendo mal afectos á tu príncipe.

El marqués Ambrosio Spínola no abandonó el sitio de Ostende con la diversión que hizo sobre su país Mauricio de Nasau, porque todos los puestos que podía tomar este no equivalían á la pérdida de Ostende, como repara el cardenal Bentivollo.

Entre volver con todo el ejército á la defensa de tu país, ó continuar la ofensiva en los dominios contrarios, hay el medio término de hacer para

LIBRO IX.

la primera un destacamento, que junto con el resíduo de las tropas batidas en tu provincia, baste para defenderla; pero no tomes tal arbitrio si no te quedan tropas suficientes para proseguir las operaciones, porque sería ir á perder en ambas partes, y á ganar en ninguna, ó aventurarte á ser batido en una de ellas, si las circunstancias del terreno prestan á los contrarios comodidad de juntar furtivamente sus dos ejércitos, robando alguna marcha, para caer de golpe sobre uno de los tuyos.

El año de 1708, que los enemigos pretendieron divertir de Cataluña al ejército de las dos Coronas, enviando algunas tropas contra Aragón, S. A. R. de Orleans, que tenía las bastantes para proseguir su empresa y para cubrir el Aragón, envió á aquellas fronteras un grueso cuerpo de caballería, y con el resto del ejército atacó á Tortosa.

VIII.—Examínase hacia qué paraje y con qué medida se deben proyectar las conquistas, y se tocan las ventajas de superioridad en fuerzas navales.—En igual conveniencia de las demás circunstancias, y estando en tu mano llevar la guerra al paraje de los dominios enemigos que más te convenga, debes elegir la provincia de pueblos menos belicosos, ó que teman con especialidad á tus tropas, habiendo sido batidos por ellas otras veces, ó que profesando cariño á tu soberano, se acomodarán con menos violencia á su dominio, ó que no valgan tanto para defenderse dentro de su patria como los habitantes de otra frontera, ó como para obrar ofensivamente contra la tuya, si llevases á diverso confín la guerra.

Puede ser el país enemigo abundante de forrajes, y no por eso conveniente á tu superior caballería á causa de la calidad de aquellos. En Andalucía, Estremadura, Castilla, Cataluña y Aragón, donde no hay heno ni avena, morían dentro de pocos meses todos los caballos frisones, alemanes y suízos; al contrario los de España, acostumbrados á paja y cebada, mueren á pocos días que coman avena y yerba seca; así nuestros enemigos se vieron precisados á montar en España caballos de aquellas provincias, y nosotros en Italia caballos alemanes ó italianos.

Cuando se hallan superiores en fuerzas marítimas los enemigos, te convienen tierra adentro las conquistas; pero las extenderás al largo de la costa ó en islas, si predominas en naves, porque de este modo te será fácil mantenerlas con los socorros de tus bajeles, que pueden viajar con frecuencia y sin los embarazos y gastos que se ofrecen á los convoyes de tierra, particularmente si han de atravesar un dilatado país.

Siendo en la guerra de Sicilia superiores en tropas los romanos, y en naves los cartagineses, los primeros dominaban la mayor porción de los pueblos de tierra adentro, y los segundos la más grande parte de las villas marítimas.

Una de las razones que el maestre de campo general Cristián de Savigni (por otro nombre llamado Monsieur de Rone) daba al archiduque Alberto para que atacase á Calés primero que otra plaza, era que siempre Calés podría mantenerse con los socorros de la armada naval de España, que se hallaba entonces bastante poderosa.

El rey don Fernando el Católico, el emperador Carlos V y Felipe II de España, que eran superiores á los africanos por mar, y no en ejércitos de tierra, hicieron en Africa todas sus conquistas al largo de la costa.

Las armadas marítimas cuestan mucho, y sirven poce si los enemigos

las tienen superiores; pues en tal caso obligan á las otras á encerrarse en sus puertos, y hay siempre el gasto de pagar los oficiales de marina y la porción de marineros precisos para cuidar de las naves; experimentose en la última guerra de los aliados contra las Dos Coronas, después que perdidas en Vigo y en Gibraltar las escuadras francesas de Chateaurenaud y de Pointí, quedaron dueños del mar los anglolandos, y hubieron de desarmar enteramente los franceses. Así digo que las armadas navales ó sean superiores, ó no se tengan, excepto algunas galeras, que siempre son útiles para guardar contra los cosarios las costas, y para socorros que al favor de no-ches de calma entran por medio de las naves enemigas con los trasportes que necesitan las plazas y costas marítimas, como se vió en la última guerra de Sicilia, sobre cuyas costas había siempre veinte gruesos navíos de guerra ingleses, que nunca pudieron embarazar á nuestros jefes de escuadra Grimau y Montemayor los continuos viajes en que de Italia, de España y de un puerto á otro de Sicilia, llevaban dinero y más géneros al ejército español, mandado por el señor marqués de Lede, no sólo en las bonanzas del verano, sinó en lo fuerte del invierno.

Los romanos, que por la continuación de armadas navales perdidas en las borrascas y en batallas contra los cartagineses, vieron que no podían por entonces disputar la navegación á las naves de Cartago, hicieron una ordenanza para no emplear sinó las embarcaciones precisas para el socorro de sus costas.

Quien se halla con poderosas fuerzas marítimas, excusa el gasto de muchas tropas de tierra para librar á sus costas de invasiones: ocupa sin contradicción las islas de sus enemigos, cortándoles con las armadas el socorro de tierra firme; hace, por la frecuencia de los convoyes, difícil á sus contrarios la rendición de las plazas de mar; empobrécelos con impedirles el tráfico, y franquea el del país propio, convoyando con escuadras de guerra los navíos mercantes, que á este fin se juntan en puertos hasta donde pueden llegar sin peligro, en cuya práctica gana el príncipe, pues los comerciantes pagan todavía más de lo que importa el gasto de la escolta. En los tratados de comercio con los neutrales capitula cuantas ventajas quiere el que se halla superior en mar; conserva el respeto de los más apartados países que, por castigo de cualquiera desatención, temen un desembarco ó un bombardeo. Aunque precisados los contrarios al resguardo de sus costas pasen por el dispendio de mantener muchas tropas, si es dilatada su frontera de mar, nunca lograrán impedirte de tomar tierra y de saquear una porción de país, ó de sorprender una mal guarnecida plaza, porque amenazando tu armada á un paraje, podrá con el primer viento favorable llegar á otro, infinitamente más presto de lo que fenezcan su contramarcha los regimientos enemigos, que hubiesen acudido á donde al principio los llamó tu flota, y el tener los contrarios cien leguas de marina bastantemente guarnecidas y retrincheradas para embarazar un desembarco, sin que se muevan tropas de otro puesto que sostengan á las ya establecidas en cada uno, cualquiera conocerá ser imposible.

En la penúltima guerra contra España poco embarazo hallaron las armadas anglolandas en tomar las islas de Ibiza, Mallorca, Menorca y Cerdeña.

Con igual facilidad socorrieron las mismas armadas á Gibraltar y á Barcelona, sitiadas por tropas de las Dos Coronas.

En la propia guerra destruyeron ingleses y holandeses el comercio de España y Francia, apresando navios de Indias á los españoles, y á los franceses muchos de los que traficaban en España, Italia y Levante, mientras los convoyes de Inglaterra y Holanda, en número de ochenta y de cien velas cada uno, viajeaban seguros con la escolta de pocos de guerra, porque las flotas de aquellas dos potencias se declararon de tal suerte soberanas de los mares, que los bajeles de Francia se desarmaron por no bastantes, como dije en el antecedente párrafo, y así cualquiera pequeña escuadra enemiga navegaba sin estorbo.

El mismo predominio sobre las aguas hace actualmente á la Inglaterra disfrutar, con el motivo del asiento de los negros, el comercio de nuestras Indias.

Muchas tropas empleó España en guardar sus costas durante la citada guerra de los aliados contra las Dos Coronas, pero no por eso nos hemos librado de que la armada enemiga sorprendiese la plaza de Gibraltar, y en los últimos años la de Vigo, indefensas ambas en aquellas ocasiones; porque no siendo posible tener en cada paraje de la marina tropas bastantes, los ministros aplicaron el mayor número de ellas á otros puestos sobre que les pareció más natural intentasen los contrarios.

Superior en armada naval, haces como un continente de tu país y del de los más distantes aliados, para dar y recibir los socorros oportunos, y embarazas la misma comodidad á los enemigos que tengan separados por el mar sus países, ó los obligas á la fatiga y rodeo de marchas larguísimas, en las cuales, por enfermedades ó deserciones, queda la mitad de los ejércitos: los ingleses desde su alejada patria mantienen á Gibraltar.

Dije que la armada naval debe ser más fuerte que la contraria, ó no tenerla; pero esto se entiende mientras los gastos precisos á la guerra terrestre no den lugar para los dispendios de un grueso armamento marítimo. Mas fuera de aquel lance no pretendo que la expresada máxima hable con príncipes que hallándose con pocas naves, tienen disposición para aumentar con el tiempo muchas; pues ninguna armada se cría de un golpe, ni algún soberano debe contentarse de quedar siempre en la inferioridad de fuerzas, que le deja la negligencia de sus antecesores, y no la imposibilidad de los medios practicables.

El padre Daniel, en su historia de la milicia francesa, dice que hasta en el principio del reinado de Isabela consistía la mayor parte de la armada de Inglaterra en bajeles construídos y equipados en Venecia, Génova, Hamburgo, Lubeck y Dantzik: hoy dan los ingleses la ley en el mar.

El mismo escritor asegura que antiguamente la principal fuerza de las armadas francesas se componía de naves de España, prestadas ó alquiladas, con su equipaje español, que Luís XIV (por la decadencia que causó á la marina de Luís XIII la muerte del cardenal de Richelieu) encontró solamente ocho naves de guerra en el año de 1661; que en el de 1667 ya eran sesenta, y que después llegó á tener aquel gran príncipe cerca de ciento bajeles de línea, á más de muchas fragatas, brulotes, galeotas de echar bombas, flautas ó gruesos pingues y otros bastimentos de trasporte.

El rey nuestro señor don Felipe V sólo halló en España los pocos navíos de guerra empleados en el comercio de Indias, y esos muy mal armados; pero en poquísimos años, que dieron alguna tregua los gastos de los ejércitos de tierra, aumentó S. M. doce navíos de linea y doce fragatas, ayudadas las reales disposiciones con la actividad incomparable del intendente general de la marina, don José Patiño: casi el primer paso del rey nuestro señor don Luís I, fué dar priesa á la fábrica de naves en Vizcaya y á la compra de otras en países forasteros.

Ningún reino, tanto como España, necesita de hacer un esfuerzo para adquirir la superioridad en el mar, sea con el fin de ofender ó de defenderse; pues á menos de ella están al arbitrio de las potencias marítimas

nuestras Indias, y en peligrosa contingencia de ser apresadas las flotas y galeones. Excepto por la pequeña frontera con Francia y con Portugal, por todas partes confina con el mar España; y no siendo posible guarnecer una tan dilatada costa, quedan las suyas expuestas á sorpresas y correrías. Nuestra vecindad de Africa nos constituye en indispensable precisión de muchos guarda-costas contra los numerosos cosarios de Salé, Argel y Tunez.

No hay nación que pueda tener sobre el comercio del Océano al Mediterráneo el predominio que una armada española; pues no se halla más tránsito que el Estrecho de Gibraltar, ancho tres leguas, lleno de corrientes, que muchas veces obligan á las naves á ir tocando la tierra de Ceuta ó la opuesta costa de España; con que haciendo en Ceuta un puerto, y otro cerca de las Algeciras, ó del puesto llamado la *Punta mala*, pocos navíos y galeras que hubiese en cada uno de ellos, obligarían á los enemigos á no atravesar el Estrecho sinó escoltados por gruesas escuadras, gasto que ningún comercio puede sostener de continuo, y áun con ellas no iría segura la retaguardia enemiga; pues los bastimentos de guerra españoles de Ceuta, ó los de las Algeciras, aventurarían poco en salir á picarla al favor del sobreviento y con la próxima retirada á uno de los dos parajes.

IX.—Para que los enemigos no conozcan por donde intentas penetrar en su país.—Cuando llegue á descubrirse tu designio de entrar en el país enemigo, deja correr la voz de que deseas penetrar por frontera distinta de la que efectivamente piensas embestir; y para que se dé más crédito á dicha voz, irás juntando las tropas y poniendo los almacenes en paraje que no la desmientan, y del cual puedas, sin gran tardanza y coste, trasportarlos á donde sean precisos; lo que se logrará más fácilmente si el referido trasporte puede hacerse por mar ó ríos navegables.

Otras veces se engaña con la verdad diciendo á muchas personas el puesto por donde realmente meditas llevar al país enemigo la guerra.

Preguntando el rey de Francia al marques Ambrosio Spínola qué operaciones haría la campaña siguiente, le respondió lo que pensaba con efecto ejecutar; y creyendo el rey lo contrario, tomó al revés las providencias, y logró Spínola más fácilmente su proyecto. No estoy cierto del autor de esta noticia; pero sí de haberla encontrado en buen historiador, y tengo especie de que la respuesta de Spínola fué, que de dos plazas que nombró, atacaría la tal, y bloquearía la otra; y el rey de Francia creyéndolo á la trocada, puso muchos víveres en la primera y muchos hombres y municiones en la segunda.

Hallarás naturalmente más desguarnecido el camino que, por áspero ó por otro motivo, preste menos comodidades á tu marcha; y nunca te costará tanta gente superar los impedimentos del terreno, como vencer la resistencia de un ejército en algún paso estrecho.

En lugar de finjir el intento de penetrar por un solo camino en el país de los enemigos, puedes amagar á diferentes puestos, para que repartiendo los contrarios sus fuerzas en todos ellos, no halles entera la oposición en alguno.

Será verdadero el amago á diferentes parajes de la frontera cuando tengas ejército sobrado numeroso; pues entonces conviene mucho formar de él algunos destacamentos, que obren separados de tu grueso.

X.—Operaciones que deberán ejecutar las primeras tropas que puedas poner en campaña. Exprésanse las ventajas y forma de sacar algunas antes que los enemigos.—Si logras poner un cuerpo de tropas en campaña primero que los enemigos, y te hallas con forma de sostenerlas á proporción de los contrarios que puedan ir juntándose á embestirlas, comienzen las tuyas por ocupar el paso, que guarnecido después por los enemigos, fuese capaz de embarazar la incursión de tu ejército ó su retirada.

Cuando tienes en campaña un fuerte cuerpo de tropas, y no han levantado los enemigos sus cuarteles, mira si entrándote de golpe en medio de ellos para impedirles de juntarse, puedes tomar algunos, primero que los de otros parajes se incorporen y lleguen á su socorro; pues ordinariamente caen los cuarteles de invierno en lugares abiertos ó mal cerrados, y distantes unos de otros para que disfruten más comodidad las tropas, y para que

sea menos gravosa la contribución á los paisanos.

También será útil que el destacamento puesto en campaña primero que los enemigos, penetre, si puede hacerlo sin gran riesgo, á quemar los almacenes de víveres y forrajes que tengan los contrarios en lugares poco fuertes, por interino depósito, ó fiados en que, después de levantados los cuarteles, su ejército se avanzará á cubrir dichos almacenes.

En la última guerra de la liga contra las dos Coronas, y primero que se pusiesen ambos ejércitos en campaña, quemó el señor principe Eugenio los almacenes de forraje seco de los franceses en las vecindades de Arrás, y logró por este medio que las tropas de Francia, á cuya caballería faltaba en el paraje oportuno la subsistencia, no pudiesen aquella campaña oponerse á los progresos de los imperiales.

Otra ventaja de estar pronto á salir á campaña primero que los enemigos, es que al calor de tu ejército se adelantará á su país un destacamento á impedir que las partidas contrarias quemen ó recojan á puesto seguro los granos de los pueblos abiertos; que retiren los ganados, y, últimamente, que arruínen las tierras que tú has de habitar. El comandante del destacamento irá juntando en lugares defensables todo el ganado, aceite, vino, queso, trigo y cebada que encontrare, dejando siempre á los paisanos lo preciso para sus labranzas y manutención, sin permitir incendios ni saqueos; pues no debe servir de principio á tu guerra cosa que dé motivo á que los paisanos abandonen sus casas.

De todo lo que recogiere el destacamento, se entregará á los dueños el recibo por si el príncipe quiere pagarlo, para granjear con eso la voluntad de los conquistados, y en tal caso se satisfará también el importe de los bagajes ó carros que se empleen del país, á más de los cuales tu destacamento llevará buen número de unos y otros, para hacer con prontitud los referidos trasportes á los convenientes puestos. Seríate más embarazosa y difícil esta ejecución, cuando todo tu ejército estuviese ya en la provincia enemiga; porque en mucha gente hay siempre mucho desorden, por más que los jefes pretendan evitarle; fuera de que, para entrar con el ejército entero, necesitarías más tiempo que para encaminar el destacamento, y en aquel intermedio los enemigos retirarían á sus plazas cuánto pudiera servir á tus tropas; encargos semejantes al de que voy discurriendo, se deben cometer sólo á personas conocidamente desinteresadas y activas; pues de otro modo tanta ocasión de sobornarse, y tanta necesidad de trabajar, ha-

rían que el comandante dejase mal servidos al príncipe y á tí. Para tal expedición conviene enviar con el jefe del destacamento algún comisario ordenador y otros de guerra, que de acuerdo con dicho jefe lleven la cuenta y razón de todo.

XI.—Discurrese cerca del trato que se debe hacer á los prisioneros ó á los pueblos rendidos.—Pretenden algunos escritores que deba el conquistador escarmentar á los que se defiendan constantes, igualmente que acariciar á los que se le rinden prontos, para que el resto de los enemigos incline más á la imitación de los segundos que á seguir el ejemplar de los primeros: Prueban dichos autores con las palabras de Dión, que César, habiendo entregado al cuchillo y á la ruína los hombres y país de Thessalia, que tomó con la fuerza, la corte de aquella provincia se le rindió inmediatamente, y que tratándola César con dulzura, el uno y otro ejemplo sirvieron para adquirirle muchos pueblos. Lo mismo que César ejecutó Acomat, general del ejército de Solimán II, pasando á cuchillo la guarnición de Soclos, que intentó hacerle porfiada resistencia, de cuyo suceso atemorizados los presidios de los otros castillos, abrieron á los turcos las puertas.

Que esta máxima sea impía, cualquiera lo conoce. No es útil ni decente

practicarla, excepto contra rebeldes.

Debes honrar la constancia del vencido, midiéndose por ella la gloria del vencedor, pues áun cuando no haya la mira de que te resulte el mismo interés, tienen la fidelidad y el valor de los contrarios preciso derecho á tu estimación y cariño, así por el intrínseco mérito de aquellas virtudes, como por el estímulo que, para su imitación, infundirá en tus soldados el exterior aprecio que hagas de ellas.

Habiendo quedado solo á la defensa de Jerez su gobernador don García Gómez Carrillo, se puso à disputar à los moros la entrada de un pedazo de brecha, y observando esta acción Alhamar, rey de Granada, mandó à los asaltantes que no hiriesen à don García, sinó que le tomasen vivo, lo cual ejecutado, Alhamar le hizo curar con grande atención sus precedentes heridas y le dió libertad, remitiéndole al rey don Alfonso el Sabio como un prodigio de valor y de constancia.

Sitiando el rey don Alfonso XI la plaza de las Algeciras, salió de ella un moro con pretexto de hablar al rey, pero con pensamiento de matarle, y habiendo sido descubierto por las armas, confesó intrépidamente que hallándose reducidos á morir de hambre sus ciudadanos, había resuelto librarlos á costa de la propia vida, dando muerte al rey Alfonso, el cual enamorado del valor con que aquel guerrero se sacrificaba por la utilidad de los suyos, no solamente le dejó ir libre, mas le recomendo á su rey moro en Africa.

Encontrándose en Génova Luís XII de Francia y su antiguo competidor don Fernando el Católico, acompañado aquel de su general Mr. Ovigni, y don Fernando del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdova, el cristianisimo sentó á su mesa á Córdova, y le echó al cuello una cadena de oro: por otro lado el rey católico fué á visitar á Ovigni, entonces enfermo, y le regaló el condado de Venafro, mostrando en tal ocasión los dos generosos príncipes cuánto, áun de los enemigos, debe apreciarse el verdadero mérito.

Si los que obstinadamente se oponen á tu conquista son acreedores á tu buen trato, no hallarás dificultad en hacerle favorable á los demás rendidos, que por la relación de tu blandura dispondrán á menos fuerte resistencia los ánimos de otros pueblos ó tropas, en lugar de que los volvería pertinaces en la defensa la noticia del rigor que los primeros experimentasen.

Gustavo-Adolfo de Suecia, comenzando sus conquistas por la isla de Rugen, las ciudades de Wolgasto y Wolin, los puertos de Penemund, Suvein y Divenaus, mandó que no se hiciese la menor injuria à algún habitante, y que se distribuyese pan á los más pobres, sabiendo (dice el continuador de Foresti) que para espugnar las plazas no vale menos la clemencia que la fuerza.

La noticia del buen trato que experimentaron los habitadores de una ciudad de la India, conquistada por Alejandro Magno, bastó para que otras se le entregasen sin repugnancia.

XII.—Diferentes razones para excusar los saqueos, y forma de recompensar á las tropas la utilidad que malogran en su prohibición.—Hay ocasiones en que, no sólo conviene saquear un país, sinó también destruírle y quemarle; pero hablando en general, no hallo en la guerra más dañoso abuso que el de los saqueos, pudiendo en lugar de aquel castigo á los pueblos, y de aquella utilidad á las tropas, tasar á los primeros en dinero, caballos ó víveres, que se repartan con justa igualdad á las segundas y á los almacenes ó Erario del príncipe; bien se aprovecharon de este conocimiento el marqués del Vasto y Antonio de Leiva, cuando el año de 1526 impidieron que el ejército español mandado por ellos saquease la ciudad de Milán. Examinemos ahora por menor los inconvenientes de los saqueos.

Cuando antes del saqueo no tuvo el jefe tiempo de conocer á todos los individuos, y de adelantar salvaguardias á los templos y á las casas de los que no merecen castigo, y patrullas que impidan los desórdenes, padecerá el afecto como el enemigo, el justo como el delincuente, y los lugares sa-grados como los profanos. Dará la confusión del lance motivo al atropellamiento de las mujeres, y la ambición del pillaje será causa de recíprocas muertes de los tuyos, fuera de que viendo los enemigos en evidente peligro su vida, en violencia á sus familias, en desprecio á sus iglesias, y en castigo á sus justos, creerán que aventuran poco en buscar por su venganza el término de su desdicha, y resueltos á la muerte, cada casa te costará muchos hombres; bien creo que tales consideraciones movieron al cristianísimo real ánimo de S. M. y la prudente conducta del señor duque de Berwik, á resolver y observar que no fuese Barcelona penetrada por asalto; y así, habiendo veinte milhombres héchose dueños de siete brechas, y por una equivocación internádose en la ciudad algunos regimientos de la derecha, no tuvieron los otros orden para hacer lo mismo, sinó sólo de retrincherarse, para que á vista del inminente peligro conociesen los catalanes la razón que los llamaba á la obediencia.

Quedando con el saqueo en extrema pobreza los paisanos, se les sigue regularmente la epidemia, que poco tarda en llegar á las tropas de su guarnición ó cercanía, como hemos visto suceder en Lérida, bien que no se halló arbitrio para evitar este daño, habiendo sido preciso tomar la ciudad de asalto; pero lo más ordinario es que los habitantes, á quienes el saqueo no deja forma de vivir en sus casas (porque la inclinación del soldado es romper lo que no puede llevar) abandonan el país, y sin pensar que lo ejecutan, se vengan del conquistador reduciéndole á inútil desierto la que había de ser provechosa conquista.

En la guerra (decia Alejandro Isiano, embajador de los etolos) se debe procurar vencer al enemigo, pero no arruinar las ciudades, las cuales han de ser el premio de la victoria.

No pára en el daño de hacer los saqueados inútil por desierta al ven-

cedor la conquista, sinó que habiendo los primeros abandonado sus casas, aumentarán al segundo el número de los enemigos; así por la complacencia de vengar la recibida ofensa, como por la necesidad de buscar en el sueldo de tropas de su príncipe la forma de vivir, que no les dejó el saqueo del tuyo.

En los saqueos acontece muchas veces que el soldado de mayor mérito salga el peor librado, y el más poltrón con la mejor presa, lo cual no solamente consiste en la fortuna, sinó en que el soldado de honra, después de entrar en lugar enemigo, se mantiene al pié de sus banderas, hasta que no habiendo ya riesgo de nueva oposición, se nombra la guardia regular, y á los otros se permite que se destaquen al saqueo; pero el soldado en quien la ambición prevalece al honor, no espera ni la orden para el pillaje, ni la seguridad de sus banderas, y así vemos que en todos los saqueos salen menos ricos los soldados que los vivanderos, criados y vagamundos que siguen con esta esperanza y sin plaza los ejércitos.

En el saqueo de Ejea de los Caballeros, un soldado de mi compañía, que era el más gallina de cuantos había en el destacamento, hizo más botin que todos juntos los que tenía mi regimiento; porque se desbandó á saquear mientras el regimiento continuaba su marcha para ocupar una batería que desde lugar preeminente disparaba sobre los asaltantes.

La carga del botín y la ambición de conservarla, hace á las tropas tardas para la marcha y cobardes para la ocasión. Así los más de los soldados que murieron en la retirada que hizo Cortés de Méjico, fueron aquellos á quienes incautamente había Cortés permitido cargarse de los tesoros adquiridos en Méjico, pues de dichos soldados unos se hallaban para la retirada embarazados con el peso, y otros, por no aventurar la infeliz presa, abandonaron sin tiempo la ordenanza, que, mantenida, pudiera librarlos de la opresión de la multitud.

Cuando no haya el expresado peligro por no estar los enemigos á distancia, siempre te quedará el riesgo de que hallándose los soldados con la porción de dinero ó alhajas que otra vez no tuvieron, ni pensaron acaso tener, discurran luego en desertar á sus casas, como se ve que frecuentemente sucede.

Ultimamente, digo que los soldados enriquecidos con el botín, se apartan de la sobriedad y disciplina en que los conservaría la regularidad de su sueldo, que, dándoles con qué vivir, no los deja con qué se distraer, y si una vez se ceban en los saqueos, todo el país será para ellos como enemigo.

Dudaron largamente los espartanos si admitirian los preciosos despojos de Atenas, conquistada por sus armas, pareciéndoles que si aquella gran riqueza se derramaba de las cajas del común al poder de los particulares, destruiria la austera espartana disciplina; pero habiéndose resuelto finalmente á recibir dichas riquezas, ellas causaron á Esparta el daño que se recelaba, especialmente á los hombres de guerra que se entregaron luego al fausto y á otros vicios de que la anterior pobreza los tenía exentos.

Dice Tito Livio que ocho mil romanos que, después de echar de España á los cartagineses, había puesto Scipión Africano á la guardia del país vecino al Júcar, se amotinaron sólo porque acostumbrados á los saqueos y rapiñas de la guerra, no sabían acomodarse á la paz, que los privaba de tales desórdenes, y que así hasta las tierras de los mismos amigos saqueaban.

"XIII.—Razones para no dejar á la espalda considerables plazas enemi-

gas: dicense los casos en que puede exceptuarse esta regla.—Una de las razones que Belisario daba para no dejar plazas enemigas á la espalda, era que, ocupándolas, tendría á donde retirarse en caso de una derrota.

Pudiera bastar para este dictamen el motivo que Belisario expresaba; pero hay también el de que siempre que dejes atrás una plaza (menos que sea para breves correrías) su guarnición incomodará continuamente el paso de tus convoyes, los pueblos de tu obediencia, y la precisa diaria comunicación de tu ejército con tu país.

En el consejo que tuvo el archiduque Alberto sobre socorrer á la Fera, prevaleció para la negativa la razón de que no podía introducirse el socorro sin dejar á la espalda las plazas de San Quintín, Han, Guisa, Perona y otras de Enrique IV de Francia, cuyas guarniciones correrían libremente el país de Flandes, ó incomodarían á los convoyes del ejército de España.

Aconsejando á Hernán Cortés los tlascaltecas, sus amigos, que para ir á Méjico no pasase por Cholula, respecto de ser fuerte aquella ciudad en número de habitadores y guerreros, Cortés respondió que por eso mismo no convenía dejarla á la espalda, y así la sujetó primero de avanzarse; y vuelto de Méjico, antes de emprender otra operación, ocupó la ciudad de Tepeaca, porque desde ella le estorbaban los enemigos el comercio que deseaba libre con la Veracruz.

Si alguna ventajosa ocurrencia te moviere á internarte en el país enemigo sin detenerte á sitiar una plaza que le cubra, es preciso que mantengas cerca de ella un campo volante, ó destacamento que cierre sus partidas, porque no insulten los convoyes, ó no pongan en contribución ó á pillaje los pueblos que te dieron la obediencia. Supongo al campo volante superior á las tropas que pudieran contra él juntar los enemigos por destacamentos de sus guarniciones ó por otro medio.

Gustavo-Adolfo de Suecia, no pudiendo tomar á Inglostat, cuya guarnición era capaz de incomodar sus meditadas conquistas, dejó sobre aquella plaza algunos regimientos, que tuvieron en brida á la expresada guarnición, mientras el ejército sueco pasaba á otras empresas.

Tampoco es inconveniente dejar una plaza á la espalda cuando en su inmediación haya otras de tu príncipe que impidan las correrías de aquella, en particular si tu ejército se dirije á costas de mar de los contrarios, y hallándote superior en armada naval, y con los almacenes bien prevenidos, pueden tus naves desembarcar en paraje oportuno los víveres necesarios; pues en tal caso basta que tu ejército lleve rebaños de ganado, vizcocho y cebada para los días de marcha que tardará en llegar á la marina, á la cual supongo anticipados tus vageles, y vencido por consiguiente el peligro de que vientos contrarios ó calma retarden su arribo más que el del ejército de tierra.

Sobre las medidas aquí propuestas obró para la conquista de Portugal el ejército de Felipe II, mandado por el duque de Alba, quedando las fronteras de Castilla y Estremadura cubiertas con las plazas de Zamora, Ciudad-Rodrigo, Badajoz, etc., y adelantándose el ejército español á las costas de Lisboa, sin detenerse á atacar plazas mediterráneas, porque llevaba asegurada la subsistencia en el desembarco de víveres y pertrechos de la armada de España.

Si hubiere sobre las cercanías de tu marcha pequeños puestos muy fuertes por naturaleza, y no capaces de guarnición que sirva de estorbo á las escoltas de tus convoyes, vivanderos y reclutas, y si los enemigos no tienen más tropas en aquellas vecindades, retrinchera de distancia en distancia una guardia de infantería y dragones, para que de unas á otras suministren á los transitantes la precisa escolta, no debiendo gastar en la poco importante presa de tales puestos el tiempo necesario para llevar á fin la ideada conquista de considerable país, especialmente cuando el interés de rendirlos no equivale á la reputación que se perdería en no tomarlos. Así Narsetes, al marchar contra Totila, no quiso pararse á ocupar algunos lugares poseídos por los godos.

XIV.—Dicese qué plazas debes demoler y cuáles fortificar siendo mucho el país conquistado; algunos avisos en cuanto á rehenes que tomes del mismo.—Debes ocupar las plazas desde las cuales incomoden los enemigos á tu país ó designios, ó á las tierras de algún aliado tuyo, que por eximirse de aquella estorsión pudiera abandonar tu partido; las que sujeten á un sospechoso neutral ó amigo; las que cortan á los contrarios la comunicación con sus coligados; las en que los enemigos tienen sus almacenes, particularmente si es dable tomarlas á principio de campaña.

La que sirve de refugio á tus delincuentes, ó cuyos moradores merecen castigo por cometidas exquisitas desatenciones á tu soberano, y el único puerto de mar por donde puedan venir á tu país los contrarios, introducir

desde él sus contrabandos ó dar fondo en el mismo sus cosarios.

Debes guarnecer las ciudadelas de grandes pueblos conquistados, cuyas murallas derribes, y en defecto de las primeras construírlas de nuevo si para alguno de los fines que voy á expresar ó para otro, importa mantener

en sujeción á los referidos pueblos.

Conviene fortificar y guarnecer los parajes á propósito para hospitales y almacenes; para cubrir tus convoyes y retirada; para conservar abierta la comunicación con tu país y príncipe; para sujetar el país abierto, dominando los principales pasos y ríos necesarios al tráfico y dependencias de los paisanos y de las tropas enemigas.

En la historia de la guerra civil de Flandes verás cuánto el cardenal Andrés de Austria se fatigó en señorear los puestos que franqueaban el tránsito de los principales ríos, y cuánto fué ventajoso á los sublevados holandeses la construcción del fuerte de Schenk, que á instancia de Martín Schenk fabricó el conde Mauricio de Nasau para dominar los dos brazos del Rhin, tener así al país en brida, incomodar la navegación de dicho río á los españoles, y últimamente, para ser los holandeses dueños de ella.

Para las fortificaciones, que dejo dicho se puede ofrecer añadir á tus conquistas, y en igual conveniencia por lo tocante á las demás circunstancias, elije terreno donde las ventajas de la naturaleza hagan menos dispendioso el trabajo del arte, esto es, que sobre no necesitar la fortaleza del puesto muchas obras, estén cerca los materiales porque no salga muy caro su trasporte.

Uno de los motivos que dice Solís tuvo Hernán Cortés para construír la fortaleza de Tepeaca, fué que: «Siendo aquel puesto fuerte por naturaleza, podía recibir con facilidad los reparos del arte.»

La ventaja que el sitio de la torre de Straton ofrecía para construír una plaza, movió á Herodes Magno á fabricar allí la famosa ciudad de Cesárea.

Demuele todas las plazas conquistadas que no discurras preciso conservar para alguno de los fines hasta aquí propuestos, y cuyas guarniciones te ocuparían considerable parte de las tropas que necesitas en el ejército para

mantenerte dueño de la campaña. Atiende á más circunstancias en el ejemplar que sigue.

El vizconde de Turena y el principe de Condé aconsejaban à Luís XIV de Francia que hiciese demoler la mayor parte de tantas plazas que había tomado sobre los holandeses, representando que de
otra manera todo el ejército se desharía en guarniciones; y no habiendo el Cristianísimo seguido el
dictamen de aquellos dos grandes generales, sinó el de cierto ministro que era de opinión contraria
(acaso porque habiendo más gobiernos, tenía más en que gratificar á sus amigos) se vió presto arrepentido, pues malogró importantes operaciones por falta de las tropas ocupadas en las plazas, y al fin
hubo de abandonar todas sus conquistas, excepto á Graves, sin que siquiera quedase á la Francia el interés de dejar, con la demolición de las expresadas plazas, franqueadas para otra guerra las puertas de
Holanda.

Sean las primeras á desplantarse las fortificaciones de plazas que hagan á tu ejército difícil su conservación por el paraje avanzado en que están, ó por el empeño que parezca natural formen diferentes príncipes de que en una paz no te quedes con ellas.

Don Ordoño II, aspirando á las grandes conquistas que después hizo, tomó sobre los moros á Talavera de la Reina y demolió inmediatamente sus fortificaciones, porque no podía sin grande embarazo mantener aquella plaza que estaba internada en el país de los moros.

Para no ejecutar la anterior propuesta demolición de algunas plazas, puede haber el motivo de hallarse el conquistador en vísperas de una paz, en la cual espere cambiarlas con otras que en diversa provincia le tomaron los enemigos, como se vió en cumplimiento de la paz de Utrech, restituyendo los portugueses á España el castillo de Alburquerque, y los españoles á Portugal una fortaleza de aquel reino, que nuestras armas habían

ocupado en la frontera del Condado de Niebla.

Tampoco demolerás las plazas conquistadas cuando sepas que entre los artículos de alianza de los enemigos hay el de que no se hará la paz, sin que tu soberano restituya las fortificaciones y pertrechos de boca y guerra que encontró en dichas plazas, ó su equivalente en géneros ó dinero; ya veo que tales capitulaciones mudan á medida que la fuerza de las armas obliga; pero siempre convendrá el medio término de esperar que las tuyas se hallen en tal situación que prudencialmente se pueda conjeturar que en la paz no precisarán á tu príncipe á pagar el importe de las fortificaciones demolidas, ó de los retirados pertrechos de las plazas conquistadas.

A medida que vayas penetrando en el país enemigo, toma en prendas de su quietud y del paso libre de tus convoyes, los paisanos más acomodados y de mayor autoridad con los pueblos; trátalos bien, pero tenlos en

paraje seguro.

Aníbal, que necesitaba franco el paso de los Alpes, tomando rehenes de los lugares de aquella vecindad, mantuvo á los últimos en obediencia, no obstante de no dejar allí tropas algunas, de haber alejado su ejército y de serle interiormente desafectos muchos de los referidos pueblos.

Los pueblos de España que seguían el partido cartaginés, le abandonaron cuando los romanos consiguieron quitar á los cartagineses los rehenes españoles, los cuales habiendo experimentado malos tratamientos de los cartagineses, particularmente en las personas de sus mujeres, abrazaron con ardor da parcialidad romana.

Los rehenes sean mozos, y reemplaza de otros de mediana edad los que

murieren ó desertaren, porque los viejos desde sus países no pueden hacer tanto daño como los jóvenes, que si estuviesen libres se aplicarían tal vez á la guerra contra tí. Añádese que naturalmente los viejos mueren más presto, y en poco tiempo te verías con muchos rehenes de menos.

XV.—Sobre contribuciones y correrías en país enemigo que no pienses mantener.—Si no pensares en conservar el país conquistado, saca de el gruesas contribuciones, tanto para dejarle incapaz de socorrer al príncipe tu enemigo, como por aumentar el erario de tu soberano.

Los franceses que año de 1673, se vieron en precisión de abandonar el país conquistado sobre los holandeses, le dejaron exhausto de caudales por medio de las gruesas contribuciones que exigieron.

Las contribuciones deberán pedirse en pequeña cantidad y á menudo, porque la demanda de una gruesa suma á la vez no mueva á los pueblos á tomar las armas, ó no crean los paisanos mejor partido abandonar sus casas que pagar tal contribución; en lugar de que si han dado otras, creerán siempre que cada una es la última, y excusarse de las futuras con el mérito de las pasadas, cuya esperanza los irá empeñando insensiblemente.

Si los enemigos te dieren tanta priesa de abandonar el país, que no tedejen lugar de percibir las contribuciones, tómate de cada pueblo, y á un mismo tiempo en prenda de ellas, los hombres más ricos que, por salir del arresto de las plazas á donde los lleves, te facilitarán la cobranza de la can-

tidad en que hubieres tasado á sus lugares.

Por el mes de setiembre de 1709 ví que un destacamento de la plaza de Tortosa, en catorce horas que se detuvo en el campo de Tarragona, tomó á un mismo tiempo de diferentes lugares los paisanos que, llevados á Tortosa, bastaron para que sus pueblos pagasen dieciseis mil doblones en que dichodestacamento los tasó.

Los partidarios, para hacer útiles sus correrías, no alarman el país enemigo, porque viva descuidado, hasta que saben por qué camino deben transitar, ó en qué lugar abierto se detendrán muchos forasteros, mercancías y ganados, por motivo de feria, fiestas, junta general de la provincia, ó por otra ocasión de aquellas á que suele seguirse numeroso concurso; y entonces se emboscan en paraje oportuno para lograr considerable presa.

Los ganados se mudan de un país á otro según la estación.

Dichos partidarios tienen regulármente, por lo que toca á facilitar golpes de interés, mejores espías que el general, á causa del mucho conocimiento con los paisanos y de lo bien que los pagan: con esto les llega en tiempo la noticia de la marcha de tropas, convoyes de víveres, municiones, ó dinero que pasen de una plaza á otra, por qué camino, en qué día, y con qué escolta; y si no tienen fuerza bastante para superar á esta, piden más tropas al general, que se las da, si juzga verosímil el buen éxito. Asimismo se aprovechan los partidarios del aviso de cuándo y por dónde viaja ó va á pasear, ó á caza algún general ó príncipe de los enemigos y tienden á propósito su emboscada.

XVI.—Gerca de talar el país enemigo que no hayas de mantener.— Cuando no hay tiempo de empobrecer al país enemigo por contribuciones, ni forma de conservarle, puede convenir destruírle, para que el príncipe contrario no pueda sacar de él algunas asistencias contra el tuyo: máxima que año de 1689 practicaron los franceses quemando y saqueando á Vormes, Spira y otras tierras del Palatinado que tomaron sobre los alemanes.

Siendo única, y no muy ancha la avenida de un superior ejército contrario, te conviene anticipar á la campaña tropas que destruyan cuanto no puedan retirar á lugares defensables, y sea capaz de servir á la subsistencia ó al carruaje de los enemigos.

El mejor tiempo de quemar un país, es cuando están las mieses cerca

de sazón ó ya en parvas.

Desde donde sin riesgo puedas harás tantos destacamentos como el número de tu ejército permita, sin apartar por eso unas tropas de otras tanto que des á los enemigos forma de batir á algunas por falta del socorro de las demás.

Pero si los enemigos tienen un razonable cuerpo de tropas en campaña, lo seguro es que desde cada puesto en que tu ejército hace alto, se destaquen partidas, que sin debilitarte sobrado y sin alejarse con exceso, ejecuten la orden que les dieres, manteniéndote pronto siempre á sostetenerlas con el grueso.

Añade el emperador León la advertencia de que por la noche se recojan todas las partidas al ejército, y de que estés alerta sobre que no salgan á la operación más hombres que los nombrados; porque de otra forma la ambición del pillaje llevaría muchos más de los precisos.

Como es natural que los enemigos retiren sus mejores haberes á casas fuertes, ó á lugares cerrados, convendrá que tus partidas lleven algunos cañones ligeros de la nueva fábrica, que se portean sobre machos.

Llévense también petardos para despedazar las puertas ó barreras y

áun para derribar las paredes ó tapias.

XVII.—Comiénzase á tratar de algunas precauciones para guerra contra bárbaros.—Si has de hacer la guerra contra naciones bárbaras, enseña los caballos á oír sin espanto los varios instrumentos militares que dichas naciones usan, y habitúalos también á la vista y cercanía de los camellos, porque no se alboroten con el aspecto ú olor de los que áun hoy suelen llevar en sus ejércitos los africanos, turcos, etc. Digo lo mismo de los elefantes si en el ejército contrario hubiere algunos.

Semíramis, reina de los asirios, previniéndose á la guerra contra los indios, hizo de pieles de vacas ciertas figuras de elefantes, para que acostumbrándose los caballos á verlas, no se espantasen de los verdaderos elefantes que dichos indios llevaban en su su ejército.

Al mismo tiempo convendría prevenirte de alguna invención capaz de inquietar ó desordenar á los caballos enemigos, para convertir en tu ventaja la novedad que en el anterior párrafo has visto puede causar peligro si no le destruye la precaución.

Plutarco dice que Marco-Antonio derrotó fácilmente un ejército de los parthos, porque los caballos de estos se alborotaron del ruído de las armas de los romanos y del grito militar de los mismos.

Los ejércitos de naciones bárbaras, constando regularmente de muchísima y ligera caballería, inquietan de continuo con impensados ataques, y en uno que hallen descuidados á sus enemigos dan fin de ellos: contra cuyo peligro y desvelo el mejor arbitrio es fortificar siempre el campo en

que te hayas de mantener algunos días.

El emperador León dice, y todos saben, que entre los africanos y otras naciones bárbaras, acuden á los ejércitos infinitos voluntarios, solamente movidos de la esperanza del pillaje; con que para guerra contra dichas naciones, no convendrán ricos ni copiosos equipajes, por no atraer mayor número de enemigos con el cebo de más considerable presa; y aunque supongas de poca importancia mi reparo, sírvete de él por pretexto, para que no vayan tus tropas incomodadas con sobrado bagaje.

A muchos oficiales de crédito of decir que el señor príncipe Eugenio de Saboya se había servido en Flandes de cierto pretexto para mandar que por algunos días todos los oficiales enviasen á un paraje señalado la mayor porción de los equipajes; y que viéndose aquel general ya libre de este embarazo, ordenó que hasta segundo aviso no volviese; y así pasó toda la campaña sin el estorbo del grueso bagaje de oficiales.

De pan, vino, cebada y agua de pozos ó de balsas que halles en país de bárbaros, no se sirva tu ejército hasta asegurarte (por prueba hecha con algunos prisioneros) de que los enemigos no dejaron envenenados aquellos géneros.

El ejército del emperador Conrado se deshizo porque los griegos, mezclando yeso y cal á la harina que le vendían, fueron causa de que los más de los imperiales muriesen en el camino cuando marchaban á guerra de Tierra Santa.

No porque veas practicada por los enemigos la infamia de envenenar los víveres ó las aguas, ejecutes la misma; pues sería vergonzosa por tal camino la victoria, y culpable la imitación.

Al cónsul Marco Aquilio oscurecen justamente los historiadores la gloria adquirida en la guerra de Pergamo, por la infamia de haber envenenado las fuentes de Asia.

Si hallares envenenados algunos víveres, ó las aguas, harás quemar los primeros y cerrar los pozos ó balsas de las segundas, abriendo cantidad de otros en parajes algo distantes, y en estos pondrás centinelas, porque no llegue á ellos algún finjido desertor, ú otro de la nación enemiga, que podría emponzoñarlos de nuevo, y se destinarán dos ó tres de los pozos recién abiertos para prisioneros, desertores y paisanos que de la tierra enemiga vengan á tu ejército con pretexto de vender víveres ó con diferente motivo.

Si vas á hacer la guerra en país muy apartado y diferente del tuyo, convendrá llevar averiguado qué cosas hay en dicho país, que siendo en otros practicables, en aquel son muy dañosas, y lo advertirás en el ejército para que las tropas se abstengan de lo que pudiere gravemente incomodarlas. Véanse los ejemplares siguientes.

En otra parte digo que en muchos parajes de Italia, y en casi todo el Levante, quien duerme en el campo durante los caniculares, enferma inmediatamente; y Jenofonte en la empresa de Ciro, refiere que con sus griegos, de vuelta de Persia, llegó á cierto país de los colchos, en donde si sus soldados comían miel, quedaban unos días como locos, y después de evacuarse extremamente, volvían en sí.

Todos saben que en algunas provincias de nuestras Indias hay frutas de bellísima vista parecidas á las de Europa; pero tan venenosas, que matan casi de repente; y Hernán Cortés averiguó en la provincia de Tlascala que se plagaban de sarna los que en la bebida ó en el baño usaban de las aguas del río Zahabal.

Plutarco dice que retirándose Marco-Antonio del país de los parthos, algunos de sus soldados comieron ciertas yerbas que los volvieron locos y después los mataron, y que antes de llegar al Araso hallaron un río tan dañoso, que sentía luego más sed y fortísimo dolor en las entrañas cualquiera que bebía de su agua, no obstante de ser esta clara y fría; en cuanto á las yerbas que hacían enloquecer y después mataban, se encontró por eficaz remedio el beber vino, y así no será inútil llevar sabido el recurso para tales accidentes, por si algún soldado ú oficial despreciando el aviso ó no acordándose de él, usare de aquellas cosas que en semejante país son muy nocivas.

Supongo que por ningún motivo te acerques de muchas leguas á país que padezca epidemia considerable ó peste; ni que se aproxime á tu campo tambor ó trompeta que por cualquiera pretexto los enemigos enviaren, acaso con el fin de introducir el contagio en tu país ó tropas. Los primeros que vinieren de tierras contagiadas y los desertores enemigos, se pondrán aparte con todas las precauciones de rigurosa cuarentena practicadas en los puertos marítimos, especialmente en los vecinos á Levante. Hago estas prevenciones después de tratar de guerra contra naciones bárbaras, porque entre ellas es frecuentísima la peste, sobre todo en los turcos de Levante.

Repara el Guicciardini haber ciertas tropas que padecían peste enviado estudiosamente hombres al ejercito de Mr. de Lautreck, que de este modo vino á sufrir la misma enfermedad y total destrucción; bien que otros autores, que parecen menos apasionados, no atribuyen la peste de los franceses á tal infame arbitrio de sus enemigos, ni hablan de que estos le hubiesen practicado: antes bien los expresados autores dan otros motivos para la epidemia del ejército francés.

XVIII.—Sobre el modo de tratar á los neutrales el príncipe que hace la ofensiva.—Deberás guiar las conquistas hacia donde no pongas con ellas en celos á un poderoso neutral, particularmente si este fuere de genio desconfiado, ambicioso y guerrero; pues por la seguridad de su país, por la envidia de tu aumento y por natural inclinación á la guerra, se movería más fácilmente á dejar la neutralidad.

Aun con los mismos aliados de tu príncipe hallo necesaria la precaución de no dirijir las conquistas hacia donde puedan ellos recelar que sir-

van de estorbo á su extensión, libertad ó comercio.

Volverá enemigos á los neutrales quien mostrare sin límite ambición de conquistar, porque recelando cada uno la usurpación de su país, se unirán todos para la ruína del conquistador.

XIX.—Para entretener al neutral que ya se halle celoso de las conquistas que prosigues, ó por otro motivo inclinado á embarazarlas.—Si, no obstante las precauciones del antecedente capítulo, observares al neutral inclinado á embarazar tu guerra, procura entretenerle con esperanzas de efectuar la paz, y mientras alargues con artificio su conclusión, prosigue con eficacia las conquistas ó pon en buena defensa las ya hechas; aparte de lo cual sería muy conveniente granjear á fuerza de dádivas el afecto de los ministros neutrales, para que disuadan á su soberano la guerra, ó á lo menos le retarden los aprestos necesarios para comenzarla; y cuando ninguna otra cosa baste, ofrecerás al príncipe neutral una porción de las conquistas que lograres, ó de otro país que le convenga, pues de ordinario los intereses del Estado son la base en que se fundan las amistades de las cortes.

Luís XI de Francia entreteniendo á los ingleses con repetidas esperanzas de conceder la paz á la duquesa de Borgoña, y ganando á fuerza de dinero á los ministros del rey Eduardo de Inglaterra, logró que este no socorriese á la duquesa, mientras Luís XI le iba poco á poco tomando todas las plazas, á más de cuyas diligencias halló Luís XI provechosa la de lisonjear á Eduardo con la esperanza de que su hija casaria con el delfin, y de que las armas de Francia facilitarían al rey de Inglaterra la posesión del condado de Flandes; y nunca llegó Luís XI á concluír el tratado, ni durante él perdió tiempo en la conquista que hizo de la Borgoña. La misma diligencia de ganar á los ministros del príncipe neutral practicó en la ocasión dicha Luís XI con los del duque Sigismundo de Austria, para que este no socorriese á su sobrino Maximiliano, casado ya con la duquesa de Borgoña.

Supongo que el ministro neutral con quien trates haga el servicio de su príncipe en dificultarle artificiosamente la guerra contra el tuyo; pues ya veo que el solicitarle para que falte á los intereses de su dueño es poco

seguro en la conciencia.

Si es lícita la guerra que haces, injusta por consiguiente la con que te amenaza el neutral, y no hubiere otra forma de evitarla que cediéndole porción de país, sea el que por su extensión ó riqueza pueda satisfacer á la codicia de tu vecino, y que por su defecto de plazas, genio de habitantes y situación, preste facilidad á tus armas para su recobro cuando te halles libre del actual empeño, y por nuevo movimiento de guerra de aquel soberano, ó por otro suficiente motivo quede franco á tu dueño el derecho de conquistar con la fuerza las tierras cedidas en la necesidad.

XX.—Ocasiones en que importa disimular que sabes los ocultos socorros que un príncipe neutral suministra á tus enemigos.—Traté la forma de no dar á los neutrales celos con tus conquistas, y de suspender la
enemistad del príncipe que á pesar de tu cuidado comience á descontentarse de ellas; pero como no siempre los efectos corresponden á las diligencias, particularmente si los intereses discordan, puede suceder que un
soberano vecino, sin declararte la guerra, preste á los enemigos oculto socorro de consejo, noticias, dinero, víveres, etc., ó que rehuse condescender en algunos puntos que, áun sin grave perjuício de la neutralidad, te
facilitarían ventajas; ó bien acaso el neutral querrá serlo con exactitud
verdadera: falta ahora saber si conviene obligarle con las armas á que declare partido; resolución que no es posible dar, menos de venir á ciertos
detalles, que se hallarán en este y en los dos siguientes capítulos, pues á
veces la neutralidad es favorable, y en otras ocasiones la debes considerar como adversa.

No muestres un pronto resentimiento del oculto socorro que un príncipe neutral dé á tus enemigos, si las fronteras tuyas que miran á las de aquel están desprovistas, ó si no te hallas con suficientes fuerzas para superar las de tu principal contrario y todas las de su secreto amigo.

Bien sabía César que se prevenían los galos á entrar contra él en alianza con los alemanes; pero fingiendo ignorarlo, porque no se creyó bastante poderoso para combatir á un tiempo las fuerzas abiertas de Alemania y Galias, prosiguió en mostrar confianza de los galos hasta que, batidos los alemanes, volvió contra los otros sus armas.

De Cayo Popilio, embajador de Roma á la asamblea de Acaya, cuando Proandro Etolo ponderó los servicios hechos al pueblo romano, escribe Polibio: «Aplaudiole y alabó todo lo que dijo, aunque seguramente sabía la aversión que profesaba á Roma.»

Digitized by Google

Cuando la ofensa del neutral es tan clara que no deje lugar al arbitrio de finjir que se ignora, y no convenga romper con él, atribúyase á desorden de sus tropas ó á especial pasión de algún general ó ministro, contra quien suene tu queja mezclada de expresiones de confianza hacia su dueño.

Los indios de Cholula, solicitados bajo mano de su emperador Motezuma, trataban de acabar insidiosamente con el ejército de Hernán Cortés recibiéndole en su ciudad con semblante de amigos, como el propio Motezuma demostraba serlo: descubrió Cortésila conjura; y declarando algunos de ellos que Motezuma la ordenaba, Cortés los castigó como falsos acusadores de su príncipe; y aunque ministros de este se hallaban en su compañía, no se atrevieron á desaprobar el castigo, por no autorizar la acusación contra el soberano; y así Cortés, con sobrescrito de servidor, logró desquite de enemigo, y tuvo gracias de Motezuma por la interior ofensa que le hizo de atropellarle una ciudad y ejercer jurisdicción de señor en el dominio mejicano.

No te declares contra la potencia neutral que, aunque en sí pequeña, podrá por enlaces de interés, tratado ó sangre empeñar en su socorro á neutral de grandes fuerzas.

Solamente los saguntinos se atrevían á oponerse á las ideas de Aníbal Magno en España; pero este suspendió contra ellos las resoluciones, porque Sagunto estaba en la amistad y protección de Roma; y Aníbal, hasta haber extendido bien sus conquistas, no quería dar á los romanos una ocasión abierta de promulgar la guerra contra los cartagineses.

Aun sin la circunstancia dicha, importa disimular la oculta enemistad de un pequeño neutral que tenga tal situación de país, que con pocas fuerzas pueda incomodar el paso á tus convoyes, al favor de aguerridos paisanos en terreno áspero, ó de plazas que dominen vados ó puentes precisos en grandes ríos y que no seas capaz de tomar en breve tiempo.

Esta mira de conservar franco el paso de los convoyes fué la principal razón que tuvieron los cónsules romanos M. Valerio y M. Octacilio para convenir en las proposiciones de amistad y alianza con Hierón, rey de Siracusa, no obstante de hallarse entonces en ventajoso estado las armas de Roma contra el mismo Hierón y contra sus coligados los cartagineses.

De los dos siguientes capítulos inferirás otros casos en que es conveniente suspender las determinaciones contra el que haga, con apariencia de neutral, algunos oficios de enemigo.

XXI.—Casos en que debes precisar al neutral á que declare partido.

—En el segundo libro dejo probado que los neutrales, por codicia de aumento propio ó por aversión al engrandecimiento ageno, suelen cortar de golpe los pasos al vencedor, ó solicitan enriquecerse con las ruínas del vencido.

Sin que se atraviesen el interés ni la envidia, sucede que el tímido genio de un neutral ocasione la ruína entera del ejército que en batalla sea derrotado, pues á trueque de granjear el afecto del príncipe victorioso, hostilizará la retirada á las tropas batidas.

Si el país en que militas fuese desafecto á tu soberano, es ventaja tener cerca país neutral, de cuyos moradores puedas aprovecharte para espías; pero pasa á los contrarios esta conveniencia si guerreas en provincia de tu devoción, y en tal caso (no oponiéndose las demás circunstancias) importa precisar á los pequeños neutrales confinantes á tomar partido, es-

pecialmente cuando conoces que, por interés ó peligro de su estado, abra-

zarán tu alianza primero que la otra.

También precisarás á declararse al príncipe neutral que bajo mano socorre á tus enemigos con todo lo que pudiera socorrerlos por una abierta alianza; pues ya que te hace todos los perjuícios de la guerra, no es justo que se quede con el reposo y más ventajas de la paz.

El rey de Francia que año de 1582 socorrió ocultamente à don Antonio de Portugal contra Felipe II de España, y à su hermano el principe de Alenzón en favor del país bajo sublevado, despachó un embajador à Felipe II, excusándose de esta mala correspondencia con atribuír la culpa de dichos socorros à algunos personajes de su reino; pero Felipe II, rechazando la disculpa, respondió que «más quería tener al rey de Francia por manifiesto enemigo que por simulado amigo.»

No obstante lo dicho en el antecedente párrafo, no conviene declarar la guerra á príncipe neutral cuyo país dé al tuyo más utilidad por el comercio que á los enemigos por el oculto socorro: así vemos que la Inglaterra y Holanda reglan sus paces y guerras según las ventajas del tráfico, en que la principal subsistencia de aquellos países consiste; pero no será esta razón suficiente para suspender la guerra, si el país enemigo (á proporción de tus fuerzas) fuere tan indefenso y rico que puedas, con las contribuciones y conquistas, añadir á tu príncipe considerable porción de los intereses que por la falta del tráfico pierden sus vasallos.

XXII.—Ultimas advertencias cerca de tu conducta con los neutrales.
—Acaso empeñarás en tu partido á un príncipe neutral, fingiendo tener con él ocultas inteligencias; pues si tus enemigos creyéndolas verdaderas hostilizan su país, es natural que, por el interés de tu pronto socorro, acepte la alianza que le propongas.

Andrea Doria, haciendo caer artificiosamente en manos de Solimán II una carta, de cuyo contenido podía inferirse que los venecianos trataban de aliarse con Carlos V contra los turcos, logró que Solimán declarase inmediatamente la guerra á Venecia, de donde resultó que aquella república hizo sus intereses comunes con los del emperador cristiano.

Para precisar al neutral á tomar partido, ó para declararle guerra, espera tiempo en que las tropas enemigas no se hallen á distancia ó en dis-

posición de suministrarle pronto socorro.

Sobre el intento de precisar al neutral á que declare partido, se necesita la precaución de atender á su genio y al de sus consejeros ó ministros; pues la amenaza que te facilitaría la alianza de un príncipe tímido, te volverá enemigo á otro resuelto, particularmente si este se hallase con fuerzas para mostrar su resentimiento.

Juan Botero dice que la rígida conducta que el duque de Alba, don Fernando de Toledo, tuvo en una disputa con la reina Isabela de Inglaterra, sobre cierto arresto de vageles, ayudó mucho á malquistarse aquella princesa (dominante de una poderosa y altiva nación) con los españoles, contra los cuales después hizo particular esfuerzo en favor de los holandeses sublevados; y por el contrario, vemos que nada salió tan mal á los españoles como haber excesivamente contemplado á ciertas potencias (ni armadas ni guerreras) á quienes otra nación hizo ejecutar, por el rigor, lo que los españoles no han logrado por el buen trato.

Ultimamente digo que por no contemplar, ó por no dar celos á los

príncipes neutrales tus vecinos, dejes de aprovechar una segura ventaja sobre los enemigos, á trueque de no atraerte el dudoso despecho de los neutrales, particularmente cuando estos no puedan hacer tanto mal de enemigos, como sean capaces de interrumpirte el bien de indiferentes, pesando todas las circunstancias, para arreglarte según ellas á los expedientes que fueren más del útil de tu príncipe; pues en alguna ocasión podrá este hablar muy alto á sus vecinos, y en otras será preciso que les haga mucha cortesía.

En las sentencias de Guicciardini, que al principio de la historia de Italia se encuentran, hay una que dice: «Quien deja el bien presente por temor del peligro futuro, cuando no es peligro muy cierto y propincuo, halla frecuentemente, con infamia y displacer suyo, haber perdido ocasiones llenas de utilidad y de gloria, por miedo de aquellos riesgos que después suelen volverse vanos.

XXIII.—Comiénzase á tratar de hacer durables las conquistas granjeando el afecto de los conquistados.—Tratose hasta aquí de hacer conquistas; pero poco serviría lograrlas, si no se buscase forma de mantenerlas, cuya segunda parte considero más difícil que la primera.

La razón es que para conquistar basta una temporada favorable, y para

mantener es preciso que en muchos años no haya alguna adversa.

El mejor arbitrio de conseguirlo es granjear el afecto de los conquistados, porque las deserciones y enfermedades y las tropas que precisamente irás dejando en algunos parajes, disminuirán el número de tu ejército; y siendo muy enemigos los paisanos, particularmente en provincias montuosas y guerreras, te darán grande incomodidad y fatiga, obligándote á engrosar todas las partidas y embarazando al favor de pasos dificultosos la marcha de tus convoyes, como sucedió á nuestro ejército en la última guerra de Cataluña.

Si no hubieres adquirido el afecto del país conquistado y se te ofrece en distante paraje una impensada guerra, que no dando lugar á nuevas prontas levas, te obligue á sacar del referido país porción de las tropas que le guarnecen, los pueblos, que hasta entonces mantuviste con la fuerza, sacudirán el yugo con la misma: sucederá lo propio siempre que, padeciendo tu ejército una derrota, crean los paisanos que no hay peligro en serte

enemigos.

Los cartagineses, habiendo de sacar tropas de España para la guerra de Sicilia contra Dionisio y contra los agrigentinos, restituyeron á Cádiz su libertad y privilegios; quitaron las guarniciones de que estaban oprimidas las plazas, y llenaron al país de tantos beneficios, que le mantuvo á la devoción de Cartago su gratitud, cuando no pudieran los cartagineses conservarle con la fuerza, por la razón dicha de apartar las tropas que le guarnecían.

Pagó la misma república de Cartago la inobservancia de su primera política, pues el motivo que halla Polibio para que todos los españoles pasasen del partido de los cartagineses al de los romanos, cuando Scipión Africano puso á las armas de Roma en fortuna y en reputación, es que los cartagineses trataban con crueldad y con soberbia á los españoles. Así (prosigue Polibio) en lugar de hacerse amigos y aliados de los pueblos que sujetaron, hicieron enemigos.

XXIV.—Diligencias convenientes al entrar en el país de que intentes granjear el afecto.—A medida que vayas entrando en el país enemigo, adelanta á sus habitadores la noticia de que tendrán entera seguridad en

personas y bienes, á condición que no se muevan de sus casas; y si los enemigos lo permiten, envía después de aquel aviso, y antes que llegue tu ejército, las salvaguardias necesarias para que en los pueblos no cometan las tropas el menor desorden, ni tomen cosa alguna sin pagarla por su justo precio. En las marchas que por dicho país hicieres, no dejes que las tropas campen sobre los sembrados, que los pisen, ni que, si hay otra leña, corten árboles frutales, se entiende cuando no se encuentre riesgo de enemigos que te obliguen á campar ó á marchar de una manera más que de otra.

Tampoco sufrirás que al descampar se meta fuego al campo, si está en paraje donde trasportadas por el viento las llamas, puedan hacer considerable daño á las mieses, árboles ó casas del país; y áun sin esta circunstancia no debes privar al paisano del beneficio de aquella leña, y cuando receles que los enemigos tengan ventaja en aprovecharse del campo que abandonas, te queda siempre el arbitrio de allanar con la zapa sus obras, sea por mano de los soldados ó de paisanos que se llamen de los vecinos pueblos, y tengan la pequeña recompensa de las faginas y piquetes.

Por más desvelo que apliques, no lograrás totalmente impedir á tus soldados la rapiña, ni librar los campos de ser forrajeados, y cortados para leña los bosques, de lo cual se disgustarían los paisanos, en particular de provincias que no habiendo visto la guerra, atribuyen á quien la manda

los indispensables males que ella misma fabrica.

Con que á menos de grave necesidad, no te detengas en país de que so-

licites conciliarte el afecto.

Cuando consideres muy importante, así el mantener tu ejército en el país referido, como el adquirir la benevolencia de sus pueblos, hay el recurso de pedirles con cuenta y razón la paja, leña, maderas y más géneros que el ejército necesite, como últimamente ejecutaron los señores marqués de Lede y don José Patiño en Sicilia, cuyos habitantes corroboraron su afecto al rey con la gratitud al buen trato.

XXV.—Importancia y forma de que vuelvan á sus casas los paisanos que las abandonaron temerosos de tu guerra. Avisos en cuanto a bandidos, esclavos y presos de país conquistado, y sobre parcialidades que haya en el mismo.—En caso de salir infructuosas las diligencias propuestas en el principio del anterior capítulo, porque sean tan ariscos los paisanos, que ya tu salvo-conducto no los encuentre en sus habitaciones, ó porque no queriendo fiarse en él se huyan á los montes antes que tu ejército llegue, manda poner salvaguardias que no permitan se toque á cosa alguna, y envía diferentes partidas que haciendo á los paisanos refugiados el menor dano posible, traigan porción de ellos, á quienes dirás que no vienes á desterrarlos de sus casas, que antes bien el desertarlas será mostrársete enemigos: que no quieran ver talados sus campos, abrasados sus lugares y en larga servidumbre á los que después cogieres de los que han abandonado sus viviendas: que áun otra vez los perdonas y les ofreces todo buen tratamiento para sus compañeros y para ellos, con los cuales despacharás nuevo salvo-conducto á los otros, y marcharán en compañía de los primeros los hombres que halles de tu confianza y de reputación en el país, para que persuadan á los fugitivos que vuelvan á sus casas, ponderándoles tu piedad, la disciplina de tus tropas, lo que ellos se utilizarán, vendiendo sus ganados, legumbres y más comestibles en el ejército, donde se paga todo por el doble de lo que vale, y últimamente, significarán tus confidentes los males que les ocasionaría el no restituírse á sus lugares, diciéndoles cómo estos y sus haberes áun están intactos, y conservados por salvaguardias de tus mismas tropas.

Al entrar Hernán Cortés en la ciudad de Izucan, halló en ella sólo tres ó cuatro habitantes, y enviándoles á los bosques á ofrecer perdón y buen trato á los demás fugitivos que volviesen luego á sus casas, aquel mismo día se pobló la ciudad.

Habiendo Publio y Cneio Cornelio Scipión dado libertad á los rehenes españoles que sorprendieron del poder de los cartagineses, llevaron à su partido muchos pueblos de España, que tenían el de Cartago, por medio de un español llamado Abilix, quien iba por todos los lugares ponderando la clemencia y la generosidad de los romanos.

Manteniéndose desiertos de sus habitantes los pueblos, no sólo faltará la comodidad para el alojamiento de tus oficiales, sinó lo preciso para la subsistencia de tus soldados ó para el carruaje ó trasporte de tus pertrechos, como nos ha sucedido durante casi toda la última guerra en las fronteras de Aragón y Cataluña, donde huídos á los montes los paisanos de los lugares á que se acercaban tropas nuestras, llevaban consigo los ganados y dejaban escondido todo lo que no podían trasportar de otros géneros.

Mientras estuviere desierto el país de tu conquista, no sólo esta sería poco gloriosa á tu príncipe, sinó también inútil á su dominación; porque ni le añadiría vasallos á que mandar ni rentas que percibir.

En la historia romana de Tito Livio verás cuánta atención pusieron los romanos en que volviesen á sus casas y labranzas, así los placentinos y cremoneses, que habían abandonado unas y otras á causa de la guerra de Aníbal, como los sicilianos recién conquistados por Roma, que necesitaba de que se cultivase la Sicilia, á fin de sacar de ella granos para la guerra de Italia; y los que más se fatigaron en el referido cuidado, fueron los cónsules Sesto Elio Peto, Marco Marcelo y Scipión Africano.

Raro es el país donde la plebe no sea enemiga de la nobleza, ó no se encuentren parcializadas las familias de esta por ofensas que recibieron las unas, ó por envidia que tienen las otras á la riqueza de las primeras, al más grande lustre de empleos conseguidos, ó á la mayor fama de distinción heredada: suele hallarse la misma división en la plebe, separadas las inclinaciones por gremios ú oficios, ó por barrios de habitación; y de ordinario se aborrecen unos á otros los vecinos de los lugares confinantes, porque dan motivo á sus disgustos las repetidas contiendas que se les ofrecen sobre servirse de las aguas, bosques y pastos de los confines, que desea cada uno de los pueblos dilatar en perjuício del otro. Si en las tierras de tu conquista hubiere dichas divisiones ó partidos, procura extinguirlos, áun cuando te hubieses valido de ellos para adelantar durante la guerra los progresos.

Los enemigos de la corona de España se prevalieron del odio que profesaba la plebe de Nápoles à la nobleza de aquella ciudad, para que la primera aceptase, como aceptó, la proposición de tomar las armas bajo la conducta del duque de Guisa.

¿Quién de los que sirvieron en la frontera de Aragón y Navarra ignora la antipatía que siempre se tuvieron Tudela y Ejea, Mallen y Gallur, Borja y Magallón? Vino el tiempo de la ya expresada guerra, y habiendo tomado el partido de los enemigos Ejea, Gallur y Magallón, no hubo imaginable es-

Digitized by Google

fuerzo que no hiciesen por el servicio del rey los vecinos de Tudela, Mallen y Borja, que padecían gustosos los peligros y estragos de la guerra á trueque de ejercitar su lealtad, y á su turno su rencor antiguo contra los otros pueblos.

Recién adquirido un país, ordinariamente comienza el nuevo soberano por conceder un general indulto de anteriores delitos, como no haya instancia de parte en materia muy odiosa y grave; pues entonces el príncipe

haría con su perdón más descontentos que parciales.

Para tal práctica, á más de la razón de ejercitar el príncipe su clemencia, hay la política de que se le reconocen obligados, y se le mantienen fieles todos los que por su perdón evitan el peligro de la cárcel ó de mayor castigo, y del cual no estaban seguros en tiempo del anterior dueño. Es mayor el fruto que se coge de esta máxima en el indulto á los bandidos, porque tienen el séquito de hombres animosos, la práctica de los caminos y la habituación al riesgo y á la desobediencia; circunstancias que los disponen á fraguar una sublevación á favor de su antiguo soberano que los perdone, si el otro no anticipa la misma diligencia.

También debes apartar del país nuevamente conquistado los prisioneros que hayas tomado al ejército enemigo; porque sus conversaciones con los paisanos alimentan siempre la parcialidad contraria, y cuando los de ella traten de hacer un golpe de sorpresa, no les faltará forma de suministrar municiones y armas á dichos prisioneros, aunque los tengas encar-

celados.

XXVI.—Diferentes medios para que el dominio de tu príncipe sea más acepto á los conquistados que el de su antiguo señor.—Para que los paisanos desconozcan en tu buen trato la suerte de conquistados, y hallándose gustosos en ella no aspiren á mudarla, evita lo posible que tus tropas los maltraten ó roben; haz honor á los diputados que te envíen las villas ó ciudades; concede á los nobles todas las gracias dispensables; facilita á los plebeyos arbitrios de vivir sin extrema fatiga y sin estorsión de los poderosos; y en fin, obra de forma que á unos y otros parezca más ligero el nuevo que el antiguo yugo, con lo cual áun contra su inclinación los persuadirá su conveniencia á tolerar con quietud la soberanía de tu príncipe.

Convendrá que tus ocultos parciales exajeren con frecuencia á los pueblos conquistados la bondad, justificación y desinterés de tu príncipe, el

cariño que les profesa, y el intento de llenarlos de beneficios.

Muy vieja es la treta de que el príncipe que proyecta conquistas con el arte, publique ser mayor el deseo de socorrer á los pueblos disgustados de su soberano que la ambición de conquistarlos; pero con el vulgo no dejan de conservar alguna fuerza semejantes exterioridades, y así acredítenlas tus confidentes y acalórelas tu conducta.

Aníbal, después de ganar la batalla de Trebia, libertó à los prisioneros que no eran de nación romanos para dar fuerza à lo que publicaba de que su fin era sólo eximir à los pueblos de la tiranía de Roma; y cuando ganó la batalla de Trasimeno, continuando el mismo artificio, decía à los prisioneros auxiliares de los romanos «que él no había ido à Italia contra los italianos, sinó que combatía por la libertad de los italianos contra los romanos.»

Si el anterior ministerio de tu país conquistado alguna vez le cargó de excesivas contribuciones, derogó los privilegios, alteró en perjuício de los

pueblos las costumbres y leyes; puso en los comandos á hombres interesados y crueles, ó hizo alguna otra cosa cuya memoria pueda irritar á los nuevos súbditos de tu soberano, tus confidentes lo acordarán á sus vecinos, para que enfriándose el afecto al antiguo dueño, sea más fácil granjearle á favor del tuyo.

No basta granjear á los conquistados el afecto, si no se les destierra el temor que les embarace de emplearse en el servicio de tu príncipe: á este fin ponderen tus parciales la superioridad de tus fuerzás y la precisión de acudir los enemigos á otras fronteras, su falta de medios para continuar la guerra, ó cualquiera circunstancia que muestre la dificultad de volver los contrarios á señorear el país que les tomaste.

Tacfarinas, para animar á los africanos contra Tiberio, representaba que hallándose embarazada Roma en la guerra contra otras naciones, poco á poco se retirarían de Africa todas las tropas romanas.

Ganada, pues, la inclinación de tus conquistados, y desvanecido su temor á las fuerzas enemigas, empéñalos con arte en alguna acción que abiertamente choque á su anterior príncipe, á fin de que la publicidad de la ofensa deje cerrado el paso á la esperanza de la reconciliación, como sería formar de todos los pueblos algunas compañías á quienes dés armas, pan y cierta paga para que de continuo incomoden los forrajes y convoyes enemigos; levantar regimientos cuyas patentes de oficiales se distribuyan gratis á hijos de las casas más conocidas, y hacer los concejos ó partidos algunos decretos ó declaraciones favorables á tu soberano, para lo cual debes poner de hombres de tu confianza los justicias, síndicos, procuradores y más personas que tengan voto en sus ciudades ó villas; pero de estas particularidades se discurre con diferente motivo en otro lugar.

El duque de Guisa dice que sobre la máxima propuesta metió á los napolitanos en la descubierta pretensión de quedar en república, y por consiguiente fuera del dominio de España.

Para que los enemigos no logren poner mal con tu príncipe al país conquistado, ponderando como culpable alguna acción justa, necesitas publicar los motivos que hubo para ejecutarla; y si la voz que los contrarios esparcen, cae sobre una mera invención suya, lo demostrarás también al país.

Previendo el duque de Alba que los enemigos no dejarían de exajerar por gran crueldad el saco dado por los españoles á Malinas, en el año de 1572, de cuyas voces podría seguirse contra las tropas de España el total aborrecimiento del país, hizo imprimir una declaración, en que alegaba por motivos del saqueo de Malinas, haber los de aquella villa levantado gente para oponerse á la entrada de la guarnición, enviado dinero al príncipe de Orange, y muerto con la artillería á algunos españoles: con las cuales y otras razones de su manifiesto, quiso el duque mostrar que, siendo justo el castigo de Malinas, seria maliciosa la sindicación de los enemigos.

Culpó agriamente Hernán Cortés á su capitán Pedro de Alvarado que no hiciese constar al público el motivo de sorprender y degollar á una gran tropa de mejicanos, que pretextando concurrir á cierta fiesta de sus idolos, se habían juntado en ánimo de acabar con las tropas del mismo Alvarado, cuya mencionada inadvertencia fué causa de que otros indios ignorantes del delito de sus compañeros, creyesen no haber para aquella ejecución más impulso que el de quitar los españoles á los mejicanos las joyas de que iban adornados á su celebridad ó fiesta.

XXVII.—Sobre la religión del país conquistado.—Hasta el oportuno tiempo no alteres cosa alguna en la religión de los conquistados, por no

hacer con la intempestiva diligencia más dificultoso el logro de la justa pretensión, y porque no se te resistan con pertinacia otros pueblos de la misma secta que los reducidos á tu dominio.

Pretendiendo Cortés (recién conquistada Tlascala) despedazar los idolos de aquellos indios y con la fuerza introducir la verdadera religión, se acomodó finalmente al dictamen del padre fray Bartolomé de Olmedo, quien le insinuó «que se compadecía mal la violencia y el Evangelio, y que aquello en sustancia era derribar los altares y dejar los idolos en el corazón; que la empresa de reducir á los gentiles pedía más tiempo y más suavidad, porque no era buen camino para darles á conocer su engaño malquistar con torcedores la verdad; y antes de introducir á Dios se debía desterrar al demonio, guerra de otra milicia y de otras armas.»

El emperador Carlos V estando sobre Argel, ofreció á Asanaga que si se entregaba la plaza quedarian con libertad de conciencia los moros y turcos que gustasen mantenerse allí.

Después y sin hacer ordenanza que excluya á los herejes, dese mayor parte de empleos á los católicos, y concédales el príncipe alguna distinción en su privado trato.

Ya veo el reparo ó el peligro de que algunos con el fin del interés abusen del nombre de la religión; pero propongo el primero como un premio

á los que ya aceptaron de veras la segunda.

Dije que la distinción concedida á los católicos fuese en privado, y advierto que de cualquiera confianza que pases con ellos, les encargues el secreto, por no hacerte mayormente contrarios á los de religión diversa, cuyo afecto procurarán bastante enajenarte los enemigos, áun sin que des público motivo á la sospecha de que intentas contra su religión; pero cuando los de la católica se hallen ya predominantes, no son precisas tantas cautelas para promoverla; antes bien se ofenderían los mismos de tu sobrada contemplación con los herejes.

XXVIII.—Cerca de costumbres, leyes, trajes, lengua, pesos, medidas, moneda y privilegios del país conquistado.—Las órdenes dirijidas á la última perfección, particularmente cuando son muchas, no se observan, á menos de continuos y sangrientos castigos que aflijen más de lo que tales órdenes aprovechan; el dejar sin escarmiento su infracción hace risible la conducta de quien las dió, y en mudarlas á menudo se confiesa haberlas distribuído sin examen, de cuyas reflexiones se infiere la consecuencia de que no se ha de mandar sinó lo preciso.

Si es tan importante no mudar las órdenes, más necesario será no alterar las leyes; porque en su frecuente mutación se debilitan como el árbol, que trasplantado á menudo no profunda en alguna parte sus raíces.

El vulgo de cualquiera nación en que un extranjero mude leyes ó costumbres, aunque sea para mejorarlas, aprende que con las antiguas se sepulta la memoria de la patria, y que se vulnera la fama de los que han establecido las costumbres ó leyes y de los que vivieron después bajo las mismas, particularmente si los pueblos en que se alteran son de genio opuesto á la nación que domina; porque entonces crece la sospecha de que no se obra tanto por razón como por desprecio; y así, aunque te parezcan ridículas algunas modas ó estatutos del país nuevamente adquirido, lejos de burlarte de ellas, imitarás las primeras, afectando anhelo de conservar los segundos en todo lo que no sean indecentes, ilícitos ó de grave

Digitized by Google

perjuício á la seguridad ó interés de tu soberano; pues á trueque de que él reine á su gusto, ¿qué se te da de vestir al ageno? Buen cambio hace quien toma el oro á permuta del oropel.

Alejandro, desde el principio de sus conquistas que ocupó la Caria, no sólo dejó á todos los pueblos sus fueros, leyes y costumbres, sinó que penetrando en la Persia, vistió el traje de aquel país para conciliarse el afecto de sus habitantes.

Pineda refiere que el hábil capitán Alcibiades, con los lacedomios comía poco y malo; con los parthos bebía fuerte; con los jonios era delicado y regalón; con los thraces se mostraba diestro á caballo, y con los persas ostentoso; de cuyo modo no estuvo en país donde no se hiciese amar y servir, no obstante haber mudado tantas tierras como sabrá el que leyere su historia.

El emperador Basiano en Alemania, vestía y comía á la moda de los alemanes; en Grecia se adornó á la macedónica, y dió á sus capitanes el nombre de los de Alejandro, cuya memoria sabía ser grata á los griegos.

Cromwel, conociendo cuánto era odioso á la Inglaterra el nombre regio, tomó sólo el de *Protector*, y con todo eso mandaba no sólo tan libre como rey, sinó tan absoluto como tirano.

César, estando en los juegos lupercales, arrojó á tierra la corona que por adulación le había puesto Marco Antonio en la cabeza; y en lugar del nombre de Rey tomó sólo el de Dictador porque no se viese tan claramente que infringía las costumbres y libertad del país, el cual desconoció con esta y otras doraduras los hierros de su prisión.

Galba Sulpicio no quiso al principio el nombre de Cesar ni el de Emperador de Roma, sinó el de Capitán del Senado y pueblo romano (título menos aborrecido que los otros) y Vitelio, competidor del mismo Galba, rehusando de sus faccionarios el título de Cesar, admitió sólo el de Germánico, porque mandaba las legiones de Alemania.

Para hacer nuevas leyes, dar mayor explicación á las antiguas, ó asegurarlas con más penas, puede ofrecerse el motivo de que en la variación de las costumbres se haya perdido la proporción de los estatutos, introducídose en ellos inteligencias erradas, ó tantas infracciones que los redujeron al no uso, y así, cuando por las expresadas razones ó por otras fuere muy conveniente ó preciso innovar algo, y hubo cerca del asunto la misma ley que deseas introducir, ó que se le aproxime, haz como que la resucitas y no como que la creas; de cuyo modo, lejos de incurrir en el odio de los súbditos por la novedad del precepto, adquirirás tal vez su estimación por el anhelo que muestres de que en la práctica de las olvidadas ordenanzas reviva la memoria de los antiguos patricios ó legisladores. El mismo Cristo al introducir la ley evangélica declaró que no venía á destruír las predicciones de los antiguos profetas, sinó á completarlas.

Si en cambio de resucitar una antigua ley no observada, te conviene reformar otra que esté en práctica, sea con cierto método, que dejando subsistir una apariencia de la última, no muestres que tiras á destruirla, sinó á tomar por entonces las providencias que la sazón requiere, para que en la esperanza de que la novedad no dure, no pasen los pueblos á resolución proporcionada al disgusto que les ocasiona.

ción proporcionada al disgusto que les ocasiona.

Para que sea menos odiosa la innovación que pretendes, conviene que tus ocultos parciales del mismo país la propongan; pues entonces los demás paisanos, en lugar de atribuírla á peligrosa máxima de tu corte, acaso la pasarán por natural condescendencia de tu genio.

Dirasme que los hombres entendidos presto conocerán todas las ficciomes; pero así como tienen capacidad para verlas, tendrán también la política de ocultar que las descubren por no caer en desgracia del gobierno, y los plebeyos à quienes falta esta reserva, carecerán igualmente de la pers-

picacia necesaria para penetrar el designio de tu príncipe.

Si la provincia reducida á la obediencia de tu príncipe se diferencia de su restante país en lengua, traje, moneda, pesos, medidas, etc., convendrá uniformar todas estas circunstancias á las del antiguo dominio de tu soberano, para que con el curso del tiempo, no percibiéndose entre los dos pueblos desigualdad, no se origine entre los mismos desunión.

Aplaudiendo Polibio á los peloponeses, dice: «No solamente se unieron por una firme alianza, sinó que para conservar mejor la amistad, se sirven de las mismas leyes, pesos, medidas, moneda, tribunales, consejos y jueces; de manera que sólo falta que todo el Peloponeso esté cerrado con una

propia muralla, para creer que todo él es un solo pueblo.»

A esta diligencia con los conquistados puede ponerse un sobrescrito de piedad del conquistador, que establece á los súbditos adquiridos con las armas en el pié que tienen sus antiguas vencedoras provincias.

Oí decir que hallándose en Londres ministro de España el viviente marqués de Monteleón, instado fuertemente por la reina Ana de Inglaterra para que no fuesen maltratados los catalanes, que habían recurrido á la protección de aquella princesa, la cual pedía sobre este punto una positiva respuesta, el prudentísimo ministro ofreció en nombre del rey que en obsequio á S. M. B. los catalanes serían tratados como los castellanos, que fueron los que á toda costa sustentaron la causa del rey nuestro señor; aquietose á esta promesa la reina, y quedaron los catalanes sin los privilegios en que infinitamente excedían á Castilla; pero también acomunados á los castellanos en los ascensos que antes lograban sólo en sus respectivos reinos los súbditos de la corona de Aragón y los de Castilla, cuando ahora cada uno asciende indiferentemente en su país ó en el otro. Introdujo el rey en Cataluña la moneda de Castilla, y las escrituras públicas en castellano: no estoy cierto de si se prohibieron las escuelas en lengua catalana, pero sí de que los tribunales de Cataluña, Valencia y Aragón se pusieron al pié de Castilla.

Tres cosas hay que observar en la práctica del anterior punto: La primera es que á la mutación de moneda, peso y medida preceda una bien examinada declaración del nuevo equivalente, para impedir pleitos y disputas con arrendadores y comerciantes.

La segunda, que se observe si las nuevas leyes pueden convenir á los genios y circuntancias de aquel país; pues no todas las leyes son adoptadas

á todas las provincias.

La reflexión tercera sea si mientras el natural de los conquistados se domestica, ó su afecto se granjea, puede el príncipe mantener en el país las tropas que basten á conservarle sujeto, pues no hay duda que en el principio le disgustarán las propuestas novedades, conforme probé en este capítulo.

XXIX.—Motivos para no sacar excesivas contribuciones, ni sufrir estafas ó robos de los comandantes, particularmente en país que hayas de mantener más con la maña que con la fuerza, y utilidad de rebajar alguno de sus antiguos tributos cuando esté sobrecargado.—El país á quien el conquistador aumenta las contribuciones, hará el esfuerzo posible para volver al dominio de su antiguo soberano, pues todos quieren más al príncipe que les pide menos.

Para la cobranza de tributos excesivos se viene á la digna cruel ejecución de tomar al pobre hasta la ropa de su mísera familia, cuyo lastimoso

clamor llega al cielo, que le escucha.

Las exorbitantes contribuciones, arrancando de raíz el fondo de los caudales, quitan al príncipe el ánuo venidero fruto de razonables tributos, pues el paisano á quien un exactor impío toma los bueyes ó mulas de labranza, el grano destinado á la siembra ó los instrumentos de su oficio, ya no hace más cosecha ni trabajo, se pone á vivir de limosna ó deserta el país y por venganza sirve al príncipe enemigo; con que por un año que la contribución se aumente, en los demás se disminuye, y el número de los contrarios crece; y así no se debe olvidar el antiguo político precepto de que para continuar el interés de la lana, se trasquile pero no se desuelle la oveja.

Respecto á lo dicho, creo que en lugar de añadir contribuciones al país conquistado, convendrá rebajar algunas, particularmente cuando eran muchas las que antes pagaba, para adormecer en los nuevos súbditos los impulsos de sublevación que pudiera motivarles el natural afecto á su primitivo señor; á lo menos hágaseles alguna gracia por el tiempo limitado que

baste para ir captando su cariño.

Si los pueblos sufren disgustados las excesivas contribuciones al príncipe, con mucha más razón se hallarán violentos en los robos de los jefes y ministros; y así en país de que solicites granjear el afecto, no des comando á oficiales interesados, pues le robarían con mil pretextos del servicio del rey, que nunca faltan á quien la libertad de la conciencia sobra.

Batón decía á Tiberio haber los dalmatinos rebeládose del imperio romano á causa de los robos y avaricia de su gobernadores.

Entre el exterior desinterés y el público latrocinio, hay el medio término del regalo, máscara del soborno, en que á menudo se disfraza el robo y se desfigura la justicia; por eso debieras no permitir que admitiesen presentes los ministros á quienes toquen resoluciones independientes de la tuya.

XXX.—Comiénzase á tratar la forma de hacer gratas y justas las contribuciones.—Si los vasallos observan que se gasta en inútiles aplicaciones el dinero que les pides con pretexto de la guerra, quedan ineficaces para en adelante los arbitrios hasta aquí citados, pues hallándose falso el fin, pierden toda su fuerza los medios; así convendría buscar cierta forma de que el país vea que su dinero se destina á las urgencias para que se extrae; y no te contentes de sólo mostrarlo, porque es de justicia el cumplirlo.

Si quieres conservar el afecto del país, advierte de pedir menos contribuciones al que no estuviere acostumbrado á pagarlas gruesas á su

principe.

Añádese que si un país pagaba menos que otros de un mismo soberano, sería en virtud de privilegio por servicios hechos á la corona, ó en atención á la escasez con que produce frutos aquella tierra.

El caballero Borri aconseja que al echar el príncipe una gabela, por

ejemplo sobre los naipes, se dé á entender que uno de los fines mira á que

haciéndose caro el juego se estirpe insensiblemente su pernicioso uso, que estando tan arraigado no podría, sin causar gran novedad, prohibirse de una vez.

Aunque el arbitrio que propone Borri bastase para que el país crea que el aumento de contribución se dirije al bien de los súbditos, y no al interés del príncipe, nunca la nueva imposición deberá ser excesiva, si no quieres que el producto de aquella renta se disminuya, porque (siguiendo el símil del juego) los paisanos jugarían mucho menos, y si ahora se sirven dos horas de una baraja, entonces las mudarían sólo cada dos días; con que la fábrica de los naipes tendría menos éxito, ó los de contrabando mayor introducción, y por consiguiente los derechos del soberano bajarían en la realidad todo lo que han subido en el reglamento.

XXXI.—Fenece el asunto de buscar medios para hacer justas y gratas al pais las contribuciones.—La más acepta y abundante contribución suele ser la que se cobra con el método y nombre de gracioso donativo, porque el vasallo espera más agradecimiento de lo que da por su voluntad, que de lo que paga por tu orden, y no hay otro arbitrio cuando no tengas fuerzas para sostener la demanda, si la provincia no la aprueba.

Sería bueno que algunos de tus confidentes hiciesen pronta ostensión de un considerable donativo (aunque después se les haya de restituír secretamente) para que otros sugetos de las mismas clases y país los imiten, por no parecer menos liberales ó de menor afecto al soberano, especialmente si los que hicieron el ejemplar son de aquellos cuyas acciones acostumbran tener séquito.

Rehusaban los romanos contribuír los caudales necesarios para la guerra, siendo cónsules Marco Valerio Corvino y Marco Claudio Marcelo, hasta que estos persuadieron á los senadores á comenzar un importante donativo, del cual no se exentaron los mismos cónsules; entonces fué su ejemplar inmediatamente seguido por los nobles y después por los plebeyos.

Cuidarás mucho de que el reparto de las contribuciones tenga proporción con la riqueza de cada pueblo, y con las rentas y caudales de cada individuo, pues de ordinario sucede que la desigualdad de la carga se siente más que su peso.

Los comisarios ó sugetos destinados á recojer el tributo, pueden coadyuvar mucho á que no sea tan sensible á los pueblos su extracción, exijiendo sin aspereza, y representando que la puntualidad de la paga les asegura la gratitud del gobierno, y los exime de la importunidad y gasto de los destacamentos ó discreciones, que hoy llaman: en lugar de que si dichos comisarios fueren violentos de genio, más disgustarán con la torpeza del trato que con la demanda de la contribución: por eso convendría elegirlos mañosos y prudentes.

Una de las ordenanzas que hizo el emperador Antonino Pío, fué que la cobranza de sus rentas se ejecutase con destreza y moderación.

Tratando Tácito de cuando áun Tiberio mantenía justa la conducta, escribe: no permitía que los impuestos se exigiesen con avaricia ó con violencia.

El principal motivo que tuvieron los bohemios para tumultuar contra Federico, su noveno interrey, fué la aspereza y mal modo con que algunos alemanes ministros de aquel principe extraían de los pueblos de Bohemia cierta pequeña contribución que se les había echado.

· Hay otros que, dejando aparte la torpeza, ó no contentándose con ella sola, roban para sí más de lo que exijen para el soberano, alargando la cobranza, para devengar salarios, ó tomando intereses por la espera. Tales hombres no son dispensables del castigo; y á lo menos deben pagar la pena del Talión.

El tiempo destinado á la cobranza de las contribuciones debiera ser después de las principales cosechas los días que basten para que los paisanos puedan tener vendida sin desperdicio porción de ellas; pues entonces, hallándose con dinero pronto, satisfarán su deuda, sin esperar que un soldado á discreción incomode y gaste en su casa.

XXXII.—Forma y conveniencia de ejecutar algunas levas en el país conquistado, y de trasportarlas al antiguo dominio de tu principe: manera de mudar las tropas que guarnecen el primero.—El mayor tesoro y reputación de los príncipes consiste en la multitud de los vasallos; y por más que te asegures el afecto del país conquistado, siempre necesitarás de guarnecer sus plazas y fronteras con tropas de experimentada confianza; con que si de él no sacas por lo menos otras tantas para las antiguas provincias de tu príncipe, se disminuirá la población de estas (sobre las cuales debes contar con preferencia á las otras) como sucedía a España con los presidios de Italia y Flandes, de cuyos países nunca venía á nuestra península un número de tropas igual al de los regimientos españoles que pasaban á aquellos.

Por eso los romanos tenían en sus ejércitos tantos auxiliares forasteros, como legionarios del antiguo país de Roma.

Si del país conquistado hubiere oficiales de nacimiento y de mérito que ya estén desde antes en las tropas, no hay duda en que deberán tener su

ascenso en los propuestos regimientos de nueva leva.

Inclúyanse en los empleos de tales cuerpos los mozos que se encuentren traviesos y ociosos, los de genio interprendiente y audaz, amigos de novedades y de quimeras, ambiciosos de manejo, bastante ricos para hacerse gruesa parcialidad con el soborno, ó tan pobres que puedan abrazar la de otro príncipe, sobornados; y por último, los de capacidad y disimulo suficiente para guiar con acierto y con secreto una negociación contra tu soberano.

Si después de las levas ejecutadas, el país de que salieron tumultúa, deberás tener aquellos cuerpos cerca ó lejos de su patria, según estés cierto ó dudoso de la fidelidad de los oficiales, pero siempre mostrando exterior

confianza de ellos.

Las tropas del país conquistado puestas en el antiguo de tu príncipe, le sirven de tácitos rehenes y de evitar su despoblación, á que se añade que así ellas como las veteranas tuyas se harán mejores con el recíproco trasplantamiento; pues perdiendo con la distancia la comodidad para la deserción y los recuerdos continuos de la patria, pensarán sólo en desempeñar su deber en la milicia.

De la citada permuta de españoles y africanos que ejecutó Aníbal, dice Polibio: «Por un prudente sábio consejo hizo pasar tropas españolas a Africa, y africanos a España, a fin de unir estos dos pueblos como por mutuas prendas.»



Con la misma permuta de tropas y amistades que en el frecuente comercio se contraen, es más fácil unir las dos naciones por enlaces de matrimonios, en los cuales convendría se incluyesen las más distinguidas familias, y que á tal fin el príncipe ayudase á la imitación con algunas recompensas á los que hacen el ejemplar.

Una de las primeras diligencias de Meroveo, para asegurarse en la manutención de la conquistada Galia, granjeando el afecto de los rendidos, fué unirlos por matrimonios á las familias de los francos, con lo cual (como dice Foresti) vinieron en poco tiempo á ser un mismo pueblo francos y galos.

Igual política observó felizmente con los ingleses Canut II de Dinamarca después de conquistar á Inglaterra.

Como en todas las cosas del mundo es de peligro el exceso, pudiera darse el caso de que necesites precaverte contra el de la amistad que las tropas de tu país cobren al conquistado que guarnecen, y así múdalas cuando, logrado el fin de conciliarse el afecto de aquellos habitantes, no haya llegado el término de que olviden la suya por la extranjera patria.

Las colonias de romanos vecinas á Italia rehusaron dar socorro á Roma en la segunda guerra púnica, por haber ya los que las formaban connaturalizádose en el país que de largo tiempo guarnecian.

El cambiar las tropas que guarnecen el país conquistado, sirve también para que no sean solamente las primeras las que se familiaricen con los nuevos súbditos. Pero múdalas poco á poco, á fin de que las que se quedan introduzcan á las que van llegando, y las informen de los genios y costumbres del común y de los particulares, del flaco de las plazas, de los pasos más importantes de la provincia, y de'todo lo demás que para entonces ó para en adelante pueda convenir sepan no solamente los gobernadores, sinó también los oficiales de los cuerpos, á los cuales se encargará siempre que no se burlen de las modas del país á que vayan, advirtiéndoles que en cualquiera contienda con los paisanos y en caso de razón dudosa, se juzgará á favor de los últimos; bien que no debe saber el paisano que te hallas en tal ánimo, porque no abuse de tu máxima, antes bien si alguno se desvergüenza con las tropas, es preciso castigarle por mano de la justicia, sin dar tiempo á que, haciendose jueces las partes, pretendan tomar satisfacción por sí mismas, de lo cual resultarían frecuentes motines entre milicia y pueblo.

En Ceuta pocas veces se muda de un golpe la guarnición, y siempre se mantiene allí el regimientofijo de aquella plaza, porque importa que siempre haya en ella tropas acostumbradas á la irregular forma de guerrear que tienen los moros.

Para no perder con las enfermedades muchos hombres en la guarnición de país intemperioso, convendría emplear tropas hechas en tierras de aire semejante al del expresado país.

Cuando no sea posible tomar el expresado arbitrio, envíense á dichas plazas desde el invierno las guarniciones, para que acostumbrándose graduadamente al calor de la primavera y del verano, padezcan menos en la intemperie de este.

XXXIII.—Observaciones para no perder tiempo y dinero en el intento de granjear el afecto del país enemigo.—Mira si los pueblos de tu

enemigo ó los que tengas ya conquistados serán, por su rusticidad ó inconstancia, insensibles á tus políticos manejos, ó mal agradecidos al beneficio de tu buen trato.

Salustio, hablando de Capsa, ciudad conquistada por Mario contra Yugurtha, dice que la dió á saco á sus soldados porque aquellos habitadores eran inscontantes, infieles é incapaces de ser mantenidos en obediencia con los beneficios.

Observa también si dichos pueblos profesan cariño a su príncipe ó aborrecimiento al tuyo, ó religión conforme á la del primero y diversa de la del segundo. En cualquiera de cuyos casos y en los que se coligen del párrafo y capítulo siguiente, debes discurrir sólo en avanzarte ó mantenerte con la fuerza, sin pensar en adquirir el afecto del país, ni penetrar mucho dentro de él, porque en lo uno malograrías trabajo y contribuciones, y en lo otro te aventurarías á perder los convoyes ó tal vez la retirada.

Si reparas el fin que tuvieron en España los ejércitos de la Liga, encontrarás cabal el ejemplar de mi dictamen, pues ambos ejércitos fueron batidos en Almansa y en Villaviciosa, no habiendo podido subsistir en el corazón de las Castillas por falta de convoyes, que los paisanos, al calor de nuestra caballería, les cortaban; y ninguna de las dos veces llevaron siquiera los enemigos el provecho de las contribuciones, que no pidieron por no contravenir al intento de hacerse favorable un país, cuya fidelidad al rey debía serles más conocida por los anteriores sucesos.

Poco fruto sacará un príncipe de inteligencias con súbditos de una república, y lo mismo esta con vasallos de un monarca, porque del uno al otro gobierno se hallan encontradas las máximas y áun los genios y los intereses.

Aun cuando en los pueblos enemigos haya favorable disposición para tratar con tu soberano, se encuentra para el secreto el peligro de la multitud; porque para llevar á logro la empresa, es indispensable que tus ocultos corresponsales participen á gran número de sus amigos la idea, y entre tantos el secreto se aventura.

El solo recurso contra el expresado riesgo es no comenzar á tratar sinó con hombres de confianza y de prudencia, para que por malicia ó por ignorancia no den, antes del preciso tiempo, algún paso en que el secreto

peligre.

Tal vez intentarán los enemigos divertir de una frontera tus armas, lisongeándote con la esperanza de coger gran fruto en inteligencias con otra provincia; pero, áun sin tal riesgo, existe el de que algunos vasallos malcontentos de su príncipe se ofrezcan al tuyo para mucho más de lo que puedan cumplir, por ciego anhelo de considerable recompensa, por espíritu de venganza contra su dueño, ó por miedo del castigo si dilatándose la ejecución de su empresa, llegan á descubrirse los primeros pasos de la negociación. Todavía son más violentas las instancias y más amplias las ofertas de los súbditos del príncipe enemigo cuando se encuentran desterrados de su país y confiscadas sus haciendas, porque los tira con fuerte impulso la ambición de volver á su patria para gozar sus bienes, y abatir á las familias de su particular enemistad con pretexto de parciales de otro soberano, y no se ponen mucho en pena de que se aventuren demasiado las tropas que los han de sostener. Fuera de que, ignorando ellos el método de la guerra, no tropiezan en dificultades que se hallan después invencibles. Así no pierdas otra

empresa por empeñarte en negociaciones con quien no te dé seguros disimulados rehenes, ni sin llevar fuerzas bastantes para retirarte con honor si las promesas de los paisanos faltan en la ocasión más precisa.

XXXIV.—Casos en que puedes prometerte el afecto de un país que es ó fué de otro principe.—Naturalmente surtirán buen efecto las inteligencias con país recién conquistado por fuerza de armas de tus enemigos, pues al hacer la conquista no habrán podido excusar las hostilidades, ni omitir después de hecha otras diligencias, que aunque tengan por único fin la seguridad del conquistador, siempre resultan en opresión de los conquistados, como es quitarles las armas, dominarlos con ciudadelas, observar de cerca sus pasos, etc. Finalmente, nadie se halla contento en la suerte á que le redujo la necesidad, y pocos aman al dueño por mano de cuyas tropas acaba de morir el vecino, el pariente y el amigo, hasta que en la dilación del tiempo se borre la memoria del daño y se desvanezca el deseo de la venganza.

Pocos españoles de los mozos inclinaron al partido de los austriacos en la guerra de la liga contra las dos Coronas; pero muchos viejos veían descontentos á Felipe V en el solio, porque tenían exasperado el ánimo contra los franceses, á fuerza de haber sido testigos de indispensables estragos que en precedentes continuas guerras causaron á la España los ejércitos de Francia. La misma antipatía y por la propia razón se infundió contra los alemanes en los españoles que sostuvieron la guerra á favor del rey nuestro amo, particularmente en aquellos que nunca militaron contra Francia, ni tenían por consiguiente agriada contra los franceses la memoria.

Cuando el maltratamiento del príncipe enemigo le padecieron sólo algunos particulares ó pueblos, observa si aquellas personas ó comunidades pueden tener en el país bastante mano para fabricar á tu dueño un partido; pero quita á la creencia de la propuesta de los ofendidos la prudencial porción correspondiente á la demasía de la oferta en que pecará el deseo de la venganza.

El marqués Virgilio Malvezzi, enseñando que estarán mal contentos de su actual gobierno los que de vasallos de un monarca pasaron á serlo de una república, da la razón de que se desdeñan de servir á un gobierno compuesto de particulares, á quienes consideran de una calidad igual ó tal vez inferior á la suya; y trae aquel escritor el ejemplar de España, que tumultuando varias veces contra la república de Roma, se mantuvo tranquila en el imperio de Augusto. También acuerda Malvezzi que la ciudad de Cremona más quería ser de Francia que de la república de Venecia, no obstante la mayor distancia que en situación, lengua y costumbres había de Cremona á Francia que á Venecia.

Creo que Malvezzi habla en suposición de que la república conquistadora no haga comunes sus honores y privilegios á los pueblos conquistados; pues de otro modo sus habitantes, pasando de meros súbditos á eventuales miembros del magistrado republicano que forma al príncipe, nada pierden; pero no siempre lo ejecutan así las repúblicas; antes bien observo en alguna el abuso de que antiguos caballeros de su país nuevamente adquirido se reputan por de nobleza moderna, y áun excluídos de los más privilegios de nobles, como si para gozar aquella distinción heredada fuese una esencial precisión el nacer de las familias escritas en los libros de la república.

Cuando tu intento se reduce á destacar del dominio de los enemigos algún país sin agregarle al tuyo, surtirán efecto las negociaciones con pueblos que, habiendo sido cabeza de sí mismos, se hallan incorporados como provincia de otros, en cuya situación los puedes creer descontentos, porque en ella pierden estimación, fuerza y comando.

Los dominios muy apartados de su príncipe se hallan regularmente descontentos de su fortuna, porque al favor de la distancia, cada virey se toma ensanches de soberano, y por mostrar que puede y sabe hacer algo, trastorna unas leyes y fabrica otras; con que sucede á los súbditos lo que á los caballos, que mudando de mano con frecuencia, tienen siempre desazonada la boca.

Otra razón es que no pueden haber cobrado gran cariño al príncipe los vasallos que pocas veces ó nunca le vieron, y sobre todo los comandantes de países muy lejos de la corte los maltratan y roban para sí, por enriquecerse antes que llegue el sucesor, ó para el soberano, con el fin de pasar por celantes de los intereses de la corona.

Queriendo explicar Tiberio que la sucesión de los gobernadores destruye los países, supuso haber encontrado un hombre con muchas heridas cubiertas de moscas que le bebían la sangre, y que acercándose por lástima á quitárselas, pidió con encarecimiento el herido que se las dejase estar, diciendo que aquellas moscas ya se hallaban hartas y no podrían desangrarle tanto como otras que viniesen hambrientas á ocupar el lugar que ellas cediesen.

Observa Solis que las tierras poseídas en Indias por los españoles antes de la conquista de Cortés, se hallaban maltratadas por la codicia de sus gobernadores; y que aunque el rey Don Fernando el Católico aplicó á este desorden varios remedios, perdían la fuerza en la distancia. «Al modo que la flecha se deja caer á vista del blanco cuando se aparta sobradamente del brazo que la encamina»: son las palabras de aquel escritor.

Si á favor de tu príncipe hay algún razonable derecho á la provincia cuyos habitantes pretende hacer de su partido, y cuando esté ya desbaratado con el rumor de las armas el secreto de las negociaciones, distribúyanse manifiestos, que por el derecho expresado acrediten la justicia de la pretensión, para lograr parciales á los que pensaran con eso evitar el nombre de traidores y el tratamiento de tales en caso de caer prisioneros.

En la última guerra de la liga contra las dos Coronas fué de gran socorro à los austriacos el ponderado derecho del entonces señor archiduque à la España, pues creció aquel partido con grande número de españoles, que ó creyeron ó fingieron creer la justicia de la pretensión de la casa de Austria, y se libraron del castigo cuando fueron hechos prisioneros, porque los alemanes protestaban tratar à los nuestros de la misma forma que ejecutásemos con los españoles de su servicio.

XXXV.—Para que no solicite ó no pueda sustraerse del dominio de tu soberano el país cuyo afecto y posesión le granjeaste.—Si en cualquiera país de fidelidad no arraigada hubiere personas que por su talento y calidad tengan con el pueblo alguna mano, y que por su poca renta ó mucho gasto se hallen con deudas excesivas á su posibilidad de pagarlas, especialmente si dichos sugetos son más resueltos que escrupulosos, es de temer que violentos en su miseria, fomenten cualquiera novedad, para la cual el príncipe tu enemigo los soborne con dádivas ó promesas; y así an-



ticípate á sacarlos del país, proponiendo á tu príncipe los emplee en otras provincias ó en la corte; ó bien procura enriquecerlos de la forma que el párrafo siguiente dicta; pues de ambos modos atajas el peligro que pudiera venir de su estrechez y de su genio.

Don Raimundo de Cardona, virey de Nápoles por don Fernando el Católico, deseando, año de 1513, subvertir el gobierno de Florencia á favor de los Médicis desterrados de aquella república, trató con Paulo Vetori y con Bartolomé Valori, jóvenes que, por ser gastadores y llenos de deudas, prestaron gratamente el oído á la proposición de don Raimundo, quien logró su intento con la asistencia de aquellos y de otros semejantes.

Para que los sugetos de que habló el antecedente párrafo hallen su interés en que tú príncipe mantenga su conquista, facilitales buena porción de los empleos y haciendas que gozaban otras personas del mismo país, y que le abandonaron por seguir al príncipe enemigo.

Enrique VIII de Inglaterra, que después de negar al Papa la debida obediencia, quitó sus rentas á los monasterios, las dió ó vendió á poco precio, para que los sugetos en quienes pararon, á trueque de no perderlas, mantuviesen el partido de Enrique, y este es uno de los gravísimos estorbos que ocurrirán siempre que se trate de restablecer la religión católica en aquella isla; pues muchos de los señores más ricos de ella, lo son á costa de las iglesias, monasterios y otras fundaciones que secularizó la violencia del mismo Enrique.

En caso que no haya cabimiento al propuesto arbitrio, porque no se ausentaron del país hombres que dejasen considerables haciendas ó empleos, dense á la nobleza pobre tierras reales, que siempre temerá ella perder, si volviese á recuperar el país el anterior dueño; pues diría, que el tuyo no pudo enagenar en una provincia que, según su preciso discurrir, no tocaba de justicia al conquistador, y este necesita de tal dispendio cuando no tiene otros medios para conservar el afecto de los nuevos súbditos con las dádivas, ó de mantener su obediencia con la fuerza. Política frecuentemente observada por el señor emperador viviente en los países que conquistó sobre la España, y en los cuales, á fuerza de intereses y honores concedidos, aumentó mucho el número de parciales y vasallos.

Tal vez los enemigos (no siempre escrupulosos) para vengarse de los particulares ó pueblos que tomaron tu partido, procurarán con varios artificios desconfiarte de ellos, sea haciendo caer en tus manos cartas que muestren inteligencias con los mismos (como hizo Ificrates contra dos mercenarios suyos que se pasaron á los lacedemones) ó bien dando por otro camino señas de que se hallan dichos hombres de acuerdo con los contrarios, y áun sin que se mezclen estos en la dependencia, no faltarían contra los nuevos y fieles súbditos acusadores entre los particulares enemigos de sus personas ó casas, ó entre los que afectando celo, dan avisos con ligereza por esperanza del interés.

Suelen arrepentirse los pueblos que se declaran contra su antiguo soberano, porque desvanecido con el tiempo el dolor de la imaginada ó recibida ofensa, y perdiendo en los continuos ofrecimientos del perdón los recelos del castigo, abren los ojos á la justicia y reconocen la fealdad del hecho, particularmente si cambiando semblante la fortuna de las armas, creen dichos pueblos acomunar lo fiel y lo seguro, y nunca sería justo discurrir firmes en tu obediencia á los que áun de su honor se apartaron por

su inconstancia, sobretodo cuando se trate de naciones experimentadamente volubles, pues las hay que parece forman capricho en no ser del príncipe que tienen; y así para no depender enteramente del arbitrio de los recién adquiridos países, guarnece sus principales castillos y plazas á medida que las vayas poniendo á tu devoción.

Observa sobre todo no ejecutar cosa que muestre contravención á lo expresamente prometido al país, ó á la directa principal esperanza que

le movió á cambiar partido en favor de tu soberano.

XXXVI.—Sôbre lo que se puede ejecutar con el principe enemigo que esté prisionero, para que el tuyo no contravenga á las reglas de la generosidad, ni aventure la conservación de las tierras conquistadas.— Alguno que, según sus aforismos, parece abogado de venenos más que autor de política, y que resuelve deshacerse de los hombres cuando le falta expediente para zafarse de las dificultades, lleva tan adelante la impiedad, que ni al príncipe rendido exceptúa de la inhumana máxima, queriendo que su muerte asegure al conquistador en el dominio del país conquistado, y se contenta con que la ejecución sea oculta para que no se halle, por cruel, desaprobada. Pero ¿cómo pensará eximirse del enojo de la majestad suprema, que lo tiene todo presente, que volverá infame con la publicidad el indigno artificio, y que nunca permitirá que de una impía conducta resulte un provechoso efecto?

Carlos de Anjou que, para asegurarse la posesión de Nápoles y de Sicilia, siguió la errada máxima de quitar la vida á Conradino, acreedor á aquellos reinos, vió prontamente la desaprobación divina en las fatales vísperas sicilianas, en la prisión de su hijo Carlos el Cojo, y en la pérdida de la Sicilia, ocupada por don Pedro de Aragón.

Muy viles serían los conquistados que se contentasen de venerar por dueño al cruel homicida de su príncipe.

Muerto alevosamente el rey don Sancho sobre el sitio de Zamora, no quisieron los castellanos conocer por rey á su hermano don Alfonso, hasta que repetidas veces juró no haber tenido directa ni indirectamente alguna parte en la muerte de don Sancho.

Atentando á la vida del rendido príncipe, autorizarías para con el mundo á otro vencedor que aspirase á troncar la tuya, si en castigo de la cometida crueldad te llevase la suerte á manos de tu enemigo, como sucedió á la reina Juana de Nápoles con Carlos III, después de haber aquella mal aconsejada princesa hecho morir al rey Andrés; y los franceses, venciendo á Ptolomeo rey de Egipto, que para asegurarse en el reino, había muerto alevosamente á los hijos de su hermana, le quitaron la cabeza.

Aunque no se atravesase alguno de los expresados reparos para atentar á la vida del soberano enemigo, baste la consideración del respeto que

se debe á la sangre de los príncipes.

Viviendo el príncipe tu prisionero, si los pueblos conquistados tumultúan á favor de otro, y no te hallas con fuerzas para sujetarlos, te queda la esperanza de espeler al nuevo conquistador, poniendo en libertad al prisionero, quien sin duda encontrará partido en el país que fué suyo; y sobre la conservación de una parte del mismo pueden tomarse las seguridades que no alcancen para guardarle todo.

Cuando se mantienen libres los hijos del prisionero soberano, y por consiguiente este no corre peligro de que pase á otra familia el país, cuya mayor parte sus hijos conservan, creo sobre más noble, más seguro concederle la libertad y efectuar con él una perpétua alianza con suaves razonables condiciones, que hacer un riguroso tráfico de su rescate; sobre todo si le consideras de un ánimo generoso, y tu príncipe le trata y despide con buena gracia, pues habría mucho que esperar en la asistencia de sus armas, y no tanto que prometerse de otro interés de su regateado canje.

Este era el consejo dado por muchos políticos al Emperador Carlos V sobre la libertad del Rey Francisco I de Françia; y efectivamente se experimentó mayor el daño de la sucesiva enemistad de los franceses, que el interés del rescate de aquel príncipe.

Si tu soberano, habiendo conquistado todo el país de su prisionero, encuentra demasiado costosa la generosidad de restituírle, y considera á dicho prisionero de genio apacible y poco apto para nuevas empresas, ó que no las conseguirá aunque las intente, porque le aborrecen sus antiguos vasallos y los potentados confinantes, no sólo se le deberá dar libertad, sinó también algunas tierras que tributándole decente subsistencia, le hagan conformarse con menos repugnancia á su fortuna, y le contengan en reposo por no aventurar la nueva adquisición, pero siempre se elejirán en paraje apartado de su primer dominio, y no capaces de suministrar fuerzas con que recobrarle.

LIBRO X.

DONDE SE DISCURRE DE LAS OCASIONES EN QUE ES ÚTIL SOLICITAR UN COMBATE Y DE LA FORMA DE PRECISAR Á LOS ENEMIGOS Á ÉL.

I.—Exprésanse los lances en que te es casi indispensable solicitar una batalla.—Procura combatir cuando gran porción de tu ejército se componga de tropas de otro príncipe que se hayan de retirar presto, porque se acaba el tiempo de su contrato, que no quiera su amo proseguir, las necesite su dueño en diversa frontera, ó por otro motivo; pues en tal caso los enemigos todo lo aventuran de lo suyo, y tú expones parte de los ajenos, mereciendo este nombre los que, abandonándote dentro de breve tiempo, te dejarían en disposición de no poder resistir, si antes no ganases una batalla.

Aníbal, conociendo la natural inconstancia de sus aliados los galos, se daba priesa de combatir al ejército de Sempronio, como lo ejecutó con feliz suceso en Trebia. Polibio que da esta noticia, continua: «grande fué la alegría de los cartagineses, porque sobre el campo de batalla quedaron pocos espanioles y africanos, y la mayor parte de los muertos eran galos.».



El peligro es que los jefes de las tropas auxiliares ó alquiladas no las quieran aventurar en vísperas de retirarse; pero solicita persuadirlos con el tamaño de las ofertas, si no bastaren las insinuaciones del honor.

También es de solicitar la batalla, cuando sepas que si tardas en derrotar á los enemigos, estos reforzarán mucho su ejército con tropas suyas, ó de antiguos ó nuevos aliados; se entiende si tú no esperas igual aumento.

Es preciso anticiparte á una batalla cuando preveas que, por falta de víveres ó dinero, tu ejército se desbandará dentro de pocos días, se reforzarán tus enemigos con tus desertores, y quedará entonces tu país al arbitrio de las armas contrarias; pues si ganas la batalla, podrás alargarte á tierras de que saques algunas contribuciones, y en el ínterin el gusto de la victoria tendrá á tus soldados menos descontentos en la miseria.

El duque de Borbón, el marqués de Pescara y don Carlos de la Noya resolvieron combatir sobre Pavía al ejército de Francisco I de Francia, por no haber dinero para pagar las tropas de España, que ganaron aquella batalla, sin lo cual se hubieran deshecho por falta de subsistencia.

Si previeres que los enemigos, destruyendo á tu país, te pondrán en la expresada falta de víveres ó dinero, y en la de reclutas y remontas, combátelos antes, así para preservar á tus tierras de aquel daño, como porque los enemigos no se refuercen con las conquistas y no sea mayor después la imposibilidad de resistirlos.

Cuando por la referida falta de víveres, ó por otro motivo, te veas obligado á descampar de la presencia de los enemigos, no habiendo más camino que el de vados ó desfiladeros, empeñada en los cuales tu vanguardia, quedaría abandonada á los contrarios la retaguardia, toma el par-

tido de atacarlos, primero que el de retirarte.

A veces el adverso clima, la escasez de víveres, la abundancia de frutas, la calidad perniciosa de las aguas, el descuido en conservar muy limpio el campo, la demasiada fatiga y otros varios accidentes, causan numerosas enfermedades á un ejécrito, que en tal caso debe precisamente descampar, para salir del terreno contagiado, y si con todo eso las enfermedades continúan, ó si para llegar á paraje sano y cómodo, has de abandonar á los contrarios porción considerable de país, atácalos primero que el estrago de la epidemia te ponga en imposibilidad de resistirles.

II.—Ocasiones ventajosas de atacar á los enemigos sobre su marcha, ó cuando vayan saliendo de un campo retrincherado.—Pudiera el terreno prestar comodidad para atacar á los enemigos sobre la marcha, cuando porción de su ejército se hallase á la otra parte de un vado, puente ó desfiladero; pues las tropas que están al opuesto lado, no repasarán á tiempo de sostener á las otras, sobre las cuales improvisamente caigas.

Atribúyese á don Raimundo de Cardona la pérdida que pontificios y españoles tuvieron en la batalla de Rávena, porque no siguió la opinión de Fabricio Colona, que era de cargar al ejército francés cuando una porción de este había pasado el río Roncho.

Aníbal derrotó á poquísima costa á los romanos del cónsul C. Flaminio junto al lago de Trasimeno, atacándolos mientras una porción desfilaba entre el lago y la montaña y parte había ya desembocado en la llanura.

Advierto que si eres inferior en tropas, necesitas medir el tiempo muy

Digitized by Google

justamente para la anterior aconsejada operación; pues de otro modo podrías llegar sobre los enemigos cuando ya hubiese pasado todo su ejército, y te verías empeñado con desventaja.

Año de 1503 perdieron los franceses la batalla de Seminara, porque discurriendo Mr. d'Obigni cojer al ejército español sobre el pasaje del río, marchó á la vuelta de él; pero llegando á tiempo que habían ya pasado todos los españoles, d'Obigni se vió engañado, y fué batido.

Otra advertencia para el ejército inferior sea reconocer muy bien si á cierta distancia del desfiladero se halla emboscado algún cuerpo de tropas, que los enemigos hayan anticipado allí para cargar en espalda ó flanco á las tuyas, cuando estas se encuentren ya empeñadas con el grueso de los contrarios, en su vanguardia ó retaguardia, según la parte del desfiladero hacia donde estés.

Para atacar á los enemigos sobre su marcha, la oportunidad se halla en

los casos abajo abreviados, y en algunos de ellos se aumenta.

Si saliendo por algún atajo puedes, con pequeña fatiga de tu ejército, caer sobre los enemigos cansados de larga marcha en día y estación de calor, sin dar al general contrario tiempo de refrescar á sus hombres y caballos, particularmente si no hallaron agua con frecuencia, y están poco habituados al calor, no tendrán aliento para la retirada ó alcance, ni áun para sostener el combate.

El conde Mauricio de Nasau, en visperas de la batalla de Nieuport, contaba por una gran felicidad poder atacar al ejército del archiduque Alberto cuando las tropas de este acababan de hacer una marcha en el mes de julio, y por consiguiente llegaban estropeadas del calor y del camino, á tiempo que la gente de Mauricio se hallaba reposada y fresca: lo cual efectivamente contribuyó á-que Mauricio ganase la batalla, y el maestre de campo español, Gaspar Zapena, la disuadía al archiduque, representando por contrarias á los austriacos las arriba dichas circunstancias, que Mauricio conocia para sí ventajosas.

Cuando los enemigos marchan embarazados con grueso convoy, ó después de un saqueo llevan considerable número de prisioneros ganados ú

otra presa.

La última y principal ventaja de atacar á los enemigos sobre su marcha, es que si tomas justas las medidas para la tuya, los podrás cargar en llanura ó montaña, en bosques ó raso, conforme conviniere á la calidad de tus tropas y de sus armas, en lugar de que si atacases á los enemigos en su campo, es natural que halles contrarias las circunstancias del terreno; pues el general enemigo se le habrá elegido favorable, y el de su marcha le tomará según le encuentre intermitido, no siendo posible marchar siempre por el que se considere propicio.

Si los enemigos salieren de un campo retrincherado á presentarte batalla, y te hallas bastante cerca de ellos, atácalos, antes que acaben de sacar y de doblar su ejército; pues aunque la fusilería y cañones del retrincheramiento disparen sobre tus tropas, como será poco lo que tardarán en mezclarse con los enemigos, no durará este daño: en la retirada le padecerás mayor, pero nunca equivaldrá al de los contrarios si son derrotados, y tal vez no llegará el caso; pues batiendo á la mitad del ejército enemigo,

es natural que fuerces la otra mitad en su retrincheramiento.

Digitized by Google

III.—Oportunidad de atacar á los enemigos cuando falte de su ejército mucha gente: forma de conseguirlo, y ventaja de atacarlos después de inundar su campo.—Es buena ocasión de atacar á los enemigos el día que sepas tienen fuera de su ejército un grueso destacamento, ó considerable porción de forrajeadores; pero si no te encuentres igual ó superior en tropas, necesitas de confirmados avisos de partidas y espías, que te aseguren hallarse los enemigos tan lejos, que no pueden volver á tiempo de entrar en la batalla.

Cuando estuvieres determinado á dar una batalla, y antes que llegue tu resolución á noticia de los enemigos, haz semblante de querer atacarles una plaza ó puesto importante, para que desmembrando ellos tropas que refuercen los parajes amenazados, halles á su ejército más débil: supongo que á fin de lograrlo finjas la operación más verosímil, y tomes las medidas convenientes para que los destacamentos enemigos no puedan volver al combate en el tiempo que tardare tu ejército en llegar al suyo.

El príncipe de Orange, deseando, año de 1672, atacar á las tropas francesas mandadas por el duque de Durás, hizo semblante de emprender sobre algunas plazas, con el fin de que el duque, por aumentar sus guarniciones, dejase más débil el ejército para el día que pensaba el príncipe atacarle: es verdad que Mr. de Durás, interponiendo ríos, supo evitar el combate.

Puedes también echar de tu ejército algunos destacamentos, para que de la armada contraria salgan otros á observarlos ó á combatirlos.

Si rompiendo en poco tiempo diques, atajando cequias ó extraviando la corriente de algún río, pudieras inundar el campo enemigo, ejecútalo de noche, para que la turbación que ella aumenta, haga mayor el desorden de los enemigos; y al amanecer te será fácil batir á aquellos cuerpos desunidos, habiendo la noche precedente campado tu ejército en paraje libre de la inundación, y que te dé franco el paso hacia los contrarios, ó que les impida la retirada y deje abierto el camino para tus convoyes.

El sultán de Egipto, rompiendo los diques del Nilo, anegó porción del ejército cristiano, mandado por el rey Andrés II de Hungría y otros príncipes, dejando por este medio al restante de las tropas católicas sin retirada ni subsistencia; con que á trueque de no perecer todas, hubieron de efectuar la paz como quiso el sultán, quien para hacer mayor la inundación, había disimuladamente con diques más altos que los ordinarios, impedido que el Nilo se vertiese por cierta parte, de la forma que todos los demás años acostumbraba.

IV.—Ventaja de atacar à los enemigos mientras ejecutan un saqueo, ú poco después del mismo, y cuando marchan embarazados con muchos prisioneros ó grueso convoy. Batalla sobre inteligencias con fingidos desertores tuyos, ó con oficiales de los enemigos; cita de utilidades que pueden sacarse de combates nocturnos.—Si pudieres llegar sobre un cuerpo de tropas enemigas cuando están saqueando algún lugar, es casi cierto el derrotarlas, aunque lleves menos gente que los contrarios; pues sus soldados se hallarán tan embebecidos en el pillaje, y tan separados unos de otros en los escondrijos de las casas, que entrando tus destacamentos bien formados por diferentes calles, apenas encontrarán quien dé señas de resistencia; se entiende en caso que á más de las tropas empleadas en el ataque del lugar, no conserven los enemigos, dobladas fuera de él, otras en número suficiente á rechazarte, lo que tal vez no podrán siem-

pre hacer por falta de gente.

Aun cuando los enemigos marchan embarazados con botín excesivo, es oportuna ocasión de atacarlos, porque muchos se habrán apartado á poner en salvo su presa, otros ejecutarán lo mismo desde el principio del combate, y los más se encontrarán fatigados con el peso de su pillaje, ó inútiles por el vino, en cuya bebida, el día de un saqueo, no pueden los oficiales poner á los soldados tasa.

Tito Livio dice que el cónsul Publio Servilio, y el antes dictador Aulo Posthumio derrotaron fácilmente á los sabinos cerca del río Aniene, porque se hallaban rendidos de haber marchado con la ropa de muchos lugares que saquearon, y estaban esparcidos en diferentes villas, y tan llenos de vino, que apenas (dice el mismo Tito Livio) tuvieron fuerzas para huirse.

Un grueso convoy es también de considerable impedimento á los enemigos, si durante su marcha caes de pronto sobre ellos, particularmente en país estrecho, donde si el convoy está mezclado con las tropas, corren estas peligro de ser puestas en desorden por los machos, bueyes ó caballos que se espanten del fuego y de las heridas, y si está muy tendido, se necesita, para cubrirle, gran número de tropas.

Si de antemano has podido introducir en las tropas enemigas el número de finjidos desertores, que baste á turbar en la batalla el orden ó el

coraje de los contrarios, sería una gran ventaja para atacarlos.

Aníbal, poco antes de la batalla de Cannas, envió con disfraz de fugitivos 400 soldados al ejercito de los romanos, y no fué suficiente á estos la precaución de ponerlos desarmados á la retaguardia, pues los 400, durante el combate, sacando los cuchillos que llevaban ocultos entre la camisa y la coraza, cargaron en espalda á los romanos, y facilitaron la victoria á los cartagineses.

Para que en la batalla no sean los finjidos desertores maltratados por tus mismas tropas, aquellos podrán llevar oculta la divisa de estas, y ponerla desde luego que vuelvan las armas contra los enemigos, ó bien les anticiparás una contraseña, previniendo á los oficiales mayores de tu ejér-

cito que no traten de enemigos á los que la dieren.

Si tuvieres inteligencias con algunos oficiales mayores de los enemigos, ataca después de convenir con ellos que empeñen á las tropas de su comando en algún movimiento que las desordene, para tener pretexto de ponerse con ellas en fuga, meter la confusión entre los enemigos, y dejar aquel blanco por donde se introduzca y se convierta á izquierda y derecha el destacamento que habrás puesto frente á dichas tropas, á más de los cuerpos que formen tu línea.

Quien ataca de noche lleva sus medidas ajustadas á la oscuridad y al terreno, y el que se halla embestido en la primera, no sabe á qué paraje debe acudir con más ó menos fuerza, ni dónde encontrará el peligro ó la acogida, porque no distingue el falso del verdadero ataque, ni si en lugar de una amiga tropa que vaya á sostener, ó de la cual se intente refugiar, halla á una de los contrarios que tenga ya derrotada á la otra. Aumentarase la confusión y el riesgo al ejército que recién llegado á un campo que

antes no conoció, ignore las particularidades de su terreno y de los caminos para el alcance ó retirada, especialmente si tus tropas se hallan noti-

ciosas de aquellas individualidades.

Sobre todo son ventajosos á un ejército inferior los combates nocturnos, porque sus tropas no se intimidan con ver á los enemigos más numerosos, y estos, que hasta entonces habrán acaso vivido descuidados sobre la confianza en la mayor fuerza, prestan comodidad para la sorpresa; y viéndose después atacados, pierden el ánimo, respecto de que siempre se discurre que es más pujante el agresor.

Crecerá tu ventaja de pelear de noche, si á la circunstancia dicha se junta la de no ser los enemigos tan prácticos, ni tan animosos como los tuyos para estrecharse á la espada ó bayoneta: advertencias que hallo hechas en el Seminario de gobiernos de Frachetta, el cual prueba su opinión con el ejemplar de Paulo Emilio, que reparando que sus tropas valían más que los macedones para la espada, resolvió atacar de noche al ejército de

Perseo, que guardaba el Paso de Perebia.

V.—Finjidas órdenes del soberano para no combatir; forma de mostrar que recelas por otros motivos el combate, y de persuadir á los enemigos parte de lo que te conviene crean.—Puedes hacer venir de tu corte órdenes firmadas de tu soberano para no arriesgar una batalla, y mostrarlas, como en confianza, á hombres que tengas conocidos por de corto secreto, pues si los enemigos llegan á traspirarlas y á creerlas, tal vez se tentarán á salir de su terreno fuerte á presentarte un combate, con el fin de que rehusándole tu ejército, el suyo cobre coraje, y sea más bien admitido por el país, que de tal forma discurriría superiores á los contrarios.

Para la ocasión de que ahora voy tratando, convendría juntar un consejo de guerra numeroso, exhibir en el mismo como verdaderas las citadas órdenes finjidas, y pedir consejo sobre la manera de cumplirlas sin descrédito de las tropas, ni pérdida del país, y encargando el secreto, que entre muchos nunca durará, conforme se probó en el mencionado lugar del pri-

mer libro.

Puedes también escribir á algunos generales destacados, gobernadores de plazas ó á otros amigos tuyos en sentido que deje comprender lo que intentas persuadir á los enemigos, y enviar estas cartas con los soldados menos seguros, para que desertando alguno de ellos al ejército contrario, engañe involuntariamente á su general, cuando piensa rendirle gran servicio con entregarle la carta.

Puedes asimismo poner con algún pretexto una partidilla de cuatro ó seis soldados en paraje donde los enemigos los cojan prisioneros, y después que dichos soldados hayan oído la voz que hiciste correr; pues tal cual de ellos la comunicará á los contrarios por interés, ó por miedo, particularmente si alguno de los propios soldados toma partido en aquellas tropas.

Para dar mayor fuerza á la esparcida voz de que te hallas con orden ó con propósito de evitar á toda costa una batalla, campa siempre en montañas ó puestos ventajosos, con lo cual acaso los enemigos ejecutarán alguna marcha por terreno en que te resulte posible y conveniente atacarlos; y las que tú lleves por camino que no sea desventajoso á los contrarios, empréndelas con semblante de furtivas, mostrando el fin de conducir el ejér-

cito á la otra parte de un río á abrigarse de tus plazas, ó á diferente paraje que con más seguridad le preserve de una batalla; pues acaso se apresurarán los enemigos á ella, por aprovecharse del creído temor de tus tropas.

Si no hubiere plazas, montañas ó ríos á distancia ó en positura que dé verosimilitud á tu finjida operación, comienza á retrincherar tu ejército, para que se tienten los enemigos á embestirle primero que la fortificación se concluya; pero es preciso que elijas un campo á donde te puedan llegar libremente los convoyes, en que los forrajes te sean fáciles, y desde el cual cubras las plazas importantes de tu país; pues de otro modo no creerían los enemigos que pretendieses mantenerte allí, ó pensarían rendirte á menos costa, cortándote los víveres y forrajes, ó precisarte á salir de tu retrincheramiento, sitiándote las plazas, particularmente aquellas de tal positura que el ejército, aunque inferior, que les toma los puestos, no puede ser atacado.

Cuando el caso de pelear se acerque, dispón que los oficiales de los cuerpos muestren á los soldados que todo el recelo anterior fué finjido para traer á los enemigos al combate; pues si olvidases tal diligencia, tus tropas entrarían en él intimidadas.

 ${
m VI.}$ —Si un río que pasa entre los dos ejércitos sirve de estorbo á enemigos que ya se hallan tentados á la batalla que deseas.—Si logras que los enemigos se tienten á la batalla que ocultamente deseas, y para venir á ella los embaraza un río que pase entre los dos ejércitos, posible aunque difícil de vadear, y si fueres más fuerte que los contrarios en caballería, resérvala de la fatiga cuanto puedas, y después de haberte retrincherado sobre los vados afectando gran priesa, te pondrás una noche en retirada á la sordina, abandonando porción del carruaje que menos valga, y con las demás señas que otro día persuadan á los enemigos real tu finjido miedo; aquella noche harás la marcha, que te convenga, según lo que te voy á decir, dejando muchas pequeñas partidas apostadas en los mismos parajes donde estaban tus guardias, y si las centinelas de éstas se pasaban la palabra, la pasarán también las de las partidas: todo lo cual ayudará á que los enemigos crean temías que te siguiesen la retirada. También dejarás diferentes soldados vestidos de paisanos y que sepan la lengua del país; y ellos como las partidas observarán si los enemigos empiezan á pasar el río, por cuántos vados y á qué hora fijamente; y si durante aquella noche no pasaren, los soldados disfrazados, antes que amanezca, se retirarán con sus instrumentos de trabajar la tierra á los montes vecinos, como que son hombres del campo, y las partidas que han quedado supliendo á tus guardias retírense á la misma hora á los barrancos y bosques de la cercanía, poniendo sus centinelas en donde sin ser descubiertas, descubran: unos y otros irán dándote aviso de todo lo que observaren, por caminos que los enemigos no vean; á más de esto pondrás cerca de donde hicieres alto, y en la cima de un monte que descubra el río, algunos oficiales inteligentes, que miren todo el día con anteojos de larga vista, y te avisen cuando los enemigos empiezan á pasar, y en qué forma; de cuyo modo sabrás á qué hora es tiempo de volver á buen paso tu caballería sobre la porción de enemigos que hubiere pasado el río, según la distancia que hay de él á la caballería, la cual, siendo preciso, puede llevar en grupa igual

número de infantería escogida; pero si los enemigos tampoco pasaron el río en todo el día siguiente á tu retirada, las partidas que está dicho se hayan recogido á sus emboscadas, volverán luego que anochezca, y con gran silencio, á apostarse cerca de todos los vados, sin llegarse tanto que sean sentidas; pues aunque se queden á alguna distancia, si es que los enemigos pasan, ellos harán bastante rumor para que los oigan de lejos: también volverán á las caserías de cerca del río, á la misma hora que las partidas, los soldados disfrazados que de día se hubieren ido á los montes, teniéndose bien alerta unos y otros para venir á avisarte sucesivamente si los enemigos pasan, en cuyo caso las partidas y los soldados disfrazados, que vieren entrar á los enemigos en los vados de su cargo, advertirán con la misma diligencia á las partidas de los otros vados, para que estén sobre aviso y sin confusión. Si pudiere ser, convendría que al retirarse á tu ejército las partidas, no las vean los enemigos, porque no recelen próximo tu campo, y para que según los avisos de la hora en que los enemigos empezaron á pasar, y por cuántos vados, puedas hacer el cómputo de la gente que á todo más habrá pasado, cuando tu caballería llegue sobre ellos, debías desde la primera vez que estuviste á la orilla del río, y antes que los enemigos se acercasen á él, haberte informado de cuántos vados tenía por aquella parte, y hecho pasar por todos ellos durante una hora toda la infantería y caballería que á la ligera y á gran diligencia, pudieses; con lo cual te será fácil saber, si en media hora por cada vado pasó tanta gente, cuánta habrá pasado por tantos vados en tantas horas que tardó en venirte el aviso de que empezaban á pasar, y en tantas que gastarás en llegar á ellos con tu caballería: observando también si entonces el río está más ó menos crecido, que cuando lo hiciste probar; cuya diligencia de haberle examinado creerán los enemigos ha sido sólo para fortificarte sobre los vados, y el saber por el mismo pasaje de tus tropas que aquellos son practicables, les sobornará la resolución de pasar por los mismos á seguir tu retirada. Tómala hacia país de montes, barrancos y bosques; los montes para poner sobre ellos centinelas que descubran, y los bosques y barrancos para emboscar infantería que sostenga á tu caballería, si acaso volviere cargada; como también para que los enemigos no descubran tan presto la caballería tuya que los va á buscar sobre el río. Si cerca de éste hacia tu parte hubiere llanura, te será ventajosa, respecto de que la función ha de ser de tu caballería. Los oficiales y soldados que has dejado próximos al río, sean escojidos entre los de mayor satisfacción, porque no deserten con la noticia de su encargo, ó la propalen, atemorizados si los toman prisioneros: el bagaje siga luego su marcha á donde esté seguro, lejos de tí, porque no te embarace. Si te pareciere que la primera marcha de tu retirada no bastará para que se resuelvan los enemigos á pasar el río en tu seguimiento, haz dos ó tres marchas; pero todas tan cortas que en el poco tiempo necesario pueda el destacamento conveniente para esta función deshacerlas. Bien conozco haber dicho sobrado en un capítulo que servirá poco, siempre que trates con un enemigo bien avisado; pues nunca pasaría en tu alcance sin adelantar partidas más camino del que en pocas horas podrían desandar tus tropas; pero como hay generales advertidos, los hay también ó intrépidos ó poco despiertos. Si para descampar, en el caso arriba propuesto, no creyeres bastante el

pretexto de temer la cercanía de los enemigos, puedes, desde algunos días antes de la retirada, echar voz de hallarte con órdenes de tu príncipe ó para marchar á hostilizarles algún país que esté del río hacia tí, ó para llevar el ejército á otro paraje, ó frontera en donde sea creíble necesitarse aquellas tropas.

VII.—Expedientes para incitar á los enemigos á atacarte, persuadiéndolos á que te hallas con menos tropas de las que tienes efectivamente.—Cuando por la verdadera ó finjida sublevación de un país apartado, por la incursión de los enemigos en diferente provincia de tu soberano, ó por otro semejante motivo, fuere creible que te halles precisado á destacar tropas de tu ejército, después de esperar el tiempo necesario para que llegue á los enemigos la noticia de esta novedad, harás á su vista un grueso destacamento, con armas y bagaje, previniendo á su comandante que por la noche, y con todo silencio, vuelva á entrar en tu ejército, ó bien que pretextando falta de carruaje, de víveres, ó de otro avío, se mantenga en lugar de que pueda volver con tiempo al combate, si los enemigos le trabaren, fiados en que te faltan aquellas tropas.

Para que los enemigos no conozcan el retorno de tu destacamento, ó el aumento de algunas tropas que te lleguen, cuando tratas de traer muy luego los enemigos á un combate, dichas tropas no se avecinen á tu campo hasta la noche; pondrán las menos tiendas que puedan y en el terreno más oculto á los enemigos; avanzarás muchas pequeñas guardias de hombres de satisfacción, porque algún desertor no pase á los contrarios el aviso; y áun á tus mismas tropas dejarás creer que están disminuídos en extremo los regimientos recién llegados; cuyos coroneles no publicarán lo contrario hasta el día de la batalla, que dirán hallarse numerosos sus cuer-

pos, á fin de mayormente animar á tus soldados.

Si habiendo recibido el oculto expresado refuerzo no pudieres atacar á los enemigos que se hallen en terreno muy ventajoso, y si descampando de su presencia, por falta de víveres ó forraje, ó por otro motivo, te conviniere aún proseguir el disimulo del aumento adquirido, toma la marcha de noche, y cuando sea preciso ejecutarla de día, llévala bien cerrada para que el ejército abulte menos; y en los desfiladeros, donde los espías enemigos podrán contar á punto fijo tu número, pon oficiales de tu satisfac-

ción que no dejen pasar á persona alguna.

Para atraer una partida de los enemigos con ventaja tuya al combate, hazles ver una mañana menos caballería de la que ellos tienen: la tuya marchará por terreno llano y raso, en que los enemigos no puedan temer emboscada, y por paraje á donde sea creíble fué dicha caballería tuya á tomar ganados ó forraje. Para hacerlo más verosímil, tu destacamento se llevará á prevención un pequeño rebaño, ó empezarán algunos soldados á forrajear: en grupa de cada caballo irá un infante vestido del mismo color que el ligero, y tendrá su fusil sobre la carabina de éste, porque no luciendo en diferentes partes las dos armas, no se conozca que hay dos hombres en cada caballo; pero una ó más pequeñas partidas, que se avancen á escaramuzar, no llevarán grupa; y si has de pasar de alguna torre ó paraje en que haya centinelas de los contrarios, tampoco la llevará la fila que cubra la retaguardia, cuando es á distancia de que los enemigos dis-

Digitized by Google

tingan si hay infantería ó no. Los contrarios viendo un número de caballería inferior á la suya, es natural la envíen á cargarte, y que ayudado de tu infantería los derrotes: para no perderla doble, luego que veas la caballería enemiga, alarga sobre sus costados oficiales bien montados, que observen, con auteojos de larga vista, si también los enemigos traen infantes en grupa; en cuyo caso, como los supongo ya superiores en caballería, te retirarás antes de ser precisado á combatir. Este golpe se puede mejor hacer con una plaza de los enemigos donde haya un grueso destacamento de caballería, según regularmente sucede en las principales plazas de la frontera; pues con un ejército es casi imposible, y muy peligroso lograrle, menos que el resto del tuyo quedase á distancia de sostener á tu destacamento.

Mandando Sesto Pompeyo en Córdoba, destacó César hacía á aquella plaza porción de su caballería con infantes en grupa: los de Córdoba, creyendo que sólo pelearían contra un cuerpo de caballería no grande, salieron con otro más grueso á atacarla; pero los de César, cuando tuvieron cerca á los enemigos, pusieron á tierra su infantería y los sorprendieron y desbarataron.

Puede también la infantería marchar á pié entre filas de caballería, que la cubran por vanguardia, costados y retaguardia, como enseña Jenofonte en su Disciplina de la caballería.

VIII.—Para precisar al combate á enemigos campados en paraje fuerte, estrechándoles de terreno, viveres y agua.—Cuanto más estreches á los enemigos con una línea de tu ejército, tanto menos comodidad tendrán de recibir sus convoyes ó de tomar su retirada, cuando se les acaben los víveres ó se les ofrezca otro motivo de descampar; no siendo lo mismo cerrarles los pasos de una legua de circunferencia que de tres, y así (permitiéndolo la postura del terreno) arrimarás, todo lo posible, tu línea al campo contrario, reforzada con buenos reductos.

César, en sus Comentarios, escribe que teniendo él bloqueado à Pompeyo, junto à Dirachio, no podia Pompeyo tomar otro arbitrio que el de abrazar más terreno, como efectivamente le abrazó, construyendo 24 fuertes que cerraban cuatro leguas de país, para que al ejército bloqueador no fuese fácil en tanto ámbito, embarazar todos los pasos de la retirada ó de los convoyes de Pompeyo.

Menos que los contrarios tengan un ejército muy corto y reducidísimo campo, ó que el terreno, inaccesible al enemigo por muchos lados, te preste comodidad de cerrar los restantes, no lograrás la operación propuesta en el antecedente párrafo; porque habrías de cojer muchísimo país para circunvalarlos, y quedando así debil de fondo, por donde quiera que los enemigos hiciesen una imprevista irrupción forzarían tu línea, como por tal motivo forzó Pompeyo la de César sobre Dirachio.

Si en el campo de los enemigos hay solamente el agua que conducen á su pié forasteras corrientes, estravíalas desde luego, pues en parajes muy elevados suele no bastar el arbitrio de abrir pozos, el cual también se experimentará inútil en terreno salobre, donde las aguas serían amargas y enfermas; y en lugar de roca, porque no es fácil profundar lo bastante para encontrar agua á todo un ejército.

En el referido bloqueo de César contra el ejército de Pompeyo, no teniendo este más agua de la que los arroyos le llevaban de lejos, los apartó César todos; y aunque Pompeyo recurrió al expediente de hacer cantidad de pozos en los lugares más bajos, siendo excesivo el calor fué corto el remedio,

porque los pozos se agotaban luego, y el ejército padecía de la sed poco menos que podía sufrir del cuchillo; pues la falta de agua le causó una epidemia de que murieron muchisimos soldados.

Si la situación del terreno es tal que no puedes cerrar una avenida por donde reciban los enemigos porción de víveres, destaca tropas que arruínen el país abierto de donde ellos salen, y atemoriza con fuertes castigos á los vivanderos ó paisanos de pueblos de tu obediencia, que lleven géneros comestibles al campo de los enemigos, y áun con los vivanderos de estos alargarás el escarmiento hasta donde te sea posible, sin tocar en la tiranía.

El príncipe de Orange, en el consejo que tuvo Carlos VIII en Verceli, decía que á un enemigo, campado en terreno fuerte, se le hacía desalojar con impedirle las vituallas.

Atacada Barcelona por el señor don Juan de Austria, y viendo S. A. que no había otra forma de impedir á aquella plaza los socorros que le introducían frecuentemente barcas ligeras, hizo morir á todos los patrones que tomó de dichas barcas, y puso al remo los marineros de ellas, de cuyo castigo temerosos los demás, rehusaron aventurarse á semejante pasaje, y por este, que se conoció indispensable, aunque riguroso arbitrio, llegó á padecer tal necesidad de víveres la plaza, que se rindió, muy contra lo que al principio se habían prometido catalanes y franceses.

IX.—Precauciones contra enemigos bloqueados, que viéndose próximos á perecer por falta de viveres, de agua, ó forrajes, etc., puedan resolver atacar al ejército bloqueador.—Teniendo á los enemigos en la supuesta carestía de víveres, agua, forrajes, etc., que la cabeza de este capítulo dicta, y de las diligencias propuestas en el capítulo anterior se siguen, debes temer que recurriendo por último preciso arbitrio á una resolución desesperada, prueben (aunque inferiores en fuerza) sorprender á tu campo, para franquearse el paso, cuando no sea para derrotarte; y así, á medida que la necesidad de los contrarios crezca, aumentarás las defensas de tu retrincheramiento y la vigilancia de tus tropas; y no te dejes tentar por los enemigos á salir de tu línea para cargarlos ó para seguirlos cuando se retiren de un artificioso ataque de tu retrincheramiento; pues ya reducidos á perecer por falta de subsistencia, no podrían lograr mayor gusto que el de verse combatidos en puesto para ellos ventajoso por la proximidad de la retirada.

Si los enemigos, desesperanzados de subsistir vinieren á un verdadero ataque de tu retrincheramiento, y las defensas de este no son bonísimas, convendrá ceder al primer ímpetu de los bloqueados, esto es, darles blanco por donde salgan, y luego cargarlos en la retirada, en la cual, teniendo abierta la huída va no combatirán con la furia que en su encierro.

abierta la huída ya no combatirán con la furia que en su encierro.

Porque no se turben tus tropas al ver que los enemigos fuerzan el re-

trincheramiento, adviérteles de antemano que de propósito abrirás á los enemigos camino, y forma algunas de manera que haciendo un cuarto de conversión los contrarios, no puedan seguir la victoria por el flanco de las restantes.

Si tu retrincheramiento y ejército son fuertes, y los enemigos viniendo á atacarle, se apartaren mucho de su terreno ventajoso, puedes también, al mismo tiempo que resistes sobre tu línea, destacar tropas para cortar á los enemigos la retirada ó para cargarlos en flanco.

El tribuno Plácido, que con tropas del ejército de Vespasiano marchó contra los judíos fortificados

en la montaña de Itubarin, no los atacó en ella, aunque los judíos procuraron empeñarle; antes bien, fingiendo temerlos, se metió en huída, y cuando por seguirle se apartaron de la montaña, Plácido revolvió sobre ellos, envió alguna caballería á cortarles la retirada, y los puso en total derrota.

Deberás atacar á los enemigos en su terreno fuerte, cuando teniendo ellos más forma de subsistir que tu ejército, se hallen por enfermedades ó deserciones tan cortos de número, que áun á favor de su puesto ventajoso, no los discurras capaces de resistir.

X.—Para que los enemigos no eviten un combate fingiendo haber recibido un aumento de tropas, ó por medio de una furtiva retirada.—A veces basta á los enemigos el arbitrio que por dos ó tres días los exima de pelear, si en aquel tiempo debe incorporárseles un socorro, ó hacer tu ejército un destacamento para urgencias de otra frontera, y en tal caso finjen haberles llegado un refuerzo de tropas, poniendo más frente de tiendas que antes, mostrando más banderas, encendiendo por la noche mas fuegos, y marchando de día más anchos ó claros. Pero no te engañarán estas apariencias, si para averiguar la verdad, pones en obra buenos espías, que no sepan unos de otros, y despachas partidas á tomar lengua.

Cuando por la noche vieres en el campo de los enemigos más ó menos fuegos que al ordinario, ó sientes que sus partidas van cerca de tus guardias avanzadas haciendo sobrado mucho ó poco ruído, es indicio de que el ejército se retira á la sordina, porque no obstante de ser muy sabida esta treta, la practican algunos generales, y las partidas que dejan para conservar los fogones encendidos, y para hacer el rumor que hacían las guardias y centinelas del ejército, no miden tan justa su maniobra que no quiten ó añadan; y así, en caso que tu intento sea cargar á los enemigos en la retirada ó seguirlos de cerca, luego que repares dichos señales enviarás por todos costados partidas y espías, que observen si es cierto que se retiran las tropas contrarias, y por qué camino.

Estando el ejército de Corbeo, general de los de Beauvoisis, campado frente al de César, una noche que intentaron ponerse en oculta retirada los de Corbeo, dejaron ardiendo todos los haces de faginas y paja sobre que acostumbraban sentarse; pero tal estratajema que ellos creyeron disimulase la retirada, hizo que César la recelase más presto, y desde luego se puso en el alcance.

Cuando en su retirada te llevaren los enemigos alguna ventaja (suponiendo, por no caer en emboscada, que sea de día y en terreno que se pueda bien reconocer) destaca sobre ellos tu caballería si es superior á la de los contrarios, para detenerlos en el paso de pequeños desfiladeros, que en casi todos los terrenos se encuentran, y con el resto del ejército bien formado sigue la marcha, de cuyo modo los enemigos ó dejarán perder mucha gente de su retaguardia, ó malogrando mucho tiempo en volver cada instante á rechazar tu caballería, darán lugar á que llegue tu infantería.

Con este arbitrio logró el Gran Capitán, año de 1503, detener y derrotar al ejército de Francia, que á la orden del marqués de Saluzo había descampado para salvarse en Gaeta; y esta fué la célebre batalla dicha del Garellano.

Aunque tu caballería no debe empeñarse lejos del grueso del ejército, por el riesgo de que los enemigos vuelvan en gran número sobre ella, si

es que por donde han tomado la retirada se encuentra un paso fácil á defender con poca infantería, la caballería llevará en grupa igual número de infantes para ponerlos en tierra en dicho paso; con lo cual, teniendo aquella retirada más próxima que á tu ejército, podrá tu caballería adelantarse más. Si fuere posible, no descubran los enemigos que tu caballería llevó tal infantería en grupa, para que si los enemigos viendo á tu caballería bastante apartada de tu ejército, y creyéndola sin otro abrigo, vuelven á cargarla, se hallen impensadamente embarazados con la infantería que ha quedado en el referido puesto ó desfiladero, donde ayudada del terreno y de la caballería, sostendrá el combate mientras llega el resto de tu ejército. Si no es más que alguna poca infantería de los enemigos, la que contramarcha con su caballería á cargar la tuya, es natural que sea batida la de ellos, ó bien que el grueso de los enemigos, habiendo hecho alto hasta ver el suceso de su destacamento, pierda tiempo en la retirada, y dé lugar á que llegue el todo de tus tropas.

También puede la infantería que hiciste llevar en grupa, servir mucho para desalojar un destacamento de infantes, ó dragones, que los enemigos hayan dejado en el supuesto desfiladero con el fin de que tu caballería no se adelante á incomodar la retirada del grueso del ejército contrario.

Si los enemigos, no pudiendo ya librarse de ser alcanzados, hicieren alto en algún puesto fuerte ó montaña en que no los puedas atacar, es de creer que descampen luego de allí con las medidas convenientes para que, á lo menos, su artillería, infantería y bagaje hayan sacado una ó dos horas de ventaja cuando tú sepas que tomaron la retirada; pues á un paraje, que elijen por necesidad en aquel lance, le faltará naturalmente agua, leña, forraje, ó estará fuera de mano para que los enemigos reciban allí sus convoyes; y así, á fin de siempre hallarte pronto á seguir al ejército contrario, no alargues á forzaje tu caballería, sinó lo menos que puedas, ni permitas que algún oficial ó soldado se aparte de su cuerpo. Mientras la caballería enemiga tenga filas puestas, la tuya esté del propio modo, y de noche, ó cuando por la mucha distancia no pudieres verlo, manténgase también tu caballería ensillada y tus tropas al piéde las armas. Si por la espalda ó costado tuvieres alguna plaza ó puesto seguro, envía todo el bagaje que puedas excusar de tu ejército, para hallarte sin embarazo á cualquiera hora que sea menester ponerte en alcance de los enemigos, pegado á los cuales camparás, echando por todos lados partidas y espías que observen si se retiran, y poniendo de día centinelas en la cumbre de las montañas que descubran los barrancos por donde los enemigos puedan hacer ocultamente desfilar su infantería, carruaje y gruesa artillería, mientras con la caballería, tiendas, pocos infantes y cañones ligeros, que tiren sobre tu campo, hacen semblante de mantenerse en el suyo.

También cuando los enemigos van á ser alcanzados en la llanura, suelen formar un grande frente, con poco fondo, de su caballería y alguna infantería ligera y pequeños cañones que dejan á dobles tiros de mulas, y por la retaguardia hacen desfilar el resto de su infantería, bagaje y artillería, encendiendo á la espalda de las tropas formadas muchos fuegos, y teniendo en continuo movimiento de un costado á otro partidas, para que el humo y el polvo te embaracen de observar á los que se retiran, y creyendo que todo el ejército enemigo ha formado, si el tuyo no marcha unido, te deten-

gas á que llegue y doble tu retaguardia. En este caso, alarga mucho sobre los costados de los enemigos partidas que reconozcan lo que á la espalda de estos se ejecuta, y cuando su retaguardia se halle tan lejos como la tuya, puedes con tu vanguardia atacar la de los contrarios.

LIBRO XI.

DISPOSICIONES PARA UNA BATALLA YA RESUELTA POR AMBAS PARTES.

I.—En cuanto á reconocer y enmendar el terreno en que hayas de combatir y el de sus cercanías. Ventaja de averiguar el orden de batalla de los enemigos, y de finjir que le ignoras: advertencia para cuando quieras observarle por ti propio, después de formados los ejércitos.—Tú, los demás generales, y áun los brigadieres del ejército, reconoceréis, cuanto los enemigos den lugar, el terreno en que se ha de combatir, para no hallaros durante la batalla con impensado estorbo, que haciendo inútil vuestro anterior proyecto, obligue á nuevo considerable movimiento, que á vista del ejército contrario será siempre muy peligroso.

Una zanja que no reconoció Mr. de Nemours hasta después de trabado el combate de Cirinola, el año de 1503, fué motivo de que su ejército francés quedase en aquella batalla derrotado por los españoles que mandaba el Gran Capitán.

Conviene también registrar si á cierta distancia de donde piensas caerá tu retaguardia ó flancos, hay alguna tropa de los enemigos emboscada para salir á cargar cuando esté comenzada la general acción.

Ultimamente digo que es importante haber examinado bien desde días antes de la batalla, todos los caminos y sendas que haya por tu frente,

retaguardia y costados.

Dos maneras hay de enmendar los defectos del terreno; la una es allanar setos ó murallas de jardines, talar porción de bosque ó broza, echar puentes sobre las zanjas, y en fin, quitar cuantos estorbos se ofrezcan para la comunicación recíproca de tus líneas y de las tropas de cada una. Otra manera de convertir en ventaja los que el terreno parece mostrar defectos, es formar en la montaña, en el bosque, en el llano ó en el raso la porción de tropas que por su calidad de armas, número, costumbre de pelear, y por otras circunstancias, conviene á cada uno de los expresados terrenos.

Los confidentes que tengas en el ejército enemigo, estarán prevenidos de no perder tiempo en avisarte el premeditado orden de batalla del ejército contrario, para que sobre aquella noticia puedas hacer el tuyo, procurando siempre disponer tu ejército de manera que los enemigos se hallen

precisados á mudar la formación que dé más fuerza al suyo.

No des á entender que sabes la proyectada formación de los enemigos, porque mudándola entonces ellos, te harían mal lograr los arbitrios que

hubieses tomado en fe de la primera noticia.

El reconocer por tí mismo el orden de los enemigos, mientras marchan ó están en batalla, traería la ventaja de observar lo que ellos pudieron haber mudado después del aviso de tu confidente, ó bien lo que este no fué capaz de averiguar, ó no supo comprender cuando te suministró la noticia, pues los enemigos acaso esperarán para lo último á declarar su resuelta formación; pero no debes intentarlo si hay riesgo de quedar prisionero, ó de que para desembarazarte de algún aprieto en que te pongan las partidas enemigas, sea factible la precisión de que acudan más tropas tuyas, y se vaya de este modo empeñando insensiblemente el ejército en sostener un combate general en terreno que no te convenga, ó cuando se hallen todas las tropas tuyas en pronta dispósición de pelear.

En la historia de Flandes, escrita por el cardenal Bentivollo, verás siempre à Enrique IV de Francia reconocer por sí mismo el orden de los enemigos cuando esperaba combatirlos; pero el propio escritor culpa á aquel príncipe de haberse dos veces empeñado en este examen con sobrado riesgo de su persona, y Solís, observando igual defecto en Hernán Cortés, dice: «No es digno de imitación tal ardimiento en los que gobiernan ejércitos, cuya salud se debe tratar como pública, y cuyo valor nació para inspirado en otros corazones.»

El medio término es acercarse con razonable escolta hasta donde no haya peligro de emboscadas, ni de empeñar un combate con partidas enemigas; y allí desde alguna colina, torre ó campanario observar á tu gusto el ejército enemigo con anteojos de larga vista; que si son buenos y los enemigos no marchan por terreno en que levanten polvo, te facilitarán distinguir á más de dos leguas de distancia la formación de las líneas, las tropas sueltas de entre ellas, la infantería, caballería, tiros de mulas ó bueyes de los cañones, y áun los colores del vestido de los regimientos, por cuyas individualidades podrás tomar tus medidas para la mayor ó menor extensión de tus líneas, más ó menos resguardo de tus costados, ó reserva entre ellas ó detrás de las mismas, como también para el lugar de cada cuerpo tuyo de infantería ó caballería.

II.—Conferencia con tus generales sobre el premeditado orden de batalla, y tocante al paraje de la retirada para en caso de ser batido. Precauciones con oficiales destinados á llevar órdenes durante el combate; dicense las calidades que deberían tener, y que siempre importa que sean pocas dichas órdenes.—Llegado el día de la batalla, ó su víspera, y premeditados los medios que piensas poner en obra, los comunicarás á tus generales; y después de quitar ó añadir á tu proyecto lo que (oídos los dictámenes) pareciere conveniente, darás á cada general, por escrito, las órdenes de lo que él y los demás han de ejecutar, para que así todos obren de concierto, y no se confundan los unos al ver en los otros algún movimiento, que acaso extrañarían si no supiesen el fin.

Discurro ociosa la advertencia de encargar á los generales el secreto de tus órdenes, pues nadie ignora la ventaja que los enemigos podrían

sacar de averiguarlas.

No te contentarás de poner en estilo muy claro dichas órdenes, sinó que antes de disolver la junta de tus jefes, procurarás asegurarte de que todos las entendieron, haciendo á cada uno la necesaria explicación sobre

la dificultad condicional ó positiva que se le ofrezca.

Después de encargar mucho el silencio y prevenir que pena de la vida nadie pase palabra para que se ejecute ó suspenda movimiento alguno, advertirás á tus generales, que aunque en contravención de esta orden oigan correr la palabra, la atajen y no le pongan atención; pues no ciñendose á las órdenes que los ayudantes generales lleven, se confundirían los jefes con escuchar de un lado gritos á la derecha, y de otro á la izquierda, avance la caballería, marche la infantería, etc. Todos en lugar de obedecer, se meterían á mandar; y si en el ejercicio la falta del silencio desordena y aturde, qué será en la batalla, donde añade turbaciones el peligro, fuera de lo cual tendrían acaso los enemigos en tus regimientos hombres sobornados para introducir con sus voces la confusión en tus líneas.

En Istria fué batido el ejército romano de Aulio Manlio por la voz de uno que gritó à la marina, à la marina.

Al entrar en las batallas debe llevarse prevenido lo que se ha de hacer en tres casos: esto es, durante la misma batalla para ganarla, en el alcance después de vencerla, ó en la retirada cuando el combate se pierda; entre las advertencias hechas á tus generales, una sea el paraje á que retirarán las tropas de su comando, cuando el ejército se halle enteramente derrotado y no puedan seguir el camino que tú cogieres, para cuya ocasión senalarás la preferencia con que han de solicitar la marcha á un lugar primero que á otro de dos ó tres que elijas, y serán hacia país donde tengas plazas más expuestas al insulto de los vencedores, para engrosar las guarniciones y ocupar los pasos estrechos que sean precisos á los enemigos para internarse en aquella provincia, que perderías inmediatamente, si después de la derrota la abandonases, como sucedió al ejército de las dos Coronas con la Italia, retirándose desde Turín á Francia. No se medite la retirada á plazas poco abundantes en víveres, y que sean bloqueables, peligro que no se halla en las que dominan un puente sobre grande río. La retirada por bosques y desfiladeros, particularmente de noche, y al ejército que conserva más fuerza de infantería que de caballería, es ventajosa, porque los enemigos no se atreverán á seguirla de recelo de las emboscadas, y cuanto más presto las batidas tropas hagan alto después del desfiladero que pasen, ó del puente que corten, será menor su pérdida de alcanzados y desertores; es verdad que si los enemigos siguen muy de cerca, hay el peligro de que destrocen tu retaguardia primero que entre en el desfiladero; pero el mismo riesgo correrían todas tus tropas marchando por terreno llano, si no te quedaron las bastantes para formar un cuadro capaz de resistir á la caballería ó vanguardia enemiga.

Advierto con el dialoguista del Gran Capitán, que los ayudantes de quienes te valgas para dar las órdenes en un combate, sean de entendimiento despejado para no confundirlas al tiempo de su distribución.

Añado que los elijas de conocido valor, porque el miedo no los lleve con tardanza al puesto á que los dirijes, bien que no deberán buscar el voluntario peligro, pues si en el camino son muertos, harán tal vez mucha falta las órdenes de que iban encargados; y si ellas fueren de gran consecuencia repítelas con otros ayudantes, por si alguna bala perdida alcanzó á

los primeros, áun marchando por la espalda de la línea.

Cada ayudante se informará bien del estado de la tropa á quien lleva la orden, y volverá corriendo con la noticia, de cuyo modo sabes á menudo lo que pasa en todo el ejército; por eso propongo tantos ayudantes; lo regular es que un general tiene muchos pero inexpertos, excepto dos ó tres, que suelen ser patentados, porque los demás los toma entre los caballeros mozos que empiezan á servir y gustan de fatigar, de hacer la corte al jefe y de aprender la profesión estando cerca de su persona; pero yo no los emplearía en llevar órdenes un día de batalla, porque ó su ambición de gloria los incita á detenerse á pelear á la testa de una tropa, ó no distinguen la oscuridad que ocasiona el mudar una sola palabra de la orden que reciben, ni comprenden el estado en que dejan la tropa de que vuelven.

Por hábiles que sean tus ayudantes, harás la cuenta de no alterar durante el combate, sinó en lo indispensable, las disposiciones tomadas primero de entrar en él; así por el peligro que probaré hay en los grandes movimientos que se hacen á vista de los enemigos, como porque la menor variación en las palabras de un ayudante á las del otro, causa embarazosas

dudas á quien recibe las órdenes.

III.—Sobre si un general debe quitar à sus tropas la retirada, para que sean más constantes en el combate; propónese un medio término para cuando efectivamente no se quite.—Algunos aconsejan sin excepción, la regla de quitar al ejército amigo la retirada, para que obre con mayor esfuerzo en el combate; pero como diversos que no la tenían fueron puestos en derrota, y no puede haber el ejemplar de que los enteramente perdidos se rehagan como los que sólo se hallaron derrotados, parece desventajoso el expediente de aventurarse á imposibilitar el recobro, por la esperanza de un tesón que es falible, ó que puede ser insuficiente, porque los enemigos empleen otro igual con fortuna más propicia.

El ejército español derrotado en la batalla de Zaragoza año de 1710, se retiró bajo la conducta del señor marqués de Bay, y reclutado y ejercitado el mismo año por las óptimas providencias del rey nuestro señor Felipe V y por la imponderable actividad del señor conde de Aguilar, ganó sobre los recientes vencedores la batalla de Villaviciosa, recobró el reino de Aragón y ejecutó los demás considerables progresos, que serían imposibles á la España, si dicho ejército por falta de retirada hubiese quedado en Zaragoza totalmente extinguido.

Debes quitar al ejército la retirada que no sea capaz de poner en salvo sinó una cortísima porción de tropas, como sería un puente, porque el bien de librarse algunas después de batidas, no equivale al mal de que todas tengan en la batalla un ojo al enemigo y el otro á la retirada.

Felipe Augusto de Francia, al entrar en la batalla de Bovines contra el emperador Otón, hizo cortar el puente por donde podían sus tropas figurarse una retirada si fuesen batidas; mas Felipe Augusto sabía demasiado bien la guerra para ignorar que su ejército, desfilando por un puente á vista de los vencedores enemigos, padecería evidentemente segundo estrago mayor que el primero; y cuando el conde Mauricio de Nasau, en víspera de la batalla de las Dunas, mandó que se alargasen á alto mar los bageles amigos que estaban junto á su ejército, bien habrá conocido que si este fuese derrotado, á pocos franquearían comodidad para el embarco las tropas de su competidor el archiduque Alberto.



Puedes también desesperanzar de retirada á los tuyos cuando vas á interesar mucho más en la victoria, que á perder en la total derrota.

Hernán Cortés quemó en Indias sus vageles para que las tropas, no esperando retirada, perseverasen y combatiesen con tesón en aquella guerra; pero trataba de hacer la conquista de un país igualmente dilatado que rico, y por más que la fortuna le fuese contraria, se aventuraba á perder tan corto número de gente, que ninguna de las provincias de España podía conocer su falta.

Aun es más preciso quitar al ejército la retirada si prevés que en caso de ser batido, no tendrá tu príncipe forma de mantenerle, ó cuando estés cierto de que el país se amotinará con la noticia de tu batalla perdida, ó bien, si no siendo ya dueño de algunas provincias ó plazas, no te queda esperanza de reemplazar tu ejército, ni de recoger sus reliquias.

Aníbal, que para rehacer su ejército había de esperar en Italia tropas de España ó de Cartago, y que hasta uno de aquellos dos reinos tan apartados no tenía acogida segura, entraba gustoso en los combates contra el ejército de Roma, por la evidencia de que ninguno de sus cartagineses podría lisongearse con la esperanza de la retirada.

Pudiera la falta de retirada convertirse en despecho contra el que la quita, ofendiéndose las tropas de que las reduce á pelear por necesidad, sin extenderse á la esperanza de que venzan por honor; así conviene achacar á la casualidad el defecto de refugio, dando á entender que los puentes fueron desbaratados por la corriente ó por los enemigos, que estos ocuparon tal paso estrecho, que los gobernadores de las plazas vecinas protestan no abrir las puertas á los fugitivos, porque no se hallan con provisiones de boca suficientes, ó que las provincias que tienes á la espalda tomarán las armas contra tu ejército si fuese batido, etc.

Temiendo Cortés por los frecuentes disgustos de sus soldados, que un día le obligasen á retirarse á la isla de Cuba cansados ó recelosos de proseguir la guerra de Indias, determinó echar á fondo su armada; pero lejos de manifestar el motivo de tal dictamen, dispuso ocultamente que los marineros publicasen hallarse inservibles las naves por la mala calidad del puerto de la Veracruz, en que se habían detenido, y afectando Cortés creer esta noticia, mandó luego poner á tierra las jarcias, velas y más aparejos y que se dejasen ir al través los buques, con que halló arbitrio para que la elección, que sería odiosa, pasase por necesidad; en cuyas providencias tuvo aprobación su conducta.

Para que el ejército pelee con tesón, lo mismo es persuadirle á que no hay retirada, que privarle efectivamente de ella. Si puede lograrse lo primero será mejor que lo segundo, y convendrá practicarlo; pues por mala que la retirada sea, tal cual pelotón de tropas, regimiento, brigada ó cuerpo de ejército la aprovechará.

Lorenzo Beyerlink al referir las disposiciones de Carlos Martel para el combate contra Abderramán, no escribe que el primero quitó esectivamente á sus tropas la retirada á Turom, sinó que les dijo estar quitada.

IV.—Dicese cuándo el principe debe ó no hallarse en la batalla; y se dan algunos avisos para en caso que del suceso de esta penda enteramente la Corona.—El entrar en las batallas el principe ocasiona el inconveniente de que, para la guardia de su persona, se ocupan tropas que tal vez harán mucha falta en alguna parte de las líneas, como en la última

Digitized by Google

guerra de la liga contra las dos Coronas se experimentó en la batalla de Luzzara.

Si el príncipe queda prisionero, convendrá su país en una paz muy ventajosa al vencedor á trueque del rescate. Viose por la prisión del rey Francisco en la batalla de Pavía; y si la guerra prosigue manteniéndose el soberano prisionero, se da en otros mayores daños que resultan de las regencias ó interines gobiernos.

Pero si piensa tu príncipe que perdida la batalla no tendrá forma de mantener país ni ejército, es preciso que en el combate se deje ver á sus tropas, y que en grande urgencia de las mismas las anime con las palabras

y con el ejemplo.

V.—Razones para formar con tiempo. Medios para que los enemigos yerren su formación sobre noticias de la tuya, y para que lleguen al combate rendidos de precedente desvelo y fatiga. Formación desconocida á los contrarios ó que los precise á salir de la antigua y fuerte suya.—Para poner tu ejército en batalla primero que se acerque el de los enemigos, hay la razón de que no hallándote apresurado puedes ejecutarlo todo con sosiego, y enmendar el yerro que en alguna tropa nazca de la mala inteligencia de tus anteriores órdenes, y te queda tiempo de exhortar á tus soldados.

Pero áun es más fuerte el motivo de que, formando con tiempo, evitas el considerable riesgo que siempre hay en hacer á vista de los enemigos cualquiera grande movimiento. Muchos se acordarán del peligro que en Luzzara corrió de ser batido el ejército de las dos Coronas, por haberse descuidado en formar hasta que el de los imperiales estaba demasiado cerca.

Una de las principales causas de la derrota de Felipe de Valois en la batalla de Creci, fué haber querido aquel soberano pasar à la primera línea, ya en presencia de los enemigos, un grueso cuerpo de genoveses que en el anterior proyecto de batalla tenía otro lugar.

El inconveniente que parece haber en la anticipada propuesta formación, es que teniendo los enemigos más tiempo de saberla, harán la suya de la manera que les convenga; pero sacarás ventaja, en lugar de peligro, si dejas para más tarde alguna cosa importante y fácil de mudar, á fin de que el general enemigo se vea precisado á cambiar en la presencia de tu ejército las medidas que tomó sobre la primera noticia de sus espías.

Guillermo III de Nasau aconseja que formes de tal suerte, que se hallen los contrarios precisados á mudar á tu vista su orden de batalla, para cargarlos durante su evolución, y Vegecio dicta que alteres las disposiciones de un combate, cuando sepas que los enemigos están noticiosos de ellas.

VI.—Formación para cuando parte del ejército sea de calidad inferior á las tropas enemigas. Anticipados arbitrios para que las tuyas no abandonen intempestivamente el combate.—Si algunas tropas tuyas fueren de calidad inferior, pon todas las buenas y los generales de mayor confianza en un costado, con el cual marches á cargar al de los enemigos que le corresponde, llevando el otro tuyo á paso muy lento ó haciéndole mantenerse firme, de cuya forma logras que peleen sólo tus mejores regimien-

tos; pues aunque se avancen del otro costado los enemigos, no llegarán al en que se hallan tus malas tropas, hasta que hayan combatido las buenas, que si derrotan á los contrarios y los persiguen de flanco, tal vez no les darán tiempo de acercarse al costado en que dejo dicho formes las tropas más débiles.

La misma conducta observó felizmente Epaminondas en la batalla de Leutra, poniendo sus mejores tropas y su persona en el costado con que atacó, y ordenando al otro que se tuviese atrás para excusarse de combatir.

Vegecio, para en el propuesto caso, tiene por la mejor de todas á dicha formación, y la compara á la figura Λ , de quien supone ser el costado en que se formen las mejores tropas, la parte superior de la una línea de dicha figura que llega á hacer ángulo con la otra línea, la cual Vegecio considera ser de los enemigos.

Para la práctica del anterior párrafo debes observar tres cosas: la primera es ir desde lejos inclinando insensiblemente la marcha sobre el costado en que hayas puesto las mejores tropas, á fin de que, áun perdiendo terreno de frente con la parte de conversión que han de ejecutar, no queden flanqueadas por el ala enemiga que les corresponde, sinó antes bien la

flanqueen.

Muchos escritores aconsejan que antes de la batalla se eche un bando para que, pena de la vida, ningún soldado abandone á su oficial, sea retirándose este, ó cargando. Nuestra ordenanza bastante dice sobre el asunto, y á los espartanos les precisaba la ley á vencer ó morir, quedando privados del derecho de ciudadanos, y del común comercio, y aborrecidos como enemigos de la patria, los que sin precisión dejaban la batalla. De los antiguos daneses dice un escritor: «Eran invencibles en los combates, donde la fuga se contaba igualmente por impiedad y por infamia, castigada con el más fuerte rigor de las leyes.»

Quiere Platón que se asegure la constancia de los soldados en las funciones de guerra, con dejar sin rescate ó canje á los que fueron hechos pri-

sioneros en lance donde pelearon mal.

El senado de Roma no quiso permitir que ocho mil soldados romanos, que después de la batalla de Cannas tomó prisioneros Aníbal, pagasen su rescate y volviesen á sus casas, y esto habiéndose rendido los ocho mil hombres (que habían quedado á la defensa del campo) cuando ya todo el ejército de Roma estaba derrotado; siendo así que la expresada negativa del senado era á tiempo que, por cuatro batallas perdidas no tenía Roma en Italia otros tantos veteranos que oponer á Aníbal.

Contra el dictamen de Platón y la práctica del senado, se ofrece el reparo de que las prisioneras tropas, no esperando canje de tu príncipe, tomarán partido entre los enemigos; pero si ellas enteramente son viles de ánimo, peor tráfico hacen los contrarios en adquirirlas, que tú en perderlas. Con todo eso yo las canjearía, sentenciándolas á algún castigo que durase tanto como tarde su enmienda.

Rayner, general de armada de Carlos VII de Francia, viendo que sus franceses se habían dejado en tierra derrotar por los genoveses, prohibió de recojer en las naves á los fugitivos, diciendo que su cobardía los hacía indignos de vivir; y así las dejó perecer en manos de los vencedores.

Los romanos diezmaban para el principal castigo á los que no cumplían con su obligación en el

combate, y á las otras nueve partes daban cebada en lugar de trigo, y las obligaban á alojar fuera deretrincheramiento hasta que recobrasen la reputación.

VII.—Terreno y precauciones convenientes cuando tu fuerza consista en infantería y la de los enemigos en caballería; avisos para cuando seas inferior en infantería y superior en caballería.—Inferior en caballería y superior en infantería, elije terreno de montañas, bosques, zanjas, vallados, viñas, huertas ó de muchas piedras, donde la caballería enemiga no se pueda manejar sin grande trabajo y engorro.

Una de las faltas que muchos hombres de capacidad notaron en la condusta de nuestros enemigos, fué que estando en la infantería toda su fuerza, porque no era su caballería tanta ni tan buena como la del rey, se aventuraron á la batalla que perdieron en las llanuras de Almansa.

El Gran Capitán, en visperas de la batalla de Cirinola ó Chirinola, puso al ejército español en los viñadales y en paraje que un foso ó zanja cubría su frente, pareciendole tal puesto útil á causa de tener los franceses mandados por Mr. de Nemours más número de tropas, y en especial de caballería; con que dejándose embestir en aquel terreno, sirvieron poco á los franceses las demás ventajas, y quedaron derrotados.

De antes de la batalla de Cannas dice Polibio: «El cónsul Emilio, que no veía sinó llanuras, era deopinión de no combatir, porque Anibal se hallaba más fuerte en caballeria.»

El cónsul romano M... Attilio Régulo, siendo inferior al ejército cartaginés en caballería y elefantes, le atacó en una colina, donde no pudiendo los cartagineses aprovecharse de aquellos dos cuerpos, que hacían su fuerza principal, fueron batidos; sobre cuye suceso, llegando Xantippo Lacedemónico al socorro de Cartago, dijo que las tropas de esta última república habían sido derrotadas por la ignorancia de sus jefes, que no supieron elegir terreno en que jugasen los elefantes y caballos superiores á los de los romanos: y habiendo el mismo Xantippo tomado la dirección del ejército cartaginés, le llevó inmediatamente á las llanuras, donde obtuvo completísima victoria sobre los romanos. Después el cónsul L... Cecilius, que durante dos años procuró siempre evitar con los cartagineses una batalla en el llano, cuando vió al ejército de estos y á sus elefantes empeñados en ciertos desfiladeros cerca de Palermo, le cargó y derrotó, no obstante de no tener Cecilius más que la mitad de las tropas que en los dos citados anteriores años, porque su compañero Cn. Furius se había retirado á Roma con la otra mitad.

Dije que en el caso de que voy tratando, te conviene terreno cortado; pero se entiende cuando el estorbo es entre los dos ejércitos, y no de costado á costado, ó de primera á segunda línea del tuyo, ó cuando tienes tiempo de quitar los embarazos que se ofrezcan á la comunicación recíproca de tus tropas. Así echa puentecillos en las zanjas ó arroyos sobre que necesites franco el paso; manda ensanchar los caminos estrechados con zarzas, árboles ó broza, y abrir porción de los vallados y paredes que atraviesen tus líneas, á fin de poder siempre socorrer la primera con la segunda, y mover de la derecha á la izquierda las tropas de entre líneas ú otras que las contingencias de la batalla exijan; pero las murallas y setos de huertas, viñas ú otras heredades que delante de tu primera línea presentan el frente á los enemigos, no sólo se conservan para apostar allí infantería, sinó que si son bajas, se les hace un foso por la parte que mira á los contrarios, y si altas, una banqueta por el lado correspondiente á tu ejército, de cuyo modo sirven de parapeto á los tuyos y nunca á los enemigos. La banqueta, cuando no haya faginas prontas, y se va á combatir de seguro, se forma en un instante con sacos de tierra, con los de harina de la provisión, y con tierra amontonada apriesa; si los vallados tienen por adentro el foso, se ensancha y se banqueta; si le tienen por afuera, tu infantería se entierra por adentro hasta cubrirse, y no te parezcan obras largas, pues como las tierras cerradas por lo ordinario son de labor, y consiguientemente movidas, y como cada soldado que concluya la obra para sí solo, la fenece para los otros tres que le siguen de fondo, y cada cuatro se pueden alternar en el trabajo por minutos, en menos de media hora puede estar ejecutado todo: si hay algunas casas en tu línea, ó aunque estén medio tiro de fusil avanzadas de ella, se atroneran y guarnecen, y habiendo tiempo se ciñen de un foso y se barrican las puertas. Lo mismo, por lo que toca á troneras y foso, se hace en los corrales ú otros puestos cercados de altas paredes, que sería más tardo rebajar ó banquetar; cuando los enemigos te dan tiempo bastante, debes minar las referidas casas avanzadas de tu línea, para volarlas después que los enemigos las ocupen.

Contando servirte de las expresadas ventajas del terreno, ya te determinas á pelear defensivamente, y en tal caso no te fatigues en allanar los estorbos que tenga el suelo correspondiente á tu caballería, bastando poner sobre las zanjas puentes, por cada uno de los cuales pasen cuatro ó seis caballos de frente, pues los contrarios no se atreverán á desfilar por ellos para venir á caer sobre tu caballería, y esta podrá pasar por los mismos á seguir al ejército enemigo, que se retire rechazado y en desorden.

Si en el alcance del fusil hubiere paredes ó setos que miren de frente á tu caballería, es necesario explanarlos, ó que la caballería forme más atrás, porque los enemigos no la aniquilen con mamposterías de infantes sin venir al abordo.

Cuando exceden los enemigos en calidad ó en número de caballería, sostén la tuya por algunos escogidos cuerpos ó destacamentos de infantes destinados á aquel solo fin.

En la batalla de Farsalia, donde la caballería de César era muy inferior á la de Pompeyo, reforzó la suya César con una cohorte de cada legión de la tercera línea, y predijo que serían aquellas cohortes el mayor motivo de perder la batalla Pompeyo, como se vió después cumplido.

En interpolar en todo el frente de la línea escuadrones y batallones, como hizo algunas veces en España el viviente señor mariscal de Staremberg, por ser nuestra caballería superior á la suya en calidad y en número, hay verdaderamente la ventaja de que la tuya logre el abrigo del fuego de los infantes, y la conveniencia de que por donde quiera que los enemigos abran un blanco en su línea, acude una parte de dicha caballería tuya á introducirse por él, con más prontitud de lo que pudieran ejecutarlo tus infantes; pero tal formación ocasiona el mal de que también tu caballería, al destacarse de su línea, deja blancos en ella; añádese que la infantería y caballería tienen diferente paso, diversa forma de pelear, y no requieren un mismo terreno.

En caso que tu más considerable fuerza sea de caballería, escoje terreno llano, y sin los estorbos dichos en el primer párrafo de este capítulo, y haz esplanar los setos, caminos hondos y más embarazos que puedan impedir á tus escuadrones de jugar libremente en el campo de batalla; hallaraste más dueño de ejecutarlo, cuando por ser de los enemigos el empeño de batallar, te quede el arbitrio de anticiparte á ocupar el puesto que discurras ventajoso para la pelea.

Dario, para combatir contra Alejandro, á quien excedía mucho en caballería, eligió la llanura de Arbela, y á fin de que pudiesen los caballos manejarse más desembarazadamente hizo Darío quitar cuantos estorbos ofrecía el terreno; dirasme que no obstante sus precauciones perdió la batalla; pero no fuépor mal dispuesta sinó por mal reñida.

Tamerlano, rey de los partos, hallándose más fuerte en caballería que el ejército de su enemigo-Bayaceto, buscó el terreno más llano que pudo para combatir al turco, y le derrotó.

Aunque excedas en caballería, puedes en favor de tu infantería beneficiar el terreno correspondiente á la última, de la forma dicha en el segundo párrafo de este capítulo; y para no perder la ventaja de que tu caballería ataque movida, fórmala más atrás de los batallones lo que baste para que, poniéndose ella en marcha al paso conveniente, llegue á prolongar las líneas de infantería cuando vayan acercándose á las mismas los enemigos.

Si campando cerca de los enemigos y en paraje fuerte, consiste en tí el atacarlos más ó menos tarde, y eres superior en caballería, espera á un día en que haya llovido y esté áun lloviendo mucho, porque inutilizándose con el agua casi todas las armas de los infantes, disfrutarás mejor las ventajas de tu caballería, cuyas espadas no faltan lumbre como los fusiles; pues aunque toda la infantería, para cubrir las armas, tiene sus pabellones, estos se penetran siempre que la lluvia es copiosa y porfiada.

Los genízaros de Solimán II, siendo atacados por Delimante, general del ejército del rey Tacmas de Persia, fueron también prontamente batidos á pesar de su coraje, porque la gran lluvia que entonces había, mojándoles los fusiles, los abandonó á las espadas de la caballería persiana, habiéndose ya puesto en fuga la turca.

El cónsul Lucio Cornelio Scipión en lidia contra las tropas de Antioco, cuyas armas eran arcos, las atacó y derrotó después de una lluvia, haciéndose la cuenta que le salió cierta, de que habiendo la mucha agua mojado las cuerdas, no podrían los de Antioco servirse de los arcos, ni por consiguiente dañar con las flechas. La misma ventaja experimentó Aníbal en la batalla de Trebia, siendo él superior en caballería, y estando con la lluvia mojadas las cuerdas de los flecheros romanos.

También atacarás en día de lluvia, si tu infantería es mejor que la de los enemigos para el arma blanca, y peor para el combate del fusil.

VIII.—Para cuando te halles inferior en todo número de tropas.— Para combatir cuando tu ejército se halla inferior en todo número de tropas, te conviene lugar estrecho, donde los enemigos no puedan poner mayor frente para abrazar con las alas de su ejército las del tuyo.

Dudaba Alejandro si bajaría de las angosturas de Cilicia para encontrar á Dario, que marchaba en su busca por terreno abierto, pero acomodándose últimamente al dictamen de Parmenión, (que fué de esperar allí, donde sería inútil al persa la multitud de hombres en que excedía, respecto de no quedarle arbitrio para presentar más frente que Alejandro) experimentó este con la victoria lo saludable del consejo.

A falta del terreno estrecho propuesto en el antecedente párrafo, procura asegurar uno de tus costados con el mar, laguna, río, grande cequia, montaña que guarnezcas, y cuyo abordo sea difícil á los enemigos, con una plaza ó en alguna aldea de que cierres las bocascalles. El otro cos—

tado cúbrele con artillería, con carretas guarnecidas de pedreros y sostenidas de fusileros ó con caballos de frisia, y si esperas de pié firme, puedes también hacer desde el flanco de la primera línea hasta el de la segunda una abatida de árboles, y en defecto de estos un foso con su parapeto.

Retirándose de Dunquerque el mariscal de Termes, año de 1558, y viendo que el conde de Egmont marchaba á atacarle con tropas de España, hizo alto con el ejercito francés en un puesto, donde tenía el mar á un costado y las dunas al otro, y aunque no obstante estas medidas perdieron los franceses la batalla, fué después de haber sufrido sin desventaja el ataque de los españoles, superiores en número y aguantado el fuego de ciertos bageles ingleses que navegando aquellos mares se hallaron por accidente á distancia de ver el combate, y acercándose á tierra cañonearon al ejercito de Francia hasta ponerle en desorden.

El cardenal archiduque Alberto, marchando al socorro de Amiens, con intento de combatir á los franceses de Enrique IV, si este saliese de las líneas, llevaba su costado derecho asegurado en el río Soma, y el izquierdo cubierto con largas filas de carros atados de tres en tres; y el marqués Ambrosio Spínola, yendo á Grol á dar batalla al ejército del conde Mauricio de Nasau, caminaba también con las alas guarnecidas de dobles filas de carros y alguna artillería ligera y mosqueteros sobre ellos.

IX.—Sobre si vale más que te dispongas á cargar ó que esperes de pié firme; tócanse algunos avisos para en ambos casos, y para en el de salir de un campo retrincherado á librar á los enemigos batalla.—Por una regla general vale más cargar que ser cargado; pues en lo primero aumentas el ánimo de tus soldados, disminuyes el de muchos de los enemigos, que viéndote ir á ellos te discurrirán superior en fuerzas, aunque no lo seas.

Otra ventaja de marchar hacia los enemigos, es que tus soldados van dejando atrás ya al moribundo, ya al estropeado, compañero ó amigo, cuyo espectáculo y lamentos ayudarían poco á la constancia de los sanos.

Si el terreno que tienes te ofrece alguna ventaja considerable, que no halles en el que puedes ocupar marchando á los enemigos, ó si estuvieren estos en paraje fuerte, conviene aguardarlos, por no trocar tu favorable situación con otra peligrosa, y por empeñar ó traer á los contrarios á la que les venga poco á propósito. A parte de lo cual deberás esperar que te carguen cuando hayas de combatir contra gente más habituada á pelear de pié firme que movida, si tus tropas son mejores para sostener que para comenzar el ataque; pues ya muchas veces probé que se encuentran algunas bonísimas para cargar, y no constantes para resistir, ó al contrario.

El conde Bisaccioni observa que el rey Carlos I de Inglaterra perdió la batalla de Ambari contra el rebelde ejército del barón Farfaix, por no haber esperado que le atacase este, sinó movidose el rey á cargar, malogrando la ventaja de su buen terreno, y teniendo que pasar á vista de los enemigos un barranco, el cual hubiera sido favorable al rey si dejase á los contrarios empeñarse en él.

Hablando Tito Livio de la batalla de Bétula en España, dice que los cartagineses de Asdrubal, por no perder su terreno ventajoso, esperaron de pié firme; pero que estando acostumbrados á pelear escaramuzando, fácilmente fueron batidos por los romanos de Scipión Africano.

X.—Precauciones con sol y viento en día de batalla, y con la luna.— Siempre que tengas elección y no se ofrezca otro considerable reparo, forma de suerte que el sol y el viento queden á tu espalda, porque el primero, hiriendo á los enemigos de frente, no les permitirá distinguir bien tus movimientos, ó les ofuscará la puntería con la reverberación que hace en los fusiles, ó los fatigará, sobre todo en tierra y estación calorosas; y el viento, llevándoles el polvo y el humo á la cara, acabaría de incomodarlos ó de embarazarles la vista.

Una de las mayores ventajas que tuve Aníbal en la batalla de Cannas, ganada por él sobre los romanos, fué la disposición que dió á su ejército, formándole de manera que el viento y el sol batiesen de frente á sus enemigos, los cuales, embarazados y casi ciegos con el resplandor y con el polvo, no resistieron á los cartagineses. Los mismos dos motivos refiere el cardenal Bentivollo haber tenido gran parte en que el archiduque Alberto perdiese la batalla de las Dunas, y el continuador de Foresti escribe: «Gustavo Adolfo de Suecia supo tomar tan bien sus medidas en la batalla de Lipsia, que ganó el favor del viento, del cual ayudado, y los imperiales incomodados con el humo y con el polvo que les iba á la cara, obtuvo Gustavo completa victoria.» El haber Constantino IV de Escocia perdido la batalla contra el ejército de Malcolmo, lo atribuye el mismo escritor á la propia causa.

En la batalla de Sterlin, que Roberto Brus, con treinta mil escoceses ganó contra cien mil ingleses de Eduardo II de Inglaterra, año de 1313 ó de 1314, previno Roberto la ventaja que le resultaría de tener los ingleses el sol cara á cara.

El emperador León halla otra conveniencia en dejar el viento á la espalda del ejército amigo, y es que chocando de frente á los contrarios, les hace tragar siempre algún polvo que les ocasiona sed, y por consiguiente los fatiga más presto.

Amadeo Niecoluci es aun más exacto sobre manejarse bien con el sol en día de batalla, pues quiere que procures darle rectamente la espalda, porque en su giro no llegue á herirte de frente en el tiempo que tardes en fenecer el combate.

Semejante observación practicaba Mario, que si campaba con el frente á levante, hacía lo posible para no pelear hasta pasado el medio día, y si formaba hacia el occidente, trababa el combate por la mañana.

Si fuere preciso combatir con el sol de frente, propone D. Bernardino de Mendoza que tus soldados pasen un poco de pólvora y saliva sobre los cañones de los fusiles, para que perdiendo el resplandor, no reflecte el sol en ellos, ni por consiguiente incomode tanto la vista al apuntar.

Lo mejor sería tener de antes pavonados los cañones, y durarían el doble, porque no cubriéndose tan fácilmente de ollín, tampoco habría nece-

sidad de fregarlos á menudo, en lo cual se adelgazan demasiado.

Gerónimo Frachetta dice que en combates nocturnos es ventajoso tener la luna á la espalda, porque los enemigos errarán muchos tiros, equivocando las sombras con los cuerpos, y ofrecerán á la puntería de los tuyos blanco más certero. Un ejemplar de Pompeyo en batalla contra Mitridates sirve de apoyo á Frachetta.

XI.—Insinuaciones que los oficiales de cada compañía deben hacer á sus soldados al entrar en una batalla.—Más pueden á veces las persuasiones del conocido que las órdenes del comandante, en especial si las primeras nos muestran propia ventaja, porque las segundas, precisándonos á la obediencia, nos malquistan en cierto modo con el que las distribuye, poniendo términos á la libertad, que nuestro inmoderado capricho quisiera casi infinita. Así dispón que los oficiales aconsejen lo mismo que tú pres-

Digitized by Google

cribes, y representen á los soldados, que si se mantienen constantes en la pelea, su riesgo es mucho menor que volviendo á los enemigos la espalda; pues en lo último quedan indefensos y al arbitrio de la contraria espada.

La misma insinuación hizo Judas Macabeo á sus israelitas al entrar en la batalla que ganó contra las tropas del rey Antioco, mandadas por Lisías.

Si los enemigos tienen dada á sus tropas orden para no conceder cuartel á los rendidos, ó si en otra ocasión se le ganaron, exprésalo á tus tropas; pues irritados de la crueldad de los contrarios, ó más temerosas de perder la vida si no consiguen la victoria, llegarán por el camino del rencor, ó del miedo, al término de la constancia que necesitas ejerzan en el combate.

El marqués de Pescara, general de la infantería de España, hizo correr en su ejército la voz de que los franceses venían resueltos á no dar cuartel en la batalla de Pavía, que después ganaron los españoles.

Sitiada Brixia por Felipe Vizconti, los venecianos animaron aquel pueblo á una constante defensa echando con dardos en la plaza cartas, que parecían ser de algún afecto á los sitiados que estuviese entre los enemigos, y avisaba á los primeros que no se fiasen de capitulación con los segundos, porque el secreto intento de estos era no perdonar á edad ni sexo, y dar las casas al saqueo y á las llamas.

Chirisofo, Cleanor y Jenofonte, capitanes de los griegos que después de la muerte de Ciro el menor hicieron aquella sabida famosísima retirada, animando á sus soldados contra los persas, les decían no quedar á sus vidas otra esperanza que la del vencer; pues los mismos persas que los seguían con Tisafernes, habían cruelmente atormentado y muerto á Clearco y á los demás oficiales griegos, áun tomados en tiempo de paz ó de tregua.

Convendría dejar entender á los soldados que están de inteligencia contigo algunas tropas enemigas, para que ellos entren al combate más confiados en el buen éxito; ventaja que por tal medio experimentó Ificrates, y lo mismo Fulvius Nobilior contra los samnites.

XII.—Sobre tu razonamiento á tropas que han de pelear.—No siendo posible arengar de una vez á todo el ejército, habla á los oficiales mayores y coroneles, que repetirán tus palabras á sus respectivos cuerpos, ó dí á cada uno de estos lo que más te parezca útil; pasando de uno á otro al mismo tiempo que vayas reconociendo si la formación está como la dispusiste.

Acuerda á tus soldados sus victorias, particularmente contra la nación que están en vísperas de combatir, para que lisonjeándose de formar posesión de la fortuna, lleguen al combate con aquella confianza de que suele fabricarse el vencimiento.

Alejandro, antes de la batalla de Arbela trajo á la memoria de sus tropas los felices sucesos que ellas habían logrado en el Granico, en las montañas de Cilicia, en la Siria y en Egipto contra los persas, que aquel día estaban delante de los macedones, á los cuales concluyó Alejandro el razonamiento diciendo que sólo tenían que pelear contra fugitivos.

Publio Scipión, cónsul romano, al entrar en la batalla del Tessino contra Aníbal, acordaba á sus romanos que los cartagineses habían sido vencidos por las tropas de Roma en Sicilia y vuéltose tributarios de los romanos, y que la caballería de los últimos acababa de batir junto al Ródano á la de Cartago.

Aníbal, en vispera de la batalla de Cannas, y habiendo ganado las del Tessino, Trebia y Trasimeno decía á sus cartagineses: «Al fin de tres victorias consecutivas sobre los romanos, qué discursos y qué palabras pueden persuadiros mejor que vuestras mismas acciones?»

Tito Quincio Flaminio, tratando de atacar en una fuerte montaña á los macedones, decia á sus romanos que aquellos enemigos eran los mismos que, no obstante el ventajoso terreno, habían sidopuestos en derrota por las tropas de Roma en las estrechuras de Eardea y en las casi inaccesibles montañas de Epiro; fué antes de la batalla de Cinoscefales.

Si en el mismo día ó terreno en que vas á pelear, fueron otra vez batidos los enemigos ó victoriosas de otros contrarios tus tropas, les harás este recuerdo.

Arminio, combatiendo contra los romanos mandados por Cecinna junto al paraje donde poco antes había el propio Arminio derrotado á Quintilio Varo, gritaba: «Veis aquí á Varo y á sus legiones que van á ser nuevamente vencidas.» Tácito, que dá esta noticia, refiere que ya las tropas de Roma se hallaban atemorizadas por el recuerdo que suscitaba el infeliz terreno.

Si este, aun sin la circunstancia dicha, tuviere para tu ejército algunas de las ventajas que expresó el presente libro, demuéstralo también á las tropas.

Así lo ejecutó Yugurta con las suyas en vísperas de un combate contra Metelo.

Igualmente harás observar á tus soldados cualquier defecto que por los anteriores prisioneros puedan conocer en la calidad de hombres, armas ó caballos de los enemigos.

Alejandro, para que sus tropas despreciasen á las de Darío, antes de la batalla de Arbela, les mostraba que muchos de los enemigos no tenían más armas que el dardo y otros la honda, y Germánico señalaba á sus romanos los alemanes de Arminio, que sólo traían largos palos.

Publio Scipión al entrar en la batalla del Tessino decía á sus legiones que hombres y caballos de los cartagineses se habían estropeado de heridas en los anteriores combates, y de enfermedades y fatigas en el paso de los Alpes.

Si los enemigos están mandados por jefes inexpertos, ó si las tropas contrarias no se hallan aguerridas, insinúalo á las tuyas.

Ambas circunstancins representó Tito á sus romanos antes de la batalla de Tarichea.

Antes de combatir hagas presente á tus soldados todas las auteriores circunstancias, en que el ejército contrario haya demostrado flaqueza de ánimo ó desconfianza de sus fuerzas, militando contra tus tropas ó contra cualquiera otro ejército.

Totila, al entrar en batalla contra las tropas de Roma, acordaba á sus godos el desmayo que los romanos poco antes habían mostrado en Verona.

Scipión Africano, disponiéndose á la batalla de Zama, decía á sus tropas que los cartagineses conocían ya no poder resistir á los romanos, atento á que poco tiempo antes había solicitado la paz Cartago.

El consul Marco Atilio Glabrión, exhortando á su ejército á pelear contra el de Antioco, que se había fortificado en el estrecho de Termópilas, exponía que el miedo de los enemigos era bien claro; pues no atreviéndose á campar en terreno igual á todos, áun no se daban por seguros en aquel dificultoso paraje, sin el duplicado refugio de un retrincheramiento.

El marqués Ambrosio Spinola en visperas de combatir sobre Grol à Mauricio de Nasau, para persuadir à sus tropas que se hallaba inferior el ejército enemigo, les decia que hasta entonces Mauricio interponiendo rios y diques, había excusado una batalla abierta.

En caso que los enemigos por quitar á tu ejército la subsistencia, por enriquecerse con el pillaje, ó por indisciplina de los tropas hayan talado,

saqueado ó incendiado las plantas, lugares y mieses, dí que ya desde entonces conocían tuyo todo lo que no arruinaban, pues si viesen que podían mantenerse dueños de aquella tierra, la preservarían del estrago para sacar más útil de ella.

Alejandro hizo la misma expresión á sus tropas al entrar en la batalla de Arbela, viendo que los persas para imposibilitarle la subsistencia, habían talado el país del contorno.

Hallándote con ejército superior de número, haz comprender á tus soldados la comodidad que tienes de reemplazar con tropas frescas lo que se fatigaren combatiendo en primera línea, lo fácil de abrazar con tus costados los de los enemigos, y sobre todo la vergüenza que les resultaría de ser batidos por menos tropas.

Aníbal antes de pelear contra Scipión en Africa, decía álos suyos, que observando el número de los romanos, le cotejasen con el infinitamente mayor de los mismos derrotados por el propio Aníbal en repetidas batallas de Italia.

Dice Flavio Josefo que fué notablemente refida la batalla que se dieron los israelitas del partido de Absalón y los de la parcialidad de David, porque los primeros, hallándose muy superiores de número, tenían á gran vergüenza el ser vencidos, y se esforzaban los segundos á lograr una victoria que les grangearía mayor aplauso por lo mismo que eran pocos.

Esfuérzate á persuadir á los soldados ó regimientos nuevos que lleguen á la gloria de los veteranos, imitando en el combate la constancia y el valor de estos.

Así lo ejecutó César estando para pelear contra Scipión en Thapso.

Si en tu ejército hubiere dos naciones (particularmente cuando se hallan entre sí opuestas ó envidiosas) insinúa á cada una que los de la otra pretenden mostrar en el combate que valen más que sus competidores, cuya decisión dirás esperar del suceso.

La propia máxima siguió útilmente el mariscal de Monluc con sus gascones y con los españoles que, mandados por don Luís de Carvajal, servían á Francia contra los hugonotes en vísperas de la batalla de Ver, que ganaron los católicos.

También pondrás á la infantería y caballería en la competencia que baste para excitar en aquellos dos cuerpos la gloriosa ambición de aventajarse uno á otro.

Así lo ejecutó el cónsul Lucio Valerio en la batalla que ganó contra ecuos y volscos.

Si há poco tiempo que diverso ejército de tu príncipe ganó una batalla, representa á las tropas la vergüenza con que se mostrarían vencidas á las otras vencedoras, y el desprecio con que las mirarían las últimas.

Para que el ejército del cónsul Marco Horacio pelease constantemente contra los sabinos (á quienes venció) el mayor estímulo fué la consideración de cuánto se hallaría vilipendiado, si volviese á Roma batido, cuando el ejército del otro cónsul Lucio Valerio, acababa de poner en derrota á volscos y ecuos.

Al ir pasando por las ya formadas líneas, llama por sus nombres á los oficiales de tu conocimiento, y diles en pocas palabras que aquel día esperas verlos distinguidos, lo cual excitará en ellos coraje, y en los otros que lo oyeren ambición de igualarlos ó excederlos.

Acuerda á las tropas los rigurosos tratamientos que tus prisioneros, ó sus pueblos ó familias padecieron en manos de los enemigos, la mala fe con que estos obraron en alguna ocasión, y generalmente cuanto pueda irritar á tu ejército contra el de los adversarios; pues como dice Famiano, más fuerzas añade la ira que disminuye la llaga. Y de Alejandro refiere Curcio, que para inflamar á sus soldados contra los defensores de Tiro, les acordaba el insulto hecho por los tirienses á los embajadores de paz de los macedones.

El cónsul Lucio Emilio, queriendo poner á sus gentes en ardor contra los ligures (inmediatamente después batidos por él) representaba la mala fe de los mismos ligures, que durante una tregua habían asaltado el campo romano.

Demuestra á las tropas el desprecio en que vivirían si perdiesen la batalla, despojadas de sus empleos, y que la desgracia presto alcanzaría á sus familias y bienes, porque los enemigos, aprovechándose de la victoria, se internarían en el país de tu príncipe, donde serían destruídas ó sobrecargadas de tributos las haciendas, puestos en irrisión los fueros, y ultrajado el honor de las mujeres por la incontestable licencia de los vencedores, y que así deben figurarse que no eres tú quien los persuade á un glorioso esfuerzo, sinó su patria, sus hermanas, sus mujeres, sus hijas, sus padres, sus amigos y sus leyes.

Harás á tus soldados considerar el abatimiento en que aquel solo día, malogrado, pondría á su rey, que tanto los estima, y fía su corona al valor de ellos, en quienes consiste que su príncipe no se vea prófugo y en estado

tan infeliz, que aun de los enemigos suscitaría la compasión.

Darío, antes de la batalla de Arbela, hizo las mismas expresiones á su ejército.

Si algún antecesor de tu príncipe fué mucho más querido que este, despierta en las tropas el recuerdo del afecto que profesaron á aquel, animándolas á conservar el reino á su familia.

Pondera á los soldados la riqueza del ejército y país enemigo, que le servirá de porción de premio, si peleando valerosamente obtienen la victoria.

Farasmanes, rey de los iberos, estando para combatir contra Orodes, mostraba á sus tropas el oro de los arneses de los medos, y Darío acordaba á las suyas la riqueza del ejército de Alejandro, por haber saqueado mucho país del mismo Darío.

Aníbal, antes de la batalla del Tessino, decía á sus cartagineses que las riquezas de Roma serían la recompensa de la victoria.

Ofrece en nombre de tu príncipe que tendrán segura y durable asistencia de interés y de honor las familias de los que murieren ó quedaren estropeados en la batalla; pues á veces no es el menor cuidado para los combatientes el considerar que si mueren, dejan á sus hijos y mujeres en la triste precisión de pedir limosna.

Promete al regimiento ó brigada que empieze á romper la línea enemiga, doble paga durante la guerra, y que marchará con preferencia á los

cuerpos más antiguos.

Supongo expreses que no sea permitido á tus cuerpos destacarse de la línea por la ambición de llegar anticipados á romper la de los enemigos.

Digitized by Google

También dirás que las brigadas ó regimientos inmediatos á los que rompen la contraria línea, si no ejecutan lo mismo, perderán la preferencia que gozaban según su antigüedad, hasta que en otro lance recobren la parte de reputación perdida en aquella falta de esfuerzo.

Más fuerte, aunque más bárbaro, modo de obligar fué el de Vercingetorix, quien (antes de la batalla que dió à César en Auvergne) hizo jurar à todos los soldados de su caballería que penetrarian dos veces las líneas de los romanos, à pena de confesarse indigno de la vista de sus parientes y de su patria el que no lo cumpliese.

El cónsul Marco Fabio no quiso conceder á sus tropas el permiso que le pidieron de pelear contra veyentanos y toscanos, hasta que ellas juraron no retirarse del combate sinó vencedoras.

Hallándote internado en el país enemigo, representa á tu ejército la imposibilidad de retirarse, si pierdes la batalla, por tener á la espalda tales ríos, falta de almacenes y enemigos los pueblos que tomarán las armas para cortar los puentes, guarnecer los vados y disputar los pasos estrechos de las montañas. Así dirás á las tropas que ya no se trata de pelear sólo por la victoria, sinó por la vida y por la libertad.

Alejandro, disponiéndose à la batalla de Arbela muy adentro del país de los persas, hizo iguales representaciones à sus macedones.

Aníbal, antes de la batalla del Tessino, acordaba á su ejército la dificultad con que había pasadolos Alpes, así por las montañas y ríos, como por los pueblos enemigos; y decía que de allí podían inferir sus tropas que, á menos de lograr la victoria, no les quedaba la menor esperanza de salvarse.

Si la batalla hubiere de ser en país tuyo, pondera la dificultad de rehacerte perdiéndola, pues los enemigos, entrando luego en tu alcance, prohibirían á las provincias el darte remontas, reclutas, víveres ú otro socorro: dejarían cortadas las plazas más importantes, y las en que se hallan tus almacenes, sacarían gruesas contribuciones, ó talarían el país para que, áun después de evacuado por ellos, no pudiese asistirte con alguna cosa, y en fin, dí que si todavía lograses forma de volver á completar el ejército, ¿qué esperanza deberías fijar en él, compuesto de gente nueva, habiendo perdido el que estaba lleno de veteranos? Por otro lado exajera la imposibilidad de retirarse, que por las razones dichas en el antecedente párrafo encontrarán los enemigos, si son derrotados, en cuyo caso no llegaría uno de ellos á su reino, y que si por gran fortuna escapa tal cual pequeña tropa de los mismos, nunca volverán á ponerse en estado de resistir.

Darío, antes de la tantas veces nombrada batalla de Arbela, decía á su ejército que si era derrotado, apenas le quedaban provincias á donde huirse, cuando menos en qué rehacerse; pero que si Alejandro perdiese la batalla, no podía tener esperanza de retirar alguna tropa estando, á más de un país tan vasto, el Tigris y el Eufrates por su espalda.

Que respecto á lo dicho, logrando aquel día, tu reino y soldados gozarán las utilidades de la victoria, sin más trabajos de la guerra, ni susto de sus contingencias; y que así no quieran perder en una sola hora la felicidad estable de su vida y de su patria.

Alejandro á su ejército al entrar en la referida batalla, y Aníbal y Scipión á los suyos antes del combate de Zama; el mismo Aníbal, primero de la batalla de Cannas, dijo: «Este solo día os librará de todos los trabajos, y dándoos el imperio y los bienes de los romanos, quedaréis dueños del Universo.»

Dirás que acaso tienen los enemigos en tu ejército algún confidente,

que durante el combate suelte la voz: que nos cortan, para sembrar la confusión en tus tropas, y que así no la crean, ni ejecuten en virtud de ella otro movimiento que los ordenados por los generales, aunque vean retirarse algunos cuerpos en buena ó mala forma, porque los hay con instrucción de fingir la huída para empeñar más á los enemigos, de cuyo modo logras que tu ejército no desmaye por el accidente, que sin tal prevención pudiera asustarle.

En la batalla de Almansa comenzaron los enemigos á poner en desorden una de las alas de nuestra primera línea; querían entonces las tropas de segunda línea correspondiente al mismo costado avanzarse fuera de tiempo; pero el caballero D'Asfeld que las mandaba, les dijo que el movimiento de las de primera línea procedía de orden, y así contuvo las suyas hasta mejor ocasión de cargar: conducta que, según oficiales inteligentes, contribuyó mucho á la victoria que aquel día logró el ejército de las dos Coronas, mandado por el señor duque de Berwick.

Fenece el razonamiento con decir que tu mayor cuidado será observar el valor de cada uno, para que todos logren la recompensa á proporción de su mérito.

Darío, que en la citada batalla de Arbela se hallaba, por costumbre de su reino, sobre un alto carro, dijo á sus tropas que no iba allí tanto por ceremonia del país, como por estar en aquella situación más elevada visto de los combatientes y dispuesto á observar su proceder.

Si recelas que las tropas entren al combate medrosas del superior número de enemigos, demuestra que abultaron su ejército con paisanos, vivanderos y otra gente inútil y mal armada, cuya pronta fuga pondrá en confusión á los veteranos, dejando á su línea llena de blancos; y si esto no fuere verosímil, dirás que un ejército grande se maneja con embarazo, que nunca el terreno le permite combatir por entero, y que derrotados los primeros enemigos, ellos mismos atropellan á los restantes: alega ejemplares de ejércitos numerosos batidos de otros chicos; pondera la gloria de vencer á aquellos, y dí que habiendo juntado allí los enemigos todas sus fuerzas, si una sola vez son derrotados, no tienen de donde recojer hombres y caballos para proseguir la guerra.

Dirasme que el hacer razonamientos á las tropas es una antigualla; pero en la historia de Guillermo III de Nassau encontrarás haber aquel príncipe hablado frecuentemente á las suyas, tanto en vísperas de combates campales como en las de asaltos de plazas; y en el año de 1706, viendo el rey nuestro señor que su ejército padecía considerable deserción, y que se hallaban las tropas afligidas por el mal estado en que tenían á la Monarquía el levantamiento del sitio de Barcelona, la pérdida de Alcántara y Ciudad-Rodrigo, la sublevación de Aragón, Cataluña y Valencia, y la entrada del ejército de la Liga en Madrid, con un corto y expresivo razonamiento que hizo S. M. á las tropas, atajó enteramente la deserción desde el mismo día, restituyó los ánimos de todos á su antigua constancia, y vió en las ofertas y lágrimas de oficiales y soldados la corajosa ternura que sus reales palabras influyeron ó resucitaron en aquellos fieles corazones.

Aunque no estuviesen hoy en práctica semejantes arengas, deberá el jefe servirse de ellas; pues en materias importantes no se ha de mirar lo que es moda, como en el corte de un vestido, sinó lo que es útil, y entre los Documentos de guerra del sabio emperador León, que habla con su ge-

neral Nicéforo, encuentro las palabras siguientes: «Si estás preparado á hablar bien, despertarás á menudo los ánimos de los que temen la batalla; consolarás fácilmente á tu ejército sobre los padecidos infortunios, y tu prudente razonamiento llenará de muchos bienes á las tropas.»

De Scipión Africano dice Polibio: «Tenía la calidad de dar ánimo y confianza á todos aquellos á quienes arengaba, inspirándoles sus mismas

pasiones.»

En la historia que Bisacioni escribe de las guerras civiles de su tiempo, verás que el marqués de los Vélez, año de 1641, arengó á sus tropas al enviarlas al asalto de Monjuí de Barcelona; y el marqués de Torrecusa al ejército de Felipe IV en otra ocasión: los parlamentarios de Inglaterra, y Carlos I de aquel reine, cada uno á las tropas de su partido; Alejandro Viteli á los imperiales, año de 1542 ó 43, Ilevándolos al asalto de Buda; el emperador Carlos V á su ejército antes de la batalla que ganó entre Milbourg y Torgas contra el elector de Sajonia, y el duque Jeremías á sus polacos en vísperas de la batalla de Beretzco, ganada por ellos contra tártaros y cosacos el año de 1651.

No hables al ejército por funciones de corta importancia; pues la costumbre de oír á menudo tus razonamientos, pudiera quitarles mucha fuerza para las ocasiones en que fuese más necesario su buen efecto, reparo que hallo en los *Conceptos políticos* de Francisco Sansovino.

LIBRO XII.

EN QUE SE DAN AVISOS PARA DURANTE UNA BATALLA, Y Á FIN DE QUE SE DECLARE POR TUYA LA VICTORIA DESPUÉS DE UN INDECISO COMBATE.

I.—Lugar del generalisimo en día de batalla. Pruébase que debe guardar su persona cuando no haya la urgente necesidad de aventurarla, que aqui se expresa, y arriesgar su vida siempre que de su peligro espere la fortuna de sus tropas.—El general del ejército, después de haber dado todas las providencias, se coloque delante de la segunda línea, frente al centro de ella; pero si á razonable distancia de aquel puesto (sea por vanguardia, costado ó retaguardia) hubiese alguna colina, desde su eminencia observarás mejor las acciones de ambas armadas, para ir distribuyendo á la tuya las órdenes convenientes; ventaja que no conseguirías estando en terreno bajo ó mezclado en el combate, como repara el emperador León en sus Documentos de guerra.

D. Bernardino de Mendoza, tratando este punto, dice: «Procure V. A. elegir para su persona sitio de donde pueda mandar con mayor facilidad todo el cuerpo del ejército, sin empeñarse á combatir con su estandarte sinó en la última extremidad, porque de otro modo será imposible gobernar, que es el oficio del príncipe.

Si el dictamen de Mendoza no hace fuerza porque parece no se dirije



al puramente general de ejército, atiende á lo que de estos dice Onosandro cuando aventuran su vida sin grandísima necesidad: «Con más razón podemos tacharlos de incapaces que alabarlos de valientes»; y Polibio, culpando el no preciso riesgo á que se expuso el cónsul Marco Claudio Marcelo, y en el cual fué muerto, escribe: «Quien guía los ejércitos debe apar-

tarse aun de los peligros que no lo son para sus tropas.»

Dejemos las autoridades para pasar á las razones. Si por aventurarte voluntariamente fueses de golpe muerto ó prisionero, tu ejército quedaría cuerpo sin cabeza, ó mónstruo con muchas; pues ínterin que se publica la desgracia del jefe, ninguno manda; después mandan todos, y de cualquiera forma perderán tanto ánimo los tuyos como cobrarían los enemigos, cuando se divulgase la noticia de tu prisión ó muerte; suceso que no puede mantenerse oculto, porque el estrépito de la caída se iguala siempre á la grandeza del edificio que se arruína.

En la batalla de Salamina que la armada de Jerjes perdió contra los griegos, comenzó el combate el almirante de los persas, y «muerto él (escribe Diodoro Sículo), unos de sus jefes mandaban una cosa, otros otra; pero los atenienses, viendo este desorden, los cargaron inmediatamente.»

Aun para después de ganada ó perdida la batalla, es del servicio del príncipe y del bien del ejército la conservación de tu vida, porque tu sustituto en el comando no estará en la idea por donde te encaminabas á aprovecharte de los pasos dados hasta entonces con prevista relación á los futuros contingentes; y así, tomando nueva senda, tardaría más en llegar al término de tu premeditado viaje; viose claro en la batalla que ganaron los suecos, donde murió su rey Gustavo Adolfo, cuyo ejército no cogió de aquella victoria la centésima parte del fruto que sacó Gustavo de cada una de las antecedentes.

La misma reflexión parece forma Polibio cuando escribe: «Aunque un ejército sea derrotado, si el general vive, la fortuna da muchas ocasiones de resarcir la pérdida; pero si el general muere, aunque su ejército venza, la victoria es inútil porque el supremo jefe es quien sabría seguirla.»

Avisarás á todos los oficiales generales y brigadieres el puesto en que resuelvas colocarte, para que te encuentren presto las noticias que te despachen, las cuales tardarían en llegar, si te hallases en continuo movimiento de un costado á otro, y resultarían tus providencias inútiles por atrasadas. Si te apartares del mismo, deja allí al mariscal de campo de reserva ó mayor general, para que reciba los avisos que te enviaren de varios puestos del ejército y resuelva lo conveniente, si creyere peligrosa la dilación de aguardar tus órdenes; pero siempre te participará dicho oficial mayor lo que determina, y cuando no sean grandes la urgencia de la materia y la distancia de tu persona, el mariscal de campo ó mayor general dictarán al oficial que viene con el aviso el paraje donde te hallas para que vaya á buscarte.

Si desde tu puesto vieres que las tropas necesitan de tu presencia para que ataquen con más vigor ó sostengan con más constancia, debes, antes que sean batidas, ponerte á su cabeza para animarlas con el ejemplo y con la persuasión, pues tu seguridad ó tu riesgo se ha de medir por el de tu ejército, y el evitar los inútiles peligros es para emplearte en los importantes, y aquí entra el considerar que la muerte siempre ha de venir, y que el

conseguirla gloriosa es lo que nos toca pretender. «La virtud se muestra con la vida y se confirma en la muerte» decía Pericles el hijo de Jantipo; «á larga vida un breve honor supera» escribió Simónides en aplauso de Magista, guerrero y adivino espartano, que no obedeciendo el precepto de su rey Leonidas sobre retirarse á Lacedemonia, quiso morir peleando en la última gloriosa acción de las Termópilas.

De Calicratidas, jese de los lacedemones, á quien pronosticaron los adivinos que moriría (como sucedió) en la batalla de las Arginosas, dice Diodoro Sículo: «Procuró morir lo más gloriosamente que pudo»; y de Periarchus, general de la armada espartana en la batalla de Fasco, escribe el mismo Diodoro que, viéndola perdida, creyó indigno de su carácter sobrevivir á su derrota, y que volviendo la galera contra los enemigos, peleó hasta la muerte por no hacer deshonor á su patria.

El caballero Bayart, comandante del ejército de Francisco I de Francia, hallándose herido de muerte en un combate que los españoles ganaron, y retirado por los suyos hasta debajo de un árbol, se hizo poner con la cara hacia los enemigos, por no les volver la espalda ni áun en el acto de espirar.

Monsieur de Bonivet, general de las tropas del mismo príncipe, viendo perdida la batalla de Pavía que se dió por su dictamen, tuvo á mejor partido morir peleando que salvarse huyendo. Lo mismo ejecutó Copuclo, jefe de los Chunnios, siendo su ejército derrotado por el de Ladislao I de Hungría.

El rey Juan de Bohemia, que entró ciego en la batalla de Cresy, luego que oyó decir que iba perdida por sus amigos los franceses, hizo atar las riendas de su caballo á las grupas de otros montados por dos valerosos bohemos; y arrojándose de este modo á los ingleses, combatió hasta la muerte, que no quiso evitar con la retirada que estuvo en su elección.

Jorge Ragozzi, príncipe de Transilvania, mató de propia mano diecisiete turcos en la batalla de Plesenberg, peleando hasta que rendido de cuatro heridas, los suyos le retiraron á Varadín, donde murió de ellas.

Algunos de los ejemplares del anterior párrafo son excedentes á la prueba de mi intención, y no quisiera te sucediese con ellos lo que experimentamos cuando, para enderezar la hoja de una espada, se le pasa el pié tan fuerte que la deja torcida por el otro lado. Aconsejé que te preserves de los peligros inútiles, para emplearte en los importantes, despreciando en ellos la muerte; pero esto se entiende mientras con aventurar la vida puedes prometerte la victoria, ó volver á los enemigos caro el trofeo; y así no te hagas una especie de honrosa precisión de arrojarte desatinadamente á la muerte, sólo por no sobrevivir á la derrota, en lo cual no habria juício, heroicidad ni religión, y mucho más útilmente mostrarás la constancia de tu coraje, y el amor á tu patria y á tu príncipe, si después de probar infructuosos tus esfuerzos en la batalla, te conservas para minorar con tus providencias el destrozo de tu ejército en la retirada.

Sansón, burlado y prisionero de los filisteos, arrancando las columnas de un edificio, se fabricó por su mano muerte y sepulcro; pero en la misma acción extinguió más vidas de sus enemigos que en todos los anteriores combates.

El rey Antígono II retirándose decía: «Yo no huyo; corro detrás de mi ventaja y útil, que veo tener ahora, no al frente, sinó á la espalda.

II.—Del preciso despejo en los movimientos de un ejército á vista de los enemigos; aviso para cuando en ellos observes aquel defecto. Claridad con que se deben distribuír las órdenes en la batalla.—A veces los contrarios con una oculta marcha se descubren de frente sobre el costado de

Digitized by Google

la tuya, y entonces no puedes evitar la conversión. Sucede también que no habiendo podido reconocer el terreno hasta muy poco antes del combate, se ve el jefe precisado á mudar parte de la formación, y lo mismo respecto á la que los enemigos traigan. En tal caso ejecuta el movimiento con el silencio y despejo posible, pues de otro modo aumentarías ánimo á los contrarios, que viendo á tus soldados embrollar la evolución, los creerían ya aturdidos ó los despreciarían por mal disciplinados, en lugar de que se atemorizaran del buen orden que en tus cuerpos certifique su conducta y desembarazo.

Estando junto á Thapso los ejércitos de César y de Scipión, las tropas de aquel repararon que los enemigos tan presto entraban, tan presto salían del campo empezado á fortificar, y que en sus movimientos había una cierta confusión que demostraba miedo; animados por esta advertencia los de César, le rodearon en grande número pidiéndole no perdiese aquella ocasión de acabar con los atemorizados enemigos, y viendo que César no convenía en la demanda, echaron á otros soldados que hiciesen tocar la carga, á cuyo señal se movió el ejército cesáreo y derrotó á Scipión sin esperar á los generales ni las disposiciones de César: tanto pudo en los soldados el concepto que formaron de que los confusos movimientos de las tropas de Scipión indicaban miedo en las mismas.

El almirante de Aragón, general de la caballería, y el conde de Sora, jefe de los hombres de armas flamencos, viendo en el campo de Enrique IV de Francia, sobre Amiens, alguna confusión al descubrirse el ejército español mandado por el archiduque Alberto, pidieron à este que se aprovechase de aquella coyuntura para atacar à los franceses.

Con un solo despejado movimiento que hizo ejecutar á sus tropas el capitán ateniense Chabrias, logró contener al rey de Sparta Agesilao, que marchaba resuelto á cargarle, y cambió dictamen considerando á sus enemigos más disciplinados y animosos de lo que antes los había creído.

Los ejemplares que siguen y los anteriores, persuaden á que si los enemigos muestran en algún movimiento indisciplina ó turbación, lo hagas observar á tu gente, y aprietes la carga primero que los contrarios enmienden el desorden, ó que los tuyos pierdan aquella creencia.

El mariscal de Monluc, haciendo observar á sus tropas ciertos movimientos que en el principio de la batalla de Ver, demostraban confusión ó recelo en los hugonotes, mandados por Mr. de Durás, los animó grandemente y ganaron la batalla.

Aulo Cornelio Arvina, dictador romano, viendo en una batalla contra los samnites que estos miraban mucho á la retaguardia, que empezaban á turbarse, y que se descubría el destacamento que el dictador había nombrado para cargarlos en espalda, lo hizo reparar á su infantería, que tomando más ánimo acabó de romper al ejército samnite.

III.—Discurrese de cuándo es útil abreviar y cuándo entretener los últimos términos de la comenzada batalla; y se da un aviso á tropas de grave armadura contra enemigos ligeramente armados y hechos á pelear á la desbandada.—Alarga la conclusión de la batalla contra enemigos que, por nuevos, por de mucho tiempo desaguerridos ó por naturalmente delicados, te parezca resistirán menos que los tuyos á la fatiga del combate, en especial si toda la noche anterior á este los tuviste desvelados por armas falsas, y si áun el mismo día de la pelea te anticipas á inquietarlos con finjido semblante de próximo ataque, ínterin que tu ejército sobre el terreno de su formación toma el oportuno reposo y alimento.

De la batalla de Mantinea, que duró largo tiempo indecisa entre los tebanos de Epaminondas, y de



otra parte los atenienses y lacedemones, dice Diodoro Sículo: «Al fin los tebanos, que eran personas más robustas, cansando á los lacedemones los obligaron á tomar la huída.

Aníbal, antes de la batalla de Trebia, fatigó con las escaramuzas de sus númidas á los romanos del cónsul Tiberio Sempronio, menos hechos al trabajo que los cartagineses, los cuales ganaron la batalla sucesiva á dichas escaramuzas.

Puede suceder que haciendo los enemigos una larga marcha, te aproximes á ellos con otra más corta, porque seas dueño de algún puente que te facilite el atajo; ó tal vez sin que te muevas, llegarán á acampar á tu vista con ánimo de pelear el día siguiente, ó con diverso fin. En tal caso, atacándolos el mismo día, entretén el combate, particularmente si caminaron por donde faltaba agua, en país, estación y horas de calor, y si es dable caer sobre ellos antes que hombres y caballos tomen alimento y refresco en el nuevo campo.

Llegarán los contrarios menos dispuestos á sufrir la nueva fatiga de un largo combate, si por haber mucho tiempo que no marchaban en cuerpo de ejército, no están sus infantes acostumbrados al peso de las tiendas, ollas, horcones y pan de munición para algunos días, todo lo cual suelen poner sobre carros ó bagajes cuando los regimientos sueltos mudan guarnición ó provincia, y áun en las fronteras de la guerra no se cargan de aquellos embarazos las partidas que salen de plazas y cuarteles para escoltas y correrías.

También deberás alargar el combate que en país, hora y estación ar-

dientes, libres á tropas nacidas y criadas en tierras frías.

Es dictamen del emperador León en sus Documentos de guerra.

Lo mismo digo si con ejército armado á la ligera peleas contra gente de grave armadura, particularmente si los enemigos están sólo acostumbrados á combatir en línea, y los tuyos son prácticos de pelear en cuerpos sueltos y de retirarse, rehacerse y volver á la carga con prontitud; pues á más de que las pesadas armas fatigarán á los enemigos, acaso lograrás en la dicha especie de gruesa escaramuza, que rompiendo su formación dejen blanco por donde tus ligeras tropas entren á convertirse sobre izquierda y derecha.

Sureno, general de los partos, en el primer combate que estos ganaron contra el cónsul Craso, molestó á los romanos con repetida escaramuza sin llegar al abordo, hasta que fatigándolos y haciéndoles perder la formación para el alcance de Sureno que fingía huír, los atacó y deshizo. Nótese que los partos estaban armados á la ligera y habituados á pelear á la desbandada, en lugar de que los más de-los romanos tenían grave armadura y costumbre de pelear en línea.

Describiendo Tucidides la batalla de Egicio que los étolos ganaron contra los atenienses mandados por Demóstenes y Procles, dice que los étolos bajando de las colinas por diversas partes, disparaban sus flechas sobre los atenienses retirándose cuando estos avanzaban y siguiéndolos cuando cedían, hasta que fatigados en tal escaramuza los atenienses, á causa de su grave armadura, los étolos armados à la ligera y naturalmente veloces, pusieron á sus enemigos en derrota.

La máxima de cansar á los enemigos no sólo sirve para la batalla, sinó también para las resultas de ella; pues no podrán seguir el alcance victoriosos ni evitarle vencidos.

Muchos quieren que en los días anteriores al combate si los enemigos son menos dispuestos á la fatiga que tus soldados, canses á aquellos con

repetidas marchas á que los obliguen las tuyas: así dice Polieno Macedónico lo practicaba en semejante caso el capitán ateniense Ificrates; y es cierto que á un cuerpo de tropas desejercitado, esta fatiga continuada por seis ú ocho días; le ocasionaría el daño de irse dejando á la espalda muchos hombres y caballos enfermos y despeados. Para lograrlo, puedes finjir emprender sobre diferentes plazas, ó amagar á diversas correrías y sorpresas por donde los enemigos hayan de hacer más camino para acudir al reparo, lo cual será menos difícil si eres dueño de más puentes encima de ríos no vadeables.

Lo mismo que se dijo en este párrafo, muestra que debes abreviar los términos de la comenzada batalla, si tu ejército, más que el de los enemigos, consta de tropas desacostumbradas á la fatiga, cansadas por inmediato anterior trabajo ó desvelo, no habituadas al calor del país, estación y hora, ni al peso de las armas defensivas; pero sobre el último punto advierto que si tus enemigos están armados á la ligera y hechos á cargar por destacamentos ó pelotones, y si ves que tan presto muestran venir al abordo, tan presto le esquivan (á la manera de muchas naciones de Africa y Levante que se fían en su ligereza, en la de sus caballos y en la multitud que practican de estos), no te pongas en la cabeza el alcanzarlos con seguirlos de un paso violento; antes bien debes dejarlos correr de la derecha á la izquierda, y ejecutar con tu ejército los menos movimientos posibles; así por no descomponerle como por no fatigarle, que serán los dos intentos de los enemigos, y todo lo que en esta operación puedes hacer, es adelantar pocos pasos algunas mangas de fusileros y partidillas de caballería ligera, para que sostengan las escaramuzas, sin que se empeñe tu grueso en contínuas evoluciones.

Jenofonte en la retirada de Persia fué reprendido de otro más anciano capitán llamado Chirisofo, porque siendo escaramuzado de honderos y de caballería ligera de Artajerjes, mandada por Mitrídates, Jenofonte se empeño con tropas armadas de coraza en dar alcance á los enemigos que frecuentemente cargaban, y con la misma repetición huían ayudados de su ligereza y de la de sus armas. Conoció Jenofonte el yerro, y desde entonces nombró partidas de rodianos que también con hondas y asistidos de alguna caballería, sostuvieron felizmente las escaramuzas sin obligar á las tropas de gruesa armadura á embarazarse en ellas.

Si excedes á los enemigos en número de cañones ó en destreza de la gente que los sirve, alarga el combate, hasta que destrozando á porción de los contrarios y atemorizando á otros muchos por el efecto y estruendo de tus piezas, los abordes; pero si te hallas inferior en el número y situación de ellas, ó en oficiales de artillería y artilleros, estrecha desde luego la batalla para que sea menor y más incierto sobre tu movimiento el disparo de los contrarios cañones.

Viniendo á batalla el tirano de Sparta Macanidas y Filopemen, pretor de los acheos, contaba Macanidas arruinar desde lejos á los contrarios por las armas arrojadas con sus máquinas; pero Filopemen las volvió infructuosas estrechando desde luego el combate que ganó cerca del templo de Neptuno.

Puede suceder que en un mismo día se hallen mojadas tus armas de fuego y enjutas las de los enemigos, porque estos las hayan tenido á cubierto de sus pabellones ínterin que sobre una marcha recibió tu ejército un golpe de lluvia, ó porque aun estando ambos ejércitos movidos, una

nube que no llegó á los contrarios ha descargado sobre tu ejército. En este caso estréchate desde luego á combatir con la arma blanca, pues á golpe de fusil perderías más gente que los enemigos.

Como es factible que sobre una marcha de los enemigos caiga de tu parte la ventaja de que se mojen sus armas y no las tuyas, siempre convendrá tener prevenido á tus confidentes y espías, que en sucediendo lo

primero te lo avisen puntualmente.

Siendo tus fusiles de más alcance por su fábrica ó por tu pólvora, detente á emplearlos desde donde comienzen á tirar de punto en blanco, para que tu ejército hiera sin ser herido, si los enemigos no tienen la advertencia de acercarse; pero si los fusiles contrarios alcanzan más que los tuyos, aproxímate cuanto baste para disparar á tiro justo, aunque por alguna de las razones que este capítulo dicta sea tu fin entretener el combate.

Aun en igualdad de armas de fuego puede hacerte favorable ó desventajoso el entretener ó abreviar el combate, la circunstancia de que tu nación, por la costumbre de pelear contra unos ú otros enemigos, ó por natural genio, sea mejor que la de los contrarios para sufrir el peligro del fusil ó el de la arma blanca, y más ejercitada en el manejo de aquel ó de

Las tropas tienen mal pleito con los paisanos parándose à hacer el golpe de fusil contra ellos, y los derrotan fácilmente luego que llegan à la espada ó à la bayoneta. Al contrario vemos à los húngaros muy buenos contra la arma blanca, y aguantar poquísimo contra el fuego. En los combates marítimos de ingleses y franceses se observa que estos desde luego solicitan ir al abordo, y aquellos mantener la guerra del cañón, conociendo cada una de las dos naciones su ventaja en tal diferencia de

pelear.

Naturalmente serán peores las tropas nuevas para aguantar de sangre fría un largo fuego, porque tienen más tiempo de considerar el peligro, y menos constancia en el espectáculo de los muertos y heridos; con que si tu ejército no es tan aguerrido como el de los contrarios, llévale desde luego al abordo.

También es fácil que las tropas menos ejercitadas se embrollen, ó que mal á propósito se deshágan de todo su fuego, ó que sus tiros por la mayor alteración del pulso correspondiente á su miedo, resulten menos certeros, que es otra razón para alargar contra ellas el comenzado combate, no pade-

ciendo las tuyas tal defecto.

Si los enemigos son de aquellos que ponen todo el coraje en los primeros términos de la acción, procura entretener el combate, para que perdiendo ellos la furia, te sea más fácil derrotarlos.

Frontino, dice que Fabio Máximo, sabiendo que sus enemigos los franceses y los samnites empleaban todo el esfuerzo en el principio de las batallas, y que después no eran tan constantes como los romanos, ordenó á estos que empezasen por solo sostener el combate, y que haciéndole durar, cargó y puso en derrota á sus contrarios. El mismo Frontino escribe que por la propia razón, tuvo semejante y feliz conducta Felipe de Macedonia en la batalla de Cheronea contra los atenienses.

Inferior tu ejército en caballería y superior en infantería, detén cuanto puedas el combate para aniquilar á los enemigos por tu fuego, que será más justo cuanto menos tus infantes alteren el pulso con la marcha, en la cual tendrían el peligro de desordenarse, y nunca la ventaja de alcanzar á la caballería enemiga.



Lo contrario ejecutarás cuando te halles inferior en infantería y superior en caballería; pues los soldados de esta sufren de mala gana el peligro del fuego, según verás en el capítulo que sigue, y aunque la caballería y dragones montados tienen carabinas y fusiles, el disparar tales armas de caballes achalles achall

sobre los caballos, es igualmente inútil que peligroso.

Contra ejército superior en todo número de tropas, abreviarás la comenzada batalla; pues si esta durase mucho, los enemigos irían sustituyendo gente fresca en lugar de la ya fatigada, y al fin de algunas horas tu ejército se rendiría á las heridas y al cansancio de las escaramuzas antecedentes. La misma razón enseña que dilates la conclusión del combate, siendo tu ejército más numeroso que el de los contrarios.

En la batalla de Rigomecia (otros la llaman de Consona) fué derrotado Juan Uniades por Amurates II, á causa de que siendo Amurates muy superior en tropas, entretuvo largo tiempo el combate y á fuerza de introducir en él gente fresca, llegó á cansarse la poca de Juan Uniades.

Hernán Cortés atacado en la batalla de Otumba por infinitamente mayor número de mejicanos, que siempre iban añadiendo tropas descansadas, conoció que las suyas no podrían resistir muchas horas á aquella continua fatiga, y por eso hizo la última resolución y esfuerzo de arrojarse al grande estandarte de los mejicanos, cuya toma dió la victoria á los españoles.

Si tus líneas tienen de pecho á espalda más hombres que las de los enemigos, porque el terreno angosto no te permitió extender el frente, ó porque tu nación está sobre el pié de formar con mucho fondo, aborda presto, no porque según muchos creen el gran fondo te disminuya fuego; pues poniendo rodilla á tierra todas las filas delanteras que hayan tirado, ó que esperen el disparo de las de más atrás, aunque estuviesen los batallones en diez y seis de fondo, se puede emplear todo su fuego; pero mi razón es que un ejército formado así, padecería en la detención del abordo mucho destrozo por la artillería enemiga, en lugar de que llegando á la arma blanca, es natural que ocho hombres seguidos, ó por mejor decir, impelidos uno de otro, rompan la línea enemiga donde no encuentren más que cuatro de fondo, y aunque porción de la tuya se convierta sobre izquierda y derecha de la penetrada línea contraria, siempre quedan filas bastantes para hacer frente á la segunda línea enemiga.

Dirás acaso que me rompo sobrado la cabeza sobre un asunto imaginario, porque no sirve que tú quieras alargar el fin de la comenzada batalla si los enemigos gustan de abreviarle; pues con venir ellos desde luego al abordo, queda tu intento desvanecido, y por consecuencia inútiles todas mis reflexiones cerca de cuando importe entretener el combate; pero la mitad de su más corto plazo ya se atrasa, sólo con que tu ejército no se adelante hacia el de los enemigos, y tal vez estos, desconociendo tu máxima, se detendrán tambien á continuar el fuego sin llegar á la arma blanca, porque no adviertan la ventaja que sacas de tal manera de pelear, o por no arriesgarse á romper la formación de sus líneas en algún impensado embarazo que ofrezca el terreno entre los dos ejércitos, ninguno de cuyos jefes quiera ser el primero á retirarse, y en fin, todos los casos en que dejo propuesto se dilate la comenzada batalla, están apoyados con ejemplares de jefes que lo consiguieron contra otros de mucha reputación y experiencia, y si la suma perspicacia de tus contrarios no permite otro arbitrio, cuando no te convenga fenecer luego la batalla, te queda el expediente de formar y mantenerte en terreno fuerte, que vale más que la superioridad en el número y que la ventaja en las armas.

IV.—Para que tu caballería padezca menos estrago por los cañones ó infantes de los contrarios. Paso conveniente á tropas que se adelanten á combatir. Discurrese del rumor de toques de guerra y grito militar, y se saca una consecuencia para cuando los enemigos te carguen apresurados en un terreno eminente.—Seríate ventajoso colocar la caballería donde los cañones enemigos no la alcanzasen, á lo menos de punto en blanco y á cartucho, y poner tus baterías donde pudiesen cómodamente disparar sobre la caballería de los contrarios; pero no hay regla fija para conseguirlo; si por la situación ó número de artillería, tus regimientos montados quedan más expuestos á las baterías enemigas que la caballería de los contrarios á las baterías tuyas, hay dos arbitrios que tomar, el uno es no pararte en el alcance de los cañones enemigos, sinó proseguir de buen paso á estrechar el combate para dar á la artillería contraria menos tiempo de repetir descargas, que por el gran bulto de los escuadrones harían considerable daño; habría peligro de que los caballos, alborotándose del vecino golpe y ruído de las balas de cañón, pusiesen las filas en desorden, y nada se aumentaría el coraje de tus ligeros al ver de sangre fría, en un dilatado cañoneo, destrozado al pariente, al compañero ó al amigo; y cuanto por lo regular es animosa para la arma blanca la gente de la caballería, tanto suele disgustarle el fuego, por ser una especie de riesgo, que en menos ocasiones le ocurre, y se debe notar que más horror causa el aspecto de cuatro hombres muertos de cañonazo, que el de ocho de fusil ó bayoneta. El otro expediente es formar los escuadrones más atrás que la infantería; pues como dicta el dialoguista del Gran Capitán, la caballería es tan pronta en sus movimientos que siempre tendrá tiempo de avanzarse á ocupar el costado de su infantería para abordar á los enemigos en línea cerrada, en cuya práctica hallo la ventaja de que tu caballería cargará con mayor viveza sin adelantarse de la infantería; pues toma de más atrás el trote ó medio galope, que es lo importante para atropellar á la caballería enemiga que esté firme ó venga á más lento paso.

Don Bernardino de Mendoza en su teórica y práctica de la guerra, dice: «Debe mirarse con ojo de soldado el sitio que tiene el enemigo, y la parte en que de razón ha de plantar su artillería, para no formar los escuadrones en lugar donde los puedan batir las piezas ó herirlos con furia la arcabucería ó mosquetería, porque aunque la artillería mata á pocos, su furor no deja de espantar á muchos, y raras veces un escuadrón de caballería conserva su puesto, si se tiran sobre él espesos cañonazos ó si le asaltan arcabuceros enemigos.

El dialoguista ya citado quiere que si puedes hacer á tiro justo, y antes que los enemigos, una descarga de tu artillería, ataques inmediatamente después, á fin de que los contrarios no tengan tiempo de apuntar sus cañones; pero esto no se logrará fácilmente, porque los enemigos viendo á tu ejército movido, anticiparán la puntería para disparar cuando él mismo llegue á ponerse á tiro, y aunque la razón de aquel escritor quedara subsistente, no debes apretar los últimos términos del combate si te conviene alargar el fin de la batalla.

La caballería debe cargar al trote ó á medio galope, tomándole desde

más atrás de la infantería; pero esta no se apresure, porque la alteración deun paso violento hace falsos los tiros, indócil para las órdenes el oído, dificil el aliento para el alcance ó retirada, y últimamente, llevando muy viva la marcha, se expone un ejército á romperse en ella, y en caso que haya sido preciso acelerarla para ocupar un terreno ventajoso ó alcanzar á los enemigos, harás alto á cierta distancia de ellos; y cuando te vuelvas á mover faltando ya poco trecho, aprieta el paso para atemorizar á los enemigos con ir á ellos de buen aire, y para que el susto de tal reflexión les dificulte la puntería alterándoles el pulso, fuera de que, no es tan fácil acertar al que marcha apriesa; y aunque parece que ningún tiro se malogra contra un grande número de gente, es engaño; pues de alto á bajo quien yerra á un hombre, yerra á todo el ejército.

De los griegos de Ciro el Menor, al comenzar la batalla contra Artajerjes, leo en Diodoro Sículo: «Cuando los dos ejércitos estuvieron á un cuarto de legua uno de otro, marcharon á pequeño paso los griegos; pero hallándose á tiro de saeta corrieron con gran fuerza según les había mandado su jefe Clearco, porque no empezando la carrera de muy lejos, reservaban entera la respiración para combatir con vigor largo tiempo después de principiado el choque; y el correr de cerca, daba más violencia

á los golpes de los dardos y de otras armas.

En la batalla de Farsalia, donde el ejército de César, que fué vencedor, marchó largo trecho para atacar al de Pompeyo, esperaba éste de pié firme, pensando lograr que los cesáreos llegasen fatigados y en desorden; pero César cuando se vió cerca de los enemigos, hizo alto con sus tropas, hasta que observándolas ya suficientemente reposadas, las condujo de gran paso á lanzar los dardos.

Cuando las tropas, al acercarse á los enemigos aceleren el paso, los oficiales vuelvan frecuentemente á mirar si sus respectivas mangas ó companías marchan iguales con lo demás de la línea, y evitando en lo posible las palabras (por no causar confusión) hagan detener á los muy adelantados, y

que avancen los que se atrasaban.

Al reforzar las tropas los dichos últimos pasos contra los enemigos, toquen todas sus cajas, pífanos, trompetas y cualquiera otra música de los regimientos, con la cual se animan estos como la experiencia enseña, porque ocupada la atención en la armonía, los hombres no piensan tanto en el riesgo, ó porque la regular composición de aquellos toques tiene cierto aire marcial, que mueve nuestro espíritu y releva nuestro coraje: así Curcio refiere de Alejandro, que la música patética le melancolizaba, y la guerrera le enfurecía.

La misma diligencia de tus tropas causará desmayo á los enemigos, que por el tamaño del estruendo con que los atacas, medirán acaso la resolución y el número de tus combatientes. Los antiguos, al acercarse á sus enemigos echaban el grito militar, de cuya más ó menos unión y robustez inferían mayor ó menor ánimo en las tropas. Las razones alegadas cerca de los instrumentos bélicos, me persuaden á que dicho grito militar sería muy conveniente cuando se va á concluír el último apresurado paso contra los enemigos; pues desde entonces hasta mezclarse con ellos, ya no hay órdenes que distribuír, ni por consiguiente puede ser de perjuício aquel ruído; y el recíproco animarse de las tropas empeña á cada soldado á practicar el esfuerzo que aconseja á los otros, y que estos le dictan; la voz del cazador

LIBRO XII. 329

aumenta la violencia de la carrera del galgo; escucha á Onosandro en el capítulo XXV de su Arte Militar: «Llevarás las tropas á la carga con grandes gritos, y de un paso impetuoso, porque tales apariencias, el estrépito de las armas, el sonido de las trompetas y el batir de los tambores, acompañado con el alegre toque de los pífanos, aturde á los enemigos de una extraña manera.»

Atiende á las palabras de otro de los antiguos doctores de la guerra, Frontino: «Marcelo, dudando que el poco número de los suyos se conociese del grito de las tropas, mandó que los vivanderos, criados y toda la gente inútil, gritase; así, haciendo creer que tenía un grande ejército, atemorizó á los enemigos.» Si los enemigos te cargan sin reserva en una montaña, los

derrotarás con facilidad, ejecutando lo siguiente:

Pon á la falda de la montaña algunas tropas con orden precisa de retirarse á la cumbre (como atropelladamente) luego que sean atacadas; y al mismo tiempo las otras, que tengas en la cima, harán un movimiento que también pueda parecer á los enemigos huída ó turbación, para empeñarlos más á subir de un gran paso, reservándote cargada la mayor porción de las armas, pues no importa que los contrarios, al trepar, hallen poco estorbo de tu fuego; pero cuando ya los veas bien arriba (no esperando por eso que lleguen á la altura) y bastante fatigados, harás disparar sobre ellos, y sin darles tiempo de coger aliento, bajen tus tropas á cargarlos con la arma blanca.

En semejante paraje y con las mismas circunstancias, fueron los macedones del rey Felipe derrotados por los focenses que mandaba Onomarcho.

El ejército escocés, dirijido por Arcimboldo Duglas, fué batido junto á Bervick por el rey Eduardo (creo III de Inglaterra), que ocupando una montaña, se dejó atacar en ella, y los escoceses llegaron á la altura tan cansados, que apenas tuvieron que hacer los ingleses en vencerlos.

Advierto que antes de bajar sobre los enemigos, dejes bien cubiertos los pasos de los demás frentes de la montaña por donde algún destacamento contrario pudiera furtivamente ocupar su cumbre, ínterin que tu atención estuviese toda en el paraje del primer avance.

Prevengo también que al hacer el movimiento dicho para persuadir á los enemigos que hay confusión en tus tropas, las avises de que aquella se finge con el intento de que los contrarios vengan en más desorden; pues de otro modo pudieran tus soldados pervertir en verdadero temor la turbación supuesta.

Yugurta, finjiendo temer á Albino y huír delante de él, hizo entender á sus soldados que era artificioso el miedo, porque no se atemorizasen de veras.

V.—Forma de recibir y dar las descargas de fusilería.—Algunos pretenden que no se dispare sinó de tan próximo á los enemigos, que se vaya casi á llegar á las bayonetas; y dicen que empleando entonces todo el fuego hasta allí reservado, se hace gran destrozo en los contrarios, que no tienen lugar de recobrarse de la pérdida y del susto; pues los abordas con la arma blanca inmediatamente después de aquellas poderosas descargas. Yo no lo entiendo así; pues en la pausada marcha de una entera línea (donde porción de ella que se atrase en cualquiera impedimento del te-

rreno, obliga á todas las demás tropas á esperar) suele haber tiempo suficiente para muchas descargas desde que se avecinan los ejércitos al tiro de punto en blanco del fusil rayado, y no dándolas, pierdes la ventaja de matar á muchos de los enemigos y de intimidar á otros con el silvido de las balas y con el espectáculo de sus compañeros heridos ó muertos, de lo cual te resulta el buen efecto de que los enemigos (particularmente los hombres de recluta) más turbados en la consideración del peligro, tan presto apuntan á las nubes, tan presto á la tierra, trémulo como el corazón el pulso y como este el fusil, en lugar de que si no padeciesen algún estrago, apuntarían con el mismo sosiego que al blanco, y abordarían á tu ejército disminuído y atemorizado.

Viose claro en el último socorro de Turín, donde fueron los imperiales rechazados por el fuego que hacían sobre ellos los franceses desde su circunvalación; rehiciéronse los primeros á fuerza de persuasiones y ejemplo del hoy rey de Cerdeña Victorio Amadeo y de los señores principe Eugenio de Saboya y príncipe de Hanalt: corrió entonces en la línea de Francia la voz de no disparar sinó á quema-ropa, como lo ejecutaron; con que libres los alemanes de otro peligro y pérdida, como los que en el primer ataque padecieron antes del abordo, llegaron á este con todo el ánimo y fuerzas, y así en un instante franquearon el retrincheramiento.

Si no tuviese cada soldado tiempo ó municiones para disparar más que una vez, también yo sería de opinión que aguardasen á dar la carga con gran proximidad á los enemigos; pero siendo falso el supuesto, lo es así mismo la consecuencia.

Tus oficiales avisen á los soldados que apunten al vientre de los infantes y al hocico de los caballos que les vengan de frente, ó á la rodilla de los jinetes que, escaramuzando, muestren el flanco, porque, si la bala pasa por encima de los enemigos, ya se pierde el tiro, y si da más baja, puede servir de algo el rechazo en que va adelante. Los holandeses, al apuntar, alzan los codos y ponen la coz del fusil en medio del pecho, para que en tal postura sea casi preciso tirar bajo; ejemplar que no traigo por admitido, porque es difícil ajustar la puntería, sinó para mostrar que aquella nación ha conocido que el ordinario vicio de los soldados es tirar alto.

Hállase particularmente precisa la regla de apuntar á los caballos cuando los jinetes contrarios tienen armas defensivas, que harían inútil el golpe de tus balas, en lugar de que, muertos los caballos, los hombres no servirán en aquella acción, á causa del peso y embarazo de las armas que no están acostumbrados á llevar á pié.

Al encarar los enemigos sus fusiles (si no fuere tan de cerca que falte á tus soldados tiempo de levantarse antes que los aborden con la bayoneta), tus infantes pondrán rodilla á tierra para presentar á la puntería de los contrarios menor objeto, y para volverla menos certera por la otra razón probada en el antecedente párrafo, de que el regular vicio de las tropas es tirar alto.

Atacando el caballero D'Asfeld á un destacamento de infantería inglesa, cerca de San Esteban de Litera en el reino de Aragón, al ir los franceses de D'Asfeld á dar la carga, todos los ingleses pusieron rodilla á tierra, y luego se levantaron sin haber padecido el menor daño; así me lo refirieron los paisanos en el mismo lugar poco tiempo después.

Los soldados de caballería y dragones que forman frente á infantería

enemiga, pueden también cuando los contrarios encaran los fusiles, inclinar el cuerpo sobre el cuello de los caballos, recogiendo á estos la brida para que levanten más la cabeza.

Créese que el principal motivo de húngaros, transilvanos y turcos para poner á sus caballos en lugar de bocados aquellos filetes ó bridones que los hacen tener siempre alto el cuello, es por disfrutar la ventaja arriba dicha, y efectivamente se ve que al recibir la carga un escuadrón de húsares, nada se descubre de los hombres.

VI.—Avisos para desde que empiece á declararse por tuya la victoria hasta asegurarla.—Cuando el ejército contrario ó porción de él repentinamente afloja en el combate sin visible urgencia, retirándose á paraje cubierto, quebrado ó que te sea desconocido, sigue con gran tiento, pues tal vez los enemigos finjirán la retirada ó huída para llamarte á puesto donde por una emboscada que allí tengan, carguen á su gusto á las tropas tuyas que lleguen desordenadas ó interrumpidas, ó porque de por sí el terreno se halle favorable á la formación, calidad, número y costumbre de pelear de sus tropas, y contrario á las tuyas en alguna ó muchas de las referidas circunstancias, en las cuales consiste regularmente la feliz ó infausta suerte de las batallas.

Hannón, en combate contra los romanos de Marco Atilio, finjiendo retirarse, los llevó á una emboscada de Magón, y así cogidos en medio por los cartagineses, fueron derrotados. Con el propio ardid batió á Navides, tirano de Lacedemonia, Filopemen, pretor de los acheos; y conforme á algunos escritores, Thomiris, reina de los scythas, ganó con el mismo expediente la batalla sobre Ciro, y Guillermo el Conquistador otra contra Araldo II de Inglaterra.

Constantino Ostroviski, general de ejército de Sigismundo I de Polonia, derrotó junto al castillo de Orsha á los moscovitas mandados por Juan Andrés Celadino, finjiendo retirarse en el calor de la batalla, pues Celadino siguió hasta un paraje donde estaba dispuesta gran cantidad de artillería, que haciendo sobre los moscovitas la descarga que estos no esperaban, los puso en confusión, durante la cual volvieron los polacos á cargarlos.

Mitrídates Magno, rey del Ponto, asectando huir delante de las tropas de Triario, las condujo à cierto sitio pantanoso, donde atacados los romanos padecieron considerable destrozo. El mismo estratagema practicó Batto, rey de los tártaros, contra las tropas de Bela IV de Hungría, las cuales cargadas de grave armadura, no se podían mover en los pantanos donde incautamente se metieron; pero los tártaros, armados á la ligera, recargando, las derrotaron sin dificultad.

Cleomenes, capitán ó rey de Sparta, en combate contra Lysiades, jefe de Achaya, se fué retirando hasta que tuvo al ejército enemigo en un terreno embarazado con árboles y fosos, donde le derrotó.

Si en el supuesto caso de aflojar los enemigos en la batalla, lo conocido ó llano y descubierto del país te libra de los peligros anotados en el antecedente párrafo, es de pensar que á los contrarios faltan municiones, les llegó falso ó cierto aviso de que en otra parte de su línea va mal el combate, que su príncipe ó general fué muerto, etc.; y entonces, sin esperar á otra observación que la de verlos descaecer, cárgalos con nuevos bríos por aquel costado, antes que salgan de engaño ó mejoren de fortuna, si realmente les era en otro paraje poco favorable el combate.

En la batalla de Arbella, Maceo, que mandaba la caballería de la derecha de Darío, tenía ya casi en derrota á la izquierda de Alejandro, conducida de Parmenión, cuando por saber que Alejandro había puesto en huída á toda la izquierda de Darío, comenzó Maceo á detenerse, y poco después á retirarse:

entonces Parmenión, aunque ignoraba la causa de tal novedad, coligió bien que Alejandro batía á los contrarios por el frente que le tocaba; y diciéndolo así á sus tropas, hizo un esfuerzo contra las de Maceo, que si antes principiaron la retirada, con esto dieron en la huída, y por tan oportuna advertencia de Parmenión, logró Alejandro completa la victoria.

Diego de Ordaz, capitán de tropas de Hernán Cortés, en batalla contra los de Tabasco, los derrotó apretando el ataque luego que entibiaron la pelea por la noticia que tuvieron de que la caballería de Cortés les cargaba la retaguardia.

Poniéndose en fuga una porción de enemigos, destaca sobre ellos caballería que los persiga sin darles tiempo de rehacerse; pero sea en número inferior á los fugitivos, porque no te haga falta en el combate, que discurro áun sostenido por el grueso de los contrarios. Atiende á los ejemplares siguientes, y creo podrá excusarlos quien se halló en la batalla de Zaragoza el año de 1710.

En la de Lewes que año de 1264 se dieron Enrique III de Inglaterra y Simón de Monfort, conde de Leycester, el príncipe Eduardo de Inglaterra, comandante de porción del ejército de su padre, puso en fuga á los habitantes de Londres que cayeron en su frente á la orden de Segrave; pero habiendo seguidolos demasiado lejos y con muchas tropas, fué este principio de victoria el motivo de haber perdido Enrique la batalla; pues apercibiéndose el conde del exceso con que Eduardo se había adelantado en el alcance de los de Londres, se echó sobre el resto de las tropas de Enrique y las derrotó antes que pudiese volver á socorrerlas el príncipe Eduardo.

Por el mismo desorden de Demetrio Poliorcetes ganó la batalla de Isso su enemigo Seleuco Nicanor, que se aprovechó de la inconsideración de Demetrio en la misma forma que arriba queda dicho haber ejecutado el conde de Leycester; de la propia coyuntura gozó Cronwel para derrotar en la batalla de Oxford al ejército de Carlos I de Inglaterra; y Filopemen, pretor de los acheos, para la victoria que junto al templo de Neptuno logró sobre las tropas de Machanidas, tirano de Sparta, sobre cuyo pasaje desaprobando Polibio á Machanidas el seguir con todas sus tropas extranjeras á los fugitivos, dice: «Como si el miedo no les bastase para proseguir la huída.»

Después de haber destacado algunas tropas en alcance de los fugitivos, las otras que excedan al flanco de la restante porción de línea contraria, se convertirán sobre el costado de esta; y si el blanco de los enemigos queda en el centro, los regimientos de tu ejército correspondientes á dicho blanco procurarán (haciendo los de la derecha un cuarto de conversión sobre la derecha, y los de la izquierda otro sobre la izquierda) cargar á los enemigos por los costados de su abertura ó vacío, mientras las tropas colaterales á los expresados regimientos prosiguen el ataque de frente.

Tratando Polibio de la ya nombrada batalla entre Filopemen y Machanidas, escribe: «Cuando los soldados extranjeros de Achaya, comenzando á huír, dejaron á su ejercito desprovisto de la ala derecha, debía Machanidas procurar encerrarle.»

Si á más de las tropas que siguen á los fugitivos y de las otras que atacan á los enemigos en flanco, te sobran algunas de las vencedoras; y si en otro paraje de tu línea (no muy distante de aquel puesto) se mantiene ambiguo ó desventajoso el combate, destaca en su refuerzo ó socorro la gente que puedas excusar de la referida tuya que batió á los enemigos por su frente.

Pantodas, capitán de los beocios, halló feliz semejante conducta en la batalla de Delión que ganócontra los atenienses, los cuales, derrotados en un puesto de su línea, batían en otro á los tebanos. Por da misma diligencia de un tribuno ganó Tito Quincio Flaminio la batalla de Cinoscéfales contra Felipe V de Macedonia.

VII.—Aviso en cuanto á animar á los tuyos con el ejemplo y expresiones cuando te veas cerca de una total derrota.—Si crees menos difícil realiar las batidas tropas, que útil poner en salvo sus reliquias, toma el primer partido corriendo de unos en otros regimientos á representarles el peligro que hay en la huída mayor que en el combate, y la deshonra que va á caer sobre ellos si á pesar de su conveniencia prevalece su cobardía; pero añade á las palabras el ejemplo, mostrándote el primero en el riesgo, á buscar en el valor el suceso que intenta negarte la fortuna; y si logras que las tropas, atendiendo á tus razones, vuelvan á la carga, y los enemigos no son de una grandísima disciplina, nunca llevas el golpe tan seguro, porque discurriéndose ya incontestables vencedores, naturalmente se habran desconcertado al alcance y al saqueo sin pensar en el camino por donde pueden ser vencidos: es verdad que pocas veces bastan ejemplo y persuasiones para detener á los fugitivos; pero que no siempre se experimentan infructuosas estas diligencias lo prueban las históricas noticias que siguen.

Sila, viendo que sus legiones huían junto á Orcomeno, en batalla contra las tropas de Mitridates mandadas por Dorilao (por Archelao escribe Frontino), gritó á los romanos: «Cuando llegareis á Roma huyendo, y os preguntaren dónde habéis dejado á vuestro capitán, responderéis: «peleando en Boecia»; de cuya reflexión avergonzados los romanos volvieron al combate y le ganaron.

El emperador Carlos V, cerca de Argel, reparando que estando sus alemanes atemorizados y puestos en desorden por los moros, habló á los primeros con tanta eficacia y les dió tal ejemplo, que se rehicieron, y unidos á italianos y españoles, obraron valerosamente en lo restante de la función.

Las tropas de César en el choque sobre la Sambre contra los de Cambresis, Vermandois, Arrás y Hainault, se hallaban en el último aprieto, especialmente la duodécima legión, de la cual todos los centuriones habían muerto; estaban las banderas juntas en el centro de los soldados, que embestidos por varias partes no se atrevían á moverse. César entonces tomando la rodela de un soldado, se avanzó al frente, hizo llevar á este las banderas y aclarar las filas que pudiesen manejarse las espaldas, animó sus tropas, que á vista de tal jefe procuraban á porfía mostrar su valor; y en fin, pudo tanto la presencia y la resolución de un hombre solo, que trocando semblante la batalla, hubo lugar para que llegasen dos legiones que habían quedado á la guardia del bagaje, y acabaron de manifestar por de César la victoria.

Marco Fabio, cónsul de Roma, en batalla contra veyentanos y toscanos, al tomar la retirada sus tropas, exclamó: «¿Es esto, oh romanos, lo que habéis jurado? ¿Teméis á los enemigos más que á Jove ó á Marte, á quienes ofrecisteis no apartaros del combate sinó vencedores?» Lo cual y el ejemplo del cónsul bastaron para que las tropas de Roma, volviendo al combate, derrotasen á sus enemigos.

Marco Valerio Corvino, notando muy dudoso el suceso en batalla contra samnites que peleaban constantemente, desmontó del caballo y se puso al frente de la infantería, que estimulada con palabras y ejemplo del jefe, hizo un último esfuerzo en que los samnites quedaron superados.

Tito, general del ejército de su padre Vespasiano, viendo á las tropas en fuga por una surtida de los defensores de Jerusalén, entró á pelear á la cabeza de los más avanzados romanos, y vergonzosos los otros de abandonar á su caudillo en el peligro, volviendo á la carga rechazaron á los que ya se creían de todo punto victoriosos.

El príncipe Bayaceto, reparando que el ejército de su padre Amurates descaecía mucho en batalla contra Aladino, sultán de Caramánia, juntó una pequeña escuadra, y echándose con ella entre los enemigos, estimuló á sus otomanos, que entonces cargaron con vigor y ganaron la batalla.

El Gran Visir Ibrain, mandando el ejército de Solimán II contra los gálatas, que ponían en aprietoá los turcos, arrojó una bandera de estos en medio de los enemigos, y calumniando en sus tropas la vergonzosa tardanza de recobrar aquella insignia, logró que se reforzasen de coraje y batiesen á los contrarios.

Cecinna, general de ejército del emperador Tiberio, atravesándose echado en la puerta por donde sus atemorizadas tropas iban á retirarse del campo atacado por Arminio, las contuvo haciéndoles horror el haber de pasar encima del cuerpo de su jefe para proseguir la huída.

Si, como dejo dicho es natural suceda, se desordenan los enemigos en el alcance ó al saqueo, tus jefes lo harán observar á las tropas representándo-les con cuanta facilidad pueden batirlos.

Cuando los romanos huían de un combate contra samnites, los centuriones de aquellos los animaron á volver á la carga, mostrándoles que los samnites proseguían en desorden el alcance, y así ganóla batalla el ejército romano mandado por Marco Attilio Régulo.

VIII.—Precauciones tuyas para cuando seas herido en el combate. Avisos al general que te sigue en el comando, y á tus ayudantes para en el mismo lance ó en caso de tu muerte.—Si cuando te mezclas en el combate para dar ánimo á las tropas, fueres herido, disimula cuanto puedas, y al retirarte ejecútalo con semblante de ir á dar otra providencia en diversa parte de tu ejército, porque los soldados no desmayen con la noticia de tu herida.

Luego que un escudero de Gustavo Adolfo de Suecia vió á su principe con un brazo roto en la batalla de Lutzen, gritó: el rey está herido: pero este reprendió ásperamente al escudero, temiendo que la noticia desanimase á los soldados, y cuando rato después la pérdida de la sangre le tenía casi desfallecido, dijo en secreto al duque de Lawemburgo que le retirase.

Herido el general Borbón en el asalto de Roma, algunos soldados suyos que pasaban cerca de donde aquel jefe yacía moribundo, se iban preguntando si era cierto que hubiese muerto, y él mismo para que las tropas no perdiesen coraje respondía lo que después ha quedado en proverbio: Adelante va Rorbón

Si por la sangre, mutación de color ó de otro modo, los regimientos próximos á tu persona conocieren tu herida, da á entender que es ligera, encarga el secreto de ella, porque no se aflijan otros cuerpos creyéndola peligrosa, y dí á los primeros que esperas no se lastimen como mujeres, sinó que te venguen como hombres.

Vespasiano, herido sobre Jotapat, disimuló hasta que los circunstantes conocieron la herida por la sangre, y entonces viéndolos desanimados y confusos, les mostró la herida para que se asegurasen de que no era peligrosa, y ocultando el dolor los exhortó á la venganza, por cuyas diligencias de Vespasiano enfurecidas las tropas dieron inmediatamente un vigoroso asalto.

Al retirarte herido lo avisarás al general que te sigue en el comando, para que se encargue de la conducta de batalla; sirva de razón el ejemplar que sigue:

El más visible metivo para la infeliz pérdida de Constantinopla, fué que Juan Justiano, general de las armas del emperador Constantino, se retiró de la brecha herido sin avisar á otro jefe que se encargase del comando para dar las providencias convenientes á rechazar el comenzado asalto, y así, viéndose las tropas cristianas en confusión y sin cabeza, consiguieron los turcos de Mahometo II la entrada.

Dion Siracusano, hallándose por una herida precisado á retirarse del combate contra Dionisio, nombró luego á Timonides para que en su ausencia quedase mandando la función.

Calicratidas, jese del ejército espartano, al entrar contra los atenienses en la batalla de las Arginosas, llevando creído por el pronóstico de sus adivinos que moriría en dicha batalla, previno á Clearco que se encargase de la dirección del combate luego que el mismo Calicratidas muriese, y ordenó á las tropas que obedeciesen á Clearco.

Luego que el generalísimo se retire herido ó sea muerto, sus ayudantes y oficiales de ordenanza pasarán á donde se halla el general que suceda en el comando, á quien dirán en secreto la desgracia de su jefe, y á las tropas vecinas darán á entender que aguardan allí al mismo.

El jefe que sustituye al herido ó muerto generalísimo, debe distribuír las órdenes en nombre de este, no sólo porque serán mejor obedecidas, sinó porque no se divulgue la desgracia del principal caudillo, que importa

mantener oculta.

Cuando Artajerjes se retiró herido de la batalla contra su hermano Ciro, escribe Diodoro Sículo: «Tisafernes Persiano, poniendose en lugar del rey, y para que no se conociese la ausencia de este, comenzó á dar coraje á los soldadados por sus palabras y por el ejemplo de pelear valerosamente.»

Para que se crean enviadas por el generalísimo las órdenes distribuídas por su sustituto, basta que las lleven los ayudantes del primero, á los cuales el segundo prohibirá gravemente que publiquen la desgracia de aquel, y como los oficiales de los cuerpos ninguna cosa niegan á sus coroneles, el nuevo comandante del ejército no despache órdenes con los oficiales que eran de ordenanza del capitán general, mientras las pueda encaminar con los ayudantes generales, mayor general, mariscal de logis ó ayudantes de los dos últimos.

IX.—Exprésanse algunos arbitrios para apropiarte la victoria cuando se pudiera construír indeciso el éxito de un combate.—Si el suceso de la batalla fué indeciso, conviene asirte á todas las circunstancias que hubiere en tu favor para publicar por tuya la victoria, á fin de mantener á las tropas en coraje, y también para que el país antiguo ó nuevamente conquistado, ó algún príncipe que hasta entonces observó neutralidad, no tome el partido contrario.

El ganar un combate no consiste en perder menos gente que los enemigos. Los atestados más frecuentes de la victoria son conservar más tiempo que estos el campo de batalla; tomar el bagaje ó artillería de los contrarios; recojer los despojos; enterrar tus muertos, ó pedir los enemigos licencia para sepultar los suyos, y presentar al siguiente día segunda batalla que rehusen los contrarios. Muchos cuentan entre los señales de victoria el tomar á los enemigos más banderas, estandartes ó timbales, y es cierto que tal circunstancia si no prueba el vencimiento á lo menos le ilustra.

Felipe V de Macedonia perdió en la batalla de Chio infinitamente más naves y tropas que sus enemigos; pero creyendo estos que el rey Attalo había sido hecho prisionero se retiraron, y entonces Felipe se atribuyó la victoria, alegando haber tomado la galera y equipaje de Attalo, mantenídose en las aguas donde se dió la batalla, recogido las tablas de las embarcaciones destrozadas en ella, y enterrado los cadáveres que se conocieron macedónicos.

Tucidides, hablando de la batalla de Sibota (por otro nombre de Chimerio, que se dieron los de Corinto y los de Corfú, cada una de cuyas naciones se atribuyó la victoria, dice: «Los corintios por haberse mantenido superiores hasta la noche, recobrado muchas de sus despedazadas naves y cuerpos

muertos, hecho mil prisioneros y echado á fondo cerca de setenta embarcaciones, alzaron el trofeo. Por otra parte los corfianos afondando treinta naves enemigas, recogiendo los fragmentos y cadáveres de la armada cuando les llegó el socorro de Atenas, y retirándose otro día los corintios, levantaron también su trofeo. Eran capitanes de Corfú Miciades, Esimedes y Euribato, y de los corintios Jenocles.

Los de Sforza y los venecianos celebraron por ganada la batalla del Taro, alegando haber tomado porción del equipaje y tiendas del ejercito de Carlos VIII de Francia, quien por otro lado se atribuía la gloria del vencimiento, fundado en que mantuvo el campo de batalla, razón que parece más fuerte, pues el bagaje le puede tomar una pequeña tropa de caballería que por algún rodeo vaya á caer sobre él, y ser al mismo tiempo batidas las líneas amigas de dicha tropa.

Después de la batalla de Mantinea erigieron trofeos tanto los tebanos como sus enemigos los lacedemones, alegando los primeros que los segundos habían abandonado el campo de batalla y la mayor porción de sus muertos; por otra parte los atenienses incorporados con el ejército de Lacedemonia, decían que conservaban en su poder los cadáveres de una tropa de Negroponto, que en la misma batalla fué derrotada adelantándose á ocupar ciertas colinas; era capitán de los tebanos Epaminondas.

El haber el cónsul Marco Marcelo retirado los despojos y los muertos del campo de batalla después de un dudoso combate contra Aníbal, ayudó mucho á que la victoria se publicase por de los romanos.

Los atenienses castigaron á su capitán Conon y á los demás jefes de su armada, porque habiendo batido á los espartanos en combate naval, no recogieron los cadáveres caídos al mar, y no sirvió de disculpa á los miseros vencedores la prueba de que una borrasca les imposibilitó dicha diligencia.

Después de la atrás citada batalla de Marcelo contra Aníbal, ambos ejércitos se mantuvieron dos días á la vista uno de otro; pero Marcelo acabó de acreditar su victoria, presentando segundo combate, que rehusó Aníbal, el cual finalmente descampó una noche á la sordina.

El día siguiente á la también referida batalla de Chio, los de Rodas y Dionisodoro, general de la armada de Attalo, presentaron segundo combate á Felipe V de Macedonia para mostrar que no habían perdido el antecedente; y no habiéndole aceptado Felipe, se atribuyó á Dionosodoro la victoria del primero.

Cuando la noche siguiente á la batalla se mantienen ambos ejércitos en el campo de ella ó á igual distancia del mismo, procura sin rumor ó en la mejor forma posible, recojer y enterrar buena porción de tus muertos para que otro día por la mañana viéndose mayor número de cadáveres de los enemigos que no hayan hecho la misma diligencia, parezca más considerable su pérdida.

Así lo practicó T. Didio después de una batalla contra los españoles, que persuadidos por el aspecto de mayor cantidad de sus cadáveres á que el ejército romano quedaba superior en combatientes, aceptaron las condiciones propuestas por Didio.

Dije que el presentar batalla el día siguiente á la primera, es una prueba de no haber perdido esta; mas para ejecutarlo supongo averigües que tu ejército conserva razonable número de combatientes. También es necesario que á dicha resolución preceda segura noticia de que los tuyos mantienen suficiente coraje.

Si no te han quedado tropas que por su valor y número basten á pelear nuevamente en rasa campaña, menos mal que apartarte mucho del campo de batalla será fortificarte en el mismo ó en su inmediación, luego que la noche separe los ejércitos, como lo hicieron los del rey nuestro amo y del señor emperador Leopoldo sucesivamente á la batalla de Luzzara.

• Cuando según la calidad del terreno, la cantidad de instrumentos para el trabajo y de hombres para el mismo y para las armas, no creas fácil po-

ner en defensa el retrincheramiento durante una sola noche, puedes hacer alto en el primer paraje fuerte por naturaleza, conforme lo ejecutó el general conde de Mercí, después de rechazado por los españoles en la batalla de Francavila.

Puede suceder que por falta de víveres ó de carruaje en que trasportarlos, ó que por no perder la ventaja de su terreno fuerte, no se hallen los enemigos en disposición de seguir á tu ejército, particularmente, si este roba una marcha, como sucedió después de la citada batalla de Francavila, pues los alemanes, aunque perdidosos, al cabo de algunos días, robando una marcha, se encaminaron á Mezina y atacaron la plaza, sin que el marqués de Lede, que mandaba el ejército de España, pudiese con tiempo estorbarlo, porque sobre ser poco numeroso para salir á pelear en terreno igual, no tenía forma de conducir víveres, y los enemigos subsistían sobre Mezina de los que les traían de Calabria sus galeras y navíos.

En el caso arriba supuesto, ó si hubiere alguna plaza enemiga de tal forma situada que una vez tomados sus pasos, no sea fácil el socorro, áun cuando los enemigos tuviesen fuerza superior, procura ganar una marcha

para ocupar las avenidas de dicha plaza.

Si después que fuiste batido ó rechazado por el ejército enemigo no te hallas con tren de artillería, ó con lo demás necesario para atacar ó bloquear una plaza, mira si puedes sorprender alguna, correr porción del contrario país abierto, socorrer una plaza que diverso cuerpo de enemigos tenga sitiada, ó ejecutar otra empresa que certifique mantenerse tus tropas en respetable número y coraje.

LIBRO XIII.

DONDE SE EXAMINA LA CONDUCTA QUE DEBE TENER UN GENERAL DEL EJÉR-CITO QUE ACABA DE GANAR UNA BATALLA.

I.—Para extinguir en el alcance á los derrotados enemigos:—La primera caballería que destaques para seguir la derrota de los enemigos, sea si la tienes de aquellas naciones que por la ligereza de sus caballos, ó por el genio ó costumbre de pelear de los hombres, valgan más para combatir á la desbandada; pues no hallándose tan precisadas á mantener justa la formación, llegarán primero á los contrarios, se retirarán con mayor facilidad si son rechazadas, y la misma circunstancia de marchar dichas tropas de caballería divididas, hará que en menos tiempo cojan mayor número de prisioneros, porque muchos de los enemigos se retirarán esparcidos y sin orden.

En destacar sobre los fugitivos la tropa más á propósito para pelear á

la desbandada, encuentro la ventaja de que así conservas en tu grueso los cuerpos mejores para combatir en línea, si el ejército enemigo se rehace, ó si la batalla no estaba igualmente decidida por todo el frente.

De cuando en la de Cannas huyó una porción de la caballería aliada de los romanos mientras áun peleaba su grueso, escribe Polibio: «Asdrúbal hizo entonces una acción de maña y prudencia, porque viendo que tenía muchos númidas, el fuerte de los cuales era seguir al enemigo derrotado, los destinó al alcance de los fugitivos, y el mismo Asdrúbal, poniéndose á la cabeza de la infantería, marchó al socorro de los africanos.

Para seguir el alcance de enemigos derrotados en batalla si tuvieres aún el bagaje de tu ejército en el campo, le harás marchar con guardia de las tropas más fatigadas á puesto seguro, como es una plaza tuya, una montaña de difícil abordo, ó detrás de un río cuyos puentes domines. Con el bagaje irá también la artillería que puedas excusar, los soldados y caballos estropeados, heridos ó enfermos, á fin de poder con el resto de las tropas continuar el alcance con menos embarazo, que llevando uno y otro.

César para poder más bien seguir á las tropas de Verzingetorix, derrotadas en un combate cerca de Alexia, envió su bagaje á una montaña con dos legiones de guardia; y estando libre de aquel estorbo continuó el alcance hasta la noche, que llegó á picar la retaguardia de la infantería enemiga, no obstante que ella había sacado mucha ventaja en la retirada.

Si los enemigos tuvieren muchos días de marcha desde donde fueron batidos hasta país que los asegure, y hubieren de hacer precisamente dichas marchas por un solo camino, porque sean despoblados los otros y no hallarían víveres en ellos, ó porque en los mismos falten forraje ó agua; luego que hayas derrotado su ejército, enviarás en diligencia orden á todos los lugares que estén cerca del camino por donde los enemigos puedan retirarse, para que los que no tienen fuerza de impedir á sus tropas la entrada, lleven á las plazas próximas ó tantas leguas lejos, los ganados, víveres y bagajes existentes en dichos lugares, y que derramen ó quemen los aceites, vinos, granos, harina, legumbres, ó cualesquiera otros comestibles que sus dueños no sean capaces de poner en salvo dentro de tantos días, cuyo número determinarán tus órdenes por el cálculo que formes del tiempo que las partidas ó destacamentos de los enemigos necesiten para llegar á los expresados pueblos á recojer aquellos géneros, ó bagajes en que trasportar los que encontrarían en otra parte; cuyas diligencias hechas, los paisanos con sus hijos y mujeres se retiren á donde se libren del rigor de los enemigos; y á fin de que ejecuten puntualmente las órdenes, en ellas mismas les ofrecerás subsistencia en las plazas ó poblaciones á que vayan, reedificar las casas que los enemigos desolaren, pagar los víveres destruídos y el trasporte de los alejados, y empeñarte con tu soberano para que conceda á aquellas comunidades grandes privilegios y distinciones. Por otro lado los amenazarás en las citadas órdenes de quemar sus lugares, quitarles para siempre sus haciendas y castigarlos como inobedientes y desafectos á tu príncipe, si no se pone en exacta ejecución todo lo mandado; y la diligencia de romper los molinos, destruír los pozos, norias ó balsas cuando no haya en el país otras aguas, y quemar los forrajes que no puedan retirar, tanto la paja ó yerba recogida en las casas

ó amontonada en válagos ó almiares, como las mieses que estando ya cerca de su sazón tomarán fácilmente fuego.

Después de haber César junto á Autun derrotado á los suizos y puéstose ellos en retirada con más de cien mil hombres por el país de Langres, viendo César imposible á aquel número de tropas el hallar víveres sin la asistencia del país, adelantó orden á los de Langres para que pena de ser tratados como enemigos, no diesen subsistencia alguna á los suizos, que llegando á padecer una extrema necesidad por el arbitrio de César, se le rindieron.

Cuando tu ejército penetre por diversas partes las líneas enemigas, y siga con viveza á las derrotadas tropas, naturalmente se retirarán en distintos cuerpos y con diferente rumbo, esto es, cada porción de los contrarios por el camino más corto correspondiente á los costados, centro ú otro puesto en que se hallen: en tal caso infórmate del número de cada tropa enemiga por los espías, desertores, paisanos ó partidas que hayan observado su marcha, y haz sobre aquellos cuerpos igual cantidad de más gruesos destacamentos que prosigan el alcance hasta acabar de batirlos ó detenerlos en el tránsito de los desfiladeros; al mismo tiempo despacha un buen trozo de caballería que á toda priesa se adelante á ocupar algún puente ó paso, donde sea verosímil concurran los enemigos para incorporarse ó para introducirse en sus plazas; pues viéndose aquellos fugitivos por todas partes acosados, muchos desfilarán para desertar á sus casas, y los otros persuadiéndose á que en cada tropa tuya và todo tu ejército, no harán resistencia cuando los alcances.

De noche las tropas del alcance no hablen alto, ni los tambores toquen, ni se lleven pipas ó mechas encendidas, porque los enemigos reconociendo la cercanía no apresuren el paso, ó se formen á esperarlas en buen orden de combatir, ó porque observando el camino que llevas no te burlen tomando ellos otra vereda; antes bien convendría darles á creer por espías dobles, que tus tropas se encaminan por aquellos parajes que ellas dejan libres.

En caso de retirarse los enemigos en diversas tropas, si el país de su marcha fuere guerrero y afecto á tu príncipe, luego que ganes la batalla enviarás á los paisanos apretante orden para que acudan con sus armas á disputar á los contrarios los vados y desfiladeros, y á embarazar á sus partidas que se alarguen por los costados á recojer víveres. Mandarás también á los paisanos que rompan los puentes y retiren las barcas de los ríos, que los enemigos hayan de transitar; pues todo esto los detendrá algún tiempo, sea para vencer el estorbo, remendar ó construír los puentes, ó rodear camino, y entonces tus tropas consiguen lugar de alcanzarlos.

Los mejicanos que perseguían á Cortés en su retirada á Tlascala, adelantaron á los habitantes del país por donde habían de pasar los españoles orden para que se presentasen á retardarles la marcha, hasta que acudiese el ejército de Méjico, que se había detenido á solemnizar la sepultura de los hijos de su emperador Motezuma.

No sería malo que llevasen las referidas órdenes oficiales de tus tropas, nativos de aquellos mismos pueblos, á fin de que á su persuasión y bajo su conducta los paisanos obrasen con más puntualidad, valor y acierto.

Si uno de los enemigos cuerpos que se retiran del combate, yendo á ser alcanzado por tu caballería, tiene firme sobre una fuerte montaña ó en

algún lugar cerrado, la caballería no se meta en atacarle y conténtese de tomar los pasos para que la tropa enemiga no prosiga la retirada, interin que acudas con infantería, cañones y lo demás necesario sobre el pronto aviso que el comandante de la caballería te despache, con expresión de las circunstancias del terreno en que los enemigos pararon.

Cerca de seis mil infantes de los enemigos se retiraron de la batalla de Almansa á una montaña, cuyos pasos tomó nuestra caballería, hasta que acudiendo el señor mariscal de Berwick con más tropas, las de los contrarios se rindieron sin combatir, y de tal forma se evitó la pérdida, que seguramente hubiera padecido la caballería española, si en aquel terreno desventajoso para ella, hubiese atacado á la infantería contraria.

Seis mil romanos que se retiraron de la batalla de Trasimeno, se hicieron fuertes en una aldea de Toscana, lo cual sabido por Aníbal envió luego á Maharbal con los españoles y con la gente de armadura ligera, que reduciendo á aquellos romanos á la última necesidad los tomaron prisioneros.

II.—Precauciones para no ser batido en el campo ó en el alcance por enemigos derrotados que pueden rehacerse noticiosos de algún desorden de tus tropas.—Retirándose los enemigos en considerable número, aunque sea con gran desorden, procura no caer en el mismo con resbalar en la ánsia de alcanzarlos presto, porque podrían acaso rehacerse primero que tú, y de vencidos volverse vencedores, especialmente si sus tropas, por más ligeras ó por menos fatigadas en las horas precedentes á la batalla, son capaces de reunirse á su retaguardia, antes que las tuyas con tu vanguardia, ó si acostumbran pelear á la desbandada, y tu ejército sólo tiene práctica de combatir en línea.

Si el supuesto considerable cuerpo de tropas enemigas se retira del combate por terreno de bosques ó montañas, no basta que los destacamentos destinados á picarles la retaguardia se avancen poco y en buen orden, sinó que es preciso alarguen sobre frente y costados batidores sostenidos de pequeñas partidas, que avisen luego que hallen algunas de los enemigos: en cuyo caso es indispensable reconocerlas antes de empeñarse en un mal paso, por no dar en la emboscada que los enemigos pueden hacerte, más peligrosa por un flanco; pues allí sería menos tu oposición que en el frente.

De noche nunca sigas á enemigos que se retiran en grueso número, particularmente si no lucen las estrellas ó luna, ó si la oscuridad que aumentan los bosques impide á tus batidores de reconocer las cercanías del camino: cuando este fuese más desconocido á tus tropas que á los contrarios, se aumentaría tu peligro, aunque te halles provisto de buenos guías.

Sea de noche ó de día, si vieres que á pesar de tus providencias muchos soldados quedan á botinar en el campo, otros se adelantan con desmoderada ambición de alcanzar á los enemigos, y otros van atrasándose de la marcha por cansados, harás tocar la retirada primero que el desorden se aumente, y despacha partidillas de caballería con oficiales de bastante grado y juício, que se avancen á recojer las tropas desmandadas hacia la vanguardia.

Si los derrotados enemigos conservan razonable número y coraje, nunca tu ejército corre tanto peligro de ser batido como la noche siguiente al día de tu victoria, porque las vencedoras tropas se adormecen sobre la confianza y el cansancio: se abandonan á la alegría que de ordinario es el

preámbulo del desorden, y conciliado el sueño con la mucha comida y vino que halla en el campo de los enemigos, ó que compran á sus vivanderos con el dinero de la presa, quedan incapaces á la buena guardia; á veces los mismos contrarios tienen á prevención en su campo ó cercanías víveres en que el adversario ejército se cebe, y si no tropiezan en reparos de la conciencia, confeccionan la bebida de manera que pequeña cantidad emborrache.

Batieron los romanos junto á Agrigento al ejército de Hannon Cartaginés; pero entre la confianza y el cansancio se introdujo en los vencedores la negligencia, de la cual gozando Aníbal, que se hallaba sitiado en dicha plaza, salió de ella con su guarnición la noche del día de la derrota, y por encima de las líneas romanas se puso en salvo á media noche, sin que el ejército de Roma lo conociese hasta por la mañana: «No fué el grande Aníbal.»

III.—Premio á los que cumplieron. Castigo á los que faltaron. Recompensa á sus familias y á los estropeados. Atención con los heridos amigos y contrarios. Buen trato á los prisioneros.—Luego que veas juntas las tropas de tu vencedor ejército, les darás gracias y aplausos, y si habiendo salvado los enemigos el bagaje fuere poco el botín, recompénsalas con algún regalo aparte de las vencidas pagas, y anímalas á fenecer gloriosamente la guerra, mostrando que para en adelante deben esperar más útil que fatiga y mayor honra que peligro.

César después de ganar la batalla de Tapso, no contentándose de honrar á sus tropas con públicas expresiones de aplauso y agradecimiento, las llenó de dádivas propias de su liberalidad.

Mejorarás en el premio á los que se distinguieron en la batalla, para que tal ejemplar haga que en otra ocasión las tropas no se contenten de sólo cumplir el indispensable deber.

De Artajerjes después que ganó la batalla contra su hermano Ciro, escribe Diodoro Sículo: «Remuneró á los que habían cumplido con su obligación en la batalla, á cada uno según su mérito; declaró que entre todos el más distinguido y valiente había sido Tisafernes; así le honró con muchos grandes y ricos presentes, con la hija del mismo rey que le dió en matrimonio, y con el señorío de las provincias marítimas que antes poseyó su hermano Ciro.»

Marco Antonio puso á cenar á su lado á un sencillo guerrero que acababa de señalarse en una surtida de Alejandría contra las tropas de Augusto.

El castigo de los cobardes vale por una especie de premio á los valientes, porque la diferencia del trato dado á aquellos, certifica la distinción que merecieron estos, fuera de que los primeros continuarían en su culpa si no padeciesen pena; y así, cuando algún particular ó cuerpo cumple mal en la batalla, distíngase en el castigo como los otros en la recompensa.

En el arte militar de Onosandro hallo las palabras que siguen, hablando del general que ha ganado una batalla: «Recompense y honre á los que han obrado valerosamente, y castigue y note de infamia á los pusilánimes;» y más adelante: «Por este medio se abstendrán los unos de obrar mal, y los otros abrazarán como más ansia la virtud, impelidos del anhelo de adquirir honor.»

La misma razón que para distribuír más botín al que se distingue que al que solamente cumple, vale para no dar alguna parte de la presa á la tropa que no llegó á cumplir con su deber; y este es un oportuno medio término para cuando la culpa de dicha tropa sea visible, pero no muy considerable.

Después de la batalla solicita que se haga con brevedad la provisión de los empleos vacantes, porque si se dilata disgusta, bien que se consiga; pareciendo que se logra por lo antiguo del anterior despacho y no por el nuevo mérito, y aunque se debe atención á la primera circunstancia, no conviene formar de ella una indispensable regla; porque si nadie aguardase aumento sinó á fuerza de vivir, serían pocos los que diesen hacia el peligro un paso más que los puramente precisos para no perder la reputación.

Si los empleos vacantes no bastan para premiar á todos los oficiales

que se distinguieron, hay el recurso á los grados con sueldo ó sin él.

No es tan eficaz el castigo como el premio, porque este le aguardan todos, y aquél esperan los más evitarle con el secreto del delito, con la ausencia de la persona, ó con el auxilio de los protectores, opinión semejante á la de Diodoto Ateniense, hijo de Eucrates, razonando al pueblo de Atenas en favor de los mitilenios.

Puede ser excepción de esta regla el irregular genio de ciertas naciones, que por su rusticidad experimentes más sensibles al temor del castigo que á la dulzura de la recompensa, sobre cuya prueba me remito al último

capítulo del primer libro.

Las familias de los guerreros muertos adquieren indisputable derecho á la recompensa que se debería á aquellos si fuesen vivos; con que para ejercer un acto de justicia, de política y de piedad, serás en tu corte puntual agente de los hijos ó mujeres y hermanos de los muertos, oficiales ó soldados, con cuyo ejemplar los otros entrarán al peligro menos repugnantes, sabiendo que si pierden la vida, dejan en sus casas una ilustre memoria de su muerte, y á sus familias exentas de miseria y de las indecorosas consecuencias que ella trae.

Alejandro eximió de todo género de cargas y tributos á los hijos y padres de los soldados de su ejército que murieron en la batalla del Granico.

Cuidarás también de que sean curados con toda atención los heridos; pues quien se vió una vez medio abandonado en el hospital, hace lo posible para librarse de volver á él huyendo el riesgo ó desertando, lo cual acaso no practicaría si no fuese por este recelo; y la obra que aconsejo, te adquirirá la protección divina igualmente que la gratitud humana.

No solamente la piedad cristiana sinó también la política se interesa en recojer, curar y asistir de lo necesario á los heridos que los enemigos dejaron en el campo de batalla, ó tomaste prisioneros durante el combate ú

alcance.

Jenofonte refiere que su Ciro hizo curar con grande atención á los heridos de su enemigo y derrotado ejército caldeo, y que por tal medio se concilió aquel príncipe la benevolencia de sus contrarios, que luego efectuaron la paz y rindieron á Ciro servicios importantes.

Mídese por el valor del vencido la fama del victorioso; con que debes agradecer al enemigo la resistencia de la cual sale aumentada tu reputación, y dar al mérito, aunque sea de los contrarios, la recompensa á que siempre es acreedora la virtud. Alegó las siguientes razones al pueblo de Siracusa uno de sus más provectos ciudadanos, llamado Nicolás, aconse-

jando que se tratase con blandura á los capitanes Demóstenes y Nicías y a los demás atenienses que los siracusanos habían tomado prisioneros: «El usar de la victoria con humanidad, es más glorioso que la victoria misma: las que se logran con las armas, se atribuyen ordinariamente á la fortuna y al acaso; pero la dulzura y la clemencia en las prosperidades no pueden referirse más que á la virtud de los vencedores: usando rigor con el rendido, destruyes el concepto que él formó de tu piedad; pues aquél se entrega con esperanza de salvar la vida: la suerte de la guerra es inconstante, y no deberás esperar clemencia en enemigos cuyos prisioneros experimentaron impiedad en tu poder: si los enemigos trataron bien á los tuyos, la retribución es más débito que galantería; y si lo ejecutaron al contrario, brillará sobre su deshonor tu generosidad, y adquirirán el aborrecimiento de todas las naciones: no es culpa de las tropas que su príncipe te haga la guerra; y así, aunque ésta sea injusta, no deben padecer aquéllas la pena:» hasta aquí el siracusano; Astimacho y Lacón, diputados de los plateenses á sus vencedores los spartanos, decían: «Era preciso que hiciésemos lo que nuestros coligados los atenienses ordenaban; y de cualquiera cosa que un particular vuestro ejecuta en compañía de sus confederados, aunque sea injusta, la culpa no es de los que siguen, sinó de los que dirigen la injusticia.» Volviendo á Nicolás de Siracusa, representaba que: «el rencor á los enemigos era para ayudarse á vencerlos; pero que no debía pasar más allá de la victoria.»

Hasta las tropas de tu ejército desaprobarán el rigor ejecutado con los prisioneros, recelando experimentar el mismo cuando caigan en manos de los enemigos.

Alcidas, general de los lacedemones, comenzó á degollar á sangre fría los prisioneros, pero puso en libertad á los otros, cuando le representaron los samios, que por aquella rigorosa conducta, se le volverían contrarios hasta los mismos amigos.

IV.—Razones para hacer enterrar luego los cadáveres de ambos ejércitos, y para no mantenerse mucho tiempo en el campo de batalla las vencedoras tropas. Advertencias en cuanto á la forma de enviar á tu principe y á otros la noticia de tu victoria.—Porque el aire no llegue á infectarse y á causar una epidemia en el país ó tropas luego que ganes la batalla, mandarás que los paisanos de los vecinos pueblos acudan con zapas y palas á enterrar los cadáveres y los caballos y otros animales muertos, y destina personas que atiendan á que sean profundos los fosos ó pozos, para que poniéndose mucha tierra sobre los cuerpos, no los desentierren los perros, cochinos ó lobos ni el hedor transpire.

Irritaríanse tus súbditos de ver á sus compañeros insepultos, creyendo con razón que por descuido ó por desprecio tratarás de la misma suerte á los primeros cuando vengan á morir en batalla; y tu obrar con los muertos influye mucho para con los vivos; pensamiento y palabras que en este propio asunto me presta Onosandro; y Diodoro Sículo, refiriendo las consecuencias de la batalla del Granico, ganada por Alejandro Magno contra los persas, dice: «Hizo Alejandro enterrar magnífica y honrosamente los cadáveres de sus macedones, queriendo con esta diligencia animar los otros á servir con afecto en los venideros peligros.»

También harás dar sepultura á los cadáveres del contrario ejército, no sólo por la expresada razón de que no se corrompa el aire, sinó por ejercitar la piedad y adquirir el agradecimiento de los enemigos.

Después de la batalla de Isso mandó el mismo Alejandro enterrar los muertos, no sólo de su vencedor ejército, sinó también de los batidos persas.

Aun hecha la propuesta diligencia, no te mantengas en el campo de batalla, ni en sus vecindades, más días que los precisos para tomar posesión de la victoria y despojo.

Fué preciso al señor marqués de Lede conservar su campo de Francavila después de rechazar á los alemanes; pero creo que dicha precisión costó al ejército de España más de tres mil hombres, muertos de enfermedad por la corrupción de aire.

Si ganas la batalla en país ultramarino ó muy lejos de la residencia de tu soberano, despacha inmediatamente la noticia á los príncipes confinantes con la provincia de la guerra, mostrando como atención lo que es política, para que no concluyan alguna liga que tal vez tengan entablada con los contrarios, ó para que no se atrevan á negar lo que te convenga pedirles.

En dichas cartas puedes exajerar con prudente artificio la pérdida de los enemigos, como lo ejecutó César en España después de la victoria de D... Bruto contra los marselleses, por cuyo medio llevó César á su partido muchos españoles.

Exceptúa la propuesta máxima con príncipes que por la situación de su país ó por otras circunstancias de su Estado, sea natural abracen la amistad con el vencido, más presto que mantenerse neutrales ó hacerse amigos del sobrado poderoso vencedor; pues á tales príncipes convendría mostrarles tu victoria por la otra parte del anteojo, que la disminuya á su vista, porque, aunque días más ó menos, se publicará la verdad, puede bastar que se atrase el efecto de los primeros impulsos del temor de aquellos neutrales.

Por lo que mira á tu príncipe, no sólo de una batalla ganada, sinó de cualquier favorable reencuentro, le despacharás con prontitud la noticia: así por lo que puede convenir que le llegue presto, como porque tal vez su tardanza se construiría como pretensión tuya de una especie de independencia, la cual repara Comín Ventura haber sido fatal á muchos ministros.

Lo regular y justo es, luego que te asegures del buen suceso, despachar en posta un oficial de grado con carta en que por mayor digas al soberano lo que ocurre, y dentro de veinte ó treinta horas que hayas podido averiguar las circunstancias, particípalas con otro oficial que lleve los apresados estandartes y banderas.

Con las noticias de la resulta del alcance se despacha tercer oficial en

Todos los tres oficiales deben ser de mérito y capacidad y amigos tuyos; pues á más de que siempre la feliz noticia que llevan les facilita algún adelantamiento, en la manera de responder á las preguntas del soberano y de los ministros, pueden hacerte más ó menos buena obra.

Con uno de los referidos oficiales enviarás á tu príncipe copias de las

cartas que en el anterior párrafo se dijo escribieses á otros potentados, á fin de que tu corte vaya consiguiente con las noticias que les diste.

V.—Sobre aprovecharte del terror ó disgusto de las batidas tropas enemigas, para que se acaben de extinguir las que se libraron de tu alcance. Aviso para que las de algún aliado se aparten del ejército contrario.—Acabado el alcance, y con motivo de permitir á los enemigos que retiren algunos cadáveres de sus oficiales mayores, con sobreescrito de canjear prisioneros, ó con otro aparente pretexto, establece por horas ó breves días una tregua, durante la cual los más hábiles oficiales de tu ejército, y que tengan conocidos ó parientes en el adversario campo, adelántense á hablar con ellos, en la mayor proximidad que permitan las contrarias guardias avanzadas; y después de otros discursos digan tus oficiales á sus parientes ó conocidos que se lastiman de verlos en aquel estado preciso de acabar de perderse, que la honra no les permite mayor expresión, y que sólo á impulsos de la amistad ó parentesco pueden resolverse á prevenirles hallarse de tal forma tendida la red, que es imposible se eximan del cuchillo si dentro de pocos días no se rinde, ó se pasa á tus tropas aquel resíduo del batido ejército contrario.

El propuesto arbitrio de la tregua practícale solamente cuando no hayan bastado otros para aniquilar á los enemigos, ó por tan pocas horas que no pueda servirles para que se les incorporen las desbandadas tropas, para levantar el ánimo á las que tienen juntas, ó para otras providencias que

tal vez serían imposibles á menos de la referida tregua.

Si el contrario derrotado ejército se compone de tropas de varias naciones, será posible desunirlas de confianza y de fuerza, tratando secretamente con alguna de ellas que le dejarás franca la retirada como la tome oculta de sus aliados.

VI.—En cuanto á empresa contra las plazas enemigas después de una victoria. Breves avisos cerca de efectuar la paz sucesivamente á la ganada batalla, y tocante á la manera de tratar las tropas que despidas.—Tal vez será inútil ó peligroso continuar el alcance de los enemigos, porque después de pasar un río hayan cortado el puente, ó porque se retiren de noche ó sobre país quebrado ó desconocido á tus tropas; acaso estas excederán á los contrarios en tal número, que á más del destacamento que baste á seguirlos, te queden otras para la destinación que se ofrezca darles.

Si de cualquiera forma te sobrare del alcance un razonable número de combatientes, envíale por el camino más corto á tomar los puestos á la plaza sobre que medites, para que los enemigos no tengan tiempo de introducirle tropas, víveres, artillería, municiones y lo demás necesario contra un sitio, del cual no temiéndose los enemigos antes de perder la batalla, acaso estará mal abastecida la plaza, y atemorizados los defensores con la derrota de su ejército, es natural se resistan menos que en otra ocasión.

Cuando son muchas las tropas que te sobran del alcance ó después de fenecido este, repártelas sobre diferentes plazas enemigas para tomar unas por ataque y otras por bloqueo.

Supongo que para emprender á un tiempo sobre diversas plazas estén

de tal forma situadas, que puedas embarazarles los socorros y recibir allí sus convoyes las tropas que las embisten, como también que cada cuerpo ó destacamento de tu ejército sea superior á los enemigos respecto á la guarnición de la plaza, y conforme á las tropas que, mientras aquella se defiende, puedan juntar los contrarios, trayéndolas de otras provincias ó

reclutando su batido ejército.

Cada destacamento que llegue sobre una plaza enemiga, le pedirá la obediencia en nombre tuyo, procurando entregarse de la plaza primero que sus defensores pierdan el recelo de que dicho destacamento es vanguardia de todo tu ejército; y á este fin, cuando hagas los destacamentos, no se comunique á los unos la vereda de los otros, antes bien se dará á entender en cada uno que el grueso del ejército le sigue, y los comandantes de ellos amenazarán á los gobernadores de las plazas ó castillos con que no se les dará capitulación si no se rinden antes que todo el ejército se avecine: ya se ve que tal diligencia es inútil con plazas medianamente pertrechadas; pero puede surtir efecto con los pequeños castillos y con otras donde se halle un gobernador inexperto ó tropas nuevas, que intimidadas por la derrota de su ejército miren á salvar sus personas y equipajes, ó cuando la guarnición es menos fuerte que los paisanos, y amenaces á estos de talar y quemar sus plantíos y casas de campaña.

Si te parece que los víveres de la plaza ó plazas enemigas durarán más que los que puedas juntar en el país contrario y conducir del tuyo, ó si no te hallas con pertrechos y gente bastante para atacar á un tiempo dos plazas, sitía la más importante y fuerte, que sobre una batalla ganada por tí se rendirá más fácilmente, que cuando los enemigos hubiesen recobrado ánimo, reclutado su ejército, y perdido el tuyo porción de tropas en la toma de

otros puestos.

Aníbal, saliendo de Italia, volvía frecuentemente á mirarla, maldiciéndose por no haber ido en derechura á Roma luego que ganó la batalla de Cannas, como se lo aconsejaba Maharbal.

Refiriendo Solís que Hernán Cortés procuró pasar de paz en los dominios de varios pequeños príncipes que se hallaban primero que Méjico, dice: «Su dictamen era que se debía ir antes á la cabeza que á los miembros para llegar con las fuerzas enteras á lo más dificultoso.»

No por lo dicho quiero que fiado sólo en tu victoria empeñes el ejército sobre una plaza muy fuerte sin los necesarios pertrechos para atacarla; pues aunque el haber ganado la batalla puede contribuír á que los sitiados anticipen algunos días la rendición (abatidos por la pérdida de su ejército y desesperanzados de socorro), si la guarnición tiene honra, no se entregará sin brecha, y esta no se abre sin artillería, pólvora y balas, ni tu ejército subsistirá en el ínterin sobre la plaza sin buenos almacenes de víveres, y perderías acaso el tiempo que pudieras aprovechar en otras operaciones.

Gustavo Adolfo de Suecia, cuando hubo ganado la batalla de Lec, embistió á Ingolstat; pero viendo en la resolución de los sitiados y en las circunstancias de su ejército que no le sería fácil tomar aquella plaza, desistió de la empresa «por no perder el fruto de otras más breves y considerables conquistas» dice el continuador de Foresti.

Aunque el príncipe contrario no se halle en su capital ó en la de la provincia fronteriza, suele convenir tomar aquella, porque á su rendición sigue ordinariamente la de todo el país de su independencia. Es verdad que las cabezas del reino están por lo regular muy tierra adentro y hay dificultad para llegar á ellas; pero como una victoria tal vez allana estorbos que sin ella serían insuperables, acuerdo en este capítulo la ventaja de ocupar semejantes plazas.

El mejor fruto de la victoria es una paz útil y decorosa, porque se pone fuera de las contingencias futuras la ventaja conseguida en la suerte de las

armas.

Nunca se logra esta más honrada y provechosa que después de una victoria; porque los enemigos, disminuídos en fuerza y coraje por la perdida batalla, y temiendo peores consecuencias de la comenzada infelicidad, se resolverán á condescender en parte de las pretensiones de tu soberano.

Dichas pretensiones de tu corte deben ser proporcionadas al tamaño de tu victoria y puestas á confrontación de los peligros siguientes: La inconstancia de la fortuna tiene su trono en la guerra, donde un pequeño inexperado accidente basta para que el vencedor sea vencido, á pesar de su mayor número de combatientes, de las ventajas del terreno, y de las precauciones de una sabia conducta.

Siendo muy duras las condiciones impuestas á los vencidos, los animas á pelear desesperados, y tal vez formando valor de la necesidad sacarán del peligro la victoria; ó cuando reducidos al último extremo por tus fuerzas, acepten proposiciones en exceso perjudiciales, romperán el tratado siempre que se les presente ocasión, que buscarán de continuo, y lo violento no dura; en lugar de que acomodarían el ánimo á conservar otros pactos donde la moderación de tu príncipe templase el dolor de su desgracia.

Los neutrales se te volverán enemigos si no haces la paz, cuando comiencen á temerte sobrado pujante vencedor, y áun con los aliados tendrás el mismo peligro, porque unos y otros, á trueque de evitar la propia ruína, pondrán límites á tu engrandecimiento, y si necesitas las tropas contra nuevos enemigos, debes hacer la paz con los antiguos, aunque el proyecto sea proseguir la guerra contra ellos cuando te halles desembarazado de los otros.

Interin que trates la paz continúa las operaciones de guerra, no sólo para que los enemigos con apariencia de la primera no logren tiempo de reforzarse de tropas y de coraje ó de tomar otra oportuna providencia, sinó también porque prosiguiendo la guerra, el recíproco temor de sus imprevistos efectos hace que ambas cortes apresuren la conclusión del tratado.

Si entre lo capitulado y su ejecución han de pasar muchos días, procura entregarte de alguna plaza por rehenes, como creo decir en otra parte lo practicó el conde de Mercí, que ajustando con el ejército de España la evacuación de Sicilia comenzó por meter guarnición en Palermo.

Cleón, personaje distinguido en Atenas, orando contra los vencidos mitilenios, dijo: «La clemencia debe usarse más presto con los que podemos creer se nos mantendrán obedientes que con aquellos que mientras piden perdón conservan en el ánimo el dictamen de enemigos.» Con tales pueblos importaría la diligencia de arruinar las murallas de plazas que no determines guarnecer, y adquieras en consecuencia de tu victoria ó de tu paz tomar las naves capaces de servir en guerra, como las armas de los

paisanos, y tasar por una capitulación al príncipe enemigo el número de galeras, bajeles, tropas y plazas que ha de tener en adelante, la contribución que pagará el mismo y los rehenes que sirvan de seguridad para el cumplimiento de lo capitulado.

Si haciendo tu príncipe la paz, licencía algunas tropas extranjeras, procura enviarlas contentas, para que en otra ocasión que tu príncipe las necesite las encuentre prontas, ó á los países de donde son bien dispuestos á

dar otras.

El despedir á los extranjeros con buena gracia sirve también para que

no destruyan el país de tu soberano por donde se retiren.

Aun con las nacionales tuyas juzgo necesario guardar las convenientes medidas para que no se disgusten las reformadas, ni las que hayan de existir, porque sería injusticia mostrar ingratitud á los pasados servicios, luego que cese la precisión de recibir otros, fuera de que no hay paz tan estable que al fin de algunos años no se rompa, y escarmentadas las tropas en el mal trato sucesivo á la precedente guerra, se aventurarían cuanto puramente bastase para no faltar á su deber.

Nunca faltan ignorantes que considerando á las tropas como un mueble inútil en la paz, aconsejan que se les quiten las exenciones y prerogativas que gozaban en la guerra, con lo cual, en lugar de inclinar los paisanos á la milicia, inclinan los soldados al paisanaje, que gozando iguales distin-

ciones, gana más y fatiga menos.

Hablando Polibio de los romanos de su tiempo dice: «El ciudadano ó aliado á quien salvó un guerrero, le corona; y si voluntariamente no lo ejecuta, le obligan los tribunos; finalmente, el que ha sido librado honra durante su vida á su libertador, rindiéndole los mismos honores que un hijo á un padre. Por este medio se animan á despreciar los peligros, no solamente los hombres que están presentes pero también los que han quedado en las ciudades, porque los que obtienen semejante recompensa, á más de la gloria que reciben entre la gente de guerra, y de la reputación adquirida en los pueblos, asisten á los juegos y solemnidades públicas magnificamente adornados cuando se retiran á su país, no siendo permitido usar de tales ornamentos sinó á los que recibieron de los generales de ejércitos alguna recompensa ó testimonio de valor ó de virtud.

Si las tropas del tiempo de Polibio, salvando á ciudades enteras, en lugar de las distinciones expresadas experimentasen durante la paz ó retiradas á sus pueblos el aborrecimiento de estos, el desprecio de los tribunales, y áun la persecución de los jueces de sus territorios, oh qué pocos Scévolas produciría la antigua Roma!

VII.—Para que de la emulación de tus victorias no venga el desgraciarte con tu príncipe.—Tres peligros tiene con el príncipe, que no sea muy entendido y justo, el general que por sus victorias adquiere mucha fama. El uno es que el soberano, creyendo grande la obligación de la recompensa, eche por el atajo de desgraciar al acreedor.

El segundo riesgo es cuando el príncipe ama con tal ambición la gloria, que le parezca robada toda la que otros adquieren, así como el sol no

permite que á su vista muestren esplendor los demás astros.

El tercer peligro del vencedor es que el príncipe tema que de la excesiva reputación en las armas fabrique el súbdito algún partido para el reino. Averiguados ya los males, busquemos en lo posible los remedios.



Para evitar el expresado riesgo, pide alguna gracia, no tan pequeña que se deje creer mero principio de otras pretensiones, ni tan grande que tenga el príncipe repugnancia en concederla, y muestra quedar con ella contento; el no solicitar alguna, se reputaría tal vez por soberbia de querer como de justicia el premio sin la fatiga de buscarle.

Contra el segundo peligro hay el arbitrio de persuadir al soberano que venga à residir en el ejército; pues entonces él se apropiará el honor de los buenos sucesos; pero si no puedes conseguirlo, atribuye á sus acertadas preventivas órdenes y de sus ministros, á la conducta de tus subalter-

nos y al valor de tus soldados cualquier feliz éxito de las armas.

Don Pedro Fernández Navarrete aconseja que si experimentas en el príncipe algún despego, lo disimules, porque se atreverían á declarársete contrarios muchos que sin tal noticia te cortejan rendidos y hablan de tí

respetuosos.

Del impío ó tirano y no del justo príncipe leemos en las sagradas letras agitarse con los recelos áun en medio de las seguridades; pero el soberano justo y entendido, lejos de atormentarte por mal fundados temores, te servirá de escudo contra las falsas calumnias, conociendo que resultan de la envidia de tus glorias.

Que no basta servir á algunos príncipes con fidelidad y acierto, aunque ellos mismos lo sepan, si tienes la desgracia de que te aborrezcan sus ministros, lo muestra claro el pasaje de Achis con David, cuyo valor, fidelidad y mérito era conocido á Achis; pero con todo eso le echó de su ejér-

cito porque David no estaba en gracia de los Sátrapas.

Navarrete previene que aunque puedas lograr directamente del príncipe alguna gracia, la solicites por medio de sus validos, para que el mismo hecho los empeñe en tu protección, considerándote como su dependiente.

La victoria te hará muchos enemigos de los que en crédito y grado te eran iguales, y aun de los que inferiores en carácter aspiraban á sucederte

en empleo.

Para adormecer la enemistad que viene de la emulación de los iguales, no hallo mejor arbitrio que el que Navarrete propone de que no te dés priesa de adquirir de un golpe sobrados premios, que despertando mayormente la envidia de los ambiciosos, podrían ser causa de tu desgracia con el soberano; de cuya regla exceptuaría yo aquellos empleos que si hacen más envidiosos, también dan más fuerza para mantenerse contra ellos y vuelven dependientes á los que de otro modo serían enemigos.

Contra la de los súbditos ya dije otra vez que atribuyeses el logro de la victoria á la conducta y valor de tus generales subalternos y al coraje de las demás tropas, con lo cual recibiendo cada uno de tu mano la porción de gloria que le toca, no se malquistarán con la parte que te resulta

de la misma.

VIII.—Razones para tolerar constante y tranquilamente la que te parezca ingratitud de tu corte y la persecución de tus émulos.—Si las precauciones del antecedente capítulo no bastaren para librarte de la emulación de tus compañeros y de la desconfianza ó aborrecimiento de tu príncipe ó ministros; y si por consiguiente no te premian, si te tratan con despego, si sospechan de tu fidelidad, si te impertinencian en la manera

de tomarte cuentas, si no atienden á tus proposiciones, y finalmente si envían á tu empleo un poco digno jefe, ordenándote pasar á otro menos decoroso comando, tienes bella ocasión de hacer lucir tu virtud, desinterés, constancia y fidelidad, sólo con evitar el principio de entrar en algún intento de venganza, con lo cual acreditarías de verdaderas todas las falsas acusaciones de tus particulares enemigos, en lugar de que la heróica forma de confundirlos, es á fuerza de nuevos servicios que hagas á tu príncipe y á tu patria.

Rodrigo Díaz de Vivar, dicho el Cid, desterrado de su patria por falsas acusaciones de sus envidiosos, lejos de ejecutar alguna demostración de sentimiento contra Alfonso VI de Castilla, juntó un pequeño ejército de foragidos, con el cual, derrotando muchos considerables cuerpos de moros, envió parte de los despojos á Alfonso, y dió tales otras pruebas de constante fidelidad, que el rey, conociendo su inocencia, le volvió á llamar para fiarle el comando de sus armas; y en setenta y tres años de vida ganó el Cid sesenta y nueve combates contra los moros.

Si áun la propuesta diligencia no alcanzare á librarte de la persecución, espera con paciente fe el socorro del tiempo, en cuyo discurso á pesar de todo artificio, rompe siempre la verdad las tinieblas de la mentira, y aclarada entonces la malicia de las calumnias, brillará tu mérito sobre el oscuro campo de la contraria envidia, y zafándose de engaños la justicia, recaerá el castigo sobre los falsos acusadores.

Creo ciertamente (dice Polibio) que la naturaleza estableció á la verdad por diosa de los mortales dándole gran fuerza; pues aunque todos la ataquen y estén á favor de la mentira las conjeturas, la verdad no sé cómo se insinúa en el ánimo de los hombres, y sea mostrándose repentinamente ó manteniéndose largo tiempo oculta, al fin vence por su misma fuerza, y triunfa de la mentira.

A pesar de cualquier sentimiento, debe prevalecer en tí la fidelidad y la reverencia á tu soberano.

Los príncipes tienen largos los brazos y alcanzan á vengarse desde cualquiera distancia: ¿Qué harás con ofender al tuyo sinó aumentar el

riesgo de tu persona y envilecer el carácter de tu fidelidad?

Manteniendote fiel al ingrato Gobierno, hallarás en los creditos de la constancia consuelo para las ofensas de la fortuna; honrarán con lágrimas tu dicha los que acusarían á voces tu sublevación, y no te dejarán sin venganza las plumas de la posteridad, á la cual encaminan sus pasos los grandes hombres, que despreciarían las hazañas, si las creyesen tan cortas como la brevedad de sus vidas.

El verdadero mérito es premio y prueba de sí mismo; por eso no ha

menester de la recompensa por utilidad ni por testimonio.

El cardenal de Richelieu escribe que: «la paga de las grandes almas es la fama.» Que esta se aumenta á proporción que la recompensa disminuye lo muestra Cornelio Tácito en el pasaje siguiente: «Rehusó Tiberio los ornamentos del triunfo á Dolabela para complacer á Seyano, quien temía que fuese borrada la gloria de su tío Blesus; pero esto no hizo más que aumentar honra á Dolabela que había acabado la guerra africana con menos tropas de las que Blesus tuvo;» y en otra parte refiere el mismo autor, que Labión se volvió más recomendable por la injusticia de Augusto en preferir á Capitón para el consulado.

El que la recompensa no sea del caso para asegurar tu gloria, no sig-

nifica que despreciando aquella convenga retirarte del servicio del príncipe que te desatiende; eso querrían tus émulos: ¿por qué darles tanto gusto, ni irritar al soberano con una dejación que lleva por claro sobrescrito el despecho? Yo he reparado siempre que los cortesanos de buen juício, aunque otros más fuertes los rempujen de continuo, se mueven poco á poco, solicitando conservarse aunque sea en la grada última de la escala, porque pasando más adelante, les cerrarían el palacio, en lugar de que, manteniéndose de puertas adentro, tarde ó temprano descubren libre alguna escalera pública ó secreta por donde suben al paraje del cual bajaron.

LIBRO XIV.

ATAQUES Y BLOQUEOS DE PLAZAS, CAPITULACIONES Y TOMA DE AQUELLAS; CONTRA LOS SOCORROS DE LAS MISMAS: AVISOS PARA CUANDO SE HAYA DE LEVANTAR UN SITIO Ó DEMOLER Ó CONSERVAR LA RENDIDA PLAZA (1).

I.—Noticias del estado de la plaza que son precisas para no errar el modo de emprender sobre ella.—La reputación de las armas hace una gran parte de su fuerza, y aun del séquito de pueblos y potencias, súbditos y confinantes. Padece en el crédito el ejército que levanta un sitio cuando

⁽¹⁾ El marqués de Santa Cruz demuestra en este libro la misma erudición y la misma experiencia de la guerra que en todos los demás, y no obstante las circunstancias son aquí distintas. Escribiendo en el primer tercio del siglo XVIII, sólo le eran conocidas las obras de Poliorcética publicadas en el siglo anterior, ó las que, aunque fuesen más recientes, exponían métodos ya por entonces anticuados. Las obras de Vauban estaban en aquel tiempo inéditas é ignoradas, pues hasta 1737 no publicó el librero holandés Hondt su edición falsificada del famoso Tratado de ataque y defensa de las plazas. Esto no obstante, el método de ataque de Vauban le era conocido á nuestro autor, porque lo había visto emplear en el sitio de Barcelona de 1714, donde dirigieron los trabajos de ataque el flamenco-español Verboon y un sobrino de Vauban; habla pues, repetidas veces de paralelas, de baterías de tiro á rebote, pero no tiene ideas fijas, tal vez no distingue del todo las diferencias esenciales entre el método antiguo y el moderno, así es que al mismo tiempo conserva una porción de cosas, que ya eran antigüallas en 1726, pero que las había visto en obras tan reputadas como las de Floriani, Doguen, Freitag, Deville y Medrano. No es extraño pues, que hable á un tiempo de las paralelas y de los reductos plazas de armas, y que considere como usual la zapa del glasis protegida con candeleros de faginas, que Vauban había sustituído por la zapa doble con traveses, así como que no hable de los caballeros de trinchera, una de las más notables invenciones de Vauban. No extrañarán por lo tanto nuestros lectores que hagamos notables supresiones en todo lo relativo à detalles técnicos de este libro.

no se halla obligado por accidente, que no pudo ser previsto, respecto de que se arguye ligereza en el general que sin los pertrechos necesarios abrazó la empresa, ó flaqueza en las tropas que no la llevaron al premeditado fin.

Escribe Tucydides que los de Siracusa despreciaban á los atenienses después que estos levantaron el sitio de Ibla en Sicilia, y Diodoro Sículo, refiriendo las grandísimas dificultades que Alejandro Magno encontraba para la toma de Tiro dice: «Arrepentíase mucho de haber emprendido el sitio; pero el amor á su reputación le hizo proseguir.» En otra parte el mismo escritor: «Estuvo casi resuelto á levantar el sitio, y aunque para continuarle no halló entre todos sus amigos más dictamen que el de Amintas, determinó proseguir considerando la gran vergüenza que le resultaría de abandonar la comenzada operación.»

Es evidente el riesgo de padecer un desaire, siempre que no tengas muy individuales noticias del estado de la plaza, primero de resolver la forma de embestirla, porque los enemigos echarán voces que te inclinen al ataque de la que te importaría bloquear, y al contrario; ó por sus espías dobles te moverán á dirigir la trinchera y baterías contra el costado más fuerte, dando á entender que es el más flaco; y no basta decir que tus ingenieros reconocerán la plaza para determinar con acierto el paraje por donde se ha de batir, pues el cañón y fusil de los de adentro no permite á veces todo el examen preciso, fuera de que el estorbo suele ser interior, y entonces no es dable á los ingenieros descubrirle. Para mayor inteligencia de todos los cuatro puntos, atiende á los ejemplares siguientes:

Vespasiano bloqueaba á Jotapat, con esperanza de rendirla presto por falta de agua, de la cual efectivamente carecía la plaza: pero su gobernador Josefo, deseando ser atacado de viva fuerza, hizo mojar muchos vestidos y ponerlos en la muralla, para que destilasen á vista de los romanos el agua: creyeron los sitiadores que abundaban de ella los sitiados, pues la consumían en lavar la ropa, y así Vespasiano cambió el bloqueo en ataque, perdiendo en el útlimo gran porción de sus mejores tropas, que era lo que Josefo pretendía.

De semejante ardid tiene origen la ilustre familia de Bolafio; pues bloqueado por los moros un antecesor de aquella casa y estando ya inmediato á la precisión de rendirse por falta de víveres, hizo arrojar al campo de los infieles algunos corderos y bollos de pan, gritando á los moros que si no tenían que comer se lo enviarían los bloqueados: con que persuadidos los primeros á que la plaza se hallaba con bastimentos de sobra, levantaron el bloqueo.

Mucho contribuyó á que los turcos no tomasen á Viena un desertor de la plaza, que por lisonjearlos, dijo al visir que aquella capital estaba ya para entregarse, y que el ejército cristiano era sólo de
veinte mil hombres. Con esta noticia suspendió al visir el ya determinado asalto general y prosiguió
con menos ardor que antes las demás operaciones del sitio, cuyo tiempo que perdieron los turcos, ganaron el rey de Polonia Juan Sobieski y el duque de Lorena para aprontar el socorro que gloriosamente introdujeron con entera derrota de los sitiadores.

Atacando el emperador Carlos V á Metz, el gobernador de la plaza hizo artificiosamente caer en manos de S. M. imperial una carta que finjía escribir al cristianismo, ó bien al general de su ejército, diciéndole que no estuviese cuidadoso, respecto de que el emperador atacaba la plaza por donde la muralla era más fuerte, y frente á donde ya estaba concluída una buena cortadura, de cuyo artificio engañado Carlos V mudó las baterías á otro paraje, efectivamente más defensable que el primero, y perdiendo así el tiempo hubo de levantar el sitio por este y otros accidentes.

Los motivos y ejemplares dichos muestran que debes no determinarte á sitiar ó bloquear una plaza, si primero no averiguas muy distintamente la

calidad de sus fortificaciones, terreno y vecindades; el número de su guarnición, y la cantidad de artillería, municiones y más pertrechos de boca y guerra.

Convendría también saber la conducta del gobernador y la nación de

las tropas que guarnecen la plaza.

II.—Dicese la confrontación que debes hacer de las noticias del capítulo antecedente (y de algunos de los que siguen) con el número de tu ejército y de el de los enemigos, y con la artillería, municiones, víveres, agua, forrajes y dinero que puedes tener y necesitar durante el sitio ó bloqueo. Propónense algunos arbitrios contra las dificultades que ocurran sobre los referidos puntos; y se expresa el caso en que no es inconveniente que los enemigos pongan un ejército superior al tuyo antes que la plaza se rinda.—Hechas las averiguaciones prevenidas en el anterior capítulo, y los reparos mencionados en algunos de los capítulos siguientes sobre las circunstancias de la plaza que deseas embestir, consultarás con tu ingeniero en jefe, intendente y general de la artillería si de los géneros que expresaré bastarán seguramente hasta la rendición de la plaza, los que tienes ó puedes aumentar durante el sitio ú bloqueo, pues el emprender la operación sin tal examen, sería en grave peligro del buen éxito, y en seguro descrédito del buen juício.

El ingeniero dirá cuánto es preciso gastar en gabiones, faginas, saquillos á tierra para atronerar las paralelas más avanzadas, y los reductos, y en zapadores del glasis y trabajadores de la trinchera, según fuere costumbre pagarlos, pues con los últimos lo creo abuso, teniendo el soldado la misma obligación de servir á su príncipe con la azada que con el fusil: á los zapadores del glasis ya es justo se les bonifique algún interés, por el

gran peligro que se les añade.

El general de la artillería calculará también el caudal que se necesita para faginas, piquetes, gabiones y salchichones de baterías, tablones y maderos de esplanadas, y de apuntalar minas, saquillos á tierra para cerrar las galerías de las mismas; trasportes de municiones y víveres; machos para llevar agua á la trinchera, obreros extraordinarios, y otros muchos dispendios, cuyo detallo toca á dichos ingeniero en jefe y general de la artillería.

Sobre el referido cómputo de lo que el sitio puede naturalmente durar, te informarás de hombres prácticos si hay peligro de que llegue á faltarte el agua, que suele disminuírse mucho en algunos parajes con el calor del verano, y no haberla en leguas al contorno.

El ejército romano mandado por Flavio Silva, gobernador de la Judea, padeció suma incomodidad, sobre la plaza de Masada, porque no habiendo agua en aquellas vecindades, era preciso á los romanos ir á buscarla muy lejos.

El no encontrarse agua en las cercanías de Ursaona fué considerable estorbo á los antiguos para el sitio de aquella plaza.

Lachetes, hijo de Melanopo y Chareades de Eufileto, capitanes atenienses, conocieron que en el verano era inútil emprender contra las islas Eolias (de Lypari) por la carestía de agua; y áun habiéndolas atacado en el invierno, se retiraron sin tomarlas.

La falta de agua se remedia muchas veces abriendo cada regimiento

bastante número de pozos en lugares bajos; tal arbitrio es inútil donde el fondo se halla de peña, ó el agua salobre, ó sumamente profunda.

Recurriendo al expediente de los pozos, ya se deja conocer necesaria la anticipada prevención de cuerdas y pozales ó cubos, con especialidad

en los regimientos de caballería.

En el mismo caso de servirse tu ejército de pozos, tengan cada uno de ellos su continua centinela para que tus mismas tropas no los ensucien, ó

algún bárbaro enemigo no los envenene.

Suele haber algunas fuentes debajo del cañón de la plaza, y si no se hallan otras cerca, los sitiadores, aunque á mucha costa del trabajo y peligro, solicitan cortarlas pasando un ramal de trinchera entre ellas y la plaza, así para gozar de aquellas aguas, como para que los sitiados no las disfruten.

Una de las funciones más sangrientas que hubo en los Gelbes entre españoles y turcos, el año de 1560, fué sobre querer don Alvaro de Sande ocupar algunas cisternas que estaban fuera de la plaza y le disputó el bajá Piali, por saber que no tenían los cristianos otra agua, y efectivamente se rindieron por falta de ella.

En caso de la última propuesta operación, harás abrir balsas que reciban de aquellos manantiales cantidad suficiente de agua para la caballería fuera del alcance de los morteros de la plaza, porque los enemigos con sus bombas no corrompan el agua de dichas balsas ni maten porción de los caballos que vayan á beber en ellas. Si el manantial está debajo de la artillería contraria, se espalda y se comunica al ejército por medio de un ramal, que no embarace á los que sirven de comunicación de una paralela á otra, pues los soldados que de continuo van á beber, incomodarían á los de la guardia de la trinchera, que estando muy amontonados no pueden sortear las piedras y bombas de la plaza, menos que salgan de la misma trinchera, y entonces quedan expuestos al cañón y al fusil.

Cuando tienen los enemigos un ejército en campaña, necesitas conservar en el tuyo la caballería, y si para esta no hubiere forrajes, es imposible hacer un sitio. Así, primero de resolverle, te informarás de la convenien-

cia ó dificultad que haya para dichos forrajes.

Luís VIII de Francia dejó de sitiar á Tolosa, año de 1226, porque los albigenses defensores de la plaza habían labrado los prados vecinos á ella para que no hallase forrajes la caballería del rey, que era precisa en el ejército, respecto de que sus enemigos se aprestaban á poner otro en campaña.

Si las fuerzas campales de los enemigos no te obligan á mantener la caballería en el ejército sitiador, la destacarás á paraje en que pueda subsis-

tir, y de donde sirva para favorecer el paso de tus convoyes.

También para que sea menos la escasez de forrajes en tu campo, enviarás fuera de él (desde el principio del sitio) cuantos equipajes puedan excusarse en el ejército, porque los machos, bueyes ó caballos destinados al trasporte de dicho equipaje no consuman la paja, yerba ó pastura necesarias á la caballería que reserves contigo.

Con el intendente y proveedor general de víveres discurre si tu ejército logrará seguramente los que haya menester sobre la cuenta formada con tu ingeniero en jefe y general de la artillería en cuanto al tiempo que

será posible á la plaza defenderse.

Tal vez para franquear el paso á tus convoyes ó forrajes en el sitio ó bloqueo de una plaza, bastará que tomes los castillos, aldeas retrincheradas ó fuertes de campaña que los enemigos presidían en el contorno, acaso con el fin de que las guarniciones de aquellos pequeños puestos incomoden á tus vivanderos, ó á otra gente que sin gruesa escolta, vaya á salir de tu campo ó á entrar en el mismo. Un ejército subsiste incómodamente con los solos convoyes que le llegan de cuenta del príncipe, si diariamente no conducen vituallas al campo los paisanos ó vivanderos; como los más baratos y gruesos convoyes se trasportan por agua, resulta más preciso desembarazar la navegación de los ríos, ocupando las fortificaciones con que el enemigo los domina.

El rey Estéfano de Polonia, disponiéndose para el ataque de Vielicoluc, tomó primero los vecinos castillos de Vielisio y Usuviato, á fin de que sus guarniciones durante el sitio de la nombrada plaza no estorbasen los convoyes al ejército sitiador, y también para lograr franco el paso de la Dhuna y de otro río ó lago que el ejército regio tenía por la espalda.

El conde de Fuentes antes de embestir á Cambray con ejército de España, tomó á Chatelet porque los enemigos no saliesen de aquel paraje fuerte á causar algún estorbo á los españoles mientras el sitio de Cambray durase.

Cuando sólo pequeñas partidas enemigas puedan introducirse á embarazar el diario paso de tus vivanderos, forrajeadores, reclutas, correos y oficiales sueltos, especialmente sobre las avenidas por donde haya de ser el expresado tráfico más frecuente, dejarás de distancia en distancia una guardia de infantería bien retrincherada y algunos dragones; dichas guardias lleguen desde el ejército hasta la plaza ó país tuyo que no tenga ya peligro de enemigos, y de guardia en guardia serán escoltados los referidos transitantes una vez al día; pues si para cada tropilla de diez ó doce de ellos hubieses de hacer un destacamento del ejército, le fatigarías con exceso. A los correos que digan llevar prisa, ya se ve que se les ha de suministrar con prontitud la escolta. Tales guardias se apostan en parajes no dominados (porque los enemigos no las desalojen tomando las alturas superiores) y de por sí poco accesibles, para que áun después que se destaque una escolta, lo restante de la guardia baste á defender su reducto contra una partidilla de enemigos que pudiera espiar aquella ocasión. Cuando hay pasos muy estrechos se colocan allí los reductos; porque en los primeros no se aposten los enemigos á disputar el tránsito á las escoltas; y á fin de que pequeñas tropas de los contrarios, no se atrevan á insultar escoltas ó guardias, puedes poner algún regimiento donde terminan los reductos hacia tú país.

El año de 1708, que las armas de las dos Coronas atacaron á Tortosa, el señor duque de Orleans facilitó la seguridad de convoyes, vivanderos y pasajeros distribuyendo de la forma arriba expresada una guardia á cada media legua ó tres cuartos desde el ejército hasta Batea, que son ocho horas de camino, y en Batea estaba un regimiento para dar el socorro que necesitasen las guardias más próximas á aquel pueblo y más lejos del ejército que atacaba la plaza.

Si los enemigos tienen un razonable cuerpo de tropas á distancia de atravesar el paso de tus convoyes, no bastará el propuesto expediente de haberles tomado los castillos inmediatos, ni será practicable el de postar las guardias fortificadas de trecho en trecho; porque los contrarios se llevarían cada instante las que estuviesen algo lejos de tu ejército. Así, en tal caso, no emprendas el sitio menos que (según la positura del país y tu número de tropas) discurras posible y eficaz uno de los arbitrios que siguen.

Si no puedes hacer un destacamento bastante fuerte para obligar al de los enemigos á alejarse en cambio de muchas pequeñas guardias, retrinchera todas las tropas excusables de tu ejército en algún puesto seguro por la situación ó por la artificial defensa, y á propósito para que desde él, abriguen las referidas tropas el paso de tus convoyes contra las partidas que alargue el contrario destacamento, y estorben á este los víveres y forrajes.

Atacando Enrique IV de Francia la plaza de Laón, el ejército de la Liga se campó cerca para incomodarle; pero Enrique obligó á dicho ejército á retirarse, cortándole los convoyes por medio de destacamentos que á este fin hizo el rey, en especial de uno que mandaba el mariscal de Biron.

Cuando por desventajas del terreno, por falta de tropas ó por otro motivo sean impracticables todos los arbitrios hasta aquí propuestos, ordenarás á los vivanderos y comisarios de víveres, que al venir al ejército hagan alto en señalada plaza, villa ó ciudad vecina á él, hasta donde sean capaces de llegar sin riesgo, para proseguir desde allí, escoltados por un grueso destacamento que envíes á recibirlos luego que sepas haber muchos detenidos en la expresada villa ó plaza. Del propio modo impedirás que salgan del ejército los vivanderos, machos ó carros del tren de artillería y víveres, ó de oficiales particulares hasta que los acompañe el destacamento que va á escoltar á los otros. Advierto que el lugar en que se detenga el convoy esté bien guarnecido, y sea por sus fortificaciones ó situación, libre de un golpe de mano, como también hacia paraje al cual no puedan los enemigos avanzarse á cargar tus escoltas sin gran rodeo y peligro de que tu ejército los corte.

El general de la artillería y el ingeniero en jese que sobre tu plano y más noticias de la plaza expresadas en el segundo párraso del captíulo primero de este libro, habrán formado su cuenta de la trinchera, minas y baterías que se necesitan, hagan después el cálculo de los instrumentos de gastadores y minadores y de los tablones guarnecidos de hojadelata para cubrir al minador snterin que se introduce en la muralla, como de los puentes slotantes si los sosos son de agua.

Los mismos ingeniero en jefe y general de la artillería calcularán las municiones que necesitan para las tropas, baterías y minas, y los morteros y cañones precisos conforme á la cantidad y calidad de murallas que han de batir.

No há mucho que vimos à un mismo general atacar dos plazas sin el tren preciso para perfeccionar las brechas en el tiempo conveniente; así en la una llegaron las tropas al pié de la muralla, perocomo no tenían alas, no pudieron subir; la otra plaza se tomó haciendo los asaltantes escala de los hombros de sus compañeros. El lector puede considerar si el buen suceso debe atribuirse á la conducta del jefe ó al exceso de su fortuna y del valor de sus tropas.

La fortaleza de las plazas, la calidad y número de sus defensores y otras muchas circunstancias, hacen perder al sitiador más ó menos tropas. Consideradas, pues, las particularidades conducentes á tal asunto, consultarás con tus ingenieros y oficiales generales de mayor inteligencia si tu ejército es bastante numeroso para tomar la plaza sobre que meditas, y si

después de tomada te quedarán tropas suficientes para impedir que los enemigos la recobren, ó que sobre tu país consigan superabundante recompensa de la plaza que pierden; en cualquiera de cuyos dos casos debes abstenerte de la empresa.

Oi decir á varios oficiales generales, que nunca el rey nuestro señor se hubiera visto más embara zado que si, prosiguiendo el primer sitio de Barcelona, tomase la plaza el año de 1706, porque á poca más gente que perdiese de su pequeño ejército, apenas le quedaba la bastante para guarnecer aquel grande, guerrero y enemigo pueblo; y dominado el mar por ingleses y holandeses, como el país abierto por Milord Preterbourg junto con los paisanos que eran del partido austriaco, el rey se vería bloqueado después de conquistador.

No basta formar la cuenta de los pertrechos necesarios y tener caudal para comprarlos ó plazas de qué extraerlos, si estas se hallan muy lejos ó ultramarinas, ó si el país vecino á tu ejército no tiene los materiales y artífices convenientes para concluír con brevedad la fábrica de dichos pertrechos; y así es preciso anticipar el cálculo para que no se retarde el principio de la empresa.

El año de 1710, que el rey destinó algunas tropas de España contra la Cerdeña, atrasaron su embarco en Longón, porque fué preciso esperar de Italia ciertas piezas de madera para montaje de artillería que no se encontraban en la isla de Elba, ni había comprado un ministro que tenía en su mano dinero bastantísimo del rey; y del retardo expresado no resultó menos daño, que haber logrado la arenemiga tiempo de caer sobre nosotros después que se había principiado el desembarco, con que se desvaneció enteramente la empresa.

Para considerar si lograrás un sitio, no sólo debes hacer la cuenta de las tropas que hay en el ejército enemigo, sinó también de las que pueden agregársele mientras la plaza se defiende y volverle capaz (cuando no de atacar al tuyo) á lo menos de cortarte los víveres ó la retirada, si esta fuere precisa, por estrecho puesto en que se retrincheren los contrarios.

Equo Civilio, capitán de los volscos, perdió su ejército y reputación sobre Ardea, porque se puso á sitiar aquella plaza sin tener seguridad de lograr los víveres necesarios ni la retirada en caso que sus enemigos se reforzasen de tropas durante el sitio, como efectivamente sucedió; pues el ejército romano del cónsul Marco Geganio Macrino se le avecinó á tiempo que por falta de víveres no podían continuar los volscos la empresa ni enviar á buscarlos, ni retirarse, á menos de combatir en terreno desventajoso, conforme con infeliz suceso combatieron.

Demetrio Eucero, rey de Siria, atacando á Beroe, en lugar de tomar la plaza se vió precisado á entregarse á sus enemigos; porque Zizus, general de las tropas árabes, y Mitridates Sinaces, rey de los partos, enviaron grueso ejército, que ciñendo al de Eucero le quitó la retirada y agua.

Aunque sepas que los enemigos compondrán ejército más grueso que el tuyo ínterin que les atacas una plaza, puedes embestirla si se halla de tal forma situada, que ocupando tú las avenidas, cierres el paso á los socorros y no quede factible á los contrarios estorbarte los convoyes y forrajes, á causa de que habiendo gran distancia entre una y otra de dichas avenidas, los enemigos necesitarían de separar mucho su ejército para impedirte el desembocadero de todas, y así divididos se expondrían á ser derrotados, en lugar de que tu ejército marchando por el diámetro del círculo, llegará con prontitud á cualquiera de aquellos puestos que haya menester socorro, o por donde quieras sacar tropas ó admitir víveres.



A muchos oficiales que se hallaron en el ataque y en la defensa de Namur, oi referir que Luía XIV había tomado aquella plaza con menor ejército del que, en su oposición, mandaba Guillermo III de Nasau, y que este la había recobrado poco después con menos tropas de las que los franceses tenían en campaña, por estar la plaza de tal forma situada, que el que tomaba primero los pasos impedía el de los socorros y gozaba libre el de los convoyes y forrajes.

III.—Reflexiones que primero de resolverte á un sitio ó bloqueo debes hacer sobre si eres dueño de embarazar á la plaza los socorros; llevar ó construír sobre ella artillería de buen calibre; batir los flancos; poner accesible la brecha, y hallar oportuno camino para montarla y descenderla. Tócanse algunos expedientes para salir de porción de las dificultades aquí recopiladas.—Si te parece que no podrás embarazar á los enemigos que socorran frecuentemente la plaza, debes hacer la cuenta de que su toma será en extremo difícil, costosa y tarda; bien á nuestra costa lo enseñaron Ciari en Italia y Prast del Rey en España durante la última guerra de los aliados contra las Dos Coronas, cuyos ejércitos se encapricharon contra aquellos lugares en que las armadas enemigas tocaban; con que vinimos á atacar á un ejército entero por el estrecho frente de un villaje retrincherado.

Esta conveniencia de comunicarse con su ejército la suelen conseguir las plazas que dominan puentes encima de grandes ríos, interin que el general sitiador se determina á enviar al otro lado un cuartel ó á tomar la

cabeza del puente.

La plaza que esté rodeada por grandes barrancos y montañas, tiene facilidad para los socorros; porque si tiras la circunvalación por las alturas, abrazarás más terreno del que pueda tu ejército defender, y si por evitar este inconveniente conduces la línea á media ladera, quedará dominada de la cima que los enemigos ocupen.

Supónese que no es inconveniente el último referido, cuando los enemigos no son capaces de poner ejército que se acerque al tuyo, áun al favor de terreno ventajoso y del poco fondo de las tropas que guarnezcan

tu dilatada línea.

Hay plazas y castillos en parajes tan elevados, que no se pueden batir, porque las piezas no alcanzan con bastante fuerza, ó para que miren tan alto es preciso dar grandísima caída á la esplanada, de donde resulta excesivo trabajo y tardanza para poner de nuevo los cañones en su lugar; y si les atajas la retirada con un trincherón, como estando cuesta abajo reculan con extrema violencia, se rompen contra aquel estorbo los afustes; pero lo que más ordinariamente sucede, es que el pié de dichos castillos consiste en roca viva; y aunque puedas batir su muralla y tenga esta mayor altura que la roca, si el paraje es muy pendiente, las ruínas van rodando lejos, con que nunca llegan á formar subida para la porción que existe de peña, ni por consiguiente se logra brecha, como por tal razón experimentaron las tropas del rey en el ataque de Cardona.

Para salvar el primer inconveniente, las plazas colocadas en grandes eminencias se baten desde otras montañas que se hallen á tiro de cañón, y si el pié no es de roca, aunque se precipiten las más de las ruínas á fuerza de batir, queda montable la brecha; pero entre los sitiadores y ella suele encontrarse el estorbo de una peña cortada ó montaña tan pendiente,

que sólo se puede subir por alguna senda estrecha y de tales vueltas, que los asaltantes habrían de marchar un cuarto de hora debajo del alcance del fusil enemigo y sin el frente necesario para forzar la brecha.

Semejantes embarazos imposibilitaron á nuestros enemigos el tomar por fuerza los castillos de Monzón y Alicante en la guerra de la Liga contra las dos Coronas; pues de las montañas vecinas era fácil batir, pero no llegar al abordo de las brechas.

Hay otras plazas que presentan á la campaña un frente bien atacable, pero que por la parte interior corresponde á algún precipicio sobre cuyos flancos se cortan los sitiados, y pierden poco en la brecha.

Sucedió el caso á los venecianos, que después de ocupar la de Negroponte no pudieron bajar desde ella á la plaza, y levantaron el sitio.

Debes discurrir muy costoso el asalto de brecha cuyos colaterales flancos no puedas batir, porque el paraje de donde se descubren sea terreno inaccesible á tus cañones ó mar que no domines, ó laguna que no sufra baterías flotantes ni permita construirlas firmes, á causa de la mucha profundidad de su arena movediza ó lodo.

En otra parte diré que los turcos fueron rechazados de un asalto en Malta por la gente que les hizo perder un flanco que no habían arruinado; y cierto general, que vive, pudiera decirnos algo sobre este punto, después de los inútiles caros avances que dió á una plaza defendida por españoles, sin tener destruídos los fuegos de que la brecha estaba flanqueada.

El único remedio que hallo para en el propuesto caso, es descubrir con tu artillería el flanco á fuerza de batir la cara del baluarte por junto al ángulo de la espalda; pero si por aquella parte fuere de peña el bastión, queda impracticable el arbitrio; y áun sin el estorbo de la peña consumirás muchísimos cañonazos en descubrir el flanco por la cara, si los enemigos se anticipan á rebajarle, como últimamente lo practicó en la defensa de la ciudadela de Turín el hoy mariscal del imperio conde Daun; y el gobernador de Caller hizo lo mismo, previniéndose contra el sitio que debía ejecutar el conde de Boneval en la última guerra de España contra imperiales.

IV.—Considera si podrás librar á tus trincheras y baterías de dominación ó enfilada. Si encontrarás difícil su construcción por ser el suelo de peña ó arena volante; por hallarse luego el agua, ó por haber de venir desde muy lejos con trinchera, donde á los defectos del terreno se añade la falta de faginas. Repara también si las trincheras ó ejército correrán peligro de inundaciones artificiales ó naturales. En país de mal aire observa si concluirás la operación primero que llegue la intemperie, y en tierras frías antes que entre el invierno. Propónese tal cual expediente contra las dificultades referidas.—Mira si por ser muy estrecho el terreno de ataque y guarnecida de los enemigos alguna montaña que se avance al frente, quedarán las trincheras dominadas ó enfiladas.

Estas desventajas padecieron sobre Gibraltar las tropas de España siempre enfiladas ó dominadas en el angosto ataque de aquella plaza, de la cual se adelanta por un costado la montaña de Europa que los ingleses guarnecían, y no era accesible á los españoles.

Si el sitiador tuviese mucha artillería y municiones, pudiera construír baterías espaldadas hacia la plaza, y que arruinasen todas las que los enemigos coloquen sobre la montaña que flanquea las trincheras; pero si desde aquella el fusil alcanza, las baterías dichas nunca desalojarán á los

infantes que abran en la montaña una trinchera enterrada.

Aunque no haya la circunstancia de montaña que domine, si es único y estrecho el ataque, la toma de la plaza se experimentará costosa y tarda; porque para librar de enfilada las trincheras, es preciso doblar á menudo los ramales, y en sus frecuentes vueltas que hoy entendemos por el nombre de zig zag, se emplea mucho trabajo y se adelanta poco terreno; pero la principal dificultad consiste en que, si los otros frentes están libres de ataque y de escalada, asistirá en el costado embestido mayor número de tropas, tanto para hacer diariamente fuego contra los trabajos del sitiador, como para el tiempo de los asaltos.

Cuando corresponden al mar los flancos de la trinchera y los enemigos son dueños de las aguas, es necesario anticipar contra ellas algunas baterías para impedir que se acerquen galeras ó naves á enfilar con su cañón tus obras, como lo intentaron los ingleses mientras el señor marqués de Lede atacaba la ciudadela de Mezina, y luego que los españoles pusieron cierto número de piezas, se alargaron las embarcaciones enemigas que ha-

bían llegado á tiro de fusil.

Como es grandísimo el número de cañones de una armada naval, conviene enterrar bien tus baterías para presentar poco objeto á los tiros de las naves enemigas, y también porque siendo los tuyos horizontales harán mejor efecto. Si el cañón de la plaza alcanza á dichas baterías, ya se ve que

por aquella parte las cubrirás con espaldones.

Si el solo paraje por donde puede atacarse la plaza es pedregoso ó de peña viva, se halla gran tardanza y gasto en la construcción de trincheras y baterías; porque es necesario suplir la falta de la tierra con sacos de lana (que son de mucho coste, y embarazosa la conducción hasta el ejército) ó con gabiones llenos de tierra trasportada de más atrás de la trinchera, y para cien toesas de esta que en una noche se adelanten hallando la tierra en el mismo puesto donde se trabaja, no se concluirán diez toesas, trayendo la tierra de pocos pasos lejos, sea á hormiguillo ó de cualquier otro modo.

Otro daño en el suelo pedregoso es que las balas de cañón y bombas de los enemigos destrozan con las piedras que mueven más gente que con

su mismo hierro.

El suelo de arena volante (que no se conserva en gabiones, ni entre las faginas) obliga al mismo arbitrio de sacos de lana, ó al de tierra trasportada, menos en donde haya cubas, pues metida en estas ó en sacos puede servir de trinchera; pero tal expediente sólo vale para algún pedazo de ramal ó paralela donde se halle aquel defecto en el terreno, pues no hay sacos y pipas que basten para todas las obras de un sitio.

San Remy aconseja para en el caso dicho, que se llenen los gabiones con pedazos de faginas de leña gruesa, ó que la arena volante se mezcle en los mismos gabiones con estiércol de caballo. De estos dos arbitrios digo lo mismo que de el de sacos y pipas, y para llevar á la trinchera tanta fagina de los bosques y tanto estiércol del campo, mejor sería tomar la tierra que siempre se hallará en paraje más próximo; pero yo no resolve-

ría un sitio sobre ninguno de los mencionados recursos, y el mismo San

Remy propone los suyos únicamente para las baterías.

Cuando la arena es húmeda y por consiguiente pega una con otra y el viento no la esparce, basta revestir interiormente la trinchera con algunas faginas y piquetes y dar al parapeto suficiente declivio ó talú; pues aunque á veces se derroe una porción de la obra, se vuelve á levantar con la misma facilidad.

La banqueta es indispensable sostenerla con faginas y piquetes, aunque la arena se encuentre húmeda; porque no resiste al peso de los hombres.

En atacar por donde se halle arena de la última calidad expresada se disfrutan dos grandísimas ventajas: la una es que los soldados que abren una nueva paralela ó ramal en medio cuarto de hora se cubren. La otra conveniencia consiste en que las lluvias jamás anegan una trinchera de fondo arenoso.

En cambio de las referidas conveniencias suele el fondo de arena húmeda causar el estorbo de que á pocos palmos que se profunde mana el agua, tropiezo gravísimo cuando se trata de atacar un puesto que, por su mucha elevación, obliga á que la trinchera se entierre, no bastando tomar arena de más lejos para alzar el parapeto que de aquella materia se mantiene sólo hasta cierto punto de altura y peso, ó el mucho declivio interior que necesitaría para conservarse alto, imposibilitará á los soldados al acercarse á disparar.

Si más cerca del tiro de cañón de la plaza no hubiere colinas, edificios, caminos hondos, paredes, tapias ó vallados que te faciliten abrir la trinchera á una razonable distancia de la plaza, cuenta sobre un sitio algo largo y costoso, porque serán precisos más días de trinchera; en cada uno se pierde gente y se gasta dinero en trabajadores, gabiones y faginas, sobre todo cuando el suelo es de la calidad mencionada en el anterior párrafo, y necesario ir lejos á buscar fagina, porque el país vecino á la plaza no la

produce, ó porque los enemigos la hayan recogido ó quemado.

Cuando la tierra es buena, se construye sin faginas la trinchera, y es corto el inconveniente de abrirla fuera del alcance del cañón: sobre otros

reparos en cuanto á faginas véase el párrafo que sigue.

También es incomodidad, aunque no grande, el que tus soldados hayan de ir muy lejos á buscar leña para guisar, y cuando sea indispensable ejecutarlo, salgan con ellos oficiales para impedir que deserten, roben las caserías ó viandantes y corten árboles frutales, particularmente en tierras amigas.

Si cerca del ejército sitiador hubiere algún río y por más arriba á la orilla de éste suficientes bosques, poco importa que la fagina y leña estén lejos; pues basta destinar paisanos que la corten y echen al río en fajos y balsas, y tener junto al campo barquillos cuyos marineros con ganchos á la

punta de largos palos arenen dichas balsas y fajos.

En país de mal aire no ataques ni bloquees plaza que no estés muy seguro de rendir primero que entre la intemperie; pues la experiencia enseña que aquel en muchas partes de Italia y Levante y en casi toda la isla de Cerdeña mata á los que duermen una ó pocas más noches en tales países, que regularmente son los que se hallan en climas ardientes y situados en terrenos húmedos, ó cerca de lagunas ó de ríos que no corren bien, y sólo se libran de morir ó enfermar los hombres que se criaron en los mismos

lugares ó en otros de aire igualmente malo.

Si me dices que el marqués de Lede, pocos años há, estuvo sobre Caller y después marchó por la Cerdeña en los meses de agosto y setiembre, respondo que las cercanías de Caller son de aire mediano, particularmente el terreno donde se campó el marqués entre las salinas y el mar y en la colina de San Elías; y para los altos que hizo en las marchas desde Caller hasta Alguer procuró siempre que pudo, aceptar las eminencias y puestos sanos que le propuso el marqués de San Felipe, que de orden del rey había pasado á aquel ejército para arreglar este punto como práctico del país y para otras importantes comisiones políticas que no son de mi actual asunto; y con todas las referidas cautelas, fué raro el soldado que escapó de morir ó enfermar de contado ó meses después.

En países muy fríos no embistas plaza que no puedas tomar antes que entre lo riguroso de los hielos, nieves y lluvias, que harían perecer por enfermedad á la mayor porción de tus tropas, especialmente si estas fueren

de clima templado ó caloroso.

Contra el grande frío se hacen continuos fuegos en el campo, y á las tropas de la trinchera ó empleadas en otra parte á descubierto, se les distribuye aguardiente ó vino de cuenta del príncipe, y capotes como los que en cualquiera plaza practican las centinelas durante el invierno, con la diferencia de que estos deben ser más cortos, para que el soldado pueda manejar sin embarazo sus armas. La guardia que desmonta entregará los capotes á la que entra, y porque á menos de gran cuidado será mucho el desperdicio, se puede nombrar con algunos soldados un comisario ú otro oficial que atiendan sólo á esto, y recojan de los regimientos que salen los capotes que exceden al número de los soldados que montan, ó den á estos los capotes que faltaren por ser más numerosos que los primeros los segundos cuerpos. El ayudante de cada uno satisfaga al comisario con el recibo del otro ayudante á quien entregue los capotes con cuenta y razón, y los que el comisario encuentre faltar se cargarán al regimiento.

Los oficiales de guardia de la trinchera y de otros puestos, no permitan á los soldados que duerman; y oblíguenlos de tiempo en tiempo á pa-

sear para preservarse un poco del frío.

Campando en el invierno, ya se ve que en lugar de tiendas ó por fuera de ellas, es preciso hacer barracas cuyos lados ordinariamente se componen de palos entretejidos de fagina, y el techo de paja larga ó juncos; pero cuando no se contempla al país, las barracas se forman del maderaje y tejas de las aldeas vecinas. En el invierno que el ejército del rey estuvo al último bloqueo de Barcelona, casi todas las barracas eran de piedra y lodo ó ladrillo; y cubiertas de pedazos de hojas de pita, sobrepuestos unos á otros como las tejas.

Mira si los enemigos, atajando ríos ó rompiendo diques, pueden inundar tu campo ó trincheras, ó á lo menos el país del contorno, para imposibilitarte los convoyes y forrajes ó la retirada, en cuyo caso no debes emprender el sitio, si primero no te apoderas de las esclusas ó llaves de los diques, ó si no hallas otro expediente contra el mencionado riesgo, y contra el que (áun sin obra de los enemigos), suelen ocasionar las lluvias ó el calor, que deshaciendo la nieve de las montañas, motiva que los ríos salgan de madre y aneguen las vecinas campañas.

V.—Sobre no empeñarte en el sitio ó bloqueo de una plaza sin dejar á tu país bien asegurado contra importantes diversiones políticas ó militares. Dícese qué gente se defenderá con porfía y con cuáles tropas debes no emprender contra plaza que discurras de larga resistencia. Arbitrio para cuando no tengas fuerzas de rendir una plaza, cuya guarnición sea de grave incomodidad á tu país.—Antes de empeñarte sobre una plaza, deja bien provistas de gente, víveres y pertrechos todas las de tu príncipe que tuvieren peligro de ser embestidas, pues los enemigos no hallándose bastante fuertes para obligarte de otro modo á levantar el sitio, harán el de una de tus plazas, con el fin de precisarte á marchar á socorrerla, y si no lo ejecutas, se recompensarán de la que pierden con la que toman.

Atacando á Breda el ejército de España, intentó el conde Mauricio de Nasau hacer levantar aquel sitio amenazando con otro á diferentes plazas del rey; pero los españoles antes de empeñarse en dicha empresa, dejaron sus plazas en estado que podían aguantar largo tiempo, con que, prosiguiendo la operación, rindieron á Breda, sin que Mauricio lograse más que la muerte, ocasionada por el disgusto de no haber podido excusar tal pérdida.

Si los paisanos de las plazas que piensas atacar, son aguerridos y naturalmente enemigos de tu nación, ó de tu príncipe, debes imaginar que asistirán á la guarnición en cuanto puedan contribuír para la defensa, también llegará esta al extremo, cuando en las mismas tropas concurran las expresadas circunstancias.

En el penúltimo sitio de Fuenterrabía, no solamente los paisanos, pero también las mujeres, obraron monstruosidades de valor por no caer en manos de los franceses, de cuya nación es antipática la vizcaína.

Con igual ó mayor obstinación se defenderán los paisanos y tropas que se hayan rebelado á tu dueño; pues por más que en nombre de éste les ofrezcas olvidar su delito, el gusano de la conciencia les roerá la credulidad, y se descurrirán mejor asegurados en su defensa que en tu palabra, especialmente si no tuvieron para la sublevación algún pretexto que les parezca suficiente para la disculpa.

Pocos años há que vimos á los paisanos de Villareal, en Valencia, exceder los límites de la temeridad, haciendo un castillo de cada casa de su pueblo ya entrado por asalto, y no se disponían á inferir determinación los barceloneses, cuando las tropas del rey, en el último sitio, probaron penetrar en la ciudad sobre el mismo paso del avance, hasta que vieron aquellos habitantes que la clemencia del rey les daba lugar de prometerse, con una capitulación, la seguridad de las vidas y de no padecer un saqueo.

Poco menos será la resistencia de plazas cuyos moradores hayan cometido un público desacato contra el sitiador, aunque éste no sea su legítimo dueño.

También harás la cuenta de encontrar porfiada resistencia, si los defen-

sores profesan religión diversa que la de tu soberano.

Contribuye mucho para la buena defensa de la plaza el que las tropas de su guarnición hayan sido sitiadas otras veces, porque no las intimidan ni rinden los peligros, acaecimientos y fatigas de un sitio. En el de Barcelona, que hizo el señor duque de Vandoma, cierto regimiento que había obrado bien en campaña, se intimidó en la plaza de tal suerte, que fué pre-

ciso enviarle á Monjuich, con que se ve que la novedad del peligro, y no el

tamaño de este, hizo á aquel regimiento perder coraje.

Defenderase bien la plaza cuyo gobernador sea valeroso, amante de la gloria, incapaz de rendirse á tu soborno ó al interés de salvar su equipaje con una anticipada capitulación: bien hallado en su gobierno, porque á parte del servicio de su príncipe, se empeñará en la conservación de la plaza el gusto de su persona; práctico en ataques y defensas, y algo inteligente en las profesiones de ingenieros, artilleros y minadores; porque los de ellas, sabiéndolo así, trabajarán con más cuidado, y el mismo gobernador habrá hecho todas las provisiones y reparos oportunos para el mejor uso de sus murallas, contraminas y baterías; prudente, para no aventurar mal á propósito la guarnición en surtidas; querido de las tropas y del pueblo, á fin de que soldados y paisanos le obedezcan gustosos y prontos; sobrio, porque si no lo fuese, le acompañarían otros en el desorden, y lograrías un golpe de sorpresa mientras alguna guardia estuviese adormecida en el vino, y últimamente robusto y activo, porque su continuo visitar los puestos mantendrá en vigilancia las centinelas y en ejercicio los trabajadores.

Aunque excedas á los enemigos en algunos millares de hombres, si tu ejército se compone de muchas tropas nuevas, no le empeñes en ataque de plaza, que, por las razones dichas en este capítulo ó por otras, creas de larga resistencia; porque la duración y fatiga del sitio haría que la mitad de tu ejército se perdiese por enfermedades, enseñándonos cada día la experiencia, que los soldados nuevos en cualquier mediano trabajo enferman infinitamente más que los veteranos.

No sería menos tu pérdida por las deserciones, que el temor del peligro y el cansancio del trabajo motivan á tropas que no tienen experiencia

de uno y otro.

Si no tuvieres tropas bastantes, artillería, ó lo demás necesario para tomar una plaza cuya guarnición incomode grandemente á tu país, ó te embarace considerables designios, fortifica lo más inmediato que puedas á dicha plaza, un puesto ventajoso en que meterás las tropas, artillería, víveres y municiones suficientes para tener en brida y estrechar de comestibles á la referida plaza, sin el cual arbitrio necesitarías conservar siempre delante de ella un cuerpo de ejército.

Si la plaza de que trató este párrafo es marítima, se debe construír el propuesto fuerte donde buenas culebrinas que se pongan en él, dominen el puerto ó su entrada, para impedir á las naves contrarias aquel abrigo, y para que las tuyas le consigan en caso de borrasca ó cuando sobrevengan

superiores leños enemigos.

VI.—Plazas cuya toma puede considerarse fácil y útil, sea para demolerlas ó para conservarlas; exprésanse las circunstancias que deben persuadirte á lo uno ó á lo otro.—No hará larga resistencia la plaza que esté mandada por un gobernador inexperto, y que deslumbrado con la presunción del saber, que no tiene, rehuse dirigirse por los subalternos que pudieran darle buen dictamen; pues entonces ellos mismos (si el justo celo al servicio de su príncipe no los predomina), le dejarán correr al precipicio para vengarse de su vanidad, en lugar de que siendo consultados,

harían más común el empeño de una honrosa defensa, y entre muchos ha-

llarían más expedientes que el gobernador solo.

Si el gobernador es muy achacaso ó viejo, no podrá resistir á las fatigas del sitio, y queriendo los primeros días esforzarse al trabajo, tardará poco en rendirse á la enfermedad, y no podrá ver el estado de sus brechas, contraminas y cortaduras, ni las obras de los enemigos en el foso. Cierto es que un gobernador inteligente, aunque postrado en la cama, daría providencia oportuna si sus ingenieros y oficiales subalternos le informasen con distinción el verdadero estado del ataque y plaza; pero si dicho gobernador es mal visto, acaso los oficiales que le siguen le dirán que la plaza no puede más defenderse, tirando ellos á perderle ó salvar sus equipajes y vidas con una capitulación anticipada, á la cual tal vez le precisarán con varios coloridos pretextos, ó se amotinarán las tropas disgustadas del comando del jefe á quien aborrecen.

Tampoco llevará muy adelante la defensa una plaza guarnecida por tropas nuevas, ó que tenga paisanaje superior á la guarnición y desafecto

á su príncipe.

Si la guarnición se halla entre sí parcializada, los unos á trueque de que sean desairados ó batidos los otros, no los asistirán con el consejo ni con las armas, excepto en los indispensables casos de hacerse común el deshonor y el peligro, y tal vez preferirán á estos inconvenientes el gusto de la venganza.

En el libro tercero habrás observado varios motivos de persuadirte á que no hará porfiada resistencia la plaza cuya mayor parte de guarnición consista en tropas extranjeras, particularmente si están al sueldo de otro

soberano auxiliar del tuyo.

Plaza de muchos víveres, pocos hombres, cortas municiones, escasa artillería ó mala fortificación, es fácil de tomar por ataque, porque los víveres ya se ve no son defensa contra la fuerza del sitiador; pero el bloqueo resultaría largo; pues muchos víveres para pocos hombres bastan por dilatado tiempo.

El cardenal Bentivollo dice que el marqués Ambrosio Spínola, gobernador de las armas de Felipe III en Flandes, no tento por bloqueo la plaza de... sinó que la llevó fácilmente por ataque, hallándola poco guarnecida y mal artillada.

Siguiendo la propia máxima de embestir á los enemigos por su flaco y dejar inútil su fuerte, bloquearás la plaza que bien fortificada y guarnecida de tropas y pertrechos de guerra, tenga falta de vituallas, si conforme á su situación estuvieres cierto de poder cerrar el paso á sus víveres; pues de tal modo ahorras el gasto de reedificar las batidas obras, las municiones precisas para hacer brecha, y el destrozo que padecerían las tropas en el ataque y asaltos; y la mucha gente de la plaza que para un sitio de viva fuerza te sería de grave estorbo, en un bloqueo te ocasionará la ventaja de consumir más presto los víveres de los defensores, y en fin, quedan sin ejercicio, y sin provecho para los enemigos, los pertrechos de guerra que previnieron contra un ataque.

No siempre son de mayor importancia las plazas de más difícil toma, sinó las que hacen al caso para las ideas que tiene, y circunstancias en que se halla el conquistador. Es indable recopilar todas las que caben dentro

de lo posible; pero voy á formar el resumen de las más frecuentes que se presentan á mi ignorancia, y dividiré el asunto en plazas cuya toma conviene para demolerlas; algunas que importa rendir y mantener; y otras que será útil ocupar, dejando á los reparos de los anteriores puntos la resolución de guarnecerlas ó arruinarlas.

Conviene tomar una plaza para demolerla, cuando en manos de los enemigos es de estorbo á tus designios ó de incomodidad á tu país, y no puedas conservarla por no disminuír en demasiadas guarniciones el ejército, ó porque se halla de tal forma situada, que su recobro sería fácil á los contrarios, cuando se reforzasen de número ó tu ejército se apartase á otra empresa.

El emperador Carlos V tomó á Terovenne para demolerla, porque los franceses desde aquella plaza incomodaban la provincia de Luxembourg, y Ludovico VII de Francia destruyó las fortalezas del conde de Champaña que facilitaban los insultos y correrías contra la Francia.

Procura tomar y mantener la plaza que pudiera facilitar á los enemigos la entrada en tu país, si por una victoria ó por nuevos aliados, llegasen los contrarios á adquirir superiores fuerzas.

Lo mismo digo de una plaza desde la cual, penetrando los enemigos en el país de tus confederados, puedan obligarlos á mudar partido, para exi-

mirse de correrías y otras estorsiones.

Es ventajosa y casi precisa la toma y conservación de plaza, que facilitando á los enemigos el comercio con su país y aliados, embaraza que los tuyos ó las tierras de tu príncipe, suministren á tu ejército los convoyes, remontas, reclutas y otros géneros indispensables: doblarás la importancia de tomar tal plaza, si poseyéndola tu soberano, resulta contra los enemigos el mismo daño que te ocasionaban desde ella.

Por la razón expresada tomaron los holandeses á Huy, puesto que les embarazaba la comunicación con los franceses, cuyo rey, Enrique IV, acababa de unirse con la Holanda contra España; pero el conde de Fuentes, gobernador del País Bajo por Felipe II, conociendo igual el daño suyo que el provecho de los enemigos, si ellos mantuviesen dicha conquista, se la volvió á quitar luego.

Asimismo sería muy ventajoso rendir y mantener una plaza dominante sobre la provincia de que los enemigos extraen la mayor cantidad de dinero, remontas, víveres, armas, vestuario, municiones ú otro género de los

precisos para la continuación de su guerra.

Si hubiere alguna plaza de los adversarios que cubra tierras de otro príncipe, neutral ó amigo, pero poco de la interior confianza del tuyo, procura ocupar dicha plaza; pues quitándola á los declarados contrarios, logras tener en brida al enemigo oculto, el cual, viendo que franqueaste aquella puerta de su país, no se resolverá tan fácilmente á tomar el partido opuesto á tu soberano, aunque hubiese pensado ejecutarlo; y si no obstante le toma, la plaza referida te sirve de asegurar contra el nuevo enemigo las fronteras de tu príncipe, ó de facilitarte la entrada en las de aquel.

Hay plazas que ocupadas y mantenidas por tus armas te servirán de seguro gasto y de no fijo sabido provecho; pero es preciso conservarlas, porque desde aquel puesto no te hagan los enemigos considerable daño.

España gasta mucho dinero y tropas en la manutención de Ceuta; pero si tuviesen aquel puerto los moros, no podrían los españoles navegar el estrecho de Gibraltar sin continuos convoyes de naves

de guerra ó galeras, ni las costas nuestras vecinas á Africa se librarían de frecuentes desembarcos.

Si los enemigos ocupan en tu mismo país un puerto solo, á favor del cual puedan cómodamente hacer incursiones durante la guerra, contrabandos en la paz y ancorarse los corsarios enemigos para salir de allí á disturbar tu comercio, no hay gasto ni peligro que deba impedirte la resolución de tomar y mantener aquella plaza, con tal que sea posible conseguirlo.

Si fuere difícil conservar el puerto dicho, y estrecha su entrada, procura cegarle con afondar grandes y viejas naves cargadas de piedras, como se cegaron los puertos de Barbaroja en la isla de Elba y de Girgento en

Sicilia, para quitar el refugio á los corsarios.

Suele haber dilatadas costas de mar con un solo puerto en país, de cuyo comercio pueda sacarse grande utilidad, y resultar, á más de esto, la de tener tú abrigo y no los contrarios para los bajeles que frecuentan aquellos mares.

Si los almacenes de que ha de subsistir el ejército enemigo, se hallan en plaza que te sea posible tomar, embístela, aunque discurras que su rendición, más que la de otra plaza, te ocasione consumo de tiempo, caudales y gente; pues logrando quitar los almacenes á los enemigos, adquirirás á pequeña costa lo restante del país, porque las tropas contrarias habrán de internarse en el suyo para encontrar forma de vivir.

Una de las reflexiones de Guillermo III de Nasau es que el general emprenda sobre los almacenes del enemigo; y César abandonó todas las otras operaciones para atacar á Diraquio, donde Pompeyo tenía las provisiones de su ejercito, no obstante de prever Cesar que aquella plaza le haria porfiada resistencia.

Convendría fuese á principios de campaña el ataque de la expresada plaza, para que después de tomarla, te quedase tiempo de continuar los progresos, antes que los enemigos, al favor de la suspensión de un invierno, rehagan sus almacenes en paraje oportuno para impedir con su ejército las empresas, que sin aquella oposición proseguiría el tuyo.

El rendir la capital del enemigo reino ó de la provincia en que se hace la guerra, suele traer la buena consecuencia de que se entregue lo restante del país, excepto los puestos muy guarnecidos y sus inmediaciones.

Pero si la capital de los enemigos es muy poblada y afecta á su príncipe como la comarca, y si no tiene ciudadela y se halla lejos de tus plazas ó fronteras, no te aconsejo que pierdas el tiempo en conquistarla; pues (á menos de conservar allí un grueso cuerpo de tropas que para otras operaciones haría falta) no es dable defenderla de los paisanos y de los destacamentos contrarios; y áun cuando no aspirando á más conquistas, parases con todas las tropas en dicha capital, por corto que fuese el número de los enemigos, atravesándose entre ella y tu país, padecerías falta de víveres, remontas, reclutas, etc., porque los habitantes del contorno, por desamor ó miedo á tus tropas, ó por órdenes de su príncipe, alejarían de la jurisdicción de tus partidas cuanto pudiese aprovechar para la subsistencia de tu ejército. Si me dices que también este echará destacamentos que de grado ó de fuerza recojan víveres del país, respondo que en poco terreno serán cortas las vituallas que encuentren, y si se alargan, correrán gran riesgo de ser batidos por el puntual aviso que de su marcha y número da-

rán los paisanos, en lugar de que del movimiento de tus partidas casi nunca sabrán las tropas á quienes fuere desafecta la provincia.

Nunca más apretados se vieron nuestros enemigos, que las dos veces que llegaron à Madrid en los años de 1706 y 1710; pues del país que se les mantenía contrario no podían las partidas recoger víveres: de Cataluña y Portugal era imposible que les llegasen por la gran distancia y por la oposición de tropas y de paisanos afectos al rey que en Salamanca les tomaron un convoy que pasaba al ejército, y en Quintanal de la Mancha un grueso destacamento de caballería que iba á buscar granos; cuando no se hallaban los paisanos bastante fuertes avisaban à Vallejo, Cerezeda, Bracamonte ó á otros partidarios nuestros que les ayudaban á batir los destacamentos enemigos; pero los si del rey venían de pasar á medio día por un lugar, y llegaban á este los contrarios, hasta los piños de seis años negaban la noticia; con que en ambas ocasiones hubo de retirarse el ejército enemigo perdiendo mucha gente, y el tiempo que le bastaría para más sólidas conquistas, y que sirvió al rey nuestro amo para volver con sus tropas del sitio de Barcelona por Francia y ganar la batalla de Almansa, como también para reclutar despues el ejército, que batido en Zaragoza, fué vencedor en Villaviciosa.

Si el príncipe enemigo tuviere la inadvertencia de cerrarse en una plaza que te sea posible rendir, aunque á gran costa, y se halla de tal forma situada, que una vez tomados los pasos quede cortada al príncipe la huída, emprende sobre dicha plaza; pues cogiéndole, su país desmayará, y en las conquistas que después abrevies, encuentras abundante recompensa de los

gastos y fatiga que la rendición de la plaza te cueste.

Primero de resolverte á la propuesta operación, deberás hacer cuenta de que no habrá esfuerzo que los defensores omitan á vista de su príncipe y de la importancia de su libertad, y el mismo príncipe enemigo no se encerrará de propósito á sostener un sitio sin todos los pertrechos necesarios para adquirir honor con larguísima defensa, como lo consiguió en Barcelona el señor emperador viviente, cuando guerreaba por la adquisición de la España; pero puede suceder que el príncipe entre en la plaza (sin ánimo de mantenerse en ella) á reconocer su estado ó de tránsito á otra parte, y si con este aviso destacas tropas que de golpe tomen los pasos, tal vez la plaza no se hallará con los hombres, municiones y víveres precisos, y entonces, por más que la guarnición se ayude, la resistencia se experimentará corta, ó acaso no será plaza en forma la en que sorprendas al príncipe enemigo el camino de la retirada.

VII.—Avisos cerca de empresa contra plazas marítimas.—Penarás largo tiempo sobre una plaza marítima cuando no te halles con fuerzas navales para impedir los frecuentes socorros por agua.

Ostende, atacada de viva fuerza por tropas del Archiduque Alberto y de Felipe III de España, se defendió tres años, tres meses y días, á causa de la frecuencia con que los enemigos, más poderosos en bajeles, socorrían aquella plaza.

Algunos generales, no teniendo armada naval, atacaron plazas marítimas en tiempo de invierno, lisonjeados con la esperanza de que las borrascas de tal estación embarazarían á las escuadras enemigas la conveniencia de llevar á menudo socorros; pero semejante arbitrio no siempre alcanza, porque los contrarios, que tampoco ignoran las contingencias del mar y de los vientos, no aguardan que se halle la plaza en la última estrechez para despacharle con sus naves las vituallas, municiones ó gente necesa-

rias á la continuación de la defensa: así lo experimentamos á nuestra costa en el sitio de Gibraltar, y padecimos la pérdida de muchos hombres, muertos por las enfermedades que originaban las lluvias y el frío; daño seguro

en el expediente citado.

Cierto es que las naves no traen baluartes de refuerzo á los sitiados, y que por consiguiente, hallándose abierta la brecha, se puede tomar la plaza á fuerza de gente, que se pierda en los asaltos contra las muchas y frescas tropas introducidas por los enemigos bajeles; pero si los sitiados hacen su deber, se matarán tantos hombres, que las alegrías de la toma se agüen con los llantos de la pérdida. Son pocos los ejemplares que la historia suministra de plazas rendidas en las circunstancias con que el señor marqués de Lede tomó la ciudadela de Mesina á vista de la armada inglesa, que de la sola distancia de tres leguas, que hay hasta Rijoles, trasportaba las tropas que los defensores pedían; y no obstante los esfuerzos que el mundo sabe aplicaron las de España, no creo se lograría la empresa, si los sitiados no hubiesen tenido finalmente la desgracia de perder parte de su comunicación con el mar, á peligro de que totalmente se les cerrase.

Una de las primeras diligencias del conde Mauricio de Nasau para tomar á San Getrudemberg, como la tomó, fué juntar naves que cerrasen el paso á los socorros por la Mosa, sobre cuyo río, que allí corre con dilatado y profundo lecho, está situada la plaza, y vecina al mar.

Aunque seas muy superior en armada gruesa y ligera, si por los costados del puerto que has de atacar no hay surgideros tuyos, ocupa los que tengan los enemigos en aquella inmediación, y consérvalos bien guarnecidos y artillados, para que tus embarcaciones hallen abrigo contra un temporal, ó contra una escuadra enemiga que sobrevenga cuando el mal tiempo haya esparcido tus naves de guerra, á las cuales no será tal vez posible mantenerse ancoradas con una borrasca de travesía en la playa abierta, donde se hubiesen alineado; pues no siendo bahías muy seguras para todos tiempos, tus naves habrán dado fondo muy afuera, para conservarse en libertad de montar los cabos, y la misma circunstancia las deja más expuestas á los impulsos del viento: otra ventaja de la aconsejada práctica es impedir á los enemigos la grandísima comodidad, que lograrían, de ir depositando en dichos puertos sus ligeros convoyes, para introducirlos en la plaza, al favor de la proximidad, siempre que por una borrasca ó por diverso accidente se hubiese alejado tu armada.

Discurriéndose entre los generales de la liga cristiana (año de 1530) sobre atacar á Durazo, plaza marítima de los turcos, prevaleció el dictamen del general veneciano Vicente Capelo, que se opuso á la empresa, diciendo no haber en aquella costa seguros puertos amigos donde, en caso de necesidad, se pudiese recobrar la armada; y así pasando esta al golfo de Cataro, en lugar de Durazo, embistieron los cristianos á Castelnovo y le tomaron.

VIII.—Sitio ó bloqueo de plaza situada sobre lago ó río navegable.— Contra plaza situada á la orilla de un río navegable, la superioridad en armadas embarcaciones, de quilla proporcionada á la altura de aquellas aguas, te hará barato, breve y seguro el trasporte de víveres, municiones y más pertrechos, como facilísima la construcción de puentes; y cuando estos lleguen á romperse por máquinas de los enemigos, ó por violento curso de las aguas, aumentadas con las lluvias ó con deshacerse en el verano las

nieves, tus embarcaciones pueden socorrer con lo necesario al cuartel que se halle en la otra parte del río, ó retirar aquellas tropas, si todavía no están fortificadas, ó fueren pocas, á proporción del ejército que los enemi-

gos tengan forma de juntar para atacarlas.

Para ser dueño de la navegación del río, no basta la superioridad en leños armados, si no tomas los fuertes de campaña, castillos ó lugares cerrados que los enemigos ocupan en uno y otro margen, particularmente donde el río corre estrecho; pues el fusil de aquellos puestos impediría á tus embarcaciones el paso; y el tomarlos aprovecha también para que las tropas enemigas, que los guarnecen, no incomoden por tierra el tránsito á tus convoyes, forrajeadores y vivanderos.

Es difícil y cara de tomar la plaza que tiene franca la puerta á los socorros; y así es preciso no perder tiempo en rendir la cabeza del puente de los enemigos y fortificarte en ella, ó en pasar al otro lado del río un cuartel, que la bloquee y se retrinchere muy bien. Lo mismo ejecutará lo restante de tu ejército, por si los enemigos determinan caer sobre una de las dos porciones de él, particularmente cuando consigan romper tus puentes, de los cuales debe siempre haber uno por encima y otro por más abajo de la plaza, comunicadas en cada orilla las fortificaciones de ambos.

Por tres fines procurarán los enemigos romper tus puentes; el uno (si no eres superior en armadas embarcaciones) para que no impidan el paso á las suyas, que al favor de una oscura noche ó de una corriente fuerte, ó viento fresco, lleven socorro á la plaza, no obstante las mamposterías y cañones que hayas puesto contra el río. El segundo para que el puente, y sus redes de barca á barca, no detengan las pieles ó barriles que los enemigos entreguen al agua con víveres ó municiones. El tercer motivo, y de mayor consecuencia, será para caer sobre la mitad de tu ejército, sin que la socorra lo restante del mismo, que se halla de la otra parte del río. Con que necesitas precaverte contra las máquinas ó brulotes que puedan los enemigos despedir, para quemar ó romper los puentes, y contra las avenidas ó crecientes del río, que acaso los desbaratarían sin trabajo, y con provecho de los contrarios.

A fin, pues, de atajar el primer peligro, atraviesa por más arriba del puente una cadena, y por encima de ella tendrás algunas barcas sueltas, en que, á más de los remeros, haya hombres con garfios, botalones y arpeos, para detener ó apartar á la orilla los troncos, brulotes ú otra máquina, primero que llegue á fracasar la cadena; y por si tu artillería fuera capaz de echar á fondo la referida máquina, habrás puesto baterías de gruesos cañones, apuntados á la mayor corriente del río, que es por donde las máquinas ó brulotes vendrán, en especial cuando en la cercanía de tus embarcaciones armadas, y en la inmediación á tomar fuego, los abandonen sus conductores ó marineros.

Las barcas destinadas contra los brulotes, menos peligro tendrán, cuanto se avancen más hacia su avenida; pues trayendo ellos la salchicha ó mecha que prudencialmente se cree dure hasta que llegue al puente el brulote, no faltará su mina mucho rato antes. Cuando los expresados barcos le encuentren, atacarán á las chalupas de su remolque y á los hombres de su interior gobierno, y después le remolcarán á vararle contra tierra, ó, en caso que los altos márgenes no le permitan encallar, se le echan arpeos.

á la opuesta punta de cuyas cuerdas estén áncoras, que se dejan caer al agua ó se afirman en tierra, lo cual ejecutado, se apartan los barcos, para

no padecer estrago cuando la mina vuele.

Los troncos, si traen alguna rama, se agarran por ella con ganchos clavados en grandes palos; y si el tronco viene pelado, sirven los botalones y tridentes, para irles empujando hacia la orilla hasta que encallen. Así convendría que las barcas destinadas á detenerlos, residiesen en la más ancha playa, donde el agua insensiblemente va faltando por las orillas, corre con menos violencia el río en el dilatado lecho, y el fusil de partidas enemigas, que vengan costeando á sus máquinas, y detrás de algún ribazo se aposten á hacer fuego sobre tus barcas, no les causará tanto daño.

Por si una porción de los troncos, ó algún brulote, al favor de la noche, ó de la mucha corriente, se escapa de tus barcos avanzados, habrá en estos cohetes de varilla que, disparados, te sirvan de aviso para que los otros barcos más próximos á tu cadena, y tus baterías se apresten á lo que importare hacer. Los barcos avanzados pudieran también dar el señal con sus pequeñas piezas ó pedreros, y cuando no sean bastante fuertes para alejarse del abrigo de tu ejército, adelanta partidas de caballería, que por el expresado medio de los voladores, anticipen el aviso de venir por el río alguna máquina, cuya calidad puede significarse por el número de los voladores dichos; para que desde luego entiendas si es un brulote, una flotilla de embarcaciones armadas, ó sólo troncos que robó el río, ó que los enemigos echaron para fracasar tu puente. En caso del último arbitrio de partidas de caballería, haya siempre con ellas un oficial de mar, que sepa comprender lo que ve en el río.

Si temes que las expresadas máquinas vengan de la parte del mar, al favor del viento y de la creciente de la marea, que llegue por el río hasta la plaza sitiada, opondrás por más abajo de ésta, las mismas defensas hasta

aquí propuestas.

Las clavijas y pernos de las maderas, que forman el pavimento ó tablado del puente, sean de quitar y poner con facilidad; y haya siempre en cada puente un ingeniero enterado de su construcción, y número bastante de artífices y marineros para deshacer el tablado, quitar las maromas, levar las áncoras, y retirar á una ó á las dos orillas las barcas del puente desde que llegó el aviso de que viene por el río alguna considerable máquina de los enemigos, y mientras ella se detiene en tu cadena ó en los barcos que preceden á esta. El mismo arbitrario sirve para que una fuerte riada, no lleve ó desbarate el puente, ni le fracasen los grandes pedazos de hielo, cuando este empieza á separarse.

Los de Amberes, sitiados por Alejandro Farnesio, rompieron con ciertas máquinas de grandísimo tamaño, el puente que Alejandro tenía sobre el río Eskalda, y no halló aquel general para en adelante, a más de los precedentes arbitrios, otro mejor que el de rehacer el puente, con tal arte que pudiese abrirse en breve tiempo, á fin de franquear paso á las máquinas, que los enemigos volviesen á despedir con el mismo intento de romperle ó quemarle.

Los medios hasta aquí propuestos bastarán acaso para impedir que los enemigos metan por el río, y de fuerza abierta, víveres ó municiones en la plaza; pero no alcanzan contra los furtivos socorros de aquellos dos géneros, que al favor de la corriente de las aguas, y de la oscuridad de la no-

che, intentarán enviar á los sitiados, ni contra las cartas que, dándoles ánimo para continuar la defensa, valen por una especie de socorro.

Para evitar este inconveniente, atraviesa en el río, por más arriba de la plaza, una red fuerte, para que se detengan allí los pellejos, barriles ó cajas de municiones, víveres ó cartas; y debería llegar hasta el fondo, á fin de que no pasen por debajo de ella los buzos que lleven algún papel ó aviso á la plaza. De trecho en trecho de la parte superior de la red, pónganse encima de los corchos que la sostienen, campanillas guarnecidas en pequeños arcos de madera, con lo cual sonando las campanillas al tocar en la red el buzo ó los barriles, que en la oscuridad de la noche no se vieron, la gente de tus barcos se aprontará á recoger los barriles, metiendo primero de punta en el agua tridentes, ó arpones clavados en largas astas, para coger al buzo enemigo, antes que levante la red, ó la corte con un cuchillo que lleve á tal fin.

Si los enemigos, noticiosos de tu red, comienzan por echar al río, maderos que la rompan, á fin de que no se detengan en ella los víveres ó municiones, te queda el recurso expresado en el anterior párrafo, de que los marineros de tus barquillos, arrimen los maderos al margen hasta encallarlos, esperándolos más arriba de la cadena; pues discurro que más abajo de ella esté la red, y áun pudiera ponerse otra de barco á barco, ó de pipa

á pipa del puente.

Puede acontecer que sea imposible hacerse dueño de la navegación del río, porque los enemigos tengan ya sobre él más armadas embarcaciones de las que halles forma de juntar, ó por que más arriba ó más abajo de la plaza, que te importa rendir, hay otras que no eres capaz de tomar, y que dominando con su cañón y fusil aquellas aguas, dejarían á tu flota inútil, aunque superior.

En tal caso mira si es practicable extraviar por más arriba de la plaza la corriente del río, para que los sitiados no reciban socorros por agua, y para embestir el más débil frente de la plaza, que naturalmente será el que co-

rresponde al río.

Si el río corre por dentro de las murallas, y le apartas primero que sustituyan á las aguas otro reparo los defensores, que no supieron ó despreciaron tu intento de extraviarlas, pudieras entrar en la plaza por el que fué lecho del río, como ejecutó en Babilonia Ciro I, con la sola incomodi-

dad de llevar su tropas el agua á medio muslo.

Para obligar á un río á tomar otro camino, se comienza por abrirle un canal, cerca de donde viene más bajo el terreno, y después que el río haya divertido parte de su caudal en el nuevo lecho, y por consiguiente, perdido mucha fuerza en el antiguo, se ataja este con maderos encajados de punta, y detrás y delante de ellos faginas, piedras y sacos de tierra, con lo cual acabará de pasar toda el agua por el nuevo canal, que sea bastante ancho y profundo.

El arbitrio de extraviar un río que se comunique al mar, sirve también para quitar á la plaza los socorros marítimos, cuando los enemigos se hallan más poderosos en fuerzas navales, y la marea no sube cuanto basta

para que floten las naves, sin el socorro del agua del río.

IX.—Diligencias que suelen hallarse útiles cuando se ataca ó bloques

una plaza sobre comandante y defensores inexpertos, ó cuyo paisanaje tiene fuerza superior á las tropas de la guarnición.—Cuando la guarnición de una plaza es menos fuerte que los paisanos de ella, ofréceles conservar intacta su campaña, ciudad y privilegios, con tal que reciban luego tu presidio; amenazándolos, al mismo tiempo, con la ruína de sus casas de campo, jardines, viñas, olivares y ganados, para en caso que la plaza no se rinda sin esperar un sitio.

Los habitantes de Utrech resolvieron dar la obediencia al Cristianísimo, año de 1672, no obstante de estar aún las tropas francesas diez leguas lejos de aquella plaza, y de hallarse entonces en ella Guillermo III de Nasau, cuyas persuasiones pudieron menos que el amor de los de Utrech á los arrabales y casas de placer, que tenían en grande estimación, y recelaban destruyese el ejército de Francia si dlegaba este á ejecutar el sitio.

El tiempo más oportuno para hacer á los paisanos tal amenaza, es cuando todavía no retiraron de la campaña el trigo, vino, aceite ú otros considerables frutos, que no permitirás á las tropas tomar, hasta la negativa de la rendición de la plaza.

La bravata de que no darás cuartel á los que se intenten defender, sería ridícula practicada con tropas; pero suele servir para con paisanos.

Los turcos abreviaron la toma de Rodas por medio de ciertos billetes que introdujeron en la plaza, en los cuales amenazaban degollar á los habitantes que prosiguiesen la defensa; y les ofrecían buen trato si se entregaban luego: los paisanos aturdidos de la amenaza, casi tumultuariamente obligaron al gran maestre Felipe de Villers á que capitulase.

Aun entre los mismos oficiales de tu ejército dejarás correr la especie de hallarte con órdenes de la corte para tratar con el último rigor al pueblo que se defienda; pues algunos desertores, que siempre van á la plaza sitiada, ó los espías que pasen á la misma, llevarán á los enemigos la noticia.

Si la carta que escribes á los del gobierno político de la plaza, va por mano del comandante militar, ó de otro que apetezca defenderse, cierto es que tendrá oculto su contexto, como sucedió en el último sitio de Barcelona con monsieur Orri, pues hallándose aquel ministro con la suficiente facultad del rey, trató de la entrega de Barcelona con un diputado de la plaza, que vino á conferenciar en nuestro campo; y habiéndole monsieur Orri propuesto capitulaciones muy ventajosas para la ciudad, el diputado, restituyéndose á ella, publicó todo lo contrario; y así los barceloneses determinaron continuar la resistencia. Para evitar este peligro, mira si es practicable alguno de los expedientes que siguen.

El oficial ó tambor que envíes á la plaza con la carta para los del gobierno político, lleve diferentes copias de ella impresas; y si durante su detención en la plaza no tuvieron los enemigos la precaución de embarazar que los paisanos le hablen, cuando alguno le pregunte ¿qué hay de nuevo en el campo? responda (entregando una de dichas copias) que sólo sabe le despacharon con una carta de aquel tenor.

Llegando sobre Palma el señor caballero D'Asfeld con tropas de las dos coronas, año de 1715 ó 1716, Milor Forbis, que se hallaba en aquel puerto con algunos bajeles de Inglaterra, después de abocarse con D'Asfeld, pasó á la plaza, y de concierto con el virey marqués de Rubí, publicó no querer los españoles admitirla con otra capitulación, que á merced del rey, cuya voz excitó los paisanos á la defensa; porque habiéndose echado en el partido del señor emperador, temían ser castigados por el

rey nuestro amo; pero el caballero D'Asfeld envió á la plaza un oficial con cartas que prometían buena capitulación á tropas y pueblo, y mencionaban el perdón general de S. M.; y mientras el marqués de Rubí leía su carta, el oficial fué distribuyendo copias de la misma á diferentes mallorquines, que se hallaban en la antecámara, por cuyo medio se divulgó el contenido entre los paisanos, y estos obligaron á la guarnición á capitular.

Puedes también entregar duplicados de la carta á diversos paisanos de la plaza, que tus partidas hayan cojido al tomarle los pasos; pues como son comunes los intereses de dichos paisanos y los de los sitiados, es natural que los primeros avisen á los segundos lo que discurran conducente al bien de su pueblo.

Si de los paisanos, que tienes prisioneros, hubiere algunos entre sí muy conjuntos de amistad ó sangre, detén á los unos en rehenes de la entrega de la carta que prometieron los otros, advirtiéndoles que los rehenes serán castigados, si no te hacen constar que la carta se dió á quien tú la dirijías.

Con pretexto de parlarmentar, puedes hacer batir una llamada, y que durante la suspensión de armas algunos de tus oficiales digan á los paisanos de la muralla, ó de las puertas, la sustancia de las cartas de que habló el antecedente párrafo.

Si hay en la plaza un confidente, le tocará exparcir de noche papeles que publiquen el contexto de tus cartas, ó le comunicará en secreto á los

paisanos del gobierno, en quienes tenga confianza.

En plaza donde no tengas inteligencias, convendría poner al gobernador en sospecha de lo contrario; con lo cual, temiendo un interno movimiento, anticipara tal vez la rendición, ó le obligarían á esta los paisanos, irritados de que los trate con desconfianza, cuando sirven con fidelidad.

Por tal arbitrio del marqués de Mariñano, estuvieron las tropas de Carlos V muy cerca de tomar á Siena.

La dificultad es encontrar medios lícitos para conseguirlo; pues nunca la conciencia ni el honor permiten que expongas un inocente á perder la vida, mostrándose sospechoso en la fidelidad; y así búsquese arbitrio que deje al gobernador en recelo del común, sin que pueda concebirle de algún sugeto particular, (ó lo que es mejor) sirva sólo de precaución esta especie, para que un gobernador no se deje engañar por tal artificio de sus

enemigos.

Lo mismo digo sobre el expediente, que algunos practicaron, de fingir órdenes del general enemigo para que el gobernador entregue la plaza, procurando salvar la guarnición, respecto de no haber forma de socorrerla; pues tengo á semejante arbitrio por indecoroso, y sujeto á la perniciosa consecuencia de que los enemigos, á su turno, le practiquen; quedando así entablada una vil manera de hacer la guerra; y creo que los actores de los ejemplares siguientes, cuando ejecutaron lo que estos dicen, habrán tenido motivos y forma, que yo ignoro, para cohonestar el hecho y librarse del inconveniente de la, nunca lícita, mentira.

El marqués del Vasto, general de las armas de España, sitiaba sobre los franceses à Mondeví, año de 1543, y habiendo cojido una respuesta en que monsieur Botero, comandante del ejército francés, ofrecía à N... Drosio, gobernador de Mondeví, socorrerle presto, el del Vasto, contrahaciendo el sello y letra de Botero, escribió una carta en que parecía que este desahuciaba de todo socorro al gobernador, y la envió à la plaza como si fuese la misma que sus partidas habían tomado; creyolo así N... Drosio, y entregó luego la plaza.

Sitiando los cristianos á Tiro, vieron que volaba una paloma hacia la plaza, y habiendo logrado forma de cojerla, hallaron que debajo de la ala tenía atado un billete, en que el bajá de Damasco avisaba al de Tiro que no se rindiese, porque recibiría pronto socorro. Los cristianos, en lugar de aquel billete, pusieron otro que parecía ser del mismo bajá de Damasco, y decía á los defensores que no había socorro alguno para ellos. La paloma, vuelta á poner en libertad, llegó á su conocido palomar de la plaza, y leyendo el billete los que la esperaban, creyendo que efectivamente no serían socorridos, se entregaron. Eran, entre otros, comandantes de las tropas cristianas, Dominico Micheli, Dux de Venecia, y Varimundo, Patriarca de Jerusalén.

En el año de 1717, el entonces mariscal de campo marqués de San Vicente, habiendo sido destacado por el señor marqués de Lede para hacer el sitio de Castillo Aragonés, comenzó por abrir la trinchera la primera noche á menos de tiro de fusil de la plaza, con intento de atemorizar con la cercanía á los paisanos de esta, y en caso que ellos no se rindiesen, ideaba el marqués, en lugar de avanzar la trinchera, trabajar hacia detrás de ella una comunicación que le facilitase la entrada y salida de día; pero sin reductos, y sin diversidad de ramales que se flanqueasen unos á otros, etc. Los paisanos, que vieron á los sitiadores tan inmediatos desde el primer día, creyeron que al segundo estarían picando la muralla, y pensaron luego en capitular, como capitularon.

El pensamiento del marqués de San Vicente fué proporcionado á las circunstancias de la plaza, cuyos defensores no sólo eran inexpertos, sinó también de corto número; y así el marqués no temía que fuese atacada la gente de su trinchera mientras no había comunicación para sostenerla.

Los paisanos que se hallan sin experiencia de la guerra, se fían demasiado en sus murallas, por lo que toca á impedir al ejército enemigo la entrada; porque no conocen la fuerza de los cañones para abrir la brecha. Así los habitantes de Miravet y de otras casas fuertes, que en Aragón, Cataluña y Valencia usurparon el nombre de castillos, infelizmente resolvieron oponerse á ejércitos enteros.

La misma ignorancia que da á los paisanos demasiada confianza en la muralla, les ocasiona excesivo miedo al fuego que pasa de ella, como es el de bombas y el de balas que enfilen y dominen la ciudad; porque los paisanos creen ser mucho mayor de el que es contra la gente y habitaciones, el efecto de las balas de cañón y de las bombas; y temiendo por sus personas, mujeres, hijos, hermanas, ancianos padres, casas y muebles, anticipan la rendición por excusarse del extrago.

En la última guerra de la grande liga contra las dos Coronas, el mariscal de campo marqués de Saluzo tomó, por España, la obediencia de más de cincuenta lugares de la montaña de Aragón, sólo con enseñarles un pequeño mortero y algunas granadas reales que llevaba sobre machos; y yo, que ví el mortero, aseguro que estaba inservible.

El barón de Feltz, que atacaba con tropas de Felipe II de España el castillo de Massimi, defendido por gente del pontífice Paulo IV, y gobernado por Juan Orsino, hombre inexperto en la guerra, hizo poner sobre una montaña, de que está dominado el castillo, un cañón de madera (porque de hierro se hallaba imposible conducirle á aquel paraje) y mostrándole á Juan Orsino, como si fuese cañón de metal, se rindieron los sitiados sin otra averiguación.

Contra plaza en que los paisanos manden, importaría batir en brecha por donde, para hacer su cortadura los sitiados, tengan precisión de arruinar palacios ú otros edificios de gran coste, y de particulares ó comunidades, que puedan mucho con el pueblo; pues los dueños de tales fábricas, á trueque de no perderlas, se esforzarán á persuadir la entrega de la plaza.

El mariscal de Monluc refiere que defendiendo él á Siena contra el ejército de España, mandado por el marqués de Mariñano, lo que le dió más cuidado, fué el ver que Mariñano se resolvía á batir la plaza por el costado de la Puerta Vuile, en cuyo paraje estaban la casas muy vecinas á la muralla, y por consiguiente no había forma de hacer la cortadura, sin mucha fatiga, y sin el peligro de que se disgustasen los paisanos, por la demolición de sus edificios.

Si quieres tomar sobre la marcha un lugar atronerado, y no te hallas con artillería pronta, los asaltantes lleven faginas preservativas, con que se cubran hasta llegar á las tapias, ó pared de los enemigos: entonces las atravesarán delante de las troneras, porque los sitiados no hagan fuego, mientras otros soldados, que tengan los instrumentos necesarios, zapan dicha pared ó tapia, ó arriman un petardo á la puerta, ó diferentes á las tapias ó paredes; los granaderos arrojarán continuamente granadas dentro de la pared, para que los enemigos no se acerquen á recobrar las demás troneras, que porción de tu gente haya ocupado con las bocas de los fusiles. Destinarás una partida á hacer fuego contra las ventanas, torres y otros parajes, de que puedan ser incomodadas las tropas: no sería infructuoso que los soldados de esta partida, fuesen cubiertos de manteletes atronerados, para contrarrestar, á costa de menos hombres, el fuego de los contrarios.

X.—Regulares inconvenientes y ventajas de los bloqueos. Expresión de los que se discurren fáciles, y manera de ejecutarlos con acierto.— Suelen ser los bloqueos más costosos que los ataques, porque regularmente los primeros, durando largo tiempo, dan lugar á los enemigos para juntar ejército con que socorrer la plaza, ó corrompiéndose el aire, si no es grandísimo el cuidado en la limpieza del campo, se introducen las enfermedades; fuera de que no hay forrajes, ni víveres, que puedan bastar en las cercanías de un mismo terreno para subsistir muchos meses el ejército; y si se llevan á él desde lejos aquellos géneros, es considerable el gasto de los trasportes, especialmente cuando se hacen sobre carros, ó á lomo de macho, por falta de canales de ríos navegables, que sufran barcas para los víveres, y trozas y balsas para los forrajes y leña.

Gerónimo Frachetta, en el capítulo ochenta y dos de su Seminario de Gobiernos, dice: «Que un ejército grande queda en cierta forma desairado, gastando mucho tiempo sobre una plaza aunque la tome.» Y prueba Frachetta con la reflexión, que hace Tácito, de haber sido vergonzoso al rey de los partos, Bardanes, ocupar siete años contra Seleucia. Este inconveniente se encuentra de seguro en los bloqueos, menos que sean en extremo infames los defensores, ó que, por las diligencias que propondrá el presente control en control de la plaza.

capítulo, encuentres muy desabastecida la plaza.

Los pueblos cortos, y más los presidios y castillos, con pequeña prevención tienen víveres para muchos días. Es verdad que si en tales fortalezas no hay almacenes á prueba, se destruyen los víveres con bombas, como dirá el párrafo segundo de este capítulo.

Para bloquear las grandes ciudades, hallo el embarazo de que abrazando ellas un dilatado circúito, queda imposible á un ejército, que no sea

muy numeroso, cerrar todos los pasos al socorro, sin exponerse á debilitar de tal suerte el fondo, que los enemigos le penetren fácilmente, como se vió en el último sitio de Turín; y así nunca debes pensar en el bloqueo de semejantes plazas, excepto cuando sus pocas y precisas avenidas te den la comodidad que expresa el octavo párrafo del segundo capítulo de este libro.

Monsieur de Lautrech, general de ejército de Francisco I de Francia, pensó tomar á Nápoles por bloqueo, lisonjeándose con la esperanza de que presto faltarian constancia y víveres á aquella ciudad, compuesta de un pueblo inmenso y llena de tribunales, conventos y gente no acostumbrada á los padecimientos de la guerra; pero no pudo superar el inconveniente de la excesiva circunvalación; pues no siéndofe dable ceñir con bien guarnecida línea todo el gran recinto de aquella capital, cada instante salían tropas de la plaza que llevaban á ella los convoyes del mismo ejército que la bloqueaba, cuanto más los que dirigían á la ciudad los españoles.

Monsieur de la Mota, general de la artillería de España, desaconsejaba al conde de Fuentes la empresa contra Cambray, alegando que la gran circunvalación de aquella plaza volvería infructuoso el intento de estrecharla, y efectivamente le introdujo un socorro monsieur de Vigh, cuando estaba ya muy adelantado el sitio.

Es más arriesgado el bloqueo de una grande plaza, si hay dentro de ella tal cantidad de huertas, que sus continuas legumbres ó verduras puedan servir al pueblo de buena porción de alimento; ventaja que en el último largo bloqueo de Barcelona vimos haber disfrutado los defensores en sus dilatadas huertas, que al fin de catorce meses de cerrada la plaza, encontramos tan llenas como en el cultivo de la más tranquila paz; y un pobre hombre vive gustoso con una olla de coles ó de garbanzos, como tenga un poco de tocino, aceite ó sebo que poner en el agua con que se cuecen.

«Cuando la plaza es por su situación inexpugnable á la fuerza, no queda otro arbitrio que el de emprenderla por hambre», decía el tribuno Appio Claudio; con que á veces conviene recurrir al expediente de los bloqueos,

aunque se hallen costosos.

Muchos pretenden que si una plaza no tiene fuentes, ó buenos pozos manantiales se bloquee; y el bajá Pialí, luego que supo la falta de agua que padecían las tropas de Carlos V en los Gelbes, se redujo á bloquear la plaza, y la tomó por sed; pero en la precisión de no tener otra agua, se acostumbran los bloqueados á la de sus pozos, aunque sea insípida, ó apunte un poco en salobre; y cuando padece con extremo el último defecto, rara vez en las casas acomodadas faltan algibes que recojen agua de las lluvias. Si estás cierto de que no hay otra, y de que aquella no puede bastar largo tiempo á todos los defensores, bloquea la plaza en la estación que suelen ser menos frecuentes las lluvias, porque los algibes no se vayan reemplazando con ellas.

Suelen ser á propósito para bloqueos los años de estéril cosecha; porque habiendo de llevarse á las plazas los víveres de muy lejos, el embarazo y el coste harán, acaso, que no estén bien provistos los almacenes del príncipe y paisanos, especialmente si no has dado señas de pensar en dichas plazas hasta que un destacamento tuyo les haya tomado los puestos.

El tiempo más oportuno para bloquear una plaza, es poco antes de las principales cosechas, que todos los graneros de los paisanos están exhaustos, y poco abundantes los almacenes del príncipe; porque los proveedores, si

no les han dado muchísima priesa, esperan la inmediata cosecha para comprar á mejor precio los trigos, vino, aceite y más géneros de su cargo.

El Guicciardini dice que si durante la operación no se hubieran amotinado y retirado los alemanes, que servían con los españoles, año de 1528, lograría Antonio de Leiva la toma de Lodi por bloqueo, como lo intentó; pues no habiendo aún los paisanos recogido á la plaza los granos de la cosecha de aquel año, se hallaba dicha plaza falta de víveres.

Para que dentro de una plaza que piensas rendir por bloqueo, se hallen muchas bocas inútiles, no des el menor indicio de intentar contra ella, y tómale de golpe los puestos un día que por fiestas, feria, ó por otro motivo, acostumbre concurrir allí gran cantidad de forasteros.

Ordenarás á tus guardias que disparen hacia á todas las personas que vayan á salir de la plaza, particularmente si son niños, mujeres y otra gente que desanima, embaraza, come y no trabaja. Siempre es crueldad matar á aquellos inocentes, y así tus soldados pueden apuntar alto, para causarles temor y no muerte; pero si fiados en esta noticia, ó al favor de la oscuridad de la noche, prosiguen dichas personas hasta la contravalación, oblígalas con amenazas á volver á la ciudad.

Atacando el último señor duque de Orleans el castillo de Lérida, año 1707, y sabiendo la falta de víveres y de terreno que padecían los sitiados (porque la gente de la ciudad, temerosa del asalto que le dieron las tropas de las dos Coronas, había subido á refugiarse en el castillo) mandó S. A. R. disparar sobre cuantas personas fuesen á salir; y aunque el comandante príncipe Darmstat pidió que a lo menos se permitiese el éxito á niños y mujeres, S. A. R. no quiso concederlo, y el castillo se defendió poco tiempo, á causa del consumo y embarazo que tantas bocas inútiles ocasionaron.

Recibirás de tiempo en tiempo algún desertor sabidamente afecto á tu partido, para que te informe del verdadero estado de la plaza, particularmente si es hombre de distinción; pues entonces no creerían los sitiados que él se pasaba por necesidad, sinó por genio; y el obligarle á retroceder, sería lo mismo que enviarle á morir.

Por las dos expresadas consideraciones admitieron los señores duque de Populi y de Berwick á algunos sugetos afectos al rey nuestro señor, que de la bloqueada plaza de Barcelona vinieron al ejército que aquellos dos jefes mandaron, uno después de otro.

También puedes admitir desertores de tropas, cuando creas que minorándose el número de estas en la plaza, los paisanos quedarán superiores á la guarnición, y se rendirán á las diligencias que para en tal caso practiques, y expresó el primer párrafo del capítulo inmediato.

Lo mismo digo si el paisanaje fuere afecto á tu soberano, para en cuyo

lance me remito á los avisos del capítulo que sigue.

Pero no recibas desertores de las bloqueadas tropas, cuando los paisanos son enemigos de tu príncipe, y bastante marciales para sostener por sí solos el empeño de la defensa, como se vió con los de Barcelona, entonces obstinados contra el rey, y que no sólo resistieron á las incomodidades de un larguísimo bloqueo, sinó que aguantaron mucho tiempo á los peligros de un vigoroso ataque.

Muchas veces los oficiales que están de guardia en la línea de contravalación, admiten disimuladamente personas de la plaza, movidos á compasión por la miseria que los bloqueados representan, especialmente

cuando estos añaden al ruego la interposición de sugetos del país, amigos del oficial, ó cuando la directa súplica es de mujeres bien recomendadas por su mismo semblante; abusos que deben castigarse como perjudiciales al servicio, pero con más rigor si los envilece algún interés que el oficial

tome por franquear el paso á aquellos fugitivos de la plaza.

Si los paisanos de la ciudad fueren enemigos de tu príncipe, no los admitas á la obediencia por más que insistan en ofrecerla, antes bien, harás correr la voz de que, por algún anterior desacato cometido, intentas degollarlos; y entra en la ciudad espada en mano, con menos estrago que ruído, para que atemorizados se retiren al castillo, y le obliguen á rendirse por falta de víveres ó por clamores á la guarnición, á la cual se pongan superiores.

Si dentro de tu país conservan los enemigos una plaza, con la cual no pueda su ejército mantener comunicación, porque la pérdida de una batalla, el retirar un aliado sus tropas, ú otro accidente obligó á dicho ejército á abandonar las tierras tuyas, que antes ocupaba; y si la plaza es bastante fuerte para gastarte en un ataque mucha gente y municiones, empréndela por bloqueo, dejando á su vista, mientras estás en campaña, tropas superiores á su guarnición, para que esta no salga á buscar víveres, y retrincheradas, porque algún furtivo destacamento del ejército contrario no las bata.

Para que los paisanos, movidos por interés ó afecto, no lleven á la plaza

víveres, lo prohibirás por un bando, bajo pena de la vida.

Si cuando te retires de campaña no se ha rendido la plaza, con las tropas de su bloqueo, y con otras de mayor número, formarás un cordón de cuarteles en los más vecinos pueblos de la circunferencia de dicha plaza, habiendo talado cuanto en la inmediación de la misma pueda servir á los bloqueados. A cargo de la gente de los cuarteles quedará el tener siempre á vista de todos los frentes de la plaza partidas de caballería, y echar continuas patrullas de un cuartel á otro, para que por ningún caso la guarnición halle arbitrio de salir á tomar víveres, ni de que sus amigos ó confidentes los lleven, sin que, por el aviso de las partidas y patrullas, acudan á estorbarlo las tropas de los cuarteles.

Así tomaron los españoles á Tortosa contra los franceses, en tiempo de Felipe IV de España, poniendo en Flix, Miravet, Falset y Perelló tropas que, cerrando el paso á los víveres, motivaron la rendición de la plaza, la cual no podía comunicarse con su ejército, porque este había acudido á las urgencias de otra frontera.

XI.—Advertencias para cojer desprevenida una plaza de los enemigos, y expresión de lo que debe ejecutar el destacamento que adelantes á tomar los puestos.—El caer sobre una plaza desprevenida, es adelantar la mitad del tiempo de rendirla: todos los oficiales versados en la teórica y práctica de las defensas, confiesan que después de pensar muchos meses en lo necesario para ellas, cuando llega un sitio, hallan que olvidaron muchas cosas convenientes, y que no basta la cantidad de las que discurrieron precisas: considera qué será cuando en la plaza no se esperaba el sitio.

Para encontrar mal provistas de tropas las plazas enemigas, no des indicio de emprender sobre alguna, y muéstrate resuelto á librar presto una batalla al ejército contrario, á fin de que este se refuerce con parte de

tropas de las guarniciones; en cuyo caso, medirás bien las marchas ó movimientos, para tomar los puestos á la plaza que te convenga, primero que se

le restituya la gente de su presidio.

La dificultad es que los enemigos no se dejarán engañar por las apariencias de próxima batalla, si observaron que hiciste las necesarias prevenciones para un sitio, y es imposible ocultarlas, menos que tengas en la frontera tantas plazas, que basten á disimular el aumento de artillería, municiones, instrumentos de gastadores, sacos para tierra, etc., poniendo á cada plaza porción de estos géneros, con semblante de pertrecharla, por lo que pueda resultar de los accidentes de la guerra. Los almacenes de víveres no causarán á los enemigos gran sospecha (especialmente si los colocas donde poco más adelante diré), porque las mismas vituallas consume el ejército, aunque no haya de atacar plazas. En estas debiera haber siempre, en tiempo de guerra, la reserva dicha de municiones, artillería y víveres, aunque la actual idea tuya fuese de combatir al enemigo ejército, y no de atacar plazas; pues que faltando la anticipada referida providencia, si ganas una batalla, poco fruto sacarás de la victoria, y si la pierdes, lograrán los enemigos la toma de tus plazas, y de todo el país de su dependencia.

Si no tienes en la frontera de la guerra plazas bastantes para contribuír al propuesto disimulo de almacenes, queda el arbitrio de colocarlos, donde parezca se dirigen contra otra plaza, distinta á la que piensas embestir, ayudando tú esta apariencia con todas las exterioridades capaces de vol-

verla creible.

Puede ser que indecisos los enemigos en la sospecha de la plaza que atacarás, mantengan todas las de su frontera en la igual posible medianía de guarnición y pertrechos, hasta lograr con el tiempo, más claras conjeturas de tu idea; en tal caso áun proseguirás el fingimiento, llegando á tomar los puestos (1) á la plaza, que no debes atacar.

Si los enemigos, no creyendo algunas de las ficciones aconsejadas, pertrechan bien la plaza de tu proyectado sitio, y dejan mal prevenida otra, cuya rendición te pueda ser conveniente, embestirás la última; pues el defenderse las plazas más ó menos, tanto consiste en su guarnición, artillería

y municiones de boca y guerra, como en sus murallas.

Tal vez meditarás desde la paz ejecutar un sitio que dé principio á la guerra, para en cuyo caso, la primera diligencia es hallarte prevenido á

guerrear, antes que los contrarios estén dispuestos á lo mismo.

Si cuando piensas en el sitio está ya declarada la guerra, te queda el arbitrio de anticipar á la operación un destacamento, que pongas en campaña, primero que salgan á ella tu ejército y el de los enemigos, ó número de estos superior á dicho destacamento, á cuyo cargo estarán las comisiones que siguen.

Adelantarse á ocupar los puestos de la plaza, que resuelvas embestir, y llevar oculta la marcha; y emboscándose por la noche á razonable distancia de la plaza, muestre al amanecer una sola partida; pues tal vez saldrán los enemigos á cargarla, y los cortará su emboscada. Y si el gobernador es



⁽¹⁾ Lo que el marqués de Santa Cruz llama tomar los puestos, se dice hoy acordonar la plaza, y muchos dicen con galicismo Embestir la plaza, hacer la embestidura. (V. Dicc. Almirante.)

imprudente, puede ser destaque sobre tu partida tantos hombres, que per-

didos ellos, no le queden bastantes para defender su plaza.

En caso que tu destacamento sea bastante fuerte, envíe por la noche una partida de caballería, que se embosque hacia el lado de la plaza opuesto al en que ha de estar la gruesa emboscada, á fin de que dicha partida tome los más preciosos muebles, que sin duda sacarán de la plaza los. habitantes, cuando vean que van á ser atacados, y antes que tu ejército llegue á cerrar todos los pasos. También sirve la expresada partida para que, por temor de caer en otras, no salgan de la plaza muchas personas inútiles para su defensa.

Procure el destacamento embarazar á toda costa que los de la plaza derriben los edificios vecinos á ella, que explanen las paredes, tapias ó setos de las huertas, ó que llenen los caminos hondos; pues todo lo dicho sirve para acercarse tu ejército á la plaza con poca pérdida de gente, sin la tardanza de abrir muy lejos la trinchera. Asimismo cuidará el destacamento de que los sitiados, ó sus amigos de la campaña, no lleguen á destruír los pozos, balsas, ú otras aguas, que sean precisas para tu ejército, y

estén por el frente, costados, ó retaguardia de tu destacamento.

El destacamento debe poner centinelas á la vista de todos los pozos, y de cualesquiera otras aguas que hayan de servir para tu ejército, y que no sean corrientes, porque no las envenene alguno, que llegue á ellas con pretexto de beber, y que no se detenga en tropiezos de honor y de con-

ciencia, que lo embarazan.

El comandante del destacamento atenderá también á que sus tropas ó las partidas enemigas, no quemen ó destruyan las casas, que se puedan emplear para alojamiento de oficiales, y para almacenes de municiones ó víveres, como para hospital, por todo alrededor de la plaza, desde fuera del alcance del cañón, hasta uno ó dos cuartos de legua más atrás.

Consérvense con especialidad las torres ó casas de sobre cuyas bóvedas, ayudadas con puntales, alcancen algunas piezas tuyas á enfilar ó dominar porción del cuerpo, ó entrada cubierta de la plaza, en el frente por donde sa pienses embestir. Ultimamente digo que el destacamento preserve del incendio los forrajes secos, faginas y todo lo demás, que estando por la espalda del mismo destacamento, pueda servir á tu ejército y no á los enemigos.

Será el primitivo encargo del destacamento, impedir que mientras llega tu ejército, entren á la plaza víveres, pertrechos de guerra, tropas ni espías; pues el adelantarse sólo es para que, interin se acerca su grueso, no puedan los enemigos enviar socorros ú órdenes á la plaza, que empiezan á saber

ó sospechar quieres embestir.

El comandante del destacamento ponga en obra partidas y espías que le avisen con tiempo, si se avecina algún socorro, y de qué número, para

disponerse á combatirle.

De noche apóstese el grueso del destacamento sobre la avenida por donde sea más verosímil camine el socorro, que, naturalmente, no marchará por entre su ejército y el destacamento, el cual si está más de una noche sin el ejército, en las que siguen, variará puesto, para que engañados los enemigos, por la situación que tuvo la primera vez el mismo destacamento, le encuentren impensadamente donde no esperaban.

Aunque no haya fuerza de enemigos en campaña, vivirá con gran vigilancia el destacamento, sobre todo cuando la plaza tiene grueso número de guarnición, ó de guerrero paisanaje.

Si la plaza está situada en pantanos ó lagunas innavegables, el destacamento no pierda tiempo en romper las calzadas que servían á la plaza

de comunicación con el terreno enjuto.

En lugar de parte de las operaciones hasta aquí aconsejadas, pudiera tu destacamento sorprender alguna obra destacada de la plaza, hacia el paraje por donde piensas embestir esta, si los enemigos tienen dicha obra mal guarnecida, como suele acontecer, cuando la plaza vive descuidada por las diligencias tuyas.

Supongo que el destacamento lleve palas, zapas y marrazos para cubrirse con tierra y con faginas contra el cañón del cuerpo de la plaza, ó

de sus próximas obras exteriores.

Si la sorprendida se halla muy cerca de la plaza, la artillería de esta pondrá á la otra por tierra en dos días; pero eso poco importa, con tal que el destacamento guarde la línea construída á los flancos de la obra destacada, pues el fin es que los enemigos no se sirvan de ella, ni por consecuencia, se obliguen á gastar municiones y tiempo en batirla, ni á venir desde muy lejos con trinchera.

Semejante golpe de mano, convendría emprenderlo algunas horas antes del día, para que el destacamento se halle cubierto primero que amanezca. Es preciso fenecer la segunda noche y hacia la retaguardia, el ramal que sirve de comunicación para entrar á cubierto en el retrincheramiento avanzado, si algún próximo ribazo ó barranco no da hecha tal comodidad.

Es naturalísimo que parte de la guarnición, salga á socorrer la obra que sorprendes: entonces vea el comandante del destacamento si puede entrar

en la plaza mezclado con los rechazados enemigos.

Con el destacamento habrán ido algunos ingenieros y oficiales de artillería, como también el cuartel maestre general, que observarán las circunstancias concernientes al paraje por donde se debe atacar, á la manera de camparse el ejército, y de construír la circunvalación y contravalación, de abrir la trinchera, de plantar las primeras baterías, de colocar el cuartel general y los parques de artillería y víveres, el hospital, etc., y levantando el plano del terreno y plaza en la mejor forma posible, le llevarán al generalisimo, el cuartel maestre general (Jefe de Estado Mayor), un ingeniero, y un oficial de artillería, para que el supremo jefe, en vista del plano, de la relación verbal de aquellos oficiales, y de una carta del comandante del destacamento que participe los avisos de espías, prisioneros y desertores, disponga la marcha del ejército en la manera más oportuna, para excusar la fatiga y tardanza de rodeos y contramarchas de algunes cuerpos de tropas ó de tren. Las mismas anticipadas noticias, valen al generalísimo para formarse una idea de la plaza y sus cercanías, con lo cual será más justo y breve el examen que haga por sí propio, cuando llegue con todo el ejército.

No pudiendo el ingeniero acercarse lo bastante y de secreto, porque los enemigos tengan alguna guardia en campaña, ó porque lo que se pretenda reconocer no se ve hasta de muy cerca, el reconocimiento se hace sobre el galope, al mismo tiempo que algunos soldados, entre sí esparcidos,



escaramuzan en diferentes parajes, para que no caiga todo el fuego de la plaza sobre el ingeniero, el cual, ni en su vestido, ni en el aderezo del caballo, ni aun en el color de este, debe distinguirse de los demás que escaramuzan.

Siempre se pone á conveniente distancia un destacamento que sostenga á los hombres de la escaramuza, si alguna partida saliera á cargarlos.

Antonio De Ville propone que de noche se reconozca una plaza con las

precauciones siguientes:

Que se elijan ingenieros muy prácticos en la fortificación, de facilidad en comprender y en acordarse de lo que han visto, hombres que en el peligro no se turben, y que otras veces hayan sido empleados en semejante función de reconocer plazas.

Que uno de estos ingenieros (ó dos) llegue de secreto, con su escolta, hasta donde buenamente pueda, sin peligro de ser descubierto, y en noche

sin luna; pero no con demasía oscura por lluvia ó niebla.

Que desde el paraje en que hizo alto, avance un guía á escuchar cuando pasa la patrulla, para venir inmediatamente después á avisarle, y conducirle por el camino más oculto, y á pié, hasta cerca de la estacada, y sabiéndose que esta y las obras exteriores no tienen guardia, el ingeniero con su guía (y á todo más otro compañero) vaya, con gran silencio, reconociéndolas todas, y el foso, observando cuanto fuera del caso para el sitio.

Previene De Ville que tales hombres no lleven cosa blanca, por donde pudieran ser vistos de los centinelas, ni espuelas, porque hacen ruído y ocasionan tropezones y caídas. Yo añadiría á los citados avisos, que tus ingenieros y guía tuviesen alpargatas, ó zapatos con suela de cuerda, y que procuren no caminar sobre pedregales sueltos, para que sea menor el riesgo de que los oigan los enemigos.

La última prevención de Autonio De Ville es que los ingenieros, luego que lleguen cerca de donde puede haber centinelas, hagan alto, hasta reconocer fijamente donde ellas están, por la palabra que pasen, ó cuando alguna ronda camine sobre la muralla; pues con eso los ingenieros podrán tomar sobre su izquierda, ó derecha, para hacer sus observaciones lo más

leios de las centinelas que sea posible.

Para dirigir acertadamente la operación contra una plaza, no siempre basta observar por defuera sus fortificaciones, ni áun el tenerlas bien examinadas por adentro, pues la fuerza ó flaqueza de las plazas no consiste únicamente en sus murallas, como ya otra vez he dicho, sinó en las diferentes circunstancias, en cuanto á la calidad y cantidad de los defensores y de pertrechos de guerra, ó provisiones de boca, minas, peña interior á la revestidura de la muralla, etc. Todo esto se averigua por confidentes, dobles ó sencillos espías, desertores y prisioneros.

XII.—Precauciones del ejército para desde que se pone en marcha, hasta asegurarse en el campo vecino á la plaza que ha de sitiar. Avisos en cuanto al parque de artillería, cuartel real y de víveres, hospital general y alojamiento de oficiales mayores. Discúrrese de cuándo y cómo se han de formar ú omitir las líneas de circunvalación y contravalación, ó fortificar algunos puestos importantes. Cita en cuanto á puentes, y

advertencia para en caso que los enemigos anticipen á tu abertura de trinchera algún trabajo fuera de su plaza.—En el antecedente capítulo discurrí sobre lo que tiene que hacer el destacamento que adelantes á tomar los puestos á una plaza; pero si por el corto número de aquel, ó por la mucha extensión de esta, hubiere peligro de que los enemigos formen de sus guarniciones, ó de varias tropas que tenían divididas en la campaña, un cuerpo suficiente para batir al destacamento dicho, ó para introducir un furtivo socorro por avenida apartada de la en que toquen arma al destacamento mismo, deberás apretar las marchas, para llegar á sostenerle con el grueso de tu ejército; y si este no tiene riesgo de ser atacado, puedes adelantar la caballería (si fuera menester con infantes en grupa), para que, mientras llegue lo restante de tu armada, no logren los enemigos alguna de las dos mencionadas operaciones.

Aun después que todo tu ejército se halle sobre la plaza, vivirás los primeros días con más que ordinaria vigilancia, porque los enemigos, dudando acaso cual intentabas atacar, sólo habrán tomado providencias generales con todas; pero cuando vean la que embistes, procurarán introducirle tropas, municiones ó víveres primero que la cierres con una línea de circunvalación, y que te encuentres práctico del terreno, y estén quitados

los estorbos que haya para la comunicación de tus tropas.

En este mismo capítulo, trataré de un ejército fortificado sobre pocas y únicas avenidas, ó en diferentes cuarteles, ó por entero; pero suponiendo ahora que no hayas tenido voluntad, ó tiempo de ejecutar alguna de las tres diligencias, digo que se descubran unas á otras las centinelas de la guardia del campo, que estén alerta los piquetes, que se avancen partidas a patrullar y á tomar lengua, y se empleen espías, para que por uno ó por otro medio, te llegue con tiempo la noticia de la marcha de los enemigos, en cuyo caso adelantarás un destacamento á encontrarlos; porque si esperases á batirlos en tu mismo campo, siempre una porción de ellos entraría en la plaza, como se vió en el último sitio de Campo mayor, y también cuando el general D. Rafael Nebot, penetró por nuestro ejército en Barcelona. Conviene, sobre todo, adelantar el destacamento para combatir á los enemigos, cuando estos hayan de pasar un vado, puente ó desfiladero, y no perder instante de tiempo en echar puentes sobre la acequias y barrancos, y explanar las tapias ó paredes que sirvan á tu ejército de impedimento para la comunicación reciproca de sus tropas.

Si la plaza está sobre un río no vadeable, aprovecha los minutos para construír tus puentes de comunicación, con las cautelas que el capítulo

VIII, de este libro propuso para su fábrica y seguridad.

Cuando no se trata de atacar una plaza, lo regular es que el general se aloje ó acampe cerca de la medianía de su ejército, para estar igualmente pronto á acudir á donde se ofrezca. Pero en los sitios debe el general habitar en casa ó tienda desde la cual, ó desde su inmediación, descubra la trinchera y la plaza, y lo más cerca de ellas que el cañón de la última permita; de cuyo modo, en caso de una surtida, ó de otro cualquier accidente, distribuirá la orden oportuna, sin la dilación de esperar tardos avisos del comandante de la trinchera.

El Sr. Duque de Wervik, en el último sitio de Barcelona se alojó al principio hacia la derecha de su ejército; pero luego que se trató de abrir la trinchera en la izquierda, mudó su alojamiento a

aquella parte, y habiendo ejecutado los enemigos una fuerte surtida, el señor Duque, observándola desde su nueva casa, dió las puntuales convenientes providencias, antes que llegase el aviso del teniente general de trinchera.

Todas las personas del cuartel general, necesitan de tratar frecuentísimamente con el jefe del ejército, que es el motivo porque alojan cerca de aquel, y á fin de hallar para tantas personas habitación más cómoda que las tiendas, de ordinario se coloca el cuartel general en algún lugarcillo, ó donde haya muchas caserías juntas. Este que yo llamo Cuartel general, otros le nombran Cuartel real, porque si el Rey está en campaña, aloja cerca de S. M. el jefe del ejército con los hombres mencionados.

Junto al mismo cuartel general hacen sus barracas en una calle derecha los mercantes que siguen al ejército, y en otra los vivanderos de la

corte.

Los oficiales generales campen ó alojen cerca de las tropas que ha de mandar cada uno en caso de acción, y no á cualquiera mayor distancia donde encuentren casas más á su gusto; pues de otro modo, si los enemigos caen de golpe sobre una porción de tu ejército, el combate se acabará

primero que los generales lleguen.

Después de los generales toman casas los brigadieres cerca de sus brigadas, y los coroneles junto á sus regimientos, y si áun sobran algunos edificios, se reparten á los tenientes coroneles, sargentos mayores y capitanes, á tantos por casa, no mirando á dar un palacio á cada persona, sinó solamente el preciso lugar para poner su cama y mesa; particularmente de teniente coronel á bajo suelen ponerse alrededor de un mismo cuarto, cuantas camas caben; y el que gusta de más ensanche, ó de mayor comodidad que la tienda, se fabrica una barraca.

El hospital se coloca en los edificios de terreno más elevado para que se ventile, que tenga cerca el agua, por el frecuente menester que hay de ella, y que no esté demasiado inmediato á las líneas, porque no se comu-

nique á los sanos la infección de los enfermos.

En la elección de terreno para el cuartel general de víveres, se atiende á que haya buenos y bastantes caminos para los carros y machos, que de contínuo entran y salen, y á que se halle con poca diferencia correspondiente á la medianía del ejército, para que resulte á las tropas igual el trabajo de ir á buscar el pan y cebada. En ejércitos grandes serían precisos, por lo menos, dos cuarteles de víveres. Empléanse para ellos aldeas ó caseríos donde se construyen los necesarios hornos, y se tiene á cubierto la fábrica del pan y los géneros que pudieran padecer con la lluvia; la falta de tales edificios, se suple con barracas.

Los parques de artillería sean tantos como los ataques, para suminis-

trar, sin dilación, á cada uno de estos lo que necesitare.

Si á razonable distancia del campo hay paraje, que por su situación ó fortificaciones, libre de un insulto al parque, este se coloca allí. Procúrase que por naturaleza ó por arte sean bien accesibles los caminos para las carretas, que á menudo entran y salen del parque.

Supónese que el parque de artillería (y más precisamente la pólvora) se ponga fuera del alcance del cañón y de la bomba de la plaza, ó del ejército enemigo, que al favor de un río ó terreno fuerte, se halle retrincherado

á su vista.

En el costado del parque, donde menos embaracen, campan los mozos, machos y carros del tren de la artillería, y cada veinte y cuatro horas se nombra de aquel carruaje un piquete, que está pronto á los trasportes que ocurran.

Si para salir de las cercanías de la plaza á terreno abierto, hubiera algunos precisos y estrechos pasos, fortificalos y guarnécelos muy luego, porque siempre de este modo, tienes más apartado al ejército enemigo, que, si se aproximase al tuyo, te incomodaria los convoyes y forrajes, dominaría ó enfilaría con su cañón el terreno más cómodo para tu campo ó trincheras, te obligaría á continuas gruesas guardias y desvelo, correrías peligro de ser atacado, cuando se hallare gran porción de tus tropas ocupada en el asalto, y al favor de la proximidad, que deja observar las oportunas coyunturas, introducirían los enemigos en la plaza diversos furtivos socorros; y aunque el ejército contrario llegue á ponerse más numeroso que el tuyo, no podrá embarazarte los forrajes, convoyes y retirada; porque si se campa delante de una de las expresadas avenidas, te quedan franças las otras; y si se reparte sobre todas, será batido, hallándose tan separado; pues tu ejército llegaría al ataque por el diámetro, más presto que el de los enemigos al socorro, por la circunferencia. Pero una vez que los dejases fortificarse en los mencionados estrechos pasos, suplirían con la ventaja del terreno el defecto del número, y, áun inferiores en cantidad de tropas, bloquearían á las que sitían la plaza, y en fin dichas angosturas, ocupadas por tí, valen por una línea de circunvalación, y con menos tiempo y gente que ella se fortifican y guardan diariamente, y se defienden un día de ataque.

Si no tuvieren los enemigos en campaña más tropas que las bastantes para intentar un furtivo socorro, sorprendiendo á una pequeña porción de las tuyas, divide estas en tantos cuarteles como el terreno y el número de los contrarios exijan; rompe los puentecillos y sendas que se avancen hacia los enemigos en los puestos más lejos de los cuarteles (1); retrinchera guardias en los barrancos, y toma las otras providencias aconsejadas al

principio de este capítulo.

Si alguno de tus cuarteles, por su situación ó número, tiene peligro de que los enemigos le ataquen antes que fenezca de retrincherarse, refuérzale todas las noches con destacamentos de otros cuarteles menos expuestos, hasta que la fortificación le ponga fuera de insulto.

Es precisa la línea de contravalación sobre plaza que se halle con grande número de tropas, ó de marciales paisanos, capaces de hacer surti-

das vigorosas.

Parece á muchos inútil el trabajo de la contravalación, fundados en que, primero que con tu línea, darán los sitiados en las tropas de la trinchera, descubiertas por los flancos y apartadas del grueso de tu ejército; pero se debe considerar que las tropas de trinchera, en las veinte y cuatro



⁽¹⁾ El marqués es, como se ve, partidario del sistema de bloqueos con cuarteles fortificados, que estuvo en uso en Flandes á fines del siglo xv1 y principios del xv11, á pesar de que en su tiempo, ya que se acostumbraba á tomar tan útil precaución. Esto confirma lo que antes dijimos respecto de los ibros donde había estudiado la poliorcética nuestro autor.

horas de su guardia, pueden estar siempre vigilantes y prontas á combatir, lo cual no es dable á todo el ejército practicar, en los continuos días y noches de algunos meses que dura un sitio; en cuya suposición, acaso los sitiados saldrían por un costado muy lejos de la trinchera á sorprender y degollar algunos cuerpos de tu ejército. En cuanto á estar la trinchera descubierta por los costados, respondo que siempre al favor de sus reductos, y de los ramales y paralelas, que recíprocamente se flanquean y sostienen, aguantarán las prevenidas tropas, más que las que, en el campo, duermen descuidadas, en fe del solo piquete de 50 hombres por batallón ó regimiento de caballería.

Respecto á lo dicho, es más precisa la contravalación, cuando se ha de tardar mucho tiempo en abrir la trinchera; porque en más días, se fatigaría

mayormente el ejército, en un excesivo desvelo contra las surtidas.

La línea de circunvalación, ó dichos cuarteles fortificados, no se excusan, cuando los enemigos tienen razonable cuerpo de tropas en campaña, particularmente, si la guarnición de la plaza es bastante fuerte para hacer una poderosa diversión por la espalda, interin que tu ejército se halla embarazado con el de los contrarios por el frente, y en este caso, discurro necesarias ambas líneas.

El tener fortificado un ejército, (que es lo mismo que detrás de una línea de circunvalación), siempre es útil para librarse de las sorpresas, para no combatir en terreno igualmente ventajoso á los enemigos y cuando estos quieran, porque mientras un grueso destacamento de tu ejército se halla á forraje, ó á otra comisión, el resto de tropas quede seguro, al favor de su parapeto y foso; y, finalmente, para no fatigar á los soldados con las más numerosas diarias guardias, que serían precisas, si el campo no estuviese fortificado.

Excúsanse las líneas cuando es corta la guarnición de la plaza, y nada considerable el número de enemigas tropas en campaña; á lo menos la contravalación es inútil en el primer caso, y la circunvalación en el segundo.

Si los enemigos no conservan en campaña un cuerpo de tropas más que mediano, bastará en lugar de la circunvalación, el expediente de cuarteles fortificados.

Cuando la plaza sea de tan vasta circunferencia, que para abrazarla toda por fuera del alcance ó descubrimiento de su cañón, hayas de enflaquecer demasiado tu fondo, á proporción de las tropas con que los enemigos pueden atacar tu línea, conténtate con reforzar tu campo en el embestido frente de la plaza, aunque dejes á aquella francos los otros.

«Cuando tomó á Barcelona el último Sr. Duque de Vandome, no teniendo ejército bastante para ceñir aquella grande ciudad, practicó lo que én este parrafo propuse.»

Debes, particularmente, no debilitar el fondo de tu ejército, cuando, áun así, hubiese de quedar franca á la plaza una avenida; pues ni lograrías quitar á los sitiados el frecuente socorro que les entraría por ella, ni eximir á tu ejército del peligro de ser batido por cualquiera parte que los enemigos le atacasen. Cierto es que hará larga defensa la plaza frecuentemente socorrida; pero que no es intomable, lo muestra el anterior mediato ejemplar de Vandome, y al último remedio, vale más no atacarla, que perder sobre ella el tiempo, las municiones y el ejército.

Si por el paraje que meditas atacar, se ponen los enemigos á hacer fuera de su plaza un trabajo importante, y que pueda estar en defensa, primero que adelantes el sitio, retrinchera desde luego, á la oportuna distancia, un cuerpo de tropas, que guarde los cañones y morteros que allí colocarás para embarazar el referido trabajo; pues, como repara Mr. De Ville, más contribuyen á la defensa de las plazas las obras construídas fuera de ellas, que las de adentro. Pero si el trabajo no es en el frente que has de batir, ni le flanquea, deja que los enemigos consuman inútilmente sus faginas y sudor.

XIII.—Dicense las ventajas que un frente de plaza, más que otro, suele prestar para el ataque, respecto á su vecino terreno y á cada una de las partes de su fortificación, con diferencia de las que el sitiador debe minar ó batir. Medios para que, desde que el ejército llega delante de la plaza, hasta que abres la trinchera, no conozcan los sitiados por donde se piensa atacarlos.—Pocas plazas hay de igual fortaleza en todos sus frentes, porque los ingenieros, que pueden engañarse como hombres, creyeron de una sola parte el peligro, ó no previendo todas las dominaciones ó enfiladas hasta después de adelantada la obra, tiraron adelante por no confesar el yerro.

A veces la situación de la guerra obliga á trabajar con priesa en el invierno, y con los materiales más próximos, aunque no sean buenos; de

donde resulta, que la obra es de poca duración.

Si el gobernador está opuesto al ingeniero, cada uno de ellos hace proposición diferente, y los ministros, por más fe á uno de los dos, ó por no comprender sobre los planos todo lo que comprenderían en el terreno,

pueden aceptar el proyecto menos ventajoso.

Si mueren, ó se mudan, el ingeniero y gobernador, en cuyo tiempo se comenzó una obra, los que entran en su lugar, suelen proponer otras, antes que la primera se concluya; sea que entienden importar así, ó que aspiren á la falsa gloria de no seguir las pisadas del antecesor, y de encajar, en el nuevo trabajo, una lápida con su nombre y escudo de armas: nada he dicho hasta aquí, que yo no haya visto suceder, pero los interesados viven, y así paso los ejemplares en silencio. Acontece también que las obras, aunque justamente proyectadas, quedan en algún frente de la plaza imperfectas; porque, habiéndose creído cesar el peligro de un sitio, la Corte no envió dinero para continuarlas.

Sobre atacar por donde la tierra sea más cómoda para la construcción de trincheras y baterías, á causa de no encontrarse luego roca, pedregales, arena volante ó agua, y por terreno donde las trincheras no estén sujetas á inundaciones de las lluvias, ó las que pueden hacer los enemigos, extraviando ríos ó rompiendo diques, véase el capítulo IV del presente libro, en el cual habrás observado también los peligros que se ofrecen, si es dominado y estrecho el terreno del ataque, con que, teniendo en qué escojer, elije un frente de plaza libre de los expresados inconvenientes, si para superarlos, no hallares oportunos ó bastantes los arbitrios que propuso contra ellos, el mismo capítulo IV.

Ataca por donde, á más de la muralla que has de batir, no se descubran muchas obras de la plaza, en que puedan los enemigos poner cantidad de

artillería, que incomode á tus baterías y trincheras, hasta el fin del sitio, ó que distraiga de aquellas muchos cañones, artilleros, pólvora y balas para destruír las contrabaterías de los sitiados.

Este embarazo padecimos en el último sitio de Barcelona, pues para impedir el uso de los muchos cañoner, con que los sitiados contrabatían (y que por algún tiempo hicieron callar á los nuestros), fué preciso batir dos cortinas y tres baluartes, y todavía los cañones del flanco del bastión de San Pedro nos incomodaron hasta el postrer día, porque enfilaban algo de la entrada de la trinchera, y porción de los demás trabajos.

Dicho peligro se halla en rectos dilatados frentes de plaza, como era el del referido ataque de Barcelona; pero áun se aumenta el expresado riesgo, atacando porción de muralla más entrante que sus costados; porque estos flanquean la trinchera, cuando ella se avecina á la plaza.

Las baterías de los sitiados, puestas en el frente batido, son al sitiador

menos incómodas, que las colocadas á izquierda ó derecha.

Otra ventaja, en la campaña vecina á algún frente de plaza, puede ser que no enfilados caminos hondos, setos, ribazos, arrabales ú otros edificios, te faciliten llegar sin peligro á abrir la trinchera muy de cerca; pues ahorrarás las vidas, tiempo y trabajo que gastarías en conducir á igual distancia dicha trinchera desde el alcance del cañón en terreno llano.

Conviene más este recurso cuando el terreno, por arenoso, ha menester

faginas, y el país carece de ellas.

Los antiguos, por falta de práctica en el manejo y trasporte de las piezas, en irregulares construcciones de baterías, en extraordinaria manera de asaltos, y en la fábrica de las minas, muchas veces se contentaron de cerrar con una muralla, sin flancos ni terraplen, el costado de plaza correspondiente á montaña, río, mar, lago navegable, pantanos ó precipicio. Veremos en los dos párrafos que siguen la forma de que el sitiador saque ventajas de aquella creencia de los ingenieros pasados.

Si la plaza tiene un débil frente en correspondencia á montaña, que no se creyó accesible á la artillería, mira si tus minadores y gastadores, asesgando camino con diferentes vueltas, en el pendiente de la montaña, pueden abrir paso á la artillería; para que, si por las estrechas revueltas no

pueden subirla caballos, á lo menos la tiren hombres.

Si la batería se hubiere de construír en la cima de la montaña, es cortísimo el inconveniente de hallar la cumbre impedida con desiguales puntas de roca; porque hasta un cierto término se explanan con cuñas y mazos de hierro, y con barrenos y hornillos; y la restante desigualdad se quita con terraplenar los vacíos.

Cuando la batería se ha de poner á media ladera, en la cual no se encuentra relleno suficiente, se trabaja de noche en formarle, y en construír

la comunicación.

En batir el costado que mira á una montaña, hay la ventaja de que algunos otros cañones ligeros, puestos en sitio eminente, enfilando ó dominando la muralla, ejecutarán gran destrozo en los enemigos que se presenten á defender la brecha; y áun puede la dominación ser tal, que en el discurso de todo el sitio haga dicha batería considerable daño á los hombres de las calles y plazas que enfile, ó del trabajo de las cortaduras que descubra.



El Gran Capitán batió à Castelnovo desde un puesto que dominaba al muro de la que entonces alli era ciudadela; y los defensores de San Vicente se rindieron al expresado general, por no poder aguantar el fuego de la artillería que los sojuzgaba.

Cuando la montaña de por sí no baste á dominar, puede ayudarse la elevación con torres ó casas de gruesos tablados, ó bóvedas apuntaladas, abra las cuales as calcana artillaría

sobre las cuales se coloque artillería.

Si fuere débitel tablado ó bóveda de tales edificios, y fuertes sus murallas, pueden terraplenarse; pero si dichos tablados ó bóvedas tienen razonable consistencia, basta aforrarlos por abajo de tablones sostenidos con frecuentes puntales, y echarles por encima un poco de tierra.

Si la artillería de la plaza alcanza cuanto baste para destruír dichos edificios, cúbrelos exteriormente con faginas y tierra por el frente que mira á la plaza. Dirasme que siempre alcanzará, pues tus piezas llegan; pero no es lo mismo alcanzar para matar gente ó para batir murallas.

Un defecto de la explanada ó glacis, es que le falte porción de tierra, especialmente cerca de su mayor altura; porque los sitiadores, á pocos golpes del cañón, desbaratarían el parapeto de la estrada cubierta (se dice hoy camino cubierto) con las mismas piezas destinadas á quitar los fuegos ó parapetos del cuerpo de la plaza, ó de sus obras exteriores; y áun por aquel blanco descubrirían las primeras baterías una porción de muralla para comenzar la brecha, ó acaso para concluirla.

Otra ventaja, que se puede hallar en una más que en diversa porción de glacis, es que la primera no esté de antemano guarnecida de tantas minas ú hornillos como la segunda; porque el sitiador consume tiempo en descubrirlos y aventarlos, para que los sitiados no le vuelen las baterías, trincheras ó reductos que ponga encima de los hornillos, ó cerca de ellos.

Oí decir al último Sr. Duque de Orleans que este había sido uno de los motivos, que S. A. tuvo, para no atacar á Tortosa por la puerta del temple, que del resto era el paraje más atacable; y todos los que se hallaron en el postrer sitio de Turín habrán observado cuánta pérdida de tiempo, destrozo y temor causaron á los franceses las muchas minas que la ciudadela tenía por el frente atacado, y que fueron con imponderable acierto manejadas por los señores conde de la Margarita y comendadores Castelalfieri y Emser. Entre otros bellos efectos de dichas minas, hicieron volar una batería entera, y saltar un cañón á la estrada cubierta y foso.

Otro peligro, de evitar en la elección del glacis, por donde se haya de embestir la plaza, es que en él se encuentren grandes piedras, roca ó manantial á menos profundidad de la que necesitan los zapadores para cubrirse.

Los principales defectos de la estrada cubierta son que no se flanquee bien á sí misma, por ser muy obtusos sus ángulos entrantes, ó demasiado-

largas sus líneas de defensa.

A veces por la mucha altura ó espesor de las murallas, y poco talud, desnivel ó declivio de los parapetos y cañoneras; por el corto espacio que un pequeño ó ningún foso deja entre camino cubierto y plaza, ó por la mal ideada construcción de esta, respecto á aquel, no toma el camino cubierto defensa del fusil ó cañón de la plaza, que no puede mirar tan bajo; el cual es grandísimo defecto; y áun mayor el que porción del camino cubierto esté dominado ó enfilado por tropas ó cañones, que en alguna eminencia coloques; particularmente si no hay en dicha estrada cubierta

LIBRO XIV:

los espaldones suficientes para quitar la enfilada; y cuando ellos son muchos, sirven de embarazo á los sitiados para sostenerse recíprocamente contra el asalto del sitiador.

Convendría que, en el frente de tu ataque, no tuviesen los enemigos minadas las plazas de armas del camino cubierto, particularmente cuando las necesitas para batir desde allí algún flanco bajo, través del foso, caponera, etc.

Consisten los defectos de un foso en no estar la contraescarpa reves-

tida, porque te costará menos trabajo desembocar en él.

En su poca profundidad y anchura; porque sin caminos subterráneos descenderás al mismo, aunque los enemigos hayan quitado las escaleras,

pendientes ó rampas.

Quedando, con el poco profundo foso, más porción de muralla descubierta á tus baterías, tal vez excusarás avanzar otras á la cima del glacis; y el foso pequeño se llena más presto con las ruínas de la brecha: ventaja más considerable al sitiador cuando el foso es de agua, porque se evita la fatiga y peligro de cegarle, ó de formar puentes flotantes para ir al asalto.

Ya se ve que el foso es más débil por donde tiene menos flancos, particularmente en aquellos tan bajos, que áun desde el alto del glacis hay dificultad en batirlos, y no arruinándolos incomodan al minador y á los asal-

tantes.

Hallándose igualmente fuerte por todas partes el cuerpo de la plaza, supongo ataques por donde las obras exteriores sean menos en número, peor flanqueadas unas de otras, y menos defendidas y dominadas por la misma plaza; más pequeñas para que no admitan cortadura de importancia, y para que sus defensores padezcan mayor daño de tus bombas y piezas, cuyo estrago será más, cuando en las referidas obras no hay subterrá-

neos á prueba de bomba.

Si hay falsa braga, ataca por donde sea más estrecho el espacio de entre ella y la muralla principal, especialmente, si esta es de piedra; para que dicho espacio se llene y se inutilice con las ruínas del muro interior, y las balas que rechazan de él, como las chinas que saltan del mismo, no dejen parar á los enemigos en la falsa braga: otro defecto suyo será que la enfiles desde algún puesto del alto del glacis, que no esté visto de más baluartes que los arruinados por tus baterías. Nadie ignora que las peores murallas son las de piedra dura, porque las baterías del sitiador las desbaratan ó descomponen más que á las de piedra blanda, ó de ladrillo mal cocido, y á estas, primero que á las de buena tierra crasa, ó de tepe, donde la bala sólo hace un agujero en que se embebe. Las murallas recién fabricadas no resisten como las antiguas, porque los materiales no tuvieron tiempo de hacer unión, ó de incorporarse unos con otros lo bastante para sostenerse recíprocamente.

En el capítulo IX dije la ventaja que, para dificultar á los enemigos la cortadura, puede sacarse de atacarlos por frente á grandes edificios, que tengan en sus dueños eficaces protectores; y añado que, aunque el gobernador se determine á demolerlos, nunca podrá librarse de ocupar muchos días y trabajo en apartar las ruíñas de un vasto edificio, para cons-

truír después la cortadura.

También faltará á los enemigos comodidad para esta, si los atacas por

donde sea estrecho el terraplén, y más abajo del interior del terreno que les sigue; porque la cortadura quedaría dominada del alojamiento que hicieses en la cima de la brecha, y los sitiados, desde su honda situación, ha-

rían poco ó ningún daño á tus trabajadores.

Pero no por buscar á los enemigos este daño, caigas en el de batir por un costado correspondiente á algún interior precipicio; pues en el caso que el artículo de arriba propone, te queda franca la bajada á la ciudad por el pendiente natural del terraplén; pero si fuese un escarpado inaccesible, particularmente de roca, ó hay gran barranco entre la brecha y la cortadura, y los enemigos tuviesen retrincheradas las estrechas salidas de los costados de aquella, sería muy difícil y caro pasar de la brecha.

Te conviene minar baluartes llenos; pero para batirlos, si está en tu mano, escójelos vacíos; porque en estos no podrán hacer los enemigos la cortadura de la cara ó medio baluarte, ni otra particular que sea tan defensable, como en los baluartes llenos; por la misma razón alegada sobre

las cortaduras generales.

Algunas plazas se dividen en dos partes, cada una de por sí defensable, porque las atraviesa un profundo barranco ó río contra el cual ambas mitades se hallan retrincheradas: porque en pasados tiempos eran de diversos dueños, ó porque aumentándose la población, se construyó, por un costado, segundo recinto, dejando en pié el primero; y en fin, lo regular de hoy es encontrar plazas con ciudadela hecha á posta para asegurar una pequeña guarnición contra un grande pueblo; para conseguir la retirada y la capitulación, ó para continuar algunos meses la defensa, después de perdida la plaza.

En cualquiera de los expresados casos, lo ordinario es atacar la obra, de cuya rendición penda más inmediatamente la de los restantes puestos

fortificados, por no hacer dos sitios, cuando puede bastar uno.

Puede suceder que fiados los enemigos en esta regla del sitiador, ó no teniendo tiempo y dinero para fortificar bien todos los frentes de su plaza, conserven flaco el de la villa baja, y el del puesto dominante que mira á la misma. En tal caso, examina si los dos ataques sucesivos te saldrán más baratos, que el uno solo del paraje más elevado y fuerte.

Siendo mayor tu recelo hacia el socorro posible á los enemigos con el tiempo, que hacia la defensa que pueden hacer los sitiados, ataca primero el paraje, que, tomado por su ejército, dificulte á los contrarios dicho socorro; sin detenerte en la reflexión de que después hayas de ejecutar otro sitio ó bloqueo; lo más frecuente de este caso es cuando se trata de plazas marítimas, y el temido socorro es de contrarias naves de fuerza superior.

En plaza terrestre, de circunferencia extendida, y menos fuerte que su ciudadela, el atacar primero la villa, da facilidad contra el socorro; porque tomada la ciudad, las murallas de esta, guarnecidas por el sitiador, le excusan la mayor parte de la circunvalación, y en lo restante de la misma, que corresponde al exterior frente de la ciudadela, se puede poner el fondo de tropas que baste á resistir al ejército que, antes de concluída toda la operación, junten lo enemigos para el socorro.

Raro es el proverbio que no se halle sólido, si le examinan el fundamento: común es el adagio de: *Plaza tomada*, ciudadela rendida. Juzgo consistir la razón en que no cabe en una ciudadela todo lo necesario para

una larga defensa; pues por muchas bóvedas altas y subterráneas que tenga á prueba de bomba, no es posible acomodar todos los hombres, agua, leña, faginas, víveres, municiones y pertrechos; y lo que de dichos géneros no

está defendido de las bombas, presto lo arruinan estas.

Desde que se toman los puestos á una plaza, hasta que se abre la trinchera, pasan regularmente muchas semanas; porque tarda en llegar el grueso del ejército, en reconocerse la plaza, en determinarse el paraje del ataque, en hacerse las faginas, piquetes y gaviones, en construirse la línea de circunvalación, en llegar la multitud de pertrechos de artillería, que es preciso estén prontos para las primeras baterías, que se ponen á quitar los fuegos, luego que las trincheras alcanzan á una cierta distancia; y si desde los primeros días de tomados los puestos, supiesen los sitiados por donde habían de ser batidos, primero que tu cañón comenzase á jugar, tendrían ellos fenecida ó adelantada la cortadura, minas, y contraminas y hechas todas las demás diligencias convenientes para su defensa; con que no sólo cuidarás de que los enemigos no penetren por donde meditas atacarlos, sinó que debes hacer lo posible para persuadirlos á precaucionarse en el frente sobre que no piensas, á fin de que gasten allí sus faginas y su tiempo.

Los ingenieros no reconozcan un solo frente de la plaza, sinó todos los atacables, y repitan viajes á los puestos por donde estuviere determinado

no abrir la trinchera.

Con tal artificio, y con otros que diré, logró el Sr. Duque de Wervick que hasta los oficiales de su mismo ejército se engañasen, tocante á la conjetura del paraje por donde se atacaría Barcelona.

Porque será natural sospechen los enemigos que ataques de la parte donde elijas casa para tu habitación, tómala hacia el costado del fingido ataque, pues no hay embarazo en mudarte después.

XIV.—Sobre hacer á un tiempo dos ataques unidos ó separados. Estación á propósito para comenzar los sitios. Noche oportuna para abrir la trinchera, y varios arbitrios para perder menos gente en esta operación. Calidad y número de tropas para la guardia regular de la trinchera. Examen sobre montarla de día ó de noche. Formalidades al mudar dicha guardia. Comparto de sus tropas. Orden y contraseña de las mismas. Visita del Generalisimo. Deber y puesto de las centinelas de la trinchera, y de su inmediación. Dícese cuándo el sitiador puede con especialidad sospechar surtidas. Citas sobre otra manera de saberlas con tiempo, y razón para no despreciar sus indicios. Precauciones que debe el sitiador anticipar contra las surtidas. Diligencias del mismo para desde que se comience hasta que se acabe el combate contra las tropas de la surtida. Trátase de cubas de agua y de vivanderos en la trinchera.—El hacer dos ataques á un tiempo, especialmente contra plaza de poco numerosos defensores, trae la conocida ventaja de que estos no pueden fenecer en ambas partes el trabajo de cortaduras, contra-minas y de limpiar brechas; y aun cuando la guarnición sea fuerte, el doble ataque presta al sitiador la conveniencia de que, dando á un tiempo el asalto por dos brechas, los defensores de cada una, temen que la plaza sea forzada por la otra, y se retiran á la ciudadela ó castillo, si se aumenta por su espalda el rumor de los otros asaltantes, ó creen la artificiosa esparcida voz de que penetraron

aquellos en la plaza.

Siempre la multiplicidad de brechas es útil al sitiador, que hallándose con número de tropas infinitamente más grande que los sitiados, perdería las ventajas de su exceso, si en la poco extendida abertura de murallas, pudiesen los defensores oponer, sobre suficiente fondo, un frente que igualase al de los asaltantes; así como en terreno angosto no vale más un grande que un pequeño ejército.

La dificultad es tener suficiente artillería y municiones para batir por dos partes, y ejército bastante para guarnecer dos trincheras, sin fatigarse con exceso; pues la guardia de cada una de ellas (si no están comunicadas

y vecinas) debe corresponder á los dos tercios de la guarnición.

Yo llamaría ataque doble al que, aunque continuado, se dirige contra más que un polígono de plaza. Semejante práctica es conveniente á un ejército que abunde menos en tropas que en artillería y municiones; pues no se necesita, en la unida grande trinchera, la misma guarnición que en las dos separadas; bastando en el primer caso, tanta gente de trinchera como

las tres cuartas partes de las tropas de la plaza.

Se deben comenzar los sitios á tiempo de poder concluirlos antes que entre la intemperie en países de mal aire, ó el invierno y las lluvias en climas acuosos y fríos: á que añado, que para los ataques de plazas, no conviene la estación en que sean muy cortas las noches, porque suele llegar el alba, primero que se hallen bien cubiertos los trabajadores; y de día no se puede hacer más que perfeccionar el trabajo comenzado por la noche, el cual es preciso abandonar hasta la siguiente, si en la primera no llegó á cierto punto.

Si (como regularmente se hace para abreviar) comienzas la trinchera á distancia que el fuego de la plaza pueda ejecutar destrozo en tu gente, convendría mucho esperar una noche lóbrega y borrascosa, cuya oscuridad y el rumor del viento, no dejasen á los sitiados ver á los trabajadores, ó discernir por el ruído el paraje en que poco más ó menos se hallen, que

es adonde la plaza inclinará sus tiros.

En el último sitio de Barcelona el ingeniero D. Francisco Mauleón era de dictamen que para la abertura de la trinchera se esperase una noche sin luna; y efectivamente, se experimentó en el discurso de aquella operación, que en las noches oscuras, no perdíamos tanta gente como en las claras.

Si, no obstante la noche oscura y borrascosa, ó no deteniéndote á esperarla, conocen los enemigos el trabajo, y comienzan á disparar, sobre los que le ejecutan, envía algunas tropas á otro paraje fuera del alcance del fusil y (si pudiera ser) detrás de algún ribazo que las cubra del cañón; allí harán mucho ruído de picos y zapas, como si aquella fuese la verdadera abertura de la trinchera, para que, aplicando los defensores á dicho paraje la mayor porción de su fuego, tengan menos contra sí los que realmente se hallan empleados en el trabajo, y que le continuarán con el silencio posible hasta cubrirse.

Si aun te parece que todo lo dicho no bastará para quitar a los enemigos el conocimiento del paraje en que se ha de abrir la trinchera (porque el suelo sea pedregoso, en cuyo caso es grande el ruído que se hace), puedes, con anticipado pretexto de celebrar alguna noticia, ó día del nombre,

ó años de un príncipe, hacer que los tambores y trompetas de toda la armada toquen al rededor de la plaza, mientras la trinchera se abre, para confundir á los sitiados el oído.

Supongo no hayas publicado de antemano qué noche pensabas abrir la trinchera; porque los enemigos no tengan más tiempo de saberlo, por sus espías ó por tus desertores; pues se hallarían prontos á comenzar el fuego sobre el primer rumor que oyeren; y si están en duda, á poco que se descuiden, ya tus trabajadores se encontrarán medio cubiertos.

En el primer párrafo de este capítulo dije qué número de tropas discurría conveniente para la guardia regular de la trinchera, con distinción de si se hacía un solo ataque, dos separados, ó ambos unidos; y añado, que en el principio de los sitios descanses cuanto puedas á la infantería con la caballería; porque la primera bastante fatiga y peligros tendrá cuando el sitio se adelante: y la caballería, aunque por cubrirse de algún barranco, vallado, edificio ó camino hondo, esté algo lejos, siempre llegará á tiempo de rechazar ó cortar á los enemigos, moviéndose al primer aviso de las avanzadas partidas de infantes, que cubren el trabajo, ó cuando la repetición de fusilazos muestre no ser falsa la alarma.

A falta de terreno en que la caballería esté á cubierto del fuego de la plaza, se levantan espaldones á ambas extremidades de la trinchera, detrás de los cuales dicha caballería se mantiene.

Mientras cuentes sobre la caballería para la defensa de la trinchera, harás allanar todos los estorbos que el terreno presente al manejo de los caballos, como son tapias, setos y broza fuerte, particularmente si es de espinas; en el mismo caso, también se echarán sobre las zanjas puentecillos, y se abrirán en las laderas de los barrancos accesibles caminos, todo lo cual ejecutan por la noche los gastadores, guiados por ingenieros que hayan observado el terreno de día.

Sobre el inconveniente de montar la trinchera por brigadas, y cerca del arbitrio que en tal caso puede tomarse, para que los enemigos no introduzcan un furtivo socorro por el intervalo que las brigadas en trinchera dejaron en el campo, me remito al capítulo XXI del presente libro.

Cuando la trinchera se monta por batallones, atiende á no componer toda su guardia de cuerpos nuevos ó muy débiles de número; porque si los enemigos lo supieren, por sus espías ó por tus desertores, harían una surtida, en que naturalmente sacarían buen partido. A esta prevención, que es de Antonio De Ville, añado que tampoco se componga toda la guardia de la trinchera de regimientos que puedan hallarse intimidados, por haber sido poco antes batidos.

El montar la trinchera de día, trae la ventaja de que todos los oficiales y soldados se hacen capaces del terreno, para lo que fuere conveniente ejecutar, cuando la oscuridad sobrevenga; pero en montar de noche la trinchera encuentro las utilidades que siguen.

Piérdese menos gente por el cañón y morteros de los sitiados, que no cesan de jugar desde que las nuevas tropas entran en la cola de la trinchera, hasta que las otras acaban de salir, particularmente si hay alguna enfilada, ó dominación, que en tan largo distrito rara vez falta, y los artilleros de la plaza no dejan de observarla, ni las tropas que entran, emba-

razadas con las que salen, tienen terreno bastante para sortear las bombas

y piedras, ó los rebotes de las balas de cañón.

Cuando para el asalto, ó precaviéndote contra una dispuesta surtida, quieras mantener las tropas de la vieja trinchera, ó montarla con más batallones que los ordinarios, si es de día, los enemigos lo observan y toman sus medidas para esperar el asalto, ó para no ejecutar la surtida, y si marcha de noche el refuerzo, separado de la precedente guardia; es natural se sienta en la plaza, particularmente cuando la trinchera se halla cerca.

De noche, que es el mayor riesgo de las surtidas, se encontrarán poco vigilantes las tropas de la trinchera, si han pasado en ella todo un día apelmazadas del sol y del polvo. Es verdad que esto se remediaría mon-

tando la trinchera poco antes de anochecer, y no á la mañana.

Aunque la trinchera se monte de noche, los generales y los comandantes y mayores de los cuerpos entren de día, para enterarse del terreno y más circunstancias. Debiera esperarlos, en el puesto del teniente general de trinchera, el mayor de la misma ó los ayudantes de este, para mostrarles todo lo más digno de consideración.

El mayor general avisa desde el precedente día á los mayores de brigada qué tropa debe mudar á cada otra de la trinchera, y de una vez para siempre, se destina la hora, y el Randevú ó lugar de asamblea, donde el expresado mayor general forma los batallones y destacamentos en el

orden con que han de marchar y guarnecer la trinchera.

A la cola de la trinchera deben hallarse dos cabos de escuadra de cada batallón; uno para que, por el más breve y cubierto camino, guíe al batallón que entre hasta emparejarle con el que sale; el otro cabo de escuadra conduce los destacamentos, que á veces atajan camino, yendo por algún

ramal diverso del que toman los regimientos.

Tanto las tropas que entran como las que salen, se arrimarán al parapeto, cuanto buenamente puedan. Si es de día, se tocan los tambores, y las tropas de la nueva trinchera plantan sus banderas encima de ella, donde el parapeto sea bien reforzado, porque los artilleros de la plaza siempre se divierten en tirar el cañón contra las banderas. Ya se sabe que los oficiales que salen participan á los que entran las órdenes que hay en la trinchera, cuyo teniente general ó comandante, envía á tomar las del generalísimo, y las distribuye á los regimientos de trinchera; yo querría que el general de trinchera diese todas las órdenes al mayor de ella, y este á las tropas de la misma, á fin de hallar en el libro de dicho mayor de trinchera una seguida exacta noticia de todo el curso del sitio. Querría yo también que el mayor de trinchera, el comandante é ingenieros que entran y los que salen, como asimismo los comandantes de las baterías, directores de minas, mayor general del ejército, y jefes de ingenieros y artillería, conferenciasen todos juntos, cerca de lo que importa informar al generalísimo ó hacer para cumplir sus anteriores órdenes. El mismo generalísimo pudiera escoger aquella hora para visitar la trinchera, antes de la referida conferencia, y acompañado solamente del comandante y mayor de trinchera y de los jefes de ingenieros y artillería; pues cuando muchos hombres juntos van reconociendo la trinchera, los sitiados advierten de que está allí el general enemigo, y emplean contra él sus bombas y morteradas de piedra, cuyo inutil peligro debe excusar un prudente jefe.



Supónese que entre las primitivas órdenes haya la destinación de las tropas que han de mantenerse á la defensa de cada puesto, y de las que deben estar como cuerpo de reserva, para ocurrir adonde la necesidad exija; pues de otro modo, acudiendo muchas á un falso nocturno ataque, dejarían mal guarnecida la porción de trinchera contra que los enemigos emprendan realmente.

Ya se ve que á las tropas de la trinchera, se da al anochecer una contraseña para que se conozcan entre sí, cuando pierdan el orden por alguna surtida de los enemigos, ó se retira un ingeniero, oficial ó soldado, que de

noche haya salido de la trinchera á reconocer alguna cosa.

Siempre que se pase á la plaza un desertor, sus oficiales darán parte al general de trinchera, y este mudará la contraseña, y el anterior puesto de las centinelas avanzadas que dicta el siguiente párrafo. También se muda la contraseña cuando se divulgó, al barajarse las tropas en una surtida.

De noche se avanzan dobles centinelas, por izquierda y derecha de la trinchera, para que los enemigos no la sorprendan en flanco, saliendo de

la plaza por frente distinto del atacado.

Si te encuentras noticioso de las puertas y surtidas secretas del atacado frente de plaza, que no tenga entrada cubierta, ó bien de las barreras de esta, avanzarás por la noche, hacia ellas, centinelas que se arrimen con gran silencio hasta donde buenamente puedan, sin conocido riesgo de ser oídas ó vistas; y por si los enemigos, como suelen, disparan por todas partes á la contingencia de acertar ó no, tus centinelas estarán vientre ó rodilla á tierra, armadas á prueba de fusil, ó cubiertas de tres manteletes por frente y costados. Si el suelo es de arena, las centinelas no han menester manteletes, ni más armas defensivas que para la cabeza, bastando que lleven palas de madera, cortas de mango, para hacer con ellas un hoyo en que se cubran dichas centinelas. Poco antes de amanecer se retirarán á la trinchera, dejando esparcida la arena que sacaron del hoyo (si es que la noche siguiente han de volver al mismo paraje) ó trayendo los manteletes; para lo último y para llevarlos, asisten á cada centinela otros dos soldados, á fin de que toquen á mantelete por uno.

En tales puestos se emplean hombres de conocido coraje, para que el temor del peligro no los turbe en la ejecución de su encargo, y fieles, para que no deserten á la plaza desde aquel paraje en que nadie se lo impide.

Entre la trinchera y dichas centinelas, se ponen otras, que sucesivamente se avisen la novedad considerable que descubran. Será también del cargo de cada una participar si deserta la que se halle más cerca por su espalda, frente ó costados; en cuyo caso el general de trinchera dispondrá que las demás se retiren, ó muden puesto, antes que salgan los enemigos á tomarlas. Las centinelas avanzadas también sirven para que algún desertor ó espía, no se atreva á correr desde la trinchera á introducirse en la plaza.

Según el grande ó chico número de hombres de cada compañía, y el más ó menos frente de trinchera que guarnece, se encarga á cada una ó dos compañías el mantener una centinela: estas, de día, no importa que disten una de otra cien ó ciento cincuenta pasos; pero de noche se doblará el número de las centinelas, y áun se triplicará si la noche fuese oscura.

Las centinelas de la trinchera miran por tres troneras, cada una hecha con tres saquillos de tierra, los dos acostados sobre el parapeto á cuatro dedos uno de otro, y encima de ellos se atraviesa el tercer saco para cubrir á la centinela desde los ojos hasta lo alto de la cabeza.

La abertura de la tronera de enmedio, está recta á la plaza, y las dos colaterales se asesgan á izquierda y derecha, á fin de que la centinela vea por todas partes; pero se colocan de tal suerte, que la centinela no sea enfilada por el blanco de una, mientras mira por la otra. Los saquillos son mejores pardos que blancos, pues cuando toda la trinchera no está guarnecida de ellos, ya conocen los enemigos, que detrás de cada tres hay una centinela, y no faltan en las plazas buenos tiradores, que encajando las balas por las mismas troneras, matan á muchas centinelas; mas los sacos pardos no se perciben tan fácilmente desde la plaza.

De día yo no pondría las centinelas muy cerca de las banderas, por la razón dicha en el anterior párrafo, pues como los saquillos de las troneras no resisten al cañón, en el frecuente disparar de la artillería enemiga contra las banderas, perderías muchas centinelas: estas participarán, si de la plaza va saliendo gente, ó si en ella, en el foso, ó estrada cubierta, se oye algún rumor extraordinario, lo cual sería indicio de prevenirse los enemigos á una surtida, ó de que limpian las ruínas de su brecha, ínterin que tus baterías descansan.

Las centinelas dispararán sobre cualquiera hombre que vaya corriendo desde la trinchera hacia la plaza, porque será desertor ó espía; y si de noche saliere de la trinchera un ingeniero ú otra persona á reconocer alguna cosa, se anticipará el aviso á todas las centinelas de izquierda y derecha para que no tiren. Nunca deben disparar sobre pocos hombres que vengan de la plaza; menos que haya prohibición de admitir desertores de ella; pero si se acercare una tropa, aunque se nombre de desertores, las centinelas la obligarán á hacer alto, ínterin que la guardia de la trinchera tome las armas; pues los enemigos pudieran adelantar dicha tropa con el intento de que ella sorprendiese á las de la trinchera, para que las hallase en confusión el sucesivo grueso cuerpo de la surtida.

Si la plaza que atacas tiene libre comunicación con su ejército, se harán vigorosas y frecuentes las surtidas, porque el gobernador no temerá que llegue á faltarle gente, y cada brigada ó regimiento que entre de nuevo, queriendo lograr alguna distinción por lo pocos días que le tocare servir en la plaza, instará al gobernador sobre que permita una surtida contra las trincheras, en las cuales procurará, sin duda, aquella tropa adelantarse un pasito más que los precedentes cuerpos ó destacamentos del ejército ó plaza.

A los principios de un sitio, si tu trinchera no está muy lejos de la plaza, ó si tienen los defensores de esta barrancos ó caminos estrechos y ocultos, que les faciliten el acercarse á cubierto, y después la retirada, es natural salgan sobre tus obras, por dar muestras de su vigor, mientras se hallan frescos y sin enfermos ni heridos; como también porque habiendo entonces poca trinchera y mal perfeccionada, discurrirán que las tropas contenidas en ella, no basten á contrarestar la surtida; y que si otras que vengan del campo se presentan al descubierto, padecerán grande estrago por las baterías de la plaza, no áun desmontadas ni demolidos los parapetos; pues en los principios del sitio, todavía no habrán comenzado las tuyas á jugar.

Siempre son más de recelar de noche las surtidas (particularmente

cuando la trinchera se halla un poco lejos), porque los sitiados, avanzándose sin ser vistos, cojen desprevenidos á los sitiadores, padecen menos estragos por el fuego de estos, y la confusión de los últimos es mayor, no pudiendo distinguir la arma verdadera y la falsa, ni la tropa chica ó la grande que los embiste por cada una de varias partes.

Son especialmente recelables por la noche las surtidas en tiempo de viento, lluvia y sin luna, porque los sitiados se fiarán en que la oscuridad y el rumor del viento, les facilitará llegar á la trinchera sin ser antes oídos

ni vistos.

Las noches de viento y sin lluvia dan á los que salgan sobre los sitiadores, la comodidad de incendiar las faginas y otro maderaje de trincheras y baterías; porque el viento dilata las llamas de forma que no es fácil apagarlas.

No desprecies los avisos de los desertores, ni algún otro mediano indicio de que los sitiados se disponen á salir contra la trinchera, pues aunque muchas veces fatigues en balde las tropas con el fin de reforzar las de su guardia, es menos inconveniente, que ver á una porción de las últimas de-

gollada, clavados los cañones y demolidos los trabajos avanzados.

Contra surtidas mientras hay poca trinchera, empléese mucha caballería, que aunque se mantenga fuera del alcance del cañón, llegará siempre á tiempo de cortar á los enemigos en la retirada larga, que tendrán al principio del sitio, que es cuando se halla la poca trinchera. Si cerca de la cola de esta se encuentra algún barranco, no enfilado de la plaza ó edificios, la cortedad de la trinchera no es inconveniente, pues detrás de los mismos edificios ó barranco, se puede tener la reserva de tropas que baste.

En noches frías, aunque no sean de lluvia, los oficiales de trinchera obliguen á los soldados á pasearse de tiempo en tiempo y á batirse contra el cuerpo los brazos y los piés contra el suelo, á menos de cuya diligencia estarán inhábiles para manejar sus fusiles, durante medio cuarto de hora

después de tocada la arma.

Aunque parece inconveniente que haya lumbres en la trinchera, es preciso aquel recurso en los grandes fríos; pero cúidese de hacer los fuegos lejos de las porciones de trinchera construída con faginas ó gabiones, y donde su resplandor no muestre los gastadores que por el frente ó costados trabajen á descubierto: pudiera levantarse y reforzarse el parapeto de la trinchera en los parajes donde se han de hacer las fogatas, para que alrededor de ellas quepa más gente, sin que de la plaza la descubran.

Sea caliente ó frío el tiempo, y de noche ó de día, yo quisiera que en las veinte y cuatro horas de la guardia de la trinchera, ninguno durmiese, porque pasa gran rato, primero que se halle capaz de comprender y ejecutar las órdenes cualquiera hombre que despierte con el susto de un alarma.

Supuesta la expresada conveniencia de que se halle siempre despierta la guardia de la trinchera, se conocerá el abuso de hacerla doblar, cuando pasadas las 24 horas, se teme una surtida, ó se quiere dar un asalto, y no comprendo qué dificultad hay en que del campo vaya á la trinchera igual número de hombres que mude á los otros, si el sitiador juzga precisas en ella más tropas que las diarias, antes bien estas deberían quedar francas de todo servicio 24 horas primero de montar la trinchera, y otras 24 des-



pués de salir de la misma, con lo cual resistirían á la propuesta vigilia. Contra el fuego que en una surtida pueden los enemigos poner á las trincheras, ténganse de distancia en distancia de las mismas medias cubas con agua, pieles frescas, mantas y algunos instrumentos de gastadores.

Supónese que á las tropas de refuerzo se les dé la misma contraseña

que á las de la trinchera.

Luego que se toque la arma, se apaguen los fuegos de la trinchera, porque no sirvan de embarazo á las tropas que la defienden, ni á los ene-

migos de socorro para el acierto de su marcha y puntería.

Las tropas que salgan de la trinchera, marchen á gran paso, especialmente si es de día, no sólo para que las de la surtida no tengan tiempo de ejecutar mucho destrozo en tus obras avanzadas, y en la guardia de las mismas, sinó también para sufrir por menos rato el cañoneo que la plaza continuará desde que dichas tropas se pongan al descubierto, hasta que, avecinándose á las de la surtida, no pueda ya el cañón de los sitiados tirar sobre las unas, sin riesgo de maltratar á las otras.

El propuesto expediente de salir de la trinchera se entiende cuando son de infantería los enemigos que la atacan; no debiendo jamás tus batallones empeñarse en seguir á caballería contraria, pues llevarían seguro el no alcanzarla, y peligro de que rehaciéndose ella, cuando los batallones

hubiesen perdido el orden, los derrotase.

Pudiera ser también el primitivo intento de los enemigos, que tus infantes se adelantasen mucho de la trinchera, á fin de hacer después sobre ella dos ó tres descargas de sus cañones, para cuya puntería dejarán blanco las tropas de la surtida, corriendo con toda la fuerza de sus caballos á meterse en la plaza.

Contra surtidas de caballería enemiga (si es de día), se emplean las baterías de la trinchera, ó los cañones que dijo el anterior inmediato párrafo, por el destrozo y horror que la artillería causa á los escuadrones poco hechos á aquel género de peligro, y expuestos al acierto de los caño-

nazos, por el grande objeto que los escuadrones presentan.

Sea de día ó de noche, y de infantería ó de caballería la surtida, tus guardias de caballería correrán á cargar el flanco ó espalda de los enemigos que ataquen á tu trinchera por el costado, ó que la lleven medio forzada en el frente. Mejor que tus infantes, pueden tus ligeros ó dragones practicar la aconsejada regla de mezclarse luego con los enemigos, y aunque se hayan avanzado un poco en seguimiento de estos, nunca tendrá la plaza tiempo de hacer muchas descargas, sobre dicha caballería tuya, que al favor de la ligereza de sus caballos tardará poco en restituirse al abrigo de la colina, edificio, espaldón ó trinchera de que salió.

A tropas de guarnición fuerte que salgan de noche (lo mismo cuando se retiran de día por barrancos que no se puedan reconocer de lejos), no debe la guardia de la trinchera seguirlas gran trecho, aunque parezca van en desorden, que tal vez será fingido, para llevar á los sitiadores á una emboscada. Pero si la guarnición fuere corta, desde el principio, ó quedó muy débil por haber perdido en la surtida grueso número, y tus tropas llegan barajadas con ella hasta la plaza, procuren conservar la puerta, ínterin que acuden á su refuerzo los otros regimientos de la trinchera á quienes avisen con un oficial; desquicien ó rompan dicha puerta y barreras; apuntalen los

rastrillos ó peines, y aseguren con sus mismas clavijas ó con piedras el puente levadizo.

Las tropas españolas, mandadas por el Gran Capitán el año de 1503, entraron en Castelnovo de Nápoles, mezcladas con los franceses de su guarnición, que habían hecho una surtida.

Al retirarse tus tropas del alcance, vengan en poco extendido frente, ó á lo menos dejen franca la vista á tus baterías, y á buena porción de trinchera, para que el cañón de aquellas y el fusil de esta, jugando sin cesar contra la plaza, su fuego no incomode tanto á dichas tropas, ínterin que vuelven á ponerse á cubierto de la trinchera. El que las mismas, luego que abandonen el alcance, se hagan á la derecha ó á la izquierda, sirve para falsear la anticipada puntería de las baterías, que, naturalmente, habrán dirigido los enemigos al camino por donde tu gente marchó, creyendo que se retirará por el mismo.

Si los enemigos en la surtida incendiaron los gabiones ó faginas de la trinchera ó baterías, échese encima del fuego cantidad de tierra. Cuando no baste la tierra para apagar el fuego, se aplican á este mantas ó pieles mojadas, y si no obstante el incendio prosigue, se corta la trinchera ó batería por sotavento del fuego, para que este no pueda comunicarse á otras obras; al mismo tiempo se destina buen número de hombres que alejen las municiones más próximas.

Cuando los enemigos, con una surtida ó ataque se hacen dueños del alojamiento que el sitiador tenía en alguna obra exterior ó interna, importa volver á atacarla inmediatamente, primero que se fortifiquen los enemigos en ella, ó que destruyan dicho alojamiento de los sitiadores.

Las medias cubas llenas de agua, son también precisas para beber los soldados de la guardia ó del trabajo; pues cuando no hay agua en la trinchera, la tercia parte de sus tropas va al campo con pretexto ó con precisión de buscarla, y mientras vuelven, la zapa y el fusil tienen aquella gente de menos. Para que nunca falte agua en la trinchera, se ponen á las órdenes del mayor de esta los mulateros necesarios, que con sus machos, aguaderas y jarros, continuamente reemplazan el agua de las medias cubas que se va consumiendo.

Son útiles en la trinchera los vivanderos, para que los soldados no salgan de ella con pretexto de ir á comprar vino, pan, queso, etc., como repara Mr. de la Fontaine; pero se observará que no sienten su rancho cerca de los depósitos, ó del tránsito frecuente de pólvora ó bombas cargadas, ni en paraje donde convenga el silencio, ó estorben el paso. Cúidese de que los vivanderos no vendan á precios muy excesivos, y destínese á cada taberna un cabo de escuadra, hombre de juício, que ataje las pendencias, y haga retirar á sus cuerpos los soldados que hayan bebido lo bastante, ó estado allí el rato suficiente para que no se emborrachen, ni falten á sus puestos, de donde tal vez se ausentaron por librarse del peligro.

XV.—Avisos cerca de prisioneros, desertores y espías de la plaza sitiada y de su ejército. Noticias que debes dar ó ocultar á este y á aquella. Medios para conseguir uno y otro.—Tanto las tropas de la trinchera, como las guardias y patrullas de caballería, que supongo destines hacia los no atacados frentes de plaza, tengan impuesta pena de la vida, sinó te en-

vían luego todos los desertores, sin permitir que en el camino les hablepersona alguna, excepto el comandante de la trinchera, que los examinará á solas, por la razón que verás en este mismo párrafo. Como los desertores pueden pasar de noche entre guardia y guardia del frente que no atacas, habrás publicado la referida pena contra el desertor que no se te presente luego, y contra el oficial, vivandero ú otra persona, que le reciba por soldado ó por criado ó que no le arreste, y envíe al cuartel general con persona segura; pues los enemigos hacen que algunos de sus soldados se finjan desertores, para que desde el ejército sitiador aguarden ocasión de ir adonde está el jefe de las tropas contrarias, ó de comunicar las noticias oportunas á un confidente, que los enemigos tengan en tu mismo ejército. y de cuyo nombre y señas vaya el desertor informado. Por eso aconsejé que no se le permita hablar con persona alguna; y luego que le examines de la forma que voy á decir, le enviarás con escolta á una ciudadela ó castillo, donde le traten bien; pero sin dejar que nadie le comunique, hasta el fin del sitio, sinó los hombres de la guarnición en que se halle; porque los confidentes de los enemigos no pasen á ella á informarse de las noticias que pudo llevar el desertor fingido.

Los espías que se cogen se hacen ahorcar á vista de la plaza, para que, por temor de igual castigo, no se atrevan otros á encargarse de la misma

comisión.

Examinarás por tí mismo los desertores, porque alguna impensada respuesta puede suscitar otras oportunas preguntas, que omitiría cualquiera oficial que no se hallase tan enterado, como tú, de lo que sea dable intentar en fe de la expresada mayor especificación de noticias, conforme á las ocultas órdenes de tu príncipe. No asistan á dicho examen, personas que no sean de mucho secreto y confianza, porque tal vez no convendrá que se divulgue la relación de los desertores, en cuanto al buen estado de la cortadura y minas de la plaza, del coraje de sus tropas, de la abundancia de sus municiones y víveres, ú otra noticia capaz de infundir á tu ejército desmayo; y por otra parte puede ser inconveniente que se publique hallarse la plaza próxima á la urgencia de rendirse, porque serviría á los enemigos de aviso para apresurar el socorro.

Las mismas precauciones que con los desertores, tomarás con los prisioneros de alguna surtida, porque no divulguen lo que intentes que no se publique, ó porque no es imposible se dejen tomar, para que en la prisión les hable algún confidente que los enemigos tengan en tu ejército, y parti-

cipe después los avisos al general contrario.

Harás entender á los sitiados cualquiera nueva declarada alianza de tu príncipe, la separación de alguno de los de la liga contraria, la derrota de su ejército, el contagio que se haya introducido en el mismo, la sublevación de una provincia enemiga, ú otra noticia conducente á que la guarni-

ción desespere del socorro.

Aun sin ocurrir algunos de los expresados accidentes, puede ser que el general enemigo, no teniendo tropas bastantes, ó no considerando fácil vencer los impedimentos de la fortificación ó terreno de tu campo, avise al gobernador de la plaza que la rinda, primero que llegue la precisión de exponerla al degüello de un asalto, ó á quedar la guarnición prisionera. Si coges tal carta, envíala original con el mismo espía, que por conocido en

la plaza, no dejará sospecha de que la carta sea fingida, y en este caso debes anteponer el fruto de la aconsejada máxima al castigo del espía.

Debes practicar las imaginables diligencias para que no llegue á oídos de los sitiados, ni áun se divulgue en tu mismo ejército, alguna voz que pueda causar coraje á aquellos, y desfallecimiento á este: se entiende cuando te faltan pocos días para la toma de la plaza, pues en largo tiempo sería dificultoso lograr el fin; y así, en el caso de que vamos tratando, conviene apretar el ataque, ó moderar las condiciones de la entrega, para que

la plaza capitule antes que le llegue la favorable noticia.

Prevendrás á las tropas de la cabeza de la trinchera, y á las guardias y patrullas de los no atacados frentes de la plaza, que no permitan se acerque persona desconocida, ni áun alguna que no sea de las mismas guardias; pues tal vez un espía, con disfraz de vivandero, ó con otro pretexto, llegará á aquel puesto para aprovechar, al favor de la inmediación, cualquiera conyuntura de introducirse en la plaza con las cartas ó avisos verbales, que le hayan encargado; y por si el espía usa la precaución de haber tomado partido en tus tropas, ordenarás que ningún hombre reclutado después del principio del sitio vaya á la trinchera, ni se nombre para guardias avanzadas. Lo mejor sería siempre conservar fuera del campo los soldados nuevamente reclutados.

Si los enemigos desde alguna montaña vista por la plaza hacen señales con humo de día, ó con fuego ó voladores de noche, te conviene destacar partidas que ahuyenten la de los contrarios destinada á ejecutar dichos señales.

Si por tus confidentes ó espías averiguas la significación de los señales concertados entre el gobernador de la plaza y el general del ejército enemigo, puedes engañar, ó por lo menos confundir, á uno de los dos oficiales, haciendo tú otra seña de lo que te importe dar á entender, y desde paraje que pueda el ejército enemigo equivocar con la plaza, ó creerse en esta ser de su ejército el señal.

Si coges cartas en que los sitiados pidan víveres al general del ejército, da á entender en el tuyo, que la plaza sólo necesita municiones ó tropas; y así de todo lo demás; para que si fuera dable al general contrario introducir un furtivo socorro, no le componga de los géneros que hacen la mayor falta en la plaza: antes bien si la emprendes por bloqueo, sería ventaja tuya que le entrasen tropas sin víveres.

XVI.—Sobre treguas generales de potencia á potencia, ó particulares entre el ejército sitiador y la plaza sitiada. Discúrrese de las condiciones que suele pedir una plaza cuando capitula, y concederle ó negarle el sitiador, conforme á diversas circunstancias del estado que tenga una y otra fuerza.—Acaso te propondrán los contrarios una tregua con visos de próxima paz ventajosa á tu soberano; pero con el solo intento de adormecerle en las disposiciones de la guerra, de atrasarle en los progresos de la misma, de efectuar alguna nueva alianza, ó de conseguir favorable ocasión de introducir en la plaza el necesario socorro. Si te parece que los arbitrios que propondré contra aquellos y otros riesgos no bastarán para evitarlos, prosigue las operaciones convenientes para que la plaza se rinda, y el tiempo de otras empresas no se pierda; pues no es muy temerario juício el temer de los contrarios lo peor.

Prosiguiendo las operaciones de guerra, se abrevia la efectuación de

Respecto á lo dicho, no admitas la tregua sin las precauciones siguientes: Prescribe sobre continuar la guerra ó concluír la paz, el tiempo que pueda bastar para lo segundo; pero no para que los enemigos se refuerzen, uno de tus aliados se destaque, sobrevenga estación incómoda, ó tal escasez de víveres ó forrajes, que te obligue á abandonar la campaña, ó pase el tiempo de lograr con tu ejército importantes progresos en otra frontera.

Cuando la sitiada plaza trata de capitular, se establece entre ella y el ejército sitiador una suspensión de armas; pero á veces los enemigos, con pretexto de nuevas demandas y respuestas, procuran ganar el tiempo necesario para que su socorro se avecine, ó tarde tu ejército en ocurrir á otra importancia; para concluír con secreto alguna mina ó cortadura, limpiar la brecha, etc.; para que uno de los oficiales que repetidas veces entran y salen á conferir diversos puntos, observe el flaco de tus baterías y trincheras, ó hable con algún oculto confidente, que el gobernador tenga en tu ejército, y pase al general enemigo un aviso importante; finalmente, puede ser la intención de los enemigos adormecerte con la tregua, para destruír tus trincheras ó clavar tus cañones con una surtida.

Evítanse los dos primeros mencionados peligros, con señalar á los enemigos las solas horas precisas para fenecer su capitulación, las cuales pa-

sadas, se despermutan los rehenes, y prosigue el fuego. Supongo concedas el tiempo que baste para que discurran contigo los oficiales que salieren de la plaza destinados á capitular, y también para que uno de los mismos vuelva á informar al gobernador sobre los puntos en que se ha convenido, y los que áun se altercan; como para que el gobernador junte su consejo de guerra que le ayude al examen de todo, y á tomar la última resolución; después de cuyos pasos todavía suele quedar pendiente alguna dificultad, que da motivo á segundo y á tercer viaje de los capitulantes; con que doce ó quince horas siempre son menester para acabar un tratado semejante; pero si los enemigos insisten por más tiempo, debe serte sospechosa la demanda.

Cuando no hay alguno de los dos expresados inconvenientes, no tendría yo reparo en conceder á los sitiados el artículo, que muchas veces proponen, de que si dentro de tantos días no es reforzado tu ejército, se entregará la plaza con tales y tales condiciones, y que en el ínterin cesen las hostilidades, y el sitiador asista diariamente á los sitiados con cierta cantidad de pan, vino y carne por el precio corriente, y les permita enviar un oficial á su corte ó ejército, de cuya forma se excusan muertes de oficiales y soldados, y consumo de municiones; y los defensores se contentan del expresado artículo, pareciéndoles que aquellos días de tregua que tardan en consignar la plaza, se cuentan entre los del sostenido sitio, y que habiendo participado á su príncipe ó general el referido convenio, ya la guarnición ha cumplido, si en el término prescrito no llega el socorro.

En la ejecución de lo que acabo de proponer, queda existente el peligro de que, al favor de tan dilatada tregua, los enemigos pueden hacer una cortadura tan fuerte como su muralla, cantidad de minas y otras defensas: así no debes conceder semejante larga suspensión de armas, excepto cuando

los sitiados convengan en el punto que voy á expresar.

Es de estampilla el artículo de que durante la suspensión de armas cese de una y otra parte el trabajo; pero no se experimenta menos frecuente la recíproca infracción en este punto, y no há muchos años que ví á las tropas alojadas en diversos baluartes y puestos interiores de cierta plaza, trabajar toda la noche con gran silencio, y con mucha actividad en mejorar sus alojamientos. Lo mismo ejecutaron los sitiados en las barricadas ó cortaduras de sus calles, y no sólo se había empezado, sinó también concluído la capitulación; pero las tropas no sabían más que el principio de ella.

De aquí se infiere cuánto importa al sitiador la preliminar capitulación de que los oficiales suyos, que van á la plaza por rehenes, puedan á todas horas reconocer si los sitiados trabajan en contraminas, cortaduras, limpiar la brecha, fundir cañones, echar granos, componer esplanadas ó afustes de piezas y morteros, montar fusiles, etc.; para cuya investigación deberías enviar á la plaza muchos rehenes, á fin de que, alternándose en la fatiga dos

de ellos, estuviesen de continuo en movimiento.

Ya veo ser extraordinaria esta demanda del sitiador; pero tampoco es muy regular el conceder tantos días de tregua á los sitiados, y cuando su plaza se halle muy apretada, no rehusarán salir del frecuente formulario.

Para librarte de que los oficiales, que salen á capitular, observen el mal estado de tus cañones por desfogonados, de tus trincheras por débiles, ó derruídas, de tus baterías por arruinadas, etc., basta seguir la ordinaria práctica de que dichos oficiales no salgan por el frente atacado, sinó por una de las otras puertas de la plaza, y no dejar que vayan á la trinchera, ni tampoco sus criados, que tal vez serán ingenieros. No permitas que en la suspensión de armas alguno de los defensores, con pretexto de hablar á parientes ó conocidos que tenga en tu ejército, pase á la trinchera; pero sí el que alguno de los tuyos se acerque á parlamentar con los enemigos, y que con motivo de llevarles vino, fruta ú otro regalo, se les avecine un ingeniero tuyo vestido de criado ó de soldado, para reconocer las defensas bajas del foso, ú otra cos: que desde tus puestos avanzados no se descubría bien.

Destinarás oficiales de confianza que se adelanten á recibir á los que salen de la plaza, así en la marcha hasta fu alojamiento, como en la residencia que los capitulantes y rehenes de la plaza hagan en este; no permitas que ellos ni sus criados hablen de secreto con persona que no sea de tu entera satisfacción, ni le entreguen papel alguno hasta que la plaza se rinda, con lo cual evitas el peligro de que un ocuito confidente de los enemigos se acerque á recibir la noticia que el gobernador quiera comunicar al general de su ejército.

Si vienen á caballo los oficiales de la plaza, pudieran traer algún papel en los cañones ó en los escudos de los bocados, en las bolsas de las colas de los caballos ó en las sillas, por lo cual no debes permitir que aquellos

equipajes salgan de tu casa ó de la de un hombre fiado.

Tampoco se consentirá que los oficiales de la plaza entreguen á persona, que no sea para tí muy segura, bastón, caja, látigo ú otra alhaja capaz de incluír un billete, ni la reciban de sugeto de cuya fidelidad no estés asegurado, si hay alguna mala noticia que, sabida por los sitiados, pueda animarlos á continuar la defensa.

Si los oficiales de la plaza reparan en tus muchas precauciones, les

dirás que aquellas generales máximas de la guerra no se oponen á la particular estimación que haces de ellos, y debes agasajarlos todo lo posible, no sólo porque la cortesía lo pide, sinó también para que, reconocidos á tu buen trato, se esfuercen á facilitar con los sitiados el convenio en tus proposiciones.

Algunos pretenden que si dichos oficiales no tienen el honor á prueba del interés, procures ganarlos con ocultas dádivas y ofertas, para que engrandeciendo á los defensores tu poder y su peligro, los persuadan á una

capitulación que te pueda ser muy ventajosa.

Varios escritores y generales dicen que el sitiador se abstenga de llamar á los sitiados á capitular, porque aquellos no crean que la priesa de este viene de alguna considerable dificultad, que halla para continuar el sitio.

Pero si el gobernador es práctico y valeroso, también pretenderá no ser el primero á tocar la llamada, y en esta casi inútil porfía de los dos jefes corre la plaza el peligro de ser llevada de asalto, los sitiadores el riesgo de perder mucha gente en el mismo, y al príncipe conquistador se vuelve infructuosa, por destruída, la adquisición de la ciudad; y vergonzoso, por no preciso, el estrago de la propia; en lugar de que, si en razonable tiempo del sitio convidas con la capitulación á los sitiados, la rehusan y los entras por asalto, á la pertinacia de aquellos y no á rigor de tu genio atribuirán Dios y el mundo la desgracia.

Más adelante hablaré de los particulares ó extraordinarios casos, en que debe el sitiador esforzarse á tomar prisioneras las tropas de la plaza, ó bien resolverse á concederles una capitulación más ventajosa que la regular, de la cual voy á discurrir, atareándome á la común práctica, y á lo que Mr. de Ville y otros buenos escritores previenen. La letra cursiva significa lo que la plaza pide, y la redonda lo que me parece que el sitiador debe conceder

ó negar.

Que se conserven á los paisanos las haciendas, privilegios, religión y

armas.

No hay dificultad en conceder las haciendas; pues en mano del vasallo contribuyen anualmente al príncipe, y administradas por cuenta de este, suelen servir sólo al robo de los administradores ó de sus subalternos. Los que perdieron las haciendas, abandonan el país, vergonzosos de vivir con miseria donde los vieron estar con lustre, ó precisados á buscar en las tropas de tu enemigo la subsistencia, que en su tierra les niega tu soberano.

No hallo gran reparo en conceder espadas y fusiles á pueblos que, por su cortedad, nunca pueden quedar superiores á su guarnición, particularmente cuando hay ciudadela que sujete al paisanaje, ó cuando los paisanos,

aunque numerosos, no tienen antipatía con tu nacion ó príncipe.

Que se concedan seis meses de tiempo à los paisanos para vender sus bienes muebles y raices, y se les permita retirarse con el producto al pais de

su antiguo principe.

Poco mal puede seguirse de concederlo; porque raro paisano abandonará su lugar, y si alguno lo ejecuta, será por tan desafecto á tu príncipe, que te resulte ventaja en su ausencia, y te excuse el trabajo de sacarle por fuerza, como es necesario hacer con semejantes hombres.

Que el pueblo no será saqueado, ni sus campañas tomadas por los sitia-

dores.



Que no se pedirán á los habitantes de la ciudad ó de su territorio más contribuciones que las que ellos acostumbraban pagar á su antiguo príncipe, ni se les cargarán nuevos impuestos en comestibles ó mercancias.

Suele concederse este artículo, cuando su negativa pueda irritar al paisanaje, y éste se halle con fuerza bastante para defender la plaza más tiempo del que tú puedas buenamente continuar el sitio.

Concédese también el expresado artículo, si aquellos paisanos ya pa-

gaban á su príncipe cuanto podían sin empobrecerse.

Otras veces se capitula que la ciudad conquistada correrá en tributos, aduanas ó impuestos la misma suerte que el antiguo país del conquistador.

Que no se hará cargo á los paisanos de algún delito que antes hayan cometido contra el príncipe conquistador, ó contra las tropas ó tierras del mismo, y que sobre la guarnición no se ejecute represalia por algún pretendido motivo de haber las mismas tropas, ú otras de su principe, faltado al cumplimiento de anteriores capitulaciones.

El primer punto se concede; pero sobre el segundo procure el sitiador

estipular que se le dé razonable satisfacción del padecido fraude.

Que los desertores del ejército sitiador, que se hallan en la plaza, sean también perdonados, y quede á su arbitrio seguir á la guarnición, ó restituirse al ejército; ó bien pedirá el gobernador que los sitiadores no reconozcan un barco, ó dos ó más carros cubiertos donde el gobernador ocultamente premedite poner à dichos desertores, à considerables delincuentes.

En la primera condición sólo conviene el sitiador cuando, á trueque de tomar la plaza, se halla obligado á pasar por todo, pues el ejemplar sería

de malas consecuencias para en adelante.

La segunda condición es más aceptable, por menos indecorosa y menos

pública la tolerancia del delito.

Que se darán dos ó tres días de tiempo á la guarnición para disponerse à la marcha.

Concédese, pero en caso de que durante aquellos dos ó tres días no se te pueda acercar poderoso ejército enemigo, ni el tuyo haga considerable falta en otra parte. El ejército de la Liga concedió el expresado artículo á

la guarnición española de Ciudad-Rodrigo, el año de 1705 ó 1706.

Habiendo riesgo de que se avecine un ejército capaz de forzar al tuyo, permitirás á la guarnición dejar algunos criados y oficiales para conducir después los equipajes; pero ganarás los instantes para hacer que la guarnición salga de la plaza, como el último señor duque de Vandoma ejecutó con la de Viruega, mientras el mariscal de Staremberg marchaba á librarla.

Durante cualquier tiempo que se conceda á los enemigos para evacuar la plaza, deben estos entregar á tus tropas la puerta más vecina á tus trin-

cheras.

Que la guarnición saldrá por la brecha con banderas desplegadas, bala en boca, mecha encendida, y tambor batiente, llevando cada soldado diez tiros de pólvora y bala, y una granada cada granadero; y que la guarnición saque dos cañones de tal calibre, con sus afustes, avantrenes y armas, veinte tiros de pólvora y bala, para cada pieza, y las mulas y carros que se necesitan para el tiro y trasporte de unos y otros pertrechos.

Cuando no te empeñes en tomar prisionera la guarnición, no regatees los honores; y aun habiendo ella de quedar prisionera, se le permite salir por la brecha con armas y banderas, y entregar después unas y otras. Así lo hizo con la guarnición de Alcántara el marqués de las Minas, general del ejército de la Liga contra las dos Coronas.

Cuando se conceden cañones á la guarnición, ordinariamente son de campaña; antes de ahora se acostumbró conceder una pieza por cada mil

hombres.

Que los oficiales y soldados sacarán su ropa, alhajas, dinero, caballos, esclavos y cuanto pertenezca á sus respectivas familias y compañías.

Casi nunca se niega, y de Ciudad-Rodrigo hemos sacado el año de 1706

hasta las camas del rey, que tenían los soldados en los cuarteles.

La guarnición, á trueque de no aventurar sus equipajes con proseguir la resistencia, suele anticipar la entrega de la plaza, como sucedió con la de Pelusio á Lácrates, capitán tebano que, atacándola con tropas del rey de Persia, Artajerjes Ochus, contra las del rey de Egipto Nectánebos, ofreció á los defensores griegos que los conduciría á su patria con todo el

bagaje que pudiesen llevar.

Para que en este artículo no haya fraude contra el sitiador, especifíquese que no se entienda por de las tropas los fusiles, vestidos y tiendas que veinte días antes de la capitulación estaban en los almacenes del rey, ni las camas de hospital y cuarteles, menos que los regimientos las hayan comprado por su dinero. Lo mismo digo por lo tocante á medicinas y más géneros del servicio del hospital de la plaza. En la de Ciudad-Rodrigo tomaron los portugueses 150 vestidos de mi regimiento de infantería de Asturias, porque habiendo un ayudante descuidádose en distribuirlos á los soldados, un ministro de hacienda portugués, viéndolos en el portal del ayudante, averiguó que se acababan de sacar del almacén.

Que el principe, cuya plaza se entrega, y la guarnición de la misma, cobrarán de los habitantes de esta cualesquiera créditos, que tengan contra

ellos hasta el día que la capitulación se firma.

Suele concederse, añadiendo el sitiador la circunstancia de que, si el príncipe enemigo ó sus tropas se hicieron adelantar por los arrendadores de las rentas reales, ó por los paisanos de la plaza ó de su jurisdicción algún dinero, trigo, vino, carnes, maderas, hierro ú otro género, la guarnición dejará rehenes hasta su entera paga; de cuyo modo no quedan perjudicados los nuevos vasallos del conquistador ó este, y se evitan los monopolios que acostumbran á hacer los pasados arrendadores, y los ministros del príncipe enemigo, con beneficiados recibos de anticipadas supuestas fechas.

Que se darán á la guarnición, por el regular precio de aquel país, los víveres, carros, barcos, ó bagajes que necesite, y escolta suficiente; y que restituyéndose el carruaje y escolta, y después de cumplido todo lo demás capitulado, se concederán libres pasaportes á los rehenes de la guarnición. Que esta use de los víveres de sus almacenes por el tiempo que tarde en evacuar la plaza, y para uno, dos ó tres días de marcha, á proporción de su número de bocas efectivas, y á razón de tanto pan, carne salada, etc., por cada boca,

y de tanta cebada por caballo.

Es corriente la aprobación de este artículo, tasando el número de raciones de pan y cebada, y de arrobas de carne salada, queso, legumbre y otros géneros que haya en los almacenes de la plaza.

Digitized by Google

Que los heridos y enfermos de la guarnición, que ni áun en barcos ó en carros pueden viajar, serán alimentados y curados en el hospital del príncipe conquistador (mediante un tanto al día por oficial ó soldado enfermo ó convaleciente), y que, estando sanos, se les concederá pasaporte y carruaje ó embarcación, que pagarán por su justo precio, y dejarán rehenes por su retorno, como por algún resto de crédito del hospital.

Siempre se concede, y se aplica el mayor cuidado en la asistencia de los enfermos y heridos enemigos; porque no sólo se interesan la piedad y la

galantería, sinó también la política.

Cuando alguno de los convalecientes deserta, ó toma partido, suele disputar su antiguo oficial si debe pagar al hospital del conquistador el gasto hecho hasta entonces: yo diría que sí; explíquese en la capitulación, porque no quede á los enemigos arbitrio de quejarse cuando el caso llegue.

Que para la asistencia y conducta de cada veinticinco enfermos ó heri-

dos, quedará un oficial y un sargento de la guarnición.

Concédase con la cláusula de que si estos oficiales, ó sus convalecientes solicitaren á los de tu soberano para la deserción, ó á las tropas ó paisanos para un tumulto, los puedas castigar, sin consecuencia para el recíproco buen trato de la guerra, que de allí adelante se hiciere.

Que se pongan luego en libertad los prisioneros hechos del ejército á la

plaza, ó de esta á aquel.

Regularmente se concede tal artículo; pero si en una surtida de la plaza, ó en el asalto á alguna de sus obras, tomaste á un general de mucha reputación entre los enemigos, y que verdaderamente les haga considerable falta, solicita mantenerle prisionero, y apartarle de país fácil al canje.

Siendo muchos más los prisioneros que tú hiciste durante el sitio que los cogidos por los sitiados, estipularás el canje del solo respectivo número; y al contrario, cuando en poder de los defensores de la plaza pare mayor cantidad de prisioneros que en tu ejército.

Que no sea permitido á las tropas de la guarnición echarse\en las del cjército ó de la escolta (al tiempo de salir ó de marchar) para quedarse

entre los conquistadores.

De las tropas que en el año de 1707 entregaron á Lérida, las dos tercias partes se echaron en las de nuestro ejército, que formado en dos lar-

gas filas, por dilatado trecho las acompañaba.

Respecto á tal ventaja, que puede lograr el sitiador, no conceda el expresado artículo por lo que toca á su ejército; pero sí por lo que mira á la escolta, pues como esta se halla inferior á las tropas enemigas, nunca le conviene trabar con ellas empeño en que pueda ser desairada, y dejar para en adelante fastidiosas consecuencias.

Que la guarnición irá, por el camino más corto, á tal plaza ó lugar de su frontera, marchando tantas leguas al día, ó de tal á tal tránsito señalado, sin que la escolta ú otras tropas ó paisanos le acorten ó extravíen di-

chas marchas.

Si piensas atacar una plaza ó embestir un país que para su defensa necesite precisamente las tropas de la plaza que se rinde, no les concedas pasar á tal país ó plaza.

Que si la guarnición quisiere después de cada dos días hacer uno de.

alto, lo ejecute.



Concédese; pero ni para el tránsito, ni para los altos elijas plazas de guarnición inferior á las tropas enemigas, porque pudieran señorearla; ni pueblos de sospechosa fidelidad, pues tal vez los tumultarían.

Que las dudas originadas de imprevista defectuosa explicación de los

anteriores artículos, se construyan á favor de la guarnición.

Esta demanda se puede reducir á que de una parte y otra se nombren comisarios, que terminen amigablemente la duda, procurando tú que no se

haga superchería.

Que si las tropas de la plaza, durante la marcha por tierras de tu obediencia, cometen alguna extorsión ó robo, exigen del paisano más que el simple alojamiento al cubierto, los rehenes de dichas tropas queden responsables.

Para facilitar á la guarnición el alojamiento y bagajes en todo el país tuyo, le darás un comisario que marche algunas horas delante de ella, acompañado por una partidilla de las tropas enemigas, y por otra de la escolta, á fin de evitar en el viaje el peligro de ladrones ó merodistas de cualquiera de las dos naciones, que pudiera el comisario hallar sobre su camino. El mismo comisario no permita que los paisanos de tu obediencia alçen los precios de víveres ó carruaje.

Que la guarnición, hasta cuarenta y ocho horas después de haber llegado á país de la obediencia de su príncipe, no ejecute hostilidad alguna contra

pueblos, convoyes, forrajeadores, ó partidas tuyas.

En correspondencia al expresado artículo promete el conquistador de la plaza que la escolta de la guarnición, en las mismas cuarenta y ocho horas después de apartarse de ella, no ejecutará acto de hostilidad.

Cuando en las tierras de la jurisdicción de la plaza se encuentran guarnecidos por los enemigos algunos castillos ó fuertes de campaña, de no grande resistencia, solicitarás incluír su entrega en la capitulación con la plaza.

De este modo tomó el señor duque de Orleans el castillo de Garden, al capitular con el castillo del rey en Lérida; y el marqués de Lede el fuerte de San Miguel, cuando capituló con la guarnición de Caller. El castillo del Salvador de Mesina siguió en los dos últimos sitios la suerte de la ciudadela de aquella plaza.

Si el comandante del castillo ó fuerte no estaba á las órdenes del gobernador de la plaza, no debes pretender que este se obligue á la rendición de

aquel.

Por tal motivo se excusó de prometer la entrega de la torre de los Alfaques el conde Efferen, comandante de Tortosa, cuando el señor duque de Orleans quiso incluír en la capitulación de la plaza la rendición de la torre.

Pretenden algunos escritores que el sitiador, á trueque de tomar luego la plaza, conceda cualesquiera capitulaciones á la guarnición; pero yo hallo

precisas en esta regla las excepciones que siguen:

Hay plazas cuya toma es de menor útil que la de su numerosa guarnición, sin la cual no pueden los enemigos defender otros puestos de mayor consecuencia. En tal caso, y en el de que sin grave inconveniente puedas continuar el sitio con bien fundada esperanza de que (días más ó menos) la plaza se rinda, no debes ahorrar tiempo, gente ni dinero para cojer prisioneros á los defensores, ó por lo menos para lograr que pasen á tu país por

· Digitized by Google

seis meses, que bastarán para que aquellos regimientos se desbaraten, especialmente si divides á oficiales y soldados; pues de los últimos la mayor porción tomará partido en tus tropas, ó desertará á sus casas.

En el año de 1705 ó 6, se encerraron en la plaza de Alcántara diez batallones completos (fiados acaso en que después de abierta la brecha se podrían retirar por el puente), el marqués de las Minas, que no tenía recelo de enemigo socorro, ni ignoraba que sin aquella infantería era indable al mariscal de Berwik disputarle paso alguno hasta Madrid, tomó los puestos de la otra parte del río, y no quiso conceder á los diez batallones más capitulación que de prisioneros de guerra por seis meses los oficiales, y hasta canje los soldados. Concluido el sitio de Alcántara, atacó luego el mismo ejército á Cuidad-Rodrigo, donde había sólo algunas milicias urbanas y 400 infantes del regimiento de Asturias, y porque la rendición de estos no importaba á los enemigos tanto como la de la plaza (no obstante que ella se defendió más tiempo que Alcántara, y que tenía más llana la brecha), el marqués de las Minas no formó igual empeño en tomar prisionera la guarnición, y así esta quedó libre, con la sola circunstancia de que en seis meses no militase contra ingleses, holandeses ni portugueses, de cuyas naciones se componía el ejército conquistador.

La última particularidad del ejemplar antecedente muestra el segundo medio término que puedes buscar entre que la guarnición quede prisionera, ó vaya de todo punto libre.

Puede moverte á conceder á los enemigos cualquiera capitulación el que la tardanza de ocupar la plaza prive á tu ejército de lograr en otra parte ventajas considerables, ó las facilite al de los contrarios, mientras les falta la oposición de las tropas sitiadoras.

Otro motivo de aceptar á cualquiera condición la plaza, es cuando hay riesgo de que si tardas mucho en rendirla, junten los enemigos tropas bastantes para socorrerla.

El cónsul romano Marco Attilio Régulo impuso tan duras condiciones á los sitiados cartagineses, que no obstante de temer estos que de su negativa resultase la total destrucción de su república, determinaron hacer un último esfuerzo primero que aceptarlas, y dando batalla el ejército de Cartago al de Roma, quedó este derrotado y el cónsul prisionero.

Lo mismo digo (aunque los enemigos no puedan formar superior ejército) si la guarnición y la plaza son bastante fuertes para volver inútil, ó sobrado costoso tu empeño de obligarla á muy ásperas condiciones de entrega.

Si en tu ejército va faltando artillería, encuentras grave dificultad en conducir otra, y no basta el arbitrio de echar granos á los cañones, porque se hayan desbocado, torcido ó rebentado, ó porque no alcanza su número á causa de ser la muralla más fuerte de lo que pensabas, ó bien si están cerca de su fin tus municiones, víveres, forrajes ó dinero: si se aproxima estación incómoda, ó si empiezan á introducirse en el ejército enfermedades que le precisen á mudar aire, no hay capitulación que se deba rehusar á la plaza.

Monsieur de la Fontaine repara prudentisimamente que en conceder capitulación á la plaza, se encuentra siempre la ventaja de no volver inútil la conquista con el incendio y saqueo de la ciudad tomada por asalto, y cara su adquisición por los soldados que se matan sobre el pillaje, y por los que desertan enriquecidos con el mismo; añádase la reflexión de los que morirían en el avance.

Digitized by Google

XVII.—De los asaltos.—Ninguna cosa debes manejar con tanta economía como las vidas de tus guerreros: hállanse hombres á fuerza de gastos; pero no se hacen soldados á menos costa que de mucho consumo de tiempo. Intéresase la piedad en que no se aventuren sin precisión las tropas; aborrecen estas al general que las expone por capricho, y muestra cortísima conducta el jefe, que al caro precio de muertes, compra el ahorro de tolerables fatigas, y de los muchas veces inútiles instantes.

El célebre ingeniero y mariscal de Vauban, enseñabis que las plazas debian tomarse à fuerza de zapa, municiones y tiempo, y no de hombres.

Menos que te halles obligado á comprar el tiempo á precio de hombres, no des el asalto á la estrada cubierta, ni á otra obra de la plaza, sin acercar antes la trinchera cuanto puedas.

Para un asalto, el pasaje formado sobre el foso de agua, debe ser mucho

más ancho que la galería aconsejada para construír la mina

Después de aloja do en el foso seco, aumenta ó ensancha las desembocaduras, para que si algunas tropas tuyas vuelven del asalto rechazadas, no detengan á las otras que se avanzan a sostenerle; tal fué uno de los dos motivos porque no hemos conservado en el último sitio de Barcelona el alojamiento hecho por la primera vez en el baluarte de Santa Clara.

Si precisado á ganar instantes desembocas al asalto desde una apartada trinchera, tén hechas en ella banquetas que faciliten á las tropas montarla

con bastante brevedad y frente.

Ya se ve que no te moverás al asalto, sin que esté bien accesible la brecha; pero como suele parecerlo mirada de lejos, ó atisbada por un tronera, y ser muy difícil de montar, se hace reconocer por hombres inteligentes, animosos y armados á prueba de fusil; pues con el peligro de uno ó dos sugetos, evitas á muchos el destrozo que pudiera ocasionar la reso-

lución tomada sobre el engaño.

Algunos pretenden que basta para un asalto que se alcance á montar la cima de la brecha, por escalas que se afirmen sobre sus ruínas; pero yo nunca seguiría tal opinión, sinó precisado por una urgentísima necesidad de aprovechar los momentos, antes que llegase á los enemigos un socorro; porque las escalas no se afirman bien, en las movibles ruínas de la brecha: si son largas embarazan; si salen cortas no sirven, suben unos soldados primero que otros y llegan todos con un frente débil, interrumpido y temeroso; pues los de adelante consideran la lentitud con que sus compañeros los siguen, y aquellos no son impelidos por estos, como sucede en un asalto regular, donde la muchedumbre, cubierta con los primeros asaltantes, los reempuja y obliga á proseguir el avance.

Los dos hombres destinados á reconocer la brecha observen si las ruínas de esta, formando alguna desigualdad ó lomo, cubren á los asaltantes, que la monten, por un poco más á la derecha ó á la izquierda, contra un flanco que no hayas podido batir bien, por ser de peña ó correspondiente á

paraje inaccesible á tus cañones.

Reparen los mismos dos hombres si los enemigos han sembrado en la brecha abrojos, ó clavos de tres puntas, ó si por medio de cuerdas ó cadenas descolgaron sobre la propia brecha erizos, ó tablones llenos de puas de hierro; pues la noticia servirá para que tus asaltantes vayan prevenidos de los instrumentos necesarios, ó para que algunos cañones tuyos, cargados á palanqueta, rompan los caballos de frisa, erizos ó tablones, ó las cadenas y cuerdas con que los aseguran los sitiados, para que no aparten aquellas defensas los sitiadores.

Aunque la brecha esté muy accesible, te saldrá caro el asalto, si no has arruinado enteramente los flancos altos y bajos, caponeras y traveses desde donde el fusil de los enemigos, y su canón á cartucho, descubra y alcance

á la brecha.

Si los enemigos, á fuerza de madera y faginas que arrojaron al foso, conservan una hoguera delante de su brecha, no avances hasta apagarla por arroyos que hagas caer en el mismo foso, ó inmediatamente después de una

grande lluvia.

no

CIT

VO

ad

o:

ાડ

e-

-ئ

ın n-

IÍ-

s,

á

Oida la relación de los que dije fuesen á reconocer la brecha, y atendiendo al informe de desertores y prisioneros de la plaza, sobre el estado interior de ella, consultarás con los principales ingenieros y jefes de tropas, si conviene continuar á batir, plantar de nuevo alguna batería, y aguardar ó nó que jueguen tus minas.

Consultarás también si debes alojarte al pié de la brecha ó en su cima, ó si conviene franquear sobre el mismo asalto la cortadura particular ó general de la plaza; darle una escalada al tiempo del asalto, disponer este á la descubierta ó por sorpresa, penetrar en la plaza sin detenerte en las

ocupadas cortaduras, ó alojarte en la última de ellas.

Cualquiera que sea la resolución de la aconsejada conferencia, ejecútese muy luego, para no dar á los enemigos tiempo de fenecer ó mejorar su cortadura y contraminas, ó al ejército contrario el de introducir un so-

Aunque un gobernador entendido, que tiene accesible la brecha, conservará siempre junto á ella la gente que baste á guarnecerla contra un golpe de mano, la reforzaría de más tropas, si estuviese cierto de la proximidad del asalto; y acaso pervertido el comandante por las instancias de los oficiales de los cuerpos (que siempre hallan excesivo el número de los que trabajan) dejará la brecha con pequeña guardia, cuando no esté muy llana, sin considerar que los sitiadores pasan á veces por encima de muchos estorbos, para llegar á aprovecharse de la negligencia ó sobrada confianza de sus contrarios.

Respecto á lo dicho, conviene ocultar á los sitiados tus disposiciones para el asalto, á cuyo fin las tropas de aumento, y las de la nueva guardia de la trinchera, entren de noche en ella, y manténganse en la misma con el acostumbrado anterior silencio; porque si fuese menos, los sitiados conocerían por el más grande rumor el mayor número de tropas; y si no oyeren algún ruído, inferirían la novedad por el mismo exceso del disimulo.

Aunque el asalto se haya de dar por el día, debe llegar á la trinchera el refuerzo á la sordina, y por la noche: lo mejor será que la guardia de la trinchera se haya mudado siempre de noche, pues entonces van juntas la nueva guardia y el refuerzo; y al oír los enemigos algún rumor, que es indispensable, creerán ser la acostumbrada guardia.

Los generales ó brigadieres destinados á un asalto, deben ser de gran valor: los que queden á la guardia de la trinchera, conviene elegirlos de

Digitized by Google

actividad y detallo: yo ví nombrar para trinchera y asalto, á algunos que no estaban en turno; pero como esto es ofender á los que los preceden, vale más destacar del ejército á los últimos con algún decoroso pretexto, ó esperar que llegue el turno de los otros. Pretenden algunos que el asalto se dé por destacamentos de todo el ejército, para que sea menos desigual en los regimientos la pérdida; pero las banderas añaden á las tropas un cierto empeño, las compañías de cada batallón se sostienen unas á otras con más vigor y afecto, que los destacamentos de varios cuerpos y naciones; con que yo sería de opinión, que el asalto se diere por regimientos, anticipándoles la promesa de una gratificación correspondiente al destrozo que padezcan.

Sea por destacamentos ó por cuerpos enteros el asalto, vaya cada tropa ó batallón separada de las otras, cuanto baste para que, si retrocede la anterior, no trastorne á la que sigue; y á fin de que, si las primeras vencen todo el estorbo, no se les mezclen las otras, ni por consiguiente pierdan el orden ó formación que el terreno permita, ni recíprocamente se embaracen con la muchedumbre en la angostura del sitio, es particularmente necesaria tal observancia cuando, hallándose poco numeroso el presidio, haces cuenta de rendirle á fuerza de continuación de avances, en que siempre

haya asaltantes de refresco.

Deben ser mayores los blancos de una tropa á otra, cuando se halla minada la obra que asaltas; para que la mina ú hornillo de los enemigos ejecute menor estrago, y queden intactas de su fuego algunas tropas que

prosigan el avance.

Asimismo se nombran para el asalto ingenieros, que después de los asaltantes marchen con gastadores, los cuales á más de sus picos-azadones, palas, cestillos, zapas y algunas hachas, llevarán faginas, piquetes, mazos, gabiones y saquillos de tierra, ó sacos de lana para formar el alojamiento sobre la brecha, volver contra los enemigos la cortadura, ó ejecutar cualquiera de los trabajos que expresarán diversos párrafos de los siguientes. Lleven estos gastadores dos pequeños petardos, y algunas cuñas de hierro, con los mazos correspondientes para abrir por adentro una puerta de la plaza.

Para continuar con brevedad el citado trabajo, habrás hecho en la cabeza de la trinchera buenos depósitos de semejantes pertrechos, y de otros gastadores que los vayan llevando á la obra, cuando avise el ingeniero que la dirije, y cuyas órdenes obedecerán los oficiales de los gastadores, aun-

que sean de mayor grado que el ingeniero.

Nómbranse también para el asalto oficiales de artillería, artilleros y bombarderos, que llevan los instrumentos de su oficio para volver y servir contra los enemigos las piezas y morteros que se hallen dentro del baluarte ú obra que sus asaltantes ocupen. Dichos oficiales de artillería, vayan asimismo prevenidos de martillos de hierro y clavos para clavar los cañones de la obra asaltada, si te ves precisado á abandonarla.

El señal para el asalto se da ordinariamente con el disparo de tantas bombas de una determinada batería; pero el general habrá prevenido, en secreto, al comandante de dicho asalto, en qué punto de la noche ó del día se ha de mover á él; y el comandante, desde una hora antes del término prescrito, comenzará con silencio á formar sus tropas, gastadores y

LIBRO XIV.

más hombres, en el mismo orden con que deben marchar; para que no se confundan al adelantarse unas por el terreno que ocupan otras, y después no se permita que vuelvan á interpolarse, ni que duerman.

En cualquiera caso, deberás hallarte en la trinchera á la hora del asalto, y mantenerte allí hasta que los asaltantes hayan fenecido su alojamiento,

para dar, sin dilación, las providencias que ocurran.

Las tropas del asalto suelen ser una tercera parte más que las de toda la guarnición, excepto que pienses cansarla á fuerza de repetidos avances, en cuyo caso las nombrarás en doble número. El cuerpo de reserva, de ordinario, consiste en tantas tropas como la mitad ó tercia parte de los asaltantes.

Si por tus confidentes, ó por los desertores, averiguas que los enemigos, cuando se les toca fuerte arma, dejan poco guarnecido algún puesto de la plaza, creyéndole, sin razón, inaccesible, ejecuta por allí tu golpe de mano durante el asalto.

Las tropas de la escalada lleven algún pequeño petardo, grandes hachas, mazos y cuñas de hierro, para abrir la puerta de la plaza más inmediata á la sorprendida muralla; á fin de que, por allí, entre la infantería y

caballería que hayas apostado en aquella inmediación.

Si las tropas que por escalada sorprenden la plaza fueren de bastante número, y las puertas de aquella cercanía se hallan muradas, como suele suceder en las plazas que sostienen un sitio, dichas tropas tuyas encamínense á la brecha, para que atacados los enemigos en espalda, no puedan aguantar al asalto que les das por el frente.

A tropas destinadas para un asalto, luego que el comandante las forme en la trinchera, ó poco antes, déseles cuanto aguardiente baste para po-

nerlas en ardor, pero no para emborracharlas.

Dí á los asaltantes que, habiéndolos escogido por de los mejores del ejército, esperas no desmientan el buen concepto que tienes hecho de ellos, y representales el grande interés del saqueo, que les prometerás franco, si

fuera penetrada por asalto la plaza.

En prometer á las tropas el saqueo, si se internan en la plaza por asalto, nada les concedes que les puedas quitar; pues en aquella ocasión, no serías dueño de contenerlas, aunque tu intento fuese redimir de la destrucción el pueblo: por eso he propuesto que ofrezcas el pillaje, para en el solo caso de que se penetre en la ciudad por asalto; pero si, precisado á contentar las tropas, les prometistes sin restricción el saqueo, y la plaza llama á capitular antes del avance, ó primero que dichas tropas pasen de las brechas ó cortaduras á las calles, creo de indispensable política y justicia echar al pueblo una contribución, que sirva de especie de equivalente por el no logrado botín, á menos de cuya práctica, será en otro lance inútil para el estímulo de los soldados el ofrecimiento del saqueo.

Promete á los primeros oficiales y soldados que montarán la brecha, ó que franquearán la muralla por escalada ó de otro modo, considerable premio de honor y de interés, para que se dejen inflamar de uno de estos dos incentivos las personas y naciones que sean menos sensibles al otro.

Sobre la hora más oportuna para los asaltos, hallo igual variedad en los ejemplares y en las razones; pues tantos asaltos vemos dar de día como de noche. Para los últimos hay el motivo de ser mayor la confusión de

los defensores, que no viendo con que fuerza los embistes por cada costado, no repartirán con tanto acierto sus tropas, especialmente cuando les des, al tiempo del asalto, la escalada ó una fingida y otra verdadera; pues entonces, aplicarán acaso los sitiados menos tropas á donde se necesiten más, y se turbarán con el susto de que por otra parte sea tomada la plaza. Por la noche no se ofrece tan seguro blanco á los tiros de los sitiados, y tal vez estos gastarán su mayor fuego, máquinas y hornillos contra los que precedan á los demás asaltantes.

Los que proponen que se dé por el día el asalto, alegan que los asaltantes ven por dónde conviene proseguirle, para aprovecharse de cualquiera flaqueza del puesto defendido. Dicen también que el día sirve á las tropas del avance para cubrirse, de forma que su alojamiento no quede enfilado ó dominado por algún edificio ú obra interior de la plaza, que de noche no se distinguiría bien. Los de aquella opinión añaden que la gente de la trinchera y la artillería del sitiador, en los asaltos de día, causan más destrozo á los enemigos, que en aquel trance se presentan á disparar desde

sus murallas, aunque no tengan parapetos.

Lo regular es comenzar el asalto una ó media hora antes de amanecer; porque se discurre que estando entonces los enemigos más embotados con el sueño, antes que se hallen prontos á hacer fuego, ya montó la brecha la vanguardia de los asaltantes; y en lo que falta hasta aclarar el día, se ponen estos medio á cubierto, y les queda tiempo de perfeccionar el trabajo, y de enmendar los defectos que haya ocasionado la oscuridad, sin deshacer tanta obra, como si se hubiese continuado muchas horas en el yerro.

Mi dictamen es, que si por avisos de tus confidentes de la plaza, ó por confrontantes noticias de muchos desertores, averiguas á qué hora viven los enemigos más descuidados, y hay menos guardia y retenes en la brecha, des entonces el asalto, sea medio día, media tarde ó media noche.

Cuando por el poco espacio de entre una y otra de varias cortaduras, que por su mal dispuesta comunicación, ó por desorden con que se retiran de la primera los defensores, puedan tus asaltantes llegar mezclados con ellos á la última cortadura particular, ejecútenlo, para excusar después un nuevo ataque, y el peligro de alojarse á tan pequeña distancia del otro atrincheramiento, como asimismo para burlar el efecto de los hornillos que los enemigos tengan en la primera cortadura, y no hayas podido inutilizar.

Siempre siguen á los fugitivos algunas tropas de los asaltantes, así para prenderlos ó matarlos, como para que no se rehagan inmediatamente; pero si la guarnición tiene coraje, dichas tropas tuyas (que no deben ser en grande número), volverán cargadas; y para que ellas mismas no pongan confusión en las restantes, habrás formado estas, dejando franco el paso á aquellas, las cuales no conviene se empeñen con tal exceso, que los enemigos puedan cortarlas, ú obligarte á salir adonde el fusil de la cortadura general, ó de las atroneradas casas te ocasione mucha pérdida.

El ingeniero, luego que los enemigos abandonen la cortadura ó el más interior terreno en que se haya de hacer el alojamiento, le principiará; y si el alineamiento de la cortadura no permite revesarla, ó convertirla en defensa tuya contra la plaza, al mismo tiempo que se trabaje en construír el

LIBRO XIV.

alojamiento, se debe arruinar la cortadura, para que los enemigos no vuel-

van á aprovecharse de esta, si fuerzan aquel.

Cuando la plaza tiene de antemano construída la mina, siempre lograrán los enemigos cargarla primero que tu brecha se fenezca. En tal caso, si áun después de la brecha concluída, empieza una grande lluvia, suspende el asalto hasta que la continuación de las aguas pueda inutilizar la pólvora de la carga ó de la salchicha de la mina, y da entonces el asalto.

Si los enemigos anticipan con la pólvora de las cámaras y con la salchicha las precauciones convenientes, tal vez no bastará la lluvia para inutilizar la mina; conque siempre conviene que tus asaltantes marchen con los intervalos necesarios, que procuren sorprender á los enemigos en el asalto, para que no tengan tiempo de poner fuego á la salchicha; y que tus gentes pasen de la cortadura, que sepas minada, y no coloquen allí tropas.

Por si la extremidad de la salchicha se comunica á la plaza, los asaltantes que hayan forzado á los enemigos en el baluarte, aposten luego fusileros en su gola, para matar al minador, que venga á dar fuego á la salchicha; y el comandante del asalto amenazará con la muerte á los prisioneros que haga en el baluarte, si no propalan inmediatamente donde están las minas y hornillos y las puntas de sus salchichas; y luego que algunos prisioneros lo declaren por la oferta de la vida, los minadores tuyos corten la salchicha y mojen su desembocadura; pero cuando tengan después más tiempo, saquen la pólvora de las cámaras de las minas, hornillos ó fogatas, porque no se encienda con el fuego, que en tales ocasiones se derrama por todas partes.

Si, á pesar de todas las propuestas diligencias, juega la mina de los contrarios, la tropa que se halle muy próxima, retroceda si ve que las ruínas inclinan á caer hacia atrás; pero avance de carrera si observa que dichas ruínas vienen hacia los asaltantes. Por lo ordinario la tierra de una mina se derrama hacia todas partes; pero cuando la pólvora encuentra menos resistencia en uno que en otro lado, suele hacer el efecto dicho de enviar

hacia el frente las tierras que vuela.

No hay duda en que al jugar la mina de los enemigos, darán los asaltantes una grande olada, y acaso volverán caras; entonces entra la persuasión y ejemplo de los oficiales para animar á los soldados á proseguir el avance; y si no se puede lograr con la primera intimidada tropa, adelántense las de más atrás, para coger á los enemigos en la descompostura, que les habrá ocasionado el vuelo de su propia mina.

Penetrando en la plaza por asalto, no serás dueño de embarazar el saqueo y el destrozo, de que se originan gravísimos inconvenientes; pero puede ser tanta la pertinacia de los enemigos en defenderse, el riesgo de que se avecine un socorro, ó la precisión de pasar tu ejército á diverso paraje, que te resulte preciso, recurrir á aquel arbitrio, como á un daño in-

dispensable, por no caer en otro mayor.

Cuando los tuyos no puedan introducirse con los enemigos en la ciudadela ó castillo, adelántense á ocupar las avenidas ó calles, por donde los fugitivos, que se extraviaron del camino recto, solicitarán entrar en aquella fortaleza: se entiende si piensas tomarla por ataque, pues meditando rendirla por bloqueo, conviene dejar franco el paso á cuantos paisanos ó soldados busquen tal refugio, porque es cierto que en semejante confusión,

Digitized by Google

ninguno llevará consigo víveres, y los de la ciudadela se consumirán más presto, cuanto mayor sea el número de personas, á las cuales no permitirán

tus tropas la salida.

Si los enemigos tienen las calles barricadas, emplea contra su cortadura algunos de los muchos cañones que sin duda encontrarás antes de llegar á ella; y cuando no haya lugar oportuno en que ponerlos fuera del alcance del fusil, cubre su izquierda y derecha con altos manteletes ó con candeleros llenos de fagina. En la parte donde alguna pieza de los enemigos vea á las tuyas, guarnécelas con sacos de lana ó de tierra, con arcas ó cubas llenas de ropa, ó con colchones que tomes de las primeras casas, plegando unos sobre otros. Lo mismo digo cuando porción de tropas enemigas se defiende en un edificio fuerte, ó en casas atroneradas, contra las cuales no basta poner buenos tiradores en las del frente, ó detrás de pilares de pórticos ó de alguna pared, que descubran las ventanas de dichas casas.

Si los enemigos se defienden generalmente en los edificios de la ciudad, tus tropas vayan penetrando de unos en otros; pero en caso que todavía resistan los contrarios, pon fuego á dichos edificios por la parte de sobreviento; pues de otro modo, perderías más tropas que en lo restante del sitio.

Habiendo de internarte en la ciudad espada en mano y de noche, conviene que los asaltantes lleven, para conocerse entre sí, una contraseña y una divisa muy distinguible, como sería la corbata, un ramo, ó un macito de paja en los sombreros, ó una camisa encima del vestido. Que lleven prohibición de comenzar el saqueo, y de apartarse de sus banderas con pretexto alguno, hasta que se toque la campana de una señalada iglesia, y se arbole una de tus banderas en el mismo campanario. Que las tropas del cuerpo de reserva, de la guardia de la trinchera, y todas las del campo se pongan sobre las armas, y sus oficiales no permitan que algún soldado se aparte; á menos de cuya precaución se escaparían todos al saqueo, y cualquiera mediano cuerpo de enemigos, que sobreviniese, quemaría tu campo y te derrotaría.

Prohibirás á los asaltantes que pongan fuego á los edificios, menos que lo ordene el comandante del avance; pues considerándose ya la ciudad

como de tu príncipe, este se priva de cuanto en ella se destruye.

Prohíbase también el saquear las iglesias, y el entrar en monasterios de religiosas, excepto que los enemigos hagan fuego desde estos; porque se hallen oportunamente situados para incomodar á los asaltantes.

Luego que se acabe la furia de la acción, el comandante del asalto pondrá salvaguardias en los templos y monasterios, y envíe diversas patrullas con escogidos oficiales, que vayan por la ciudad castigando y pren-

diendo á los contraventores de las referidas órdenes.

Las mismas patrullas cuidarán de apaciguar las pendencias que sobre el saqueo se arman entre las vencedoras tropas; y acudan á cualquiera casa ó paraje en que oigan lamentos, para estorbar la violencia que tus soldados cometan. Dichas patrullas deben ser fuertes, porque de otro modo se verían desobedecidas, y tal vez atropelladas. Acuerdome que un cúmulo de soldados de cierto regimiento de otra nación, disparó sobre el mío, porque no les dejó matar una tropa de pobres mujeres y niños, que en Egea de



los Caballeros (tomada por asalto), vinieron á refugiarse en nuestras banderas, y me fué preciso rechazar á fuerza abierta el insulto.

XVIII.—Diligencias para después de tomada la plaza, que resuelvas mantener, ó la que determines abandonar, con expresión de lo que se ejecuta desde que los enemigos capitulan, hasta que evacúen la plaza, ó cuando apeteces combatir al ejército contrario, que ignore la entrega de aquella.—Cuando suelen concederse á la guarnición dos ó tres días para disponerse á la marcha, y en el ínterin que se ejecuta esta, se entrega á los sitiadores la puerta más próxima á la trinchera; y hallándose accesible la brecha, también el sitiador pone en su pié ó cima una guardia, que tanto como la de la expresada puerta, no deja entrar en la plaza soldados, oficiales ni otra gente del ejército ó país, que no lleven papel tuyo; porque sólo servirían de ocasionar en la plaza confusión y pendencias; pero cuando alguna tropilla, oficial, ú otra persona exhiba tu licencia firmada para entrar en la plaza, no se lo impedirá la guardia enemiga, que de ordinario está cerca de la tuya, por la misma razón que diré para enviar juntas las patrullas de las dos tropas.

Inmediatamente después de entregada la puerta, pase à la plaza el intendente, ó un comisario ordenador de tu ejército, con un comisario de artillería, dos de guerra, y otro de víveres para entregarse de los pertrechos

de boca y guerra que haya en la plaza.

En el inventario que formen dichos ministros de hacienda, especifíquense los géneros que hay de bueno y de mediano servicio, y los inútiles y descompuestos, almacén por almacén, y baluarte por baluarte; y á medida que fenezcan la revista de un puesto, dejen allí una pequeña guardia del ejército conquistador, tomándose las llaves de los almacenes, y den recibo de todo á los oficiales de hacienda de los enemigos, los cuales firmarán el inventario con que se queden los tuyos.

Asimismo pasarán luego á la plaza los oficiales destinados á mandarla, para anotar en sus libritos de memoria las guardias que les parezcan opor-

tunas en cada paraje cuando entre después la guarnición.

Deben los sitiados obligarse á decir dónde están las minas ú hornillos cargados; y algunos oficiales y soldados minadores de tu ejército, entrarán luego en la plaza á reconocer y descargar dichos hornillos y minas, porque los accidentes del fuego, no causen alguna desgracia; y hallando mecha encendida en aquella pólvora ó en los almacenes, bastante piedad sería contentarte con hacer prisionera á la guarnición, y con ahorcar al oficial,

paisano ó soldado, que averigües puso el fuego ó mandó ponerle.

Al mismo tiempo que los oficiales y guardias que dejo dicho, entrarán en la plaza 60 soldados tuyos con un capitán, seis subalternos y seis sargentos, de los cuales el capitan forme tres partidas con un subalterno, un sargento y diez soldados cada una, para patrullar continuamente por la ciudad é impedir los desórdenes que intenten hacer los soldados de la guarnición á título de enemigos, que empiezan á ser de los paisanos, ó los tuyos que desfilen de las referidas guardias, y con mal entendida licencia de vencedores, crean lícito robar á los que acaban de ser contrarios. Las mismas patrullas aprovechan para embarazar las pendencias entre soldados de uno y otro príncipe, y con cada 10 soldados tuyos deben patrullar otros

tantos de los enemigos, y quedar un capitán y 30 hombres de los últimos con el capitán y 30 hombres tuyos en la medianía de la ciudad, así para acudir juntos á donde oigan rumor, como para mudar de cuatro en cuatro

horas, las tropas de las tres patrullas.

Cuando la guarnición evacúa la plaza, marcha por en medio de dos líneas que forma el ejército sitiador, comenzando desde la salida de la brecha hasta donde alcanza, por el camino que la guarnición ha de llevar; lo cual se ejecuta con pretexto de hacer honor á los enemigos; pero con la mira de que en aquel dilatado trecho, los soldados contrarios, que en el principio no se resuelvan á desertar, lo determinen aficionándose á uno de tantos regimientos, por lo bien adornados que los ven, por la nación de que sean, ó porque allí descubran á oficiales ó soldados de su antiguo conocimiento.

Donde terminen las líneas de tu ejército, hállese la escolta que debe acompañar á la guarnición hasta el país de la última. Ordinariamente se

elige de caballería.

Los regimientos que destines para la guarnición de la plaza, y que habrán formado los más inmediatos á ella, entren luego que la guarnición acabe de salir, para que haya tiempo de colocarlos, y repartirlos en guardias, cuarteles y patrullas, antes que llegue la noche, cuya oscuridad favorecería algunos desórdenes de tus soldados, si se hallasen dentro de la plaza, primero que dichas guardias y patrullas estuviesen establecidas.

Harás echar mucha tierra sobre los hombres y caballos muertos en el campo, ó en la plaza, apartar las inmundicias de la misma, y perfumar ,por algunos días, los cuarteles y casas; pues de ordinario, vemos la epidemia en plazas recién conquistadas, porque á la mala disposición de humores que ocasionaron al paisanaje los padecimientos y sustos del sitio, se añade la razón del aire infectado por los cadáveres mal sepultos, por la poca limpieza que practican los defensores de la plaza, y por el hedor que sale de lugares inmundos, cuyas paredes ó conductos destroza el bombardeo del sitiador.

Si por la situación, calidad ó número de tu ejército, conoces ventaja sobre el de los enemigos, y por esa razón ó por otra, deseas que llegue á una batalla el ejército contrario, ya movido al socorro de la plaza que acabas de tomar, prosigue con sola pólvora el disparo de cañones y fusilería de campo y plaza, para que los enemigos, creyendo que áun esta se defiende, continúen la marcha, y se empeñen en el ataque de tu circunvalación ó tropas.

Si en la acción propuesta dejas franco el paso á algunas tropas enemigas, para cogerlas entre tu plaza y ejército, anticipa las oportunas providencias, para que las mismas tropas, aunque de corto número, no pongan en confusión á las tuyas, persiguiendo á estas por los costados que dejaron abiertos las que fingieron huír. Lo mejor será tener formados en la figura que nuestra profesión llama de martillo algunos cuerpos sobre los flancos

de las tropas que han de ceder el paso á los enemigos.

Si mientras ocupaste la plaza ó poco después, recibieron los enemigos un considerable aumento de tropas; ó si debiendo apartarse el grueso de las tuyas, pueden quedar superiores en aquella vecindad las que tenían de antes los contrarios, es natural marchen inmediatamente á recuperar su



plaza, fiados en la brecha abierta y en la escasez de víveres, municiones y más pertrechos que suele padecer la plaza, después de sostener un sitio. Así, desde luego que la tomes, harás trabajar sin la menor intermisión en reparar las brechas, parapetos y estacadas, limpiar las ruínas caídas al foso, deshacer las trincheras, baterías y línea de contravalación, y llenar los almacenes de boca y guerra, manteniéndose en el ínterin tu ejército, ó las tropas suficientes, dentro de la línea de circunvalación ó campo retrincherado, que también allanarás, cuando la plaza se halle ya en defensa, arrasando al mismo tiempo los fuertes que cerca del campo hubieres construído para asegurar el paso á los convoyes, y que, por su fábrica ó situación, sean difíciles de mantener, sin la asistencia de todo tu ejército.

Al ataque de la plaza debes anticipar la toma de los castillos, fuertes de campaña y otros guarnecidos puestos de su contorno; pero si no pudiste ejecutarlo entonces, hazlo inmediatamente después, á menos de cuya diligencia, quedaría tu plaza en un cierto género de bloqueo, por las guarniciones de los expresados parajes, que le incomodarían los convoyes, la-

branzas y comercio, luego que tu ejército se apartase.

XIX.—Contra los socorros de las plazas. Avisos al sitiador para que, si hubiere de abandonar la comenzada operación, lo ejecute con el posible decoro.—Hasta aquí hemos visto los caminos que guían el sitiador á la capitulación, al asalto y á las providencias convenientes para cuando, por uno de los dos medios, tome la plaza; pero como, antes que llegue tal caso, puede suceder que el ejército enemigo se disponga al socorro, parece justo que volvamos la atención y la pluma á observar y á proponer los arbitrios oportunos para embarazarle.

Ningún socorro tan completo ni tan poco arriesgado pueden los enemigos dar á su plaza, como obligándote á levantar el sitio, sin venir ellos

á las contingencias de una batalla.

Es factible que lo consigan, si durante la operación llegan á faltarte dinero, agua, forrajes, víveres, artillería, municiones, otros esenciales pertre-

chos ó número de tropas que baste á rendir la plaza.

No se monte la trinchera por brigadas, ó á lo menos cuando una esté de trinchera destínense piquetes ó destacamentos de otros cuerpos á cubrir durante la noche su terreno; porque sabiendo los enemigos que hay aquel blanco en el ejército, procurarían introducirse por él á la plaza. Cuando se monta la trinchera por batallones, esto es, uno de cada tantas brigadas, los más inmediatos, pueden suministrar guardias para el terreno que los otros dejan.

Ni las guardias de tu campo ni las de la trinchera, deben dejar que de noche pase (especialmente hacia la plaza) cuerpo alguno de tropas, aunque se digan amigas, si primero los oficiales de dichas guardias no reconocen con evidencia ser del ejército dichas tropas; y no basta que den el santo ó contraseña; porque pudieran los enemigos haberlo sabido por un

confidente suyo.

Aunque tu intento sea atacar de viva fuerza la plaza, y no tengan los enemigos tropas que introducirle, conviene cerrar las avenidas por donde puedan entrarle viveres; pues si no se hallan los sitiados con una grande abundancia de ellos, arruinando tus bombas algunos almacenes de los mis-

mos, se verá precisado el gobernador á minorar la ración, cuya escasez disgusta á las tropas, y si llega á ser mucha, con el trabajo, las debilita y enferma.

Menos arriesgado que pelear con el ejército enemigo, es tomar la plaza

primero que se avecine dicho ejército.

Cuando los enemigos, esforzando sus diligencias, puedan llegar á unir tropas y pertrechos bastantes para socorrer la plaza dentro del regular tiempo que necesitas para su toma, echa voz de hallarse muy atrasadas tus minas y de que, para perfeccionar las brechas y para librar después el asalto, aguardas artillería, municiones y tropas de plazas ó provincias distantes; con lo cual, acaso no harán los enemigos con tanta prontitud y eficacia las disposiciones para el socorro.

Al opuesto de lo dicho ejecutarás cuando para tentar los enemigos un socorro, necesiten de tiempo dilatado; porque hayan de traer tropas de otras provincias ó ejércitos; y así en este caso deja correr la noticia de que en breves días (menos de los que efectivamente son precisos) estarán

perfeccionadas minas y brechas, y de que darás luego el asalto.

Convendrá fingir ó entablar algunas inteligencias en el país de que pueden sacar tropas los enemigos para engrosar el ejército del socorro, ó bien se harán en aquella frontera prevenciones como para recibir tropas de tu príncipe, que se divulgue ir marchando de otra parte; de cuyo modo los gobernadores de la provincia y plazas que hayan de suministrar algunos regimientos, representarán á la corte para que no se los quiten; y áun después de repetidas precisas órdenes, los darán de tan mala gana que tarden mucho en acabar de sacarlos de su jurisdicción.

Interin que deslumbrados los enemigos con las prevenidas apariencias tuyas pierden tiempo en disponer el socorro, ganarás tú los instantes para tomar la plaza, apretando las baterías de día y de noche, ó bien contentándote de menos brechas, para que encargada á cada cañón una sola tuesa de muralla, la brecha se halle concluída primero que la cortadura se levante y que el socorro se aproxime: arbitrio sobre todo preciso cuando en pocos días más, pueden los enemigos juntar ejército de tan superior número, que ni dentro ni fuera de las trincheras quedes capaz de esperarle.

Dirasme que suponiendo posible dentro de pocos días tanta superioridad en el ejército enemigo, el tomar la plaza te servirá sólo de gastar municiones en el ataque, y de perder tropas en el asalto, respecto de que los enemigos volverán á ocuparla por las abiertas brechas; pero la cuenta no es buena, pues las mismas tropas tuyas que, extendidas en la vasta circunferencia de fuera del canón de la plaza, y con la guarnición de esta á la espalda, no puedan resistir á un grueso ejército enemigo, le resistirán cuando, ya rendida la plaza, construyan en tres ó cuatro días otra línea más corta y defendida por los cañones de las propias murallas.

Si el ejército contrario y su artillería, tuviere que pasar algunos puentes, bosques ó desfiladeros, que, por muy avanzados, ó por distantes unos de otros, no puedas guarnecer; y si te faltan pocos días para tomar la plaza, anticípate á escarpar los caminos de las laderas, á romper los puentes de ríos, arroyos y barrancos, á incendiar los bosques de broza espesa, y á cortar y atravesar en las sendas y carreteras los grandes árboles que estaban inmediatos á ellas; pues con pocas horas de cualquiera de

LIBRO XIV.

aquellos trabajos, suele atrasarse muchos días la marcha de un ejército. Cuando la avenida de los enemigos es única y tu ejército (aunque inferior de número), bastante á defenderla, después que deje un destacamento á continuar el sitio, adelántate á retricherante sobre dicha avenida.

Aunque sean dos ó tres las avenidas podrás, tal vez, reducirlas á la que más te convenga, ejecutando en las otras, lo propuesto en el último artículo del anterior inmediato párrafo, ó la diligencia de inundarlas abriendo

algunos diques ó extraviando un río.

No reducirás las avenidas de tu ejército á una sola, si los enemigos, fortificándose á la otra parte de ella, pueden cortarte los víveres, forrajes ó retirada: peligro que evitarás, cuando, en lugar de una estrecha avenida, guarnezcas dos ó tres más distantes una de otra para los enemigos por la circunferencia, que para tí por el diámetro. Por guarnecer un paso estrecho, no debes adelantarte con tal exceso, que penetrando los enemigos por diverso paraje, á fuerza de fatiga ó de rodeo, te corten la comunicación con

tu país, ó con la plaza que tu destacamento ataque.

Si entre el ejército enemigo y el tuyo, no hay las angosturas, vados ó puentes de que habló el anterior inmediato párrafo; y si las voces y diligencias propuestas en el que le precede no bastaron á retardar las disposiciones para el socorro, falta examinar si el sitiador le aguardará en su circunvalación ó si debe avanzarse á combatirle. Ninguno de los dos expedientes me atrevo á proponer como principio general, respecto de que me dejan entre uno y otro indeciso los ejemplares y razones que siguen; pero después vendré á las particulares circunstancias de que esté acompañado el caso, para formar con menos peligro el dictamen de salir de la circun-

valación, ó de esperar á los enemigos en ella.

En la historia de la guerra de Flandes verás dos encontrados pareceres de los mariscales de Biron y de Bouillon, sobre aguardar en las líneas al ejército de Alejadro Farnesio que marchaba al socorro de Ruán, sitiada por Enrique IV de Francia; y en la misma historia encontrarás haber el Duque de Alba, Don Fernando de Toledo, esperado en sus líneas, con feliz suceso, á los enemigos que intentaron el socorro de Mons. Por otro lado, nos dice el Guicciardini lo mal que semejante elección salió al rey Francisco de Francia sobre Pavía, donde quedó prisionero aquel príncipe y derrotado su ejército. El viviente mariscal de Tallard sabiendo que el príncipe de Hesse-Cassel marchaba al socorro de Landau, dejó á las órdedenes de Mr. de Lauban un destacamento á continuar el sitio, y el propio Tallard con el grueso del ejército, fué á buscar al príncipe de Hesse-Cassel y le derrotó, primero que llegase á las cercanías de la plaza.

A más de la referida oposición de ejemplares hallo entre sí contrarias

las siguientes razones.

El esperar dentro de la línea, tiene el inconveniente de que estando tan inmediata la plaza, si la guarnición es fuerte, pondrá con la surtida, en turbación á tu ejército durante el combate con el de los enemigos; y aunque las tropas que habías de aplicar á la guardia de la trinchera se destinen á reprimir dicha surtida, el rumor de esta, en la espalda, causará siempre mayor susto á los que pelean atacados por el frente.

El Guicciardini escribe que marchando el ejército del emperador Carlos V contra el de Francisco I de Francia para socorrer á Pavía, reputaban los capitanes imperiales por una certidumbre de victo-

ria, el que aguardasen los franceses en sus líneas; porque en llegándose á las manos, podría Antonio de Leiva con la guarnición de la plaza, atacar á los franceses por la espalda, como efectivamente lo hizo con gran fruto, habiendo á este fin derribado tanta muralla, que pasaban 150 caballos de frente.

En aguardar á los enemigos dentro de la circunvalación, disminuyes el

coraje de tus soldados, que siempre discurren superior al que ataca.

Esperando en tu línea nunca vas á ganar tanto como te expones á perder, porque si los contrarios te fuerzan, socorren la plaza y acaso destruyen tu ejército; y si los rechazas, no por eso los derrotas, pues no pudiendo seguirlos, sin que tus tropas desfilen al salir por las barreras, ó se desordenen al pasar el parapeto y foso, te expondrías á que, revolviendo sobre ellas los enemigos, las trastornasen primero que tuviesen tiempo de formar.

Para no esperar en la línea, me hace grandísima fuerza una razón del padre Daniel; y es que de varios ataques de los enemigos, para socorrer

su plaza, les basta lograr uno, aunque los rechaces en los demás.

Que el salir bien de un ataque sea fácil al contrario ejército, lo conocerá quien repare que el sitiador tiene por todas partes muy débil fondo á proporción de una columna de tropas enemigas, que le cargue por la noche, ó durante la escasa luz de un amanecer, ínterin que varias tropillas contienen con armas falsas en sus puestos, á los otros defensores de la línea.

Para el dictamen contrario al de arriba, se ofrece la razón de que saliendo del retrincheramiento, pierdes la grandísima ventaja de pelear á cubierto, donde por cada hombre que te matasen las balas de los enemigos, estropearían las tuyas á veinte de aquellos, los cualas tiran con menos acierto, porque tienen muchísimo menor objeto, y porque alteran el pulso con la agitación de la marcha y con el susto de mostrarse desde los piés á la cabeza, durante el alcance del fusil, y de haber de forzar después á tropas que se hallan precedidas por un parapeto y foso, y apoyadas en buenos flancos que duplican el fuego del frente.

En salir á buscar á los enemigos hay el peligro de que, evitando ellos tu encuentro, con una furtiva contramarcha, caigan por otro camino sobre

la gente de la trinchera y socorran la plaza.

Espera dentro de la línea si te exceden los enemigos en caballería, cuerpo inútil para el ataque de retrincheramientos, y muy considerable para los combates en campaña rasa.

No salgas de tu línea, si tu nación vale más para combatir de pié firme que para atacar movida, particularmente si en los enemigos hay la misma

circunstancia, ó si ocupan un terreno ventajoso.

No salgas contra enemigos más acostumbrados que tu ejército á conservar la formación en generales combates, la cual mantendrán por necesidad

tus tropas con la precisa pauta que les da el retrincheramiento.

También debes mantenerte en la línea, si tus tropas no se hallan tan habituadas como las enemigas á recobrar la perdida formación, ó si están muy cargadas de armas defensivas, particularmente en clima, estación y hora de mucho calor.

Si los enemigos tienen la costumbre de aflojar después del primer esfuerzo, el cual sin duda romperán contra tu línea, aguárdalos en ella.

No salga de su retrincheramiento el ejército muy superior en artillería

ó fusilería; porque los enemigos no le quiten semejante ventaja con estrecharse desde luego á la bayoneta.

Hallandote inferior en todo número de tropas, no salgas adonde no

puedas apoyar tus costados.

El salir de la línea con un ejército inferior, te ocasionaría el grave inconveniente de animar á los enemigos con la vista de tu pequeño número

de tropas.

Si estás muy superior en todo número de tropas, y es abierto el país de fuera de tu línea, más vale salir de ella, en la cual tu superioridad quedaría inútil para abrazar las alas de los contrarios, y aprovecharte de las emboscadas, que ataquen durante el combate, la espalda ó flancos de los enemigos.

A veces el sitiador, no pensando que los enemigos puedan juntar ejército bastante poderoso para forzar la circunvalación, abraza en ella demasiado terreno; para incluír algunos lugares que den comodidad al alojamiento de oficiales y depósito de almacenes y enfermos; para cerrar una montaña de cuya cumbre quedaría dominado el ejército; para acercarse á señorear los vados ó puentes de algún río; para asegurarse de las aguas de fuentes ó arroyos precisas á la subsistencia del ejército; para abrazar diferentes angostas avenidas, que importa conservar francas á los convoyes, forrajes y retirada; para alcanzar algún desembarcadero del mar, ó apoderarse de algunos diques que, rotos por los enemigos, inundarían el campo: todo lo cual es muy bien hecho y de ningún inconveniente ínterin que sólo deba el sitiador cautelarse contra furtivos socorros de ejército insuficiente para un descubierto ataque; pero si aquel viene á engrosarse, y el tuyo basta para combatirle en líneas rectas (dejando un destacamento á la guardia de la trinchera), y no para guarnecer bien la muy extendida circunvalación, importa salir de ella á ocupar un terreno apropósito sobre la avenida de los enemigos, por no caer en el peligro que expresó el fin del segundo artículo de este párrafo.

Si el motivo de la muy dilatada circunvalación es una gran ciudad menos fuerte que su ciudadela, conviene ganar horas en rendir la primera, antes que un grueso ejército enemigo se avecine; con lo cual tu circun-

valación quedará tan reducida como hayas menester.

Si por no abrazar demasiado terreno dejas fuera de tu campo una montaña que le domine, y pierdes el fuerte destacado que construiste para defenderla, debes también salir de tu campo á fin de que los enemigos no te destrocen con su fuego, sin venir al abordo.

Asimismo te avanzarás de la línea, cuando el terreno de fuera de ella conviene, más que el de adentro, á la calidad de tropas que hagan la mayor

fuerza de tu ejército.

Conviene que salgas de tu línea, si puedes caer sobre el ejército enemigo, cuando inmediatamente después de una marcha, en tiempo muy lluvioso tenga mojadas las armas que el tuyo conservó enjutas, al favor de pabellones ó barracas; sobre todo hallándote superior en caballería, ó siendo tus infantes mejores que los de los enemigos para el arma blanca.

Igualmente será ventajoso no dar tiempo de reposarse al ejército enemigo, que acabe de hacer una larga marcha en país y horas de gran calor,

y sin haber tenido tiempo de refrescarse con el sosiego y alimento.

El salir de un retrincherado campo debe ser antes que se te acerquen

los enemigos, porque no te carguen primero que acabes de formar.

Tampoco debes apartarte con exceso de tu campo, ya que aumentarías tu pérdida en la más larga retirada, si fueses batido; y áun sin esta circunstancia, tendrías peligro de que un grueso destacamento del ejército enemigo, marchando ocultamente por algún rodeo, llegase á degollar la guardia de tu campo ó trinchera, y no pudieses acudir á tiempo de estorbarlo cuando lo sepas, ni atacar al ejército contrario, que naturalmente se habrá retirado á terreno muy fuerte, ínterin que le falten las tropas destacadas; ó acaso el mismo ejército entero, con furtivas contramarchas, pasaría por la retaguardia ó flanco del tuyo á socorrer la plaza.

Las tropas destinadas á la guardia de la trinchera quedarán prevenidas de hallarse prontas á la retirada, si tu ejército fuera derrotado, cuyo aviso les enviarás repetido, y con la especificación de si han de retirarse al campo retrincherado ó á otra parte, que será conforme el rumbo que tome tu

ejército.

O tu idea para en caso de una derrota es retirarte á la línea de circunvalación, ó á otra parte; en el primer lance deben colocarse anticipadamente en dicha línea, los cañones y más pertrechos de las baterías de la trinchera y mantenerse allí todos los víveres del ejército. En el segundo caso habrás retirado los mencionados pertrechos de boca y guerra á las vecinas plazas, donde puedan servir contra el enemigo ejército que las ataque, después de batido el tuyo.

Saliendo á recibir á los enemigos, adelanta un cuerpo de caballería, que tomando el rodeo necesario, por camino seguro y oculto vaya á emboscarse en paraje de donde pueda marchar á caer sobre el flanco de los con-

trarios, después que tú hayas comenzado el ataque de frente.

Gran riesgo tiene de ser batido cualquiera ejército que no gane algunas horas para la retirada; peligro que se aumentará en el que levanta un sitio por el excesivo terreno que ocupa y embarazo que da su demasiado carruaje.

Crecería dicho peligro tuyo, si la plaza tuviese guarnición bastante fuerte, ó el pais guerreras milicias para picarte la retaguardia, ínterin que

el ejército enemigo te cargase por el frente ó flanco.

Retirándote primero que el enemigo ejército se avecine, podrás llevar la marcha con aquel señorío y sosiego que hace la única distinción entre la

retirada y la huída.

Si la guarnición de la plaza por sí sola, ó ayudada con los paisanos de la comarca, y con algún destacamento que se adelantó del ejército enemigo, te pica la retaguardia, rechaza con vigor á los contrarios, para que se vea, que el abandonar la empresa, contra su plaza, no ha sido falta de coraje, sinó efecto de infelices acaecimientos.

Si algún cuerpo de enemigos, inferior á tu ejército, ataca ó bloquea una plaza de tu príncipe, te sería de mucho lustre socorrerla sobre la retirada

de la plaza que sitiabas.

LIBRO XV.

SORPRESAS DE PLAZAS Y CUARTELES Y DE TROPAS EN CAMPAÑA.

I.—Noticias que juzgo indispensables para antes de resolver una sorpresa. Resumen de los principales embarazos para ejecutarlas, y expedientes para que no la estorben las tropas que los enemigos tengan á corta distancia. — Antes de resolverte á la sorpresa de una plaza ó lugar cerrado, supongo tengas individual noticia de su situación, obras y altura de murallas.

También discurro tengas noticia del número de los defensores, de la forma en que están repartidas las guardias, de cuánto es fuerte cada una de ellas, y de qué paraje se hallan más lejos los cuarteles por el cual debes atacar en caso de igual comodidad en las otras circunstancias, pues la gente de los cuarteles hace la mayor fuerza de las plazas; y si por la mucha distancia tarda en llegar á oponerse á tus tropas, quedará más tiempo á estas para señorear el puesto que atacan.

Finalmente, harás la cuenta de si puedes retirarte con seguridad del puesto que deseas sorprender, conforme á las horas que necesites para la marcha, operación y retorno, y según la distancia á que los enemigos tengan tropas capaces de acudir al socorro ó de impedirte la retirada.

De las prevenciones que hace Antonio de Ville en su libro del *Empleo* del gobernador, para librar de escalada una plaza, sacamos que no se debe discurrir en escalar aquellas de cuyo pié sería preciso apartar mucho el de las escalas, por un grande estribo que los muros de piedra suelen tener desde el suelo hasta cerca de la medianía de su altura; por el declivio de las obras de tierra, ó por una cuneta ó pequeño foso que haya dentro del grande, y de tal forma situado que no deje lugar á poner las escalas entre el y la muralla. Las muy altas, aun sin dicho estorbo, son imposibles de escalar, porque si arrimas derechas las escalas, no se puede subir por ellas, y dándoles mucho pié se blandean y rompen.

Pudieran hacerse tan gruesas las escalas que, áun apartando mucho su pié, no se rompiesen; y para su trasporte no hay grande embarazo respecto de que se llevan en separados trozos; ¿pero cómo se levantarán con prontitud y unidos los que basten para alcanzar á una muralla muy alta?

Las murallas sin terraplen, las que le tienen sostenido por otro muro interior, y las correspondientes á precipicios internos, ofrecen el inconveniente de que, aunque subas á ellas, no puedes bajar á la plaza, si por los costados hay cortaduras que te embaracen de llegar á donde están las escalas ó rampas que sirven á la guarnición para montar á dicha muralla.

Los fosos llenos de agua en tiempo que esta no se hiela, impiden las escaladas por el rumor, tardanza, y embarazo que habría en portear los barcos ó puentes flotantes, echarlos al foso, asegurar sobre ellos las escalas y facilitar el paso á un razonable frente de asaltantes.

Casi el mismo estorbo que el foso de esta, da una falsa braga, porque después de escalarla es necesario subir á ella escalas para arrimarlas al cuerpo de la plaza; en cuyo dilatado tiempo acude la guarnición, y las sor-

presas no se consiguen sinó hallando poca gente sobre las armas.

Con igual anticipación acudirán los enemigos, si en las obras exteriores ó en la campaña tienen guardias ó patrullas que muy en tiempo toquen arma.

Aunque la cuneta no esté cerca del pié de la muralla, sinó en el medio del foso, y por consiguiente se puedan arrimar las escalas entre dicha cuneta y muro, es de grandísimo engorro y detención el atravesar aquella, primero de servirte de las escalas contra este.

Lo mismo digo cuando no teniendo rampas ó escaleras fijas, una elevada contraescarpa, es preciso bajar al foso por escalas de mano, ó detenerse á cortar las palizadas que haya por todo al rededor en la medianía

del foso.

Aun es mayor estorbo el de una estacada voleada, porque no deja que

se arrimen al parapeto las escalas.

Son difíciles y caras las sorpresas de plazas de dobles ó largos flancos bien guarnecidos de cañones ó guardafosos, que en lugar de bala rasa estén cargados con palanquetas, cadenas, balas naranjeras ó metralla, pues cada cañonazo puede trastornar tres ó cuatro escalas y estropear muchos hombres.

Otra gran defensa de las plazas contra las sorpresas, es que tengan cerca del parapeto gruesas y largas vigas, que echadas de plano sobre las escalas, estropean á estas y á los hombres que están en las mismas ó cerca de su pié.

Finalmente se sorprende con dificultad una plaza cuyas continuas rondas tienen vigilantes á numerosas guardias y hecho el gobernador, para en caso de arma, buena distribución de las tropas que han de acudir á todos

los puestos.

Para que las tropas que tengan los enemigos en otro puesto no acudan á socorrer el que sorprendes, envía pequeñas partidas, que tomando con anticipación el conveniente rodeo y acompañadas de tambores y trompetas montados, alarmen á dichas tropas por un frente estraviado del paraje que has de sorprender, para que llamándolas á aquel costado ú obligándolas á mantenerse firmes (por ignorar con la oscuridad de la noche el número de los que tocan esta arma falsa), no acudan los enemigos con prontitud á socorrer el lugar que verdaderamente embistes.

Tres advertencias debe llevar el comandante de las partidas que van á hacer la diversión. La una es no tocar arma hasta poco antes del tiempo en que prudencialmente creas posible llegne á los enemigos la noticia de que les atacas el otro lugar, pues si los que intentas divertir hubiesen tomado las armas con anticipación, se hallarían más prontos á marchar al socorro de sus compañeros, cuando conociesen que el solo fin de las partidas era ejecutar la diversión. Así el comandante de ellas tendrá su reloj, para observar la hora, en que tú le has prevenido comience á descubrirse.

El segundo aviso al comandante de la partida sea que un cuarto de legua antes de llegar al puesto que va á divertir, destaque á los caminos que hay

LIBRO XV. 429

desde dicho puesto al que atacas, partidillas que se embosquen para coger á los correos ó soldados que del lugar embestido lleven la noticia al otro.

La tercera advertencia consiste en que la partida de diversión, si los enemigos la cargan, se retire por donde los extravíe del camino de tu sorpresa y retirada; á cuyo fin he aconsejado que la arma se toque por un frente diverso.

Si los enemigos, para llegar al socorro del puesto que tratas de sorprender, tienen que atravesar precisamente un paso difícil, destaca tropas que le guarnezcan poco antes que te muevas con las otras á la sorpresa.

Lo mismo digo para cuando el paso difícil se halla en el camino por donde pienses tomar la retirada, que los enemigos pudieran disputarte, aunque fuesen inferiores de número, si se anticipasen á guarnecer el desfiladero expresado.

II.-Forma de tener descuidados á los enemigos que intentes sorprender.—El duque de Guisa dice que para fatigar á los españoles, cuyos puestos ocupados en la ciudad de Nápoles, meditaba el mismo duque sorprender, y para que burlados con muchas armas falsas no acudiesen prontamente á la verdadera, les hacía tocar tres ó cuatro de aquellas cada noche.

Creo útil este arbitrio, si el comandante de los enemigos es de genio confiado, y de tesón insuficiente contra las continuas instancias, que suelen hacer los coroneles de los regimientos para que el gobernador no fatigue los soldados con muchas guardias ó retenes.

Para tocar semejantes armas son admirables los húsares, miqueletes ó tropillas de partidarios, porque en pocas horas hacen largas marchas: introdúcense con facilidad por cualesquiera bosques ó barrancos inaccesibles á otra milicia, y su natural inclinación al pillaje los tiene siempre ansiosos y prácticos en este género de furtiva guerra, donde á la ida ó á la vuelta cogen caballos, ganados, cargas ú otra cosa.

Por diversos caminos se puede hacer igualmente bien una misma jornada: así, por lo contrario de la práctica del duque de Guisa quieren otros que, lejos de despertar á los enemigos con armas falsas, finja temerlos el

general que los intenta sorprender.

Este expediente me parece bueno, cuando el jefe de los enemigos es de corto saber para distinguir tu verdadero ó finjido miedo, y de tanta presunción, que resulte fácil persuadirle á que nada te atreverás á empren. der contra él.

III.—Día, estación y hora más á propósito para una sorpresa. Dícese por qué motivo suele salir mejor por el paraje más fuerte, y se expresa la forma de averiguar cuál es el menos guardado, y de servirte del accesible ó pequeño número de tus tropas.—Si los enemigos tienen fuera de la plaza ó puesto que intentas sorprender un grueso destacamento, y te llega por tus confidentes el aviso, á tiempo de disponerte á la sorpresa primero que dicho destacamento se restituya á la plaza, ejecútalo, porque habiendo menos gente de los enemigos será menor la oposición.

Cuando sepas qué noche llegaron de cuartel ó de tránsito algunas tropas de los enemigos á dormir á un lugar, donde no haya otras establecidas

Digitized by Google

de antes, particularmente si dichas tropas no son bien prácticas de aquel puesto, y si fué penosa por la distancia ó calidad del camino la marcha en que llegaren á dicho lugar, es oportunisima ocasión de sorprenderlas en la misma noche, porque los soldados, rendidos del viaje, hacen perezosamente el servicio: los oficiales, conociendo el cansancio de los soldados, nombran poco fuertes las guardias, y si el comandante no es advertido, permitirá que los soldados alojen en casa de los patrones, y el propio comandante, llegando tarde ó cansado, habrá reconocido muy de paso los parajes en que debía poner sus guardias y centinelas: todo lo cual servirá á los enemigos de confusión en la sorpresa; pues ignorando hacia qué costado tienen más ó menos peligro, no sabrán acudir á donde sea el mayor, y no les bastará que dos ó tres oficiales suyos hayan estado otras veces en el lugar y comprendido su situación, porque no podrán hallarse en todas las partes que tú alarmes o ataques; las guardias, llenas de sueño y de cansancio, observarán poca exactitud: los soldados alojados tardarán infinitamente en vestirse y juntarse, y aunque el comandante les haya prevenido que en caso de arma salgan á la plaza, muchos no acertarán desde luego á ella, y no es natural que por una sola noche se dé providencia para que acudan tantas compañías ó batallones á tal avenida, puerta ó porción de muralla; tantas á tal otra parte, etc., y así, comenzando por diferentes lados el fuego, los defensores ocurrirán en sobrado número á un paraje, dejando sin guarnición los demás: en fin, obrará la confusión y el accidente.

Si el lugar á que llegan los enemigos, nunca fué plaza de guerra, ó si há mucho tiempo que dejó de serlo, no estará cercado de murallas ó tendrá abiertos muchos boquetes, porque no se cuidaron los paisanos de levantar las murallas derruídas, ó porque á posta las abrieron para salir sin tanto rodeo, como por las puertas, desde sus casas á la campaña. Las tropas recién llegadas á un cuartel ó á un pueblo de tránsito, acaso no tendrán la conveniente reserva de municiones, y en el segundo caso de ser de pasaje dichas tropas, tal vez habrá gran desproporción entre su número y el de-

masiado recinto de la ciudad.

La estación más oportuna para sorpresas es el invierno, porque sus largas noches dan tiempo de llegar al puesto antes del día, y porque el frio tiene amortiguadas las centinelas y torpes á los demás hombres de las guardias para manejarse en los primeros minutos después de tocada el arma. Peligro que no hay en los sorprendedores, que en la agitación de la marcha compieron los grillos del hielo. La oscuridad y el viento que en las noches de invierno son frecuentes, libran á tu gente de que la vean ú oigan los enemigos, hasta que ya esté pegada á las murallas ó tropas de aquellos: á lo menos conviene la oscuridad para la hora en que llegues á ejecutar la sorpresa. En las horas precedentes hasta acercarte á las avanzadas guardias enemigas, la claridad ó luna te haría beneficio para excusar tropezones, caídas y tardanza, y para que los oficiales de las divisiones ó mangas, impidan que algún soldado se aparte ó deserte á dar á los enemigos el aviso de tu movimiento; riesgo muy considerable, según verás en el capítulo IV de este libro.

Las noches de lluvia son las peores, porque los infantes, resbalando y cayendo á menudo, estropean muchas armas, y llegan cansados, encogidos y mal dispuestos para el combate. Si la lluvia es porfiada, se les mojan las

cartucheras, frascos y llaves, por más que las tapen con la casaca; y los enemigos que se hallan dentro de un cuartel ó plaza, tendrán sus fusiles

enjutos al favor de los cuerpos de guardia ó casernas.

De ordinario se ejecutan las sorpresas poco antes del día, hora en que los enemigos más profundamente duermen, y se hallan sus guardias y centinelas menos alerta; y como las sorpresas que mejor se logran son las que hacen tropas, que moviéndose de lejos encuentran á los enemigos descuidados, si llegas cerca del alba te queda más tiempo de fenecer la marcha, sin apresuración que deje á tus soldados inhábiles para sostener las fatigas del combate.

Tratando Solís de la sorpresa que Hernán Cortés logró sobre las tropas de Pánfilo de Narvaez, escribe: «Caminó muy poco á poco para que llegase descansada la gente, y por dar tiempo á la noche para que se apoderase más de su enemigo.»

Finalmente, es ventajosa la hora próxima al amanecer, porque á poco rato después de entrar en el puesto sorprendido, te sirve la luz de la mañana para embarazar los desórdenes y violencias á que da lugar la oscuridad. No obstante lo dicho, es mejor llegar dos horas antes de amanecer que medio cuarto después de amanecido; pues cierto que si los enemigos con el día descubren de lejos tu gente, ya está burlada la sorpresa. Dígolo para que no imagines que saldrá justa con un regular cómputo la marcha, la cual siempre se retarda más de lo que se piensa en el cuartel, plaza ó campo de donde se sale; porque la idea no tropieza como los piés, sobre todo cuando se viaja de noche y por camino áspero; fuera de que á menos de media legua de la plaza es necesario detenerte un cuarto de hora.

Si en la plaza hubiere la costumbre de mudar las guardias al amanecer, comenzarás la sorpresa dos horas antes, por no encontrar sobre las armas, ó á lo menos despiertos y vestidos á los oficiales y soldados que han de

montar la guardia.

Tampoco debes llegar á la sorpresa primero que los paisanos y tropas hayan tenido tiempo de retirarse á dormir y el sueño de apoderarse de ellos. Uno de los errores que observa Polibio en la sorpresa que Felipe V de Macedonia intentó sobre Melitea, es que Felipe llegó á ejecutarla cuando los de la plaza todavía estaban despiertos.

Se debe atacar por donde se hallen las guardias menos fuertes y los cuarteles más apartados, lo cual regularmente sucede en los parajes que por la bondad y altura de las murallas, discurre el gobernador ó comandante mejor asegurados; pero siendo mal guarnecidas, no hay montaña que

no se trepe, ni muralla que no se monte.

Cuando el no guardado puesto es tan difícil, que en mucho tiempo no entraría por él cuanta gente bastase á señorear la plaza, procura introducir por allí cincuenta ó cien soldados escogidos que inmediatamente marchen á atacar por adentro la guardia de una señalada puerta, por la cual penetre un destacamento que á este fin hayas emboscado cerca de ella, y corra luego que oiga los primeros tiros ó rumor de arma.

Para observar á que paraje acudirán más tropas de los enemigos en caso de arma, habrás tocado una á la plaza días antes de la sorpresa y por diferentes puestos, con lo cual tus confidentes avisarán donde se apostó

cada batallón, si es que de antes no pudieron averiguar qué sitio es el des-

tinado á cada tropa.

Cuando son los enemigos los que tocan la arma falsa, pueden llevar el solo fin de examinar la vigilancia de su guarnición; pero también es dable que la arma se toque para engañar á tus espías sobre el puesto á donde acude cada tropa; con que la averiguación referida será menos arriesgada por tu arma falsa que por la de los contrarios, fuera de que tal vez estos no tocarán alguna.

IV.—Disposiciones para marchar á una sorpresa. Ordenes preventivas á las tropas que la deben ejecutar y á las que han de sostener contra el enemigo socorro. Avisos en cuanto á mantener ó abandonar el sorprendido cuartel ó plaza.—Llegado el día de marchar á la sorpresa, nombrarás para ella el número de tropas que te parezcan bastantes, no sólo para la ejecución de la misma sorpresa, sinó también para ir y volver sin riesgo de que en la marcha ó retirada te cargue un cuerpo superior que los enemigos puedan juntar de sus guarniciones ó venir de su ejército.

Yo no marcharía á una sorpresa con batallones enteros, excepto que se tratase de función de ejército á ejército, ó por lo menos mandaría á los coroneles que dejasen á la guardia del cuartel, plaza ó campo los soldados que por débiles ó mal convalecidos, discurriesen de menos resistencia para la marcha y de menor habilidad para el combate: quédense también los más expuestos á la deserción, como serían prisioneros enemigos que obligados de la necesidad tomaron partido en tus tropas, ó los que habiendo de-

sertado otras veces tengan contra sí la sospecha de reincidencia.

Dos géneros de guías necesitas: unos para durante la marcha y otros para mostrar el paraje destinado al petardo, escalada ó armas falsas, y áun para conducir las diversas tropillas que diré, después que tu gente penetre

en la ciudad ó cuartel de los enemigos.

No bastan pocos de unos y otros guías, porque de los primeros se necesita uno á la cabeza de cada gruesa tropa, á fin de que las posteriores que se atrasen en algún desfiladero no pierdan el camino de la vanguardia.

De los segundos guías tampoco basta uno ó dos, porque si los enemigos los matan, quedará la tropa sin saber por donde proseguir vencedora, ni retirarse vencida, particularmente de noche y en paraje desconocido á tus guerreros.

El año 1708 en que nuestros enemigos intentaron sorprender la plaza de Tortosa, perdieron de lograr su golpe por haber sido muerto el guía que los metió en el fortificado arrabal de Remolinos, y los iba á introducir por las accesibles ruínas de una vieja cortadura, cuyo paso no supieron encontrar los alemanes durante la noche por falta de guía; con que tuvo tiempo la guarnición de acudir á aquel peligroso y mal guardado puesto.

Si es un campo retrincherado de donde sales á la sorpresa, puedes ejecutar lo mismo que en la plaza ó cuartel; pero si te mueves de la campaña abierta, anticipa al nombramiento de tropas la diligencia de enviar sobre muchos caminos pequeñas partidas de gente de confianza, que se embosquen para detener á cuantos vayan á pasar, y destácalas con pretexto de tomar lengua ó de acompañar carros, bagajes, ú otra cosa que se eche voz esperas de los vecinos pueblos; una hora después mandarás por bando que



LIBRO XV. 433

ningún oficial, soldado, vivandero, paisano, criado, ni otra persona alguna se aparte del ejército un cuarto de legua; fuera de cuya distancia estarán fijas las partidillas mencionadas, y en movimiento las patrullas de la compañía del preboste, para arrestar á los transgresores del bando, reconociendo bien si llevan alguna carta, y entonces enviarán luego secreto el aviso al oficial, que puede arrestar al sugeto que escribió la carta.

Sean con particularidad espesas las emboscadas en los caminos que

guían desde tu campo á las plazas enemigas.

Por si no obstante las aconsejadas precauciones puede zafarse algún espía de los enemigos con la noticia de tu movimiento, conviene esparcir

voz de ser tu proyecto diverso de el que en la realidad tienes.

Es más practicable cuando se vea que con tus tropas no marcha tren alguno de sorpresa, porque se te haya de incorporar en el viaje de la forma y por la razón dicha en el tercer párrafo del anterior capítulo; pero si teniendo los pertrechos en la misma plaza ó campo de que se mueven las tropas, no queda fácil disimular que vas á una sorpresa, muda en las voces que se esparzan, el nombre de la plaza ó cuartel sobre que intentas.

Las tropas destinadas á una sorpresa deben considerarse divididas en dos porciones: una para introducirse en la plaza ó cuartel de los enemigos, y otra para divertirlos con armas falsas, guardar las avenidas contra el socorro, y apresar los muebles que los contrarios procuren poner en salvo; cada partida se entrega al oficial que la debe mandar con órdenes muy claras de lo que ha de hacer y noticia del puesto que ocupará en la marcha, que será más á la vanguardia, centro ó retaguardia, según haya de atacar ó divertir antes ó después que otras partidas, procurando que la gente de cada una conserve siempre en todo el viaje una pequeña separación de las precedentes y posteriores para que no se barajen todas ni se origine confusión. También se entregan al comandante de cada partida los pertrechos que ella ha de poner en obra para la sorpresa, y guías prácticos del camino y de la plaza ó puesto que se va á sorprender, cerca de cuyo último punto me remito al segundo párrafo de este capítulo.

Téngase gran cuidado en repartir á cada tropa escalas de tamaño proporcionado á la altura de los varios lienzos de muralla contra que han de

servir.

Para que tus tropas se conozcan después de entrar en el puesto que

van á sorprender, lleven las corbatas en los sombreros ú otra divisa.

Las tropas, á medida que vayan entrando en la plaza ó cuartel, se avanzarán por frente y costados cuanto baste para no estorbar á las sucesivas, y para ocupar el pié de las rampas ó de las escalas por donde se baja de la muralla cuyo terraplen esté revestido por adentro, ó bien se adelantarán á guarnecer las golas del asaltado baluarte y las bocascalles por donde los enemigos puedan acudir á impedir la continuación de la escalada, ó los petriles ó parapetos de vecinos atrios de iglesias, desde los cuales ocupados por la guarnición recibirían incomodidad los sorprendedores; pero luego que haya razonable número de estos en la ciudad, marche un/destacamento de ellos á batir el vivac ó guardia de la plaza primero que sea reforzada.por gente de los cuarteles, y dicho destacamento se mantendrá allí por ser el paraje á donde naturalmente irán á formar los enemigos, que en la confusión de una sorpresa llegarán desfilados sin oficiales y sin tino, y

Digitized by Google

por consecuencia los derrotará con facilidad el destacamento expresado. Si el lugar de asamblea de los enemigos fuere otro, marche á el tu destacamento luego que haya batido á la guardia de la plaza.

Otro destacamento de tus tropas ataque la guardia de la más inmediata puerta, y abra esta con algunos instrumentos, eche el puente y rompa la barrera de la estrada cubierta, para que entre por allí la caballería tuya

que á tal fin se haya colocado frente á dicha puerta.

También destinarás una tropa á tomar prisionero al gobernador ó comandante de la plaza ó cuartel, para que faltando quien dé las oportunas órdenes ínterin que el arresto del gobernador se divulga, haya entre los enemigos tardanza, confusión y desorden, como se vió en el cuartel de Benavarri el año 1707, que don Federico Schover con tropas imperiales sorprendió al regimiento de Lubiñí, comenzando por tomar prisionero al teniente coronel que mandaba dicho cuartel, bien que se defendió valentísimamente en todos los aposentos de su casa hasta llegar al último. Para en semejante lance conviene que la expresada tropa tuya lleve algunas granadas de mano, hachas y mazos de hierro para derribar puertas y rendir á los soldados ó familia que ayuden al enemigo comandante á defender su casa. La partida tuya sea de doble número que la guardia que tenga el gobernador, la cual se hallará más ó menos fuerte conforme á la graduación de aquel jefe.

Tantos como hubiere de cuarteles de soldados, nombrarás de pequeños destacamentos que se aposten frente á las puertas de los cuarteles, para que ni los soldados salgan á formar, ni sus oficiales entren á determinarlos

á salir.

Otras dos partidas corran las calles para impedir que se junten los oficiales y soldados que vayan saliendo de sus casas y cuarteles. Si ha podido entrar caballería tuya, ella ejecutará mejor esta diligencia, y la de ocupar las plazuelas y más lugares anchos en que pudieran los enemigos unirse á formar.

Si sabes que no hay repuestos de municiones en diversos parajes de la plaza, encaminarás una partidilla de infantería al almacén de ellas para embarazar que las tomen los enemigos, ínterin que penetrando más tropas tuyas en la plaza se cierre de todo punto á los contrarios aquel recusro.

Otro destacamento se mantendrá formado en la medianía de la ciudad, para acudir á donde, por el mucho disparo que oiga, se conozca necesitar

de su socorro alguna de las anteriores partidas.

De todos los destacamentos mencionados basta que sean fuertes los dos que han de batir la guardia ó vivac de la plaza, y abrir á tu caballería una puerta. El otro, que acabo de proponer para acudir en todo ó en parte, á donde por el mucho fuego conozca resistencia de los enemigos, compóngase del más grueso cuerpo de los sorprendedores. Las restantes partidas no importa que tengan poca gente, respecto de que son más para divertir que para forzar; excepto la destinada contra el gobernador de la plaza, en cuyo número se hará la observación que en su lugar previne.

Las tropas de tu sorpresa lleven grave prohibición de comenzar el saqueo y de apartarse de sus oficiales en la función con pretexto de tomar prisioneros, ó con algún otro motivo, hasta que el comandante del ataque

lo permita.



Prohibirás también que algún soldado se retire del lugar sorprendido sin los oficiales de su tropa, y prevendrás que salgan todas á formar luego á donde oyeren el toque de tus cajas y trompetas, porque hay muchos soldados que después de hacer su botín, vuelven al campo ó guarnición de que partieron, y se hallan de menos en el destacamento, para lo que se puede ofrecer en la retirada, y también hay otros que cebados en el saqueo no atienden á la llamada que les tocan los instrumentos de guerra, aunque sus camaradas sean embestidos por tropas de enemigos, que sobre la función suelen llegar, y que, aunque inferiores de número, superan al cuerpo, cuyos soldados incurren en semejantes desórdenes.

Si hubieres de abandonar la sorprendida ciudad, prevendrás cuál ha de ser el destacamento que salga el último, á cargo de cuyo comandante estará enviar patrullas que recojan y apaleen á todos los que no habiendo obedecido al toque de salir á formar, se mantuvieren dentro de las casas á

continuar el saqueo.

Prevendrás también á los comandantes de los destacamentos que no se embaracen con prisioneros, mientras aun se dispute la rendición del atacado puesto.

A más de las tropas que el anterior párrafo supuso introducidas en la plaza ó cuartel de los enemigos, necesitas mantener fuera del mismo puesto

las partidas siguientes:

Dos ó tres de á 20 dragones ó ligeros, y de 25 infantes y 4 tambores que toquen arma á diversos puestos de la plaza, lejos del que inmediatamente después hayas de escalar ó petardear, y apartados también de la puerta que el anterior artículo dijo procure abrir á tu caballería una de las tropas que se introduzca en la plaza, para que no sabiendo los enemigos dónde es el verdadero peligro, repartan por todos lados las primeras tropas que pongan sobre las armas, y encuentren menos oposición las tuyas, que observando el posible silencio, arrimen las escalas ó petardo, mientras las mencionadas partidas de diversión prosigan el disparo, toque de cajas y gritería de: avanza, avanza.

Una guardia de ocho ó diez soldados de á caballo, para que no se escapen los bagajeros ni persona alguna tome los bagajes que sirvieron para

trasportar pertrechos.

Otra guardia de la misma calidad y número para los bagajes de heridos en caso que no tomes el puesto que atacas, ó que no te convenga mantenerle.

En cada una de las expresadas guardias quede un oficial de vigilancia y de honra, para que no tomen los bagajes algunas personas que habiendo hecho botín, no tengan forma de llevarle hasta su plaza ó campo: los mismos oficiales cuidarán de que los bagajes destinados á cada uso diferente no se interpolen con los demás.

Otra guardia de diez ligeros ó dragones que en un señalado paraje mantenga buen número de tambores y trompetas, para que á su toque de retreta se retiren del sorprendido lugar tus tropas, y porque ellas no se alarmen falsamente, dichos tambores y trompetas no usarán de sus instrumentos hasta que el comandante de la sorpresa lo ordene.

Dos ó tres escogidas partidas de caballería se avanzarán á lo menos una legua sobre los caminos por donde pudieran venir al socorro de su plaza

los enemigos: luego que las partidas los descubran y observen su número, te lo avisarán, y si dicho número fuere considerable, tu partida procure atrasarles la marcha.

Cuando tengas noticias de su marcha por las partidas ó espías, ó no has comenzado el ataque, ó entraste en el adversario pueblo del cual una parte áun se defiende, ó le tienes enteramente dominado, cada uno de los tres casos exige arbitrio diverso; voy á tratar de ellos, y de las circunstancias en que se vuelven á dividir.

En el primer expresado caso retírate desde luego, porque antes que á tí el aviso del socorro, habrá llegado á los enemigos la noticia de tu empresa, y aguardándote prevenidos, no puedes sacar de la operación más que

el destrozo de tu gente.

Si el socorro no es más fuerte que tu destacamento, puedes emboscarte

sobre la marcha de aquel.

En el segundo caso de que cuando te llegue el aviso del socorro, seas dueño de una porción del enemigo pueblo, y los contrarios defiendan la restante parte, no hay duda en proseguir el ataque, si á más de las tropas empleadas en él, tienes en campaña un cuerpo de reserva bastante numeroso para pelear contra el socorro.

Aunque el cuerpo de reserva derrote al socorro, siempre se introducirán algunas tropas de este en la plaza, ó porque les parezca más segura aquella retirada, ó porque á toda costa soliciten reforzar á sus compañeros; en tal caso tu cuerpo de reserva introduzca también tropas en la plaza, para impedir que los enemigos, con una surtida vigorosa, arrojen á tus sorpren-

dedores de la porción de ciudad que ocuparon.

Resolviéndote á combatir al mismo tiempo contra la medio sorprendida plaza y contra su socorro, debes pensar en dos retiradas para si eres derrotado; se entiende á la plaza cuya porción voy suponiendo señoreas ó á tu país. Lo primero es mejor cuando de tus plazas, cuarteles ó ejército puede llegarte socorro que te asegure la retirada, ó traiga pertrechos, para acabar de rendir la parte de ciudad que los enemigos defienden; y aunque parece que los que te batieron en campaña te forzarán en el lugar, no será así, en caso que la fuerza de los contrarios haya consistido en caballería, ni basta decir que pondrán pié á tierra; porque de los ligeros desacostumbrados á aquella manera de pelear, y faltos de bayonetas, tres hombres no valen un infante.

Proyectando la retirada al lugar, las tropas tuyas que ocupan una porción de él, se anticiparán á retrincherar las calles, y á atronerar las casas contra el castillo ú otros edificios que los enemigos defiendan, y las mismas tropas destaquen buena guardia á la puerta ó boquetes que les han servido de entrada, y recojan las escalas que emplearon en la misma.

El retirarte á tu país, es preciso cuando las tropas enemigas de la comarca, siendo más fuertes que las de tu soberano, puedan acudir á bloquearte ó forzarte en dicha porción de pueblo que hayas sorprendido. En caso de tal determinación tuya, y primero que el enemigo socorro se avecine, tanto las tropas del cuerpo de reserva, como las que se emplearon en la sorpresa, trabajarán incesantemente en destrozar puertas, barreras, palizadas, rastrillos, contrapesos y cadenas de puentes y en derribar paredes ó tapias, á fin de que ínterin que dichas tropas de sorpresa uni-

das á tu reserva pelean contra el socorro, no pueda la guarnición de la plaza ó cuartel cerrar todas las aberturas para impedirte la segunda entrada si derrotas el socorro; también antes que este llegue romperás las armas de los prisioneros, clavarás los adquiridos cañones que sobren de los que saques para acalorar tu combate campal, enviarás dichos prisioneros á tu país con una escolta de caballería, y si el paisanaje no es afecto á tu príncipe, le echarás fuera de la plaza, y pondrás fuego á los almacenes de municiones de guerra y armas; pero no á los de víveres, antes bien los presidiarás, si son defensables, contra una surtida de la guarnición, para que si derrotas el socorro y tomas la plaza, sirvan á las tropas tuyas que la guarnezcan interin que de tu país las pertrechas.

Este expediente de unir á la reserva las tropas que sorprendieron parte del lugar, es indispensable, cuando sin los dos cuerpos no tengas número

bastante para pelear contra el socorro.

De las tropas que entraron en la ciudad enemiga, no debes contar sinó sobre la mitad para una posterior función campal; pues á más de los que habrán muerto en el ataque, faltarán muchos hombres, que engolfados en el saqueo, se mantengan en los sótanos de las casas sin oír la retreta de los tambores, y áun gran parte de los que la oigan, dejarán de salir, esperando que derrotes el socorro, mientras ellos botinan, ó haciéndose el ánimo á desertar, si eres batido, en cuyo caso dirán á los enemigos que por tal fin

y no por saquear se quedaron en la plaza.

Sobre tal cuenta mira si, áun juntándose las tropas de la reserva, y las de la sorpresa tendrás bastantes contra el socorro, y no las juzgando suficientes, anticipa la retirada después de batir la retreta, destruyendo cuanto no puedas llevar y sea de servicio al príncipe contrario. Quedaría más gloriosa tu operación si retirases algunos cañones con las cuerdas y colleras, que á prevención llevaste, ó con las que halles en los almacenes de la plaza, ó en las casas de los paisanos cuyas mulas y bueyes sirven para lo mismo, y aun convendría emplear los bagajes, en que trasportaste las escalas y otros pertrechos, que en tal caso puedes quemar para que no sirvan á los enemigos de trofeo.

En el último propuesto caso de que todas tus tropas no sean suficientes para pelear contra el socorro, si este debe tardar algunas horas, y la plaza ó cuartel de los enemigos tiene fortaleza y víveres que basten para mantenerte allí, y tus tropas no hacen en otra parte indispensable pronta falta, puedes tomar el partido de estrechar el ataque de la porción de ciudad que aun los enemigos defienden, y tomada toda, ó á lo menos las puertas, refugiarte en ella. Si resuelves ejecutarlo así, destaca nuevas partidas de caballería sobre las avenidas ó caminos por donde los jefes contrarios puedan enviar á la plaza el aviso de que se le encamina el socorro; pues tal aviso animaría á la guarnición á continuar la defensa.

Si cuando te llega la noticia de que se dispone el socorro, eres ya dueño de toda la enemiga plaza ó cuartel, resolverás mantenerla ó abandonarla según las reflexiones hechas para en caso que señorees una sola porción, con la diferencia de que en el último propuesto lance menos tro-

pas te bastan para guardar el puesto.

V.—Para desde que se ponen las tropas en marcha hasta que lleguen

junto al paraje, que has de sorprender, con distinción de si la distancia exige más de una marcha de infantería ó de caballería. — Marchando á la sorpresa por camino donde estés cierto de no hallar superior tropa de los enemigos, alarga muy poco las partidas avanzadas ó batidores.

Cuando tus batidores descubran á los contrarios ó á sus partidas avanzadas, si también estas vienen marchando, no se adelanten los tuyos á preguntar ¿quién vive? antes bien se retirarán á tu grueso como atemorizados, para que el de los enemigos, no teniendo tanto que recelar continúe la

marcha, que tú proseguirás también, para cargarle de golpe.

Siendo sólo pocos batidores enemigos los que tu partida avanzada encuentra de noche, ó descubre de lejos por el día, la mitad de la partida se emboscará á un lado del camino, para cojer por la espalda á los contrarios que se adelanten contra la otra mitad; por ver si puedes cojer á todos los batidores, y por consiguiente impedir que la plaza ó ejército de donde salieron, logre anticipada la noticia de tu marcha.

Cuando son guardias enemigas de pié firme las que pregunten équién vive? tu vanguardia responda el nombre del príncipe enemigo, finjiendo ser tropas que retiran de una expedición ó que vienen de alguna plaza de los contrarios, pero sea respondiendo y andando, porque no toquen los enemigos más en tiempo el arma, ó porque si, ayecinándote á aquella guardia, la puedes envolver enteramente para que no llegue á su grueso el aviso de tu arribo.

En los pasajes de ríos y desfiladeros, aunque los enemigos tengan la mitad de menos tropas que tu ejército, es preciso avances batidores á reconocer la salida y flancos del vado ó camino estrecho, á la otra parte del cual podrían los enemigos; bien que inferiores, cargar con ventaja suya á la porción de tropas que les conviniese.

La sorpresa del puesto que dista más de una marcha, suele conseguirse

mejor, porque los enemigos viven más descuidados.

Anibal, que iba ajustando sus medidas para la sorpresa de Taranto, se mantuvo largo tiempo á tres jornadas de la plaza, y así el gobernador romano Cayo Livio, cuando llegó Anibal á ejecutar la sorpresa, vivía tan sin cuidado, que acababa de salir borracho de un convite.

Para sorprender un puesto distante más de una marcha, después de ponerte en ella con las precauciones hasta aquí dichas ó citadas, harás alto poco antes de amanecer en algún bosque ó paraje oculto, volviendo á seguir el camino en la noche próxima, y así hasta fenecer el viaje.

En la marcha para la mencionada sorpresa de Taranto, hizo alto Anibal en un valle muy cubierto, y cuando fué noche prosiguió el camino.

VI.—Rehenes que deben preceder á la sorpresa que fundes en inteligencias. Motivo para no diferir la operación apoyada en las mismas, ni dejar cabida á equivocaciones en lo ajustado con tus confidentes para poner en obra la sorpresa.—Los oficiales, soldados ó paisanos de los enemigos, que de palabra te faciliten la sorpresa de un puesto, acaso jugarán doble, teniendo el secreto consentimiento de su comandante para empeñarte en una operación que te cueste mucha gente; lo cual es más de temer si tales hombres (no siendo de conocido afecto á tu soberano ó por

antigua razón disgustados del suyo) te instan excesivamente sobre que ejecutes la sorpresa. Con que antes de resolverte á ella harás que tus corresponsales te envíen un oculto ostaje que responda por todos los que le nombres, manteniéndole en paraje de que no pueda escapar hasta que el suceso muestre que no hubo engaño en aquellos.

Aun sin el peligro de que tus confidentes miren á engañarte, queda necesaria la precaución de pedirles rehenes, hasta que hayan cumplido lo

que ofrezcan.

Ejecuta luego la sorpresa que fundes en inteligencias, pues dilatándola mucho tiempo es imposible que no llegue á noticia de los contrarios tu designio, por arrepentimiento y declaración de uno de los conjurados, ó por otras diligencias fáciles á los enemigos, respecto de que no bastará tratar con dos ó tres sugetos, sin que estos lo participen á sus confidentes para que ayuden al logro de la operación, y entre muchos no se puede mantener largos días el secreto.

Para ejecutar una sorpresa por inteligencia, es preciso quedar muy distintamente de acuerdo con tus ocultos parciales, en cuanto á la hora y á todo lo que ellos y tus tropas han de hacer, porque alguna equivocación

no desbarate el logro de la empresa.

VII.—Sorpresa por inteligencia con pocos ó muchos paisanos que habiten de puertas adentro del cuartel ó plaza de los enemigos.—Si los paisanos que están de inteligencia contigo, y habitan de puertas adentro de la plaza son bastante numerosos y resueltos para forzar la guardia de una puerta y abrir esta, concertarás con ellos el dia ó noche y hora en que lo deben ejecutar, para que entre por allí un destacamento de tropas tuyas, que á tal fin se haya emboscado en oportuno inmediato lugar.

Si las tropas enemigas están alojadas por casas, como suele suceder en los cuarteles de invierno y en los de refresco, y te son afectos los más de los paisanos, trata con ellos que, al primer fusilazo de tus soprendedores (en señalada noche y hora), cada paisano tome las armas de su alojado, y

cierre á este en el cuarto donde está durmiendo.

Cuando los paisanos de tu confidencia son pocos, traten con los esclavos y con los presos por graves delitos, ofreciendo á unos y otros libertad y premio, si dándoles armas tus confidentes, y ayudando á los últimos á romper las cárceles, contribuyen todos á la operación propuesta en el pri-

mer párrafo.

Para mejor logro de la inteligencia con los presos, convendría tenerla con el carcelero; y en tal caso habrás enviado una partida de escogidos soldados á donde los de la plaza la tomen, yendo los oficiales avisados de tu intención; pero esto sea un solo día antes de la sorpresa, para que los enemigos no hayan despachado los prisioneros á otra plaza, pues en una fronteriza nunca los detendrá largo tiempo un gobernador entendido.

Si tu parcial desconsía de alguna persona de su familia, anticípese á enviarla á otra parte con algún creible pretexto, y no deje que salgan á las calles ó á las ventanas los niños por su edad incapaces de guardar secreto.

VIII.—Sorpresa por inteligencia con algunos paisanos del arrabal próximo á la enemiga plaza.—Si estás de inteligencia con el dueño de una

casa del arrabal próximo á la puerta de la plaza, procura introducir disimuladamente en dicha casa los 40, 50 ó más ó menos hombres que basten para sorprender la guardia de la puerta en la ocasión que voy á decir.

Convendría que antes de salir de las casas los demás soldados, se adelantasen 15 ó 20 en traje de paisanos con armas cortas y ocultas, para poder más fácilmente acercarse á tomar las de la guardia, ó á poner en confusión la gente de esta, mientras lleguen los otros que estarán con sus

fusiles prevenidos para moverse al primer tiro.

Por si los enemigos (como es natural) abren sólo el postigo y vuelven á pasar el cerrojo luego que echan fuera los hombres destinados para el arrabal, ó para en caso de que cierren la puerta interin que está caído el puente, los soldados tuyos, que se ocultaron en la casa del paisano, se habrán llevado un pequeño petardo que arrimarán á la puerta luego que vean el puente caído, y asegurarán este con sus mismas clavijas, con clavos ó con algún otro arbitrio.

Hay en este proyecto el reparo de que si el gobernador sabe su oficio, no abrirá de noche la puerta sin reforzar primero la guardia, y mantendrá siempre una partida fuera del puente para avisar con tiempo cualquiera novedad que obligue á levantarle; pero aquí se trata de sorprender á quien olvide alguna de las necesarias precauciones; pues en viviendo los enemi-

gos con todas, ninguna sorpresa se consigue contra ellos.

Cimón, capitán ateniense, poniendo por la noche fuego á un templo vecino á las murallas de una plaza enemiga, la sorprendió por la puerta que abrieron los de adentro para salir á atajar el incendio.

En caso que los enemigos obrando como prudentes, ni por el expresado tentativo, ni por otro, abran las puertas de su plaza sin las precauciones bastantes á desvanecer tu idea, si hubiere cerca paraje en que, áun después de amanecido, puedan estar escondidas tus tropas, se mantendrán emboscadas, hasta que á la mañana siguiente los enemigos hayan abierto las puertas, arrimado las armas y vuelto á dormirse algunos de ellos, que es cuando saldrán (en la forma que dijo el anterior párrafo) los soldados que se hallan ocultos en el arrabal á sorprender y conservar la puerta hasta que llegue tu grueso destacamento.

Juan Baptista Taxis, sirviendo en Flandes á Felipe II de España, sorprendió sobre las provincias unidas la plaza de Zutfen, año de 1583, emboscando por la noche pequeño número de soldados cerca de la puerta de dicha plaza en una casilla donde por el día ponían los de Zutfen una guardia, los cuales soldados de Taxis, al abrirse la mañana siguiente la puerta de la plaza, corrieron á ocuparla, y la mantuvieron, hasta que oyéndose el fuego en el destacamento que Taxis tenía vecino, llegó á entrar por la referida puerta.

LIBRO XVI.

EMBOSCADAS Y PASAJES DE RÍOS.

I.—Regulares fines de las emboscadas. Exprésase la conducta para en algunas, y se da noticia de la forma de gobernarse en las otras. Calidad y número de hombres para ellas.—Toda acción consiguiente á la emboscada se puede llamar sorpresa; pero no siempre se logra con esta lo que por medio de aquella; pues marchando de día los enemigos, especialmente en país suyo, no es dable cogerlos descuidados, si al favor de la oscuridad de la noche no te adelantas á emboscarte cerca de donde han de pasar.

Sirven las emboscadas para apresar los ganados que en ciertas estaciones del año transitan de una provincia á otra, y en tal caso deben formarse muchas á un tiempo y sobre diversos caminos; porque pasado el primer día de esta operación, los enemigos darían providencia para librar de insulto los rebaños venideros. No siendo fácil hacer de una vez muchas emboscadas, cada una tan fuerte como los enemigos que pueden sobrevenir, bastará componerlas de pequeñas partidas de caballería, y ordenar á todos los comandantes que tomen la retirada hacia un señalado paraje donde se mantenga oculto el grueso destacamento, que vale por segunda emboscada.

Empléanse las emboscadas cuando por avisos de buenos confidentes ó espías se sabe el número de la escolta, y el día y camino de la marcha de un convoy de caballos de remonta, hombres de recluta, víveres, municiones, armas, ú otros pertrechos, como también cuando el ejército enemigo, marchando por algún atajo, envía, por el rodeo que la carretera prescribe, la artillería y otro grueso carruaje escoltado de menos tropas que las que tú puedas emboscar.

Los mismos anticipados avisos de tus confidentes facilitan coger por emboscada á un general ó príncipe enemigo que se destaque de su ejército á reconocer algún terreno ó plaza, á curarse de sus indisposiciones ó heridas, á recibir á un personaje de mucha distinción, á cazar, ó á comer en

un jardín ú otro paraje algo apartado del campo.

Si en el ejército enemigo tienes un corresponsal bastante introducido para saber y avisarte qué día, por qué camino y con qué escolta envían los enemigos á forraje, puedes formar la emboscada junto á dicho camino; pero si la distancia y la calidad del terreno lo permiten, es mejor emboscarte cerca de donde se ha de hacer el forraje, para salir de la emboscada cuando estén ya esparcidos los forrajeadores, que atacarás con muchas partidas sueltas, avanzándose tu grueso contra la escolta, que sin duda tendrán los enemigos en batalla. Siempre te habrás emboscado más lejos de lo que prudencialmente creas batirán las guardias enemigas que suelen componer la cadena, en cuyo recinto interior se forrajea.

A veces se emboscan en diferentes partes cortas partidillas de caballería, que ya divididos los forrajeadores, toquen arma una partida después de otra, para que los enemigos, temerosos de que este ú aquel ataque salga verdadero, recojan su gente, y perdiendo así el tiempo, llegue la noche primero que se ejecute el forraje, con lo cual habrán de enviar otra vez los enemigos á hacerle; y cuanto más fuere su fatiga, mayor se experimentará la flaqueza y pérdida de su caballería.

Al retirarse el ejército enemigo á cuarteles, ó al volver las tropas de estos á formar el ejército en la siguiente primavera, se pueden hacer em-

boscadas contra dichas tropas.

Las emboscadas para tomar lengua, se componen regularmente de pequeño número de la más ligera caballería en terreno llano, y de miqueletes, paisanos armados ó infantes ágiles en ásperas montañas ó país muy cortado de setos, cequias ó espesos bosques. En otra parte dije que á los prisioneros hechos para tomar lengua de ellos, no se les permita confabular, porque no te engañen con alguna noticia que entre sí concierten darte.

Las mismas partidillas se destacan á veces á la ventura, para tomar prisioneros ó pequeños convoyes de los enemigos, entre su ejército y las

ciudades ó pueblos de su mayor comercio.

Para una y otra operación es preciso que haya con las partidas bonísimos guías que sepan todos los puentecillos y arroyos, pasajes de pantanos y sendas de bosques, á fin de retirarse por caminos desconocidos á los ene-

migos.

Algunos escritores dan para las emboscadas la regla general de que haya en ellas más tropas que las que se esperan en la emboscada misma: redundante ó excesiva, y diminuta puede ser dicha regla: padecerá el primer defecto cuando los enemigos marchan por desfiladeros, en cuya salida fácilmente los batirá menor porción de combatientes.

Será falsa, por diminuta ó escasa, la citada regla, cuando los enemigos tengan, á distancia de cortarte la retirada, un superior cuerpo de tropas.

Así, en caso que la seguridad de tu retirada no se pueda apoyar á la fuerza de tus combatientes, sinó al artificio y á la presteza, tu emboscada se componga de la caballería más ligera, y del solo número que prudencialmente juzgues necesario para derrotar á la tropa enemiga, contra quien la emboscada se forme; excepto que aventajes á los enemigos en caballería, y que en el terreno de la retirada no se encuentren desfiladeros, pues entonces, aunque el conjunto de su ejército sea más poderoso que el tuyo, debes emplear en la emboscada toda la caballería; para batir á la de los enemigos que acuda; y de su infantería nunca tienen que temer embarazo en la retirada tus dragones ó ligeros.

Cuando la retirada puede ser corta y por camino áspero, la emboscada se compone de más infantería que caballería; pero si la retirada ha de ser larga y por terreno llano y descubierto, yo no querría más infantes que los que pudiese retirar en grupa la mitad de mi caballería, interin que la otra mitad, desembarazada de aquel peso, cubriese mi retaguardia.

Siendo tu idea incomodar á los enemigos con pequeñas frecuentes emboscadas, el citado Melzo aconseja que de cuando en cuando formes una gruesa, para que el general contrario se contenga en hacer destacamentos contra tus partidas.

No permitirás que en la marcha para la emboscada vayan caballos que relinchen, ni yeguas, mulas, rocines capones ó borriquillos, porque harían

LIBRO XVI. 443

relinchar á casi todos los caballos enteros. Los machos si no son capados hacen un continuo rebuzno.

Prevendrás que si del paraje donde tus tropas se embosquen parte alguna caza, no corran tras ella ni le disparen, porque este desorden que suele causar mucha gritería, ó el trueno del fusil, no hagan sentida la emboscada.

También advertirás que no se deje suelto algún caballo ó macho, porque si espantándose por un accidente se pone á correr, por él ó por el soldado ó criado que saliese á buscarle, vendrían en conocimiento de la emboscada las partidas enemigas ó paisanos que lo viesen desde las montañas vecinas.

En la Teórica y práctica de la guerra, escrita por D. Bernardino de Mendoza, y en el capítulo VI de las Reglas Militares del caballero Melzo (parte en uno y parte en otro autor), hallarás que para que los enemigos no conozcan tu emboscada por la pista ó huella de tus caballos ú hombres, cuando hayas de atravesar un poco de terreno arenoso ó de polvo, debes llevar sobre la retaguardia infantes que vayan arrastrando ramos, y si el supuesto pequeño tránsito es encima de lodo, cualquiera especie de rastros borra la huella.

Que habiendo terreno duro para marchar por detrás de las caserías, ó por dentro de los prados ú heredades ó bosques de cerca del camino, lo ejecutes.

Que procures entrar en la emboscada por paraje donde no quede im-

presa la huella.

Y que por el camino que abandones prosiga una partida que marche con mayor frente del que lleven las tropas que van á emboscarse, la cual partida se retirará por otro lado á su país, ó si es preciso que vuelva á la emboscada, comenzará la contramarcha desde algún terreno duro, y la continuará con mucho menor frente del que llevó á la ida.

Algunas veces los antiguos herraron al revés los caballos que hacían la

retaguardia.

II.—Hora y lugares á propósito para emboscadas. Avisos para las que han de durar más de un día, ó disten de tu campo más de una marcha.— No llegues á la emboscada muy antes de la hora en que discurras den los enemigos en ella, porque tengan menos tiempo de saberla, respecto de que en más horas se ofrecen más accidentes.

Como también pueden ocurrir accidentes que no te permitan fenecer la marcha en el tiempo de un regular cómputo, debes no hacer estrecha la

cuenta de las horas para el viaje.

El nombre de *emboscada* trae consigo la etimología; pues de ordinario las tropas se ocultan en los bosques, particularmente cuando son muchas, y por consiguiente no se podrían esconder en otro paraje de los que diré.

A falta de bosque se forman las grandes emboscadas en valles, haciendo otras muy chicas en las vecinas cumbres para arrestar á los cazadores, labradores ó transitantes, que descubriendo á tus tropas desde aquellas alturas pudieran llevar á los enemigos la noticia.

Como es natural que de entre muchos transitantes ó labradores alguno reconozca tu emboscada, y escape con el aviso, convendría no formarla

cerca de caminos muy frecuentados, ni de campos donde se esté labrando, segando ú haciendo otro cultivo ú cosecha; ni te fíes de que los barrancos ó bosques ocultarán bien tu gente, porque esta nunca guardará un silencio tan exacto como quisieras, y los perros que ordinariamente llevan consigo los paisanos, descubrirán la emboscada, si no se hallase más lejos de lo que los mismos perros suelen apartarse del camino á cazar.

Las pequeñas emboscadas se forman comodísimamente en las grutas de las montañas, y en los corrales de ganado ó de colmenas que en muchos

paises se hallan en terreno desierto.

Para emboscadas de corto número de tropas también sirven las caserías habitadas y el recinto de sus corrales y huertas, con tal que estas y aquellos no padezcan registro de próximas frecuentadas montañas. Supongo que de noche sorprendas toda la gente de las mismas caserías, sin permitir que salga después alguno de sus habitadores.

En país afecto á tu príncipe se puede hacer gruesa emboscada en una villa ó aldea, como el caballero Melzo dice haberlo practicado él con buen suceso en compañía del conde Enrique de Bergh, para sorprender á un destacamento de holandeses que debía marchar por junto á la aldea donde

los dos mencionados oficiales de España se emboscaron.

En los lugares de la frontera siempre tienen los enemigos algún espía, y así, aunque el pueblo donde has de formar la emboscada sea fiel á tu soberano, le sorprenderás los pasos á fin de que no salga persona alguna. Dicha sorpresa se ejecuta por una partida que adelantes de noche á rodear el lugar; y si es de día, los hombres de la partida irán vestidos de paisanos, algo lejos unos de otros, y todos ellos avanzados cuanto baste para haber cojido las necesarias avenidas primero que desde el pueblo se descubra tu destacamento.

Mientras este se mantiene en el lugar conservarás las centinelas de su circunferencia, echando luego un bando para que, pena de la vida, ninguna persona pase de las centinelas: si ellas pueden ser vistas de la campaña

estarán vestidas de pardo.

En el campanario ó torre más alta del pueblo se pondrá de centinela un oficial, que con buen anteojo de larga vista observe y te vaya avisando por qué camino y en qué número vienen los enemigos, para que te anticipes á formar tus tropas, que será en las calles no sujetas á la enfilada ó dominación de la avenida de los contrarios. Si estos saben su deber, y el lugar les tiene dada la obediencia, no pasarán cerca de él sin adelantar una partida á tomar lengua. En cáso que tu centinela del campanario avise que la partida se destaca, retira tus tropas á las opuestas calles, dejando emboscadas en los parajes oportunos las partidillas que basten para sorprender á la de los enemigos, y en la calle por donde entren estos habrá algunos de tus soldados disfrazados, para impedir que uno ú otro paisano avise á la contraria partida lo que en el lugar sucede.

Parece que tomando todas las propuestas medidas pudieras formar la emboscada en el lugar aunque fuese desafecto á tu soberano; pero si es abierto resultará difícil atajar enteramente el paso á los paisanos, en particular de noche, y áun siendo murado el lugar, no bastaría cerrar sus puertas sin tenerle rodeado de centinelas y patrullas, porque en los pueblos cerrados que no son plazas de guerra, corresponden á la campaña muchas casas,

LIBRO XVI. 415

desde cuyas ventanas fácilmente se descuelgan hombres por cuerdas. Para emboscadas de sola infantería son en extremo á propósito las llanuras cubiertas de altas mieses ó de bosque bajo, porque se ve de lejos en qué forma y número vienen los enemigos; puedes salir formado á atacarlos, y si los has observado superiores, tienes franca por todas partes la retirada, y los enemigos marcharán con más descuido en semejante sitio que en te-

rrenos quebrados ó de grandes bosques.

Cuando sepas que la marcha de los enemigos ha de ser por tierra donde se encuentre pocas veces agua, particularmente en estación calorosa, si prestare comodidad el terreno para emboscarte cerca de alguna fuente ó arroyo, te puedes prometer buen suceso, aunque te halles inferior en combatientes; pues los soldados enemigos fatigados de la marcha, se desordenarán sin duda, como todos los días vemos que en semejantes lances acontece, sin que los oficiales puedan estorbarlo, porque pretende cada soldado ser el primero á satisfacer la sed, ó á beber antes que los otros enturbien el agua, y regularmente ella misma, cavando el camino de su corriente, hace un foso que obliga á las tropas á desfilar, y por consiguiente presta la conveniencia de atacar la porción de ellas que gustes.

Bien conoció Alejandro cuánto se desordenan las tropas al beber, pues un día de verano que los enemigos le seguían, observó que los soldados fijaban los ojos en cierto río, y temiendo que rompiesen la ordenanza por ir á buscar agua, mandó publicar á son de trompeta, que aquella estaba envenenada. El hoy mariscal de campo D. Juan de Cereceda, batió con ochenta caballos y tomó enteramente prisionero á un regimiento de infantería inglesa, saliendo de una emboscada á cargarle mientras estaban los ingleses desordenados bebiendo en un arroyo que hallaron sobre su camino cerca de Alicante.

La agua de los gelbes costó la vida á 4,000 españoles, que yendo á buscarla dieron en una emboscada de los moros, año de 1510.

Si te has de mantener en la emboscada más de un día, la formarás en paraje donde se encuentre agua, porque no se descubran tus soldados al salir á buscarla.

Anibal en el alto que hizo á esperar la noche para proseguir la marcha en que iba á sorprender á Taranto, eligió paraje oculto á la orilla de un río.

Faltando el agua donde se hallen todas las demás ventajas del terreno para la emboscada que haya de durar más de un día, recurre á los arbitrios propuestos en el décimo capítulo del sexto libro, con los cuales tendrán agua bastante las tropas, especialmente si la emboscada no consta de mucha caballería.

De cebada, pan y carne cocida, ó queso, no hay dificultad en provisionar las tropas de la emboscada para el tiempo que ha de durar la expedición, inclusa la retirada.

À falta de terreno á propósito para esconder todas las tropas necesarias contra las que puedan sobrevenir á recobrar las que sorprendas en la emboscada, dejarás oculta la infantería dos ó tres leguas más atrás de donde tu caballería se embosque, y sobre el camino por donde esta se ha de retirar, pues la infantería enemiga que haya marchado hasta allí, no podrá continuar al paso de la tuya descansada, y si la caballería contraria se destaca, será batida de tus dos cuerpos.

III.—En cuanto à reconocer las inmediaciones de la emboscada y colocar en esta sin confusión las tropas. Dicese qué centinelas ha menester una emboscada y con qué órdenes. Partida para cojer à los que la descubran. Razón para que las tropas se mantengan despiertas.—El caballero Melzo quiere que antes de romper la formación para entrar en la emboscada ó de arrimar las armas en esta, se reconozca bien si hay otra

de los enemigos en aquella cercanía.

Para ver á los enemigos venir ó para observar cualquiera otra novedad, ya se sabe que pondrás centinelas en parajes de donde hacia todas partes descubran terreno bastante; pero porque no se perciba de lejos el color sobresaliente que de ordinario visten los soldados, ó el resplandor de sus armas ó de los botones de metal, dichas centinelas tomarán vestidos pardos ó verdes sin otra divisa; tendrán los fusiles puestos á tierra, y ellas mismas se ocultarán entre las ramas ó maleza del monte, pues un hombre en la cumbre de una colina pelada se ve contra la claridad del horizonte de más de un cuarto de legua. En defecto de terreno elevado, puedes colocar las centinelas en la cima de árboles bien frondosos, ó detrás de un poco de broza trasportada.

Si el paraje oportuno para las expresadas centinelas fuere tan lejos de la emboscada, que los avisos de las primeras no puedan ser oídos, ni venir un soldado á traerlos sin peligro de mostrarse al atravesar algún descampado, habrá entre la emboscada y las centinelas otras repartidas á pequeños trechos, y todas bien escondidas al favor de barrancos, peñas, ó broza, para que de una en otra centinela pase la noticia que dieren las más avanzadas.

Porque no te confundan con oscuros ó encontrados avisos, querría yo que en tales centinelas empleases oficiales, sargentos ó cabos de escuadra inteligentes. Sobre todo es preciso que lo sea el de la centinela avanzada, digo de la que más descubre, pues tal vez estará en alguna montaña de

hacia la retaguardia ó costado.

Las centinelas dejen pasar á cualquiera que vean no haber descubierto la emboscada ni á ellas, pero arresten á los que parezca advirtieron una ú otras, y si no pudieren conseguirlo, avisen luego para que se emplee una de las partidas que dirá el párrafo que sigue. Lo mismo si algún desertor escapa por en medio de dichas centinelas.

En la izquierda, centro y derecha de tu emboscada tendrás tres partidillas de ligeros prontos á correr sobre los desertores que las centinelas avisen haber salido de la emboscada, ó contra los paisanos que las mismas

participen que la descubrieron.

Los soldados de estas partidas estén á prevención vestidos de paisanos, para que si algún otro los descubre de lejos, los crea ladrones, cazadores

ó pastores.

No salga contra los desertores ó paisanos más número de soldados que el preciso á proporción de aquellos, y al retirarse estos á la emboscada cojan un razonable rodeo, para que el paraje de la emboscada quede menos sospechoso á partidas ó paisanos de los enemigos que observaren á las tuyas.

De noche, que pueden sobrevenir los enemigos de un momento á otro, y de día, luego que las centinelas avisen que los descubren, harás que estén despiertas las tropas todas, pues como ya dije en otro libro, no se ha-

llen capaces de entender y ejecutar las órdenes los soldados que acaban de salir del sueño con el susto de una alarma.

En la emboscada que por la noche se formó á nuestros enemigos cerca de Mora de Ebro el año de 1710, hubo la negligencia de tolerar á las tropas emboscadas que durmiesen; hallándose en aquel estado poco antes de amanecer, se soltó un caballo de don José Miranda, entonces capitán de granaderos del regimiento de Asturias, y apenas se puso á correr por el campo, que despertándose los soldados con el susto de tal rumor, unos gritaron à las armas, otros disparaban sin saber adonde, otros huían y muchos se tomaron entre sí por enemigos; de forma que la emboscada fué descubierta antes de tiempo y se malogró enteramente.

IV.—Para cuando la dificultad principal de transitar un río consista en la rapidez ó profundidad de su agua y no te halles con puentes ni barcas de fuerza bastante para el trasporte de la caballeria. Forma y razón de que no se mojen los infantes en el ordinario pasaje de charcos ó pequeños ríos.—Cuando la principal dificultad para el tránsito de un río consiste en su mucha profundidad ó corriente, si no te hallas con los pertrechos necesarios para construír un puente, ó si la rapidez excesiva de las aguas no le permite, busca una porción del margen, por tras del cual sea la tierra más baja que el río, y cortando allí la orilla, después de quitar los estorbos que el terreno siguiente ofrece á su nuevo curso, extraviarás el agua necesaria para poder atravesar por más abajo el antiguo lecho, cuya diligencia, no bastando en un paraje solo, ejecutarás en diferentes.

Cesar facilitó por este medio el vado del Segre, no obstante que estaba á su vista el enemigo ejército de Afranio.

En caso que las circunstancias desventajosas del terreno impidan quitar al rio tanta agua, que áun quede sobrada para el tránsito de la infantería, pueden tus ligeros y dragones pasar en grupa los infantes, para lo cual importaría tener enseñadas las tropas; pero si el peligro de que sobrevenga fuerza de enemigos no deja lugar á tantos viajes como la caballería necesite para pasar al otro márgen del río todos los infantes, y si para el tránsito de estos conserva sobrada rapidez el río, pondrás á la parte superior de los vados algunos escuadrones de caballería, que, bien cerrados, se mantengan firmes para que se rompa en ellos la fuerza de la corriente, mientras por más abajo atraviesa la infantería.

Así pasó César la Loire contra el ejército de Litavíque, y don Raimundo de Cardona el río Brenta contra los venecianos.

Convendrá que de tiempo en tiempo se suspenda el pasage de la infantería y se retiren por breve rato dichos escuadrones, para que se evacúe el agua represada por ellos antes que llegue á quedar vencida la resistencia de los mismos.

Algunos escritores, y entre ellos Vegecio, quieren que haya también escuadrones firmes á la parte inferior de los vados, para que el infante á quien arrebatare la corriente, se detenga y recobre en ellos: fué practicado este arbitrio por muchos generales; pero me parece que si la porción inferior del vado se embaraza con la caballería, parará más agua en él, y será por consiguiente menos practicable el trecho de entre escuadrones de arriba y de abajo; con que discurro que tal partido convenga sólo tomarle cuando

la dificultad consista en la fuerza de la corriente y no en la altura del agua, ó bien la fila de caballería que se poste más abajo del vado de los infantes, no se doblará tanto que impida el paso á las aguas. Creo que lo mejor es en lugar de dicha fila, atravesar cuerdas aseguradas en ambos márgenes del río con buenas estacas, y sostenidas en el medio con barricas vacías y bien calafeteadas para que la cuerda no se afonde cuando se agarren de ella los infantes que fueren arrebatados por el agua, y de la misma cuerda penderán otras muchas que lleguen al río, y tengan pedazos de madera atados en sus puntas, á fin de que los referidos soldados más fácilmente las vean y se puedan asir de ellas.

Cualesquiera tropas que vadeen un río fuerte, lleven todo el frente que el vado permita, y vayan bien cerradas de costado á costado, para poder así resistir mejor á la violencia de la corriente, para pasar con más brevedad, y para hallarse ya dobladas á medida que fueren saliendo á la otra orilla.

Las tropas de la casa real de Francia, el año de 1672, pasaron el Rhin cerca de Tolhuis (más á nado que á vado) formadas con bastante frente para vencer, sostenidas unas de otras, la rapidez del agua, y después la contradición de los holandeses, mandados en el margen opuesto por el general Wurts, que no pudo estorbarlo, á causa de la prontitud con que se pusieron al otro lado los franceses.

Alejandro, pasando el Tigris, mandó á sus soldados que fuesen asidos unos á otros, para que la corriente no pudiese llevarlos.

De vanguardia á retaguardia no marchen por el río los escuadrones ó batallones tan inmediatos unos á otros, que deteniendo sobrado la corriente hagan mayor el peso de las aguas.

La mejor forma de tomar los vados es cortando un poco hacia arriba, cuando por buscar el bajo fondo no sea conveniente romper esta regla; pues á veces el río tiene bancos de arena que van serpenteando, en cuyo caso es necesario seguirlos.

En todo este capítulo voy suponiendo á tu ejército falto de puentes y de barcos de tamaño á propósito para trasportar la caballería al otro margen de un río, y tal vez no podrás vadearle, porque la profundidad de su lecho y la disposición del terreno vecino á sus orillas, te dificulten los arbitrios hasta aquí propuestos: ni pasarle á nado tu caballería con sus hombres encima, por ser grande la corriente, mal accesible la salida, ó por no hallarse tus soldados prácticos de semejante operación.

En este caso te servirás de pequeños bateles, y en su defecto de armadías ó balsas, de las cuales puedes construír muchos centenares en un día; pues consisten sólo en maderos ó cañas de árboles juntas y atadas por los dos extremos con cualquiera cuerda (ó con ramas torcidas) y sostenidas por otros leños, que las atraviesan por debajo, y se aseguran con tornos de madera, ó con más cuerdas. A veces se les guarnece otro palo, hecho á manera de remo, para que sirva de timón; pero lo mejor es atarles á la proa una larga cuerda, cuya punta pasan el río algunos soldados que sepan nadar, y otra semejante cuerda se liga á la popa ó parte de atrás de la armadía, con que esta va al lado que se quiere, y vuelve tirada por dichas cuerdas.

Concluídas pues las diligencias expresadas, se ponen sobre las armadías los soldados con sus armas y sillas, y los caballos se llevan á nado del diestro por largos ronzales. Supónese que si hay algún riesgo de enemigos,

LIBRO XVI.

ya esté del otro lado la infantería que cubra el pasaje de la caballería; y de infantes pueden caber muy bien cuarenta en cada balsa ó armadía.

Así pasó el Tanais Alejandro con todas sus tropas, no obstante la oposición del ejército de los Scitas; y Aníbal el Ródano, que le disputaban los galos, habiendo hecho pasar furtivamente un destacamento á las órdenes de Annon Bomilcar, veinte y cinco millas más arriba, el cual destacamento vino á cargar á los galos en espalda, mientras Aníbal solicitaba forzarlos por el frente desde las armadías y barquillos, en que llevaba sus soldados, con los caballos á nado tirados por los ronzales.

Sancho Dávila, maestre de campo general español, no teniendo, año de 1580, otra forma de atravesar con su caballería el Duero contra las tropas de don Antonio de Portugal, la pasó á nado, llevándola del diestro los soldados, que iban en pequeños barquillos.

Don Bernardino de Mendoza dice que sobre pequeños ríos se atraviesen carretas, por encima de las cuales pase la infantería; y el mariscal de Monluc refiere que la del ejército de Francia, en que él servía, pasó el Pó de esta forma. Ya veo que el caso no pide mucho discurso para el expediente; pues también puede pasar la infantería en grupa de la caballería, ó en puentecillos construídos por algunos gastadores, que adelantes; pero traigo el dictamen de Mendoza para mostrar que no debes, sin necesidad, meter á tus infantes en los arroyos ó ríos; respecto de que (á más de estropearse el calzado y ropa) mojándose cuando se hallan sudados por la fatiga de la marcha, enferman en grande número; y así es menos costoso recurrir á uno de los propuestos arbitrios.

V.—Precauciones para que atravesando el río tu vanguardia no se cierre el paso á tu retaguardia; y para evitar la confusión, particularmente con el bagaje, y de noche. Aviso para cuando haya diferentes vados.—Cuando por una lluvia, que prosigue, ó porque las nieves de los vecinos montes continúen á deshacerse, va creciendo por instantes el río, no te empeñes en pasarle, si conforme al caudal que lleva, no estás cierto de poner al otro lado (antes que se cierren los vados) todo el ejército, artillería, municiones y víveres que discurras precisos para la defensa y subsistencia del ejército: se entiende cuando hay riesgo de que sobrevengan enemigos que ataquen la porción de tropas que haya pasado, ó que les corten los víveres y forrajes de la otra parte del río.

El Melata, capitán de los venecianos, se vió en gran riesgo de perderse, porque habiendo pasado el Adda con porción de su ejército, el río creció con las lluvias de suerte, que cuando sobrevinieron los enemigos á atacar la vanguardia de Melata, cerrado ya el paso á su retaguardia, la primera no halló más forma de salvarse que echándose á nado á repasar el río.

Si hubiere diferentes vados á tal distancia unos de otros, que puedan recíprocamente socorrerse las tropas que pasaren por ellos, en caso que los enemigos las carguen, reparte el ejército en tantos cuerpos como son los vados, para que transitando por todos á un mismo tiempo, se hallen las tropas con más brevedad en el opuesto margen. Lo mismo digo al pasar por desfiladeros.

Así lo ejecutó Carlos V de Lorena, año de 1677, pasando la Seille con el ejército imperial en seguimiento de los franceses; y el rey Antioco de Siria, atravesando el Tigris contra el ejército de Molon, se dividió en tres cuerpos, que por tres diferentes parajes pasaron al mismo tiempo.

Digitized by Google

En el tránsito de un río siempre será mayor la confusión, que en una marcha regular; con que resulta más precisa alguna sobra de día; y así cuando no creas tener el suficiente para concluír la operación, suspéndela hasta la mañana que sigue.

Exceptúase tal regla, cuando sepas de fijo que no perdiendo tú el tiempo, no pueden llegar á oponerse los enemigos, que se hallen á distan-

cia de acudir en el espacio de un día más.

David pasó con su ejército de noche el Jordán; porque si esperaba para el día siguiente, había riesgo de que llegasen á cargarle las tropas de Absalón, muy superiores en número.

Supongo que también pases de noche, si no hay peligro de considerable oposición de los enemigos (ni de que en el dificultoso vado se ahogue más gente que de día) cuando en la tardanza se ofrezca mayor inconveniente, que el de la confusión ocasionada por la oscuridad, como sería mal

lograr una sorpresa, emboscada, socorro, etc.

Al pasar un río, prevendrás que ningún oficial, soldado, ni criado del segundo regimiento entre en el puente ó vado, hasta que esté ya en él todo el cuerpo que le precede en el reglamento de marcha, y así de los demás; pues una vez interpolados (especialmente de noche) habría grandísima confusión y dificultad para volver á dividirlos y formarlos: por cuyo motivo los coroneles y capitanes cuidarán mucho de que se observe la expresada orden, y el posible silencio; siendo inevitables los desórdenes en el grande rumor.

No se dejen acercar al río los equipajes, ni vivanderos, hasta que todas las tropas le hayan atravesado; pues cada oficial querría que sus cargas fuesen junto á su regimiento, y entre machos que se caen, carros que se rompen, y criados que gritan, es todo embarazo, desorden y confusión para

el tránsito de las tropas.

A fin de que se observe lo prevenido en los anteriores puntos, manténganse en la entrada y salida del puente ó vado, los oficiales generales de día, ú otros de mucho grado, mientras aquellos van formando las tropas á medida que desembocan del puente ó desfiladero, y apartándolas hacia el frente ó costados lo que baste para que estorben el paso á las demás.

Si hay diversos puentes y vados, es mejor destinar uno al bagaje, des-

pués que hayan pasado las tropas suficientes á cubrirle.

Jerjes primero, al atravesar ciertas aguas con su ejército, para que no se mezclasen tropas y bagaje, hizo pasar este por un puente, y aquellas por otro.

VI.—Para evitar la contradicción de los enemigos, que se hallen á la otra parte de un río que medites vadear con tu ejército, ó pasarle con la infantería en barcos, y con la caballería á vado ó á nado. Dícese qué tropas tuyas deben atravesarle primero, conforme á las circunstancias del terreno, que medie entre ellas y los contrarios. Ventaja que se puede sacar de un desfiladero que haya en tal puesto, y forma de caer sobre el enemigo ejército, que tenga gente destacada á observar tu finjida marcha.

—Para pasar un río, al otro lado del cual estén los enemigos, si á algunas leguas de su campo fuere dicho río vadeable, ó bien si tuvieres forma de conducir al puesto por donde intentes pasar (sin que los enemigos lo entiendan), las barcas ó armadías suficientes á poner de la otra parte, en una

noche, toda la infantería, siendo el río por cerca de aquel paraje practicable á la caballería, harás marchar, después de anochecido, y con algún rumor, por el margen del río (hacia arriba, por ejemplo), todo tu bagaje con razonable escolta, y por el mismo río arriba tal cual embarcación, cuyos remos darán los marineros á sentir en el agua.

Poco después marcharás con grandísimo silencio, y desviado del río, con el resto de las tropas hacia abajo; cuando estés en el premeditado lugar, que será bastante lejos de las últimas guardias enemigas, pasarán con mucha diligencia las tropas á vado, ó en los barquillos ó armadías que ha-

yas hecho trasportar.

Así pasó Labieno el río Sena, burlando al ejército de Camulogene, que en vano procuró observarle.

Para que no se anticipe algún desertor ó espía con la noticia de lo que dispones, y del paraje á que marchas, solamente sabrán tu designio los ofi-

ciales generales, que debas emplear en la operación.

Convendría elegir paraje que á la otra parte del río tenga, sobre la avenida de los contrarios, estrecho preciso desfiladero, para que ocupándole las primeras tropas de tu ejército, que pasen, puedan (ínterin que llega el resto) aguantar contra la caballería enemiga, que sobre la noticia de tu verdadera marcha, será la primera que se acerque á disputar el paso del río; y cuantos más desfiladeros hallen los enemigos en su camino, más tardarán en ejecutar su marcha.

Comín Ventura, en su discurso para excitar á rebelión el país de los turcos, dice que el desembarco se haga en lugar áspero; porque la fuerza principal de aquellos infieles consiste en caballería, que vendría luego á oponerse, y no se podría manejar en semejante puesto.

Aunque no haya el desfiladero expresado, si el terreno de la otra parte del río es cubierto de bosques, ó cortado de cequias, setos, murallas de jardines ó barrancos, pase primero tu infantería; pero si fuere país llano, atraviese antes el río la caballería.

Cuando haya pasado todo el ejército, si tu ánimo es atacar al de los enemigos, adelanta hacia ellos el camino que puedas, antes que amanezca; porque el día no les haga conocer cuál es tu grueso; pues hasta entonces le creerían, acaso, con el bagaje que han sentido marchar por la orilla del río arriba, y naturalmente habrán destacado, á observar aquella marcha, buena porción de tropas, que les harán falta, si los combates primero que las reincorporen.

VII.—Furtiva manera de confluir un puente sobre río, cuya opuesta orilla guarde el enemigo ejército. Advertencia para en caso que los contrarios tengan un puente ó vado sobre el mismo río.—Si el ejército de los enemigos campa á la opuesta orilla del río, sobre que deseas echar un puente, prevendrás porción de barcas de tela, ó de maderos y cuerdas para formar las balsas ó armadías, cuyos pertrechos, y faginas, piquetes, mazos, estacas ó palizadas con sus tornos, listones y agujeros, palas, azadas, picos, azadones, cestillos y marrazos (el todo cargado sobre carros ó bagajes) saldrán por la noche de tu campo, ó de la plaza, ó lugar en que se hallaban; y marchará tal convoy con el posible silencio, y siempre lejos del río, para

que no sientan algún rumor las guardias, patrullas ó batidores, que sin duda tendrán los enemigos cuatro ó cinco leguas por cada costado. El paradero del convoy referido sea frente á un señalado puesto, en cuyo contrario margen haya alguna montaña fácil de defender, por su pequeñez y aspereza. En derechura á ella se descargarán y armarán los barquillos de tela, y se formarán las armadías, cuyos palos pueden ir, á prevención, ya unidos hasta la anchura que permitan los carros. Sobre armadías y barcas, y con los mencionados pertrechos de gastadores, pasará á fortificar la montaña, península ó terreno ventajoso, un destacamento de escogida infantería, que con dos ó tres ingenieros haya salido de tu campo ó plazas, á hora competente para llegar al mismo tiempo ó antes que las barcas y mas pertrechos. Luego que el destacamento esté al otro lado, se fortificará con la dable celeridad, para hallarse de todo punto cubierto antes que sobrevenga superior fuerza de enemigos; pues al favor de aquel puesto retrincherado, no habrá dificultad en construír el puente, con especialidad si después de acudir el grueso de tu ejército, pone en obra parte de las diligencias que dictará el capítulo octavo.

César hizo à un destacamento suyo pasar el Segre sobre pequeñas barquillas, que tenían el fondo de madera muy ligera, y los costados de mimbres cubiertos de pieles; las cuales barcas trasportó César en carretas hasta cierto paraje de la orilla del río; y ocupando el destacamento una montaña, que habia del otro lado, César construyó por allí su puente, sin que se lo pudiese impedir el vecino ejército de Afranio.

El grueso de tu ejército, si el de los enemigos está firme, no se mueva hasta que discurras á tu destacamento retrincherado; porque los contrarios, marchando á observarte, llegarían más presto á incomodar el trabajo del destacamento; pero tendrás al ejército pronto á descampar, si los contrarios, con la noticia del pasaje del mismo destacamento, encaminan á aquel puesto.

Para ejecutar con tu ejército un viaje más breve, que el de los enemigos, convendría que hubieses elegido terreno, donde el río forme un gran recodo hacia el éjército contrario entre este y tu destacamento, pues así

los enemigos irían por la circunferencia, y tú por el diámetro.

En lugar de hacer de noche el destacamento referido, y de conservar tu ejército campado, puedes marchar con este de día, y dejar oculto el destacamento, que ejecute la propuesta operación cuando el ejército enemigo se haya alejado, como es natural, para observar los movimientos del tuyo; pero porque siempre los contrarios enviarán en barcas, á vado, ó á nado alguna partidilla que reconozca las cercanías de tu pasado campo, la emboscada se postará lejos del río, y no por el camino de tu marcha, pues tal vez la partida enemiga seguirá el mismo, para continuar la observación, particularmente si cerca del propio camino hay vados, por donde pueda repasar, en caso que la cargues.

De las necesarias precauciones para las emboscadas trató el primer discurso de este libro, y en otra parte dije que, para que los enemigos no conozcan faltar de tu ejército un grueso destacamento, lleves la marcha clara, y el mismo número de banderas y estandartes que si no tuvieses algún

cuerpo destacado.

El dialoguista del Gran Capitán refiere el modo con que César pasó un río contra el ejército de

Vercingentorix, habiendo hecho al largo del mismo río algunas marchas, en que su enemigo le iba observando por el opuesto margen, hasta que hallando César un terreno cubierto de bosque, se campó en él; y poniéndose al día siguiente en marcha, Vercingentorix ejecutó lo mismo, por ver que se movían todas las legiones romanas que los días antecedentes; pero de cada una había dejado César emboscadas tres cohortes con orden de que, en apartándose el ejército enemigo, echasen un pequeño puente sobre el río, y se fortificasen del otro lado. Así lo hicieron, y entonces contramarchó César á pasar el río por aquel paraje.

También puedes hacer todo el aparato de querer forzar un vado, ó construír un puente, para detener en aquel puesto la atención y la fuerza de los enemigos, mientras por otra parte pase el destacamento de que se ha discurrido.

Gustavo Adolío de Suecia, procurando pasar el Lec, en cuyo contrario bordo se hallaba el ejército imperial, mandado por el conde de Tilly, finjió querer forzar por aquella parte el paso, batiendo con setenta piezas el bosque donde los imperiales campaban; y mientras estos emplearon allí su cuidado, atravesó el río por otro puesto un destacamento de Gustavo, se retrincheró antes que se apercibiesen los alemanes, y construyó un puente, por el cual todo el ejército sueco pasó al otro lado.

Observa que si los enemigos tienen sobre el río puentes, por donde puedan venir á buscarte, ó accesibles vados, es preciso que después de hacer tu destacamento, queden tropas bastantes en tu ejército para sostener una batalla, que los enemigos te darían, cuando por sus espías, ó tus desertores les llegase la noticia de que te hallas sin las fuerzas del expresado destacamento.

. Judas Macabeo, capitán de los israelitas, sabiendo que Georgías se había destacado con seis mil hombres del ejército de Lisias para venir á sorprender el suyo, ó á ponerle en medio, marchó por otro camino á cargar el grueso de dicho ejército de Lisias cerca de Emaus; y le derrotó antes que Georgías tuviese tiempo de llegar al combate.

VIII.—Cita de pasajes de ríos navegables, y sobre las reglas y medidas para la construcción y trasporte de puentes. Dicese cómo puede echarse uno á vista de los enemigos, y la forma de asegurarse las tropas, que le pasan, exclusivamente hasta salir de la linea que construyan — Tengo por muy difícil, y de gran costa de sangre, el echar un puente á vista del ejército contrario; pero si las circunstancias del terreno te quitan cualquier otro arbitrio, empieza por sentar copiosas baterías en la orilla que ocupa tu ejército, y en paraje que domine al opuesto margen del río, construyendo (á falta de algún sitio elevado) caballeros bien altos, donde coloques dichas baterías; y retrincherarás al bordo del río gran porción de infantes, que disparen continuamente sobre los enemigos, que del otro lado se acerquen; pero te será ventajoso amenazar un puesto, y comenzar por la noche á trabajar en otro, á fin de que, ganando tiempo, cubras tu infantería y cañones primero que los contrarios; porque sinó, haciendo estos la propia maniobra, no tendrías más derecho de apartarlos de su orilla de río, que ellos á tu ejército de la tuya.

Alejados por tu fuego los enemigos, fabricarás el puente con los reparos posibles de entre los que voy á expresar, para que tus trabajadores se cubran contra el fusil y cañón de los enemigos, que no dejarán de fortificarse con la mayor proximidad que la dominación de tus baterías y mamposterías permita. Puedes también, antes de comenzar el puente, enviar en barcas á la otra parte del río buen destacamento de escogidos infantes, que, á más de sus armas para defenderse, lleven instrumentos para cubrirse acalorados de las expresadas mamposterías y baterías de tu costado. Ya se sabe que para que una tropa se retrinchere con más prontitud que la ordinaria, va prevenida de gabiones, cubas, saquillos de tierra, sacos de lana, candeleros, salchichones con que llenarlos, y pedazos de palizada de á cinco ó seis estacas ya clavadas en su cinta, ó través.

Para la propuesta operación sería conveniente un sitio donde el río hiciese una entrada, ángulo, ó porción de círculo hacia tu ejército, y que fuese por allí angosto el río; con lo cual tu fusilería y cañones flanquearían el contrario bordo, en que tu destacamento se fortifica; y una vez que lo

consiga, no hay dificultad ni riesgo en echar el puente.

Casi con todas las mismas prevenciones hechas aquí, y en el párrafo que sigue, construyó un puente sobre el río Garellano el marqués Francisco de Mantua, general del ejército de Luis XII de Francia, estando al otro lado las tropas del rey Católico, mandadas por el Gran Capitán, año de 1503.

El caballero de la Valiere difiere poco de mi opinión para en el caso arriba expresado, y añade que después de hecha de la otra parte del río una media luna, construyas un hornabeque; y que de la ala de este saques una línea, que termine en otro, para que en el espacio de los dos hornabeques, y en el que dejares entre la línea y el río, se vayan acomodando las tropas sin el riesgo de ser atacadas al descubierto, antes que hayan pasado todas. Previene asimismo la Valiere que si los enemigos cargan á tus trabajadores, estos se retiren á los fosos, hasta que apartados aquellos por el fuego de la porción de obra que estuviere ya concluída, vuelvan al trabajo, que desde el otro margen sostendrás, alargando baterías hacia donde la línea camine.

Todo lo que dice la Valiere, me parece muy bien discurrido; y advierto que si temes que los enemigos lleguen á cargar los trabajadores, y á su escolta, por entre el río y la línea, antes que esta se halle fenecida, conviene (á cada 500 ó 600 piés) tirar desde la misma línea al río un través, ó construír un reducto, que sirva de cortadura.



LIBRO XVII.

GUERRA DEFENSIVA.

I.—Sobre combatir en tierra, ó en mar, á enemigos ultramarinos, cuando te dispongas á la defensiva Propónense varias diligencias para en cualquiera de los dos casos.—En caso de que los enemigos, para hacerte la guerra, necesiten de conducir por mar sus tropas, determinarás combatirlos en mar, ó en tierra, según conozcas en tu armada naval, ó en tu ejército, mayor superioridad en la calidad y número de bajeles ó de tropas, en el coraje y disciplina de estas ó de tus marineros, y en la fortuna ó desgracia, que en precedentes funciones han experimentado tus armas y las enemigas en combates navales ó terrestres.

Adherbal, jese de una armada cartaginesa, viendo que el cónsul P. Clodio iba á embestir á Trapana, llevando por mar las tropas; y siendo los cartagineses, en aquel tiempo, más versados que los romanos en combates marítimos, determinó Adherbal atacar en el viaje á Clodio, y le deshizo.

Culpa justamente Plutarco á Marco Antonio de que, siendo su armada naval peor equipada, menos aguerrida, y por consiguiente más débil que la de Octavio Augusto, hubiese querido combatir en mar y no en tierra; de cuyo mal consejo le resultó la pérdida de la batalla naval de Actium, que fué seguida de la conquista del país, y de la muerte del mismo Antonio, quien, según observa el citado Plutarco, debiera, por las razones dichas, evitar el combate marítimo, y solicitar en tierra una batalla, para la cual tenía muchas y buenas tropas ejercitadas en su profesión, y animosas de haber triunfado recientemente de los partos.

Puede moverte á combatir, más presto en mar que en tierra, ó al contrario, la consideración de si, en caso de ser derrotado, tendrás más facilidad en reemplazar la armada naval, ó el ejército; y por otro lado pesarás con prudencia si las resultas de una victoria tuya en tierra serán mayores que las de una gran batalla marítima; ó si los enemigos disfrutarán consecuencias más útiles de la derrota de tu ejército, ó de la de tu armada.

Quien para la defensiva practica el expresado arbitrio de superior naval armada, logra la ventaja de librar á su país de los estragos que la guerra causaría dentro de él, y de las inteligencias, que al favor de un pode-

roso ejército, cultivarían los enemigos en sus pueblos.

El peor partido tuyo sería compartir entre armada y ejército los hombres, municiones, víveres, armas y dinero, de forma que en cualquiera de las dos fuerzas quedases inferior al enemigo; antes bien te esforzarás á suplir del uno de los cuerpos al otro cuanto baste para ponerle igual ó superior á los contrarios, lo cual no es difícil; pues el dinero, víveres y parte de municiones, tanto se acomodan á un ejército, como á una armada. Para las faenas de sobre cubierta los soldados de quince días de embarco hacen

lo mismo que los marineros; y estos incorporados, á razón de ocho ó diez por compañía, deben seguramente valer más que otras reclutas; pues ya están habituados al peligro de la guerra, y al manejo de las armas. Bien conozco no volver á cuenta gastar con un hombre, que hace la figura de infante, la gruesa paga que devenga de marinero; pero supongo que la incorporación propuesta sea por el poco tiempo, que medie entre resolver y dar una batalla á los recién desembarcados enemigos.

Cneio Cornelio Scipión, comandante por los romanos en España, había resuelto atacar al cartaginés ejército de Asdrúbal antes que se juntase con las tropas, que debía desembarcar Amilcar; pero habiendo averiguado que los cartagineses se hallaban más fuertes en la tierra que en mar, cambió de dictamen; y embarcando sus mejores tropas sobre las naves romanas, atacó cerca de los alfaques de Tortosa á la armada naval cartaginesa, de quien obtuvo completa victoria.

Viendo Themístocles imposible que su república Atenas formase un ejército de tierra bastante numeroso para oponerse al de los persas, aconsejó que se aplicasen todas las fuerzas á la armada naval, para combatir á la persiana; y practicado por los atenienses el dictamen de Themístocles, este derrotó á los persas en las aguas de Salamina.

Los ejércitos de los antiguos peleaban indiferentemente en mar y en tierra, y los romanos tanto reclutaban su marinería tierra adentro, como en las costas; veraslo en repetidos pasajes de Tito Livio y de Polibio; ni encuentro dificultad en tal método; pues en el tiempo que un paisano de recluta se enseña á infante ó dragón, se enseñaría á marinero, hallando en su navío un pié de veteranos, como le halle en un regimiento. Aquí se confunde mi ignorancia, viendo que nuestra España llora continuamente la falta de marineros, cuando, según los motivos y ejemplares dichos, parece le sería tan fácil tener marineros como soldados, reclutando aquellos no sólo en las costas, sinó en todos los reinos.

Aunque el puerto de la asamblea de los enemigos esté cerrado, y sus escuadras de guerra incorporadas, si te hallas superior en armada naval, envíala delante de dicho puerto; porque si esperases á los enemigos en tus costas, ó bordeando en alto mar, tal vez evitarían el encuento de tus naves; y ejecutando el desembarco donde menos pensabas, se retirarían los contrarios bajeles á sus puertos, especialmente cuando la extensión de tu costa ofrece comodidad para el desembarco en muchos parajes apartados unos de otros.

Puede también ofrecerse que los enemigos hayan de atravesar precisamente algún estrecho de mar, á fin de que se incorporen los diferentes convoyes, que formaron en varios puertos para componer el grueso de flota que ha de ejecutar el desembarco. En tal caso convendrá que la tuya espere en aquel estrecho, ó en sus vecindades, para dar caza á las escuadras enemigas que se vayan presentando antes de la referida unión, particularmente si cerca del mencionado paso tienes, más próximos que hacia á los puertos del armamento contrario, otros surgidores de país neutral ó amigo, donde se recobren tus naves de alguna fuerte borrasca, que las obligue á dejar el puesto que guardan.

Andrea Doria, sabiendo que se preparaban los turcos al sitio de Cádiz, para el cual precisamente habían de pasar el Estrecho de Gibraltar, los aguardo en este con la armada española; y presentándose la de Argel en aquellas aguas, Doria la deshizo primero que se le incorporasen las otras naves turcas, y así los infieles desistieron de la empresa.

No há muchos años que empeñándose cierto ministro inglés en sostener los políticos motivos de su nación para no restituír à Gibraltar, me dijo, con el calor del argumento, ser la principal máxima impedir desde allí la unión de las escuadras que para alguna empresa armasen franceses y españoles en el Mediterráneo y en el Océano.

Si las tormentas obligan á tu armada á desamparar el puesto que guardaban, debes temer que los enemigos aprovechen aquella ocasión para ponerse á la vela; y así el general de tus naves no pierda tiempo en recobrar dicho puesto luego que el viento lo permita; y si halla que ya el enemigo convoy se puso en viaje, procure alcanzarle; pues si le derrota después que haya echado algunas pocas tropas á tierra, estas son perdidas; y si le combate cuando las tiene todas á bordo, los soldados y géneros embarcados causarán á los enemigos grande embarazo y tardanza para el manejo de velas y armas.

Semejantes consideraciones movieron al cónsul C. Lutacio á atacar la armada cartaginesa mandada por Hannón, antes que ella ejecutase un desembarco en Lilibeo, y la derrotó fácilmente.

Cuando sean dueños del mar los enemigos, y en tu costa se encuentren algunos pocos surgideros precisos á las naves contrarias para abrigarse en los continuos viajes que harían desde que su ejército se hallase en tu país, fortifica los cabos ó costa, de que estén dominados los expresados surgideros; pero si prevés que te faltará tiempo ó dinero para fenecer aquellas fortificaciones, ó gente para defenderlas, procura cerrar los surgideros con viejas embarcaciones cargadas de piedra, y afondadas, ó haciendo desembocar en ellos arroyos, que embaracen la boca del puerto con la tierra que arreatan de las vecinas heredades cuando salen de madre los arroyos. El último arbitrio exije años; y así vale sólo para practicado muy de antemano. El otro se pone con gran facilidad en ejecución en puertos á donde no se entra más que por un canal, que no sea muy ancho.

Los atenienses, después que, batidos por Lisandro, perdieron el señorio del mar, cerraron sus puertos, para que no sirviesen á sus enemigos los lacedemonos.

A vista de un retrincheramiento guarnecido y artillado, supongo no se hallen enemigos tan temerarios, que intenten un desembarco, particularmente si el retrincheramiento es á prueba de cañón, con un foso delante, para que no se monte con facilidad, v poco elevado el parapeto, á fin de mostrar menor objeto á la mucha artillería de los enemigos, y volver más eficaces tus horizontales tiros. Supongo espaldado el retrincheramiento en el flanco por donde al favor de alguna ensenada de mar pudieran las embarcaciones enemigas enfilarle, y discurro asimismo que entre el retrincheramiento y el agua se deje el menor espacio que las circunstancias del terreno permitan, para que sean más rasantes los golpes de tu artillería, como para que los enemigos no tengan comodidad en la formación.

A fin de que hombres y caballos estén á cubierto del cañón enemigo, sin suponer al mismo una grande elevación de parapeto, se toma para este, porción de tierra de la interior parte inmediata; y las tierras, que sobran

del foso ó frente exterior, se echan hacia el lado del mar.

Las pequeñas islas ó las costas, á quienes contra mares muy bravos dió la naturaleza la defensa de continuados escollos, admiten del arte el socorro de fortificar las más accesibles playas, y de escarpar las sendas por

donde se subía desde otros menores desembarcaderos; pero cuando se trata de una muy larga costa, es casi imposible impedir el desembarco, respecto de que en una sola noche de viento corren los bajeles más de lo que las tropas de tierra caminan en muchos días; con que ordinariamente llegan los enemigos á desembarcar donde no encuentran oposición; pero si su viaje fué largo, seguramente les habrán enfermado muchos hombres, inutilizádose con los vaivenes y con la humedad cantidad de armas, muerto gran número de caballos, y enflaquecídose los restantes; con que, si tienes un cuerpo de tropas que se aproxime al grueso de las enemigas, deberías probar la fortuna de una batalla, primero que hombres y caballos de los contrarios convalezcan y que sus armas se compongan.

II.—Puestos á propósito para los almacenes de un ejército que está sobre la defensa. Aviso en cuanto á archivos de la frontera. Plazas que debe anticiparse á demoler, ó á fortificar y abastecer el principe que se previene á la defensa. Examen de cuando su ejército debe engrosarse con las guarniciones, ó repartirse en estas, excepto un campo volante para incomodar á los enemigos los forrajes ó viveres. Precisión de leños armados para la defensa de país de ríos navegables.—Estando sobre la defensiva, y aunque te salga un poco más caro el trasporte, debes poner los almacenes, de que ha de vivir tu ejército, en plaza que no sea fácil á los enemigos tomar, ni cortarte la comunicación con ella; pues, de otro modo, te precisarían á una batalla para socorrer la plaza.

Si evitases los dos expresados inconvenientes, quedaría indispensable el de un gasto excesivo en conducir de lejos y apriesa pan y cebada para

todo un ejército.

Si ninguna plaza tuvieres libre de la contingencia de sitio ó bloqueo, reparte los almacenes de víveres y municiones en muchas diferentes plazas, para que en caso de quitarte los enemigos la comunicación con una, te queden libres los géneros de las otras.

La misma práctica sirve para que cualquiera plaza de la frontera, que los enemigos embistan repentinamente, se halle con aquel refuerzo de ví-

veres y municiones para sostener el bloqueo ó el ataque.

Para situar los almacenes de cualquier ejército, se atiende á que desde ellos al paraje donde piensas mantenerte, sean los caminos bien practicables á los carros.

Experimentarías mayor ventaja si los víveres pudieran trasportarse por agua, en particular cuando las corrientes bajan desde el puesto de los almacenes al ejército; pues cuesta muchísimo menos la conducción en barcos; estos, cargados, navegan al favor de la corriente con mayor brevedad, y si se les ofrece combatir con otros de los enemigos, la misma corriente les vale por una especie de sobreviento.

Del país á donde hubiere peligro que lleguen tropas contrarias, manda retirar los archivos reales, en cuya presa lograrían los enemigos confundir varios derechos de tu príncipe al mismo país ó á otros, y á los antiguos tri-

butos de sus vasallos.

Abastece lo mejor que puedas, y con tiempo, las plazas que tengan riesgo de ser embestidas, y que, por sus fortificaciones, discurras capaces de una defensa, que te dé tiempo de juntar ejército para socorrerlas, ó que, á

lo menos, consuma á los enemigos buena parte de los días, municiones, tro-

pas y dinero que pensaban emplear en más dilatadas conquistas.

Los viejos castillos, y otros puestos algo fuertes, que por falta de tropas no puedas guarnecer, ni socorrerlos, á causa de la situación desventajosa en que se hallen, adelántate á demolerlos; porque los enemigos, á quienes discurro superiores en tropas, ocupándolos, correrían tu país con sus guarniciones; y dominando su ejército la campaña, no los podrías desalojar fácilmente de los expresados puestos; en lugar de que si, no tienen plazas, no serán dueños de más que el terreno que pisan.

Deberás fortificar y guarnecer algunos parajes á propósito para poner tus almacenes y hospitales, para cubrir tus convoyes, para conservar abierta la comunicación con lo más importante del país, é incomodar la de los enemigos con el suyo; para dominar los puentes de los principales ríos, y algunos caminos que la aspereza de las montañas del contorno hace indispensables á tu comercio, ó al de los enemigos. También se fortifican los surgideros ó puertos marítimos, cuando son en poco número; se construyen ciudadelas en los grandes pueblos, de cuya fidelidad se desconfía; y se fortifican los pasos del país neutral ó enemigo, que por venta, ó por soco-

rro, pudiera suministrar pertrechos de guerra á los malcontentos.

Es muy cuestionable si quien hace la defensiva, debe repartir buena porción de su ejército en reforzar guarniciones de plazas, ó aumentar con parte de estas el ejército mismo. Antes de resolver el punto, importa examinar cuándo sea conveniente arriesgar una batalla, ó evitarla, pues ya se ve que sería extravagancia enflaquecer las guarniciones para no emplear la armada, ó debilitar en aquellas esta que hubiese de combatir; pero suponiendo que no tengas contraorden ó repugnancia para aventurar una batalla, no hay dificultad en reforzar tu ejército con parte de las tropas de plazas de tierra adentro, ó de otras, á las cuales tengas moral certidumbre de poder introducir socorro, aunque seas batido; conservando siempre en dichas plazas las tropas que basten contra alguna sublevación de los desafectos paisanos, ó contra un golpe de sorpresa de los enemigos.

Si las plazas, á que los enemigos pueden tomar los pasos de un día á otro, fueren tan bien fortificadas, que absteniéndolas de tropas y pertrechos de boca y guerra, debas apoyarte más en su cierta larga defensa que en la esperanza de una contingente victoria campal, será prudente consejo desmembrar porción de tu ejército para presidiarlas bien, especialmente si tienes fundamento de esperar que, con el curso del tiempo se disminuya el

ejército contrario.

Lo mismo digo, si áun dejando de reforzar las guarniciones, tu ejército no basta para disputar á los enemigos la campaña; pues el peor expediente sería quedar inferior en el campo, y no poner en buena defensa las plazas.

Las tropas que te sobren de la guarnición de aquellas, y que supongo sean de caballería la mayor parte, siempre servirán para incomodar á los enemigos los convoyes, forrajes y destacamentos.

III.—Sobre cerrar la entrada en tu país á ejército enemigo, que haya de marchar por estrechos caminos. Arbitrios para impedirle el tránsito de los vados.—Si los enemigos, para internarse en el país, hubieren de atravesar precisamente algunos estrechos desfiladeros, procura guarnecerlos y

fortificarlos primero que los contrarios pongan en campaña tropas que los ocupen; respecto de que al favor de la aspereza del terreno harán diez mil hombres lo que, tal vez, no podrían ejecutar cuarenta mil en el ancho terreno de más adentro.

Advierto que el intento de ocupar el expresado camino estrecho no te lleve tan adelante, que puedan los enemigos, pasando por otro paraje, cor-

tarte la retirada ó los víveres.

Si ocupando el desfiladero, que hay en el recto camino de tu país á los enemigos, los obligas á un gran rodeo, siempre te conviene apoderarte de dicho paso, á fin de que los contrarios aumenten consumo de tiempo, víveres y dinero, y pierdan en la dilatada marcha más hombres y caballos; bastando que tu destacamento ó ejército se retire antes que los enemigos

puedan cortarle.

Si es el paso de un río el que defiendes, es fácil guardar con pocas tropas los vados, á causa de su angostura, rapidez, profundidad ó mal suelo; y si no distan excesivamente unos de otros (menos de algunas de cuyas circunstancias no hay que pensar en impedir el tránsito al ejército contrario) envía sobre ellos destacamentos que se retrincheren, establezcan buenas baterías y se mantengan cada uno en su puesto, aunque sepan que los enemigos atacan otro, para cuyo socorro conservarás un grueso de tropas (las más de caballería, porque se mueven con ligereza) que acudan á donde convenga. En esta empresa te son indispensables entre los enemigos puntuales confidentes, que avisen el número fijo de cada destacamento que los contrarios hagan, y su destinación, por no engañarte con sus fintas ó apariencias; pues de otro modo, quedarías expuesto á que te llamasen con una falsa marcha á paraje lejos del vado, que intentan forzar; el cual pasarían más fácilmente, si hubieses apartado el cuerpo de reserva, que dejo propuesto para ocurrir á donde sea menester. Cuando el río es navegable, córranle tus leños armados, cuya guarnición observe, avise y embarace la operación de los enemigos.

Justamente con las arriba mencionadas precauciones impidió el tránsito del Isel y del Waal el conde Mauricio de Nasau á las tropas del archiduque Alberto y de Felipe III de España, mandadas por el marqués Ambrosio Spínola.

IV.—Para librar á tu pais del insulto de frecuentes partidas, y de ladrones, que usurpen el nombre de partidarios.—Hay fronteras que siempre lo son, porque la excesiva fortaleza de sus plazas, la falta de agua y forrajes de sus cercanías, ó la malignidad del clima, no permiten campar allí por muchos días los ejércitos, ni por consiguiente hacer conquistas; ó no convienen estas en aquel paraje, porque de la pobreza del país no resultan bastante provechosas las adquisiciones, ó por no dar celos á un poderoso neutral, ninguno de los dos guerreadores lleva á dichas fronteras el grueso de sus armas; pero las guarniciones de las plazas hacen correrías para tomar ganados ó prisioneros, incendiar mieses ó saquear aldeas. Contra semejante hostilidad construirás en escollos, ó puestos fuertes de esta durable frontera, torres ó atalayas, de las cuales cada una descubra las de su izquierda y derecha. Para subir á la torre sirve una escala de mano, que desde adentro se retira, á fin de que tres ó cuatro hombres, que tengan víveres, granadas, pólvora y balas, estén seguros contra cualquiera partida enemiga



que no lleve artillería, ó no pueda pararse á minar la atalaya. Contra la última operación de los adversarios convendría que hubiese en las torres algunas grandes piedras, para romper los tablones con que pretenda cubrirse el minador. Mejor sería la prevención de bombas, que con una cuerda se descolgasen, encendidas, á rebentar junto al costado de los tablones.

Cuando la guardia de alguna de las torres ve, ó sabe por los pasajeros que hay gente de los enemigos en campaña, hará un señal, y le continuarán las demás torres, debiendo haberlos diferentes para cada paraje por donde los contrarios caminen, y para cada cincuenta ó cien hombres que traigan; de cuyo modo llegará pronta y clara la noticia por ambos costados á los cuarteles ó plazas destinadas á la guardia de aquel país. Cuando son afectos los paisanos, guarnecen las torres, y cuando no, las fabrican á su costa, y

las presidían infantes.

Si por la situación de las montañas ó bosques no tienen algunas torres bastante altura para que se descubran de unas á otras los señales de ahumadas ó hachones, habrá en ellas voladores ó cohetes de varilla que, disparados hacia arriba, subirán lo suficiente para ser vistos. El número de ellos ó de los hachones, y la intermisión de uno á otro, formará la diferencia de los avisos; también suelen darse estos con pequeños cañones pedreros, ó pasamuros que hay en dichas torres, y sirven asimismo para favorecer á una partida de caballería, que se abrigue de ellas, cargada por otra superior de los enemigos, bien que, para esto, lo mejor sería un pequeño recinto de pared, ó tapia atronerada, al pié de las torres.

Conviene mudar con frecuencia los señales de las torres; porque los enemigos, habiendo observado lo que significan, no te fatiguen por continuas armas falsas, que tocarían enviando pequeñas partidas, que hiciesen los mismos señales cerca de las expresadas torres; ó bien porque los contrarios, cuando efectivamente penetren con un destacamento en tu país, no llamen con fingidas señas tus tropas hacia otro costado, ó no las confundan con hachones, voladores, etc., que por su número, intermisión ó lado á que se muestran, den á entender cosa diversa que el aviso de las torres.

V.—Establecimiento, conservación y retirada de cuarteles de invierno. Conducta de guardias avanzadas y de sus centinelas.—El general de cada ejército quisiera ser el último á retirarle á cuarteles, para correr sin oposición un pedazo de país ó ejecutar con poco embarazo otra empresa, interin que se hallan divididas las tropas contrarias, como el ejemplar del Gran Capitán hará ver en el presente párrafo.

Dos cosas te pueden ayudar á mantener la campaña más días que los enemigos; la una es que las tropas de tu ejército, por el clima de su país, ó por su mayor habituación á las inclemencias del tiempo, resistan sin grave incomodidad el frío que atormenta y enferma á los enemigos, nuevos en los padecimientos de la guerra, ó criados en provincias templadas.

La segunda y necesaria circunstancia para mantener unido el ejército más tiempo que los contrarios, es hallarte con forrajes secos, de que tú

caballería subsista cuando se acaban los de la campaña.

Pero lo regular es que las tropas de ambos ejércitos padecen igualmente con el frío, y que se les acaban á un propio tiempo los forrajes; con que llegando el fin de octubre, con poca diferencia, si no hay grandísima pre-

cisión de mantener la campaña, se retira uno y otro ejército á cuarteles, después de apartarse dos ó tres marchas, como por un recíproco tácito convenio. Otras veces conservan su terreno los dos ejércitos, y destacan igual número de tropas á cuarteles, hasta que ambos ejércitos se deshacen.

En este caso, luego que vayas quedando inferior al ejército enemigo, lleva el tuyo al abrigo del cañon de alguna plaza, detrás de un río, sobre una fuerte montaña, ú á otro paraje donde el terreno supla la cantidad de gente; ó los primeros cuerpos, que destaques á cuarteles, vayan reglando sus marchas á proporción de lo que se apartan de la armada enemiga las tropas que salieron de ella, para que el general contrario no pueda reincorporarlas furtivamente, y cargarte primero que vuelvas á juntar las tuyas.

Gonzalo Fernáudez de Córdova, retrincherado junto al Garellano con ejército español, inferior al de los franceses, se mantuvo allí hasta que el marqués de Saluzo, comandante por Francia, instado de sus oficiales, destacó la caballería á diferentes cuarteles, para que pudiese más cómodamente subsistir. Entonces Gonzalo, construyendo á toda priesa un puente leguas más arriba del campo francés, pasó el Garellano, se llevó los cuarteles franceses unos después de otros, deshizo al grueso del marqués de Saluzo, y por esta operación quedó absoluto dueño del reino de Nápoles.

En país muy ardiente suelen retirarse las tropas á cuarteles de refresco por los meses de julio y agosto. Si las tuyas, y no las de los enemigos, están habituadas al gran calor, podrás mantener aquellos dos meses la campaña, para ejecutar las oportunas operaciones durante la ausencia del ejército contrario; ó las enfermedades le arruinarán, si porfía en conservarse acampado.

Quien pretenda mantener la campaña contra el calor, campe en esposición fresca, y en terreno ventilado: y mude con frecuencia el campo, á fin de eximirse de la infección de su aire, y de los tábanos que arruínan los caballos. En el invierno se debe campar con el frente al Mediodía, donde las montañas quiten el viento del Norte; y en laderas ó terreno pedregoso ó de arena, para que las inundaciones, charcos y lodo no incomoden el campo.

De invierno es indispensable abarracar el ejército, inclusos los caballos,

que de otra forma perecen con el frío y lluvias.

Cuando es enemigo el país de los cuarteles, y acabados estos no le has de mantener, se carga más de tropas, no sólo para que mayor número de ellas goce de aquel beneficio, sinó para que, dejándole exhausto de caudales y de víveres, no pueda suministrar después á los contrarios abundante socorro.

Para que sea más cuantiosa la contribución de los cuarteles en país enemigo, ó menos pesada á los pueblos de tu durable obediencia, y para cubrir mayor distancia de tu frontera, se coje todo el terreno que permite la siempre necesaria máxima de no separar tanto unos de otros los cuarteles, que no puedan recíprocamente socorrerse, de la forma que dirá este capítulo.

Cada cuartel debe tener las tropas que, á proporción de la fortaleza de aquel, basten para defenderle contra un golpe de mano, mientras acudan á su socorro las tropas de los otros cuarteles; en lo cual se atenderá también á la asistencia ú hostilidad que los amigos, ó enemigos habitantes

pueden hacer á tus tropas, interin que las de los contrarios ataquen el cuartel.

Todo cuartel avanzado constará de infantería y caballería. La primera para defender el cuartel con las armas y ejercicio, que tiene á propósito para aquel género de pelear; y la caballería para correrías y cobranza de contribuciones en país llano; y una y otra para acompañarse y sostenerse en los diversos terrenos donde se ofrezca marchar y combatir.

Cárgase un cuartel de más infantería ó caballería, según el país fuere llano ó montuoso, y abundante ó estéril de forrajes, y conforme los enemigos paisanos, ó las contrarias tropas de aquella frontera, teman con mayor

particularidad á la caballería, ó á la infantería.

En países muy quebrados conviene dar á cada cuartel alguna tropilla de miqueletes, ó paisanos arreglados y prácticos del terreno, para que sirvan de guías, batan continuamente la campaña, tomen lengua y descansen á las tropas en algunas cobranzas, como para que precedan á la marcha de aquellas, reconociendo por los costados los bosques y barrancos difíciles á otros batidores.

Pero el comandante del cuartel invigile mucho en que sus paisanos armados no roben los pueblos; para lo cual, y para que en todo se porten con fidelidad y valor, se les darán oficiales de honra y conducta, y que tengan la robustez necesaria para sufrir la gran fatiga que hacen los paisanos en continuas y largas marchas de noche, por sendas y en estaciones incómodas, á fin de ejercer su furtiva/manera de guerrear.

Si para los cuarteles hay poca infantería, los de sola caballería pónganse en lugares de por sí muy defensables, por la razón ya dicha de que la caballería no vale tanto como los infantes para defender un puesto

cerrado.

Por una parte convendría enviar cada regimiento al país en que ótra vez estuvo, respecto de que para sus correrías conoce los pasos, y saben todos los oficiales de cuáles paisanos ó pueblos pueden fiarse, y de quiénes deben sospechar en su residencia y contorno; pero caeríamos en el inconveniente de no ser igual el útil y trabajo de las tropas, ya que unos cuarteles, por de tierra muy pobre, por de paisanaje muy enemigo, ó por vecinos á donde los contrarios tienen grueso número de tropas, dan menos lucro y más fatiga que otros; fuera de esto los regimientos que hayan padecido mucho en la anterior inmediata campaña, necesitan un cuartel de reposo; y á las tropas descansadas ó desaguerridas les toca uno de trabajo, donde las ejerciten los pequeños combates y las marchas que se ofrecerán para sacar del país la oportuna subsistencia; el medio término sea poner al comando de cada cuartel un general práctico de los genios y caminos de aquel país.

En el anterior párrafo hablé de las más ó menos tropas que se han de cargar á un cuartel de país contrario ó amigo, y en cualquiera de ellos destinarás á cada cuartel mayor ó menor número de lugares, á proporción de la riqueza ó miseria de estos. Si el país es de tu estable obediencia, atiende en lo posible á sus privilegios, á su mayor ó menor fidelidad y servicios, y á si se halla acostumbrado ó no á gruesas contribuciones. En cuenta de porción de ellas reciban las tropas del cuartel, por los razonables precios que tasen el comandante y un comisario del mismo, carne, trigo,

vino, legumbres, cebada, leña, forrajes ú otros géneros de que más abunde cada pueblo ó particular, y que sirvan para la subsistencia de dichas tropas.

El pueblo en que está el cuartel, se alivia ó carga en parte de la contribución, según el cotejo del interés que disfruta por el dinero que ganan sus fabricantes, mercaderes y gente que vende víveres en el mismo pueblo, y por la incomodidad que de otro lado padece por el alojamiento, camas, bagajes, paja, leña ó comida que los patrones suministran á oficiales ó soldados.

Por las listas del vecindario, y hacienda ú otros caudales, ó corrientes ganancias de cada pueblo, se le destina la contribución que ha de pagar al cuartel, y se le señala el plazo. Si este pasa, el comandante del cuartel amenaza á los síndicos: cuando tal diligencia no basta, los prende; y si la tardanza es por culpa de los mismos síndicos, se cobra de sus bienes, muebles ó ganados la contribución, ínterin que ellos se reembolsan á costa de los deudores. Si los síndicos no tienen culpa, se les da auxilio para tomar los ganados ó muebles de los remitentes, ó poner á los últimos en prisión hasta que paguen.

Si las villas ó ciudades, en que pones los cuarteles, no son bastante defensables contra un golpe de mano, conserva razonable cuerpo de tropas á

distancia de sostenerlos, hasta que se hallen bien retrincherados.

Supónese precisa una guardia en cada puerta; y cuando éstas son muchas, se cierran de pared las más dispensables al tráfico de los paisanos.

En la medianía del lugar se pone un vivac ó retén, para acudir á donde

se oiga rumor.

Cuando las tropas están unidas en cuarteles ó casernas, ya se sabe que

en cada cuartel hay un piquete.

Nunca deben omitirse las patrullas interiores, cuando no fuese más que para embarazar las pendencias y robos; y en cuarteles arriesgados es precisa de noche una patrulla en la campaña, y que de cuando en cuando corran estas partidas y espías á tomar lengua.

De cuartel á cuartel haya otras patrullas que muden con frecuencia camino, para que los enemigos no las cojan en alguna emboscada, y para

que las encuentren sobre la marcha donde no las esperaban.

Los comandantes de los cuarteles tengan ajustado el santo ó contraseña, que en cada uno de los venideros días distribuirán á las patrullas, y el diverso lugar en que estas deben juntarse cada día ó noche, para que recíprocamente se comuniquen lo que hubieren descubierto por sí, ó por informes de paisanos de la campaña, caserías ó aldeas.

No sólo sirven dichas patrullas contra sorpresas de los enemigos, sinó también contra las emboscadas que éstos pudieran formar sobre la marcha de las tropas de tus cuarteles, y contra partidillas, que vengan á inquietar-los con armas falsas, ó á tomar ganados, bagajeros, pasajes ó las contribu-

ciones que los pueblos envían al cuartel.

En tierra llana sean de caballería las patrullas; y en país muy quebrado

las pueden hacer los paisanos que dijo el segundo párrafo.

Cada sargento y capitán, por lo que toca á su compañía, y el comandante y sargento mayor del cuartel por todas las tropas, tendrán lista de la calle y casa en que aloja cada oficial y soldado, para juntar el todo ó porción de ellos, sin dilación, y sin rumor de cajas, que oídas por espías, ó

partidas que tuviesen los enemigos en aquella vecindad, serviría de avisarlos que te dispones á una empresa, particularmente de noche, que se oyen de muy lejos las cajas.

De la artillería del ejército ó de las vecinas plazas importaría dar á cada cuartel dos ó más cañones, que no sólo aprovechan para la defensa sinó también para que en brevísimo tiempo llegue á todos los cuarteles noticia de ser uno de ellos atacado, habiendo convenido en el número de seguidos cañonazos que debe distinguir el ataque de cada cuartel, á fin de que los otros marchen á socorrerle, repitiendo el propio señal los cuarteles de izquierda y derecha del que los contrarios embisten.

Cuando no se puedan oir de un cuartel á otro los cañonazos, regularmente los oirán las patrullas de que habló el anterior párrafo, y que llevarán el aviso á sus respectivos cuarteles: ejecutarán lo mismo los paisanos de varias caserías ó aldeas, que á tal fin hayan ganado los comandantes de los cuarteles. En defecto de cañones pueden servir hachones ó voladores.

Ofrécese el reparo de que los enemigos, queriendo atacar un cuartel, enviarán una partida, que anticipadamente alarme á otro, para que acudiendo al socorro de éste los demás, sea menor la resistencia del que hayan de embestir. Evítase tal inconveniente con suspender el cuartel alarmado la seña de pedir socorro, hasta que se vea ciertamente embestido.

Los comandantes de los cuarteles destinados á socorrerse recíprocamente, convengan entre sí del paraje en que deben juntarse todas las tropas del socorro en caso de ataque de cada uno de dichos cuarteles, para continuar desde allí la marcha con número superior á los enemigos, que de otro modo podrían batir á las expresadas tropas á medida que fuesen llegando separadas unas de otras; pero después de cada vez que concurran en el referido lugar de asamblea, se mudará éste; porque los enemigos acaso formarían allí su emboscada, para ir derrotando á tus destacamentos asimismo divididos.

Cuando las tropas de un cuartel descubran una partida enemiga, se debe recelar que más adelante habrá alguna emboscada superior á todo el cuartel; y así no se destaque sobre la partida sinó una tercera parte más de caballería, y por si vuelve cargada, aváncese un cuerpo de infantería sólo á donde pueda sin dificultad retirarse al favor de las paredes ó setos de heredades ó huertas de los contornos del cuartel. Para el dictamen de no enviar demasiada gente contra la partida enemiga, da Ludovico Melzo la bellísima razón de que si no hay emboscada, pocos más hombres que los de la partida bastarán á derrotarla; y si hay emboscada superior al cuartel, cuantas más tropas destaques de éste, más aventuras sin provecho.

Necesitan buena provisión de municiones y víveres los cuarteles que se hallen separados de los otros por grueso río, cuyo tránsito suele cerrarse por largos días, cobrando mucha agua los vados, desbaratándose los puentes con las avenidas del río, ó imposibilitándose con las mismas el pasaje de las barcas; pues los enemigos pudieran en aquella coyuntura juntar sus cuarteles para bloquear ó atacar el tuyo desprovisto de pertrechos de boca y guerra, y desesperanzado de socorro.

En el invierno de 1707, que una crecida del río Cinca llevó los puentes de Fraga y Monzón, y no se podía pasar la barca de Enna, se dispusieron luego los alemanes á embestir el cuartel de Graus, que estaba entre ellos y dicho río; pero abandonaron después el intento sabiendo que el oficial español

Digitized by Google

que mandaba dicho cuartel, inmediatamente que vió que el Cinca empezaba á engrosarse, recogió de los pueblos de la comarca mucha cantidad de viveres, y tenía desde antes las convenientes municiones de guerra.

Supongo tengas fortificadas y guarnecidas las cabezas de puentes de madera, y las de sirgas ó maromas que sirven para barcas sobre ríos, cuyo paso te conviene franco para la comunicación de tus cuarteles; pues de otro modo, las partidas enemigas ó paisanos de su confidencia, pondrían una noche fuego á dichos puentes, cortarían las sirgas y quemarían las barcas,

á fin de lograr la operación que expresó el anterior párrafo.

Cuando los enemigos comiencen á juntar las tropas de los cuarteles que levantan, refuerza ó retira los tuyos que discurras expuestos á un golpe de mano, porque será muy natural que el jefe contrario intente dar buen principio á su campaña con la toma de uno de los referidos cuarteles, ó meterse con porción de ejército en medio de ellos, para impedir que se incorporen tus tropas, con especialidad si al favor de algún río ó desfiladero, pueden los enemigos con pocos regimientos hacer frente á tu grueso, mientras con el resto del suyo van rindiendo los cuarteles que dejaron cortados.

La mecánica de este párrafo no pertenece directamente al generalísimo, sinó á los oficiales de los cuerpos y al mayor general, mariscales generales de Logis y oficiales de día ó de guardia del ejército que por sus rondas tienen vigilantes á las guardias avanzadas, y les dictan lo que deben ejecutar; pero como dichas rondas también las hace alguna vez el primer jefe, y de cualquiera forma le toca saber cuánto puede conducir á la seguridad de sus tropas, diré brevemente las más necesarias precauciones que importa observen las guardias avanzadas, en fe de cuya exactitud reposan los ejércitos.

La gran guardia regularmente se compone de 50 hasta 100 caballos, y dista del ejército sobre la más peligrosa avenida uno ó dos cuartos de legua; pero á veces se encuentra á mayor ó menor distancia un puentecillo, vado ú estrecho desfiladero: en cuyo caso se pone allí la gran guardia, como no haya peligro de que los enemigos la puedan cortar fácilmente; pues al favor del angosto paso que tiene por delante, disputando á los contrarios la marcha, da más tiempo al ejército amigo para prevenirse después de tocada el arma.

Cuando en el último propuesto caso la gran guardia no sólo se considera para descubrir, sinó también para entretener, se forma de mayor número que el ordinario, y se le incluye infantería, si toda la retirada hasta

el ejército es por callejones, barrancos, bosques ó áspera montaña.

Hallándose alguna torre ú otra defensable fábrica en oportuna distancia del ejército, y en lugar á propósito para descubrir la campaña, con una guardia fija de infantería en aquel edificio, se excusa la gran guardia; menos alguna partidilla de caballería que patrulle por la noche y reconozca lo que la torre observare confusamente por el día, como también para llevar con prontitud al ejercito los convenientes avisos.

Yo emplearía siempre cuatro grandes guardias; una sobre cada costado, otra hacia á la vanguardia, y la cuarta hacia á la retaguardia, haciendo que los batidores de cada una llegasen á encontrarse con los de las dos inmediatas, y siendo grande el ejército, añadiría grandes guardias en frente y

espalda.



Gerónimo Fracheta propone que de noche las guardias avanzadas, para librarse de sorpresa, enciendan lumbres en un paraje, y estén sin ellas en otro; porque los enemigos discurriendo que la guardia se hallará donde el fuego, se acercarán á este, y al favor de su claridad los descubrirán tus centinelas. Del mismo dictamen es Onosandro. Supónese que para en este caso la guardia observe gran silencio. Pudiera también apostarse de noche en lugar diferente del en que fué dable á los enemigos ó á sus espías descubrirla por el día, y excusar el fuego, si no siendo grandísimo el frío, basta que soldados y caballos se paseen de tiempo en tiempo.

Jenofonte quiere que el puesto de tales guardias y áun su número, se mude con frecuencia, para que los enemigos impensadamente las encuentren donde no creían, y caigan en una emboscada grande cuando vienen sólo prevenidos á la sorpresa de una guardia chica; peligro que dice el mismo Jenofonte contendrá á los enemigos para que sus pequeños desta-

camentos no emprendan sobre tus guardias avanzadas.

Convendría que para llegar los enemigos á tu guardia avanzada, fuesen pocas las avenidas, á fin de cubrirlas todas con pequeño número de centinelas; ó que desde la guardia al campo se encontrasen muchas retiradas, para que si los enemigos ocupan algunas, pueda siempre la guardia tomar otra.

La guardia que sale del campo á colocarse en el puesto avanzado, lleve sus batidores en frente y flancos, y tome lengua de los paisanos, por si des-

cubrieron alguna tropa de enemigos.

Cuando la guardia llegue al puesto de su destinación, si no encuentra allí otra, reconozca todas aquellas cercanías, por si hubiere alguna emboscada, y no desmonte, hasta después de ejecutar esta diligencia y de postar las centinelas y despachar los batidores que dirá el artículo presente. De cualquiera forma conviene que los oficiales, cabos y sargentos de guardia, observen por el día los alrededores, para moverse de noche sin confusión y ejecutar con acierto las patrullas y rondas.

De día y en país descubierto no hallo reparo en que dos tercias partes de la guardia estén pié á tierra, tengan sus caballos los morrales, y duerman aquellos oficiales y soldados alternando así, para que hombres y caballos más cómodamente, puedan resistir á la fatiga de la noche, durante la cual es preciso que ningún soldado ni oficial duerma, que la mitad de la guardia esté montada, y todos los caballos con las bridas puestas.

Supónese que el oficial comandante de la guardia luego que le entreguen la gente en el campo, reconozca los caballos, armas y municiones, y haga mudar los soldados que no hallare prevenidos para el servicio; y si después cayere lluvia ó rocío, cuidará de que tapen las armas con las capas.

Los oficiales subalternos y sargentos de la guardia (uno después de otro, y en compañía de dos ó tres soldados) rondarán continuamente las centinelas para ver si están vigilantes, si desertaron, si se ofrece algo de nuevo que saber ó que mandar, y para lo demás que diré al hablar de batidores.

Yo daría dos contraseñas á la guardia avanzada, la una (diversa de la del ejército) para las centinelas y batidores, á fin de que al retirarse estos aquella los conozca y admita. La otra contraseña debiera ser la del ejército y tenerla solamente los oficiales y sargentos de la guardia avanzada,

para cuando se ofreciese marchar uno de ellos, ó un cabo de escuadra desatisfacción, con importante aviso al generalísimo.

La primera contraseña se llama muda, cuando no consiste en palabra, sinó en poner la mano derecha sobre la cabeza del hombre ó del caballo, sobre la bota, sobre el pecho, etc., lo cual se practica para que algún hombre de los enemigos, que ocultamente se haya acercado al favor de la oscuridad, no oiga la contraseña, antiguo reparo hecho ya por Onosandro y por Eneas.

Esta se cambia siempre que deserte algún soldado.

Cuando el oficial de gran guardia vea que viene de hacia el ejército la tropa que parece ser la nueva guardia, haga montar la suya, y destaque á reconocer la otra; pues casi todas las grandes guardias sorprendidas, lo han sido finjiendo los contrarios el camino y traje de amigos; ni basta que den una contraseña, la cual tal vez habrán logrado por sus confidentes.

La primera centinela se pone al cuerpo de guardia, y no deja acercarse de día á hombre, que no conozca por de la misma guardia, ni de noche á persona alguna que no haya hecho alto, ínterin por un sargento ó cabo de

escuadra de la guardia se avanza á reconocerle.

Pónense las otras centinelas á vista de todos los caminos accesibles á caballos ó á infantes, sin omitir la avenida del ejército amigo, por la cual, según dije, pudieran introducirse los contrarios: y cuando el terreno es tan llano que todo puede servir de camino, es preciso rodearse de centinelas, á tal distancia una de otra que cada una vea de día las de sus costados, y de noche oígan el rumor de cualquiera gente que marche entre ellas; en noches oscuras y de viento quede poco espacio de una centinela á otra.

Atiéndase à poner de día las centinelas donde ellas descubran gran te-

rreno y se hallen cubiertas por algunos árboles ó broza.

Sería una ventaja que la centinela del cuerpo de guardia pudiese ver á las otras, ú oír su fusil, para avisar con prontitud cuando le disparan.

Si el número de hombres de la guardia lo permite, sean dobles las centinelas, para que mientras una va á avisar á la guardia lo que se empiece á observar de nuevo, quede la otra á proseguir la observación. Sirven también las centinelas dobles para que un soldado no deserte por miedo de su compañero, ó para que si una centinela es sorprendida escape la otra, pues en país de bosques muy cerrados, ó en noches oscuras y de viento, deben estar algo distantes entre sí las dos centinelas, para que pocos infantes de los enemigos que se avecinen con secreto, no las envuelvan á ambas.

Donde sea grandísimo el riesgo, pudiera cada centinela componerse de tres hombres por la noche, uno para estar firme, y dos para batir á izquierda y derecha, hasta encontrar los batidores de las centinelas colaterales.

Ninguna centinela, particularmente de noche, tendrá la espada en la mano, sinó el mosquetón ó fusil montado, para avisar prontamente con su tiro, cuando, no obstante las aconsejadas precauciones, la centinela se halle sorprendida por dos hombres que llegando sin rumor la agarren.

Cuando el corto número de soldados de la guardia no permite doblar ó triplicar las centinelas de la forma dicha, deben siempre ir en giro de ellas dos batidores, que empezarán por el costado opuesto de la ronda, y sirven como una especie de contraronda para tener á las centinelas en vigilancia,

y para descubrir á los enemigos que vayan pasando entre una y otra de

dos muy apartadas centinelas.

Habiendo alguna avenida mucho más peligrosa que las demás, se envían por ella dos batidores que se avanzan de las centinelas mayor ó menor distancia, según por los costados hubiere ó no camino por donde los enemigos puedan cortarlos.

Los batidores llevarán la carabina ó pistola en la mano, y marcharán á treinta ó cuarenta pasos uno de otro, por los motivos que dije al tratar de

las centinelas.

No sería inútil que los batidores llevasen de noche algunos perros. «Los rodianos (dice Marco Antonio Gandino), tenían en el castillo de San Pedro en Caria, cincuenta perros tan bien amaestrados, que distinguían de los cristianos los turcos, y estando el castillo por todas partes ceñido de país contrario, los perros ladrando indicaban la venida de los enemigos, particularmente de noche. Lo propio hasta el día de hoy se usa en algunos lugares de Dalmacia, prosigue el mismo Gandino.»

Tanto centinelas como batidores, arrestarán á cualquiera persona que intente pasar los límites de la guardia avanzada, para que en el campo se examine si es desertor ó espía, lo cual será muy de sospechar, especialmente si precedió el ordinario bando para que ningún soldado se aparte por un cuarto de legua en todo alrededor del campo, y ningún paisano por

la misma distancia hacia al frente que mira á los enemigos.

Las centinelas, rondas y patrullas, ó batidores, observen de noche el ladrido de los perros, el relincho de caballos ó rebuzno de jumentos ó machos; el estrépito de la marcha que es grande, si esta se ejecuta en país de pedregales, y áun sin tal circunstancia se oye de muy lejos el ruído por la noche aplicando el oído á tierra. Observen también de noche si se ve fuego de mechas ó pipas, ó se dispara algún fusil, como suele suceder con las caídas de los soldados, y de día reparen si se levanta y viene acercándose mucho polvo, que puede ser de gente que marche; si los pastores con sus ganados se ponen á huír, que será tal vez porque más allá descubren alguna tropa, y si revuelan y se levantan con exceso las aves, conforme sucede cuando pasan muchos hombres.

De cualquiera de estas observaciones avisarán á la guardia las centinelas, batidores y rondas, y el comandante destacará luego por aquel camino una partida á averiguar el fundamento de la novedad reparada, aprontando en el ínterin la guardia para ejecutar lo demás que ocurra.

Luego que la centinela compañera de la que te llevó el aviso, ó el resto de los batidores ó ronda, ó la partida que enviaste vea que se acerca gente, le mandarán hacer alto hasta reconocerla, y no lo ejecutando disparen los tuyos y retírense á la guardia, que entonces tirará tres ó cuatro pistoletazos, para que se recojan á ella todas las demás centinelas que tendrán anticipada esta orden. Aquí despacha el comandante de la guardia el primer aviso al ejército con un soldado bien montado y que vaya á toda brida, para que antes que los enemigos lleguen, haya tiempo de formar los piquetes y de aprontarse todas las tropas, según la noticia que el soldado llevó, de parecer muchos ó pocos los enemigos, ó conforme sepas hallarse estos con grueso ó corto número de tropas. En el primero de los dos últimos casos más vale pecar de sobrada precaución.

El comandante de la guardia avanzada, cuando es de día, destaque sobre un costado seis soldados con un oficial menor, que observando á los enemigos por el flanco, descubra su número mejor de lo que se puede conseguir por el frente; y si de dicho oficial á tu ejército es mucho más breve el camino sin pasar por donde su guardia está ó marcha, el mismo oficial despachará al generalísimo avisos de cuanto vaya reparando, y con otro soldado participará al jefe de su guardia lo que ocurra.

Si desde el campo ó de alguna vecina altura donde á este fin haya una guardia se descubren los señales que haga la avanzada, por ellos puede anticiparse al ejército el aviso de la marcha de los enemigos, con distinción de si su número se ignora por la oscuridad de la noche, polvo del camino, bosques ó montañas del país; de si vienen inferiores á los piquetes de caballería de tu ejército, ó si parece que sea el grueso de los enemigos; en el primer caso, bastará que las tropas se despierten si es de noche. En el segundo, importaría destacar los piquetes hasta donde sin peligro de emboscada puedan llegar en busca del enemigo destacamento. Pero en caso del tercer expresado aviso, conviene que todo el ejército forme con silencio y se avance á terreno ventajoso, para que le encuentren dispuesto á combatir los enemigos, que tal vez pensaron hallarle descuidado.

La primera seña de la gran guardia puede ser alzando un hachón ó disparando un volador; la segunda dos y la tercera tres. Las mismas señas repetirá la guardia que estuviere entre el ejército y la avanzada para obser-

var á esta.

Si después de una seña se reconoce más que antes, hágase la correspondiente á la novedad: lo mismo digo en cuanto á los avisos que se envíen por soldados, los cuales no se omitirán aunque precedan las señas, pues aquellos valen por confirmación de estas. Si es de noche, despáchense las noticias con repetidos sargentos ó cabos de escuadra que lleven la contraseña del ejército.

La guardia avanzada no se retire sin que por la vista de los enemigos

ó por el tropel ó ruído de su marcha parezcan superiores.

Si es de noche cuando se toca el arma, puede aquella tropa moverse hacia su retaguardia ó costado, lo que baste para llegar á un camino, que la asegure de no ser cortada por el flanco, ó atropellada en el tránsito de algún puentecillo ó estrecho desfiladero.

Detrás de estos vuelva caras, desbaratando los pasados puentecillos y embarazando las sendas con caballos desjarretados, ó con fuego puesto á la broza seca, y empleará los demás arbitrios que diré en el vigésimo libro, á fin de que retardando á los enemigos la marcha, logre tu ejército más

tiempo de prevenirse al combate.

El comandante de la guardia te avisará el camino por donde se retira, para que envíes algunos piquetes á sostenerle.

VI.—Particulares ocasiones de librar una batalla al ejército que está sobre la defensiva.—Cuando sostienes la defensiva en dos fronteras diferentes, procuren tus ejércitos deslumbrar á los enemigos para ganarles un par de marchas, juntarse y atacar á uno de los contrarios, antes que el otro de estos pueda incorporársele; pues aunque las tropas á quienes robaste la marcha se aprovechen de tu ausencia para hostilizar tu país, si logras batir

una de las armadas, presto volverás contra la que te incómoda, bien que siempre sería bueno abandonar la provincia menos expuesta á padecer en pocos días estragos considerables, por su natural pobreza ó despoblación, por sus fuertes plazas, ó por los muchos desfiladeros ó ríos que dificultarán á los contrarios las correrías.

Para más fácilmente robar las marchas, uno de tus ejércitos ó ambos, convendrá que en las precedentes llamen á los enemigos á parajes donde un recodo muy largo de no vadeable río, ó el tener tú sobre este un puente, y no los contrarios, los obligue al rodeo del recodo expresado, ó á la tardanza de la construcción del puente.

Si uno de tus ejércitos se mantiene firme á esperar que el otro se le incorpore, el primero sea el correspondiente á enemigos que no tengan cerca plazas ó terrenos fuertes donde abrigarse al saber la junción de las dos armadas.

Cuando en lugar de todo un ejército se mueven sólo algunas tropas á reforzar el otro que ha de combatir, destáquense dichas tropas del ejército que tenga más fortaleza de terreno ó plazas, á fin de excusarse de pelear interin que le falta aquella gente.

Poniéndose los enemigos en campaña con inferior ó igual número, y en país hasta donde sea dable internarte á combatirlos, ejecútalo antes que se les incorporen otros regimientos que sepas deben llegarles dentro de pocos días y hacer incontestable su mayor fuerza; pues en caso que derrotes á los primeros, quedará posible conseguir lo mismo con los segundos y se vence

separada la dificultad insuperable cuando unida.

También deberá tu príncipe ordenarte que busques favorable coyuntura de pelear contra los no muy superiores enemigos, cuando el mismo soberano tuyo recele que le declaren la guerra nuevos potentados, que obligándote á desmembrar parte del ejército para acudir á la defensa de otra provincia, te harían quedar inferior en ambas fronteras; pues tal vez se abstendrán aquellos príncipes de enemistarse con el tuyo, si derrotas el ejército de los ya descubiertos contrarios; ó batidos estos, hallarás mejor disposición de resistir á los demás.

Lo prevenido en este párrafo se exceptúa cuando tú esperas un refuerzo igual ó mayor que el de los enemigos; pues quien está sobre la defensiva, debe no combatir sin grandísima necesidad ó muy conocida ventaja, por los

motivos que probará el segundo capítulo del siguiente libro.

Es particularmente necesario que aguardes tu refuerzo, si consiste en tropas de otros príncipes, que acaso no proseguirían la marcha cuando supiesen haber sido batidas las tuyas, fuera de que, no te conviene aventurar los súbditos de tu príncipe sin que los acompañen en el peligro los auxiliares; porque llegando estos á ponerse muy superiores, tal vez harían tanto daño como enemigos.

X.—Para que los enemigos, amagando á una plaza no cojan otra desprovista de pertrechos y embarazada con bocas inútiles; ó bien para que amenazando el ejército enemigo á diferentes plazas, no caiga sobre el tuyo cuando quedó poco numeroso después de reforzarlas.—No desguarnezcas una plaza cuyo sitio sea posible por engrosar las tropas ó pertrechos de otra, de la cual parezca más verosímil el ataque ó bloqueo; pues aunque

los enemigos hubiesen pensado en la última, y áun tomado los puestos, contramarcharían á embestir la primera, cuando supiesen que no se hallaba en defensa, ni tu ejército en situación de introducir las tropas que le sacó. Dirasme que de ordinario no tiene bastantes quien sostiene la defensiva, para mantener diversas plazas á un mismo tiempo bien guarnecidas y quedar con ejército suficiente; mas por eso aconsejé á este que buscase terreno muy ventajoso, y para volver á incorporar las tropas que envió á diversas plazas, queda siempre tiempo, después que los enemigos pongan en la vecindad de alguna de ellas, no sólo el ejército, sinó también considerable porción de víveres, municiones y otros pertrechos de guerra, cuyo dispendioso y pesado trasporte no es fácil ejecuten de nuevo para sitiar otra plaza.

Es particularmente necesario no desabastecer las plazas que rodeadas de estrechas avenidas, imposibilitan el socorro, aunque se llegue á poner su-

perior el amigo ejército.

Aunque la plaza tenga con abundancia víveres para guarnición y paisanaje, no dejes en ella excesivo número de religiosos, clérigos, mujeres, ministros ú otra gente impráctica de la fatiga y del peligro, porque su continuo llanto desanima á las tropas, y sus persuasiones á los oficiales adelantan los votos para la rendición; pero debes conceder forma de vivir en otros pueblos á las personas pobres que saques del tuyo.

Algunas mujeres de soldados (más acostumbradas que las otras al riesgo y al trabajo) y en su defecto algunas paisanas de las más robustas, convienen siempre en la plaza para hacer los ranchos, pan y coladas, coser sacos para tierra, y desembarazar en otras semejantes comisiones á los hombres

que importa mantener libres para funciones de mayor peligro.

Las primeras familias que saques de la plaza, sean las de sospechosa fidelidad á tu príncipe; y si casi todo el pueblo tuviere aquel defecto, extráele ó desármale.

*Cuando preveas qué plaza intentan sitiar los enemigos, adelántate á retirar á ella las ramas y leña del contorno que puede necesitar la plaza para faginas, piquetes y fuegos, y quema todas las demás para que no sirvan á los contrarios; y á fin de que estos no se avecinen á la plaza al favor de algunos edificios, demuele cuantos estuvieren á tiro de cañón de las murallas, particularmente los que las dominan de cerca con el fusil, ó sean capaces de sufrir cañón en sus apuntaladas altas bóvedas.

Conviene que en las cercanías y recinto de la plaza que ha de sostener

un sitio, ejecutes lo siguiente.

Que si en dichas cercanías no hay otras aguas de que puedan servirse los contrarios, derrames las balsas y corrompas ó ciegues las norias y pozos.

Que destruyas todos los víveres, forrajes y almacenes de vino, aceite, legumbres ú otros comestibles, que del país inmediato á la plaza no puedas introducir en la misma, ó retirarlos á paraje donde los enemigos no los tomen, ó aprovecharlos para tu ejército que se mantenga vecino á un frente de la plaza.

Que siendo fáciles de romper los caminos precisos á la artillería y más grueso carruaje de los enemigos, como suele suceder en laderas correspondientes á precipicios, ó desbaratando los puentes que están encima de no

vadeables ríos, destruyas tales caminos.

Que rompiendo algunos diques, ó sangrando ríos inundes el terreno en que los enemigos hayan de campar ó abrir la trinchera, ó la avenida por

donde más fácilmente podrían recibir sus forrajes y convoyes.

Que si á poco que se profunde en el puesto por donde la plaza es atacable, se halla peña, agua ó pedregal, retires á la plaza la tierra, por la grandísima dificultad que resultaría á los enemigos para adelantar su trinchera.

Que en el propio caso ó en el de no encontrarse más que arena volante, recojas de todas las poblaciones del contorno ó destruyas las botas, grandes arcas, sacos, tela, colchones y lana de que pueden los enemigos suplir la falta de tierra para la construcción de baterías y trincheras. De los expresados géneros los que puedas introducir en la plaza, le serán de gran servicio para cortaduras y suplemento de batidos parapetos.

Que esplanes las cercas y setos paralelos á la plaza y llenes los caminos hondos de la misma alineación, por todo el alcance de la artillería; pero por si los contrarios no dan tiempo de acabar la obra, empiézala desde junto á la plaza, para que á lo menos el fusil obligue á los enemigos á venir

por todas partes con la dilación y gasto de una trinchera.

Que se reconozcan de nuevo los almacenes de boca y guerra de la plaza, sin fiarte á relaciones de proveedores, ó guarda almacenes, para ver si conviene reemplazar alguna cosa que se haya echado á perder, ó que

falte, por descuido, infidelidad ó interés de los guarda almacenes.

Que si estos no son conocidamente fieles, debes mudarlos; pues aunque para abrir las puertas de los almacenes asiste un ayudante del gobernador, otro del comandante de la artillería, y á veces un comisario de guerra, de ordinario se fían al guarda almacén, que puede corromper ocul-

tamente los víveres, ó dejar fuego que vuele las municiones.

Que la cantidad de aquellos y de estas se proporcione al número de hombres de la plaza, y á los días que ella puede resistir, conforme hubiere de sostener un ataque ó un bloqueo, para que no resulte más útil á los enemigos su toma con lo que hallaren de sobra en ella. No obstante, debe hacerse largo tal cálculo, porque las bombas arruínan algunos almacenes, y el sitiador no da buena capitulación á la plaza, cuyos desertores ó confidentes avisen ir cerca de su fin las municiones ó víveres.

Que pongas al comando de la plaza gobernador vigilante, robusto,

bravo, inteligente y no mal visto de la guarnición.

Que la mayor parte de ella no sea de auxiliares, sinó de tropas de tu

príncipe que otras veces hayan defendido plazas.

Que antes de echar al pasto los ganados de la plaza, por avenida no cubierta de tu ejército, se avancen partidas que hagan la descubierta, y se mantengan siempre delante de ellos, no obstante lo cual no se alargará el ganado hasta donde puedan tomarle destacamentos más fuertes que dichas partidas, en especial si tu ejército se alejó ya de la plaza.

Que en el último caso no se detenga en ella el príncipe á quien los enemigos pudieran sorprender los pasos de la retirada y obligarte á un des-

ventajoso combate para librar al soberano.

Que tampoco se mantengan tus naves de guerra en puerto, cuya boca sean capaces de cerrar los contrarios con sus escuadras, ó con baterías que pongan en las puntas que forman la entrada del puerto.



Que en la amenazada plaza, si tu ejército no está cerca de ella, deben tenerse guarnecidas las obras exteriores, particularmente aquellas en que, por más apartadas, pudiera mejor conservarse un destacamento enemigo que las sorprendiese, ínterin que el grueso de su ejército llegase.

Que la misma diligencia, y la de tener todas las noches patrullas en la estrada cubierta y fuera de ella, sirven para que los ingenieros enemigos no se acerquen por la noche á reconocer el terreno y fortificaciones.

Que para embarazarles de ejecutarlo por el día, siempre que se presente alguna tropilla enemiga, se tire sobre ella desde las obras avanzadas, con el cañón, y, acercándose más, con fusiles rayados, gruesos mosquetes, y pasamuros, particularmente contra el uno ó dos hombres, que se viere estar de pié firme ínterin que los otros escaramuzan; porque los primeros serán los ingenieros, y los demás gente que procura divertir el fuego de la plaza. Pueden avanzarse algunas mangas de carabineros ó mosqueteros de esta, y partidillas de caballería de la misma, pero con la reserva conveniente para que no las corte una emboscada, que seguramente se hallará detrás ó al costado de los ingenieros.

Antonio De Ville hace al gobernador de la plaza, para en el caso de que vamos tratando, las proposiciones siguientes, que anoto aquí; porque las más de ellas no son practicables á la sola guarnición, si tu ejército no las ayuda ínterin que se aproxima el de los enemigos: añadiré las citas ó avisos que puedan conducir á la mayor inteligencia ó mejor logro de lo que De Ville aconseja, sin omitir alguna otra advertencia, que me parezca im-

portante.

Si el flaco de la plaza consiste en que los enemigos puedan acercarse á cubierto por barrancos ó detrás de ribazos que ella no domine aún con los caballeros ó torres que diré más adelante, considera si es más barato y breve llenar los barrancos, y explanar los ribazos, ó aumentar alguna fortificación que se avance á señorearlos; pero tenga comunicación cubierta con la plaza, y alcance á flanquearla el fuego de esta.

Montecuculi, en sus *Memorias*, propone que si á tiro de cañón de la plaza se encuentra una colina que la domine, veas si es dable rebajar su cima ó destruír sus caminos, para que no quede fácil subir á ella las piezas.

No resultando practicable alguno de los propuestos arbitrios, si el monte ó barranco está sujeto á caballeros que levantes en la plaza, ó á la cima de torres que haya en la misma, y que refuerces para que sufran artillería, no sólo conseguirás la ventaja de embarazar á los contrarios el acercarse á cubierto, y la de quedar la plaza superior á las enemigas baterías de dominación, sinó también la conveniencia de que el sitiador gastará más tiempo en su trinchera, porque se hallará precisado á enterrarla mucho.

Las mismas casas pegadas á la muralla, en frente atacable, se deben demoler, para que la ruína de su cara exterior no ayude á la subida de la

brecha, ni la de las paredes interiores embarace la cortadura.

Renuévense contra un golpe de sorpresa las rotas ó carcomidas rejas de conductos ó arroyos que tienen su desembocadura á la campaña, y haya siempre allí centinelas.

Pónganse al mismo tiempo corrientes las contraminas y surtidas, y las puertas, barreras, peines ó rastrillos, y puentes levadizos que hayan de ser-

vir durante el sitio.

El general Montecuculi, hablando con el acierto que siempre, dice en sus Memorias, que ya que una plaza no puede igualar á los enemigos en el número de hombres que tienen sobre tierra, convienen las defensas debajo de esta, donde ellos no son capaces de emplear más gente que la guarnición de la plaza.

VIII.—Ventajas de anticiparte á retrincherar el ejército junto á la plaza, que ha de sostener un sitio ó bloqueo. Expresión del terreno que sería más útil ocupar en esta operación.—Si en las cercanías de la plaza que sabes intentan embestir los enemigos, hubiere algún terreno que, ayudado con el arte, ponga en seguridad á tu ejército, y queda fácil á este recibir allí sus forrajes y víveres, adelántate á fortificarte en dicho terreno, para incomodar los destacamentos, forrajes, convoyes, y trabajos de los enemigos, cuando, al favor de la cercanía, reconozcas oportunidad para ello.

Vale también la propuesta cercanía de tu ejército para que los enemigos no se atrevan á dar el asalto á la plaza, ó á lo menos, para que destinen pocas tropas á él, pues si en tal operación empeñasen fuerte número, les haría falta para oponerse al ejército, que durante ella, movieses contra el

Lo menos que puedes lograr en la aconsejada proximidad, es que los enemigos, por evitar el riesgo dicho, concedan á la plaza ventajosa capitulación.

Si el terreno ayuda para la seguridad de tu ejército, fortifícate en lugar desde donde cubras, enfiles ó domines el paraje por el cual pueden los enemigos dirijir la trinchera, baterías y minas, contra el costado más débil de la plaza, ó campar cómodamente su ejército sobre ella sin peligro de

inundaciones, de mal aire, de falta de agua, ó de otras desventajas.

En defecto de terreno ventajoso inmediato á la plaza, conviene fortificar alguna estrecha avenida, que sería útil á los enemigos para excusar el trabajo de grande circunvalación, para recibir sin estorbo los forrajes y convoyes de aquella parte, y para imposibilitar á tu ejército el socorro, aunque durante el sitio llegase á ponerse más numeroso que el de los contrarios.

Resulta más importante la práctica de fortificarte sobre una estrecha avenida, si no hay otra para que los enemigos lleguen sobre la plaza, ó si destruyendo tú las demás la reduces á única.

Sería con particularidad utilísimo fortificarte en paraje que te conservase libre la comunicación con la plaza, que en tal caso, recibiendo á menudo cuantos socorros necesita, y deshaciéndose cotidianamente de enfer-

mos y heridos, no debe perderse por mucho que dure el sitio.

Comunicándote con la plaza, los enemigos fatigarán en extremo sus tropas en presidiar la trinchera cuanto baste contra las surtidas, no ya de la guarnición, sinó de todo el ejército, pues de un instante á otro podrás prestar á la plaza las tropas necesarias para salidas poderosas.

IX.—Para acercarte á la plaza de que ya los enemigos tienen tomados los puestos. Forma de enviarle dinero, aunque se interponga un río ú otro paso no franqueable por tropas.—Sucederá tal vez que no hayas podido anticipar las diligencias propuestas en el anterior capítulo, porque el

ejército enemigo sorprendió los puestos á una plaza distinta de la que recelabas, ó porque antes que se fortificase al rededor de la ya amenazada, no hubieses juntado las tropas, que supongo te lleguen después en suficiente número para acercarte á los contrarios; en cuyo caso comenzarás por atacar y rendir todos los castillos, lugares fortificados, ú otros pequeños puestos avanzados de la línea enemiga sobre tu avenida, para que alguno de ellos no incomode tus convoyes y forrajes cuando aproximándote al ejército enemigo, dejes por la espalda los expresados castillos, fuertes de campaña, ó villajes retrincherados.

Alejandro Farnesio, para facilitar sin combate general el socorro de París, empezó por tomar el castillo de Lagni á cuyo favor se fué aproximando á aquella capital, que al fin quedó socorrida.

Si los puestos que has tomado, no están bastante inmediatos á la plaza, te acercarás á ella lo más que fuere posible, retrincherándote allí aunque seas superior, y construyendo baterías en parajes que enfilen ó dominen la enemiga línea; todo para tener desasosegados á sus defensores, y lograr las otras ventajas que expresó el antecedente capítulo.

Para que (aun ayudado con los estratagemas que dirá el siguiente párrafo) te sea factible introducir tropas en la sitiada plaza, se puede interponer el estorbo de un grueso río, ó de estrechas impenetrables avenidas que sirvan de segura circunvalación al sitiador. Si entonces la plaza está en riesgo de perderse por falta de caudales, como iba á suceder en Pavía cuando la atacaron los franceses contra Carlos V, basta que te acerques á puesto de donde alcancen gruesos morteros, en cuyas bombas enviarás á la plaza cuanto dinero necesite.

Francisco Zignoni, ingeniero de los españoles en el ejército de Felipe IV, introdujo en Turín, sitiada por franceses, algún socorro de pólvora, sal y harina, por medio de bombas ó grandes bolas de metal, que desde un puesto vecino á la plaza arrojó á ella con morteros. «Ya se deja ver cuánto más puede bastar este arbitrio para el dinero, que para municiones de boca y guerra.»

X.—Socorro de plaza cortando al sitiador los víveres, agua y forrajes.—Si los enemigos no tuvieren ejército bastante para ir á buscar el
tuyo y dejar tropas á continuar el sitio, campa entre ellos y la plaza de
sus almacenes, ó país donde puedan formar sus principales convoyes; para
que por falta de estos, abandonen el empeño, si no hicieron de antemano
la prevención de víveres.

Atacaba el rey Carlos Gustavo de Suecia la plaza de Zamoscia; pero el general Czarnieschi, jese de ejército de su rey Juan Casimiro de Polonia, campando siempre en lugares oportunos para embarazar los convoyes al ejército sueco, le redujo á tal carestía de víveres, que le sue indispensable dejar la empresa. Igual conducta bastó á Amíscar Barca para que, por sata de subsistencia, levantasen el sitio de Cartago los rebeldes Mathon y Spendio.

Cuando los enemigos necesiten de conservar en el ejército sitiador grueso cuerpo de caballería, porque sus infantes no basten contra el posible ataque del tuyo, si los contrarios no anticiparon la provisión de forrajes, adelanta partidas que incendien todos los forrajes secos, así de la campaña como de los pueblos, hasta donde los forrajeadores enemigos sean capaces de alargarse, rompe los puentes de aquellas avenidas, y por otro lado

atraviesa tu ejército á favor de algún terreno ventajoso entre los sitiadores y el país más cómodo y abundante para sus forrajes.

XI.—Socorro de plaza marítima con distinción de cuando se debe intentar por agua ó por tierra.—Para socorrer por mar la sitiada plaza, puede haber la razón de ser tan fuertes los pasos que ocupan los enemigos en tierra, que aun hallandote superior en tropas, haya poca esperanza de

buen éxito en su ataque.

No debes discurrir en socorrer por mar una plaza, si el sitiador anticipo la diligencia de pasar entre aquél y ésta una buena línea cubierta de ambas partes, ó de rendir la villa baja ó arrabales que sirven de comunicación á la plaza con la marina, ó de construír buenos fuertes en las puntas de tierra que se avanzan á formar al puerto una estrecha entrada, cuya boca los enemigos impidan con naves afondadas ó con una cadena sostenida por dichos fuertes y por embarcaciones armadas.

Pero suponiendo que halles igual el peligro y la utilidad resultable de la operación de mar ó tierra, yo intentaría el socorro por ésta; pues aunque los enemigos te rechacen, tu pérdida no será grande, respecto de que no seguirán el alcance, por no desordenarse, al saltar por encima de su línea, ó no desfilar al salir por las barreras de la misma, en lo cual tendrían gran riesgo de que volviendo sobre ellos, los batieses primero que

formasen.

Otra razón es que no siempre bastan los socorros marítimos para embarazar la pérdida de una plaza en cuya toma se empeñen los sitiadores, queriendo á costa de gente ganar la brecha, sea poca ó mucha la guarnición; porque los navíos no llevan refuerzo de murallas.

A más de esto, sucederá tal vez que después de aprestado el socorro marítimo, una borrasca le extravíe ó las calmas ó vientos contrarios le detengan en el puerto ó mar; peligro que se aumenta cuando el convoy ha

de venir de muy lejos.

Atacada Gibraltar por tropas del rey, llegó a padecer graves carestías, no obstante la superioridad de sus amigas naves inglesas y holandesas.

XII.—Socorro de plaza situada sobre grande lago ó río navegable, y medios para atacar ventajosamente á una porción del sitiador ejército, que se halle dividida en los dos márgenes de un río, cuyos puentes desbarates.—Si la plaza está sobre un río, puede socorrerse con víveres y municiones que pongas en pieles vueltas á coser, ó en barriles bien calafateados, echando al río los barriles ó pieles, á hora que prudencialmente parezca oportuna, para que pasen durante la noche desde donde comienzan las guardias avanzadas del ejército contrario, hasta la plaza, cuyo gobernador se hallará advertido para tender sobre el río algunas redes fuertes, en que las pieles y barriles se detengan aprontando barquillos que les recojan, antes que el peso de muchos barriles ó pieles despedacen la red

Para evitar este peligro, y para que no se vean fácilmente las pieles ó barriles, no se eche demasiado número de ellos juntos y empléense las no-

ches oscuras.

Aun sin pieles ni barriles pueden echarse al río nueces y otras frutas y legumbres, como haces de leña y de forraje y ganados muertos, atándoles la boca, y cerrándoles con yerba la garganta para que no se llenen de agua,

ni por consiguiente vayan á fondo.

Supongo no hayas dado á entender que piensas en tal género de socorro; pero si el general sitiador sabe su oficio, con la sola sospecha de aquel posible recurso tuyo, se anticipará á poner sobre el río por más arriba de la plaza, redes y barquillas para detener los ganados, pellejos ó pipas del socorro, y entonces te resulta preciso aguardar una fuerte riada, para que al favor del ímpetu de la corriente, se rompa la red de los enemigos por muchos troncos que arrojes al río (sin ramas por donde la gente de los barcos enemigos pueda asirlos con garfios para vararlos en la orilla), horas después de cuya operación entregarás á las aguas el socorro, habiendo avisado al gobernador que no tienda su red hasta que vea pasar los troncos.

La mayor y frecuente dificultad es que los enemigos tendrán por más arriba de la plaza un puente; y en sus barcas ó en gruesas cuerdas que atraviesen de una á otra de aquellas, se pararán los troncos y los apartarán las barquillas enemigas antes que lleguen á romper la red que esté más abajo. En este caso, precedan á los troncos gruesas vigas puestas en cruz ó (lo que es mejor) un brulote, siempre en noche oscura, para que la artillería del sitiador no le afonde, y si te hallas con fuerza de embarcaciones armadas, escolten al brulote hasta cerca del puente, para que las de los enemigos no le varen, ó no le detengan agarrándole con un arpeo á la opuesta punta, de cuya cuerda esté una áncora que dejen caer.

Hallándote superior en armadas embarcaciones, si rompes el puente que el sitiador tenga sobre la plaza, con las propias embarcaciones puedes introducir el socorro más seguro que en los propuestos barriles ó pieles.

Otro género de socorro al favor de embarcaciones de superior fuerza, es que ellas impidan á los enemigos los víveres y forrajes, que ordinariamente se reciben por el río en más abundancia y con menor coste.

Si por los medios propuestos en el párrafo anterior ó por las avenidas del río, se rompen los puentes del ejército sitiador que esté dividido en ambos márgenes, y te hallas á distancia de caer sobre una de las porciones del mismo ejército, primero que se acomoden sus puentes ó que se unan dichas porciones con barcas, ó por los vados que en riadas grandes ordinariamente son impracticables, no pierdas tiempo en moverte á cargar la parte de enemigos que te convenga, según el terreno y el número.

El mariscal de Monluc dice, que habiendo el almirante Coligni, echado sobre la Garona un puente con designio de pasar por él à atacar à Castelgeloux y otras plazas vecinas à aquel río, despidió una noche el expresado Monluc por la Garona abajo un molino de madera cargado de piedras, que chocando contra el puente del Almirante, le fracasó enteramente, cuya operación rompió todas las medidas de Coligni, y puso en gran peligro la porción de tropas de este que se hallaban del otro lado del río con el conde de Mongomeri.

XIII.—Correspondencia con el gobernador por bombas ó balas, por palomas y perros, por la corriente de un río y por buzos en el mismo ó en el mar. Avisos por fingidos vivanderos ó desertores.—Si al favor de

las ventajas del terreno, pudieres acercar tropas á la sitiada plaza hasta dentro del alcance de un mortero, probarás el tiro de este con dos ó tres bombas descargadas y dirigidas á una de las plazuelas de la ciudad, ú á otro paraje donde no haya casas. Dichas bombas incluirán sólo un papel que diga: «El gobernador haga registrar las bombas, que después de esta se disparen del mismo puesto»; con lo cual no dejará de poner soldados de confianza á vista del paraje hacia donde cayeron las primeras bombas, y

del sitio de que han salido.

De un palomar de la plaza cuyo sitio ó bloqueo sospeches, te anticiparás á tomar algunas palomas de las que iban sueltas; y para que no pierdan el tino de su antigua morada, las harás conducir de día á una población ó casería de tu obediencia que esté á vista de la plaza, teniendo allí cerradas las palomas y ariscándolas á menudo para que no cojan cariño al nuevo puesto. Cuando se ofrezca escribir al gobernador después que se hallen tomados los pasos á la plaza, atarás un billetico al cuello ó ala de una paloma, y la soltarás á hora en que reposen las baterías, porque su estruendo no la obligue á retroceder. El dueño del palomar que supongo sea de tu entera confianza y que tenga bien conocidas las palomas, en viendo la recienvenida, la cojerá para entregar el papel al gobernador, conservándose entre los dos el secreto, porque si llegase á noticia de los enemigos, apostarían tiradores de vuelo á matar las palomas para tomar los papeles; harían diligencia para averiguar de qué palomar salen, y castigarían á tu confidente si se halla en lugar de la jurisdicción de los contrarios, ó echarían por el atajo de recojer todas las palomas de los pueblos inmediatos.

Para que el gobernador te avise el estado de su plaza, habrá retirado á ella palomas de alguna población vecina que se pueda mantener á tu obediencia, ó donde el dueño del palomar, siendo tu oculto parcial, se encargue de quitar los billetes á las palomas y de enviártelos; de cualquier modo sean dichos billetes muy chicos, y teñido su papel del color de las palomas,

para que al volar estas no se descubran aquellos.

Con el mismo arbitrio de las palomas, introdujo el príncipe de Orange en Haerlen cuantas cartas quiso, y las recibió de los de la plaza sitiada por españoles, entonces que era el año de 1572 ó 73.

Del cónsul romano Hircio escribe Frontino: «A palomas que tenía de antes al oscuro y hambrientas, ataba con sedas las cartas, y soltándolas cerca de Módena donde estaba Decio Bruto sitiado por Marco Antonio, volaban á los más altos edificios donde las recojía Bruto, habiéndolas acostumbrado á buscar allí su comida.»

En lugar de palomas tomarás con disimulo cinco ó seis perros los más ariscos de la plaza que va á ser embestida, y de aquellos acostumbrados á volverse á casa de sus amos de cualquier otro paraje á que los lleven; tenlos atados, trátalos mal, y antes de soltar uno de ellos, le pondrás el billete cosido entre el aforro y un pequeño collar del mismo color que el cuello del perro, y hazle apalear al ponerle en libertad, con lo cual seguramente no se detiene hasta las puertas de la plaza, cuyos oficiales de guardia se hallarán secretamente prevenidos de recibir el perro; y para que no se espante con el ruído de las baterías que juegan más durante el día, ni los enemigos le observen tan fácilmente, conviene soltar el perro á hora en que pueda llegar á la plaza por la noche. El dueño del perro llevará el billete al gobernador, y este para darte los avisos oportunos, puede haber

tomado algunos perros de paisanos afectos á tu príncipe que vivan en lugares ó caserías del contorno, usando siempre la precaución del secreto aconsejado al tratar de las palomas, porque los enemigos no anticipen á las tropas orden para matar los perros que vayan hacia la plaza, y para reconocer si llevan algún papel.

A diferentes oficiales que se hallaron en la última defensa del castillo de Milán, oí decir que un perro cuyo dueño estaba en dicho castillo y tenía su mujer en la ciudad, fué y vino con diferentes papeles, hasta que al fin de muchos viajes, le cojieron ó mataron los imperiales noticiosos del caso.

Nada se hace hoy de nuevo. El antiquísimo escritor Æneas Táctico dice que los tesalónicos inventaron esta correspondencia por medio de perros.

Si la plaza está sobre un río, el gobernador con pretesto de pesca mandará atravesar en dicho río una red, y echando tú por más arriba las cartas envueltas en tela encerada, correrán hasta la red, donde habrá persona que las recoja con disimulo; porque si los enemigos averiguasen aquel arbitrio, pondrían otra red más arriba de la tuya ó despedazarían esta con árboles que arrojasen al río, como con diferente motivo probó el anterior capítulo.

Para que tú recibas cartas del gobernador, atravesarás la red por más

abajo de la plaza.

Del citado antecedente capítulo se infiere, que importa echar al río las cartas á tiempo que puedan pasar de noche por delante de los enemigos para que estos no las vean; y que tú y el gobernador debéis anticiparos (por una de las señas que dirá el capitulo siguiente) el aviso de la noche en que irá la carta, para tender entonces la red, que si de continuo estu-

viese puesta daría sospecha.

En esta correspondencia se ofrece sólo el reparo de que la corriente arrimará tal vez las cartas á un lado en que la yerba ó broza del margen las detenga, pero encaminando muchas á un tiempo alguna llegará, particularmente si van dentro de bolas de madera, cuyas dos mitades se cierren por una rosca, pues allí no tienen las ramas donde hacer presa, y aunque por desgracia los enemigos cojan tal cual bola, yendo las cartas en cifra nada pierdes. Por si el día sobreviene primero que las cartas lleguen al destinado lugar, pudiera darse á las bolas un color que se confunda con el del agua, y así no se reparará tan fácilmente en ellas.

Con plaza sitiada que esté sobre un río, puedes también corresponderte por buzos, que echándose al agua en una noche oscura, pasen por debajo de las barcas ó puentes de los enemigos, no saliendo en el resto de su viaje más que lo preciso á respirar de tiempo en tiempo, ó á descansar en la orilla. El buzo llevará las cartas atadas al cuerpo en una bolsa de doble encerado, y el gobernador enviará las suyas por los mismos buzos, ó por otros que vayan á salir buen trecho más abajo de la plaza en concertado paraje, donde los aguarde una partida ó espía que te lleve dichas cartas, precediendo siempre el aviso por uno de los señales que ya dije explicaría el capítulo que sigue.

Cuando sea muy largo el tránsito para el nadador, á causa de extenderse mucho sobre la orilla del río las guardias contrarias, aquel puede llevar ceñida debajo de los brazos y asegurada con cintas que se aten al cuello, una piel embreada por adentro, de la cual por la parte de adelante

salga una boquilla de madera (como la del fuelle de una gaita) por donde el nadador llene de viento dicha piel mientras descanse ó vaya sobre agua; y al tiempo de sumergirse con apretar la piel saldrá el viento, después de lo que el mismo nadador cerrará la boquilla con un tapón bien ajustado para que la piel no se cargue de agua. En otra parte dije que lo principal de esta invención era de D. Sebastián de Medrano, en su *Ingeniero*.

El expediente aconsejado para un río, es también practicable para corresponderte con el comandante de un puerto que los enemigos tengan bloqueado, sea echándose de noche al mar con las cartas tu nadador desde una orilla hasta donde no lleguen las guardias contrarias de mar ó tierra, ó desde una barquilla en que se haya acercado por el día á las naves ene-

migas con pretexto de vender fruta, verduras ú otros víveres.

XIV.—Voz que harás correr sobre el estado de tu plaza y ejército para que los enemigos yerren la manera del ataque. Dícese cuándo el gobernador ha de publicar ó no que te previenes al socorro.—Cuando por avisos de tus espías ó por la abertura de trinchera conozcas el frente de plaza que los enemigos se dirigen á atacar, si dicho costado es flaco, osténtate contento dando á entender que por aquella parte la plaza tiene muchas buenas, y ocultas minas, facilidad para las cortaduras, ú otras ventajas. Al contrario, si los enemigos atacaren el más fuerte lado, te afectarás afligido, mostrando como en confianza (pero á cantidad de personas), que por allí padece la muralla considerables, aunque no vistos defectos. El mismo artificio practicará el gobernador, para engañar á los soldados que tenga en la plaza el sitiador, que tal vez con eso persistirá en atacar el más defensable frente; y si había comenzado contra otro, no sólo perderá mayor número de hombres, sinó también trabajo, días, faginas y dinero.

Rara es la plaza que se ataca por el frente más débil: el motivo puede consistir en hallarse interior la fuerza por el paraje que de afuera parece

flaco.

Otras veces viene de que el ingeniero en jefe se desdeña de seguir la común opinión de su ejército ó la de otros de su oficio que anteriormente atacaron la misma plaza, y como son rarísimas las que se hallan por todas partes igualmente fuertes, y es natural que el primer sitiador elija la parte más flaca, toca otra más defensable al segundo que varía el ataque.

El de los últimos cuatro sitios de Barcelona, siempre fué diverso, aunque unas mismas las fortificaciones, y excelentes los ingenieros de los ejércitos sitiadores.

Si la plaza tiene más víveres que tropas, y que municiones y fortaleza de murallas, ó si necesitas de muchos días para disponer el socorro, ejecuta sin estruendo las prevenciones para aquel, y disminuye en las voces que echares el número de tu ejército; á fin de que los enemigos no se den extraordinaria priesa en adelantar los trabajos, brecha y asaltos, pues no recelando socorro, es natural quieran ahorrar al príncipe municiones, y á las tropas mortandad y fatiga, particularmente si logras persuadir que la plaza carece de víveres, en cuyo caso tal vez se reducirán los sitiadores á un bloqueo, por los expresados motivos y por no volver á su príncipe menos provechosa la conquista de la ciudad, que tomada por avance, padecería los destrozos que le siguen.

Digitized by Google

Para que mayormente abandonen los enemigos la aprehensión de tu socorro, espárzase mañosamente la voz de que te hallas con orden para no intentarle, y da todas las señas posibles de que por esta ó por otra razón estás determinado á evitar el combate.

Cuando te halles interiormente resuelto á no socorrer la plaza, ó para introducir el determinado socorro no aguardes más tropas que las ya incorporadas en tu ejército, ó bien si la plaza carece de municiones de boca, y abunda en pertrechos y hombres de guerra, debes al contrario de lo dicho en el anterior párrafo, desear que la emprendan por ataque, y que se den prisa en los asaltos á estrada cubierta y obras exteriores, para que la toma les resulte costosa, ó á fin de que perdiendo mucha gente en las expresadas funciones, los halles enflaquecidos cuando los ataques para abrir paso al socorro.

En el supuesto caso darás á entender que tienes precisas órdenes de tu soberano para socorrer á toda costa la plaza luego que te lleguen los regimientos que se finja marchan de otro país á reforzarte, y muestra que tu recelo sólo es de que en el ínterin los enemigos apretando el ataque, rindan

la plaza.

Divúlguese la noticia de que la guarnición se disminuyó mucho por enfermedades y heridas, que se hallan poco unidos los jefes, y defectuosa la plaza en pertrechos para cortaduras, contraminas, y otros reparos conducentes á la defensa; excepto en almacenes de víveres, que se esparcerá voz estar más abastecidos de lo que se cree; pues aunque parece que el general sitiador á punto fijo sabrá el estado de la plaza, no siempre sucede así.

Siempre que el gobernador vea que las tropas ó paisanos comienzan á perder coraje, mientras áun puede la plaza continuar la defensa, insinúe segura esperanza de pronto socorro.

Así lo ejecutó el duque de Nemours comandante de París por la liga católica, y con eso aquella ciudad, aunque sumamente apretada, prosiguió á defenderse hasta que Alejandro Farnesio llegó á so-correrla.

XV.—Para obligar á los enemigos, por una guerra de diversión á que abandonen el sitio de la plaza que atacan, ó el país tuyo que ocupan; ó para compensar en tierras de tus contrarios la pérdida que padeces en dominios de tu principe, si el ejército enemigo no los deja.—Si te hallas con los necesarios pertrechos para un sitio, y haces el de alguna plaza cuya pérdida resultase de gran perjuício á los enemigos, es natural que abandonen el ataque de la tuya por socorrer la otra.

Sitiando el señor don Juan de Austria con ejército de España la plaza de san Guilhein, año de 1656, el vizconde de Turena que mandaba las tropas de Francia, se puso al ataque de la Capela, conque por socorrer á esta, levantaron los españoles el sitio de la otra plaza.

Si los contrarios, encaprichándose á tomar la plaza, que embistieron, prosiguen su ataque, y te dan lugar de rendir la que tu sitías, hallarás en ella recompensa de la que pierdes, particularmente si emprendiste contra una de cuya adquisición te resulte mucho útil, ó á los enemigos considerable daño.



Monsieur de Rone, maestre de campo general del ejército de Felipe II, que servía en Flandes à las órdenes del cardenal archiduque Alberto, aconsejó à este que dejase perder la Fera (atacada por Enrique IV de Francia) à trueque de tomar sobre los franceses la plaza de Calés, que daría con usura satisfacción de la Fera, en caso que Enrique no levantase su sitio para ir al socorro de Calés, y habiendo el archiduque abrazado el consejo de monsieur de Rone, ocupó efectivamente aquella importante plaza con gran sentimiento de los franceses, que obstinados sobre la Fera, conocieron aunque tarde los dandos que les ocasionaba la rendición de Calés.

Supongo no te empeñes contra plaza tan fuerte, que pudiendo sostenerse de por sí, ó por un destacamento que el ejército contrario sea capaz de hacer, no ponga á los enemigos en aprensión de perderla, ni por consiguiente abandonen para su socorro el sitio que ejecuten de otra plaza tuya.

También supongo no ataques la que es natural se resista más días que la tuya, porque los enemigos después de tomar esta, correrian al socorro de la otra; antes bien debes atacar la que sea dable rendir primero que tu plaza se entregue, á fin de acudir á socorrerla si en el ínterin se te incorporan tropas bastantes, ó si el ejército enemigo pierde tantas, que se vuelva inferior al de tu príncipe.

Proponiéndose al conde Pedro Ernesto de Mansfeldt (gobernador del país bajo por Felipe II de España) que para obligar al conde Mauricio de Nasau á levantar el sitio de San Getrudimbergh, atacase Mansfeldt la plaza de Breda, rehusó el consejo, meditando que Breda, por su mucha fortaleza, se podría defender hasta que tomando Mauricio á San Getrudimbergh, pasase con el ejército holandés al socorro de Breda.

El sitiar una plaza importante á los enemigos, vale también á veces para sacarlos de tu país donde al favor de inteligencias ó del ventajoso terreno, se conserven inseparables á tu ejército.

El conde de Walstein, mandando las armas del señor emperador Leopoldo Ignacio con el encargo de sacar de la Baviera las tropas del Rey Gustavo Adolfo de Suecia, sitió á Nuremberg, plaza de mucha consideración para Gustavo, que por acudir á su socorro, abandonó efectivamente la Baviera.

Puede suceder que no te halles con pertrechos para atacar una plaza, y que tengas ejército bastante para internarte en el país enemigo, lo cual caso bastará para que los contrarios abandonen el tuyo, ó levanten el sitio de la plaza que atacaban, particularmente si penetras en la provincia que suministra á los enemigos la mayor porción de víveres, dinero, municiones, hombres y caballos; ó donde sea natural teman los contrarios inteligencia de sus pueblos con tu príncipe.

La situación de las provincias de tu principal enemigo, la dificultad de atravesar los desfiladeros ó ríos que haya para llegar á ellas, ú otras infinitas circunstancias, pueden hacerte sobrado peligrosa ó poco útil la operación de penetrar en dichas provincias, y no ofrecerse los mismos inconvenientes para internarte en la de uno de los príncipes que forman la liga contraria, y sea muy considerado en ella. En tal caso lleva la guerra á los dominios del expresado príncipe, quien para socorrerlos, no sólo moverá las tropas que tiene en el ejército enemigo, pero solicitará que porción de este ó todo él marche á reforzarlas.

XVI.—Ventaja de obrar por inteligencias, y examen de cuando sean licitas. Forma de adelantarlas con el dinero en que sobrepujes á los ene-

migos que te excedan en tropas.—Antigua es la sentencia de que si no alcanza el pellejo del león se emplee el de la zorra, supliendo con el arte, que no siempre es caro, los defectos de la fuerza que, áun cuando sale feliz, se experimenta costosa. La dificultad consiste en acompañar lo útil y lo justo, ya que hasta los gentiles conocieron que sin justicia no puede haber durable utilidad.

Entre los expedientes del artificio, el más eficaz es convertir en guarnición tuya la que servía de punta de enemiga espada, volviendo contra los adversarios las tropas á cuya oposición las de tu príncipe no basten.

Estando ventajosas contra España en el país bajo, las armas holandesas, por el socorro que los franceses daban al principe de Alenzón protector de aquel país, excitaron los españoles la revolución de los señores de Guisa, con lo cual tuvo el Cristianisimo por bien cesar en promesas y socorros á la Holanda, á trueque de que España no favoreciese el partido de los descontentos de Francia.

Tengo por incontestablemente lícito seducir los parciales de un puro jefe de rebeldes; pues le dieron la obediencia que sólo á tu dueño toca, y como prenda contra derecho enagenada, la puede recojer aquel donde quiera que la encuentre, sin tropiezo en el juramento de fidelidad que hicieron á su caudillo los amotinados; porque el incitarlos á romperle, sirve para traerlos á cumplir el que primero habían hecho á tu soberano con la justicia que al otro falta, y solemnizado con la aprobación del reino, el cual nunca se libraría de una continua civil guerra, si cada persona pudiese derogar los establecimientos del mismo.

Con poca plata se compra mucho acero. Así, en caso de aventajar en caudales á los enemigos que te excedan en fuerzas, haz sembrar en su campo billetes que ofrezcan algún dinero y pasaporte libre para donde gustaren á los soldados enemigos que deserten á tu ejército, y mayor interés á los que tomen partido en él.

La diligencia de acercarte á las disgustadas enemigas tropas, es más precisa cuando el resto del obediente ejército contrario puede reducirlos con la fuerza, contra la cual ofrecerás á los descontentos el necesario socorro.

Por este medio llevó el conde Mauricio de Nasau al servicio de Holanda las tropas del archiduque Alberto, que amotinadas por falta de pagas, se habían apoderado de Hostrat y estaban puestas en extremo aprieto por un destacamento del mismo archiduque, mandado por el conde Federico de Berg.

LIBRO XVIII.

Ocasiones en que deberás evitar un combate. Medios para que los contrarios no te obliguen á él; y advertencias para en caso que no puedas ya diferirle por mucho tiempo.

I.—Precisión de órdenes de tu corte, ó de votos de tus generales para aventurar una batalla: razones de no buscarla, aunque tuvieses certidumbre de vencer, si tu soberano prohibió darla.—Si tienes del soberano prohibición expresa de combatir, ni á tí ni á los demás generales toca resolver una batalla que te sea dable excusar; verase la razón particular en el párrafo que sigue; y en universal hay la de que el súbdito no puede arbitrar en precisas claras órdenes de la corte, sin usurpar al príncipe el derecho de absoluto; no menos que el defecto de las ejecuciones, vulnera la obediencia el exceso en las mismas.

Cuando te halles con la mencionada prohibición, y no obstante las posibles diligencias tuyas para evitar un combate, sea preciso librarle por eximirte de una evidente derrota, si no hay tiempo de esperar nueva resolución de la corte, solicita que los generales de tu ejército firmen la precisión de pelear; porque alguno de ellos, saliendo infausto el suceso, no diga que hubo recurso para excusar la batalla.

Los particulares motivos para que si tu príncipe te ha mandado evitar un combate, no lo busques aunque se presente ocasión que prometa la victoria; ni le aceptes sinó indispensablemente atacado; ni omitas diligencia para prometa a combatillo combatillo

cia para no verte embestido; son los que siguen.

Acaso tu soberano pensará en adquirir por amigo al príncipe del ejército que tienes por contrario; y aquel exasperado ó enflaquecido por la derrota, se negará á la amistad con tu dueño, ó será menos útil en su alianza

Ya veo cuantas murmuraciones padecerá el jefe, que siempre se halla obligado á callar la orden para no combatir, pero el servicio del soberano es primero que todo; y á restablecer los créditos del comandante llega claro el desengaño, cuando ya el tiempo no exije continuación del anterior disimulo.

Si estuvieren por breve tiempo ausentes algunos de los generales, en cuyo valor y conducta más fíes para mandar en un día de batalla las tropas, y de quienes tengan estas mejor concepto, y los enemigos mayor aprensión, debes no combatir hasta que se restituyan á tu ejército dichos generales.

Digitized by Google

II.—Motivos de la incertidumbre en el suceso de una batalla. No combata quien hallaría más dificultad que los enemigos en rehacer su ejército.—Por más que te lisonjeen las ventajas del terreno, la buena calidad y el mayor número de tropas, debes creer en el suceso de una batalla tan poca seguridad, que para hacerte perderla basta cualquiera de muchos accidentes que ninguna regla sujetó á las anticipadas providencias del entendimiento humano.

Los más ordinarios accidentes que roban las victorias al valor, conducta y fuerza, son que pocos guerreros aturdiéndose de algún acaecimiento que no esperaban, comunican el terror á las vecinas tropas, que entonces huyen por imitación, sin detenerse á investigar los fundamentos para el miedo. Otras veces la mala inteligencia de una orden, confunde un movimiento, y antes que los jefes conozcan y enmienden el error, comienza la derrota. Lo mismo sucede cuando soldados ú oficiales de tu ejército, y ocultos parciales de los enemigos echan una voz, pasan una palabra ó ejecutan una evolución, que baste para que tu línea se intimide ó se embrolle, ó deje á los contrarios blanco por donde penetrarla.

Aun después de ganada la batalla, corres peligro de perderla, si la confusión del suceso te priva de embarazar que se desordenen tus tropas en

el saqueo ó alcance.

De las expresadas incertidumbres en el suceso de una batalla, infiero la consecuencia de que no debes combatir si no vas á ganar en la victoria

más de lo que te arriesgas á perder en la derrota.

Próspero Colona, general de las tropas de Carlos V en Italia, siendo instado por los suyos á que diese una batalla al ejército de Francia, lo rehusó, diciendo que según las circunstancias de aquella guerra, el combate le exponía á grande pérdida, sin esperanzarle más que de una pequeña ganancia.

Respecto á lo dicho en el anterior párrafo, debemos examinar cuando llega el caso de creer más infaustas las consecuencias de una derrota, que fructuosas las de una victoria.

Irás á perder más que á ganar, si la principal fuerza de los enemigos consiste en caballería, particularmente cuando es más ligera que la tuya; pues venciendo tu ejército, sólo se perderá la infantería enemiga, y si los contrarios vencen, ambos cuerpos tuyos quedarán de todo punto deshechos.

Excúsate de un general combate, si conforme al país en que te hallas, á las pocas tierras que tu príncipe conservaría después de la derrota, y á otras circunstancias (que no es fácil recopilar aquí) discurres que para volver á completar de hombres, caballos y pertrechos el batido ejército, se te ofrecerá mucha más tardanza, gasto y dificultad que á los enemigos en res-

tablecer el suyo, si fuesen derrotados.

Es natural que el ejército que sostiene la defensiva, á más de las prevenciones en todas las atacables amigas plazas, no tenga en oportuna distancia los pertrechos necesarios para embestir al de los enemigos en la misma campaña que los derrote; pero si ellos vencen, atacarán luego las plazas de sus contrarios; pues como vienen dispuestos á la ofensiva, habrán aprontado en seguros ó fuertes puestos de su frontera los cañones de batir, morteros, municiones bastantes y los demás convenientes pertrechos para tomar plazas, como repara don Sancho de Londoño. Por otro lado

Digitized by Google

si los derrotas en tu país, hallarán en el suyo áun no destruído por la guerra, todo lo necesario para reemplazarse de lo perdido en la batalla; y á la siguiente campaña vuelves á encontrarlos con igual fuerza. Con que peleando ínterin que tu guerra es defensiva, irías á ganar sólo una batalla, ó á perder el combate y la provincia.

Negándose el duque de Alba á la batalla que los suyos le persuadían contra las tropas de Paulo IV, que mandadas por el duque de Guisa, atacaban el reino de Nápoles, dijo que no le queria jugar contra una chupa de brocado que era todo lo que podía ganar al de Guisa.

La regla de no combatir quien está sobre la defensiva, se exceptúa cuando no obstante dicha calidad de guerra tengas en las plazas de tu frontera las prevenciones que mencionará el siguiente capítulo.

III.—Razones de no combatir atento al estado de tus plazas, inclinación de tus pueblos, ó interés y genio de los príncipes neutrales y de los aliados á uno de los dos partidos.—Antes de resolverte á una batalla, ejecuta con las más importantes plazas de tu frontera las diligencias que sean posibles de entre las que aconsejó el anterior inmediato libro, de cuyo modo, aunque los contrarios ganando el combate, penetren país á dentro y dejen cortado el paso de los convoyes á dichas plazas, podrán estas conservarse hasta que tu ejército se refuerza y las socorra, fuera de que difícilmente se adelantarán los enemigos á abrazar muchas conquistas, porque los convoyes de su ejército serían entonces los cortados por las guarniciones de las expresadas plazas; con que para asegurar aquellos y la retirada, siempre el vencedor ejército enemigo se detendrá á rendir tales plazas.

Ganando los imperiales la batalla de Zaragoza, dejaron 70 leguas por su espalda las plazas de Lérida, Monzón y Tortosa; pero habiendolas hecho provisionar y guarnecer bien desde antes el rey nuestro señor, aguantaron hasta que obteniendo S. M. la victoria en Villaviciosa, retrocedieron al fondo de Cataluña los aliados.

Debes poner en obra los posibles medios para excusar una batalla, cuando temas que si eres batido se te declararán contrarios algunos poderosos confinantes que hasta allí eran amigos ó neutrales.

El ultimo y preciso caso de no pelear, atento al interés y genio de vecinos poderosos neutrales, llega cuando temas que se aprovechen de la ruína de ambos ejércitos contendientes, después que estos hayan padecido recíproca disminución en el combate.

IV.—Parajes ó terreno en que naturalmente sería desventajoso un combate.—Considero más importante la ventaja del terreno que la del número, pues el paraje inatacable vale por más hombres que los precisos á cubrir igual frente sobre un puesto llano; y en el terreno difícilmente accesible pierden el orden y áun la respiración los más disciplinados asaltantes.

Con que á menos de indispensable necesidad, no debes combatir en terreno desventajoso; pues ni áun la victoria que te diese la fortuna, te disculparía del error en la elección de la batalla.

Cualquier terreno es desventajoso á todo ejército, cuyo general no haya podido reconocer por su persona, ó por hombres inteligentes, los em-

barazos que el mismo terreno produce, ó los que aumentó el contrario jefe.

No basta reconocer los estorbos del terreno, si no tienes forma de qui-

tarlos ó de convertirlos en tu ventaja.

Aun siendo iguales en calidad de armas los dos ejércitos, y moviéndose ambos, puede considerarse más incómodo al uno que al otro el país quebrado, pantanoso, etc., según tus tropas ó las de los enemigos se hallen menos acostumbradas á combatir en cada género de aquellos terrenos.

Si por algunos confidentes ó espías, ó de otro modo, sabes que los enemigos dentro de pocos días han de salir de un campo fuerte que ocupen, á causa de faltarles víveres ó forrajes, de padecer alguna epidemia, ó de acudir al socorro de otra frontera, no los ataques en su puesto ventajoso, particularmente si en la retirada que pueden tomar se encuentran desfiladeros en los cuales te resultará fácil batir al ejército contrario, cuando empeñada en las angosturas la vanguardia, no le sea dable volver al socorro de la retaguardia, y á fin de no ser tú el primero que se halle precisado á descampar, dispenderás con la economía posible tus víveres y forrajes.

Oi siempre decir que cuando el vizconde de Turena estaba campado con el ejército de Francia a vista de los alemanes que mandaba Montecuculi, cada uno de aquellos dos grandes generales había pronosticado la derrota del primer ejército á quien faltasen los viveres, respecto de que era desventajoso el terreno por donde podian retirarse uno y otro; pero en aquel interin murió de un cañonazo el vizconde, y no con poco trabajo y gloria salvó el conde de Lorges el ejército francés.

No te conviene pelear donde tengas lejos la retirada y los enemigos muy cerca, porque aunque los batas, no será grande su pérdida; pero si en tal paraje te derrotan, perderás en un largo alcance más tropas que en la batalla.

Tampoco te aventurarás á pelear donde no teniendo los enemigos alguna esperanza de retirada, fabricarían de la importante precisión un extraordinario coraje para salvar las vidas y la libertad á través de los peligros y demás estorbos.

El príncipe de Orange escribe ser difícil y cara la victoria sobre gente resuelta á vencer ó morir, y el dictamen del grande Scipión era que al enemigo nunca se le debian cerrar los pasos de la retirada; pues huyendo, fácilmente sería batido, porque lleva la imaginación tan puesta en sólo zafarse de las manos de su contrario, que con aquella turbación olvida el daño que es capaz de hacer volviendo en sí para ofender á quien le sigue. En lugar de que la desesperación de verse encerrado, le obligará à un particular esfuerzo.

V.—Avisos para no combatir engañado en el número de tropas de uno y otro ejército, y para no ponerte á distancia de que los enemigos carguen al tuyo interin que se hallen fuera de él considerables destacamentos.—Supongo que por confidentes y espías sepas el número de combatientes del ejército contrario; pero si este de un día á otro puede recibir algún refuerzo que le ponga superior al tuyo, hállense dichos confidentes y espías advertidos de comunicarte con prontitud el aviso, porque no te arriesgues á una batalla, engañado con la noticia del anterior número del ejército enemigo.

Pueden también los enemigos, para incitarte á una batalla, echar de su ejército grueso número de tropas con apariencia de que van á un forraje muy apartado, á sorprender alguna ciudad ó paso importante, á tomar los puestos á una plaza, ó á reforzar otra frontera, etc. Por eso deberás anticipar á tus confidentes las órdenes para que en tal caso repitan cada día el aviso del paraje en que están las destacadas tropas, á fin de que hagas la cuenta de si antes del combate ó durante el mismo, queda posible á los destacamentos incorporarse con su ejército.

Hay ocasiones donde no podrías emplear en la batalla suficiente número de las tropas de tu comando, y entonces debes no exponerte á com-

batir, sinó retirar tu grueso á un campo ó terreno fuerte.

Aunque se hallen ejercitadas en la fatiga y en el peligro las tropas de tu ejército, no las arriesgues á una batalla si para tal función las discurres inferiores á las enemigas, particularmente cuando son mejores que estas para sorpresas y sitios, ó para destruír el ejército y país contrario por correrías, emboscadas, y combates de partidas sueltas contra otras ó contra

forrajeadores y convoyes.

El hallarse unas tropas más aptas que otras para las escaramuzas, correrías, y partidas sueltas, puede consistir en la ligereza de hombres y caballos, porque á fuerza de caracolear cojen á los enemigos en flanco. Si los derrotan, los alcanzan y extinguen; y si los ven superiores ó si son derrotadas, se retiran sin peligro; pues un pequeño destacamento no es como un ejército detenido por cualquier desfiladero que encuentre sobre la huída. Pero en las batallas donde por lo ordinario se pelea de frente y son peligrosas á vista de los enemigos las conversiones y todos los grandes movimientos, se prefiere á la ligereza la fuerza.

Regularmente prevalecen para en las batallas las naciones de genio frío y tardo, porque no se desordenan con la facilidad que otras muy vivas, cuyas tropas á pesar de todas las diligencias de sus oficiales, parece

apuestan á quien llega á dar el primer golpe de arma blanca.

Un ejército sin armas defensivas contra otro que las tenga, experimentará ventaja en escaramuzas, correrías, y más funciones donde el peso de la grave armadura rendirá más presto á los contrarios, pero será inferior en las batallas donde los enemigos vengan luego al abordo.

VI.—Omítase el combate que las tropas no desean: forma de averiguar si le temen. Recopílanse los más frecuentes motivos del temor de las tropas, y se proponen expedientes para animarlas en cada caso, con expresión de lo que debes hacer si lo consigues, ó cuando no puedes lograrlo con todo el ejército, ó con parte de él.—Las tropas, y áun sus jefes, muestran á veces deseo de combatir, y al mismo tiempo abultan con artificio los estorbos para el combate; pero, siendo estos más ponderados que efectivos, debes tomar las palabras por lo que valen, y no por lo que parecen; considerándolas como disfraces del temor, que solicitan equivocarle con la prudencia y con el celo.

El modo seguro de saber por mayor si en las tropas hay deseo de combatir, es echar por la noche oficiales disfrazados que vayan cerca de las guardias y tiendas de todos los regimientos, escuchando los discursos de los soldados, con quienes tal disimulo es necesario, porque si abiertamente les preguntasen la intención, sin duda que por no incurrir en nota de cobardes, responderían que estaban prontos á pelear. Aun con los oficiales,

de que te valgas para la diligencia expresada, conviene la precaución de escojerlos incapaces de engañarte, pues los ignorantes creerán hacer algo de bueno con disimular el miedo de los soldados, no comprendiendo el peligro de llevarlos á una batalla que temen. Los que ambicionan la gloria, sin límite de prudencia, nada te dirían que pudiese apartarte de la resolución de pelear; y los tímidos achacarían su miedo á los soldados, aunque no le infiriesen de sus conversaciones.

Siempre que por los propuestos medios, ó por otros, averigües defecto de coraje en tus tropas, excúsalas de general combate; porque llevan an-

dado mucho para perderle, si se mueven repugnantes á darle.

Lo más ordinario es, que se halla un ejército atemorizado cuando los mismos enemigos, contra quienes guerrea, le han batido. Si te encuentras en este caso, no te aventures á nuevo general combate hasta que tu ejército recobre ánimo.

Prohibirás á tus espías que divulguen las noticias capaces de originar desmayo en el ejército; esparciendo tú y abultando las que puedan inspirarle valor ó constancia, excepto cuando en su anticipada publicación se aventura el logro de un suceso, cuya empresa exije secreto en la disposición de los medios.

A tropas desanimadas empléalas en algún trabajo, aunque no haya otra precisión de él, para que la ociosidad no deje tiempo á que en la imaginación de los soldados, se aumente el peligro y en sus corazones el desfallecimiento.

Ya se ve que más gustosamente que el trabajo ocupa á los hombres el regocijo, y el último estirpa de la idea las raíces de la melancolía que sue-

len producir el dañoso fruto de una sedición.

El emperador León aconseja que levantes con dádivas el abatido ánimo de los soldados, y Diego Gracián dicta que al mismo fin el general muestre siempre un semblante firme y alegre, del cual infieran las tropas que no es

tan infeliz, como pensaban, la situación en que se hallan.

Un hombre solo, puede aumentar á su nación los créditos de valerosa, y dar á los enemigos mucho recelo de la misma, respecto de lo cual parece que mejor se podrá lograr el propio fin por combates de partidas que eches á pelear contra otras de los enemigos, para que del buen suceso de las tuyas conozca el resto de tu ejército que los contrarios no son invencibles, y así pierdan tus soldados el horror que antes les tenían.

Para dichos destacamentos elegirás los más valerosos y experimentados hombres, empleándolos en terreno ventajoso y ocasión oportuna, lo cual se logra por avisos de confidentes ó espías que participen con tiempo el paraje por donde ha de marchar una tropa de enemigos, con especificación del número y día: de cuyo modo y habiendo ellos de atravesar un desfiladero, es fácil derrotarlos por una emboscada, aunque sean en cantidad

mayor que tu gente.

También puedes emplear tales partidas contra las gran guardias enemigas, ó en escaramuzas entre los dos ejércitos; pero siempre donde tu tropa, á proporción de su calidad y de la de sus armas, y de la situación de tu ejército para sostenerla, tenga ventajoso el terreno; porque si fuese batida, en lugar de restablecer el coraje de tu ejército, le confirmaría en el desfallecimiento.



Ofrece gruesa recompensa á los destacamentos para en caso que derro-

ten à la tropa contra que los destines.

Si tus destacamentos vencen, apláudelos públicamente, para que en el humo de la alabanza se acaben de extinguir las nieblas del recelo, y para que á estímulos de la envidia se esfuercen las demás tropas á la imitación del coraje.

Si tu deseo es de trabar un general combate, que suspendiste porque veías á tus tropas atemorizadas, cuando observes que por el buen suceso de los destacamentos referidos, ó por ambición de premio semejante al que ellos consiguieron, apetecen las otras la batalla, aprovéchate de aquel ardor antes que se resfríe por nuevo acaecimiento adverso, ó primero que recobren los enemigos el coraje perdido por la última ocasión infausta.

Pero si á pesar de todas tus diligencias, el ejército se conserva pavoroso ó por otro motivo disgustado, procurarás evitar los discursos que en una tregua ó en las guardias avanzadas, suelen tener las tropas de ambos partidos, pues los enemigos llevarían en su fortuna y en tu desventaja, medio asegurada la persuasión que les conviniese hacer. Lo mejor para en tal ocurrencia, es apartar del ejército enemigo el tuyo, lo cual también sirve para librar á este de la deserción que es mucha, cuando los soldados se consideran en situación infausta; y áun tal vez cuando sólo se creen inferiores.

En caso que las tropas no estén atemorizadas, sinó descontentas porque padecen grave incomodidad en los víveres, en la mucha fatiga, en las inclemencias de la estación ó en otra cosa, no busques más conveniencia que ellas; tolera con alegre semblante los trabajos iguales á los suyos; presentate el primero á la ejecución de las órdenes que parezcan difíciles, y da esperanzas de que presto se mudarán las circunstancias en que la infausta situación del ejército consiste.

 ${
m VII.}$ —**M**otivos de no pelear atento al supersticioso temor de que suelen preocuparse las tropas. Pruébase que deberás excusarte del combate inmediatamente después de larga marcha ó navegación, y el día que tu ejército no haya tenido tiempo de tomar alimento, y cuando no te halles con víveres prontos para seguir el alcance ó subsistir en la retirada.— Para el temor de las tropas, suele contribuír la superstición de las mismas; á veces aquella nace del terreno, ó del día que ha sido feliz á los enemigos ó fatal á tu nación, particularmente cuando sucedió entre los propios ejércitos que se vuelven á carear; porque el que salió maltratado, pierde con aquella representación de su pasado infortunio, parte del coraje que necesitaría entero para el futuro combate. En otras ocasiones el temor supersticioso viene de imprevistos accidentes, que el ignorante vulgo interpreta como infaustos. Proceda de una ó de otra causa el miedo, excusate de aventurar una batalla interin que no le borres de la imaginación de tus guerreros; y por no autorizar la superstición, buscarás otros pretextos para eximirte del combate.

En día que tu ejército se halle fatigado por una larga marcha ó por otro gran trabajo ó desvelo, evitarás el combate; pues si este durase mucho, el cansancio bastaría para que tus tropas descaeciesen, particularmente si están cargadas de grave armadura, poco hechas al calor que entonces haga en el país donde militan, y si no encontraron agua en la marcha.

Tampoco debe solicitar un combate el jefe de ejército en que por no haber llegado su carruaje ó por otro embarazo, no se hayan alimentado de muchas horas á aquella parte hombres y caballos; pues unos y otros necesitarán de tal socorro para conservar las fuerzas en la pelea y en los primeros términos de la retirada ó alcance.

VIII.—Razones para no combatir mientras aguardas que el ejército enemigo se deshaga por falta de viveres, forrajes ó dinero; por enfermedades ó deserciones, ó por consistir en demasiados principes la contraria liga. Dicese cuándo es natural sucedan á los contrarios algunos de los expresados inconvenientes.—Si tienes buenos fundamentos de esperar que el ejército enemigo por falta de víveres ó forrajes, abandonará la operación que te convenga impedir, ó que si se obstina en continuarla perderá muchos caballos por la carestía de los forrajes, y morirán, enfermarán, ó desertarán sus soldados por la de víveres, procura no combatir hasta lograr que se haya debilitado el contrario ejército.

Tampoco debes aceptar un combate cuando esperes que por falta de caudales el ejército enemigo abandonará la empresa cuya ruína sea tu principal intento, ó se dividirá en varios cuerpos á fin de vivir sobre el país, en cuyo caso te resultará más fácil derrotar á los contrarios después que estén

divididos.

Suspende la resolución de combatir, si tienes buena razón de creer que el ejército enemigo se arruíne por enfermedades ó deserciones: uno y otro suele resultar de la falta de víveres y de pagas; pues la miseria disgusta al soldado y le precisa á sustentarse de frutas y yerbas que le debilitan y enferman, porque aquel insustancial alimento no basta para conservarle robusto contra la pesada fatiga de la guerra.

Es natural se deshaga por enfermedades el ejército enemigo más que el de tu soberano, si aquel se compone de tropas de un clima opuesto al del país en que militan, y al cual estén acostumbradas las tuyas. En este caso precisarás á los enemigos á obrar en la estación que les fuere más adversa, para que añadida su contrariedad á la del país de dichas tropas, mayormente se enfermen ó se vean obligadas á abandonarte la campaña.

A veces se experimenta grande la deserción del ejército que se discurre inferior en fuerzas, porque las tropas imaginan que pasándose al otro se en-

riquecerán con saqueos en el país enemigo.

Será más bien fundada tu esperanza de una división entre los enemigos, cuando los príncipes ó naciones de su liga mostraron otras veces natural inconstancia en las amistades, ó desmayo en las empresas que no pudieron lograr con el primer esfuerzo.

IX.—Sobre que las murmuraciones de tus émulos ó el exterior desprecio que de tu valor hagan los contrarios, no te inciten á una batalla cuando no te conviene arriesgarla. Dícese la importancia y la forma de ocultar la orden ó el designio de no combatir.—Cualquiera sabe como un ejército se forma, particularmente cuando no se interponen considerables irregulares circunstancias en las tropas ó en el terreno, y el desprecio del peligro se ha hecho tan vulgar en la frecuencia de las guerras, que pose-

yéndole hasta los tambores, ya no le cuentan como distinción de mérito los oficiales; pero áun entre los jefes ignoran algunos la importancia ó la forma de evitar el combate que solicitan los enemigos en ciertos lances.

Cuando por órdenes de tu soberano ó por otro justo motivo te excuses de combatir, cuenta que muchos por ignorancia, otros por enemistad, y algunos por ambición á tu empleo, desacreditarán tu conducta en las conversaciones del campo y en las cartas que dirigen á sus amigos, atribuyendo tu obrar á infidelidad ó á cobardía, ó cuando menos á impericia; pero debes hacer al príncipe el sacrificio de menospreciar estas voces, y de cargarte por algunos días con la sindicación ó aborrecimiento de los tuyos, que al fin el tiempo volverá á tu sufrimiento ilustre, y á la murmuración de tus émulos vergonzosa.

El año de 1706, que milord el mariscal de Berwickc, teniendo sólo cuatro mil caballos y tres mil infantes, fué retirándose del ejército portugués desde los confines de Portugal hasta cerca de los de Aragón, así por la suma desigualdad de 7,000 mil hombres suyos á 25,000 mil de los enemigos, como porque aguardaba que se le incorporasen las tropas que venían de Francia, no faltaron ignorantes que hablasen de su conducta con insolencia, y cuando reforzado después con razonable número nuestro ejército, dió vista al de los enemigos en Iniesta, llegando el primero en extremo fatigado por una larga marcha del propio día, á cuya causa se abstuvo de combatir el mariscal, entonces ya no se guardaron medidas en las conversaciones de los poco entendidos: acusábanle abiertamente de cobarde, y llegó la temeridad de algunos á sospecharle infiel; nada ignoraba aquel general, igualmente valeroso que político y sábio; pero de todo hizo heróico desprecio hasta que presentándosele oportunidad de atacar al ejército de la Liga en Almansa, lo ejecutó con el acierto, valor y felicidad que se sabe: de este modo se convirtieron en confusión y vergüenza de sus mal afectos, las murmuraciones pasadas.

Puede ser que el general contrario para incitarte al combate, haga un exterior desprecio de tu conducta; pero si no te conviene pelear, deja que los enemigos hablen; ya que sus palabras de poco estorbo serán para tus ideas, fuera de que dando en el lazo que ellos tienden, no mostrarías menos ignorancia que valor; pues debemos creer alguna oculta ventaja de parte de los contrarios en todo lo que solicitan, y el salir de tu propósito para obrar á su gusto, no sólo es imprudencia, sinó también insconstancia y en cierto modo sumisión.

Si los enemigos comprenden que á toda costa resuelves no combatir, emprenderán muchas operaciones á que tal vez no se atreverían sin aquella seguridad.

Otro peligro en que se descubra tu dictamen ó las órdenes de tu soberano cerca de no arriesgar una batalla, sería que tus soldados perdiesen coraje, discurriendo que los tienes por inferiores de calidad ó número; y si algún accidente irremediable te precisase á combatir, entrarían al combate desmayados.



LIBRO XIX.

En que se discurre de las oportunas diligencias para después que seas derrotado.

I.—Forma y lugar de suspender á los fugitivos el exceso de la huida posterior á la derrota. Noticia de providencias con los heridos en la batalla.—Luego que veas que tu ejército en cambio de retirada toma la huída, enviarás en gran diligencia oficiales de tu satisfacción y de grado conocido, que adelantándose á ocupar los caminos, detengan á los fugitivos, los formen y marchen con ellos á donde convenga; pues las tropas que huyen si no encuentran sugeto de su veneración y confianza, no sólo dejarán de volver la cara hacia los contrarios, pero ni siquiera continuarán juntas la huída; cada soldado tirará por donde su miedo ó su capricho le dicte, y una vez que se hallen lejos de sus banderas y oficiales, más presto resuelven desertar á sus casas que restituírse á sus regimientos. A alguno he visto en este siglo desbandarse de tal suerte, que tardó meses enteros en unirse; porque no habiendo tenido su comandante la advertencia de separar de sus banderas oficiales que se adelantasen al camino de soldados y tambores, puestos por un pánico terror y sin realidad de enemigos en desordenada fuga, cada uno prosiguió hasta donde quiso, y casi entero el cuerpo de tambores no se detuvo hasta una muy apartada provincia en que habían dejado su inclinación ó su patria.

Si por el camino que llevan los fugitivos hubiere algún estrecho paso detrás del cual puedan hacer alto sin riesgo de que los corte ó atropelle la enemiga tropa que los persigue, los oficiales que dije destacases, llevarán la prevención de volver caras después del vado, puente, ó desfiladero que les parezca defensable á proporción de su angostura y del número de la recogida gente, para detener allí á los enemigos que naturalmente no llegarán con su todo; porque muchos tomarán otro camino en seguimiento de varia tropa tuya; otros se habrán desmandado al pillaje del campo de batalla, y pocos proseguirán el alcance con tanta velocidad como los que

se pusieron en huída.

Cuanto más tiempo dure á los vencedores el alcance, más prisioneros tomarán, ya de los que rindan picando la retaguardia, ya de otros que despeados, heridos, ó cansados, se detienen á entregarse no sintiéndose con fuerzas para llegar á sus compañeros.

Solis dice que Hernan Cortés, maltratado por los mejicanos en la calzada del Lago, se mantuvo algún tiempo en las cercanías de este para que se le pudiesen incorporar los soldados extraviados, de los cuales por tal medio recogió muchos aquel jefe.

Aun sin enemigos que persigan se desbarata un ejercito en la dilatada huída, porque siempre discurre á los contrarios próximos á su espalda, y en los desfiladeros y puentes se precipitan y sofocan unas á otras las tropas.

II.—Paraje hacia donde conviene que las tropas batidas tomen la retirada. Advertencia para cuando son desafectos á tu príncipe los habitantes de las plazas en que no quedó guarnición de fuerza superior á ellos.—Debes pensar en conducir el ejército á país donde por su abundancia, por el afecto que los paisanos profesen á tu dueño, ó por la sujeción en que los pongan tus plazas, estés cierto de hallar subsistencia y de tener franco el paso para que de las otras provincias te lleguen reclutas, remon tas, caudales, y lo demás necesario al refuerzo de tu ejército.

Hallándose en tales circunstancias diversas provincias de tu soberano, te retirarás á aquella en que por sus desfiladeros ó ríos te parezca más dable impedir á los enemigos de internarse en el país cuya adquisición les

pudiera, de otro modo, ser más útil y fácil.

Aun cuando no haya los precisos pasos que dije, conviene retirarse á la provincia donde necesiten el socorro de tu ejército las plazas de mayor

importancia para tu principe.

No por eso encierres grueso número de tropas en plazas mal provistas de víveres, y á las cuales puedan los enemigos tomar los puestos: porque el refuerzo de gente serviría sólo de hacerlas perderse más presto por un

bloqueo.

No se encuentra este peligro, aunque todo tu ejército se retire á una plaza, si ella está situada sobre no vadeable río, por cuyos puentes puedan evadirse las tropas que sobran para la guarnición, ínterin que los enemigos construyen otros; y aun después habrá de ser muy superior el ejército de los contrarios para dividirse á formar un perfecto bloqueo, respecto de que se expondrían á ser batidos en el uno y otro margen del río, sin que las tropas de la otra parte pudieran socorrer á las atacadas. Lo mismo digo si aun sin río, la plaza tiene precisas estrechas avenidas que guarnezcas, á buena distancia una de otra.

Si las plazas que tienes por la espalda, quedaron con tan poca guarnición, que sus paisanos mal afectos á tu dueño pudieran animarse á dominarlas, debes temer que lo ejecuten cuando sepan que has perdido la batalla. En caso de tal sospecha, la primera diligencia que hagas después de retirarte del combate, sea encaminar á las plazas un refuerzo de gente, que marchando muy á la ligera, llegue (si fuere dable) primero que la noticia de tu derrota, y áun delánte de la expresada gente enviarás en posta oficiales de entera satisfacción, que en las mismas plazas demuestren grande alegría, como si tu ejército hubiese ganado la batalla; para que, aunque los paisanos tengan por sus confidentes aviso de lo contrario, duden cual de las dos noticias han de creer, y no tomen resolución por algunos días, en cuyo intermedio llegará la referida tropa, que á pesar del desengaño, les quitará la dificultad con la fuerza.

III.—Forma de retirarse un ejército que se halla en total derrota y desorden.—Para cuando se halle tu ejército en total irremediable desorden, aconseja Contarini que se dividan las tropas en varios cuerpos, cada

uno de los cuales, en la mejor forma posible, tome distinta retirada, así por no atropellarse ni detenerse en el pasaje de los desfiladeros, como porque siguiendo los enemigos á algunos de estos cuerpos, dejen á los otros llegar á salvamento, no siendo fácil que en aquella confusión, el general contrario haga tantos destacamentos, á lo menos de número proporcionado, como diferentes caminos llevan las batidas tropas. Los comandantes de las mismas no las paren sinó lo preciso, hasta donde puedan juntarse todas las que se zafaren, teniendo para en tal caso los generales y brigadieres las anticipadas órdenes para el lugar ó lugares de asamblea, para los cuales atenderás á las observaciones del anterior inmediato capítulo.

Importa que tengan los generales muy oculto el designio del paraje á que dirijen la marcha, y que cada uno de ellos dé á entender que es todo tu ejército el que le sigue; pues con eso ni los paisanos aunque amigos de tu príncipe se atreverán á tomar las armas para disputar los pasos, ni el jefe contrario sabrá por desertores, prisioneros ó espías dónde y en qué número debe encaminar sus destacamentos, para alcanzar á tus tropas ó cortarles por algún atajo el camino; y ellas propias marcharán más animosas y desertarán menos, si creen que las siguen otras de las amigas, y tanto las primeras como los espías contrarios, perderán el tino luego que llegue la noche por la oscuridad de esta, y áun acaso de día, por la confusión que hacen los hombres y bagajes que atraviesan de una parte á otra, conque no podrán llevar á los enemigos alguna cierta noticia de la marcha y número de cada tropa.

IV.—Diligencias para dificultar á los enemigos el seguir ó alcanzar á tu ejército en la retirada, ó internarse en tu país áun por camino distinto de ella. — Ya se sabe que un país inundado queda por algunos años destruído; pero á veces se halla preciso este arbitrio para detener el alcance ó los progresos de un ejército vencedor, cuyas avenidas se anegan extraviando ríos ó rompiendo diques. Para la primera de las dos operaciones, difícilmente logrará tiempo un ejército derrotado á quien los enemigos van siguiendo, y aun sin este embarazo suele hallarse tal proyecto falible en la ejecución. El segundo expediente se halla breve para quien domine el terreno en que están los diques.

Si al favor de un paso estrecho pudieres detener algunos días á los enemigos, ó precisarlos á gastar al mismo tiempo en tomar largo rodeo para internarse en el país de tu soberano, ó para proseguir las operaciones contra tu ejército, aprovecha los expresados días en destruír los víveres y más géneros precisos á la subsistencia de las tropas contrarias, y que no te sea

dable retirar á plazas fuertes.

Viriato, para librarse de ser alcanzado de las tropas de Quinto Servilio Cepión á medida que se iba retirando, quemaba los géneros de que podían aprovecharse los enemigos; cuya diligencia imposibilitó por entonces á Cepión de seguir más á Viriato.

V.-Dicese cuándo y cómo con un ejército que fué derrotado, conviene probar la fortuna de segunda batalla.—Pueden los enemigos aun durante la batalla desordenarse al saqueo ó en el alcance por el costado que rompieron, ó en el terreno de la primera línea que derrotaron; y no hay duda que entonces los debes cargar con las tropas que todavía no fueron batidas.

Aun después que todo tu ejército haya cedido el campo de batalla y adelantado algún camino en la retirada, volverás á la carga, si muchos oficiales tuyos que escaparon de las manos de los enemigos, ó los avisos de buenos confidentes que tengas entre estos, confrontan en que son pocas las tropas contrarias no desordenadas en el saqueo; pues no hallarás ocasión tan oportuna para la victoria, con tal que puedas unir un cuerpo razonable, mayormente de brigadas que por estorbos del terreno dejaron de estrecharse en la batalla, y por consecuencia se hallan enteras y menos atemorizadas de la derrota.

Si los vencedores prosiguen sin regla ó precaución el alcance, y te hallas con la ya dicha ventaja de un razonable cuerpo de tropas, ordenado y animoso, también es casi cierto derrotarlos contramarchando á ellos de buen paso, para no darles tiempo de formar ni de recobrarse del susto del

inesperado ataque.

Pedro María Contarini es de opinión que la noche siguiente al día en que fuiste batido, vuelvas contra el enemigo ejército que dormirá descuidado en fe de la precedente victoria. Pero este pronóstico es falible siempre que los contrarios tengan un jefe inteligente, conque para formar tal resolución discurro te hayan quedado animosas tropas de razonable número, y que no por solas conjeturas, sinó por evidencia de avisos de buenos confidentes, sepas que los enemigos pasan la noche poco vigilantes y en confusión y desorden.

Salustio escribe, que Mario, maltratado por tropas de Bochus y de Yugurta, se retiró á una montaña donde le circundaron sus contrarios, y que observándolos demasiadamente confiados en el anterior suceso y confundidos en bailes y alegrías hasta la mayor parte de la noche, los dejó engolfarse en el primer sueño y atacándolos de golpe al amanecer, los venció sin resistencia.

VI.—Razonamiento á tropas batidas ó intimidadas cuando juzgues conveniente llevarlas á segunda batalla.—A tropas que en anterior combate fueron derrotadas, expresarás que por eso mismo deben creerse en otra función victoriosas; porque nunca tanto como en el suceso de las armas, gusta de mostrarse jornalera la fortuna. Sostendrás la proposición con ejemplares de ejércitos que en diferencia de pocos días batieron á los propios enemigos de quienes habían sido vencidos; y exagera la vergüenza de perder por un infortunio el coraje.

Atribuye la anterior derrota á las desventajas del terreno, á la desunión de los jefes, á la mala inteligencia de las órdenes, al descuido en que fueron sorprendidas las tropas, ú á otro accidente de que te halles libre cuando les hablas; para que no crean que venció sólo el coraje de los ene-

migos, ni por consiguiente los teman.

Si faltan del ejército enemigo algunos cuerpos auxiliares ú otros que se hallaron en él cuando el tuyo fué batido, atribúyeles el efecto de su pasada victoria, para que tus tropas, no vayan temorosas á combatir contra gente que parece tener ya tomada posesión del vencimiento.

En caso que los regimientos enemigos sean los propios que derrotaron

Digitized by Google

á tu ejército, dí que no por esto son los mismos vencedores; pues en tal y tal función han perdido los contrarios sus más famosos guerreros, en cuyo lugar sustituyeron oficiales nuevos y reclutas que pueden hacer bulto, pero no servicio.

Si el general del adversario ejército y los subalternos jefes no son los mismos que le mandaban cuando fué batido el tuyo, ni de tan acreditada experiencia y conducta, lo representarás á las tropas que muchas veces huyen de la fama del comandante contrario, tanto como de la fuerza de su armada.

Si tus guerreros acostumbran picarse mucho de la honra, pondérales el desaire de la pasada derrota, y el detrimento de su reputación si tardan en borrar con la victoria siniestras ó justas interpretaciones de la desgracia.

Cuando es una sola porción de tropas la que rehusa el combate, dí que á lo menos estás cierto de que tal y tal regimiento no abandonarán su honra ni tu empresa; con lo cual te concilias el afecto, aseguras la obediencia y empeñas el coraje de aquellos cuerpos, excitando al mismo tiempo emulación en los otros.

Si las tropas tienen ya tan sabido el superior número de enemigos que no haya lugar á la ficción propuesta, representa el embarazo de manejar un grande ejército, y la consecuente facilidad de batirle, atacándole con vigor para no dejar tiempo de subentrar á la pelea tropas frescas.

Si fuere angosto el terreno, dí que la muchedumbre queda infructuosa, respecto de que no pudiendo los enemigos excederte en frente, no entrarán

al combate más guerreros de su parte que de la tuya.

En el supuesto caso añadirás que los primeros fugitivos de los enemigos, no pudiendo retirarse por fuera de los flancos de las posteriores líneas, precisamente atropellarán á sus compañeros, haciendo involuntario oficio de tus auxiliares.

De cualquiera forma que sea el terreno, alegarás ejemplos de pequeños ejércitos que batieron á otros muy superiores, particularmente cuando los han excedido en valor y conducta, ó cuando pelearon por la causa justa.

Exagera á tu ejército la gloria que adquirirá en derrotar al de los con-

trarios, por lo mismo que son estos más numerosos.

Ultimamente dirás que habiendo los enemigos juntado todas sus fuerzas en aquel ejército, si ganas la batalla el tuyo fenece en un solo día las fatigas y riesgos de la guerra; porque el príncipe contrario se verá preci-

sado á la paz que tu soberano le prescriba.

Cuando temas la negativa sobre la proposición que á las tropas debes hacer por tu persona ó por los coroneles, conviene que ellos hayan prevenido á los soldados y oficiales de su mayor confianza que se anticipen á responder animosa y favorablemente, á fin de que los otros no tengan tiempo de balancear en la respuesta, ó se contenga en silencio por no mostrarse menos valerosos y obedientes que sus compañeros, pues el vulgo de los soldados no se rige tanto por la razón, como se deja gobernar por el ejemplo, especialmente si le forman sugetos autorizados y queridos.

Digitized by Google

LIBRO XX.

RETIRADAS DE UN EJÉRCITO, Y RETIRO DEL ANCIANO GENERAL QUE LE MANDA.

I.—Importancia y forma de sacar algunas horas de ventaja en la retirada que con todo el ejército y bagaje unido, ejecutes á la descubierta. Razón de tomar la retirada el mismo día que llegare á tu vista el ejército enemigo. - El mariscal de Monluc enseña que un ejército que se retire á vista de los enemigos sin haber sacado algún camino de ventaja, va casi cierto de ser batido, particularmente si marcha embarazado con grueso carruaje; cuya opinión sostiene aquel escritor con diversos ejemplares.

En país llano es precisa mayor ventaja, menos que te retires luego que el ejército enemigo llegue á tu vista cansado de una marcha larga ó penosa por lo ardiente de la estación, hora y clima; pues entonces no podrán los enemigos proseguir el alcance á paso tan fuerte como el de tu retirada.

Y aunque no fuese fatigosa la marcha de los contrarios recién llegados, tardarán en juntarse para seguir el alcance, si les das tiempo de apartarse

á buscar agua, leña, piquetes y forrajes.

Si los enemigos tienen sospecha de que intentas hacer dentro de breves días la retirada, será difícil que no se hallen prontos á seguirla; porque á fuerza de espías y de vigilancia se librarán de los engaños de tu artificio. Así el primer cuidado sea esconder el pensamiento de abandonar tu campo, lo cual tal vez lograrás con apariencias de aumentar sus fortificaciones, ó con órdenes para que al mismo remitan grande cantidad de víveres y forrajes los pueblos del contorno, señalándoles plazo que deje tiempo á.la contra orden.

También puedes entablar un tratado para el canje de los prisioneros, para enterrar los muertos en anterior inmediato choque, para un abocamiento con el general contrario, ó para una suspensión de armas ínterin que se ajusten ciertos preliminares de paz, y retirarte primero que firmas

ú otra conclusión del negociado, vuelva de mala fe tu artificio.

Si por la notoria falta de víveres ó forrajes, ó por otro claro motivo, no fuere creíble que pretendas conservar mucho tiempo el campo, darás la orden para que el ejército se disponga á marchar el día siguiente, y después que pase tiempo bastante para que llegue á los enemigos la noticia, le retirarás la misma noche.

Hernán Cortés, bloqueado en Méjico, sabiendo que la capitulación con que los indios le paladeaban, era sólo á fin de que se acabasen los víveres á los españoles, fingió ignorar la doblez del trato y envió nueva embajada á sus enemigos con pretexto de fenecer la capitulación, dando á entender que estaba en ánimo de partir dentro de ocho días, pero la misma noche se puso en retirada.

II.—Precauciones para cuando te retires de noche y à la sordina con todo el ejército ó con el último resto de èl.—Si es de noche cuando retiras el grueso de tu ejército ó el último resto del mismo, las centinelas se colocarán donde solían estar las guardias avanzadas y del campo, y se pasarán la palabra de la forma que se ejecutaba en las antecedentes noches, hablando á veces á las rondas, cuyo oficio hagan partidillas de escogidos oficiales y soldados, que atiendan á visitar las centinelas y á mantener encendidas las fogatas, para que los enemigos no observen la falta de uno ú otro, ni por consiguiente vengan en conocimiento de que ya no está allí tu ejército, ni se ponga tan presto en el alcance.

Advertirás á las centinelas y partidas que no la yerren por excesiva diligencia: esto es, que ni las primeras pasen la palabra con más frecuencia de lo regular, ni las segundas enciendan más ni mayores fogatas que las acostumbradas, antes bien las dejarán extinguirse poco á poco cuando pase la hora en que no habiendo ya más comida que aprestar, y echándose los soldados á dormir, solían apagarse los fuegos, excepto de los cuerpos de

guardia en estaciones frías.

También dejarás en el campo bien atados á piquetes (hambrientos y repartidos por todo el frente) algunos bueyes, caballos inútiles, machos y burros de poco precio, para que por su mugido, relincho ó rebuzno crean los enemigos que está en el campo el bagaje de tu ejército, y por consecuencia este.

Si te parece que al amanecer no habrás adelantado camino bastante, deja en el campo buena porción de tambores y trompetas que extendidos en el terreno abandonado por tu primera línea, rompan el nombre á la punta del día: con lo cual se continúa el disimulo de la retirada la media hora ó tres cuartos, que hay desde entonces hasta que los enemigos distingan la falta de tiendas y tropas, y áun se mantendrán engañados por más tiempo, si acontece que la mañana sea de niebla.

Del cargo del oficial comandante de las partidas que han quedado en el campo á rondar las centinelas y á mantener encendidas las fogatas, será el retirar las mismas centinelas y los trompetas y tambores, teniendo unas y otros buenos caballos, á fin de que puedan seguir el paso de las par-

tidas, las cuales discurro sean de caballería.

Cuando el retrincheramiento alto, y la baja situación de los enemigos no les dejan ver más que algunas pocas tiendas, y los desfiladeros que haya sobre tu camino te precisen á ganar mucho tiempo en la retirada, manténganse aquellas tiendas plantadas, y sobre el retrincheramiento cadáveres empalados, ó bultos de paja vestidos, y lienzos del color de las banderas; pero sin armas; porque si fuesen banderas efectivas, su pérdida resultaría deshonrosa.

III.—Expedientes á fin de que los enemigos yerren el camino del alcance por corta que sea la ventaja que saques en retirada nocturna.— Si por los medios propuestos en los antecedentes capítulos consigues cualquiera ventaja de tiempo en la marcha, comiénzala hacia un paraje y tuércela á otro, porque así los primeros desertores ó espías no podrán llevar á los contrarios justo el aviso de tu rumbo, y aunque después les lleguen

otras noticias, ó se mantendrán perplejos en la variedad, ó estarán ya empeñados en el falso camino.

Habiendo el ejército de la Liga descampado de junto a Guadalajara una noche del año de 1706, y tomado la marcha como para Alcalá vinieron al campo del rey algunos desertores con esta noticia, sobre la cual se movieron las tropas de S. M. en derechura a Alcalá, pero los enemigos que habían hecho aquella punta para engañarnos, torcieron el viaje, y pasó buena parte del siguiente día primero que nuestros generales averiguasen el paradero del ejército contrario.

No tardes en abandonar el falso camino tanto, que los enemigos logrando pronta noticia de que descampaste, puedan cortarte el verdadero viaje, por conjetura de que sea el que en realidad elijes, particularmente cuando en ambas retiradas se considere igual tu conveniencia.

Puedes comenzar la retirada por el camino que parezca más natural para ella, y torcerla por otro menos verosímil á la sospecha de los con-

trarios.

El recodo que hacia los enemigos forma un río, las inaccesibles montañas y los desfiladeros que se interponen à una más que á otra avenida de los contrarios, deben servirte de regla para emprender la falsa ó la verdadera marcha, por aquel ó por este camino, á fin de que no sea tan fácil á los enemigos acercársete, particularmente después que se empeñaron en el alcance por tu fingido rumbo. Puede mayormente suceder cuando ramos diversos de un camino propio siempre se van apartando, y para transitar de uno á otro se hallan barrancos ó montañas que precisan á desandar lo andado.

Cuando sea igual por todas partes el peligro del alcance, tomarás la retirada verdadera por el terreno más ventajoso al número, calidad, armas, y costumbre de pelear de tus tropas.

IV.—Avisos para dificultar á los enemigos el alcance si tomas la retirada por puentes, desfiladeros, bosques, ó llanuras que tu retaguardia pueda romper, embarazar, quemar, ó inundar.—Tal vez te verás precisado á retirarte por donde los enemigos puedan salirte al atajo por un puente cuyas cabezas estén fortificadas y guarnecidas con tropas del ejército ó de alguna plaza ó destacamento; entonces probarás si antes de ponerte en viaje resulta dable desbaratar el puente.

Si en lugar de puente, media entre los dos ejércitos un desfiladero preciso á los enemigos para el alcance, desbarátele tu retaguardia, pues ó ellos han de rodear para seguirte, ó perderán tiempo en componer el paso, especialmente si es de aquellos que están en laderas de roca muy derechas, en cuyos parajes con sólo cortar seis piés de peña se tarda muchas horas en poner el camino practicable, ó se transita con tanta incomodidad y pausa que poco viaje se adelanta.

Yendo S. A. R. de Orleans à formar al sitio de Tortosa en el año de 1708, descompusieron los enemigos el paso llamado del Asse; y no obstante que no dejaron à su defensa tropa alguna, se detuvieron las de las dos Coronas medio dia que tardaron en acomodar aquella senda; y aun así pasaron con grandísimo embarazo, despeñándose algunos machos y caballos.

Dirás que si la montaña es de tierra, presto se abre senda por encima de la destruída, ó se encajan por más abajo maderos y puntales que for-

mando como un andamio sostienen á tablones de que se componga nuevo tránsito; y si la montaña es de roca, el ejército que se retira sin haber sacado mucha ventaja no tendrá tiempo de romper la peña. Respondo que á veces poca tierra fácil de escarpar deja con difícil compostura el restante circúito de roca. Aunque sea de tierra toda la ladera, es obra de muchas horas el formar nuevo tránsito, y de pocos minutos el desbaratar en repetidos parajes la senda.

Retirándote por un bosque donde las quiebras del terreno ó la espesura de la maleza prescriban pocas é indispensables sendas, marchen á tu retaguardia cien ó más hombres prácticos de manejar grandes hachas, para que de trecho en trecho corten y echen sobre los caminos angostos los inmediatos árboles; diligencia que seguramente detendrá la marcha de los

contrarios, en particular á la caballería, carruaje y cañones.

Teniendo mucha broza seca los bosques, les pondrán fuego varias partidas cuando se halle ya un poco lejos tu retaguardia; con lo cual no podrán los enemigos atravesar el bosque, ó si resuelven despreciar aquel estorbo, aunque el fuego no sea grande, el humo atormentará á los soldados, les desordenará la marcha, y les quitará de ver por donde llevas la tuya. Si las partidas avanzadas del ejército contrario dan tiempo, las tuyas no pongan el fuego hasta que pueda tu ejército encontrarse fuera del bosque, particularmente si el viento viene de tu espalda; porque las llamas corriendo más que las tropas, les causarían confusión y estrago; y si para evitar aquel daño torciese por un costado la marcha, sería más fácil á los enemigos alcanzarte.

V.—Aviso para transitar por un vado, puente ó desfiladero, aunque no hayas podido sacar alguna ventaja y estén los enemigos en gran proximidad y dispuestos á cargarte.—Cuando por la proximidad y vigilancia de los enemigos, temas que ninguno de los hasta aquí propuestos arbitrios alcance á sacar en la rétirada la ventaja suficiente para que toda tu retaguardia se halle dentro del primer desfiladero antes que sobrevenga la contraria vanguardia, corres gran peligro de ser batido aunque te halles con superior ejército; pues los enemigos escojerán el número de tropas que les convenga atacar, sin que las demás tuyas empeñadas en el desfiladero, puedan sostener á las embestidas.

El año de 1674, nuestro ejército de Flandes que constaba de 60,000 hombres, fué en busca del de los franceses compuesto sólo de 40,000 á las órdenes del príncipe de Condé, y habiendo este elejido un campo que por su fortaleza le eximió del combate, se pusieron los nuestros en marcha hacia otra parte, dejando la resolución de atacar á los franceses; pero el príncipe que antes no había querido la batalla, cuando supo que sus enemigos debían transitar en la nueva marcha por angostos desfiladeros, comenzó por dar tiempo á que se empeñaran en ellos alemanes y holandeses que formaban la vanguardia y centro, y cargando á los españoles que hacían la retaguardia y áun estaban fuera del desfiladero, logró ventajas considerables en aquella batalla, nombrada de Senef.

De lo dicho inferirás que para ejecutar semejante retirada es preciso incluír en el retrincheramiento de tu ejército la cabeza del desfiladero, construyendo otra línea interior ú otras dos para que, á medida que tus tropas vayan pasando aquel, puedan las restantes aguantar al favor del más ceñido retrincheramiento, y retirarse del grande al chico, según fueren que-

dando en corto número, porque si no hubiese más que una línea, los últimos regimientos, no bastando á cubrirla, serían forzados por el flanco y estarían lejos del vado ó desfiladero que tienen por la espalda á la cabeza del cual habrá un fuerte con profundos y anchos fosos, para que al abandonarle tu retaguardia (que romperá el puente levadizo), no puedan los enemigos entrar con gran prontitud á cargarla, siéndoles necesaria alguna tardanza para llenar porción del foso é introducirse en el fuerte.

D. Diego de Alava quiere que para en el supuesto caso imites el arbitrio de Sertorio, que teniendo en España próximo el contrario ejército, mientras intentaba Sertorio pasar con sus tropas cierto río, tiró una línea por delante de ellas y llenándola de madera seca, le puso fuego, el cual cerró á los enemigos el tránsito de la línea interin que Sertorio consiguió

el del río.

En los fosos del reducto que dejo propuesto para la cabeza de vado, creo no se experimentaría inútil ni difícil el arbitrio del fuego, porque mediana porción de leña basta para hacer grande el incendio en aquel pequeño recinto, y poca detención que tengan los enemigos en pasarle, será suficiente para que se retire el último corto número de tropas que le defendía.

Las tropas, á medida que hayan pasado á la otra parte del vado ó desfiladero, tomen terreno sobre ambos costados para dejar franco el tránsito á las otras, y flanquear á los enemigos que sigan á las últimas, contra los cuales harán semblante de repasar las primeras, á fin de que se contenga la contraria vanguardia en el alcance ó destrozo de tu retaguardia.

De los cañones ligeros que no hayas adelantado con el grueso trén de artillería, puedes también poner baterías que flanqueen á los contrarios, aunque no las cubras más que de manteletes, ó con sacos de harina, lana

ó tierra.

VI.—Dicese cuándo y cómo te puede ser ventajoso pelear sobre tu retirada, aunque tu ejército se halle inferior al de los enemigos.—Si has pasado un desfiladero, aunque sea con ejército inferior, y ves que los contrarios te siguen, lleva pausada la marcha, dobla con disimulo sobre ella, y cuando esté de tu lado la porción de enemigos que te convenga atacar, vuelve á cargarlos; pues no obstante que el resto de las tropas contrarias vaya próximo á las que desembocaron el desfiladero, no es posible sostengan á estas.

Si te parece que un hornillo volverá impracticable el camino de alguna ladera por donde meditas la retirada, y que sea único á los enemigos para seguirte desde una ó dos noches antes de la marcha, mandarás construír con gran secreto el hornillo, cargarle y componer la movida tierra, de forma que no se conozca el trabajo. Lo mismo puedes ejecutar con algún puente que los enemigos hayan de atravesar en tu alcance, lo cual es más fácil en puentes cubiertos de madera, y donde algún pilar de piedra ofrece como-

didad para alojar la pólvora.

Cuando oigas que el hornillo ha volado, contramarcharán á los enemigos las tropas que á tal fin dejaste emboscadas, ó el destacamento que cubría á tu retaguardia, ó todo tu ejército. Lo último es lo mejor, midiendo prudencialmente el tiempo que tardarás en la contramarcha para caer sobre



las tropas enemigas que hagan la mitad de las tuyas; pues de este modo las otras de los contrarios no quedarán con fuerza para darte nuevo incomodo por aquel ó por diverso camino.

VII.—Razones políticas y morales para que un general de ejército solicite retirarse del comando cuando se halle avanzado en edad, y antes que la desgracia ó la envidia lleguen à borrar su gloria.—La vejez y las enfermedades que la siguen, son incompatibles con las trabajosas precisas tareas del militar comando, no pudiendo un hombre cargado en extremo de años, llevar ni el peso de las mentales disposiciones del político gobierno, respecto de que el espíritu envejece como el cuerpo.

No todos los hombres pueden llamarse viejos á una misma determinada edad, habiendo complexiones tan robustas que, no sólo en el despejo del espíritu, sinó en resistir á la corporal fatiga, dan en su vejez envidia á la

juventud.

La fortuna que se ha mostrado favorable no dejará con el tiempo de volverse contraria, y es mejor evitar su golpe, que sufrirle; porque se experimentan más violentos sus reveses que dulces sus halagos. En este mundo, centro de infelicidades, más natural es la caída que el ascenso; y á proporción de la mayor altura, se padecen destrozos en la ruína.

La desdicha pocas veces viene sola, y así luego que experimentas la primera, ponte á cubierto contra las otras; pero por no dejar desazonada la memoria de tu vida, procurarás fenecer el comando con una operación

cuyo feliz éxito parezca seguro, aunque sea de moderada gloria.

Diversos escritores dicen que el emperador Carlos V, desde su mal suceso contra Metz, formó la resolución de retirarse, pero que por no concluír la gloriosa carrera de su imperio con una operación infausta, esperó á tomar en la campaña siguiente una plaza en Flandes, que si no me acuerdo mal, fué la de Terovene.

En cuanto á no esperar los últimos efectos de la desgracia para asegurarte contra la inconstancia de la fortuna, me remito á los ejemplares que siguen.

El grande Mitridates, destrozador de tanto adversario ejército, se vió al fin con tal persecución de la fortuna, que hubo de anticiparse la muerte con un veneno; y el honor de tantos adquiridos triunfos, no le eximió del desprecio de su propio yerno Tigranes cuando le conoció en desgracia.

Pirro, el famoso rey de Epiro, murió en Argos á manos de una mujer. Anibal, en el fuerte reves de la fortuna vió la pérdida de su patria Cartago; y porque el rey Prusias de Bitinia no le entregase à los romanos, le fué preciso rescatar á costa de la vida, que se quitó con veneno, el peligro de la esclavitud que le disponía el infiel protector.

En 32 batallas que había dado el conde Juan de Tilly, adquirió otras tantas victorias; pero al fin cansándose la amiga suerte, fué por Gustavo Adolfo derrotado en la batalla de Lipsia, batido y muerto en la de Lek.

Cuando la fortuna empiece á mostrársete contraria, no te lisonjee la esperanza de que tendrás contra los impulsos de tus émulos el apoyo de tus amigos, porque si no te persiguen ingratos, se retirarán temerosos de sepultarse en tu caída, si no se apartan con tiempo de tu amistad.

Alcibiades, sin cuya espada no supo Atenas evitar el spartano yugo, y que podía contar sus combates por sus triunfos, murió en desgracia de los atenienses, desterrado por ellos y asesinado por



los persas, no habiendo para la irritación de los primeros otro motivo, que el de no tomar Alcibiades la plaza de Andro, cuando le faltaba dinero y otras cosas necesarias á la continuación del ataque, pero el informe de un solo hombre llamado Trasibulo valio más que la inocencia, mérito y amigos de Alcibiades.

Lisandro, conquistador de Atenas, no halló amigos que le eximiesen del destierro que por levísima causa le dió su patria Lacedemonia.

Otros de los que pensabas amigos, aun sin que tengas desgracia, se te volveran contrarios en tu vejez, por lisonjear al que discurran tu inmediato sucesor en el comando.

De los jefes de tu mismo grado te serán enemigos los que envidiosos de tu gloria no puedan llegar á imitarla, y del inferior carácter inmediato padecerás adversos á los que discurriendo que te igualan en mérito, se cansen de esperar largo tiempo á sustituírte en el principal manejo.

El capitan ateniense Pericles (hijo de Jantippo) decía que gustaba oir las glorias agenas al que se lisongeaba de poder un día igualarlas; pero que en pasando de allí, se nos convertía en envidia el afecto.

Scipión Africano después de sus gloriosas conquistas, embestido por la envidia de los petilios se vió, como Reo, precisado á disculparse delante del pueblo sobre las acusaciones de sus émulos: con todo lo cual fue sentenciado á cárcel y murio desterrado de Roma sin otro delito que el político yerro de mandar mucho tiempo y de adquirir sobrada gloria: su hermano Lucio Scipión, vencedor de la Asia, tuvo poco diversa recompensa.

El favor de los reyes (dice Antonio Pérez) sube ó baja. De cuyo supuesto saca monsieur Amelot la consecuencia de que luego que el vasallo se encuentra en el mayor aumento de la gracia del príncipe, se le sigue la disminución.

Cuando los servicios del súbdito exceden á la justificación del soberano, este por eximirse de la recompensa, desgracía tal vez al acreedor, habiendo genios tan altivos que se desdeñan de deber, y tan ingratos que les pesa de pagar.

La final satisfacción que por señaladísimos servicios logro de Felipe V de Macedonia el famoso Arato fue un vaso de veneno que libro à Felipe de la paga.

Hállanse otros príncipes tan desmesuradamente ambiciosos de mundana gloria, que la excesiva de sus vasallos los irrita, sin que el mérito de los mismos los aplaque.

Si tu soberano padece el expresado último defecto, cuanto mejor le sirvas, más grande será tu peligro, porque tus émulos dejando el rodeo de ocultas calumnias, te derribarán por el atajo de públicas alabanzas, hablando siempre de tu fortuna, de tus glorias, de tu genio interprendiente, y del afecto que tu mérito ha granjeado en pueblos y en tropas.

Phoción, á quien su república Atenas debía señaladas victorias y saludables consejos, fué condenado á muerte por una injusta sospecha que nació de su particular mérito.

Silvano, que general de ejército de Constantino y de Constanzo, vió su juventud coronada de victorias, perseguido de la envidia en su vejez, fué acusado falsamente de infidelidad: por lo cual resolvió Constanzo matarle, y para salvar la vida que aun así no libró, hubo de recurrir Silvano al infeliz arbitrio de tomar las armas contra su dueño.

Cuando tus émulos no hallen para sus invenciones cabida en el prín-

cipe que no sea desconfiado, se valdrán de las mismas alabanzas para sorprender al poco entendido, minorándote la comisión con pretexto de considerarte necesario para algún poco importante encargo.

Apeles, favorecido de Felipe V de Macedonia, para quitar à Taurión el gobierno del Peloponeso aconsejó à Felipe que no apartase de sí à aquel guerrero, que para las expediciones militares podía ser de gran servicio, estando siempre junto à la persona del príncipe.

Concluyo repitiendo que en la declinación de tu vida tomes la sombra de un retiro, para evitar el influjo del ocaso de la suerte, porque ya viste que los hombres miran las acciones agenas con los ojos de la envidia, y como la imaginación retiene lo que le agrada, se conservará más presente un infausto suceso que te sobrevenga, áun sin culpa, que muchos conseguidos felices á fuerza de tu prudencia y conducta; con que sería mal juego exponerte á que un instante desgraciado marchitase en tu vejez los laureles, que florecieron en todo el anterior curso de tu comando, y que poco fruto aumentarán con un solo nuevo triunfo.

Instando Felipe IV de España á don Felipe de Silva, sobre que prosiguiese en el comando del ejército, comenzó á excusarse con la modesta representación de no ser justo usurpar más largo tiempo el empleo á que se hallaban lejítimos acreedores tantos beneméritos vasallos; y feneció con decir que no era de la piedad del rey obligarle á exponer á contingencias de un infeliz suceso, los créditos adquiridos en tantos años de servicio.

Emanuel Filiberto, duque de Saboya, después de haber alcanzado en la guerra la gloria que el mundo sabe, rehusó la dirección de otros ejércitos, por el último motivo que don Felipe de Silva alegaba, y el igualmente cuerdo que valeroso príncipe, decía muchas veces que el éxito de las acciones militares era de la naturaleza de los dados, que se ignoraba de qué parte caerían aunque fuesen prácticos los jugadores.

Tolomeo Lagides, rey de Egipto y conquistador de varios países, luego que en la isla de Chipre observó que empezaba la fortuna á volverle la espalda, se retiró de los empeños de la guerra, efectuando la paz con Demetrio, y áun se descargó del político manejo del reino, pasándole á su hijo Tolomeo Filadelfo, por no aventurar en la vejez los honores de que la propicia suerte le colmó en la juventud.

Creo haber cumplido lo que el principio de esta obra prometió, como de ella; se entiende en la cantidad de los asuntos, ya que á mi ignorancia no era dable cumplir en el acierto de tratarlos, cerca de cuyo último punto espero que el lector me compadezca si considera que imprimí destituído de todo imaginable socorro, porque el primer oficial á quien solicité consultar algunas dudas puramente militares, hizo mal á propósito un político misterio de responderme, lo cual bastó para que yo siempre me abstuviese de venir á otra consulta. Tampoco pude hacerla sobre algunos vocablos que mi larga ausencia de España me ofrecía como dudosos en el buen idioma castellano; porque ya se ve que aunque diversos extranjeros de una lengua saben de ella cuanto basta para entenderla y explicarse, no alcanzan á desatar dificultades que ocurren sobre sutilezas de la misma; con que habiéndome faltado el mejor crisol, que es la revisión de los amigos, no seré muy culpable si algunas expresiones ó ideas no quedaron bien purificadas.

FIN DE LAS REFLEXIONES MILITARES.

E17.147 0

ÍNDICE

	Páginas
Biografia del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, por el coronel, teniente coronel de artille-	
ría D. Javier de Salas	v
La biblioteca del Marqués de Santa Cruz.—Estudio bibliográfico sobre las obras que se citan en las Reflexiones Militares, por el teniente coronel graduado, comandante de ejér-	
cito, D. Joaquín de la Llave y García, capitán de ingenieros	XLIII
Advertencia al lector	τ
LIBRO II.—Virtudes morales, políticas y militares de un generalísimo de país y de ejército LIBRO II.—En que se trata de los motivos de conservar la paz ó hacer la guerra, y de las convenientes precauciones sobre las alianzas, y en cuanto á los socorros que se hayan de recibir ó dar	7 54
LIBRO III.—Disposiciones para antes de comenzar la guerra interiormente resuelta	
LIBRO IV.—En que se discurre de lo que parece conveniente ejecutar en el principio de una	•
guerra	108
Libro V.—Del campar	141
LIBRO VI.—De las marchas	157
LIBRO VII.—De los espías amigos y enemigos	172
Libro VIII.—Contra las rebeliones de los pueblos, de las tropas y de los jefes, y contra las que son fomentadas por algún príncipe que pueda alegar aparente ó disputable derecho á	
las tierras de tu soberano	186
LIBRO IX.—Guerra ofensiva en general, y expedientes para conservar con el arte las provin-	
cias adquiridas por el mismo, ó con la fuerza	
LIBRO X.—Donde se discurre de las ocasiones en que es útil solicitar un combate y de la forma	
de precisar á los enemigos á él	
Libro XI.—Disposiciones para una batalla ya resuelta por ambas partes	-
LIBRO XII.—En que se dan avisos para durante una batalla, y á fin de que se declare por tuya	
la victoria después de un indeciso combate	-
LIBRO XIII.—Donde se examina la conducta que debe tener un general del ejército que acaba	
de ganar una batalla	
Libro XIV.—Ataques y bloqueos de plazas, capitulaciones y toma de aquellas; contra los so- corros de las mismas: avisos para cuando se haya de levantar un sitio ó demoler ó con-	
servar la rendida plaza	
LIBRO XV.—Sorpresas de plazas y cuarteles y de tropas en campaña	
LIBRO XVI.—Emboscadas y pasajes de ríos	
Libro XVII.—Guerra defensiva	-
LIBRO XVIII.—Ocasiones en que deberás evitar un combate. Medios para que los contrarios	
no te obliguen á él; y advertencias para en caso que no puedas ya diferirle por mucho	
tiempo	
LIBRO XIX.—En que se discurre de las oportunas diligencias para después que seas derrotado.	
LIBRO XX.—Retiradas de un ejército, y retiro del anciano general que le manda	499



HARVARD LAW LIBRARY

FROM THE LIBRARY

ΛF

RAMON DE DALMAU Y DE OLIVART
MARQUÉS DE OLIVART

Received December 31, 1911

